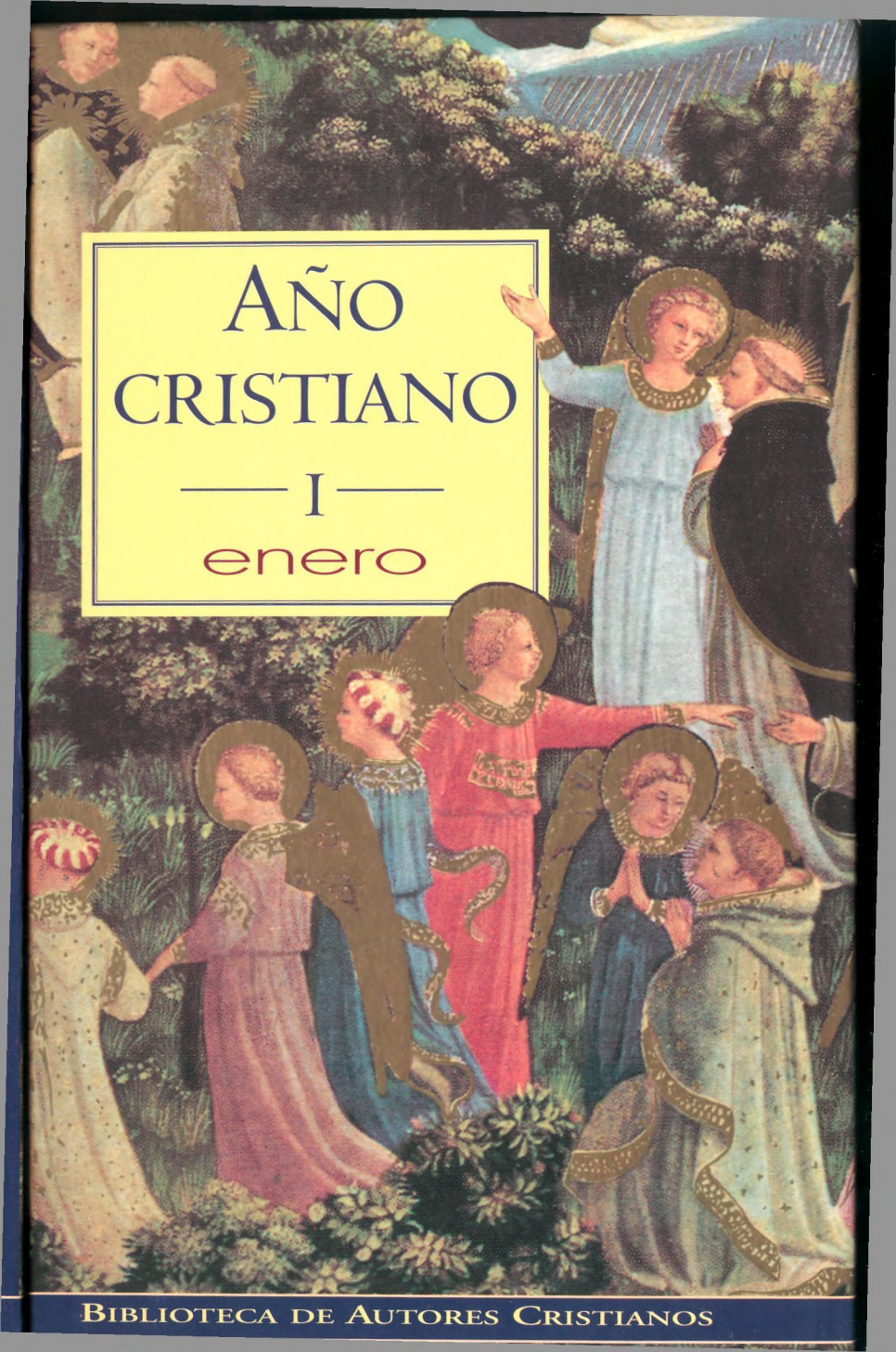


AÑO CRISTIANO

I

enero

BIBLIOTECA DE AUTORES CRISTIANOS

ÍNDICE GENERAL

		Pags
COLABORADORES		XI
PRESENTACION		XIII
NOTA INTRODUCTORIA		XXI
INTRODUCCION GENERAL		XXV
1	Llamamiento universal	XXV
2	Como Juan Bautista	XXVI
3	Diversas facetas	XXVII
4	No son estatuas	XXIX
5	*Los santos viven*	XXXI
6	Santos patronos	XXXII
7	Influjo en la historia	XXXIII
8	En la liturgia	XXXIV
9	A traves del año liturgico	XXXV
10	Culto a los santos	XXXVI
11	Clasificacion liturgica de los santos	XXXVII
12	Martirio, ascesis, virginidad	XXXIX
13	Tambien los angeles	XL
14	De arriba abajo	XLII
15	Las vidas de los santos	XLIII
16	Propaganda	XLIV
17	Los santos, hoy	XLV
18	Perennidad y actualidad	XLVI
19	Culto de los santos en los primeros siglos	XLVII
20	Las Actas de los martires	XLVIII
21	*Los martirologios Martirologios historicos*	IL
22	«Vidas de santos»	LI
23	Las leyendas en las «Vidas de santos»	LII
24	«Flos sanctorum» Años cristianos Leyendas de oro	LIV
25	Discusion sobre las leyendas	LV
26	Obra fundamental de los Bolandistas	LVI
27	«Años cristianos» en España	LVIII
28	Antecedentes	LX
29	Reserva a la Santa Sede	LXII
30	Nociones fundamentales	LXIII
31	Vision de conjunto	LXV

		Pags
32	Los primeros pasos	LXVI
33	La introduccion de la causa	LXVIII
34	Los procesos apostolicos	LXIX
35	La beatificacion	LXXI
36	La canonizacion	LXXI
37	Posibles mejoras	LXXII
38	Un dogma fundamental	LXXV
39	Intercesores	LXXVII
40	Invocacion a los santos	LXXVIII
41	Culto a los santos	LXXIX
42	Las reliquias	LXXX
43	Las imagenes	LXXXI
44	Utilidad	LXXXI

CAUSAS DE BEATIFICACION Y CANONIZACION EN LA ACTUAL DISCIPLINA DE LA IGLESIA LXXXV

I *La constitucion «Divinis perfectionis Magister»* LXXXV

II *Normativa de las investigaciones diocesanas* XCVII

A) Las personas objeto de las causas XCVII

B) La investigacion diocesana en si misma XCVIII

1 Personas intervinientes XCVIII

2 Las dos clases de causas CI

3 Las etapas de las investigaciones diocesanas CII

III *Hacia la beatificacion y canonizacion* CVIII

A) Las causas de los no martires y que no son objeto de culto popular CVIII

1 Examen de las investigaciones diocesanas CIX

2 Redaccion de la «Positio» CIX

3 Examen de la «Positio» por los consultores historicos CXI

4 Examen de la «Positio» por parte de los consultores teologos CXI

5 Examen de la causa en la congregacion ordinaria de cardenales y obispos CXIII

6 Siguiente paso el milagro Validez de las actas de la investigacion diocesana CXIII

7 Documentacion con destino a los peritos medicos CXIV

8 Examen de los peritos medicos CXIV

9 Examen de los consultores teologos CXV

10 Examen por parte de la congregacion ordinaria de cardenales y obispos CXVI

11 Promulgacion de decretos CXVI

12 La beatificacion CXVI

Págs

13. Examen del milagro tras la beatificación . . CXVIII
14. La canonización CXVIII
B) Las causas de los mártires CXX
C) Las causas de quienes ya reciben culto. CXXI

BIBLIOGRAFIA GENERAL CXXIII

Santoral de enero (martirologio, biografías extensas y biografías breves) 3-671

APENDICE 673

CALENDARIO ESPAÑOL: MEMORIAS QUE CELEBRAN LAS DIOCESIS ESPAÑOLAS 679

ÍNDICE ONOMASTICO. 681

COLABORADORES

A) BIOGRAFIAS EXTENSAS

AGUILAR, José Manuel, OP
ALCANTARA, Pedro de, OFM
ALONSO BLANCO DE LA DOLOROSA, C P., Paulino
ANDRES MARTIN, Melquiades
ARNALDICH, Luis, OFM
ARTEAGA, Cristina de, OSH
AUNOS, Eduardo
CAIMARI, Andrés
CASTRO, Manuel de, OFM
DIAZ FERNANDEZ, José María
DOMINGUEZ DEL VAL, Ursicino, OSA
ECHEVERRIA, Lamberto de
ESCRIBANO, Ignacio
FERRANDO ROIG, Juan
FERRI CHULIO, Andrés de Sales
FIERRO, Rodolfo, SDB
FITA REVERT, Ramón
FRANQUESA, Adalberto M., OSB
GARGANTA, José M. de, OP
GARRIDO BONAÑO, Manuel, OSB
GIL IMIRIZALDU, Plácido Miguel, OSB
GONZALEZ, Agripino, TC
GONZALEZ, Marcelo
GONZALEZ RODRIGUEZ, M.ª Encarnación
GONZALEZ VILLANUEVA, José Ignacio, OSB
HORTELANO, Antonio, CSSR
INIESTA COLLANT-VALERA, Enrique, SchP
JIMENEZ DUQUE, Baldomero
LANGA, Pedro, OSA
LLORCA, Bernardino, SI
MANAS, Ramón Luis María, OSB
MARIA DE LA EUCARISTIA, RJM
MARIA DE SAN PEDRO ALCANTARA, MR
MAROTO HERRANZ, Alfredo, OSB
MELENDRES, Miguel
MONTERO MORENO, Antonio
MONTULL BELLIO, Joaquín, OSB
MORAL, Tomás, OSB

PEREZ SUAREZ, Luis M., OSB
POU Y MARTI, José M.ª, OFM
REPETTO BETES, José Luis
REY PALOMERO, Aristeo del
RIESCO PONTEJO, Pedro, OP
RIUS SERRA, José
RIVERA RECIO, Juan Francisco
ROBRES LLUCH, Ramón
RULLAN FERRER, Pedro A., CR
SANCHEZ, Evelina, ACI
SENDIN BLAZQUEZ, José
SORIA, Valentín
USEROS CARRETERO, Manuel
VAZQUEZ, Isaac, OFM
VELADO BRAÑA, Bernardo
VIVES, José

B) BIOGRAFIAS BREVES

REPETTO BETES, José Luis

PRESENTACIÓN

Tras largos años de total *agotamiento editorial* vuelve ahora felizmente al catálogo de la BAC una obra que ocupaba en él un puesto relevante y que fue, durante décadas, alimento espiritual seguro y sabroso para infinidad de lectores.

Me refiero al AÑO CRISTIANO, de cuya tercera edición es éste el primer volumen y que ahora constará de doce tomos y no de cuatro como en las anteriores ediciones.

Esta ampliación o crecimiento de la obra está ya indicando algunas de las razones que explican el largo silencio editorial que había caído sobre el AÑO CRISTIANO y que ahora concluye.

Pero quede, ante todo, constancia de la satisfacción con que la BAC devuelve al público lector —y en cierto modo a toda la Iglesia de habla española— esta obra preciada que tanto se echaba de menos y que nos era requerida con insistencia por muchos lectores y amigos. Larga ha sido la espera. Pero la BAC se complace ahora en relanzar un AÑO CRISTIANO compuesto y acicalado como lo piden las circunstancias eclesiales y articulado, como queda dicho, en doce volúmenes que irán apareciendo sucesivamente y que ofrecerán al lector la variedad y la riqueza del entero santoral de la Iglesia católica.

Pero ¿cuáles han sido las razones del dilatado eclipse que ha sufrido el AÑO CRISTIANO a pesar de su notorio éxito editorial de antaño?

Pocas y escuetas. Y muy fáciles tanto de explicar cuanto de entender.

Venturosamente las virtudes cristianas y la santidad —que con diferentes atavíos constituyen la sustancia del santoral cristiano— son una realidad viva y creciente. Los *santos* viven entre nosotros y en nuestros días. Y la Iglesia reconoce y proclama su santidad en oleadas sucesivas y nunca tan intensas como en los últimos tiempos. De hecho, al tradicional AÑO CRISTIANO,

como al viejo álamo de Machado, le van saliendo ramas verdes con admirable pertinacia.

El proceso de aceleración en canonizaciones y beatificaciones que ha experimentado la Iglesia después del Vaticano II —y muy singularmente en el pontificado del papa Wojtyla— obligaba obviamente a complementar, corregir y ajustar el venturoso descalabro que el tiempo —es decir, la santidad actual— iba originando en los bosques y jardines de la hagiografía cristiana del pasado.

Se imponían por tanto una poda y una plantación de renuevos cuya envergadura queda ahora patente en el estirón —de cuatro a doce— que ha experimentado este AÑO CRISTIANO.

Semejante tarea de revisión y actualización la hubiera emprendido la BAC. Era su obligación y su deseo. Y buena prueba de ambos imperativos son las carpetas que guarda nuestro archivo y en las que el inolvidable Lamberto de Echeverría (promotor y animador por excelencia de las dos anteriores ediciones de nuestro AÑO CRISTIANO) tenía ya acumuladas las novedades y correcciones pertinentes. Su muerte, tan súbita y tan sentida en la BAC y en el conjunto de la Iglesia española, segó aquella ilusionada intentona.

Pero, al propio tiempo, puso de manifiesto que su efecto hubiera sido precario. El pontificado de Juan Pablo II estaba ya demostrando con creciente evidencia que la santidad cristiana es una realidad de cada día y de cada latitud; que, por consiguiente, el martirologio o santoral, lejos de ser memoria fosilizada, es un caudal fresco y abundante que riega generosamente el hoy de la Iglesia.

¿Cómo intentar la actualización de algo que cambia y crece sin cesar?

Naturalmente esa pregunta y esa perplejidad siguen en pie también en este momento en que la BAC ha decidido ya la tercera edición de su AÑO CRISTIANO. Es claro que futuras ediciones irán incorporando las novedades sucesivas.

Y sin embargo, habrá que reconocer que contamos hoy con una ventaja de la que estaban pendientes ya nuestros predecesores aunque no llegaron a disfrutarla.

Es sabido, en efecto, que el Concilio Vaticano II, en su constitución *Sacrosanctum Concilium,* ordenó la revisión y adapta-

ción de todos los libros litúrgicos. El mandato alcanzaba también al Martirologio o Santoral, libro litúrgico de pleno derecho y de peculiar significación y complejidad dadas sus implicaciones históricas que requerían estudios críticos minuciosos y especializados. La tarea de su revisión podía resultar dilatada. ¿Cómo arriesgarse como editorial responsable a componer un AÑO CRISTIANO sin contar con la referencia obligada del Martirologio romano ya autorizadamente puesto al día? ¿No había que sacrificar las prisas editoriales o comerciales a la firmeza histórica y a la seguridad doctrinal que ofreciera la edición posconciliar? ¿No era ésa la mejor forma de servir a los intereses de los lectores?

El proceso de reforma y adaptación del martirologio romano ha durado desde 1966 hasta 2001, año en que apareció finalmente la llamada «edición típica». Una espera harto larga. Pero ha otorgado al Martirologio romano una mayor credibilidad histórica, un orden hagiográfico más acorde con la doctrina y las reformas derivadas del Vaticano II y, en consecuencia, mayor fiabilidad para la vida litúrgica y la piedad cristiana. Es un buen fruto —uno más— que procede apuntar a la cuenta del gran concilio de los tiempos modernos, pilotado por Juan XXIII y Pablo VI.

Contando ya con la pauta insoslayable del martirologio reformado y renovado, se imponía ponerlo cuanto antes al servicio de los lectores y usuarios de habla castellana, tanto en España como en Hispanoamérica. Es un reto que la BAC ha asumido con responsabilidad editorial y que trata ya de cumplir con prontitud y rigor. De tal compromiso no habrá mejor prueba y anticipo que este primer volumen del AÑO CRISTIANO que recoge el bloque hagiográfico correspondiente al mes de enero.

Estoy seguro de que nuestros lectores, los interesados por la hagiografía, por la piedad o simplemente por la historia, compartirán con la BAC la impresión de que la larga y obligada espera que ha tenido que observar nuestro AÑO CRISTIANO no le priva de sentido ni de oportunidad. Todo lo contrario. El momento presente, con sus grandezas y miserias, con sus luces y sombras en la parcela de lo religioso, hace especialmente atina-

da la publicación de un santoral serio y documentado de la Iglesia católica.

Son tiempos, los nuestros, de secularización, que quiere decir, lisa y llanamente, de descristianización. En ellos —sin entrar aquí en análisis globales— prolifera y crece la ignorancia religiosa, ya tan patente. A su sombra las verdades de la fe y los juicios de la moral cristiana pierden vigencia y hasta significado.

Es lo que ocurre también en el terreno de la hagiografía. No es que haya desaparecido el culto a los santos, a su vida o a sus imágenes. Lo que se ha nublado en buena parte es su relevancia para la vida cristiana. Con la ignorancia ha sobrevenido la confusión. La cantera del santoral para dar nombres de pila a las personas está en declive. El conocimiento de las vidas de los santos se ha reducido hasta confundirlos con héroes o dioses de los martirologios paganos. Se ha acentuado, aún entre los que se profesan devotos de advocaciones concretas, la brumosidad de los contornos y de los conceptos.

Por supuesto que siempre existió en el pueblo cristiano la tendencia a interpretar el martirologio o santoral en *clave sanitaria o terapéutica*. Para cada santo o santa, el remedio de una enfermedad, de un apuro doméstico o de una urgencia personal. Una notoria reducción de la piedad al utilitarismo.

Esta tendencia, que, en su ingenuidad, parecía atesorar algo misteriosamente sagrado, tiende hoy a desaparecer. A los santos se los mete cada vez más en la zambra de los videntes, los adivinos, las cartas, la superchería y las voces de ultratumba. Ahora hay santorales para agnósticos y santorales de puro humor a costa de los santos que pueden alcanzar cotas notables de acidez o de impiedad. ¿No es el caso, nada infrecuente, de anuncios y montajes publicitarios a cargo del santoral y al servicio de cualquier producto en el mercado?

Son interrogantes y evidencias que han movido también a la BAC a poner todo el esmero posible en la reedición del AÑO CRISTIANO. Y aquí no hablamos ya de circunstancias de esta tercera edición sino de sus objetivos editoriales.

El servicio que la BAC pretende prestar con este renovado AÑO CRISTIANO a sus lectores y a la Iglesia tiene perfiles muy precisos.

Principalmente, la mejora de los recursos didácticos para una sabia y atinada catequesis. Los santos, sus vidas y ejemplos, son fuente inagotable para la educación cristiana. No es su utilidad terapéutica o milagrera lo que de ellos nos interesa, sino la enseñanza cristiana que se deriva de sus virtudes y conductas como testigos de Jesucristo, como reflejos de su vida y como *caminos* que nos llevan al *Camino* por excelencia, que es Él.

Este AÑO CRISTIANO no pretende, por tanto, fomentar la *santería* en detrimento de la *cristería,* dicho en términos populares. Muy al contrario, es una contribución a la *Cristología* a través de la *hagiografía.*

Para una editorial que se presenta y es reconocida como «el pan de nuestra cultura católica», no es la edición del AÑO CRISTIANO un entretenimiento ni una rutina. Es un servicio consciente y una contribución animosa al fomento y a la recuperación del cristocentrismo en la vivencia cristiana de nuestro tiempo.

Algunos pastores y pastoralistas han alertado sobre el peligro de que el culto a tantos santos y beatos, la proliferación de tantas devociones particulares, pudiera difuminar, como *efecto colateral,* el aprecio central e irremplazable de Jesucristo. Sería aquello de que los árboles no dejaran ver el bosque.

Ni el peligro ni la advertencia son sólo de hoy. Léanse si no las constituciones conciliares *Lumen gentium* y *Sacrosanctum Concilium.* También la introducción que figura en la edición típica del Martirologio Romano.

En cualquier caso, la BAC pone ahora en circulación esta nueva edición de su AÑO CRISTIANO como homenaje a Jesucristo cumbre de la santidad y modelo de todos los santos y beatos que la iglesia ha reconocido a lo largo de los siglos como seguidores e imitadores del Maestro. «Por la hagiografía al Cristocentrismo» podría ser el lema de ese propósito editorial.

Perfiladas las circunstancias y las intenciones de esta obra, nada he de decir sobre su articulación, ni sobre los criterios metodológicos o redaccionales que se han seguido en su elaboración. Tanto estos como otros particulares técnicos que ayudarán en su utilización figuran ya en la *nota introductoria* preparada por el coordinador de la edición.

Pero no puedo ni quiero excusarme de eso que cabría llamar *párrafo* o *capítulo gratulatorio.* En toda obra hay presencias o prestaciones que agradecer. En ésta, doblemente. Por ser parte de una autoría general y por situarse, además, entre la novedad y la continuidad.

En este AÑO CRISTIANO se recoge con respeto y gratitud el trabajo y el nombre de cuantos autores pusieron sus manos en las dos primeras ediciones. Quien se tome la molestia de repasar la lista de autores se encontrará con gratísimas sorpresas. Caerá en la cuenta de que los directivos de la BAC y los coordinadores del AÑO CRISTIANO no escatimaron esfuerzos para comprometer en la edición de esta obra a lo más granado y representativo de la literatura, de la liturgia, de la historia, de la clerecía y del laicado de aquel tiempo. Nombres resonantes, figuras señeras de sabios, de humanistas, de maestros en liturgia o en espiritualidad. Obispos y sacerdotes, frailes y monjas de hábitos diferentes, pastoralistas y teólogos tejieron —con encomiable sentido hagiográfico— aquellas vidas de santos que llenaban los cuatro volúmenes del AÑO CRISTIANO para muchos lectores todavía de feliz recordación. Son textos y relatos que merecían sobrevivir y que aquí están de nuevo para deleite y edificación de cuantos se acerquen a ellos.

De la larga y lujosa nómina de aquellos autores —muchos vivos aún y no pocos ya fallecidos— permítaseme recordar a los cuatro que pusieron las bases y lucharon con denuedo por esta obra. Me refiero a sus promotores: Casimiro Sánchez Aliseda, Luis Sala Balust, Bernardino Llorca y Lamberto de Echeverría. Ahí quedan, como en un merecido cuadro de honor, en el comienzo de la nueva andadura del AÑO CRISTIANO de la BAC que ellos, en su solar académico de Salamanca, pusieron en marcha cuando el Concilio Vaticano II estaba todavía por inventar. Aquel espléndido trabajo se ensambla ahora en las nuevas aportaciones incorporadas a este santoral. La selección de los actuales redactores no ha sido menos cuidadosa. Lo nuevo, lo que ahora se entrevera con naturalidad en lo ya hecho, no desdice de lo anterior. Es más, presenta algunos méritos peculiares. Por ejemplo, el haber tenido que lidiar —valga la expresión— con biografías de santos y beatos en buena proporción

desconocidos. Quiere ello decir que nos han puesto al tanto, por vez primera en lengua castellana, de la vida y las buenas costumbres de esa multitud casi innumerable de hombres y mujeres que en las últimas décadas, a partir de 1966, han alcanzado la declaración de santidad bien en solitario, bien en grupos de mártires.

Estas semblanzas de nuevo cuño han salido también esta vez de monasterios femeninos o masculinos, de archivos catedralicios, de escuelas de teología o de liturgia; de plumas y de ordenadores de expertos en hagiografía que se han sumado laboriosa y animosamente a la tarea de completar y reverdecer este AÑO CRISTIANO. A todos ellos el reconocimiento de la BAC.

Mención aparte por su capitanía en esta edición, merece José Luis Repetto Betes que cumple ahora las funciones de coordinador y que viene de largo trabajando en este proyecto con entrega y eficacia por encima de cualquier ponderación protocolaria. En este maduro clérigo y deán jerezano ha encontrado la BAC al impulsor y coordinador que esta obra (y los lectores que cabe suponer que tendrá) merecían. Experto hagiógrafo, hombre de estudio y reflexión con abundante obra publicada (algunos títulos en el catálogo de la BAC), José Luis Repetto ha marcado el trabajo del renovado AÑO CRISTIANO con el rigor y la ponderación que le son consustanciales.

Para él la gratitud y la complacencia de esta editorial como prenda y anticipo del reconocimiento que a su esfuerzo deberán cuantos de aquí en adelante utilicen los volúmenes de este AÑO CRISTIANO.

No cerraré este turno gratulatorio sin manifestar, en nombre de la BAC y en el mío propio, el agradecimiento a tantos lectores y amigos como, durante los últimos tiempos, han echado de menos este AÑO CRISTIANO y han insistido en su reedición. A ellos, a su confianza y a su amistosa presión se debe también en buena parte esta tercera edición.

Que toda ella, los doce volúmenes que tendrá y que irán llegando gradualmente, redunde en mayor gloria de Dios Padre, en imitación de su Hijo bendito, Jesucristo, y en gozo de su Espíritu Santo Paráclito.

Con laudes o elevaciones de esta guisa trinitaria solían cerrar sus páginas los santorales antiguos. La BAC se suma al amén, así sea, que venía después. Y se permitirá a la vez (no podía ser de otra manera) confiar el buen fruto de esta obra a la intercesión de todos los santos y beatos que —sin distinción de grado, sexo o condición— poblarán las páginas de este AÑO CRISTIANO renacido en los umbrales todavía del tercer milenio.

JOAQUÍN L. ORTEGA
Director de la BAC

NOTA INTRODUCTORIA

CRITERIOS SEGUIDOS PARA ESTA EDICIÓN

Una vez definido el propósito de reeditar el *Año cristiano,* empezamos por fijar criterios que sirvieran de guía en la misma, y que ahora exponemos para información del lector y facilidad de su uso.

En primer lugar se fijó el criterio de que, con muy escasas excepciones, se reeditaría todo el conjunto de artículos que componía la segunda edición, la de 1966. Su texto, avalado por el éxito editorial de las dos anteriores ediciones, completamente agotadas, no ha sufrido revisión ni variación. Va tal cual lo escribieron en su tiempo los diferentes y acreditados autores que lo firman. En el fondo no han tenido más añadidura que la referencia a la canonización de aquellos santos que entonces eran solamente beatos. Y esas excepciones son sobre todo las debidas a las variaciones introducidas por el nuevo Misal de Pablo VI, de 1969, que tiene algunos cambios en la denominación de fiestas, como la del 1 de enero, o en el santoral. Creemos que esta fidelidad al texto de las primeras ediciones avala que a ésta se la llame tercera edición.

Pero no se quería simplemente reeditar, sino que se quería también completar y poner al día. Para completar, hemos añadido santos o beatos importantes anteriores a las últimas canonizaciones y beatificaciones y que en su día no se biografiaron en dichas primeras ediciones. Para poner al día, hemos añadido los nombres de muchos santos y beatos que en estos últimos tiempos han sido declarados tales por la Iglesia, y cuyo número, como es bien sabido, es grande.

Nos pareció que saldría una obra demasiado abultada si a cada uno de todos estos santos o beatos les señalábamos una nota biográfica de la misma extensión que las de las ediciones anteriores. Y para evitar ese tamaño demasiado crecido, pero para no pasarlos tampoco en silencio, hemos dividido las bio-

grafías en *extensas* y en *breves*. El criterio seguido para asignar a un santo o beato una biografía extensa o breve ha sido el de su importancia en el santoral: por ser más o menos conocido, por ser significativo de un tiempo o una situación, o por ser interesante al público de habla hispana, o por ser fundador o fundadora de una comunidad religiosa, a todos los cuales fundadores o fundadoras hemos tomado el criterio de dedicar una biografía extensa. Y naturalmente hemos tenido en cuenta el cada día mayor santoral de las iglesias iberoamericanas.

Hemos añadido también artículos referentes a los tiempos litúrgicos, p. ej. Cuaresma, ya que son parte importante y vital de lo que se llama el año cristiano.

Y hemos añadido a cada día su martirologio o lista de los santos y beatos que para esa fecha señala el Martirologio Romano. De esta forma cada día puede saber el lector cuáles son los santos que la Iglesia conmemora, y de la mayoría de ellos tiene una nota biográfica, extensa o breve.

Esta obra sigue el nuevo *Martirologio romano* que, como edición típica, ha sido publicado el año 2001. Este seguimiento ha hecho que no demos entrada en el *Año cristiano* sino a los santos y beatos que en dicho Martirologio se recogen, enviando al apéndice las notas biográficas de otros que no están incluidos en él pero que pueden resultar interesantes p. ej. por celebrarlos, en su propio de los santos, alguna diócesis española. De todos modos son muy pocos. Igualmente ha obligado el seguimiento del nuevo Martirologio Romano a resituar no pocas biografías que en las ediciones anteriores se encontraban en otras fechas y que han sido pasadas al día que ahora se les asigna.

Nos parece que este criterio de seguir el nuevo Martirologio no necesita defensa. Pues aunque se le hayan encontrado al texto del mismo algunos fallos de detalle, pero sustancialmente es un texto definitivo. No olvidemos que el Martirologio es un libro litúrgico, editado por la Congregación del Culto Divino y de la Disciplina de los Sacramentos, promulgado por la autoridad del Romano Pontífice, cumpliendo una determinación del Concilio Vaticano II. Se trata del registro oficial de santos y beatos que hace para su uso la Iglesia Romana y que tiene vi-

gencia en todo el ámbito, tan mayoritario dentro de la Iglesia, del rito romano. Hay que decir que en su actual edición se ha hecho una grande e inmensa labor, verdaderamente meritoria, y que con ella se ha cumplido el objetivo conciliar de máxima historicidad, y el de poner al día esta lista oficial con la añadidura no solamente de los nuevos santos sino también de los beatos, ya que, aunque en distintos niveles, unos y otros reciben legítimamente culto público en la Iglesia. Con este libro la Santa Sede presta un meritorio servicio a la religiosidad y piedad de los fieles. Nos parece que no puede en adelante editarse o reeditarse un *Año cristiano* sin tenerlo de guía.

Con respecto a la bibliografía digamos que hemos seguido el criterio que se usó en las ediciones anteriores. Precede a este primer tomo una bibliografía general, que hemos actualizado por la añadidura de muchas reseñas. En esta bibliografía general se indican las obras que se refieren a todo el calendario o a una parte de él, p. ej. el santoral de una nación, el de una congregación u orden religiosa, el de los mártires de una persecución, etc. Pero, conservando el criterio de anteriores ediciones, la bibliografía específica de cada santo o beato de las biografías extensas va al final de cada una de ellas.

Hemos pensado que con estos criterios volvemos a darle al lector el ya clásico *Año cristiano* de la BAC pero con ampliaciones y mejoras que esperamos merezcan su atención.

JOSÉ LUIS REPETTO BETES
Coordinador

INTRODUCCIÓN GENERAL

I

1. **Llamamiento universal**

La nota característica del Evangelio es su universalidad. En el Nuevo Testamento, Dios llama a todos. No hay distinción entre judío y griego, bárbaro y escita. La invitación de Cristo es general: *Venid a mí todos.*

Ahora bien, en el reino del Padre hay muchas moradas. En la Iglesia, dirá San Pablo, hay muchos dones. Todos colaboran en la edificación del cuerpo de Cristo, todos cumplen una misión, como en el cuerpo cada miembro ejercita una función. Así, hasta llegar *a la consumación de los santos en el trabajo ministerial, hasta alcanzar todos, por la unidad de la fe y del conocimiento del Hijo de Dios, el varón perfecto, a medida de la edad llena de Cristo* (Ef 4,12-13).

En este sentido la santidad es una realidad escatológica. Sólo en el cielo llegaremos a esa unidad y plenitud en que Cristo lo sea todo en todos. Pero la Iglesia, el reino de Dios, tiene una fase terrena. Y es aquí donde este reino *padece violencia,* es aquí donde se inicia la santidad, que se consuma en la otra vida y alcanza su perfección al pasar del camino a la patria, del estado de tránsito al de posesión. La Iglesia no canoniza sino a los que han muerto.

Mas mientras peregrinamos hacia el Señor es cuando se hacen los santos. Y a la santidad, dijimos, Dios llama a todos. Nada más fácil que acumular los textos de la Escritura que incitan a la perfección: *Sed perfectos, como vuestro Padre celestial es perfecto* (Mt 5,48).

Esta perfección es exigente, *mayor que la justicia o santidad de los escribas y fariseos* (Mt 5,20), considerados entre los judíos como los perfectos, pero que reparaban demasiado en lo legal y exterior, descuidando el espíritu, que es donde reside la santidad.

Por eso la ley cristiana es tan estricta, y se halla formulada en el Sermón de la Montaña, que comienza por el código de las bienaventuranzas, el mismo que sirve de lectura evangélica en la misa de Todos los Santos (1 de noviembre).

Esta santidad cristiana no es una perfección levantada sobre virtudes abstractas. Entre el filósofo pagano, que ordena su vida según una ética rigurosa, y el santo hay una diferencia sustancial.

El primero sirve a una idea, el segundo imita a una persona. El santo es la reproducción de Cristo, quien nos intima a seguirle, a amarle, a imitarle, porque Él es el camino, la verdad y la vida. *Nadie llega al Padre, al tres veces santo, sino por mí* (Jn 8,12).

De esta manera la santidad, en lo que cabe, es fácil, porque de abstracta se hace concreta, de filosófica se hace cristiana. Más que una especulación, es un oficio, una tarea. Cristo se complace en comportarse como un buen artesano, que enseña haciendo: *Ejemplo os he dado, para que, como yo lo he hecho, también vosotros lo hagáis* (Jn 13,15).

San Pablo habla con apasionamiento de esta noble empresa. Acumula las metáforas, atrevidas a veces, para recalcar esta imitación del único modelo· *Revestíos del Señor Jesucristo* (Rom 13,14) Nuestra vida ha de sumergirse en Cristo, como injertada en la suya: *Vivo yo, ya no yo, que es Cristo quien vive en mí* (Gál 2,20)

2. **Como Juan Bautista**

Así sucede que cada santo es un Juan Bautista que nos va mostrando al Señor. Cuando Jesús acudió al Jordán parecía un hombre como los demás, nada le distinguía de los otros hombres. Pero de pronto el Bautista, señalándole con el dedo, dijo:

— Éste es el Cordero de Dios.

Juan y Andres, discípulos del Bautista, que oyeron sus palabras, siguieron a Jesús, y, además, le buscaron nuevos discípulos

Igual hacen los santos: manifestarnos a Cristo en su vida y conducirnos a Él, son como una reproducción de Cristo hecha según la escala humana. Al mostrarnos cómo ellos han seguido a Jesús, nos estimulan a que le sigamos también nosotros.

Lo que ocurrio un día entre el Bautista, Juan y Andres, se repite indefinidamente a través de la historia de la Iglesia.

Los santos nos van mostrando a Jesus Porque, si Dios es el sol de la santidad, ellos son como gotas de agua cristalina y transparente que reflejan aquel divino luminar

3. **Diversas facetas**

Pero los santos, como limitados, no pueden agotar el modelo que pretenden reproducir Ya es mucho que nos den alguna faceta del mismo, algún rasgo saliente que nos recuerde a Cristo

En cambio, tienen el arte de presentarnos la imagen de Jesús situada en el tiempo y en el espacio

Así como por el misterio sacramental entramos en contacto con el misterio de la existencia terrena del Salvador, y la liturgia nos hace revivir a través del ciclo temporal el nacimiento, la vida pública, la pasión, muerte y resurrección de Cristo, y por los sacramentos se aplican a nuestra santificación los frutos de redención que Él nos mereció al encarnarse, así los santos reproducen la vida del Señor tal como se habría desarrollado si Él hubiera estado en aquellas circunstancias, de tiempo (en la época precisa de la historia humana en que vivieron), de lugar (país y condiciones materiales), de posición social (ambiente familiar o racial, situación política, económica, cultural).

> La historia de Jesus, su breve existencia visible, se desarrollo en un medio muy definido, en tiempos de Augusto y Tiberio, en Palestina, cuando el judaismo se hallaba en la decadencia que le llevaria a la ruina De esta existencia historica de Jesus conocemos algunos hechos por los cuatro evangelios Durante diecinueve siglos los hombres han meditado cada linea de estos libros para tratar de vivir a su vez esa misma vida Pero nadie se ha encontrado en las condiciones materiales y sociales identicas a las que le toco vivir al divino Maestro Asi los santos no han podido simplemente copiar, se han visto obligados a transportar Mas para no dar una imagen falsa o muerta, han tenido que permanecer fieles al espiritu mas que a la letra, recreando e inventando antes que copiando, de modo que cada uno de ellos ha sacado un retrato inedito

Y como lo que se hereda con la sangre y se adquiere con la educación no era lo mismo en los santos que en Cristo, sobre

tales bases hubo de trabajar el espíritu de Jesús, para que la fisonomía de cada santo conservara sus trazos característicos e inconfundibles, sin que se diera la reproducción en serie del mismo cliché. Los santos difieren sorprendentemente unos de otros, si bien conservan un aire de familia, que les viene de su parecido común con Jesús.

¡Qué diferencia de situación y de carácter entre San Fernando y San Pascual Bailón, entre Santa Mónica y Santa Juana de Arco! ¡Y qué diferencia entre el medio palestinense y judío del siglo I y las circunstancias políticas, sociales y culturales de estos otros santos! Ninguno de ellos, para imitar a Jesús, hubo de renunciar a lo que les era propio, como patrimonio inalienable de su personalidad. Es como si ellos, diríamos parodiando a San Pablo, hubieran completado en su propia vida lo que faltó a la vida terrestre de Cristo para manifestarse plenamente en toda su gama de situaciones.

El amor de Jesucristo al desierto y a la oración nos ha sido revelado más explícitamente por la soledad de San Antonio Abad o San Bruno; su pobreza voluntaria, por el desprendimiento de San Francisco de Asís; su compasión hacia las miserias humanas y su actividad ingeniosa para remediarlas ha tenido más amplias manifestaciones en San Vicente de Paúl; su caridad con los pecadores arrepentidos ha vuelto a revivir en el confesonario del Cura de Ars, y su afecto a los niños florece todavía en las casas de San Juan Bosco.

La manera más fácil de imitar a Jesús es, por lo general, imitar a sus santos. Ellos están más cerca de nosotros, de nuestras condiciones de vida, quizá sus circunstancias se asemejan más a las nuestras. Esto no impedirá el volver continuamente los ojos al divino modelo; aunque algunos de sus rasgos habrían escapado a nuestra observación si no hubieran sido puestos a luz por esta o aquella alma privilegiada que los hicieron revivir. Bien pueden decir como San Pablo: *Sed mis imitadores como yo lo soy de Cristo.*

4. No son estatuas

> El culto cristiano a los santos ha poblado de sus efigies nues tros templos Solemnes, hieraticos, los vemos levantados sobre sus altas hornacinas Vestidos de ricos ropajes que pintores e imagineros rivalizaron en decorar con oros y cenefas, en actitudes convencionales, sometidos a la rigidez de la estatuaria, podemos llegar a pensar que los santos fueron seres impersonales, por encima de las categorias aristotélicas El mismo arte narrativo de otros tiempos se complacio en presentarlos como inasequibles a causa de una santidad que nacia con signos de predestinación o se elevaba a tales alturas que era imposible seguirla en su raudo vuelo

Los santos no fueron estatuas. Vivieron, se movieron, conversaron y también, a veces, pecaron. Ante sus contemporáneos no siempre tuvieron aquella aureola que se les colocó el día de su canonización.

El mismo Jesús, hasta los treinta años, era tenido por un sencillo artesano, y el «Santo de Dios» pasó tan desapercibido entre los habitantes de Nazaret, que se preguntaban con extrañeza y sorna: «¿Pues no es éste el hijo de José el carpintero?».

María, su madre, la más grande de las santas, fue otra aldeana que pasó su vida entre la cocina, la costura, el taller y los pocos animales domésticos de un hogar obrero. Cuando Teresita acababa de expirar, una monja dijo a su compañera: «¿Qué podrá decir la priora de sor Teresa? No ha hecho nada de particular». A los ojos de aquella carmelita la vida de Santa Teresa del Niño Jesús era como la de todo el mundo. La verdadera santidad no se ve, está en el corazón.

Precisamente, una de las presencias de Cristo en su Iglesia es a través de sus santos, de modo que ha querido santificar por medio de ellos todas las edades, todas las profesiones, sexos, lugares, naciones, razas.

Igual que se multiplica en las hostias consagradas, multiplica también su santidad en aquellas almas excepcionales. No siempre una lámpara luce junto a cada santo, como luce frente a la puerta del sagrario. Estas lámparas las enciende la Iglesia el día de la canonización. Y con ello nos dice al mismo tiempo que el fenómeno de la santidad heroica es inherente a la Iglesia católica y una de sus señales apologéticas. Siempre ha habido y habrá

santos en el mundo. ¡Quién sabe si ahora, a nuestro lado, hay un santo irradiando caridad a nuestro alrededor!

Esta presencia de la santidad debe estimularnos a todos los cristianos. Porque los santos no fueron todos monjes u obispos. Santa Juana de Arco y San Pascual Bailón fueron pastores. San Fernando fue rey, intervino en varias guerras y contrajo segundas nupcias; tuvo la suerte de triunfar siempre en sus empresas militares. Su primo San Luis, también rey, sólo cosechó derrotas; tuvo once hijos y sufrió no poco con las desavenencias entre su madre y su esposa. Santa Blandina y Santa Zita fueron criadas; Santo Tomás Moro ocupó altos puestos en la política; Santa Mónica, una viuda con un hijo descarriado, al que logró reducir a fuerza de lágrimas; Santo Domingo Savio fue un estudiante de quince años; Santa María Goretti, una niña semianalfabeta; San Benito José de Labre, un mendigo que recorrió pidiendo muchas ciudades... Hubo santos médicos, como San Cosme y San Damián; abogados, como San Andrés Avelino; pintores, como Fra Angélico; catedrático y concejal, como el Beato Contardo Ferrini; poetas, como San Juan de la Cruz; negros, como San Martín de Porres y los mártires de Uganda. El santo más joven es un japonés, San Ignacito, de nueve años, mártir.

Los santos aparecen unas veces en la historia solos, como los cedros en la llanura; otras, se relacionan entre sí. Santa Teresa estuvo en comunicación con toda la pléyade de santos españoles del siglo XVI, con San Juan de la Cruz, con San Pedro de Alcántara, con el Beato Ávila... En el París del siglo XVII coinciden San Francisco de Sales, San Vicente de Paúl, Santa Luisa de Marillac, Santa Francisca Fremiot de Chantal y Beata María de la Encarnación. Es interesante el grupo de santos torineses del siglo pasado: Bosco, Cafasso, Cottolengo, Savio. Todos recordamos, por lo demás, la frase tan repetida del Martirologio: San X y compañeros mártires... Es que la santidad es contagiosa, porque el bien tiende, naturalmente, a difundirse, y Dios hizo al hombre como ser sociable, que se ayuda para lo bueno, pero, desgraciadamente, también para lo malo.

5 Los santos viven

Aunque murieron terrenalmente, los santos viven en el cielo, y los cristianos podemos beneficiarnos de su poder intercesor. Los santos no están alineados en la gloria como las estatuas que pueblan las archivoltas de nuestras catedrales.

Poco antes de morir dijo Santa Teresita: «Quiero pasar mi cielo haciendo bien sobre la tierra». Con ello quería decir que no pensaba emplear su vida celeste en cantar salmos sentada en una silla coral, sino que el doble amor que animó su vida aquí abajo, podría emplearlo igualmente en el cielo amando a Dios y haciendo beneficios a los hombres

Cómo sea esta vida del cielo no podemos explicarlo, porque transciende nuestros pobres sentidos, pero sabemos que los santos tienen poder intercesor ante Dios, según explica con precisión teológica Santo Tomás.

> «Cuanto mas perfecta ha sido la caridad de los santos que estan ya en la Patria, tanto mas interceden por aquellos que estan todavia en camino, ya que pueden ayudarles con sus oraciones, y cuanto mas unidos estan a Dios, tanto son mas eficaces estas oraciones suyas Asi se realiza el orden divino que hace refluir sobre los inferiores la excelencia de los superiores, como la claridad del sol se desparrama en el aire» *(S Th* 2-2 q 83 a 11)

Sale al paso una objeción sutil: «¿Cómo pueden los bienaventurados conocer lo que pasa en la tierra? ¿Cómo pueden, en particular, tener conocimiento de las súplicas que se les dirigen?».

La respuesta nos la da nuevamente Santo Tomás: «Cada santo debe ver en la esencia divina todo lo que es necesario para su felicidad» Ahora bien, la bienaventuranza supone el perfeccionamiento en Dios de todo lo que aquí era incompleto. Si los afectos terrestres son queridos por Dios, deben finalmente hallar su plenitud en El. Y Dios no puede privar a los bienaventurados de conocer en su luz las súplicas que se les dirigen, ni rehusar aquellas cosas buenas que les pidan.

6. Santos patronos

En esta doctrina se funda el patronato que la Iglesia señala a los santos. El más universal es el concedido a cada cristiano en el santo bautismo. El canon 761 ordena:

> «Procuren los párrocos que se imponga nombre cristiano al bautizado, y si no pudieren conseguirlo, añadan al dado por los padres el nombre de algún santo, y consignen ambos en el libro de bautizados»

Por este acto la Iglesia nos liga a un santo determinado, y nos encomienda a su protección, exhortándonos a la vez a que le imitemos en sus virtudes.

Después vinieron los patronos de las corporaciones. Lo expresa con claridad el canon 1278:

> «Es laudable elegir a los santos, y, con la confirmación de la Sede Apostolica, constituirlos Patronos de las naciones, de las diocesis, de las provincias, de las cofradias, de las familias religiosas y de otros lugares y personas morales»

Estos patronazgos suelen nacer en virtud de alguna relación entre el santo y la entidad que se encomienda a su poder intercesor Con frecuencia fue un hecho milagroso el que determinó la elección. Santiago fue elegido patrón de España a raíz de la victoria de Clavijo, atribuida a su intervención milagrosa. En otros casos es por ser santos del propio país; por esta razón San Francisco de Asís y Santa Catalina de Sena son patronos de Italia. Otras veces, por razones de tipo histórico. Las expediciones de los catalanes a Grecia y de los ingleses a Tierra Santa determinaron el escoger por patrón a San Jorge, muy venerado en Oriente, mas de cuya vida tenemos escasas noticias, pero sí frondosas leyendas.

En cuanto a las profesiones, se busca el parentesco espiritual del patrón sobre los del gremio. San Juan Crisóstomo, de arrebatadora elocuencia, lógicamente debe ser el patrón de los predicadores. San Gabriel Arcángel, que fue comisionado para la más feliz embajada de todos los tiempos, es patrón de la carrera diplomática. Santa Apolonia, que sufrió el martirio de arrancarle todos sus dientes, es patrona de los odontólogos, etc.

Así los santos están ligados a nuestra vida, y después de muertos siguen enviando, como prometiera la Santa de Lisieux, una lluvia de gracias sobre la tierra.

Y Dios ha querido concedernos patronos aun para las cosas pequeñas. Y no hay que atribuir a superstición el que los fieles invoquen a San Antonio para que les ayude a encontrar objetos perdidos, porque sin duda que el Santo, compasivo también en el cielo, acude en socorro de quien le invoca en estos cotidianos apuros.

7. **Influjo en la historia**

El patronato de los santos ha dejado huella imborrable en la historia, en la geografía, en la literatura y en el arte. ¿Se podrá hacer la historia de Venecia prescindiendo de San Marcos? ¿Se podrá hablar de Madrid olvidando a San Isidro? ¿Se podrá escribir la historia medieval sin mencionar el carácter religioso de los gremios, ligados a un patrón, personaje vivo y real, no sólo en la capilla o en la ermita donde se le festejaba, sino en el cotidiano quehacer del oficio respectivo?

Numerosas ciudades portan todavía el nombre de sus santos patronos: San Sebastián, San Francisco, Santiago de Chile o de Compostela, Saint Moritz, Saint Michel... Tantas veces el santuario venerable dio ocasión al núcleo urbano o la tumba fue origen de peregrinaciones, que crearon toda una corriente de cultura, como en el caso del camino de Santiago.

Además de ciudades y pueblos existe una rica toponimia con nombres de santos, ligados a vías de comunicación, puentes, valles, montañas, castillos, oratorios, ermitas... La tradición, la leyenda, el folklore, se benefician de tales circunstancias, porque fue alguna reliquia del santo, algún milagro, algún monasterio o santuario el que determinó tales denominaciones.

El caso de América es excepcional. El viajero que toma el tren en Los Ángeles va desgranando el nombre de las estaciones como unas letanías: San Francisco, San Diego, Santa Clara, San Juan de Capistrano. Nuestros navegantes y conquistadores bautizaban con santos del calendario de la Iglesia los valles, las

ensenadas, las ciudades y los contornos geográficos. Nuestra honda religiosidad se hizo geografía.

8. En la liturgia

La intercesión de los santos se hace más intensa en el culto oficial de la Iglesia. La misa comienza con las invocaciones del *Confiteor,* en que imploramos perdón por el valimiento de la Virgen María, de San Miguel Arcángel, de San Juan Bautista, de los santos apóstoles San Pedro y San Pablo y de «todos los santos».

Ya dentro del canon, antes y después de la consagración, los santos vuelven a los labios del celebrante, entrando en comunicación con ellos para rogarles su ayuda o para desear vernos algún día en su compañía en el cielo.

La Iglesia ha inventado, además, las letanías, que son súplicas breves y apremiantes elevadas a Dios por medio de los santos. Estas letanías sólo ocurren en la liturgia en momentos graves, en que la intercesión de los bienaventurados es de todo punto necesaria ante la magnitud de la gracia que se postula. Entonces la Iglesia de la tierra requiere a la Iglesia del cielo para que presente sus demandas al Todopoderoso.

Estas letanías revisten en ciertos casos un rito peculiarísimo y único, que sólo entonces se emplea: la postración. Durante las ceremonias de la ordenación sacerdotal, para invocar sobre los elegidos la benevolencia divina, éstos se postran sobre su faz, tendidos en el suelo y como aniquilados, y sobre ellos caen una a una las invocaciones de las letanías. También en la profesión de las religiosas suele formar parte del ceremonial.

Las letanías resuenan la noche del Sábado Santo, durante la vigilia pascual, antes de la bendición de la fuente, para que Dios otorgue a las aguas el poder santificador que las convierta en materia apta del santo bautismo.

Para pedir el fruto de las cosechas se bendicen los campos, durante tres días anteriores a la Ascensión y el día de San Marcos; son las rogativas. En ellas se cantan procesionalmente las letanías.

Pero nunca resultan éstas tan solemnes como rezadas cabe el lecho de un moribundo en la «recomendación del alma».

Ciertos santos más relacionados con los enfermos, y después todos, clasificados por grupos, son invocados para que acojan el alma de aquel cristiano, que dentro de poco comparecerá en la presencia de Dios. Ellos, como buenos intercesores, abogarán por él para que no se sienta desamparado en el momento del juicio.

9. **A través del año litúrgico**

En el ciclo litúrgico, además del «propio del tiempo» que gira alrededor de la festividad de la Pascua y conmemora las fiestas del Señor, tenemos el «propio de los santos», o sea, el conjunto de fiestas que tienen un día fijo en el calendario eclesiástico. Al proponernos tales conmemoraciones, la Iglesia quiere estimularnos con el ejercicio de las virtudes de aquellos cuyas fiestas celebramos.

Mas el motivo fundamental de su culto estriba en que ellos son los medianeros de la gracia, de la que, en virtud de la «comunión de los santos», ellos pueden socorrer nuestra indigencia por ser dentro del cuerpo místico los miembros privilegiados, pletóricos de ese don divino que nos hace hijos de Dios. Lo más grande en ellos no son sus eximias virtudes, sino la gracia que los santificó.

Según esto, la propia liturgia propaga no sólo el culto a los santos, sino también el conocimiento de sus vidas. De éstas ofrece un resumen en el segundo nocturno de maitines del Breviario. Además, la celebración de la misa comporta unos textos que van en función de la vida del santo que se festeja, con lo que su recuerdo alcanza a un público más extenso que el eclesiástico, obligado al rezo del oficio. De hecho, los fieles a santos incluidos en el calendario litúrgico es a los que más conocen y estiman, y así les hemos tenido muy presentes al componer este *Año cristiano.*

Según esto, tales santos gozan de una indiscutible ventaja sobre los restantes. Discernir cómo entraron determinados santos en el calendario litúrgico, es labor prolija; baste decir que no siempre han sido razones apriorísticas, sino, con frecuencia, puramente circunstanciales. Pero conviene saber que aparte del

calendario de la Iglesia universal existen los calendarios nacionales, diocesanos y de institutos religiosos, de manera que todos los santos registrados en el «Martirologio» son venerados litúrgicamente en esta o aquella parte. Siendo unos trescientos los días libres del año, descontadas las fiestas del ciclo temporal, no todos los santos pueden recibir veneración litúrgica. Y aún hoy se considera que los santos ocupan un lugar desmesurado en la liturgia, siendo la tendencia a podar, como lo ha demostrado la reforma de San Pío X, en 1914, y otra más reciente, de 1956, y se espera que prevalezca igual criterio en la anunciada reforma de los libros litúrgicos.

10. **Culto a los santos**

Este culto a los santos se manifiesta en el oficio litúrgico propio, como acabamos de decir, y en la veneración de sus reliquias e imágenes. No es culto de «latría» o adoración, sólo debido a Dios, sino culto de «dulía» o veneración, honrándoles como a «amigos y familiares de Dios».

Referente al culto de las reliquias y sagradas imágenes dice el canon 1276:

> «Es saludable y util invocar humildemente a los siervos de Dios, que estan reinando con Cristo, y venerar sus reliquias e imagenes, pero sobre todos los demas deben todos los fieles honrar con filial devocion a la Santisima Virgen Maria»

El culto concedido a las reliquias de los santos tiene un fundamento humano, que nace del aprecio que guardamos a los objetos de aquellas personas que amamos, y también su sepultura la rodeamos de respeto, por contener el cuerpo de un ser querido. Y tiene un fundamento teológico, en cuanto los cuerpos de los santos fueron templos del Espíritu Santo, santificados por el martirio o las austeridades, y también porque dichos cuerpos son como semillas de un futuro glorioso. Por todas estas razones parece obvio concederles muestras de veneración, lo cual se hace hasta con los héroes de la patria o los personajes distinguidos en la ciencia, la política o las letras.

Por eso la Iglesia fomenta el culto de las reliquias, aunque han de gozar de autenticidad, haciendo responsable de tal ga-

rantía a los obispos (can.1283). Por la historia sabemos los numerosos milagros que Dios ha querido obrar al contacto con las reliquias de los santos o también sobre su sepulcro.

Actualmente está prescrito que para la consagración de los altares lleve la piedra del ara un sepulcrito con reliquias de santos, especialmente mártires. En la antigüedad, en las catacumbas y en las basílicas, no se celebraba misa sino sobre las tumbas de los mártires. Al incluir también ahora sus reliquias debajo del altar se recuerda que los santos se unen en su sacrificio al propio de Cristo.

El culto a las sagradas imágenes fue defendido valientemente por la Iglesia contra los iconoclastas; no es idolatría: porque el culto no se dirige al objeto, sino a lo que representa. Gracias a esta norma, el mismo arte se benefició copiosamente, como lo dicen los retablos, esculturas y cuadros que llenan nuestros templos, y después de las depredaciones y desamortizaciones del pasado siglo también los museos. «La Iglesia —dice Pío XII— quiere que en nuestros templos sean expuestas las imágenes de los santos, a fin de que imitemos las virtudes de aquellos que veneramos» (Enc. *Mediator Dei,* nov. 1947).

11. **Clasificación litúrgica de los santos**

Desde antiguo la liturgia ha intentado una clasificación de la santidad. Ya en el *Te Deum,* que se remonta al siglo IV, hallamos huellas de distribución: «Te alaba el coro glorioso de los apóstoles, el laudable conjunto de los profetas y el blanco ejército de mártires». Por entonces no habían encontrado todavía culto los confesores ni las vírgenes.

La fiesta de Todos los Santos nos ofrece otra distribución semejante, aunque más completa, que se remonta a la Edad Media. «Ángeles, arcángeles (se enumeran los restantes siete coros), patriarcas y profetas, santos doctores de la ley, apóstoles, todos los mártires de Cristo, santos confesores, vírgenes del Señor, anacoretas y todos los santos» (antífona al *Magníficat* de las primeras vísperas). Y en los maitines de la misma solemnidad responsorios celebran cada uno de estos grupos con gran belleza. Las letanías de los santos los distribuyen también siguiendo

la pauta del «Común de los santos», en que éstos van agrupados según el orden que les asigna la liturgia. Por la historia conocemos el origen y proceso de esta clasificación.

El culto de los santos nació del culto de los mártires, del sacrificio eucarístico que la comunidad cristiana ofrecía sobre su tumba. Era un culto totalmente local. Pronto al recuerdo de los mártires se unió el recuerdo de los apóstoles, que son como fundamentos sobre los que se levanta la Iglesia. Ellos son los únicos mencionados en el *Te Deum*. Se habla también allí de los profetas, como en la antífona del oficio de Todos los Santos se mencionan los patriarcas y doctores de la ley; pero conviene saber que la Iglesia latina no da culto litúrgico a los santos del Antiguo Testamento; por eso, fuera de estas alusiones, no los encontraremos en más sitios.

El mártir era considerado en la primitiva Iglesia como el «santo» por antonomasia, por lo que sólo a él se daba culto; pero, habiendo cesado el martirio en el siglo IV, el ideal de santidad hubo de sufrir modificación. Entonces apareció el grupo de las vírgenes y de los confesores. Las primeras, porque con el sacrificio de su vida pura emulaban a los mártires, según dice San Ambrosio, y además porque son como la imagen de la Iglesia, la esposa virginal de Cristo. Dentro de las vírgenes, la más perfecta imagen de la Iglesia es la madre virginal, María.

Los confesores comenzaron siendo los mártires frustrados, aquellos que «confesaron» públicamente su fe, pero no alcanzaron la muerte en los tormentos. Quedaban equiparados a los mártires. Cuando ya desaparecen las persecuciones surgen los anacoretas y penitentes, que con su vida austera imitan en cuanto cabe a los mártires. Un cristiano es mártir cuando abandona los goces del mundo y se consagra por completo al Señor. Entre ellos merecen especial mención los que dirigen las Iglesias, los obispos, padres de la grey cristiana, entregados al ministerio salvífico. Los primeros confesores que recibieron culto fueron un obispo, San Martín de Tours, y un papa, San Silvestre.

12. **Martirio, ascesis, virginidad**

Igual que existe una clasificación para los coros de los ángeles, la Iglesia ha clasificado la santidad en tres grandes grupos: mártires, confesores y vírgenes, como tipos de santidad propuestos a los cristianos que peregrinan en la tierra. Porque este triple ideal puede encarnar alguna de las maneras de participar el hombre en el misterio de Cristo, que es necesariamente participación en su muerte y resurrección. En el martirio se propone la participación en la muerte de Cristo, en la virginidad se propone el ideal de la resurrección, y en la ascesis el camino ambivalente hacia el martirio o la virginidad.

Cristo y la Iglesia son uno. Cuando Cristo muere místicamente en la misa, la Iglesia se ofrece con él. Cuando un mártir muere, Cristo continúa su acto redentor. La Iglesia se identifica con Cristo y el mártir se identifica y configura con el mismo Cristo.

Toda la vida cristiana está empeñada en una lucha que no conoce reposo. El alma no puede abandonarse a una falsa seguridad; sólo en la esperanza de la ayuda divina encontrará firmeza. Esta lucha comporta muerte y victoria. Muerte de sí mismo, victoria y resurrección en Cristo; pero con la angustia de la inseguridad. Mientras el mártir sabe que ha muerto, pero ha vencido, el asceta siempre está pendiente de su triunfo definitivo, porque ya dijimos que la santidad es una realidad escatológica. El confesor (traducción griega del nombre de mártir) muere a su yo y a sus pasiones para asimilarse a Cristo por la gracia, dando testimonio de Él.

El Antiguo Testamento no conoció la virginidad, mientras la conocieron los paganos, si bien la redujeron a pura renuncia y esterilidad, como sacrificio a la divinidad, que también impuso la muerte. Mas la virginidad es la vida de los hijos de la resurrección, la vida angélica, donde no se conoce el matrimonio y «seremos como los ángeles de Dios». La virginidad configura la resurrección de Cristo, haciendo participar del carisma del amor eterno, porque no es precisamente la castidad o renuncia el distintivo propio de la virginidad, sino el amor, la caridad, que funde al alma con Dios.

La liturgia, al clasificar a los santos, quiere que nos fijemos en el prototipo, sin perdernos en detalles individualistas, de manera que cada cristiano pueda seguir libremente y a su modo su ideal, fijo en el conjunto y en lo esencial. Después la biografía de cada santo evita las generalizaciones, resaltando sobre un fondo común la vida concreta como realización en el individuo del modelo último, que es Cristo.

13. También los ángeles

Mas la Iglesia no sólo celebra las fiestas de los santos, sino las de los ángeles, pues también ellos tienen parte en la vida de los fieles. Todas las páginas de la Escritura están llenas de revuelos de ángeles.

Un ángel con espada de fuego cierra la puerta del paraíso después de la prevaricación, otro ángel detiene el cuchillo de Abraham cuando iba a dar muerte a su hijo Isaac, otro ángel cruza las casas de los egipcios la noche de Pascua, dando muerte a sus primogénitos, y ángeles incansables son los que cantan el trisagio en la visión de Isaías.

El Nuevo Testamento nos trae los ángeles que prepararon los caminos de la redención.

Un ángel anuncia el nacimiento de Juan Bautista; Gabriel pide a María su consentimiento para ser madre de Dios, y otro ángel desvanece los recelos de José para recibir a su esposa. Sobre la cuna de Belén millares de ángeles entonan el *Gloria in excelsis*. Y la vida del Niño la protege un ángel, que avisa oportunamente a José para que huya a Egipto o regrese a Nazaret.

En la vida pública del Señor vemos a los ángeles sirviéndole después del ayuno en el desierto. En Getsemaní un ángel bueno le conforta y la mañanita del domingo de Resurrección ángeles de blancas vestiduras hacen huir a los soldados y dan el grato mensaje a las santas mujeres.

Todavía los ángeles se aparecerán a los discípulos, absortos después de la ascensión del Señor, y otro ángel abrirá la prisión a Pedro, cautivo.

Las vidas de los santos están llenas de historias de ángeles. A través de este *Año cristiano* los veremos desfilar acompañándoles, animándoles, sugiriéndoles nobles pensamientos.

La doctrina católica nos dice que todos tenemos un ángel custodio que vela por nosotros. La Providencia ha sido generosa al encomendarnos a estos celestiales guardianes.

Por eso la Iglesia los invoca a cada paso en su liturgia. Y aunque sus fiestas no sean muchas en comparación de las de los santos —dos a San Miguel, una a San Gabriel, otra a San Rafael y otra a los Ángeles Custodios—, sin embargo, siempre están presentes en la oración oficial de la Iglesia.

En la misa, al trisagio, justamente llamado himno angélico, nos unimos con las nueve jerarquías del cielo, convocándoles a nuestra alabanza para, todos juntos, entonar aquel cántico a la santidad de Dios.

Cada domingo, después de asperjar a sus fieles, pide el celebrante al Señor que «se digne enviar su santo ángel para que guarde, asista, proteja, visite y defienda a todos los allí reunidos».

El ritual está lleno de estas invocaciones a los ángeles, pero cuando se hacen más apremiantes y emocionantes es en la liturgia de los enfermos, sobre todo en la recomendación del alma. Junto con los santos son invocados con apremio los ángeles en las letanías, y en las oraciones que siguen se encomienda a ellos el alma de aquel fiel próximo a pasar a las manos de Dios.

Esta insistencia perdura en la liturgia funeraria. ¡Qué bella y consoladora la antífona que se canta al ser conducido el cadáver del cristiano a la sepultura! Es como una procesión hacia el cielo: «¡Condúzcante los ángeles al paraíso... y te lleven a la ciudad santa de Jerusalén!».

Los ángeles, como hermanos mayores, velan por nosotros, están ligados a nuestra existencia, entramos en contacto con ellos por medio de la liturgia.

Ellos son espíritus puros, no tienen cuerpo, mas el arte, cuando ha querido representarlos valiéndose de formas plásticas, unas veces los ha hecho casi incorpóreos, con cabeza y dos breves alas, otras, como breves mancebos de amplios ropajes y alas voladoras, prontos a cumplir las órdenes de Dios, otras los hizo niños pequeños, como «amorcillos», otras, mofletudos y gordezuelos, como en el barroco.

Los ángeles son también protectores nuestros y nos podemos encomendar a su patrocinio. Lo dice así una oración:

«Dios, que con inefable providencia te dignaste enviar tus santos ángeles para nuestra custodia, concédenos el ser siempre defendidos con su protección y poder gozar eternamente de su compañía». Sí, ellos, después de la Encarnación, forman también parte de nuestro orden sobrenatural, centrado en Cristo, según se dice en el prefacio: «Por el cual (Cristo) alaban tu majestad los ángeles, la adoran las dominaciones, la tiemblan las potestades...».

14. **De arriba abajo**

Es admirable el influjo que unos santos han ejercido en otros a través de los siglos. Los santos han anudado una amistad que no conoce fronteras ni edades. En la capilla del Carmelo, de Lisieux, se ven representados cuatro santos: Santa Cecilia, San Juan de la Cruz, Santa Teresa y el Beato Teófilo Vénard, misionero mártir. Eran los cuatro santos que Santa Teresita había escogido como sus protectores.

Santa Juana de Arco aseguraba que Santa Catalina y Santa Margarita la habían espoleado durante años para que salvara a Francia.

Cuando Don Bosco fundó su congregación, la puso bajo el patrocinio de San Francisco de Sales. Después de dos siglos, el santo obispo de Ginebra se convertía en inspirador y animador de una obra pujante.

Por encima de los siglos o de las distancias, lazos misteriosos han ido uniendo los santos entre sí y con los cristianos.

¡Qué admirable el caso de San Agustín! Dos santos intervienen en su conversión: las lágrimas de su madre, Santa Mónica, y las exhortaciones del obispo de Milán, San Ambrosio, pero en el instante preciso de su cambio no fueron ellos, sino la vida de San Antonio Abad, escrita por San Atanasio, la que determinó su conversión. Uno de sus amigos le habló de dicha *Vida* y su lectura le produjo honda conmoción. Impresionadísimo, salió al jardín de su casa a serenarse y entonces le pareció oír la cantinela de un niño que decía: «Tolle et lege»: Toma y lee. Lo consideró inspiración de lo alto, y tomando las *Epístolas* de San Pablo, que tenía allí cerca, leyó unas frases. Agustín era otro.

De esta manera dos personas cercanas y otras mucho más distantes decidieron su vuelta a Dios. Once siglos después, San Agustín influiría en otra alma excepcional, que a su vez continúa haciendo el bien con sus escritos. Cuando Santa Teresa tenía cuarenta años y era monja adocenada de un convento de Ávila, la lectura del pasaje de las *Confesiones* en que el Santo de Hipona narra su conversión, determinó también la suya, y aquello fue el punto de partida para una vida nueva, encendida de amor divino.

15. **Las vidas de los santos**

De esta manera las vidas de los santos han ejercido una saludable influencia en los fieles, iniciándoles en la santidad precisamente por el sistema pedagógico más eficaz: el ejemplo.

Ya hemos visto el caso de San Agustín y el de Santa Teresa. También San Ignacio, convaleciente de sus heridas en el cerco de Pamplona, pide para solaz de su aburrimiento algún libro de caballería; pero en su casa de Loyola sólo tienen la *Vida de Cristo,* de Dionisio el Cartujano, y el *Flos sanctorum,* de Jacobo de Vorágine. Leyendo las *Vidas* de San Francisco y Santo Domingo es cuando tomó la resolución de entregarse a Dios. «Lo que estos santos hicieron por Cristo, ¿no lo tengo yo de hacer?».

No es que las *Vidas* de los santos tengan un poder mágico, que conviertan a la fuerza, sino que electrizan a las almas bien dispuestas con sus hermosos ejemplos. Llenan nuestra imaginación de nobles imágenes y nos inspiran buenos sentimientos. Nos sacan de la rutina de la tierra y sacuden nuestra pereza, poniendo en el alma una llamada hacia Dios.

Cuando el futuro San Pedro Celestino oye a su madre preguntar, después de leer a sus hijos la vida de un santo: «¿Quién de vosotros será como él?», y el niño contesta, sin dudarlo: «Yo seré santo», es por el impacto que ha dejado en su alma la narración materna, que le provoca a una imitación sublime.

Estos casos nos demuestran el valor espiritual de las *Vidas* de los santos, cuya perennidad sobrevive a las edades.

16. **Propaganda**

La popularidad de los santos encierra extrañas paradojas. Muchos de los más invocados y amados del pueblo cristiano, como San Blas, San Cristóbal, San Jorge, Santa Bárbara o Santa Cecilia, carecen de historia. Su popularidad se debió no a la vida, sino a la leyenda, o a otras circunstancias, como el ser patronos de ciertas enfermedades o profesiones, hasta meterlos en la entraña del pueblo.

Pero lo corriente es que la publicidad literaria y la piedad filial sean las que contribuyan a la extensión del culto de los santos.

Si San Pablo es el más conocido de los apóstoles, lo debe a ser el principal protagonista del libro de los *Hechos,* escrito por San Lucas, y sus catorce cartas, en las cuales nos ha dejado un reflejo de su ardoroso espíritu.

Es un caso parecido al de Santa Teresita, la santa más popular de los tiempos modernos. Si su priora no hubiera tenido el feliz acuerdo de obligarla a escribir sus memorias en el delicioso libro de la *Historia de un alma,* sor Teresa, después de dejar un grato recuerdo entre unas monjas de un convento de Normandía, hubiera sido olvidada con los años por las mismas religiosas de su comunidad. Pero al leer su libro millones de lectores, se encomendaron a su intercesión, hasta conseguir ponerla en los altares.

No se atribuya este hecho simplemente a las posibilidades de difusión de nuestros días. Porque en el siglo IV tenemos otro caso similar. Sulpicio Severo publica la *Vida* de San Martín el mismo año de su muerte, en 397. El año 400 ya era largamente difundida. Si el santo obispo de Tours rebasó los confines de su región hasta hacer que en Francia más de quinientos pueblos o lugares lleven su nombre y más de cuatro mil iglesias le tomen por patrón, se debe al escritor que le popularizó.

Otro elemento primordial en este aspecto de la extensión del culto de los santos suele ser la familia espiritual que ellos fundaron. Cada convento de franciscanos y cada residencia de jesuitas es un foco de propaganda de San Francisco y San Ignacio y de los demás santos de la respectiva orden. Este espíritu de familia y los recursos que cuentan las congregaciones religio-

sas explica también que se canonicen más sacerdotes religiosos que seculares. Se aduce como ejemplo el caso del Beato Ávila, figura destacadísima de la espiritualidad española del siglo XVI, maestro de santos, que hasta el pasado siglo no logró la beatificación por no ir respaldado por una entidad que apoyase fuertemente su proceso canónico.

Es fenómeno palpable que la mayoría de los santos y santas canonizados en los últimos tiempos son fundadores. Y se explica por la misma razón. Los miembros de su congregación manifiestan así su gratitud a quien les dio el ser trabajando hasta verlos con la aureola de santos, lo cual resulta, además, como una garantía de la bondad del propio instituto.

Sin embargo, la Iglesia no hace discriminaciones, y cuando la santidad aparece en almas humildes, la glorificación reviste la mayor solemnidad, como en el caso de Santa Bernardeta Soubirous o Santa María Goretti. Pero aun entonces es precisa la propaganda que ponga la luz sobre el candelero.

17. **Los santos, hoy**

Las tendencias actuales de la hagiografía son hacia la sencillez y la veracidad. Aquellos santos milagreros de otras edades, que no mamaban los viernes y afligían con duras disciplinas sus inocentes carnes los sábados, no arrebatan ya nuestro entusiasmo como lo hacían con nuestros abuelos. Entonces la hagiografía era la taumaturgia. Santos que no hacían portentos, que no eran regalados con estupendas apariciones ni tenían raptos sublimes, no podían mantener dignamente su prestigio. Tan solemnes como en sus hornacinas nos los presentaban los viejos *Años cristianos* de otras épocas.

Ahora los hemos hecho bajar a pie. El arte narrativo de nuestros días, humanizado y sencillo, sin retórica ni amaneramiento, con conocimiento mejor de la historia y las fuentes contemporáneas, gusta de presentarnos los santos en un marco natural, como debieron ser, con sus mismas deficiencias y limitaciones, con sus triunfos, pero también con sus fracasos.

De esta manera los santos se nos han hecho más cercanos, parte por el influjo de las mismas técnicas literarias, pero sobre

todo por obra de los inventos actuales, que pueden abrir perspectivas insospechadas a la hagiografía.

Ya el cine ha comenzado a llevar a la pantalla, con dignidad y humanidad, a muchas figuras del santoral. San Ignacio de Loyola, San Vicente de Paúl, San Pío X, Santa Juana de Arco, Santa María Goretti, han hablado, han gesticulado, se han movido, descendiendo del nicho del retablo donde los colocó en postura estática el antiguo imaginero.

La radio y la televisión pueden tocar en sus «seriales» las vidas de los santos. Muchas personas que jamás leerán un *Año cristiano* llegarán a apasionarse con aquellas vidas singulares a través de dramatizaciones bien logradas. Lo que antiguamente hicieron el auto sacramental y las escenificaciones, pueden hoy restablecerlo, con mayores recursos y más extensos auditorios, el cine, la radio y la televisión.

Y también el microsurco. No sabemos si será el *Año cristiano* que «lean» los fieles del futuro. En vez de abrir cada día el volumen para encontrar el santo correspondiente, nos lo leerá el disco con una música de fondo, dramatizando la escena a ratos y con una ambientación más completa que la proporcionada por la pluma de ágil escritor.

Son enormes las posibilidades que las modernas técnicas de la difusión ofrecen a la hagiografía del mañana.

18. **Perennidad y actualidad**

Así los temas antiguos cobran nueva vida y se hacen más asequibles al hombre de hoy al presentárselos con el ropaje de los nuevos procedimientos. En último término lo que interesa es el espíritu, pues bien puede Santa Teresa ser «doblada» en su prosa castiza desde el amplificador de un tocadiscos o enseñarnos monsieur Vincent a practicar la caridad desde la pantalla de una sala de cine.

Sin embargo, el *Año cristiano,* en su concepción clásica de una narración en un libro, con los santos según el orden del calendario, no ha perdido su actualidad, máxime cuando se juntan la sana crítica con el buen estilo y, además, los autores que pre-

sentan las biografías evitan que se hagan monótonas, al darnos con cada santo la sensibilidad de un distinto escritor.

Ya el sistema, desconocido en España, encierra un conato de modernización muy apreciable, y esperamos que este *Año cristiano* de la Biblioteca de Autores Cristianos se difundirá largamente entre el público de habla española, como lo estuvieron los tomos del *Flos sanctorum,* pasto espiritual de las pasadas generaciones.

II

19. Culto de los santos en los primeros siglos

Es hecho histórico bien conocido que, ya desde la más remota antigüedad, los cristianos tributaron un culto especial a los santos. Al lado de la veneración de la Santísima Virgen aparece bien pronto el culto de los apóstoles, como más íntimamente unidos con Cristo. Los *Evangelios apócrifos* y otros escritos del mismo género, que aparecen desde mediados del siglo II, constituyen la mejor prueba de esta estima y veneración de María y de los apóstoles, y juntamente contribuyeron eficazmente a intensificarla.

Esta veneración y culto se extendió rápidamente a los mártires, que con su sangre daban testimonio de su fe. Más aún. Como prolongación de esta estima que los cristianos profesaban a los mártires debemos considerar la que manifestaban a los *confesores,* es decir, los que habían sufrido particulares tormentos por la confesión de Cristo y llevaban en sus miembros las señales de estos sufrimientos. Si a esto añadimos la especial veneración que manifestaron los cristianos, ya desde el siglo IV, a algunos papas, obispos y otros hombres insignes, que con su doctrina habían ilustrado a la Iglesia, tendremos la base necesaria para explicarnos el desarrollo del culto de los santos en los primeros años de la Iglesia y la formación del *Año litúrgico* o *eclesiástico.*

Las manifestaciones de esta veneración y culto a los santos, entre los que entran en primer lugar los *apóstoles* y los *mártires,* pero se incluyen igualmente los *doctores* y *confesores,* son numerosas y muy significativas. Tales son: una estima creciente de sus

reliquias, de la que tantos testimonios poseemos en la antigüedad; el respeto extraordinario a sus sepulturas, en torno a las cuales se celebraban preciosas solemnidades litúrgicas, las oraciones dirigidas a los mártires, de las que tan hermosos ejemplos nos han quedado; la costumbre, introducida ya en el siglo III, de imponer a los bautizados nombres de los santos más venerados. Pero de un modo especial aparece esta veneración en la solemne conmemoración de sus aniversarios, para lo cual se reunían en torno a su sepulcro, donde se desarrollaba una liturgia especial, sumamente emocionante.

20. **Las Actas de los mártires**

Ahora bien, precisamente para celebrar provechosa y solemnemente estos aniversarios de la muerte de los mártires, se compusieron aquellas *relaciones especiales de sus martirios,* que en conjunto pueden ser consideradas como el primer estadio de las *Vidas de Santos* o *Años cristianos.* Son las célebres *Actas de 108 mártires,* de tanta importancia para el conocimiento de la primitiva Iglesia y de que tanto se ha escrito en los últimos tiempos.

Sobre ellas conviene, ante todo, insistir, frente a las inexactitudes tendenciosas de algunos críticos modernos al estilo del protestante Harnack, que su finalidad inmediata era, según lo indicado, que pudieran ser leídas ante los cristianos en la celebración del aniversario de la muerte del mártir respectivo, por lo cual contienen una relación sintética de su martirio. Fácilmente se comprende que el recuerdo del heroísmo de los mártires tuviera una eficacia muy especial para levantar y mantener los ánimos de los cristianos, sobre todo cuando amenazaba alguna persecución.

Entre estas relaciones de martirios conviene, sin embargo, distinguir, ante todo, las que provenían de los cristianos que habían sido testigos oculares del martirio y que, por consiguiente, adquieren un valor extraordinario. Ejemplos típicos de ellas son, en primer lugar, la carta escrita por los cristianos de Esmirna, en la que dan una preciosa relación sobre el martirio de San Policarpo, que ellos mismos habían presenciado el año 155, y en segundo lugar, la relación enviada por los cristianos de la

Iglesia de Lyón y Viena de Francia a las comunidades del Asia Menor y de Frigia sobre los martirios de San Patino y compañeros, de los años 177-178.

Pero las que merecen con más justa razón el nombre de *Actas de los mártires* propiamente tales, son las que constituyen el segundo grupo, que son las que están basadas sobre los protocolos oficiales del proceso. Para su redacción procurábanse los cristianos, de los archivos públicos, pagando para ello a las veces sumas considerables, los protocolos escritos por los notarios oficiales, en los que constaban todas las particularidades del proceso: las preguntas que el juez dirigía a los cristianos y las respuestas de éstos, la sentencia del proceso y su ejecución. El compositor cristiano anteponía una sencilla introducción; transcribía luego al pie de la letra el protocolo oficial, y terminaba con frases de exhortación. Fácilmente se comprende el incomparable valor objetivo de estas *Actas* verdaderamente auténticas. A ellas pertenecen, por no citar más que un par de ejemplos, las de los *Mártires scilitanos,* del África, del año 180; la *Pasión de las Santas Perpetua y Felícitas,* de los años 202-203, y las de *San Fructuoso* y sus dos diáconos, de Tarragona, del año 258.

Existe un tercer grupo de relaciones de martirios, designadas asimismo con el nombre de *Actas.* Son las *Pasiones* o *Actas posteriores,* más o menos tardías. Generalmente están compuestas sobre fragmentos o recuerdos de *Actas* anteriores, a lo que se añade corrientemente una mayor o menor cantidad de *tradiciones* o *leyendas.* De hecho, en los siglos VI y siguientes fueron cada vez más abundantes estas *Actas,* en las que predomina la parte legendaria, por lo cual pierden en gran parte su valor objetivo e histórico.

21. **Los martirologios. Martirologios históricos**

No es, pues, de maravillar que, aumentando extraordinariamente el culto de los santos y las relaciones de sus vidas o martirios, se sintiera la necesidad de presentar listas más o menos completas de los mártires o santos en general. Son los *Martirologios,* que constituyen un nuevo estadio en la exposición de las *Vidas de Santos.* La base de estos martirologios o calendarios la

forman los llamados *díptico*s de las iglesias particulares, que eran una especie de carteleras de las iglesias locales, donde se anotaban los aniversarios de mártires y otras fiestas que en ellas se celebraban. Así pues, reuniendo los datos recogidos en los dípticos de las iglesias particulares, se redactaba un *Martirologio* o *Calendario* de la diócesis o provincia eclesiástica, y de ahí alguno más general de todo el Occidente o de toda la Iglesia, en el cual se indicaban, según el orden del año eclesiástico, los aniversarios de los mártires y otros santos. Indudablemente, estos martirologios adquieren una significación fundamental para el conocimiento del desarrollo del culto de los santos y ofrecen las mejores garantías de objetividad histórica

A este tipo de martirologios pertenecen, ante todo, los dos ejemplares más antiguos que poseemos, que son los llamados *Depositio Episcoporum* y la *Depositio Martyrum,* de la Iglesia romana, del año 354. Por otro lado se nos ha conservado un *Martirologio* semejante de la *Iglesia de Cartago,* descubierto por Mabillon en el monasterio de Cluny y que pertenece a este mismo tiempo. Más amplio todavía es el *Martirologio siríaco,* redactado en Nicomedia hacia el año 400. Pero el calendario o catálogo cristiano de santos más completo de estos tiempos antiguos es el conocido con el título de *Martirologio jeronimiano,* erróneamente atribuido a San Jerónimo, compuesto hacia el año 450 De hecho no es más que la fusión de los martirologios ya citados y de otras listas existentes en Roma. La forma definitiva del *Martirologio jeronimiano,* según los críticos Duchesne, Quentin y Krusch, es de fin del siglo VI o principios del VII, y seguramente en las Galias

A este martirologio relativamente completo se refiere indudablemente San Gregorio Magno, cuando escribe a fines del siglo VI:

> «Nosotros poseemos los nombres de casi todos los mártires, reunidos en un solo libro, con sus pasiones distribuidas por cada dia del año, y cada dia en honor de un santo, en cuyo honor celebramos la misa Pero nosotros no tenemos en un solo volumen la relacion detallada de su martirio Estan solamente los nombres, el lugar y el dia de su martirio Asi, cada dia nos es propuesta una multitud de santos de todas las provincias, que han sido coronados con el martirio»

El desarrollo ulterior en la evolución de esta literatura hagiográfica condujo a la composición de los llamados *Martirologios históricos.* Efectivamente, a partir del siglo VIII se sintió la necesidad de explicar algo más los nombres, que en tan crecido número se presentaban en dichos martirologios o calendarios. Pues en realidad, siendo tantos en número y de tan diversas procedencias, a medida que se alejaban más del tiempo en que habían tenido lugar sus respectivos martirios, se vio que era indispensable dar alguna síntesis de la vida o martirio de cada uno. Por eso, mientras en Oriente se comenzó a componer los llamados *Sinaxarios o Menologios,* en Occidente aparecieron los *Martirologios de Beda, Floro* y *Adón, Rábano Mauro, Notker* y otros semejantes. La novedad consistía, en contraposición a los martirologios anteriores, sobre todo al jeronimiano, en que se sintetizaba brevísimamente cada día la pasión o vida del santo. Por eso se ha designado a estos *Martirologios* como *históricos.* En realidad, pues, podemos considerarlos como el primer embrión de las *Leyendas de oro* o *Flos sanctorum* posteriores.

Así, pues, en resumen, los martirologios han sido, primero, *listas de aniversarios* de una iglesia particular; luego, *martirologios* generales de una provincia o de la Iglesia, y, finalmente, un *resumen de los ejemplos* más destacados de las virtudes y méritos de los santos.

22. «Vidas de santos»

Una evolución semejante experimentó la *literatura hagiográfica* en las *Vidas de santos,* que corre paralela al desarrollo de los martirologios o calendarios, y cuyo resultado final fueron las grandes colecciones generales de la Edad Media, que constituyen los primeros *Años cristianos.*

Es bien conocido el especialísimo interés con que se leyó en todas partes y el excelente fruto que produjo la *Vida de Antonio,* escrita por San Atanasio a mediados del siglo IV. Su ejemplo prendió rápidamente en el Oriente y en el Occidente, y así vemos cómo San Basilio, San Juan Crisóstomo, San Ambrosio, con sus homilías en honor de los mártires, y San Jerónimo con varias *Vidas* de monjes santos, contribuyeron eficazmente a

abrir camino a este importante género de literatura cristiana. Siguiendo por el mismo camino, se compusieron las *Historias de los monjes* o vida del desierto. Tales son: la *Historia lausíaca* de Paladio, compuesta hacia el 388; la *Historia de los monjes de Egipto,* por Timoteo de Alejandría, del año 400, y otras semejantes. A éstas se añadieron otras *Vidas* particularmente ejemplares, como la de *Santa Melania la Joven* († 430), de *San Porfirio de Gaza,* por el diácono Marcos, hacia el 410, y otras muchas por Juan de Éfeso, Cirilo de Escitópolis, Juan Mosco, San Sofronio, patriarca de Jerusalén, y otros más. Juntáronse luego otras aparecidas en Occidente, como las de San Gregorio de Tours († 594) sobre las *Virtudes de San Martín de Tours,* de *La gloria de los mártires* y la *Vida de los Padres,* que contiene veintitrés vidas de santos galos. En realidad, pues, en Oriente y en Occidente los panegíricos y las *Vidas de santos* iban tomando un desarrollo cada vez más exuberante. Al mismo tiempo, según se indicó anteriormente, se iba desarrollando el género de las Actas de mártires posteriores, que llegaron a su punto culminante en el siglo VI.

23. **Las leyendas en las «Vidas de santos»**

Ahora bien, a partir del siglo VIII y en plena Edad Media, toda la literatura hagiográfica, tanto las *Pasiones de los mártires* como las *Vidas de santos,* fueron tomando un carácter cada vez más legendario. La religiosidad característica del tiempo se alimentaba con las cosas más sorprendentes y maravillosas, y los hombres de entonces, faltos del verdadero espíritu de objetividad y sana crítica, admitían sin dificultad lo más maravilloso y espectacular. Así se explica que la literatura hagiográfica que se desarrolla en este ambiente adolezca del defecto fundamental de excesiva credulidad y falta de objetividad. Por esto nos vemos obligados a compulsar detenidamente los datos que nos proporcionan las obras hagiográficas de este tiempo, sobre todo en lo que se refiere a fenómenos sobrenaturales o hechos maravillosos. En realidad, debemos confesar que toda la literatura hagiográfica de los siglos VII al XV está llena de tradiciones más o menos inconsistentes y de leyendas claramente recognoscibles.

Sobre toda esta literatura hagiográfica medieval podemos hacer las siguientes observaciones:

Por lo que se refiere a las *Pasiones* o *Actas posteriores de mártires,* notamos las siguientes características: los mártires entablan enérgicos y aun violentos dialogismos con los jueces; les increpan con palabras duras y aun ofensivas, llegando a veces a cometer actos tan violentos y apasionados como cortarse la lengua y arrojar al rostro del juez el pedazo cortado. Todo esto llega a su punto culminante de inverosimilitud legendaria cuando se trata de una tierna doncella mártir. Son también característicos los discursos bien arreglados, con profusión de textos de la Sagrada Escritura y grandes discusiones doctrinales. Pero lo más típico de estas Actas legendarias es la multitud de fenómenos sobrenaturales que en ellas se relatan, curaciones repentinas y varias veces repetidas del mártir, muertes de los verdugos y conversiones espectaculares. A todo lo cual se añade el bien conocido truco de la multiplicación de tormentos hasta lo inverosímil, combinada generalmente con la curación repentina del mártir de las heridas recibidas.

Tales son en conjunto las características de estas Pasiones o Actas posteriores de mártires. De un modo semejante son característicos en las *Vidas de santos* de este período los rasgos siguientes: ante todo, una especie de piedad ingénita (salvo algunos casos de santos conversos), por lo cual aparece en los biografiados cierta como predeterminación para todo lo santo y piadoso y la ausencia más absoluta de todo lo humano, y mucho más de lo que pudiera ser pecaminoso. Pero lo que más caracteriza este género de literatura es la profusión extraordinaria de fenómenos sobrenaturales, de milagros estupendos y toda clase de maravillas.

Otras veces se trata de historietas o leyendas, más o menos originales, que se presentan como hechos históricos en torno a una persona, pero con la finalidad específica, abiertamente declarada, de sacar de ella conclusiones y aplicaciones morales. Ejemplos clásicos de este género de literatura son las diversas *Vitae Patrum,* en las que se ofrecen diversos ejemplos de los Padres del desierto, y sobre todo la incomparable obra *Florecillas* de San Francisco de Asís. Y para que se vea hasta qué punto lle-

garon a familiarizarse con toda esta literatura los hombres de la Edad Media, es bien conocido el hecho de que las *Pasiones de los mártires* y las *Vidas de santos,* con todo su atuendo legendario, se cantaban o leían en el coro, de donde llegaron a formar parte esencial del Oficio y del Breviario.

24. «Flos sanctorum». Años cristianos. Leyendas de oro

El paso inmediato en la evolución histórica de la literatura hagiográfica de las *Vidas de santos,* es el que conduce a las obras generales o *Años cristianos.* Efectivamente, de la gran profusión de *Vidas* individuales; de ciertas obras de carácter más o menos general, como eran las *Vitae Patrum* o *Libro de los hermanos, Historia lausíaca* o *Prado espiritual,* donde se proponen ejemplos de diversos santos o personas ejemplares; de los *Martirologios históricos,* en donde se da por el orden del año eclesiástico una síntesis de las vidas de los santos más insignes de la Iglesia, se pasó fácilmente a las obras de carácter general, en que se presentaban sistemáticamente, con mayor o menor extensión, las *Vidas de los santos* por el mismo orden del calendario.

El primer *Año cristiano* que nos ofrece la historia es el de Simeón Metafraste, personaje sumamente interesante del siglo X. En efecto, nacido en Constantinopla, fue protosecretario del emperador León VI el Sabio o el Filósofo (886-912), y aprovechándose de sus muchas riquezas y del extraordinario influjo que poseía, recogió de las bibliotecas de los monasterios y de las iglesias episcopales y metropolitanas todos los materiales que pudo, y presentó la célebre colección general de *Vidas de santos,* en la que se incluyen hasta ciento veintiséis. Ya el cardenal Baronio llamó la atención sobre las deficiencias fundamentales de esta colección. El autor admite ampliamente todas las leyendas de su tiempo; incluye las Actas de mártires posteriores y, en general, abunda en las descripciones más exuberantes de lo maravilloso y sobrenatural, en todo lo cual no hizo más que seguir la tendencia de su tiempo. Falto, pues, de la más fundamental crítica, su mérito consiste en haber reunido lo que, antes de él, se hallaba disperso en muchas partes, y en haber sido el primero en presentar una obra general de hagiografía. Por lo

demás, esos mismos defectos fundamentales aparecen en los demás copiladores de *Vidas de santos* de los siglos siguientes.

Después de Metafraste, el primero con que nos encontramos es el *Año cristiano* de Wolfhard, monje alemán de cerca de Eichstädt, en el siglo XI. Y a partir de este tiempo, observamos que en diversos grandes monasterios se revisan y componen *Pasionarios* completos, que son verdaderos *Años cristianos.* En el siglo XIII se nos presentan *Legendarios rimados,* o colecciones de leyendas en verso, todo lo cual desemboca a una serie de *Flos sanctorum, Vidas de santos* con carácter general, o *Años cristianos,* que reciben generalmente el título de *Leyenda de oro.* La más célebre de todas es la de Jacobo de Vorágine, insigne dominico y obispo de Génova desde 1292. Publicóla con el título de *Historia lombardina seu Legenda sancta,* y fue tal la admiración del pueblo cristiano por ella, que recibió el título de *Leyenda de oro.* De ella se puede afirmar que, en realidad, es una compilación de las *leyendas de los santos.*

Semejantes *Leyendas de oro* publicaron Claudio de Rota, dominico también y profesor de Teología; Pedro de Natalibus, obispo de Fiésole, en Italia; el alemán Jorge Vicelius; el obispo de Verona, Luis Lipomano; el cartujo de Colonia, Lorenzo Surio, y otros muchos.

25. **Discusión sobre las leyendas**

Sobre éstas y otras semejantes *Vidas de santos,* con las deficiencias características que hemos indicado y que pueden fácilmente comprobarse, queremos hacer dos observaciones. La primera es sobre la utilidad de su lectura. Porque, teniendo presente la falta de objetividad de que adolecen, la gran abundancia de hechos legendarios que contienen y la imposibilidad de discernir claramente entre lo que es histórico y lo que es debido a la fantasía, ¿es realmente útil su lectura? Creemos, pues, sinceramente que su lectura no solamente es útil, sino de especial provecho espiritual, con la condición expresa de que esté bien informado el lector de que gran parte de los hechos, sobre todo los sobrenaturales y maravillosos, no responden a la realidad. Por lo demás, como existe en ellas un fondo de piedad y un es-

píritu sobrenatural tan profundo, que marca la tendencia de toda la obra, puede sacarse mucho provecho de su lectura.

Más interesante para nosotros es una segunda cuestión. Se trata de cómo podremos utilizar nosotros estas leyendas. Concretamente, al enjuiciar la vida de un santo, al proponerla al pueblo cristiano en nuestros días para su edificación y ejemplo, ¿podemos y vale la pena utilizar esa literatura legendaria? ¿Cómo debemos presentar, por ejemplo, el martirio y la vida de una Santa Inés o de Santa Cecilia o las vidas de multitud de anacoretas del desierto, en todos los cuales es legendario casi todo lo que se nos ha transmitido?

Indudablemente es muy delicada la respuesta a estas cuestiones. Sin embargo, podemos responder que no vemos dificultad ninguna en que se presenten al menos algunas leyendas, las más características, de los santos. Pero en todo caso debe indicarse con toda claridad que se trata de tradiciones o leyendas y distinguir bien de ellas los datos bien comprobados y las noticias plenamente históricas. Indudablemente, es de utilidad el conocer las leyendas más típicas de algunos santos, en las que la tradición de los siglos ha unido un sinfín de enseñanzas cristianas. Son tradiciones y leyendas que nos hacen ver más claramente la amabilidad de un santo y todo el atractivo de su virtud, la íntima comunicación de Dios con los hombres y otras ideas semejantes de la más elevada espiritualidad y sana ortodoxia. Presentadas en esta forma, serán, sin duda, útiles las leyendas de los mártires y de los santos y contribuirán a dar mayor amenidad a la lectura de sus *Vidas.*

26. **Obra fundamental de los Bolandistas**

Pero frente a todo este cúmulo de *Vidas de santos,* tanto las individuales como las de las *Leyendas de oro* de carácter general, en todas las cuales predomina la mayor confusión e inseguridad histórica, se produjo a fines del siglo XVI y principios del XVII una intensa reaccion. Su tendencia y finalidad era el revisar en lo posible el valor de toda la literatura hagiográfica, ofreciendo finalmente en una obra monumental las *Vidas de santos* en la forma más segura y objetiva que fuese posible. El iniciador de

esta obra fue el jesuita Heriberto Rosweyde († 1628), quien logró reunir gran abundancia de materiales y planeó una obra general sobre las *Vidas de santos depuradas de leyendas.* Pero el que dio la forma definitiva y comenzó la publicación en gran escala de esta obra trascendental para la hagiografía y la historia moderna fue el P. Juan Bolland († 1665), también de la Compañía de Jesús, de quien las *Vidas de santos* o las *Acta sanctorum* recibieron el nombre de los *Bolandos,* y la institución por él fundada, y existente todavía en nuestros días, se denomina los *Bolandistas.*

Efectivamente, desde el año 1630, sobre la base de los *Fasti sanctorum* y todos los materiales preparados por el padre Rosweyde, preparó Bolland y luego inició la gran colección de *Acta sanctorum,* de la que publicó una serie de volúmenes (hasta mes de marzo) hasta el año 1665, en que murió. Su trabajo fue intensamente continuado por los PP. Godofredo Henschen, Daniel Papebroch, Fr. Baert, C. Janning y otros muchos, con cuya labor y la de otros continuadores se ha llegado hasta el principio de noviembre. En conjunto, son cincuenta y cinco volúmenes en folio, completados por las constantes publicaciones recientes aparecidas en la revista *Analecta bolandiana.*

La finalidad de esta obra monumental de los Bolandistas, según lo apuntado, es presentar las *Vidas de santos* depuradas de su elemento legendario, ofreciéndonos al mismo tiempo los materiales más seguros y objetivos sobre las mismas vidas. Es, pues, indudablemente, la obra cumbre de la hagiografía, la obra más completa y exhaustiva sobre las *Vidas de santos.* Sin embargo, no es una exposición destinada a la lectura reposada y edificante de las *Vidas de santos.* En otras palabras, no es el *Flos sanctorum* o el *Año cristiano,* tal como lo concibe el pueblo cristiano; sino más bien un arsenal de materiales, dispuestos y preparados para la redacción más fácil y objetiva de un *Año cristiano* tal como se exige en nuestros días.

Por consiguiente, el *Flos sanctorum* o el *Año cristiano,* tal como lo exige el espíritu objetivo de nuestros días, al mismo tiempo que debe tener presentes las *Vidas de santos,* las *Actas* o *Pasiones* de mártires antiguas con todo su bagaje legendario, debe atender a las observaciones juiciosas y objetivas de la moderada crítica de los Bolandistas; debe estar basada sobre las *Vidas anti-*

guas y el *Acta sanctorum* bolandiana. Al mismo tiempo que aspira a la edificación de los fieles proponiéndoles los preciosos ejemplos de los santos, debe procurar distinguir perfectamente entre los hechos objetivos y bien probados y los datos proporcionados por la leyenda.

27. «Años cristianos» en España

Medio siglo antes de que se iniciase el *Acta sanctorum* de los Bolandos, veían la luz en España, con fines de divulgación hagiográfica, dos *Años cristianos* en romance. El primero es el del maestro Alfonso de Villegas, toledano, capellán mozárabe, que publica en 1588 en su ciudad natal el *Flos sanctorum e Historia general en que se escriben las vidas de santos extravagantes y de varones ilustres en virtud;* obra que completó más tarde con el *Fructus sanctorum y quinta parte del Flos sanctorum, que es libro de exemplos así de hombres ilustres en santidad como de otros, cuyos hechos fueron dignos de reprehensión y castigo, de los cuales se puede sacar importante provecho para el ejercicio de las virtudes* (Cuenca 1594). Si en la primera parte, medianamente ilustrada, sigue el estilo general del género, que busca la edificación en lo maravilloso y silencia el lado humano de los santos, en la segunda, que es un diccionario de virtudes (abstinencia...), recoge ejemplos que las reflejan tanto de santos como de no santos.

Sólo unos años después, y en 1599, otro toledano, el padre Pedro de Ribadeneira, S. I., imprimía en Madrid un nuevo *sanctorum* o *libro de las vidas de los santos,* al que añadiría en 1604 el *Libro de vidas de santos que comúnmente llaman extravagantes, porque la santa Iglesia no reza de ellos en el Breviario romano.* El P. Ribadeneira, ya «muy viejo y cansado», como nos dice en el prólogo, escribe este libro con el fin de alabar las maravillas obradas por Dios en sus santos y conseguir algún fruto en las almas de quienes lo leyeren. Pero este afán pastoral no excluye en él un cierto sentido crítico. Nos asegura que ha utilizado como fuentes los martirologios romanos de Beda, Usuardo y Adón; las colecciones hagiográficas del obispo de Verona Luis Lipomani (Roma 1551-60) y del cartujo Lorenzo Surio (Colonia 1570) y que ha

aprovechado diligentemente los *Anales* de Baronio y sus anotaciones al *Martirologio romano* (Roma 1588ss, 1586).

De uno y otro *Flos sanctorum* se multiplican las ediciones hasta bien entrado el siglo XVIII. En particular el de Ribadeneira obtiene un considerable éxito y es traducido al francés. Lo aumentaron con nuevas *Vidas de santos* los jesuitas PP. Juan Eusebio Nieremberg y Francisco García y, posteriormente, el P. Andrés López Guerrero, carmelita, llenó los días del año que quedaban vacantes. Todavía en 1896 sirve de base a la edición monumental de *La leyenda de oro para cada día del año,* que prepara en Barcelona, en cuatro tomos, don Eduardo María Villarrasa.

Pero ya hace tiempo que el rey de los *Años cristianos* es el del jesuita francés, confidente y colaborador de Santa Margarita María de Alacoque, P. Jean Croiset. Siendo rector del Colegio de Lyón publica, de 1712 a 1720, sus *Exercices de piété pour tous les jours de l'année, contenant l'explication des mystères ou la vie du saint de chaque jour, avec des réflexions sur l'Épître et une méditation sur l'Évangile de la messe, et quelques pratiques de piété propres à toutes sortes de personnes.* En España es traducido por el autor de *Fr. Gerundio,* el P. Juan Francisco de Isla, S. I., y desde 1753, en que sale el primer volumen en Salamanca, hasta el año de 1867, llega a superar la cifra de cincuenta reediciones, ordinariamente con el título de *Año cristiano o ejercicios devotos para todos los días del año.* A raíz de la expulsión de la Compañía se siguió publicando como anónimo, sin nombre de autor y traductor. En varias ediciones viene adicionado por los agustinos Pedro de Centeno y Juan de Rojas. Esta obra del P. Croiset, mezcla de *Año cristiano,* de manual de meditaciones y de misal, que tuvieron todavía en sus manos nuestros abuelos, nutrió en la piedad a generaciones enteras, creando en ellos un concepto especial de la santidad, muy espiritualizado y bastante distante de los Bolandos.

Aunque nunca se tradujo al español, tuvo también influjo en algunos de nuestros *Años cristianos* del siglo XIX el magnífico de Alban Butler, *Lives of the fathers...* (Londres 1745), particularmente en la traducción libre que hizo al francés M. Godescard. Como es sabido, esta excelente obra, revisada hace unos años con gran rigor crítico por Herbert Thurston, S. I., acaba de publicarse de nuevo, puesta al día por Donald Attwater, con el tí-

tulo *Butler's Lives of the Saints.* En ella se han utilizado las excelentes *Vies des saints et des bienheureux,* en doce tomos, de los benedictinos de París (1935-56).

En nuestro siglo han aparecido varios *Años cristianos* de desigual valor. Ampuloso en el estilo y con mucho lujo de láminas en color es *La luz de la fe en el siglo XX,* de don Luis Calpena; digno y devoto, *El santo de cada día,* de Edelvives; muy en la nueva técnica biográfica psicológica, con trama y color local, al estilo de los que se pretendió en la colección *Les Saints,* que inició en 1895 M. Henri Joly, son las semblanzas del conocido *Año cristiano* del abad del Valle de los Caídos, Fr. Justo Pérez de Urbel. Después del año 1936 han salido de las prensas el jugoso del P. Juan Leal, S. I., y *El desfile de los santos,* del P. José María de Llanos, S. I., luminoso e incisivo, como todo lo suyo. Entre las traducciones de estos últimos tiempos citamos dos versiones del alemán: la de W. Hünermann, *El coro de los santos,* «hagiografía anecdótica para el hogar cristiano», y la de R. Quardt, *Los santos del año,* «leyendas hagiográficas para todos»; y está en curso la traducción del francés de *Los santos de cada día,* que editó el Club du Livre Chrétien, bajo la dirección de Robert Morel.

III

28. **Antecedentes**

Las primeras señales de culto a los santos aparecen en los mismos orígenes de la Iglesia, según magistralmente demostró Benedicto XIV en su célebre libro *De servorum Dei beatificatione...* Los fieles recogían y veneraban las reliquias de los mártires, héroes de la fe; altares y oratorios eran elevados sobre sus tumbas, y allí se celebraban los sagrados misterios. A partir del siglo II se comienza a celebrar el aniversario de su muerte, o más bien el de su nacimiento al cielo: *dies natalis.* Ésta fue la más antigua y más sencilla forma de canonización y estuvo en vigor durante el tiempo de las persecuciones. Sin embargo, aun en esta época tan difícil, y en la que apenas podía pensarse en procedimientos estrictamente jurídicos, la Iglesia intervino para regular este culto. No todos los mártires indistintamente tenían derecho a culto públi-

co. La distinción entre mártires *vindicati* y *non vindicati* que aparece entonces, nos muestra una importante verdad histórica: la necesidad de un juicio previo de la autoridad eclesiástica y de su sanción precisa para que se pueda dar culto a un mártir.

En aquella primera fase el obispo, en su territorio respectivo, se cuidaba de recoger las Actas de los mártires, es decir, conjunto de documentos y testimonios que se referían al suplicio y a la muerte del siervo de Dios. Ya en esta época se estudiaba con cuidado la causa del martirio, sea por parte del perseguidor, sea por parte de la víctima, y sólo se admitía como auténticos mártires a los que realmente habían sufrido por la fe católica. El juicio del obispo sancionaba estas Actas y daba el derecho a venerar las reliquias de los mártires reconocidos oficialmente como tales.

El edicto de Milán (año 313) vino a terminar la era de las persecuciones y, por consiguiente, la de los martirios. Se comenzó entonces a honrar a los que habían confesado a Jesucristo por la heroicidad de su vida, y cuyo sepulcro había sido ilustrado por Dios con milagros y prodigios. Así tenemos el caso de San Pablo, primer ermitaño, y de San Martín de Tours. Esta heroicidad de vida era más difícil de conocer con seguridad que el martirio. Por eso fue necesario regular también severamente el procedimiento. Los obispos, en sus diócesis, hacían una encuesta jurídica a fondo, apoyándose en testimonios de testigos por encima de toda sospecha, quienes debían consignar las virtudes heroicas practicadas por el siervo de Dios, así como los milagros operados por él, ya durante su vida, ya después de su muerte, cuando habían sido invocados. La decisión del obispo llevaba consigo la inscripción del nombre del confesor en los dípticos de la iglesia.

Tanto en el caso de los mártires como en el de los confesores, la canonización consistía en inscribirles en el *Album Sanctorum,* en el catálogo llamado *canon,* de donde viene la palabra *canonización.* Téngase en cuenta que esta palabra equivalía a lo que hoy llamamos beatificación o reconocimiento de un culto limitado al lugar o a las personas determinadas. Sólo por comunicación de unos obispos con otros, el culto se propagaba a otras diócesis y se hacía universal.

A partir del siglo X, tanto los obispos como los príncipes comenzaron a recurrir a la Santa Sede antes de otorgar a los siervos de Dios culto público. Por otra parte, los Papas se vieron obligados a intervenir para suprimir abusos, moderar la imprudente piedad de los pueblos, que, a veces, eran engañados por virtudes más aparentes que reales, y para corregir la negligencia de los obispos en cuanto a las informaciones necesarias antes de proceder a la canonización. Así Urbano II, Calixto II y Eugenio III declararon que el examen de las virtudes y de los milagros de quienes parecían dignos del honor de los altares, debía tener lugar preferentemente en los concilios, en especial en los concilios generales.

29. **Reserva a la Santa Sede**

Alejandro III tomó ocasión de un abuso flagrante en la materia para establecer el principio de exclusiva competencia de la Santa Sede en las causas de canonización: *Non licet quempiam pro sancto venerari absque auctoritate Romanae Ecclesiae.* Benedicto XIV nos dice que no se trataba de la introducción de un derecho nuevo, sino simplemente de sancionar una tradición o costumbre jurídica ya existente en la Iglesia. Sin embargo, algunos obispos continuaron dictando sentencias de canonización. Fue Urbano VIII quien cortó la cuestión. Se aprovechó para ello de la decisión tomada por el papa Sixto V de instituir la Sagrada Congregación de Ritos. Desde que dicha Congregación nació, en 1588, el procedimiento fue precisándose más y más, y revistiendo formas cada vez más nítidamente jurídicas. Urbano VIII, en su célebre decreto de 13 de marzo de 1625, prohibió de manera absoluta a los obispos decretar la beatificación. Insistió en otro decreto de 2 de octubre del mismo año. Y confirmó los dos decretos por la bula *Caelestis Hierusalem,* de 5 de julio de 1634. Todavía dos decretos posteriores, de 13 de marzo y 20 de octubre de 1635, insistirían más y más en el mismo sentido: todo lo que tenía relación con el culto público de los siervos de Dios quedaba claramente reservado a la Santa Sede. Estaba prohibido, por consiguiente, honrar públicamente a un difunto sin autorización de Roma. Y esta autorización se había de dar

con arreglo a un procedimiento que, en sus líneas generales, fue concretado poco después por Clemente VIII, y que es el que hoy encontramos en el Código de Derecho Canónico promulgado en 1917 y que entró en vigor el día de Pentecostés de 1918.

30. **Nociones fundamentales**

Como todo el mundo sabe, la proclamación de la santidad de una persona tiene dos fases fundamentales. En la actual disciplina no puede hacerse la canonización sin que previamente haya precedido la beatificación. Importa, por consiguiente, aclarar estos dos conceptos.

La canonización es la sentencia última y definitiva del Romano Pontífice, por la cual se declara solemnemente que un siervo de Dios goza de la gloria celestial, y, por consiguiente, se recomienda a todos los fieles de la tierra el culto de dulía en su honor. En cambio, la beatificación es una sentencia auténtica, de carácter previo, declarando la santidad y la gloria de un siervo de Dios en orden tan sólo a un lugar particular y de una manera restringida.

Estas dos definiciones nos muestran claramente las diferencias esenciales que existen entre la beatificación y la canonización. Mientras ésta es una sentencia definitiva, que excluye toda posible apelación a un tribunal superior, que no existe, o a una posible revisión de la causa en el mismo tribunal, la beatificación es, por su esencia, un acto previo, ordenado al acto final de la canonización, para la que es una condición *sine qua non.* Otra diferencia se apoya en la extensión del culto. La beatificación es un decreto permisivo, concediendo un culto limitado solamente a ciertos actos y en ciertos lugares, o para algunas personas. Mientras la canonización impone obligatoriamente a todos los fieles sin excepción un culto supremo y universal hacia el siervo de Dios que ha sido elevado a los altares.

Precisamente por esto, porque se trata de una ley de carácter universal, es sentir común de los teólogos y canonistas que el Papa es infalible al pronunciar la canonización. No es que trate de un dogma de fe, pero sí de una verdad cierta y *proxima fidei.*

Sabido es que la Iglesia es infalible cuando da un juicio sobre hechos dogmáticos. Pues bien, en la canonización hay en juego dos hechos dogmáticos: la santidad y la gloria del siervo de Dios, y la proposición que se hace a los fieles del mundo entero de un modelo de vida cristiana. Estos dos hechos están íntimamente entrelazados con la existencia concreta del dogma de comunión de los santos y de la predicación indefectible de la moral cristiana y evangélica. No así cuando se trata de la beatificación, juicio que no tiene un carácter ni definitivo, ni irreformable, ni universal.

Recientemente se ha planteado el problema de cuál sea la finalidad que la Iglesia se propone al canonizar a algunos de sus fieles. ¿Es sólo un tributo de homenaje a sus *héroes?* ¿Es una apelación confiada a la intercesión de quienes han logrado la gloria celestial? ¿O se trata más bien de proponer a los fieles modelos vivos y eficaces de la conducta cristiana que ella enseña? La lectura de las bulas de canonización no deja lugar a dudas: aunque no pueda negarse que haya un aspecto de homenaje a sus hijos más destacados, la Iglesia se propone, declarando la gloria que han alcanzado, adoctrinar a los fieles sobre las formas prácticas de vivir con toda intensidad y en sus más elevadas manifestaciones la vida cristiana.

Hay, por consiguiente, un doble aspecto en toda canonización: de una parte, se manifiesta la santidad de vida; de otra parte, la utilidad que esta vida representa en orden a alcanzar la más pura vida cristiana. Y esto por un doble camino: el del brillo de las virtudes en el siervo de Dios *(virtus morum)* y el de la voluntad de Dios de que sea glorificado *(virtus signorum).* A esto se reducen todos los procesos. La petición de quien quiere obtener que un siervo de Dios sea canonizado se apoya, como *causa petendi,* en estos dos extremos: que está jurídicamente demostrado el hecho concreto de la vida o muerte heroica del siervo de Dios y que consta, también jurídicamente, la existencia de milagros obtenidos por su intercesión.

31. **Visión de conjunto**

Esto, sin embargo, supone un camino ciertamente largo y complicado. Es posible que tal longitud y tal complicación no sean, sin embargo, tantas como muchas veces piensa el hombre de la calle. Por obvias razones, cuando alguna de estas causas no llega a buen término, no es objeto de una sentencia negativa, ni queda, por consiguiente, excluida la causa de los catálogos de causas pendientes. Simplemente queda en suspenso, abierta, pero en expectativa, que quienes están en las intimidades de la causa saben que será indefinida. Los que ven desde fuera la marcha de las causas sólo alcanzan a darse cuenta de que aquello no marcha, de que la causa se eterniza. Así como en un tribunal corriente se dictan sentencias positivas y negativas, aquí no hay tales sentencias negativas, y sólo queda, según hemos dicho, el recurso de dejar la causa indefinidamente pendiente. Pero, en cambio, cuando la santidad de un siervo de Dios se ha probado con facilidad y los milagros abundan y resultan también fácilmente controlables, no puede decirse que el procedimiento sea de suyo lento, tratándose de una de las causas más graves que puedan imaginarse, ya que entra en juego nada menos que el privilegio de la infalibilidad del Romano Pontífice.

En síntesis, el procedimiento se reduce a esto: alguien que está interesado en la beatificación de una persona que ha fallecido solicita del obispo de la diócesis en que este fallecimiento ocurrió que se abra un proceso para averiguar si la persona fallecida goza de fama de santidad y de milagros. Al mismo tiempo se recogen sus escritos y se averigua si se ha procedido debidamente en aspectos que pueden perjudicar a la causa. Si todo esto está en regla, interviene la Santa Sede. Un tribunal nombrado para ello recoge todos los testimonios referentes a la santidad del siervo de Dios. Este proceso se envía a la Sagrada Congregación, donde es examinado con cuidado. Del examen en conjunto de todos los resultados obtenidos en estos procesos parciales surge la posibilidad de realizar la beatificación. Ya no se volverán a examinar las virtudes o el martirio del siervo de Dios. Bastará que se realicen nuevos milagros para que se pueda proceder a la canonización.

Expliquemos ahora con algún mayor detalle estos procedimientos.

32. **Los primeros pasos**

«Todos los fieles y todas las asociaciones legítimas tienen derecho a pedir se instruya la causa (de beatificación) ante el tribunal competente. Y si la legítima y competente autoridad eclesiástica admitiere la petición, el que la ha hecho tiene, por el hecho mismo de ser admitida, derecho a promover legítimamente la causa y llevarla hasta el fin». Esto dice el canon 2003, que añade la posibilidad, puramente teórica, de que sea el mismo ordinario del lugar quien de oficio instruya el proceso.

Surge aquí una figura fundamental en esta clase de procesos: la del postulador. Es cierto que quien pidió la beatificación puede ejercitar la acción por sí mismo. Pero ordinariamente no lo hará, sino que recurrirá a los servicios del «postulador», sacerdote que trata de la causa ante un tribunal competente en representación de la persona o entidad que ha solicitado que se ponga en marcha. Él será, por consiguiente, quien solicite que se realicen los actos procesales; quien administrará, con arreglo a las instrucciones de la Sede Apostólica, el dinero que se ha recolectado entre los fieles para los gastos de la causa; quien presentará al tribunal los nombres de los testigos y los documentos; quien redactará y presentará al promotor de la fe los artículos sobre los que se ha de interrogar a los testigos en los procesos.

Hemos mencionado al promotor de la fe. Éste, en cambio, es el encargado de la defensa del Derecho. Equivaldría a la figura del fiscal en un tribunal ordinario. Cuida de que las leyes sean observadas; denuncia los puntos flacos que pueda haber en las alegaciones del postulador; redacta interrogatorios para averiguar la verdad de lo que dicen los testigos; propone nuevos testigos y hace, en una palabra, cuanto puede para que, mediante su actividad, se obtenga plenamente la dilucidación de la verdad.

Sin tomar las cosas demasiado al pie de la letra, lo que sería peligroso, bien se podría decir que el proceso de beatificación

es el de un juicio criminal al revés. Mientras en el proceso penal se trata de demostrar la culpabilidad de una persona sobre quien recaen sospechas después de que el sumario ha demostrado que tales sospechas son fundadas, en el proceso de beatificación se trata de demostrar la santidad de una persona después de que en el proceso informativo, o diocesano, se ha visto que hay sospechas de que, efectivamente, se trate de una persona santa.

Para esto se requieren pruebas, que, tanto en este proceso como en todos los demás, han de tener el carácter de plenas absolutamente (can.2019). No habrá, por tanto, otra posibilidad de actuación que a base de testigos y de documentos. Y esto con un criterio riguroso.

Mediante esos testigos y esos documentos habrá que demostrar que existe una auténtica fama de santidad. Es decir, que espontáneamente, sin que se haya forzado de manera artificiosa, sin que se haya basado en un falso heroísmo o en falsos milagros, existe en el pueblo cristiano la persuasión de que se trata de una persona santa. Ha de ser una opinión común, manifestada públicamente; ha de versar sobre la santidad y los milagros; ha de ser espontánea y en aumento progresivo y constante; ha de tener como efecto la confiada veneración del pueblo cristiano y el juicio favorable de las personas prudentes.

Una vez demostrado esto, el proceso, transcrito con todas las garantías, sellado cuidadosamente, es enviado a Roma.

Pero no ha de ir él solo. Le acompañará otro, que será la reunión de todas las diligencias que se han hecho para recoger los escritos del siervo de Dios. Labor muchas veces penosa y difícil, cuando se trata de personas que han vivido una vida muy intensa por sus cargos y su posición social. Téngase en cuenta que a estos efectos se consideran escritos «no sólo las obras inéditas del siervo de Dios, sino también las impresas; asimismo los sermones, cartas, diarios, autobiografías y, finalmente, todo lo que hubiera escrito, ya por sí mismo, ya por mano ajena» (can.2042). Todos los escritos, juntamente con los testimonios de las diligencias que se han hecho para su cuidadosa búsqueda, han de ser enviados a Roma.

Ha de ir también un tercer proceso, sumamente sencillo, al menos en la mayor parte de los casos. Como el asunto es delica-

do, quiere la Iglesia que los jueces procedan con entera libertad, sin que nada pueda prejuzgar el resultado final de la causa. Para eso se ha de evitar que el siervo de Dios esté ya recibiendo culto. Y de esto ha de constar mediante un proceso en el que el tribunal, después de examinar «detenidamente el sepulcro del siervo de Dios», la habitación en que vivió y murió y «los demás lugares en que pueda sospecharse con fundamento que existen señales de culto» (can.2058), y habiendo practicado las demás investigaciones que haya solicitado el promotor de la fe (can.2059), decide por sentencia si ha habido o no culto al siervo de Dios.

Enviado todo este material a Roma, la causa puede considerarse terminada en su fase diocesana. De aquí en adelante actúa la Santa Sede por sí o por sus delegados.

33. **La introducción de la causa**

Y así empieza por ordenar que se examinen los escritos del siervo de Dios. Unos revisores que el cardenal ponente de la causa elegirá, pero guardando en secreto sus nombres, irán leyendo todos los escritos y preparando un informe para expresar si en ellos «hay algo contra la fe y buenas costumbres y dar a conocer, en general, cuál es el carácter y cuáles las virtudes y los defectos propios del siervo de Dios, según aparecen en los escritos. Este informe lo darán por escrito, comprobándolo con argumentos y razones» (can.2068). El informe de los revisores es discutido por los cardenales y, en último término, se lleva al Papa, quien decide si se puede proceder más adelante.

Algo parecido se hace con el proceso informativo. Se estudia con todo cuidado por el cardenal ponente, oyendo las objeciones puestas por el promotor general de la fe y las respuestas que da el abogado. Hasta que un día se reúnen los cardenales de la Congregación de Ritos y se plantea en su presencia la duda: si se ha de formar la comisión de introducción de la causa. Si el juicio de los cardenales es favorable, se propone al Papa, y si también a él le pareciere bien, se redacta y publica el decreto correspondiente.

Ya tenemos así la causa introducida en la Sagrada Congregación. Falta tan sólo examinar el tercero de los procesos, el referente al no culto. Los cardenales dan su parecer sobre si ha de aprobarse o no la sentencia que dio el ordinario. Si el parecer es favorable, se sigue adelante. Habrá llegado el momento de instruir el proceso apostólico.

34. **Los procesos apostólicos**

La causa vuelve a su diócesis de origen, en cierta manera. La Sagrada Congregación nombra por lo menos cinco jueces, que con autoridad pontificia estudiarán las virtudes y los milagros del siervo de Dios; el martirio y la causa del mismo, y si perdura o no la fama de santidad que anteriormente tenía. Pero no se limita únicamente a darles autoridad, sino que a las «letras remisoriales (de nombramiento) se añadirán otras especiales del promotor de la fe designando dos subpromotores». Éstos recibirán instrucciones sobre las objeciones suscitadas al introducirse la causa, sobre las informaciones extrajudiciales que hayan sido necesarias, etc., etc. Es decir, que la experiencia de quien ha visto en su vida muchísimos procesos de esta clase sirve de guía a quienes los están tramitando en una diócesis determinada.

El tribunal tiene dos años para instruir el proceso apostólico. Al concluirlo, harán un reconocimiento jurídico de los restos del siervo de Dios, también de acuerdo con las indicaciones que habrán recibido de la Congregación. Después cerrarán el proceso y lo remitirán a Roma.

Una vez en Roma, el proceso es examinado de nuevo para ver si ha sido válido. Es más, se volverá a examinar también el proceso informativo, por si se deslizó alguna causa de invalidez que no fue advertida. Establecida la discusión entre el promotor de la fe y el abogado, los cardenales dictan su fallo sobre la validez del proceso. Y éste queda, salvo especial privilegio concedido por el Romano Pontífice en persona, archivado, ya que «la discusión de las virtudes no ha de comenzarse antes de haber pasado cincuenta años desde la muerte del siervo de Dios» (can.2101).

Llega así el momento cumbre en toda la causa. En tres reuniones sucesivas se va a estudiar la duda fundamental. Si se trata de causas de confesores, la duda será: «a ver si consta de las virtudes teologales: fe, esperanza y caridad para con Dios y para con el prójimo, y de las cardinales: prudencia, justicia, templanza y fortaleza, y de sus anejas, en grado heroico, en el caso y para el efecto de que se trata». En cambio, en las causas de los mártires la pregunta será: «si consta del martirio y de su causa y de las señales o milagros en el caso y para el efecto de que se trata». Por tres veces se reunirán los cardenales a discutirlo. La tercera estarán presididos por el Romano Pontífice, o por lo menos será él mismo quien dé su última resolución. Entonces se publicará un decreto declarando que están probadas las virtudes en grado heroico o el martirio del siervo de Dios, y éste podrá ser llamado en lo sucesivo «venerable».

Se ha dado un gran paso. Pero queda aún otro muy importante: examinar los milagros obrados por su intercesión. Porque «para la beatificación de los siervos de Dios se exigen dos milagros, si fueron testigos de vista los que suministraron las pruebas de las virtudes en ambos procesos, informativo y apostólico, o si los testigos examinados en el proceso apostólico fueron al menos testigos de oídas de los oculares; tres milagros, si en el proceso informativo los testigos lo fueron de vista, y en el proceso apostólico de oídas de los que lo oyeron; si en ambos procesos las virtudes se probaron únicamente por testigos de tradición y de documentos» (can.2117). «Con todo, si se trata de un mártir y consta evidentemente del martirio y de su causa material y formalmente considerada, pero faltan los milagros, compete a la Sagrada Congregación decidir si los signos son suficientes en el caso, y a falta de éstos, si se ha de pedir al Padre Santo la dispensa de los mismos» (can.2116).

Los milagros se examinan con rigor, por peritos especializados, para demostrar: «si tratándose de una curación, el que se cree haberla conseguido ha de tenerse por realmente curado; si el hecho presentado como milagroso puede o no explicarse según las leyes de la naturaleza». Después de tres congregaciones, similares a las que estudiaron la heroicidad de las virtudes, se dicta el decreto de aprobación de los milagros.

Ha llegado la causa de beatificación al final. En presencia del Padre Santo se discute entonces: «si puede procederse con seguridad a la beatificación del siervo de Dios». Cuando la puesta es afirmativa, el Papa manda redactar el oportuno decreto.

35. **La beatificación**

Es conocida la solemnidad que reviste una beatificación. Consta de dos partes. La primera, ordinariamente por la mañana, se realiza sin intervención personal del Romano Pontífice. En la basílica vaticana, en el altar de la cátedra, se congrega la multitud, presidida por los cardenales y prelados que concurren a la ceremonia. El postulador llega con el Breve de beatificación. Pide que se lea al prefecto de la Congregación de Ritos. Éste lo concede, y previa la venia del cardenal arcipreste de la basílica, un canónigo del cabildo vaticano procede a la lectura. Al terminarla, el siervo de Dios pasa a ser beato. Se descorre la cortina que ocultaba su imagen en la *Gloria* de Bernini, y se entona solemnísimo *Te Deum*. A continuación se celebra una misa de pontifical.

Por la tarde la ceremonia tiene la especial solemnidad que da siempre la intervención del Romano Pontífice. Desciende éste a la basílica, hace oración ante la imagen del nuevo beato, se expone el Santísimo Sacramento y se da la bendición, y al final es saludado por el postulador de la causa y algunas personas más íntimamente relacionadas con el nuevo beato.

36. **La canonización**

Sin embargo, la beatificación no es, según hemos explicado, más que un trámite previo para obtener la canonización. Normalmente la causa proseguirá adelante. Pero ya no se harán nuevas averiguaciones sobre la vida y los hechos del beato, ni se examinarán de nuevo sus escritos, ni se volverá sobre las cuestiones que se discutieron para su beatificación. Lo único que hará falta será que conste jurídicamente de dos milagros obrados después de la beatificación formal. Por eso, «cuando se afir-

ma que ha sido obrado algún milagro por intercesión de un beato, la Sagrada Congregación, a ruegos del postulador y con el beneplácito del Padre Santo, expide el decreto de reasunción de la causa e instrucción de nuevos procesos» (can.2139). Cuando se ha terminado la discusión de estos procesos y consta ya de la realización de los milagros, «el Romano Pontífice, habiendo oído el parecer de los cardenales y de los consultores, y cuando lo juzgare conveniente, da el decreto declarando que puede procederse con seguridad a la canonización solemne del beato» (can.2141).

La canonización constituye una de las más espléndidas ceremonias que se realizan en la basílica vaticana. Actúa personalmente el Romano Pontífice, quien desciende con todo su cortejo, el de las más solemnes capillas papales, a la basílica vaticana. Allí el postulador le pide con instancia que proceda a la canonización. Y, en efecto, desde el trono, situado bajo la cátedra de San Pedro, pronuncia con toda solemnidad la fórmula de canonización, celebrando a continuación la solemnísima misa papal y pronunciando, después del evangelio, una homilía en la que ensalza las virtudes del nuevo santo.

37. **Posibles mejoras**

Hemos expuesto rápidamente las principales fases de los procesos de canonización y beatificación. Toda una secular sabiduría, una experiencia única en el mundo, ha venido a quedar como condensada en la sapientísima ordenación de esta clase de causas. Difícilmente se podrá imaginar un procedimiento más riguroso y más preciso. A aclarar la auténtica santidad de los siervos de Dios contribuye la diligencia de los hombres, la ciencia humana de los peritos, la secular experiencia de la Sagrada Congregación y la misma intervención divina manifestada en los milagros. Esto no quiere decir, sin embargo, que tal ordenación procesal no sea perfectible, como lo es toda obra humana. El papa Pío XII, en un magistral discurso dedicado a la figura y la obra de Benedicto XIV, y que se ha publicado después de su muerte, señalaba así, con exactitud y profundidad, la situación del problema de la reforma de los procesos de beatificación:

«Los que, como vosotros, se ocupan de los procesos de beatificación y canonización, consideran justamente a Benedicto XIV como el "maestro" por excelencia de sus ordenamientos. Sabemos bien que en vuestras filas se discute si esto debe entenderse en el sentido de que sus ordenamientos representen la meta en la perfección del desarrollo de estos procesos, más allá de la cual no es posible avanzar, o bien si su obra representa sólo un elevado estadio hacia su ulterior perfeccionamiento. Establecido que la visión de la santidad católica, cual fue ofrecida por el papa Lambertini, tiene y tendrá valor permanente, es lícito, y aun útil, discutir sobre la perfectibilidad de la práctica procesal establecida por él, porque estimamos que no correspondería ni al pensamiento ni a las intenciones del mismo Benedicto XIV si se quisiere dejar el proceso en la forma rígida que tenía en su tiempo, tal cual se presenta en su obra La ley del desenvolvimiento histórico de las instituciones humanas podría imponer, también en esta materia, algunas mutaciones del ordenamiento del proceso a fin de hacerlo más apto para cumplir sus fines, que se han hecho más complejos y numerosos en los dos últimos siglos.

»En tal caso sería necesario, ante todo, examinar si habrían de adoptarse aquellos medios puramente técnicos de que hoy se dispone, y que simplificarían notablemente los procesos. Por citar un solo ejemplo, no se admiten ahora documentos mecanografiados, sino únicamente copias manuscritas, siendo así que aquéllos llevarían consigo una notable ventaja de tiempo, de exactitud, de comodidad de lectura, de facilidad para las copias Tal recurso a medios técnicos nuevos, mas que ofender la tradición, la continúa, porque es ya un hecho que el proceso de beatificación y canonizacion no ha permanecido inmóvil durante los últimos doscientos años, sino que se ha perfeccionado en la medida en que se han desarrollado las ciencias de las que se sirve. Esto ha ocurrido en el terreno de la crítica histórica y de su fuerza probativa. Sin querer infravalorar el sentido crítico de aquel siglo de los Maurinos y del primer período de los Bolandistas, que ciertamente representaban un progreso respecto al pasado, todavía es cierto que la crítica histórica sólo en el siglo XIX y en el presente ha constituido el desarrollo y el perfeccionamiento que le dan la dignidad de disciplina científica y el valor de testimonio fiel. Por eso nuestro inmediato predecesor, el papa Pío XI, eximio cultivador de tales disciplinas, no dudó en constituir para las llamadas "causas históricas" una sección especial historica en la Congregación de Ritos, a la que corresponde examinar la autenticidad y la credibilidad histórica del proceso y hasta buscar por sí misma nuevas fuentes de documentos

»Otro notable progreso operado en los ultimos tiempos concierne a las disciplinas médicas, a las cuales se debe recurrir en los procesos de beatificacion y canonización antes de emitir algunos

juicios. Es claro que el estado en que se encontraban hace doscientos años no resulta parangonable con el presente. Se puede tener una idea, sin alejarse del tema, en la misma obra de Benedicto XIV. , donde se diserta sobre las *visiones, apariciones, revelaciones* y donde trata de varios fenómenos, como las alucinaciones Mientras la ascética y la mística estaban entonces en condiciones de ofrecer una gran riqueza de experiencias en cuanto al tema, los conocimientos de medicina aparecen hoy, por el contrario, rudimentarios e insuficientes. Los procesos de beatificación y canonización no podrían olvidar el enorme desarrollo que las ciencias médicas y psicológicas han conseguido de los tiempos de Benedicto XIV a hoy.

»Esto mismo vale para el juicio que ha de formularse sobre los precedentes psicofísicos y psicológicos en la vida del mismo siervo de Dios; como sobre la verdad de los milagros que se atribuyen a su intercesión después de la muerte Por eso, para lo que concierne al segundo punto, nosotros mismos hemos instituido en la Congregacion de Ritos una comision médica, encargada de examinar, en los casos de curaciones que se dicen milagrosas, si se trata de verdadera curación, de una curacion determinada de una enfermedad y si tal curación es inexplicable atendiendo a la norma de las leyes naturales.

»Por alguno se ha manifestado también el deseo de un cierto aligeramiento en las exigencias procesales· Por ejemplo, en cuanto al cuidado de la revision y a la repetición de las discusiones sobre el mismo argumento De otra parte, se ofrece una importante cuestión que resolver como consecuencia de la legítima y aun laudable tendencia hacia el perfeccionamiento de los procesos, que nada quita a los méritos de Benedicto XIV y a su fama de maestro, cuestión de orden jurídico, muy afín a la esencia de la forma procesal establecida por el mismo Benedicto XIV Sabido es que el proceso, en la forma que él lo dejó, se funda esencialmente sobre las declaraciones juradas de los testigos. El éxito de un proceso depende, por tanto, casi enteramente de la persona de los testigos, de los que se ha logrado verificar la necesaria aptitud para testimoniar según la verdad. Se pide ciertamente que sean *omni exceptione maiores, homines bonae vitae et famae, tales, quod eorum dictis et attestationibus, in iudicio et extra, plenaria ab omnibus venit fides adhibenda (Codex pro postulatoribus)* Comprobadas tales aptitudes en los testigos, se estimo que su deposición jurada daba el máximo de garantía al proceso En teoría no se puede pedir más al testimonio humano; pero en concreto, ¿con qué medios se puede establecer la actitud subjetiva del testigo para otorgarle la *plenaria fides?* ¿Es siempre seguro, al menos en el grado que se reconocía, que los testimonios jurados de algunos testigos dan certeza objetiva de la verdad? La investigación psicológica, hoy más desarrollada que en el pasado, y la experiencia judicial que hoy se posee, manifiestan dudas y aconsejan

> cautela. ¿Son acaso las respuestas a los interrogatorios fijados y a los artículos suficientes para formarse una plena y exacta idea de la persona de que se trata? ¿No sería acaso oportuno, como contraprueba o complemento, un informe de conjunto de competentes testimonios o de peritos, especialmente si el proceso tiene por objeto personajes que tuvieron una notable parte en la vida pública? Intentamos por ahora solamente proponer tales cuestiones al examen de los técnicos, con la esperanza de que sean estudiadas con el mismo espíritu abierto, objetividad y equilibrio propios de la grande alma de Benedicto XIV».

Larga ha sido la cita, pero interesante por abrir las perspectivas que en el futuro presenta el perfeccionamiento de estos procesos. No ocultamos al lector que, pese a la extensión de estos párrafos, no son éstos los únicos problemas que hay planteados. Queda en pie el problema económico, del gran costo sin posibilidad de gratuito patrocinio; el de la preponderancia de algunos sectores de la Iglesia (los países latinos, los fundadores de congregaciones religiosas...) en el resultado final de los mismos, etc., que también han de estar presentes a la hora de la revisión de los mismos.

IV

38. **Un dogma fundamental**

Sabido es que la Iglesia, en el sentido más pleno de esta palabra, no está constituida únicamente por quienes militan en la tierra, sino que también pertenecen a ella quienes sufren y se purifican en el purgatorio y quienes gozan ya de la gloria del cielo. A cada una de estas divisiones de una misma y única Iglesia se llama también Iglesia, pero añadiéndole, según el caso, el correspondiente adjetivo: militante, purgante y triunfante.

Entre todos los miembros de esta inmensa Iglesia existe, en virtud de la consoladora doctrina del Cuerpo místico, hermosa y gráficamente aplicada por San Pablo, una íntima comunicación, o comunión, que en el Credo llamamos «comunión de los santos». Todos los miembros de esta triple Iglesia viven con una misma vida, la que redunda de Jesucristo, cabeza del Cuerpo místico. Y precisamente por esa comunidad de vida, existe tam-

bién una comunidad de auxilios. La Sagrada Escritura nos muestra cómo los fieles pueden orar unos por otros y cómo tal oración es agradable a Dios Nuestro Señor. Lo mismo se diga de las buenas obras, y así encontramos ejemplos en que ciudades enteras fueron salvadas por la ejemplaridad de algunos de sus habitantes. Si entre los vivos puede existir esa comunicación, con mucha mayor razón podrá existir en relación a los que ya fallecieron. Así, aunque la Iglesia no haya dicho nada positivamente, el común sentir del pueblo cristiano suele encomendarse a las benditas ánimas del purgatorio, sabiendo que la intercesión de quienes están en aquel lugar de sufrimiento puede servirle de mucho.

Sobre estos principios tan sencillos, pero basados en la revelación, se apoya también la doctrina del culto a los santos. Unidos íntimamente a ellos, en el seno de una misma Iglesia y participando de la vida de Cristo, podemos mirar en ellos a nuestros intercesores. En verdad sería extraño que quienes, mientras estuvieron en la tierra, ardían en caridad y deseaban vivamente favorecer cuanto pudieran al prójimo, perdieran luego esa caridad después de su muerte.

Y, en efecto, esta verdad, expresada en el Credo, la tuvieron siempre por suya los cristianos, que de hecho, desde los primeros siglos, se encomendaron a los santos. Resulta emocionante leer en las catacumbas las invocaciones con las cuales los que han quedado sobre la tierra piden a los santos que intercedan por ellos. No se diga nada de lo que ocurrió durante la Edad Media, época de espléndida eclosión del culto a los santos. Únicamente algunos herejes, como los valdenses, pudieron negar esta verdad. La misma mente de Wiclef y Hus, que algunas veces han sido alegados como adversarios de este culto, dista mucho de estar clara.

Sin embargo, correspondió al protestantismo atacar con particular fuerza una doctrina que tan pacíficamente había vivido en el seno de la Iglesia durante dieciséis siglos. Pese a las vacilaciones de Lutero, en cuyas obras se encuentran pasajes bien elocuentes en favor del culto a los santos, otros reformadores, y en especial Calvino, arremetieron con ímpetu contra él. Aún hoy día una de las características que más suele llamar la aten-

ción de un católico en las iglesias protestantes es la ausencia de imágenes de santos.

El concilio de Trento no creyó, sin embargo, oportuno hacer una definición dogmática, de carácter sistemático, opuesta a los errores protestantes. En la sesión 25 (3 y 4 de diciembre de 1563), ya con las prisas de un final que se presentía y se deseaba por parte de todos, dio un decreto de carácter predominantemente disciplinar, en el que, dirigiéndose a los obispos, señalaba cuáles eran las fuentes en las que se encontraba la doctrina del culto a los santos (uso de la Iglesia apostólica, los Santos Padres y los concilios) y de manera moderada establecía la recta doctrina acerca de la intercesión y la invocación a los santos.

39. **Intercesores**

«Bueno y útil es invocar suplicantemente a los santos que reinan con Cristo y recurrir a sus oraciones y auxilio para impetrar los beneficios de Dios por Jesucristo Nuestro Señor, que es nuestro único Redentor y Salvador». De esta manera expresa el concilio de Trento la doctrina respecto a la intercesión de los santos.

Que pueden interceder parece claro, y hay bastantes protestantes que no lo niegan. Al fin y al cabo, los santos, a los cuales pueden unirse los ángeles, aparecen en la misma Sagrada Escritura intercediendo por nosotros (Zac 1,12; Dan 10,13.20s; 1 Mac 15,12ss), ni más ni menos que, como ya hemos señalado, interceden también algunos hombres en favor de otros. La caridad continúa reinando en el cielo con mayor fuerza que en la tierra, y no hay por qué suponer que Dios Nuestro Señor se niegue a oír oraciones que los santos hagan movidos por esa caridad.

Por otra parte, la doctrina de San Pablo, tan extraordinariamente expresiva, nos muestra la íntima unión que existe entre los miembros del Cuerpo místico de Cristo, de tal manera que al padecimiento de un miembro deba acompañar el de los demás, y al gozo, también sea común la alegría. Resultaría increíble que esto no ocurriera precisamente en aquellos miembros que, gozando ya del cielo, han alcanzado la máxima perfección.

Esta intercesión puede y debe concebirse como particularmente eficaz hacia algunos grupos de personas o en determinado género de necesidades. La unión más íntima que el santo pueda tener con una ciudad, una orden religiosa, el grupo de personas que ejercita su misma profesión, etc., puede ser una razón para hacer esta intercesión más valiosa.

Ni puede oponerse que esta intercesión disminuya en nada la doctrina de Jesucristo como único mediador. A nadie se le ha ocurrido nunca poner en el mismo plano a Jesucristo y a estos otros mediadores subordinados a Él, que se esforzaron en imitarle, que de Él recibieron las gracias necesarias para poder seguirle. De la misma manera que podemos llamar padres a nuestros padres de la tierra, sin que por eso a nadie se le haya ocurrido decir que esto se opone a que Dios sea también nuestro Padre, podemos tener por intercesores a los santos, sin que a nadie se le pueda ocurrir que esto redunde en menoscabo de Jesucristo.

40. **Invocación a los santos**

Consecuencia de esta doctrina es que, si los santos interceden y pueden interceder por nosotros, a nuestra vez, podemos solicitar su intercesión e invocarlos. Tal invocación cede en honor de Dios. Es, al fin y al cabo, un reconocimiento de nuestra propia miseria: dándonos cuenta de que somos indignos de ser escuchados, recurrimos a aquellos siervos de Dios, cuya oración le ha de ser más grata que la nuestra, para que intercedan por nosotros. Hay, por consiguiente, una exaltación de la majestad de Dios, una honra a la virtud de los santos, un humilde reconocimiento de nuestra necesidad y de nuestra miseria.

Y tal invocación puede y debe extenderse a todos los santos. Agudamente hace notar Santo Tomás la conveniencia de llamar en nuestra ayuda algunas veces a santos más desconocidos o cuya devoción ha sido menos divulgada. En ocasiones será que nuestra propia devoción se siente estimulada. Y la oración, por más devota, viene a resultar más eficaz. En otras ocasiones, de esta invocación de diferente santo surgirá una agradable variedad. En otras se tratará de santos que tienen el particular cuida-

do de aquellas necesidades. En otras, en fin, cumpliremos con el deseo de la Iglesia de que todos los santos sean honrados por los fieles.

Ya hemos señalado más arriba cómo hay ocasiones en las que, mediante el canto de las letanías de los santos, esta invocación toma un carácter particularmente solemne.

41. **Culto a los santos**

Sabido es que el culto lleva consigo tres actos: uno del entendimiento, por el que se reconocen las prerrogativas de una persona y se la juzga digna de obsequio; otro de la voluntad, por el que se aprueba el juicio del entendimiento y se determina reconocer prácticamente nuestra sujeción a esa otra persona; un acto externo, por el que se manifiestan estos dos actos internos. El más esencial de estos actos es evidente que es el segundo. El primero puede darse sin culto. El tercero puede hacerse por burla.

Este culto puede ser puramente civil o puede ser religioso. En este segundo caso llega a alcanzar su máxima intensidad cuando se trata de Dios, y entonces se habla de culto de latría, o adoración, o puede tener una intensidad menor, y entonces se habla de dulía, si se refiere a los santos, o de hiperdulía, si se trata de la Santísima Virgen. Pero, aun en este caso, el del culto de dulía, es la virtud de la religión la que se ejerce, ya que es Dios quien resulta honrado en sus santos. No siempre será posible encontrar, por la limitación de las actividades humanas, acciones totalmente desemejantes para cada clase de culto. Una misma cosa, por ejemplo una genuflexión, puede ser acto de culto, de latría o de dulía.

No es necesario entrar a justificar aquí este culto que a los ángeles y a los santos se tributa. Independientemente de los antecedentes que se encuentran en la Sagrada Escritura (Núm 22,31; Jos 5,15; Jue 13,16; 1 Re 18,7; 2 Re 2,15), la práctica de la Iglesia y de los fieles, desde los mismos orígenes de la religión cristiana, nos lo muestran puesto en práctica: la veneración a las reliquias, la celebración del día aniversario, los altares y los templos sobre sus sepulcros, los himnos en su honor, las invocacio-

nes en sus lápidas sepulcrales, son muestras bien elocuentes. Es más: si el mismo Dios honra a sus santos, no es mucho que les honremos también quienes queremos cumplir su ley y acomodarnos a su voluntad. Y si en los santos refulgen las perfecciones de Dios, razón será honrarlas en cuanto en ellos resplandecen.

42. **Las reliquias**

En la misma sesión 25, que ya hemos citado, del concilio de Trento, se definió también que el culto a las reliquias era lícito y pío. Así aparece del mismo hecho de la virtud de que Dios quiso que estuvieran revestidas algunas cosas que habían pasado por mano de San Pablo (Hch 19,11ss). Pero aparece todavía mucho más claro en el honor de que los fieles acompañaron los cuerpos y las cosas que habían pertenecido a los mártires; las innumerables ocasiones en que la historia eclesiástica nos muestra que Dios ha obrado milagros por medio de las reliquias, y la constante y nunca desmentida veneración de los fieles hacia ellas. Ya el mismo San Jerónimo se alzó con fuerza frente a Vigilancio, que había osado oponerse a este culto. Que, por otra parte, tan racional aparece a quien tenga en cuenta la íntima conjunción que existe entre el cuerpo del santo y las buenas obras con las que él ha conseguido la gloria. Recordemos las hermosas palabras de San Máximo: «Honro en la carne del mártir las cicatrices que recibió por Cristo; honro las sagradas cenizas pensando en la confesión del Señor, honro en ellas las semillas de la eternidad; honro el cuerpo que Dios me muestra amar, que Dios me enseñó a no temer por Él llevar a la muerte».

El culto a las reliquias es, por otra parte, la profesión práctica del dogma de la resurrección gloriosa del cuerpo de los santos; la visible demostración del triunfo obtenido por Cristo sobre la idolatría; una invitación a seguir sus huellas; una acción de gracias por los bienes que de su actividad redundaron para la Iglesia; una glorificación del mismo Dios. Si en el orden civil se guardan con tanto esmero las reliquias, y nos es dado visitar los panteones de hombres ilustres y los museos donde se conser-

van las banderas y restos gloriosos de pasadas batallas, ¿por qué no nos ha de ser lícito hacer algo parecido en el mismo orden sobrenatural?

43. **Las imágenes**

Nada más que una alusión al culto a las imágenes de los santos, que tanto se discutió en el siglo VIII con ocasión de la herejía iconoclasta, y que con tanta fuerza fue también rechazado por los protestantes. Acaso en ninguna cuestión como en ésta hayan llevado las teorías a lucubraciones totalmente alejadas de lo que cada día nos muestra la experiencia.

El hombre, compuesto de alma y cuerpo, necesita de algo que hiera a sus sentidos y alcance a su imaginación, al menos en la mayoría de los casos. Para esto pueden servir perfectamente, y de hecho sirven, las imágenes. Basta presenciar un desfile procesional en Semana Santa para darse cuenta de hasta qué punto aquellas esculturas llegan a impresionar la sensibilidad popular y a constituir una muda y eficaz predicación. Así lo definió el séptimo concilio ecuménico, y así lo ha defendido siempre la Iglesia frente a las exageraciones de quienes, por mala voluntad o por una espiritualidad y un misticismo mal entendido, trataban de arrinconar las imágenes de los santos.

44. **Utilidad**

El culto de los santos nos lleva en primer lugar a la imitación de sus virtudes. Precisamente por el culto nos ponemos en contacto con ellos, y vemos la santidad como algo deseable, apetecible, término normal y lógico de nuestra vida cristiana.

Ese mismo culto establece entre ellos y nosotros una comunicación de la que no podemos menos de salir beneficiados. Comunicación que se traduce en gracias y dones que obtenemos por su intercesión, ya en lo espiritual, ya en lo temporal.

Nos mueve, además, el culto a los santos a la humildad, al comprobar por nuestra parte cuán diferentes somos de ellos. Y

nos mueve a mayor perfección por el deseo de asemejarnos a ellos.

Caben, sin embargo, excesos, y ciertamente los ha habido a lo largo de la historia. Cuando el Santo Oficio, el 8 de mayo de 1937, ponía en guardia a los fieles contra la afición a nuevas formas de devoción, no hacía más que insistir en algo que muchas veces ha tenido que hacer la Iglesia: luchar contra la superstición, que puede esconderse incluso debajo de una realidad tan santa como es el culto a los santos.

Sapientísimamente en el Código de Derecho canónico se establecen unas normas para que este culto no derive nunca por derroteros menos sanos: establecidos unos principios generales (can.1255.1256.1276), se insiste en que únicamente a la Iglesia corresponde otorgar permiso para el culto público (can.1277), culto que tendrá severas restricciones cuando se trate de los Beatos (can.1868 § 2; 1201 § 4). Siguiendo estas normas, el culto a los santos resultará fuente abundosa de genuino y auténtico espíritu cristiano.

Respondiendo de una parte a tan hermosas tradiciones, como las que más arriba han quedado reseñadas; de otra parte, a los vivos deseos de la Iglesia de poner en contacto a los fieles con la santidad, siempre renovada en su seno maternal, y por otra, en fin, a los deseos del público hispanoamericano, la Biblioteca de Autores Cristianos pensó en la conveniencia de editar un nuevo *Año cristiano.*

A este efecto, en agosto de 1957 dirigía la comisión que se encargaba de la obra una circular a los posibles colaboradores, en la que se exponía cuál iba a ser la orientación general del trabajo. Decía así:

> «Se trata de publicar un *Año cristiano,* con las características tradicionales de esta clase de obras, convenientemente adaptado a los tiempos actuales.
>
> »Insertará cada día la semblanza de uno o dos santos o beatos cuya fiesta litúrgica se celebre; escrita en un estilo literario digno, sencillo y claro; orientada hacia la edificación del pueblo cristiano; basada en datos históricos depurados, pero sin excluir la utilización de piadosas leyendas, siempre y cuando aparezcan como tales; con un sentido moderno en la interpretación de la santidad.
>
> »Las semblanzas... han de atender al marco histórico o teológico en que se desarrolló la vida del santo, de tal manera que los lec-

> tores hayan repasado, al terminar la obra, las principales épocas de la historia eclesiástica y las verdades más esenciales del dogma cristiano; han de concebirse con tal sencillez de estilo y lenguaje, que sea posible y fácil su lectura en alta voz».

A nuestros lectores, y a la crítica, corresponderá ahora decir hasta qué punto tales propósitos han conseguido ser llevados a la práctica. Creemos, sin embargo, que no será necesaria una lectura a fondo de los cuatro volúmenes para apreciar el interés que se ha puesto en ofrecer las semblanzas de los santos más modernos, de aquellos que no habían sido tratados en obras similares, y de los españoles. Se han incluido también un buen número de beatos, cuando su excepcional personalidad o su influjo en la historia eclesiástica así lo aconsejaba. Característica singular de esta obra resultará, sin duda, el gran número de autores que han colaborado en la misma. Pareció que, siendo tan diversa la fisonomía de los santos en las diversas épocas de la historia eclesiástica, no había inconveniente en confiar a plumas también muy diversas el cargo de trazarla. En algunos casos se ha tratado de verdaderos especialistas, que han hecho aportaciones interesantes aun desde el punto de vista científico. Siempre se ha cuidado, sin embargo, de que, aun no tratándose de especialistas, presentaran los autores suficientes garantías de seriedad científica y de dignidad literaria. No se intentó, en cambio, aunque tampoco se excluyó, que las semblanzas de los santos de cada orden fueran escritas por miembros de la orden respectiva; antes se procedió en esto con un criterio de sana libertad. A nadie se le ocultará que han sido muchos más los posibles colaboradores a quienes la comisión se dirigió, sin que muchos de ellos, unos por una causa y otros por otra, pudieran llegar a colaborar efectivamente. Como no se ocultará tampoco que, siendo tantos, la inclusión de determinados nombres en nuestra lista no supone en manera alguna ningún juicio de valor sobre obras que estos mismos autores hayan podido escribir anteriormente.

Se restringió el número de semblanzas a una o dos al día, con el deseo de no aumentar excesivamente el volumen de la obra y conseguir así un fin de edificación del pueblo cristiano. Creemos que hoy, como en siglos pasados, es mucho el fruto que puede obtenerse de la lectura de las vidas de los santos y

que tal lectura se facilitará grandemente con esta obra, en la que hemos puesto nuestra mejor voluntad y empeño.

Haga el Señor que, como tantas veces se pide en la sagrada liturgia, nuestros lectores, al contacto con los ejemplos de los santos, se sientan atraídos hacia su veneración y a la imitación de sus virtudes.

Salamanca, 10 de mayo de 1959, fiesta del Beato Maestro Juan de Ávila.

LAMBERTO DE ECHEVERRÍA,
BERNARDINO LLORCA, S. I.,
LUIS SALA BALUST,
CASIMIRO SÁNCHEZ ALISEDA.

CAUSAS DE BEATIFICACIÓN Y CANONIZACIÓN EN LA ACTUAL DISCIPLINA DE LA IGLESIA

Por MIGUEL ÁNGEL MONTERO JORDI
Licenciado en Derecho Canónico

I. LA CONSTITUCIÓN «DIVINUS PERFECTIONIS MAGISTER»

La actual disciplina eclesiástica en materia de beatificación y canonización de los siervos de Dios tiene como documento básico la constitución papal del 25 enero 1983, conocida por sus primeras palabras latinas *Divinus perfectionis Magister.* Esta constitución sustituye a los textos legales anteriores y marca la pauta que debe sustancialmente seguirse tanto en las investigaciones que deben hacer los obispos diocesanos como en la forma de proceder de la Sagrada Congregación para las Causas de los Santos. Responde al espíritu del Concilio Vaticano II y a la general revisión de todos los estamentos y realidades de la Iglesia, y concretamente del Derecho canónico, y quiere ser una actualización o *aggiornamento,* por usar la palabra clásica, de una materia tan llena de interés. Es cierto que la renovación de esta materia canónica ya se había empezado antes del Concilio y del nuevo Código de Derecho Canónico de 1983, pero es ahora con la citada constitución apostólica con la que la materia ha sido reorganizada de forma integral.

Recordemos que a tenor de las disposiciones del papa Urbano VIII († 1644) las causas de beatificación y canonización de los siervos de Dios, antes de que se introdujesen en la Curia romana, comenzaban en la diócesis donde el siervo de Dios hubiera muerto con un proceso informativo, llamado ordinario, sobre la fama de santidad o sobre el martirio, junto a un proceso llamado de *non cultu,* es decir que al dicho siervo de Dios no se le tributaba culto público en la Iglesia. Se recogían también en el proceso diocesano todos los escritos del siervo de Dios.

Trasladados todos los actos diocesanos a la Sagrada Congregación de Ritos, competente en la materia por disposición del papa Sixto V, se examinaban los escritos, luego se examinaban los actos del proceso diocesano y se decretaba oportunamente la introducción de la causa. Examinada la cuestión del no culto, la Congregación de Ritos mandaba la instrucción de los procesos apostólicos sobre la fama de santidad en general, las virtudes en especial o el martirio del siervo de Dios y los milagros que se le atribuyeran. Se pasaba luego a la discusión en la propia Congregación entre el Promotor de la fe y el patrono o abogado de la causa, siendo jueces los prelados oficiales, los consultores y los cardenales miembros del dicasterio, pero naturalmente el juicio último sobre las virtudes o martirio y sobre los presuntos milagros del siervo o sierva de Dios quedaba reservado al Papa.

Esta estructura no dejaba de tener obstáculos, sobre todo sucedía que venían a instruirse los procesos apostólicos cuando ya los testigos de la vida del siervo de Dios habían desaparecido y de hecho lo sustancial de la causa venía a aportarlo el proceso diocesano mucho más que cualquiera de los procesos apostólicos. Por otro lado, el perfeccionamiento de la crítica histórica estaba señalando la necesidad de aplicarla a las causas de canonización, y para ello la primera medida fue el decreto de la Congregación de Ritos del 26 de agosto de 1913, siendo papa San Pío X. Sus disposiciones pasaron al Código de Derecho Canónico de 1917, promulgado por el papa Benedicto XV, y por ello en todas las causas, recientes o antiguas, se procedió a compulsar y comprobar todos los documentos, y esto se empezó a deber hacer incluso en aquellas que estaban ya en curso, y que no continuarían a nuevos actos hasta no haberse hecho esta seria comprobación histórica.

Pío XI dio un nuevo y necesario paso adelante: con *motu proprio* del 6 febrero 1930 instituyó la Sección Histórica en la Congregación de Ritos y aprobó posteriormente el 4 enero 1939 las Normas acordadas por la Congregación sobre los procesos ordinarios de causas históricas, lo que vino a ahorrar en ellas el posterior proceso apostólico. Y así se puso mucho más de relieve la importancia fundamental de la crítica histórica en las cau-

sas antiguas o históricas y no menor en las causas recientes, a las que los criterios de historicidad fue obvio que tenían que aplicarse plenamente. Ello, entre otras causas, contribuyó a que se pensase en la unificación de los procesos ordinario y apostólico de las causas recientes y así el motu proprio *Sanctitas clarior,* del papa Pablo VI, del 19 marzo 1969, dispuso un único proceso cognicional, instruido por el Obispo diocesano previa la autorización de la Sede Apostólica, y que posteriormente pasaría y se sustanciaría en la Curia romana. Y al dividirse en dos la antigua Congregación de Ritos (const. apostólica *Sacra Rituum Congregatio* de 8 mayo 1969) y formarse la Congregación de las Causas de los Santos se modificó en parte el procedimiento de las causas, pero diversas dificultades surgidas y las dispensas que hubieron de darse obligaron a pensar que lo propio era un nuevo tratamiento *ex integro* del tema para su plena adaptación a las nuevas realidades eclesiales.

Habiendo prosperado la iniciativa, el papa Juan Pablo II sometió a la deliberación de los cardenales de la Congregación un proyecto de constitución apostólica y de Instrucción sobre las investigaciones a realizar por los Obispos diocesanos, sobre lo que se hicieron varios esquemas. Las deliberaciones tuvieron lugar los días 22 y 23 de junio de 1981, siendo aprobados sustancialmente ambos textos, y adelantándose también una serie de Normas para las causas en trámite. Pasados los textos a todos los jefes de dicasterios de la Curia, éstos, reunidos con el Papa el 28 enero 1982, pudieron darle su parecer. Y así es como surgió la constitución apostólica *Divinus perfectionis Magister* (25 enero 1983).

Parte de tres hechos de significado teológico: el primero es que Cristo unió a sí a su Iglesia para santificarla, y por tanto que la Iglesia participa de la santidad de su Fundador; el segundo es que, si bien todos los cristianos son santos por la santidad que se les ha comunicado en el bautismo, algunos de ellos siguen más de cerca a Jesucristo o bien por padecer el martirio o bien por el ejercicio heroico de las virtudes; el tercero es que desde el principio la Iglesia, considerando a los santos como más estrechamente unidos a nosotros en Cristo, les ha tributado una particular veneración y ha implorado el auxilio de su intercesión.

Trasladados todos los actos diocesanos a la Sagrada Congregación de Ritos, competente en la materia por disposición del papa Sixto V, se examinaban los escritos, luego se examinaban los actos del proceso diocesano y se decretaba oportunamente la introducción de la causa. Examinada la cuestión del no culto, la Congregación de Ritos mandaba la instrucción de los procesos apostólicos sobre la fama de santidad en general, las virtudes en especial o el martirio del siervo de Dios y los milagros que se le atribuyeran. Se pasaba luego a la discusión en la propia Congregación entre el Promotor de la fe y el patrono o abogado de la causa, siendo jueces los prelados oficiales, los consultores y los cardenales miembros del dicasterio, pero naturalmente el juicio último sobre las virtudes o martirio y sobre los presuntos milagros del siervo o sierva de Dios quedaba reservado al Papa.

Esta estructura no dejaba de tener obstáculos, sobre todo sucedía que venían a instruirse los procesos apostólicos cuando ya los testigos de la vida del siervo de Dios habían desaparecido y de hecho lo sustancial de la causa venía a aportarlo el proceso diocesano mucho más que cualquiera de los procesos apostólicos. Por otro lado, el perfeccionamiento de la crítica histórica estaba señalando la necesidad de aplicarla a las causas de canonización, y para ello la primera medida fue el decreto de la Congregación de Ritos del 26 de agosto de 1913, siendo papa San Pío X. Sus disposiciones pasaron al Código de Derecho Canónico de 1917, promulgado por el papa Benedicto XV, y por ello en todas las causas, recientes o antiguas, se procedió a compulsar y comprobar todos los documentos, y esto se empezó a deber hacer incluso en aquellas que estaban ya en curso, y que no continuarían a nuevos actos hasta no haberse hecho esta seria comprobación histórica.

Pío XI dio un nuevo y necesario paso adelante: con *motu proprio* del 6 febrero 1930 instituyó la Sección Histórica en la Congregación de Ritos y aprobó posteriormente el 4 enero 1939 las Normas acordadas por la Congregación sobre los procesos ordinarios de causas históricas, lo que vino a ahorrar en ellas el posterior proceso apostólico. Y así se puso mucho más de relieve la importancia fundamental de la crítica histórica en las cau-

sas antiguas o históricas y no menor en las causas recientes, a las que los criterios de historicidad fue obvio que tenían que aplicarse plenamente. Ello, entre otras causas, contribuyó a que se pensase en la unificación de los procesos ordinario y apostólico de las causas recientes y así el motu proprio *Sanctitas clarior,* del papa Pablo VI, del 19 marzo 1969, dispuso un único proceso cognicional, instruido por el Obispo diocesano previa la autorización de la Sede Apostólica, y que posteriormente pasaría y se sustanciaría en la Curia romana. Y al dividirse en dos la antigua Congregación de Ritos (const. apostólica *Sacra Rituum Congregatio* de 8 mayo 1969) y formarse la Congregación de las Causas de los Santos se modificó en parte el procedimiento de las causas, pero diversas dificultades surgidas y las dispensas que hubieron de darse obligaron a pensar que lo propio era un nuevo tratamiento *ex integro* del tema para su plena adaptación a las nuevas realidades eclesiales.

Habiendo prosperado la iniciativa, el papa Juan Pablo II sometió a la deliberación de los cardenales de la Congregación un proyecto de constitución apostólica y de Instrucción sobre las investigaciones a realizar por los Obispos diocesanos, sobre lo que se hicieron varios esquemas. Las deliberaciones tuvieron lugar los días 22 y 23 de junio de 1981, siendo aprobados sustancialmente ambos textos, y adelantándose también una serie de Normas para las causas en trámite. Pasados los textos a todos los jefes de dicasterios de la Curia, éstos, reunidos con el Papa el 28 enero 1982, pudieron darle su parecer. Y así es como surgió la constitución apostólica *Divinus perfectionis Magister* (25 enero 1983).

Parte de tres hechos de significado teológico: el primero es que Cristo unió a sí a su Iglesia para santificarla, y por tanto que la Iglesia participa de la santidad de su Fundador; el segundo es que, si bien todos los cristianos son santos por la santidad que se les ha comunicado en el bautismo, algunos de ellos siguen más de cerca a Jesucristo o bien por padecer el martirio o bien por el ejercicio heroico de las virtudes; el tercero es que desde el principio la Iglesia, considerando a los santos como más estrechamente unidos a nosotros en Cristo, les ha tributado una particular veneración y ha implorado el auxilio de su intercesión.

Se trata, pues, de tres grandes convicciones de la Iglesia, de las que ha dado testimonio con sus acciones en el tiempo. En este culto a los santos la Constitución reconoce un desarrollo histórico: primero vino el culto a los Apóstoles y Mártires, junto a la Virgen María y su papel singular, y luego a las vírgenes y monjes y luego se generalizó a todos los que han alcanzado la perfección cristiana.

Ésta es la firme base teológica sobre la que se asienta el culto a los santos que desde tiempos tan iniciales se practica en la Iglesia.

Pero el Papa recuerda también las disposiciones de la Iglesia en los últimos siglos en orden al reconocimiento de los santos en cuanto tales y señala la base y fundamento para este reconocimiento: la Sede Apostólica cumple al investigar la santidad de los siervos de Dios el grave deber que le ha sido encomendado de enseñar, santificar y gobernar al pueblo de Dios. Se trata igualmente de un fundamento teológico, de esa plenitud de potestad apostólica que radica en la sede romana al servicio del mayor bien del pueblo de Dios. No entrando en los más antiguos pasos que se dieron hasta que beatificacion y canonización quedaron reservadas a la Santa Sede, el Papa parte del hecho de que Sixto V encomendó a la Sagrada Congregación de Ritos el procedimiento de las causas de canonización. Un gran paso adelante lo da el papa Urbano VIII, quien dio normas claras y fijas, las cuales fueron recogidas y comentadas con tal sabiduría por el futuro papa Benedicto XIV, Próspero Lambertini, que quedó su libro como *vademecum* y regla en la dicha Sagrada Congregación por espacio de doscientos años. El Código de Derecho Canónico, promulgado por Benedicto XV en 1917, las recogió sustancialmente, junto con lo que sobre crítica histórica había establecido San Pío X, como hemos señalado. Esta reforma de San Pío X, es bueno subrayarlo, en materia de las causas de los antiguos beatos ponía de nuevo en todo su rigor la normativa de Urbano VIII

Pasa luego el papa Juan Pablo II a recordar que Pío XI en 1930 instituyó en la Congregación de Ritos la Sección Histórica, con la intencion de proporcionar un instrumento más apto de trabajo, que respondiera mejor a los postulados de la crítica

histórica, tan avanzada ya para entonces. A esta sección se le encomendó el estudio de las causas llamadas «históricas». Y se entendía por tales aquellas en las que no era posible aportar testigos de vista sobre la vida, las virtudes o el martirio de los siervos de Dios, ni era posible acceder a estos testimonios por sus declaraciones hechas oportunamente en un proceso eclesiástico. Son las causas en las que el objeto estudiado sólo puede conocerse por documentación y no por testigos procesales, documentación que tiene que ser valorada en su autenticidad y en su credibilidad por medio de la más sana e imparcial crítica histórica. Para que los procesos de causas históricas a incoar en las diócesis estuviesen debidamente regulados, el propio pontífice Pío XI aprobó las Normas a guardar en los mismos, redactadas por la S. C. de Ritos, con fecha 4 enero 1939, y como el propio Juan Pablo II reconoce en la Constitución que comentamos, esto hizo prácticamente inútil el proceso apostólico, por lo que en las causas históricas comenzó a prescindirse del mismo.

Recuerda luego el actual Pontífice que el papa Pablo VI el 19 de marzo de 1969, y por tanto —añadimos— estando aún en vigor el primer Código de Derecho Canónico, estableció nuevas normas en las causas de beatificación y canonización por su motu proprio *Sanctitas clarior.* Con ese *motu proprio,* debemos poner de relieve, se unificaron los procesos ordinario y apostólico en todas las causas y por consiguiente también en las que podemos llamar no históricas, es decir en aquellas para las que se contaba con testigos de vista y declaraciones procesales. El procedimiento resultante de este *motu proprio* en su fase instructoria contenía como primer paso la petición del Ordinario a la Santa Sede de un *nihil obstat* para la introducción de la causa; esta petición tenía que llegar fundamentada y sobre esos fundamentos la Sagrada Congregación daba o negaba la licencia pedida; obtenido el *nihil obstat,* el Ordinario instruía el proceso tanto por autoridad propia como por autoridad delegada de la Sede Apostólica, y el objeto del proceso era la vida, las virtudes o el martirio, el no culto y la recogida de los escritos del siervo o siervos de Dios. Este proceso era enviado a la Santa Sede que lo sometía a revisión y, si era el caso, mandaba completarlo. Se pasaba luego a la *Positio* y demás actos ya en la propia Congrega-

ción. Hay que decir que con la constitución apostólica *Sacra Rituum Congregatio* (8 mayo 1969) con la que la dicha Congregación se dividió en dos, también se introdujeron reformas en el procedimiento de las causas en la fase de juicio. El papa Juan Pablo II recuerda esto diciendo que cambió un poco el orden de proceder en dichas causas. En efecto, a partir de entonces, las discusiones sobre el mérito de la causa debieron desarrollarse en un congreso particular de los prelados y consultores teólogos de la Congregación, pasando luego a la congregación plenaria de cardenales, iniciándose así un procedimiento parecido al actualmente vigente.

Debemos decir que el *motu proprio* de Pablo VI, aunque situado ya en el espíritu del Vaticano II y queriendo ser un avance en la línea en que se movía la reforma canónica posconciliar, no respondió plenamente a las necesidades y conveniencias que los expertos detectaban en el tema de los procesos de beatificación y canonización. Cuando fue elegido papa Juan Pablo II llevaba ya dicho *motu proprio* nueve años en vigor y había por consiguiente una experiencia segura acerca de los logros conseguidos con él y asimismo acerca de lo que era aún preciso y oportuno. El número de causas no hacía sino incrementarse, como por otra parte era lógico en una Iglesia como la católica que en los últimos tiempos había duplicado el número de sus fieles y en las últimas centurias, como en las primeras centurias cristianas, había conocido infinitos martirios de fieles en muy diversas partes del mundo. La fama de santidad de innumerables siervos y siervas de Dios iba a llamar a las puertas de la autoridad local y de la universal de la Iglesia solicitando nuevos procesos de beatificación y canonización. Hacía falta una reforma integral del proceso, el cual, conservando todos los valores acumulados por una ya tan larga historia y profunda experiencia de tratar dichas causas, debería volverse ágil y acomodado al espíritu y sensibilidad de la Iglesia posconciliar en el modo de tratarlas. Dos tipos de voces llegaron al nuevo y dinámico Pontífice elegido en octubre de 1978: la voz de los doctos y la voz de los pastores. Así lo declara en la constitución que comentamos el propio Juan Pablo II, el cual, atento a esas voces, tan dignas de tenerse en cuenta, decretó se estudiase el tema y se le diera respuesta canó-

nica adecuada, salvando dos principios que tenían que casarse entre sí. Estos dos principios que el Papa menciona son: la agilidad en el tratamiento de las causas, y la solidez en las investigaciones.

Conviene que nos fijemos en ambos principios. El principio de la agilidad era echado de menos por muchas personas en la Iglesia. Las causas de beatificación eran generalmente muy lentas a causa de su complejidad y gran burocracia. El resultado era que los siervos y siervas de Dios venían a ser beatificados y canonizados muchos años y casi siempre siglos después de su tránsito. Es verdad que la santidad es ejemplar siempre, pero qué duda cabe que a la Iglesia le conviene tener en los altares modelos de santidad cercanos en el tiempo, que hagan ver que también en nuestra época, religiosamente tan especial, es posible la santidad. Si nos fijamos en las canonizaciones efectuadas desde Clemente VIII hasta Pablo VI, veremos que ciento noventa y dos causas de canonización llegaron a buen término, la mayoría de un solo santo, otras de varios santos, casi siempre mártires. Con anterioridad a Juan Pablo II sólo cinco santos del siglo XX llegaron a la canonización: María Goretti, Gema Galgani, Pío X, Bertila Boscardín y Rafaela M.ª del Sagrado Corazón. Con Juan Pablo II y antes del año 2000 han sido canonizados estos fieles del siglo XX: los Mártires de Turón (1936), Benito Menni (1914), Juan Calabria (1954), Edith Stein (1942), Teresa de los Andes (1920), Ezequiel Moreno (1906), Muciano María (1917), Ricardo Pampuri (1930), José Moscati (1927), Miguel Febres (1910), Leopoldo Mandic (1942) y Maximiliano Kolbe (1941). Es verdad que algunas de estas últimas causas estaban muy adelantadas o son anteriores en su conclusión a la Constitución que estamos comentando, pero sin duda las causas se han agilizado. Y no digamos nada de las beatificaciones, especialmente de mártires: una gloriosa legión de mártires del siglo XX ha inundado los altares. En el pontificado de Juan Pablo II unas ciento cincuenta causas, cuyos titulares han muerto en el siglo XX, han logrado llegar a la beatificación. Todos desde luego no son mártires. La agilidad era, pues, en orden a brindar modelos de santidad cercanos a nosotros en el tiempo, además de otros motivos, la novedad que la nueva legislación iba a

aportar. Examinaremos luego los pasos acordados y veremos en qué ha consistido esa agilidad.

Y el otro principio al que deben atenerse las causas señala el Papa que es la solidez de las investigaciones. Es verdad que la comunidad cristiana cuando, a raíz de una beatificación o canonización, da culto religioso a un siervo o una sierva de Dios, se mueve a ello por la autoridad del Papa, y que la motivación última y decisiva de ese culto está enraizada en la fe, es decir en aquel punto de nuestra fe católica que es la autoridad suprema del Romano Pontífice. Ciertamente la comunidad no ha hecho por sí misma la investigación histórica y el juicio teológico que la vida, las virtudes o el hecho del martirio y los presuntos milagros merecen, sino que la comunidad confía en la palabra del Papa que beatifica o canoniza, sin olvidar la diversa calificación teológica que tienen beatificación y canonización. Pero esa confianza de la comunidad en el Papa está acompañada de la seguridad de que el Papa no toma sus decisiones de magisterio sin haberse antes producido aquella investigación histórica, aquella valoración teológica y aquella oración humilde pidiendo luz a Dios que deben preceder a esos actos del magisterio tan importantes, por los cuales se permite (beatificación) o se establece (canonización) el culto religioso a los siervos y siervas de Dios. En «negocio de tanta importancia», como lo llama Juan Pablo II, el magisterio papal no procede a la ligera sino que se apoya en firmes fundamentos. No ha dejado de señalarse que la autoridad del Papa no suple la falta de pruebas requeridas en una causa de canonización. Por ello *ninguna reforma legislativa en la materia podía prescindir del* rigor histórico y teológico que tradicionalmente se ha venido pidiendo. Investigaciones sólidas son aquellas que conducen a certezas morales, objetivamente fundadas, no a meras probabilidades, sobre el objetivo de la causa.

Pero hay otro principio teológico que se ha hecho presente en la renovación canónica de los procesos de beatificación-canonización, y es la colegialidad de los Obispos, solemnemente enseñada por el Concilio Vaticano II y que ha informado toda la legislación posconciliar y no podía menos que llegar también a esta materia. Del principio de la colegialidad episcopal deduce Juan Pablo II en esta constitución que «es muy conveniente que

los mismos Obispos se unan más a la Sede Apostólica al tratar las causas de los santos». A este respecto no podemos olvidar que el culto de los santos surgió inicialmente en las iglesias particulares y que su regulación estuvo en las manos de los obispos diocesanos o de los sínodos episcopales. Hay que esperar nada menos que al siglo X para que se comenzase a dar intervención de la Sede romana en las canonizaciones. Se dice que fue en el sínodo lateranense del año 993 cuando se produce la primera canonización papal conocida: el papa Juan XV († 996) canonizó a san Ulrico de Augsburgo y a partir de aquí y poco a poco las canonizaciones papales se hicieron más frecuentes, a petición de obispos y fieles. Se ha subrayado que con la entrada en vigor de las Decretales en 1234 del papa Gregorio IX († 1244) la canonización legalmente quedaba reservada al papado, pero la praxis tardó en ajustarse a esta reserva y nuevos cultos locales siguieron surgiendo en los cuatro siglos siguientes. Sería el papa Urbano VIII, a partir de su breve *Caelestis Hierusalem cives* (5 de julio de 1634), quien pondría fin a la introducción de nuevos cultos de santos sin licencia de la Santa Sede. Pero la legislación aportada por el citado Papa no negaba intervención a los obispos diocesanos, al revés, para que una causa pudiese introducirse en la Curia romana era necesario que primero el Obispo instruyese un proceso informativo sobre la fama de santidad o martirio del siervo o sierva de Dios, recogiese sus escritos, y mediante un proceso particular certificase la observancia de los decretos del papa acerca de que no se le había dado ya culto público. Pero su valor era, pese a su evidente importancia, meramente informativo, y no tenían otro objeto que informar a la Santa Sede.

La experiencia vino a poner de relieve la importancia de este proceso informativo ordinario, y por ello una Instrucción de la Congregación de Ritos del año 1878 insistía en que, aun bastando para la introducción de la causa en Roma el proceso ordinario sobre la fama de santidad, pero que no dejaba de ser oportunísimo que el Obispo se valiera de su propia autoridad para investigar no solamente la fama de santidad sino también las pruebas *in specie* de las virtudes, o del martirio, y de los milagros. Era reconocer que los procesos apostólicos llegaban muchas

veces tarde y que la verdadera recogida de datos conducentes a la prueba de la heroicidad de las virtudes, del martirio o de los milagros, donde de verdad se recogían era en los procesos ordinarios. Con razón se ha dicho, sin embargo, que en la época de la infalibilidad pontificia recién declarada, difícilmente se estaba en disposición psicológica de dejar a los Obispos hacer un proceso más que informativo por autoridad propia. El Código de Derecho Canónico se atuvo igualmente a la tradición de que lo único necesario era en los procesos ordinarios probar la fama de santidad, y quedaba a la sabiduría de los que actuaban en los mismos ir más allá para que luego a la hora de los procesos apostólicos no se encontrasen faltos ya de testigos o de pruebas. El primer paso adelante en la línea de una mayor recogida de pruebas en el proceso ordinario lo dio Pío XI cuando aprobó las nuevas Normas sobre los procesos ordinarios de las causas históricas (4 enero 1939), no llegándose a la unificación de ambos procesos, ordinario y apostólico, hasta el motu proprio de Pablo VI *Sanctitas clarior* (19 marzo 1969), en el que se estableció el *nihil obstat* de la Santa Sede. Por fin ahora, con esta nueva constitución, se hace a los Obispos y a sus equiparados intervenir en estos procesos por autoridad propia, una autoridad que obviamente ejercen en comunión con el Papa, pero no como meros delegados suyos sino como representantes de Cristo en sus propias comunidades. Se atiende así mejor desde el punto de vista eclesiológico a lo que es realmente una canonización, la cual consiste en un nuevo culto de un santo, lo que afecta a toda la Iglesia, y por ello debe decisivamente intervenir el Papa, pero a partir de una iglesia particular, donde el siervo o sierva de Dios ha vivido y ha muerto y dado su ejemplo de santidad, y en ello debe intervenir y por autoridad propia el Obispo diocesano. Los dos niveles —Iglesia universal e Iglesia particular— se unen y entrelazan en el proceso, un único proceso que tiene esas dos etapas.

Luego de esta especie de *proemio,* la constitución se articula en dos apartados, dedicado el uno a las investigaciones que deben realizar los Obispos, y dedicado el otro a la misión y actuaciones de la Sagrada Congregación para las Causas de los Santos. Comentaremos los dos apartados.

El primer apartado vino completado por las Normas a observarse por los Obispos en las investigaciones de las causas de los santos (7 febrero 1983). Lo primero de todo que debe señalarse es el espíritu que anima toda la normativa: el Obispo no se perfila en ella como un mero recolector de datos e informaciones que solamente la Santa Sede enjuiciará, sino como quien tiene el encargo de juzgar y valorar, de tal manera que hay momentos importantes en los que el juicio del Obispo es decisivo para poder seguir adelante y finalmente, al enviar a Roma todo lo actuado, no se limita a enviarlo sino que acompaña su juicio e incluso puede negarse a enviarlo e informar en vez de ello a la Sda. Congregación de que estima insuficientes las pruebas recogidas, en cuyo caso la Sda. Congregación decidirá lo oportuno. Corresponde concretamente al Obispo determinar si se dan las condiciones requeridas para la iniciación de la causa; y corresponde a él juzgar si se pasa de una etapa a otra por estar la etapa previa bien cumplimentada. El proceso, pues, cuando llega a Roma, llega porque el Obispo diocesano lo ha considerado suficiente. Sin este primer juicio del Obispo diocesano, el proceso por ley ordinaria no seguiría adelante. Y por tanto cuando se produzca una beatificación hay que decir que ella ha sido posible porque, previamente al juicio último y definitivo de Roma, ha habido un juicio del Obispo diocesano, no último, pero sí decisivo, sin el cual no se hubiera seguido de ordinario adelante. Podemos dar por completamente seguro que contra el parecer expreso del Obispo diocesano, Roma no seguirá adelante un proceso incoado en la diócesis del mismo.

La primera de las cosas que el Obispo debe juzgar para dar su aprobación a la iniciación de una causa es la de que exista una verdadera fama de santidad del siervo o sierva de Dios cuya causa se quiere incoar. El futuro papa Benedicto XIV en su conocida obra sobre la beatificación y canonización de los siervos de Dios ya establecía que la fama de santidad requiere la convicción en el pueblo de Dios o en una parte notable de él de que el presunto santo ejercitó la virtud cristiana en forma no común. Este carácter extraordinario de la virtud del presunto santo es la base de una verdadera fama de santidad. Ésta además no puede ser inducida por una hábil propaganda sino espontánea, es decir

nacida del conocimiento de aquella persona, y tiene que ser una fama continua, incluso en aumento. Esta fama produce de ordinario una verdadera devoción de los fieles hacia esa persona, cuya intercesión ante Dios se pide y se muestra en las gracias o favores que los fieles entienden obtener por esa intercesión.

Tras esto siguen otros pasos que luego examinaremos y que resumiendo podemos decir son: juicio sobre los escritos del siervo o sierva de Dios, primero impresos y luego inéditos; citación de testigos en orden a la comprobación de las virtudes o martirio; investigación, si procede, acerca de algún milagro supuesto obtenido por la intercesión del siervo o sierva de Dios; envío a la Sagrada Congregación de una copia de todas las actas por duplicado, y en caso oportuno de los libros del siervo de Dios y del juicio que les merecieron a los censores teólogos, y una declaración del Obispo de que no existe culto público al siervo o sierva de Dios.

El segundo apartado de la constitución apostólica describe brevemente la actuación correspondiente a la Sagrada Congregación para las Causas de los Santos. Su labor es sustancialmente triple: aconsejar y ayudar a los Obispos diocesanos en la instrucción de las causas; estudiar a fondo éstas; emitir finalmente sus votos. Es también tarea suya garantizar la autenticidad de las reliquias. Los intervinientes son: el secretario, con el subsecretario y los oficiales; el colegio de relatores, presidido por el relator general; el grupo de consultores de historia con sus auditores y los consultores de teología; el promotor de la fe; el congreso de teólogos, presidido por el dicho promotor de la fe; el grupo de peritos en medicina; la congregación de Padres Cardenales y Obispos, presidiendo toda la Sagrada Congregación el Prefecto, de ordinario Cardenal.

Hay, por fin, en la Constitución un apartado tercero que establece la forma de proceder de la Sagrada Congregación. Una vez recibidas las actas y documentos de una causa incoada en una diócesis, corresponde al Secretario de la Sagrada Congregación examinar si en las investigaciones del Obispo se han observado todas las normas oportunas, y de ello informa en la reunión ordinaria. Si ésta estima que todo está bien, entonces se fija un relator al que encomendar que redacte la Positio; una vez

redactada ésta será sometida al juicio de los consultores, y si la Congregación lo estima conveniente también a otros peritos, para que emitan un dictamen sobre su historicidad y suficiencia; luego se pasa la Positio a los consultores teólogos, que con el Promotor de la fe la estudian y tienen sobre ella y los puntos controvertidos, si los hay, un congreso peculiar; todo ello se entrega a los Cardenales y Obispos para que emitan su juicio. Un proceso similar, con Positio, sigue el estudio de los supuestos milagros. El último juicio es el del Papa, único con derecho a decretar el culto público eclesiástico de un siervo o sierva de Dios.

Es claro que al contenido de esta Constitución debemos dedicarle algo más de detalle, tanto en las investigaciones diocesanas como en las actuaciones de la Sagrada Congregación.

II. Normativa de las investigaciones diocesanas

A) **Las personas objeto de las causas**

Como señala la Constitución Apostólica en su n.1 la investigación de una causa diocesana se tiene que referir a uno de estos tres grupos de personas:

a) Fieles que vivieron su vida con virtudes heroicas y llegaron a la perfección cristiana mediante su ejercicio, terminando su vida de forma natural, no por martirio. De éstos se examina la vida, las virtudes y la fama de santidad.

b) Fieles a los que por odio a la fe o a la vida cristiana en alguna de sus dimensiones se les dio muerte violenta, es decir padecieron martirio. De éstos se examina su muerte martirial, su causa y la fama del martirio, y se hace un estudio resumido de su vida ya que de ordinario el martirio corona una vida sinceramente cristiana.

c) Fieles a los que ya de tiempo la piedad popular viene dando culto como bienaventurados, y sobre el cual se abre proceso para demostrar de este culto su existencia y antigüedad, así como su legitimidad y por tanto ser un *casus exceptus,* contemplado en los decretos de Urbano VIII. De éstos se examina la vida, las virtudes y la fama de santidad o el martirio y sobre el origen

y continuidad de su culto hasta hoy, es decir sobre la legitimidad y antiguedad del culto que popularmente se les ha tributado.

En el primero de estos tres grupos, de ordinario las causas se refieren a una sola persona, aunque puede que haya un proceso de forma paralela y simultánea de alguien muy unido a ella, como, por ejemplo, Francisco y Jacinta Marto, los niños de Fátima. En el segundo, o sea los mártires, pueden entrar un número indefinido de personas, no necesariamente martirizadas en el mismo lugar y hora, aunque sí unidas por algún vínculo, por ejemplo ser mártires de una misma persecución, de una misma familia religiosa, de una misma diócesis, etc. Y en el tercer grupo es posible que un mismo proceso se refiera a varias personas no mártires, por ejemplo Adamnano y otros 18 de Escocia, Alberto, Asico, Cartago y otros 22 en Irlanda, etc., y naturalmente también a mártires como Antonio Primaldo y los 800 mártires hidruntinos.

B) La investigación diocesana en sí misma

1. *Personas intervinientes*

Las Normas para las causas de beatificación que están vigentes desde el 7 febrero 1983 establecen quiénes son las personas que intervienen en las investigaciones diocesanas

EL ACTOR. Así se llama al promotor de la causa, es decir a la persona física o jurídica que la promueve y que asume la obligación de sufragar los gastos.

Nada impide que una persona física sea el actor de una causa, pero lo ordinario es que sea una persona jurídica, como las diócesis, las órdenes y congregaciones religiosas o sociedades de vida apostólica y cualquier asociación de fieles admitida por la autoridad eclesiástica.

POSTULADOR. El actor de una causa solamente puede actuar por medio de un postulador, que tiene que estar legítimamente constituido. El postulador es siempre una persona física, tiene que estar nombrada por el actor y necesita la aprobación del obispo. Pueden ser postuladores los sacerdotes, los religiosos, las religiosas y los seglares, es decir, cualquiera de los fieles, pero con ciertas cualidades: tienen que tener buena preparación

en teología, en derecho, en historia y conocer la praxis de la Sagrada Congregación. El actor debe darle al postulador un acta de su nombramiento y éste presentarlo al obispo competente, el cual deberá ponerle su visto bueno o *nihil obstat* al mismo, y deberá prestar el juramento de desempeñar bien su encargo, y de este juramento deberá quedar constancia, conservándose testimonio en el archivo de la curia diocesana.

El obispo no debe dar su visto bueno al nombramiento de postulador si antes no le consta que la persona designada tiene las cualidades requeridas y hay que señalar la necesidad de que tenga el tiempo suficiente para dedicarse a la causa con la extensión que ésta necesita. Una persona de muy buena voluntad y con la debida preparación pero que está sobrecargada de ocupaciones y no puede dedicarle a la postulación el tiempo requerido no debería ser nombrada postulador. Porque ciertamente las causas de beatificación no tienen por qué proceder con prisa pero tampoco deben enquistarse por la falta de tiempo de quienes han asumido el deber de llevarla adelante. Este principio será válido para los demás intervinientes, pero es obvio que es ante todo un requisito del postulador.

Al postulador le compete hacer las investigaciones sobre la vida del siervo de Dios en cuestión para aclarar la fama de santidad y la importancia eclesial de la causa y poder informar de ello al obispo. Él examina, pues, la vida y la obra del siervo o sierva de Dios, valora la fama de santidad a ver si es verdadera, debe prevenir las posibles dificultades contra la fama de santidad y valorar todo ello con prudencia y buen juicio.

El postulador ejerce su cargo mientras duran las investigaciones diocesanas, pero cuando éstas pasan a Roma, para continuar siéndolo necesitaría la aprobación de la Congregación de las Causas de los Santos. El postulador debe vivir o bien en la propia diócesis donde se sustancia la causa o bien donde pueda ser fácilmente accesible al obispo competente. Pero cuando la causa se halle en Roma deberá tener allí sede fija, ya que él es la única persona habilitada para tratar los asuntos de la causa con la Sagrada Congregación. El postulador administra las limosnas que se hagan para la causa, según las normas dadas por la Sagrada Congregación.

VICEPOSTULADORES. El postulador puede tener necesidad de uno o varios vicepostuladores, los cuales le sustituyen legítimamente. El nombramiento de estos vicepostuladores necesita el consentimiento del actor. Estos vicepostuladores los puede nombrar mientras la causa está en la diócesis o cuando ya está en Roma.

OBISPO COMPETENTE. El Obispo llamado a instruir la causa de beatificación de un siervo o una sierva de Dios es aquel en cuyo territorio se produjo su muerte. Pero cabe que con licencia del dicho Obispo sea otro el que abra la causa, lo cual requiere aprobación de la Sagrada Congregación y algunas razones que lo avalen, por ejemplo que el siervo o sierva de Dios vivió un período notable de su vida o hizo su principal actividad en esta otra diócesis. Pero para el proceso sobre un presunto milagro el Obispo competente es aquel en cuyo territorio dicho presunto milagro tuvo lugar. Por ello nada impide que el proceso sobre la santidad sea en una diócesis y sobre el presunto milagro sea en otra. Más aún: ocurre con mucha frecuencia.

DELEGADO EPISCOPAL. No necesariamente el obispo competente tiene que instruir la causa por sí mismo; puede nombrar un delegado suyo. Este delegado tiene que tener como cualidades ser sacerdote, estar versado en teología y derecho y, si se trata de una causa antigua, versado también en historia.

PROMOTOR DE JUSTICIA. El obispo competente debe nombrar también un promotor de justicia. Éste debe ser también sacerdote y estar bien preparado en teología, derecho e historia. Corresponde al promotor de justicia preparar los cuestionarios oportunos para el interrogatorio de los testigos, y junto con el delegado episcopal obtener de los mismos todas las aclaraciones que sean pertinentes. El obispo podría también consultar sobre estos interrogatorios a otras personas competentes. Si, reunidas todas las pruebas, estima el promotor que aún deben hacerse ulteriores investigaciones, está en su derecho de pedirlas.

NOTARIO. La misión del notario-actuario consiste en poner por escrito las declaraciones de los testigos. No habría inconveniente en que las grabara mientras tienen lugar pero luego tienen que transcribirse fielmente y esta transcripción es la que

debe ser ratificada por los testigos que deberán estar de acuerdo en que lo escrito es lo dicho por ellos. A las firmas de los testigos se une la del notario-actuario y la del delegado episcopal o del propio obispo si éste actúa por sí mismo.

PERITOS. Fundamental importancia tienen en todas las causas, pero singularmente en las históricas, los llamados peritos en historia y archivística, los cuales ayudarán a la recogida de los escritos del siervo o sierva de Dios y de los documentos relacionados con la causa. Los peritos deben dar además al obispo un informe claro y completo en el que refieran y den fe de haber cumplido con su obligación, acompañen una lista de escritos y documentos y den su parecer acerca de su autenticidad y valor y también sobre la personalidad del siervo o sierva de Dios tal como resulta de sus escritos y de los documentos compulsados. El nombramiento de los peritos y de otros oficiales corresponde al obispo competente.

CENSORES TEÓLOGOS. En un determinado momento los escritos, primero los impresos, y luego los inéditos, del siervo o sierva de Dios deberán ser puestos al examen de los censores teólogos, los cuales discernirán si estos escritos se ajustan o no a la doctrina de la Iglesia y cuál es la personalidad religiosa que emerge de los mismos.

2. *Las dos clases de causas*

Las Normas de la Sagrada Congregación distinguen dos clases de causas: las recientes y las antiguas. Causas recientes son aquellas en que las virtudes o el martirio del siervo o sierva de Dios pueden probarse por las declaraciones orales de testigos directos. Son antiguas aquellas en que las pruebas sólo puedan fundarse en fuentes escritas. Hay que fijar bien el objeto sobre el que los testigos tienen que declarar, aquello que clásicamente se llama en las causas de beatificación-canonización *effectus de quo agitur.*

La recogida de testimonios orales en las causas antiguas se refiere únicamente a la fama de santidad o del martirio vigente en la actualidad, no propiamente sobre la vida y las obras del siervo o sierva de Dios, para lo que se acude a documentación

escrita. Y en las causas que se refieren a la pretensión de una confirmación del culto, a la existencia de ese culto, a su legitimidad y a su permanencia.

En cambio la recogida de testimonios orales en las causas recientes se refiere a sus virtudes heroicas o a su martirio. Esto requiere que los testigos puedan efectivamente testificar acerca de la vida del siervo o sierva de Dios, no meramente que lo hayan conocido fugazmente o cuando el siervo o sierva de Dios eran pequeños, por ejemplo. Y es tan importante que estos testimonios se obtengan que el obispo competente queda facultado a mandar interrogarlos con anterioridad a que todo esté preparado en lo referente a recogida de documentos. Las Normas dan la clásica razón que siempre se dio: *ne pereant probationes,* para que las pruebas no se pierdan. Nada impide tampoco que un testigo de propia iniciativa haga llegar al obispo una declaración escrita y jurada sobre las virtudes o el martirio del siervo o sierva de Dios, y se debe buscar alguien, por ejemplo el párroco de ese testigo, que autentifique la declaración. Este tipo de declaraciones será luego valorado debidamente por el obispo o por su delegado.

Las causas no pueden comenzarse antes de que haga cinco años de la muerte del siervo o sierva de Dios, pero si han pasado más de treinta años el Obispo debe cerciorarse antes de dar su licencia para el inicio de la causa de que el retraso no se ha debido a razones en algún modo dolosas o fraudulentas.

3. *Las etapas de las investigaciones diocesanas*

El plural está bien puesto. Se trata en efecto de investigaciones diversas que corresponde hacer al obispo competente, y como son sucesivas se puede hablar bien de diversas etapas.

INVESTIGACION PRELIMINAR. El obispo no puede autorizar a ciegas la apertura de una causa sino que necesita tener datos para cerciorarse de que la dicha apertura es razonable y tiene fundamento. Puede aceptar la petición del actor y dar el visto bueno al nombramiento del postulador, pero ello no comporta que automáticamente vaya a estar de acuerdo en que efectivamente se abra el proceso. Por ello el postulador, junto con la

instancia, debe presentar tanto en las causas recientes como en las antiguas una biografía de valor histórico del siervo o sierva de Dios; si no existe esta biografía, debe el postulador presentar una relación cronológica sobre la vida, hechos y virtudes del siervo de Dios o su martirio, y sobre su fama de santidad y milagros, no omitiendo los detalles que parecieran menos favorables a la causa. Tiene igualmente que recoger todos los escritos impresos del siervo o sierva de Dios en ejemplar auténtico, y en las causas recientes, una lista de personas que puedan aportar testimonios sobre la vida, virtudes, milagros, martirio, fama de santidad, etc., y de conocerlas, una lista de personas que se oponen a la causa. Se presenta además una ficha por cada testigo en la que aparte los datos personales esenciales se manifiesta el grado de conocimiento que tuvo con el siervo o sierva de Dios y el período de su vida que abarca dicho conocimiento. El obispo debe informar de la petición recibida al grupo de obispos de su región, consultándoles la oportunidad de la causa, e igualmente debe hacer pública en su diócesis, y en otras si lo creyera oportuno y sus respectivos obispos están de acuerdo, la petición de incoar la causa para que cualquier fiel pueda hacerle llegar cualquier noticia referente al asunto que entendiera interesante. Si de estas informaciones resulta alguna dificultad, el obispo se la hace saber al postulador para que salga al paso de ella. Recibida la contestación del postulador le toca al obispo decidir si manda o no la apertura de la causa, y en caso contrario se lo razonará al postulador.

EXAMEN DE LOS ESCRITOS. Una vez que el obispo ha decidido incoar la causa, debe ante todo mandar que dos censores teólogos examinen los escritos impresos del siervo o sierva de Dios, para que manifiesten si tienen algo contra la fe o las buenas costumbres. Y si los pareceres de los teólogos consultores fueran favorables, entonces el obispo deberá mandar recoger también los escritos inéditos del siervo o sierva de Dios y todos y cada uno de los documentos históricos, editados o inéditos, que se relacionan con la causa. Para lo cual, especialmente en las causas antiguas, se precisa la ayuda de peritos en historia y archivística. Cumplido el encargo, los peritos dan al obispo su parecer sobre lo leído y sobre la personalidad del

siervo o sierva de Dios tal como de la documentación se desprende.

REDACCION DE LOS INTERROGATORIOS Una vez que el obispo, visto el dictamen de los peritos, decide proceder adelante, debe mandar se haga entrega al promotor de justicia de todo el material recogido para que pueda preparar los oportunos interrogatorios. Esto requerirá que el promotor se imponga bien en el material recogido, lo valore, vea cuáles son los puntos en que más debe insistir, etc., y para ello puede valerse del auxilio de otros peritos, los cuales deberán jurar la guarda del secreto. También el postulador puede advertir al promotor de la necesidad de subrayar algún punto concreto del interrogatorio. En las causas antiguas los interrogatorios solamente se refieren a la reciente fama de santidad o martirio.

PUESTA EN CONOCIMIENTO DE LA SANTA SEDE. Mientras todo esto se sustancia, el obispo debe dirigirse a la Sagrada Congregación y poner en su conocimiento el proyecto de empezar una nueva causa de beatificación, informando sobre la personalidad del siervo o sierva de Dios y de los fundamentos de la dicha causa. Con esta información la Santa Sede podrá manifestar su conformidad a la causa o poner de relieve los obstáculos que haya a la misma. No habiéndolos, la causa prosigue según las normas. Si los hubiere, se paraliza la causa.

EXAMEN DE LOS TESTIGOS. Se diría que la declaración de los testigos y el examen de la misma es el corazón de la causa y en lo que hay que poner la mayor y más especial diligencia. Ya quedó dicho que el calificativo de reciente o antigua a una causa le viene de que haya o no testigos oculares. A estos testigos oculares pueden unirse aquellos que no vieron con sus ojos los hechos de la vida o el martirio del siervo o sierva de Dios pero oyeron a los que vieron. Y tanto en los primeros como en los segundos la cualidad principal es que sean fidedignos. Deben ser llamados como testigos los consanguíneos y afines del siervo o sierva de Dios, y aquellos que tuvieron amistad y trato íntimo con él o ella. Esto último lo más ordinario es que, en los siervos y siervas de Dios que fueron miembros de algún instituto religioso, sean otras personas de ese mismo instituto, pero aun así se debe procurar que un número notable de testigos no

pertenezca al mismo, buscando sin duda la neutralidad máxima, pero a veces —es el caso de los monjes y monjas de clausura— el trato preferente de los siervos y siervas de Dios fue con sus compañeros de instituto y a ellos habrá que acudir como testigos fundamentales de su causa de beatificación. Además de los testigos aportados por la lista del procurador están los testigos de oficio, entre los que se hallan los que hicieron la investigación de documentos e informaron sobre los mismos, a fin de que declaren que hicieron ellos efectivamente todas las investigaciones y recogieron el material referente a la causa y que ni cambiaron ni mutilaron documentos o textos. Entre los testigos de oficio están o pueden estar los que se oponen a la causa. Pero hay algunas personas que no pueden ser testigos: ningún sacerdote puede declarar acerca del siervo o sierva de Dios lo que sepa por confesión; los que fueron sus directores espirituales y confesores tampoco pueden decir lo que supieron porque se les confió en conciencia fuera del ámbito sacramental; el postulador, mientras lo sea, tampoco puede ser llamado como testigo.

El examen de los testigos se le confía al obispo o su delegado. A los testigos se les pregunta por el interrogatorio preparado por el promotor pero sin que haya obstáculo a que el obispo o su delegado les hagan otras preguntas necesarias o útiles que puedan esclarecer cualquier punto de lo dicho por ellos o servir para aclarar cualquier dificultad. Los testigos han de declarar bajo juramento y deben indicar de dónde proceden sus conocimientos acerca de aquello que afirman, y de lo contrario su testimonio no será tenido en cuenta. Es posible que algún testigo prefiera entregar al obispo o al delegado un escrito preparado por él, bien sea en el acto de su declaración o fuera de ella; en ese caso el testigo tiene que ratificarse bajo juramento en el mismo, diciendo que él lo ha escrito y que contiene la verdad, y entonces pasa a formar parte de las actas de la causa. El notario va escribiendo cuanto los testigos dicen y luego éstos, enterados de lo escrito, lo confirman. En el examen de los testigos esté presente el promotor de justicia, y si no lo estuviere, se le deben dar las actas para que las estudie y advierta y proponga cuanto estime necesario u oportuno. El obispo o el delegado debe au-

tentificar todas las declaraciones con su firma y sello; los documentos y testimonios escritos recogidos por los peritos o entregados por otros han de autentificarse también, consignando el nombre y sello del notario o del oficial público que da fe.

Cuando lo que se investiga en los testimonios orales que se recogen no es ya la vida o martirio del siervo o sierva de Dios sino una supuesta curación milagrosa, han de ser llamados también a declarar los médicos que intervinieron en la enfermedad. Si éstos se niegan a comparecer, procúrese al menos que escriban una declaración jurada, o al menos pídaseles su parecer a través de una tercera persona-enlace, la cual comparecerá para declarar.

Podría suceder que hubiera que recoger documentos o tomar declaración a testigos en otras diócesis. En este caso el obispo o delegado escriba al ordinario de aquella diócesis, el cual procederá según estas normas que estamos comentando. Las actas de estas investigaciones se guardarán en el archivo de la propia curia pero se enviará un ejemplar de las mismas al obispo que las pidió.

LAS ACTAS Y DOCUMENTOS. Es obligación del obispo o delegado recoger con suma diligencia las pruebas y asegurarse de la conservación de las actas, todo lo cual ha de ser examinado por el promotor de justicia en orden a valorar su suficiencia, pues podría pedir nuevas pruebas, e igualmente tiene derecho a ese examen el postulador, que para completar las pruebas podría proponer nuevos testigos o aportar nuevos documentos. Completado todo, hay que hacer un informe de lo realizado que ha de ser incluido en las actas, y entonces mande el obispo o el delegado que se haga el trasunto, a no ser que éste se hubiera permitido hacer durante la instrucción del proceso. El trasunto se tiene que transcribir directamente de las actas originales y hacerse dos copias del mismo. Terminada la copia del trasunto, se coteja con el original y el notario tiene que firmar cada página, poniendo además en cada una de ellas su sello. El original, debidamente cerrado y sellado, se guarda en el archivo de la Curia, mientras que el trasunto y los documentos adjuntos debidamente cerrados y sellados se envían con la mayor seguridad y en doble copia a la Sagrada Congregación, junto con un ejemplar

de los libros impresos del siervo o sierva de Dios y el juicio que les merecieron a los censores teólogos. Si todo estuviere redactado en una lengua que no es alguna de las admitidas en la Sagrada Congregación, hay que hacer una traducción de las actas y documentos y en dos ejemplares, declarados auténticos, enviarlos a Roma junto con el trasunto. Por último, el obispo envíe una carta al Cardenal Prefecto en la que le informe sobre la fe que le merecen los testigos y la legitimidad de las actas.

INSPECCIÓN DEL SEPULCRO. Antes de terminar la instrucción, el obispo o el delegado inspeccione el sepulcro del siervo o sierva de Dios, la habitación en que habitó o murió y, si existieran, aquellos otros lugares en que podría haber señales de que al siervo o sierva de Dios se le tributa culto en su honor. La finalidad de esta inspección es la de asegurarse de que se observan los decretos del papa Urbano VIII relativos a no deber darse culto a los siervos de Dios no beatificados o canonizados. Y de ello el obispo o el delegado hará una formal declaración que se unirá a las actas de la causa.

INVESTIGACIÓN SOBRE LOS PRESUNTOS MILAGROS. La investigación sobre presuntos milagros ha de hacerse separadamente de la relativa a la vida, virtudes o martirio del siervo o sierva de Dios. El obispo competente debe recibir del postulador una instancia acompañada de una breve pero precisa relación sobre el presunto milagro y la documentación relativa. Lo primero que hará el obispo será pedir opinión a uno o dos peritos. Una vez oídos los peritos y decidido a abrir la investigación, examine por sí mismo o por su delegado a los testigos, según las normas ya expuestas, y asesorado por un médico, formule preguntas a los testigos destinadas al mayor esclarecimiento de todas las circunstancias. Si la persona curada vive, debe ser examinada por peritos para dejar constancia de que la curación continúa. El trasunto de la investigación junto con los documentos adjuntos debe ser enviado a la Sagrada Congregación según la normativa expuesta anteriormente.

PROHIBICIÓN DE CULTO. La apertura de una causa de beatificación no significa que vaya a producirse ésta, y por tanto no puede procederse como si ya hubiera certeza de que el siervo o sierva de Dios es un futuro beato o beata. Lo cual es importan-

te subrayarlo porque a veces se producen hechos extraños, como por ejemplo meter en un mismo santoral a santos y beatos con siervos de Dios, sean ya venerables o no. A veces se ven retratos de ellos en iglesias, o se habla de ellos en misas como si ya fueran santos o beatos, etc. Todo ello está prohibido: ni en las iglesias caben solemnidades o panegíricos acerca de los siervos y siervas de Dios ni fuera de las iglesias puede aceptarse nada que pueda dar a entender a los fieles que ese siervo o sierva de Dios cuya causa se ha abierto va a llegar con certeza a la gloria de la beatificación o canonización.

III. Hacia la beatificación y canonización

La meta de las causas es la canonización; ésa es la verdadera meta final a que tienden todas las causas, cualquiera de las cuales no puede considerarse que hayan obtenido su objetivo hasta que la canonización no está celebrada. Pero para llegar a la meta de la canonización, y una vez hechas las investigaciones que pertenecen a la etapa diocesana, hace falta alcanzar otras metas intermedias, podríamos llamar metas volantes, de las que nos vamos a ocupar. Distingamos los tres tipos de siervos de Dios de que hemos hablado más arriba: los que sobresalieron por sus virtudes heroicas y terminaron sus vidas muriendo de muerte natural (o quizás asesinados o en accidente) pero no por martirio; los que murieron mártires; los que han sido objeto de culto popular, que fuera centenario al promulgarse los decretos de Urbano VIII.

A) Las causas de los no mártires y que no son objeto de culto popular

En estas causas distingamos estos pasos: examen de las investigaciones diocesanas llegadas a Roma; elaboración de la Positio; examen y valoración de la Positio por los consultores históricos; examen y valoración de la Positio por los consultores teólogos; declaración de las virtudes heroicas; estudio y aprobación de un milagro atribuido a la intercesión del siervo o sierva

de Dios; decisión papal de beatificarlo o beatificarla; celebración de la beatificación; estudio y aprobación de un milagro obtenido tras la beatificación; decisión papal de canonizarlo o canonizarla; celebración de la canonización. Veamos cada paso:

1. *Examen de las investigaciones diocesanas*

Corresponde al Subsecretario de la Sagrada Congregación examinar si en las investigaciones diocesanas de una causa que han sido ya depositadas en la misma Congregación se han observado o no todas las Normas vigentes. Del resultado de este examen debe dar cuenta al llamado congreso ordinario, que está compuesto por el Prefecto, el Secretario, el propio Subsecretario, el Promotor de la Fe, el Relator general y, si es oportuno, el relator del caso. En el supuesto de que se hallen cumplidas todas las Normas del 7 febrero 1983, se da por la Congregación el respectivo Decreto y se toma la decisión de encargar la causa a un determinado Relator.

2. *Redacción de la «Positio»*

El Relator designado junto con un colaborador externo tiene la misión de redactar la *Positio* o grueso dossier con el que se pretende probar la santidad de vida del siervo o sierva de Dios. A veces el lugar del colaborador externo lo asume el propio postulador en la redacción de la Positio. El Relator asume el papel de orientar, seguir, controlar el trabajo del colaborador externo, hacerse cargo de todos sus problemas y tratar de afrontar todas las dificultades, para que ésta sea objetiva y eficaz en orden a lo que se pretende. El Relator responde personalmente de la *Positio* y con razón se ha dicho que no es respecto al colaborador externo el catedrático director de una tesis doctoral. Tiene que asumir como suyo cuanto la Positio dice. Y esto no sólo no quita sino que exige una cierta neutralidad en el Relator, que no puede adelantarse al juicio de los consultores ni puede convertirse en el abogado de la causa. No es necesario decir la precisión de una sólida cultura en el Relator así como el dominio de varios idiomas y el conocimiento de los procedimientos y praxis propias de las causas. El colaborador externo, que requiere cua-

lidades similares, jurará que no va a ocultar al Relator ninguna dificultad que pueda aparecer en el estudio de la vida y virtudes del siervo o sierva de Dios. Si algún punto concreto de la causa requiriera la intervención de peritos específicos, por ejemplo un psicólogo o un experto en mística, el Relator informará al Congreso Ordinario, que resolverá lo oportuno. No necesita en cambio tal autorización para consultar a algún experto en historia o biografía ya que la labor del Relator es ante todo la reconstrucción lo más fiel y exacta posible de la biografía del siervo o sierva de Dios. Si, hecho el detallado estudio que cada causa requiere, el Relator se diera cuenta de que las pruebas aportadas son insuficientes y que no hay modo de completarlas, le toca a él referirlo así con toda sinceridad al Congreso Ordinario, a quien toca decidir si la causa se suspende o tomar las medidas que entienda conducentes a su prosecución.

La *Positio* tiene cuatro partes:

a) La llamada Información, que incluye la historia de la causa, las fuentes en que se basa la *Positio,* los criterios con que ésta ha sido redactada, un perfil biográfico sumario del siervo o sierva de Dios, e igualmente un perfil adelantado de sus virtudes y fama de santidad, que podría quedar para el final como resumen;

b) La reconstrucción de la biografía del siervo o sierva de Dios; esta parte tiene que incluir la relación documentada en orden cronológico de la vida y actividad del siervo o sierva de Dios; ello requiere una valoración crítica de fuentes escritas y testimonios orales dentro del contexto histórico-ambiental a que se refieren; y no hay que decir que tiene que ser lo más completa posible, para lo cual hay que aducir y valorar todas las fuentes escritas y todos los testimonios orales disponibles, y darles su lugar adecuado a los propios escritos del siervo o sierva de Dios. Para la ambientación histórica de la biografía del siervo o sierva de Dios es claro que se pueden utilizar fuentes impresas, debidamente citadas;

c) La exposición de la fama de santidad del siervo o sierva de Dios desde su muerte en adelante, una fama que se desarrolla hasta provocar la apertura de la causa de beatificación-canonización;

d) Apéndices e índices.

3. *Examen de la «Positio» por los consultores históricos*

Una vez redactada, la *Positio* pasa al examen de los consultores históricos, que deben valorar la historicidad de la misma así como que está completa y suficiente para el efecto del que se trata. Los consultores históricos no valoran si el siervo o sierva de Dios es o no santo, tiene o no virtudes heroicas, sino que valoran si en la *Positio* se han aportado los datos y los fundamentos suficientes como para que sobre ellos se puedan pronunciar los teólogos con base científica suficiente. Si hallan que la *Positio* es suficiente, ésta estará lista para pasar a la fase siguiente; si se ve que faltan datos y fundamentos que pueden ser completados se devolverá para que se hagan los suplementos necesarios, los cuales, una vez redactados, serán igualmente sometidos al juicio de los consultores históricos; y si se ve que no hay modo de suplir lo que falta se declarará esta insuficiencia y la *Positio* no pasará a los consultores teólogos. Cuando se logra un juicio positivo se redacta la Relación sobre la sesión de los consultores históricos, la cual pasa a ser parte de la *Positio.* La redacción de esta Relación le corresponde al Relator general.

4. *Examen de la «Positio» por parte de los consultores teólogos*

Obtenido el visto bueno de los consultores históricos, la *Positio* pasa a manos de los consultores teólogos que en número de ocho y con el Promotor de la Fe constituyen el grupo que dará un veredicto teológico sobre si las virtudes del siervo o sierva de Dios fueron o no heroicas. El Promotor de la Fe es el prelado teólogo cuyo cometido es dirigir la discusión durante el congreso de consultores teólogos, a cuyo fin él redacta la Relación. Los consultores teólogos tienen que estudiarse detenidamente la *Positio* de tal modo que antes de que se llegue a la discusión en el congreso, se examinen de fondo las cuestiones teológicas discutidas que puedan surgir. Cada consultor manda sus votos escritos al Promotor de la Fe, el cual los estudia y mira si existen puntos que necesitan una mayor profundización; mandará copia de todos los votos a cada consultor y llamará su atención sobre dichos puntos en orden a la discusión en el con-

greso, cuya fecha el Promotor de la Fe es quien la fija. Propiamente hablando, los teólogos lo que miran son los aspectos teológicos, porque se supone que la Positio ha llegado a sus manos históricamente completa, pero si un consultor teólogo estima que hay algún punto histórico que necesita mayor precisión para poder ser valorado teológicamente, el Promotor se dirigirá al Relator para que éste convoque a los consultores históricos y traten el punto oportunamente y den la respuesta que corresponda. Lo que se les pregunta a los teólogos es si existe una fama de santidad y si ésta tiene un verdadero fundamento, es decir si el siervo o sierva de Dios practicó las virtudes cristianas en grado heroico. Es preciso enunciar qué se quiere decir con la palabra «heroicas». En primer lugar tienen que ser virtudes sobrenaturales, cristianas, que se dirigen a Dios como a su último fin. Luego tienen que ser excelentes o sobresalientes, es decir que sobrepasan lo común y ordinario y lo sobrepasan por su dificultad; han necesitado esas virtudes un ejercicio arduo, difícil; esta dificultad se mide por las circunstancias de cada persona; y tienen que ser ejercidas de modo continuado, no con algún que otro acto heroico sino con una continuidad y multiplicidad que asegure ser la forma habitual de ejercerlas; no basta el grado heroico de una virtud sino de todas las virtudes, las teologales y las cardinales, estas últimas teniendo en cuenta el estado y condición de cada siervo o sierva de Dios; y este ejercicio de las virtudes ha debido ser pronto, fácil y con gusto. Por fácil no se entienda aquí sin dificultad sino de manera como connatural al siervo o sierva de Dios, acostumbrado ya a ese ejercicio heroico de las virtudes. Tiene que quedar fuera de duda que el siervo o sierva de Dios tendió firme y perseverantemente a la perfección cristiana sin venirse abajo. Los teólogos a la hora de dar su dictamen han de tener certeza moral, la cual se tiene cuando lo contrario a lo que se afirma no tiene motivos que un juicio sano, serio y competente tendría que atender. Si lo contrario es probable, no hay certeza moral. Los teólogos tienen que responder a la siguiente cuestión: Si consta de la fama de santidad y de su fundamento, a saber, las virtudes teologales de fe, esperanza y caridad y las cardinales de prudencia, justicia, fortaleza, templanza y las con ellas conexas, en grado heroico. El voto

puede ser afirmativo, negativo o suspensivo, que indica que el consultor teólogo no ha llegado aún a un dictamen determinado. Como la pregunta es si consta, el voto afirmativo significa que consta y el negativo que no consta, no propiamente que el siervo o sierva de Dios no haya practicado las virtudes heroicas. Cada consultor razona su voto. Si el voto de al menos dos tercios de los teólogos ha sido afirmativo, el Promotor de la Fe extiende una relación en la que se incluyen los votos y el desarrollo del congreso. Esta Relación se imprime y se envía a los Cardenales y Obispos miembros de la Sagrada Congregación.

5. *Examen de la causa en la congregación ordinaria de cardenales y obispos*

Recibida la Relación del Promotor de la Fe, el Prefecto de la Congregación para las Causas de los Santos nombra un Ponente de la Causa, que tiene la misión de hacer una relación sobre la causa en la congregación ordinaria de Cardenales y Obispos, donde cada uno de ellos da su propio voto al respecto. De esta votación el Prefecto informa directamente al Romano Pontífice, el cual tiene la última palabra en orden al dictamen sobre la heroicidad de las virtudes. Si el dictamen papal es positivo, entonces se redacta y publica un Decreto sobre las virtudes heroicas, que posteriormente es impreso en *Acta Apostolicae Sedis*. Este Decreto se promulga por la Sagrada Congregación por orden del Papa.

6. *Siguiente paso: el milagro. Validez de las actas de la investigación diocesana*

En las causas de los no mártires y cuyo culto no es antiguo, para llegar a la beatificación se viene pidiendo desde 1975 la aprobación de un milagro atribuido a la intercesión del siervo o sierva de Dios. Sobre él, como ya quedó dicho, ha debido hacerse una investigación diocesana, en la diócesis donde el hecho ocurrió, y esta investigación, concluida, ha debido ser enviada oportunamente a la Sagrada Congregación. Es ahora el tiempo adecuado para el estudio del milagro, y éste empieza por el exa-

men sobre la validez de las actas en forma similar a como se hizo para las investigaciones diocesanas sobre la vida, virtudes y fama de santidad del siervo o sierva de Dios. Si resulta positivo el juicio, se emite el correspondiente Decreto.

7. *Documentación con destino a los peritos médicos*

Casi todos los milagros que se estudian en orden a la beatificación o canonización de los siervos y siervas de Dios son curaciones tenidas por milagrosas. De ahí que al hablarse de peritos, se entienda que son médicos. Pero si sucediera que el milagro no es de índole médica (por ejemplo, una multiplicación de los panes o del alimento), los peritos tendrían que ser otros. La documentación que hay que enviarles incluye: *a)* Reconstrucción cronológica del caso (clínico); *b)* Lista de testigos que se aducen; *c)* Interrogatorio al que los sometió el Promotor de justicia; *d)* Deposición de los testigos, incluyendo los peritos que por encargo cumplieron alguna inspección; *e)* Documentos obtenidos en la investigación diocesana, debidamente ordenados; *f)* Cualquier otra documentación con que se cuenta. Esta documentación va validada con la firma del Subsecretario.

8. *Examen de los peritos médicos*

La Sagrada Congregación tiene instituido un Colegio de Médicos Peritos, y de entre ellos se elige para cada caso los que van a estudiarlo, pero nada impide que se pida el parecer de otros que no están en la lista. En primer lugar la documentación se entrega a dos peritos para que den un primer dictamen. Si ambos lo dan negativo, ahí acaba el caso. Si al menos uno lo da positivo, es decir entiende que el hecho es científicamente inexplicable o extranatural, entonces los pareceres se imprimen y se añaden al dossier o documentación, y ésta pasa al juicio de otros dos peritos que, con el Presidente, constituyen lo que se llama la Consulta Médica. Los peritos, estudiado el caso, se reúnen y cada uno expone su propio parecer, luego se discute lo necesario sobre el caso y por fin se da un parecer o conclusiones en que se incluyen: diagnosis, prognosis, terapia, modalidad

de la curación, explicabilidad o no según el actual estado de la ciencia. Si el dictamen ha sido favorable a inexplicabilidad del hecho, se imprime una Relación, que se une a la documentación. Si el dictamen ha sido negativo, ahí termina el tratamiento del caso. Aportando nuevos elementos de juicio el Postulador podría pedir que el caso volviera a ser examinado. Los dictámenes deben ser dados por los peritos con certeza moral, ya explicada más arriba, y hay que decir que la tendencia es que los dictámenes se den por unanimidad, aunque no sea esta unanimidad totalmente necesaria. Pero no deja de ser chocante que habiendo un perito que niega o duda se proceda adelante.

9. *Examen de los consultores teólogos*

Una vez impresa la Relación de la Consulta Médica, se pasa a tomar el parecer a los consultores teólogos, los cuales deberán responder a dos cuestiones: *a)* si entienden que efectivamente se está frente a un milagro; *b)* si entienden que en efecto ese milagro se ha obrado como respuesta divina a la petición de intercesión ante Dios del siervo o sierva de Dios. Se trata, por tanto, de valorar el hecho, ya valorado científicamente por los peritos médicos, desde el punto de vista teológico, y afirmar, con la certeza moral de que venimos hablando, que se está frente a un hecho verdaderamente milagroso, es decir a una intervención sobrenatural de Dios. Igualmente hay que establecer el nexo entre la invocación del siervo o sierva de Dios y el suceso milagroso, nexo que tiene que venir claramente testificado en las deposiciones de los testigos de forma que quede constancia de que a la invocación del siervo o sierva de Dios siguió la curación instantánea e inexplicable científicamente. Cada consultor teólogo redacta su propio voto y luego se reúnen en un congreso particular en el que se discute el caso y se vota. Si el parecer ha sido positivo, los votos se imprimen.

10. *Examen por parte de la congregación ordinaria de cardenales y obispos*

De modo similar a como queda descrito más arriba para la declaración de virtudes heroicas, el hecho milagroso es sometido al examen y dictamen de los Cardenales y Obispos, los cuales dan su dictamen y éste pasa al Romano Pontífice, a quien corresponde dar su última aprobación y mandar se promulgue un Decreto sobre el milagro, que es promulgado y luego publicado en *Acta Apostolicae Sedis.*

11. *Promulgación de decretos*

Esta promulgación de decretos sobre virtudes heroicas, mar tirio o milagros se suele hacer en presencia del Santo Padre y de ello se da cuenta en la prensa vaticana. Asisten de ordinario el Prefecto, el Secretario, el Subsecretario, el Promotor de la Fe, los Relatores y varios oficiales del dicasterio así como los Ponentes, junto con los postuladores y vicepostuladores de las causas, así como otros cardenales, obispos, superiores mayores de las congregaciones religiosas a que pertenecen los siervos o siervas de Dios, y otros fieles a quienes oportunamente se les admita. Y lo mismo se hace —adelantemos el tema— si se trata de milagros obrados por intercesión de quienes ya son beatos o beatas y que se ordenan a su canonización.

12. *La beatificación*

Promulgado el decreto sobre el milagro obtenido por la intercesión de un siervo o sierva de Dios, es competencia exclusiva del Santo Padre determinar si se procede a la beatificación, cuya fecha igualmente señala. Los honores de la beatificación a un siervo o sierva de Dios o a un grupo de ellos se decretan mediante Letras Apostólicas, en las que se recoge una semblanza de la personalidad de los mismos y la fórmula empleada en el acto de la beatificación. Y estas Letras Decretales son publicadas en *Acta Apostolicae Sedis.* El tenor de la fórmula es éste:

> «Nos, cumpliendo el deseo de [y aquí menciona al obispo u obispos a cuyas diócesis pertenecen las causas] así como el de otros muchos hermanos en el episcopado y asimismo muchos fieles, habiendo consultado a la Congregación de las Causas de los Santos, con Nuestra Autoridad Apostólica damos facultad para que al venerable [o a los venerables] siervo [o siervos] de Dios [nombre o nombres] con el nombre de Beatos sean llamados en adelante y su fiesta se pueda celebrar en tal o tales días cada año en los lugares y en el modo establecido por el derecho. En el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo».

Parece que de la fórmula misma de beatificación queda claro cuál es el alcance de la misma. Se trata de una LICENCIA para que un siervo o sierva de Dios sea llamado Beato en adelante y SE PUEDA celebrar su fiesta en un determinado día del año en los lugares y modos establecidos por el derecho. La Beatificación es así una licencia oficial de la Iglesia para que un determinado siervo o sierva de Dios reciba en adelante el título de Beato y para que en algunas iglesias particulares o comunidades religiosas se pueda celebrar su fiesta litúrgica. El culto a los Beatos queda permitido, no prescrito, y no se refiere a toda la Iglesia universal sino a los lugares concretos que el derecho, es decir la concesión de misa y oficio, determine. Podemos decir que la beatificación es aquel acto por el cual el Papa, cabeza visible de la Iglesia, teniendo en cuenta el examen de la vida, milagros o martirio o culto antiguo, que se ha hecho por el procedimiento establecido por las leyes de la Iglesia, entiende que en conciencia puede permitir se le dé al siervo o sierva de Dios un culto público en la Iglesia, limitado a determinados lugares o comunidades cristianas, y decreta que ese culto quede oficialmente autorizado.

Basta examinar lo que es una beatificación para que teológicamente no pueda ser confundida con una canonización. Es verdad que anteriormente al siglo XVI no había beatificaciones sino que se pasaba directamente a la canonización tras el examen de la vida y los milagros, pero eso no quita que la beatificación sea una figura peculiar y distinta de la canonización y que cumpla un cometido diferente. Las beatificaciones se celebran con toda solemnidad y se decretan dentro de la santa misa celebrada por el propio Romano Pontífice. Últimamente se ha hecho frecuente que el Santo Padre en sus viajes apostólicos bea-

tifique a siervos de Dios de las comunidades que visita, y ya por tanto todas las beatificaciones no tienen lugar en Roma. También desde hace un tiempo muchas de ellas se celebran no en el interior de la basílica vaticana sino en la amplia Plaza de San Pedro. La beatificación le es pedida al Papa públicamente y se le hace relación biográfica del siervo o siervos de Dios a beatificar. Y como primer acto de culto se exponen y veneran allí mismo algunas reliquias suyas.

13. *Examen del milagro tras la beatificación*

Para proceder a la canonización se pide que se apruebe la realización de un milagro por intercesión del beato o beata cuya canonización se desea. Este milagro debe haber sido hecho después de la beatificación, no sirviendo por consiguiente los realizados con anterioridad, aun cuando fueran muchos. La exigencia de este milagro da su pleno sentido a la beatificación: ésta ha sido una licencia o facultad concedida a iglesias particulares o familias religiosas para que puedan dar culto público y celebrar la fiesta de algunos siervos o siervas de Dios. Ahora a este culto así autorizado se le pide la firma o sello de lo divino: un milagro, que viene a ser como la ratificación por parte de Dios de lo acertado que fue conceder culto público a este siervo o sierva de Dios, y sobre la base de esta firma divina proceder a la canonización. El proceso a seguir para averiguar la verdad de este milagro es el mismo que se ha descrito más arriba. Dados todos los pasos necesarios de examen por los peritos médicos, por los consultores teólogos y por el congreso de cardenales y obispos, corresponde el último juicio al Romano Pontífice, el cual en caso positivo manda que se promulgue el correspondiente decreto.

14. *La canonización*

Aprobado el milagro del beato o beata, ya no resta sino que el Santo Padre determine según su superior criterio si se procede a la canonización, lo cual hace tras consultar a los padres cardenales y prelados reunidos en consistorio ordinario público. Luego de la oración, el propio Papa introduce brevemente los

temas que se van a tratar, y tiene lugar la peroración de la causa o causas de canonización a cargo del Prefecto de la Congregación de las Causas de los Santos. Seguidamente el Romano Pontífice pide a los cardenales, arzobispos y obispos presentes su parecer sobre las dichas canonizaciones, haciendo notar que si alguno de ellos desea añadir algo antes de que se tome la decisión definitiva, que lo haga. Oído el parecer de los cardenales, arzobispos y obispos, el Romano Pontífice manifiesta su decisión de proceder a la canonización y, de ordinario, señala la fecha de las mismas. Luego se tratan los demás asuntos del orden del día, y como final el maestro de ceremonias invita al protonotario apostólico al que corresponda a levantar acta *ad perpetuam rei memoriam*. La canonización se celebra en misa papal solemne, en la que se le pide al Romano Pontífice la misma por el Prefecto de la Congregación de las Causas de los Santos y todavía después de ello el Papa insiste en pedir la luz divina con una plegaria (las Letanías de los Santos), después de lo cual, desde la cátedra de Pedro, pronuncia la fórmula de canonización, que es ésta:

> «Para honor de la Santa e Individua Trinidad, para exaltación de la fe católica e incremento de la vida cristiana, con la autoridad de Nuestro Señor Jesucristo, la de los bienaventurados Apóstoles Pedro y Pablo y la Nuestra, con previa madura deliberación y habiendo invocado muchas veces la ayuda divina, y con el asentimiento de muchos Hermanos Nuestros decretamos y definimos que el beato (a) o los beatos (as) [nombre o nombres] son Santos, y los adscribimos al Catálogo de los Santos, estableciendo que ellos en toda la Iglesia tienen que recibir culto entre los Santos con piadosa devoción. En el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo».

Como puede verse por esta misma fórmula, la canonización es algo bastante distinto de la beatificación. Ya no se trata de permitir que se les dé culto a determinados siervos o siervas de Dios: se trata de un decreto papal acompañado de definición y por tanto con una carga no solamente disciplinar sino doctrinal. La canonización pertenece no sólo al régimen o gobierno de la Iglesia sino al magisterio papal que ejerce el Romano Pontífice desde la cátedra de Pedro en la que legítimamente se sienta. El culto público a los canonizados es universal, es decir en toda la

Iglesia, y obligatorio, no meramente facultado. De la santidad de un canonizado no puede dudarse como no puede dudarse de ninguna otra de las definiciones del Papa. En este sentido la canonización es un acto irreformable y todo católico en conciencia tiene que tener por santo al canonizado.

De la canonización se levanta un acta en forma de Letras Decretales, en las que se hace una semblanza de la vida y virtudes o martirio del canonizado o canonizada, se hace alusión al milagro obtenido tras la beatificación y se incluye la fórmula de canonización en la lengua original en que se haya pronunciado, y por tanto últimamente no siempre en latín, firmando la bula el propio Romano Pontífice y el correspondiente protonotario apostólico, y se le añade el sello de plomo. Su texto se inserta en *Acta Apostolicae Sedis*. Las canonizaciones, antes siempre en Roma, ahora se hacen también con motivo de los viajes apostólicos de Su Santidad y por tanto en diferentes países. No necesariamente todos los Santos o Santas canonizados vienen conmemorados en el Misal Romano, pero en permitiéndolo las rúbricas, de todos ellos se pueden decir misas votivas.

Con la canonización, la causa que comenzó años o quizás siglos antes, llega finalmente a su meta.

B) **Las causas de los mártires**

Cuando el siervo o sierva de Dios que se pretende beatificar y luego canonizar terminó su vida por supuesto martirio, su causa tiene algunas especialidades. Éstas son fundamentalmente dos. *a)* Lo que se trata de probar es que murió (o murieron, si son varios, pero hay que probarlo de cada uno) mártir y que la fama de su martirio continúa; *b)* Probado el martirio, se procede a la beatificación sin necesidad de aportar un milagro obrado por la intercesión del mártir. Sí será necesario, en cambio, presentarlo si se quiere proceder luego a la canonización.

No se estudia, pues, el tema de las virtudes heroicas del presunto mártir, aunque hay que hacer una investigación sobre sus datos biográficos que den a conocer la personalidad del mártir, y además se estima que de ordinario el martirio corona una vida sinceramente cristiana. Pero no es condición indispensable co-

nocer muchos detalles de la vida de un mártir si consta con suficiencia de su martirio. Últimamente se han beatificado mártires —algunos del grupo de Andrés de Soveral y compañeros mártires del Brasil— cuyos nombres se ignoran, pero de quienes se sabe con certeza que murieron por la fe. La investigación está en torno a la certeza de la muerte martirial, y sobre ella versa tanto la investigación histórica como la teológica, pues tiene que quedar claro que murieron por la fe o la vida cristiana, no por otras causas que también originan muertes violentas. Hay que probar la voluntad del mártir de aceptar la muerte martirial, la cual voluntad puede ser actual pero es suficiente la virtual no retractada y que influye en el acto así como la habitual. A veces los perseguidores de la fe quieren disimular su odio antirreligioso alegando otras causas, por ejemplo políticas, y acusando a los siervos de Dios de planear rebeliones, de estar contra el Estado o contra la clase obrera y cosas similares, que sin embargo, al no sostenerse, dejan en claro que les dieron muerte por ser cristianos o ser sacerdotes, religiosos, militantes seglares... Esto ya sucedía en la antigüedad y con mayor frecuencia aún ha sucedido en las persecuciones habidas, tan numerosas, desde aquel baño de sangre que fue la Revolución Francesa hasta nuestros días. Lo que no quita que haya que aportar pruebas claras y ciertas que no dejen dudas de que se trató de un verdadero martirio. Puede haber muchos mártires cuyo martirio no puede probarse, y son mártires ante Dios y el martirio les ha abierto las puertas del Reino de los cielos, pero para poder ser beatificados no basta que hayan sido mártires, es necesario además que podamos probarlo con certeza moral plena. Producida la beatificación, si se quiere llegar a la canonización, es necesario presentar un milagro, obtenido por la intercesión del mártir o del grupo de mártires, y será necesario probar que se pidió esta intercesión de todos ellos. El proceso y los pasos son los mismos que para la canonización de los no mártires.

C) **Las causas de quienes ya reciben culto**

Estas causas tienen también algunas especialidades. Si se trata de un siervo o sierva de Dios que viene recibiendo culto

en alguna iglesia particular desde hace siglos, hay que probar el origen y la continuidad de este culto, de modo que quede probado que se trata de uno de los llamados *casus exceptus* a las normas del papa Urbano VIII. Si a este siervo o sierva de Dios se le tiene por mártir, hay que probar su martirio, y naturalmente la *Positio* se llama *super martyrio et cultu.* Si no se trata de un presunto mártir, hay que probar su santidad de vida, y la *Positio* se llama *super sanctitate vitae et cultu.* Su proceso sigue las normas ya señaladas y los pasos acostumbrados. Pero al igual que en las de los mártires, en estas causas, para llegar a la beatificación no se requiere un milagro. Y entonces debe decirse que el antiguo culto que han venido recibiendo les sirve para dispensa del milagro. También hay que decir que si luego se quiere proceder a la canonización hará falta la aportación de un milagro obrado por su intercesión tras la beatificación. Entendemos que si se pidiera también para la beatificación un milagro, estas causas serían absolutamente las mismas que las de los que no reciben culto. Estimamos que de algo debe servirles a estos siervos de Dios el culto que el pueblo cristiano les ha tributado espontáneamente y al que Urbano VIII no quiso privar de todo su valor, dando pie oficialmente al *casus exceptus.*

Jerez de la Frontera, 6 enero 2002, solemnidad de la Epifanía del Señor.

BIBLIOGRAFÍA GENERAL

I. **Pastoral**

ABUSAN, CH., *Images populaires des saints* (París 1927).
AURENHAMMER, H., *Lexikon der christlichen Ikonographie* (Viena 1959).
BARBIER DE MONTAUT, X., *Traité d'iconographie chrétienne,* 2 vols. (París 1890).
BLAKEMBURG, V. VAN, *Heilige und damonische Tiere* (Leipzig 1943).
BOESPFLUG, F. D. - LOSSKY, N. (dirs.), *Nicée II (787-1987). Douze siècles d'images religieuses* (París 1987).
BRAUN, J., *Die reliquiare des christlichen Kultes und ihre Entwicklung* (Friburgo 1940).
— *Tracht und Attribute der Heiligen in der deutschen Kunst* (Stuttgart 1964).
BREMOND, H., *Histoire littéraire du sentiment religieux en France* (París 1916).
BROCQ DE SEGANGE, L. DU, *Les saints patrons de corporations* (París 1886).
CAHIER, P. CH., *Caractéristiques des saints dans l'art populaire,* 2 vols. (París 1867)
CARROUGES, M., «L'avenir de l'Hagiographie»: *La Maison Dieu* 52 (1957) 12-133.
COLLIN DE PLANCY, J. A. S., *Légendes des saintes images* (París 1862).
— *Dictionnaire critique des reliques* (París 1921).
CORBLET, J., *Vocabulaire des symboles et des attributs employés dans l'hagiographie chrétienne* (París 1877).
DELEHAYE, P. H , *Les légendes grecques des saints militaires* (París 1909).
— «Les caractéristiques des saints dans l'art»: *Le Correspondant* (noviembre 1928)
DIDRON, M., *Iconographie chrétienne. Histoire de Dieu* (París 1843).
DOUILLET, J., *Qu'est-ce qu'un saint?* (París 1957).
DROULERS, E., *Dictionnaire des attributs, allégories, emblèmes et symboles* (Turnhout 1955).
DUBOIS, J. - LEMAITRE, J. L., *Sources et méthodes de l'hagiographie médiévale* (París 1993).
DUCHET-SUCHAUX, G. - PASTOUREAUX, M., *La Biblia y los Santos. Guía iconográfica* (Madrid 1996).
EVDOKIMOV, P., *La santità nella tradizione ortodossa* (Cuneo 1971).
FATTORINI, E. (ed.), *Santi, culti, simboli nell'età della secolarizzazione (1815-1915)* (Turín 1997).
FERGUSON, G., *Signs and Symbols in Christian Art* (Nueva York 1961).
FERRANDO ROIG, J., *Iconografía de los santos* (Barcelona 1950).
— *Simbología cristiana* (Barcelona 1958).
FESTUGIERE, A.-F., *La sainteté* (París 1942).

GANAY, M. C. DE, *Comment représenter les saints dominicains* (Autun 1926).
GARNIER, F., *Le langage de l'image au Moyen Âge,* 2 vols (París 1982-1989).
GRABAR, A , *Martyrium. Recherches sur le culte des reliques et l'art chrétien antique,* 2 vols (París 1946)
— *Las vías de la creación en la iconografía cristiana* (Madrid 1985).
GRACIOTTI, S. - VASOLI, C., *I modelli di santità femminile tra i secoli XIII e XIV in Europa centrale e in Italia* (Florencia 1995).
GREENE, E. A., *Saints and their symbols* (Londres 1913)
GREGOIRE, H., *Saints jumeaux et saints cavaliers* (París 1905).
GREGOIRE, R., *Manuale di agiologia. Introduzione alla letteratura agiografica* (Fabriano 1987).
GUENEBAULT, L.-J., *Dictionnaire iconographique des légendes, figures et actes des saints* (París 1850).
GUNTHER, H., *Psychologie de la légende. Introduction à une hagiographie scientifique.* Trad francesa por Goffinet (París 1954)
HALL, J., *Diccionario de temas y símbolos artísticos* (Madrid 1987).
HUSENBETH, F. C., *Emblems of saints* (Londres 1860).
JOLY, H., *Psychologie des saints* (París 1897).
KAFTAL, G., *Saints in italian art,* 4 vols. (1978-1986).
KERLER, D., *Die Patronate der Heiligen* (Ulma 1905).
KIRSCHBAUM, E. (ed), *Lexikon der christlichen Kunst,* 8 vols. (Friburgo 1968-1976)
KRAMER, E. VON, *Les maladies désignées par le nom d'un saint* (Helsinki 1949).
KUBIS, A., *La théologie du martyre au vingtième siècle* (Roma 1968).
KUCHES, H., *Der Heilige in der Kunst* (Knechtsteten 1923).
KUENSTLE, K , *Ikonographie der christlichen Kunst,* 2 vols. (Friburgo 1928).
LEPROUX, M., *Dévotions et saints guérisseurs* (París 1957).
MÂLE, E , *L'art religieux après le concile de Trente* (París 1932).
MOLSDORF, W., *Christliche Symbolik in der mittelalterlichen Kunst* (Leipzig 1926).
MOUTARD-ULDRY, R., *Les saints patrons* (París 1942)
NEUBNER, J., *Die heiligen Handwerker* (Munster 1929).
OESTERLEY, W., *Persian angeology and demonology* (Londres 1936).
PACAUT, M., *L'iconographie chrétienne* (París 1952).
PLEIDERER, R., *Die Attribute der Heiligen* (Ulma 1898).
RFAU, L , *Iconographie de l'art chrétien,* 6 vols (París 1955-1959). Trad. española (Barcelona 1996).
RICCI, F., *Mille santi nell'arte* (Milán 1931).
ROEDER, H., *The attributes and patronage of saints* (1955)
SACHS, A. y otros, *Christliche Ikonographie in Stichworten* (Munich 1975).
SAINTYBES, P., *Les reliques et les images légendaires* (París 1912).
SCARAFFIA, L - ZARRI, G. (eds.), *Donne e fede. Santità e vita religiosa* (Roma-Bari 1994)
SCHAMONI, W., *El verdadero rostro de los santos* (Barcelona 1952).
SEGUIN, J., *Saints guérisseurs, saints imaginaires, dévotions populaires* (Avranches 1947)
ŠPIDLIK, T., *La spiritualité de l'Orient Chrétien* (Roma 1978).

STEIN, L., «Zur Methodenlehre der Biographik»: *Biographische Blatter* 1 (1895) 22ss.
STOLZ, A., *Legende oder der Christliche Stenhimmel* (Friburgo ^{15}1925).
TABOR, M. E., *The saints in art with their attributes and symbols, alphabetically arranged* (Londres 1924).
URECH, E., *Dictionnaire des symboles chrétiens* (Neuchâtel 1972).
WILPERT, G., *Le pitture delle catacombe romane,* 2 vols. (Roma 1903).
WIMMER, O., *Kennzeichen und Attribute der Heiligen* (Innsbruck 1987).

II. **Historia**

AA.VV., *Dominicos españoles en el Extremo Oriente. IV Centenario* (Madrid 1987).
AA.VV., *Santos del Carmelo* (Madrid 1982).
AA.VV., *Testigos de la fe en Oriente* (Hong Kong 1987)
— *Acta Apostolicae Sedis* (Roma 1909-2002).
— *Acta Leonis PP XIII* (Roma 1878-1903).
— *Acta Pii PP X* (Roma 1903-1909).
AIGRAIN, R., *L'Hagiographie. Ses sources, méthodes, histoire* (París 1953).
ALBERDI, R., *Los Mártires Salesianos de Valencia y Barcelona (1936-1938)* (Madrid 2001)
ALDEA VAQUERO, Q. - MARIN MARTINEZ, T - VIVES GALETI, J. (dirs.), *Diccionario de historia eclesiástica de España,* 5 vols. (Madrid 1972).
ALEGRE, J. (ed.), *Personajes del Antiguo Testamento* (Estella 1998).
ALTHANER, B., *Patrología* (Barcelona 1956).
ÁLVAREZ, P., *Santos, bienaventurados y venerables de la Orden de Predicadores,* 4 vols. (Vergara 1920).
— *Analecta Bollandiana. Revue critique d'hagiographie.* Organe des Bollandistes (París-Bruselas desde 1882).
AMORE, A, «Culto e canonizzazione dei santi nell'antichità cristiana»: *Antonianum* 53 (1977) 38-40.
— «La canonizzazione vescovile»: *Antonianum* 53 (1977) 231-266.
ARCHIER, A., *Saints de la Compagnie de Jésus* (París 1862).
ARIAS, F E, *Vida de los mártires dominicos de China* (Manila 1893).
ARRANZ ANTON, A., *Si Dios quiere nuestras vidas* (Madrid 1961).
ASSEMANI, J., *Kalendaria Ecclesiae universae,* 6 vols. (Roma 1755).
— (ed.), *Acta sanctorum martyrum orientalium et occidentalium,* 2 vols. (Roma 1748).
ATTWATER, D., *A dictionary of saints* (Londres 1938 y reediciones).
— *Saints of the East* (Londres 1963).
AUDOLENT, Mgr., *Histoire de l'Église pour les saints* (París 1927).
BAILLET, A., *Les vies des saints composées sur ce qui nous est resté de plus authentique et de plus assuré dans leur histoire,* 16 vols. (París 1704).
BARING-GOULD, F., *Lives of saints,* 12 vols. (Londres 1873ss).
BARONIO, C., *Annales Ecclesiastici,* 12 vols. (Roma 1588-1607).

BARTHELEMY, CH., *Vies de tous les saints de France,* 19 vols. (Versalles 1860ss).
BAUDIN, E. L. J., *Actes de la vie des saints,* 20 vols. (París 1868).
BAUDOT, D. J., *Dictionnaire d'hagiographie* (París 1925).
BAUDOT-CHAUSSIN, *Vies des saints et des bienheureux,* 13 vols. (París 1935-1959).
BAUDRILLART, A. (dir.), *Dictionnaire d'histoire et de géographie ecclésiastiques,* 25 vols. (París 1912-1995).
BAUMANN, E., *La vie et les oeuvres de quelques grands saints* (París 1927).
BAZIN, R., *Fils de l'Église* (Tours 1927).
BENEDICTINOS DE PARIS, *Vies des saints et des bienheureux selon l'ordre du calendrier,* 13 vols. (París 1935-1959).
BENEDICTINOS DE RAMSGATE, *The book of saints. A biographical dictionary* (Londres 1921).
BERARDINO, A. DI, *Diccionario patrístico y de la antigüedad cristiana,* 2 vols. (Salamanca 1998).
BERRUYER, P., *Histoire du peuple de Dieu,* 14 vols. (París 1728).
— *Bibliotheca hagiographica.* Publicada por los Bolandistas en tres secciones: *Graeca* (Bruselas 1895); *Latina* (Bruselas 1898ss); *Oriental* (Bruselas 1910).
BLION, A., *Nouvelles fleurs de la vie des saints,* 2 vols. (Lyón-París 1847).
BOESCH GAJANO, S. - SEBASTIANI, L., *Culto dei santi, istituzioni e classi sociali in età preindustriale* (L'Aquila-Roma 1984).
BOLANDISTAS, *Martyrologium romanum... scholis historicis instructum* (Bruselas 1940).
BOLLANDUS, J. y otros, *Acta sanctorum quotquot toto orbe coluntur vel a catholicis scriptoribus celebrantur,* 65 vols. (Amberes y otros lugares, 1643-1940).
BORN, A. VAN DEN - LACOCQUE, A., *Diccionario enciclopédico de la Biblia* (Barcelona 1993).
BOSCH, J. (dir.), *Dominicos que dejaron huella* (Madrid 2000).
BOTERO, S., *Los sesenta y tres santos americanos* (Medellín 1956).
BOURGEOIS, L. E., *Les martyrs de Rome d'après l'histoire et l'archéologie chrétiennes* (París 1897)
BRUGAROLA, M., *Dios vive hoy. Testigos del siglo XX* (Madrid 1976).
BRUNEL, L., *Vies des Saints tirées des auteurs originaux* (París 1722)
BURNS, P. (rev.), *Butler's Lives of the Saints.* New ed., 12 vols. (Collegeville, MN 1995).
BUTLER, A., *The lives of the fathers, martyrs and other principal saints,* 5 vols (Londres 1754-1759 y reediciones).
BUTLER, A. - THURSTON, ATTWATER, D., *Butler's Lives of the Saints,* 4 vols. (Londres 1956).
CAILLET, A., *Vie des saints avec le Martyrologe romain,* 4 vols. (París 1706)
CALPENA, L., *La luz de la fe en el siglo XX,* 12 vols. (Madrid 1904)
CAMM, B., *Lives of the English martyrs declared blessed by Pope Leo XIII in 1886 and 1889* (Londres 1905).
CAMPO VILLEGAS, G., *Ésta es nuestra sangre. 51 claretianos mártires. Barbastro, agosto 1936* (Madrid 1990)
CAPENHAUSEN, H. VON, *Los Padres de la Iglesia* (Madrid 1974).

CARCEL ORTI, V., *Mártires españoles del siglo XX* (Madrid 1995).
CARCEL ORTI, V. - FITA REVERT, R., *Mártires valencianos del siglo XX* (Valencia 1998).
CARDOSO, J., *Los mártires mexicanos* (México 1953).
— *The Catholic Enciclopaedia,* 17 vols. (Nueva York 1907-1914; supl. 1922).
CAVEDO, R., *Profetas. Historia y teología del profetismo en el Antiguo Testamento* (Madrid 1996).
CAYRE, F., *Patrologie et histoire de la théologie* (París 1947).
CEILIER, R., *Histoire des auteurs sacrés,* 14 vols (París 1865).
CENTRE DE PASTORAL LITURGICA, *Santos y santas* (Col. de folletos) (Barcelona 1998ss).
CENTRO VALENTINO DE UNION APOSTOLICA, *Flores del Clero secular* (Valencia 1918).
CHALLONER, R., *Memoirs of missionary priests* (Londres 1924).
CHAPIA, A., *La vie d'un saint pour chaque jour de l'année,* 2 vols. (Bar-le-Duc 1864).
CHARBONNIER, J , *Histoire des chrétiens de Chine* (París 1992).
CHAUVIN, C., *Le clergé à l'épreuve de la Révolution (1789-1799)* (París 1989).
CHENEAU, P., *Les saints d'Égypte,* 2 vols. (Jerusalén 1923).
CHIOCCHETTA, P., *I grandi testimoni del Vangelo* (Roma 1992).
CHIOVARO, F. y otros, *Histoire des saints et de la sainteté chrétienne,* 12 vols (París 1972-1988).
CHRISTOPHE, P., *1789: les prêtres dans la Révolution* (París 1986).
CLARKE, C. P. S., *Everysman's book of saints* (Oxford 1914 y reediciones).
COLBERT, E. P., *The martyrs of Córdoba* (Washington 1962).
COLOMBAS, G. M., *El monacato primitivo* (Madrid 1999).
COMISION LITURGICA DE LA COMPAÑÍA DE JESUS, *Semblanzas espirituales de los santos y beatos de la Compañía de Jesús* (Madrid 1974).
CONFER, *Folletos «Con Él».* Col. Testimonios y Testigos (Madrid).
CONFERENCIA DEL EPISCOPADO MEXICANO, *Mártires de la Iglesia de México* (México D.F. 1991).
CONFERENCIA DEL EPISCOPADO MEXICANO, *Viva Cristo Rey* (México D F. 1991).
CONGREGATIO PRO CAUSIS SANCTORUM, *Index ac Status Causarum Beatificationis Servorum Dei et Canonizationis Beatorum* (Roma ^{3}1999).
CORDOBA, FRAY GONZALO DE, *Del solar franciscano. Santoral de las Tres Órdenes* (Madrid 1957).
COSTE, H. DE, *Les éloges et les vies des Reines, des Princesses, et des Dames illustres en piété, en courage et en doctrine qui ont fleury dans notre temps et du temps des nos Pères,* 2 vols. (París 1647).
COULSON, J., *Dictionnaire des saints* (París 1924).
CROISSET, J., *Año cristiano o Ejercicios devotos para todos los días del año.* Traducción española del P. José Francisco de Isla. Adicionado con las vidas de los Santos y festividades que celebra la Iglesia de España, y que escribieron los PP. Fr. Pedro Centeno y Fr. Juan de Rojas, de la Orden de San Agustín, 12 vols. (Barcelona 1853).
DALLET, C., *Histoire de l'Église de Corée,* 2 vols. (París 1874).

D'ANDILLY, A., *Vies des SS. Pères du désert,* 3 vols. (París 1675).
DANTE, G., *Seme di cristiani nel paese del mattino sereno: I 24 martiri di Corea, 1866-1867* (Roma 1968).
DARBOY, G., *Les femmes de la Bible* (París 1868).
DE FRANCISCO VEGA, C., *Las Iglesias Orientales Católicas. Identidad y patrimonio* (Madrid 1999).
DELEHAYE, P. H , *Cinq leçons sur la méthode hagiographique* (Bruselas 1934)
— *Les légendes grecques des saints militaires* (París 1909).
— *Les origines du culte des martyrs* (Bruselas 1933).
— *Les légendes hagiographiques* (Bruselas 1957).
— *Sanctus Essai sur le culte des saints dans l'Antiquité* (Bruselas 1927).
— *Les passions des martyrs et les genres littéraires* (Bruselas 1921).
— *Les légendes des martyrs et les genres littéraires* (Bruselas ²1966).
DIAZ DE GUERIMIN, P., *Año Panegírico,* 5 vols. (Madrid 1777).
DUBOIS, J., *Le Martyrologe d'Usuard* (Bruselas 1965).
DUBOIS, J. - RENARD, G., *Le Martyrologe d'Adone Texte et commentaire* (París 1984).
DUCHESNE, L., *Les origines du culte chrétien* (París 1903).
— (ed.), *Liber pontificalis,* 2 vols. (París 1886-1892).
DUFOURCQ, A., art. «Actes des martyrs», en *Dictionnaire d'histoire et de géographie ecclésiastique,* t.I cols.381ss.
— *Étude sur les Gesta Martyrum romains,* 6 vols. (París 1900-1988).
ECHANIZ, I., SI, *Pasión y gloria. Historia de la Compañía de Jesús en sus protagonistas* (Bilbao 2000).
EDELVIVES (ed.), *El santo de cada día,* 6 vols. (Zaragoza 1946).
EHRHAED, M., *La littérature hagiographique dans l'Église grecque* (1937).
— *Enciclopedia cattolica,* 12 vols. (Ciudad del Vaticano 1948ss).
— *Enciclopedia italiana,* 35 vols. (Roma 1929-1949).
ENGELBERT, O., *La fleur des saints* (París 1979).
ESCOBAR, M., *Ordini e Congregazioni religiose,* 2 vols. (Turín 1951).
EUBEL, C., *Hierarchia catholica Medii Aevi,* 3 vols. (Munster 1898-1910).
EULOGIO DE CORDOBA, SAN, *Obras completas.* Bilingue Versión castellana de Agustín S. Ruiz, OSA (Córdoba 1959).
FÁBREGA GRAU, A., *Pasionario hispánico* (Madrid-Barcelona 1953).
— *Santoral completo* (Barcelona ⁴1990).
FARMER, D. H., *The Oxford dictionary of saints* (Oxford 1993).
FAUPEL, J J., *African holocaust: the story of the Uganda martyrs* (Londres 1962).
FELLER, F. X. DE, *Dictionnaire historique,* 17 vols. (París 1827-1829).
FERRARI, PH., *Catalogus generalis sanctorum qui in Martyrologio romano non sunt* (Venecia 1625)
— *Catalogus sanctorum Italiae* (Milán 1613).
FLECHA, J. R., *Buscadores de Dios* (Salamanca 1994)
FLOREZ, E., *España sagrada. Teatro geográfico-histórico de la Iglesia de España,* 53 vols. (Madrid 1747) Continuada a partir del vol. XXX por M. Risco y otros.
FORCADA COMINS, V , OP, *Testigos fieles. 18 Mártires dominicos en España, 1936, y 2 sacerdotes aragoneses* (Valencia 1997).

FREMAUT, B., *Palmier Séraphique ou Vies des Saints, des Hommes et des Femmes illustres des Ordres de Saint François,* 12 vols. (Gante 1693-1720).
FROS, H , *Bibliotheca hagiographica latina, Novum supplementum* (Bruselas 1986).
FUNAKOSHI, Y., *The 26 martyrs of Nagasaki* (Tokio 1963).
GANAY, M. C , *Les bienheureux dominicains* (París 1925).
GARCIA, P , *Sermones panegíricos,* 3 vols. (Madrid 1810).
GARCIA GUTIERREZ, F , *Los mártires de Nagasaki. IV Centenario* (Sevilla 1996).
GARCIA HERNANDEZ, P., *Crónica martirial. 271 misioneros claretianos mártires. 1936-1939* (Madrid 2000).
GARCIA RODRIGUEZ, C., *El culto de los santos en la España romana y visigoda* (Madrid 1966).
GARCIA VILLADA, Z., *Historia eclesiástica de España* (Madrid 1929).
— (dir.), *Historia de la Iglesia en España* (Madrid 1982).
GEORGIUS, D., *Martyrologium Adonis* (Roma 1745).
GILLOW, J., *A literary and biographical history or bibliographical dictionary of the English Catholics from the break with Rome in 1534 to the present time* (Londres 1902).
GISPERT, M., *Historia de las misiones dominicanas en Tunkin* (Ávila 1928).
GODEAU, A., *Éloges des évêques qui dans tous les siècles de l'Église ont fleury en doctrine et en sainteté* (París 1665).
GONZALEZ, A., *Martirologio Amigoniano* (Valencia 2001).
GONZALEZ RUIZ, J. M., *Los santos que nunca serán canonizados Aproximación respetuosa a un santoral apócrifo* (Barcelona 1979).
GOURGAUD, L., *Les saints irlandais hors d'Irlande* (Lieja 1936).
GRASSEL, B , *Die Heiligen des Pramonstratenserordens* (Pilsen 1925).
GRENTE, J., *Les martyrs de septembre de 1792 a Paris* (París 1926).
GUERANGER, P., *L'année liturgique,* 12 vols. (París 1854ss).
GUERIN, A. P., *Les petits Bollandistes,* 17 vols. (París 1866-1888).
GUILHERMY, E., *Ménologe de la Compagnie de Jésus* (Poitiers 1869).
GUILLEN, J , *Los Patriarcas. Historia y leyenda* (Madrid 1987).
GUNTHER, H., *Die christlichen legenden des Abendlandens* (Heidelberg 1910)
GUSTAV, R. (dir.), *Hagiografia polska. Slownik biobibliograficzny* (Poznan 1971).
HALKIN, F. (ed.), *Bibliotheca hagiographica graeca,* 3 vols. (Bruselas 1957)
HALLACK, P F A. C., *These made peace. Studies of the saints of the Third Order of St. Francis* (1957).
HALLFELL, M., *Die Neger-Martyrer von Uganda* (Tréveris 1931).
HAVERS, G M , *Vivieron el evangelio* (México 1980).
HEINZELMANN, M. (ed.), *Manuscrits hagiographiques et travail des hagiographes* (Sigmaringen 1992)
HENRIQUEZ, CH., *Fasciculum Sanctorum Ordinis Cisterciensis* (Bruselas 1623).
— *Menologium Cisterciense* (Bruselas 1623).
HEREDIA, A., *Vidas de santos, bienaventurados y personas venerables de la Sagrada Religión de N P S. Benito, patriarca de religiosos* (Madrid 1685)
HIDALGO, A , *España, tierra de santos* (León 1975).
— *Histoire des saints et de la sainteté,* 11 vols. (Paris 1986-1990).
HOLWECK, M. G , *A biographical dictionary of the saints* (Londres 1924).

HOPHAN, O., *Gli Apostoli* (Turín 1950).
HUSCENOT, J., *Los doctores de la Iglesia* (Madrid 1999).
ISON, B. E., *Amazing Saints* (Londres 2000).
JEDIN, J. - DOLAN, J., *Handbuch der Kirchengeschichte,* 10 vols. (1960ss). Ed inglesa (Londres-Nueva York 1965-1981). La obra abreviada: *History of the Church,* 3 vols. (Nueva York 1993).
JENNES, J., *A history of the Catholic Church in Japan* (1973).
JOLLY, H., «Coll. Les Saints» (París 1897ss).
KEMPF, C., SI, *La santidad de la Iglesia en el siglo XIX* (Einsiedeln 1927).
KENNEDY, L. V., *The saints of the Canon of the Mass* (Ciudad del Vaticano 1963).
KIM, C. T. - CH'OE, S. A., *Lives of 103 martyrs saints of Korea* (Londres 1984).
KNOCH, O., *Le grandi figure del Nuovo Testamento* (Brescia 1995).
KUTTNER, S., «La réserve papale du droit de canonisation»: *Revue historique de droit français et étranger* IV serie, 17 (1938) 172-228.
LA GORCE, P., *Histoire religieuse de la Constitution civile du clergé* (París 1872-1881).
LABARTA, M. L., SchP, *Educadoras y mártires escolapias, 1936* (Roma 2001).
LAUNAY, A., *I LXXIX martiri coreani* (Milán 1925).
LE BLAIN, A., *Les actes des martyrs* (París 1883).
LE MASON, P., *Annales Ordinis Carthusiensis* (1687).
LECLERQ, H., *Les martyrs,* 15 vols. (París 1904-1924).
LEITE, J., *Santos de cada dia* (Braga 1987).
LEMMENS, L., *Catalogus sanctorum fratrum minorum* (Roma 1903).
LENOTRE, G., *Les massacres de septembre* (París 1919).
LENSSEN, S., *Hagiologium Cisterciense* (Tilburg 1947).
LEOINDELICATO, E., *Giardino carmelitano nel quale si contiene l'historia dell'origine e continuazione dell'Ordine del Carmine... con la vita e morte dei più illustri Santi di essa religione* (Palermo 1600).
LEON, N., *L'auréole séraphique: vies des saints et bienheureux des trois Ordres de Saint-François,* 4 vols. (París 1882).
LEVILLAIN, P. (dir.), *Dictionnaire historique de la papauté* (París 1994).
LIPPOMANO, L., *Historia de vitis Sanctorum cum scholiis,* 8 vols. (Venecia 1551-1560).
LIZALDE, J. L., *Todos los santos africanos* (Madrid 2000).
LIZASO, F , *Beatos Braulio M.ª Corres, Federico Rubio y compañeros mártires, Hospitalarios de San Juan de Dios* (Madrid 1992).
LLORCA, B. y otros, *Historia de la Iglesia Católica,* 4 vols. (BAC 1958).
LODI, E., *Los santos del calendario romano* (Madrid 1992).
LOPEZ MELUS, R. M., *Los santos carmelitas* (Amacar 1989).
LOPEZ TEULON, J. - RODRIGUEZ GOMEZ, F. J., *No tengáis miedo. Testigos ante el tercer milenio* (Toledo 1996).
LOPEZ DE VICUÑA, M. D. - LOPEZ RAMOS, M. C., *Cuando amanecía. Martirio de 25 HH. Carmelitas de la Caridad* (Roma 2000).
MABILLON, J. - D'ACHERY, L., *Acta Sanctorum Ordinis Sancti Benedicti,* 9 vols. (París 1668-1701).
MACCA, V., *Santos del Carmelo* (Madrid 1982).

MACKEY, J P., *An introduction to celtic christianity* (Edimburgo 1989).
MALE, E., *Les Saints compagnons du Christ* (París 1958)
MARCOS, O., *Testimonio martirial de los Hermanos de San Juan de Dios en los días de la revolución religiosa española* (Madrid 1980)
MARIETTA, J , *Historia eclesiástica. Flores de santos españoles* (Cuenca 1594)
MARTIN, A., *Vies des saints à l'usage des prédicateurs,* 4 vols (París 1869).
— *Martirologio romano.* Versión española ajustada a la edición vaticana de 1948 por el P Valentín M Sánchez Ruiz SJ (Madrid ²1943).
— *Martyrologium Franciscanum* (Vicenza 1939).
— *Martyrologium Romanum ad novam Kalendarii rationem et Ecclesiasticae Historiae veritatem restitutum Gregorii XIII Pont. Max. iussu editum Accesserunt Notationes atque Tractatio de Martyrologio Romano,* auctore Caesare Baronio Sorano, Congregationis Oratorii presbytero (Roma ³1598). Reediciones con ampliaciones.
— *Martyrologium Romanum ex decreto Sacrosancti Oecumenici Concilii Vaticani II instauratum, auctoritate Ioannis Pauli PP. II promulgatum.* Editio typica (Ciudad del Vaticano 2001)
MATTHEI, M , *Esbozo para un santoral latinoamericano* (Buenos Aires 1992).
MEINARDUS, O., *The saints of Greece* (Atenas 1970).
— *Menologium Cisterciense, Capitulo Generali anno 1951 approbatum* (Westmalle 1952)
MIGNE, J. P., *Patrologiae Cursus Completus. Series Graeca,* 162 vols. (París 1857-1866)
— *Patrologiae Cursus Completus. Series Latina,* 221 vols. (París 1844-1864).
MOLIEN, A., *La liturgie des saints, leur culte en général* (París 1932).
MONTERO MORENO, A., *Historia de la persecución religiosa en España* (BAC 204, Madrid ⁴2000).
MONTES, J M., *El libro de los santos* (Madrid 1996)
MORALES, A , *Memoria sanctorum* (Madrid 1541).
MORAN, J M., *Relación de la vida y gloriosa muerte de ciento diez santos de la Orden de Predicadores...* (Madrid 1867).
MORONI, G , *Dizionario di erudizione storico-ecclesiastica* (Venecia 1851).
MUÑIZ, R., *Médula histórica cisterciense* (Valladolid 1784).
NATALIBUS, P. DE, *Catalogus sanctorum* (Venecia 1506).
— *New Catholic Encaclopaedia,* 14 vols (Nueva York 1967).
NIEREMBERG-ANDRADE, *Varones ilustres de la Compañía de Jesús* (Bilbao 1881-1892).
NIGG, W , *Grosse Heilige* (1952).
NILLES, N , *Kalendarium manuale utriusque Ecclesiae Orientalis et Occidentalis,* 2 vols (Innsbruck ²1896-1897)
OLIVAR, A , *El santoral del calendario* (Barcelona 1999).
OURY, G. M , *Le Vietnam des martyrs et des saints* (París 1988).
PAREDES, J. (dir.), *Diccionario de los Papas y los Concilios* (Barcelona 1998)
PASCHINI, P - MONACHINO, V., *I papi nella storia* (Roma 1961)
PAULO DIACONO, *Vita Sanctorum Patrum Emeritensium,* ed de Dr Camacho Macías (Mérida 1989).
PEREZ DE URBEL, J., *Año cristiano,* 13 vols (Madrid 1945).

— *Semblanzas benedictinas* (Madrid 1946).
— *Los monjes españoles* (Madrid 1945).
PETIN, *Dictionnaire hagiographique.* 2 vols. Vols. 40 y 41 de *Encycl. Théol.* de MIGNE (París 1854).
PIELAGOS, F., *Vida y testimonio. Homenaje a los 26 mártires pasionistas de Daimiel* (Zaragoza 1989).
PLONGERON, B. - SVART, C., *Storia dei santi e della santità cristiana* (París 1991).
PLUMMER, C. (ed.), *Vitae sanctorum hiberniae,* 2 vols. (1910, reed. 1968).
POCCIANTI, M., *Chronicon rerum totius Sacri Ordinis Servorum Beatae Mariae Virginis* (Florencia 1567).
PORTILLO Y AGUILAR, S., *Crónica espiritual agustiniana,* 4 vols. (Madrid 1732).
POTTHAST, A., *Regesta Romanorum Pontificum inde ab a 1198 ad a. 1304,* 2 vols. (Berlín 1873-1875).
POURRAT, P. - VILLER, M., *Biographies spirituelles,* IV (París 1712-1714).
PROFILLET, A., *Le martyrologe de l'Église du Japon* (París 1897).
PUEBLA, C., *Testigos de la fe en Oriente* (Madrid 1987).
QUASTEN, J., *Patrología* (Madrid 1962).
QUENTIN, H., *Les martyrologes historiques du Moyen Âge* (París 1908).
QUINTANADUEÑAS, A., *Historia de los santos hispalenses* (1650).
RABANO MAURO, «Martyrologium»: PL 110,1121-1187.
RANBACK, P., *Calendarium annuale benedictinum,* 4 vols. (Augsburgo 1675-1677).
RAYNAL, B. P., *Tous les saints du paradis* (París 1946).
REDONDO FUENTES, V., OFMConv, *Entregaron su vida. Alfonso López y compañeros mártires. Beatos Franciscanos Conventuales* (Madrid 2001).
RENDTORFF, R., *Protagonisti dell'Antico Testamento. Patriarchi, re e profeti* (Turín 1984).
REPETTO BETES, J. L., *Andalucía tierra de santos* (Jerez 1982).
— *Santoral del clero secular* (BAC; Madrid 2000).
— *Mil años de santidad seglar en la Iglesia* (BAC; Madrid 2002).
RESCH, A. (ed.), *Miracoli dei Beati 1983-1990* (Ciudad del Vaticano 1999).
RIUS FACIUS, A., *México cristero. Historia de la A.C.J.M. (1925-1931)* (México 1960).
ROJO MARTINEZ, F., *La seducción de Dios. Perfiles de hagiografía agustiniana* (Roma 2001).
ROYO MARIN, A., *Los grandes maestros de la vida espiritual* (Madrid 1973).
RUINART, TH , *Acta primorum martyrum sincera et selecta* (Verona 1731). Reediciones.
RUIZ BUENO, D. (ed.), *Actas de los mártires* (BAC; Madrid 1951).
— (ed.), *Padres apostólicos* (BAC; Madrid 1950).
SALAS, A., *Los profetas, heraldos del Dios que actúa* (Madrid 1993).
SALES DOYE, F. VON, *Heilige und Selige des Romische-katholischen Kirche,* 2 vols. (Leipzig 1929).
— «Le Sanctorab»: *La Maison Dieu* 52 (1957).
SANCHEZ DE FERIA, B., *Palestra sagrada* (Córdoba 1772)
SANTIDRIÁN, R. - ASTRUGA, M. C., *Diccionario de los santos* (Estella 1997).

SANZ BURATA, L., *Santos de hoy* (Barcelona 1955).
SCHMIDT, H., *Introductio in liturgiam occidentalem* (Roma 1960).
SCHONING, P., *Heilge und Selge des Karmeliterorder* (Ratisbona).
SECRETARIADO NACIONAL DE LITURGIA, *Comentarios bíblicos al Leccionario del propio y común de santos* (Madrid 1983).
SEDULIUS, H., *Historia seraphica seu Sancti Francisci et aliorum sanctorum huius Ordinis* (1611).
SEJOURNE, P., «Saints (Culte des)»: *Dict. Théol. Cath.*, t.14 col.870ss.
SENDIN BLAZQUEZ, J., *Santos de leyenda, leyendas de santos* (BAC, Madrid 2000).
SGARBOSSA, M., *I santi e i beati della Chiesa d'Occidente e d'Oriente* (Milán 2000).
SIMONET, F., «Un santoral hispano-árabe escrito en 961 por Rabí ben Ziad»: *La Ciudad de Dios* 5 (1871).
SIMONET, F. J., *Historia de los mozárabes de España* (Madrid 1903).
SMITH, W. - WACE, H., *Dictionary of christian biography* (Londres 1877-1887).
SOMMERVOGEL, C. (ed.), *Bibliothèque de la Compagnie de Jésus* (Bruselas-París 1890).
STADLER, J. - HEIM, J., *Vollstandiges Heiligen Lexicon*, 5 vols. (Augsburgo 1858-1882).
STANTON, R., *A menology of England and Wales, or brief memorials of the ancient british and english saints* (Londres-Nueva York 1887).
STEHLE, E., *Testigos de la fe en América Latina* (Buenos Aires 1986).
SURIUS, L., *De probatis Sanctorum historiis*, 6 vols. (Turín 1875).
TAMAYO SALAZAR, J., *Anamnesis sive Commemorationis Sanctorum Hispanorum ad ordinem et methodum Martyrologii Romani, quo utitur Ecclesia Catholica*, 6 vols. (Lyón 1658).
TAMAYO DE VARGAS, T., *Lucio Flavio Dextro defendido.*. (Madrid 1624).
TAURISANO, I., *Catalogus hagiographicus Ordinis Praedicatorum* (Roma 1918).
TESTORE, C., *Santos y beatos de la Compañía de Jesús* (Madrid 1943).
THOONEN, J. P., *Black martyrs* (Londres 1941).
TIGAR, C., *Forty martyrs of England and Wales* (Bristol 1961).
TILLEMONT, S., Le Nain de, *Mémoires pour servir à l'histoire ecclésiastique des dix premiers siècles*, 16 vols. (París 1693).
TOMAS, M., *Santos españoles* (Madrid 1939).
TORELLI, L., *Ristretto delle vite degli uomini e delle donne illustri in santità dell'Ordine Agostiniano* (Bolonia 1647).
TOURON, P., *Hommes illustres de l'Ordre de Saint Dominique*, 6 vols (París 1743).
TREVIJANO, R., *Patrología* (BAC, Madrid 1994).
USUARDO, «Martyrologium»: PL 124 y en *Analecta Bollandiana* (1937).
VACANDARD, E., «Les origines du culte des Saints», en *Études de critique et d'histoire religieuse* (París 1812).
VARGAS, B. DE, *Cronica Sacri et Militaris Ordinis B.M.V. de Mercede* (Palermo 1622).
VAUCHEZ, A., *La sainteté en Occident aux derniers siècles du Moyen Âge d'après les procès de canonisation et les documents hagiographiques* (Roma 1981).

VELIMIROVIC, N , *The prologue from Ochrid, The lives of saints and homilies for every day of the year,* 4 vols. (Birmingham 1985-1986).
VICELIUS, G., *Hagiologium seu de sanctis Ecclesiae* (Maguncia 1541).
VIVES, J., *Los Padres de la Iglesia* (Barcelona 1988).
VIVES AGUILELLA, J. A., *Hombres recios y entrañables* (Madrid 2000).
— *Fortaleza y ternura. Testimonio martirial de las HH. Terciarias Capuchinas de la Sda. Familia* (Roma 1994).
VIZMANOS, F. DE B. DE, *Las vírgenes cristianas de la Iglesia primitiva* (Madrid 1949).
VORÁGINE, J. DE, *Legenda aurea seu Liber passionalis, seu Legenda Sanctorum per anni circuitu venientium* (Leipzig y Dresde 1843-1846), 55ª ed. Cf. también la ed. de EINAUDI (Turín 1995).
WADDING, L. DE, *Annales Ordinis Minorum,* 19 vols. (Roma 1731-1745).
WALLIS BUDGE, E. A., *The book of the saints of the Ethiopian Church,* 4 vols (Cambridge 1928).
WANG, G., *Martirologio della Chiesa cattolica in Cina* (Ciudad del Vaticano 1968)
WATKING, E I., *Neglected Saints* (1955)
WERNER, E., *Ketzer und Heilige. Das religiose Leben im Hochmittelalter* (Viena 1986).
WIMMER, O., *Handbuch der Namen und Heiligen mit einer Geschichte der christlichen Kalendar* (Innsbruck 1956).
ZIMMERMANN, A M., *Kalendarium Benedictinum,* 4 vols. (Viena 1933-1938).

III **Derecho**

ALFONSO, M. D', *La prova in genere e la fama di santità in specie nei processi dei santi e dopo il M. P. Sanctitas Clarior* (Viterbo 1977).
AMORE, A., «Culto e canonizzazione nell'antichità cristiana»· *Antonianum* 53 (1977) 37ss.
ANTONELLI, F., *De inquisitione medico-legali super miraculis in causis beatificationis et canonizationis* (Roma 1962). Thesis ad lauream. Ms
AZEVEDO, E., *Benedicti XIV doctrina de servorum Dei beatificatione et beatorum canonizatione in synopsis redacta* (Bruselas 1890).
BENEDICTUS XIV (PROSPERO LAMBERTINI), *De Servorum Dei beatificatione et Beatorum canonizatione* (Parma 1703).
BERNARDINI, C., «De postulatore in causis servorum Dei»· *Apollinaris* 9 (1936) 193ss.
BERUTTI, C , «Valore del processo sui miracoli in specie fatto d'autorità propria dell'Ordinario»: *Ephemerides Iuris Canonici* 3 (1947) 317ss
BLAHER, D J , *The ordinary processes in causes of beatification and canonization* (Washington 1949).
BOUAERT, C , «De processu tum informativo tum apostolico in causis beatificationis»: *Collationes Gandavenses* 19 (1932) 18ss.
BROSCH, J., *Der Heiligsprechungsprocess per viam cultus* (Roma 1938).

CARINCI, P., *Acta canonizationum ab anno 1933 usque ad annum 1935* (Isola del Liri 1939).

CASIERI, A., «Attuale prassi procedurale da seguirsi nelle diocesi per le cause di beatificazione et canonizzazione»: *Monitor Ecclesiasticus* 100 (1975) 169ss.

— «Iter processus beatificationis et canonizationis iuxta constitutionem apostolicam "Sacra Rituum Congregatio" et "Sanctitas Clarior"»: *Monitor Ecclesiasticus* 98 (1975) 244 ss.

— *Il miracolo nelle cause di beatificazione e di canonizzazione e possibilità di aggiornamento* (Roma 1971).

— *Postulatorum Vademecum* (Roma ²1985).

CASTELLANI, G., *Tractatus de sanctorum canonizatione* (Venecia 1605).

CASTELLINI, L., *Elucidiarum theologicum de certitudine gloriae sanctorum canonizatorum* (Roma 1616).

CAUTY, CH., *Procédure d'une cause de canonisation* (Estrasburgo 1986).

CONTELORI, F., *Tractatus et praxis de canonizatione sanctorum* (Lyón 1634).

DALLACI, G., «De natura causarum beatificationis»: *Ephemerides Iuris Canonici* 4 (1948) 587ss.

DE CLERQ, CH., «L'établissement progrésif de la procédure de canonisation». *Revue de l'Université Laval* 2 (1948) 473ss.

— «Des causes de béatification et canonisation», en *Naz. R. Traité de Droit Canonique,* IV (París 1948) n.757ss.

— «Les causes des serviteurs de Dieu»: *Revue de Droit Canonique* 4 (1954) 76ss.

DE MATTA, C. F., *Novissimus de sanctorum canonizatione tractatus* (Roma 1678).

— *Decreta authentica Congregationis Sacrorum Rituum, ex Actis eiusdem collecta eiusque auctoritate promulgata sub auspicus SS.D.N. Leonis Papae XIII,* 6 vols (Roma 1898-1927).

FERRARO, N., «Postulazione e Postulatore», en *Enciclopedia cattolica,* t.IX cols.1843-1847.

FONTANINI, G., *Codex constitutionum quas Summi Pontifices ediderunt in solemni canonizatione sanctorum* (Roma 1729).

FRUTAZ, A. P., «Positio», en *Enciclopedia cattolica,* t.IX cols.1822-1823.

— *La sezione storica della Sacra Congregazione dei Riti, origini e metodi di lavoro* (Roma ²1940)

GAGNA, F., *De processu canonizationis a primis Ecclesiae saeculis usque ad Codicem Iuris Canonici* (Roma 1940).

GALASSI, I., «Quaestiones de processibus beatificationis et canonizationis»: *Ephemerides Iuris Canonici* 3 (1947) 150ss.

GANGOITI, B., «De processu historico et de M. P. Sanctitas Clarior»: *Angelicum* 58 (1981) 210ss.

GARCEAU, CH., *Le rôle du postulateur dans les procès ordinaires de béatification* (París 1954).

GARCIA DE CARALPS, A. J , *De canonizatione sanctorum* (Barcelona 1618).

GIAQUINTA, G., *Recerche sull'istituto giuridico della canonizzazione dalle origini alle Decretali di Gregorio IX* (Roma 1947).

GILLET, P , «La procedure de beatification et de canonisation» *Collectanea Mechliniensia* 18 (1929) 6ss

HERTLING, L , «Materiali per la storia del processo di canonizzazione» *Gregorianum* 16 (1935) 170ss

— «Canonisation», en *Dictionnaire de spiritualite,* I (Paris 1953) cols 77-85

INDELICATO, S , *Le basi giuridiche del processo di beatificazione* (Roma 1944)

— *Il processo apostolico di beatificazione* (Roma 1945)

— «De collegio medicorum apud S C Rituum» *Monitor Ecclesiasticus* 74 (1949) 188ss

— «De sanctitate quae pro beatificatione et canonizatione servorum Dei requiritur probanda» *Monitor Ecclesiasticus* 75 (1950) 109ss

— «Martirio e martire Il martirio nelle cause di beatificazione e canonizzazione», en *Enciclopedia cattolica,* t VIII cols 243-244

JUAN PABLO II, «Constitutio Apostolica Divinus Perfectionis Magister, 25 januarii 1983» *Acta Apostolicae Sedis* 75 (1983) 345ss

KEMP, E W , *Canonization and authority in the Western Church* (Washington 1948)

— «Alexander III and the canonization of saints» *Transactions of the Royal Historical Society* series 4, 37 (1945) 13ss

KUTTNER, ST , «La reserve papale du droit de canonisation» *Revue Historique du droit français et etranger* (1938) 172ss

LAPPIUS, *De heroicitate virtutum in beatificandis et canonizandis requisita* (Roma 1671)

LAURI, A - FORNARI, I SANTARELLI, A , *Codex pro Postulatoribus Causarum Beatificationis et Canonizationis* (Roma ^{4}1929)

LOW, G , «Beatificazione», en *Enciclopedia cattolica,* t II cols 1090-1100

— «La canonizzazione nella storia», en *Enciclopedia cattolica,* t III cols 571-607

MACKEN, TH , *The canonisation of saints* (Dublin-Nueva York 1909)

MALVEZZI, *Tractatus de canonizatione sanctorum* (Bolonia 1487)

MARI, *De canonizatione sanctorum* (Roma 1658)

MARTINEZ, V , *De testimonio confessarii in causis beatificationis et canonizationis* (Roma 1954)

MATTAEUCCI, A , *Practica theologico-canonica ad causas beatificationum et canonizationum pertractandas* (Venecia 1722)

MITRI, A , *De figura juridica postulatoris in causis beatificationis et canonizationis* (Roma 1962)

NAZ, R , «Causes de beatification et canonisation», en *Dictionnaire de droit canonique,* t III cols 10-37

— «Normae servandae in construendis processibus ordinariis super causis historicis, de la S C de Ritos» *Acta Apostolicae Sedis* 31 (1939) 174 175

PABLO VI, «Litterae Apostolicae motu proprio datae Sanctitas Clarior 19 martii 1969» *Acta Apostolicae Sedis* 61 (1969) 149ss

PIACENTINI, E , «Concetto teologico-giuridico di martirio nelle cause di beatificazione e canonizzazione» *Monitor Ecclesiasticus* (1978)

PIO XI, «Motu proprio "Gia da qualche tempo" (6 febrero 1930), instituyendo la Sección histórica de la Congregación de Ritos». *Acta Apostolicae Sedis* 22 (1930) 87-88.

PISANI, O., *Regolamento della consulta medica presso la Sacra Congregazione dei Riti* (Vaticano 1959)

PORSI, L., «Las causas de canonización y los procedimientos en la Constitución "Divinus perfectionis magister". Consideraciones y valoraciones»: *Revista de Vida Consagrada* (1985) abril-junio (trad del italiano).

ROBERTI, F, «De processu informativo in causis servorum Dei». *Apollinaris* 4 (1931) 383ss

— «De judicio super martyrio servorum Dei»: *Apollinaris* 5 (1932) 419ss

ROCCA, A., *De canonizatione sanctorum commentarius* (Roma 1601)

RODRIGO, R, «La figura del postulatore nelle cause dei santi secondo la nuova legislazione Diritti e doveri»: *Monitor Ecclesiasticus* 111 (1986) 207ss

— *Manual para instruir los procesos de canonización* (Salamanca 1988)

SACRA CONGREGATIO PRO CAUSIS SANCTORUM, «Normae servandae in inquisitionibus ab episcopis faciendis in causis sanctorum»: *Acta Apostolicae Sedis* 75 (1983) 396

— *Regolamento della Sacra Congregazione per le cause dei Santi* (Roma 1983)

SANCHEZ Y SANCHEZ, J, «La nueva Congregación para las causas de los Santos»· *Revista Española de Derecho Canónico* 40 (1984) 493ss

SARNO, R, *The diocesan inquiries required by the legislator in the new legislation for the causes of the saints* (Roma 1988).

TRAMA, J., *Manuale theorico-practicum pro conficiendis processibus sive ordinariis sive apostolicis in causis beatificationis et canonizationis servorum Dei* (Nápoles ^{2}1904).

TROMBELLI, G. C, *De cultu sanctorum* (Bolonia 1740).

— *Urbani VIII Pontificis Optimi Maximi Decreta Servanda in Canonizatione et Beatificatione Sanctorum; accedunt Instructiones et Declarationes quas Emmi et Rvdmi Cardinales Praesulesque Romanae Curiae ad id congregati ex eiusdem Summi Pontifici mandato conciderunt* (Roma 1642).

VERAJA, F, «La canonizzazione equipollente e la questione dei miracoli nelle cause di canonizzazione». *Apollinaris* 58 (1975) 222ss.

— *La beatificazione Storia, problemi, prospettive* (Roma 1983).

— *Commento alla nuova legislazione per le cause dei santi* (Roma 1983).

— *Le cause di canonizzazione dei santi* (Ciudad del Vaticano 1992)

— «Il Motu proprio "Sanctitas Clarior" e le cause "storiche" dei santi» *Monitor Ecclesiasticus* 104 (1979) 315-337.

— «Alcune proposte per il rinnovamento delle cause dei santi» *Monitor Ecclesiasticus* 105 (1980) 305-322.

AÑO CRISTIANO

I

Enero

1 de enero

A) MARTIROLOGIO [1]

1. La solemnidad de Santa María, Madre de Dios. Octava de la Natividad del Señor y día en que fue circuncidado y se le impuso el nombre de Jesús **.

2. En Cesarea de Capadocia, San Basilio, obispo, cuya memoria se tiene mañana.

3. En Chieti, del Abruzzo, San Justino (s. IV), obispo

4. En Roma, San Almaquio, que por oponerse a los juegos de los gladiadores, fue martirizado por éstos († 391).

5. En un monasterio del Monte Jura, junto a Lyón, San Eugendo († 516), abad.

6. En Ruspe (África), San Fulgencio († 533), obispo y anteriormente monje, que por dos veces padeció destierro *.

7. En Vienne (Francia), San Claro († 660), abad del monasterio de San Marcelo.

8. En Troyes (Francia), San Frodoberto († 667), fundador y abad del monasterio de Celles.

9. En el monasterio de Fécamp (Normandía), San Guillermo († 1031), abad de San Benigno de Dijon, que llegó a tener cuarenta monasterios filiales.

10. En Souvigny (Borgoña), San Odilón († 1048), abad de Cluny, a quien se debe la Conmemoración de los Fieles Difuntos *

11. En Jablonnac (Bohemia), Santa Zedislava († 1252), madre de familia **.

12. En Gualdo, Beato Hugolino (s. XIV), ermitaño.

13. En Roma, San José María Tomasi († 1713), presbítero y cardenal, religioso teatino **.

14. En Angers, los beatos Juan Bautista y Renato Mateo Agustín Lego, presbíteros, martirizados en la Revolución Francesa por negarse a jurar la constitución civil del clero († 1794) *

15. En Roma, San Vicente María Strambi († 1824), obispo de Macerata y Tolentino, religioso pasionista **.

16. En Lvov (Ucrania), Beato Segismundo Gorazdowski († 1920), presbítero, fundador del Instituto de Hermanas de San José **.

17. En Dachau, Beato Mariano Konopinski († 1943), presbítero y mártir *.

[1] Los asteriscos que aparecen en el martirologio hacen referencia a las biografías que siguen a continuación, que serán extensas (**) o breves (*)

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

SOLEMNIDAD DE SANTA MARÍA MADRE DE DIOS

En el marco siempre entrañable de las fiestas navideñas y con la mirada puesta inevitablemente en el nuevo año que comienza, celebramos hoy la solemnidad de Santa María Madre de Dios, festividad que sacada de un cierto olvido al que se la había relegado y devuelta a su prístino contexto litúrgico a raíz del Vaticano II, es expresión y fruto de ese hondo sentimiento de piedad y devoción que desde antiguo viene suscitando en el pueblo cristiano de Oriente y Occidente la contemplación de la maternidad divina de María, uno de los misterios más grandes y singulares de nuestra fe.

Importante acontecimiento salvífico, que sirve de pórtico para el nuevo año, y que nos adentra en él, invitándonos a vivirlo siempre con nuestra mirada puesta en la Virgen Madre, siempre en clara referencia a ella. Acontecimiento, que nos propone desgranar este largo rosario de trescientos sesenta y cinco días en clave netamente mariana, es decir desde nuestra total adhesión al plan de Dios, y desde nuestra entrega más servicial y amorosa a los hermanos.

Y necesariamente en este día de la Octava de Navidad hemos de traer también el recuerdo de la Circuncisión del Señor, con la que se le dio el nombre de Jesús —Dios es salvación, Yahvé salva, Salvador—, lo cual solemniza todavía más esta fecha, pues dicho recuerdo nos introduce de lleno en ese misterio, tan insondable como cercano, de la encarnación del Verbo, en el misterio del Dios que asume plenamente (excepto en el pecado) nuestra condición humana, naciendo así de una mujer y sometido a la ley, como indica San Pablo en su carta a los gálatas.

Finalmente, y para completar esa rica variedad de matices que presenta siempre el primero de año, celebramos igualmente en este día la Jornada Mundial de la Paz, jornada promulgada por el papa Pablo VI en la solemnidad de la Inmaculada (8 de diciembre) de 1967, y que, para nosotros cristianos, entronca a través de María en la figura de Jesús, que de ella nos ha nacido como enviado del Padre para guiar nuestros pasos por el camino de la paz.

Rica amalgama celebrativa, ésta del 1.° de enero, aunque quizá para mucha gente quede en una cierta penumbra, ensombrecida por el comienzo del nuevo año, y por los buenos deseos que lo acompañan. Pero dejando a un lado festejos más bien paganos y augurios que rara vez se cumplen, vayamos a la figura central de la fiesta, a quien es realmente nuestra fiesta, a la Virgen Madre. Vayamos a contemplar su misterio, su maternidad divina. Vayamos a contemplar entre sus brazos al Dios hecho hombre, al Verbo encarnado, que agazapado al calor del regazo materno balbucea en lo humano sus primeros latidos de amor, que desde su tierna mirada infantil, transparenta la mirada eterna del Padre, el rostro infinito de quien lo engendró en la eternidad.

Hablar de la maternidad divina de María, es hablar necesariamente de ella como mujer y como madre, pero no de una mujer como las demás, sino de la Mujer con mayúscula, ni tampoco de una madre cualquiera, sino de la Madre por antonomasia, de la Madre que concibe rompiendo todos los esquemas de la lógica humana, de la Mujer que conservando intacta su virginidad, va a ser plenamente Madre y con una fecundidad que trasciende los límites de la historia, que rebasa nuestras coordenadas espaciotemporales para poder abarcar en su seno la Palabra creadora, preexistente e infinita de Dios. Una fecundidad, la suya, para engendrar a Cristo en su totalidad, a todo su Cuerpo Místico, y a la que por eso mismo no le sirve el concurso de varón, sino que necesita la acción vivificante y vivificadora del Espíritu, del único que es capaz de hacer concebir esa vida nueva, que no nace de sangre, ni de amor carnal.

Hablar de la maternidad divina de María, es hablar por eso mismo de misterio, de un misterio que se hace dogma de fe para el pueblo fiel, de un misterio que abierto a la dimensión festiva y celebrativa se transforma en expresión litúrgica, en explosión de gestos y palabras, de cantos y silencios, llamados todos ellos a culminar en la quietud de la oración íntima, recogida y contemplativa.

Y necesariamente para entrar de lleno en éste, como en cualquier otro misterio, hemos de recurrir a toda esa serie de mediaciones que nos lo hacen más comprensible, dentro de lo

que a nosotros nos es posible. La Sagrada Escritura y la Tradición, lo mismo que el Magisterio de la Iglesia y que esa rica historia que lo acompaña, entremezclada de credos y de herejías, de discrepancias teológicas y de formulaciones dogmáticas, esa historia escrita con letras imborrables en Nicea y en Éfeso, en Constantinopla y en Calcedonia, en Trento y mucho más modernamente en el Vaticano, serán quienes nos acompañen, quienes nos sirvan de guías y de intérpretes, a la hora de abordar el misterio de la maternidad de María, a la hora de introducirnos en lo puramente místérico, ya que para llegar a ella, a la Virgen Madre, tan sólo nos basta el corazón.

Las palabras del ángel Gabriel a María, recogidas únicamente por el Evangelio de San Lucas, van a ser nuestro punto de partida en este acercamiento a la divina maternidad: «Y la fuerza del Altísimo te cubrirá con su sombra; por eso el Santo que va a nacer se llamará Hijo de Dios» (Lc 1,35).

En primer lugar hemos de hacer notar que la expresión «se llamará», en este caso y para la mentalidad semítica, hace alusión a una cualidad inherente al sujeto (Jesús), más que a su propio nombre, con lo cual ya se nos está diciendo que el engendrado en María es Hijo de Dios, y no precisamente en la forma en que este título mesiánico era abordado en el AT, pues el Jesús de los Evangelios supera con mucho esta idea, llegando su mesianismo a identificarse con la Divinidad: «Quien me ha visto a mí ha visto al Padre» (Jn 14,9).

Pero aún hay más, pues el mismo texto lucano mencionado está aludiendo a otro más antiguo, del libro del Éxodo, a los momentos de la gran intervención salvífica de Yahvé en favor de su pueblo: «Entonces la nube cubrió la tienda del encuentro y la gloria del Señor llenó el santuario» (Éx 40,34).

Examinando estos dos fragmentos de la Escritura, se aprecia a simple vista el claro y significativo paralelismo existente entre ambos: si el tabernáculo se llenó de la gloria del Señor al ser cubierto por la nube divina, de igual forma, las entrañas purísimas de María quedan inundadas por esa misma gloria, por la propia divinidad, al ser ella cubierta con la sombra del Altísimo. Y si en el largo peregrinar de Israel hacia la tierra de promisión Dios eligió por morada lo más íntimo de la tienda del encuen-

tro, ahora se ha elegido por Santuario el seno materno de la Doncella de Nazaret, un habitáculo mucho más perfecto.

En esta misma línea tenemos otro texto de la tradición lucana, no menos significativo, el encuentro entre María e Isabel, y más concretamente las palabras de esta última: «¿Quién soy yo para que me visite la madre de mi Señor?» (Lc 1,45). Aquí la mujer de Zacarías está formulando casi la misma pregunta que el rey David, cuando el arca de la Alianza fue llevada a Jerusalén: «¿Cómo va a venir a mi casa el arca del Señor?» (2 Sam 6,9). Ambos interrogantes tienen un mismo hilo conductor: los dos personajes (David e Isabel) se consideran indignos de recibir a Dios en su casa, para quien la mentalidad bíblica reserva en exclusividad el título de Señor.

Continuando con la historia del rey salmista, leemos en 2 Sam 6,11: «El arca del Señor estuvo tres meses en casa de Obededón de Gat, y el Señor bendijo a Obededón y a toda su familia». Y avanzando en nuestra comparación volvemos nuevamente al texto de la Visitación para establecer otro sugerente paralelismo con este versículo último de 2 Sam 6. Isabel experimenta también los favores y beneficios divinos: «En cuanto tu saludo llegó a mis oídos, la criatura saltó de alegría en mi vientre» (Lc 1,44). E incluso el tiempo de permanencia de María en casa de su pariente es idéntico al que Obededón tuvo el arca del Señor bajo su techo: «María se quedó con Isabel unos tres meses» (Lc 1,56).

A la luz de la similitud que ofrecen estos relatos del Antiguo y Nuevo Testamento, podemos deducir claramente que la ágil pluma del evangelista no sólo ha querido narrar el gozoso encuentro entre las dos mujeres, sino también proclamar la divinidad de Jesús e indirectamente, por lo tanto, la maternidad divina de María. E igualmente la comparación entre esos textos del segundo libro de Samuel y los del primer capítulo de Lucas, nos permite invocar solemnemente a la Virgen como «Arca de la Nueva Alianza».

Anterior a la obra lucana es el texto paulino de Gál 4,4, al que ya hemos aludido más arriba: «Dios envió a su Hijo, nacido de una mujer, nacido bajo la ley», y con el que San Pablo se está refiriendo claramente al misterio de la encarnación. No hace mención expresa de la divinidad de Jesús, pero sí de su preexis-

tencia, pues afirma que Dios envió a su Hijo, lo cual significa que éste ya existía. Y por otra parte el que nazca de mujer y bajo la ley nos está afirmando que dicho Hijo fue totalmente hombre y con todas las consecuencias.

San Pablo, desde luego, no quiere ir más lejos con este texto, pero nosotros sí nos atrevemos a hacerlo, viendo si puede establecerse alguna relación entre la preexistencia del Hijo de Dios y la mujer que lo trajo al mundo. Y la conclusión a la que llegamos es fácil: esa mujer, de la que aquí se habla en abstracto, María, va a dar a luz al existente desde siempre en el seno del Padre, pero más aún, si éste es Hijo de Dios, como afirma Pablo, necesariamente tiene que haber sido engendrado por él y por lo tanto ser de su misma naturaleza divina. Con lo cual podemos afirmar sin más razonamientos, que María es madre de un ser plenamente divino, madre de Dios.

Dejamos aquí las páginas de la Sagrada Escritura, a la vez que proseguimos nuestra ruta a través de este misterio de la maternidad divina, adentrándonos necesariamente en la Tradición, en el dogma y en la historia de la Iglesia, para hacer estación en algunos de sus hitos más importantes, en aquellos primeros concilios que fijaron la doctrina cristológica y en el Vaticano II, que supo traducir magistralmente la fe de la Iglesia a un lenguaje y a unas formas de pensamiento más acordes con nuestro tiempo, facilitando así su mejor comprensión al hombre de hoy.

Ya desde muy antiguo, desde los primeros tiempos de la Iglesia, la maternidad divina de María ha sido tenida como doctrina de fe en la tradición cristiana, tal y como se desprende de los mismos textos neotestamentarios en los que nos hemos detenido más arriba, pues lo mismo éstos que el resto de los escritos del NT tienen su origen en el substrato más antiguo de la Tradición, la cual proviene de los propios apóstoles, testigos singulares de la vida, muerte y resurrección de Jesús.

Prueba igualmente inestimable de la veneración que este misterio de la maternidad divina de María viene suscitando desde el cristianismo más antiguo la encontramos también en ese rico potencial de doctrina, que debemos a los santos padres, continuadores, de la predicación apostólica. Pues gracias a su contribución el terreno iba a quedar doctrinalmente más que

abonado para que los grandes misterios de la fe cristiana fuesen calando cada vez más hondamente, y tanto es así, que en los símbolos de fe del siglo III se habla ya por ejemplo de la maternidad divina de María.

Mas sería Oriente quien primeramente descubriera la gran riqueza que encierra este misterio, dándole a María el nombre griego de *Theotokos,* que significa: «la que engendra a Dios», nombre que prendió pronto en la piedad popular, como pone de manifiesto la primera invocación mariana conocida, fechada entre los siglos IV o V. Aunque junto a todo esto iban a surgir pronto las primeras controversias cristológicas, discusiones teológicas en torno a la figura de Cristo, motivadas bien por la aparición de algunas herejías, bien porque todavía no había definiciones dogmáticas precisas. Y en este terreno serían también los patriarcados orientales quienes estuvieran a la cabeza, pues gozaban de un alto nivel intelectual, aunque diferenciados entre sí por corrientes filosóficas o formas de pensamiento distintas, propias de sus diferentes ámbitos geográficos.

Nicea había definido la divinidad de Jesucristo, engendrado por el Padre y de su misma naturaleza. Se hablaba de Jesús como Dios y como hombre a la vez, pero ¿de qué manera?, ¿cómo podían unirse o coexistir a la vez divinidad y humanidad en una sola persona? Pronto comenzaron a formularse preguntas como éstas, polarizándose muchas veces las respuestas en torno a las diferentes escuelas, llegando en no pocas ocasiones a formas de pensamiento encontradas.

Así la escuela de Alejandría, cuya cabeza visible sería San Cirilo, defendía claramente que en Cristo había una única persona, consustancial con el Padre por haber sido engendrada por él, y por lo tanto divina, a la cual en virtud del misterio de la encarnación se le había unido una naturaleza plenamente humana. Jesús era pues persona divina, pero con dos naturalezas, una la que tenía como Dios y otra la que había adquirido al hacerse hombre, aunque ambas inseparablemente unidas. Y por otra parte estaba la escuela antioquena, comandada por el Patriarca de Constantinopla, Nestorio, que defendía la separación de estas dos naturalezas cristológicas hasta tal punto que casi se hablaba de una doble personalidad.

Lógicamente esta dialéctica no es tan sencilla como para exponerla en pocas líneas, porque además, muchas veces eran los conceptos o palabras empleadas por unos y otros los que dificultaban su entendimiento, mucho más que lo que en el fondo sentían y querían expresar. Y si a esto se añade una cierta radicalización por ambas partes, no resulta tan fácil ir al fondo del problema. Lo cierto es que estas controversias salpicaban de lleno a la maternidad divina de María.

Para los nestorianos la Virgen sería únicamente madre del Jesús humano, nunca del ser divino al que aquella perfecta humanidad se había unido, mientras que desde Alejandría se mantenía lo contrario, defendiendo para María el título de *Theotocos,* título que por otra parte había arraigado ya entre los fieles y gozaba de no poca veneración popular.

Así la polémica llegó a su cenit con la correspondencia epistolar entre Cirilo y Nestorio, quien habla de María únicamente como la *Khristotocos,* Madre de Cristo, pero del hombre, nunca del Dios, cual si se tratara casi de personas diferentes.

Finalmente y para dar fin a la controversia, el emperador de Bizancio convocaba un concilio, que tendría lugar el año 431 en Éfeso, ciudad de honda resonancia apostólica. Éste, que sería el tercer concilio ecuménico, asumiría las tesis de San Cirilo de Alejandría, proclamando solemnemente la unión de las dos naturalezas, la divina y la humana, en una sola persona, en un mismo y único Cristo, y consecuentemente a María como Madre de Dios:

> «Porque la divinidad y la humanidad constituyen más bien para nosotros un solo Señor y Cristo e Hijo por la concurrencia inefable y misteriosa en la unidad [...] Porque no nació primeramente un hombre vulgar, de la Santa Virgen, y luego descendió sobre él el Verbo; sino que, unido desde el seno materno, se dice que se sometió al nacimiento carnal, como quien hace suyo el nacimiento de su propia carne [...] De esta manera (los Santos Padres) no tuvieron inconveniente en llamar madre de Dios a la Santa Virgen» (DS 111 a).

Los padres conciliares, como se ve, no dudaron en llamar a la Virgen *Theotocos,* porque en ella se hizo carne el Verbo divino existente ya en el principio.

Nunca fieles y pastores se habían sentido tan identificados, pues aquellos obispos habían sancionado y ratificado algo que

estaba ya muy enraizado en el alma, en el corazón y el sentimiento más profundo del pueblo, que sin grandes conocimientos teológicos, tal vez ninguno, venía proclamando a María, desde hacía tiempo, como Madre de Dios. El entusiasmo de la gente congregada en Éfeso fue tan desbordante que llegaron incluso a sacar a hombros a los obispos allí reunidos.

Posteriormente, el año 451, un nuevo concilio ecuménico, celebrado esta vez en Calcedonia, dejaba claro que Jesucristo había sido verdadero Dios y verdadero hombre, a la vez que sancionaba como dogma de fe todo lo que en Éfeso se había definido, con lo cual la maternidad divina de María pasaba a formar parte del depósito inamovible de la fe:

> «Siguiendo, pues, a los Santos Padres, todos a una voz enseñamos que ha de confesarse que a uno solo y el mismo Hijo, Nuestro Señor Jesucristo, el mismo perfecto en la divinidad y el mismo perfecto en la humanidad [...] engendrado del Padre antes de los siglos en cuanto a la divinidad, y el mismo, en los últimos días, por nosotros y por nuestra salvación, engendrado de María Virgen, madre de Dios, en cuanto a la humanidad...» (DS 148).

Y así con el correr de los siglos llegamos hasta nuestra época, hasta el Concilio Vaticano II, y concretamente al último capítulo de la constitución *Lumen gentium* que, dedicado por entero a la figura de María, se presenta bajo un título tan sugerente como éste: *La Santísima Virgen María, Madre de Dios, en el misterio de Cristo y de la Iglesia.* Recogiendo la doctrina tradicional acerca de la Virgen y por lo tanto su maternidad divina, el texto aludido de la LG presenta una novedad importante, pues sitúa a la Madre de Dios en un contexto clave, en el misterio de Cristo y de la Iglesia, fuera del cual sería imposible su existencia.

Todas las prerrogativas de María están en función de su maternidad, así, su vida, su misión y su persona permanecen inseparablemente unidas a Cristo, llegando a formar parte de su misterio, pues conforme el Verbo divino iba siendo carne en la carne de María, ella, se iba haciendo misterio en el misterio del Verbo. Y mientras la divinidad era implantada en el seno de la Virgen, por obra y gracia del Espíritu Santo, al unísono, ella era igualmente introducida en el misterio de Dios, en su seno trinitario. «Madre de Dios Hijo, y por eso hija predilecta del Padre y sagrario del Espíritu Santo...» (LG 53).

Y lógicamente, por su inserción en el misterio de Cristo, María ha de estar presente en el misterio de la Iglesia, pues tal inserción se realiza en referencia a la persona de Cristo en su totalidad, en todo el Cuerpo Místico, no sólo en la Cabeza, sino también en los miembros. Y es que además, María es el miembro más destacado del Cuerpo Místico, la primera creyente, el primer ser humano al que, en virtud de la encarnación del Verbo, se le aplicaron los méritos de la redención, y por eso mismo es la figura más acabada de la Iglesia, su imagen más perfecta. María es la primera Iglesia, una «Iglesia sin mancha ni arruga, ni nada semejante, sino santa e inmaculada» (Ef 5,27).

En lo referente a la maternidad divina, el capítulo de la LG al que estamos aludiendo, se hace bastante eco y desde distintos planos. Ya solamente con una simple lectura rápida saltan a la vista las trece veces que, textualmente y comenzando por el título, emplea la expresión Madre de Dios, referida a María, amén de otras veces, que la llama Madre del Redentor, Madre del Salvador, Madre de Cristo, Madre de Jesús...

Uno de estos planos o aspectos desde los que se aborda, en el presente texto, la maternidad de María es el de su libre aceptación. Dimensión ciertamente interesante del misterio y que ha de tenerse en cuenta, pues revela por una parte la manera de actuar de Dios y por otra la personalidad de la Virgen:

> «Pero el Padre de la misericordia quiso que precediera a la encarnación la aceptación de la Madre predestinada, para que de esta manera, así como la mujer contribuyó a la muerte, también la mujer contribuyese a la vida» (LG 56).

María estaba ya predestinada en el designio salvífico divino a ocupar un puesto único en la historia de la salvación, pero en modo alguno quiso Dios que tal predestinación supusiera merma de su libertad. Así el Verbo eterno antes de encarnarse en el seno de quien se hiciera su esclava quiere contar con su asentimiento, con su «fiat». Pues lo mismo que la primera mujer, Eva, con su sí a la serpiente había sido causa de perdición para el género humano, otra mujer, María, y otro sí, el sí dado a Dios, tendrían que ser causa de salvación y regeneración de la humanidad.

Dios propone y la que va a ser su Madre responde afirmativamente, aunque le asalten las lógicas dudas y pasen por su mente un sinfín de interrogantes, porque se fía de Dios, porque siempre ha tenido puesta en él su confianza, porque él ha sido siempre su meta y su esperanza. Y firmemente asida al sí que acaba de pronunciar, se abandona en las manos amorosas del Padre, para que en ella se cumpla el gozoso anuncio del ángel, para que se haga en ella lo que el Señor quiera... Pero salta a la vista que una respuesta así, por momentánea que sea, no se improvisa ni surge sin más... María acoge al Verbo en su seno, porque primeramente lo había acogido en su corazón, porque su corazón y su alma eran ya de Dios, porque estaban inundados de su Palabra, y llenos de su gracia:

> «Efectivamente, la Virgen María, que al anuncio del ángel recibió el Verbo de Dios en su alma y en su cuerpo y dio la vida al mundo, es reconocida y venerada como verdadera Madre de Dios y del Redentor» (LG 53).

Y quizá por ello, por estar en todo momento abierta a Dios y dispuesta a llenarse de él y a recibir sus dones, pudo María asumir y afrontar los riesgos, nada cómodos, que iba a acarrearle su maternidad, que conllevaba el ser la Madre de Jesús, que aunque Salvador e Hijo a los ojos del Padre, sería un proscrito para sus contemporáneos, para los de su raza, para aquella estirpe elegida, a la cual había sido anunciado y profetizado siglos atrás.

Sí, María asume riesgos, pero además sin fríos cálculos, sin dobles intenciones. Los asume desde Dios conforme se le va desvelando el misterio, los asume porque así lo exige el plan salvífico, en el cual ella está llamada a ser la primera y principal testigo del sufrimiento del Hijo y de su valor redentor, compadeciendo al unísono con él en favor de toda la humanidad. Asume estos riesgos concorde con el Crucificado, solidarizándose con el dolor humano, con las dolencias de los hombres de todos los tiempos.

Y será precisamente en ese marco sublime del Calvario donde la maternidad de María se abrirá a todo el género humano, ensanchándose generosamente su corazón y su alma para acoger maternalmente a quienes estaban siendo rescatados al precio de la sangre de Cristo. Pues él, desasido de todo, llegará in-

cluso a desprenderse de su propia Madre, entregándola como Madre de todo el género humano, representado en la persona del discípulo amado. Desde la solemne cátedra de la cruz Jesús proclamará la maternidad universal y espiritual de María, que cual una nueva Eva, engendrará a la Humanidad Nueva, a la humanidad recreada en el misterio pascual de Jesucristo.

La *Lumen gentium,* por supuesto, dedica también un pequeño apartado a esta maternidad espiritual de María, «maternidad en orden a la gracia», como la denomina, en virtud a la eficacia de sus padecimientos, al pie de la cruz, asociados a la muerte redentora de Jesús:

> «Padeciendo con su Hijo cuando moría en la cruz, coopero en forma enteramente impar a la obra del Salvador con la obediencia, la fe, la esperanza y la ardiente caridad con el fin de restaurar la vida sobrenatural de las almas Por eso es nuestra madre en el orden de la gracia» (LG 61)

Y llegamos finalmente a lo más original del Vaticano II con respecto a la Virgen: se la proclama —y así se la invoca— Madre de la Iglesia. Título a simple vista novedoso, pero que está latente en la precedente Tradición eclesial, pues, como ya se ha dicho, María es Madre de Cristo en su totalidad, Madre de todo su cuerpo místico, del que ella es a su vez el miembro más excelso:

> «Por ese motivo es también proclamada como miembro excelentísimo y enteramente singular de la Iglesia y como tipo y ejemplar acabadísimo de la misma en la fe y en la caridad, y a quien la Iglesia católica, instruida por el Espíritu Santo, venera, como a madre amantísima, con afecto de piedad filial» (LG 53)

Hasta aquí nuestro recorrido por la Tradición de la Iglesia, con algunos de sus dogmas, y de sus concilios. Hasta aquí nuestra reflexión sobre la maternidad de María, vista desde esa triple dimensión: Madre de Dios, Madre del género humano y Madre de la Iglesia. Tres realidades inmersas en el misterio de Dios y en relación directa a otros tantos momentos cruciales de su plan salvífico: en la encarnación, para engendrar al Verbo, en el Calvario para ser la Madre de la humanidad nueva y en Pentecostés como Madre de la Iglesia naciente, de la Iglesia que comienza a desarrollarse gracias a la fuerza vivificadora del Espíritu.

Ahora para finalizar hagamos un poco de historia sobre esta fiesta de Santa María Madre de Dios y sobre la celebración cristiana del primero de enero a través de los tiempos. Ya en el siglo VII, la ciudad de Roma, celebraba en la octava de Navidad la maternidad divina de María, fiesta en la que, según algunos estudios hechos al respecto, tenía lugar una estación en «Sancta Maria ad Martyres», que dedicada a la Virgen, aparecía en los libros litúrgicos con el nombre de *in octava Domini.*

Posteriormente, en el siglo IX, y por influjo de la liturgia galicana, pasó a celebrarse en el primer día del año la Circuncisión del Señor, fiesta que con el misal tridentino de Pío V cobraría carácter oficial, desplazando totalmente la antiquísima conmemoración mariana, la cual sería restaurada en el siglo XVIII gracias a una iniciativa surgida en Portugal. Así, en 1751 Benedicto XIV concedía a las diócesis lusitanas la celebración de la maternidad de María, para la que él mismo había compuesto los textos litúrgicos. Aunque la fiesta, fuera de su lógico y antiguo contexto, pasaba a celebrarse el primer domingo de mayo.

Con el tiempo fueron otras iglesias locales, e incluso algunas órdenes religiosas, quienes asumieron esta fiesta mariana, cuya celebración iba a fijarse el 11 de octubre, fecha que en 1931 Pío XI extendió a toda la Iglesia latina, coincidiendo con el XV centenario del Concilio de Éfeso. Y en 1962, el Beato Juan XXIII elegiría esta festividad como el marco más adecuado para la solemne inauguración del Concilio Vaticano II, puesto de esta manera bajo la protección maternal de María.

Así, metidos ya de lleno en el Concilio, llegamos al pontificado de Pablo VI, quien dándose cuenta de que al ciclo de Navidad le faltaba algo tan propio como la celebración de la maternidad de María, que entonces se hallaba fuera de lugar, se propuso devolverla a su contexto litúrgico más propio y original, y a su antigua fecha de la octava de Navidad. Lo cual pudo hacerse realidad con el nuevo Calendario romano de 1969, bajo el título de «Solemnidad de Santa María Madre de Dios». Y años después en su encíclica *Marialis cultus,* promulgada el 2 de febrero de 1974, a fin de adecuar el culto mariano al espíritu del Concilio Vaticano II, el recordado pontífice se hacía eco de este deseo suyo que tan felizmente era ya una realidad:

> «El tiempo de Navidad constituye una prolongada memoria de la maternidad divina, virginal, salvífica de Aquella "cuya virginidad intacta dio a este mundo un Salvador" []
>
> »En la nueva ordenación del período natalicio, nos parece que la atención común se debe dirigir a la renovada solemnidad de la Maternidad de María, esta, fijada en el día primero de enero, según una antigua sugerencia de la Liturgia de Roma esta destinada a celebrar la parte que tuvo María en el misterio de la salvación y a exaltar la singular dignidad de que goza la Madre Santa » (MC 5)

La fiesta de la maternidad de María ha vuelto pues, como hemos visto, al lugar que le correspondía, habiendo adquirido, además, un notable valor teológico y celebrativo, a la vez que ecuménico, ya que aparece en el mismo contexto en el que las distintas liturgias de Oriente y Occidente acostumbraban a celebrar ya desde antiguo dicha festividad, siempre en torno a la Natividad del Señor Y asimismo, sigue subsistiendo junto a ella, en tan emblemática fecha, el recuerdo de la Circuncisión del Señor, conmemorada anteriormente en este día —a los ocho de su nacimiento— lo mismo que el Santísimo Nombre de Jesús, del que ya en el siglo XV hiciera su bandera el gran predicador franciscano San Bernardino de Siena, aunque como fiesta no entraría en la liturgia hasta el siglo siguiente.

Y para realzar la nueva solemnidad, una rica liturgia, que centrada lógicamente en el misterio de la maternidad divina de María, ha sabido conjuntar a la perfección sus distintos elementos, algunos de ellos procedentes de estadios litúrgicos anteriores, tales como la oración colecta de la misa, rescatada de la antigua liturgia romana, o como el Evangelio, que sigue siendo el de la fiesta de la Circuncisión, pues aparte de narrarnos ese acontecimiento propio de este día, en él se destaca muy en primer plano la figura de la Virgen: «Y María conservaba todas estas cosas, meditándolas en su corazón» (Lc 2,19). Otros elementos, en cambio, han sido totalmente renovados, como claramente se aprecia a través de la oración de postcomunión, pues ella culmina haciendo uso del título mariano de Madre de la Iglesia, tan propio del Vaticano II: «.. a cuantos proclamamos a María Madre de tu Hijo y Madre de la Iglesia».

Hoy primero de enero, solemnidad de Santa María Madre de Dios y Jornada mundial de la Paz. ¡Mejor comienzo para el nuevo año, imposible! Con nuestro recuerdo siempre agradeci-

do y cariñoso hacia la Madre y con la mirada puesta en la ternura del Niño que nos ha nacido, para que él, Príncipe de la paz, dilate y ensanche su reino de paz, amor y justicia en los corazones de todos los hombres.

RAMÓN LUIS M.ª MAÑAS, OSB

Bibliografía

CARDA PITARCH, J. M.ª, *El misterio de María* (Madrid 1984).
DENZINGER, E., *El Magisterio de la Iglesia* (Barcelona 1997).
Documentos del Vaticano II (BAC, 1967).
PABLO VI, «Marialis cultus», en *El Magisterio pontificio contemporáneo,* I (BAC, 1992) 681-709.
SARTOR, D., «Madre de Dios», en *Nuevo diccionario de mariología* (Madrid 1988) 1173-1199.

SAN JOSÉ MARÍA TOMASI CARO

Cardenal y confesor († 1713)

Don Julio Tomasi-Caro y La Restia se casó el 11 de noviembre de 1640 con doña Rosalía Traina y Drago, dama de gran virtud perteneciente a la nobleza siciliana. Era sobrina del obispo de Agrigento y heredaba de su tío don Fabricio las baronías de Faiconeri, La Torretta y Montecolombrino. La bendición del Señor descendió copiosa sobre el hogar de los nuevos duques de Palma, que se vio alegrado con el nacimiento de tres hijas, Francisca, Isabel y Antonia. Mas deseando ellos un hijo varón elevaron súplicas al cielo por mediación de San José. Al obtener la gracia suspirada, impusieron a su hijito el nombre de José María en agradecimiento a la Virgen Santísima y al glorioso Patriarca. Más tarde nacieron Fernando y Alipia Cayetana.

Licata, pequeño puerto de la ribera meridional de Sicilia, situada en la ondulación de unas colinas costeras, al amparo de la mole roquera de Sant'Angelo, el Ecnomos de los antiguos, había sido comprada al rey de España por el obispo de Agrigento, el cual designó a su sobrino el duque de Palma para que en su nombre gobernara la ciudad. En ella nació José María el 12 de septiembre de 1649, siendo bautizado el día siguiente por el arcipreste de la misma, doctor Roque Fraynito, protonotario apostólico.

La infancia y la juventud de José María se deslizaron plácidamente en las rientes campiñas de Monteclaro, bajo la amorosa vigilancia de sus cristianísimos progenitores, los cuales procuraron imprimir a su muy querido hijo aquel espíritu de religión y piedad que fue siempre el más preciado florón de su estirpe. En la ciudad de Palma o en el vecino castillo tenía residencia aquella noble familia, que vivía únicamente para la gloria de Dios y el bien espiritual y material de sus vasallos. Mientras, el culto se celebraba en una capilla provisional, los duques fundaron y dotaron espléndidamente el nuevo templo parroquial y un monasterio de monjas benedictinas, en el que ingresaron sus cuatro hijas, la segunda de las cuales, sor María Crucificada, murió en olor de santidad y es honrada con el título de Venerable.

La pintoresca comarca conserva, aún hoy día, gratísimo recuerdo de esta insigne familia, y sus habitantes refieren con orgullo al visitante la obra religioso-social de don Julio Tomasi, al que llaman con simpática reverencia «il santo duca». La reina gobernadora, doña Mariana de Austria, en la minoría de Carlos II, queriendo enaltecer los relevantes méritos del linaje Tomasi-Caro, otorgó a don Julio y a doña Rosalía el título de príncipes de Lampedusa.

En un ambiente tan selecto y profundamente cristiano el corazón de José María sintió bien pronto la atracción de un ideal excelso. Fue su predilección por las ceremonias litúrgicas. Por esto pidió y obtuvo que le confeccionaran los ornamentos eclesiásticos conforme a su estatura, y con ellos revestido imitaba los sagrados ritos con extraordinaria devoción y admirable compostura.

Llevado de tan santas aficiones pidió licencia a su padre para usar sus propios vestidos según el color litúrgico de cada día. El duque sólo le permitió tal variedad en las medias. Conformado y satisfecho, recordaba cada noche a su aya que se las preparara para el día siguiente. Eran los ingenuos albores de su espíritu sacerdotal, los primeros pasos de su ruta hacia el altar de Dios, porque sólo Dios alegraba su juventud.

Habiendo aprendido, con extraordinario aprovechamiento, latín, griego y español, el duque concibió, ufano, el proyecto de

enviarle en calidad de paje a la corte de Madrid. Pero un buen día postróse José María humildemente a sus pies para suplicar que le permitiera ingresar en la Orden de los Clérigos Regulares deseoso de seguir el ejemplo de su tío don Carlos, y enamorado del ideal litúrgico de la Orden.

El día 11 de noviembre de 1664, habiendo renunciado al mayorazgo en favor de su hermano Fernando, implorada la bendición de sus padres, dio José María el adiós supremo a sus vasallos, al amado castillo roquero y a su opulento patrimonio, para dirigirse a Palermo. Pero antes quiso pasar por el santuario de Nuestra Señora de Trápani, ante cuya sagrada imagen la duquesa su madre le había ofrecido en su infancia a la Reina de los cielos. Ahora, en el gozo de su florida juventud, agraciado con el sello de una elección divina, pide la protección de la Virgen María para corresponder con generosidad a su vocación altísima.

A los quince años ingresó, pues, José María en la casa teatina de San José en calidad de postulante. El 24 de marzo de 1665 recibió el santo hábito y comenzó el noviciado bajo la experta dirección del padre don Francisco María Maggio. En la festividad de la Anunciación de María del año siguiente emitió su profesión religiosa, y seguidamente fue trasladado a Mesina para iniciar sus estudios eclesiásticos, que continuó en las casas de Ferrara, Módena y Roma. En las Témporas de Adviento de 1673 fue ungido en la Ciudad Eterna sacerdote del Señor, y la noche de Navidad subió por vez primera al altar para celebrar las tres misas rituales en el templo de San Andrés *della Valle.* Tenía veinticuatro años.

Al sentir realizado el primogénito de los príncipes de Lampedusa el ideal sacerdotal que entreviera en los suaves crepúsculos de Monteclaro, retoñaron, con nueva y poderosa savia, sus antiguas aficiones litúrgicas, que marcaron la orientación definitiva de su vida, consagrándola totalmente al esplendor del culto divino y al fomento de las ciencias sagradas.

Iniciábase un glorioso movimiento de restauración litúrgica, y podemos decir que en él ocupa el padre Tomasi un puesto destacado en primera fila. Trasladado a la casa de San Silvestre del Quirinal, pese a su complexión delicadísima y enfermiza,

continuamente atormentado por una pesada cruz de escrúpulos y penas interiores, recogió la herencia del eximio cardenal Bona para dedicarse totalmente a los estudios litúrgicos y bíblicos, y a la investigación de las sagradas antigüedades. Se impuso una preparación eficiente y aprendió hebreo, caldeo, etíope, árabe y siríaco. Con afán apostólico logró convertir a la fe de Cristo a su profesor de hebreo, el docto rabino Moisés de Cavi, que al bautizarse tomó el apellido Tomasi.

El padre Tomasi pasó su vida entera escondido en las bibliotecas y archivos de Roma, especialmente en la Vaticana, la Vallicelana, la de Cristina de Suecia, la de San Pedro y la de San Pablo, que le franquearon sus tesoros bibliográficos y sus ricos fondos documentales. Con la abnegación de un santo y el entusiasmo litúrgico de un perfecto teatino, laboraba silenciosamente para desentrañar sus códices milenarios y libar en amarillentos pergaminos toda la potente vitalidad de la Iglesia en los siglos medievales. Fruto preciosísimo de sus afanes investigadores es el nutridísimo repertorio de sus obras litúrgicas, teológicas, bíblicas y ascéticas que fue publicando desde 1679 hasta 1710. Entre ellas cabe citar el *Sacramentario gelasiano,* el *Sacramentario galicano,* el *Responsorial y antifonario de San Gregorio,* el *Salterio con cánticos,* el *Sacramentario gregoriano* y las *Instituciones teológicas de los Santos Padres.*

Estas magníficas publicaciones tomasianas en aquel momento histórico que vivía la Iglesia fueron de una oportunidad portentosa. Aportación valiosísima al incipiente movimiento de investigación litúrgica y bíblica, constituyeron un arma poderosa para confundir a los herejes, los cuales clamaron en Holanda: *Cavete Thomasium:* «¡Guardaos de Tomasi!». Por otra parte sirvieron de base y punto de partida para ulteriores estudios sobre liturgia antigua, ofreciendo aún actualmente un provechoso instrumento de trabajo a los que a tales investigaciones se dedican.

Pero en Tomasi, el sabio, el investigador, están en función del sacerdote y del santo. No se engolfó en los estudios a título de curiosidad o erudición, sino con el propósito de entender plenamente los ritos y preces que como sacerdote debía usar en el ejercicio del culto divino, y al propio tiempo hacer participantes al clero y a los fieles del fruto de sus investigaciones, para lo-

grar una mayor eficacia santificadora en las funciones litúrgicas. En tal sentido, Tomasi es un precursor y abanderado del actual apostolado litúrgico.

Cultivador insigne de las virtudes religiosas y sacerdotales, sentía Tomasi una predilección marcadísima por la humildad, base de todas ellas. Abroquelado en su vida de trabajo silencioso, procuraba pasar desapercibido entre el fasto de la corte pontificia. Pero su virtud y su sabiduría hicieron famoso su nombre en los círculos eclesiásticos de Roma y de toda Europa. Cuando el doctísimo Juan Mabillon fue a Roma en viaje de estudios, tuvo necesidad de ir a ver al padre Tomasi para que le sirviera de mentor en sus itinerarios científicos y le hiciera partícipe de los felices hallazgos en la investigación litúrgica. Al ser nombrado el futuro cardenal Vallemani secretario de la Sagrada Congregación de Ritos, fue enseguida a buscar al humilde teatino para pedirle normas y orientaciones.

El papa Clemente XI, amigo y admirador de este hijo esclarecido de San Cayetano, le nombró consultor de la Sagrada Congregación de Ritos y de la Propaganda Fide, y calificador del Santo Oficio. Y en el Consistorio del 18 de mayo de 1712 le creó cardenal presbítero de la Santa Romana Iglesia, asignándole el título de San Silvestre y San Martín *in montibus*. Tras un dramático forcejeo con su humildad contrariada, Tomasi vino obligado a aceptar el capelo en virtud de santa obediencia y fue nombrado miembro de la misma Congregación de Ritos. En los ocho meses escasos de su cardenalato desplegó en su iglesia titular un sapientísimo apostolado litúrgico, dando el magnífico ejemplo de asistir con asiduidad a los oficios corales. Demostró con gallardía que sabía trasladar la liturgia de los fríos códices milenarios al calor del santuario para proyectarla luego, en derredor suyo, como una vida hecha culto y un culto transformado en vida.

El día de Navidad del mismo año, al regresar de la solemne capilla papal tenida en San Pedro, se sintió herido por una grave afección pulmonar que le tuvo en cama ocho días. Recibidos con extraordinaria devoción los santos sacramentos, dictó su testamento, en el cual consignó su voluntad de ser enterrado en la cripta de su iglesia titular, ante el altar de la Virgen, gozo de

los cristianos. En la madrugada del 1 de enero de 1713, besando con gran ternura el crucifijo, voló su alma a cantar el eterno *Magnificat* en las delicias de la liturgia celestial. Contaba sesenta y cuatro años. Su confesor, el teatino padre Chiesa, aseguró que su alma no había perdido la inocencia bautismal.

Por la fama de sus virtudes y el esplendor de sus milagros se introdujo en la Curia Romana, en 1723, la causa de beatificación. El 29 de septiembre de 1803 fue beatificado por Pío VII en la Basílica Vaticana, y canonizado el 12 de octubre de 1986.

PEDRO A. RULLÁN FERRER, CR

Bibliografía

BERNINO, D. C. R., *Vita del Ven. cardinal Dom Giuseppe M. Tommasi* (Roma 1722).
BONAGLIA, J. B , CR, *Vita del cardinal Tommasi* (Venecia 1713).
BORROMEO, A. M., CR, *Vita del cardinal Tommasi* (Venecia 1713).
RULLÁN, P. A., CR, *El Beato José M Tomasi Caro, cardenal teatino* (Madrid 1953).
«Regnum Dei»: *Collectanea Theatina* 19-20 (Roma 1949), dedicado totalmente a José M Tomasi.

SAN VICENTE MARÍA STRAMBI

Obispo († 1824)

Poco antes de la medianoche del 23 de diciembre de 1823, San Vicente María Strambi fue despertado urgentemente requerido por Su Santidad León XII, que se encontraba gravemente enfermo.

Desde finales de noviembre, habiendo renunciado al obispado de Macerata y Tolentino, habitaba en el palacio del Quirinal, llamado por Su Santidad como consejero particular y director espiritual de su alma.

Consternado por la infausta noticia, Vicente María Strambi voló a la cabecera del augusto enfermo. Con afecto de hijo y corazón de santo preparó a Su Santidad a recibir el santo viático, decidido a quedarse a su lado para asistirle en los últimos momentos con la ayuda espiritual.

Mientras la respiración del Padre Santo se hacía cada vez más afanosa, San Vicente, movido de sobrenatural impulso, pidió al papa poder celebrar inmediatamente la santa misa para obtener

su curación. Se notó que aquella misa votiva *pro infirmo,* celebrada en la misma capilla papal, fue más larga que de costumbre, y el rostro del Santo, transformado por el recogimiento, causó maravilla en los presentes. A la Víctima del Calvario se unió la personal de San Vicente por la salud temporal de León XII.

Al alborear del día, el Santo pasionista visitó de nuevo a Su Santidad, y en íntima confidencia personal le reveló el secreto: curaría y su vida terrena se prolongaría cinco años y cuatro meses. Dios había aceptado la inmolación de San Vicente María Strambi; el ofrecimiento de su vida por la del papa había sido satisfactoriamente recibido por la divina Justicia.

El 28 de diciembre, San Vicente sufre un ataque apopléjico y el 1 de enero de 1824 entrega su alma a Dios. Este acto sublime del venerable anciano de setenta y nueve años era el epílogo y recapitulación de una vida consagrada al servicio de la Iglesia y del romano pontífice.

Nacido en Civitavecchia el 1 de enero de 1745, le concedió Dios la gracia de ser educado por unos padres de acendrada piedad. Consiguió la realización de su vocación pasionista en 1769 a la hermosa edad de veinticuatro años, después de haber terminado la carrera sacerdotal y haber ocupado los cargos de prefecto y rector del seminario.

La herencia del crucifijo que pide de rodillas a su padre, la recibe realmente de manos de San Pablo de la Cruz, que a la hora de la muerte le encarga el cuidado de la Congregación. Ocupa en ella los cargos más altos y delicados de educación y gobierno, admirado por su espíritu de observancia y de oración.

En la soledad de los «retiros» pasionistas intensifica su preparación a la futura vida apostólica con la oración y el estudio. Serán deliciosas las horas pasadas a los pies de Jesús crucificado, siempre sediento de la sangre divina, a la que honrará con particular devoción.

Pero sobre todo heredará de su santo fundador el espíritu apostólico. Será en este ancho campo de la predicación donde sus servicios a la Iglesia le conseguirían el renombre de santo y de misionero.

Orador por excelencia, dotado de una extraordinaria capacidad de adaptación al auditorio, procuraba no sólo dirigirse a la

inteligencia de sus oyentes para instruirlos, sino llegar a lo más íntimo de su corazón y de su voluntad para arrastrarles.

Misionero de fama y de extraordinaria eficacia, fue reiteradamente escogido por los romanos pontífices para predicar las misiones en Roma y apaciguar las sediciones y motines populares. Preferido más de una vez para dar los ejercicios espirituales al colegio cardenalicio y al alto clero de la Ciudad Eterna, dejará admirada a la selecta asamblea por su unción apostólica y por su exacta y vasta doctrina, confirmando el parecer común que le consideraba «sumo» en este género de predicación.

Durante veinticinco años recorrió la Italia central en todas direcciones, aclamado como uno de los mejores predicadores de la península y quizá el más grande catequista de su siglo. Volcaba en el púlpito su corazón de padre, de pastor, de apóstol y de santo; sobre todo de santo. El fuego divino que le abrasaba se comunicaba con fuerza irresistible a su auditorio, ablandando el corazón de los pecadores más endurecidos, que venían a descargar sus culpas a los pies de aquel hombre extraordinario.

Identificado con Cristo crucificado, el argumento de su pasión fue siempre el tema preferido de sus predicaciones y el secreto de su elocuencia dulce y avasalladora. Cuando San Vicente hablaba de la víctima divina, no hacía más que descubrir los tesoros de vida eterna que su alma contemplativa había descubierto en las llagas del Redentor. Siempre presente en el Calvario, ocupado en la contemplación extática de su amor crucificado, no es de admirar que su caldeada palabra transmitiese al auditorio la virtud divina que irradia desde la cruz.

En el confesonario, donde recogía los frutos de los trabajos apostólicos, fue admirada su bondad, creyéndose cada penitente el objeto especial de sus atenciones. San Gaspar del Búfalo, la Beata Ana María Taigi y un nutrido grupo de almas selectas encontraron en San Vicente María Strambi al director eximio, práctico y experimentado en el camino de la perfección y en los recónditos secretos de la mística, que no sólo sabía calmar sus dudas con el consejo oportuno, sino también descubrirles los amplios horizontes de la santidad más encumbrada, lanzándoles resueltamente por las más altas vías del espíritu.

Dotado de una gran potencia asimiladora, sus incesantes lecturas le permitieron usar de la pluma para ensanchar y perfeccionar su acción apostólica. Inspirado en la santísima pasión de Cristo, ella fue el tema preferido de sus escritos. Nada de especulación árida, fría, de vana y ostentosa erudición. El descubrimiento de los tesoros que tenemos en Jesucristo no tenía en su pluma otro fin que convencer al alma cristiana del amor que debemos a Cristo y decidirla a la práctica de las virtudes de que Él nos dio ejemplo.

En 1801 le imponía Pío VII la aceptación del obispado de Macerata y Tolentino. En vano se resistió. La voluntad decidida y terminante del papa pudo más que todo. Consagrado obispo, San Carlos Borromeo y San Francisco de Sales fueron desde entonces su modelo, copiando el celo apostólico del uno y la dulzura del otro.

Recibido como un don de Dios para ambas diócesis, comenzó su actividad episcopal organizando grandes misiones, que predicó personalmente. Con una entrega total y sin reserva a los suyos, procuró, ante todo, conocerlos, examinando de cerca todos sus problemas para darles la más perfecta solución. A este fin empezó casi inmediatamente la visita pastoral, que se puede decir fue continua e interrumpida solamente por el destierro.

Su unión con Dios, aun en medio de las más absorbentes ocupaciones del gobierno pastoral, era continua y profunda. Dedicaba no menos de cinco horas diarias a la oración, viviendo todo el día como en un ambiente místico y celestial en íntima unión con Dios. Este contacto ininterrumpido con la divinidad envolvía su persona y sus actividades como en una atmósfera sobrenatural, imprimiendo a todos sus actos de gobierno un marcado tono de la más alta espiritualidad, a la vez que de la más escrupulosa justicia y exactitud, no buscando jamás otra cosa que la gloria de Dios.

Su primera preocupación fueron los eclesiásticos, a cuya elevación y santificación consagró sus mejores energías. Empezó por el seminario, renovando, además del edificio material, el programa escolar y el reglamento, deseoso de acomodarlo a las necesidades de su tiempo. El seminario, en su concepto, debía

ser únicamente el semillero perpetuo de los ministros de Dios, excluyendo, contra la mentalidad reinante, todo joven que no diese pruebas claras de vocación divina.

Los dos puntos básicos de la formación espiritual de los futuros ministros del santuario eran la comunión fervorosa, que deseaba fuese cotidiana, y la oración mental. Consideraba este ejercicio de la meditación como algo indispensable y fundamental en la vida de un sacerdote, por lo cual sometía a los ordenandos a un riguroso examen, no sólo del conocimiento teórico de la meditación, sino también de la práctica y de los frutos reales en ella conseguidos. Para facilitar a su clero el cumplimiento de esta obligación, compuso una serie de meditaciones sobre los principales deberes del estado clerical y otra sobre los novísimos, que en poco tiempo alcanzó la quinta edición.

Con estos medios y su asidua vigilancia consiguió, en un tiempo en que la formación sacerdotal dejaba mucho que desear, elevar su seminario a un nivel tal de ciencia y santidad, que no sólo se presentaba como modelo de organización y disciplina, sino también de la piedad más acendrada. Adelantándose a su tiempo como sagaz previsor de las necesidades de la Iglesia, instituyó prácticas y métodos entonces desconocidos, y que son hoy normas corrientes de formación de nuestros mejores seminarios.

Durante los veintidós años que duró su episcopado no dejó un solo día de seguir con vigilante y escrutadora mirada, con los más asiduos cuidados y desvelos, la educación de sus queridos seminaristas, a los que amaba como a las niñetas de sus ojos. Era un padre, y como tal deseaba estar junto a sus hijos. Con ellos convivió los últimos años de su vida, preocupándose personalmente por cada uno, formándoles con su ejemplo, su consejo y sus exhortaciones. Legando su herencia al seminario, quiso perpetuar su influjo benéfico hasta después de su muerte.

Al par que la santidad, exigió siempre de su clero la ciencia, mostrándose inflexible en el examen obligatorio para todos los sacerdotes antes de conferirles la cura de almas o la facultad de oír confesiones.

Diligentísimo en el cumplimiento de todos sus deberes de obispo, no perdonó sacrificio ni molestia cuando se trataba de la gloria de Dios o de la salvación de las almas. Precedido

por la fama de su santidad, su presencia se consideraba como una gracia especial de Dios, y, bajo el influjo de aquella vida sobrenatural, que no podía ocultar su humildad, se entregó sin reservas a la reforma y saneamiento moral de sus diocesanos, consiguiendo una profunda transformación religiosa.

Experimentado misionero, se sirvió con profusión del ministerio de la palabra para enseñar a sus diocesanos el conocimiento de la religión, convencido de ser éste el único fundamento para conseguir que la práctica religiosa fuese sólida y constante. Contra el parecer e inercia de muchos, restableció la enseñanza de la doctrina cristiana a los niños y al pueblo. Procuró ante todo el aumento numérico de asistencia, perfeccionó los maestros y hasta reeditó el catecismo, adaptándolo a las necesidades del tiempo e individuos.

Personalmente llevó la instrucción de la juventud que frecuentaba el liceo y la Universidad de Macerata, predicándoles todos los domingos.

Confiando en que «Dios no es pobre» y convencido de que los pobres eran los verdaderos «dueños» y sus «acreedores», la generosidad de San Vicente María Strambi rayó frecuentemente en el heroísmo más sublime y desinteresado.

Vivía en extrema pobreza con el fin de economizar para los indigentes. Sus manos eran un canal que nada retenían. Se reconocía en él una gracia especial para pedir, que supo utilizar para alivio de los necesitados. Con frecuencia se hizo mendigo por amor de Cristo, llamando a las puertas de sus potentados amigos de Milán y de Roma, incluido el romano pontífice. Estará para abandonar definitivamente la diócesis camino de Roma, y dará en limosna el anillo episcopal, que era lo único que le quedaba.

En estas acciones caritativas era dominado por dos sentimientos diametralmente opuestos: extraordinario amor a la pobreza y un deseo vivísimo de poseer. El aparente contraste se reducía a perfecta unidad en el amor a los pobres, en quienes veía a Jesucristo. En las largas horas de oración a los pies del crucifijo, consiguió descubrir las sublimes e inefables relaciones que existen entre el Cuerpo real de Jesucristo y su Cuerpo místico que es la Iglesia, entre el divino Paciente que agoniza en la cruz y sus miembros que sufren en los pobres.

Durante su vida religiosa, la voz del vicario de Cristo fue para San Vicente María Strambi la voz de Dios, y cuando los sucesores de Pedro le transmitieron su voluntad, el misionero pasionista cumplió los encargos con afectuosa y diligente sumisión filial.

Aceptado el obispado por directa intervención de Pío VII, que confesó hacerlo por inspiración divina, consideró como superior inmediato al romano pontífice. El respeto, amor y obediencia de San Vicente María Strambi al papa es una de las notas más características de su santidad.

Su fe inquebrantable en la Cátedra de Pedro le hacía considerar al Santo Padre como el centro de la autoridad, el padre común de todos los fieles, el oráculo de la verdad. A toda orden del papa, mejor, a la más mínima manifestación de su voluntad, San Vicente María Strambi repetía con fe viva y amor ardiente: «Voluntad de Dios». A tal grado llegó esta obediencia, que, invitado por obispos y cardenales a predicar las misiones en sus diócesis, exigía antes de aceptar el consentimiento expreso del romano pontífice.

Sin miramientos humanos salía en defensa del vicario de Cristo, y el general francés Lemarois se vio contradicho enérgicamente por el santo obispo, admirando los demás oficiales tan intrépida fortaleza.

La convicción que tenía del primado de San Pedro le hacía hablar con tanta elocuencia, que causaba maravilla a sus auditores, mereciendo ser calificados estos discursos entre las mejores piezas oratorias del Santo.

Las circunstancias por donde le tocó atravesar le dieron ocasión de probar, con la heroicidad de los hechos, los sentimientos que albergaba en su corazón. Su amor a la Iglesia y al papa debían pasar por el crisol de la prueba, dándonos la oportunidad de conocer su profundidad y su extraordinaria grandeza.

Como consecuencia de la conquista del Estado pontificio por las huestes napoleónicas en 1808, San Vicente María Strambi se vio condenado al destierro por no consentir en el juramento que se pretendía imponer a los obispos. Prefirió obedecer al Santo Padre antes que mancillar su alma con semejante cobardía. Intrépido defensor de los derechos del papa y de la

Iglesia, se vio arrancado violentamente de su amado pueblo, que le despidió con lágrimas en los ojos, testimoniando con ello el afecto con que era circundado.

Durante los seis años que se vio relegado en Milán a forzado e involuntario reposo, ocupó su tiempo en obras de caridad. Pero sobre todo, como otro Moisés, no cesó de levantar los brazos y los ojos al cielo en continua oración para que Dios se apiadase de su esposa la Iglesia. Con el corazón desgarrado por los sufrimientos del supremo pastor Pío VII, al que veneraba como a un santo, le seguirá en todas las estaciones de su vía crucis, buscando ocasión de hacerle menos dolorosos aquellos días de persecución.

El poder consolar con sus cartas al «dulce Cristo en la tierra» y socorrer con subsidios pecuniarios al prisionero de Savona fue para San Vicente María Strambi, más bien que un simple acto de caridad, el cumplimiento de un acto de religión.

Lejos de los suyos corporalmente, siguió gobernando sus diócesis por medio de los vicarios generales, con los que se mantuvo en continuo contacto.

Volvió a Macerata en 1814; pero haciéndole ver su humildad que era incapaz para el gobierno de su grey, en 1823 insistió en la renuncia. León XII la aceptaba con la condición de que transcurriera los últimos días a su lado. En los planes de la divina Providencia, el mismo vicario de Cristo había escogido la víctima que se inmolaría por él, por el Santo Padre, para que la santa Iglesia no quedase en momentos tan borrascosos sin el capitán que la gobernase.

Y San Vicente María Strambi, como lo había hecho durante toda su existencia, apenas comprendió lo que Dios le pedía, se ofreció con la generosidad de un hijo, que entonces se siente profundamente feliz cuando puede dar hasta la propia vida por su amado padre.

PAULINO ALONSO BLANCO DE LA DOLOROSA, CP

Bibliografía

CENTO, F., *San Vincenzo Maria Strambi* (Turín 1950).

CARLOS DE LA INMACULADA, CP, *Por la Iglesia y por el Papa. Perfil biográfico de San Vicente María Strambi* (Bilbao 1950).

IGNACIO DEL COSTATO DI GESU, CP, *Vita del Venerabile Servo di Dio Monsignor Vincenzo Maria Strambi* (Roma 1844).
JOACHIN, CP, *Saint Vincent-Marie Strambi* (Mérignac 1950)
LORENZO DI MARIA AUSILIATRICE, CP, *Vita del Ven. Vincenzo Strambi* (Roma 1889).
LOUIS-TH. DE JESUS AGONISANT, CP, *Vie du Vénérable Vincent Marie Strambi* (1893).
STANISLAO DELL'ADDOLORATA, CP, *Vita di S Vincenzo Maria Strambi* (Roma 1949)

SANTA ZEDISLAVA DE LEMBERK

Madre de familia († 1252)

Zdislava o Zedislava es una madre de familia de la Edad Media, en pleno siglo XIII, que, sin embargo de hacer ya siete siglos de su tránsito, no ha llegado a la canonización hasta el 21 de mayo de 1995, en que el papa Juan Pablo II, en su viaje apostólico a Bohemia, la colocaba en el catálogo de los santos en la ciudad de Olomuc.

Fue una mujer —dice el mismo Papa— a quien pueden aplicarse con toda justicia los elogios que la Sagrada Escritura dirige a la mujer fuerte, pues adornada de fortaleza y esplendor espiritual, sus hijos la llamaron bienaventurada y toda la comunidad alabó complacida la multitud de sus limosnas.

Nació en Moravia, en la localidad de Krizanov, en la frontera entre Bohemia y Moravia, hacia el año 1220. Su vida sería breve pero intensa, con la intensidad de quien sirve al Señor con entrega y fidelidad. Eran sus padres Privislavo Berka y Sibila de Wittelbasch, un matrimonio adinerado que ocupaba relevante lugar en la sociedad de su tiempo. El padre era militar y señor posteriormente de Brno. Tenía la confianza del rey Wenceslao I, que lo nombró su procurador en Moravia. La madre, Sibila, era natural de Sicilia y había venido a Bohemia como dama de la reina Cunegunda, hija de Felipe Hohenstauffen y esposa de Wenceslao I. La dama de la reina fue dada en matrimonio a Privislavo y ambos formaron un hogar sinceramente cristiano. La piedad de Privislavo era tal que se comentaba de él que por fuera era un caballero militar pero que por dentro era un monje. El interés de ambos por la religión les llevó a fundar el convento de los religiosos franciscanos en Brno, y posteriormente fundaron otro convento, la abadía cisterciense de Zdar Nad Sazavou. Al lado de estos dos conventos, cuyas fundacio-

nes supusieron una generosa donación de bienes, ambos esposos practicaban multitud de obras de religión y de caridad. Las fuentes antiguas llaman a Sibila «devota sierva de Jesucristo». Era, por tanto, muy favorable a una educación cristiana el clima que al abrir los ojos encontró Zdislava, primera hija del matrimonio, en su hogar. Muy particularmente aprendió de sus padres la tierna devoción a la Virgen María que la acompañará siempre.

Zdislava fue la mayor de cinco hijos, con los que Dios bendijo el matrimonio, y su infancia estuvo enmarcada en el dicho clima de piedad y amor mutuo que reinaba en su hogar, al cual la niña Zdislava se mostró siempre receptiva. Creció en ese clima sin incidencias peculiares, y se hizo una joven casadera, a la que sus padres procuraron buscarle un conveniente matrimonio.

Tenía Zdislava unos veinte años, es decir, era el año 1240 más o menos, cuando sus padres le anunciaron que le habían buscado como esposo a un joven caballero digno de ella. El elegido era Galo de Lemberk. Se trataba, igual que su padre, de un caballero de la corte de Wenceslao I, un caballero fidelísimo al monarca y a quien éste honraba con su confianza. Era señor de una tierra en la Bohemia oriental. La joven, educada en la obediencia a los padres, dio su consentimiento al matrimonio, y, celebrado éste, marchó al castillo de Jablonné, que era como la capital de los estados de su esposo, donde se dispuso a ser una esposa ejemplar por el cumplimiento escrupuloso de todos sus deberes.

El matrimonio vivió en unidad de sentimientos, tanto en lo que se refiere a las relaciones personales de amor mutuo como a las obras de caridad y religión. Galo disfrutaba de una envidiable posición social, toda vez que se contaba con él para todos los asuntos públicos del reino. Era consultado y escuchado y sus opiniones tenían un peso específico. Se ha dicho de él que era duro de carácter y altanero, pero su esposa supo dulcificar estas cualidades. Zdislava tuvo cuatro hijos, a cuya educación cristiana se dedicó con plena responsabilidad de madre. Uno de sus hijos, Galo, murió joven, y solamente conservamos el nombre de una de sus hijas, llamada Margarita.

Zdislava se dispuso a recorrer con paso firme la senda de la perfección cristiana, y lo hizo en la órbita de la espiritualidad de

la Orden dominicana, y así, con este hábito, la representa su más antigua iconografía. Esta espiritualidad la llevaba a una vida de intensa oración, siendo asidua a las celebraciones litúrgicas y a las largas horas de plegaria personal.

Pero lo que más llamó la atención de sus contemporáneos fue la caridad inmensa de la joven señora con todos los desgraciados. Éstos aprendieron muy pronto el camino del castillo, pues en él hallaban no una limosna o un socorro anónimo sino a la propia Zdislava dispuesta siempre a atenderles y socorrerles. Ya podían ser pobres mendigos, o enfermos que arrastraban sus miserias o incluso leprosos, tenían la mejor acogida en el corazón de Zdislava. Ella les daba de comer, les curaba personalmente las llagas, sin que la lepra la echara atrás en la prestación de sus servicios. No faltó quien le dijera lo peligroso que era para su propia salud el tratar tan de cerca enfermos contagiosos. La advertencia no sirvió de mucho, pues la caridad de Zdislava le hacía olvidarse de sí misma para solamente pensar en el socorro de los desgraciados.

Y no se limitaba a socorrer a quienes acudían a su castillo. También iba a las casas de los que no podían acudir a ella y dejaba por los más necesitados hogares la estela de su confortadora presencia y de su generosa caridad.

El pueblo no podía ver con indiferencia esta conducta evangélica de Zdislava. Su nombre era bendecido en todas partes y comenzó a correr el rumor de que Dios hacía milagros por las manos de Zdislava.

Aunque la crítica moderna ha tenido que cribar las leyendas surgidas en torno a su figura en los siglos posteriores, parece que puede afirmarse con seguridad que varios hechos portentosos atribuidos a Zdislava tienen buenos testigos a su favor. Así la resurrección de nada menos que de cinco muertos, lo que producía una admiración sin límites hacia la santa señora, y asimismo la curación de varios ciegos, cojos y leprosos, que recibían de las manos de Zdislava no solamente el obsequio de sus ayudas materiales sino incluso la plena salud. Estos ciegos, cojos y leprosos curados por ella eran sus predicadores en medio del pueblo, y quienes los habían conocido cargando con sus enfermedades no podían ahora, aunque hubieran querido, des-

mentirlos. Y otros muchos enfermos afirmaban haberse aliviado o curado por la oración y las manos de Zdislava.

Ni se limitaba al alivio de la pobreza o de la necesidad. Defensora de la justicia, intercedía eficazmente por los oprimidos por cualquier injusticia que acudían a ella en busca de protección, y hacía valer su alta posición social para sacarlos de la opresión que sufrían. Bajaba a las cárceles a llevar a los presos un mensaje de consuelo, preocupándose por el estado de las causas que se seguían contra ellos y proporcionándoles alimentos y medicinas.

Atendía también solícitamente a los peregrinos que pasaban por su ciudad, bien camino de Oriente a fin de visitar la Tierra Santa, bien camino de Occidente para venerar los sepulcros apostólicos de Roma o Compostela. Zdislava los atendía con amor y les prestaba el socorro oportuno que su caridad le dictaba. Creó un hospicio para peregrinos, donde éstos podían gratuitamente acogerse, y al que ella misma acudía muchas veces sirviéndoles la comida con humildad admirable.

Acogía también con amor a cuantos llegaban a su ciudad huyendo de las tierras por las que las incursiones de los mongoles sembraban el pánico y la muerte. En resumen, habría que decir que no hubo obra de misericordia que no practicase con celo religioso y entrega generosa.

Para entonces la Orden de Predicadores era aún joven, pues Santo Domingo de Guzmán había muerto en 1221, pero ya en vida del fundador la Orden se había esparcido por Europa. Ya hemos dicho cómo Zdislava seguía esta espiritualidad. Y ello se comprobó más cuando junto con su esposo procedió a la fundación de dos conventos de dominicos, uno en Jablonné y otro en Turnov. La joven dama pretendía con estos nuevos centros religiosos algo que llevaba muy dentro de sus preocupaciones: la evangelización y formación cristiana del pueblo sencillo, a quien se dirigía la predicación de los dominicos, una predicación adornada del celo apostólico más sincero y que tenía como objeto el mensaje integral del evangelio. Ambos conventos respondieron a los deseos de Zdislava, cuyo esposo proporcionó los recursos necesarios para ambas instituciones pues compartía los ideales religiosos de su santa esposa. Se contó con la pre-

sencia de San Ceslao para este establecimiento de los dominicos y se dice que fue él quien dio a Zdislava el ingreso en la Orden Tercera.

Llevaba solamente doce años de casada cuando el Señor la llamó a su seno. El año 1252 en su comienzo fue para ella el día del encuentro definitivo con Dios. En su muerte la atendieron espiritualmente los religiosos dominicos. Llorada no solamente por sus familiares sino por todo el pueblo, singularmente por los pobres y por su esposo e hijos que tan tiernamente la amaban, se dispuso que fuera la iglesia dominicana de Jablonné el lugar de su sepultura. Y su tumba se convirtió enseguida en objeto de las plegarias confiadas del pueblo, que empezó a decir que hallaba en su tumba las mismas ayudas en las necesidades que en su persona había hallado en vida. Comenzó a ser llamada bienaventurada y santa, su figura comenzó a ser pintada, y las lámparas votivas y los exvotos comenzaron a adornar su tumba y hacerse general la opinión del pueblo fiel de que Zdislava había sido una verdadera santa.

En este clima de culto popular, antes de los decretos de Urbano VIII, ya en 1602 fue considerada oficialmente como uno de los santos patronos del país.

Por fin, a finales del siglo XIX, se abrió un proceso canónico dirigido a la confirmación del culto inmemorial que se le tributaba, confirmación que otorgó finalmente el papa San Pío X el 28 de agosto del año 1907.

Pero esta confirmación no colmaba las aspiraciones de los muchos devotos de Zdislava, que querían ver reconocidas sus virtudes heroicas y colocado su nombre en el catálogo de los santos. Y este deseo se hizo más perentorio luego de que el papa Pablo VI dirigiera en 1971 una carta al episcopado del país en la que elogiaba grandemente la figura de Zdislava, como ejemplo de vida familiar y de fidelidad conyugal, consagrada a la fe y al evangelio, benéfica para los ciudadanos y, sobre todo, los pobres de su país, muy amada de Dios, a cuyo solo servicio había dedicado su vida.

A petición de los obispos de Bohemia y Moravia y de la Orden de Predicadores se abrió el proceso que estudió sus virtudes, las cuales fueron declaradas heroicas el 2 de julio de

1994. Un año más tarde, el 6 de abril el papa aprobaba el milagro obrado por su intercesión y podía proceder a canonizarla.

Una mujer seglar, casada y con hijos, en medio del mundo, en mitad de la clase dirigente del siglo XIII en el corazón de Europa, y que vivió con radicalidad el evangelio de Jesucristo.

JOSÉ LUIS REPETTO BETES

Bibliografía

AAS 87 (1995) 1073-1076.
Bibliotheca sanctorum, t.XII cols.1460-1461.
REPETTO BETES, J. L., *Mil años de santidad seglar* (BAC, 2002) 44-45.
TAURISANO, I., *La Beata Zedislava dei Berka* (Florencia 1909).

BEATO SEGISMUNDO GORAZDOWSKI

Presbítero († 1920)

Segismundo Gorazdowski nació en Sanok (Polonia) el 1 de noviembre de 1845. Su familia había poseído muchas tierras, pero se vieron en la pobreza. Los primeros meses de su vida los pasó en casa de su abuela materna Lazowska, salvándose milagrosamente de la muerte durante la invasión enemiga que sufrió Polonia en aquel año. Desde pequeño sufrió la tuberculosis, que por entonces era incurable. Terminó sus estudios primarios y secundarios en Przemysl donde entonces vivía su familia y donde su padre regentaba una imprenta y una tienda. De él aprendió los principios patrióticos y sociales, y le despertó desde niño una aguda sensibilidad para el dolor de los pobres y desamparados.

En 1863 se fugó de la escuela secundaria para participar en la Insurrección Nacional de Enero contra los rusos que habían invadido Polonia. Tras la derrota volvió al hogar paterno a terminar sus estudios de bachillerato. Comenzó la carrera de derecho en la universidad del Rey Jan Kazimierz de Lvov (Rusia) con la idea de hacerse abogado. Interrumpió sus estudios e ingresó en el seminario de Lvov en 1866. Después de acabar la teología, la enfermedad de los pulmones se agravó, por lo que estuvo en peligro de perder la vida. Estuvo en tratamiento intensivo durante dos años, lo que le retrasó la ordenación sacer-

dotal. Por fin fue ordenado sacerdote el 27 de julio de 1871 en la catedral de Lvov, desarrollando con entusiasmo sus primeras labores pastorales como vicario y catequista. Los primeros seis años desempeñó su ministerio en Tartakow, Wojnilow, Bukaczowka, Grodek Jagiellonski y Zydaczow. El papa Juan Pablo II en su beatificación en Lvov el 26 de junio del 2001, declaró ser el padre Gorazdowski una «auténtica perla del clero latino». Y para demostrarlo empezó haciéndose eco de su celo por los pobres desde el comienzo de su ministerio:

> «Su extraordinaria caridad lo llevó a *dedicarse sin cesar a los pobres,* a pesar de sus precarias condiciones de salud. La figura del joven sacerdote, que, olvidándose del grave peligro de contagio, visitaba a los enfermos de Wojnilow y amortajaba los cuerpos de los muertos de cólera, quedó grabada en la memoria de sus contemporáneos como testimonio vivo del amor misericordioso del Salvador».

En esta época ya despertaba tanto entusiasmo su ardiente caridad que no sólo era apreciado de los católicos, sino que incluso los mismos judíos besaban sus ropas repitiendo con convicción «es un hombre santo». Se ganaba a todo el mundo por su naturalidad y sensibilidad para las necesidades del prójimo.

Consciente de la falta de formación cristiana de los niños, preparó para ellos el *Catecismo para las escuelas rurales,* que fue recomendado en la diócesis de Przemysl como el manual más indicado para la enseñanza de la religión y uno de los mejores de su tiempo, teniendo ocho ediciones. Para los jóvenes escribió el *Vademecum* de principios morales, y para los padres y educadores los *Principios y normas de educación.* Apoyó la fundación de escuelas, convencido de que el progreso cultural lleva consigo el progreso moral. También se ocupó de que los alumnos pobres del Seminario de Profesores tuviesen un internado. Para ayudar a los sacerdotes en su ministerio fundó la Asociación «Bonus Pastor».

En 1877 fue trasladado a Lvov. Sus iniciativas no se limitaron a la enseñanza, sino que, en calidad de párroco de San Nicolás, donde trabajó cerca de 40 años, promovió numerosas obras de caridad. Actividad caritativa que maravilla porque no dejó campo por atender en las necesidades de su entorno. Tal era su ardor sacerdotal y caritativo, especialmente por los más necesitados, para los que no cesaba de buscar la solución de to-

dos sus problemas. Para los sin techo y vagabundos organizó la Casa del trabajo; para los enfermos incurables, los minusválidos y los ancianos que no tenían un rincón para morir en paz construyó la Casa de San José; para los niños abandonados abrió el Asilo del Niño Jesús, donde por primera vez en el país encontraban un hogar. Pero no contentándose con esto fundó también una Sociedad de cuidado de los niños recién nacidos que se ocupaba de las madres pobres que salían con sus niños de la maternidad de Lvov. En el Asilo del Niño Jesús las mujeres con niños pequeños a su cargo encontraban gratuitamente cobijo, alimentación, ayuda espiritual y a la vez ayuda en su reinserción social. Estos niños cuando cumplían un año de vida eran enviados, a cargo del Asilo, a las familias sustitutivas en zonas rurales. Se quedaban allí hasta que cumplían seis años y, cuando eso era posible, para siempre. En caso contrario se les enviaba a centros de educación. Este sistema podía funcionar solamente gracias al padre Gorazdowski, quien no paraba de buscar benefactores consiguiendo los medios de manutención imprescindibles. Impulsó la obra Amigos de San Vicente de Paúl, fundó la Sociedad de la Beata Salomé para la protección de las viudas pobres, y para las muchachas que se dedicaban al trabajo de coser organizó la Sociedad de mujeres trabajadoras.

Con el fin de ayudar a las personas que colaboraban con él en todas estas actividades caritativas, llamó a algunas terciarias franciscanas de Ternopol (Ucrania), confiándolas en 1882 la dirección de la Casa del trabajo y después también la Cocina popular. Las terciarias, popularmente conocidas como Pequeñas hermanas de los pobres, se pusieron bajo la guía de la madre María Morawska de la Cruz, superiora de las Franciscanas del Santísimo Sacramento de Lvov, con el fin de que recibieran una formación religiosa conforme a las normas canónicas. El 7 de febrero de 1884 tuvo lugar la primera vestición religiosa, que señala la fecha de fundación de la Congregación de las Hermanas de San José. El P. Gorazdowski se valió para su fundación y consolidación de Salomé Danek, considerada cofundadora. Infundió su espíritu en la Congregación enseñándolas a «fundar la actividad apostólica en una intensa vida de oración», como les recordaba Juan Pablo II en su beatificación.

A la muerte del fundador, 1 de enero de 1920, la Congregación, que sigue la regla de la Tercera Orden de San Francisco, dirigía 16 centros asistenciales. En 1922 se agregó a la Orden de los Hermanos Menores Capuchinos. Hoy día está extendida por ocho países, siendo 50 sus casas y 425 las hermanas que la componen (1986). Siguiendo la línea del carisma del fundador, dirige diversos centros educativos y catequísticos, además de prestar múltiples servicios a los enfermos.

Desarrollando la actividad caritativa el padre Gorazdowski también intentaba ordenar e imprimir carácter coordinado a su obra. Por su iniciativa fue creada en Lvov la Unión de Sociedades Católicas de Caridad, de la que fue vicepresidente. A medida del crecimiento de su Congregación, el padre Gorazdowski fundaba asimismo filiales en distintas ciudades de Galicia (provincia polaca), tales como Socal, Krosno, Kalisz, Czortkowo, Dolina, y Tarnow.

Como párroco de la parroquia de San Nicolás en Lvov también desarrollaba actividad caritativa por su cuenta. Su parroquia estuvo siempre abierta para los pobres de Lvov. Los mendigos de toda la ciudad llegaban allí porque sabían que «el cura de los pobres» no les echaría a pesar de que él mismo vivía con suma austeridad. Comía lo imprescindible. Solamente durante el desayuno en el día de su santo se permitía «el lujo» de tomar panecillos y café. Llevaba ropa interior, sotana y abrigo viejos y deteriorados. Las Hermanas de San José intentaban cuidar a su fundador, pero pronto repartía entre los pobres la ropa nueva que recibía de las Hermanas. El secreto de que nunca le faltara nada residía para él en la paradoja que conocen bien aquellos que han ejercido la caridad heroica con los pobres: «Cuando me falta dinero —dijo a un periodista— doy limosnas más generosas a los pobres».

Pero es bien sabido que tal abandono en la Providencia no es posible sin una intensa vida espiritual. Mas directamente podía percibirse ese aprecio de la gracia divina cuando se acudía al padre Gorazdowski a cualquier hora del día o de la noche y siempre se le hallaba dispuesto a confesar a un penitente. Y lo que es más admirable, iba en busca de los pecadores más empedernidos animándoles a recibir el sacramento de la reconciliación.

Obra suya fue la moderna escuela polaco-alemana de San José, para la que consiguió la colaboración imprescindible de los Hermanos de las Escuelas Cristianas.

Y como no había campo apostólico que no fuera roturado por su celo misionero, también se embarcó en un ambicioso proyecto editorial para publicar un periódico llamado *Diario.* Pretendía con ello dar alas a la predicación del Evangelio, pues según él «la religión y la moralidad católica no las salvarán solamente las homilías en las iglesias». Pero su socio le engañó y tuvo que retirarse de este empeño.

Para que sus trabajos fueran aquilatados con el sufrimiento, sus ojos se resintieron de tal manera, que estaba a punto de perder la vista si no se cuidaba. Dejó, pues, su parroquia y los cargos que desempeñaba y poco antes de la Primera Guerra Mundial se retiró a una de las casas de las Religiosas de San José. Con su vigilancia sobre las obras por él fundadas se pudieron evitar muchos peligros en aquella época tan difícil.

El 1 de enero de 1920 moría en la estima popular de su santidad y ha permanecido en el recuerdo de sucesivas generaciones como el «Padre de los pobres y sacerdote de los sin techo».

JOSÉ IGNACIO GONZÁLEZ VILLANUEVA, OSB

Bibliografía

KOPROWSKI, M. A., *Lwowski «Ksiadz Dziadow».*

NOWOROLSKA, B., «Gorazdowski, Zygmunt», en G. PELLICA-G. ROCCA (eds.), *Dizionario degli istituti di perfezione,* IV (Roma 1997) col.1381.

— «San Giuseppe del Terz'ordine di San Francesco, Suore di», en ibid., cols.577-578.

— «Segismundo Gorazdowski sacerdote de la archidiócesis de Lvov de los latinos y fundador de la congregación de las Religiosas de San José»: *L'Osservatore Romano* (ed. en español) (27-6-2001) 12.

— «Iconos vivos del buen Pastor. Homilía durante la santa misa en rito latino con beatificación de dos siervos de Dios, en Lvov, martes 26 de junio»: ibid., 7-8.

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SAN FULGENCIO DE RUSPE
Obispo († 533)

Nacido en Telepte (norte de África) hacia el 468 en el seno de una familia senatorial, recibió por ello una excelente educación clásica. Aunque se le abrían buenas perspectivas en el mundo, optó por la vida monástica. Pero el año 507 fue llamado a ser obispo de Ruspe. Fue un obispo celoso, opuesto tenazmente al arrianismo y decidido a dar a su grey la sana doctrina, para lo cual no solamente predicaba sino también escribía.

Por dos veces hubo de dejar su sede para ir al destierro. Primero, cuando tras la invasión de los vándalos, él y otros obispos católicos hubieron de abandonar África para marchar a Cerdeña. El año 515 el rey Trasimundo lo mandó llamar para que tomara parte en una discusión con los obispos arrianos, discusión que Fulgencio llevó a cabo con sabiduría y habilidad, alcanzando un gran crédito. Esto le valió un nuevo destierro el año 518, no volviendo a su sede hasta el año 523. Luego de apacentar con gran celo el rebaño del Señor, hubiera él querido dimitir del episcopado y pasar sus últimos años en un monasterio, pero los ruegos de los fieles le impidieron su propósito. Murió el 1 de enero del año 533.

SAN ODILÓN
Abad de Cluny († 1048)

Nació en Auvergne hacia el año 962 y en su juventud ingresó en el monasterio de Cluny, donde se acreditó por sus cualidades y virtudes, siendo elegido abad del mismo a la muerte de San Mayolo el año 994. Estuvo al frente de la gran abadía por espacio de cincuenta y cinco años hasta su muerte el 1 de enero del año 1048.

Durante este largo período Odilón consolidó Cluny como una gran casa madre de otras abadías o monasterios, cuya dependencia respecto a Cluny se fue haciendo más estrecha. Procuró igualmente que las relaciones de Cluny con el papado y el

imperio fueran máximas, y para ello estuvo de visita en Roma varias veces y tuvo excelentes relaciones con el emperador San Enrique II, el cual visitó la abadía y recibió como presente una hermosa corona.

Se preocupó por hacer nuevas y magníficas construcciones en Cluny, tales como el claustro y la iglesia. Pero esta magnificencia en las construcciones no quitó que el abad Odilón fuera sumamente generoso con los pobres a los que socorrió tanto que a algunos les pareció excesiva su generosidad. Sostuvo cuanto pudo las llamadas treguas de Dios, que al suspender las hostilidades por un tiempo dejaban un respiro para las actividades sociales y económicas y eran una llamada a la religiosidad y la paz.

Odilón es notable por haber introducido la Conmemoración de los Fieles Difuntos el día 2 de noviembre, conmemoración que de la liturgia cluniacense pasó luego a la romana.

BEATOS JUAN Y RENATO LEGO

Presbíteros y mártires († 1794)

Juan Bautista Lego o Legault era capellán prebendado de la catedral de Angers y tenía un hermano sacerdote llamado Renato Mateo Agustín. Ambos fueron invitados repetidamente a jurar la constitución civil del clero. Pero ellos rehusaron por fidelidad a la Iglesia y a su propia conciencia. Posteriormente se les pidió que hicieran el juramente llamado de Libertad-Igualdad, que también rehusaron. Llegado el tiempo llamado del Terror fueron encarcelados y posteriormente juzgados y condenados a muerte como traidores a la República, siendo llevados a la plaza y en ella guillotinados. Era el 1 de enero de 1794. Fueron beatificados el 19 de febrero de 1984.

BEATO MARIANO KONOPINSKI

Presbítero y mártir († 1943)

Nació en Kluczewo el 10 de septiembre de 1909, hijo de Valente y Verónica. A los 19 años decide su vocación sacerdotal e

ingresa en el seminario de Gniezno y se ordena sacerdote el 12 de junio de 1932. Ejercita su ministerio como coadjutor y como encargado de la catequesis en la parroquia de Ostreszow y luego pasa a Pozanan, donde estudia ciencias sociales en la Universidad, siendo asignado en 1938 como vicario de la parroquia de San Miguel de dicha población.

Cuando llega la guerra mundial es arrestado y pasa al campo de prisioneros de Hamburgo y en mayo de 1941 es llevado al campo de Dachau. Persona de noble condición y buen carácter, que demostró un gran celo apostólico en sus años de ministerio pastoral, aceptó la prisión con paciencia cristiana y dio a sus compañeros de cautiverio magnífico ejemplo de fortaleza espiritual.

Su martirio consistió en que fue utilizado como «conejillo de Indias» humano para experimentos médicos que se hacían en el campo de exterminio, y de uno de esos experimentos le advino un flemón que le llevó a la muerte el 1 de enero de 1943.

El papa Juan Pablo II lo beatificó como mártir el 13 de junio de 1999.

2 de enero

A) Martirologio

1. La memoria de los santos Basilio Magno († 379) y Gregorio Nacianceno († 390), obispos y doctores de la Iglesia **.
2. En Roma, San Telesforo († 136), papa y mártir *.
3. En Tomis del Ponto, los santos Argeo, Narciso y Marcelino (s. IV), mártires.
4. En Marsella, San Teodoro († 594), que por defender la disciplina eclesiástica padeció varios destierros.
5. En Bobbio (Emilia), San Bladulfo († 630), presbítero y monje, discípulo de San Columbano.
6. En Milán, San Juan el Bueno († 660), obispo, que devolvió la sede a Milán tras el exilio en Génova.
7. En Tulle (Aquitania), San Vicenciano († 672), ermitaño.
8. En Limerick (Irlanda), San Mainchino o Munchin (s. VII), obispo.
9. En el monasterio de Corbie, San Adalhardo († 826), abad.

10. En Maurienne (Saboya), San Airaldo († 1146), obispo, y anteriormente monje cartujo *.

11. En Troina (Sicilia), San Silvestre, abad, de la Orden de San Basilio (s. XII).

12. En Forli (Emilia), Beato Marcolino Amanno († 1397), presbítero y religioso dominico *.

13. En Soncino (Lombardía), Beata Estefanía Quinzani († 1530), virgen, terciaria dominica, insigne por su contemplación de la Pasión del Señor y su dedicación a la enseñanza de las jóvenes *.

14. En Angers, los beatos Guillermo Repin y Lorenzo Bâtard, presbíteros y mártires, que se negaron a jurar la constitución civil del clero († 1794) *.

15. En Lachine (Canadá), Beata María Ana Sureau Blondin († 1890), virgen, fundadora de la Congregación de Hermanas de Santa Ana **.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

SAN BASILIO MAGNO Y SAN GREGORIO NACIANCENO

Obispos y doctores de la Iglesia († 379 y † 390)

La Iglesia los celebra ahora unidos en la misma festividad. Un hecho que consagra la amistad de dos figuras cumbres de la Iglesia Oriental, Padres de toda la Iglesia. No se trata de una apreciación moderna sino que ellos mismos, además de vivirlo, lo afirmaron ya en su tiempo. Basta leer los *Sermones* de San Gregorio, como el 43 que dedica a San Basilio Magno:

> «Atenas se había apoderado de nosotros como la corriente de un mismo río, que desde el manantial patrio nos había dispersado por las diversas regiones del saber, arrastrados por el afán de aprender, y que, de nuevo, como si nos hubiésemos puesto de acuerdo, volvió a unirnos, sin duda porque así lo dispuso Dios [...] Con el paso del tiempo nos confesamos mutuamente nuestras ilusiones [...] Nos movía un mismo deseo de saber [...] Cada uno de nosotros consideraba la gloria del otro como propia [...] Parecía que teníamos una misma alma que sustentaba dos cuerpos [...] Una sola tarea y afán había para ambos y era la virtud, así como vivir para las esperanzas futuras y comportarnos de tal modo que, aun antes de haber partido de esta vida, hubiésemos emigrado ya de ella».

Merecería la pena haber copiado íntegro este sermón, que leen los sacerdotes en el rezo dedicado a los dos Santos. Nos parece uno de los monumentos oratorios más selectos pronunciados en honor de la amistad. Basten estas palabras para comprender la determinación de la Iglesia al unirlos en la misma solemnidad. Podría decirse que en el 2 de enero se celebra la fiesta de la amistad.

San Basilio Magno

Nació en Cesarea de Capadocia, actual Turquía, probablemente el año 330, donde también muere el 1 de enero del 379. La coincidencia regional con San Gregorio, hace que se les conozca con el nombre de «capadocios». Su padre, llamado también Basilio, era un célebre abogado y profesor de retórica. Su madre, Enmelia o Emelia, era hija de la mártir Macrina. Tuvieron diez hijos. Ambas mujeres son veneradas como santas además de otra hija, Macrina la Menor. Santos y hermanos suyos fueron San Gregorio Niseno y San Pedro de Sebaste. Un verdadero semillero de santos.

Basilio estudió retórica y filosofía en Cesarea, donde conoció por primera vez al que luego sería San Gregorio Nacianceno. Pasó después a Constantinopla y más tarde a Atenas, coincidiendo nuevamente con San Gregorio y fraguándose la amistad que iba a durar toda la vida, ya que se identificaban en aspiraciones e ideales. Frecuentaron las clases del pagano Imerio y el cristiano Proeresio. Basilio supo asimilar a la perfección lo que había de positivo en sus maestros porque Atenas entonces era ya un laberinto de filosofías y enseñanzas dispares. Después de cinco años, hacia el 356, vuelve a su patria, donde ejerce la carrera de retórico, siempre al lado de su madre, ya viuda, y de su hermana Macrina, que dejarían profunda huella en su espíritu.

Pronto recibe el bautismo de manos de Dianios, obispo de Cesarea. Tenía veintiséis años. Con el fervor inicial de la fe abrazada emprende un viaje por Egipto, Palestina, Siria y Mesopotamia, ansioso de conocer la vida ascética practicada entonces por abundantes y famosos anacoretas. Entusiasmado por la ejemplaridad que había visitado, él mismo —año 358— busca

la soledad en Annesi, junto a las orillas del Iris, en el Ponto, no lejos de Neocesarea. Su ejemplo arrastra una legión de imitadores, que obliga a crear otros monasterios en la misma región del Ponto. Su inspirador fue Eustato, obispo de Sebaste, en Armenia, iniciador del monacato en Asia.

Entre los que llegan se va a encontrar otra vez su amigo Gregorio. Aprovechan esta circunstancia para preparar entre los dos la *Philocalia,* una antología de las obras de Orígenes. San Basilio por su parte escribe aquí sus *Moralia* y sus dos *Reglas.*

El año 360 le vemos fuera del monasterio trabajando al lado de los obispos. A Eustato lo acompaña a Constantinopla. Visita nuevamente su monasterio de Iris, pero enseguida marcha a Cesarea para asistir en su muerte al obispo Dianios.

El año 362 ocupa la sede Eusebio, que llama a su lado a Basilio con quien permanece unos ocho años. Habían comenzado las persecuciones de Juliano, a la par que se preparaban para asistir al sínodo de Constantinopla. Eusebio, después de rogárselo encarecidamente, ordena sacerdote el año 364 a Basilio, que ya era lector. Pero el mismo Eusebio, celoso de los valores de Basilio, enfría la amistad conseguida, hasta el punto de que Basilio se retira otra vez a la soledad.

En tal situación aparece su amigo Gregorio Nacianceno y ambos vuelven y siguen colaborando con Eusebio. Gregorio destacará sobre todo en los campos de la caridad y la lucha contra los distintos tipos de herejías. Su fama se populariza de tal forma que, al morir Eusebio, es nombrado, el año 370, obispo de Cesarea y metropolita de Capadocia.

Ya obispo, Basilio se entregó por completo a su tarea de pastor sobre todo en los campos que venía trabajando. Para luchar contra la pobreza sigue su tarea de crear hospitales, asilos, leproserías, viviendas, hasta barrios enteros, ganándose el afecto y la admiración de su pueblo. En sus discursos son frecuentes párrafos como éste:

> «No lo olvides; el pan que tú no comes pertenece al que tiene hambre; el vestido que tú no usas pertenece al que va desnudo; el calzado que no empleas es propiedad del descalzo; el dinero que tú malgastas es oro del indigente; eres un ladrón de todos aquellos a quienes podrías ayudar».

Por dos veces dio excepcional ejemplo, repartiendo su fortuna con los necesitados. La primera con los bienes de su padre al retirarse a las orillas del Ponto. La segunda cuando recibió la herencia que le correspondió de su madre, coincidiendo con un período de intensa hambre en Capadocia.

A pesar de tantos trabajos también encontró tiempo para reformar la liturgia, escogiendo lo mejor y más adecuado, quitando y añadiendo cuanto creía necesario para el mayor esplendor de las ceremonias sagradas, tiñéndolas, sobre todo, de un matiz penitencial que las haría las más adecuadas para los domingos de cuaresma. Se le reconocerá como el *creador de la liturgia bizantina.*

Le tocó, además, vivir unos momentos de profundas convulsiones doctrinales por las múltiples herejías que en aquellos años inquietaban a una Iglesia naciente doctrinalmente. El gran problema del arrianismo se llevó notabilísimos esfuerzos junto a un cisma que amenazaba a la iglesia de Antioquía y que se venía arrastrando desde hacía tiempo. Supo enfrentarse a su antiguo compañero de Atenas, ahora emperador Juliano, y luego a Valente, su sucesor, ambos defensores acérrimos del arrianismo. Ya lo conocían, porque siempre había estado del lado de Eusebio, el obispo que le había ordenado sacerdote.

Se recuerdan algunas frases cruzadas entre Valente y Basilio. En cierta ocasión el Emperador le amenazó diciendo: «Nadie ha usado conmigo hasta hoy un lenguaje semejante». Basilio intrépido le contesta: «Es que tal vez no te has encontrado nunca con un obispo». Valente se sintió impresionado por la entereza de Basilio y quiso por todos los medios atraerlo a su causa. Todo inútil. Para añadidura, el año 372, se le encomienda la dirección de los asuntos eclesiásticos de Armenia.

La paz conseguida en el campo doctrinal se vio alterada por otra situación, la que le atrajo mayores disgustos. Había sucedido que los obispos Melecio, Euzoyo y Paulino se disputaban la sede antioquena. En el horizonte la nube de un cisma amenazante. Melecio, elegido canónicamente el año 360, tuvo que elegir el destierro al mes de su designación. Euzoyo fue designado por el emperador Constantino. Paulino era el candidato de los cristianos ortodoxos al marchar Melecio al destierro.

Melecio sin lugar a dudas concitaba la simpatía de la gran mayoría del pueblo e incluso de los sacerdotes y patriarcas. Entre ellos se encontraba Basilio, que lo defendía creyéndolo el obispo legítimo de Antioquía. Pero Roma y el Occidente cristiano defendían a Paulino, una postura que consiguió que no pocos se pasaran al bando de los partidarios de Paulino, sobre todo desde que Basilio, el año 370, fue elegido para la sede metropolita de Capadocia, quienes incluso llegaron a poner en duda la ortodoxia de Basilio. Dudas que quedaron disipadas cuando Basilio escribió su tratado *De Spiritu Sancto.*

Con la muerte del emperador Valente el 9 de agosto del año 378 llegó la paz total y la libertad religiosa, proclamada por el sucesor Graciano. La Iglesia preparaba un magno Concilio que iba a zanjar todas las cuestiones doctrinales. Pero Basilio, el pastor austero, maltratado por tantos sufrimientos, moriría aquejado de una enfermedad de hígado el año 379. Contaba tan sólo con cuarenta y nueve años de edad, dos años antes de la celebración del II Concilio ecuménico, Constantinopla I, cuando gobernaba la Iglesia el papa español San Dámaso.

San Basilio nos ha dejado un buen número de obras entre las que hay que recordar: los *Tratados dogmáticos:* tres libros *Adversus Eumonium; Liber de Spiritu Sancto,* donde explica la consustancialidad del Hijo y del Espíritu Santo con el Padre.*Tratados homiléticos:* se dividen en *Nueve homilías al Hexámeron, Trece homilías sobre los salmos,* Comentario sobre *Isaías, Sermones,* unos 23 aproximadamente. *Tratados ascéticos:* una serie de libros que se atribuyen al santo, no todos son suyos y de temática muy variada. *Cartas:* se le llegan a atribuir 385 cartas, que se presentan agrupadas por series. Las 46 primeras escritas antes de su episcopado (años 357-370). Desde la 47 a la 291, las escritas siendo obispo (años 370-378). La tercera serie, el resto, ya que no resulta posible su datación. Algunas, muy pocas, pueden no ser suyas. *Reglas:* entre los años 358-59 escribe para sus monjes unas instrucciones generales llamadas *Grandes reglas.* Posteriormente otro tratado llamado *Pequeñas Reglas,* con exhortaciones y consejos. Sabe distanciarse de Eustato, que le ayudó mucho, por su distinta concepción de la vida monacal en lo relativo a la jerarquización y la disciplina, bases para Basilio de la vida asociada en la doble entrega a la ora-

ción y el trabajo. Se convierte así en legislador de la vida cenobítica en Oriente y padre del monacato oriental.

En cuanto a su doctrina, resulta fácil entender las líneas maestras. Doctrina radiante porque es la que hoy profesa la Iglesia. Difícil entonces por la cantidad de enemigos. Nos hallamos en la médula doctrinal de nuestro Credo. Gira en torno a cuatro vértices totalizantes: *1)* Contra el error sabeliano defiende que en Dios, dentro de una sola *ousía,* hay tres *hypóstasis,* tres personas distintas y no una sola con nombres distintos. Su gran aportación es, pues, la distinción para siempre entre *ousía,* entidad sustancial de Dios, e *hypóstasis,* la manera de obrar de cada una de esas Personas; *2)* Contra los arrianos afirma que el Hijo es consustancial con el Padre. Sería definido en el concilio de Nicea. Es totalmente erróneo que se pudiera decir de él en algún momento que el *homousion* significara, en lugar de unidad de sustancia, solamente semejanza de sustancia u *homoiousion. 3)* Contra los macedonianos y eunomeos, afirma idénticamente que el Espíritu Santo es igual a las otras dos personas, consustancial con ellas, de las que procede, y no una criatura del Hijo. *4)* La Iglesia, definida en dos vertientes: Iglesia cuerpo de Cristo e Iglesia fraternidad entre los creyentes. La consideración de Iglesia cuerpo de Cristo era ya la doctrina tradicional, porque así la encontramos claramente definida en San Pablo. La mayor originalidad de San Basilio es la Iglesia fraternidad que se refiere a todo el orbe, que supera su visión monástica particular. Con este bagaje doctrinal por delante no tiene nada de extraño que a su muerte fuera proclamado como uno de los grandes hitos doctrinales de la Iglesia.

Sus funerales apoteósicos concitaron a todo el pueblo que inmediatamente lo aclamó como santo. Se le rendía culto el 1 de enero, día de su muerte, incluso hasta cuando se celebraba en ese día la fiesta de la Circuncisión. Ha recibido los más loables panegíricos por parte de sus contemporáneos. Más tarde su nombre unido al de su amigo San Gregorio Nacianceno y San Juan Crisóstomo formará la tríada más venerable de doctores de la Iglesia Oriental.

El juicio que aún nos sigue mereciendo lo encontramos en el P. Llanos, en su obra *El desfile de los santos:*

«Sigue enseñando desde su cátedra de estrellas un hombre de quien se ha dicho ser el maestro más completo de la Iglesia antigua, el modelo de Padre y varón de Dios, donde se dan, en excepcional armonía, facetas que vemos dispersas en tantos otros santos. Basilio el Grande, así hay que saber llamarlo. Basilio el capadocio, es doctor y teólogo, moralista y asceta, fundador de vida perfecta y gobernador de diócesis difícil, hombre de erudición y de enseñanzas cálidas, hombre de gravedad y de humanidad exquisita, el primero de la Iglesia oriental y el más occidental de los orientales» (p.588).

San Gregorio Nacianceno

Nació alrededor del año 329 en Arianzo, una villa familiar, próxima a Nacianzo en la región de Capadocia (Turquía). Murió en su propio pueblo el año 390. Su padre, de nombre también Gregorio, siguió durante cincuenta años la doctrina de la secta judeocristiana llamada parsismo. Su madre, Nonna, era profundamente católica, logró la conversión de su marido —año 325— hasta el punto de llegar a ser obispo de su ciudad. Todos los hijos, tres en total, nacieron cuando ya los padres tenían una edad bastante avanzada.

Nonna se encargó principalmente de la educación de Gregorio, primero en Cesarea, donde conoció a Basilio, iniciándose una profunda amistad. Pero luego Basilio marcharía a Constantinopla, mientras Gregorio marchaba a Palestina y Alejandría de Egipto. La providencia los juntó nuevamente en Atenas, añadiéndose Juliano, tristemente célebre emperador y apóstata. Era el año 355. A pesar de que se les ofrecieran sendas cátedras de retórica, Basilio volvió muy pronto a su patria de Cesarea, mientras Gregorio continuaría algún tiempo más, hasta el 357, en que vuelve también con los suyos, empeñado en dedicarse a la vida solitaria y penitencial. Para ellos era más importante la sabiduría practicada por los santos, que los sistemas de la filosofía ateniense.

Compartió con su amigo Basilio la vida monacal durante algún tiempo, que le sirve de preparación para recibir el bautismo, el año 360, cuando contaba con treinta y seis años de edad. Permanecía aún al lado de sus padres que por ancianos lo nece-

sitaban. Esta necesidad de ayuda, a petición del pueblo, obligó a su padre obispo a que le ordenara sacerdote para convertirlo en auxiliar durante su vejez, aunque sin mucha conformidad por parte de Gregorio, ya que no se creía digno para tan alto ministerio. Debió suceder el 25 de diciembre del año 361. La estancia al lado de su padre se convirtió en durísima prueba, hasta el punto de huir al Ponto, para, en compañía de su amigo Basilio, poner fin a su dolor. Fue entonces cuando escribió un famoso escrito titulado *Apología de la fuga,* bello canto a la sublimidad del sacerdocio cristiano. Pero las insistentes llamadas del padre le obligaron al regreso, siendo aclamado por sus fieles tras la predicación del día de Pascua del año 362. Su padre, ya achacoso, posiblemente engañado, había suscrito la fórmula semiarriana de Remini originando un gran desconcierto en la comunidad creyente. Con exquisito tacto el hijo convence al padre para que rectifique públicamente, restableciéndose la anhelada calma.

Un hecho imprevisto vino a complicar la paz de que ya gozaban. El emperador arriano Valente dividió la Capadocia en dos partes: la *Capadocia Prima,* al norte, con su capital en Cesarea, y la *Capadocia Secunda,* al sudoeste, con la capital en Tiana. Un hecho mal intencionado, porque Basilio un año antes, en el 370, había sido nombrado metropolitano de toda la Capadocia. Antino obispo de Tiana se proclamó metropolitano de la Capadocia Secunda, ejerciendo su jurisdicción sobre algunas sedes episcopales sufragáneas de Basilio.

Basilio reaccionó inmediatamente y para que no se desvirtuaran sus derechos, creó de inmediato una serie de diócesis nuevas, fuera de las fronteras del Imperio. Una de ellas, la de Sásima, pensada para Gregorio, consagrado obispo por el propio San Basilio el año 372. La nueva diócesis era más una creación de despacho y buenas intenciones, pensada más bien para luchar contra Antino pero carente en la práctica de un verdadero entramado de terrenos unificados, sin conciencia de pueblo, con muy pocos habitantes y la mayoría extranjeros. La propia capital, Sásima, no pasaba de una pequeña aldehuela. Comprendió Gregorio que se trataba de luchar contra Antino y muy pronto, sin llegar a tomar posesión de su sede, abandona hasta el punto de dejarlo todo y dedicarse otra vez a la vida solitaria.

Pero ahora fue su propio padre el que le convenció para que volviera a Nacianzo y se convirtiera en auxiliar suyo.

Fue una decisión providencial porque el año 374 muere su padre y seguidamente su madre. Una situación que cambia su vida y él mismo convence a los obispos sufragáneos para que elijan el sucesor de su padre, mientras él se retira lejos a la soledad en Seleucia, provincia situada al sudoeste de la Capadocia. Estando en aquel retiro recibe la noticia de la muerte de su amigo Basilio. Era el año 379. Por estas fechas (378) había muerto el emperador Valente. Le sucedería Teodosio, partidario de los católicos. Y son los creyentes de Constantinopla, oprimidos por los arrianos durante cuarenta años, quienes llaman a Gregorio para que se ponga al frente de la pequeña comunidad de fieles.

Tarea difícil porque todos los edificios religiosos importantes se hallaban en manos de los herejes. La reunión con los suyos, el día de su entrada en la ciudad a principios del año 379, debió hacerse en la casa particular de un amigo. Casa que desde entonces llevó el nombre de *Anastasia,* equivalente a *Resurrección,* porque significaba la resurrección de la ortodoxia. Muy pronto su prestigio subyugó a todos, a partir de la predicación de cinco discursos teológicos sobre la divinidad del Verbo, precisamente la verdad negada por los arrianos.

El 24 de diciembre del año 380 hace su entrada el emperador Teodosio, quien devuelve inmediatamente los edificios a los católicos y hasta él mismo acompaña a Gregorio hasta la iglesia de los Apóstoles. Por supuesto que los arrianos no se conformaron con los hechos y atacaron por todos los medios a los católicos hasta el punto de querer asesinar al propio Gregorio.

Otro de sus enemigos fue un tal Máximo que se presentaba como filósofo y que no era más que un embaucador, tan taimado que hasta su cabellera era postiza. Una noche, en la capilla de la Anastasia, abierta por traición de un eclesiástico, consiguió ser ordenado por los obispos de Alejandría. Dirigía todo su empeño en ponerse al frente de la sede de Constantinopla.

A pesar de todo, nada ni nadie pudo contrarrestar el prestigio ganado por el nuevo obispo Gregorio. El propio San Jerónimo, que entonces se encontraba en Antioquía, bajó a visitarlo y, según su propio testimonio, lo eligió como guía y orientador.

El ambiente se caldeó tan benéficamente que en mayo del 381 se inauguraba un nuevo concilio en Constantinopla, II Ecuménico, presidido por Melecio de Antioquía, obispo jefe de una facción semicismática, nada acepto para Roma, ni para San Ambrosio de Milán, ni para los obispos occidentales y no pocos de los orientales. Se logra un pacto entre todos y Gregorio es elegido para la presidencia al morir Melecio, proclamándolo luego como obispo de Constantinopla. Aquí fueron taxativamente condenadas todas las tesis arrianas. Pero los enemigos de Gregorio no aceptaban su nombramiento. La jerarquía de Egipto y Macedonia impugnaron su nombramiento, apoyados en la imposibilidad de traslado de un obispo titular a otra sede y Gregorio lo era de Sásima.

Cansado de tantas intrigas, en julio de ese mismo año de 381, se despide de su Constantinopla con un magnífico discurso y se dirige a Nacianzo, donde se queda circunstancialmente al frente de esa iglesia de su padre hasta que fue nombrado obispo de la misma Eulalio, un amigo suyo. Era el año 384. Gregorio se retira a Arianzo y en apacible soledad redacta sus últimas obras hasta que muere el año 390.

Sus obras se agrupan en discursos, poemas y cartas. De los *Discursos,* nos han llegado unos 45. Son de exquisita forma y brillante contenido, muy diversificado, ya que muchos de ellos los pronunció ocasionalmente. Un grupo importante son los cinco llamados teológicos. Otros los apologéticos, como los dos dirigidos contra su antiguo amigo de Atenas, Juliano, el Apóstata. Algunos, panegíricos. Y muy famosos los discursos fúnebres pronunciados por la muerte de sus familiares. Entre todos destaca el dedicado a su amigo Basilio.

Los *Poemas* fueron escritos principalmente al final de su vida, se conocen unos 400 con un total de 18.000 versos. Los hay de dos clases: de contenido teológico y epigramas. El autor hace gala de su profunda formación retórica ateniense y demuestra la validez de los contenidos cristianos para ser expresados en forma poética.

De las *Cartas* conservamos 244, dirigidas a su padre y amigos. La más famosa es la 101, recogida en parte en el concilio de Éfeso del 431 e íntegramente en el de Calcedonia de 451.

La doctrina de Gregorio es un modelo de rigorismo teológico por sus contenidos dogmáticos y un termómetro fiel para conocer los niveles doctrinales de su época. Sus doctrinas se pueden agrupar en apartados básicos: 1) *Trinidad.* Con perfecta explicación del hecho trinitario claramente diferenciado en Dios Padre, Dios Hijo y Dios Espíritu Santo, con sus respectivas características de naturaleza y persona. Es el primero en designar la diferencia de las personas divinas por sus relaciones internas: *ingenitus-genitus-procedens.* 2) *Contemplación.* El quehacer de los creyentes debe ser la contemplación de Dios, que quiere principalmente nuestra vida, fin de todos nuestros esfuerzos. 3) *Escatología.* Significa la respuesta humana ante la muerte. La muerte debe ser doble: la muerte corporal, que lleva aparejada la corrupción, es el punto de partida para una vida mejor incorruptible. Por eso recomienda la muerte ascética voluntaria como una preparación para ella. Nuestra garantía se halla en la humanidad de Cristo resucitado.

Murió el año 390. Su fiesta, celebrada antes el 9 de mayo, ha pasado al 2 de enero unida a la de su amigo Basilio, con quien siempre estuvo identificado. Sus reliquias fueron trasladadas de Capadocia a Constantinopla y colocadas en la iglesia de los Apóstoles y de San Anastasio. No parece muy probable que luego llegaran a Roma, a pesar de que el papa Gregorio XIII ordenó trasladarlas desde Santa María in Campo Marzio, donde eran veneradas, hasta la basílica de San Pedro el 11 de junio de 1580.

Acorde con la doctrina que enseñó en vida, la preparación para su propia muerte nos sirve de síntesis y juicio de su espiritualidad, como lo recuerda J. M.ª de Llanos:

> «Cristo me llama [...] va escribiendo hacia el final [...] recíbeme, Salvador mío, recíbeme aunque confieso que no estoy purgado del todo [...] *Vocas, Tu me vocas, ipse autem acurro...* Me llamas, Tú me llamas, he aquí que yo me apresuro».
>
> «Era el año 389 cuando aquel gran hombre, sabio y elocuente, apologeta y polemista, teólogo y sabio en todos los saberes, hasta en el de la piedad filial y la amistad más tierna, poeta también y generoso perdonador, virgen y afectivo como un niño, valiente y sereno como un héroe, Gregorio de Nacianzo, abriendo su canto de cisne, se reclinaba en el Señor» *(El desfile de los santos,* 454).

JOSÉ SENDÍN BLÁZQUEZ

Bibliografía

ECHEVARRIA, L. DE; LLORCA, B , SALA BALUST, L. y SÁNCHEZ ALISEDA, C., *Año cristiano,* II (BAC, 1959).
Enciclopedia Universal Ilustrada, VII y XXVI (Madrid 1991).
Gran Enciclopedia Rialp, III y X (Madrid 1984).
LEONARDI, C.; RICCARDI, A. y ZARRI, G. (dirs), *Diccionario de los santos,* I (Madrid 2000)
LLANOS, J. M.ª DE, *El desfile de los santos* (Madrid 1956).
MARTINEZ PUCHE, J A. (dir.), *Nuevo año cristiano. Enero* (Madrid 2001)
SECRETARIADO NACIONAL DE LITURGIA, *Liturgia de las Horas,* II (Madrid 1972).

BEATA MARÍA ANA SUREAU BLONDIN

Virgen († 1890)

Francia no fue al Canadá solamente por el afán de un imperio, por tener también parte en las nuevas tierras americanas. La Iglesia francesa, que también es Francia, fue a Canadá al lado de los conquistadores y pobladores con un afán netamente espiritual: acompañar religiosamente a los franceses desplazados a la colonia y extender el evangelio a los nativos de aquella tierra. La Corona francesa, es justicia decirlo, no solamente fue sensible a los intereses materiales sino también a los espirituales. Fruto de este afán espiritual fue la floración de obispados, parroquias y casas religiosas en Canadá y la permanencia de la religión católica en el alma del pueblo cuando la Corona inglesa, de furiosa confesión protestante, sustituyó a la francesa en el dominio de Canadá. Cuando vino al mundo la M. Blondin hacía ya cincuenta años que Canadá había pasado al dominio inglés. Tierra bellísima y ubérrima, Canadá se presentaba a los ojos de los colonizadores como una nueva oportunidad de vida y de progreso.

Con esa ilusión un humilde matrimonio francés, formado por Juan Bautista Sureau y María Rosa Limoges, emigró un día desde la dulce Francia a Canadá, y aquí se asentó en Terrebonne, en la provincia de Quebec, esa provincia que sigue defendiendo su cultura francesa con todas sus fuerzas. El hogar en el que nace María Esther el día 18 de abril de 1809, como primogénita de los doce hijos que llenarán la casa, era ciertamente un hogar cristiano, mentalmente y en costumbres. Su padre, apellidado Sureau pero conocido como Blondin, era un buen hombre que guardaba los mandamientos de la ley de Dios y era se-

cundado por su buena esposa. Ese mismo día en que nació María Esther fue llevada por su padre y los padrinos a la parroquia a fin de que fuera bautizada en el nombre de la Santísima Trinidad.

La educación recibida por María Esther fue acorde con los sentimientos religiosos y morales de sus padres y las buenas costumbres de su hogar. La enseñaron a ser responsable y juiciosa, y la enseñaron a no dejarse dominar por los caprichos, de manera que muy pronto María Esther sabía lo que era la mortificación cristiana. Frecuentó la catequesis parroquial y se preparó para recibir la sagrada comunión, que no fue muy distante de su confirmación, recibida el año 1821. Por entonces la primera comunión no se recibía hasta los doce años. Aprendió también de sus padres a sobrellevar la pobreza no con ira y coraje sino con mansedumbre y buen ánimo, y lo aprendió viendo que el suyo era un hogar pobre pero no desgraciado.

Esta pobreza, general en mucha parte de la población canadiense de habla francesa, hacía que las niñas en gran mayoría no frecuentasen la escuela; más aún, para las niñas en muchas poblaciones no había ni siquiera escuelas, especialmente no había escuelas en donde se impartiera la enseñanza en lengua francesa. Por ello María Esther creció analfabeta, aunque no por ello ineducada o salvaje, pues los buenos modales los aprendía en su casa y las tradiciones orales que traían los padres de la Francia natal daban pábulo al pensamiento y la imaginación de las niñas.

María Esther se hizo una adolescente y muy pronto una espigada jovencita y se sumó a las labores del hogar que con tanto amor desarrollaba su madre, ocupada en la crianza de tantos hijos. Pero ella echaba de menos la formación intelectual que no se le había dado, y no podía menos que poner sus ojos en la casa religiosa que en su pueblo habían abierto las Hermanas de Nuestra Señora con una escuela —ahora sí— para niñas. María Esther obtuvo licencia para pedir trabajar como sirvienta con las religiosas, y fue admitida. El clima de la vida de la comunidad comenzó a atraerla poderosamente. Soñaba con ser útil como religiosa a su propia gente, especialmente a tanta niña analfabeta. Pero siendo ella analfabeta ¿podría aspirar a hacer alguna labor en este sentido? Obviamente no.

Llevaba un año con las religiosas cuando dio un paso más adelante y solicitó ser admitida como criada interna adulta expresamente para recibir clases y ser alfabetizada. Ésa sería su paga por los servicios. Ella deseaba firmemente adquirir cuanta cultura pudiese. Y se dedicó a las tareas escolares que le pusieron delante con notorio afán de superación. Tenía 21 años, pero su mente se abrió como la de una niña y empezó a digerir cuanto las religiosas, bondadosas y admiradas de su afán de aprender, le enseñaban.

A medida que trataba con las religiosas, su corazón se fue encariñando con la idea de hacerse una de ellas. Lo pensaba como un sueño magnífico, y orientada al respecto por su confesor, un día pidió a las monjas ser recibida en su noviciado. Su corazón se llenó de alegría cuando las religiosas de Nuestra Señora le abrieron las puertas del convento y le dieron el hábito en orden a prepararse para la profesión religiosa. María Esther puso lo mejor de sí misma. Humilde, obediente, piadosa, mortificada, todo en ella acreditaba una vocación segura, pero le falló la salud. Enfermó y se vio claro que el género de vida de las hermanas superaba sus condiciones físicas. La maestra de novicias sentenció que debía abandonar el noviciado, y María Esther, llena de dolor íntimo, hubo de regresar a su casa. Era el año 1832.

María Esther no dudó un momento de que lo sucedido era voluntad de Dios. Y en vez de perderse en estériles lamentaciones, insistió en la vida de piedad preguntándose con sinceridad qué quería Dios de ella. Por de pronto, procuró formarse más y más, adquiriendo cultura mediante la lectura asidua de libros y mostrándose abierta a lo que Dios quisiera de ella. Su vida de piedad, su modestia y buenas costumbres la acreditaban a los ojos de su párroco y de todos. Con la vuelta a casa además mejoró su salud.

La llamada de Dios le vino de una amiga. Ésta regentaba una escuela en el pueblo de Vaudreuil, una escuela parroquial, es decir, que se proponía como ideal la formación no solamente cultural sino también religiosa de las niñas, y estaba en dependencia plena del párroco del lugar. Su amiga le dijo que necesitaba una ayudante y que la consideraba apta a ella —cuatro

años antes aún analfabeta— para poder dar clases de cultura elemental a las niñas. María Esther vio claramente en ello la voluntad de Dios y aceptó. Hizo su humilde hatillo, se despidió de su hogar y se marchó a Vaudreuil a realizar la labor de enseñar a los que no saben por amor de Jesucristo. Empezaba aquel año 1833 una etapa de su vida que iba a durar hasta 1848. María Esther mostró la mayor y mejor dedicación a su tarea. Muy temprano acudía a la parroquia a escuchar la santa misa y con frecuencia recibía también los sacramentos de la confesión y la comunión. Vestía, comía, vivía con suma austeridad, y empleaba muchas horas del día en dar las clases de aquella escuela elemental católica, mostrando una gran paciencia y una notable habilidad para enseñar, teniendo comprensión para la torpeza de algunas alumnas y para la problemática social que había detrás de cada niña. La escuela se consolidaba. Ella y su amiga estaban atentas a las orientaciones del párroco, que utilizaba la escuela como gran instrumento de la pastoral parroquial, seguro de que de ella saldrían bien formadas madres cristianas de familia y también vocaciones religiosas. Pasados cinco años, en 1838, la amiga dejó la escuela, y María Esther se encontró con que el párroco la llamaba para darle el cargo de directora de la misma. Había demostrado su aptitud para la enseñanza pero también sus buenas dotes de mando y cómo sabía conducir a las niñas con tanta dulzura como firmeza. María Esther aceptó el encargo y dirigió desde entonces la escuela parroquial de Vaudreuil.

Y comenzó a formularse en su corazón una convicción que pasaría a ser un propósito que ella ofrecía a Dios por si fuera su voluntad realizarlo. Vaudreuil y otros muchos pueblos lo que necesitaban era comunidades de religiosas dedicadas por entero a la enseñanza, no simples maestras seglares. Ella veía la conveniencia de maestras atadas por los votos religiosos y unidas en una congregación que atendiese las escuelas con el personal preciso, formando primero a las religiosas y destinándolas luego a la formación de los niños y las niñas. Ella notaba como que Dios le decía que fundara ella esa congregación. Se veía a sí misma humilde y sin recursos pero comprendía que si era obra de Dios, sería Dios mismo quien proporcionara personas y re-

cursos. Perfilada su convicción y hecho su ofrecimiento a Dios, comenzó a consultar el proyecto con el párroco de Vaudreuil, el abate Paul L. Archambeault. Este celoso sacerdote admiraba las cualidades de María Esther y su gran labor al frente de la escuela parroquial. Comprendió enseguida la utilidad de la nueva comunidad religiosa que ella proponía. Oraron ambos, sacerdote y feligresa, y pidieron a Dios con insistencia la luz del Espíritu Santo.

Lo primero era hallar un grupo de jóvenes que quisieran ofrendar su vida a Dios y servirle en la formación de la juventud. La parroquia tenía muy buenas jóvenes de vida piadosa y buenas inclinaciones que, así como al contraer matrimonio encabezaban nuevos hogares cristianos, podían también algunas de ellas ofrecerse al Señor del todo y vivir la vida religiosa. La labor callada del abate Archambeault y de la propia María Esther dio resultados. En el primer semestre de 1848 había ya un grupo suficiente de jóvenes dispuestas a dar el paso. Era la hora de acudir al obispo de Montreal y someterle el proyecto. Por entonces apacentaba la diócesis mariopolitana un celoso pastor: monseñor Ignace Bourget. Éste recibió al abate Archambeault y a María Esther. Conocía por la visita pastoral la labor de la escuela parroquial y el mucho fruto espiritual que el activo párroco sacaba de ella. Escuchó con atención las razones que ambos le proponían y comprobó que el proyecto tenía fundamento. Había fundamento humano: una mujer con experiencia docente y gran experiencia de Dios por su vida de mucha piedad; había una feligresía que proporcionaría los primeros niños y niñas de la escuela, y había una gran necesidad del pueblo de Dios a la que con la fundación se podía responder. El obispo decidió dar su licencia para que comenzara la vida de comunidad. La ceremonia emotiva de la constitución de aquel nuevo grupo religioso tuvo lugar el 9 de agosto, vigilia de San Lorenzo, en la parroquia de Vaudreuil. María Esther y sus compañeras empezaron a vivir juntas, a llevar una regla de vida aceptada por todas y a desarrollar su trabajo docente. Pasaron nueve meses y tanto al párroco como al obispo el trabajo y la vida del grupo les pareció positivo, y por ello en mayo de 1849 el obispo decidió organizar formalmente la comunidad: se abriría el pe-

ríodo de noviciado y durante el mismo María Esther sería la maestra de novicias encargada de formar a las aspirantes a profesar en la nueva congregación, mientras que otra hermana era nombrada superiora de la incipiente comunidad. El Obispo decidió que la congregación se llamaría de las Hijas de Santa Ana —hoy el título es Hermanas de Santa Ana— y que su ocupación básica sería la educación cristiana de niños y niñas, especialmente en las zonas rurales. María Esther, en vista de que la congregación se dedicaba a Santa Ana, cambió su nombre de Esther por el de Ana, y se llamaría en adelante María Ana. Completado el curso de un año para el noviciado, María Ana y sus compañeras fueron admitidas a la profesión de los votos, que emitieron ante el propio Obispo el día 8 de septiembre de 1850, con la expresa intención de que la profesión fuera en una señalada fiesta mariana. Ese día el Obispo nombró a María Ana superiora de la comunidad al mismo tiempo que maestra de novicias.

Hay forzosamente que elogiar la excelente conducta de la M. María Ana al frente de la congregación. Realizó el encargo recibido de la obediencia con diligencia, entrega y prudencia, siendo ella la primera que daba ejemplo en cumplir los estatutos de la congregación, hasta el punto que se la llamó «la regla viviente». Manifestó un contagioso ardor apostólico en la formación de las religiosas y en el acercamiento de los niños a la vida de piedad. Con las hermanas de la comunidad fue una verdadera madre. Siempre amable y disponible, accesible y atenta a todas, su bondad se extremaba cuando alguna hermana caía enferma. Amante de la justicia, era no obstante comprensiva y delicada, y sabía encontrar razones cuando tenía que pedir algún sacrificio o trabajo difícil.

La comunidad empezó a crecer, pese a la pobreza de medios de que disponía. Pero María Ana no buscaba sino poder servir más y mejor, dando la primera ejemplo de pobreza, mortificación y austeridad. Todo hacía suponer que María Ana dirigiría al menos largos años la vida de la naciente congregación. Pero los planes de Dios eran otros, y se llevaron adelante permitiendo el Señor que María Ana fuera objeto de notables injusticias, convertidas para ella en camino de purificación y santificación.

El año 1853 la casa madre de la congregación se trasladó de Vaudreuil a Saint-Jacques de l'Achigan. El Obispo designó como capellán de la casa al joven sacerdote Louis-Adolphe Maréchal. Es el propio decreto declarando las virtudes heroicas de María Ana el que dice que este joven abate se entró con insolencia en la vida interna de la comunidad estableciendo a su arbitrio tanto las cosas espirituales como las exteriores. María Ana, adicta al Obispo por encima de todo, quiso salvaguardar, sin embargo, la independencia de la congregación, y con ello se granjeó la antipatía del capellán, que empezó a hacer una eficaz labor de zapa contra María Ana, presentándola como inapropiada para dirigir la comunidad. Logró ganarse la simpatía de algunas religiosas, y avalado por ellas presentó denuncia al Prelado. Hay que decir que el capellán fue escuchado. Su pretensión no se limitaba a que fuera depuesta de su cargo de superiora sino que se extendía a que fuera expulsada de la comunidad. Consiguió lo primero, y el 18 de agosto de 1854 fue destituida de su cargo de superiora pero no expulsada de la comunidad.

María Ana decidió no defenderse de ninguna injusticia sino que ofreció al Señor cuantas humillaciones quisiera mandarle para que sirvieran al bien de la congregación. Comprendió que en adelante no sería su obra directora sino su sacrificio el que fundamentaría el desarrollo y asentamiento de la comunidad y se dispuso a abrazarse absolutamente con la cruz. Tras su destitución fue enviada, todavía como directora, a la pequeña escuela de Sainte-Geneviève. Ya no era superiora ni estaba en la casa madre pero muchas hermanas, formadas por ella, siguieron relacionándose con ella y esto no podía tolerarlo el capellán, que insistió en que era una inepta y no debía tener cargo alguno directivo en toda la congregación. Entonces fue llamada de nuevo a Saint-Jacques y mantenida en trabajos caseros. En 1864 es destinada a la casa de Lachine donde estaría hasta 1890. Sería sacristana, portera, planchadora y otros oficios similares. Se prohibió que la llamaran madre y se ocultó cuidadosamente que ella fuera la fundadora.

Admirable y heroica fue la conducta de María Ana en tantos años de ocultamiento y marginación. Como pasaba por entonces con Juana Jugan y pasaría también con Rafaela María del Sa-

grado Corazón, surgieron nuevas generaciones de hermanas que desconocían que la fundadora fuera aquella humilde religiosa confinada en Lachine. El abate Maréchal había conseguido su propósito de anularla humanamente y quitarla de en medio. La paciencia, la humildad, la obediencia, el espíritu de sacrificio, la capacidad de perdonar injurias y malas voluntades, el abrazo firme a la cruz, ésas fueron sus actitudes básicas, al lado de una intensísima vida interior que la acompañaba en todos sus humildes trabajos exteriores. Todo lo miró como venido de la mano de Dios, al que daba gracias por haberla hecho partícipe de la Cruz de manera tan singular.

Regada por la oración y el sacrificio de su fundadora, la congregación crecía y se expandía, añadiendo a la labor docente la de asistencia a los enfermos. En 1884 le vino la aprobación de la Santa Sede, y para el tiempo en que María Ana murió, la congregación tenía ya más de cuatrocientas hermanas y había abierto más de cuarenta casas en Canadá, los Estados Unidos, Alaska y Colombia. Su sacrificio no había sido estéril.

Con ochenta años cumplidos, María Ana contrajo una fuerte bronquitis en el otoño de 1889, causada seguramente de que no se la situó en la enfermería sino en otro sitio de la casa donde no estaba resguardada de las corrientes de aire. No obstante su bronquitis, quiso oír la misa del gallo en la Nochebuena, y su bronquitis se agravó. Confortada con los santos sacramentos murió el 2 de enero de 1890.

Las hermanas formadas por ella no dejaron de decir que María Ana era la verdadera fundadora ni dejaron de edificarse con la conducta heroica observada. Pero las primeras superioras generales de la congregación dejaron su nombre en el olvido, sin tener en cuenta la fama de santidad que seguía orlando su nombre pese a los años que pasaban. Pero una nueva superiora general, la M. María Leopolda Lécuyer, en 1919, decidió se hiciera un serio estudio sobre la fundación de la congregación a base de los documentos auténticos, lo que sacó a la luz el papel desempeñado por María Ana y las circunstancias de su destitución. Comenzó a pensarse en hacerle causa de beatificación. El proceso ordinario informativo se tuvo en la curia episcopal de Montreal los años 1955-1959, introduciéndose la causa en

Roma en 1977. El 14 de mayo de 1991 era declarada Venerable, y aprobado un milagro otorgado por su intercesión, el papa Juan Pablo II procedió a su beatificación el 29 de abril del año 2001. Así ha resplandecido ante toda la Iglesia la virtud de esta flor oculta por la envidia humana pero nunca olvidada por Dios, ante quien floreció en piedad y santidad para bien de toda la Iglesia. Ahora su comunidad la invoca y venera como madre con toda justicia.

JOSÉ LUIS REPETTO BETES

Bibliografía

AAS 83 (1991) 900-904.
LANGEVIN, F., *Mère Marie Anne Sureau Blondin* (Montreal 1935).
NADEAU, E., *Martyre du silence: Mère Marie Anne Sureau Blondin* (Montreal 1956).

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SAN TELESFORO
Papa y mártir († 136)

El martirio de este obispo romano consta por decirlo así San Ireneo y asimismo Eusebio en su *Historia Eclesiástica.*

Los otros datos que acerca de este papa da el *Liber pontificalis* no parecen todos auténticos, y es manifiesto que algunos de ellos no lo son. Podría admitirse que este papa fuera de origen griego, y al menos su nombre lo es, y que rigió la sede romana por espacio de diez años desde el año 126 hasta el 5 de enero de 136 en que fue martirizado. Eran los tiempos de los emperadores Antonino y Marco Aurelio. Sucedió al papa San Sixto I. Fue enterrado junto al cuerpo de San Pedro en el Vaticano.

BEATO AIRALDO
Monje cartujo y obispo († 1146)

Era hijo del conde Guillermo II de Borgoña y sobrino, por tanto, del papa Calixto II. Pero desde joven prefirió la vida reli-

giosa y optó por la Cartuja, ingresando en el monasterio llamado de las Puertas, en la diócesis de Lyón.

Monje de vida ejemplar, apegado al cumplimiento riguroso de las costumbres cartujanas, publicadas por Dom Guigo en 1127, no extrañó que Airaldo fuera elegido prior del monasterio, cargo que ejercitó con gran satisfacción y provecho de la comunidad.

Pero en 1132 una para él inesperada elección vino a sacarle de la paz del monasterio: los canónigos de St. Jean de Maurienne le eligieron obispo de su sede, y aunque el santo prior se resistió alegando que su vocación era el claustro, la insistencia de los canónigos y la del conde de Saboya le hicieron aceptar el episcopado. Procuró seguir siendo cartujo en el palacio episcopal, conservando su hábito y observando los ayunos y rigores propios de la Cartuja, pero entregado por completo al cumplimiento de sus deberes pastorales y a la buena administración de la parte de su diócesis que le estaba también sujeta en el orden temporal. De cuando en cuando volvía un breve tiempo al monasterio para pasar unos días de retiro y oración que no le apartaban de su ministerio sino que le daban nuevas fuerzas para llevar adelante su tarea pastoral.

Empleaba las rentas del obispado en el socorro de los pobres, a quienes personalmente atendía en su casa y a quienes visitaba en las suyas, dando un altísimo ejemplo de caridad y solidaridad con los más necesitados.

Defendió la libertad e independencia de la Iglesia frente a la intromisión de los poderes civiles y procuró realzar el culto en su Iglesia Catedral, cuyos canónigos le amaron siempre mucho y a su muerte eligieron a otro cartujo como sucesor. Murió el 2 de enero del año 1146. El culto que desde su muerte se le tributaba le fue confirmado por el papa Pío IX el 8 de enero de 1863.

BEATO MARCOLINO AMANNO

Presbítero († 1397)

Nace en Forli en 1317 y en su juventud siente la vocación al estado religioso, decidiéndose por los dominicos, cuya vida abrazó con plena dedicación, tanto que se ha dicho de él que fue un

modelo perfecto del cumplimiento de la regla y constituciones de su Orden. Ordenado sacerdote, se ocupó especialmente de la evangelización de los pobres y del catecismo de los niños. Amaba la soledad, el silencio y la sencillez de vida. También se dice que no fue hasta después de su muerte cuando sus compañeros de convento cayeron en la cuenta de la extraordinaria virtud del religioso. Murió en Forli el 2 enero 1397. Su culto lo confirmó Benedicto XIV el 9 mayo 1750.

BEATA ESTEFANÍA QUINZANI

Virgen de la III Orden de Santo Domingo († 1530)

Nació junto a Brescia el año 1457, y muy joven sintió el deseo de consagrarse a Dios. Pero de momento no ingresó en un convento sino que se hizo miembro de una asociación de terciarias dominicas que en sus propias casas llevaban vida de piedad y de consagración a Dios.

Estefanía se dedicó con especial amor al cuidado de los enfermos, a los que visitaba y atendía en sus casas y en los hospitales, e igualmente socorría a los pobres, procurándoles cuanto estaba en su mano para aliviar su miseria.

Finalmente pudo ella fundar un convento de terciarias dominicas, llamado de San Pablo, en Soncino, del que fue elegida primera abadesa. Agraciada por Dios con dones místicos, entre ellos numerosos éxtasis, dio un alto ejemplo de espiritualidad y vida cristiana. Murió el 2 de enero de 1530. Su culto fue confirmado el 14 de diciembre de 1740.

BEATOS GUILLERMO REPIN Y LORENZO BÂTARD

Presbíteros y mártires († 1794)

El 19 de febrero de 1984 el Santo Padre Juan Pablo II colocaba en la gloria de los altares a un grupo de noventa y nueve mártires que dieron su vida por la fe en los duros tiempos de la Revolución Francesa. Todos ellos pertenecían a la diócesis de Angers. Encabeza el grupo el sacerdote secular Guillermo Repin que, con otro sacerdote, Lorenzo Bâtard, fue guillotinado el

2 enero 1794. Los otros noventa y siete mártires son: diez sacerdotes seculares, tres religiosas, cuatro varones seglares y el resto mujeres seglares.

Detrás de los nombres de estos mártires que irán saliendo a lo largo de los días en el *Martirologio,* se esconde una historia de ínclita fidelidad a Dios y a su Iglesia, sostenida con tenacidad en medio de los peligros y zozobras de un período de la historia agitado como pocos y en el que, al lado de las grandes palabras de libertad, igualdad y fraternidad, se practicaba una feroz persecución religiosa, se juzgaba y condenaba sin los mínimos requisitos de imparcialidad y garantías procesales y se condenaba contra toda justicia a hombres y mujeres. La ira de la Revolución no perdonó edades ni situaciones humanas, sino que se llevó por delante con manifiesta crueldad a ciudadanos honrados y ciudadanas pacíficas que no tenían otro delito que el profesar la religión tal como su conciencia se la dictaba sin hacer el mínimo mal a nadie. El Breve de beatificación recuerda a propósito de estos mártires el dicho evangélico de que el Señor manda a sus discípulos como ovejas en medio de lobos, y recuerda que el sitio donde ochenta y cuatro de estos mártires fueron sacrificados fue luego conocido como «el campo de los Mártires».

De forma especial subraya el Breve acerca de las tres religiosas, dos de ellas de la Sociedad de San Vicente de Paúl, y una de ellas Benedictina del Calvario, que de ningún modo y por ningún motivo podía decirse que estuvieran metidas en asuntos políticos pues era clara la muy distinta y, por cierto, muy noble dedicación a que estaban entregadas. Pero tampoco puede decirse de los hombres y mujeres seglares que son objetos de esta beatificación que estuvieran azuzando ninguna contrarrevolución o animando una revuelta armada contra la República. Su disconformidad estaba solamente en que aquel Estado persiguiera la religión de la forma sañuda en que lo hacía, pues consideraban básico el derecho a honrar a Dios dentro de la fe recibida.

Y los sacerdotes, puestos en la alternativa de faltar a sus deberes de sacerdotes, dice el Breve que optaron por obedecer a Dios antes que a los hombres, según enseña la Sagrada Escritura. Ellos se habían negado primero a jurar la constitución civil del clero, contraria a la naturaleza misma de la Iglesia y conde-

nada por el papa Pío VI, y a prestar posteriormente el nuevo juramento de Libertad e Igualdad cuyo sentido revolucionario lo hacía incompatible con la sana conciencia de quien quiere ante todo ser fiel a su religión.

Los martirios tuvieron lugar entre 1793 y 1794 y se realizaron o bien por la guillotina o bien por fusilamiento.

Guillermo Repin, el sacerdote que encabeza el grupo de mártires, era natural de Thouarcé, donde nació en 1709. Ordenado sacerdote, fue unos años coadjutor y luego durante cuarenta años párroco de San Simpliciano en Martigné-Briand. Rehusó prestar el juramento constitucional en 1791 y fue desposeído de su parroquia. Marchó a Angers, donde fue detenido y mantenido en prisión. Cuando las tropas vandeanas ocuparon la capital, fue liberado, pero no pudiendo seguir a las mismas fue de nuevo capturado y llevado a Angers, donde fue «juzgado» el 1 de enero de 1794 y al día siguiente guillotinado con el sacerdote Lorenzo Bâtard, párroco de Santa María en Châlons-sur-Loire

De todos ellos perseveró la fama de martirio pese a los años, y la comunidad cristiana los tuvo siempre como verdaderos mártires. Ellos no fueron todos los que murieron entonces por la fe, pero sí un grupo cuyo martirio ha quedado histórica y teológicamente bien probado, por lo que el Papa ha estimado que debía inscribir su nombre en el libro de los beatos y permitir que se les dé culto público

3 de enero

A) Martirologio

1 El Santísimo Nombre de Jesus

2 En Roma, en el cementerio de San Calixto, San Antero († 236), papa *

3 En Nicomedia, Bitinia, los santos Teopempto y Teonas († 304), mártires

4 En Cesarea de Capadocia, San Gordio († 304), centurión y mártir

5. En Padua, San Daniel († 304), diácono y mártir *.
6. En el Helesponto, San Teógenes († 320), mártir.
7. En Vienne (Francia), San Florencio († luego del 377), obispo.
8. En París, Santa Genoveva († ca.502), virgen **.
9. En Konanmavu (India), Beato Ciriaco Elías Chavara († 1871), presbítero, fundador de la congregación de Hermanos Carmelitas de la Inmaculada **.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

SANTA GENOVEVA DE PARÍS
Virgen († ca.502)

Mezcla de tradición histórica o legendaria, la figura de esta santa destaca, poderosa, en medio del florecimiento cristiano primitivo, que venía a sustituir los antiguos ídolos griegos, latinos o celtas.

Su nombre está asociado a la vida de los habitantes de París, la antigua Lutecia. La montaña donde Clovis había levantado una iglesia en honor de San Pedro y San Pablo, se llamaría en lo sucesivo montaña de Santa Genoveva. Al lado del rey merovingio será enterrada y sucesivas vicisitudes llevarán sus cenizas hasta el lugar que hoy ocupan en la iglesia de San Esteban del Monte (Saint-Etienne-du-Mont) rodeadas de una hermosa reja de hierro forjado, entre cirios y exvotos de sus fieles agradecidos.

Lutecia era una ciudad sin importancia, inferior a Sens o a Lillebonne. Los textos antiguos parecen ignorarla. César, en su *Guerra de las Galias,* hace mención escasa del *oppidum de los parisii,* cuando tuvo necesidad de cruzar por él en el año 53 a.C. Lo cita como un territorio tranquilo en los límites de la Céltica y del país de los belgas, encerrado en una isla formada por los brazos del río Sena.

En la época romana, las grandes vías de comunicación trazadas por los vencedores van a dar importancia a la ciudad recién nacida, al paso de las tropas romanas que llegarán hasta la península Ibérica, jalonando el territorio español de construcciones imperecederas.

Más adelante, de la isla, la pequeña ciudad irá subiendo hasta la montaña de Santa Genoveva. Los edificios que pudiéra-

mos llamar oficiales la embellecían y, aunque sus habitantes siguen siendo escasos, ya se vislumbra a través de la vida pública que comienza, un auge incesante, que las dinastías reinantes se encargarán de acrecer.

Las invasiones de los francos y germanos dejarán la traza de su afán destructivo. Los tesoros desaparecen a su paso. Las tribus bárbaras tienen predilección por sembrar de hogueras su camino. Las ciudades romanas empiezan a fortificar sus reductos. Lutecia será un *Castellum,* con lo que la vemos cercada de murallas y en las murallas las puertas que permiten su comunicación con el exterior.

En el siglo IV la isla estaba rodeada de murallas y, si añadimos que su extensión no sobrepasaba las diez hectáreas, tendremos una idea aproximada del escenario en que se desarrolló la vida de la Santa de los parisinos, cuyos datos históricos nos ha proporcionado casi en exclusividad Gregorio de Tours.

Antes de la expansión del cristianismo, los dioses de los parisinos eran los de la Galia galorromana: Júpiter, Marte, Apolo, Baco, Minerva, Venus, Diana. El culto de la diosa-madre y el de Isis eran igualmente populares. Pero fue Mercurio el más popular de todos y sus estatuas se prodigaban hasta por los últimos rincones del país. En Montmartre existió un templo dedicado a esta divinidad y de ahí le vino el nombre que ostenta: *Mons Mercuri.*

Ya en el siglo V la fe cristiana ha prendido en el alma de los parisinos. Los primeros mártires y los primeros santos van a dar testimonio de la verdad de la nueva doctrina en lucha abierta con el paganismo y, lo que es peor, con las herejías nacidas en su mismo seno. San Germán, obispo de Auxerre, y el bienaventurado Lobo, obispo de Trèves, a su paso por París para combatir a los herejes de Gran Bretaña, encontraron a una joven de extraordinaria virtud, de gran fuerza persuasiva, vehemente en su deseo de hacer el bien, dispuesta al sacrificio en favor de los pobres y necesitados. Una llama ardiendo en fe capaz de conmover a los más forzudos guerreros, de convencer al propio rey de los francos, incapaz de hacer frente a sus demandas de liberar a los prisioneros. Teodoreto, obispo de Tyro, asegura que cuando Simeón el Estilita, desde lo alto de su columna, reconocía, entre las multitudes que venían a consultarle, a algún merca-

der galo, en seguida le encargaba que llevase sus saludos a Genoveva. Tal era la fama de sus virtudes, que traspasó las más lejanas fronteras.

Se sabe que Genoveva había nacido en Nanterre, cerca de París, en los primeros años del siglo V (409?, 422?) y que debió de morir a edad muy avanzada hacia el 502.

En Nanterre se puede encontrar el parque que lleva su nombre. Uno de sus biógrafos escribe: «En otro tiempo rodeada de murallas y adornada con un oratorio, este parque apenas es reconocible si no es por unas excavaciones y por una sencilla cruz de madera clavada en la tierra por una mano piadosa». Una fuente lleva también su nombre, así como un recinto, en el monte Valero, donde la tradición asegura que la Santa cuidaba los rebaños de su padre. Hay un pozo y una gruta, donde parece que se retiraba a orar, en aquella actitud en que se nos la describe con los brazos en cruz, la mirada fija en lo alto, pronta a las lágrimas para recibir las inspiraciones de Dios todopoderoso. Genoveva se hallaba dotada con los dones del Espíritu Santo.

Su padre se llamaba Severo, y Geroncia su madre, nombres ambos latinos, mientras el suyo era típicamente galo. Si sus padres fueron o no personas de buena posición, nada se opone a que la joven cuidase sus ganados en la pradera y para todos será la Santa aquella pastorcita de Nanterre, predestinada por Dios para realizar actos maravillosos y extraordinarios. Sus hagiógrafos cuentan de éstos y no acaban. Cuando San Germán hablaba con ella, arrebatado por el fuego de aquella alma que deseaba consagrarse a Dios, dicen que cayó del cielo una medalla, que el santo obispo se apresuró a colocar en el cuello de la Santa. El imprudente que se atrevió a insultarla quedará muerto en el acto. Su propia madre, en cierta ocasión, arrebatada por la ira, llegó a ponerle la mano en el rostro y quedó cegada. Genoveva consiguió su curación. Es muy difícil controlar la verdad histórica de todos estos acontecimientos.

Pero no serán estos hechos, con ser abundantes, los que arranquen la devoción de los parisinos, sino los más importantes de haber salvado la ciudad de calamidades espantosas.

Atila, el «azote de Dios», se dirige, a marchas forzadas, hacia la Galia. No hay barbarie que aquel poderoso ejército no se

atreva a cometer. Metz, Reims, Cambrai, Besançon, Langres, Auxerre, se han convertido en un montón de ruinas, ¿por qué no habría de sufrir París, es decir, Lutecia, idéntica suerte? Las hordas amarillas se complacen en sembrar el terror. Una gran multitud de gente empavorecida llega hasta Santa Genoveva, que ya ha adquirido fama de santa entre sus conciudadanos. Ella les aconseja que vuelvan a sus moradas, que no se abandonen a la desesperación, porque sería inútil. De pie, sobre una eminencia del terreno, la tradición la recuerda dirigiendo al pueblo una arenga: «Gente de París, amigos míos, hermanos míos, os engañan. Lo que pretenden vuestros defensores empuñando las armas no debe asustaros. Atila avanza, es cierto, pero no atacará vuestra ciudad. Os lo aseguro en nombre de Dios». La profecía se cumple, con lo que Genoveva gana en prestigio ante la opinión de los parisinos. Atila ha torcido su camino y se dirige hacia Orleáns. París respira, aliviada. La salvación se atribuye a las oraciones de la doncella.

Otro hecho aún más famoso vive en la memoria de todos. Childerico acaba de morir y Clovis, su hijo, pretende sucederle. A ello se opone Syagrio, hijo de Egidio, el antecesor de Childerico. Clovis, al frente de un pequeño ejército de francos, pone sitio a la ciudad de París, reducida, por aquel entonces, a una isla. El hambre comienza a diezmar a sus habitantes, sin salvación posible. Las puertas están vigiladas, y sólo un milagro explica que Genoveva, ya de edad muy avanzada, pueda salir sin ser vista por el enemigo. Ha prometido que habrá víveres para todos. Encendida de patriotismo, se lanza al río en una barca de pescadores. A su paso se suceden hechos extraordinarios: desaparecen obstáculos infranqueables, los graneros se abren para volcarse sobre su barca; otras barcas se unen a la suya, en un total de once regresan a la ciudad, entre las aclamaciones de la multitud.

Murió Genoveva con más de ochenta años, hacia la primera década del siglo VI. Fue enterrada junto a Clovis, como ya se ha dicho, en la iglesia de San Pedro y San Pablo, sobre la montaña que lleva el nombre de Santa Genoveva

Las cenizas de la Santa siguieron atrayendo la devocion de los parisinos y no había solemnidad ni temida catastrofe en que no se recurriese a la urna que contenía los restos, enriquecida con

donaciones de monarcas y príncipes, siendo de gran fama el manojo de diamantes ofrecido por María de Médicis. Más adelante, verdad o mentira, se aseguró que los diamantes eran falsos.

La revolución, con sus bandadas de cretinos, no respetó estas cenizas, acusadas de ser un símbolo más del oscurantismo del antiguo régimen. Lo que pudo recogerse tras la turbonada, junto con la tumba, hallada en la abadía merovingia, fue trasladado a la iglesia de Saint-Etienne-du-Mont, donde aún acuden sus fieles devotos en demanda de favores.

EDUARDO AUNÓS

Bibliografía

KURTH, G., «Étude critique sur la vie de Sainte Geneviève»: *Rev. Hist. Eccl.* 14 (1913).

LESEETRE, H., *Sainte Geneviève* (París 1900).

REYNES-MONLAUR, MME., *Sainte Geneviève* (París 1924).

SERTILLANGES, A.-D., *Sainte Geneviève* (París 1920).

Cf. también SAN GREGORIO DE TOURS, *Historia de los francos,* diversas eds. Por ej.: ML vol.71. Ed. ARNDT-KRUSCH, en *Mon. Germ. Hist. Script. Rer. Merov.,* I (1884-1885) etc.

Vita Sanctae Genovevae, virginis, Parisiorum patronae. Esta *Vida,* escrita por un contemporáneo poco después de la muerte de la Santa, constituye la base de todas las demás. Hay varias ediciones y controversias sobre ella. Ed. KRUSCH, *Mon. Germ. Hist. Script. Rer. Merov.,* III (Hannover 1896). Ed. C. KOHLER, *Étude critique sur le texte de la vie de sainte Geneviève* (París 1881).

BEATO CIRIACO ELÍAS CHAVARA

Presbítero († 1871)

La India es un inmenso país de tradiciones antiquísimas y cuyo sentido religioso es quizás el más acusado del mundo. Dos grandes y poderosas religiones surgen en su tierra: el hinduismo, cuyos orígenes se pierden en la noche de los tiempos, aunque es posible establecer algunas conclusiones sobre su formación, y el budismo en el siglo VI a.C. El alma india no es discursiva sino contemplativa. Ve la presencia de la divinidad en todas las cosas y es capaz de adorar y alabar con una fina sensibilidad de devoción y entrega. Este ver la divinidad en todas las cosas llevó a los fieles indios a multiplicar las divinidades, formas todas materiales del único Brahma que está al fondo de to-

das las cosas. Buda, el joven príncipe indio que se preguntaba ansiosamente por el origen del dolor, fijó su mirada en el hombre y quiso trazar para él mediante el óctuplo mandamiento un sendero espiritual hacia la paz. Este medio ambiente tan religioso pero ya tan cuajado y conformado ¿era propicio a la recepción del cristianismo?

Una venerable tradición de los más antiguos cristianos indios quiere que fuera uno de los doce Apóstoles de Jesús, el llamado Mellizo, Santo Tomás, el que alcanzara en su predicación del evangelio las costas indias y dejara sembrada en Kerala la semilla de la fe cristiana. Más a la luz de la historia está el hecho de que los nestorianos en el siglo VII, en su continuo acercarse a las tierras de Asia para difundir el evangelio, lograran fundar una iglesia en las costas de Malabar. Los nestorianos habían seguido las rutas comerciales y por ello, tomando la que iba a China, fundaron comunidades cristianas florecientes en Asia central y en Mongolia, donde se contaron los fieles en más de sesenta millones, y bajando al sur llegaron a la India, donde igualmente establecieron una floreciente comunidad. Esta iglesia quedó naturalmente en comunión con el centro de la jerarquía nestoriana, con el católico de Seleucia-Ctesifonte, y estaba al margen de la comunión tanto de Roma como de Bizancio. Fue a estos cristianos a los que encontraron los portugueses cuando en el siglo XVI se hicieron presentes en la India, y ellos mismos, los cristianos indios, se presentaron a los portugueses diciendo que eran cristianos de Santo Tomás.

Los portugueses procuraron la unión de estos cristianos con Roma, y el año 1599, muchos años, por tanto, después de la visita y actividad de San Francisco Javier en la India, esta cristiandad india en el sínodo de Diamper se unió a la Iglesia de Roma y se integró en la catolicidad. La unión trajo consigo un grado importante de latinización, lo que creó un malestar que terminó en la separación de dos grupos que rompieron la comunión eclesial. Pero el grueso siguió en la Iglesia Católica, con el nombre de Iglesia siro-malabar.

De padres pertenecientes a esta confesión religiosa católica nació en Kainakary (Kerala) el 8 de febrero de 1805 un niño al que en el bautismo impusieron sus padres el nombre de Ciriaco

(Kuriakose). La familia Chavara era sinceramente cristiana, y la madre, María Torpil, se encargó con gran interés de la educación del niño. Ciriaco vivió sus primeros años a la sombra de la madre, rodeado de un gran amor. La madre lo llevaba cada mañana, en cuanto tuvo edad, al colegio de enseñanza primaria, donde obtuvo la certeza de que Ciriaco era un chico inteligente y de buenas dotes morales. Obediente y sencillo, amable y cariñoso, correspondía al amor de su madre y a la buena educación que le daban en el colegio. Su madre era devotísima de la Virgen María y a Ciriaco no se le olvidó jamás la confianza filial con que su madre la invocaba y cómo se levantaba de noche para hacer oración y rezarle a la Señora.

Ciriaco llegó a los diez años y un día alegra el corazón de su piadosa madre diciéndole que quiere ser sacerdote. Sin duda el ejemplo y la influencia de su párroco había influido en aquella decisión. El niño veía la piedad, austeridad y honda religiosidad del sacerdote y se sentía atraído por el ministerio sacerdotal. Asistía a las misas, a los bautizos, al culto vespertino. La rica liturgia que practicaba el sacerdote con su honda piedad impregnaba el alma del chico de una salsa religiosa que le hacía desear compartir la vida del amado sacerdote. Comenzó a estudiar con él el latín, las lenguas orientales, la liturgia de la iglesia malabar en profundidad. Al cabo de un año su decisión se hizo madura y firme, y le llegó la hora de pasar a un seminario, donde se le formara de manera comunitaria para el sacerdocio. Ingresó en el seminario de Pallipuram. Aquí creció en edad y en sabiduría, imitando al Maestro, y conforme pasaban los años se consolidaba la opinión de los superiores de que el alumno Chavara iba a ser un buen sacerdote. Pero hubo un momento difícil en la carrera de Ciriaco. Y fue la muerte de sus padres, que dejaba al joven como cabeza de una familia de cuatro hermanas menores, necesitadas de su protección. Ciriaco, que se dirigía espiritualmente con un religioso carmelita descalzo, consultó con él qué debía hacer. Y el religioso, viendo la sólida vocación sacerdotal del joven, le aconsejó que no dejara el seminario sino que siguiera adelante y confiara para sus hermanas en la providencia de Dios. Así lo hizo Ciriaco, y Dios no le dejó en la estacada.

Llegado el tiempo recibió las órdenes previas, y cuando ya cursaba el último año del seminario fue ordenado diácono. Y entonces tuvo un día una llamada especial. Porque el P. Tomás Palackar, junto con otro sacerdote, el P. Tomás Porukara, rector del seminario, hablaron con él y le señalaron un proyecto que ellos tenían: fundar dentro de la iglesia malabar una congregación religiosa. Y le formularon la pregunta de si se contaba con él. La congregación religiosa no iba a ser de vida contemplativa sino activa, apostólica, aunque fuertemente enraizada en una intensísima vida interior. Además la congregación tendría un carácter eminentemente mariano, y se titularía de los Siervos de María Inmaculada. El corazón del joven diácono quedó fuertemente impactado. Comprendía la belleza de la vida religiosa, su necesidad en la iglesia malabar y la mucha utilidad pastoral que podría tener. Pero él era ya clérigo secular, estaba vinculado a su diócesis y estimaba que nada podía resolver si no era en la más fina comunión con su obispo. Y por ello acudió al prelado y le abrió su corazón.

El prelado tenía puestas fundadas esperanzas en Ciriaco, a quien veía ya como un futuro y estupendo formador de su seminario. No pensaba en modo alguno oponerse a la fundación de la congregación pero estimaba que Ciriaco debería corresponder a la diócesis, que lo había formado para sacerdote, con unos años de servicio diocesano. Cumplido este servicio, recibiría licencia del obispo para unirse a la fundación. Ciriaco estuvo de acuerdo en la racionalidad de lo que el obispo estimaba. Y se fijó la fecha de la ordenación sacerdotal.

El 29 de noviembre de 1829 Ciriaco, revestido de alba y estola cruzada, se postraba en el suelo ante el altar mientras la asamblea cantaba las Letanías de los Santos. Su corazón rebosaba emoción religiosa y un enorme agradecimiento a Dios, que le había hecho nacer en el seno de una familia cristiana y guiaba sus pasos en la vida hacia la meta del sacerdocio. Ciriaco se ofreció a Dios de todo corazón para que se cumpliera en él la divina voluntad. Estaba dispuesto a lo que fuera la llamada de Dios. No le importaban los mayores sacrificios. Terminadas las letanías recibió la imposición de las manos, el obispo pronunció sobre él la oración de consagración, le dio la potestad de cele-

brar la misa y de perdonar los pecados. Era sacerdote. Sin duda pensó en su madre, que no había vivido lo suficiente para verle en el altar pero lo acompañaba desde el cielo. Y rodeado de sus familiares y amigos dijo su primera misa.

A continuación el obispo lo envió al seminario como uno de los prefectos para que ayudara a los jóvenes seminaristas a afianzarse en su vocación y responder mejor a ella. Ciriaco desempeñó con su mejor fe el encargo y a lo largo de los cursos 1829-30 y 1830-31 estuvo como prefecto en el seminario. Pero en el año 1831 el obispo daba su licencia para que los tres sacerdotes comenzaran la vida común, con la vista puesta en que a su tiempo la comunidad se formalizara como una verdadera congregación religiosa. El acto fundacional tuvo lugar en Mannanam el 11 de mayo de 1831.

La comunidad comenzó poco a poco a estabilizarse y a ampliarse. Nuevas vocaciones acudieron y los fundadores decidieron crear una obra que entendían de sumo interés pastoral: un seminario donde formar a los jóvenes para el sacerdocio, sin descartar que de entre ellos optasen por la vida religiosa los que quisieran. Este seminario se abrió en 1833 en Mannanam junto a la casa madre de la congregación, y sería el crisol de la obra, pues por ella se vería que efectivamente los reunidos tenían una seria voluntad de vivir la vida religiosa y de colaborar con la misión apostólica de la Iglesia.

Llevaban diez años de trabajo apostólico juntos cuando en 1841 el Señor llamaba a sí al P. Palackar y cuatro años más tarde también era llamado por el Señor el P. Porukara. De esta forma toda la tarea fundadora recayó sobre Ciriaco, que no se arredró por la ausencia de sus mentores sino que, maduro ya en convicciones y experto en la vida religiosa, se abrió al carisma que el Señor le daba y se decidió a hacer de fundador. Él quería dotar a la iglesia siro-malabar de una congregación religiosa que fuese moderna en el buen sentido de la palabra, es decir que comprendiese cuál era el espíritu de su tiempo y diese a él una respuesta cristiana. Buscaba nuevos métodos de evangelización y afirmaba la necesidad de que la Iglesia, en su interior, viviera una gran espiritualidad y tuviese una disciplina generalmente respetada por todos los sacerdotes. Quería que los religiosos

fuesen la punta de lanza para una penetración mayor de la Iglesia en el medio ambiente pagano, pero para a continuación plantar de verdad la Iglesia entre las gentes de la India y hacer una Iglesia Católica india unida y fervorosa.

Creía firmemente en la eficacia de los ejercicios espirituales, que fomentaba con todo empeño, y en los retiros espirituales, como hitos de la perseverancia de los buenos propósitos formulados en los ejercicios. Cientos y cientos de personas pasaron por los ejercicios predicados por el padre Ciriaco, y sintieron renovar su espíritu con la palabra inflamada y dirigida a la conciencia de los ejercitantes que el sacerdote predicaba sin cansancio. Fomentaba la eucaristía como el centro de la vida cristiana y no cejaba en su apostolado mariano, convencido de que la devoción a la Virgen María era un camino de revitalización y perseverancia religiosas.

Así llegó el año 1855, en que la jerarquía eclesiástica permitiría formalizar la comunidad como verdadera congregación religiosa. El día de la Inmaculada, a la que los religiosos se consagraban, Ciriaco y diez sacerdotes más emitían los votos religiosos, titulándose Siervos de María Inmaculada del Monte Carmelo. Su amistad con los padres carmelitas descalzos le había llevado a bascular hacia la familia carmelitana como ámbito espiritual de su congregación. Más tarde se titularán Carmelitas de la Inmaculada. Aquel día al emitir los votos religiosos toma el nombre de Ciriaco de San Elías o Ciriaco Elías, como lo llama formalmente el breve de su beatificación. Con este nombre quería hacer ver su adhesión a la familia carmelitana, que ve en San Elías su padre y mentor. El P. Ciriaco Elías quedaba como superior de la nueva fundación religiosa.

Hasta su muerte el P. Ciriaco Elías lograría abrir siete casas de la congregación. Pero no quedaría en esto. Fundaría también la congregación femenina correspondiente. Esta fundación tendría lugar en Konanmavu el año 1866. Reunió un grupo de mujeres piadosas y las animó a abrazar el ideal del apostolado y las acogió en la Orden Tercera del Carmen, a la que él mismo y sus religiosos se habían agregado en 1861 cuando lograron ser reconocidos como congregación de terciarios carmelitas de rito siro-malabar. Insistía Ciriaco a sus religiosos y religiosas en la

necesidad de un gran espíritu de mortificación y de oración, como único soporte válido de la intensa vida apostólica que las dos congregaciones llevaban.

En 1861 el anciano vicario apostólico de Verapoly, mons. Bernardin, constituyó a Ciriaco Elías vicario general de todos los fieles de rito malabar. La razón era que no aparecía nadie tan capaz como él de hacer frente al cisma surgido. Pues un falso metropolita caldeo, llamado Tomás Rochos, alegando que los fieles malabares bajo la autoridad del vicario apostólico estaban siendo apartados de su verdadera tradición eclesial, atrajo numerosas parroquias a decidirse por abandonar la obediencia a Roma y formar un verdadero cisma. Nadie como Ciriaco estaba preparado para hacer frente a esta dolorosa situación. Porque su conocimiento de la tradición y la liturgia malabar así como de la lengua siríaca lo prestigiaban altamente a los ojos de los fieles malabares. Ciriaco trabajó firmemente por recomponer la unidad, visitando las parroquias, hablando con los fieles, deshaciendo equívocos, asegurando la buena voluntad de la Santa Sede, con la que las relaciones de muchos fieles habían sido muy tensas pensando que simplemente se pensaba en latinizarlos... Al tiempo que llamaba a la unidad con Roma, proponía que se mejorara la unidad dentro de las comunidades malabares, y para ello propuso la unificación litúrgica en todas las comunidades del rito y pasó a imprimir los libros litúrgicos para que por esta edición revisada y consensuada se hiciera la liturgia en todas las comunidades. Todas las que habían desertado del campo católico volvieron a la unidad. El año 1863 Tomás Rochos se marchó pero su secretario vino de Bagdad con la pretensión de continuar el cisma. Entonces Ciriaco entabló un sereno diálogo con él, a resultas del cual el pretendido metropolita renunció a sus pretensiones y se incorporó a la comunidad católica malabar. El éxito de Ciriaco fue completo.

Preocupado siempre por la formación cuidadosa del clero, pasó a fundar nuevos seminarios, como el de Mannaman. En 1866 fundó el de Vazhakulan y en 1868 el de Elthuruth.

Ciriaco no tuvo tiempo ni dinero para publicar sus muchos escritos teológicos, místicos y pastorales, pero sintiéndose impulsado a poner por escrito sus pensamientos y experiencias re-

ligiosas, dejó una buena cantidad de escritos que, tras su muerte, fueron publicados y constituyen para la iglesia malabar una gran riqueza. Escribía en lengua malayalam.

Dedicado siempre a un intenso apostolado, le llegó la muerte en Konanmavu el 3 de enero de 1871. Y ha tenido el honor de que el papa Juan Pablo II haya acudido a su iglesia de Kottayam, en el curso de su viaje apostólico a la India, para beatificarlo el 8 de febrero de 1986.

Su obra ha crecido notablemente. Los carmelitas de la Inmaculada son hoy más de tres mil religiosos y las hermanas carmelitas, con sus dos secciones, malabar y latina, sobrepasan las cinco mil religiosas.

JOSÉ LUIS REPETTO BETES

Bibliografía

AAS 78 (1986) 1076-1078.
MARTÍNEZ, I., *Los Carmelitas,* VI (Madrid 1996).
MAURILIUS, FR., *The Servant of God Kuriakose Elias Chavara* (Tivandrum 1959).

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SAN ANTERO

Papa y mártir († 236)

San Antero sucedió en la sede romana al papa San Ponciano, relegado al destierro y muerto a poco en el mismo. El *Liber pontificalis* dice que fue griego, hijo de un tal Rómulo, y que mandó a los notarios recoger cuidadosamente las actas de los mártires.

Es tradición que murió mártir, pero del hecho no se tiene plena constancia. Sí es cierto que fue enterrado en el cementerio de San Calixto, donde el arqueólogo De Rossi descubrió la lápida de su sepultura con el epitafio Anteros. La fecha de su elección corresponde al año 235 y la de su muerte al año siguiente, siendo por tanto muy breve su episcopado en Roma.

SAN DANIEL

Diácono y mártir († s. IV)

Daniel es un mártir de Padua, probablemente del tiempo de la persecución de Diocleciano a comienzos del siglo IV, aunque se le haya situado en tiempos anteriores al hacérsele diácono de San Prosdócimo, obispo de Padua.

La existencia de San Daniel era desconocida, pero en 1075 un ciego tuvo una revelación, según la cual el cuerpo del mártir se hallaba enterrado en la iglesia de San Prosdócimo, en la cual el ciego recobró la vista. El milagro convenció a todos de la necesidad de buscar la tumba de que el ciego hablaba, y en efecto se halló un sarcófago romano de mármol dentro del cual se halló el cuerpo del santo, y una inscripción que decía: Aquí reposa el cuerpo de Daniel, diácono y mártir. El obispo de Padua hizo trasladar el venerable cuerpo a la iglesia catedral el día 3 de enero del año 1076, y por eso la memoria de este mártir se celebra el día 3 de enero. El santo mártir es ahora patrono secundario de la diócesis paduana.

4 de enero

A) MARTIROLOGIO

1. En Bolonia, los santos Hermes y Cayo (s. IV), mártires.
2. En Auvergne, Aquitania, San Abrúnculo († 490), obispo.
3. En Dijon (Borgoña), San Gregorio († 539), obispo de Langres *.
4. En Uzès, San Ferreolo († 581), obispo.
5. En Meaux (Francia), San Rigomerio (s. VI), obispo.
6. En Reims (Francia), San Rigoberto († 743), obispo, que fue expulsado de su sede por Carlos Martel *.
7. En Gante, Santa Faraílda († 745), viuda, que tras sufrir malos tratos por parte de su marido, vivió en piedad y penitencia hasta edad avanzada.
8. En Foligno, Beata Ángela († 1309), viuda, que dejó escritas sus experiencias místicas **.
9. En Santa Croce sul Arno, Beata Cristiana Menabuoni († 1310), que fundó un monasterio de monjas agustinas.

10 En Durham (Inglaterra), Beato Tomas Plumtree († 1570), presbítero y mártir *

11 En Emmitsburg (Estados Unidos), Santa Isabel Ana Bayley, viuda Seton († 1821), fundadora de la Congregación de Hermanas de la Caridad de San José **

12 En Madrid (España), Beato Manuel González García († 1940), obispo de Málaga y luego de Palencia, fundador de la Congregación de *Misioneras de Nazaret* **

B) Biografías extensas

BEATA ÁNGELA DE FOLIGNO
Viuda († 1309)

Ángela vino al mundo a mediados del siglo XIII, probablemente hacia el año 1249 La posteridad quiso inmortalizar con su nombre el de la bella ciudad que la vio nacer y que sesenta años después, en 1309, había de ser también el lugar de su sepultura. Si bien es cierto que los santos, ya en vida, son más moradores del cielo que de la tierra, no pueden, sin embargo, al igual que todos los mortales, sacudir del todo el lastre que los hace hijos de su tiempo y de su ambiente La época en que vivió la Beata Ángela presenta rasgos singulares, ricos en contrastes, como acontece siempre en toda época de transición

Las grandes ideas características de la Edad Media brillan ya en la mitad del siglo XIII con luces de atardecer. Todos los sucesos de la sociedad de entonces nos hacen pensar en el ocaso, diríamos con Huizinga, en el otoño del medievo La unidad de la «republica christiana», que naciera del consorcio del sacerdocio y del imperio, quedaba gravemente lesionada y prácticamente destruida con Federico II, en lucha constante con el papado. Al lado del imperio pululaban en Alemania las ciudades libres, y en Italia los comunes, que luchaban unas veces contra la Iglesia en favor del emperador, y otras contra éste aliados con la Iglesia, según fuera su distintivo de gibelinos o guelfos. La fe operante y entusiasta que tantos cruzados empujara hacia el Oriente languidecía con el postrer suspiro de San Luis, mientras las grandes síntesis escolásticas, expresión a la vez de la unidad y universalidad medievales, estaban perdiendo a sus geniales for-

jadores Alejandro de Hales, Santo Tomás y San Buenaventura. En 1308, un año antes que la Beata Ángela, muere Juan Duns Escoto, último gran escolástico. Pero entre las sombras crepusculares del medievo, se dibujan ya las luces del Renacimiento, con distintos cánones y nuevas ideas, que el Dante presiente y saluda en su *Vita nuova.* El geocentrismo, antropocentrismo e individualismo de la nueva era que nace, suplantan al teocentrismo y universalismo de la Edad Media que fenece. El pujante nacionalismo deshace en jirones la vieja túnica del Imperio. El Petrarca, tenido por muchos como el primer *hombre moderno,* canta las bellezas de su patria italiana y se inspira en la naturaleza y en el paisaje.

Ángela tuvo que vivir, pues, en una época fronteriza. Y en el drama de su vida, pecadora en un principio, santa después, no es difícil descubrir las huellas del ambiente en que se movió. De elevada posición, poseía riquezas, castillos, joyas y fincas. Se casó en temprana edad, y tuvo varios hijos. Tanto en sus años juveniles, como después en su estado de esposa y de madre, apuró pródiga la copa de los placeres que el mundo le brindaba. Ella misma confesará más tarde una y muchas veces sus graves desvaríos. Sin que nos veamos precisados a creer al pie de la letra la exactitud de estas confesiones, fruto más del arrepentimiento que de la verdad objetiva, no se pueden descartar tampoco los hechos que, por otra parte, están en conformidad con las circunstancias históricas que los rodean. En efecto, la cuna de Ángela fue mecida por aires nada saturados de clericalismo. Foligno, ciudad obstinadamente ligada al emperador, estaba siempre dispuesta a ponerse en pie de guerra contra cualquier pretensión del Papa. Pero la suerte de las armas muchas veces le era adversa, y uno de aquellos años sufrió una aplastante e ignominiosa derrota por parte de las fuerzas pontificias de Asís y de Perusa. ¿Quién duda que entre la distinguida estirpe de Ángela no se encontrarían entonces rabiosos gibelinos, para quienes los nombres de curas, papas y frailes venían resultando sinónimos de declarados enemigos políticos? Nos dirá Ángela más tarde que en su madre encontraba gran obstáculo para la conversión.

Pero la gracia de Dios iba obrando en lo profundo de su alma. Las circunstancias han cambiado con el tiempo. Es hacia

el año 1285. Foligno es ahora una ciudad súbdita del Papa y protegida por él. Ángela anda en sus treinta y cinco. Sus pecados de la juventud comienzan a producirle cierto escozor en la conciencia. Le llega también la prueba. En breve tiempo pierde a su madre, a su marido y a sus hijos. Huérfana de sus seres queridos, comienza a practicar la religión, pero en un principio sin apartarse del todo del pecado. Por eso hace comuniones sacrílegas, por no confesar sinceramente sus pecados. Es la hora de los confusos sentimientos; la lucha entre el espíritu y el cuerpo. Se halla sin luz, como Saulo en el camino de Damasco.

Pero allí cerca estaba Asís. «Oriente diré, que no Asís», cantó el Dante. El ejemplo de Francisco continuaba fascinando a muchas almas desde hacía casi un siglo. Para Ángela constituyó también un faro en esta noche oscura del espíritu. Un día en que se encontraba atormentada por remordimientos de conciencia, pidió a San Francisco que le sacara de aquellas torturas. Poco después entró en la iglesia de San Feliciano, donde predicaba a la sazón un religioso franciscano; se sintió tan conmovida que al bajar el predicador, se postró ante su confesionario, y, con grande compunción, hizo confesión general de toda su vida, quedando muy consolada.

El fraile se llamaba Arnaldo, cuya vida, al igual que la de nuestra Beata, no ha podido ser hasta ahora suficientemente estudiada, por falta de datos. Parece ser, sin embargo, que pertenecía a la comunidad de Asís, y que en la Orden seguía la corriente de los llamados «Espirituales», grupo que hicieron célebre, entre otros, los nombres de Pedro Juan Olivi, Ángel Clareno, Hubertino de Casale y el mismo Juan de Parma, general que fue de toda la Orden. Lo que sí sabemos ciertamente de fray Arnaldo es que, a partir de la conversión de Ángela, pasó a ser su confesor, su director y su confidente espiritual. Gracias a sus ruegos y a su pluma de amanuense, la posteridad puede saborear la *Autobiografía* de la Beata Ángela, conocida también con el nombre de *Memorial* de fray Arnaldo, verdadero tesoro de teología espiritual; donde se encierran las inefables experiencias místicas de esta alma, desde su conversión, en 1285, hasta el año 1296, en que se consuman sus admirables ascensiones hasta la contemplación del misterio de la Santísima Trinidad.

Pasman los prodigios que la divina gracia, en tan breve tiempo, ha obrado en esta alma privilegiada. Su trato íntimo con la divinidad, sus éxtasis escalofriantes, los secretos celestiales que en ellos se le confiaban, son más para admirados que para descritos. L. Leclève no duda en afirmar que Ángela de Foligno, por el crecido número de sus visiones, solamente admite parangón con Teresa de Ávila; y a ambas llama reinas de la teología mística.

Nuestra pobre fraseología humana resulta inadecuada para captar los misteriosos coloquios entre Ángela y la divinidad. La misma Beata sufría y se lamentaba, porque después de escuchar la lectura de lo que acababa de dictar a fray Arnaldo, le parecía que allí no se contenían más que blasfemias y burlas. Así son de mezquinos nuestros conceptos humanos cuando se los quiere hacer pasar por vehículos de realidades divinas.

Si estas dificultades encuentran los santos para exteriorizar sus propias experiencias, ¿qué pasará cuando los hombres se afanan por querer clasificarlas y analizarlas desde afuera y a distancia? Dejemos a los santos saborear dulcemente las inefables dulzuras nacidas del contacto íntimo con la divinidad. Las flores de la vida mística crecen, como las estrellas alpinas, en las cumbres de las altas montañas, y no a todos es dado llegar a esas alturas para disfrutar de su aroma. Unos habrán de contentarse con acampar muy cerca de la cima; otros, a la mitad; algunos, tal vez los más, apenas si habrán caminado unos pasos hacia la cúspide de la montaña. Pero lo que sí es cierto es que todos deben intentar subir la cuesta de la montaña espiritual; diríase, con otras palabras, que todos están llamados a ejercitarse en la vida ascética, mediante la práctica de la perfección, rastreando los senderos, a veces tortuosos y empinados, que conducen a las recónditas alturas de la mística. En efecto, estas dos vías, ascética y mística, no se desenvuelven a manera de dos paralelas, sino que constituyen, en el pensamiento de la Beata Ángela, las dos mitades, inicial y terminal respectivamente, de una misma vida espiritual. Así, pues, si no todos los cristianos podrán tocar con sus manos el término de esa línea ascendente, todos, sin embargo, están obligados a no desistir de lanzarse a la carrera espiritual. «Y que nadie se excuse —les advierte la Bea-

ta— con que no tiene ni puede hallar la divina gracia, pues Dios, que es liberalísimo, con mano igualmente pródiga la da a todos cuantos la buscan y desean».

Cosas admirables sobre la perfección ha dejado escritas la Beata Ángela. En dieciocho etapas va describiendo, en el primer capítulo de su autobiografía, el laborioso producto de su conversión, desde que comenzó a sentir la gravedad de sus pecados y el miedo de condenarse hasta el momento en que al oír hablar de Dios se sentía presa de tal estremecimiento de amor, que aun cuando alguien suspendiera sobre su cabeza una espada, no podía evitar los movimientos. A la Beata Ángela se le atribuyen, además de la *Autobiografía* de fray Arnaldo, unas exhortaciones, algunas epístolas y un testamento espiritual, que han merecido a su autora el ser considerada por algunos nada menos que como *magistra theologorum*. Sin ocultar el tono de exageración que el cariño de los discípulos ha puesto en este elogio hacia la madre espiritual, hay que reconocer que los discípulos de la Beata Ángela recogen lo mejor que de teología ascética habían escrito los grandes maestros de la escolástica; y colocada además providencialmente en los umbrales de una época nueva, logra transvasar a los odres del Renacimiento los vinos añejos de la espiritualidad del siglo XIII. Los aires renacentistas de acercamiento al hombre, a lo individual y concreto, la mueven a abrazar el pensamiento franciscano, que coloca a Cristo, Hombre-Dios, por centro de toda vida espiritual, ejemplar de todas las virtudes y única vía para caminar hacia la perfección. Empapada en el espíritu de San Francisco, a cuya Tercera Orden de Penitencia se incorporó desde los primeros días de su conversión, e inspirada en el pensamiento bonaventuriano, la Beata Ángela es la gran mística de la humanidad de Cristo. La imitación de Cristo-Hombre, mediante el ejercicio de las virtudes, es la meta de la ascética, así como la unión con Dios, por medio de Cristo, es la consumación y remate de la mística.

Pero la espiritualidad de nuestra Beata recibe modalidades nuevas, dentro de lo franciscano, pues mientras el cristocentrismo de la escuela franciscana, en general, se orienta hacia la encarnación, hay que reconocer que para la Beata Ángela todo gira en torno a la cruz. La pasión y muerte de Cristo es la de-

mostración más grande de amor que el Hijo de Dios ha podido dar a los hombres. Cristo desde la cruz es el «libro de la vida», como lo llama ella, en el cual debe leer todo aquel que quiera encontrar a Dios. Era tal la devoción que sentía hacia la cruz que, si le cuadraba contemplar una estampa o un cuadro en que se representaba alguna escena de la pasión, se apoderaba de sus miembros la fiebre y caía enferma. Por eso la compañera procuraba esconderle las representaciones de la pasión, para que no las viese. Sus opúsculos fueron editados varias veces, en siglos pasados, con el título significativo de *Theologia crucis*. En la meditación de la pasión era donde conocía con más viveza la gravedad de sus pecados pasados, y los lloraba con mayor dolor. Aquí es donde se decide a tomar resoluciones que dan nuevo rumbo a su vida. «En esta contemplación de la cruz —refiere ella— ardía en tal fuego de amor y de compasión que, estando junto a la cruz, tomé el propósito de despojarme de todas las cosas, y me consagré enteramente a Cristo». La pobreza, la estricta pobreza de espíritu, era la contraseña que ella exigía para distinguir los verdaderos discípulos de Cristo. Muchos se profesan de palabra seguidores de Cristo; pero en realidad y de hecho abominan de Cristo y de su pobreza. En las páginas de sus opúsculos el amante de la historia podrá descubrir las inquietudes en torno a la pobreza de Cristo que convivieron los espirituales franciscanos y nuestra Beata de Foligno.

Junto a la cruz, la Beata Ángela aprendió a ser la gran confidente del Sagrado Corazón de Jesús, muchos siglos antes que Santa Margarita María recibiera los divinos mensajes. «Un día en que yo contemplaba un crucifijo, fui de repente penetrada de un amor tan ardiente hacia el Sagrado Corazón de Jesús, que lo sentía en todos mis miembros. Produjo en mí ese sentimiento delicioso el ver que el Salvador abrazaba mi alma con sus dos brazos desclavados de la cruz. Parecióme también en la dulzura decible de aquel abrazo divino que mi alma entraba en el Corazón de Jesús». Otras veces se le aparecía el Sagrado Corazón para invitarla a que acercase los labios a su costado y bebiese de la sangre que de él manaba. Abrasada en esta hoguera de amor, nada tiene de extraño que se derritiese en ardientes deseos de padecer martirio por Cristo.

El amor que Cristo nos demostró en la cruz, se perpetúa a través de los siglos de una manera real en el sacramento de nuestros altares. La devoción a la eucaristía, tan característica de los tiempos modernos, tiene una eminente precursora en la Beata Ángela. Fueron muchas las visiones con que el Señor la recreó, en el momento de la consagración o durante la adoración de la sagrada hostia. Siete consideraciones dedica a la ponderación de los beneficios que en este sacramento se encierran. El cristiano debe acercarse con frecuencia a este sacramento, seguro de que, si medita en el grande amor que en él se contiene, sentirá inmediatamente transformada su alma en ese mismo divino amor. La Beata exhorta, sin embargo, a cada cristiano a que se haga, a modo de preparación, las siguientes consideraciones: ¿A quién se acerca? ¿Quién es el que se acerca? ¿En qué condiciones y por qué motivos se acerca?

Abrazada con Cristo en la Cruz, arrimada a su costado y confortada con el pan de vida, la Beata Ángela recibió la visita de la hermana muerte. Eran las últimas horas del día 4 de enero de 1309 cuando esta privilegiada mujer, rodeada de un gran coro de hijos espirituales, entregaba plácidamente su alma al redentor. Su cuerpo fue sepultado en la iglesia del convento franciscano de Foligno. Sobre su sepulcro comenzó Dios a obrar enseguida muchos milagros. El papa Clemente XI aprobó el culto, que se le tributó constante, el día 30 de abril de 1707.

ISAAC VÁZQUEZ, OFM

Bibliografía

Act. SS. Boll., Ian., día 1 p.186s.
BIONDI, T., *Angela da Foligno, gemma del misticismo umbro nel secolo XIII* (Foligno 1949).
BLASUCCI, A., *La Beata Angela da Foligno* (Padua 1950).
BORDONI, C., *Angela de Foligno, magistra theologorum* (Foligno 1950).
FERRE, M. J., *Le livre de l'expérience des vrais fidèles* (París 1927).
HELLO, E., *Le livre des visions et instruction de la bxe. Angèle de Foligno* (París 1914).
LECLEVE, L, *Sainte Angèle de Foligno* (París 1936).

SANTA ISABEL ANA BAYLEY SETON
Viuda († 1821)

Dos singularidades concurren en Santa Isabel Ana Bayley, viuda Seton: es la primera santa canonizada de la América septentrional y la fundadora de la primera congregación religiosa en la historia de los Estados Unidos. Su figura, además, resulta altamente señera: hija ejemplar, esposa amantísima, madre de cinco hijos, viuda, religiosa, fundadora... Para mayor abundamiento, su limpia trayectoria de fidelidad se divide entre el Anglicanismo (1774-1805) y la Iglesia Católica (1805-1821), lo que le confiere el interés ecuménico puesto de relieve por Juan XXIII cuando su beatificación en Roma el 17 de marzo de 1963, ya iniciado el Concilio Vaticano II. El correspondiente proceso canónico no se inició hasta bien comenzado el siglo XX, cuando ya no se podía contar con testigo directo alguno. Por ello, fue necesaria una rigurosa investigación histórica que dio como fruto su biografía sobria y esclarecida, que se ameniza con las aportaciones de breves escritos de la santa y algunas tradiciones fiables dentro de la congregación por ella fundada.

Nació en Nueva York en 1774 y en un día muy señalado: el 28 de agosto, fiesta de San Agustín. Juan XXIII considera que con razón se le pueden aplicar las palabras del Santo: «Se exhalaba tu verdad en mi corazón y de él brotaba el afecto piadoso» *(Conf.* 9,6). En efecto, floreció desde la infancia poseída por la luz de la fe y el suave ardor de la piedad. Sus padres, el prestigioso médico Ricardo Bayley y Catalina Charlton, anglicanos practicantes, aseguraron en el hogar un clima de viva religiosidad. La madre murió muy pronto y ello explica el tierno amor que siempre sintió hacia el progenitor, que cuidó muy directamente de su formación. Compartía con él la afición por la literatura y la música y el interés por los pobres. Siendo investigador y profesor relevante, prefirió ejercer la medicina entre las clases más desheredadas. Así contrajo en 1801 la fiebre amarilla, causa de su muerte.

La fe inicial de la santa se nutrió de la asidua escucha de la palabra de Dios y de la participación en las celebraciones de la Cena del Señor, a las que unía el examen íntimo de sus obras e intenciones. A los 18 años, seguramente estimulada por los

ejemplos de su padre, concibió la idea de una casa de acogida para niños necesitados. Fue una premonición de la que había de ser la obra más perdurable de su vida. En 1794, con veinte años, contrajo matrimonio con Guillermo Magee Seton, perteneciente a una renombrada familia de comerciantes. Entre los contactos que mantenía con Europa figuran los hermanos Filicchi, de Livorno. Seton fue el único y gran amor de Isabel Ana. Tuvieron cinco hijos: Ana María, Ricardo, Guillermo, Catalina Josefa y Rebeca. La falta de salud del esposo repercutió progresivamente en el quebranto económico de la familia. Los médicos aconsejaron un cambio de clima como único remedio posible para atajar la tuberculosis avanzante. Los hermanos Filicchi les ofrecieron acogida, y el matrimonio se embarcó para Italia llevándose consigo a Ana, la hija mayor.

Pero la llegada a Livorno les deparó una gran prueba: las autoridades sanitarias, ante la avanzada tuberculosis, impusieron la hospitalización, y hubo que internarlo en un modesto sanatorio de Pisa para evitar el contagio. Allí falleció, a los 35 años de edad y nueve de casado. Los hermanos Filicchi, Antonio y Felipe, se portaron con Isabel como verdaderos hermanos. Antonio y su esposa la acogieron en su propia casa durante algunos meses: fueron decisivos para que se orientase hacia la Iglesia Católica, al observar la vida cristiana de aquella familia, y especialmente su fe en la presencia real de Cristo en la Eucaristía y su devoción a la Virgen. Bien puede decirse que entre Isabel y los Filicchi hubo un prolongado y distendido diálogo ecuménico. Felipe, que hablaba inglés, llegó a traducir para ella páginas enteras del catecismo católico.

Cuando decidió regresar a los Estados Unidos, a comienzos de 1804, Antonio Filicchi se determinó a acompañarla y completar durante el largo trayecto marítimo la instrucción católica. La decisión de integrarse en la Iglesia estaba ya tomada. Como cabía temer, la oposición de los suyos fue grande, y no digamos la de su antiguo mentor espiritual el pastor anglicano Juan Hobart, del que ciertamente había recibido gran ayuda para su vida interior; pero Antonio Filicchi continuaba a su lado y pronto contó, además, con el apoyo de sacerdotes católicos y del obispo Caroll. Ella misma nos cuenta una experiencia conmovedo-

ra: cuando acudía a la parroquia anglicana de San Pablo, dirigía la mirada a los ventanales para divisar la muy próxima iglesia católica de San Pedro, adorando a Cristo allí realmente presente e invocando la protección del Príncipe de los Apóstoles.

Fue precisamente en esta iglesia de San Pedro donde, el 27 de febrero de 1805 (Miércoles de Ceniza), se le disiparon de súbito todas las dudas. La fe firme en la presencia real de Cristo en la Eucaristía fue el motivo determinante de su conversión. Pocos días después, el 14 de marzo, entró con sus cinco hijos en la Iglesia Católica y recibió la primera comunión, previa la confesión sacramental. Tenía 31 años y un clarísimo programa inmediato: la atención de sus hijos y la defensa y propagación de la fe católica. El 26 de mayo del año siguiente (1806) recibió el sacramento de la confirmación de su gran benefactor Mons. Caroll, ya obispo de Baltimore, y a esta ciudad se trasladó en 1808 para realizar el sueño de su juventud: abrir una escuela para niños pobres. Pronto se le agregaron algunas jóvenes que comenzaron a vivir con ella como religiosas, atendiendo preferentemente a otras jóvenes pobres y desamparadas. El obispo Caroll velaba por Isabel y la consistencia de su obra. Siguiendo sus orientaciones y con la ayuda de un generosísimo donante se estableció en Emmitsburg en 1809, constituyendo la Congregación de Hermanas de la Caridad de San José, según la regla de las Hijas de la Caridad de San Vicente de Paúl, adaptada preferentemente a la educación de los más necesitados.

El 21 de julio de 1813 hizo los votos con diecisiete discípulas. Su hija Ana había figurado entre las novicias, pero le sobrevino la muerte antes de esta fecha, habiendo emitido los votos en el extremo de la enfermedad. Fue directora general de su congregación hasta su muerte en Emmitsburg el 4 de enero de 1821, a los 46 años. La institución llevaba 12 años de existencia y sólo contaba en este momento con cincuenta monjas repartidas en unos cuantos colegios y orfelinatos. Las había formado muy bien con su sabiduría, su ejemplo y su intrepidez: fue verdaderamente madre y maestra. Supo, además, aplicar el espíritu de San Vicente de Paúl a los problemas más candentes, y así es considerada como una valiente propugnadora del antiesclavismo, pues abrió las puertas de sus centros educativos a muchachas de color.

En la Congregación se conservó inalterable el recuerdo de su paz y de su permanente alegría y buen humor en medio de los sufrimientos. Era un corazón sin hiel, rebosante de la dulzura inconfundible de los corazones purificados por el sufrimiento: la pérdida del esposo, del padre y protector, de dos de sus hijas, la tuberculosis latente que se manifestó al fin de forma galopante... Muerta ella, su obra creció como el grano de mostaza, hasta contar, en el momento de su canonización, con más de ocho mil religiosas, distribuidas en seis congregaciones implantadas principalmente en los Estados Unidos y Canadá.

Dato interesante del período de búsquedas y ramificaciones es que 345 religiosas de la primitiva institución pasaron a las Hijas de la Caridad de San Vicente de Paúl el 7 de julio de 1849, lo que propició grandemente la implantación de esta importantísima congregación en los Estados Unidos. La madre de tantas religiosas, fue también la madre viuda —¡y qué madre!— de cinco hijos. ¿Cuál fue la suerte de éstos? Ana, la primogénita, falleció en sus brazos a los 17 años, tras emitir los votos; Ricardo y Guillermo, a los que apoyaron los hermanos Filicchi, entraron en la Marina; aquél falleció a los 25, y Guillermo formó una familia católica de siete hijos, de los cuales Roberto fue arzobispo. Catalina Josefa fue monja profesa en la congregación de su madre; Rebeca falleció también en brazos de Isabel Ana a los 14 años.

He aquí una santa que igual puede ser venerada por los anglicanos que por los católicos. Los que en Livorno la trataron la llamaban «la santa protestante». Ella pudo repetir con entera propiedad las mismas palabras del gran cardenal Newman, también llegado del Anglicanismo: «Yo no he pecado nunca contra la luz». Desde nuestra perspectiva podemos decir que, fiel siempre a la iluminación de la Gracia, fue de luz en luz, hasta el sol pleno de Cristo presente en la Eucaristía. Fue canonizada el 14 de septiembre de 1975 por Pablo VI en la Basílica Vaticana.

JOSÉ M.ª DÍAZ FERNÁNDEZ

Bibliografía

CUZZOLINA, M. C., *Elisabeth Ann Seton, a woman of prayer* (Nueva York 1993).

DIRVIN, J. I., *Beata Madre Elisabeth Seton, fondatrice delle Suore Americane di Carità* (Turín 1963).

— *The soul of Elisabeth Seton: a spiritual portrait* (San Francisco 1990).
POINSENET, M. D., *Isabel Seton. Sólo busco a Dios y a su Iglesia* (Salamanca 1977).

BEATO MANUEL GONZÁLEZ GARCÍA
Obispo († 1940)

De los santos españoles del siglo XX fue seguramente el Beato Manuel González García el que ya en vida gozó de mayor popularidad: el célebre Arcipreste de Huelva, el famosísimo obispo de Málaga y de Palencia. Después de su muerte creció la fama hasta convertirse en clamor fervoroso pidiendo su beatificación. Juan Pablo II lo beatificó el 29 de abril de 2001.

El decreto por el que declara heroicas sus virtudes se inicia con las siguientes palabras de Vaticano II: «En la Santísima Eucaristía está contenido todo el bien espiritual de la Iglesia, es decir, el mismo Cristo» (PO 5); y nos ofrece ya de entrada la mejor interpretación de su vida: «La Eucaristía, culmen y fuente de toda la vida cristiana, fue lo más importante en la vida y el ministerio de Manuel González García, el cual celebrando la Eucaristía, adorando y contemplando acrecentó el amor de Dios y al prójimo, se configuró conforme al divino Pastor al servicio de la grey y transmitió la luz del Evangelio y de la Cruz en la Iglesia y en el mundo». Así es: el fulgor de la Eucaristía ilumina toda su trayectoria desde la infancia hasta, literalmente, su sepulcro.

Con el sol y la alegría de Sevilla la gracia se vertió en él abundantemente hasta florecer en regocijo y santidad. Nació en Sevilla el 25 de febrero de 1877 en un hogar humilde que algo nos evoca a Nazaret: el padre, carpintero al servicio del Colegio Salesiano, algo tuvo que asimilar del espíritu de Don Bosco; la madre, costurera. Fue el penúltimo de cinco hijos. Algo dice también de la piedad de este hogar la sarta de nombres que recibió en el bautismo el 28 del mismo mes de febrero, en la iglesia parroquial de San Bartolomé: Manuel Jesús de la Purísima Concepción y Antonio Félix de la Santísima Trinidad. Hizo la primera comunión el 11 de mayo de 1886, cumplidos los nueve años. El dato más vistoso de su infancia dice relación alegre a la Eucaristía y a la Virgen. Logró la gran ilusión que dejó huella en

su vida: formar parte de los famosos *seises* de la catedral de Sevilla, el grupo de niños que, repicando las castañuelas, canta y baila con canciones del siglo XVI ante el Santísimo expuesto en la solemnidad de Corpus y en la fiesta de la Inmaculada. Sus trajes, también del siglo XVI, son muy lucidos: juboncillo rojo o azul celeste, y calzón corto de seda blanca, como las medias. Así, su devoción a la Eucaristía y a la Virgen se tiñeron muy pronto de la alegría más pura que luce Sevilla.

El clima espiritual se veía muy favorecido por la ejemplaridad de vida de algunos presbíteros, y en el secreto de su corazón brotó la vocación al sacerdocio. Sin decir nada a sus padres, se presentó al examen de ingreso en el Seminario a los doce años, comunicándoles luego la admisión. Debido a la pobreza familiar, cursó los estudios en condición de fámulo, es decir, gratuitamente a cambio de trabajar para el centro. En la trayectoria de su carrera eclesiástica está atestiguada su piedad, su disciplina y el éxito en los estudios, coronados con el Doctorado en teología en julio de 1901, siendo ordenado presbítero el 21 de septiembre. Sus últimos años de seminarista y los cinco primeros de sacerdote coinciden con los del pontificado del arzobispo Beato Marcelo Spínola (1895-1906), nombrado cardenal por Pío X pocos meses antes de morir. Fue un arzobispo decididamente renovador, atento a los problemas sociales y a la prensa, y tuvo ya en vida fama de santo. Su presencia influyó poderosamente en nuestro D. Manuel De él recibió el presbiterado y el nombramiento clave de su vida: Arcipreste-párroco de San Pedro de Huelva en 1905, cuando sólo tenía 28 años.

¿Qué movió a D. Marcelo Spínola a nombramiento tan precoz? Recién ordenado sacerdote, D. Manuel había sido enviado a dar una misión en Palomares del Río, y aquí recibió una singular gracia de Dios que lo marcó definitivamente. Al procurar informarse de la situación religiosa de la localidad, antes de entrar en acción, recibió las impresiones más desalentadoras. Él mismo nos cuenta su reacción:

> «Fuime derecho al sagrario [] y ¡que sagrario, Dios mio! ¡Que esfuerzos tuvieron que hacer alli mi fe y mi valor para no salir co rriendo para mi casa! Pero, no hui Alli de rodillas [] mi fe veia a un Jesus tan callado, tan paciente, tan bueno, que me miraba que me decia mucho y me pedia mas [] La mirada de Jesucristo en

esos sagrarios es una mirada que se clava en el alma y no se olvida nunca. Vino a ser para mí como punto de partida para ver, entender y sentir todo mi ministerio sacerdotal».

Es bien posible que con confianza filial contase ésta y otras experiencias a su propio arzobispo, sevillano, además, como él. En todo caso, D. Marcelo demostró conocerlo muy a fondo al enviarlo a Huelva. Serán diez años de entrega pastoral sin límites, a los niños («Pan y catecismo»), a las familias, a los pobres, con continuas iniciativas siempre sazonadas de alegría y contagioso optimismo, capaz de vencer, día a día, el ambiente hostil. El Arcipreste de Huelva pronto se hizo famoso en toda España, y muchas de sus iniciativas, y sobre todo su programa de vida centrado en el sagrario, influyeron grandemente en amplios sectores del clero español.

Su primer libro publicado, *Lo que puede un cura hoy,* supuso una inyección de ánimo para muchos sacerdotes. De sus años en Huelva es también la publicación de la revista *El Granito de Arena,* que pronto contó con suscripciones en todas partes. Justo en el año central de su estancia en Huelva (1910), después de cinco años pidiendo limosna para fundar escuelas y socorrer a los pobres, se dirige a las más fieles colaboradoras de su actividad apostólica, invocando su atención «en favor del más abandonado de todos los pobres: el Santísimo Sacramento. Os pido una limosna de cariño para Jesucristo sacramentado [...] Os pido por el amor de María Inmaculada y por amor de ese Corazón tan mal correspondido, que os hagáis María de esos sagrarios abandonados». Así, con la sencillez del Evangelio, nació la Obra para los Sagrarios-Calvarios, que en sus dos secciones de Marías de los Sagrarios y Discípulos de San Juan se extendió rápidamente, dando paso enseguida a la Reparación Infantil Eucarística.

Ya obispo, había de constituir, en 1918, los Sacerdotes Misioneros Eucarísticos Diocesanos, la Congregación de Misioneras Eucarísticas de Nazaret (1921), y en colaboración con su hermana Antonia, la institución de Misioneras Auxiliares Nazarenas (1932) y la Juventud Eucarística Reparadora (1939). Son fundaciones que jalonan toda su existencia sacerdotal y episcopal. Hoy forman la gran familia denominada Unión Eucarística Reparadora. D. Manuel sintió especial devoción por San Pío X,

el Papa de la Eucaristía que eligió como lema: «Instaurarlo todo en Cristo». La sintonía fue perfecta. En 1912, el 28 de noviembre, fue recibido en audiencia por Su Santidad, a quien fue presentado como el «apóstol de la Eucaristía». El Papa se interesó por toda su actividad y bendijo su obra.

Su nombramiento para Obispo Auxiliar de Málaga, en 1915, por el papa Benedicto XV, a sus 38 años, fue motivo de gran alegría en toda España. El obispo residencial Juan Muñoz Herrera se hallaba muy disminuido, lo que explica la pronta designación de Administrador Apostólico con plenos poderes. Muñoz Herrera falleció en 1919 y D. Manuel fue nombrado obispo residencial de Málaga al año siguiente. Hay datos que denotan un talante apostólico de excepción: D. Manuel celebró su toma de posesión como obispo residencial de Málaga dando un banquete a los niños pobres, en vez de a las autoridades; éstas, junto con los sacerdotes y seminaristas, sirvieron la comida a los tres mil niños. Quedaba así denotado el nuevo estilo de un santo obispo sevillano para su grey andaluza: conversación callejera con todos los que encontraba en su camino, escuelas y catequesis parroquiales... Pero, por encima de todo, estaba el binomio eucaristía-sacerdocio, y el doble problema de la escasez de sacerdotes y el lamentable estado del seminario malagueño: ¡hacía falta un seminario material y espiritualmente nuevo!

Fue su sueño pastoral *(Un sueño pastoral):* «Un seminario sustancialmente eucarístico, en el que la Eucaristía fuera, en el orden pedagógico, el más eficaz estímulo; en el científico, el primer maestro, y la primera asignatura; en el disciplinar, el más ágilmente inspector; en el ascético, el modelo más vivo; en el económico, la gran providencia, y en el arquitectónico, la piedra angular». Con este programa, quedaba señalado un camino eucarístico de santidad: «llegar a ser hostia en unión con la Hostia consagrada», lo que significa «dar y darse a Dios y en favor del prójimo del modo más absoluto e irrevocable». Tal opción recibe un nombre: victimación. D. Manuel González fue en Málaga víctima de su celo apostólico.

Con la llegada de la República comienzan para él las grandes persecuciones. El 11 de mayo de 1931 le incendian el palacio episcopal y tiene que esconderse en un domicilio particular, del

que huye a Gibraltar, para evitar el peligro de sus protectores. De Gibraltar se traslada a Madrid. Aquí vive en un modesto apartamento rigiendo la diócesis a distancia. La situación se hace insostenible y Pío XI lo nombra obispo de Palencia, la diócesis que había dejado vacante su metropolitano de Granada D. Agustín Parrado. Tenía entonces 58 años. En Palencia permanece durante toda la guerra civil, sin conocer devastaciones en su propia diócesis pero sufriendo en su propia carne el dolor y el martirio de tantos sacerdotes y obispos asesinados, entre ellos los de Guadix y Almería, de la misma provincia eclesiástica de Granada, ya beatificados. En Málaga hasta profanaron la capilla del Seminario y aventaron los huesos de sus padres, que allí había depositado con amor filial. Debilitado y achacoso proseguía su camino eucarístico-pastoral. La melancolía se le reflejaba a veces en los ojos, sin que dejasen de estallar brotes de humor disonantes del temple frío de los castellanos viejos.

Dejo constancia de una anécdota recogida por mí en Palencia, en 1949, de labios de un sacerdote fehaciente: cuando la toma de Bilbao, hubo una manifestación patriótica que terminó con una salve a la Virgen, seguida de los vivas de rigor, dados por el propio obispo. Tenía que terminar con un «Viva Bilbao», pero el genio sevillano lo traicionó: «¡Viva el bacalao a la vizcaína!». Los palentinos no supieron reaccionar y el «viva» se quedó sin respuesta. A su muerte muchos palentinos tenían la impresión de no haberlo comprendido. Él los comprendió mucho mejor, y es fama que solía repetir: «En Andalucía gasté mis mejores energías en enseñar el catecismo a los niños, en Palencia me encuentro con que tienen el catecismo bien sabido».

Falleció a los 63 años, el 4 de enero de 1940, y fue enterrado en la catedral de Palencia conforme a la cláusula testamentaria que fue grabada en su lápida sepulcral: «Pido ser enterrado junto a un sagrario, para que mis huesos, después de muerto, como mi lengua y mi pluma en vida, estén siempre diciendo a los que pasen: ¡Ahí está Jesús! ¡Ahí está! No lo dejéis solo».

Sus escritos siguen instruyendo y transmitiendo amor a la Eucaristía, en nuevas ediciones: *El abandono de los sagrarios acompañados, Oremos en el sagrario como se oraba en el Evangelio, Artes para ser apóstol,* etc., etc. En la homilía de su beatificación en Roma el

29 de abril de 2001, Juan Pablo II proclamó: «El Beato Manuel González es un modelo de fe eucarística, cuyo ejemplo sigue hablando a la Iglesia de hoy».

JOSÉ MARÍA DÍAZ FERNÁNDEZ

Bibliografía

AMIGO VALLEJO, C., OSORO SIERRA, C. y PALMERO RAMOS, R., *Beato Manuel Gonzalez: el obispo de la eucaristia, visto por tres obispos* (Madrid 2001).

CAMPOS GILES, J., *El obispo del sagrario abandonado* (Madrid [5]1983)

CERRO CHAVES, F., *Orar con el obispo de la eucaristía (Don Manuel González)* (Burgos 1998).

PALMERO RAMOS, R., *Beato Don Manuel Gonzalez, el obispo de la eucaristía* (Burgos 2001).

SÁNCHEZ TRUJILLO, P., *La gracia del Beato Manuel González García· modelo y maestro de catequistas* (Madrid 2001)

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SAN GREGORIO DE LANGRES
Obispo († 539)

Primero fue a lo largo de muchos años un seglar que, hijo de una distinguida familia, obtuvo el cargo de conde o gobernador en Autún, y cuando llevaba muchos años en este ejercicio, luego de haber estado casado y tenido hijos, decidió dedicarse al servicio del Señor, y tuvo en el ministerio el mismo crédito que había tenido en el desempeño de su cargo político.

El clero y el pueblo de Langres, población de Borgoña, pese a ser ya hombre mayor, lo eligió para su obispo, y él puso lo mejor de sí en el ejercicio del episcopado. No gobernó la iglesia diocesana de Langres con la manera con que había sido gobernador. Supo distinguir entre ambos gobiernos, y el episcopal lo inspiró por completo en la mansedumbre evangélica. Hombre de oración y mucha piedad, restauró el culto al mártir San Benigno, cuyo sepulcro en Dijon restauró, siendo muy frecuente la estancia del santo obispo en esta ciudad.

Murió en Langres el 4 de enero del año 539, pero su cuerpo fue llevado, según había pedido, a Dijon y enterrado junto al se-

pulcro de San Benigno. Su fama de santo se debió a su gran mansedumbre y extrema caridad.

SAN RIGOBERTO DE REIMS

Obispo († 743)

Profesó de joven la regla benedictina en el monasterio de Orbais, del que llegó a ser abad. Su buen gobierno en la abadía atrajo sobre él la elección para arzobispo de Reims el año 721.

Fue un prelado celoso, amante de la disciplina eclesiástica y de la libertad de la Iglesia, y por este motivo chocó con Carlos Martel, el cual lo expulsó de la diócesis. Rigoberto, con evidente mansedumbre, se volvió a su abadía de Orbais, en cuya comunidad se integró como monje. Pero años después fue reclamado de Reims, y al llegar se encontró con un arzobispo intruso, al que hubo de hacer frente, hasta que cansado de reclamar un puesto que en verdad no era su aspiración profunda, dimitió del arzobispado para marchar a hacer vida eremítica, en la que perseveró hasta su santa muerte el 4 de enero del año 743.

BEATO TOMÁS PLUMTREE

Presbítero y mártir († 1570)

El día 4 de enero de 1570 fue ajusticiado en Durham como traidor este sacerdote que había tomado parte activa en la rebelión contra Isabel I, protagonizada por los católicos en 1569 y tendente a restaurar el catolicismo en el país. Naturalmente él no tomó las armas pero alentó a los rebeldes, y en ello no hizo sino ser consecuente con sus propias convicciones.

Él de joven había estudiado en Oxford y luego de graduarse había sido nombrado rector de Stubton en el condado de Lincoln, de donde él era natural. Pero cuando Isabel I impuso nuevamente el acatamiento al «Acta de Supremacía» y al de «Uniformidad», él dimitió de su cargo y se dedicó a dar clases en Lincoln. Posteriormente conoció al conde de Northumberland, Beato Tomás Percy, el cual lo hizo su capellán.

Cuando en 1569 el conde de Northumberland junto con el de Westmoreland organizó la llamada rebelión del Norte, Plumtree animó a los rebeldes, de los que llegó a ser llamado el predicador, celebró misas masivas en las tierras que cayeron en poder de los rebelados y él fue el oficiante de la misa celebrada el 4 de diciembre de 1569 y en la que una gran masa de gente se reconcilió con la Iglesia Católica.

Vencidos los rebeldes, la Reina dio orden de hacer castigos sonados, y así fueron ejecutadas muchas personas, entre ellas Plumtree y también Northumberland, que lo fue dos años más tarde que Tomás. Ambos fueron beatificados por León XIII el 9 de diciembre de 1886.

5 de enero

A) MARTIROLOGIO

1. En Alejandría de Egipto, Santa Sinclética (s. IV), virgen y ermitaña.
2. En Cartago, San Deogracias († 457), obispo, que rescató muchos cautivos
3. En Roma, Santa Emiliana, virgen, tía del papa San Gregorio Magno (s. VI).
4. En la Bretaña Menor, San Convoyón († 868), abad, fundador de varios monasterios *.
5. En Londres, San Eduardo el Confesor († 1066), rey de Inglaterra **
6. En Valkenberg (Limburg), San Gerlac († 1165), ermitaño.
7. En Todi (Umbría), Beato Rogerio († 1237), presbítero y religioso franciscano, discípulo de San Francisco.
8. En Angers, los beatos Francisco Peltier, Santiago Ledoyen y Pedro Tessier, presbíteros y mártires durante la Revolución Francesa († 1794).
9. En Filadelfia (Estados Unidos), San Juan Nepomuceno Neumann († 1860), obispo, religioso redentorista **.
10. En Génova, Beata María Repetto († 1890), virgen, religiosa de las Hermanas de Nuestra Señora del Refugio en el Monte Calvario *
11. En Dublín (Irlanda), Beato Carlos de San Andrés Houben († 1893), presbítero, de la Congregación de la Pasión del Señor *.
12. En Jazlowice (Ucrania), Beata Marcelina Darowska († 1911), viuda, fundadora de la Congregación de Hermanas de la Inmaculada Concepción **.

13. En Espoleto, Beato Pedro Bonilli († 1935), presbítero, fundador del Instituto de Hermanas de la Sagrada Familia **.

14. En Zaragoza (España), Beata Genoveva Torres Morales († 1956), virgen, fundadora de la Congregación de Hermanas del Sagrado Corazón de Jesús y de los Santos Ángeles **.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

SAN EDUARDO EL CONFESOR
Rey de Inglaterra († 1066)

Para hacer historia de los siglos próximos falta perspectiva, para narrar la vieja historia faltan datos y sobran leyendas. «Y el historiador perfecto, al propio tiempo que debe poseer imaginación bastante para dar a sus narraciones interés y colorido, debe asimismo dominar tanto su arte y por tal modo que se contente con los materiales acopiados por él y se defienda de la tentación de suplir los vacíos que halle con añadiduras de su propia cosecha». Así opinaba de la historia lord Macaulay.

Por otra parte, la historia se simplifica excesivamente con la lejanía. También de lejos todo resulta pardo. Por eso la Edad Media se ha vuelto torneo, cruzada y lirismo a través de crónicas irresponsables y películas ligeras. A sus hombres se les ve sencillos, ingenuos y de una sola cara. Tan sólo admitimos la excepción de algún que otro «malo» cinematográfico medieval. Comparamos con nuestros años, y el balance final indiscutible es que «fue mejor todo tiempo pasado». Quizá se busca así una justificación de la propia debilidad al querer ver la fidelidad a la Ley divina como más fácil en otros aires temporales. También porque lo vivo es empecinadamente discutido mientras lo muerto se dulcifica, se atenúa y reduce a una visión comprensiva y simplista. La hora de la muerte es de alabanza.

«Jamás se dirá bastante mal de la Edad Media, pero, sobre todo, nunca se dirá bastante bien». Esta verdad de Federico Ozanam es la que se ve evidente al meditar la vida del santo rey inglés, en la que lo adverso es pan de cada día y lo bueno es el personaje, en realidad sólo el protagonista, en brega con todo

un ejército de circunstancias adversas a toda existencia facilitada. Éste es el haz y el envés de su época.

Aquel tiempo tenía su armazón social en las leyes naturales, la caridad y Cristo. Y aquí su maravilla. Porque la consistencia de sus costumbres era la justicia informada por la caridad. Vale decir —escribe Enrique Rau— que todo el orden social temporal era como una mansión pasajera donde el hombre reponía sus fuerzas corporales en marcha hacia la eternidad; el destino temporal del hombre se consideraba como un medio providencial de realizar el destino eterno sobrenatural. Ni un momento de la vida real, ni un aspecto, ni una clase social, ni trabajo alguno, por humilde que fuera, se creían separables de la religión. Toda la vida era considerada «deber de estado» y transformable en materia apostólica. También es cierto que la humanidad medieval tenía de la naturaleza concepto de escala hacia Dios, y San Francisco oraba al libre aire de los campos italianos, y allí era su púlpito, bajo los tornavoces de hojas verdes, y allí sus éxtasis, y allí los capítulos de su Orden, abrigados por unas leves vegetales esterillas. El ideal de hombre era el de «caballero», y el de mujer el de dama y reproducción de la más cantada mujer y bendita Madre de Dios, *Nossa Senyora.* El caballero había de ser leal, idealista, cristiano y compasivo. La mujer, pudorosa, devota y muy de casa. La sociedad armónica y religiosa en común. El Papado fuerte. La Monarquía responsable y la cultura teológica.

Pero no hay luz sin sombra. La belleza está en el claroscuro. Son esas sombras las que hacen posible ver la luz. Y son ellas las que unos historiadores sólo aprecian y otros se afanan en olvidar.

Los principios de la Edad Media fueron particularmente tenebrosos. Tuvo la Santa Iglesia que domeñar naciones nuevas indómitas y nacidas de la ley de la violencia, la sangre y el más fuerte. Hubo de bautizar las espadas y tornar al hosco guerrero violento en «apoyo y protección de la Iglesia, de viudas y de huérfanos, rendido servidor de Jesucristo». Fue su tarea signar con la cruz, bendecir la guerra y darla fin justo —«Cruzada»—, implantar el amor con las treguas y el derecho de asilo, restaurar la ley —precisamente en la obra de Eduardo III se apoya el derecho común de Inglaterra—, elevar a la mujer y, sobre todo, li-

brar la gran batalla por la independencia eclesiástica, en su misión salvadora, en relación con el poder civil. En los años de San Eduardo —1004-1066— fueron por este motivo los más enconados encuentros. Las turbulencias políticas de los Estados Pontificios, la rivalidad de los señores, la venalidad de algunos eclesiásticos, la investidura, daban frutos de violencias, astucias, rebeldías y crímenes. Lo consolador es que la conciencia de haber pecado estaba sensibilizada por una verdadera fe. No sucede así hoy día.

Los primeros Pontífices contemporáneos de Eduardo —Juan XVIII y Sergio IV—, apoyados en su elección por Giovanni Crescencio, le debieron sumisión política. Benedicto VIII y Juan XIX sufrieron lo mismo con los condes de Túsculo. Benedicto IX fue indigno del Solio y, elegido antes de los veinte años, guerrero, político y ambicioso. Pero la asistencia divina veló siempre por la indefectibilidad de la Santa Iglesia y la pureza de su Dogma a través del gran monje Hildebrando, que, todo un carácter, fue apoyo y consejero de seis Papas desde Gregorio VI.

Eduardo recibía nuevas tristes de Roma: los ingresos de la Iglesia estaban en manos ajenas, las basílicas se caían en ruinas, y los bandidos infestaban la ciudad. Murió Dámaso II cuando Eduardo contaba treinta y ocho años. Murió quizá envenenado. Y la silla de Pedro fue crisol de santificación una vez más: San León IX, apoyado en el criterio de Hildebrando y animado por el fuego de San Pedro Damián, en medio de guerras, traiciones y obscuridades, se empeñó en una reforma general. El cisma oriental le preocupó y se hizo insoluble humanamente cuando su sucesor Víctor II. Eduardo murió en 1066, mientras en Milán se libraban batallas finales contra la reforma de Alejandro II. Un Pontífice que, codo con codo con el rey, había elevado el ambiente eclesiástico inglés.

Ésta es la panorámica del Alto Medievo que a San Eduardo tocó vivir. Sobre este fondo vivió su santidad. Le sería precisa una fe a prueba de cismas y de antipapas. Hoy la fe moderna en la designación divina de los Papas apenas es tal. Son los pontífices modernos tan a las claras indiscutibles hombres de Dios que todo es aliciente para la admiración, la obediencia y el amor.

No les han faltado pruebas, guerras y críticas, traiciones de quienes se sirven de la Iglesia para su programa, sin servirla, su primado e infalibilidad fue discutido entonces y ahora. Pero Dios tiene siempre santos de reserva y se llamaron en Canosa San Gregorio VII y hoy Pío IX, León XIII, San Pío X y los últimos Papas. Los poderes del infierno no podrán con la Santa Madre Iglesia.

La escena inglesa en que Eduardo vivió fue también violenta y en vilo. El lujo bárbaro de la corte, las discusiones violentas entre los nobles, a lo largo de los banquetes palaciegos e interminables, en los que estallaba la cólera paterna. Todo ello se aborrascó aún más con las incursiones de los piratas escandinavos, temibles por su odio al nombre de cristiano, su valor feroz y su destreza. Inglaterra sufrió en sus costas los mordiscos de los daneses, por su vecindad con los puertos de embarque. La lucha entre sajones y escandinavos se empeñó a través de seis generaciones, y fue un catálogo de crueldades en las matanzas y ferocidades en las represalias. La ruina general en las provincias, los monasterios y los lugares parecía inacabable. El amor fue uniendo matrimonios, cabezas de puente hacia una convivencia que se acercó por la mezcla de la lengua y coronó con la unidad religiosa cristiana. Pero antes había de sufrir el príncipe Eduardo toda una odisea de destierro. Con diez años conoció la huida a través del Canal, el destierro entre sus tíos, los hermanos de su madre y duques de Bretaña.

Bretaña o Normandía, donde se hablaba la bella lengua de Oc, de un paisaje húmedo, tierra fértil, bosques y viñedos, era en el siglo XI la región más civilizada de Europa. Su política, tradición, costumbres y usos eran totalmente diversos de Francia. Cada ciudad era una pequeña república y cada castillo almenado una brillante corte imperial en miniatura. El primer triunfo de la gran educadora de la humanidad, la Iglesia de Dios, se vio allí: por las artes, la literatura, el amor y la cortesía, por el gusto del culto y el Evangelio, el espíritu de hierro se fue haciendo humano. En medio de esta prosperidad la figura de Eduardo, el regio doncel exiliado, se doblaba en oración. Que de su isla llegaban las noticias de ocupación, saqueo, tiranía de Swein de Dinamarca, muerte de Etelberto, su rey y padre, y de Edmundo, el prín-

cipe heredero. Emma, su madre, que había llorado todo esto, partió un día misteriosamente. El muchacho quedó helado: iba a ser esposa de Knut, el nuevo usurpador danés. A los quince años, quizá con los ojos llorando sobre las blancas rocas de Dover, dijo una oración que tiene cadencias de salmo: «Señor, no tengo a quién volver los ojos en la tierra. Mi padre murió después de una vida de desgracias, la crueldad ha aniquilado a mis hermanos; mi madre me ha dado un padrastro en mi mayor enemigo, mis amigos me han abandonado. Estoy solo, Señor, y, mientras tanto, buscan mi alma. Pero Tú eres el protector del huérfano y en Ti está la defensa del pobre».

Su temperamento se fue modelando en la adversidad hacia un carácter reflexivo, silencioso, dulce y noble. Más que los lujos cortesanos de los duques le gustaba el vuelo ágil de los halcones, el clamoreo de la jauría, la monodia y los consejos de los monjes. Cantaban su bondad, su valor y su justicia los escaldas ingleses de villa en villa y, al morir Knut, desembarcaba en Southampton sus 40 navíos; pero, cuando soñaba con el entusiasmo de sus súbditos, encontró los aceros de sus enemigos. Emma, la madre, se descubrió como indigna del hijo y vendida al extranjero. Eduardo siempre había tenido criterio de «renunciar a la mayor monarquía con tal de no subir a un trono de sangre». Volvió a Normandía.

El destierro le amargaba más ahora que sufría el abandono de su madre y había pisado la patria. Una embajada de Inglaterra invitaba a Eduardo y Alfredo a recobrar el trono paterno. Alfredo se engañó y cayó en manos enemigas, que le atormentaron, cegaron y dejaron morir en un islote. De la familia real quedaba tan sólo el Santo, perdonando el asesinato de su padre y hermanos y lamentando la muerte del alma materna. Su vida estaba amenazada continuamente y el príncipe aprendió a vivir con una total dependencia de la voluntad divina.

Emma y Knut habían ido empujando a Eduardo a una situación similar a la que Shakespeare crearía en torno a Hamlet de Dinamarca. Precisamente en Dinamarca. Quizá fue una venganza literaria del genio inglés. Desde luego que el dramaturgo conocía las crónicas de la época porque también fue tema en su *Macbeth.* Porque la reina, mujer del usurpador de su marido, del

asesino de sus hijos, era ahora madre de Knut el Atrevido, fruto de su matrimonio con el danés. Todo lo que en Hamlet fue desazón, revancha premeditada, fue en Eduardo perdón y serenidad. Aun cuando, ya rey Eduardo y puesto en manos del duque de Kent, Godwin, gobernador de la Mercia y duque de Westsex, pernicioso y hábil, recibió sus influencias en contra de su madre. Con la prueba del juicio de Dios se desvaneció la red calumniosa con que el duque añadía leña al fuego. Godwin murió de repente en un convite, en el momento de cometer un perjurio.

Era violento y bárbaro el rey Knut, pero el mismo virginal primitivismo de su alma le inclinó a la generosidad: quiso tener cerca al desterrado, con lo que se ganaba a los ingleses. Después de treinta años de exilio volvía Eduardo a pisar Inglaterra. No transcurrió mucho tiempo cuando el rey moría en el día de su boda y los thanes le ofrecían la corona. Contaba Eduardo cuarenta años de fecunda y sufrida existencia. Olvidó todo, asentó su gobierno en la vieja ley sajona y el único anhelo fue la dicha de sus súbditos. Su madre, aborrecida por los ingleses, fue encerrada en un monasterio. Suprimió impuestos, volvió a la interrumpida tradición y previno los ataques de Dinamarca. Perdonó y no castigó, protegió al débil, fomentó la prosperidad nacional y tuvo por criterio ser padre de su reino y servir más que reinar. Su política económica de parquedad cortesana hizo inmensamente rica la Corona y la Iglesia. Los ingleses le adoraban y la palabra del rey era siempre la razonable. Según su primer biógrafo, se hizo célebre el dicho «era pobre en medio de la riqueza, su tesoro parecía el erario de los pobres y de todo el mundo: sobrio en los placeres, ni se alegraba en la abundancia ni se entristecía en la necesidad». Comprendió que la política no es la intriga, ni el propio provecho, ni los bellos discursos, sino «el desenvolvimiento de la perfección natural del hombre, fin al que el Creador ha destinado como medio a la sociedad», según escribió en nuestros días Pío XII.

De su destierro se trajo la inquietud cultural para el pueblo, al que relacionó con la culta Normandía, y, en fuerza del comercio de ideas entre ambas costas del Canal, llegó a ser la corte de Ruán a la de Eduardo el Confesor lo propio que la de Versalles a Carlos II.

Fue también espléndido en dotar iglesias y monasterios. Cuando lloraba desde Bretaña por su nación hizo voto de peregrinar a Roma si algún día podía ceñir la corona. Ante la oposición de los nobles desistió del viaje y el papa San León IX se lo conmutó por que repartiera entre los necesitados el presupuesto del viaje y levantar una iglesia a San Pedro. Ésta fue la fundación de la gran abadía de Westminster, en la que se consagran los reyes y es panteón real e ilustre de Inglaterra.

Casó con Edith, hija del desgraciado e insidioso duque Godwin, «rosa entre espinas» y capaz de comprender a su rey en el voto de continencia, que ni las súplicas de sus nobles ni el grande y tierno amor a su bella mujer pudieron hundir jamás.

Allí hubo paz y justicia, y en ella murió Eduardo III, entre la consternación del pueblo, un 5 de enero. Corría el 1066. Un siglo después Alejandro III le alzó a la santidad, el más alto pavés a que pueda ser levantado un rey.

Como una sinfonía, un *tutti* orquestal, una dilatada panorámica, ve Jorge Manrique avanzar la Edad Media hasta la trampa de la muerte:

> Las huestes innumerables,
> los pendones y estandartes
> y banderas,
> los castillos impunables,
> los muros e baluartes
> y barreras,
> la cava honda chapada,
> o cualquier otro reparo,
> ¿qué aprovecha?
> Cuando tú vienes airada
> todo lo pasas de claro
> con tu flecha.

Y se ven los pendones aéreos y coloristas, los estandartes de gules y oros, las espadas flamígeras y las corazas al sol, los corceles piafando, los castillos empinados, y los muros y los baluartes se hunden ante la Muerte, que todo lo mata con su airada flecha implacable. Hay un estandarte que aún flamea: el de Eduardo III de Inglaterra.

«Por mí los reyes reinan». Inglaterra aún llama «de San Eduardo» a su Corona.

Érase un Santo que fue rey de sí y súbdito de Dios. *God save the King.* Esta vez fue cierto. «Su reino no tendrá fin».

ENRIQUE INIESTA COLLANT-VALERA, SchP

Bibliografía

Acta sanctorum, 5 enero, t.I p.290-304; 13 oct., t.XVI p.161-162.
Analecta Bollandiana 41 (1923) 5ss.
HUNT, W., en *Dict. of Nat. Biography,* XVII (1889) 7-14 (ed. de 1938 en t.VI p.425-432).

SAN JUAN NEPOMUCENO NEUMANN

Obispo († 1860)

Nació en Prachatitz, en Bohemia, entonces parte integrante del imperio austro-húngaro, el 18 de marzo de 1811. Sus padres fueron Felipe Neumann e Inés Lebisch. En 1831, terminados los estudios filosóficos, ingresó en el seminario de Budweis, donde el 21 de julio de 1832 recibió la tonsura clerical y las órdenes menores. Poco más tarde, al leer las Cartas de San Pablo y las relaciones misionales de Federico Baraga, apóstol de los indios en el Alto Michigan (USA), deseó ardientemente marchar a los Estados Unidos de América, para atender a los emigrantes de Europa.

Esta vocación misionera puso los fundamentos de su santidad, toda modelada por la correspondencia perfecta a la voluntad de Dios, y dio una impronta apologética-práctica a sus estudios, alimentados con la mejor tradición patrística y por los maestros tridentinos y postridentinos, de modo especial por San Pedro Canisio y San Alfonso María de Ligorio. A esto añadió el estudio de las ciencias naturales y de las lenguas antiguas y modernas. Para esto último estuvo en el seminario metropolitano de Praga, donde en julio de 1835 terminó el cuarto curso de Teología.

Su ordenación sacerdotal fue aplazada por su obispo para no aumentar el número excesivo de sacerdotes en su diócesis. Esto le dolió mucho, pues le impedía seguir su vocación misionera.

El 8 de febrero de 1836, como simple clérigo, sin dinero, sin apoyo y sin meta precisa, partió para América, firmemente deci-

dido a no volverse atrás. Desembarcó en Nueva York el 2 de junio de 1836. Inmediatamente fue recibido por el obispo Juan Dubois, que el 19 del mismo mes lo ordenó de subdiácono, el 24 de diácono y el 25 de sacerdote. Lo envió a los últimos límites de su diócesis, en la zona de las cascadas del Niágara, entre Buffalo y Rochester, donde permaneció cuatro años. Su primera residencia fue Williamsville, luego North Bush, la actual Kemmore, desde donde hacía sus correrías apostólicas para atender a los colonos. Finalmente, para seguir sus ansias de perfección evangélica pidió y fue admitido en la congregación religiosa de los Redentoristas. Tomó el hábito el 30 de noviembre de 1840 en Pittsburgh. Profesó dos años más tarde en Baltimore. Entre los redentoristas crecieron sus ansias de santidad y de celo apostólico. Lo nombraron superior de la casa de Pittsburgh y viceprovincial de todas las casas de América en 1849. Desde 1851 a 1852 fue párroco de la Iglesia de San Alfonso en Baltimore. Esto no impidió sus correrías apostólicas en las que mandaba construir iglesias y escuelas y fundaba asociaciones parroquiales. En todos estos ministerios apostólicos fue modelo de santidad para todos.

No escapó a la mirada de monseñor Kenrick, arzobispo de Baltimore, tal labor apostólica y le presentó al cardenal prefecto de Propaganda Fide, Santiago Felipe Fransoni, para la sede episcopal de Filadelfia. Fue aceptada la propuesta por el Beato Pío IX y el 28 de marzo de 1852 fue consagrado obispo en Baltimore. Dos días más tarde hacía su entrada en Filadelfia.

En su diócesis incrementó sus ansias misioneras, visitando ininterrumpidamente su vastísima diócesis de treinta mil kilómetros cuadrados.

Toda visita pastoral la convertía en unos ejercicios espirituales de tres o cuatro días. A veces recorría cuarenta kilómetros para confirmar a una adolescente enferma. Fundó ochenta y nueve iglesias, en las que organizaba los ejercicios de las llamadas «cuarenta horas», y numerosas escuelas parroquiales. Al entrar en su diócesis encontró sólo dos escuelas y al morir dejó más de cien con métodos pedagógicos muy avanzados.

Reformó el seminario mayor y construyó el menor, que fue de los primeros en USA. Celebró tres sínodos importantes y

participó en los tres concilios nacionales de Baltimore. Adecentó la iglesia catedral, fundó hospitales y orfanatorios. Ayudó mucho a las diversas familias de religiosas. Todo esto en el breve tiempo de siete años y diez meses.

Murió de un infarto, en la tarde del 5 de enero de 1860, a la edad de cuarenta y ocho años. Sus funerales fueron apoteósicos.

Monseñor Kenrick lo consideró como uno de los más grandes obispos de la Iglesia y después se ha comprobado que así era en verdad. Se inició el proceso de beatificación y canonización en Filadelfia y en Budweis en 1886. La causa se introdujo en Roma en 1896. El 11 de noviembre de 1921 fue declarado Venerable y el 13 de octubre de 1963, en pleno concilio Vaticano II, fue beatificado por Pablo VI. Fue canonizado el 19 de junio de 1977.

Publicó varias obras, entre ellas tres libros de Catecismo, cartas pastorales, constituciones diocesanas sinodales, etc. También dejó inédita una gran *Summa theologica,* de unas dos mil páginas.

MANUEL GARRIDO BONAÑO, OSB

Bibliografía

AUBIN, L. X., *Un grand apôtre américain, le B. Jean Neumann, rédemptoriste* (San Leonardo de Puerto Mauricio 1963).
LUDI, M. L., *Il Beato Giovanni, Nepomuceno Neumann, vescovo de Filadelfia* (Roma 1963).

BEATA MARÍA MARCELINA DAROWSKA
Viuda († 1911)

Marcelina Kotowicz nació el 28 de enero de 1827 en Szulaki (Ucrania), fruto del matrimonio formado por Maksymilia y Jan Kotowicz, que tenían a su cargo un pingüe patrimonio agrícola. A los 12 años de edad pasó a estudiar a Odessa, donde permaneció tres años, regresando de nuevo al hogar familiar para ayudar en la administración de la granja. Cediendo a la voluntad de su padre, que se encontraba gravemente enfermo, contrajo matrimonio con Karol Darowski en 1849 y se establecieron en Zerdz (Polonia), siendo padres de dos hijos, Jósef y Karolina.

La felicidad de los nuevos esposos se vio sorprendida con la imprevista muerte, tres años más tarde, de Karol Darowski, que

falleció de tifus en 1852. A la muerte de su marido siguió, un año después, la de su primogénito Jósef, y en estas dramáticas circunstancias Marcelina decide consagrarse totalmente a Dios, pues aunque había matrimoniado, «mi verdadera vocación ha sido siempre la vida religiosa consagrada».

El año 1854 marchó a Roma, con un clima más benigno, para recuperarse de su maltrecha salud, entablando relación con el padre Hieronim Kajsiewicz de la Congregación de la Resurrección, el cual la presentó a Józefa Karska, que tenía el proyecto de fundar una comunidad religiosa dedicada a la formación cristiana de las niñas, con quien familiarizó de inmediato, sobre todo, al tener presente la situación histórica del territorio polaco, dividido entre Rusia, Austria y Prusia.

En Roma, Marcelina pronunció los votos de castidad y obediencia ante el padre Kajsiewicz, que fue su director espiritual hasta su fallecimiento, y en 1857 tuvo lugar la fundación de la Congregación de la Inmaculada Concepción (Inmaculatinas), teniendo como fundadoras a M. Józefa Karska y M. Marcelina Darowska, con el principal objetivo de trabajar por la renovación espiritual de las jóvenes enseñándoles los deberes cristianos para con la Iglesia, la sociedad y la familia, y, además, procurar la regeneración moral de la nación polaca, promoviendo, naturalmente, el culto a la Virgen Inmaculada. Madre Józefa murió de tisis en 1860, convirtiéndose M. Marcelina en superiora de la nueva familia religiosa, que estaba formada por cuatro hermanas.

Cuestiones familiares y la débil salud de su hija la hicieron regresar varias veces a su patria, aunque a partir del 3 de enero de 1861 en que pronunció los votos solemnes, su mayor desvelo estuvo en trasladar las primeras Inmaculatinas a Polonia. Eligió la ciudad de Leopoli (Austria) para establecerse, instalándose en 1863 en el palacio de los Poniatowski, considerado como el lugar de nacimiento de la Congregación. El precario estado en que se encontraba dicho edificio la obligó a afrontar numerosas dificultades, que, finalmente, logró resolver. Desde este momento la nueva Congregación comenzó a crecer rápidamente. En 1872 M. Marcelina concluyó la redacción de la *Regla,* que dos años más tarde fue aprobada por el Beato Pío IX. Se abrie-

ron dos nuevos colegios y conventos en Jaroslaw y Nowy Sácz. En Nizniów, sobre el Dniéster, se organizó una escuela gratuita «para niñas de familias empobrecidas por causa de las desgracias del país» como consecuencia de la sangrienta insurrección de enero de 1863, durante la cual se produjeron numerosas víctimas.

También se establecieron escuelas clandestinas en el territorio polaco dominado por Rusia, para promover la educación de las niñas. En cada casa existía una escuela media con un colegio para niñas y una escuela popular para niños de la zona, pues M. Marcelina quería dar a cada una de sus alumnas la posibilidad de ganarse la vida por sí mismas, según los principios que ella misma había recibido. Y aquí encontramos el carisma propio de Marcelina Darowska: a través de la educación de la mujer de manera vasta y adecuada, preparar la voluntad para hacer presente en el mundo la voluntad de Dios. Para M. Marcelina el punto central de esa formación se encuentra en la profunda relación que existe entre el Creador y la criatura, que debe responder al proyecto de Dios aceptando su voluntad, «porque cada persona está hecha de Dios, según una cierta medida».

M. Marcelina era consciente y estaba convencida de la importancia de la formación familiar: «Los principios inculcados con la mano de la madre, no se pierden, como si fueran inmortales. Se puede vacilar, pero no se olvidan nunca». La educación de la mujer, destacando la verdad religiosa como lo más importante, resultó una innovación en su tiempo que ella misma hizo presente al considerar cada persona como voluntad creadora de Dios, que la ha llamado a la vida, y a quien se debe dedicar en cuerpo y alma.

En 1904, al cumplirse los cincuenta años de su consagración a la vida religiosa, el premio Nobel de Literatura polaco Henryk Sienkiewicz le dedicó esta hermosa alabanza: *Gloria a tu sabio trabajo y honor al mérito y a la bondad.*

En octubre de 1909 se produjo un robo sacrílego en el Santuario de la Virgen de Jasna Gora (Cestochowa), Patrona de Polonia, apoderándose los ladrones de diversas ofrendas, entre ellas, las coronas de la Virgen y el Niño. Este suceso conmovió profundamente el ánimo de M. Marcelina, quien por el resto de sus

días se ofreció en sacrificio de reparación y expiación por aquel infame delito. A principios de noviembre comenzó su doloroso calvario, con fiebres que la obligaron a guardar reposo. Los síntomas de parálisis fueron más claros a partir del 15 de noviembre, recibiendo la Unción de los enfermos con gran alegría. Dos días más tarde sufrió la parálisis del lado izquierdo, en silencio y oración confiada. En la madrugada del 5 de enero de 1911 expiró, cumplida de gracia y santidad. A su fallecimiento, en las escuelas fundadas por ella acudían la tercera generación de jóvenes, que debían ser «mujeres, madres y ciudadanas del país».

Entre las gracias singulares que los devotos han obtenido por intercesión de M. Marcelina destaca el notable número de familias que se han visto incrementadas con el nacimiento de un hijo, y las numerosas curaciones de niños pequeños. El milagro reconocido para la beatificación ocurrió a Bernard Jirnov (10 de junio de 1985), quien, debido a un error de atención en el parto, nació con una parálisis neonatal del cerebro, una malatía incurable, sin posibilidad de mejoría. En abril del año siguiente (1986) comenzó la familia una devota novena a la Sierva de Dios M. Marcelina Darowska, al término de la cual el niño recuperó milagrosamente la articulación de movimientos, comenzó a hablar y a caminar correctamente.

El proceso ordinario de beatificación se abrió en la archidiócesis de Varsovia en 1958. El 15 de diciembre de 1994 Juan Pablo II promulgó el decreto sobre las virtudes heroicas de la Sierva de Dios, y en 1996, el decreto sobre la curación milagrosa de Bernard Jirnov. Fue beatificada por el papa Juan Pablo II el 6 de octubre de 1996.

ANDRÉS DE SALES FERRI CHULIO

Bibliografía

AAS 90 (1998) 14ss.
Index ac status causarum, o.c., 9; 535.
JABTORISKA-DEPTUTA, E., *Educare per il regno di Dio...* (Lublín 1996).
Martyrologium romanum, o.c., 80.
NARUSZEWICZ, P., en *Bibliotheca sanctorum* (Roma 1992) 398.
L'Osservatore Romano (6-10-1996).

BEATA GENOVEVA TORRES MORALES
Virgen († 1956)

La Beata Genoveva Torres Morales fue una religiosa cuya vida estuvo marcada, desde la hondura de la fe y el amor, por la soledad, el dolor, la humildad y la pobreza, y por la llamada del Señor a la entrega solícita y caritativa a quienes se encontraban en estas mismas situaciones. Con este propósito fundó las Hermanas del Sagrado Corazón de Jesús y de los Santos Ángeles (Angélicas), dedicadas a «aliviar la soledad de las personas que, por diferentes circunstancias, viven solas y necesitadas de cariño, de consuelo, de amor y de cuidados en su cuerpo y en su espíritu».

Su larga vida de 86 años, que transcurrió entre 1870 y 1956, es un continuo testimonio de fortaleza, de decisión, de caridad, de un temple de alma capaz no sólo de superar cualquier adversidad, sino de gustar la prueba, la tribulación, el abandono para llenarse completamente de Dios y de ese modo poderse ofrecer mejor a sus hermanos, sobre todo a los más necesitados de amor, acogida, alivio y consuelo. Es, sin duda, un apóstol del sufrimiento: su vida constituye una exhortación palpitante y seductora al valor redentor que puede tener la propia cruz unida a la de Cristo. Se la ha llamado «ángel de la soledad» o «un desafío a Dios con sus dos muletas gloriosas» porque, ya huérfana, a los 13 años tuvieron que amputarle una pierna, sin anestesia, quedando mutilada para toda su vida. En este estado, y «sintiendo la soledad para no oír más que a Dios», intrépida y decidida, se lanzó a lo que fue su don específico, el carisma que había de aportar a la Iglesia y al mundo: salir al encuentro de quienes necesitaban acogida y cariño.

Nació el 3 de enero de 1870 en Almenara (Castellón, España), una villa de unos 2.000 habitantes dedicados en su mayoría a tareas agrícolas, y ésta era la ocupación de sus padres, José Torres Seguí y Vicenta Morales Sanz. Genoveva era la menor de los seis hijos —dos niños y cuatro niñas— de este matrimonio de vida sencilla, cariñosos, muy trabajadores y buenos cristianos. Bautizaron a Genoveva al día siguiente de nacer. El sacramento de la confirmación lo recibió a los siete años, en la visita

pastoral que en 1877 hizo a Almenara el Obispo de la diócesis, don Benito Vilamitjana.

Los sufrimientos empezaron cuando, apenas cumplido un año de edad, la pequeña perdió a su padre de inesperada y rápida enfermedad; en los seis años siguientes fallecieron cuatro de sus hermanos y, cuando contaba 8 años, murió la madre. A partir de este momento su vida cambió radicalmente. Sola con su hermano mayor, José, de 18 años, se vio obligada a asumir las tareas de la casa, lo cual le impedía asistir a la escuela. Sí frecuentó con asiduidad la catequesis dominical de la parroquia y a los diez años, mezclada con las gentes del pueblo, recibió la primera comunión.

Su experiencia de soledad comenzó a hacerse presente en este momento, llenándola a veces con la lectura de algunos libros piadosos que tenía su madre, los cuales despertaron en ella una temprana fascinación por las cosas de Dios y vivo deseo de cumplir siempre su voluntad.

Su hermano era bueno y quería a Genoveva, pero, demasiado joven, a veces resultaba exigente con ella. Además, bastante serio y poco comunicativo, no contribuía a crear un distendido ambiente fraterno, que hubiera sido tan conveniente para ambos. Esto acentuaba los sufrimientos de la niña, que se veía inmersa en tensos momentos de silencio y angustia. La situación no mejoró cuando José contrajo matrimonio. Al contrario: para Genoveva aumentaron los quehaceres. Además de seguir ocupándose de las labores domésticas, a veces la enviaban a trabajar a un almacén de naranjas, debiendo entregar el reducido salario al hermano.

Esta penosa situación, el haber tenido que convertirse antes de tiempo en una verdadera ama de casa, el persistente dolor de su orfandad, los normales sufrimientos de una niña al no poder llevar una vida como las demás, la deficiente alimentación y algunos excesos al tener que caminar con frecuencia al pueblo cercano, incidieron pronto en su estado de salud, de modo que se le fue formando un tumor maligno en la pierna izquierda. A la edad de trece años, en las precarias condiciones de la propia casa, un cirujano traído de Valencia hubo de amputársela en medio de terribles dolores, al haber fallado el aparato de la

anestesia, viéndose ya acompañada hasta su muerte de sus dos inseparables muletas. Las personas que siguieron de cerca el mal de su pierna y el conjunto de circunstancias tan adversas, testimonian cómo aquella niña, en medio de sus dolores, se acordaba de Jesús Crucificado y todo lo ofrecía por la salvación de los pecadores.

El nuevo matrimonio de su hermano, que había quedado viudo, trajo un importante cambio en la vida de Genoveva a los 15 años de edad: la esposa no parecía dispuesta a tenerla en la casa y menos requiriendo algunos cuidados. José, aunque al principio trató de evitarlo, acabó viéndose obligado a buscar un centro de acogida para su hermana, y la llevó a la Casa de Misericordia de Valencia, que regentaban las Carmelitas de la Caridad.

Refiriéndose a estos primeros años de su vida, y también a su experiencia posterior, escribía Genoveva en 1943:

> «Tengo muchos años He vivido siempre sin cariño de nadie Ni mis familiares Eran lejanos Solo un hermano, y por algunos años Y ¿que era aquel servicio que prestaba yo a mi hermano a tan corta edad? ¡Cuánto bien me hizo su rigidez y exigencias suyas!»
>
> «[] Muy justamente permite Dios estar sin nombre, sin instruccion alguna Carezco de todo, necesito de todos El vivir como un pobre criado que sirve a su Señor en este mundo, sin propiedad alguna material ni apoyo propio espiritual, es vivir la verdadera vida del alma aqui en la tierra, Señor []»
>
> «¿Qué *tengo yo*? Necesidad *en mi alma* y *en mi corazon* En orden a lo material, fisicamente una mutilada, sin instruccion alguna, sin ninguna cantidad, desposeida de todo lo necesario para la vida [] ¿No es esto instrumento del poder de Dios?»

La estancia en la Casa de Misericordia fue providencial para ella. Había llegado acostumbrada precozmente a la soledad y al sufrimiento y allí, en un ambiente más sereno, afianzó su ya intensa vida espiritual, sintiendo especial devoción a la Eucaristía, al Sagrado Corazón, a la Virgen María y a los Santos Ángeles Además, las religiosas, bien conscientes de su precario estado de salud, cuidaron de ella con suma delicadeza y atenciones. Le «parecían ángeles», según propia confesión. Y viendo y agradeciendo de todo corazón su cercanía, afecto y cariño, percibió cuánto bien podía hacerse a las personas necesitadas de todo, como ella.

Durante los nueve años que permaneció en esta Casa tuvo ocasión de leer nuevos libros piadosos, de dedicarse a la oración durante muchos tiempos de silencio y de practicar con primor la costura y el bordado, que había aprendido de muy niña. Allí conoció a personas, se relacionó bien con las religiosas y con sus compañeras y se hizo amiga de una anciana que tenía fama de santa.

Muy importante providencia para Genoveva fue que en esta etapa se acogiera a la ayuda espiritual del capellán de la Casa, don Carlos Ferrís Vila, más tarde jesuita y fundador de la Leprosería de Fontilles. De él recibió buena formación espiritual y con él participó en las variadas actividades que organizaba en la Casa: ejercicios espirituales, Apostolado de la oración, Congregación Mariana, Hijas de María, retiros, etc., reforzando y cualificando así su ya frecuente práctica de la oración.

En estos años, y con estas nuevas experiencias, Genoveva fue descubriendo en sí misma una clara inclinación a la vida religiosa, por lo que solicitó el ingreso en las Carmelitas de la Caridad, la congregación más conocida y cercana. Pero en aquel momento su invalidez fue un obstáculo insalvable. Aunque para ella este hecho constituyera una nueva dificultad, le hizo comprender que su camino no era intentar el ingreso en otro instituto religioso y, dispuesta a seguir su vocación, continuó buscando la voluntad del Señor en cuanto al modo de realizarla.

Firme en este propósito, y ya con 24 años de edad, percibió que su futuro no pasaba por la Casa de Misericordia, por lo que consideró conveniente dejar aquel ambiente. Quedaban, sin embargo, en su persona unos años singularmente enriquecedores para ella: había mejorado su salud; se había ido configurando con rasgos más precisos su propia personalidad, había recibido una discreta formación espiritual y se había consolidado su vida de piedad. También había establecido algunas relaciones de amistad, entre ellas con dos señoras: Isabel Fuster, viuda y con una hija de 11 años, y Amparo Rives, soltera, de 26 años de edad. Como Genoveva, ambas eran habilidosas en el bordado y la costura y, pensando que con este trabajo podrían ganarse la vida y dedicarse a algunas obras de apostolado, se fue a vivir con ellas. Entre las tres montaron un pequeño taller y, mientras

planeaban alguna actividad como acogida de mendigos o Vela Nocturna a Jesús Sacramentado para señoras, fueron haciendo de su casa un hogar de oración y recogimiento.

Pero no tardaron en surgir las dificultades: había poco que comer y mucho que trabajar, a lo que no parecían muy dispuestas sus compañeras, lo cual empezó a constituir un nuevo motivo de dolor y soledad para Genoveva. Pero, en esta situación, conocieron al P. Juan María Solá, SI, que les presentó a dos señoras y les sugirió trasladarse a una casa más grande para poder acogerlas, como, en efecto, hicieron. A este grupo pronto se unió alguna más, con lo que surgió la idea de ampliar nuevamente el domicilio. Sin saberlo, estaba poniendo los cimientos a lo que había de ser su fundación.

Así las cosas, en 1898 un canónigo de Valencia, don José Barbarrós, se les ofreció para hablar al Sr. Arzobispo de su proyecto de Vela Nocturna, pero, dada la insegura situación ambiental —profunda crisis provocada por la derrota de España en América y Oriente—, no parecía el momento oportuno. De todos modos, para hacer espacio a nuevas residentes, cambiaron otra vez de casa y procuraban sostenerse con sus trabajos de costura y bordado y con lo poco que podían aportar las señoras que habían acogido. Con esta experiencia, Genoveva fue madurando sus reflexiones sobre el acuciante problema que estaban padeciendo muchas mujeres de entonces: el desamparo y la soledad cuando se quedaban sin familia ni hogar.

La situación pareció encontrar su rumbo definitivo cuando en enero de 1911 recibió un grato aviso: deseaba verla el canónigo don José Barbarrós. El mensaje era pedirle que, dado el sufrimiento de muchas señoras solas por viudedad o desamparo que, al tener bajos ingresos económicos, no podían vivir de modo independiente y no encontraban otras soluciones posibles, y dado que no existían lugares adecuados donde pudieran acogerse, pensara el modo de iniciar para ellas una nueva fundación. Esta propuesta coincidía con lo que desde hacía años venía preocupando a Genoveva: es necesario atender en sus necesidades, llenar de cariño y animar en su espíritu a las cada vez más numerosas mujeres que se encuentran en este género de necesidades.

Consultaron al P. Martín Sánchez, SI, director espiritual de las tres, que aprobó complacido el proyecto. Se trataba de ofrecer un nuevo hogar a mujeres solas, que aportarían la pensión que pudieran. Pero Genoveva no olvidó su antiguo anhelo, por lo que el carisma a desarrollar iría unido a la adoración nocturna de la Eucaristía.

Desde su salida de la Casa de Misericordia en 1894 hasta 1911, había buscado incesantemente la voluntad del Señor. Según sus palabras: «Me puse en manos de Dios, para cuanto pudiera querer de mí con voluntad firme de no resistirme en nada de cuanto de mí exigiera, costara lo que costara». Y en este momento le pareció vislumbrar su respuesta.

El 2 de febrero de 1911 se inauguró en Valencia la primera casa de la nueva fundación, con cuatro residentes: Genoveva, Isabel, Amparo y, de momento, una señora. Enseguida llegaron más. El objetivo estaba claro desde el comienzo: no sería un mero lugar de refugio o acogida sino un verdadero hogar, un ambiente en el que lo material y lo espiritual contribuyera a que todas y cada una de las personas se encontraran en su propia casa. Pero lo primero sería el sagrario, «porque estando Jesús, nada temo». El canónigo Barbarrós, que las estaba ayudando, les formuló un primer boceto de *Reglamento* y, a pesar de que ella no se consideraba apta, designan a Genoveva como directora.

Para comenzar, con la ayuda del P. Martín Sánchez, presentaron la naciente obra al nuevo Arzobispo de Valencia, Mons. Guisasola, que la aceptó como congregación religiosa de ámbito diocesano. Y a partir de este momento empieza a configurarse esta incipiente fundación, obra que, claramente planteada, iría perfilando los detalles que habían de caracterizarla.

Al núcleo inicial se añadieron nuevas personas, y crecían tanto las solicitudes de ingreso en la casa que se vieron obligadas a buscar otra más amplia. No faltaron las dificultades, entre otras las provocadas por sus primeras compañeras, pero era el signo de Dios para seguir adelante. «Sólo me apena —escribe Genoveva— ver cómo yo podré con todo, pero me consuela que el pensamiento está siempre ocupado con invitar a Dios que mande y rija la casa».

Acomodada la residencia con gran esfuerzo y penalidades, en diciembre del mismo año 1911 llegó una gran recompensa: la autorización para que pudiera celebrarse la misa y conservar al Señor Reservado. Además, en una providencial visita al P. Ginesta, también jesuita, éste habló a Genoveva de los Santos Ángeles, animándola a que se acogiera a su protección. Tampoco era nuevo para ella este pensamiento, que aceptó complacida.

Secundando el deseo del P. Martín Sánchez, trasladado a Aragón, que deseaba ver extendida la obra, en mayo de 1912 Genoveva viajó a Zaragoza para preparar una nueva fundación. El 31 de julio, aunque de forma precaria, se inauguraba la nueva residencia. Poco después, con providenciales ayudas, consiguieron un edificio más amplio bastante cerca de la Basílica de la Virgen del Pilar.

Consolidada mientras tanto la Residencia de Valencia, el 27 de diciembre de 1912 se inauguraba una nueva capilla, erigida en oratorio semipúblico, donde podía celebrarse la santa misa diariamente. En esta ocasión Genoveva y sus dos compañeras estrenaron un uniforme negro: era el primer boceto del hábito que después habían de vestir. En 1915 se consagraron a Dios con votos privados y, con variados consejos y ayudas, Genoveva fue elaborando unas Constituciones, que dieron la pauta al futuro Instituto religioso.

Poco a poco surgieron nuevas Residencias, cada una de las cuales cuenta con una historia providencial y con no pocas dificultades. Además, en 1918 murió el Padre Martín Sánchez. Pero la obra continuó extendiéndose.

Lo decisivo del proceso fundacional fue la promulgación del decreto de 5 de diciembre de 1925 por el que la Sociedad Angélica quedaba erigida en Instituto religioso diocesano y el 18 de diciembre el Arzobispo de Zaragoza recibía personalmente la profesión religiosa de Genoveva y de 18 compañeras. Dos días después, la que había sido alma de la fundación desde el comienzo, fue nombrada Madre General del Instituto. Sería reelegida en los capítulos de 1935, 1941 y 1947. También se editaron entonces las nuevas *Constituciones del Instituto de Religiosas de la Sociedad Angélica del Sagrado Corazón de Jesús para Señoras Retiradas.*

A la vez que tiene carácter autobiográfico y es signo de su sencillez evangélica y humildad de corazón, esta carta circular a las Religiosas en 1922 ratifica a la Madre Genoveva su calidad de fundadora:

> «Salida de las clases más humildes de la sociedad; pobre y sin medio alguno de fortuna; desprovista de toda formación literaria e intelectual; privada de otras cualidades que nacen del talento y del conocimiento del mundo; mutilada en los miembros más precisos para la vida activa, e inutilizada, por tanto, para el trabajo; agobiada con graves enfermedades y flaca siempre de salud; sin más recursos que nuestra pobre voluntad, no siempre dócil (lo confesamos para nuestra confusión), sino muchas veces rebelde a las inspiraciones divinas, acometimos la empresa de fundar la *Sociedad Angélica del Sagrado Corazón* para señoras retiradas, previo consejo y aprobación de algunos Ministros del Señor, del clero secular y regular, que suavemente nos impelieron a acometer esta empresa, entre los cuales recordamos siempre con especial gratitud al R. P. Martín Sánchez, de la Compañía de Jesús».

De este modo, con la aprobación diocesana y sus *Constituciones,* el Instituto había dado un paso muy importante en su proceso fundacional. La Beata Genoveva contaba 55 años de edad. Luchadora incansable, en tensión continua entre el profundo reclamo de su vida interior y las actividades externas que había de acometer, después de muchas penalidades y prolongada búsqueda, había encontrado el verdadero camino de la voluntad del Señor.

También estaba siendo definitivo en ella el signo del sufrimiento, imprescindible don del Señor, sin duda, porque su misión personal y compartida era, precisamente, acoger a los que sufren. Como era definitivo el signo del amor y de su deseo de identificación con Cristo, que es donde encuentra todo su sentido y eficacia el sufrimiento. Éstos son algunos de sus escritos, expresivos del contenido de muchos más:

> «Tengo hastío de la vida hasta ponerme en aprieto de llorar. ¡Dios mío! No hallo más pena en este mundo que vivir en él. ¡Qué amargura se siente! Siempre me parece que estoy en él como escapada. Justifica el decir el malestar que esto interiormente me causa. Sólo mitiga mi pena cuando me hallo sola. Entonces hallo la verdad en mi interior».
>
> «Por la gracia de Dios siento atractivo para orar y por intercesión de la Santísima Virgen pido a Dios que me acreciente más y

mas este atractivo. Porque, si bien por la misericordia de Dios todo lo criado me lleva a Él, lo saqué de la constancia en la oración en medio de las dificultades y miedos para tenerla»

«¡Cuántos bienes produce tener amor a las cruces! Los quilates del amor son equivalentes al peso de sus sufrimientos»

«Mi alma, gracias a Dios, esta tranquila, con una paz que inunda mi alma de gozo Sólo Dios puede derramar sus luces y apagar las zozobras y turbaciones que los hombres procuran sembrar en los corazones acostumbrados a fiar de Él y vivir de pureza de intención, y como me había olvidado de las letrillas de la gran santa castellana "Nada te turbe . , sólo Dios basta", me hallaba sin agua ¡Bendito sea Dios y qué miserias tan grandes! No soy mas que un granito de arena que se pierde en la inmensidad del mar del Corazón de Jesús, pero Él es grande para quien le busca a Él solo»

«Y nosotros ¿qué hacemos por Él? ¿Perdonamos, disimulamos, defendemos, ayudamos a nuestros prójimos y más a nuestras Hermanas? [.] Sí, Hermanas, amemos nosotras y todo lo que nos mortifica, el amor lo endulzará, y callando con alegría vayamos a estudiar a Jesús en el Sagrario y allí tendremos fuerza para luchar»

«A las personas, en sus últimos años, no las ama más que el que *posee verdadero amor de Dios*»

«Tengo necesidad de Dios»; «Que tu puro amor mueva todas mis acciones»; «Yo quisiera, Jesús, que no obrara yo, sino Tú; que no hablara yo, sino Tú; que no pensara yo, sino Tú»; «Sólo por la caridad y la mansedumbre llevaremos almas a Dios»; «El amor lo vence todo»; «Nada es pesado al que ama»; «El amor nunca dice basta», son otras expresiones suyas que, con distintas variantes, se repiten en sus escritos.

Mientras prosperaba el Instituto por la llegada de nuevas vocaciones y la demanda de fundaciones, se acercaban en España los momentos difíciles para la Iglesia que acompañaron a la proclamación de la II República en 1931. En este nuevo contexto, la actividad de la Madre Genoveva presentó también facetas nuevas, especialmente como maestra y guía espiritual del nuevo Instituto religioso. Así, la carta circular tratando de animar a sus miembros en el seguimiento de Jesucristo. En 1936, en una situación sumamente crítica, poco antes del golpe de estado que desencadenó luego la penosa guerra civil, se celebraron las Bodas de Plata de la fundación con gran mesura.

Durante la contienda, acompañada de una verdadera persecución religiosa, con auténtico sentido eclesial estimulado por la Madre Genoveva, en la Casa de Valencia se pudo dar protec-

ción a diversas personas, no sólo miembros de distintas Congregaciones religiosas, sino también a grupos de seglares, e incluso mantuvieron el Santísimo Sacramento. En otros casos tuvieron que dispersarse, sufriendo todo género de desventuras.

Este fragmento de uno de sus escritos puede ser expresión de la actitud mantenida durante tan singular y trágica circunstancia:

> «Probasteis lo que es no poder exteriorizar los actos más sacrosantos de la religión, aunque supongo que en vuestro corazón moraba el Huésped divino y como Padre bondadoso de sus hijas cuidó. ¡Qué de sobresaltos no disipó de vuestros corazones! ¡Cuántas gracias recibidas! Vivid siempre para Él y, en acción de gracias, ofreceros en holocausto de su divino amor, siempre amándole y haciéndole amar».

A ella y a otras de sus religiosas las sorprendió la contienda en la llamada zona nacional. «Quedaron conmigo —escribe— ayudándoos con sus oraciones, súplicas, mortificaciones, penitencias, para que ninguna de vosotras fuera maltratada en su alma ni en su cuerpo».

Terminada la guerra, «pasó ya todo», dice. «Volvamos con libertad a recordar y practicar nuestros deberes de perfección [...] Procuremos que la humildad y la humillación sean nuestro pan cotidiano. Toda fecundidad es esfuerzo y dolor».

A la vez que se afanaba en afianzar la vida del espíritu, se ocupó también en recuperar las casas de la Sociedad Angélica que habían sido confiscadas o perdidas durante la guerra. Al poco tiempo estaban funcionando de nuevo, aunque, obviamente, con las lógicas dificultades. Proyecto muy acariciado en este momento fue el de la Hospedería del Pilar, comenzada a construir en Zaragoza en 1939, junto a la Basílica de Nuestra Señora, que se inauguró en 1941. Además de ser una gran residencia para señoras retiradas, pronto se convirtió en Curia Generalicia, Noviciado y casa de Ejercicios de las Religiosas Angélicas, y en lugar apropiado para múltiples encuentros y reuniones de jóvenes, estudiantes, familias, etc.

También su pueblo, Almenara, se había visto afectado por la contienda y ella misma contribuyó con sus escasos recursos a ayudar a la reconstrucción de la ermita del Buen Suceso, dedicada a la Virgen. Con este motivo reunió a las mujeres de la locali-

dad para exhortarlas a que fundasen una Asociación que mantuviera el culto a la Virgen y con el compromiso de cumplir sus deberes de esposas y madres cristianas y de asistir a la misa dominical.

Los últimos años de la vida de la Madre Genoveva fueron coherentes con los primeros: de fatigas, asiduo trabajo, recio temple de alma y profunda vida espiritual. Continuó siendo prioritaria en ella la atención a las señoras necesitadas de acogida, cimentada siempre en su intensa vida espiritual. Y continuó atendiendo, de modo particular, la formación de sus Religiosas Angélicas, de las que, además de fundadora, era Madre General.

En torno a 1950, mientras el Instituto seguía ampliando el número de sus fundaciones, ya anciana, se hizo más evidente la normal pérdida de fuerzas, debida también a su intensa actividad.

En esta última etapa de su vida, lo que más íntimamente agradó a la Madre Genoveva fue la concesión por Roma del *Decretum laudis* que tanto deseaba. Las Hermanas del Sagrado Corazón de Jesús y de los Santos Ángeles, nombre definitivo del Instituto, adquirían así carácter pontificio universal, concluyendo el proceso fundacional. El preciado decreto fue dado en Roma el 25 de marzo de 1953. Este acontecimiento se celebró con toda solemnidad en cada una de las Casas de las religiosas Angélicas, como normalmente son conocidas.

A partir del cuarto Capítulo General, celebrado ese mismo año 1953, la que había dado origen al Instituto continuó vitalizándolo como una religiosa más, respetuosa y obediente a la nueva Madre General.

En 1955 sus fuerzas se debilitaron de modo muy notorio. A comienzos de diciembre se agravó su salud y el día 30 sufrió un ataque de apoplejía. Se le administró la Unción de los Enfermos. Se repuso momentáneamente y exclamó: «Hágase, Señor, vuestra santa voluntad». Pero a comienzos del nuevo año su estado continuaba en una situación muy crítica, y el día 5 de enero de 1956 falleció en Zaragoza, donde había tenido su sede más permanente. La noticia corrió por la ciudad y se hicieron largas filas ante el cadáver expuesto para rezar y encomendarse a ella,

pasar por sus manos objetos piadosos y decirle el último adiós. Era un signo evidente de su amplia fama de santidad. Sus restos fueron depositados en un nicho del cementerio, pero se pensó pronto en construir una cripta bajo el altar de la capilla de la Casa Generalicia. A ella fueron trasladados el día 7 de enero de 1957.

El sepulcro de la Beata comenzó a recibir —y sigue recibiendo— innumerables visitas y peregrinaciones, y se acumulan los testimonios de favores concedidos. Es evidente el cariño que muestra el pueblo hacia esta admirable mujer. A la vez, la Obra de la Madre Genoveva prosigue su extensión por España, Roma, Méjico y Venezuela. Ella, tan devota de los Ángeles, y transformada en un auténtico «Ángel de la Soledad», continúa acogiendo a quienes llaman a sus puertas.

En 1976 se instruyó su causa de canonización y el decreto del 22 de enero de 1991 proclamaba la heroicidad de sus virtudes. Verificada en 1994 la autenticidad de un milagro obtenido por su intercesión, fue beatificada por el papa Juan Pablo II el 29 de enero de 1995. Ponía así de manifiesto la santidad de una mujer minusválida en el cuerpo y vigorosa en el espíritu, que sigue enseñando a descubrir que el amor se hace fuerte en el dolor y que un par de muletas, bien llevadas, puede ayudar a ir muy lejos en el verdadero camino de la auténtica caridad.

M.ª ENCARNACIÓN GONZÁLEZ RODRÍGUEZ

Bibliografía

AYÁN, J. J., *La fuerza de la debilidad: De la vida de Genoveva Torres Morales a la enseñanza de Juan Pablo II* (Zaragoza 1991).

CUÉ, R., *Un desafío de Dios: dos muletas gloriosas. Genoveva Torres Morales* (Madrid ^{2}1989).

GIL DE MURO, E. T., *Por duro que sea el trabajo. Genoveva Torres Morales* (Zaragoza ^{2}1996).

JAVIERRE, J. M.ª, *Madre Coraje* (Madrid 1995).

LLORCA, B., SI, *Ángel de la soledad. La Madre Genoveva Torres* (Zaragoza ^{2}1982).

MAINAR, M., *Ecos de un centenario* (Zaragoza 1983).

MARTÍN HERNÁNDEZ, F., *Genoveva Torres Morales. Consuelo en la soledad* (Madrid ^{2}1994).

SESÉ ALEGRE, J., *Servir por amor. La vivencia espiritual de la Madre Genoveva Torres Morales* (Zaragoza 1995).

BEATO PEDRO BONILLI
Presbítero († 1935)

Nació el 14 de marzo de 1841 en San Lorenzo de Trevi (Perugia), siendo sus padres Sabatino Bonilli y María Allegretti, modestos labradores. En este momento histórico la Iglesia atravesaba en Italia un período dramático, pues dominaba en la sociedad el espíritu laicista y anticlerical y la crisis del Estado Pontificio era cada vez más patente. En estas circunstancias adversas surgió un renacimiento moral, espiritual y pastoral con nuevas congregaciones religiosas, que se acercaban a los marginados con fraterna caridad. El 17 de noviembre de 1844 fue confirmado.

Realizó sus estudios en el colegio Lucarini de Trevi, bajo la guía espiritual de don Ludovico Pieri, formador de jóvenes, que le animó a elegir el ministerio sacerdotal, infundiéndole, al mismo tiempo, una filial devoción a la Sagrada Familia, y fue, hasta su muerte, su director espiritual. Al término de los estudios eclesiásticos recibió el presbiterado de manos del obispo de Terni el 19 de diciembre de 1863, pues por problemas políticos el obispo de Spoleto se hallaba en esos momentos en la cárcel, encargándose de la parroquia de Cannaiola, donde por su extrema pobreza al no haber rentas nadie quería ir. Con gran ímpetu emprendió la reconstrucción del templo parroquial, imponiéndose grandes sacrificios, pues quería «hacer familia» y era necesario tener un hogar, la Casa de Dios, donde se reúnen y cobijan sus hijos.

Perteneció a los Misioneros de la Sagrada Familia, una asociación fundada por don Pieri, que reorganizó, convirtiéndose en su principal animador. Para promover la devoción a la Sagrada Familia de Nazaret organizó un taller tipográfico en donde se imprimieron numerosos periódicos y libros, dando a conocer a los lectores los grandes ejemplos de esta Sagrada Familia, a fin de que pudieran admirarse y ponerse en práctica «como medio de restaurar la familia, base de la sociedad».

En 1872 reunió un grupo de sacerdotes a quienes encomendó la predicación evangélica en los pueblos de la comarca. Con gran visión histórica vivió en perfecta sintonía con la problemática de su tiempo, ofreciendo desde su amor a la Iglesia diversas

respuestas a las carencias de la sociedad contemporánea. Fue «un hombre nuevo para un mundo más humano», sin dejar de tender a la perfección y alcanzar la santidad, perseverando en la vocación sacerdotal. Dio muestras de ejemplo admirable al estar dotado de agilidad intelectual, estabilidad de carácter y una voluntad tenaz, sobre todo durante la grave prueba de la ceguera que sobrellevó con profunda humildad. Desde 1922 su nuevo camino fue la enfermedad, asumida con el ejemplo de vivir confiado en la divina Providencia.

El 13 de mayo de 1888 profesaron las primeras religiosas del Instituto de Hermanas de la Sagrada Familia, fundadas por él, y al ser nombrado en 1898 canónigo penitenciario de la catedral de Spoleto se trasladaron a dicha ciudad, entregándose a la formación cristiana de niños, asistencia a los enfermos y ancianos. Esta Congregación nace como fruto de su experiencia pastoral en la campiña italiana, al comprobar las grandes carencias humanas y religiosas de sus habitantes, a quienes intenta socorrer, acercándoles el rostro amoroso de Dios como hijos queridos suyos. Para ello, el Padre Bonilli elaboró su espiritualidad acercándose a la «gente pobre» como párroco durante muchos años, según el misterio de amor que Jesús vivió en el humilde hogar de Nazaret, que sirve de ejemplo para cada creyente, aportando a la vida familiar el martirio cotidiano del amor a Dios y al prójimo. «Para mí —decía—, la Santa Familia significa civilización, progreso, fraternidad universal, paz, felicidad temporal y eterna».

La familia y la parroquia son los ejes del carisma y de la espiritualidad bonilliana, proponiendo a la Sagrada Familia como ejemplo de una sociedad diversa, de la cual procede la familia cristiana de hoy. El espíritu pastoral que lo animó siempre le sitúa en un lugar importante en el conjunto de grandes sacerdotes que en la segunda mitad del siglo XIX iluminaron el corazón de la Iglesia en Italia: Don Bosco, P. Cottolengo, Pallotti, Don Alberione, Calabria y Orione.

Fue un siervo fiel de la Iglesia, a la que amó y sirvió intensamente hasta su muerte, para «ser familia, dar familia, construir familia». Es sorprendente reconocer la actualidad eclesial y social de este mensaje, como el propio Juan Pablo II reconoció en la exhortación apostólica *Familiaris consortio:*

> «La Iglesia reconoce que el bien de la sociedad y de sí misma está profundamente ligado al bien de la familia, siente en modo muy vivo la misión de proclamar a todos el designio de Dios sobre el matrimonio y sobre la familia» (n 3)

Y ésta fue la intuición del Beato Pedro Bonilli.

Durante 35 años permaneció en una parroquia situada en el territorio más deprimido de la diócesis de Spoleto, donde la formación religiosa y moral era singularmente pobre y humillante, aportando su voluntarioso empeño en educar el espíritu y formar el cuerpo, con el fin de conseguir devolverle a la familia su lugar natural en la sociedad de su tiempo. «La familia es escuela de amor, donde al crecer, los hijos aprenden a vivir según el evangelio tomando de los pobres la imagen del rostro amoroso de Dios, Padre y Pastor de todo hombre».

Alcanzó una dichosa ancianidad, falleciendo a los 94 años el 5 de enero de 1935 Durante tres días su cadáver permaneció en la catedral de Spoleto, debido a las muchedumbres que acudían a venerarlo La causa de beatificación se abrió el año 1964, produciéndose el milagro reconocido para la beatificación el año siguiente. En junio de 1965 nació una niña, hija del matrimonio formado por Luciano Fiorentino y Augusta Abatelli, comenzando después del parto una grave hemorragia que no se podía controlar. La situación de gravedad de la madre alcanzó momentos extremadamente críticos, temiéndose un fatal desenlace La religiosa asistente al parto en aquel doloroso momento colocó sobre el pecho de la moribunda una estampa del Siervo de Dios Don Pedro Bonilli, invitando a todos los presentes a rezar con gran fervor. Momentos después, con gran sorpresa del cirujano que había atendido a la mujer, esta comenzó a hablar, recuperándose del colapso en menos de 60 minutos. La relación de la consulta sobre el caso clínico propuesto para la beatificación tuvo lugar el día 5 de noviembre de 1986.

El papa Juan Pablo II lo beatificó el 24 de abril de 1988

ANDRES DE SALES FERRI CHULIO

Bibliografía

AAS 79 (1987) 1503ss
AGRESTI, G , *Don Pietro Bonilli L'eroismo della carita* (Casale Monferrato 1987)
CHIEROTTI, L , en *Bibliotheca sanctorum* (Roma 1992) 198

Index ac status causarum, o.c., 507.
L'Osservatore Romano (24-4-1988).
Martyrologium romanum, o.c., 80.
RESCH, A., CSSR, *Miracoli dei Beati* (Roma 1999) 302-308.

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SAN CONVOYÓN
Abad († 868)

Era bretón y desde joven había sentido el atractivo de la vida religiosa. Primero ingresó en las filas del clero diocesano y fue arcediano de Vannes, pero luego renunció y se hizo recluso, ingresando posteriormente en la abadía de Granfeuil. El año 831 obtuvo un lote de terreno donde, junto con otros seis monjes, edificó un nuevo monasterio, titulado del Salvador, en las cercanías de Redon, en la Bretaña. Los monjes que le acompañaban le eligieron a él como primer abad, y como tal se vio en la necesidad de hacer frente a numerosas dificultades y contradicciones.

El año 848 viajó a Roma a visitar al papa San León IV y exponerle unas justificadas quejas sobre algo que alteraba la vida eclesiástica de su región: había obispos que accedían al episcopado de forma simoníaca. Una comisión de fieles bretones, especialmente monjes, viajó con él. Llegados a Roma, el papa San León IV los recibió con gran amabilidad y escuchó las quejas que se le presentaron. El papa estaba entonces empeñado en rehacer las murallas romanas, ya que el peligro de las invasiones sarracenas afectaba a la seguridad de la propia basílica de San Pedro. El pontífice no se limitó a escuchar y atender las quejas de Convoyón y sus compañeros. Quiso que el monasterio de Redon tuviera una prueba de su paternal afecto y por ello entregó a Convoyón una preciosa casulla, y además, para que los monjes se sintieran animados a una vida santa, entregó también a Convoyón las reliquias del papa San Marcelo I.

Convoyón volvió a Redon y estuvo guiando santamente su comunidad por espacio de veinte años más hasta que una incursión de los normandos lo obligó a abandonar la abadía y murió

fuera de ella el 5 de enero del año 868. Su culto inmemorial fue confirmado por la Santa Sede en 1866.

BEATA MARÍA REPETTO

Virgen y religiosa († 1890)

Nació en Voltaggio el 1 de noviembre de 1807. Su padre era notario. En cuanto tuvo siete u ocho años comenzó a ayudar a su madre en la crianza de los hijos, ya que ella fue la mayor de nueve hermanos. Ella en su casa aprendió la religión y la piedad, inculcada a todos los hijos por unos padres piadosísimos. Los hijos respondieron a esta educación siendo todos sumamente católicos: cuatro hijas ingresaron en religión y el único varón se ordenó de sacerdote.

A los veintidós años ingresó en la Congregación de Nuestra Señora del Refugio en el Monte Calvario, cuya finalidad era el ejercicio de toda clase de obras de misericordia, singularmente con los más necesitados. Ella se dedicó con toda el alma a la vida religiosa, aceptando los humildes puestos que le fueron asignados. Primero estuvo durante años dedicada a remendar la ropa de la casa hasta que empezó a fallarle la vista, y entonces la destinaron a portera, dando pruebas de una caridad exquisita que admiró a todos los que la trataron y que tuvieron la sensación de tratar a una santa. En las epidemias de cólera de los años 1835 y 1855 ella se echó a la calle a buscar y atender a los contagiados corriendo gran riesgo su vida, pero preservándola Dios del contagio. Pero en ocasiones similares posteriores se le mandó permanecer en el convento y ella obedeció con plena disponibilidad. Pero allí en la portería brilló por todas las virtudes y la gente llegó a llamarla simplemente la monja santa. Su crédito fue altísimo entre todos cuantos la conocieron. Sus obras de caridad y de acogida a los necesitados tanto material como espiritualmente fueron las bases de este crédito. Era muy grande su devoción a San José, al que encomendaba sus asuntos y los ajenos, teniendo en él una gran confianza, que recuerda la de Santa Teresa de Jesús en el glorioso Patriarca. Lograba celebrar cultos solemnes en honor del Santo, a los que los fieles asistían edificados de la piedad de su organizadora. En vida se

le atribuyeron numerosos milagros. Su comunidad fue testigo de su vida de altísima oración, de austeridad y mortificación cristianas.

Su santa muerte tuvo lugar el 5 de enero de 1890 en Génova, la ciudad donde había transcurrido su vida religiosa.

Fue beatificada el 4 de octubre de 1988 por el papa Juan Pablo II.

BEATO CARLOS DE SAN ANDRÉS (JUAN ANDRÉS HOUBEN)

Presbítero († 1893)

Juan Andrés nació en Mustergeleen (Holanda) el 11 de diciembre de 1821. Sus padres eran sumamente piadosos y él creció en un ambiente de seria y comprometida religiosidad.

Muerta su madre, entró en los pasionistas de Tournai el año 1840 y en el noviciado se le dio el nombre de Carlos de San Andrés. Hizo la profesión religiosa y siguió los estudios sacerdotales hasta su ordenación el 21 de febrero de 1852. Los superiores lo destinaron a Inglaterra, donde hacía no mucho que los pasionistas llevaban a cabo su labor apostólica. Allí estaría durante cinco años.

En julio de 1857 se le envió a Irlanda, concretamente a Dublín, y trabajó apostólicamente en esta ciudad hasta 1866 en que se le ordenó volver a Inglaterra. Trabajó aquí ocho años, en el condado del Surrey, y de nuevo se le envía a Irlanda.

En Inglaterra y en Irlanda su éxito pastoral fue enorme. Multitud de personas acudían a su confesionario para dirigirse espiritualmente con él, y atendía a todos con total entrega y dedicación, siendo muy eficaces sus métodos de dirección espiritual, así como el carácter práctico de sus consejos. Su palabra y su ejemplo lograron que muchos católicos, alejados de la religión o incluso que habían apostatado de ella, volviesen a la Iglesia. A su continua oración unía además una gran mortificación voluntaria, un espíritu extraordinario de penitencia, que no podía menos que servir de testimonio válido a cuantos lo trataban.

Hasta el último día de su vida perseveró en su actividad pastoral y en su austera forma de conducta. Murió el 5 de enero de

1893. Fue beatificado el 18 de octubre de 1988 por el papa Juan Pablo II.

6 de enero

A) MARTIROLOGIO

1. Solemnidad de la Epifanía del Señor **.
2. En Antinoe (Tebaida), los santos Julián y Basílisa (s. IV), mártires.
3. En Nantes (Bretaña Menor), San Félix († 582), obispo, que evangelizó a los campesinos.
4. En Wurzburgo (Baviera), San Macario († 1153), primer abad del Monasterio de los Escoceses.
5. En Barcelona (España), San Raimundo de Peñafort, cuya memoria se celebra mañana.
6. En Famagusta (Chipre), San Pedro Tomás († 1366), obispo de Constantinopla y legado papal en Oriente, religioso carmelita *.
7. En Fiésole (Toscana), San Andrés Corsini († 1373), obispo, religioso carmelita *
8. En Valencia (España), San Juan de Ribera († 1611), obispo y virrey, gran devoto de la Eucaristía **.
9. En Roma, San Carlos de Sezze († 1670), religioso franciscano **
10. En Roma, Santa Rafaela María del Sagrado Corazón Porras Ayllón († 1925), virgen, fundadora de las Esclavas del Sagrado Corazón **.
11. En Montreal (Canadá), Beato Andrés Alfredo Bessette († 1937), religioso de la Congregación de la Santa Cruz, que edificó el Santuario de San José *

B) BIOGRAFIAS EXTENSAS

EPIFANÍA DEL SEÑOR

La Iglesia en su liturgia considera la obra de la redención más en su sentido místico que en su sentido demasiado realístico. Más que el simple hecho histórico, le interesa el sacramento, el misterio. En cierto modo, la Iglesia podría decir con San Pablo:

> «Si conocimos a Cristo según la carne, ahora ya no le conocemos». En el sentido: que ahora vemos la razón y el fin de todas sus obras. ¡Cuántas veces confiesan los mismos evangelistas que mientras vivió Jesús no comprendieron el alcance y significación de sus actos! Y el mismo Cristo dice: «Lo que yo hago no lo comprendes ahora, lo verás después».

En esta concepción de la obra de Cristo es donde encuentran muchos fieles la mayor dificultad para vivir la liturgia. Atados a la letra, a la historia, al hecho concreto, quedan desorientados ante las visiones panorámicas, totales, completas de la liturgia. Si la fiesta de Navidad está ya llena de contrastes de la visión total del misterio, pues aquel mismo que considera en el pesebre, se le aparece llevando sobre sus hombros las insignias del poder, esto se acentúa más en la fiesta de la Epifanía.

Al fin y al cabo el objeto de la fiesta de Navidad, de origen occidental, romano concretamente, es único y claro como su mismo nombre latino: «Nativitas». En cambio, en la Epifanía no sólo el nombre griego de esta fiesta —aparecida en Oriente— es misterioso, sino que su mismo objeto es complejo. No es extraño que si Navidad para muchos no pasa de ser una feliz nochebuena con cánticos al Niño Jesús, Epifanía quede reducida a «la fiesta de los Reyes».

Es una tendencia espontánea de los pueblos activos de Occidente el convertir los misterios en devociones que a veces no expresan más que aspectos muy secundarios de los mismos, pero que hablan más al sentimiento que a la razón.

Con todo, fundamentalmente, Navidad y Epifanía celebran un mismo hecho: el advenimiento de Dios en este mundo; solo que la primera de estas festividades lo celebra sobre todo bajo el punto de vista histórico, y la segunda bajo el punto de vista teológico e ideológico. Cuando, a fines del siglo IV, Roma aceptó la fiesta oriental del 6 de enero y el Oriente la romana del 25 de diciembre, ambas pudieron conservar su propio carácter y se completaron mutuamente.

Epifanía representa el desarrollo completo del misterio de Navidad. «El que aquel día nació de la Virgen —dice San León—, hoy ha sido reconocido por el mundo entero». Dios ha aparecido en el mundo no solamente tomando carne mortal, sino manifestándose a los hombres, mostrando sus obras y su

poder, y tomando posesión de su pueblo al modo que los antiguos reyes la tomaban solemnemente de sus ciudades. Todo esto ha significado en el decurso del tiempo la palabra *epifanía* —o más tarde teofanía— y algo de esto se encuentra en la rica liturgia de esta festividad. En la adoración de los Magos han visto todos los Santos Padres la manifestación de Cristo a los paganos y al mundo en general, en el milagro de las Bodas de Caná la manifestación de su poder, y en el bautismo del Jordán la purificación y toma de posesión de su Iglesia y de cada una de las almas.

Éste es el triple misterio de la Epifanía, que resume admirablemente la antífona del *Benedictus* de la fiesta que, al mismo tiempo, nos hace ver la vida sacramental de la Iglesia: «Hoy la Iglesia se ha unido al Esposo celestial, pues en el Jordán Él la lavó de sus crímenes. Los Magos corren con sus presentes a las nupcias reales y los invitados se regocijan del agua convertida en vino».

En esta antífona se nos presenta la aparición de Dios en el mundo bajo el símbolo nupcial, tan usado en el Antiguo y Nuevo Testamento para expresar la unión de Dios con su pueblo. Yahvé es el esposo; el pueblo de Israel, la esposa. Cristo el esposo, y la Iglesia la esposa. La esposa de Yahvé fue infiel y, por lo tanto, repudiada por Dios. La esposa de Cristo, lavada de sus iniquidades en el Jordán —bautismo— como reina, sin arruga ni mancilla, avanza con los Magos, que son sus primicias, hacia el convite real que le prepara su esposo, y se sienta a su lado en la mesa, donde se alimenta de su cuerpo y se llena de gozo con el vino de su sangre. Todavía quedaba subrayada esta idea de las nupcias reales en la Eucaristía con el milagro de la multiplicación del pan y de los peces, que durante muchos siglos se conmemoraba asimismo el día de la Epifanía.

¡He aquí la idea de la manifestación de Dios en el mundo en toda su extensión y profundidad! Dios, que como esposo divino sale de los tálamos eternos para darse a conocer a la humanidad con su presencia, con su poder y con su gracia sacramental, con la cual penetra en lo más profundo del alma, a la que se une más íntimamente que el esposo a la esposa, encarnándose en cierto modo en ella. Esta unión y transformación son el último despliegamiento de la gracia de Navidad.

No basta celebrar Navidad con alegría, entusiasmo y fervor. Para sacar todas las consecuencias del misterio, hay que vivirlo en lo más íntimo del corazón, meditándolo, revolviéndolo, como lo hacía María en estos días: «María, nos dice San Lucas, conservaba todas estas palabras, meditándolas en su corazón». Como lo hace la Iglesia, que a medida que va alejándose de la festividad parece descubrir más profundas y nuevas perspectivas de aquel «grande y admirable sacramento», de «aquel maravilloso comercio». Todo lo que va de Navidad a Epifanía no es en la liturgia otra cosa que un engolfarse en el misterio.

Imposible exponer aquí todo el riquísimo oficio de la Epifanía; pero sí que tenemos que comentar brevemente la solemne y grandiosa misa de la fiesta que litúrgicamente es de lo mejor que posee nuestro misal romano. En ella encontramos como estereotipada aquella grandeza, aquella sobriedad y aquel orden y lógica de la antigua Roma, pero envuelto todo ello con el carisma de la unción cristiana.

Reunidos espiritualmente en la Basílica de San Pedro —la basílica de la catolicidad— vemos entrar al Papa con toda la esplendidez de ministros, mientras el coro canta la antífona del Introito, canto hoy verdaderamente de entrada. «He aquí cómo viene el Señor dominador y en su mano están el reino, el poder y el imperio».

¿No hemos clamado durante todo el Adviento con aquel fervoroso e impetuoso «ven, Señor»? «He aquí que viene», se nos dice hoy. Y con la fe en el Papa que entra en la iglesia de la cristiandad, en el obispo que hace su entrada en la catedral, en el párroco en su parroquia o cualquier sacerdote en su iglesia, recibimos nosotros la visita, la concreta epifanía del Señor para cada uno de nosotros. El salmo entero del Introito, cuyos versículos se cantan al avanzar el sacerdote hacia el altar, nos descubre todo el valor profético de la entrada del Señor en este mundo y en su Iglesia.

Como los Magos por la estrella, así nosotros somos conducidos por la fe hacia Dios. Pero la fe debe terminar en la visión de la magnificencia de Dios en su gloria. Es lo que pide la colecta. La fe fue la primera aparición de Dios en nuestra alma; la fe es la estrella que nos hace hallar a Cristo en nuestra vida —como se lo

hizo hallar a los Magos en la suya— y la fe es la que nos conducirá a su plena posesión en la gloria. He aquí la aparición de Cristo en toda su dimensión que nos hace implorar la colecta.

Esta magnífica aparición de Dios a la humanidad había sido preparada desde todos los siglos y frecuentemente anunciada por los profetas del Antiguo Testamento. La epístola de hoy es una de las más bellas de estas profecías. Con frases de una fuerza y colorido incomparable, nos describe aquí Isaías la gloria y grandeza de la Jerusalén ideal, que espiritualmente se realizan en la Iglesia. La Iglesia ha considerado esta profecía como un himno a su gracia, a su riqueza y a su gloria. Y por eso durante la Edad Media se cantaba esta epístola con una adornada melodía y su canto era envuelto de un rico ceremonial. Si la epístola nos presenta la profecía, el evangelio nos relata su histórica realización.

Como lazo de unión entre las dos lecturas está el canto del gradual y del aleluya. El gradual de hoy es un eco de la epístola, recoge unas frases características de la misma y las medita cantando. El aleluya, en cambio, anticipa, preparándolo, el evangelio, subrayando la idea principal de la fiesta: aparición y adoración, o luz y dones, que es también lo que expresa en otras palabras el gradual.

En el evangelio de hoy se ve claramente el sentido que la Iglesia da a la lectura de la palabra de Dios en la misa. No se trata solamente de escuchar una historia, una doctrina o una exhortación de labios del Señor. Es decir, el evangelio en la misa no es una lección de exégesis, de dogma o de moral, sino una presencia del Señor, el cual, por el sacramental de su palabra, nos prepara al Sacramento de su cuerpo, donde todo lo leído cobra eficacia y una realidad sobrenatural en nuestras almas. «No digas —decía San Agustín— bienaventurados los que le vieron, oyeron, tocaron..., pues tú lo ves, lo oyes y tocas en su Evangelio». La lectura del evangelio en la misa es una verdadera epifanía del Señor. Por eso la liturgia envuelve esta lectura con un ceremonial tan solemne como si acompañara al mismo Señor: ministros, incienso, velas, beso y canto solemne

Hoy no sólo escuchamos la historia de los Magos como si fuera la de nuestra vocación, sino que con ellos y como ellos nos arrodillamos para adorar al Señor.

Ellos le adoraron en el pesebre, envuelto en pañales, y nosotros le adoramos en el cielo reinando y cubierto de gloria. Y así damos pleno sentido a su adoración y a la nuestra.

Con toda verdad podemos, por lo tanto, cantar en el Ofertorio que no sólo los reyes de Tarsis y de las islas, y los reyes de Arabia o de Saba presentan dones y ofrendas, sino que todos los reyes de la tierra le adoran y las gentes le sirven. Entre esta multitud cósmica, nuestra adoración cobra una proporción y un sentido insospechado. ¡Qué bello sería expresar esta adoración y consagración ofreciendo hoy los dones al altar! Dones —el pan y el vino del sacrificio— que, como dice admirablemente la secreta de hoy, no son ya oro, incienso o mirra, sino los dones de la Iglesia en los cuales Cristo, juntamente con ella, será ofrecido e inmolado para entregarse luego como alimento de su esposa. He aquí el don perfecto.

El Señor apareció en nuestra carne mortal para transformarla e inmortalizarla. Siempre que recibimos la eucaristía somos restaurados «con la nueva luz de su inmortalidad», como dice el prefacio. Gracias a la misa, hoy tendrá una realidad sublime para cada uno de nosotros la Epifanía del Señor; aquí no sólo la celebramos y la meditamos, sino que la vivimos. ¡Qué significación tiene así la antífona de la comunión: «Hemos visto su estrella en Oriente y venimos con dones a adorar al Señor»!

Nuestro corazón —después de la sagrada comunión— es el pesebre y el trono del Señor a la vez, allí hemos de ofrecerle el oro de nuestro amor, el incienso de nuestra adoración y la mirra de nuestra mortificación.

«Viene», «aparece», «hemos visto», «venimos», son las palabras que se repiten en la misa de hoy y que suponen una sublime realidad.

Pero para poder ver esta luz, y darse cuenta de esta realidad, se necesita tener los ojos claros.

Moisés temblaba ante la presencia de Dios. Isaías exclamaba: «¡Ay de mí, Señor, que soy hombre de labios impuros!».

Los misterios del Señor exigen la pureza de nuestro corazón. Sólo así podemos comprenderlos y vivirlos en una perpetua epifanía allá en lo íntimo de nuestra alma purificada por la gracia de Dios.

Éste es el fruto que nos hace pedir la poscomunión de hoy: «que purificado nuestro espíritu, tengamos la inteligencia del misterio que celebramos».

¡Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios!

ADALBERTO M. FRANQUESA, OSB

Bibliografía

Véanse, ante todo, los comentarios de GUÉRANGER, SCHUSTER, MARMION, PARSCH, BAUR, etc.

BOTTE, B., *Les origines de la Noël et de l'Epiphanie* (Lovaina 1932).

FENDT, L., «Der heutige Stand der Forschung über das Geburtsfest... und über Epiphanias»: *Theol. Liter. Zeit.* 78 (1953) 1s.

FRAK, H., «Frügeschichte und Ursprung des römischen Weihnachtsfestes»: *Arch. Liturgiewis.* 2 (1952) 1s.

PRUMM, C., «Zur Entstehung der Geburtsfeier des Herrn in Ost und West»: *Stimmen der Zeit* 135 (1939) 207s.

SANTOS JULIÁN Y BASILISA

Mártires († ca.304)

La familia de Julián vivía en la ciudad de Antioquía, durante el siglo IV. Él recibió una formación esmerada en la ciencia y en la piedad, dirigida a constituir una continuación de la vida noble de sus antepasados. Lo cual incluía el contraer un matrimonio digno de su rango.

Al insistir sus padres que contraiga desposorios y matrimonio, se le cierran a Julián los caminos de la virginidad que un día había prometido al Señor. Ante esta actitud paterna, Julián pide unos días para deliberar calmadamente una decisión tan seria en la que se ventila la cuestión de seguir a Jesús o desobedecer a sus padres. En este punto dice la leyenda que Julián conoce por revelación del cielo la esposa con la que podrá guardar la anhelada virginidad.

Con un suave olor de flores —y seguimos copiando la leyenda— los novios Julián y Basilisa son arrastrados hacia el amor de la virginidad, apareciéndoseles Nuestro Señor Jesucristo aprobando la determinación de conservarse intactos. Acompañan a Cristo un cortejo interminable de santos y santas vírge-

nes, entre cuyo desfile grandioso y ante la expectación de los celestes ejércitos ven sus nombres como en un letrero inmenso.

Esta aparición fue para Basilisa y Julián como una jura de bandera, con estruendo de clarines y con sonar de armonías inolvidables. Al poco tiempo mueren los padres de Julián y ambos recién casados se retiran y fundan sendos monasterios.

El sitio donde se apartó Julián era un campo árido; pero allí se reunirían gran cantidad de personas deseosas de recogimiento. El espíritu los lanzaba al desierto, como sucederá en todas las épocas de la historia. Piedra a piedra fueron levantando el edificio donde reposar el cuerpo mientras trabaja la mente en sublimes y divinos pensamientos. La finalidad que estos monjes perseguían al venir en torno a San Julián era imitar a Cristo en su cuaresma, hasta que el hambre mordiese sus entrañas, aun cuando su imaginación les sugiere convertir milagrosamente las piedras en panes, venciendo así al eterno tentador con la irrefutable contestación de que el hombre vive también de las palabras salidas de la boca de Dios.

A escuchar esas conversaciones divinas dichas al oído de las almas se encaminó Julián hasta los desiertos, abandonando el estrépito de las aguas torrenciales, de los bullicios callejeros y huyendo de las gentes, de los pequeños imperios y de las propias glorias tan tremendamente seductoras, consiguiendo subir así al monte alto de los siete círculos. San Julián fue a encontrar el ambiente recogido y ensimismado en un monasterio fabricado con el sudor suyo y de sus infatigables monjes, marchó buscando esa ciudad santa, donde los espíritus no tropiezan contra las piedras con tanta facilidad.

Este apartarse del ruido y del nerviosismo es propio de la actividad desbordante también hoy día. Asombra constatar esta tendencia a vivir como ermitaños en el centro mismo de las ingentes poblaciones, donde cada cual queda aislado, silencioso, leyendo o revisando el semanario gráfico a falta de Evangelio. No podemos negar que somos esencialmente ermitaños y monjes.

Julián, en su monasterio cercano a Antioquía, tuvo personal vigilancia de todos los quehaceres de la comunidad y con este motivo la autoridad del santo abad tendría que abarcar a todos

los monjes con cariño y con prudencia, distribuyendo equitativamente las cargas y los duros trabajos entre los componentes del monasterio. Era Julián uno más que realizaba lo de su incumbencia con la misma exactitud con que hacía ejecutar lo que ordenaba, no reprendiendo con encono ni con altanería, sino con frases amables, comprensivas y alentadoras, cargadas de amor, que llegaban hasta lo más profundo del súbdito.

Había en el monje Julián una mezcla de bronco y dulce, de amable y de áspero. Corregía, consolaba, entusiasmaba y admiraba a los monjes a quienes gobernaba con una paz y una tranquilidad tan grande, que parecían estar solos en el más solitario de los desiertos.

Tampoco nos causa asombro que su esposa Basilisa se asociase a otras compañeras en una vida conventual. Dice la leyenda que Basilisa y las demás vírgenes que residían en el monasterio no lejano al de Julián conocieron por revelación divina el tiempo de su muerte. Basilisa, que durante toda su vida había exhortado siempre con su ejemplo y sus palabras a la práctica de la santidad monástica, les pone delante el cielo, superabundante premio de sus mortificaciones, austeridades y renuncias. Y al poco de morir aquellas vírgenes, se aparecen a Basilisa, notificándole la fecha de su muerte; ella se acuerda de la visión primera que tuvo en compañía de Julián mientras eran novios, cuando decidieron consagrar a Dios a perpetuidad su virginidad.

Siguiendo la leyenda, encontramos a Julián, a quien habíamos visto al cargo de una comunidad de monjes a las afueras de Antioquía. Julián da sepultura a Santa Basilisa, cuando todavía reinaba la paz en la ciudad; sobre su cadáver virgen el santo esposo imploró a Dios perpetuo descanso para ella.

En la película titulada «La túnica sagrada» se oye repetir al centurión romano que presenció impertérrito la crucifixión del Señor una frase: «¿Estuviste allí?». Mientras los martillazos de las trirremes que vuelven de Palestina a Roma le recuerdan en su locura cómo clavaron y asesinaron al Mártir primero de la cristiandad en una cálida tarde frente a la populosa Jerusalén, señora del mundo. Aquel vestido sagrado sobre el que echaron suertes a los dados, mientras la sangre púrpura caía sobre la tierra oscurecida, no se le borra de la mente al centurión.

Quisiera preguntar al autor del libro donde leí los datos, la vida y martirio de San Julián, si había presenciado el suceso y si había sentido un ramalazo escalofriante al ver a los verdugos y a los cuerpos martirizados, pero me respondió un silencio en la vacía biblioteca.

Sobre Antioquía un día vinieron los conflictos y las persecuciones contra la Iglesia; y todas las saetas y tormentos empezaron a funcionar con furor y saña. A mares eran martirizados los cristianos y los muertos se amontonaban en la tierra antioquena como impasibles escombros.

El presidente de Antioquía, Marciano, ordena apresar y encarcelar a Julián y a los que con él residían en el monasterio apacible.

Pero Julián no se amedrenta y valientemente profesa su fe en la persecución. Innumerables personas mueren quemadas por declararse cristianas. La hoguera estuvo encendida para tronchar y aniquilar las vidas, como siglos más tarde rodeará e iluminará el atormentado rostro de Santa Juana de Arco.

Hay expectación en la gente cuando Marciano increpa con solemnidad a Julián.

— Adora a los dioses.

— No hay más Omnipotente que Dios, el Padre nuestro.

— Obedece los decretos del emperador.

— Jesucristo es mi único César.

— ¿Crees en un crucificado?

— Él tiene escuadrones inmortales.

— Marcharás a la muerte.

— El emperador de Roma también es polvo y en polvo se convertirá.

Dios ayuda a los mártires y coloca en los labios de sus escogidos palabras arrolladoras que confunden y vencen a los tiranos.

— ¿Te ríes de nuestros dioses y de nuestro emperador? Ante los tormentos no habrá bromas ni réplicas.

El presidente Marciano cambia ahora de táctica, cosa frecuente en los hombres astutos que no quieren reconocer las derrotas propias.

— Tus padres, Julián, fueron nobles. Te daremos honores.

— Desde el cielo me miran y me alientan a permanecer en mi religión.

— El cristianismo es religión de esclavos y adoran a un crucificado. Los nobles no van a la cruz.

— Mi Dios tiene la nobleza de haber derramado toda la sangre por el bien y la salvación de los hombres.

— Basta, Julián. Que te abran dolorosos y profundos surcos sobre tu carne cristiana.

Durante la flagelación sucede un milagro, ese argumento irrefutable y enorme que tiene Dios para los incrédulos de todos los siglos.

Un verdugo daba demasiado fuerte y araba en el cuerpo de Julián con notorio encono, cuando de un latigazo flagelante le saltó un ojo. El mártir, que no se cura a sí mismo y que deja sangrar a sus martirizados miembros, implora el milagro para el mismo verdugo despiadado.

— Que le den una loción.

Se perfuma el ambiente cargado de sangre con un olor como de muchos bálsamos orientales. Después de que Julián con su sangrante brazo hace la señal de la cruz, el sayón recobra el ojo perdido. Pero en los criminales no hay piedad, ni ternura, ni compasión.

La espada no fallará y una cabeza que había siempre pensado en Cristo cae sonando débilmente como testimonio mudo de cristiandad, para un día resucitar con una gloria inmensa por el martirio sufrido.

Las sangres de los mártires riegan las tierras más ásperas, y Julián, con su inmolación cruenta, convierte a Celso, el hijo del presidente Marciano. Ha asistido al juicio, escuchando el fallo de su padre y ha contemplado impávido la ejecución terrible de la absurda sentencia, el milagro y la muerte del santo Julián.

Es el último triunfo terreno del mártir. Celso convertido, bautizado y valiente, muere recibiendo el galardón del martirio.

VALENTIN SORIA

Bibliografía

Act SS Boll, 9 enero *Passio* Ed TRAUBE en *Mon Germ Hist Poetae lat aevi Carol*, t 3 p 1 ª p 73 121, *Passio S Iuliani*, por ANDRADE LE PETIT, del siglo IX

BAUDOT, J. L., etc., *Vies des saints et des bienheureux*, I (París 1935) 171s.
MOLINIER, *Sources*... n.813.

SAN JUAN DE RIBERA
Obispo y virrey († 1611)

Cuando él nace, atraviesa la cristiandad una crisis durísima. El fuego de la revolución protestante se ha corrido a media Europa. Reina la confusión y el dolor en el mundo católico, mientras herejes e infieles se mofan a coro de la Santa Iglesia esperando su agonía. Pero el soplo del divino Espíritu vivificó de nuevo a la Esposa de Cristo y ésta empezó a mostrar de nuevo al mundo los caminos de la restauración católica o de la verdadera reforma. Una falange de santos reformadores promovieron esta corriente purificadora, especialmente en España e Italia. Don Juan de Ribera será devotísimo amigo de todos ellos: Ignacio de Loyola, Juan de Dios, Pedro de Alcántara, Juan de Ávila, Francisco de Borja, Teresa de Jesús, Luis Beltrán, Alonso Rodríguez, y otros más en nuestra patria. El papa San Pío V pensó hacerle cardenal, y San Carlos Borromeo, que le amaba entrañablemente sin haberle visto nunca, pedía consejo a Ribera para el buen gobierno de su vastísima diócesis de Milán.

Fue natural de la ciudad de Sevilla, hijo del ilustre don Pedro Afán Enríquez de Ribera y Portocarrero, conde de los Molares, marqués de Tarifa, duque de Alcalá, virrey de Nápoles y antes de Cataluña. El niño crecía sin el amor materno. Su madre, doña Teresa de los Pinelos, falleció muy pronto. Sevilla era a la sazón la puerta de América, por donde se derramaba en Europa aquel torrente de riquezas, de conocimientos nuevos, de sustancias desconocidas: oro, plata, perlas, cacao, maíz, animales raros, hombres y mujeres de razas exóticas. Pero también riquezas del espíritu daba de sí esta ciudad al mundo. Para nuestro caso bastará recoger las palabras de un historiador local: «Es indudable que de toda la nobleza sevillana fue la familia de los Enríquez de Ribera la que más se señaló por su generosidad y amor a los pobres. Nadie como doña Catalina y su hijo don Fadrique de Ribera en caridad a los enfermos y desvalidos. Esta egregia señora, prototipo de las más egregias virtudes, fundó el Hospital

de las Cinco Llagas, que luego su hijo dotó y amplió con extraordinaria munificencia». En esta misma línea de santidad familiar merece un recuerdo doña Teresa Enríquez de Alvarado, «la loca del Sacramento», de quien se cuenta que por sus manos escogía la flor de los racimos traídos de doce leguas, de Cebreros, en la provincia de Ávila, por ser la más excelente uva para fabricar el vino del Sacrificio. Por sí misma cernía la harina de las hostias y la guardaba en limpia y rica orza, delante de la cual tenía siempre una luz encendida. No porque la creyese consagrada, sino porque sólo el pensar que aquella harina se había de transubstanciar en el cuerpo de Cristo, la obligaba a mirarla con tierno respeto: algo así como se mira una corona regia o como una madre contempla los vestidos que han de cubrir y abrigar el cuerpecito del esperado primogénito. Don Juan fue enviado por su padre a la Universidad de Salamanca, que por entonces vive un período áureo: lecciones de Vitoria, teólogos a Trento, introducción del método teológico salmanticense en Italia por obra de los hijos del patriarca de Loyola. Y en suma, foco del prestigio hispano que batalla con la espada y con la pluma frente a turcos y herejes. Ribera salió discípulo aventajado en aquellas aulas, sacó sus títulos y tuvo cátedra en la misma Atenas española. Estaba para terminar el concilio de Trento y el papa Pío IV escogió para la mitra vacante de Badajoz a nuestro joven maestro, que a sus virtudes y alcurnia juntaba el ser hijo del virrey de Nápoles. Aún no había cumplido los treinta años. Para la reforma y santificación de sus ovejas lanzó pequeñas tropas de choque y conquista, reclutó misioneros y recabó la ayuda del Maestro Ávila, quien dice con gran consuelo en una de sus cartas: «El obispo de Badajoz ha enviado seis predicadores por el obispado, según el me ha escrito, y da a cada uno cuarenta mil maravedís y cuarenta fanegas de trigo, y aún si yo le enviara algunos, dijo daría más, si tuvieran necesidad de socorrer a padres o hermanos». Él, por su parte, no se desdeñaba de administrar los sacramentos a los enfermos y sentarse para atender a las almas como confesor ordinario en su iglesia. Dormía muchas veces sobre haces de sarmientos y seguía el mismo rigor que en Salamanca. Por eso, el arzobispo de Granada, respondió por carta a una que el mismo don Juan le había escrito: «Me pide

V. S. Ilma. que le dé cuenta de mi vida; eso deseo saber de V. S. Ilma., que siempre desde su niñez fue santo, pues cuando V. S. Ilma. vino a Salamanca, de poca edad, yo era estudiante pasante, y ya entonces erais santo». Los avisos que él dio, a petición de los padres y del Concilio provincial Compostelano, en 1565, han pasado a las actas. Entre diversas sugerencias, señala remedios prácticos para la reforma personal de los obispos, primer intento de esta clase en España, que sepamos, de aplicación de los decretos tridentinos. En la predicación puso tal fuego y acierto, que los vecinos de los lugares circunvecinos a donde predicaba se convidaban mutuamente: «Vamos a oír al apóstol». En dos ocasiones vendió la vajilla de plata y el importe lo invirtió en comprar trigo y remediar a los pobres en años de carestía. El divino Morales nos ha transmitido la efigie del obispo de Badajoz: sus facciones revelan a un hombre de nervio, pero limpio de toda excitación exterior, contemplativo y apóstol, con aires de alta nobleza y finos modales. El día que partió de su obispado, siendo ya patriarca de Antioquía, para regir la archidiócesis valentina, dio a los pobres todas sus alhajas, dinero y bienes. Más de una vez había quedado sin un maravedí, pero siempre estuvo a punto la bolsa paterna. En Valencia, como en Badajoz, se sujetó a un horario que recuerda hábitos estudiantiles. Gran madrugador, se levantaba de tres a cuatro de la mañana y comenzaba el estudio y meditación sobre la Biblia hasta las siete; daba cuatro horas para el rezo del oficio divino, santa misa, preparar sermones y un breve descanso. A la una de la tarde, audiencia pública. Se retiraba a eso de las tres, sin tener tiempo señalado para la comida, y sólo tomaba algunos higos secos, uvas o fruta del tiempo. Bebía muy poco, raramente vino con agua. Por la tarde concedía audiencia sin poner inconvenientes. Terminada esta obligación, marchaba a un jardín extramuros donde iba acumulando libros y más libros. Tornaba a palacio al anochecer, y por espacio de tres horas se recogía en oración. Tampoco para cenar había momento señalado. Antes de acostarse tenía unos momentos de solaz con los suyos. Al rigor ordinario en la comida, añadía ciertos ayunos, como en los días de Semana Santa, que se pasaba cuarenta horas sin probar alimento, y, mientras fue joven, tres veces por semana ayunaba como

un monje: sólo pan y agua. Su criado, Pedro Pascual, no podía menos de maravillarse muchas mañanas al entrar en la alcoba de su señor; la cama estaba como el día anterior, y, para cerciorarse, metía las manos entre las sábanas, y no hallándolas calientes, concluía que el patriarca no había reposado en ellas durante la noche. Tenía don Juan ciertos lugares secretos en sus habitaciones, así en palacio como en el colegio por él fundado y en su jardín-biblioteca de la calle de Alboraya, donde escondía las disciplinas y cilicios, que la curiosidad de Pedro Pascual descubría, hallándolos siempre bañados en sangre. Estos indicios hacían presagiar un pontificado santo, como el de fray Tomás de Villanueva, fallecido aún no hacía tres lustros y cuyo recuerdo amable estaba en la memoria de todos; de él escribe un cronista que a su muerte eran tal el llanto y la pena de los pobres y del pueblo en general, que el espectáculo causaba la mayor tristeza. No le llamaban de otra manera que «el arzobispo santo». Vestía un hábito humilde y apedazado, guardó en todo gran pobreza voluntaria. No hizo testamento, porque no tenía de qué. Y a fin de morir totalmente desprendido, renunció en favor de su iglesia ciertos derechos que sobre ella le correspondían.

Los valencianos se percataron pronto de que don Juan de Ribera, su nuevo pastor, aunque joven —llegaba a esta sede a los treinta y seis años—, era viejo en doctrina, virtud y prudencia. Solían decir los que trataban con el patriarca que de sus palabras fluía un no sé qué misterioso que infundía juntamente respeto y un gozo conmovedor. Fray Tomás había dejado abiertos con sus fatigas los primeros surcos para la reforma de esta diócesis, que por más de cien años estuvo huérfana de la presencia de sus pastores. Cierto que Ribera tenía ante sí las trazas y el ejemplo del arzobispo limosnero. Pero también una perspectiva ardua: aplicar a sus ovejas la doctrina reformatoria del concilio de Trento, que acababa de ser aceptado en España: un plan salvador, intenso, y cuyos frutos no se tocarían sino a largo plazo. Estaba también por delante la angustiosa cuestión morisca, con todos los anteriores fracasos de evangelización y apaciguamiento. Meditaba don Juan cuál sería el método adecuado para aquella tan general y variada misión entre cristianos viejos e infieles astutos, que no otra cosa eran los moros bautizados

unas veces por la fuerza, otras voluntariamente, aunque para mayor amparo y encubrimiento de su infidelidad. Abrió el buen pastor su campaña con las visitas pastorales. Once veces visitó completamente, por sí o por sus delegados, todas las parroquias de su amplia jurisdicción. Cada bienio tenía noticia cabal del estado de sus 290 parroquias rurales. Lo mismo aparece el infatigable apóstol en los fragosos lugares del arciprestazgo de Villahermosa del Río, como en los no menos ásperos de la región alicantina. Aun en medio de penosas ocupaciones halla tiempo para el estudio, hurtando horas al descanso. Alojaba cierta vez en su casa el cura de Carcagente al patriarca durante la visita pastoral. Y aconteció que, habiéndose retirado todos a dormir y siendo muy entrada ya la noche, había luz en la alcoba del prelado. Movido por la curiosidad, atisbó el rector por los resquicios de la puerta y vio al arzobispo en la cama, sentado y estudiando rodeado de libros. El cura se movió a devoción, al recordar que lo mismo había leído de San Ambrosio. Entre los años 1569 y 1610 llevó a cabo 2.715 visitas pastorales, recogidas en 91 volúmenes, con un total de 91.202 folios. Celebró siete sínodos. Cada vez, los decretos eran pocos, breves y prácticos, para evitar que la muchedumbre de ellos tentase a olvidarlos. Son de carácter marcadamente sacerdotal. Del clero, en estrecha comunión con su obispo, cabía esperar con toda razón la enmienda del pueblo y una vida cristiana floreciente. Tratábalos con exquisita cortesía, ya en los retiros a puerta cerrada en la parroquia de Santo Tomás donde solía instruirles y aun reprenderles, ya en privado con advertencias paternales. Jerónimo Martínez de la Vega recordó toda su vida las palabras del arzobispo cuando le otorgaba licencia de confesar: «Mirad, hijo, lo que hacéis; que sois mozo y el oficio es peligroso». Y hablaba el bueno del patriarca aleccionado por la experiencia. En Badajoz hubo de rechazar a una joven, la cual simulando confesión, le descubrió los torpes deseos que hacia él sentía. Ribera huyó del lazo y aun ganó aquella alma para Dios. En Valencia se repitió la escena en horas de audiencia. Mas el patriarca, puesto en pie, en voz alta y en presencia de sus criados, comenzó a reprender a la desdichada, con tanto fervor de espíritu, que parecía echaba rayos de sus ojos. Así estuvo dos horas, y al cabo logró trocar aquel corazón

apasionado y la envió a casa de sus padres con la advertencia de que la perdonasen y recibiesen. Este hombre, grande por su origen y por sus ministerios, sabía tratar con los pequeñuelos. Acostumbraba a ponerse en una sillita en la plaza de Burjasot, pueblecito cercano a la capital, y enseñaba por sí la doctrina cristiana a los niños. Y luego repartía dulces, monedas, ropas y otras cosas que necesitaban. Cuidadoso de la juventud, estableció en su palacio una escuela para los hijos de los nobles, en número de unos treinta, pues, como él afirmaba, se debía a todos como pastor. Desde muy niños estaban en casa del señor patriarca aprendiendo la piedad y las letras. Servíase de ellos solamente para el mayor esplendor de los pontificales. Cuando ya cursaban estudios superiores acudían a la Universidad en carroza para oír a sus respectivos maestros. Aquella escuela parecía más bien un seminario. De ella salieron un cardenal, un arzobispo, doce obispos, amén de un buen número de religiosos, canónigos y rectores de iglesias. La experiencia pastoral había persuadido al patriarca la conveniencia de empuñar juntamente el báculo y la espada. Felipe III le nombró virrey y capitán general. La tranquilidad, largos años perturbada, vino como por encanto y la justicia se aplicaba con rectitud. Nada escapaba al ojo vigilante del virrey arzobispo. Una viuda que llevaba pleito de importancia, se quejó alegando sospecha de parcialidad en el juez. Ribera se personó al día siguiente en el consejo y preguntó: «¿Quién de vuestras mercedes tiene la causa?». «Yo, señor», respondió el oidor. «¿En qué punto está?», tornó a preguntar el patriarca. «Ya está acordado para sentenciar y dados memoriales de ambas partes». Y mirando a los otros oidores insistió el patriarca: «¿Por qué no se da sentencia?». Y como todos guardasen silencio, prosiguió: «Venga el proceso mañana y estudien la causa, porque quiero que se dé sentencia». Cuando terminó el pleito dijo el oidor a un amigo: «Verdaderamente este señor es un santo. Yo estaba ciego con favorecer a una persona, y con sola la visita del patriarca y dos palabras que habló en consejo, cobré luz y descargué mi conciencia».

Fundó en la ciudad el Colegio y Seminario de Corpus Christi para atender a la formación del clero, y en esta misma casa, una capilla —institución entre las más famosas de la cristian-

dad— donde se honra al Santísimo Sacramento con un ceremonial y una liturgia llena de majestad y de sosiego, aun en nuestros días. De su amor a Jesús sacramentado diremos que con frecuencia se retiraba a celebrar el santo sacrificio a una capilla de su propia iglesia y, luego de alzar a Dios, íbase el ayudante, hasta el aviso del patriarca con una campanilla. Durábale esta misa de dos a tres horas por el arrobamiento y las lágrimas. Falleció en su amado colegio el 6 de enero de 1611. Aún pudo ver la expulsión de los moriscos por mandato de Felipe III en 1609. Ribera los había catequizado durante treinta y cuatro años, sin reducirlos al yugo de Cristo.

Cuando el anciano pastor rendía su alma a Dios, los niños en tropel cantaban por las calles de la ciudad: «El señor patriarca está en la gloria, con la palma y corona de la victoria». En sus funerales abrió los ojos y se le encendió el rostro para adorar al Señor desde la consagración hasta la comunión del celebrante. San Pío V le había llamado, hacía cuarenta años, «lumen totius Hispaniae» («lumbrera de toda España»).

El 12 de junio de 1959 tuvo lugar en la Basílica de San Pedro su solemne canonización. El papa Juan XXIII quiso darle particular realce. Ya en el discurso pronunciado el 30 de mayo en el consistorio semipúblico, manifestó claramente el entusiasmo que sentía por esta canonización. En la homilía que pronunció en el acto de la canonización propuso con palabra vibrante a San Juan de Ribera como modelo viviente para los hombres de hoy. Más aún. En el discurso que dirigió a los peregrinos españoles, designaba este día como glorioso para España y para la Iglesia.

RAMÓN ROBRES LLUCH

Bibliografía

CUBÍ, M., *Vida del Beato Juan de Ribera* (Barcelona 1912).

ESCRIVÁ, FR., *Vida del Illustrissimo... Don Juan de Ribera, patriarca de Antioquía y arzob. de Valencia* (Valencia 1612).

ESCRIVÁ, V., *Jornadas de don Juan de Ribera arzob. y virrey* (Valencia 1942).

GONZÁLEZ CLEMENTE, V., *La personalidad artística del Beato Juan de Ribera* (Valencia 1948).

ROBRES LLUCH, R., *San Juan de Ribera patriarca de Antioquía, arzobispo y virrey de Valencia (1532-1611)* (Barcelona 1960).

XIMÉNEZ, J., OM, *Vida del Beato Juan de Ribera* (Valencia 1798).

SAN CARLOS DE SEZZE
Religioso († 1670)

Algunos escritores modernos han llamado la atención de los teólogos místicos hacia este lego franciscano antes casi desconocido a causa de quedar todavía inéditos en su mayor parte sus numerosos escritos, que son cuarenta entre tratados y cartas; solamente seis, y no ciertamente los más importantes, merecieron el honor de la imprenta.

Nació este santo varón en Sezze, hermosa villa de la provincia romana, el 22 de octubre de 1613, de padres muy pobres en bienes temporales pero muy ricos en virtudes, los cuales le procuraron únicamente la instrucción elemental, que bien pronto tuvo que interrumpir para dedicarse a la guarda de ovejas, la cual empero sirvióle admirablemente, como a otro Pascual Bailón, para el ejercicio de la oración y la lectura de libritos piadosos. Visitaba con frecuencia la iglesia de los Frailes Menores, no muy lejana de su casa, y al contemplar en ella los toscos cuadros de los beatos (hoy canonizados) Salvador de Horta y Pascual Bailón, legos españoles de la expresada Orden, sentía tal entusiasmo que, como escribió después, exclamaba: «Si yo llego a entrar en esta religión imitaré a estos santos: pasaré las noches en la iglesia y haré asperísima penitencia».

Cayó luego en muy grave enfermedad, la cual fue causa decisiva de su vocación religiosa, de modo que a los diecisiete años de edad pidió licencia para entrar entre los religiosos franciscanos de la provincia de Roma en el estado laical, lo cual consiguió después de larga y dura prueba, siendo enviado al convento de Nazzaro, donde vistió el pobre sayal de San Francisco el día 18 de mayo de 1635, empezando luego el noviciado. Pasado el año de probación entre rigurosos ejercicios de penitencia y grandes tribulaciones espirituales, algunos religiosos profesos estaban perplejos en permitirle o negarle la licencia para pronunciar los tres votos perpetuos, dudando que pudiese sostener el peso de la vida regular. En esta lamentable situación acudió el devoto joven a la Virgen Santísima, de quien había recibido ya tantísimos favores; esta clementísima Madre vino sin tardar en su auxilio, de modo que, desapareciendo aquellos temores, pudo el día 19 de mayo de 1636 consagrarse por siem-

pre al Señor, cambiando el nombre de Juan Carlos por el de Carlos de Sezze.

La vida del fervoroso lego después de su profesión fue bastante sencilla, residiendo sucesivamente en los conventos de Morlupo, Ponticelli, Palestrina, Carpineto (patria del futuro papa León XIII), San Pedro in Montorio de Roma (en gran parte edificado por los Reyes Católicos Fernando e Isabel) y San Francisco a Ripa, que conserva el recuerdo de la habitación de San Francisco y donde Carlos de Sezze falleció santamente el día 6 de enero de 1670. Morando en Morlupo tuvo una tremenda visión que lo alentó en el progreso de la vida contemplativa; en Ponticelli diose enteramente al ejercicio que llamaba «la confianza en Dios» o la pequeñez espiritual, a guisa de un niño descansando en el regazo de su madre y que tanto recomienda el Santo en sus escritos. Bien pronto le cautivó otro ejercicio saludable: rogar todos los días por la propagación de la fe en países paganos, deseando, además, derramar en ellos la sangre por Cristo, y al efecto pidió y obtuvo partir como misionero para las Indias de patronato portugués; pero al ir para allá le sobrevino una grave enfermedad, por lo cual fue trasladado a la enfermería de San Francisco a Ripa, llorando amargamente porque no podía acompañar a los que salían destinados a aquellas misiones.

En aquel tiempo la provincia romana abrió un convento de retiro en Castelgandolfo, donde los religiosos vivían con extraordinaria austeridad, muy semejante a la de los antiguos anacoretas; allí acudió nuestro Carlos con permiso de los superiores; pero por lo visto el sitio no era muy sano, así es que poco después, esto es, en 1643, hubo que cerrar aquel convento a causa de las enfermedades contraídas por algunos religiosos; por lo cual el siervo de Dios fue trasladado a Carpineto, donde pudo dar pruebas de su heroica caridad durante la terrible epidemia que devastó aquella región. Viósele muchas veces asistiendo a los pobres apestados más peligrosos sin cuidarse de su propia salud y también cargando sobre sus espaldas a los muertos para darles cristiana sepultura. Dios permitió que en vez de premio por tanta abnegación y sacrificio recibiese una pública reprensión y fuese trasladado al convento romano de San Pedro

in Montorio para encargarse del oficio de sacristán y más tarde del de cuestor de limosnas en la misma capital. Ejercitando este último humilde servicio recibió de Jesús sacramentado el más estupendo prodigio de su vida, que le mereció el título de «Serafín de la Eucaristía», pues que entrando una mañana en la iglesia de San José «de Capo le Case», situada cerca de la actual plaza de España, y oyendo allí, en compañía de algunos fieles y todo absorto en el amor de Jesús el santo sacrificio de la misa, al llegar al acto de la elevación, un rayo luminoso partió de la Hostia Sagrada hiriendo el costado del Santo hasta penetrar su corazón —cuya señal se observa todavía actualmente—, con lo cual cayó el extático lego en un admirable deliquio de amor y dolor, como él mismo refiere en su autobiografía. Desde este momento la vida de fray Carlos fue eminentemente eucarística, de modo que frecuentemente después de la santa comunión experimentaba largos coloquios e íntimas comunicaciones con Jesús, a quien tanto recreaba el fervor y sencillez columbina de su siervo.

Este fidelísimo hijo del «Pobrecillo de Asís» fue decorado con el don de milagros: numerosísimos enfermos recobraron la salud mediante las oraciones que por ellos elevaba al Señor, a la Virgen Santísima y al entonces Beato Salvador de Horta, taumaturgo catalán, cuya devoción habían propagado por Italia los franciscanos de Cerdeña en cuya capital había fallecido en 1567, y en este mismo tiempo trabajaba en Roma para su canonización el Beato Buenaventura de Barcelona, lego también fallecido igualmente como su compatricio en tierras italianas. El mismo Carlos de Sezze refiere difusamente unos veinte milagros obrados por él mediante una reliquia del prodigioso franciscano de Horta, que llevaba siempre consigo. Estos milagros lo mismo que sus excelsas virtudes y maravillosas profecías hicieron popular en el Lacio el nombre de fray Carlos, de modo que hasta algunos cardenales y papas lo colmaron de obsequios. Predijo el honor del papado a los purpurados Chigi (Alejandro VII), Rospigliosi (Clemente IX), Alfieti (Clemente X) y Albani (Clemente XI), otros pontífices lo invitaron no pocas veces a su corte para aprovecharse de sus sobrenaturales consejos y espiritual doctrina.

Maravilla causa ver en Carlos de Sezze, que solamente había aprendido a leer y escribir, una doctrina mística tan sublime, que algunos escritores modernos la comparan a la de Santa Teresa o de San Juan de la Cruz, proclamándolo uno de los mejores autores de la misma disciplina en el siglo XVII, dotado ciertamente de ciencia infusa. Es verdaderamente un escritor fecundo. No se han conservado todas sus obras, pues sabemos que estando en Carpineto su confesor le mandó quemar un libro de meditaciones, lo cual ejecutó sin resistencia alguna, y otro confesor suyo, el padre Antonio de Aquila, el cual nos ha dado la primera lista de los mismos escritos, asegura que había otros ya entonces perdidos. De todos modos, los que existen actualmente dan derecho a proclamar a San Carlos autor espiritual de grande fecundidad y seguro magisterio.

Entre sus obras, estudiadas recientemente con utilísimos detalles por el docto padre Jaime Heerinckx, descuellan por su importancia: *Le tre vie,* tratado sobre la vía purgativa, iluminativa y unitiva; *Cammino interno dell'anima; Discorsi sopra la vita di N. Signor Gesù Cristo; Sacro Settenario,* que, según dice el mismo autor, la seráfica madre Santa Teresa de Jesús se lo dictó textualmente; finalmente la obra más extensa y de mayores vuelos: *Le grandezze della misericordia di Dio in un anima diulata dalia grazia divina,* que es su autobiografía, compuesta por inspiración divina y por mandato de su confesor. El santo trabajó en esta última obra desde 1661 hasta 1665, mientras residía en el convento romano de San Pedro in Montorio. Describe en ella su propia vida y sobre todo las gracias que había recibido del Altísimo desde su infancia a la edad de cincuenta y dos años. El libro está dividido en siete partes y en ciento doce capítulos, su materia está saturada de preciosas ideas y descripciones importantes no solamente por lo que se refiere a la vida del autor, sino también y principalmente por la multitud de fenómenos místicos y muy extraordinarios, en esta voluminosa obra descritos, y que pueden ser utilísimos a los cultivadores de la ciencia mística.

La doctrina espiritual de este siervo de Dios es siempre sólida y sustancial; y a pesar de que su autor no pudo dedicarse a estudios de alta teología, trata de ella de una manera maravillosa, describiendo sapientemente los grados más elevados de la

mística católica, de modo que en este sujeto verificóse de nuevo la verdad de la sentencia evangélica según la cual el Señor esconde los misterios divinos a los sabios del mundo y los revela a los párvulos de espíritu.

Murió el santo en el convento romano de San Francisco a Ripa en la fiesta de los Reyes de 1670, después de pocos días de enfermedad, durante la cual recibió, arrodillado en el suelo, el divino Viático, confortado con una celestial visión del Salvador, de la Virgen Santísima y de muchos ángeles. El papa León XIII lo elevó a los primeros honores de los altares en 1882 y Juan XXIII lo ha canonizado en este año de 1959 juntamente con la barcelonesa Beata Joaquina Vedruna de Mas, fundadora de las Carmelitas de la Caridad. Su sepulcro se venera en la iglesia franciscana de San Francisco a Ripa, pero el corazón incorrupto, con la señal de la cruz impresa en el acto del prodigio eucarístico referido, se conserva en la capilla del convento llamada de San Francisco.

JOSÉ M.ª POU Y MARTÍ, OFM

Bibliografía

GUZZO, G. C. (ed.), *Aureola serafica: vite dei santi e beati dei tre Ordini di San Francesco,* I (1951) 125s.
— *Luce serafica. Il B Carlo da Sezze dei Frati Minori* (Roma 1942).
HEERINCKX, P. J., «Les écrits de Charles de Sezze»: *Arch Franc. Hist* 28 (1935) 324s, 29 (1936) 55s.
VENDITTI, V., *S. Carlo da Sezze* (Roma 1959).
VICENZA, A. M. DA, *Vita del Beato Carlo da Sezze* (Venecia 1881).

SANTA RAFAELA MARÍA DEL SAGRADO CORAZÓN

Virgen († 1925)

La santa Rafaela María del Sagrado Corazón aparece en la Iglesia durante el siglo XIX. Porque es el siglo del liberalismo triunfante, ella y sus hijas se ceñirán las cadenas de una esclavitud de amor; y porque se intensifica la sagrada pasión del cuerpo místico de Cristo —su vicario Pío IX bajaría a la tumba coronado de espinas— ungirán ellas ese corazón llagado con la suave unción de su amor reparador y eucarístico. Espíritu éste de perenne actualidad —como recientes documentos pontifi-

cios lo confirman—, ya que hasta el fin de los tiempos el «Cristo total», Cristo viviente en su Iglesia, ofrecerá al Padre holocausto de reparación, intercesión y amor.

Mas, ¿cómo iban a sospechar estos misteriosos y futuros destinos los cristianos y ricos terratenientes de Pedro Abad don Ildefonso Porras y doña Rafaela Ayllón, cuando amorosamente se inclinaban sobre la cuna de aquella niña —la décima de sus trece hijos—, que había venido al mundo precisamente el primer viernes de marzo —día 1— de 1850? Una fecha después llega para ella el que alguna vez llamará «el día más grande de nuestra vida», el de su bautismo.

Para santa quería Dios a aquella niña y en tierra de santos la había hecho nacer. Más que de los califas, es Córdoba la ciudad de Eulogio y Speraindeo, de Álvaro y las vírgenes Flora y María, de los innumerables mártires. Con razón exclamará Rafaela: «Somos hijos de santos, ¡no degeneremos!».

Si era cristianísimo el hogar donde su cuna se meció, pronto lo iba a saber, aun a precio de lágrimas. Sólo cuatro años contaba cuando su padre, alcalde a la sazón, mostrando su religiosidad en el heroísmo, caía víctima de la caridad cuidando a los atacados por el cólera, que se ensañaba en la villa. Su viuda, verdadera mujer fuerte, hizo frente a todo, pero se reservó en especial la educación de las «dos perlitas», como eran llamadas en familia las dos únicas niñas, Rafaela y otra hermana cuatro años mayor que ella, Dolores.

Pronto la mejor sociedad cordobesa y madrileña comenzó a sonreír a aquellas jovencitas finas, cultas, sumamente agraciadas. Pero... sólo quince años contaba Rafaela cuando, arrodillándose ante el altar de San Juan de los Caballeros, en Córdoba, consagró al Señor la azucena de su virginidad con voto de castidad *perpetua*. Era precisamente el día de la Anunciación de María, la *esclava* del Señor. «¡Es tan hermosa —dirá más tarde— la flor de la pureza!». Aquella iglesia, por coincidencias providenciales, fue la primera que las Esclavas recibieron en propiedad.

Ya es toda de Jesucristo Rafaela María, y Él comienza a llevarla por el difícil camino que para su vida ha trazado. Su madre es todo su cariño, y cuando apenas cuenta diecinueve años la pierde casi de repente. «La muerte de mi madre —revelará ella,

religiosa ya— abrió los ojos de mi alma con un desengaño tal que la vida me parecía un destierro. Cogida a su mano le prometí al Señor no poner jamás mi afecto en criatura alguna terrena. Y Nuestro Señor, al parecer, cogió mi oferta, porque aquel día me tuvo toda ocupada en pensamientos sublimísimos de la vaciedad y nada que son todas las cosas de la tierra, y de lo único necesario que era aspirar a sólo lo eterno, que casi, o del todo, me desterró la pena».

Pronto fueron quedando Rafaela y Dolores cada vez más solas y, por tanto, más libres, en la casona familiar, dueñas de pingue patrimonio. Mas no las busquéis ya en las fiestas de Córdoba, sino junto a la cabecera de los más indigentes y repugnantes enfermos, tal vez contagiosos, de Pedro Abad; o junto a la clásica chimenea de campana que presenciara tan dulces escenas familiares, rezando con la servidumbre aquel rosario bendito que ayer guiara la madre muerta; o acaso barriendo y perfumando luego de flores la ermita de aquel Cristo venerado que llevara en la mesnada el abad don Pedro de Meneses cuando acompañaba al rey San Fernando en la conquista de Córdoba.

En esta vida de difícil abnegación las sostenía el joven párroco, recién llegado a Pedro Abad. Intuyendo los futuros destinos de Rafaela, le escribió esta frase que, a la luz de los acontecimientos posteriores, aparece como profética: «Lucirá, y más que el sol, si mientras llega el día se mantiene en la oscuridad»... Ya veremos si era profunda la oscuridad, prenuncio de gloria, que la esperaba.

Avanzan las dos hermanas en virtud, pero la maledicencia se ceba en aquellas vidas intachables y han de renunciar a su único apoyo: la dirección. Ya para entonces ambas han decidido entregarse, con todo su haber y su poseer, al Señor. Pero ¿dónde? El antiguo director y otros eclesiásticos cordobeses, a quienes se han confiado, deciden: pasarán unos meses de retiro y reflexión en las clarisas de Santa Cruz, de Córdoba, y luego... Abandonan, pues, de incógnito su fecundo apostolado en el pueblo, aunque los pobres, al enterarse, reclaman entre lágrimas que vuelvan «las señoritas».

Ya está decidido el ingreso en la Visitación de Valladolid para que tornen a Córdoba como fundadoras de un pensio-

nado; pero el Señor, que tiene otros planes, hace aparecer en este momento al «hombre providencial»: don Antonio Ortiz de Urruela. Era este sacerdote guatemalteco varón de espíritu y talento no comunes, penitente, celoso, rectísimo —«el Padre de la verdad» le llamaban los andaluces, ¡y eran los tiempos del liberalismo militante!—, sabio jurista; en fin, una personalidad extraordinaria. Él, que tenía profundamente grabada esta idea de Pío IX: «Por la reparación se salvará el mundo», estimaba a la naciente sociedad de María Reparadora, y aquella estima cristalizó en una realidad tangible: negocia que se trasladen desde Sevilla algunas religiosas, y en una casa propiedad de las hermanas Porras, con haberes de las mismas, queda fundado el noviciado, que pueblan, junto con éstas, otras jóvenes selectas dirigidas también de don Antonio, protector y alma de la obra. Rafaela y Dolores, que visten felices el hábito blanco y azul de María Reparadora desde el día del Sagrado Corazón —es el año 1875—, creen haber llegado al puerto. A su vez las madres graves comentan: «Rafaelita es una joya. Aunque novicia, podría muy bien ser superiora». ¡Por algo lo haría Dios!

¿Criterios anticuados de la tradicional sociedad cordobesa? ¿Tesón de un protector que exige con excesivo celo y diversidad de miras una docilidad que las protegidas estiman incompatible con el bien de su religión? El caso es que, cuando la madre general y fundadora de la sociedad dio la orden de trasladar el noviciado a Sevilla, surgieron graves diferencias entre las religiosas y los eclesiásticos cordobeses, particularmente con don Antonio, escudo hasta entonces de la amenazada fundación, quien creyó tener graves motivos para defender la permanencia del noviciado en Córdoba. Sólo a las dos hermanas se traslucía lo angustioso de la situación. Las demás novicias veían a Rafaela orar en cruz con más asiduidad y redoblado fervor ante el sagrario. No sabían más.

Por fin las religiosas de María Reparadora han de salir de Córdoba. ¡Momentos de perplejidad para aquellas almas ansiosas de cumplir la voluntad divina! De pronto corre entre las novicias una voz: «Las hermanas Porras no se van. Continuarán en la casa bajo la protección del señor obispo, y la dirección del padre Antonio». Y allí se queda, casi íntegro, el noviciado. Rafaela,

por designación episcopal, comienza a ser superiora de aquel grupito de jóvenes que «de novicias se han pasado a fundadoras» —como les escribirá años adelante, en carta autógrafa, Su Santidad Benedicto XV—. Fray Ceferino González, el futuro cardenal de Toledo, tan conocido por sus profundas obras filosóficas, obispo a la sazón de Córdoba, expidió el decreto de erección del nuevo Instituto, bajo el nombre de «Adoradoras del Santísimo Sacramento e Hijas de María Inmaculada».

Se acerca la primera emisión de votos cuando reciben una amistosa advertencia: «El señor obispo está introduciendo algunas variaciones en las reglas». ¿Algunas variaciones? ¡Dios mío!, ¿quién las conoce?: rejas en los locutorios, la exposición del Santísimo sólo los domingos... Y tienen veinticuatro horas de plazo para determinarse.

Madre, ¡no queremos estas reglas! —exclaman a una voz las novicias apenas recibida la intimación—. ¡Queremos las reglas de San Ignacio tal como las hemos observado hasta ahora!

Rafaela ha buscado en la oración, su ordinario recurso, la serenidad y el acierto. Ahora están ella y su hermana conferenciando con don Antonio, quien les repite inspirado: «Dios escribe derecho con pautas torcidas». Mas el tiempo urge, ¿qué hacer? Dolores fue la primera en lanzar la idea: «¿Por qué no nos vamos?». ¡Signo divino de la unanimidad! Al mismo tiempo una novicia bajaba en nombre de todas: «Madre, arriba estábamos diciendo que por qué no nos vamos»...

Y aquella noche misma, en connivencia con las sombras nocturnas, comienza el éxodo. Presidía la salida Rafaela, «pálida como una dolorosa»; Rafaela, que con entereza recibida de lo alto se puso al frente de las fugitivas, mientras Dolores quedaba en el palomar vacío para hacer frente a la polvareda que en pos dejaban.

Las Hermanas de la Caridad, que tanta derrocharon con la Congregación naciente, las hospedaron en Andújar.

Un fuerte apoyo les quedaba, don Antonio Ortiz, que, alcanzado por la tempestad, negocia en Madrid el establecimiento del noviciado. ¿Un apoyo? ¿No imagináis lo que va a suceder? Moría, en efecto, en la capital de España este santo sacerdote el día de su gran protector San José. Rafaela, anegada

en paz sobrenatural, desgrana por tres veces ante el sagrario los versículos del *Te Deum.* Ésta será siempre su respuesta ante el dolor.

Pero «el hombre providencial», cuyo último suspiro recibió Dolores, dejaba al Instituto bajo la tutela del buen padre Cotanilla, S.I. En su persona pasaba, en cierto modo, a la Compañía de Jesús tan sagrada herencia. Y bajo su protección y la del obispo auxiliar, doctor Sancha, van a establecerse, ahora definitivamente, en Madrid. Vibra de nuevo en Andújar la voz juvenil: «¡Vamos!».

Ya están en la estación, en medio de la oscuridad y bajo el aguacero, esperando el tren que las llevará a la capital. De las dieciocho que comenzaron esta aventura hacia Dios «ninguna se ha perdido». Muy bien escribió la primera historiadora de tales sucesos: «Cuando Dolores expuso al obispo auxiliar el recelo que le inspiraban las vocaciones, contestó el doctor Sancha: "Estos trastornos obran en las religiosas lo que la criba en la era: se queda el grano y la paja se la lleva el viento"... En aquel puñado de almas generosas tan tenazmente aventado no hubo más que trigo: no faltaba ni una».

El primado de España, cardenal Moreno, al aprobar la nueva Congregación en 14 de abril de 1877, le imponía el nombre de «Reparadoras del Sagrado Corazón de Jesús», cambiado, al penetrar el Instituto en la órbita pontificia por el *Decretum laudis,* en aquel que, no determinación humana, sino su divino fundador había escogido: ANCILLAE SACRATISSIMI CORDIS IESU, «Esclavas del Sagrado Corazón de Jesús». Por fin León XIII, en 29 de enero de 1887, aprobaba definitivamente el Instituto y temporalmente sus Constituciones, las suyas, aquellas por las cuales había luchado tan denodadamente. «Vuestras son», parecía decirles el santo legislador mediante una serie de providenciales coincidencias. Y lo dijo también por boca de quien más autorizado estaba para ello. Visitando en Roma nuestras madres al padre Becks, y expresándole su alegría por llevarse las tan deseadas Constituciones, alguien insinuó: «San Ignacio no hizo sus reglas para mujeres». A lo que repuso el padre General: «Las reglas de San Ignacio están llenas del Espíritu de Dios, y el Espíritu de Dios lo mismo es para hombres que para mujeres».

Mas quien corta la rosa se lleva la espina, y ellas, que con mano audaz se habían acercado al rosal de Ignacio, participarían también en la «bendición» que él pidió a Dios para su obra: las persecuciones. «Diga al señor obispo de Cádiz —advertía la madre a una de sus hijas— que se prepare para las habladurías y calumnias que ha de oír de nosotras»... No obstante, palpando en las dificultades como en los éxitos una admirable providencia de aquel Corazón que es origen del Instituto, la madre María del Sagrado Corazón, con maravillosa prudencia y celo, pero sobre todo con la eficacia de su fervoroso espíritu sobrenatural, iba fundamentando sólidamente y perfeccionando todos los órdenes, primero como superiora, después —desde mayo de 1887— como general, la obra de su vida. Las fundaciones se multiplicaban; florecían las obras de apostolado que, juntamente con la adoración reparadora al Santísimo Sacramento, son esenciales en el Instituto: escuelas populares, colegios, casas de ejercicios, Congregaciones marianas y de adoradoras del Santísimo Sacramento, etc. Posteriormente, al ver a sus hijas sembrando la buena nueva en lejanas misiones de infieles, habrá exultado con nuevo gozo la que siempre soñó que su Instituto fuera «universal como la Iglesia».

A la vez que lo infundía en su obra iba intensificándose en ella aquel su admirable espíritu: amor reparador y encendido en celo por su gloria, hasta la inmolación total al Corazón de Cristo, sobre todo en el sacramento de amor, entrega filial y confiada al de la Inmaculada Madre; oración altísima y continua, que el Señor perfeccionaba con carismas divinos, y, sobre esta base, heroicas virtudes, entre las cuales destaca una humildad tal que alguien ha llegado a llamarla «la humildad hecha carne». La autenticidad de esta su virtud característica pronto se probaría —se estaba probando ya— en el más doloroso y encendido crisol: contradicciones, incomprensiones, desconfianzas de sus consejeras, aparentes fracasos, el total arrinconamiento, el largo y absoluto olvido...

Un paso faltaba para que la fundadora viera definitivamente consolidada su obra: la aprobación definitiva de las Constituciones. En 1894 llegó este gozo. Al día siguiente de Nuestra Señora de las Mercedes, León XIII las refrendaba con su autoridad

infalible. Así, de manos de aquella que es «redención de cautivos», recibían las Esclavas, para quedar gloriosa y perpetuamente ligadas, las dulces cadenas de la esclavitud que redime.

Pero entonces vivía ya la madre su vida oculta de Nazaret, retirada en la casa de Roma. Graves dificultades internas que surgieron en el gobierno la movieron a renunciar al generalato, primero temporalmente a favor de su hermana Dolores —en religión madre María del Pilar—, quien, al presentar la dimisión el 3 de marzo del siguiente año, 1893, todas las que formaban la junta, fue elegida para sustituirla. De este modo colmaba el Señor los deseos de la madre, largamente acariciados: servirle en el más escondido rincón del Instituto y cooperar así a su gloria con la demostración palmaria de que Él, único fundador, prescindía libérrimamente de instrumentos, como le había glorificado antes siéndole docilísima en sus manos.

Pero, ¿quién penetrará el abismo de penas, humillaciones e ingratitudes que sufrió en tan aflictivas circunstancias? «¡Por qué tempestad pasa esta navecilla!», escribirá la madre. ¡Si no rugiera también en su interior! Es la hora de exclamar: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?».

Mas se diría que el Señor había permitido tan dolorosos golpes de cincel para hacer brillar más las facetas de sus heroicas virtudes, sobre todo de su humildad eximia, y así enjoyar a la Iglesia con nuevas galas. Se desconocen y conculcan sus derechos de fundadora, de madre, aun a veces de religiosa simplemente, y, una vez expuesto lo que su rectísima conciencia le dicta exponer, calla y se somete; ve que se la aísla progresivamente de las que en fuerza de los hechos son sus hijas, y ella se abraza más y más con el aislamiento y el silencio; rehúye insistentemente toda deferencia, todo privilegio, pues «Cristo y su Madre —dice— no los tuvieron»; quiere ser, como la última de las religiosas, no rogada, sino mandada, y cuando al fin lo logra se somete dócil y amorosamente aun a las órdenes más mortificantes, aun a las simples insinuaciones de sus superioras, como la más rendida súbdita.

Para ella el trabajo constante, lo más pobre de casa, las más bajas y fatigosas labores... Parecerá increíble, pero ni aun así cesan las desconfianzas en torno suyo, las humillaciones, las total-

mente infundadas sospechas. Y llega aún la más dura prueba: la de comprobar, con el desgarrón íntimo que la injusticia causa, que, para explicar o cohonestar aquella aflictiva y anormal situación en que se la tiene aherrojada, se va divulgando, hasta formar ambiente, la especie de que su razón se ha nublado, como efecto del prolijo padecer. Sin otra réplica que la que sus virtudes y su proceder exquisito y perfectamente equilibrado ofrecen callada y constantemente, la madre se abraza con este nuevo dolor y, como Jesús en su pasión, una vez más, calla. Ha llegado a la cumbre del tercer grado de humildad, de la «locura de la cruz», que ella incesantemente pide como un tesoro, ignorando que ya lo posee.

Y así, progresivamente, en un ocaso que es aurora, se va hundiendo en la sombra íntimamente dolorida por la humana ingratitud, pero serena con la serenidad y la dignidad del mártir. Y así recorre ese espinoso camino, sostenida por Dios, su único consuelo. Porque Él, siempre fiel con los suyos, en medio de la tormenta interior que a veces hace eco a la que exteriormente ruge, pone en el fondo de su alma como una íntima paz, y entre las oscuridades que la envuelven, y que el juicio de las criaturas sobre ella condensa más y más, hace que se filtre una tenue luz. Esa luz le infunde la seguridad de que a Dios buscó siempre con entera rectitud. El comprobar los frutos maravillosos de su actuación de ayer y su inmolación de hoy se lo reserva para la región de la luz.

Pero aun ahora la alienta a veces con nuevas y más extraordinarias gracias: va manifestándosele en la Sagrada Eucaristía, ya mostrándosele en el mismo divino sacramento como amparando bajo su manto a la Congregación, por la cual teme; ya inspirándole aquella seguridad alentadora: «Si logro ser santa hago más por la Congregación, por las hermanas y por el prójimo que si estuviera empleada en los oficios de mayor celo».

Bien necesitaba de estos alientos en su lento morir. Porque aquel apartamiento de todo en la plenitud de su actividad —a los cuarenta y tres años— tenía, en verdad, sabor de muerte. Era ella ahora el grano que cae en el surco y, para que su obra tenga vida y la tenga más abundante, ha de ir muriendo día tras día. Y así por más de treinta años...

Durante este largo período la vida interior absorbe completamente sus energías. Todo lo demás queda inmolado y en una inacción que llamará ella «su mayor martirio». Y a fe que martirios no le faltaron nunca. Pero nada podía traslucirse al exterior. Abrazada más aún a la cruz de Cristo, reafirmándose con renovado fervor en el voto de perfección que tenía hecho hacía años, no veían en ella sino ese prodigio de humildad que torpemente hemos bosquejado, de caridad aun para con las que eran instrumento de sus penas, dulzura y abnegación, perfectísima observancia regular, vivificado todo por aquel su amor al Corazón sacramentado, amor que ya era, en progresión creciente, un encendido volcán.

Sólo habría que reseñar en estos años un viaje suyo a Loreto y Asís —que encajaba a maravilla en el ambiente de Nazaret en que se desarrollaba su vida— y otro, más largo, a España. Por todas las casas que visitó fue dejando una estela de edificación. Las más jóvenes podían ahora comprobar lo que tantas veces oyeran a las ancianas sobre la madre fundadora. La cual, a la menor indicación de la que era para ella entonces representante de Dios, sin poder siquiera visitar en Valladolid a su hermana, que vivía en aquella casa retirada ya también del gobierno de la Congregación, «bajó de nuevo a Nazaret» para seguir siendo allí súbdita hasta la muerte.

Nunca, en efecto, volverá a tener ni una sombra de autoridad sobre ninguna del Instituto. Sin extrañarse nadie, verán a la madre, ya anciana, ayudando a poner las mesas a una postulante coadjutora recién llegada. El velo de olvido y silencio se va haciendo más tupido al correr los años. Cada vez más desconocida, llega un momento en que ni aun las que viven en la Congregación saben que la fundadora es ella. ¡Si aún lo ignora su director, y la madre, pudiendo hablar, calla! ¡Cómo iba a comprenderla ni consolarla! Dios es todo su consuelo. Dios, que, en frase de la madre, la tiene como identificada consigo en la total unión del «sacramento indisoluble».

Este prolongado y doloroso holocausto había de consumarse en aras de su mayor amor. Como efecto de las muchas horas que pasaba de rodillas ante la Custodia, centro de su vida, contrajo en la rodilla derecha una enfermedad que poco a poco, en-

tre graves dolores, la fue acabando. Los últimos ocho meses sobre todo, que pasó retenida en el lecho, fueron de acerbo sufrir.

Y el 6 de enero del año santo 1925, en la única fiesta litúrgica que conmemora una adoración, brilló para ella la Epifanía eterna. Todo el Instituto se impregnó del buen olor de aquellas virtudes tan en la sombra practicadas. Y, al contemplar su radiante figura en la gloria de Bernini el 18 de mayo de 1952, rendía al Señor exultantes acciones de gracias porque, cumpliendo su promesa de ensalzar al que se humilla, había puesto los ojos en la humildad de su esclava. Fue canonizada el 23 de enero de 1977.

EVELIA SÁNCHEZ, ACI

Bibliografía

CABIZA, M. J., *La serva di Dio R. M. del Sacro Cuore di Gesù* (Roma 1945).
— ID., *La Beata Raffaella M. del Sacro Cuore, fondatrice della Congregazione dalle Ancelle del Sacro Cuore di Gesù* (Roma 1952).
CAMBA, F., ACI, *Epifanía* (Barcelona).
Cartas de la Bta. Rafaela M. del Sagrado Corazón (Roma 1957)
ROIG Y PASCUAL, E., ACI, *La madre María del Sagrado Corazón* (Barcelona 1940).
— *La fundadora de las Esclavas del Sagrado Corazón de Jesús* (Roma 1952).
SAENZ DE TEJADA, J. M., *Una fundadora según el Corazón de Jesús* (Madrid 1943).

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SAN PEDRO TOMÁS
Obispo († 1366)

Nació el año 1305 en el Perigueux, y sintiendo la vocación religiosa ingresó en la Orden del Carmen en Bergerac. Tras ser lector del convento de Cahors fue enviado como procurador de su Orden a la curia papal de Aviñón. Aquí se acreditó como predicador y su admirable conducta en la peste de 1348 le granjea el aprecio de los cardenales. Predica en los funerales del papa Clemente VI, y su sucesor Inocencio VI lo designa su legado en Venecia para tratar de mediar en las diferencias de esta república con Génova. El 17 noviembre 1353 era nombrado obispo de Patti y Lípari en Sicilia y nuncio papal. Luego es enviado como legado papal a Hungría y posteriormente a Cons-

tantinopla, donde logró que Juan V Paleólogo reconociera la autoridad del papa. Viaja por Oriente y en Chipre corona rey a Pedro I de Lusignan. Bajo Urbano V continúa su misión diplomática en Oriente y en Italia, y es nombrado patriarca latino de Constantinopla, embarcándose con una nueva expedición militar o cruzada a Oriente en 1365, tomándose Alejandría, que luego fue evacuada. Retirado a su convento de Famagusta, aquí le sorprende la muerte el 6 de enero de 1366.

SAN ANDRÉS CORSINI
Obispo († 1373)

Nace en Florencia el 30 de noviembre del año 1302 en el seno de una familia acomodada. Sus primeros años de juventud no presagiaban en él al santo, porque llevó una vida disipada y licenciosa. Se dice que su madre le llamó continuamente la atención y le contaba un sueño que ella había tenido cuando estaba embarazada de él: soñó que paría un lobo que luego se convertía en cordero.

Andrés se convirtió finalmente y para sellar esta conversión ingresó en la Orden del Carmen, en la que pasados unos años se ordenó de sacerdote. Tras estudiar en París y en Aviñón regresó a Florencia, donde fue elegido prior del convento de su Orden y donde se hizo notable por su predicación ardorosa, que convertía a muchos, y por su santidad de vida.

Elegido obispo de Fiésole en 1349, intentó huir del cargo pero no pudo. Fue un obispo modelo, sobresaliendo por su gran caridad con los pobres y por su habilidad para reconciliar a los enemistados. Por ello el papa Urbano V lo mandó a Bolonia a mediar entre las facciones noble y popular, encargo que desempeñó con éxito.

Murió en Fiésole el 6 de enero de 1373, siendo canonizado el 22 de abril de 1629.

BEATO ANDRÉS ALFREDO BESSETTE

Religioso († 1937)

Nació en St. Gregoire d'Iberville (Canadá) el 9 de agosto de 1845 en el seno de una modesta familia. Buscando mejorar su suerte, emigra en 1867 a los Estados Unidos, donde se coloca como obrero en una industria textil, pero en 1870 regresa a Canadá. Aquí se pone bajo la dirección espiritual de su párroco y decide su vocación religiosa, a la que ya de tiempo se sentía inclinado. Ingresa en la Congregación de la Santa Cruz y emite los votos religiosos el 2 de febrero de 1874.

Su destino sería el Colegio de Nuestra Señora de las Nieves, que su congregación tenía en Montreal. En esta ciudad estaría el resto de su vida, viviendo con intensidad y entera dedicación la vida religiosa, dando un altísimo ejemplo de vida interior y de todas las virtudes desde los humildes oficios que se le asignaron. Fue *jardinero, enfermero, barbero... y sobre todo portero* de la casa, cargo que le dio oportunidad para ejercer de manera admirable la caridad y la paciencia, edificando a todos los que por algún motivo frecuentaban el colegio.

En religión tomó el nombre de Hermano Andrés, siendo el suyo de bautismo Alfredo. Su gran devoción fue San José, cuya vida de oración, trabajo y obediencia él se proponía imitar. Difundió con gran celo la devoción a San José, en cuyo honor edificó un insigne santuario.

En 1904 fue trasladado del colegio Nuestra Señora de las Nieves, en las cercanías de Montreal, a una casa de la congregación situada en plena ciudad, donde se levantaba el Oratorio de la Santa Cruz, y en esta casa estuvo destinado hasta que lo fue a la casa llamada de Nuestra Señora de la Esperanza, en el propio Montreal. Aquí le llegó la muerte al cabo de una vida plena de méritos el día 6 de enero de 1937, a la edad de noventa y un años.

El papa Juan Pablo II lo beatificó el 23 de mayo de 1982.

7 de enero

A) MARTIROLOGIO

1. La memoria de San Raimundo de Peñafort († 1275), presbítero, religioso dominico, maestro general de su Orden y compilador del Derecho canónico **.
2. En Mitilene (Armenia), San Polieucto († 250), mártir.
3. En Nicomedia (Bitinia), San Luciano († 312), presbítero de la Iglesia de Antioquía y mártir *.
4. En Passau, la memoria de San Valentín († 450), obispo de Raethia.
5. En Pavía, San Crispín († 467), obispo.
6. En Einsiedeln (Suiza), San Valentiniano († 548), obispo.
7. En Solignac (Aquitania), San Tilón († 702), monje, discípulo de San Eloy.
8. En Constantinopla, San Ciro († 714), obispo, que murió en el destierro.
9. En Le Mans, San Alderico († 856), obispo.
10. En Dinamarca, San Canuto Lavard († 1137), duque de Schleswig y mártir *.
11. En Palermo, Beato Mateo Guimerá († 1451), obispo de Girgenti, religioso franciscano *.
12. En Suzuta (Japón), Beato Ambrosio Fernandes († 1620), hermano jesuita y mártir *.
13. En An Bai (Tonkín), San José Tuân († 1862), padre de familia y mártir.
14. En Lieja (Bélgica), Beata María Teresa Juana Haze († 1876), virgen, fundadora de la Congregación de las Hijas de la Cruz **.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

SAN RAIMUNDO DE PEÑAFORT

Presbítero y confesor († 1275)

El siglo XII surgió en la historia de la Europa occidental animado por un espíritu creador. Nuevas estructuras políticas y sociales, nuevas corrientes literarias, nuevas formas de vida, nuevas escuelas de perfección religiosa, nuevas empresas colectivas en la unidad de la cristiandad como despliegue de su vitalidad interna, no por la fuerza política de un imperio cuarteado y caduco. Este impulso juvenil del siglo XII llegó a plena sazón con las grandes realizaciones del siglo XIII, en el vértice de la socie-

dad cristiana medieval: municipios y mercados, catedrales y universidades, el acento familiar de las lenguas romances, el vigor de las monarquías, la luz de la escolástica, el espíritu de renovación evangélica de las Órdenes mendicantes, los afanes misioneros, la plena supremacía del Pontificado Romano.

Es en el marco espléndido del cruce de los dos siglos, XII y XIII, y en algunos de sus ambientes más atractivos, donde hay que situar a San Raimundo de Peñafort si se quiere conocer con alguna exactitud su significación histórica y el sentido de su ejemplaridad cristiana.

Raimundo de Peñafort nació seguramente en el lugar de su apellido, a poca distancia de Villafranca del Panadés, en la diócesis de Barcelona, alrededor del año 1180, sin que conozcamos la fecha fija. Pertenecía a una familia de la pequeña nobleza feudal. De su casa poco se conserva, sería, más que un gran castillo, uno de esos pequeños castillos que abundan en la Cataluña vieja, un caserón de piedra situado en lugar adecuado, en el caso de los Peñafort, en un altozano. De los años de su primera infancia lo ignoramos todo, hasta la leyenda ha sido avara en relatos sobre dicho período. La primera noticia histórica es su intervención en 1204 como escribano del testamento de Raimundo de Rosanes. Ello supone cierto grado de preparación jurídica y una dedicación vocacional ya decidida de algún modo. La primera etapa importante de su vida comienza con sus estudios en la universidad de Bolonia, probablemente a partir de 1211. En Bolonia, la metrópoli de la ciencia del derecho, estudió derecho canónico y derecho romano y después se consagró durante algún tiempo a la docencia, consiguiendo muy pronto un auténtico prestigio en la difícil tarea.

Abandonó San Raimundo su vida de Bolonia para volver a Barcelona, tal vez a ruegos del obispo de la diócesis, don Berenguer de Palou. En la ciudad de Barcelona vivió como clérigo prestigioso, como lo dan a entender algunas intervenciones suyas de las que se conservan testimonios documentales. La vida antigua del Santo, escrita por autor anónimo poco después de la muerte del mismo, afirma que San Raimundo fue canónigo de la catedral de Barcelona, pero hoy se pone en duda la exactitud de esta noticia Poco después de su establecimiento en Barcelo-

na vistió el hábito de los frailes Predicadores en el convento de Santa Catalina de la misma ciudad. Sólo habían transcurrido dos años incompletos desde que se había extinguido en Bolonia la vida santísima del patriarca Santo Domingo. Gobernaba la Orden el Beato Jordán de Sajonia. Tiene particular significación este paso decisivo; Raimundo, hombre de leyes, abraza una forma nueva y discutida de vida religiosa, con particular empeño amparada por los Papas: precisamente este nuevo estilo de vida religiosa es el de una empresa militante y esencialmente eclesiástica.

Desde su convento dominico de Santa Catalina de Barcelona alcanzó San Raimundo, sin buscarlo, una extraordinaria fuerza de irradiación como norma viva de la justicia, hasta lograr una influencia decisiva en el establecimiento de un orden jurídico cristiano en los Estados de la corona de Aragón, en el momento de su mayor esplendor y de su mayor eficacia política. Varias fueron las zonas alcanzadas por la acción de San Raimundo: en el seno de su provincia dominicana la dirección magistral de los religiosos consagrados al ministerio de las almas, particularmente a la administración del sacramento de la penitencia. Para ellos escribió su *Summa de poenitentia,* que llegó a ser uno de los libros más difundidos en la baja Edad Media, manual insustituible para todos los confesores en el ejercicio de su sagrada tarea. La inspiración de la empresa misionera de los frailes Predicadores de su provincia religiosa para la conversión de moros y judíos, particularmente en las nuevas tierras cristianas de Mallorca, de Valencia y de Murcia, y también del norte de África. Al calor de este empeño misionero surgieron las escuelas dominicanas de lenguas orientales. En el mismo ambiente se formó, al amparo de San Raimundo, el gran orientalista y apologista Fr. Ramón Martí, autor del *Rugio fidei,* y por una feliz iniciativa del propio San Raimundo y para sus misioneros escribió Santo Tomás de Aquino su *Summa contra gentiles.*

Interviene San Raimundo como hombre de consejo en diversos acontecimientos de excepcional importancia, como la fundación de la Orden de la Merced, la predicación por el mediodía de Francia de la cruzada para la expedición de Mallorca, la organización de la Inquisición, la legación en España del car-

denal Juan Halgrin de Abbeville. Nombrado capellán y penitenciario del papa Gregorio IX, desde la Curia romana pudo influir ampliamente en la resolución de asuntos de toda la cristiandad. Fruto maduro de su ciencia y de su experiencia fue la compilación del derecho canónico promulgada por el mismo papa Gregorio IX por la bula *Rex pacificus* del 5 de septiembre de 1234.

No fue muy larga la estancia de San Raimundo en Roma. Su estado de salud, su amor al retiro, su empeño en evitar las consideraciones públicas le movieron a pedir con insistencia a Gregorio IX le dejara libre de sus cargos en la corte pontificia. Volvió a Barcelona y a sus tareas antiguas; el 15 de octubre de 1236 asiste a las cortes generales de la corona de Aragón. Interviene después por encargo del Papa en diversos asuntos graves: provisiones de sedes episcopales vacantes, absolución del rey de Aragón, que había incurrido en excomunión, absoluciones de herejes, dimisiones de obispos, resoluciones arbitrales de diversos asuntos litigiosos. Había vuelto a su tierra pero no para hallar reposo.

En Pentecostés de 1238, en el convento patriarcal de Bolonia, el capítulo general de los frailes Predicadores le eligió para maestro general de la Orden, para suceder al Beato Jordán, recientemente fallecido. No se hallaba San Raimundo en el capítulo. Llegó la diputación capitular a Barcelona y San Raimundo aceptó, obligado, el supremo gobierno de su Orden, cuando ésta significaba una de las fuerzas más eficaces de la Iglesia en aquella coyuntura. Así la Orden de los frailes Predicadores ha tenido en San Raimundo el codificador de su legislación interna. La revisión y aprobación del texto de las Constituciones dominicanas le ocupó dos años; logrado este objetivo, renunció al generalato de la Orden en el capítulo general de 1240. Durante su breve gobierno consiguió una serie de disposiciones legales de diversa índole de la Santa Sede para resolver su labor completiva del ordenamiento jurídico dominico.

Abandonada la suprema magistratura de la Orden, San Raimundo volvió a su convento de Barcelona para no dejarlo ya hasta su muerte. Comienza entonces el último período de su vida, largo lapso de treinta y cinco años. El Santo declinó toda clase de honores y cargos de gobierno, pero, aunque alejado de

la curia y corte romanas, no pudo renunciar a su oficio de capellán y penitenciario del Papa. Durante aquel largo período y por una serie ininterrumpida de delegaciones pontificias, San Raimundo tuvo que intervenir en la resolución de múltiples y graves problemas eclesiásticos: provisiones de sedes episcopales, renuncias de obispos y abades, reforma capitular de Vich, absoluciones de herejes, dispensas matrimoniales, normas a los inquisidores, litigios entre comunidades religiosas, negocios de bienes eclesiásticos y tantos otros asuntos que el biógrafo no puede exponer sin seguir una a una las piezas documentales muy numerosas que nos han llegado de aquella etapa raimundiana, y no serán pocas las perdidas.

Un lugar muy destacado, al lado de sus actividades pontificias, ocuparon en la vida del Santo durante aquellos años sus tareas de consejero de toda clase de personas, particularmente su influencia en los problemas familiares del rey Jaime I y en el litigio grave en torno a los derechos del Infante don Pedro.

Complemento de estas múltiples manifestaciones de su magisterio moral y jurídico fue la labor de escritor orientada a unos mismos fines, cristalizada en diversos opúsculos sobre la guerra y el duelo, sobre la visita de las diócesis y la cura pastoral, sobre los negocios mercantiles y no pocas resoluciones de las más varias consultas.

La vida antigua del santo nos habla de su don de consejo, de su celo por los musulmanes y judíos convertidos, de su caridad universal, de su piedad, de su fervor en la celebración de la santa misa, de su observancia religiosa, su don de milagros, su total desasimiento de las dignidades y honores humanos. Su vida fue una total entrega a los supremos ideales de la santidad y del apostolado, sirvió a la Iglesia romana como obrero absolutamente desinteresado. Intervino en la vida de su patria con toda eficacia en uno de los momentos cruciales de su ruta histórica.

Como ocurre con otros santos de la Edad Media, de San Raimundo no conservamos testimonios valiosos de su vida íntima, ni tampoco tenemos datos abundantes sobre su manera peculiar de actuar en los ministerios apostólicos, en sus intervenciones como consejero, en su vida comunitaria. Un relato tardío sobre su actitud con Jaime I, rey de Aragón, en el ejercicio de

sus funciones de confesor, seguido del milagro de su huida a Barcelona sobre las aguas del mar, carece de valor histórico. Sin embargo, podemos conocer de algún modo la manera de ser de San Raimundo a través de los grandes hechos de su vida, de sus soluciones y sus consejos y, sobre todo, si nos ayudamos de sus escritos, todos ellos de carácter práctico, pastoral. Así podemos conocer el sentido de su vida.

Un sentido profundo de la realidad humana fue una de las características del santo, más hecho para formar hombres que para escribir libros, como señaló el obispo de Vich, Torras y Bages.

Sentido de la Iglesia y de la sociedad civil, de las instituciones y de las leyes. Por ello el padre Gardeil vio como característica de la vida espiritual de San Raimundo el predominio del don de piedad en esta filial entrega a la Santa Madre Iglesia, a su Orden y a su patria, con los ojos fijos en su filial vinculación a Dios en la vida terrena, aceptada plenamente como una peregrinación y como un servicio.

Terminó San Raimundo su peregrinar sobre la tierra el día 6 de enero, fiesta de la Epifanía del Señor, del año de 1275. A las exequias de aquel religioso que tanto había huido los honores humanos, asistieron Jaime I de Aragón y Alfonso X el Sabio de Castilla, con prelados, príncipes y señores. A raíz de su muerte comenzó el culto público. Fue canonizado solemnemente por el papa Clemente VIII el día 29 de abril de 1601.

JOSÉ M. DE GARGANTA, OP

Bibliografía

BALME Y PABÁN, «Raymundiana», en *Monumenta Hist. O. P.*, IV y VI.
CONSTANT, OP, *Vie de Saint Raymond de Peñafort* (París 1888).
DANZAS, A., *Etudes sur les temps primitifs de l'Ordre de Saint-Dominique* (Lyón 1885).
DOUAIS, C., «Saint Raymond de Peñafort et les hérétiques»: *Moyen Âge* 12 (1899) 305s.
MORTIER, OP, *Histoires des maîtres généraux de l'Ordre des Frères Prêcheurs,* I (París 1903) 225s.
RÍUS SERRA, J., *San Raimundo de Peñafort. Diplomatario, documentos, vida antigua, crónicas, etc.* (Barcelona 1954).
VALLS Y TABERNER, F., *San Ramón de Penyafort* (Barcelona 1936).

BEATA MARÍA TERESA JUANA HAZE
Virgen († 1876)

María Teresa del Sagrado Corazón, fundadora de las Hijas de la Cruz de Lieja, nació en esta misma ciudad belga el 28 de febrero de 1782, en el seno de una familia acomodada y de profundas virtudes cristianas. En su bautismo recibió el nombre de Juana. La habían precedido tres hermanas y un hermano, y otras dos hermanitas nacerán después que ella. Sus padres —Luis Haze, profesor y secretario del obispo-príncipe, que ejercía las funciones de alcalde de la ciudad, y Margarita Tombeur, experta recamadora— consiguieron crear un ambiente hogareño lleno de afecto.

Sin embargo, las ondas expansivas del remolino revolucionario francés van a ensombrecer trágicamente este pacífico ambiente familiar sometiéndolo a una durísima prueba. Tanto los Girondinos como los Jacobinos, en su afán de extender la Revolución, tuvieron encuentros armados con las tropas de los Habsburgo. Bélgica se convierte así en un campo de batalla.

El noble carácter católico de Bélgica hacía prever un especial ensañamiento de las hordas iluminadas y anticlericales. El obispo-príncipe se ve constreñido a huir. También para el señor Haze, personalidad relevante en la ciudad, y su familia, la huida a Alemania se hace urgente. Pero en esos momentos la confusión es muy grande. Grupos de soldados que van y vienen, masas enteras de personas que huyen sin rumbo fijo... en esas condiciones es difícil permanecer todos agrupados. Los esposos, con la más pequeña de los hermanos, consiguen llegar a Solingen.

Pero mientras tanto Juana y otras dos hermanas, han perdido el rastro de sus padres y demás hermanos. Una buena señora, mujer de un general austríaco, se percata de la situación y se hace cargo de ellas. El señor Haze, por su parte, dominado por una gran angustia, vuelve sobre sus pasos buscando, sin ningún resultado, a sus hijas perdidas. Esta preocupación, junto a todas las penalidades de aquel éxodo forzoso, hacen que su corazón sufra una profunda crisis que le produce la muerte. Estamos en 1795. Muere en Düsseldorf, solo, abatido por la pena. Los que le han asistido en sus últimos momentos tranquilizarán después

a su mujer e hijos diciéndoles que ha muerto con paz y fe. Al cabo de unos días, la mamá Margarita se encuentra de nuevo con sus hijas. Este doloroso acontecimiento aumenta la terrible cruz que grava sobre toda la familia. Juana, por primera vez en su vida, toca con sus dedos el misterio desconcertante de la cruz. Ella no puede menos que estremecerse.

Pasada la tempestad revolucionaria, vuelven a Lieja. La situación política ha cambiado. Existe el Reino de los Países Bajos, con un gobierno elegido e impuesto por los franceses y con predominio holandés. Las nuevas leyes limitan mucho la vida religiosa en Bélgica. Para la familia de Juana el porvenir se presenta tremendamente oscuro. La muerte del padre ha dejado un vacío irreemplazable. La confiscación de sus bienes les obliga, además, a ganarse el pan como pueden.

Pero no se desalientan. Al contrario, afrontan con valor la nueva situación. Juana, junto a su madre y hermanas, realiza trabajos de bordado que proporcionan no sólo los ingresos suficientes para el sustento material, sino incluso permiten al único varón de la casa y esperanza de toda la familia, que pueda proseguir sus estudios de derecho. Parece que de momento se han solucionado los problemas. Sin embargo, una nueva desgracia familiar se va a hacer presente: el mismo día de su licenciatura, muere de repente el hermano. En esta ocasión la cruz no coge a Juana desprevenida. Ya ha aprendido a mirarla de frente y a comprenderla a la luz de la de Cristo. Y, sobre todo, la ha experimentado como una fuente misteriosa de amor y salvación.

Los años pasan rápidamente. La mamá muere en 1820, todas las hermanas se han casado salvo una, Fernanda, que comparte los ideales y las aspiraciones de Juana: amor a Dios en consagración total a él y una entrega sin límites a los demás. En 1824 una amiga común les ofrece la escuela de pago de la que ella es directora, en la parroquia de San Bartolomé, tolerada por el gobierno holandés. Tanto Juana como Fernanda, tienen los requisitos que pide el Estado y la competencia necesaria, pero el hecho de que la escuela sea de pago no entra en sus proyectos. Animadas, sin embargo, por conocidos y amigos, aceptan, añadiéndole enseguida una sección gratuita.

Pero Dios ya piensa en otro campo para ellas... Existía en aquel tiempo, en la parte norte de su parroquia, una amplia zona muy pobre. Al párroco le parece que estas dos mujeres tan entregadas son precisamente las indicadas para sanear aquel ambiente. Les habla de su proyecto y ellas lo toman como un oráculo divino.

La vida del barrio brota de nuevo, aunque el precio que tienen que pagar las dos hermanas es muy alto: viven muy pobremente —la única ayuda que reciben es la del párroco— y el trabajo es mucho. Están físicamente muy debilitadas, pero al mismo tiempo muy contentas de poder vivir la verdadera pobreza evangélica. Oración, escuela, disponibilidad para todos, pobreza, obediencia a los designios de Dios manifestados por el párroco y por las circunstancias de cada día... Sin embargo, todo esto no las satisface del todo y va madurando en su corazón el deseo de una vida religiosa regular y reconocida por la Iglesia.

Ser religiosas, entregarse total e irrevocablemente a Dios, pero, al mismo tiempo, con una disponibilidad absoluta para atender a todos los sectores de la caridad: éstos son sus ideales. Miran a su alrededor y no ven institutos religiosos que correspondan del todo a sus aspiraciones. En estos momentos es cuando asoma al corazón de Juana el proyecto de una fundación religiosa abierta totalmente a las exigencias cambiantes de los tiempos. Fernanda comparte las aspiraciones de Juana y otras dos muchachas les piden también unirse a ellas. Un joven sacerdote, vicario de la parroquia y director espiritual de las dos hermanas, que antes era totalmente contrario a la idea de una fundación —«entrad de carmelitas», les decía—, de una manera imprevista, va a hacer suya la idea y va a colaborar con su experiencia sacerdotal.

Con medios casi milagrosos, consiguen una casita muy cerca de la escuela y un poco más grande que la actual. Juana, Fernanda y sus dos compañeras se trasladan a esta casa y comienzan una vida en común.

Después de muchos imprevistos, el obispo de Lieja, monseñor Van Bommel, aconsejado por don Habets, el director espiritual del grupo, acepta la idea de una fundación religiosa y en-

carga a este sacerdote —naturalmente iluminado por Juana— la redacción de una regla provisional antes de formalizar la aprobación.

La espera había sido larga para plasmar lo que ella llevaba desde hacía tiempo rumiando en su interior —Juana ha cumplido ya los 50 años—. Las circunstancias políticas lo favorecen también. En 1830 se desploma el Reino de los Países Bajos. Bélgica redacta su propia constitución y proclama a su nuevo rey, Leopoldo I.

Juana y sus compañeras comienzan a pensar en el hábito que van a adoptar. Juana contará después que un día tuvo un sueño: la Virgen la condujo a una capilla en la que había dos religiosas haciendo oración. La Virgen la invita a que se fije en cómo van vestidas. ¡Ése era el hábito que quería para ellas! Juana recordará hasta los mínimos detalles. Otro día, en el patio de la casa, mientras Juana y una de las recién incorporadas contemplaban el cielo terso y sereno, inmersas como estaban en sus proyectos de un amor a Dios cada vez más grande, permanecieron las dos al mismo tiempo con sus corazones suspendidos y su mirada fija en un mismo punto del cielo: de pronto ven aparecer una cruz negra con una guirnalda blanca en su centro. Luego, muy lentamente, como si quisiese imprimirse bien en sus mentes, desapareció de su vista. Esta visión fue la que inspiró las cruces que adoptarían en su vestición religiosa.

Pensaban también qué nombre tomarían. Después de muchas incertidumbres, Juana, cuando se la preguntó oficialmente, dijo con seguridad el nombre que desde tanto tiempo antes llevaba en el corazón: hijas de la cruz.

Por fin la nueva congregación fue aprobada. El 8 de septiembre de 1833, en la iglesia de las carmelitas, en el día del nacimiento de la Virgen, nació la Congregación de las Hijas de la Cruz. Juana Haze, la fundadora, se convierte en la superiora general con el nombre de Madre María Teresa del Corazón de Jesús. Ese mismo día, su hermana Fernanda hace también los votos perpetuos y las otras dos, sor Constanza y sor Clara, hacen votos temporales por un año. Visten el hábito que la Virgen ha elegido para ellas y cuelgan sobre sus hombros la cruz que han visto bajar del cielo.

Numerosas y buenas vocaciones comienzan a llegar. Cuatro años después de la fundación, sólo las religiosas solemnes son ya trece. Pero también, durante este período de tiempo, se han ido yendo a la casa del Padre, una tras otra, las tres compañeras de la madre María Teresa. En estas muertes prematuras parece entreverse un plan de Dios: colocar en su debido lugar a la madre María Teresa como verdadera y única fundadora. Era ella la que tenía que brillar ante sus nuevas hijas con luz propia.

La madre María Teresa, tal y como la describieron las personas que la trataron, tenía un porte majestuoso y grave. Su semblante, en cambio, era bondadoso y amable. Era pausada en el hablar, con un lenguaje sencillo. Su modestia virginal tenía en sí misma la fuerza de una predicación.

Su temperamento natural era vivaz e impulsivo, pero logró dominarlo a la perfección, gracias a una disciplina interior muy fuerte. Su recogimiento habitual, su fidelidad al silencio, revelaban un gran dominio de sí. No toleraba la doblez ni los subterfugios. Amaba la transparencia y la sinceridad. Ella misma daba ejemplo: no escondía sus intenciones, se manifestaba tal y como era. En sus períodos de enfermedad y en su prolongada vejez, fue obediente como una niña a las que la ayudaban. «Como queráis», era su respuesta habitual.

Pero la actitud interior más característica de su alma era la búsqueda continua de la voluntad de Dios. Nunca daba un paso si no lo veía como un plan de Dios, sabiendo esperar todo el tiempo que fuese necesario. Pero una vez que Dios había manifestado su voluntad, desplegaba una fuerza sobrenatural increíble para ponerla por obra.

Su condición de fundadora y superiora general, la vinculó hasta su muerte a su propia obra: la historia de la congregación es su propia historia. Ejerció su cargo con gran sabiduría. Se reservó para sí lo que sólo ella podía hacer: la formación de sus hijas. Salvo los viajes para las nuevas fundaciones y las visitas a las distintas casas, se concentró en transmitir a las sucesivas generaciones de hermanas, desde la casa madre de Lieja, las virtudes propias de su carisma.

El rápido crecimiento de la congregación, las numerosas fundaciones en vida de la Madre y los innumerables y difíciles

(algunos incluso heroicos) sectores de caridad que abarca, demuestran la autenticidad de los dones sobrenaturales con que Dios la adornó. Alguien la ha calificado como «la santa de las catorce obras de misericordia».

Una de las primeras obras asistenciales que emprendió la incipiente congregación fue la atención a enfermos en sus propios domicilios. En un principio don Habets no aceptaba esta nueva iniciativa de la Madre. Pero Dios se lo va a hacer comprender rápidamente: le sobrevino una enfermedad larga y grave. Las hijas de la cruz se desviven en atenderle. Al poco tiempo ya no duda: ¡ha visto y ha creído!...

En Lieja las reclusas se encontraban en unas condiciones verdaderamente lamentables. Las autoridades penitenciales les ofrecen a las hijas de la cruz que se ocupen de estas desgraciadas criaturas. Indecibles son los sufrimientos, las incomprensiones, las dificultades de las religiosas en aquel ambiente. Pero también indecible el bien que sembraron y las conversiones que consiguieron.

Al poco tiempo, la Madre, dándose cuenta que las que han redimido su condena a veces no tienen adónde ir, piensa que hay que hacer algo por ellas. Reza, se informa y después de obtener los permisos y los medios necesarios, inicia la primera Casa de redención. En estas casas dará acogida también a mujeres descarriadas. Mientras tanto las hijas de la cruz van aumentando en número y en celo apostólico. En 1844, a los diez años de la fundación, la congregación cuenta ya con 7 casas y 74 religiosas.

Anejo a la cárcel, existía un hospital denominado «de mujeres perdidas». Estaba destinado exclusivamente a mujeres con enfermedades venéreas. Para atenderlas, se solicitó la ayuda de las hijas de la cruz, ya en esos momentos conocidas y apreciadas por todos. La Madre pidió al padre Habets su parecer. Éste duda, pues le parece pedir demasiado a las hermanas. Pero ella le dice: «Mándeme a mí, se lo ruego. También estas mujeres perdidas son almas por las que Cristo ha derramado toda su sangre». A los pocos días, un pequeño grupo de hijas de la cruz se incorpora al hospital.

Pero otra nueva obra de misericordia llama a la puerta. Las autoridades locales, que administran un viejo hospicio en el

condado de Reckheim, le ofrecen a la madre María Teresa y a sus hijas el cuidado asistencial de 342 seres humanos que allí se amontonaban. Para ilustrar lo que era este hospicio basta con decir que los mendigos sentían verdadero terror cuando se les amenazaba con mandarles allí. En este hospicio se concentraban, en medio de un abandono y promiscuidad increíbles, todas las miserias físicas y morales: dementes, enfermos incurables, ancianos, incluso niños. A este lugar inmundo llegaron en 1843, acompañadas por la Madre, seis hijas de la cruz.

El año 1849 va a ser, para la hermosa ciudad de Lieja, un año trágico: estalla el cólera. Los hospitales no dan abasto. Se instalan lazaretos en las distintas zonas afectadas, pero en el barrio donde está la casa madre con el noviciado y las escuelas, no hay posibilidad de instalarlo. Los casos de cólera crecen: el pánico se ha adueñado de todos. La madre María Teresa ora y se arriesga. Después de consultar a don Habets y a las religiosas —que en casos de necesidad competían entre ellas a ver quién era la primera en decir que sí—, manda desalojar un ala de la escuela, poniéndola a disposición del Ayuntamiento y, como era de esperar, ofrece a sus monjas para curar a los enfermos.

Pero, a pesar de tantos esfuerzos, el cólera no disminuye y las monjas resultan insuficientes para atender a tantos enfermos. Pero una vez más el genio organizador de la madre María Teresa va a dar con la solución: pregunta a las mujeres de la Casa de la redención si quieren colaborar con las monjas en la atención a los enfermos del cólera, sin esconderles los grandes riesgos que pueden correr. Muchas de aquellas mujeres aceptan con entusiasmo la propuesta sintiéndose incluso muy honradas. Dios obró en ellas maravillas. Se van a hacer capaces de regenerarse completamente.

La Madre está feliz. Ve la expansión de su congregación, el aumento de las vocaciones y el buen concepto que todos tienen de ellas, pero al mismo tiempo teme que una expansión apostólica tan rápida vaya en menoscabo de la vida profunda de oración. Es que para ella la presencia del Señor en la Eucaristía era una fuente constante de su amor a Dios y a los demás. Del sagrario sacaba la imprescindible sumisión a la voluntad divina. En sus ratos de oración silenciosa se sentía

impregnada de la sabiduría que necesitaba para dirigir su acción y de la valentía para emprender nuevas fundaciones. Por eso multiplica sus recomendaciones sobre una más estricta observancia de la regla y sobre la necesaria formación espiritual de todas las religiosas.

Pero el Señor sigue llamando, pues el mundo del dolor espera. En 1851 es la cercana Alemania la que busca a las hijas de la cruz. Se acepta y Alemania comienza enseguida a dar numerosas y santas vocaciones.

Pero, por primera vez, una repentina llamada hace titubear de verdad a la Madre. Se trata de la India que, en aquellos tiempos, aparecía a los ojos de los europeos lejana e inaccesible. El obispo de Bombay, el jesuita Mons. Steins, las reclama insistentemente. La madre María Teresa no sabe qué decisión tomar. Piensa: «Hay tanto que hacer en Europa...». Hay que tener en cuenta también que ella había cumplido ya los ochenta años y el pensamiento de no poder acompañar a sus hijas, como siempre había hecho, y las distancias tan grandes que las separarían, la hacían titubear. Les decía a sus hijas: «Es que no sé dónde vais a vivir, en qué condiciones os vais a encontrar...». Pero la voluntad del Señor, que era siempre lo que ella buscaba, terminará por imponerse. Así, el 27 de enero de 1862 las primeras cinco hijas de la cruz marchan para la India. La Madre las ve partir con nostalgia, ofreciendo en silencio a Dios todo su sufrimiento y esperando sólo en él.

Y, efectivamente, el Señor sabía muy bien lo que hacía. Hoy, a la distancia de muchos años, se ven claros sus planes: en la actualidad, las dos provincias de la India y la provincia de Paquistán son las más numerosas en vocaciones y las más florecientes en variedad de obras apostólicas.

En 1863 es Inglaterra la que lanza su llamada a las hijas de la cruz y ellas, ya de una manera natural, aceptan. Pero en 1866 sobreviene una trágica emergencia: estalla la guerra entre Prusia y Austria. Los hombres son movilizados y se buscan mujeres valerosas para asistir a los heridos. La madre María Teresa no duda. También en esta ocasión excepcional dan las hijas de la cruz la más sublime prueba de caridad, como lo atestigua una larga carta de la emperatriz Augusta de Sajonia-Weimar, en

nombre del emperador Guillermo I, elogiando el heroísmo cristiano de las religiosas.

Pero los vaivenes de los hombres son imprevisibles. Justamente un año después, el gobierno prusiano expulsa a todas las hermanas, porque una nueva ley prohíbe cualquier tipo de actividad religiosa.

En medio de tantas fatigas y preocupaciones, aceptadas siempre con fe profunda, la vida de la Madre llega con plena lucidez a su fin. Estamos a 7 de enero de 1876. Es primer viernes de mes, día dedicado al Sagrado Corazón de Jesús.

Su cuerpo se ha ido apagando lentamente en los últimos días. De vez en cuando abre sus ojos, aprieta con ternura la mano a las religiosas que se le acercan. Es su última despedida. Inmóvil en su cruz, sin voz, sin fuerzas... se está consumiendo, tranquila y pacientemente, por Aquel que tanto ha amado. Su partida de este mundo se realiza muy dulcemente, casi sin agonía.

Son las cuatro de la tarde. Sus hijas rodean aquella cama que era un altar. La más anciana, sor Cecilia, recita las preces de los agonizantes. Serenamente, sin estertores, se va al encuentro del Esposo. En febrero cumpliría 94 años.

En el mismo año, aunque en edad mucho más joven, muere también don Habets que había sido el apoyo valioso e inteligente de la Madre desde los comienzos de su itinerario espiritual y al que las hijas de la cruz consideran como su padre cofundador.

El proceso de canonización de la madre María Teresa Haze se inició en 1903, en la diócesis de Lieja, y se concluyó en Roma el 9 de febrero de 1941, cuando el papa Pío XII promulgaba el decreto sobre la heroicidad de sus virtudes. Fue beatificada el 21 de abril de 1991.

P. A. MAROTO, OSB

Bibliografía

PIETROMARCHI, M.ª E., *La Venerabile Maria Teresa Haze, fondatrice delle Figlie della Croce* (Roma 1944).

VILLE, TH. DE, *Histoire de la Mère Marie-Thérèse* (Lieja 1887).

C) BIOGRAFIAS BREVES

SAN LUCIANO DE ANTIOQUÍA

Presbítero y mártir († 312)

Era natural de Samosata (Siria) pero se le llama de Antioquía porque en esta ciudad se ordenó de presbítero y aquí ejerció su importante magisterio. Luego de estudiar retórica y filosofía, marchó a Edesa y se dedicó allí al estudio de las sagradas Escrituras, para lo cual estudió con profundidad el hebreo y el griego. Su gran aspiración era fijar el texto original de la Biblia en ambos Testamentos.

Vuelto a Antioquía fundó una escuela teológica, muy concurrida y uno de cuyos alumnos fue el futuro heresiarca Arrio. Se ha supuesto en Luciano una cierta heterodoxia, aunque siempre perteneció a lo que podemos llamar la comunidad ortodoxa de su tiempo.

Llegada la persecución supo dar un insigne testimonio de fe. Se hallaba en Nicomedia (Bitinia) cuando los primeros decretos anticristianos de Diocleciano, lo que le valió ser arrestado. Confesó paladinamente la fe y por ello fue dejado en la cárcel a la espera de un juicio que tardó nueve años en llegar, nueve años de prisión y sufrimientos que soportó con gran fortaleza espiritual. No hay unanimidad en cómo fue su muerte. Creen algunos que sencillamente murió en la cárcel de hambre y miseria, y otros creen que fue decapitado el 7 de enero del año 312. Ciertamente en la segunda mitad del siglo IV tenía culto en Oriente como mártir.

SAN CANUTO LAVARD

Mártir († 1137)

No debe confundirse este santo con su tío San Canuto IV de Dinamarca. Este santo era hijo del rey Erico de Dinamarca, llamado el Bueno. Se le otorgó el ducado de Schleswig por su tío el rey Niels de Dinamarca, con la misión de defender el sur de Dinamarca del ataque de los vendos. Hubo también de luchar y no poco contra los piratas vikingos. Persona de vida rec-

ta y de sincera religiosidad, apoyó la labor evangelizadora de San Vicelino († 1154) que se había propuesto atraer a los vendos al cristianismo.

En 1129 el emperador Lotario III lo reconoció como soberano de los vendos occidentales, y esto molestó a su tío, el rey Niels de Dinamarca, algunos de cuyos partidarios asesinaron a Canuto en una emboscada cerca de Ringsted en Zelanda.

Aunque su muerte parece tener más motivaciones políticas que religiosas, cuando su hijo Valdemaro I ascendió al trono danés, pidió al papa Alejandro III que canonizara a su padre. El papa mandó abrir un examen sobre el motivo de su muerte y declaró que Canuto había muerto por su apoyo a la labor evangelizadora de la Iglesia y que era un verdadero mártir. La canonización tuvo lugar el año 1169 y es uno de los casos que suele estudiarse cuando se habla del valor dogmático de las canonizaciones.

BEATO MATEO GUIMERÁ
Obispo († 1451)

Mateo era natural de Girgenti, en el reino de Sicilia, y tomó el hábito de los franciscanos conventuales siendo muy joven. Luego de completar estudios en España, vuelve a Italia y realiza su deseo de vivir más estrechamente la regla franciscana pasándose a la rama de los observantes, que San Bernardino de Siena propagaba por Italia. El gran santo lo toma por compañero ya que descubre en él sentimientos muy similares a los suyos. Junto a él o por su indicación en otros lugares predica sin descanso y su vida austera y llena de espiritualidad acredita por todas partes sus sermones. Se hace paladín del nombre de Jesús, como San Bernardino, pero quiere que al de Jesús vaya unido el de María, la Madre del Señor. Y por ello a los conventos que funda en Italia y en España les pone el nombre de Santa María de Jesús.

A este fecundo apostolado estaba dedicado cuando su diócesis natal lo elige y reclama como obispo, resistiéndose él cuanto puede a lo que consideraba una dignidad y puesto para el que no estaba preparado. Pero el rey Alfonso de Sicilia insiste

ante el papa Eugenio IV, el cual manda a Mateo en virtud de obediencia tomar el báculo pastoral de la diócesis de Girgenti.

No era un secreto qué tipo de obispo iba a ser fray Mateo: un obispo reformador, un hombre celoso de la disciplina eclesiástica, impulsor de criterio y actitudes evangélicas así en el clero como en el pueblo confiado a su cuidado. Ello le enfrenta con quienes se negaban a ninguna reforma que supusiera pérdida de intereses bastardos, y ante la firmeza de Mateo no dudan en acudir con calumnias a la Santa Sede que lo llama y pide explicaciones de su conducta, las cuales dejaron inmaculado su nombre ante los ojos del Papa. Él se siente confortado con esta confirmación de su conducta y continúa en su misma labor reformadora que muy pronto encuentra nuevos y poderosos obstáculos. El santo obispo llega a pensar que las dificultades se deben a su incapacidad para el episcopado y ruega y suplica a la Santa Sede le permita hacer dimisión de su cargo, e insiste tanto que al fin se le concede. Entonces, con la mayor humildad, se reintegra a su comunidad religiosa, en la que vive como un fraile más, sin admitir se le den honores o privilegios. Su santa muerte tuvo lugar el 7 de enero de 1451. La confirmación de su culto inmemorial la concedió el papa Clemente XII el 10 de agosto de 1760.

BEATO AMBROSIO FERNANDES

Religioso y martir († 1620)

Nació en Sisto, diócesis de Porto, en Portugal. Como tantos otros de su tiempo, decidió al ser adulto viajar al Oriente en busca de fortuna y para ello se embarcó hacia Japón, a donde llegó luego de haber padecido en el mar una terrible tempestad que puso a todos los navegantes en serio peligro de perder la vida.

Aquello sirvió para que Ambrosio se preguntase por el sentido de la vida y se cuestionase en qué la estaba empleando, pareciéndole de poco resultado gastarla en buscarse bienes terrenales, que en cualquier momento se pueden perder. Decidió entonces consagrarse a Dios y servirlo solamente a Él. Fijó sus ojos en la Compañía de Jesús, para entonces tan activa en Ja-

pón, y solicitó la entrada en ella como coadjutor temporal, lo que se le concedió, vistiendo la sotana jesuita y haciendo la profesión correspondiente a los hermanos coadjutores.

Su trabajo fue en el propio Japón, dedicado a auxiliar a los misioneros y atenderles, colaborando así en la obra que ellos llevaban adelante. Cuando entró en la Compañía era el año 1577 y tenía Ambrosio 26 años.

Pudo ejercer su labor abnegada hasta el año 1616 en que, prohibido el cristianismo en Japón y expulsados los misioneros, Ambrosio, que se había quedado, fue arrestado y encerrado en una dura cárcel, la de Suzuta. En ella languideció durante cuatro años, padeciendo muchas enfermedades y miserias que consumieron su vida hasta que en la prisión entregó su alma al Señor el 7 de enero de 1620. Como su muerte se debió al mal trato padecido en la cárcel, y estaba en la misma por su condición de misionero, su muerte ha sido calificada por la Iglesia como un martirio, y como a tal lo beatificó el Beato Pío IX el 7 de julio de 1867 con otros muchos mártires del Japón.

8 de enero

A) Martirologio

1 En Hierapolis (Frigia), San Apolinar (s II), obispo *
2 En Libia, los santos Teofilo, diacono, y Eladio (s III), martires
3 En Beauvais (Francia), los santos Luciano, Maximiano y Juliano († 290), martires
4 En Metz (Francia), San Paciente (s IV), obispo
5 En Norica, San Severino († 482), abad **
6 En Pavia, San Maximo († 514), obispo
7 En Palestina, San Jorge († 614), monje y ermitaño
8 En Aberdon, Escocia, San Natalano († 678), obispo
9 En Ratisbona, Baviera, San Erhardo († 707), obispo misionero
10 En Mechelen-Bruselas, Santa Gudula († 712), virgen **
11 En Cashel (Irlanda), San Alberto (s VIII), obispo
12 En Venecia, San Lorenzo Justiniano († 1456), obispo **
13 En Newcastle, Inglaterra, Beato Eduardo Waterson († 1593), presbitero y martir, en tiempos de la persecucion anticatolica de Isabel I *

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

SAN LORENZO JUSTINIANO
Obispo († 1456)

Henos aquí ante una vida compleja y llena de contrastes, difícil de encuadrar en un estilo determinado de santidad. Lorenzo Giustiniani desmintió hace más de cinco siglos, antes de que surgiera en nuestro refranero, el dicho español «quien mucho abarca, poco aprieta». Él abarcó mucho y apretó más.

En el primer patriarca de Venecia pueden buscar patrono los contemplativos innatos, cuantos sintieron dentro, inexplicable y tenaz, la llamada del desierto. Mas, con igual derecho que los solitarios, pueden meter en sus filas a San Lorenzo Justiniano los hombres de acción, aquellos que viven y mueren en olor de multitudes, como si su existencia personal fuera sólo un pretexto para su influjo en la sociedad. Es más: el santo que hoy recordamos puede lucir un doble patronazgo para con dos tipos de hombres habitualmente incompatibles: los que teorizan sobre el mando y los que, con las manos en la masa, ejercen tareas de gobierno.

Lorenzo Giustiniani, hijo de Bernardo y Querina, canónigo secular de San Jorge, prior en San Agustín de Vicenza, obispo de Castello, patriarca de Venecia, amigo de Pontífices, escritor ascético, reformador de costumbres, fue uno de los grandes contemplativos de los siglos XIV y XV y quedó en la historia de la Iglesia como un prelado insigne al que todavía hoy el papa Juan XXIII, sucesor suyo en Venecia, propone como ejemplo de gobierno eclesiástico y como patrón de su pontificado.

¿Qué misión traía, en los albores del Renacimiento italiano, este niño nacido a la luz adriática de Venecia el 1 de julio de 1381? Su adolescencia florece bajo el cuidado exquisito de su madre, Querina Querini, viuda en plena juventud. La fe y las costumbres piadosas son algo tan normal en la casa como las góndolas y las palomas en la calle. La Venecia que asombró sus pupilas de niño no era muy distinta, en su armazón básico, de la que invaden hoy turistas y festivales. Junto al misterio bizantino de la basílica de San Marcos, lucía ya la maravilla gótica

del gran Palacio Ducal, frontero a la isla de San Giorgio, en la orilla opuesta de la bahía.

Este islote bellísimo, cuya alta torre benedictina es hoy sombra ascética en el incendio solar del mar y del aire, ejerce desde antiguo una atracción casi mística en un paisaje donde la soledad no puede tener nombre de monte o de llanura porque la tierra no existe. Allí fue a parar, recién cumplidos sus veintiuno, el hijo de la matrona Querini, luego de disuadir a su madre de unos planes casamenteros que ella venía tramando con la más limpia de las intenciones. En San Giorgio, Lorenzo hace causa común con un grupo de jóvenes clérigos, todos de la buena sociedad véneta, que estudian, rezan, sueñan, hacen penitencia, buscan a Dios denodadamente en un siglo difícil.

Estamos en 1402. Apenas pasados dos años de su incorporación al grupo, el joven Giustiniani, ordenado ya de diácono, pone en marcha la Congregación de canónigos seculares de San Jorge en Alga. Cobraron entonces fuerza de regla las costumbres penitenciales y contemplativas; también las prácticas mendicantes que tan provechosamente habían irrumpido dos siglos antes en la cristiandad medieval. Las primeras biografías de San Lorenzo Giustiniani saborean estos años juveniles en los que el clérigo de San Jorge, sacerdote a sus veintiséis años, recorre los ciento cincuenta canales de la ciudad y se hace presente en las ciento veintidós islas enlazadas por puentes bellísimos, para recoger limosnas y repartir amor de Dios entre el vecindario creyente y pecador. La historia se mezcla con la leyenda para referir insidias, vilipendios y tentaciones de esta época, que acrisola la virtud de Lorenzo y lo deja ya definitivamente lanzado hacia una santidad de vuelos altos.

El primer decenio del siglo XV señala la etapa más virulenta del Cisma de Occidente, que llega a partir en tres la cristiandad latina bajo tres tiaras incompatibles, la verdadera de Ángel Cornaro, que toma el nombre de Gregorio XII en noviembre de 1406, y las de Pedro de Luna y Baltasar de Cosa, que pasaban por pontífices en otras zonas, bajo los nombres de Benedicto XIII y Juan XXIII. El Papa legítimo, Gregorio XII, hombre de temple austero y costumbres piadosas, veneciano también él, conocía sobradamente a los Giustiniani y estaba al tanto de la

hermosa aventura de Lorenzo. Hizo cuentas con él para cubrir un cargo de relieve: el priorato de San Agustín de Vicenza al que iba anejo entonces el de los Santos Rústico y Fermo de Lonigo. Cinco años ocupa esta prebenda hasta que se decide a renunciar a ella en favor de su Congregación. Vuelta a San Jorge. Allí la elección del prior tiene carácter anual y el cargo cae sobre los hombros de Lorenzo los años 1409, 1413, 1418 y 1421. En 1423, la peste se ceba en las playas del golfo y los canónigos de la isla —Lorenzo al frente— encarnan heroicamente la bella estampa medieval del santo que cura llagas, absuelve a moribundos y entierra a los fieles difuntos.

Entre tanto, la Congregación va creciendo, desborda los límites vénetos y exige un superior general. El primero, ya se sabe, Lorenzo. Menos mal que también este cargo dura un año y sólo lo ocupa en 1424, 1427 y 1429. Es éste un decenio de madurez. Acabado el primer cuarto de siglo, se retiró a la soledad de San Agustín de Vicenza, alternando la contemplación, el estudio y el gobierno. De entonces datan sus libros principales y los treinta y nueve sermones suyos que conservamos. No escribió nada profano. Ni siquiera algo que no fuera estrictamente espiritual.

Sus libros —hasta trece enumera el abad Trithemioson—, un testimonio impresionante de interioridad. He aquí algunos títulos: *Sobre la disciplina y la perfección espiritual; De la lucha triunfal de Cristo; De la lucha interior; Cuadernillo de amor; De la vida solitaria; Sobre el desprecio del mundo; El árbol de la vida.*

Un latín florido, de más lustre que el acostumbrado en otros escritores de la época, sirve de vehículo a consideraciones jugosas sobre el camino del alma hasta Dios a través de Jesucristo. Empapada de devoción y jugo místico, la obra literaria de San Lorenzo Justiniano está muy lejos del esquematismo frío que disecó la escolástica de su tiempo a manos de los últimos nominalistas. Sus temas son las virtudes cristianas: fe, continencia, prudencia, obediencia, esperanza, perseverancia, pobreza, sobriedad, humildad, oración. Con referencias constantes a Cristo, siempre en una atmósfera esperanzada: si Cristo triunfó, también nosotros triunfaremos. Su libro sobre el matrimonio espiritual toca cimas inéditas en la bibliografía de la mística me-

dieval y muestra bien lo que en un hombre de su talla puede lograr la gracia de Dios.

Con menos pretensiones sistemáticas y menor cargamento jurídico o teológico que Gerson y Pedro d'Ailly, Lorenzo Giustiniani puede formar terna dignamente con aquella insigne pareja, tan señalada en la historia de la espiritualidad.

Tenía cincuenta y dos años cuando otro Papa, veneciano también y compañero suyo en los escaños capitulares de San Jorge, volvió a pensar en él. Eugenio IV —el Papa unionista del concilio de Florencia— le nombra en 1443 obispo de Castello, otra isla vecina al Lido veneciano. Ahora va a rendir, en cosecha inmediata, todo el cultivo de medio siglo. Su pontificado no tuvo prólogos. Sabía muy bien dónde iba. Al año de tomar posesión, convocó a sínodo diocesano a todo su clero. Salieron de allí sabias constituciones, muchas de ellas con sello de reforma porque los tiempos lo pedían. No olvidemos que un siglo más tarde un ex fraile alemán iba a buscar pretextos a su seudorreforma en las costumbres decadentes de los estamentos eclesiásticos. Pero debe saberse también que en España, en Italia, en Francia, en la misma Alemania los santos se anticiparon a los herejes y por el camino recto. Los siglos XIV y XV son testigos de la aparición de varios millares de libros titulados *De reformatione Ecclesiae in capite et in membris* (Sobre la reforma de la Iglesia en la cabeza y en los miembros).

Cuatro años después del sínodo diocesano, el obispo de Castello promulgó en un códice sus cuarenta Constituciones que llamó *Synodicon.* Allí se regulaba el régimen claustral de las monjas contemplativas, se flagelaba el absentismo de los cargos eclesiásticos, cuya acumulación quedaba restringida, se dictaba, en suma, todo un código de vida eclesiástica y cristiana. Abundaron los malos ratos que exige toda vida fecunda. Porque, además, desde el púlpito de San Marcos el Evangelio se impartía sin adulteraciones, a justos y pecadores, a estibadores del canal y a matronas de los palacios. En pleno siglo XV, los cotilleos de la buena sociedad veneciana hablaban ya de intransigencia, de intromisiones episcopales, de costumbres inveteradas que no había por qué demoler.

La persona del obispo era la misma que en San Jorge y San Agustín de Vicenza, y en su vida privada de monje y asceta no

se notó la nueva dignidad. Tampoco la patriarcal de Venecia a la que fue elevado por Nicolás V mediante bula de 8 de octubre de 1451. Por ella quedaban suprimidos el patriarcado de Grado y la diócesis de Castello y trasladados todos sus privilegios a la nueva sede en la capital de la Serenísima República.

Lo de Venecia es reedición de lo de Castello, con más alta aureola de experiencia, de virtud personal, de dotes de gobierno, de ambiciones pastorales. Sólo un lustro de pontificado fijó su nombre para siempre en la constelación de los obispos insignes. Un año antes de morir celebra concilio provincial en el IV domingo después de Pascua de 1455. Apenas si se conserva nada de las actas, pero el gesto conciliar de un prelado lleno de achaques mostraba a quien quisiera enterarse cómo la reforma que culminaría en Trento llevaba un siglo de adelanto en el patriarcado de Venecia. Años intensos éstos que, sin embargo, le dejan tiempo para escribir, como en los buenos días de la isla o del priorato. Cae como fruta madura su tratado *De regimine praelatorum* (Sobre el modo de gobernarse los obispos), que cuaja en normas sapientísimas el precipitado de medio siglo de vida eclesiástica. Sus libros iban depurándose: *Sobre los grados de la perfección* y el último: *Sobre el incendio del amor divino.*

Más de un siglo más tarde, un fraile español, fray Juan de la Cruz, hablando del juicio particular, iba a decir: «Entonces seremos examinados de amor». San Lorenzo Justiniano preparó con tiempo el examen. Ardiendo él mismo y prendiendo a los demás en la hoguera inmensa del amor de Dios, cerró los párpados a la luz de Venecia para abrirlos a la inmarcesible de los cielos el 18 de julio de 1456. A los altares de la tierra tardó más en subir y después de un proceso de beatificación y canonización de casi dos siglos y medio, fue proclamado Santo por Alejandro VIII el 16 de octubre de 1690.

ANTONIO MONTERO MORENO

Bibliografía

Hubo una primera biografía, escrita por el sobrino del Santo, Bernardo Justiniano, y que ha servido de base a todas las posteriores F MALIPIERO (Venecia 1638), S. PIFTRALATA (Roma 1647) y MAFFESO (Padua 1691) escribieron otras tantas biografías durante el siglo XVII.

Iustiniani (Divi) Laurentii, opera omnia... Auctores vita in principio praemissa (Venecia 1606).

LA FONTAINE, P., *Il primo patriarca di Venezia. Vita popolare di s. L. G.* (Venecia ²1928).

REGAZZI, A., *Notizie storiche edite ed inedite di s. L. G. primo patriarca di Venezia* (Venecia 1856).

ROSA, D., «Summorum Pontificum, illustrium virorum D. Laurentii vita, sanctitate ac miraculis testimoniorum centuriam», en *Acta sanctorum,* enero, t.I p.551ss (Venecia 1614 y 1630).

SAN SEVERINO
Abad († 482)

Al considerar un poco a fondo cada época de la historia, la primera consecuencia es de una curiosa humildad: todos los momentos históricos aparecen claves, críticos, decisivos. Objetivamente hay que acabar opinando así pese a que filósofos de la historia de talla actualmente han caído en creer nuestros años como especialmente distintos y de límite. Y es que, así como el individuo se sitúa en el centro de su mundo y su ambiente pequeño y todo lo interpreta como circunstancia personal, de igual forma cada generación y cada siglo se ha colocado en el centro de dos épocas y ha tenido la petulancia y el egotismo de juzgarse históricamente en el umbral de una nueva edad.

También puede nacer esta postura y opinión de un sentido de responsabilidad loable, de la conciencia de saberse protagonista del rumbo de su tiempo y querer redimir a la humanidad y su historia del pecado original y sus secuelas, constante lastre, constante anticristo frente al que es preciso plantarse. En realidad, todas las épocas fueron cruciales de una manera semejante. Nuestro siglo XX es decisivo para la divinización del mundo como lo fue el XIX —con todas las locuras de sus libertades sin freno—, lo fue el siglo llamado de «las luces» por su laicización general y su cultura antirreligiosa, lo fue el XVII con la universal resquebrajadura de la unidad religiosa europea, y el XVI por el neopaganismo renacentista que afectó a la misma Roma. Los siglos de la Edad Media fueron tan críticos para el nacimiento de las naciones que su catalogación mereció el nombre preciso de «Media», de borrón y nueva cuenta. La etapa anterior se llama «Edad de Hierro» de la Iglesia, lo que era lo mismo que decir de

la humanidad y la cultura, por ser todo lo humano y culto prácticamente eclesiástico. Y el derrumbamiento del Imperio latino tuvo iguales categorías de crucial.

Siempre ha sido nuestra Iglesia la conciencia del mundo. Siempre ha llevado ella la responsabilidad y la tarea de educar y dignificar a los hombres, de lavar heridas y levantar otra vez los muros y las instituciones, el idealismo y la espiritualidad de cada momento.

Por eso hablar de la Iglesia es hablar de la continuidad de la obra educadora de la humanidad.

Todo esto nace de la simple consideración del ambiente que rodeó y justificó la figura de San Severino, quien, por vivir la inquietud de la Iglesia de su tiempo, puede ser escogido como figura tipo de su época. Entonces anticristo se llamó Atila, como después se llamaría Lutero, Voltaire, más tarde Napoleón, Hitler y Stalin.

El ambiente del santo abad fue bronco, decisivo, de universal naufragio y de anuncio de un nuevo mundo. Si su silueta histórica es de ejemplar, sus coordenadas geográficas también resultan asimismo muestra de la tónica general del momento. El origen de Severino es un misterio; pero más importa su obra que su fuente. A su estilo austero y tan poco de este mundo, conviene maravillosamente este pasado en nieblas. Por su trato exquisito, su lenguaje escogido y su cultura, hizo sospechar cuna italiana. Con ello sería una vez más Roma la madre de los pueblos.

Severino había llegado hasta la provincia romana del Nórico —entre las actuales Baviera y Hungría— cuando aquella región inhóspita se conmovía trágicamente contra las embestidas en aluvión de los pueblos bárbaros en las últimas resistencias imperiales. Corría el año 453 a grupas del corcel de Atila, el huno, ya sin jinete al haber muerto entre los coros salvajes de sus hombres que cabalgaron hasta días entre trompas de guerra en torno de su tienda en homenaje póstumo.

Los herederos de Atila se disputaban el reino húngaro y los confines del Danubio ante la temerosa expectativa, de las guarniciones romanas debilitadas por el rigor invernal. Era ésta una de las primeras versiones de la gran defensa del Asia frente a la

Europa culta: el hielo. Contrasta con el escenario abigarrado de violencia la figura de Severino, el monje que llevaba una vida pobre, casta, pacífica. Ni los hielos, ni las distancias, ni los peligros de caer en manos de las partidas guerreras incontroladas, pusieron freno a su caridad, que era larga como cruel la barba de los invasores.

El primer campo de su acción fue la ciudad de Astura, en una de las orillas del Danubio. Vivió allí una existencia retirada hasta que se le vio llamando a penitencia a sacerdotes y pueblo. Les habla de la necesidad de mudar de vida como medio de desarmar al Señor en su ira antes de que sufran la invasión que vaticina inminente. Pero fue en vano. Todas las insistencias del Santo fueron inútiles, por lo que, después de señalar a un buen anciano que le hospedó el día y la hora en que se cumplirían sus predicciones, partió para Cumana, plaza fuerte cercana a Astura. Cumana ya había caído en manos bárbaras, pero otros pueblos amenazaban con nuevo sitio y matanza. Por ello también les amonestó al cambio de vida y, cuando empezaban los oyentes a discutir las razones del Santo, un hombre, huido de la destrucción de la vencida Astura, les testimonió del cumplimiento de las palabras de Severino. «Nada de esto hubiera sucedido de haber dado oídos al santo varón que nos lo anunciaba». Y señaló al monje predicador: «Éste es el que quiso librarnos».

Se resolvieron a tres días de oración que terminaron con la ayuda del cielo por un terremoto que hizo huir a los bárbaros. La fama del Santo corrió y de nuevo encontró motivo en los prodigios que obró en Fabiena que, bloqueada por los hielos la navegación fluvial, perecía de hambre. También con la oración y penitencia logró Severino que fundieran los ríos, y desde la Retia llegaron los navíos salvadores.

La crítica histórica se estrella ante el misterio de esta existencia. Ya sus contemporáneos, concretamente los habitantes de Cumana, deseosos de conocer la naturaleza de su salvador, fracasaron. La única fuente de conocimiento de esta vida pintoresca es la *Vita Sancti Severini* de su discípulo Eugipio. Este escrito tiene toda la candidez suficiente para averiguar un fondo indudable de veracidad y lograr una abundancia de detalles ca-

paces de dibujar en el santo abad una talla de ejemplar de la Iglesia de su siglo.

Era suyo un criterio fundamental sobre las relaciones entre los desastres y la justicia vindicativa de Dios. Si Atila había dejado nombre y fama de «azote de Dios», azotes divinos sabía ver Severino en todas las calamidades que desde la guerra llovían sobre los territorios y los hombres de aquel imperio corrompido.

Aunque su vida transcurrió en olor de multitudes, su temperamento era inclinado a la soledad monacal. Para ella fundaba monasterios a su paso sin arraigarse en ninguno de ellos, pero buscando en todos esa vida retirada en Dios. Pese a esta vocación contemplativa, señala Eugipio que «cuanto más ardientemente deseaba darse a la soledad, tantas más revelaciones le movían a no negar su presencia a los pueblos afligidos». Por eso seguía su predicación evangélica por aquellas llanuras heladas, descalzo, ayunando, mientras se hacía respetar por romanos y bárbaros, los que, incluso siendo arrianos, le veneraban como a santo en la más universal acepción.

En campo abierto, predica y sana enfermos. Siempre a cambio de la penitencia que predicaba, de la limosna a los pobres deportados por las huidas en masa que empujaba la guerra, de la confianza en Dios.

Odoacro había hecho del Nórico puente de sus incursiones en las propias tierras de Italia y, cuando se decidió a la aventura definitiva, oyó de labios de Severino una profecía que no había de olvidar jamás: «Hijo mío, pasa a Italia. Si ahora vas vestido de pieles, te verás después en situación de dispensar grandes beneficios a tus semejantes». Este reyezuelo de un pueblo mínimo acabó, en el 476, venciendo las postreras resistencias imperiales y, depuesto Rómulo Augústulo, sentándose en el trono de Italia.

El prestigio del santo crecía y le fue pedido aceptara una silla episcopal. Su reacción reveló de nuevo su ahondado deseo de solitario: «Bastante es haberme privado de la soledad para mezclarme con las multitudes». Y quedó en abad de los dos monasterios que fundó.

La misión de paz, educación y espiritualismo de la Iglesia está siempre alumbrando en la historia figuras como la de Severino. Las comunidades religiosas suelen ser la herencia que es-

tos hombres dejan para extensión y continuidad de su estilo y su labor. Severino fundó dos monasterios de importancia y otros muchos auxiliares. Boetro —la actual Instadt—, Fabiena. También Batavia, a la que arrancó de la rapiña de Giboldo, rey de los alamanes, por quien era extraordinariamente apreciado y de quien logró el canje de prisioneros. En Instadt su fundación persiste en basílica y en ella se conserva la celda del santo abad.

Le pidieron los bátavos que fuera a solicitar del rey Flava de los susos permiso para comerciar. El Santo respondió: «Llega tiempo en que esta ciudad sea un desierto como con otras ha sucedido. ¿Para qué proveer de comercio un lugar en que ningún comerciante podrá comprar ni vender?». La rudeza de la contestación provocó a un sacerdote a increparle diciendo: «Vete, te ruego, vete deprisa y, con tu marcha, descansemos un poco de ayunos y vigilias». Estas palabras levantaron un clamoreo burlesco entre el pueblo en contra de Severino, quien marchó de la ciudad prediciendo el castigo. Poco después Curimundo invadió el lugar y el sacerdote poco amigo de las austeridades murió en el mismo sitio en que pronunciara sus palabras hirientes.

Cuenta Eugipio que en la ciudad de Tulnam había surgido una secta secreta cuyo culto califica de «nefando» el biógrafo. El Santo predicó al pueblo según su costumbre y los sacerdotes hicieron ayuno por tres días. Entonces ordenó Severino repartir cirios por las casas que después llevarían los fieles al templo con ocasión de los divinos oficios. Suplicó allí el hombre de Dios que se mostrara la luz del Espíritu Santo para que fueran descubiertos los herejes, pese al secreto en que se escondían. Después de su oración, la mayor parte de los cirios se encendieron de súbito milagrosamente mientras permanecían apagados los de los inficionados por error. Fue en esta misma ciudad donde hubo de intervenir con ocasión de una desoladora plaga de langosta. Reunió como de costumbre al pueblo para oración y penitencia. Acudió al templo «todo sexo y edad, incluso los que con la voz aún no podían rezar», y, cuando todos estaban entregados a estas prácticas, uno dejó el resto y estuvo en su campo de mies combatiendo la plaga. Sólo después volvió a la iglesia. Su cosecha quedó devorada en medio de la abundante mies de los demás.

Esta rudeza de los medios —rezos, ayunos, penitencias— y de las reacciones justicieras, es nota que colorea la vida de San Severino de un tinte especial un tanto apocalíptico, muy propio del ambiente violento y de límite que trae consigo todo período de guerra y crueldad.

También alumbra un franciscanismo adelantado como ocurrió en Kuntzing, donde el Danubio hacía tremendos destrozos con sus riadas, y su iglesia, edificada extramuros de la ciudad, sufría aún mayor daño. Ordenó Severino grabar la señal de la cruz en el pavimento del templo y habló así al río: «No te deja mi Señor Jesucristo traspasar este signo». Y el Danubio obedeció siempre desde entonces. Sólo una fe evangélica —la que traslada montes y tuerce ríos— es capaz de plantarse ante el caudal turbulento y correr el riesgo de esta orden tan expuesta al fracaso más público.

En tanto, Odoacro, ya rey de Italia por la caída del Imperio, no olvidó la profecía que de este triunfo le había hecho el santo abad y, en su memoria, él, arriano, no se contentó con no perseguir a los católicos, sino que los protegió deferentemente. Fue el último homenaje de los pueblos bárbaros al Santo y como el adelanto y primera cosecha de la educación que había de hacer la Iglesia, a través de toda la Edad Media, sobre estos pueblos.

Severino, sintiéndose próximo a la muerte, llamó al rey Fleteo y a su hermano Federico de Nórica, que acudieron a Fabiena para recoger el testamento del monje. «Veo cercana la muerte, les dijo, por eso os conjuro a que respetéis la hacienda de vuestros súbditos y proveáis los monasterios faltos de mi ayuda a causa de mi muerte».

Desde entonces se entregó a la preparación para el trance y a cuantos le visitaban, les anunciaba día y hora que había conocido por revelación. Llegado el momento, abrazando a los monjes y con el salmo 150 en los labios, murió: «Laudate Dominum in sanctis eius...».

Era el 8 de enero del 482. Los hielos del Danubio echaron de menos desde aquel invierno los pies de Severino evangelizando paz, evangelizando bien.

ENRIQUE INIESTA COLLANT-VALERA, SchP

Bibliografía

Act. SS. Boll., 8 de enero: *Vita* (la mayor), por su discípulo EUGIPIUS.
BAUDRILLART, A., *Saint Séverin, apôtre du Norique* (París 1908).
MOMMSEN, en *Mon. Germ. Hist.,* Script. ad us. Schol. (Berlín 1898). Reproduce la *Vita* de Eugipius.

SANTA GÚDULA

Virgen († ca.712)

El viajero que llega en tren a Bruselas puede, si quiere, en vez de bajarse en la estación del Sur, situada en la periferia, continuar tranquilamente sentado en su vagón, que le llevará a través de un túnel subterráneo al mismo centro de la ciudad. Los belgas han construido en el corazón de Bruselas una estación central subterránea, modelo de pulcritud y de perfección técnica en sus servicios. Por medio de una escalera mecánica el viajero sale a la superficie. Allí mismo se encuentra la sede de Sabena o Compañía Belga de Aviación, y un poco más abajo la monumental gran plaza de Bruselas, en que se ha logrado armonizar de un modo realmente feliz el gótico flamenco del hôtel de Ville con la regia majestad del Renacimiento español. Bajando de la estación central a la gran plaza, el viajero se encuentra con la iglesia colegial de Santa Gúdula. Es sin duda una de las mejores iglesias góticas de Bélgica y está dedicada a Santa Gúdula, patrona de Bruselas.

Moreau, en el *Lexikon für Theologie und Kirche,* nos habla de una vida de la Santa escrita en el siglo X, que no ha llegado a nuestras manos. La vida más antigua que poseemos sobre la Santa es la de un tal Hubert, monje de Lobbes, que debió escribirla, al parecer, el año 1047.

Según este escritor, la Santa nació en Brabante (Pagus Brachatensis), región situada en la parte central de la actual Bélgica y que ha tenido a lo largo de la historia un gran influjo en la historia del país. Santa Gúdula nació el año 650 en el seno de una aristocrática familia franca. Fue hija de Witger, duque de Lorena, y de Santa Amalberga.

Puede afirmarse, sin exageración, que el ambiente en que vivió Gúdula fue un ambiente de santos. Es curioso comprobar en esta época la existencia de esas cadenas familiares de santos

pertenecientes a la aristocracia feudal, que pone de manifiesto el original proceso de cristianización, a partir de las clases más altas de la sociedad, que es característico de este tiempo Santa fue la madre de Gúdula, Amalberga. De ella sabemos que cuando perdió a su esposo se recluyó en un monasterio de Maubege, en la actual frontera entre Francia y Bélgica. Santos fueron también dos de sus hermanos, Santa Reinalda, que vivió prácticamente como monja en una de sus propiedades de Brabante, cerca de Hal, y San Emeberto, obispo que fue de Arrás y Cambrai. Santa, finalmente, fue su madrina, Gertrudis. Nació en 626 y fue hija de Pipino el Viejo, antepasado directo de los carolingios. Su madre, Santa Iludega, fundó el monasterio de Nivelles, al sur de Bruselas, del que Santa Gertrudis fue la primera abadesa a la muerte de su madre en 652 La formación escriturística y litúrgica de Santa Gertrudis, así como su piedad y caridad, debieron ser muy notables.

En el monasterio de Nivelles y bajo la tutela de su santa madrina fue educada la niña Gúdula, según la costumbre de las familias aristocráticas en esta época. Muerta Santa Gertrudis en 659, volvióse Gúdula a la casa paterna. Según unos, vivió recluida en el oratorio de San Salvador de Moorsel, a pocas millas de su pueblo natal. Según otros, permaneció en casa de sus padres, llevando una vida extraordinaria de piedad y recogimiento.

Cuenta la leyenda que le gustaba a Santa Gúdula dirigirse todas las mañanas antes de la aurora a la capillita de madera dedicada a San Salvador, en Moorsel, y que un día el demonio, furioso de verla tan devota, le apagó la linterna que llevaba en la mano. Gúdula se puso en oración, arrodillada en el barro, y la lámpara volvió a encenderse milagrosamente. Esta leyenda ha dado lugar al distintivo iconográfico de la Santa: una linterna, a veces reemplazada por un cirio, que la Santa lleva en la mano, mientras el demonio da señales de rabia a sus pies y un ángel lateral enciende de nuevo el cirio.

Hubert, el antiguo cronista de Lobbes, nos presenta a Santa Gudula como una mujer consagrada en cuerpo y alma al socorro del prójimo. Volviendo un día de la capilla de Moorsel, encontró a una pobre mujer que llevaba en brazos un niño de diez años paralítico de pies y manos. Gúdula lo tomó en sus manos,

lo acarició y rogó fervorosamente a Aquel que dijo: «Todo lo que pidiereis a mi Padre en mi nombre os lo concederá». Inmediatamente el niño se sintió curado y comenzó a dar saltos de alegría. En otra ocasión vino a su encuentro una leprosa llamada Emenfreda. La Santa examinó sus llagas, la consoló con dulces pensamientos y después la curó. La noticia de estos prodigios se extendió rápidamente por toda la región. Y una multitud de desgraciados acudía a ella en busca de socorro.

Tras breve enfermedad Gúdula murió, probablemente el 8 de enero de 712. Hubert nos describe la desolación de las pobres gentes de la comarca que estaban acostumbradas a ver en ella una especie de hada protectora. Y nos transmite las grandes alabanzas que las gentes hicieron de la Santa con motivo de su muerte. Fue enterrada en Vilvoorde.

Después de algún tiempo fue trasladado el cuerpo de Santa Gúdula a Moorsel, donde se estableció un monasterio de religiosas que duró poco tiempo. Más tarde sus restos mortales fueron confiados a Carlos de Francia, hijo de Luis, duque de la Baja Lorena. Probablemente en 977. Durante unos sesenta años el cuerpo de Santa Gúdula reposó en la iglesia de San Géry de Bruselas, entonces simple capilla castrense, construida junto a la residencia condal. Por fin, el conde de Lovaina, Lamberto II, hizo trasladar en 1047 el precioso depósito a la iglesia de Molemberg, dedicada a San Miguel, que fue probablemente la primera parroquia de Bruselas y que después cambió su nombre por el de Santa Gúdula. Al mismo tiempo el príncipe erigió allí un capítulo.

Una antigua nota, que se conserva en los Archivos Generales del Reino de Bruselas, relata la historia de esta fundación. Puede ser que con motivo de esta última y definitiva traslación del cuerpo de Santa Gúdula se escribiera la *Vita 1.ª Gudulae,* del monje Hubert.

El *Martirologio romano* celebra la fiesta de Santa Gúdula el 8 de enero, mientras que en la archidiócesis de Malinas y en la diócesis de Gante se celebra el 19 del mismo mes.

Se comprende el mimo con que los belgas han tratado siempre a Santa Gúdula, la patrona de Bruselas, si tenemos en cuenta su antigüedad, que se remonta al período que podríamos

llamar de estructuración del pueblo belga, y a la extraña ausencia de santos modernos, como es fácil constatar en un país que, por otra parte, tanto ha merecido de la Iglesia en todos los órdenes.

ANTONIO HORTELANO, CSSR

Bibliografía

Acta Ss. Belgii 5 (1789) 666s.
Anal. pour servir à l'hist. eccles. de la Belgique 24 (1895) 40s.
Biographie (Alost 1927).
MOREAU, E. DE, *Histoire de l'Eglise en Belgique,* V (Tournai 1945).
PODEVIJN, en *Rev. Belge de Phil. et d'Hist.* 2 (1923) 619s.
VAN DER ESSEN, L., *Étude critique et littér. sur les Vitae des saints mérovingiens de l'ancienne Belgique* (Louvain s.a.) 296s.

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SAN APOLINAR EL APOLOGISTA

Obispo (s. II)

Baronio incluyó en el *Martirologio romano* el nombre del apologista Apolinar, obispo de Hierápolis, que, en el reinado de Marco Aurelio, dirigió una *Apología* al emperador. Por Eusebio y otros autores antiguos conocemos que escribió varias obras, tituladas *Contra los griegos* y *Contra los judíos,* pero no subsisten; sí en cambio dos de sus libros *Sobre la verdad.*

Su apología la dirigió al emperador Marco Aurelio cuando ya había tenido lugar la victoria de éste contra los cuados hacia el año 174. Tuvo lugar entonces la oportuna lluvia que libró al ejército imperial de morir de sed y se cuenta que fueron las oraciones de la duodécima legión, llamada luego Fulminata, y en la que abundaban los cristianos, las que obtuvieron la victoria. La historicidad del suceso es negada por muchos.

De todos modos el marco de la actividad apologética de este obispo fue el reinado de Marco Aurelio, al que se le han supuesto sentimientos favorables a los cristianos, que otros autores niegan, recordando que bajo él hubo la que se llama cuarta persecución. Pues por un lado, como partidario de la ley y el orden, ante las quejas contra los cristianos reaccionaba mandando

que se aplicara el decreto de Trajano, y en su tiempo fueron muchas las quejas presentadas aquí y allá contra el cristianismo, y por otro lado su pensamiento filosófico distaba del cristianismo lo suficiente como para que lo mirara con clara antipatía. En el reinado de Marco Aurelio hubo en realidad un número considerable de mártires, y tuvo plena justificación que se le dirigiera por Apolinar una apología.

BEATO EDUARDO WATERSON

Presbítero y mártir († 1593)

Era natural de Londres y nació en el seno de una familia anglicana. En su juventud marchó a Turquía, donde le fue ofrecida la mano de una joven rica a condición de que se convirtiera al Islam, lo que fue firmemente rechazado por el joven, que seguidamente abandonó Turquía para volver a su patria. Pero de camino pasó por Roma, donde recibió un fuerte impacto visitando las iglesias y las instituciones católicas, decidiendo ingresar en la Iglesia Católica, lo que llevó a cabo en la propia Ciudad Eterna. Esta decisión la maduró sobre todo en su relación con el Dr. Richard Smith, del Colegio Inglés romano. La conversión tuvo lugar el año 1588.

Su maduración religiosa fue aún adelante: se decidió por el sacerdocio y marchó al colegio de Reims, donde hizo los estudios pertinentes durante cuatro años, ordenándose sacerdote en 1591. Al año siguiente era enviado a la misión inglesa. Su labor en Inglaterra fue breve. Solamente llevaba unos meses en el país desarrollando su labor misionera cuando bajo la acusación de ser sacerdote fue detenido y juzgado en Newcastle.

Cuando el 8 de enero de 1593 era sacado para ser llevado a ajusticiar, los caballos que debían tirar del carro se resistieron a andar, por lo que fue preciso que el reo anduviera a pie el espacio que le separaba del patíbulo. Fue ahorcado y descuartizado por su condición de sacerdote católico. Lo beatificó el papa Pío XI el 15 de diciembre de 1929.

9 de enero

A) MARTIROLOGIO

1. En Ancona del Piceno (Italia), San Marcelino (s. VI), obispo.
2. En Canterbury (Inglaterra), San Adrián († 710), abad *.
3. En Escocia, San Felano († 710), abad del monasterio de San Andrés.
4. En el Monte Olimpo (Bitinia), San Eustracio el Taumaturgo, abad del monasterio de Abgar (s. IX).
5. En Poitiers (Aquitania), San Honorato de Bourges († 1250), mártir.
6. En Certaldo (Toscana), Beata Julia de la Rena († 1367), reclusa, terciaria agustina.
7. En Ancona del Piceno (Italia), Beato Antonio Fatati († 1484), obispo *.
8. En Nancy (Francia), Beata María Teresa de Jesús (Alicia) Le Clerc († 1622), fundadora, con San Pedro Fourier, de la Congregación de Canonesas Regulares de Nuestra Señora **.
9. En Seúl (Corea), santas Águeda Yi, virgen, y Teresa Kim, viuda († 1840), mártires *.
10. En el campo de concentración de Dachau (Baviera), los beatos José Pawlowski y Casimiro Grelewski († 1942), presbíteros y mártires *.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

BEATA MARÍA TERESA DE JESÚS (ALICIA) LE CLERC

Fundadora († 1622)

Alicia Le Clerc nació en Remiremont (Francia) el 2 de febrero de 1576, hija de Juan y de Ana Sagay. De buena posición social, su vida se desenvolvió en un ambiente complejo y confuso; un mundo honesto según las máximas del siglo, pero con una honestidad negativa.

Ese ambiente atrapó, como un torbellino, a la joven y atractiva Alicia Le Clerc. La gente, no tan mala pero tampoco demasiado buena, era proclive a la frivolidad. Las preocupaciones de la gente eran mezquinas, se divertían, sí, pero sus reducidos horizontes eran incapaces de ahondar en los grandes asuntos del espíritu y de la Iglesia. Torpemente se resistían a comenzar una

nueva vida y a interesarse por las miserias físicas y morales de la sociedad. Alicia, dotada de una inteligencia y simpatía extraordinarias, fue aceptada por todos. Más tarde lo deploraría y llegó a creer, incluso, que tal vez perdió el tiempo.

Sin embargo, como señaló Pío XII a los peregrinos llegados a Roma para la beatificación de Alicia Le Clerc, el hecho de haber experimentado los atractivos mundanos y la miseria en la que vive la juventud, le sirvió a la Beata Le Clerc para poder comprender y ayudar a otros a salir de ese ambiente, o a desligarse de él. Dios la llamó, la probó y la eligió para colaborar a restaurar en Cristo la sociedad de su tiempo.

Alicia Le Clerc anheló consagrarse a Dios y logró, con dificultad, salir de aquel ambiente que la oprimía. Consiguió ponerse en contacto con la vida religiosa de entonces, pero sufrió la falta de sacerdotes virtuosos y doctos aptos para guiar a las almas. Experimentó lo importante que es tener una sólida dirección espiritual Alicia encontrará a uno que le servirá de guía; un santo que le hará conocer la miseria de la juventud, la ignorancia y ordinariez de las gentes. Ese varón preclaro es el párroco de Mattaincourt, San Pedro Fourier.

El párroco de Mattaincourt le confiará a Alicia Le Clerc, que era delicada, inteligente y animosa, un extenso campo, la anima a que se conmueva de la necesidad moral y espiritual de la juventud y le encarga la tarea de formar espiritual y humanamente a las madres de familia.

> «Pero la compasion no basta Falta el amor, el amor, si, el amor verdadero, porque no seria verdaderamente amor si no incluyese un ansia irresistible de ver a todo el mundo como lo vio Jesucristo desde lo alto de su cruz Por la redencion de este mundo y por su restauracion en Cristo, todo lo posible, reconciliando a los hombres, a las clases sociales y a los pueblos, entre si mismos y con Dios» (Pio XII, *Ecclesia* [1947] 537)

¿Qué puede hacer Alicia Le Clerc? Su puesto, su misión ¿cuál es? ¿Por dónde empezar? Poco a poco el Señor la anima y ella, aunque el trabajo es inmenso y humanamente imposible, está resuelta a trabajar.

> «Siente un abismo entre su pequeñez y la funcion que se le ofrece Pero Dios se encargara de ponerla a la altura de su tarea y

de rellenar el abismo, y lo hace a su manera, es decir, aniquilándola» (PIO XII, a.c.).

La primera fase de la prueba es la *conversión.* Se trata de separarse del mundo y del espíritu del mundo. Esto, en una joven que estaba fuertemente pegada a él, el mundo quería retenerla allí. Fue necesario luchar contra sus gustos, contra su orgullo, contra toda su naturaleza; luchar contra esa sociedad que la considera, la estima y la reclama. Dios, por medio de la enfermedad y del sufrimiento, la importuna y la trabaja. Alicia Le Clerc, finalmente, se rinde y quiere ser totalmente suya y sin reservas. Y he aquí la segunda fase de prueba: la *lucha por su vocación.*

Los designios de Dios empiezan a realizarse en el derrumbamiento de todo su mundo anterior y en el fracaso de todas sus vacilaciones.

> «Y para colmo de todo, la prueba se hace más dolorosa: sufrimientos de cuerpo, de corazón y de alma, y hasta torturas de conciencia. Se creía escuchar las quejas de Jesús en la cruz: "¡Sálvame, oh Dios, porque las aguas me llegan hasta el cuello! [...] ¡Dios mío, Dios mío!, ¿por qué me has abandonado?" (Sal 68,2; 21,2)».

Mediante estas pruebas Dios predispuso a Alicia Le Clerc para que preparase en la Iglesia una nueva familia religiosa consagrada a la educación. Así se levantan las obras de Dios. A despecho de todas las vicisitudes y, a veces, de todos los fracasos aparentes; a despecho, incluso, de todas las aparentes oposiciones o contradicciones. La obra de Dios progresa siempre.

Bien humildes fueron los principios. En la Nochebuena de 1597 Alicia Le Clerc y cuatro jóvenes se consagraron a Dios en la parroquia para dedicarse a toda clase de obras buenas con los pobres, con los campesinos y con los ignorantes. El santo cura de Mattaincourt redacta un primer proyecto de regla. Ellas habían pensado en el apostolado más humilde: el de la aldea. Nada de votos y nada de convento. Ni son monjas ni son seglares. Es una clase de vida que el mundo no acaba de entender. Surgen dificultades canónicas, a las que es necesario satisfacer con constituciones precisas, sancionadas por la autoridad episcopal primero y luego por la Santa Sede. Se funda un monasterio claustral de una orden docente bajo la advocación de Nues-

tra Señora, con hábito y coro, admitiendo alumnas externas e internas. En 1598 se abre la primera escuela en Poussay, y el obispo de Toul aprueba un primer esbozo de reglamento compuesto por Fourier. Pero acuden de todas partes; de todas partes se las llama. Hay que responder.

En 1603 el Instituto fue aprobado por el cardenal Legado de Lorena y sucesivamente en 1615 y 1616 por el papa Pablo V. En noviembre de 1617 fue erigido el primer monasterio oficial de la Congregación con clausura y Alicia Le Clerc comenzó, con algunas otras compañeras, el año de noviciado, asumiendo, desde entonces, el nombre de Teresa de Jesús Le Clerc. El año siguiente emitió la profesión de los votos y poco después es elegida como superiora general, cargo que regentó hasta finales de 1621.

Teresa de Jesús (Alicia) Le Clerc murió el 9 de enero de 1622 admirada y venerada por todos. A causa de acontecimientos políticos y de guerras, solamente se pudo comenzar el proceso de canonización a comienzos del siglo XX. El día 4 de mayo de 1947 el papa Pío XII inscribió a Teresa de Jesús Le Clerc en el número de los beatos.

La historia de Alicia Le Clerc, vista con perspectiva histórica, tiene una gran semejanza con nuestra época. Es una epopeya admirable del pasado y todo un símbolo, no menos admirable, para el presente. Así son las obras de Dios. La obra de la Beata Teresa de Jesús Le Clerc se extendió, como la chispa en un cañaveral, por todas partes del mundo.

RAMÓN FITA

Bibliografía

AAS 40 (1948) 228-234.
AMORE, A., «Le Clerc, Alessia»: en *Bibliotheca sanctorum,* t.VII col 1165.
Martyrologium romanum, o.c., 86.
PIO XII, «El Papa exalta las virtudes de la Beata Alicia Le Clerc»: *Ecclesia* (1947) 537.

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SAN ADRIÁN DE CANTERBURY
Abad († 710)

Adrián era un monje benedictino, nacido en África, que regentaba como abad el monasterio de Nerida, cuando el papa San Vitaliano lo llamó para proponerle aceptara el arzobispado de Canterbury en Inglaterra, que había quedado vacante por la muerte del arzobispo Wigardo. No era la primera vez que la Santa Sede proponía a Adrián el arzobispado cantuariense, pues a la muerte de San Deusdedit el año 664 ya lo había hecho, rehusando Adrián. Esta vez el monje de Nerida volvió a rehusar el nombramiento, pero para endulzar el rechazo le propuso al papa otro candidato: el monje griego Teodoro, que a Adrián le parecía un buen candidato.

San Vitaliano estuvo de acuerdo con la propuesta de Adrián pero con una condición: el propio Adrián debería acompañar a Teodoro y ser en Canterbury su acompañante y asesor. Adrián aceptó la propuesta papal y partió con Teodoro para Inglaterra el año 668. Teodoro nombró a Adrián abad del monasterio de los Santos Pedro y Pablo, que posteriormente se llamaría de San Agustín. Ambos, Teodoro y Adrián, convertirían el monasterio en un centro de estudios sobresaliente, donde se enseñaba latín y griego, Escritura y Santos Padres, proporcionando así una cultura eclesiástica que hizo hábiles a muchos de los monjes del monasterio para que con el tiempo ocupasen numerosas sedes episcopales. Acudieron alumnos de toda Inglaterra y también de la vecina Irlanda. Pero Adrián no limitó los estudios a lo que pudiera llamarse estudios eclesiásticos: en Canterbury se cultivó la poesía, la astronomía y otras ciencias seculares.

Adrián estuvo siempre al lado de Teodoro en su afán por el progreso de la iglesia cantuariense, y se ha dicho con razón que no poco del estado floreciente que aquella iglesia alcanzó bajo Teodoro se debe a Adrián. Éste murió el día 9 de enero del año 710, siendo venerado como santo, al igual que Teodoro.

BEATO ANTONIO FATATI
Obispo († 1484)

Era natural de Ancona, y habiendo optado por el sacerdocio, se negó a ser un sacerdote instalado o mundano, como tantos de su tiempo. Ejerció con celo y piedad su cargo de canónigo arcipreste de la catedral de Ancona, y, habiéndolo conocido, el papa Nicolás V lo hizo su capellán mayor y lo nombró canónigo de San Pedro del Vaticano. Más tarde lo mandó a la Marca de Ancona, en donde ejerció los cargos de tesorero, gobernador y vicario papal. Y lo nombró obispo de Teramo.

Pío II le mostró el mismo aprecio que su antecesor, y en 1455 lo envió como obispo auxiliar de su sobrino Francisco, obispo entonces de Siena y años más tarde papa Pío III. Y en 1463 lo nombró obispo de Ancona, sede que conservaría hasta su muerte.

Cuando el papa Pío II quiso armar por sí mismo unas galeras para encabezar una cruzada, eligió el puerto de Ancona y allá se trasladó. El obispo Fatati acogió filialmente al papa en su palacio episcopal y lo atendió en todo cuanto pudo, falleciendo el papa en dicho palacio el 14 de agosto de 1464.

Los papas siguientes, Paulo II y Sixto IV, volvieron a mostrarle su aprecio, y le confiaron varias misiones que cumplió con su habitual entrega y disponibilidad. No se aprovechó de la amistad de los papas para medro personal: llevaba vida austera, piadosa, pobre, dando insigne testimonio de fidelidad al evangelio en tiempos tan poco propicios. Por ello a su muerte, el año 1484, lo rodeó enseguida la fama de santo, hasta que en 1795 la Iglesia confirmó el culto que se le da en la catedral de Ancona.

SANTAS ÁGUEDA YI Y TERESA KIM
Mártires († 1840)

La Iglesia de Corea, reciente y que apenas había tenido tiempo de madurar en la fe, dio, sin embargo, pruebas de estar firmemente arraigada en el corazón de sus fieles, pues tantos de

ellos, en medio de una pertinaz persecución, prefirieron dar la vida antes que abandonar la fe y salirse de la Iglesia.

Tal día como hoy, 9 de enero, del año 1840, fueron sacrificadas en Seúl, la capital de Corea, dos mujeres cristianas: una de ellas era virgen, se llamaba Águeda Yi, y le precedían en el camino del martirio sus propios padres, a quienes había visto morir por la fe sin que ello la desanimara de perseverar; y la otra era Teresa Kim, tía paterna del mártir San Andrés Kim, primer sacerdote nativo de Corea, y que igualmente coronaría su sacerdocio con el martirio. Teresa había estado casada pero para entonces ya era viuda.

Ambas mártires, acusadas y confesas de ser cristianas, fueron encerradas en la cárcel, donde sufrieron tormentos que las llenaron de heridas, sin que por ello su fortaleza se aminorara. Finalmente fueron decapitadas.

Las canonizó el papa Juan Pablo II el 6 de mayo de 1984 en la propia ciudad de Seúl, donde había tenido lugar su martirio.

BEATOS JOSÉ PAWLOWSKI Y CASIMIRO GRELEWSKI

Presbíteros y mártires († 1942)

El día 9 de enero de 1942 en el campo de concentración de Dachau fueron ahorcados estos dos santos sacerdotes polacos, que habían dado en su ministerio y en su prisión insigne testimonio de Cristo. El primero había nacido en Proszowice en 1890 y luego de conseguir grados en Innsbruck se ordenó sacerdote en 1913. Ejerció como profesor y luego como rector del seminario de Kielce, pasando luego de párroco a la catedral. El segundo había nacido en Dwikozy en 1907 y era sacerdote desde 1929. Destinado a la docencia, al llegar la guerra abrió un asilo para los muchos huérfanos que ésta produjo. Su trabajo con la juventud había sido admirable. Ambos pasaron por los campos de Auschwitz y Dachau, sobrellevando con gran fortaleza todas las privaciones. Fueron beatificados el 13 de junio de 1999.

10 de enero

A) MARTIROLOGIO

1. En Roma, en el cementerio de San Calixto, en la Vía Apia, San Melquiades († 314), papa **.
2. En la Tebaida, San Pablo (s. IV), primer ermitaño **.
3. En Nisa (Capadocia), San Gregorio († antes del 400), obispo, hermano de San Basilio Magno *.
4. En Jerusalén, San Juan († 417), obispo.
5. En Die (Francia), San Petronio († después del 463), obispo, antes monje de Lerins.
6. En Constantinopla, San Marciano († 471), presbítero.
7. En Limoges (Aquitania), San Valerio (s. VI), solitario.
8. En Mitilene (Armenia), San Domiciano († 602), obispo.
9. En Roma, San Agatón († 681), papa *.
10. En Vivarés (Francia), San Arconcio († 740), obispo.
11. En Cuxac, monasterio de los Pirineos, San Pedro Urséolo († 988), antiguo dux de Venecia y luego monje *.
12. En La Cava (Campania), Beato Benincasa († 1194), abad.
13. En Bourges (Aquitania), San Guillermo († 1209), obispo y anteriormente monje *.
14. En Amaranto (Portugal), Beato Gonzalo († 1259), presbítero, religioso dominico *.
15. En Arezzo (Toscana), Beato Gregorio X († 1276), papa, que convocó el Concilio II de Lyón **.
16. En Lorenzana, el Beato Gil († 1518), religioso franciscano *.
17. En Arequipa (Perú), Beata Ana de los Ángeles Monteagudo († 1686), virgen, monja dominica **.
18. En Perugia (Italia), Santa Francisca de Sales Leonia Aviat († 1914), virgen, fundadora de las Oblatas de San Francisco de Sales **.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

SAN PABLO

Primer ermitaño († ca.341)

La aparición de Pablo en el escenario de la vida puede compararse a la de un meteoro cuyo paso es señalado únicamente por medios potentes de captación. En su larga carrera mortal pasó San Pablo desapercibido a los ojos del común de los mortales, y sólo la mirada de águila de San Jerónimo logró captar los

destellos de virtud que irradiaba su personalidad desde las fragosidades del desierto de la Tebaida.

Pero hubo un tiempo en que este testimonio de San Jerónimo sobre la vida y virtudes de San Pablo se puso en tela de juicio, y se dudó incluso de la originalidad de su información sobre el santo ermitaño. En efecto, en nombre de la crítica histórica se lanzó la hipótesis de que el santo Doctor se inspiró en su obra en una versión griega anterior. El famoso padre Juan Bolando afirmó que la redacción latina jeronimiana no era original Amélineau encontró un texto copto de la vida de San Pablo conteniendo restos de una narración compuesta por un discípulo de San Antonio Abad y utilizada por San Jerónimo. Actualmente se admite que los escritos griegos en torno a la vida de San Pablo dependen del texto jeronimiano. De esta manera la crítica histórica, después de dimes y diretes, ha confirmado la solidez histórica de unos brevísimos datos que San Jerónimo ha recogido de fuentes autorizadas, para que sirvieran de ejemplo a los mortales que aspiran a una vida perfecta. Como San Antonio Abad encontró en San Atanasio un digno biógrafo, le fue dado también a San Pablo contar con la pluma autorizadísima de un gran doctor de la Iglesia.

Se cree que nació San Pablo hacia el año 228. Su casa natal apenas se diferenciaba de las de sus conciudadanos menos favorecidos por la fortuna, obradas con adobes de limo del Nilo, secados al sol. Sus padres eran ricos y hacendados. No sabemos cuáles eran las relaciones de la familia con los poderes de ocupación Desde hacía casi dos siglos Egipto había perdido su independencia para incorporarse, al igual que otros pueblos de África y Asia, al vasto Imperio romano. Las órdenes de los césares romanos cruzaban el mar y llegaban a Egipto a través de los funcionarios imperiales. Pero sucedía muchas veces que, a pesar de las promesas de los emperadores, y en contra de su voluntad, no se hacía justicia al pueblo que enviaba sus barcos cargados de víveres a la capital del Imperio y alimentaba a funcionarios y soldados estacionados en su suelo. La familia de Pablo estaba obligada, como cualquier otra, a pagar los gastos de las tropas de ocupación y a contribuir con su tributo al erario imperial.

La familia de Pablo era cristiana, pero no sabemos cuándo la fe de Cristo se adueñó de aquel hogar y en qué grado había arraigado en el corazón de los padres del santo ermitaño. Por largos años gozó el cristianismo de paz dentro del Imperio romano y gracias a la misma fueron muchos los cristianos que escalaron puestos de responsabilidad civil y militar. En Egipto la fe cristiana se instaló en primer lugar en las ciudades de la costa mediterránea y de allí fue remontando paulatinamente hacia el interior, creándose pequeñas comunidades cristianas junto a las riberas del Nilo e incluso en los oasis del desierto. Sin embargo, el favor de que gozaba la religión cristiana, el roce continuado con los paganos, la penuria de clero docto, los obstáculos naturales que entorpecían el contacto con la jerarquía eclesiástica fueron causa de que se cultivara una fe superficial, y de que reinara en algunos lugares cierto sincretismo religioso y de que la ignorancia en materias de religión fuera espantosa. Esta fe vacilante podía desaparecer tan pronto como soplaran los vientos de la persecución. Y ésta llegó con el emperador Decio.

En octubre del año 249 Decio quedó dueño absoluto del Imperio. Enardecido por un celo fanático, llegó al convencimiento de que la veneración de los dioses era la base para la prosperidad del Imperio romano. A los cristianos hacía responsables del divorcio existente entre los dioses.

En Egipto, como en otras partes, se exigió el cumplimiento escrupuloso del edicto imperial, ante el cual los cristianos reaccionaron diversamente. Como tónica general cabe señalar que los efectos del edicto fueron lamentables; el número de apóstatas sobrepujó toda previsión. Nunca la Iglesia tuvo que deplorar tanta defección. Unos renegaban de su fe públicamente, otros huían y se refugiaban en la clandestinidad. Familias, grupos enteros llegaban al cercano desierto. Individuos aislados se ocultaban en los bosques, en los cañaverales de los pantanos, en tumbas y en grutas, cuando no en la vivienda de algún pagano (Queffélec). Pero no faltaron quienes se mantuvieron valientes a pesar de las amenazas y suplicios a que se los sometía. Las recias y santas columnas de la Iglesia, dice Eusebio, fortalecidas por él y sacando de su probada fe una dignidad, vigor y potencia proporcionados, fueron admirables testimonios de su reina-

do. San Jerónimo, en su vida de San Pablo, primer ermitaño, cuenta el caso de un joven cristiano que, solicitado por una mujer de mala vida y no teniendo otros medios para deshacerse de ella, tuvo el arrojo de morder su lengua, partirla en dos y escupir uno de los pedazos sobre el rostro impúdico de la que le besaba.

La persecución de Decio decidió el rumbo que tomaría en el futuro la vida de San Pablo. Contaba a la sazón unos veinte años cumplidos. El edicto imperial le ponía en la alternativa de apostatar de su fe o de morir en defensa de la misma. Sus padres habían muerto y el joven vivía en compañía de una hermana casada. Además de una rica hacienda, sus padres le dejaron en herencia una educación refinada y una cultura humanística que abarcaba el conocimiento perfecto de las letras griegas y egipcias. Si renegaba de Cristo, podía seguir al frente de sus propiedades y disfrutar de una vida apacible en el hogar; pero si decidía perseverar en la fe debía afrontar los males que caerían sobre él, incluso la muerte.

Imitando el ejemplo de muchos de sus conciudadanos también cristianos, tomó la decisión de ausentarse del pueblo natal por algún tiempo, esperando a que cediera la vehemencia de la persecución. Poniendo en práctica sus proyectos se marchó a un pueblo lejano, con la esperanza de pasar allí totalmente desapercibido. Pero fallaron sus cálculos, por cuanto su cuñado, que debía velar por la vida de Pablo, le amenazó con delatarle a la autoridad. ¿Era o no cristiano el cuñado? ¿Había acaso renegado de la fe y quería vengarse ahora de un valiente soldado de Cristo que le confundía con su ejemplo? ¿Fue el interés el móvil que empujó al cuñado a perseguir a Pablo? No lo sabemos. De nada sirvieron los ruegos y las lágrimas de la hermana; tampoco los lazos de la sangre fueron capaces de ablandar el corazón del cuñado. Puesto Pablo al corriente de las maquinaciones de aquél, marchóse a unos montes desiertos esperando a que amainara el temporal desencadenado por Decio contra los cristianos.

También en esta ocasión se frustraron las esperanzas de Pablo, por cuanto, a la muerte de Decio, sucedióle Valeriano, aclamado emperador por sus tropas el año 253. Favorable en un

tiempo a los cristianos, no tardó mucho en convertirse en perseguidor de los mismos. Por su edicto del otoño del año 257 amenazó con pena de muerte a los que asistieran a reuniones sagradas y visitaran los cementerios, exigiendo, además, a todos el reconocimiento del culto oficial del Imperio romano. De vez en cuando regresaba Pablo al poblado en busca de provisiones y para informarse de la marcha de los acontecimientos político-religiosos del Imperio, y otras tantas veces debía internarse en la inmensidad del desierto.

En una de las ocasiones en que volvía a su guarida, adentrándose hasta el mismo corazón del desierto, tropezó con un monte pedregoso en cuya falda divisó la entrada a una caverna medio obstruida por una grande piedra. Movido por la curiosidad penetró dentro de la cavidad y se halló frente a un vestíbulo espacioso, a cielo abierto, cubierto por las ramas de una vieja palmera. Divisó asimismo allí un manantial de aguas purísimas que tras de un brevísimo curso desaparecían en el suelo. Por la pendiente del monte existían otras muchas cuevas más pequeñas dentro de las cuales había restos de yunques, martillos y otros instrumentos que sirvieron, en los tiempos de Antonio y Cleopatra, para acuñar moneda.

Prendóse Pablo de aquel lugar y decidió instalarse allí para siempre. La palmera se encargaría de suministrarle los alimentos que hasta entonces traía de su casa con peligro de su vida; el agua del manantial apagaría su sed. El desierto, que había sido para él más humano que sus hermanos los hombres, continuaría protegiéndole de las emboscadas de los enemigos de su fe. El mundo quedaba lejos y únicamente la carne y el demonio le siguieron hasta su escondite, amenazando de continuo la paz de su alma. Pero no era el desierto de la Tebaida un feudo de los espíritus diabólicos, porque también allí imperaba Dios sobre ellos. En otro tiempo, el demonio asmoneo huyó al Egipto superior, donde fue atado por un ángel (Tob 8,3). Los babilonios y los antiguos pueblos árabes creían ciegamente que el desierto estaba poblado por *Djins,* o sea, espíritus diabólicos. Estos seres, según ellos, visitaban los lugares habitados en otro tiempo y los cementerios. En todas partes se les podía encontrar, al roturar un campo, al excavar un pozo, al levantar una casa o una

choza. Ellos se encarnan en los animales salvajes, en las aves de rapiña, serpientes, lagartos, etc. A veces se aparecen bajo el aspecto de seres híbridos, cubiertos de pelo. Según San Jerónimo, cuando Antonio abad caminaba por el desierto en busca de un ermitaño misterioso de que se le había hablado en una visión, tropezó con hipocentauros, de aspecto terrible y repugnante, pero inofensivos para todo hombre que sirviera a Dios fielmente. A ellos se juntó el coro de otros monstruos «que los gentiles llaman sátiros», cuya misión era atemorizar a Antonio y obligarle a que regresara a su monasterio. Ya antes San Antonio tuvo que mantener una prolongada y descomunal lucha contra tales monstruos, encarnación del diablo.

Por otra parte, el Dios de Israel asentó su morada visible en el desierto del Sinaí y atrajo a aquel lugar a su pueblo predilecto con el fin de hablarle allí confidencialmente al corazón. El contacto con la civilización de Egipto y de Canaán había contribuido a su progreso técnico y material, pero había enfriado el espíritu. Israel fue adoctrinado directamente por Dios en la soledad del desierto (Os 2,16) y nunca, en el curso de su historia, olvidó totalmente estos cursos catequísticos divinos. Los profetas recuerdan con nostalgia los días de la peregrinación de Israel por el desierto, días en que se celebraron sus desposorios con Yahvé.

Como hemos visto, en el desierto montan guardia los ángeles, prontos a encadenar al demonio y a servir a los que triunfan de él en el combate. San Pablo sabía que además de la compañía de animales salvajes y aves de rapiña, podía contar con la de los ángeles, invisibles a su vista, pero muy cercanos a su persona, atentos siempre a protegerle contra las potestades tenebrosas y listos para presentar al trono de Dios los méritos acumulados con sus penitencias y oraciones. Con él estaba Dios, que trabajaba a su gusto el corazón de Pablo. Nunca sabremos lo que Pablo y Dios se dijeron en la intimidad del desierto; pero aquellos prolongados coloquios de corazón a corazón llevaron al ermitaño a la cima de la santidad.

Pasaron los años. Pablo se arrastraba penosamente encorvado por el peso de sus ciento trece años. Hacía unos noventa que había muerto al mundo y pensaba morir sin volver a ver el ros-

tro de un ser humano. Cualquier día su corazón dejaría de latir; sus carnes se pudrirían en el fondo de la cueva o serían pasto de animales y aves de rapiña. Unos huesos descarnados legarían a la posteridad el recuerdo del paso de un hombre mortal en el corazón del desierto de la Tebaida. San Pablo, en este supuesto, habría vivido para sí, desconocido, sin dejar rastro de su paso por el mundo. Pero no quiso Dios que quedaran bajo el celemín los ejemplos de su larga vida de penitencias y abnegaciones y, por lo mismo, aprovechó la coyuntura de que, al asaltar a otro viejo ermitaño el pensamiento de que no había en el desierto otro monje que le igualara en santidad, le reveló en sueños que en las honduras del desierto vivía uno mucho más perfecto que él, dándole el encargo de visitarle.

El abad Antonio esperó a que amaneciera para emprender el viaje en busca de su émulo. Con un nudoso bastón en sus manos emprendió de madrugada su viaje hacia un lugar desconocido. Contaba entonces noventa años de edad. Anduvo toda la mañana. Llegado el mediodía sin avistar huella humana alguna, se decía: «Espero que Dios me enviará al lugar donde mora su consiervo de que me habló en la visión».

Refiere San Jerónimo que el intrépido viajero tropezó en pleno desierto con monstruos que trataban de atajarle. Pero San Antonio no se arredró por cuanto sabía que el diablo tomaba tales apariencias monstruosas furioso de ver a su viejo enemigo pasearse por el desierto. Dos días y dos noches siguió andando, guiado solamente por inspiración divina. Pero he aquí que entre dos luces divisó cómo una loba sedienta corría hacia el pie de un monte. San Antonio siguió con la vista los pasos de la fiera, y cuando ésta hubo desaparecido en el anchuroso desierto, se acercó al lugar, oteó en el interior de la cueva, todavía envuelta en tinieblas, avanzó cuidadosamente, reteniendo el aliento y aplicando el oído para captar cualquier ruido proveniente del interior. Acostumbrados sus ojos a la oscuridad, trató de acelerar el paso cuando, inopinadamente, tropezaron sus pies con una piedra. Al oír aquel estrépito, el ermitaño, temiendo acaso que una fiera se introdujera en su guarida, se abalanzó hacia la entrada y la taponó con una grande piedra.

Descorazonado Antonio ante aquel inesperado recibimiento, se acurrucó junto a la puerta pidiendo insistentemente y durante largas horas que le franqueara la entrada, diciendo:

> «Sabes quien soy y de donde vengo Bien se que no soy digno de aparecer ante tu presencia, pero no me volvere hasta haberte visto Tu que recibes a las bestias del campo, ¿por que rehusas conceder audiencia a un hombre? Busque anhelosamente tu morada y di con ella, ahora llamo para que me llames Si no alcanzo lo que deseo morire en el umbral de tu mansion y tendras que sacarme de aqui cadáver»

Por fin, el huraño ermitaño, sonriente, abrió la puerta y se echó en brazos de Antonio, saludándose los dos, sin haberse conocido antes, con sus respectivos nombres, y ambos dieron gracias a Dios. Repuesto Pablo de la emoción primera, se desató su lengua, diciendo: «He aquí al que buscaste con tantos afanes, estropeado por los años y en vísperas de que sus carnes sean pasto de los gusanos». De repente cambió el tono jeremíaco de su voz y abrumó a Antonio con preguntas relacionadas con el mundo que había abandonado hacía años: «¿Cómo va el mundo? ¿Se levantan nuevas construcciones en las viejas ciudades? ¿Cuál es el imperio que rige el mundo? ¿Quedan todavía individuos víctimas de los engaños diabólicos?». Muchas otras preguntas dirigió Pablo a su huésped, a las que éste contestaba complaciente.

El emocionante encuentro y el coloquio que le siguió habían hecho olvidar a los dos ancianos la comida material, pero no los había desamparado Dios, ya que todavía enzarzados en animada conversación, vieron que revoloteaba un cuervo sobre sus cabezas llevando un pan prendido de su pico, que depositó luego a los pies de los dos ermitaños Ante la extrañeza de Antonio, díjole el ermitaño Pablo: «He aquí que el misericordioso Dios nos envía la comida. Por espacio de sesenta y más años me enviaba por el mismo recadero medio pan, pero con tu llegada se ha duplicado la ración». Los dos, según San Jerónimo, dieron gracias a Dios y se sentaron cabe el manantial de aguas cristalinas Pero se entabló una amigable discusión sobre quién de los dos partiría el pan, prolongándose la misma hasta la noche. Alegaba Pablo el privilegio de la hospitalidad, Antonio oponía el de la edad Decidieron por fin tomar cada cual el pan

por una parte, tirando hacia sí y reservándose el trozo que les quedara en la mano. Después, inclinados sobre el arroyo, bebieron un poco de agua, ofreciendo a Dios un sacrificio de alabanzas y pasaron la noche velando (Queffélec).

Un nuevo día amaneció en el desierto y con él un cambio de tono en el diálogo entre Antonio y Pablo. Sabía éste que sus días tocaban al fin y quiso aprovechar la presencia de su amigo para disponer su sepultura. «Ha llegado el momento tan deseado, dijo Pablo, de despojarme de este cuerpo de carne para ir a recibir de manos de mi Dios la corona de justicia. A ti te ha enviado Dios para que cubras mi cuerpo con tierra, o mejor, para que entierres lo que es tierra». Al oír Antonio aquellas palabras rompió en llanto, rogando entre sollozos a Pablo que le llevara consigo en el viaje hacia la eternidad. «No, contestó Pablo, porque tus hermanos necesitan todavía de tu ejemplo». Te ruego ahora, si no te es molesto, que vayas a tu monasterio y traigas el manto que te legó el obispo Atanasio, para envolver con él mi cadáver. Se admiró Antonio de que Pablo supiera lo del manto de Atanasio, infiriendo de ello que Dios se lo había revelado. Viendo, pues, que Pablo era un gran siervo de Dios, bajó la cabeza y marchó a su monasterio en busca del mencionado manto. Le era igual a Pablo, comenta San Jerónimo, que su cuerpo se pudriera estando al descubierto u oculto bajo una prenda de vestir; lo que pretendía con lo del palio era ahorrar a Antonio el dolor de verle morir.

Antes de llegar al monasterio saliéronle al encuentro dos monjes, quienes, admirados, le preguntaron dónde había estado tanto tiempo. El Santo no supo decir otra cosa que el haber encontrado en pleno desierto a un santo en comparación del cual era él un pecador. Dicho esto entró rápido en el monasterio y, sin probar alimento, salió de nuevo en dirección al desierto, acelerando su paso por miedo a que, en su ausencia, entregara Pablo su alma a Dios. Sus temores cumpliéronse desgraciadamente, por cuanto, faltando todavía unas tres horas para llegar a la meta, vio una visión, el alma resplandeciente de Pablo entre los coros de los santos. Antonio postró su rostro en tierra, quejándose dulcemente con estas palabras: «¿Por qué me abandonas, Pablo? ¿Por qué te vas sin decirme adiós? ¡Tan tarde te conocí y tan pronto te perdí!».

Refería más tarde San Antonio que, vencida la primera impresión, se incorporó de nuevo y emprendió veloz marcha hacia la cueva de Pablo. Entrando dentro de la cavidad encontró al Santo postrado de rodillas, la frente alta, extendidos los brazos hacia lo alto y el cuerpo exánime. Creyó al primer momento que estaba en oración, pero al no oírle ningún suspiro convencióse de que su amigo había traspasado los umbrales de la eternidad.

Antonio amortajó el cuerpo de Pablo con el palio de San Atanasio. Pero, llegado el momento de darle sepultura, no encontró a mano instrumento alguno para cavar la fosa. ¿Qué hacer? Ir al monasterio en su busca era imposible por la distancia del trayecto, calculado en cuatro días de viaje, dos de ida y otros dos de vuelta. Entonces se le escaparon las palabras: «Moriré, Señor, junto a tu siervo Pablo». Ocupado en estos pensamientos, vio surgir de las profundidades del desierto a dos leones que con paso veloz avanzaban en dirección a él. Durante unos momentos sintió la sensación del miedo, pero pronto se repuso al ver que, una vez junto al cadáver de Pablo, movían los leones suavemente sus colas y lanzaban al aire dolorosos quejidos, asociándose, a su manera, al dolor que embargaba el corazón de Antonio. Luego empezaron ambos a excavar la tierra con sus garras hasta abrir una zanja capaz de contener el cadáver de un hombre. Terminada aquella tarea se acercaron a Antonio cabizbajos, lamiendo sus manos y pies y esperando a que les diera su bendición y autorización para regresar a sus antros.

Antonio perdía a un amigo y la humanidad un santo. Transido de dolor su corazón, ejerció para con su amigo Pablo la obra de caridad de enterrar su cadáver. Una vez terminada la lúgubre ceremonia resolvió Antonio regresar a su monasterio. Como recuerdo inolvidable cargó con la túnica tejida con hojas de palmera que usaba Pablo para cubrir sus desnudeces y que usó Antonio en lo venidero en las solemnidades de Pascua y Pentecostés.

San Jerónimo acaba la vida de Pablo con las palabras: «Si el Señor me diera a escoger, no titubearía en elegir la túnica de Pablo con sus méritos, más que las púrpuras de los reyes con sus penas».

A San Jerónimo debemos los pocos datos históricos sobre la vida y virtudes de San Pablo, del cual dice que fue en realidad el creador del monaquismo. Es posible que San Jerónimo al escribir la vida de Pablo diera en algunas cosas rienda suelta a su imaginación, tratando de embellecer con descripciones poéticas los datos escuetos de la historia. No es posible trazar una línea divisoria entre la leyenda y la historia, pero podemos decir que no ha inventado Jerónimo a Pablo el ermitaño ni su túnica de hojas de palmera. Que entre Antonio y Pablo haya habido contactos es más que posible; como lo es que ambos hayan alabado conjuntamente a Dios en el corazón del desierto, y que ambos compartieran allí el pan de la caridad, cualquiera que fuera su procedencia. Lo cierto es que Pablo, con una vida callada en las inmensidades del desierto, ha influido en el ánimo de muchos que han buscado a Dios en la soledad y se han santificado en una atmósfera de silencio y de olvido total del mundo, atentos solamente a la voz del Maestro divino, que habla al corazón.

LUIS ARNALDICH, OFM

Bibliografía

DIDEZ, J., *Deux versions grecques inédites de la vie de Paul de Thèbes* (Gante 1900).
DECKER, J. DE, *Contribution à l'étude des Vies de Saint Paul de Thèbes* (Gante 1905).
D'ORLEANS, CH., *Les saints d'Égypte* (París 1923).
JERONIMO, SAN, *Vita Sancti Pauli primi eremitae*· PL 23,18s. Ed. en *Act. SS. Boll.*, 10 enero. Ed. ROSWEYDE, en PL 73,105s.
NAU, F., «Le texte original de la vie de saint Paul de Thèbes»: *Anal. Boll.* 20 (1901) 120s.
QUEFFELEC, Y , *San Antonio del Desierto* (Barcelona 1958).

SAN MELQUIADES
Papa († 314)

El pontificado de San Melquiades dura tres o cuatro años de extraordinaria intensidad. Marca el fin de la era de las persecuciones y el comienzo de la era de la paz. Vivió nuestro Santo la tragedia de la persecución de Diocleciano con su cortejo de católicos decididos, de miedosos e indecisos, con sus numerosísimos mártires y los no infrecuentes apóstatas. Subió al Pontificado al quebrar en Occidente los albores de la deseada paz reli-

giosa. Vivió la alegría de los edictos de tolerancia y de paridad de la Iglesia con el conjunto de las religiones paganas. Vio triunfar en 311 el lábaro de Constantino. A él le tocó tener los primeros contactos al aire libre con la casa imperial. Durante su pontificado el Estado comenzó a construir a sus expensas y dio los primeros inmuebles a la Iglesia. El palacio de Letrán, bien personal de la emperatriz Fausta, fue entregado al Pontífice como residencia papal. Allí comenzó a construirse en sus mismos días la primera iglesia de Letrán, reproducción en su arquitectura de las basílicas profanas.

Durante su gobierno fueron llamados a Roma desde Córdoba y Nicomedia el español Osio y el africano Lactancio. Lactancio acababa de publicar su famoso libro *De la muerte de los perseguidores.* En él la filosofía se hace historia, y ésta teología, y se afirma de manera rotunda la intención de Dios en el devenir de la historia. Su cometido en Roma era de enorme trascendencia: la formación cristiana del hijo mayor del emperador. Osio de Córdoba, con las huellas del martirio grabadas en su carne, llegó a la corte como consultor de Constantino Pronto aparecieron las primeras leyes concebidas en cristiano.

Así al papa San Melquiades o Milcíades le tocó pasar de Pontífice de la persecución a la protección legal, de la enemiga política hacia la Iglesia a la amistad imperial. Le religión cristiana pasó a ser una de las religiones reconocidas y protegidas por el Estado romano. El papa Melquiades tiene que cambiar el frente de sus preocupaciones y trabajos: de una actuación fundamentalmente pastoral, que miraba principalmente a los mártires, a los libeláticos y *traditores* de los libros sagrados, pasa a desarrollar una actividad más amplia y no menos fecunda. A veces tiene que afirmar su autoridad e independencia frente a la política imperial.

San Melquiades lleva en su cuerpo las huellas profundas y dolientes de la persecución. Como su contemporáneo Osio, no murió en el martirio, pero la Iglesia le honra como mártir. En las catacumbas de San Calixto hay una cripta doble, no lejos de la capilla de los Papas, en la que se cree que estuvo su tumba. El nombre de nuestro Papa figura entre los papas mártires y confesores colocados en el cementerio de Calixto en espera del sol de la resurrección.

Desde esta lejanía de dieciséis siglos nos es grato, como hombres y como cristianos, recorrer los pasos que llevaron a la Iglesia al triunfo y a la paz. No pasó la Iglesia católica de repente de la situación de perseguida a la de reconocida y protegida por la ley, ni a la de favorecida abiertamente de los últimos días de Constantino. Era imposible un cambio repentino tan radical, teniendo en cuenta las estructuras paganas de la cultura, de la política y de la economía.

El primer paso fue el famoso edicto de tolerancia, que hoy llamaríamos de libertad de conciencia y de cultos, publicado en abril de 311 por Galerio Constantino y Licinio. Es un decreto extraño a nuestros ojos. Su introducción podía ser perfectamente la de una ley persecutoria. En su parte dispositiva, de corte totalmente moderno, concede a los cristianos libertad de culto, con tal de que no trastornen el orden público. La motivación merecería ser considerada por muchos estadistas europeos actuales.

> «Entre las medidas que tomamos para el bien y utilidad del Estado, habíamos querido ya hace tiempo corregir todas las cosas según las leyes antiguas y la disciplina tradicional de los romanos, y proveer en particular que los cristianos que habían abandonado la religión de sus padres volviesen al buen consejo. Pero fue tan mala la voluntad y tal la locura que prendió en ellos que no seguían las antiguas instituciones que sus padres habían fundado [...] Y como la mayor parte de los cristianos perseverase en su obstinación y viésemos nosotros que ellos no daban a los dioses el culto debido, ni, por otra parte, podrían adorar debidamente al Dios de los cristianos, atendiendo a nuestra extrema clemencia y a la costumbre que tenemos permanente de otorgar perdón a todos los hombres, nos hemos creído en el deber de extender a ellos nuestra generosa indulgencia y *conceder que existan cristianos y restablezcan sus reuniones con tal de que no hagan nada contra el orden.* En otra carta significamos a los magistrados la conducta que deben seguir. A tono con nuestra indulgencia, ellos deberán orar a su Dios por nuestra salud, por la del Estado y por la suya para que en todas partes la República goce de prosperidad y ellos puedan vivir con seguridad en sus hogares».

Tal es el texto del decreto de tolerancia según referencia de Lactancio. Es el reconocimiento de los cristianos a existir y a practicar libremente su culto, el reconocimiento de la libertad de conciencia y de culto, la capitulación definitiva del paganismo.

Desde entonces, y sobre todo desde la derrota de Majencio en 312, Constantino comenzó una nueva política religiosa. Aquel mismo año ordenó a Maximino Gaya que cesase la persecución en el Oriente, y a los gobernadores dependientes de su poder mandó instrucciones formales para restituir a las iglesias los bienes que les habían sido confiscados. Concede en 313 al clero católico la exención de los *munera civilia* (leyes de 21-31 de octubre) y se muestra espléndido con la Iglesia en restituirla los bienes robados y en ayudarla. De la persecución o de la indiferencia tolerada pasó la Iglesia a gozar primero del favor de la ley y después de la generosidad excepcional del emperador. En 313 se reúne Licinio con Constantino en Milán. De allí salió el famoso decreto de Licinio, dando a la Iglesia paz en el Oriente, y el todavía más conocido y discutido decreto de Milán. Eran las consecuencias de la batalla del puente Milvio y de los anagramas grabados aquel día en los escudos de los soldados del ejército de Constantino. Después vinieron las construcciones de las grandes basílicas: San Pedro, San Lorenzo Extramuros, San Salvador de Letrán, San Pablo. El último paso fue el comienzo de la legislación en cristiano y la batalla dada al paganismo en tiempos del papa Silvestre I. La emoción de la lucha Constantino-Majencio y de estos primeros pasos de la Iglesia al aire libre fue del papa Melquiades.

¿Que parte tomó el Santo en este cambio? Nada podemos sacar claro de la *Historia* de Eusebio ni de las obras de Lactancio. Batiffol, siguiendo a Caspar, señala la extraña desproporción en Constantino entre su magnificencia con la Iglesia y la escasa importancia que concede al Papa en su política eclesiástica. Pero él, como obispo de Roma, fue protagonista oculto y feliz de aquellos días de gloria. La actitud de Constantino era explicable. Pensaba aún con categorías paganas. Y en la Roma pagana el emperador era a la vez la suprema autoridad religiosa, el pontífice máximo.

A San Melquiades le tocó dar los primeros pasos contra el donatismo. El donatismo canalizó el sentido rigorista que latía en muchos cristianos. Quedaban numerosas y profundas llagas de la última persecución y los «puritanos» abundaban. El donatismo, como modo de vivir un cristianismo riguroso y sin mise-

ricordia, era grave problema de la cristiandad. Donato, apasionado y agitador de masas, lo aprovechó con fina sagacidad, levantó tempestades de agitación religiosa en el norte de África y acudió al emperador. San Melquiades convocó un sínodo en el palacio de Letrán de tres días de duración, en el que fueron condenados los donatistas, si bien la paz no se produjo hasta casi dos siglos más tarde.

Tal es en síntesis la actuación de gobierno de San Melquiades, papa, africano de nacimiento, según el *Liber pontificalis.* Fue papa de persecución y de triunfo, de dolor y de alegría, de catacumba y de palacio de Letrán, de cripta y de comienzo de construcción de las grandes basílicas romanas. Y todo en el breve espacio de tres o cuatro años. Durante su pontificado venció Constantino a Majencio, salió el edicto de tolerancia antes transcrito y después el de Milán. En la lucha contra el donatismo convocó y presidió el sínodo romano de 313, que condenó a Donato y declaró libre a Ceciliano. Recibió en donación el palacio de Letrán y probablemente asistió a poner la primera piedra de la catedral de la cristiandad. El *Liber pontificalis* le atribuye un decreto sobre el ayuno. El Pseudo-Isidoro coloca dos falsas decretales bajo su nombre. Fue enterrado en las catacumbas de San Calixto.

MELQUIADES ANDRÉS MARTÍN

Bibliografía

DELEHAYE, H., *Commentarium martyrologii hieronymiani* (Bruselas 1931) 34, 348, 643.
DUCHESNE, L. (ed.), *Liber pontificalis,* o.c., I p.CCXLIX.10.168.169.
EUSEBIO, *Hist. eccl.,* l.10 c.5.18-20.
FLICHE, A.-MARTIN, V. (dirs.), *Histoire de l'Église* (París) t.II p.472, t.III p.45.
LECLERCQ, H.-CABROL, F. (eds), *Dictionnaire d'archéologie chrétienne et de liturgie,* XI (París 1924-1953) 1199-1203.

BEATO GREGORIO X
Papa († 1276)

El papa Beato Gregorio X (1271-1276) es uno de los Romanos Pontífices más insignes del siglo XIII que constituye el apogeo de la Iglesia medieval. Con Inocencio III (1198-1216) se

puede decir que la Iglesia y el Pontificado llegaron al cenit de su prestigio y significación, siendo los papas verdaderos árbitros de las coronas de los reyes, y los motivos religiosos los que guiaban en sus empresas a los hombres más eminentes del tiempo. En este estado de florecimiento religioso continuó la sociedad europea a través de todo el siglo XIII. Entre sus principales manifestaciones podemos notar el gran esplendor de las universidades y estudios medievales, en París, Oxford, Bolonia, Salamanca y otros importantes centros, y con figuras tan prominentes como Alejandro de Hales y San Buenaventura, San Alberto Magno y Santo Tomás de Aquino. Lo mismo podríamos decir del gran apogeo del arte religioso, que nos presenta las grandes catedrales góticas de París, Reims, Chartres y Amiens, Milán, Burgos, León y Toledo, por no citar más que las principales.

Pues bien, el gran mérito de Gregorio X estriba en haber sabido mantener este prestigio extraordinario de la Iglesia en un tiempo en que, debido a una serie de dificultades, existió un gravísimo y persistente peligro de decadencia eclesiástica. Sus extraordinarias cualidades naturales y, sobre todo, el esfuerzo de su virtud y espíritu eclesiástico fueron los que realizaron una obra tan trascendental para la Iglesia.

Llamábase Teobaldo Visconti y pertenecía a una ilustre familia italiana. Nacido en Piacenza en 1210, distinguióse desde sus primeros años por su aplicación y constancia en el estudio, que fue coronado con extraordinarios éxitos. Dedicóse de un modo especial al Derecho canónico, que cultivó en Italia y, más tarde, en París, donde tanto florecían a la sazón los estudios escolásticos. Pero, a la par que en sus estudios, brilló particularmente por el temple de su virtud y por su espíritu eminentemente eclesiástico. Por esto, ya en estos primeros tiempos, se mostraba siempre dispuesto a toda clase de sacrificios que el servicio de Dios le exigiera, y no había dificultad capaz de detenerlo en las empresas que juzgaba de la gloria de Dios.

Conociendo sus superiores eclesiásticos la extraordinaria erudición, relevantes cualidades y profunda virtud que lo distinguían, nombráronlo, primero, canónigo de Lyón, y poco después archidiácono de Lieja. Más aún. Inocencio IV (1243-1254)

le ofreció el obispado de Piacenza; pero él renunció a tan elevado honor. Sin embargo, sus cualidades naturales y el temple de su virtud se pusieron cada vez más de manifiesto. Durante el Concilio I de Lyón, que fue el XIII ecuménico, fue celebrado por Inocencio IV y significa uno de los momentos cumbres de la Iglesia en el siglo XIII, el arzobispo de Lieja quiso tenerle a su lado como acreditado canonista. Poco después, siendo archidiácono de Lieja, y mientras pasaba algunas temporadas en París, dedicado a profundizar en los estudios canónicos, San Luis, rey de Francia, le dio testimonios de muy particular veneración. Más aún. El cardenal Ottoboni tomó consigo a Teobaldo, de cuya virtud y prestigio se sirvió en su legación a Inglaterra.

De esta manera Teobaldo Visconti se fue preparando para las grandes empresas para las que Dios lo destinaba. Apenas terminada esta legación, recibió del Papa la orden de predicar la cruzada por la reconquista de Tierra Santa, con lo que comenzó a entusiasmarse por uno de los problemas que más debían preocuparlo en lo sucesivo. Entregóse, pues, de lleno a esta gran empresa, y, para poder realizarla, procuró establecer la unión y buena inteligencia entre los príncipes cristianos, y tanto llegó a entusiasmarse con este ideal, que se dirigió a Palestina con el objeto de consolar y alentar a los caballeros cruzados, a cuya cabeza se hallaba entonces el príncipe Eduardo de Inglaterra. Fueron innumerables los sufrimientos que tuvo que arrostrar en esta peligrosa peregrinación y en la realización de su empresa; pero su alma de apóstol y su eximia caridad le comunicaban fuerzas para todo.

Hallábase, pues, en Ptolemaida, entregado en cuerpo y alma a obra tan sacrificada y apostólica, cuando recibió la noticia de haber sido elegido como Papa el primero de septiembre de 1271. En efecto, a la muerte de Clemente IV en 1268, después de tres años enteros de sede vacante, debido a las enormes dificultades y a la gran desunión reinante, los cardenales no habían podido entenderse para la elección del nuevo Papa, hasta que al fin pusieron los ojos en Teobaldo Visconti, simple archidiácono de Lieja y ausente entonces en Palestina, cuyas relevantes cualidades y eximia virtud les eran bien conocidas, y convinieron en su elevación al solio pontificio. En realidad era la mejor elec-

ción que pudieron haber realizado. Al recibir tan inesperada noticia, Teobaldo aceptó la pesada carga que Dios le imponía, tomó el nombre de Gregorio X y se dispuso a volver a Italia.

Naturalmente, los cristianos de Tierra Santa, aunque sentían la partida de tan eminente apóstol, experimentaron una satisfacción inmensa, con la seguridad de que el nuevo Papa les enviaría los socorros que tanto se necesitaban. Él mismo, según se refiere, al despedirse del Oriente, terminó su emocionante alocución con estas palabras: «Que mi lengua se pegue a mi paladar, si yo no pongo a Jerusalén a la cabeza de todas mis alegrías».

Llegado a Roma en marzo de 1272, recibió la Orden del presbiterado, pues era únicamente diácono: luego fue consagrado obispo y coronado como Papa el 27 del mismo mes. Como era de suponer, su ideal desde un principio fue enviar el socorro necesario a los cristianos de Tierra Santa y renovar la cruzada para su definitiva liberación. En realidad se puede decir que en él revivió por algún tiempo el espíritu de cruzada. Por esto se dirigió rápidamente por medio de una célebre carta al rey Felipe de Francia, hijo de San Luis.

Esta idea de cruzada iba en él íntimamente unida con el más intenso esfuerzo por la unión con los griegos, quienes pocos años antes (en 1261), con la reconquista de Constantinopla, habían puesto término al imperio latino oriental; pero en aquellas circunstancias eran favorables a la unión. Es cierto que su emperador, Miguel Paleólogo, se movía a ello más bien por motivos políticos, pues suponía con buen fundamento que esta unión apartaría a Carlos de Anjou de sus peligrosos planes de conquista en el Oriente a costa de los griegos; pero, de todos modos, la voluntad de unión existía en los orientales, y Gregorio X trató de aprovechar en sus planes de cruzada y de unificación general de la Iglesia.

Penetrado, pues, de esta idea, y con el objeto de promover juntamente en la Iglesia occidental la paz y la reforma de costumbres, dirigió una importante carta a los obispos de toda la cristiandad, anunciándoles la celebración de un concilio ecuménico que debería abrirse en mayo de 1274. Hecho esto, dedicóse con infatigable celo a la preparación de tan importante asamblea.

Como primer paso para su realización, puso el Papa todo su empeño en la pacificación de los espíritus en toda la Europa cristiana. Así, trabajó intensamente para apaciguar los pueblos del norte de Italia, ensangrentados entonces por las luchas entre los güelfos y gibelinos. Por otra parte, introdujo en muchas partes medidas de reforma y, sobre todo, en medio de la división existente en Alemania sobre la sucesión al imperio, dirigió en octubre de 1273 una exhortación a los príncipes electores para que procedieran a la elección, y al recaer ésta sobre Rodolfo de Habsburgo, el Papa lo reconoció solemnemente.

En lo tocante a la preparación inmediata del gran concilio que debía reunirse en Lyón, invitó a los más célebres teólogos a presentar sus observaciones sobre el estado de la Iglesia. Creó cardenales al dominico Pedro de Tarantasia y a San Buenaventura; invitó al más célebre de los teólogos de su tiempo, Santo Tomás de Aquino, quien murió mientras se dirigía al concilio. Finalmente, partió el Papa desde Orvieto, y a su llegada a Lyón recibió la visita del rey de Francia, quien le entregó definitivamente el condado del Venaissin.

Finalmente, el 7 de mayo de 1274 se pudo celebrar en la catedral de San Juan la primera sesión del concilio II de Lyón y XIV ecuménico, en presencia del rey Juan I de Aragón, unos quinientos obispos y gran número de abades, así como también los representantes de algunos príncipes seculares. Con su sermón, basado sobre el texto «Desiderio desideravi...», el mismo Papa, que lo presidía, dio comienzo al concilio, en el que propuso con toda claridad los tres fines que en él se pretendían: ayuda a Tierra Santa, unión con los griegos y reforma de la Iglesia.

Dios premió los innumerables trabajos que Gregorio X realizó en aquella memorable empresa. Es cierto que, por la antipatía existente entre los orientales y los occidentales, la cuestión de la unión era poco popular entre los griegos, quienes le hicieron la mayor oposición; pero al fin se impusieron sus partidarios. El 24 de junio se presentaron en Lyón los representantes del emperador bizantino, Miguel Paleólogo, y tras difíciles discusiones, en la sesión IV del 6 de julio, se proclamó la unión. Los griegos reconocieron el Primado de Roma y admitieron la fórmula del «Filioque». En cambio se les concedió poder con-

servar el símbolo usado desde antiguo en sus iglesias, así como también sus antiguos ritos. A la cabeza de los partidarios decididos de la unión estaba el nuevo patriarca Juan Bekkos. Aunque sincera, esta unión fue muy poco duradera. Según se refiere, Gregorio X, que tanto amaba a la Iglesia griega, derramó lágrimas de alegría al ver realizada la unión.

Por lo que se refiere a los demás objetivos del concilio, decretóse destinar a la cruzada durante seis años los diezmos de la Iglesia; pero, no obstante los abnegados esfuerzos del santo Pontífice, la cruzada no llegó a realizarse. Por otra parte, ya en la sesión segunda, se proclamaron varios principios dogmáticos, y en la tercera, algunos decretos disciplinares en orden a la reforma eclesiástica. Entre tanto, antes de la sesión quinta del 16 de julio, murió San Buenaventura en el mismo concilio. El Papa asistió a sus funerales, celebrados en la iglesia de los franciscanos de Lyón. Luego, con el objeto de evitar la repetición de una sede vacante de tres años, como la anterior, publicó Gregorio X la constitución *Ubi periculum,* por la que se introducía el sistema del *conclave,* en el que los electores quedaban encerrados hasta que se verificaba la elección. Mas, como se tomaban ciertas medidas bastante rigurosas respecto de los cardenales, hubo de parte de éstos una enconada oposición, hasta que al fin pudo ser proclamada.

Tal fue la obra fundamental realizada en la Iglesia por el insigne papa Beato Gregorio X. Después del concilio, entregóse de lleno a poner en práctica las medidas de reforma que se habían ordenado, particularmente las que se referían a los eclesiásticos. Con no menor intensidad trabajó en reunir socorros para los cristianos de Tierra Santa y para mover a los caballeros de Occidente a realizar la cruzada; pero ésta no llegó a realizarse por las divisiones existentes en la cristiandad. Con todo esto, el Romano Pontífice y la Iglesia volvieron a recobrar el antiguo prestigio y continuaron en su apogeo medieval.

En su vida privada, Gregorio X dio durante su pontificado los más edificantes ejemplos de caridad, humildad y fervor religioso, que le conquistaron la opinión general de gran santidad y la más profunda simpatía del pueblo cristiano. Así, se nos refiere que, diariamente, lavaba los pies de algunos pobres; enviaba a

algunos empleados en busca de las personas más necesitadas y repartía entre ellas abundantes limosnas. Por otra parte, observaba la mayor austeridad consigo mismo, no tomando alimento más que una vez al día y entregándose a la oración todo el tiempo posible. Pero, aunque tenía un corazón tan blando y caritativo con los pobres y desgraciados, era sumamente enérgico con los malvados y delincuentes. Es célebre en este punto el caso de Guido de Monfort, el asesino de Enrique de Alemania. Habiéndose presentado al Papa para obtener la absolución de su crimen, éste lo hizo encerrar primero en una fortaleza, y sólo un año después permitió al patriarca de Aquilea lo admitiera en la comunión con los fieles.

Pero los trabajos que tuvo que sufrir Gregorio X durante el concilio y después de él, unidos a la austeridad de su vida ascética, lo habían agotado por completo. Dios no le concedió ver de nuevo Roma. Mientras volvía de Lyón, después de pasar por Milán y Florencia, se vio obligado a detenerse en Arezzo de Toscana, donde, víctima de una pleuresía, murió el 10 de enero de 1276. Según se refiere, al sentir la proximidad de la muerte, pidió un crucifijo, y mientras lo besaba con la mayor devoción y recitaba la Salutación angélica, entregó su alma a Dios. Incluido por la Iglesia en el número de los beatos, Benedicto XIV, en su célebre obra *Sobre la canonización,* dedica largo espacio a la relación de su vida y milagros, tal como lo encontró en el archivo del tribunal de la Rota.

BERNARDINO LLORCA, SI

Bibliografía

BENEDICTO XIV, *De canonizatione...* 1.2 apénd.8.

BERNARD, G., en L. A. MURATORI, *Rerum italicarum scriptores,* III (Ciudad de Castello 1900) 597s.

DUCHESNE, L. (ed), *Liber pontificalis,* o c., II, p 456s.

GIRAUD, E -CADIER, L., *Regesta Gregorii X.*

MISCHI, G., «Gregorio nella cronaca di un vescovo aretino»: *Anal. Boll.* 33 (1914) 254s.

WALTER, FR., *Die Politik der Kurie unter Gregor X* (1894).

En particular, sobre el Conc. II de Lyón: C. J. VON HEFELE-H. LECLERCQ, *Histoire des Conciles,* VI (París 1907-1952) 153s, F. VERNET, en *Dict. Théol. Cath.;* J. AUER, *Studien zu den Reformschriften fur das II. Lyon Konzil* (1910).

BEATA ANA DE LOS ÁNGELES MONTEAGUDO
Religiosa († 1686)

La Beata Ana de los Ángeles Monteagudo Ponce de León fue una monja dominica peruana que vivió durante el siglo XVII y pasó casi toda su existencia en el monasterio de Santa Catalina de Arequipa (Perú). La acompañó siempre gran fama de santidad: era considerada valiosa consejera, muchas personas acudían a ella como poderosa intercesora ante Dios con sus oraciones y se le atribuyen hechos extraordinarios.

Sus biógrafos coinciden en situar el día de su nacimiento el 26 de julio, fiesta de Santa Ana, de quien lleva el nombre. Pero manifiestan algunas discrepancias respecto al año. Según el P. Ambrosio Morales, uno de los más rigurosos, nació en 1595, aunque no puede documentar directamente esta fecha, dice, porque su partida de bautismo pereció en un incendio en la catedral de Arequipa. Respecto al fallecimiento, el libro de *Religiosas difuntas en el trienio de la R. M. Priora D.ª M. Josefa Navarro* indica, en el cuarto puesto, este dato: «En diez días del mes de henero del mil seicientos y ochentayseis años murió soror Ana de los Ángeles, Religiosa profesa de Velo negro, llamada en el siglo D.ª Ana de Monteagudo», sin hacer referencia a la edad. Otros documentos, sin embargo, precisan que falleció a los 85 años, con lo que la fecha de su nacimiento debería colocarse en 1601.

Era la hija más pequeña, después de tres varones, de Sebastián de Monteagudo, un español nacido en Villanueva de la Jara (Cuenca), y de Francisca Ponce de León, arequipeña. Como perteneciente a una familia de elevada posición social, según el uso de la época fue llevada de muy niña —a los tres años, probablemente— al monasterio de Santa Catalina de Siena para ser educada en él, permaneciendo allí durante su infancia y adolescencia. En torno a los 16 años de edad sus familiares la obligaron a salir, porque le habían preparado un ventajoso matrimonio. Pero regresó a casa con gran disgusto por su parte, pues había comenzado a descubrir su vocación religiosa y se sentía inclinada a permanecer en el convento.

Una de las características más notorias de la espiritualidad de la Beata Ana de Monteagudo es la frecuencia de gracias ex-

traordinarias que recibió a lo largo de su prolongada vida, cuidadosamente documentadas por sus biógrafos, comenzando por la de su discernimiento vocacional. Según relatan, durante la corta etapa que permaneció con su familia, una visión de Santa Catalina de Siena, presentándole el hábito dominicano que había de recibir si regresaba al monasterio, la confortó decisivamente en su propósito de abrazar la vida religiosa y, gracias a una guía providencial, pudo huir de su casa y cumplir este deseo. No obstante, tuvo que atravesar una situación muy dolorosa y crítica, por la abierta oposición de sus padres, ante ella y ante la comunidad religiosa, a que adoptara ese estado de vida. Pero, según algunos testimonios, al fin, «dejándola en el Monasterio, se marcharon desconsolados». Allí completó su nombre, Ana, con «de los Ángeles».

Apenas comenzado su noviciado, una nueva gracia la puso en camino hacia la que había de ser una de las notas más específicas de su vida espiritual, sorprendentemente profundizada con el paso de los años. Era muy devota de San Nicolás de Tolentino, religioso agustino del siglo XIII, uno de los santos más venerados en Europa y América durante los siglos XVI a XVII, y solía celebrar sus fiestas más imitando sus virtudes que con otras manifestaciones externas. Leyendo su biografía, le hizo gran impacto saber que, estando un día el santo en ferviente oración por las almas del purgatorio, como sucedería después a Santa Teresa de Jesús, percibió con mucha fuerza la realidad del infierno. Ella quedó muy impresionada, y se sintió impulsada a imitar esta devoción. Desde entonces tuvo siempre muy presentes en sus oraciones a las personas alejadas de Dios, a los pecadores y a los difuntos.

Dicen los documentos que «se preparó a la profesión religiosa como si nunca hubiera ejercitado la virtud», ya que puso todo su entusiasmo y entrega en aprenderla. «Hizo la profesión solemne el año del Señor 1617», y de 28 de noviembre de 1618 es el Acta notarial por la que su padre, don Sebastián de Monteagudo, entrega la dote que se solía ofrecer al monasterio.

Le confiaron pronto el oficio de sacristana, tratando las cosas sagradas con mucha responsabilidad, respeto y amor. Desempeñando este cargo, un nuevo episodio, casi casual, hizo na-

cer en ella otro de los rasgos que tanto habían de caracterizarla: su gran caridad con todos y, en especial, con los más necesitados. Un día, buscando cuadros para adornar la iglesia en una fiesta, encontró uno de Santo Tomás de Villanueva, también agustino, español de la primera mitad del siglo XVI canonizado en 1658, que se distinguió como gran benefactor de los que padecían necesidad, por lo que recibió el sobrenombre de «padre de los pobres», y le pidió ardientemente que fuera su protector y maestro y que obtuviera de Dios para ella la gracia de ser caritativa y generosa con los necesitados, en lo cual él había destacado. Ciertamente a la Beata Ana le fue concedido este don, pues se distinguió por su bondad y entrega a todos, en especial a los más carentes de recursos, hasta el final de sus días.

Arequipa, ciudad peruana donde nació, vivió y murió la Beata Ana, se caracterizaba entonces por la notable influencia española, presente desde la primera mitad del siglo XVI. Junto a los edificios de administración, cultura y comercio, en la populosa ciudad habían ido construyendo sus casas algunas familias religiosas, como los dominicos, mercedarios, franciscanos, agustinos, jesuitas, hospitalarios, recoletos, etc., además de dos monasterios para dominicas y un carmelo, todo lo cual contribuía al ambiente piadoso y culto de la ciudad, poblada sobre todo de mestizos y mulatos. El gusto por el barroco, estilo propio de esta época, acentuaba en todos los sectores cierta tendencia a lo espectacular, exagerado o prodigioso, sin posible reacción crítica ante ello.

En este contexto, destacaba el monasterio de Santa Catalina tanto por su óptima ubicación en el ambiente urbano como por sus estrechas relaciones con las autoridades eclesiásticas y civiles. Había sido fundado como convento de vida contemplativa para monjas, centro de educación para niñas y jóvenes, lugar de acogida para huérfanos y residencia de viudas abandonadas. En esta época podría albergar a un centenar de religiosas y a otras doscientas personas más entre las acogidas al monasterio y las dedicadas al servicio.

Un acontecimiento externo, el aluvión provocado por el desbordamiento del torrente San Lázaro en 1637, obligó a muchas de estas personas a abandonar el recinto. Pero la Beata

Ana de los Ángeles prefirió permanecer en clausura. Reconstruida pronto la iglesia, continuaba siendo sacristana cuando se celebraron en ella algunas sesiones del Sínodo Diocesano convocado por el Obispo Pedro de Villagómez del 19 al 30 de diciembre de 1638.

Después, hacia 1644 se le encomendó la formación de las novicias, misión de gran responsabilidad, que cumplió eficazmente con la fuerza de su virtud y el testimonio de su ejemplo, aunque no por mucho tiempo.

Cuando en 1647 el Obispo don Pedro de Ortega visitó el monasterio, encontró en él algunas irregularidades, especialmente en las relaciones con el ambiente exterior, a las que deseaba poner adecuado remedio, y expresó su deseo de que Sor Ana de los Ángeles, a quien conocía y admiraba mucho, estuviera al frente de él. Él mismo acudía a ella en algunas ocasiones. «A pesar de que era hombre de mucha doctrina y santa experiencia, que había estado durante muchos años en Lima, que era prebendado y catedrático de teología en la R. Universidad de esta ciudad, y calificador y consultor del Santo Oficio... quedaba maravillado y convencido del sublime espíritu» de esta humilde monja dominica.

Después de la elección, en torno a los 46 años de edad la Beata Ana de los Ángeles se encontró siendo priora del monasterio. No fue fácil para ella el desempeño de esta responsabilidad. Por su deseo de que se observaran bien las Constituciones y por haber limitado algunos abusos, durante el tiempo de su gobierno tuvo que sufrir la contradicción, e incluso la calumnia, por parte de algunas religiosas. Estaba convencida de que muchas cosas requerían reforma: en las costumbres, en el trato de las religiosas entre sí y con las personas de fuera, en los modos de observancia... y, a pesar de haber encontrado gran resistencia, con extraordinaria valentía y firmeza no dudó en proceder como creía conveniente. Pero tuvo que revestirse del mismo vigor y fortaleza para superar todo género de desprecios, amenazas e injurias. Sin embargo, cuando estas cosas llegaban a sus oídos

> «nada de esto alteraba su ánimo; al contrario, decía que no tenía la culpa de que hubiesen hecho tan mala elección, que ella se había opuesto mucho [...]; estimaba mucho a las que la injuriaban, y de

> este modo procedio toda su vida, sin despreciar a nadie, ni mermar la estima y el honor de su projimo, en esto persevero hasta la muerte»

La Beata Ana de los Ángeles se esmeró en que las personas que tenía confiadas conocieran bien sus obligaciones y la doctrina cristiana. Según los testimonios de quienes la conocieron,

> «explicaba los sacrosantos misterios de nuestra creacion y de cuanto debemos a los sufrimientos de Dios con tanto espiritu y fervor que parecia una maestra de grande doctrina La tuvieron en gran estima todos los Obispos de esta ciudad que la conocieron, los cuales todos vinieron a comunicarse con ella y a tratarla, y la tuvieron en concepto y credito de santa»

A partir de 1650 dejó de ser priora, pero continuó con creces su fama de santidad y también, en algunas ocasiones, la persecución y el descrédito. Intervinieron algunos obispos en su favor, como don Gaspar de Villarroel en 1658.

Sor Ana de Monteagudo era una religiosa de reconocida vida de sacrificio y oración y, además, carismática, por lo que resultaba una persona muy interesante y atractiva en aquel tiempo. En comunidad, lo que hacía como sacristana, maestra de novicias o priora, era sin duda observado por la mirada atenta y vigilante de las monjas y, cuando la virtud o la gracia daba lugar a algún hecho extraordinario, lo divulgaban con rapidez y amplitud. Esto hacía que mucha gente acudiera a ella en busca de consejo, oraciones o ayuda, e incluso, a veces, con la secreta esperanza de observar algún portento.

Son muchos los prodigios que se le atribuyen y, aunque a lo mejor alguno de ellos no pudiera resistir la crítica histórica, varios se consideran probados y sirvieron de hecho para la edificación de cuantos los divulgaban: cae sin hacerse daño en las obras de construcción de la nueva iglesia, revela algunos acontecimientos futuros, conoce a los ausentes, profetiza la muerte de una persona y un mal viaje a otra, neutraliza un incendio, evita un naufragio, etc.

Sin embargo, lo que más prueba la santidad de Sor Ana son las afirmaciones de quienes conocieron su vivir cotidiano: «era una mujer virtuosísima», «de pocas palabras, pero sustanciosas», «de conversación afable, discreta, angélica»; «no perdía el tiempo hablando de cosas ociosas que no fueran del servicio de

Dios»; «era una religiosa de virtud superior y en grado heroico»; «de espíritu humilde, plácido, sencillo, sin ningún doblez, con una verdad muy sincera»; «de gran sencillez y mansedumbre, era amiga de los pobres, de los humildes, y estimaba a las personas que eran despreciadas». «Para hacerse una idea de su santidad bastaba la sencillez con que desvelaba lo que sentía, sin que se reconociera en ella ninguna cosa que no fuera de perfecto espíritu, por lo que refería a Dios todas sus palabras y sus obras». «Las virtudes que resplandecieron en ella con más intensidad fueron la fortaleza, la humildad, la caridad, el ser desinteresada, la paciencia y el sufrimiento».

Era notoria su piedad eucarística y tenía gran devoción a la Santísima Trinidad, a los misterios del Verbo encarnado y a la Virgen Inmaculada:

> «Cuando hablaba de algún misterio de la divinidad o humanidad de Nuestro Señor Jesucristo, decía muchas cosas tan excelentes que quedaban admirados quienes las escuchaban; y explicaba los misterios con tanto fervor y espíritu, y con palabras tan suaves, que se notaba bien que no tenía en el corazón nada contrario a nuestra santa fe, con la cual acompañaba las buenas obras y los ejercicios de virtud heroica, que confirmaban la viva fe que reinaba en su alma».

En 1676 la Beata Ana de los Ángeles se encontraba enferma, con sufrimientos hepáticos, reumatismo y ceguera, y supo soportar durante diez años con extraordinaria virtud sus dolencias y ancianidad. De esta etapa es el retrato hecho por un pintor que don Diego Vargas introdujo en su celda. Murió cargada de buenas obras y reconocida fama de santidad, como hemos indicado, el 10 de enero de 1686.

Después de un largo y minucioso proceso informativo, en 1975 fue declarada la heroicidad de sus virtudes. El papa Juan Pablo II la beatificó el 2 de febrero de 1985.

M.ª ENCARNACIÓN GONZÁLEZ RODRÍGUEZ

Bibliografía

GOMEZ CANO, B., *Sor Ana de los Ángeles Monteagudo y Ponce de León* (Lima 1983).
MORALES, A., OP, *La Virgen Arequipeña* (Arequipa 1955).
PASARELL, P. E. C., *Vida de la R. M. Sor Ana de los Ángeles Monteagudo que floreció en el Monasterio de Sta. Catalina en la Ciudad de Arequipa* (Barcelona 1879).

— *Biografía de la Venerable Madre Sor Ana de los Ángeles Monteagudo de cuya beatificación y canonización se trata ante la Congregación de Ritos en Roma* (Arequipa 1895).
VARGAS, D., *Causa de beatificación de la reverenda madre Ana Monteagudo* (Arequipa 1907).

SANTA FRANCISCA DE SALES (LEONIA) AVIAT
Virgen († 1914)

Nació en Sézanne (Francia) el 16 de septiembre de 1844, recibiendo las aguas bautismales el día siguiente. Su padre, Théodore Aviat, era un comerciante de reconocido prestigio, y su madre, Emile Caillot. Su primera enseñanza la recibió en la escuela local, pasando a continuación al monasterio de la Visitación de las Salesas de Troyes (Champagne), donde recibe formación adecuada en los principios cristianos y toma la Primera Comunión en 1856, permaneciendo hasta cumplir los 16 años de edad.

Concluida esta etapa formativa, su padre la instruye en los asuntos del negocio familiar, manifestando un sentido práctico y gran habilidad natural. Se le presenta una propuesta matrimonial muy ventajosa que su padre desea con mucho interés, pero Leonia pide tiempo para reflexionar. Un acontecimiento inesperado y dramático libera a Leonia de este trance, su padre, a causa de una estafa, se ve en bancarrota. Ante este hecho, el pretendiente desiste de ennoviarse con Leonia, pues quedó probado que en realidad lo que pretendía era el saneado negocio paterno de ultramarinos. En cuanto le fue posible regresó a Troyes, donde intenta profesar como humilde hermana conversa, pues no puede llevar dote, aunque al poco tiempo regresó con los suyos. Los impulsos del corazón deben dejarse madurar con adecuada reflexión. Su padre no la comprendió nunca, y nunca le concedió su consentimiento para que profesara como religiosa.

Estamos en la época industrial que atrae en masa hacia la ciudad una mano de obra inexperta, embaucando a numerosas jóvenes venidas del campo que intentan abrirse un mejor medio de vida entrando en las fábricas textiles. Para ellas el padre Brisson se manifiesta como un gran apóstol y un precursor del gran movimiento social cristiano del último tercio del siglo XIX. Ha-

bía sido capellán de las monjas Salesas de Troyes, y movido por su celo por la formación religiosa de las jóvenes que entraban a trabajar en las fábricas, organizó una comunidad asistencial conocida como *Las obras para las trabajadoras jóvenes,* que puso bajo la protección de San Francisco de Sales. A las muchachas inexpertas se les facilitaba un local seguro, comida y asistencia espiritual donde se sentían amparadas y defendidas.

El abandono de la casa paterna por parte de los hijos era una costumbre nueva que comenzaba a imponerse en este momento, por el propio afán de libertad inherente al ser humano, y el propio deseo individual de participar en los cambios sociales que llegaban a pasos agigantados. A estas jóvenes inexpertas, que se sienten atraídas por este nuevo modo de vida, hay que ofrecerles un hogar y una caritativa atención en el corazón de Dios.

Leonia Aviat, obediente a lo que considera como la voz de Dios, recibe poco después un signo particular que no puede ser una mera ilusión: entró por necesidad en un taller de óptica de Sézanne, y al mismo tiempo un rayo de luz llenó su espíritu, decidiéndola a consagrarse a Dios. La visión de aquel taller poblado de jóvenes operarias aplicadas a su trabajo, bajo la atenta mirada de una supervisora, hizo nacer en su corazón el deseo de tomar parte entre ellas, para aconsejarlas y guiarlas. Esta decisión se aclarará en el momento que el padre Brisson la invite a visitar la obra que había fundado en Troyes. El 18 de abril de 1866 Leonia Aviat entra en la Obra de San Francisco de Sales, junto con una de sus antiguas compañeras de internado, Lucía Carmet. Desde ese momento su oración fue:

> «San Francisco de Sales, ya que me habéis escogido para estar al frente de esta pequeña tropa, concededme vuestro espíritu, vuestro corazón. Hacedme parte de vuestra unión con Dios y de este espíritu interior que sabe hacerlo todo con él y nada sin él».

El 11 de octubre de 1871 hace profesión y el año siguiente es elegida superiora general de la nueva Congregación de Oblatas de San Francisco de Sales. El apostolado de las Oblatas se va a extender a las diferentes clases sociales, a todas las formas de educación y a las misiones.

El 20 de septiembre de 1872 es elegida superiora general del Instituto, y en diciembre, el padre Brisson le encarga de las no-

vicias, y comenzará a dar frutos de su bondadoso corazón. «Que mi obediencia no tenga límites. Nuestro Señor nos llama, no nos toca mirar a dónde nos conduce». Frente a la incomprensión, oración, serenidad y bondad. Con la sencillez se vencen las distancias. «La confianza atrae la confianza».

Después de haber consolidado esta obra en Troyes marchó a París, donde organizó un internado para jóvenes de posición social acomodada. Ocho años más tarde, volvió a Troyes, donde permaneció durante 15 años, sufriendo virtuosamente la hostilidad de algunos miembros de su comunidad.

En 1893 fue elegida de nuevo superiora general, cargo que ocupó hasta su muerte. Durante estos años el instituto se extendió por Sudáfrica, Ecuador, Suiza, Austria, Inglaterra e Italia. Las leyes anticlericales promulgadas en 1903 por el Gobierno Francés en contra de la Iglesia obligaron al cierre de 23 casas, bien organizadas, viendo expropiados sus bienes. Esta legislación laica obligó a la Madre Aviat y su consejo a refugiarse en Italia, eligiendo la ciudad de Perugia para reorganizarse, animando desde allí a las religiosas a permanecer fieles en medio de tan nefasta persecución.

El padre Brisson falleció santamente el 2 de febrero de 1908 sin poder saborear la aprobación de las Constituciones de la Congregación que, finalmente, fueron aprobadas por San Pío X el año 1911. Dos años más tarde, el 25 de diciembre de 1913, Madre Leonia se siente helada durante la santa misa, obligándola la fiebre a guardar cama. El 9 de enero recibió la unción de los enfermos, entregando su alma a Dios el 10 de enero de 1914. En 1928 los restos mortales de la Madre Aviat fueron inhumados en la capilla de la Casa Madre de Perugia, pero en 1948, al reinstalarse la Casa Madre en Troyes (Francia), fueron trasladados a la capilla de la misma.

El 9 de abril de 1957 el papa Pío XII firmó el documento de la Introducción de la Causa de Beatificación. El 1 de diciembre de 1978 y en presencia de Juan Pablo II se leyó el decreto sobre la heroicidad de las virtudes de la Sierva de Dios, declarándola Venerable. El 27 de septiembre de 1992 Juan Pablo II la beatificó, destacando en su homilía la grandeza de «una mujer [...] que supo entregar con serena confianza su vida cotidiana en las ma-

nos de Dios, diciendo que había que "hacer todo con Dios y nada sin Él"».

Finalmente, el 18 de diciembre de 2000 se promulgó el decreto de reconocimiento del milagro para la canonización, que el papa Juan Pablo II celebró en San Pedro del Vaticano el 25 de noviembre de 2001.

El milagro para la beatificación

En 1976 se llevó a cabo una nueva fundación en Sudáfrica. Las religiosas conocen a un muchacho enfermo, Vicente Kesner, de 12 años, operado de un tumor en el codo derecho, no resuelto satisfactoriamente. El brazo es posible que tenga que ser amputado. La madre y familiares comienzan una novena a la M. Aviat el 22 de enero. A partir del sexto día, Vicente experimenta una mejoría. El 27 de enero, el brazo aparece curado, sin explicación médica. En su juventud contrajo matrimonio, ejerce de electricista y es padre de dos hijos.

El 21 de diciembre de 1991, en presencia de todos los miembros de la Congregación para las Causas de los Santos, Juan Pablo II promulgó el decreto reconociendo el milagro del joven sudafricano Vicente Kesner.

El milagro para la canonización

Bernadette McKenzie nació en 1977 en Drexel (Pennsylvania). En marzo de 1990, sufre fuertes dolores en la parte baja de la espalda. Según el facultativo se trataba de un lipoma serofibroso, que apretaba con sus fibras la médula espinal y oprimía los nervios. Se decide a operarse (3 de mayo de 1990). Nueve horas de intervención, pasando convaleciente todo el verano de ese año. En noviembre de 1990, de nuevo, grandes dolores en la espalda y nueva revisión médica. Se habían formado dos nuevos lipomas sacros, y nueva operación (enero de 1991), con resultado positivo, pero en septiembre de 1991 los dolores persisten. Es operada por tercera vez (14 de noviembre). Al cabo de varios días le dolía una pierna por culpa de un nuevo lipoma. El

17 de marzo el médico informa: su caso es irreversible. El 22 de marzo la familia comienza una novena a la Venerable M. Aviat. El 25 de marzo tomó sólo un calmante, y por la tarde tuvo la convicción de estar curándose. El médico lo confirmó: «no existe explicación médica para la curación de esta paciente». El 18 de diciembre de 2000 fue promulgado el decreto de reconocimiento del milagro para la canonización.

ANDRES DE SALES FERRI CHULIO

Bibliografía

ESMAUGES, M A D', *M'oublier entierement Leonie Aviat* (Troyes 1991)
Index ac status causarum, o c , 519
L'Osservatore Romano (23 y 25 11 2000)
Martyrologium romanum, o c , 88

C) BIOGRAFIAS BREVES

SAN GREGORIO NISENO
Obispo (ca 400)

Gregorio fue hermano menor de San Basilio, y nació en Cesarea de Capadocia hacia el año 330. Huérfano desde pequeño, sus hermanos Basilio y Macrina se hicieron cargo de su educación. Hizo los estudios clásicos, propios de su tiempo y su clase social elevada, y llegó a ser profesor de retórica. Se debió a la influencia de San Gregorio Nacianceno su determinación de entregarse al servicio divino y se ordenó de sacerdote, estando ya casado con una dama llamada Teosebeia. Lo más probable es que el matrimonio se separara, toda vez que Gregorio seguidamente a su ordenación vivió en la comunidad monástica fundada por su hermano Basilio y en la que, como es obvio, se practicaba el celibato.

Su ascensión al episcopado tuvo lugar el año 372 y se le eligió para la sede de Nisa, en Armenia, dentro del plan de San Basilio de ir sustituyendo a los obispos arrianos de su provincia eclesiástica por obispos católicos conforme las sedes ocupadas por los arrianos iban vacando. Pero los arrianos no se quedaban quietos y muy pronto se lanzaron a desprestigiar a Gregorio,

acusándolo entre otras cosas de una elección irregular, seguramente sobre la base de la presión de Basilio para que fuera elegido. El gobernador imperial del Ponto dio oídos a las acusaciones de los arrianos y Gregorio se vio de pronto arrestado por la autoridad civil. Gregorio aprovechó una oportunidad para escaparse, y ello le valió la sospecha de ser culpable, como solía ser el veredicto de los que esquivaban la detención legal.

No parece que tuvo lugar fijo de residencia hasta que, cambiadas las circunstancias, pudo en 378 volver a su diócesis. Naturalmente los años de su exilio contó siempre con el apoyo de su hermano, el cual murió a poco de su vuelta a Nisa, sirviéndole a Gregorio de consuelo el gran recibimiento que le hizo la población de su diócesis.

Gregorio contó en los años siguientes con la alta estima en que lo tuvo el emperador Teodosio, en cuya política de restauración de la ortodoxia frente al arrianismo participó activamente, recibiendo y cumpliendo misiones del gran monarca católico. Y naturalmente acudió al I Concilio ecuménico de Constantinopla en 381, donde se reafirmó la fe de Nicea y se definió la divinidad del Espíritu Santo. En plena asamblea murió su presidente San Melecio de Antioquía, y Gregorio fue uno de los obispos que habló en sus funerales. Gregorio pronunció también en 385 la oración fúnebre de la princesa Pulqueria y poco después la de la emperatriz Flacila. En el 394 asistió a una reunión numerosa de obispos en Constantinopla.

Gregorio pudo continuar su labor pastoral con bastante tranquilidad hasta su muerte el 10 de enero del año 395, según parece, y a su fama de santidad se une el mérito de sus escritos.

Gregorio Niseno ha recibido el título de místico y de filósofo, el uno debido a su elevación espiritual y el otro a su elevación intelectual. De su abundante producción literaria debemos decir que contiene obras catequéticas, obras polemistas contra los arrianos, obras también polemistas contra el apolinarismo, obras dogmáticas, obras exegéticas, obras ascéticas, discursos y cartas.

SAN AGATÓN
Papa († 681)

La primera etapa de la vida de San Agatón no daba a entender que fuera a llegar a sentarse en la sede de Pedro, pues en su juventud contrajo matrimonio, desempeñó un trabajo civil y vivió plenamente una vida secular. Pero al cabo de veinte años de matrimonio quedó viudo y entonces sintió la vocación religiosa e ingresó en un monasterio. Él era de familia y cultura griega y había nacido y vivido en Sicilia.

Luego de varios años de monje en un monasterio de Palermo, fue enviado a Roma, donde se le hizo tesorero de la Iglesia romana y se granjeó la estima universal por su cultura, santidad de vida y agradable trato. Por ello, al morir en el año 678 el papa Domno, Agatón fue elegido para sucederle.

Agatón se encontró con un antiguo y enconado problema con Constantinopla que la transigencia de sus antecesores no había logrado arreglar. Agatón siguió la misma política de transigencia y por ello aceptó la propuesta del emperador Constantino IV de enviar una delegación a una reunión que iba a tener lugar en la capital bizantina y que por fin resultó formalizarse como concilio ecuménico. En él fue condenada la herejía monotelita y además de condenarse al patriarca Sergio, claro paladín de la misma, se condenó también al papa Honorio, bajo la acusación de fautor.

Agatón había convocado el año 679 un sínodo en Roma, en el que se había declarado la doctrina de las dos voluntades en Cristo, y en su carta a Constantinopla no había dejado de significar la primacía de la Iglesia romana, por darse en ella la sucesión de San Pedro, a quien —decía el Papa— le había confiado el Señor el cuidado de su rebaño.

Agatón murió en Roma el 10 de enero del año 681, antes de que el concilio de Constantinopla hubiese acabado sus deliberaciones.

SAN PEDRO URSÉOLO
Monje († 988)

Pedro nació en Údine el año 928 y se trasladó a vivir a Venecia, donde se casó y tuvo un hijo. Llevaba vida piadosa y era un hombre responsable y recto que se acreditó ante sus ciudadanos. Como comandante de la flota veneciana había luchado valerosa y eficazmente contra los piratas, prestando así a la República notables servicios.

El año 976 el dux veneciano Pedro IV Candiani fue asesinado en un motín provocado por su intento de cambiar el régimen republicano de Venecia e instalar una monarquía. No ha faltado quien diga que Pedro Urséolo estuvo implicado en el complot contra Pedro IV Candiani y que por ello fue a continuación elegido dux de Venecia. Su gran deseo fue restaurar el orden y la tranquilidad pública, mostrándose generoso con la viuda de Candiani y procurando pacificar y no enervar más los ánimos.

Pero dos años más tarde, sin avisar a nadie ni decirle a su hogar su determinación, se alejó de Venecia y se llegó al monasterio benedictino de Cuxac en el Languedoc, donde pidió ser admitido y, además, para hacer vida eremítica. Pasaron años antes de que su familia supiera dónde estaba. Animado por San Romualdo perseveró en su género de vida, llevando adelante una estricta condición de ermitaño, entregado por completo a la oración y la contemplación, en medio de la mayor ascesis y penitencia. Murió allí el 10 de enero del año 988.

SAN GUILLERMO DE BOURGES
Obispo († 1209)

Se llamaba Guillermo de Donjeon y era miembro de una familia noble de Nevers. Llevado a educar con su tío el arcediano de Soissons, sintió desde joven la vocación eclesiástica y su familia le procuró una canonjía en Soissons y posteriormente pasó también como canónigo a París. Pero la vida canonical no terminaba de convencerle porque él deseaba vivir con plena intensidad su dedicación a Dios en pobreza y obediencia, y

por ello, renunciando a su canonjía, ingresó en la abadía de Grandmont.

No halló, sin embargo, en esta abadía la paz que buscaba porque una serie de disputas internas la turbaban, y entonces Guillermo decidió pasar al Císter, ingresando en la acreditada abadía de Pontigny. Pero sus deseos de una vida ordinaria y desapercibida fueron turbados cuando la obediencia le obligó a ser abad de Fontaine-Jean y posteriormente de Chalis.

Al morir el obispo Enrique de Sully, que ocupaba la sede de Bourges, su hermano, el obispo de París, tuvo la idea de que fuera un abad cisterciense el que le sucediese y que por medio de la suerte se eligiera cuál de ellos. La suerte cayó sobre Guillermo, a quien luego el clero eligió mediante una votación formal. El santo abad no estaba muy dispuesto a aceptar la elección, pero el abad de Cîteaux, general de su Orden, y por encima de él el propio papa Inocencio III le ordenaron aceptar en virtud de obediencia.

La elección resultó un éxito, porque Guillermo fue un excelente pastor, defensor de los derechos de la Iglesia, celoso de la disciplina eclesiástica, predicador incansable, volcado en atender las necesidades de los pobres y muy atento al gran problema de su tiempo en el sur de Francia: la herejía albigense. Guillermo la combatió solamente oponiéndole la recta doctrina y logrando numerosas conversiones.

Su muerte también fue ejemplar, pues pidió lo pusieran en un lecho de cenizas para morir como un penitente. Murió el 10 de enero del año 1209. Fue canonizado por el papa Honorio III el año 1218.

BEATO GIL DE LORENZANA

Religioso († 1518)

Gil nació en Lorenzana el año 1443 en el seno de un hogar modesto y cristiano. Muy inclinado a la piedad desde su niñez, cuando llega a la adolescencia, obtiene licencia para vivir retirado en un santuario que se encontraba en medio del campo, donde el joven se entrega sobre todo a la oración. Pero su soledad es interrumpida por la visita de los vecinos del pueblo que

quieren ver por sí mismos al joven ermitaño y empiezan a consultarle sus preocupaciones.

No hallándose capaz de dar respuesta a quienes acuden a él, decide dejar el santuario y colocarse como jornalero con un rico agricultor, el cual le toma afecto y le permite pasar en oración varias horas al día. Así está un tiempo hasta que madura su propia vocación y se decide a pedir el hábito franciscano en el convento de Lorenzana. Admitido al noviciado, profesa como hermano y se le asigna el encargo de trabajar la huerta de los frailes. Tiene la inspiración de pedir y obtener licencia para construirse una pequeña celda en lo más alejado de la huerta y allí poder pasar en contemplación de las cosas divinas las horas que no son del trabajo. Y así discurre su vida: trabajo y oración altísima, siendo evidentes a la comunidad religiosa las virtudes del humilde hermano, que no salía de su celda sino para el trabajo y para acudir a la iglesia donde adoraba con amor de serafín al Santísimo Sacramento. Murió el 10 de enero de 1518, estrechando en sus manos el rosario de la Virgen María. El papa León XIII confirmó su culto el 24 de junio de 1880.

BEATO GONZALO DE AMARANTE

Presbítero († 1259)

Nace en Atanagilde (Portugal) el año 1187 en el seno de una acomodada familia. Al manifestar vocación sacerdotal, es enviado al palacio episcopal de Braga donde se le prepara para el sacerdocio, que recibe el año 1215. Se le nombra párroco de la iglesia-abadía de Payo en Riba de Visela y desarrolla una apreciable labor pastoral, pues era un sacerdote piadoso y responsable, muy dado a la predicación y muy amante de los pobres.

Decide viajar a Tierra Santa y deja la parroquia encomendada a un sobrino suyo. Tardó nada menos que catorce años en su peregrinación, y a su vuelta se halló con que su sobrino no le recibió bien. Decidió dejar la parroquia y retirarse a Amarante, donde construye una ermita en la que ejerce su ministerio sacerdotal, singularmente la predicación. Entiende que es la misma Virgen María la que le pide que se haga dominico e ingresa en la Orden de Predicadores.

Vestido con el hábito blanco y negro perseveró en su ministerio de adoctrinar al pueblo cristiano y guiar a muchas almas por el camino de Dios, atribuyéndole la opinión pública numerosos milagros. Murió el 10 de enero de 1259.

11 de enero

A) MARTIROLOGIO

1 En Roma, San Higinio († 142), papa *
2 En África, San Salvio (s III), martir
3 En Mauritania, San Tipasio († 297), militar y martir
4 En Cesarea de Palestina, San Pedro Apselamo († 309), joven martir
5 En Brindis (Apulia), San Leucio, primer obispo de la ciudad (s IV)
6 En Pavia, Santa Honorata, virgen, hermana del obispo San Epifanio (s V)
7 En el desierto de Judea, San Teodosio Cenobiarca († 529), fundador de muchos monasterios *
8 En Imola, San Paulino († 802), obispo de Aquileya, que trabajo por la conversion de los avaros y eslovenos *
9 En Catania (Sicilia), Beato Bernardo Scammacca († 1487), presbitero y religioso dominico *
10 En Londres (Inglaterra), Beato Guillermo Carter († 1584), impresor y martir *
11 En Civitella (Lazio), Santo Tomas de Cori († 1729), presbitero y religioso franciscano **
12 En Gdanz (Polonia), Beato Francisco Rogaczewski († 1940), presbitero y martir *

B) BIOGRAFIAS EXTENSAS

SANTO TOMAS DE CORI
Presbitero († 1729)

Nacio en Cori el 4 de junio de 1655 Fueron sus padres Natal Placidi y Angela Cardilli. En el bautismo le impusieron el nombre de Francisco Antonio Desde su más tierna infancia se

distinguió por su piedad. Todas las mañanas participaba en la santa misa que se celebraba en el santuario de la Virgen del Socorro.

Pronto perdió a su madre y también a su padre, cuando tenía 14 años. Por eso tuvo que afanarse en el trabajo para llevar adelante a sus hermanas. Cuando tuvo arreglado un modo decoroso de vida para las dos, ingresó en los franciscanos a los 22 años de edad. Tomó el santo hábito en el convento de la Santísima Trinidad de Orvieto el 7 de febrero de 1677, como clérigo, con el nombre de Tomás. Profesó al año siguiente el 8 de febrero.

Desde el año 1678 a 1683 frecuentó las clases del Estudio General de Santa María del Porciso, en Viterbo. Fue ordenado sacerdote en Velletri el año 1683 y el 19 de julio del mismo año le dio el Padre General, Pedro Merino Serrano, el permiso para predicar.

Hizo un gran apostolado en las diócesis de Subiaco y otras cercanas a ella. Se conserva un volumen manuscrito con sus sermones. Fue muy estimado también por sus frutos espirituales en la administración del sacramento de la penitencia. Todos lo consideraban como un gran maestro de santidad y experto director espiritual. Confesaba desde la mañana hasta el atardecer y, además, atendía espiritualmente a los enfermos. Contribuyó mucho a la reforma de costumbres y a poner paz entre todos.

Desde novicio se distinguió por su empeño en conseguir la perfección cristiana. Se le consideró como un espejo de ejemplaridad y de todas las virtudes, incluso por los religiosos más ancianos.

Sus virtudes más características fueron la pobreza, la humildad, gran paciencia, espíritu de oración, sobre todo ante el Santísimo Sacramento. Fue devotísimo de la pasión del Señor y de la Santísima Virgen María. Solía decir que «Jesús y María eran sus dulcísimos amores».

Pero su nombre está unido muy principalmente a la obra de los «retiros» en el orden franciscano. Las *Constituciones de los retiros,* que se conservan autógrafas en el archivo de Bellegra, le costaron veinte años de estudio, de oración y de sacrificios. Su

discípulo más ilustre en este aspecto fue San Teófilo de la Cort († 1754), que fundó varios «retiros», con los que logró muchos frutos de santidad.

Hizo muchos milagros durante su vida, tuvo el don de profecía, frecuentes éxtasis, apariciones del Señor, de la Virgen y de San Francisco de Asís. Leía claramente en el corazón de los que acudían a él.

Cargado de méritos y de años, murió el 11 de enero de 1729. Cuatro años más tarde se inició el proceso informativo sobre sus virtudes en Subiaco, Velletri y Sabina con el fin de proceder a su beatificación, que tuvo lugar el 3 de septiembre de 1786 por el papa Pío VI. Fue canonizado en 1999 por Juan Pablo II.

MANUEL GARRIDO BONAÑO, OSB

Bibliografía

CARASOLI, I., *El Beato Tomás de Cori, predicador popular* (Tesis doctoral en el Antonianum de Roma 1950).

CONTENTI, G., *Un apóstol franciscano, el Beato Tomás de Cori* (Roma 1955, Villalba de Guidonia ^{2}1967).

Bibliotheca sanctorum, t.XII col.573-576.

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SAN HIGINIO
Papa († 142)

En conformidad con los antiguos catálogos de los obispos de Roma, Higinio fue el octavo en tener la cátedra romana de San Pedro. Aunque durante mucho tiempo se le ha tenido por mártir, hoy se cree que no lo fue pues ni el historiador Eusebio ni el propio *Liber pontificalis* le califican de tal.

En realidad es muy poco lo que sabemos de Higinio, salvo la seguridad histórica de que fue papa en la primera mitad del siglo II. Parece que fue hacia el año 137 cuando tuvo lugar su elección y su muerte hacia el año 142. No parece deba confundírsele con el filósofo del mismo nombre. Por su nombre hay

que decir que era griego o de cultura griega. Se le atribuye sin mayor fundamento la institución de las órdenes menores.

Lo que sí podemos saber es cuáles fueron los problemas de la comunidad cristiana de Roma en tiempos de Higinio, y se debieron a la presencia de gnósticos en la ciudad. Concretamente y por el tiempo en que Higinio fue papa estaba en Roma el egipcio Valentín, autor del Evangelio de la Verdad, que San Ireneo menciona, y de otros tratados todos ellos gnósticos. Consta que estas enseñanzas tentaron al menos a algún sacerdote y algunos fieles romanos. Cómo de fuerte era la influencia gnóstica en los años concretos del pontificado de Higinio no tenemos datos para perfilarlo.

SAN TEODOSIO CENOBIARCA

Fundador († 529)

Nace en Capadocia alrededor del año 423 y vivió en el siglo hasta la edad de treinta años en que sintió la llamada de la vida monástica y se marchó a Palestina. Aquí se estableció en las cercanías de la ciudad de Belén, de tanta evocación para los cristianos, y fundó un monasterio que por sus peculiaridades se haría bien pronto famoso.

Teodosio concebía el monasterio como una pequeña ciudad de Dios en donde la vida comunitaria era el verdadero marco de toda la dedicación del monje a Dios. El monje no sería ya un solitario que vivía más o menos cerca de otros solitarios sino un miembro de una verdadera comunidad, a la que servía y la cual velaba por sus intereses espirituales y materiales. Tuvo en cuenta la procedencia de los monjes e hizo una iglesia para cada grupo de lenguas: los de habla griega, los de habla armenia y los de habla eslavónica, y en cada una de estas iglesias se celebraban los cultos centrados en la Palabra divina, que cada uno podría así oír y celebrar en su propia lengua; pero la liturgia de la eucaristía se celebraba en griego y a ella concurrían todos los monjes, en la iglesia que llamaríamos general.

Pensó también en distintas enfermerías, según se tratase de enfermos corrientes, de ancianos ya debilitados o de monjes afectados por alguna enfermedad de la mente.

A imitación del de Belén se formaron otros monasterios por toda Palestina, y a fin de salvaguardar su identidad el obispo de Jerusalén le dio a Teodosio autoridad sobre los mismos y de ahí le vino el apelativo de cenobiarca, es decir, el que preside a los que viven en común.

Teodosio se vio envuelto en la controversia monofisita. Cuando el emperador Anastasio por favorecerla depuso al obispo Elías de Jerusalén, que fue sustituido por Juan, éste se mostraba inclinado a la condescendencia pero Teodosio logró que Juan condenara a Eutiques así como a Severo, su sostenedor en Palestina. Teodosio aceptó el dinero que el emperador le mandaba con el fin de comprarlo y dio el dinero a los pobres, rehusando a continuación firmar la declaración monofisita que el emperador le envió. Por el contrario escribió contra ella y se lanzó por toda Palestina a una campaña antimonofisita. Y esto le valió que el emperador le depusiera de su cargo de jefe de los monjes. Pero esto duró poco tiempo, ya que, muerto Anastasio y sucedido por Justino, se restableció la ortodoxia y Teodosio fue repuesto en su cargo. Siguió Teodosio en su firme defensa de la ortodoxia hasta su muerte sucedida el 11 de enero del año 529 cuando rebasaba los ciento cinco años.

SAN PAULINO DE AQUILEYA

Obispo († 802)

Nace en Cividale hacia el año 726 en el seno de una familia dueña de tierras, a cuyo trabajo se dedica inicialmente pero para luego estudiar humanidades hasta acreditarse como magnífico maestro de gramática.

Carlomagno, empeñado en un renacimiento de las letras y las artes, lo mandó llamar a su corte, donde ya brillaba la estrella de Alcuino, y lo hizo partícipe de su política cultural y religiosa y miembro destacado de su centro de estudios. Es posible que Paulino ya fuera clérigo antes de ir a la corte, pero de todos modos aceptó el nombramiento episcopal que le hizo Carlomagno con el título enfático de patriarca de Aquileya.

Paulino estuvo presente en numerosos sínodos por delegación del emperador, en los que se acordó la política reformista

de Carlomagno, pero no estuvo presente en la conversión forzada de los paganos, sino que escribió unas reflexiones destinadas a hacer ver que nadie debiera ser llevado al bautismo sino libremente y luego de conocer de forma suficiente la religión cristiana. Se mostró partidario de incrementar cuanto fuera posible la instrucción religiosa de los fieles e insistía en la necesidad de una liturgia celebrada en todas partes con dignidad y solemnidad.

Intervino activamente en dos polémicas doctrinales: el adopcionismo que activaban en España Elipando de Toledo y Félix de Urgel, y la cuestión del filioque, la procesión del Espíritu Santo respecto del Padre y del Hijo, añadidura al Credo acordada primeramente en España y que a su vez se aceptó por Carlomagno con el expreso consentimiento de Paulino y de los obispos occidentales.

Personalmente fue Paulino un hombre de vida austera y santa, que le valió se le diera culto tras su muerte en Aquileya el 11 de enero del año 802. Había logrado ver a su querido Carlomagno coronado emperador.

BEATO BERNARDO SCAMMACCA

Presbítero († 1487)

Nació Bernardo en Catania hacia el año 1430 en el seno de una familia rica. No era el suyo un tiempo que pareciera muy propicio a la santidad, bien que ésta no dejara de florecer por todas partes, pero entre la juventud circulaban criterios de conducta que se alejaban muchísimo de la fe que la sociedad de su tiempo decía profesar. El hecho es que al llegar a la adolescencia Bernardo perdió el sentido de la mesura y, aprovechando la buena situación social en que se hallaba, su vida se fue hundiendo en la disipación de costumbres. Descuidado, alegre, vividor, pendenciero, el joven Bernardo no tenía tiempo de pensar en asuntos espirituales.

La llamada de Dios le llegó cuando el Señor permitió que al batirse en un duelo recibiese una profunda herida, que le obligó a ir a parar al lecho del dolor. Pudo costarle la vida pero su fuerte constitución le hizo soportar sin morir la pérdida de sangre y

la debilidad. Convertida la herida en llaga, le sirvió de base para reflexionar sobre la vida llevada hasta entonces y arrepentirse sinceramente. Mejoró y optó por un cambio radical de vida. Acudió al convento de Santo Domingo y pidió el hábito blanco de los frailes predicadores.

Bernardo asumió la vida religiosa como una penitencia por sus muchas faltas. Profesó los votos de la Orden y, estudiada la teología, accedió al sacerdocio, proponiéndose imitar en su celo apostólico a Santo Domingo. Se dice que sus predicaciones, sus profecías y sus milagros atrajeron sobre él la atención de los fieles, que lo veneraron en vida como santo. Murió en Catania el 11 de enero de 1487. Su culto fue confirmado por el papa Pío VII el 8 de marzo de 1825.

BEATOS GUILLERMO CARTER Y OTROS MÁRTIRES INGLESES

Martir († 1584)

El día 22 de noviembre de 1987 el papa Juan Pablo II beatificaba en Roma al seglar Guillermo Carter, cuyo martirio había tenido lugar tal día como hoy, 11 de enero, del año 1584, y junto con él fueron aquel día colocados en el honor de los altares otros ochenta y cuatro mártires de la persecución que la corona inglesa dirigió tenazmente en los siglos XVI-XVII contra el catolicismo de su reino.

Naturalmente todos los mártires no habían alcanzado su corona ni en el mismo día ni en el mismo año, pero la memoria de todos ellos fue englobada en una causa que tenía como primer nombre al sacerdote secular Jorge Haydock y que comprendía sacerdotes seculares, religiosos y seglares, así hombres como mujeres, de varias condiciones y edades, testigos todos ellos del Primado de Pedro tal como lo quiso Cristo y de los derechos de la conciencia humana a profesar la fe de manera libre y responsable.

En el breve por el cual los beatifica, el papa Juan Pablo II recuerda que todos estos mártires pusieron por encima de las exigencias del rey terreno la fidelidad a Cristo, rey eterno, el rey cuyo reino no es de este mundo, de quien se hicieron testigos

los mártires prefiriendo perder la vida terrena antes de pisotear el mandato de Cristo Rey. Ellos dieron testimonio con su muerte de que todo poder viene de Dios y nada puede contra los mandatos de Dios y que por ello no se puede obedecer a los hombres cuando al hacerlo se desobedece a Dios. Los mártires provenían de Inglaterra, Gales, Escocia e Irlanda, y todos estaban unidos por una misma fe y una misma aspiración a la vida eterna.

Guillermo Carter había nacido en Londres de padres católicos y ejerció primero el oficio de impresor, que era el paterno. Luego entró como secretario y escribiente al servicio de un catedrático de griego, Mr. Harspfield, que por católico fue a parar a la cárcel. Carter no dudó en colaborar en la impresión de obras católicas, por lo que la policía de Topcliffe estuvo tras él hasta que logró arrestarlo en julio de 1582. A la esposa de Carter se le sacó información sobre las actividades de su marido como persona relacionada con los católicos más significados, pero Carter se mantuvo firme en no revelar los nombres de sus amistades. Encerrado en la Torre de Londres, tuvo la pena de no poder asistir a la muerte de su esposa. En el juicio se le acusó de escribir libros propios de un traidor y que incitaban a la traición y bajo esa acusación fue condenado a muerte. Fue ahorcado y descuartizado en la plaza londinense de Tyburn en la fecha indicada.

BEATO FRANCISCO ROGACZEWSKI

Presbítero y mártir († 1940)

Era un sacerdote polaco, natural de Lipinki, donde nació el 23 diciembre 1892 y que había estudiado en el seminario de Pelplin hasta su ordenación en 1918. En 1920 pasó a la diócesis de Gdanz, trabajando durante diez años en la vida parroquial. En 1930 se le nombra rector del centro pastoral encargado de atender a la población de cultura polaca, para la que se construye la iglesia de Cristo Rey.

En 1937 este centro pastoral se constituye en parroquia personal de los polacos, con la oposición feroz de los elementos alemanes de la ciudad que dominaban su senado, y que logran

que la parroquia como tal sea anulada. Pero a Francisco se le confirma en su puesto de delegado episcopal para la población polaca, entre la que desarrolla un amplio y fructuoso apostolado.

No puede extrañar que el día mismo de la invasión alemana de Polonia, 1 de septiembre de 1939, Francisco fuera arrestado y llevado a continuación al campo de concentración de Stutthof, donde padeció no pocos malos tratos, llevados por él con fe y paciencia admirables, ofreciendolo todo por el bien de la Iglesia. El 11 de enero de 1940 fue fusilado. Lo beatifico el papa Juan Pablo II el 13 de junio de 1999.

12 de enero

A) MARTIROLOGIO

1 En Cesarea de Mauritania, San Arcadio († 304), martir

2 En Constantinopla, los santos Tigrio, presbitero, y Eutropio, lector († 406), que por su adhesion a San Juan Crisostomo fueron calumniosamente acusados y condenados

3 En Arles (Provenza), Santa Cesarea († 529), abadesa, hermana de San Cesareo, obispo

4 En Grenoble (Francia), San Ferreolo († 659), obispo, martiriza do mientras predicaba

5 En Wearmouth (Inglaterra), San Benito Biscop († 690), abad be nedictino **

6 En Rielvaux (Inglaterra), San Aelredo († 1167), abad cisterciense *

7 En Leon (España), San Martin de la Santa Cruz († 1203), presbi tero y canonigo regular

8 En Palermo (Sicilia), Beato Bernardo de Corleone († 1667), reli gioso capuchino *

9 En Montreal (Canada), Santa Margarita Bourgeoys († 1700), vir gen, fundadora de la Congregacion de Nuestra Señora **

10 En Angers (Francia), Beato Antonio Fourier († 1794), artesano y martir durante la Revolucion Francesa

11 En Cahors (Normandia), Beato Pedro Francisco Jamet († 1845), presbitero, superior de las religiosas Hijas del Buen Salvador **

12 En Viareggio (Toscana), San Antonio Maria Pucci († 1892), reli gioso servita, parroco durante cincuenta años **

13 En Tomhom (Tailandia), Beato Nicolas Bunkerd Kitbamrung († 1944), presbitero y martir *

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

SAN BENITO BISCOP

Abad y confesor († 690)

San Benito Biscop, de origen inglés, es uno de los apóstoles que más contribuyeron en el siglo VII a llevar a feliz término la obra de cristianización y organización de la Gran Bretaña, iniciada por San Gregorio Magno (590-604) y San Agustín de Cantorbery.

Nacido hacia el año 629, pertenecía a una noble familia de la corte de Oswy, rey de Northumbria, y fue desde su primera juventud muy estimado por el rey. Sin embargo, a los veinticinco años, sintiéndose movido por Dios hacia la vida de retiro, dio el adiós al mundo, se dirigió por vez primera a Roma con el objeto de cimentar bien su piedad, visitando las tumbas de los Príncipes de los Apóstoles y empapándose íntimamente en las verdades de la fe y en los principios de la perfección cristiana y, a su vuelta, se entregó de lleno al estudio de la Biblia y a la práctica de la piedad.

Pero bien pronto tuvo que interrumpir su vida de estudio y de ascética cristiana con un nuevo viaje a Roma: Egfrido, hijo del rey Oswy, que planeaba él también un viaje a Roma, pidió a Benito Biscop lo acompañara en esta peregrinación. Aceptó gustoso Benito tal invitación, particularmente grata para él; y, aunque Egfrido no pudo realizar su viaje, partió él por segunda vez a Roma, donde procuró profundizar más en la perfección cristiana y en las ciencias eclesiásticas. No sabemos cuánto tiempo se detuvo en esta ocasión en Roma; pero lo que sabemos es que, a su vuelta, se retiró al célebre monasterio de Lerins, que tanto se había distinguido por sus hombres eminentes y por su observancia regular. Allí, pues, después de la preparación conveniente, tomó el hábito religioso y, más tarde, la tonsura clerical, y durante dos años siguió con la mayor perfección la vida monástica. Después de esto hizo su tercer viaje a Roma, donde tenía intención de fijar su vida en adelante; pero el papa San Vitaliano (657-672) le ordenó volver a Inglaterra al lado de Teodoro de Tarso, obispo de Cantorbery, y de Adriano, que partían para la Gran Bretaña. Adriano se detuvo de momento

en Francia; pero Benito y Teodoro llegaron felizmente al territorio de Kent, en Inglaterra.

Y con esto comienza la etapa más característica y fecunda de la santa vida de San Benito Biscop. Hallábase entonces la Iglesia de la Gran Bretaña en un momento decisivo. La obra de conversión de los anglosajones, iniciada en Kent en 597 por San Agustín y sus treinta y nueve compañeros, seguía avanzando a través de graves dificultades. Al territorio de Kent siguieron los de Essex, la Northumbria y otras provincias o reinos de la Heptarquía. El año 664 fue de gran trascendencia; pues, patrocinada por el cristiano rey Oswy de Northumbria, se celebró la célebre discusión entre los antiguos celtas y los nuevos cristianos, con lo que se llegó sustancialmente a la unión. El nuevo arzobispo de Cantorbery y primado de Inglaterra, Teodoro de Tarso, tomó posesión de su sede en 669 y completó durante los decenios siguientes la organización de la Gran Bretaña cristiana.

Pues bien, en esta obra, fundamental y definitiva, uno de sus principales colaboradores fue San Benito Biscop, quien, con su virtud, sus conocimientos teológicos y su indomable actividad, trabajó incansablemente por consolidar la vida religiosa en Inglaterra. Efectivamente, el nuevo primado Teodoro nombró inmediatamente a Benito abad del monasterio de San Pedro y San Pablo, de Cantorbery. Era un puesto de gran influjo, desde el cual trabajó Benito durante dos años con gran celo y extraordinario fruto. Pero, a la llegada de Adriano en 671, descargó en él esta dignidad, y por cuarta vez se dirigió a la Ciudad Eterna. Benito había formado amplios planes de fundación de nuevos monasterios en Inglaterra, para lo cual necesitaba estudiar detenidamente en Roma toda la disciplina eclesiástica y las reglas monásticas. Con este objeto permaneció largo tiempo en Roma, visitó diversas partes de Italia; se procuró una buena y selecta biblioteca de los mejores libros religiosos y una gran cantidad de reliquias y de cuadros de Nuestro Señor, de la Santísima Virgen y de algunos santos.

Con todos estos preparativos volvió de nuevo San Benito, en 674, a Northumbria, donde el sucesor de Oswy, Egfrido, le hizo una entusiasta acogida y le entregó grandes terrenos para la construcción de un monasterio. Rápidamente puso Benito

manos a la obra, levantando en la desembocadura del río Wear el monasterio, denominado por eso mismo Wearmouth, que tanta fama tuvo luego en la historia, y que él puso bajo el patronato de San Pedro. Mientras se terminaba la obra del monasterio, San Benito se dirigió a Francia, de donde trajo arquitectos y obreros especializados para la construcción en piedra, con los cuales levantó la iglesia de Wearmouth, que fue la primera que se construyó en piedra en la Gran Bretaña conforme al estilo de las de Francia e Italia. Hasta entonces se construían sólo en madera, como se había hecho en *Lindisfarne.* Por otra parte, hizo adornar la nueva iglesia con altares, frescos y vidrieras de colores, lo cual constituía otra insigne novedad en Inglaterra, con lo cual y con la multitud de imágenes que colocó en los altares, contribuyó eficazmente a que el pueblo comprendiera mejor los misterios de la religión cristiana.

Tal satisfacción produjo en el rey la obra de Benito, que le asignó otra cantidad de terreno a la ribera del Tyne, donde fue construido el monasterio de Jarrow, que se puso bajo la advocación de San Pablo. Ambos monasterios, a corta distancia uno de otro, fueron considerados casi como uno solo, que gobernó durante algún tiempo el mismo fundador, San Benito Biscop. Pero más tarde nombró un abad para cada uno, sobre todo cuando tuvo que ausentarse en su nueva peregrinación a Roma. En la iglesia de San Pedro de Wearmouth colocó hermosos cuadros de la Santísima Virgen y de los doce apóstoles, la historia del Evangelio y las visiones o revelaciones de San Juan. El de San Pablo de Jarrow lo embelleció con diversas pinturas, que dispuso en tal forma que presentaran la armonía entre el Antiguo y el Nuevo Testamento, y juntamente la correspondencia entre los tipos de uno y la realidad del otro. Así, Isaac, llevando a cuestas la leña que debía servir para su propio sacrificio, era explicado por Jesucristo, llevando su propia cruz en la que debía él mismo ser sacrificado. Y, de un modo semejante, la serpiente de bronce de Moisés, en lo alto de un palo, quedaba ilustrada por Jesucristo levantado en la cruz.

Para completar su obra, hizo San Benito su quinto y último viaje a Roma, de donde trajo gran cantidad de reliquias y de libros. Más aún. Deseando introducir en Inglaterra en toda su

perfección y grandiosidad los oficios litúrgicos y todas las ceremonias del rito latino, obtuvo del papa San Agatón (678-681) le diera como compañero al abad de San Martín, llamado Juan, maestro de música y de ceremonias de San Pedro del Vaticano. Así, pues, el abad Juan acompañó a San Benito a Inglaterra e introdujo allí la música gregoriana, la liturgia y todo el ceremonial romano, todo lo cual contribuyó eficazmente a elevar el espíritu religioso del país. En realidad, los dos monasterios fundados por San Benito constituyeron desde entonces dos centros de cultura religiosa y progreso medieval. Sus bien equipadas bibliotecas, la magnificencia de sus iglesias y el esplendor de su liturgia, obra todo ello de las fatigas de San Benito Biscop, contribuyeron a la formación de aquellos ejércitos de misioneros, que más tarde emigraron al continente europeo para devolverle con creces el bien que de él habían recibido.

Durante toda su vida, San Benito Biscop fue para todos un ejemplo viviente del más puro amor de Dios y de todas las virtudes religiosas. Pero esto se manifestó de un modo especial en los últimos años de su vida. Débil ya por su edad y por varias enfermedades, dio a todos ejemplo de paciencia y resignación cristiana, que a las veces se transformaba en verdadera alegría espiritual. Durante su larga enfermedad, sentía especial complacencia, a fuer de buen anciano, en relatar sus correrías apostólicas y sus viajes a Roma, así como también los admirables ejemplos de que había sido testigo en multitud de casas religiosas. Y cuando ya no se sentía con fuerzas para hablar ni para rezar, hacía venir un monje para que le recitara las horas del oficio divino, que él seguía en la forma que le era posible. Así lo hizo, sobre todo, durante los tres últimos años de su vida, en que una parálisis le impedía casi todo movimiento.

Particularmente digno de mención es su constante esfuerzo por mantener la presencia de Dios, de donde brotaban aquellas ardientes exhortaciones que dirigía de cuando en cuando a sus discípulos:

> «No consideréis como cosa mía las constituciones que yo os he dado. Después de visitar diecisiete monasterios, que vivían en la mejor observancia, procuré hacer una síntesis de las reglas y prácticas religiosas que me parecieron mejores, y esto es lo que os he dado a vosotros. Tal es mi testamento».

De esta manera, después de recibir con admirable fervor el Santo Viático, descansó dulcemente en el Señor el 12 de enero del año 690. Las dos abadías de Wearmouth y de Jarrow conservaron su memoria con gran veneración hasta que desaparecieron por efecto del cisma anglicano promovido por Enrique VIII.

BERNARDINO LLORCA, SI

Bibliografía

ALLISON, T., en *Church Quart. Rev.* 107 (1928) 57s.
BEDA EL VENERABLE, *Historia ecclesiastica: Vitae Abbatum Wiremuthensium et Girvensium; Homilia in natale Sancti Benedicti* (Biscop).
MONTALEMBERT, CH. F. R DE TYRON, COMTE DE, *Les moines d'Occident* IV (París ^{3}1867) 457s.
PLUMMER, C., ed. de la *Historia Eccles.* de Beda: *Ecclesiastical History.*
STANTON, R., *A menology of England and Wales* (Londres 1887).

SAN ANTONIO MARÍA PUCCI
Religioso († 1892)

San Antonio María Pucci, uno de los siete hermanos de la humilde familia de Agustín y María Pucci, de Poggiole, encantador pueblecito acostado en las laderas preapenínicas toscanas, en la provincia del Dante, no ha llamado la atención de los conocedores del arte y de la cultura italiana. El párroco de Viareggio, diócesis de Lucca, pertenece a otra página de la historia de este pueblo armónicamente paradójico, capaz de ser a la vez garibaldino y rezador, papista y anticlerical, de honda cristiandad de Catacumbas y de atisbos de romanidad pagana. Es la historia de una generación de hombres santos, sacerdotes santificados en contacto con el pueblo fiel, a través de una labor pastoral, desde Juan Leonardo y Felipe Neri al papa Sarto y Juan Bosco.

El padre Pucci fue beatificado sesenta años después de su muerte por Pío XII, en 1952, y en su haber de santo cuenta extraordinariamente una cosa: cuarenta y cinco años de párroco y religioso servita ejemplar.

No obstante la heroicidad de sus virtudes, los trazos elementales de su biografía traen al recuerdo tantas vidas paralelas de seminaristas y sacerdotes, compañeros de estudios unos, co-

nocidos otros tal vez en la propia parroquia. Ya durante su vida el padre Pucci se hizo tan familiar e íntimo a sus feligreses, que cariñosamente le llamaban «el Curatino». Una de estas figuras de párroco, que ha visto nacer y morir casi toda una generación y ahonda en el corazón del pueblo, como una institución patriarcal.

Sin un apellido ilustre, su nombre bautismal era Eustaquio. Nació en 1819. Monaguillo servicial y piadoso, ganó la confianza de don Luigi, su párroco. En cambio de los servicios prestados recibía clase de latín y cultura general. No conoció el Liceo del Renacimiento italiano. Y no lo echaría de menos después; su vida sacerdotal transcurrió ajena a la lucha de políticas y de culturas; y eso que su tiempo fue el de la unidad italiana y en parte pertenecía al de la «Kulturkampf». En último término, su padre no pretendía hacer de Eustaquio más que un buen labrador; y se opuso cuando el párroco de Poggiole fue a hablarle de que Eustaquio, joven ya de dieciocho años, aspiraba a «hacerse cura». Considerando su piedad mariana, don Luigi le había propuesto ingresar en la Orden de los Siervos de la Madre de Dios, de Florencia, con quienes cultivaba una sincera amistad y estima.

Al fin, el hombre del arado y de la esteva cedió al hombre de iglesia, y consintió; el padre de Eustaquio no era de los peores parroquianos de don Luigi. Y el «curato» se hace respetar mucho también en Italia, hoy todavía, entre las buenas familias de las parroquias rurales.

Conseguido el permiso paterno, Eustaquio ingresaba el 10 de julio de 1837 en el convento de la Anunciación. La primera etapa de su vida aldeana se cierra con un certificado protocolario de buena conducta, presentado por el párroco al superior de Florencia. ¡Habría hecho tantos otros para sus feligreses! Y, sin embargo, aquel del hijo de la familia Pucci sería un eslabón más del proceso de canonización de un santo.

Su inclinación al sacerdocio, observada por don Luigi y alguno de sus familiares que le habían visto jugar «a decir misa», se convirtió en realidad. Eustaquio, ahora fray Antonio María, fue ordenado sacerdote el 24 de septiembre de 1843. Los Siervos de María, cuyo origen, bordeado de leyenda, data del siglo XIII, conservan una tradición más eremítica que monacal,

más pastoral que académica, caracterizada por la propagación de la devoción a la Virgen de los Dolores. En su santoral cuenta con diez santos canonizados: San Felipe Benizzi, San Pellegrino Lazioni, Santa Giuliana Falconen y los siete santos fundadores. La historiografía moderna de la Orden encuentra su máxima figura en el cardenal Lepicier, muerto en 1936.

El nombre del padre Antonio María Pucci nos lleva al ambiente recoleto donde el «Curatino» fue destinado a ejercer su ministerio: Viareggio, pequeña ciudad junto al Tirreno, hoy famosa playa internacional. Tres años de coadjutor y después... siempre párroco de San Andrés. Sus feligreses eran casi todos pescadores, que se fueron encariñando poco a poco con el párroco de pequeña estatura y ojos serenos. Los más íntimos se sentirían orgullosos de tener un párroco apreciado en la curia de Lucca, de la que había sido nombrado, tan joven como era todavía, examinador prosinodal. Los primeros años de actividad pastoral no le habían impedido preparar el examen de «maestro en Sagrada Teología», título que concedía el capítulo de la Orden. En otro ambiente, el padre Pucci hubiera sido tal vez un hombre de estudios; pero si la Orden ha perdido un científico, ha ganado, en cambio, un santo.

Los que le conocieron, confiesan que no era simpático; su voz nasal y de tono monótono, la cabeza siempre inclinada, sus ligeros gestos nerviosos, no hacían de su persona una figura estética. Se diría que era un hombre con complejo de inferioridad. Algunos contemporáneos, al saber que se introducía su proceso de canonización, desconfiaban del éxito, porque consideraban que era una personalidad ordinaria. No es un caso aislado. También el alcalde de Viareggio, de aquella época liberal, respondía al superior de San Andrés, que solicitaba la dedicación de una calle en recuerdo del padre Pucci, minimizando su actuación y justificando su negativa: «Al fin y al cabo, es un cura, que no ha hecho más que cumplir con su deber».

Es bella esta heroicidad humilde de un párroco que cumple durante cuarenta y cinco años con su deber. Heroicidad perseverante y desapercibida en su actividad apostólica y en su vida de religioso. Como el cardenal Laurenti, prefecto de la Congregación de Ritos, decía, de broma y de veras, al padre Ferrini,

postulador general de la Orden: «Si el padre Pucci ha sido siempre buen párroco y buen religioso a la vez, es sin duda un santo de verdad».

Objetivo central de sus preocupaciones pastorales fue la organización parroquial: catequesis y beneficencia, grupos de seglares y fundación de religiosas, acción social y apostolado del mar.

Para desarrollar más eficazmente sus tareas de catequista, organizó la Congregación de la Doctrina Cristiana. Con sorprendente espíritu de dinamismo apostólico utilizaba todos los resortes para atraer los niños a la parroquia; ayudado de sus fieles militantes de la congregación, daba especial relieve, religioso y espectacular a la vez, a las fiestas de las primeras comuniones, del reparto de premios, de la «Befana» (o «hada-buena»), manifestación italiana de la tradición española de los Reyes Magos, llevando él mismo los juguetes a casa de los niños.

Con una concepción orgánica de las obras parroquiales, instituyó para la formación integral de los jóvenes y en función también de la catequesis la «Compañía de San Luis». Sin conocerse, el padre Pucci realizaba con los jóvenes una labor paralela a la que contemporáneamente San Juan Bosco lleva a cabo en Turín. Humano y perspicaz psicólogo, no olvidaba prescribir a sus muchachos en el reglamento de la asociación que «buscaran un buen amigo y huyeran de los tristes». Posteriormente, esta asociación fue la base en Viareggio de uno de los primeros centros interparroquiales de la Acción Católica, promovida poco después de la muerte del padre Pucci con las directrices pontificias.

Incrementó la devoción eucarística con la Cofradía del Santísimo Sacramento y organizó los grupos apostólicos femeninos, cuya dirección encomendó a una joven piadosa, Giuliana Lucci; más tarde, con otro grupo de jóvenes de la parroquia, ingresó en las Siervas de María de Viareggio, cuya fundación se atribuye fundadamente al Beato Pucci.

La incorporación de los seglares al apostolado parroquial, en un plano más ambicioso, llevada a cabo con un moderno espíritu de iniciativa por el padre Pucci, está vinculada a los azares políticos de la época. Eran tiempos en que el ideal mazziniano

de la República italiana adquiría un intenso desarrollo. El romanticismo católico liberal afloraba un Papa, en frase de Chateaubriand, «León de la libertad italiana».

Contra tal previsión ilusionada, la unidad de Italia, sin intervención pontificia, fue proclamada por Cavour en Turín, en 1861. En 1870 las tropas italianas eran saludadas en Roma como libertadoras y Pío IX se refugiaba en el Vaticano. Cairoli, Crispi, Zanardelli, De Pretiis son nombres de notables republicanos, antipontificios, conmemorados ahora como gloria nacional en las calles de la que en otros tiempos fue la Roma papal. Cavour resumía su ideología política en pocas palabras: «La Iglesia libre en Estado libre». El espíritu laico tomó auge en Italia después de la constitución del Reino; en 1873 era abolida la Facultad de Teología de las Universidades y suprimida la enseñanza religiosa en las escuelas.

El ambiente cargado de incertidumbre religiosa se hacía sentir también en Viareggio. Para el párroco de San Andrés la situación ofrecía un aspecto eminentemente pastoral. Frente al problema de la descristianización pública que se planteaba en Viareggio, cuyas autoridades civiles eran todas republicanas y hacían profesión de incredulidad, el «Curatino» pensó en una asociación de hombres católicos; así organizó «La Pía Unión de los hijos de San José para mantener incólume la fe católica en la familia y en la sociedad cristiana».

Podría pensarse, con motivo, que el párroco de Viareggio habría sido criticado de «hacer política»; sobre todo, cuando los biógrafos aseguran que «defendía con todas las armas de la ciencia y de la historia los sacrosantos derechos de la Iglesia, incluido el poder temporal de los Papas». Pero el «Curatino» no fue tildado de clericalismo político, campaña preferida de los grupos de oposición desde que en Italia comenzó a desarrollarse la democracia cristiana. Ni siquiera los republicanos de Viareggio quisieron mezclar el recuerdo del padre Pucci con la política; porque el «Curatino» ¡había sido tan bueno! Había socorrido heroicamente a los enfermos en los días de la epidemia, 1854-1855; había dado tantas veces su manteo y su colchón a los pobres ateridos de frío, no excluidos los anticlericales; había instituido para la beneficencia la Cofradía de la Misericordia y la

Conferencia de San Vicente; su vida había sido una cadena de heroica caridad.

La venerable figura del párroco, recorriendo las calles a socorrer a los pobres o a asistir a los enfermos, se había grabado hondamente en los miembros del Consejo Comunal y en atención a su obra asistencial, declaraban en sesión plenaria, después de su muerte: «Que el padre Pucci, no ocupándose nunca de política, dejó esta misión a quien pertenecía, siendo así ejemplo de cómo se debería comportar el clero en la convivencia social».

El «Curatino» había conquistado de veras el amor de su pueblo. Los hechos de celo y de caridad se sucedían día a día. De sus obras asistenciales merece destacarse la Colonia Marina, que organizó para hijos de obreros, la primera en Italia, superando así con su acción su ideología social, enmarcada en el «paternalismo» propio de la época y paralela al título que el pueblo le dio de «Padre de los pobres».

Su temple de santo se acendraba en la vida religiosa. Elegido superior de la casa de Viareggio en 1859, fue reelegido, contra toda costumbre, continuamente, llegando a ser en 1883 Superior Provincial en toda la Toscana. Pero su personalidad de párroco modelo absorbe la de religioso observante.

Para el estudioso de la historia del apostolado pastoral el Beato Pucci representa un eslabón de unión de las antiguas y de las nuevas formas con que se ha ido realizando en las diversas épocas; integración del concepto esencial de un óptimo pastor de almas del siglo XIX y de la concepción de una perfecta organización parroquial de nuestros tiempos. Se adaptó al ambiente popular y a la piedad, un tanto ritualista, de sus feligreses, pero presintió el surgir de nuevos problemas y nuevos estilos, sabiendo afrontarlos con tantas iniciativas. En este afán de juntar «lo nuevo y lo viejo» en sus métodos de apostolado, obsesionado por la salvación de sus fieles, se encuentra la continuidad extraordinaria de su santidad.

Se extinguió a los setenta y tres años. Testigos oculares hablan de éxtasis y de hechos milagrosos en su vida. A pesar de todo, prevalece la venerable figura del anciano párroco, pobre y sacrificado, fervoroso y organizador, consumido en la tarea or-

dinaria de apostolado. El párroco enraizado en su pueblo fiel, a quien edificó constantemente y para el que aún después de la beatificación continúa siendo, sencillamente, «el Curatino santo», Eustaquio Pucci, nacido en la aldea de Poggiole.

MANUEL USEROS CARRETERO

Bibliografía

BALDI, A., *P. Antonio M. Pucci dell'Ordine dei Servi di Maria* (Lucca 1935).
FERRINI, F., *Il Curatino* (Roma 1952).
PANICHELLI, P., *Il Curatino di Viareggio* (Pisa 1939).
POLETTI, E., *Viareggio e il suo Santuario* (Viareggio 1895).
ROSSI, A. M., *Studi storici sull'Ordine dei Servi di Maria,* 4 vols. (Roma 1939-1942).
SARRI, R., *La morte di un Santo. Cenni necrologi del P. Antonio M. Pucci* (Viareggio 1892).

SANTA MARGARITA BOURGEOYS
Virgen († 1700)

La primera congregación religiosa en América del Norte, concretamente en Canadá, es la de las Hermanas de Nuestra Señora, que fueron fundadas por Santa Margarita Catalina Bourgeoys en la segunda mitad del siglo XVII, un siglo después del descubrimiento, conquista y evangelización paulatina del gran continente americano por la Europa cristiana.

En la historia de la expansión de la Iglesia, ante el descubrimiento y el hallazgo de nuevas tierras habitadas en el planeta, se escucha la misma voz que llamó un día a Abrahán y le dijo: «Sal de tu tierra y de tu parentela y de la casa de tu padre, a la tierra que te mostraré; que yo engrandeceré y bendeciré tu nombre» (Gén 12,1-3).

Entre los que sintieron esa llamada interior y la siguieron destaca Margarita Bourgeoys, ejemplo vivo, digna de ser propuesta a la veneración e imitación de toda la Iglesia, ya que ha merecido con justicia el título de «Madre de una región y de una Iglesia» (*AAS* 79 [1987] 1033).

Nació Margarita el 17 de abril de 1620 en Troyes (Francia) y fue bautizada en el mismo día. Era la tercera de nueve hermanos, hijos de un modesto empresario que con su asiduo trabajo

pudo ir sosteniendo decorosamente familia tan numerosa. Sus padres se llamaban Abrahán Bourgeoys y Vilelma Garnier.

La vocación de maestra y educadora daba ya señales inequívocas desde su niñez más temprana, pues solía reunir a compañeras de su edad en pequeños grupos de trabajo y oración.

Huérfana de madre a los diez años, pronto tuvo que dedicarse a los cuidados y faenas de la casa preocupándose de sus hermanitos más pequeños. Ella misma, al final de su vida, da gracias a Dios por la educación recibida de sus padres y por la certera dirección de los sacerdotes que la orientaron muy temprano por los caminos de la piedad a una vida semejante a la de una religiosa, pero en medio del mundo.

Los desastres de la guerra la impresionaban y despertaban en ella una caridad compasiva. Por el testimonio escrito de una prima suya sabemos que sentía una gran preocupación por los pobres. Pero nada hacía presagiar su extraordinaria trayectoria espiritual futura.

Llegada a los años de la juventud, su hermosura física y sus encantos personales, las peculiares dotes de fina elegancia y buen gusto, halagaban su vanidad. Habría corrido peligrosos riesgos si no hubiera venido en su ayuda de modo visible la Santísima Virgen, a quien siempre profesó tierna devoción. En su fiesta del Santo Rosario se sintió llamada a una mayor entrega. Al contemplar la imagen de Nuestra Señora se sintió tocada y transformada.

Después de su conversión, dando la espalda a sus vanidades, decidió apartarse del mundo y entregarse totalmente al servicio de Dios.

Por eso se lanzó primeramente a la educación de los niños y al cuidado de los enfermos pobres, de los moribundos y hasta de los difuntos, fortalecida ante todo por la recepción de los sacramentos de la penitencia y de la eucaristía.

Pensó hacerse monja carmelita o clarisa, pero las dos puertas se le cerraron. Fue la Santísima Virgen quien, a través del director espiritual, le indicó que sin duda la llamaba Dios por otros caminos, a una vida de intensa actividad en medio del mundo y no encerrada en los claustros. La Virgen le señaló y le propuso una vida andariega de misión.

Cuando ya tenía 27 años, el fallecimiento de su padre vino a romper el último lazo que le podría retener junto a su familia. Se despertó entonces más y más su vocación misionera.

Cinco años después, que le sirvieron de reflexión, la divina Providencia fue abriendo horizontes a sus generosas aspiraciones.

A fines de 1652, el gobernador de Montreal (Canadá), Sr. de Maison-Neuve, vino a Francia buscando una educadora para las niñas de la guarnición francesa que se encontraba en Nueva Francia, como por entonces se llamaba a Canadá.

Le presentaron y recomendaron a Margarita Catalina Bourgeoys, cuya esmerada preparación era clara.

El gobernador le propuso que se uniera a otras mujeres que ya estaban dedicadas al cuidado de los enfermos y de los niños y que acogían a las personas incultas y salvajes en disposición de convertirse.

De nuevo la Virgen le dijo: «Vete, que yo nunca te abandonaré». Apoyada en esta palabra, Margarita abandonó la ciudad donde había nacido, de una vez y para siempre. Era el 6 de enero de 1653, sin dinero, con un hatillo por equipaje que podía llevarse cómodamente debajo del brazo.

Margarita, pues, a sus 32 años, obedeciendo un impulso interior y confortada con la aparición de Nuestra Señora, decidió trasladarse a Canadá, después de aceptar la misión ofrecida por el gobernador.

Durante la larga travesía a bordo de un barco de vela, estalló la peste, una horrible epidemia de cólera entre los pasajeros. Margarita se convirtió en la enfermera y ángel consolador de los afectados en esta dramática coyuntura.

Después de nueve meses de navegación, el día 16 de noviembre desembarcó en Marianópolis, nombre que tenía entonces la ciudad de Montreal.

Lo primero que le pidió el corazón fue alzar de nuevo la Cruz que los iroqueses habían derribado en el altozano. Un símbolo y una oración: Cristo era quien había de acompañarles y orientarles en las dificultades, trabajos y fatigas.

Y comenzó enseguida su labor de apostolado enseñando el catecismo y visitando a los enfermos en las cabañas, al mismo tiempo que practicaba continuas obras de caridad.

Desde 1653 a 1658, prestó sus servicios a incontables colonos, con especiales cuidados para las madres y los niños, de tal manera que mereció ser llamada «la madre de la colonia». No sólo les enseñaba el catecismo, sino las más sencillas tareas de la vida cotidiana.

Consolaba a los enfermos y prestaba ayuda a las mujeres que los atendían, siempre insuficientes.

La intrépida Margarita, entre otras urgencias y en ocasiones metida en medio de los grandes peligros que comportaba la irrupción de bandas armadas, todos los días había de esforzarse en defender su propia tierra contra los depredadores. Y para eso había que levantar nuevas casas y todo cuando este empeño llevaba consigo.

Al cabo de cuatro años de trabajo, empieza su misión oficial de educadora. Daba clases en una pobre cuadra.

El 30 de abril de 1658 abrió en Montreal la primera escuela de niños y niñas.

En 1659 hizo la primera fundación, que llamó «Casa de la Providencia».

Siete veces volvió a Francia a buscar, entre sus amigas, colaboradoras de su obra y llevó a Montreal las personas que necesitaba para labor tan fructífera y prometedora. Las preparaba y prevenía con el testimonio de su ejemplo para los peligros que salen al paso en tierras desconocidas, convidándolas a consagrarse a Dios. Así nació la Congregación de Nuestra Señora de Marianópolis, que aprobó el rey de Francia Luis XIV en 1671.

En 1672, el «Rey Sol» les otorga a ellas y a sus compañeras la Real Patente de maestra de todo Canadá. Y el Vicariato Apostólico le da facultad de enseñar en las ciudades y en el campo.

Las maestras de Montreal estaban formando ya con toda propiedad una verdadera familia religiosa con el nombre y título de Congregación de Hermanas de Nuestra Señora.

En 1675 fue aprobada por el obispo de Quebec, Mons. Francisco de Montmorency-Laval. Desde este año las «Hijas seculares» recorrían de dos en dos las riveras del río San Lorenzo «como María en la Visitación», para hacer a las niñas buenas

cristianas y después buenas madres de familia, que era lo primero en la mente de la Sierva de Dios.

Empiezan a ingresar en el noviciado las primeras postulantes canadienses llamadas *iroquenses* y se abrieron misiones permanentes a instancias del Obispo y de los párrocos. Se fundó también una misión para niñas abandonadas, muchas de las cuales llegaron a ser fervientes religiosas.

Las Hermanas impartían la educación y la formación cristiana no sólo en la escuela sino también en las parroquias.

El año 1678 pudo Margarita ver concluida la obra que le había inspirado su piedad mariana en el año 1657: la edificación de una capilla —santuario dedicado a Nuestra Señora del Buen Auxilio—, primer lugar de peregrinación en honor de la Madre de Dios en la región de Marianópolis.

Cuando la Congregación se encontraba ya estructurada, el Obispo accedió a los deseos de Margarita y la exoneró de su cargo de Superiora. Largos años de trabajos y fatigas, verdadera noche del espíritu, la habían purificado.

Los siete años que estuvo enclaustrada en un sanatorio, la hicieron muy semejante al Buen Maestro.

Pero nunca dejó de mirar por la Congregación; y lo que no podía decirles de palabra lo confiaba a los escritos; esos escritos han sido como un tesoro de donde se alimentan y enriquecen sus hijas.

La obra se extendía prodigiosamente bajo la mirada sabia y prudente de la Fundadora. Se multiplicaron las vocaciones, las escuelas y los hospitales por toda la región canadiense.

El 24 de julio de 1698 firmó la aceptación de las reglas del Instituto de las Hijas Seculares de la Congregación de Nuestra Señora, tal como las había aprobado el Obispo de Quebec, Señor de Saint-Vallier. Después hizo la profesión pública de los votos religiosos que ya venía cumpliendo hacía cuarenta años. Ya podía cantar el «Nunc dimittis».

Falleció santamente en Montreal el 12 de enero de 1700 después de haber ofrecido su vida por la curación de una Hermana joven que estaba agonizando.

Margarita Bourgeoys y las mujeres que la siguieron no son religiosas vinculadas con votos, aunque se llamen Congrega-

ción. Así nacieron esos grupos de laicos comprometidos que, sobre la base firme de la gracia bautismal, se esfuerzan en dar testimonio de su encuentro con Cristo, mostrando el rostro de Cristo que se les ha revelado, para enviarles a propagar su nombre en el orbe entero.

Éste es el gran ejemplo que nos dejó Margarita, el espejo de un alma grande, optimista, a quien la Virgen María cautivó para que llevara su Hijo a los hombres de las tierras recién descubiertas.

Esa tierna y profunda devoción a la Santísima Virgen, un ardiente espíritu de caridad y paciencia, una delicada prudencia iluminada y sostenida por la oración y la piedad eucarística, caracterizaron su vida entera.

En 1859 se iniciaron los primeros pasos hacia su glorificación. León XIII decretó la introducción de la causa en 1878 San Pío X reconoció el heroísmo de sus virtudes el 19 de junio de 1910.

En reconocimiento de sus heroicas virtudes y de los milagros obrados por Dios a intercesión suya, la beatificó el papa Pío XII el 12 de noviembre del Año santo jubilar de 1950.

En la basílica Vaticana lucía un hermoso estandarte en el que la nueva Beata con los brazos abiertos, mirando al cielo, estaba aureolada por una espléndida corona de alados ángeles niños. Más de veinticinco mil peregrinos de numerosos países, entre ellos Francia y España, además de Canadá, asistieron a la beatificación.

Un discurso de Pío XII a los peregrinos del Canadá contiene los mayores elogios para la ingente labor misionera de la Francia católica y singularmente para Margarita que, en un firmamento en que brillan como estrellas de primera magnitud tantos y tan santos e ilustres personajes,

> «Margarita Bourgeoys es todavía una resplandeciente figura en su humildad, maestra de escuela, misionera ambulante, fundadora de una congregación de "jóvenes seglares" con las que realiza el sueño acariciado para Francia por Francisco de Sales, ¡y lo realiza entre aquellas que llaman "salvajes"!, de manera tan perfecta que, sin contar todas las pequeñas alumnas formadas e instruidas por sus cuidados, eran numerosas sus hijas "huronas" enteramente dedicadas a Dios y a la salvación de las almas»

El Papa terminó su discurso con este interrogante epifonema:

> «¿Sin Margarita Bourgeoys el Canadá sería lo que es hoy? Haced, pues, subir hacia ella y por ella a Nuestra Señora, y por Nuestra Señora a Dios, el himno de vuestro reconocimiento» (cf. *Ecclesia* [1950] n.489, p.607).

A raíz de la beatificación creció notablemente la devoción popular y se multiplicaron los favores y milagros.

Por disposición de Juan XXIII ya se había reanudado la causa de canonización con un decreto del 16 de noviembre de 1960, cuando por su intercesión se obtuvo en junio de 1968 una nueva curación instantánea y perfecta en la joven de 22 años Lisa Gauthier de Montmagny (Quebec, Canadá). Padecía cáncer incurable de colon que desapareció por las oraciones de sus familiares y de las religiosas y la aplicación de una reliquia de la Beata.

El proceso apostólico instruido en la curia diocesana de Santa Ana de Pocatière en 1978 fue reconocido con validez jurídica por la Sagrada Congregación para el Culto de los Santos el 6 de julio de 1979.

El dictamen médico sobre el carácter preternatural de la curación fue aprobado por la Junta especial del dicasterio y por la plenaria de los Cardenales en el Vaticano el 12 de enero de 1982 y confirmado por el Papa el 2 de abril del mismo año. Y el 24 de mayo, Juan Pablo II decretó la solemne inscripción en el catálogo de los Santos y la gloriosa canonización de Margarita Bourgeoys, primera santa del Canadá, que tuvo lugar el 31 de octubre en la patriarcal basílica de San Pedro del Vaticano con gran asistencia de fieles y prelados de todo el mundo.

Fue una educadora y misionera de vanguardia. Su obra ha florecido hasta nuestros días, en los que cuenta con seis mil religiosas en doscientas casas.

BERNARDO VELADO GRAÑA

Bibliografía

AAS 79 (1987) 1033-1037.

Compendium vitae, virtutum e miraculorum Beatae Margaritae Burgeoys, fundatricis sororum a Domina Nostra (Roma 1982).

DEL RE, N., «Margherita Bourgeoys», en *Bibliotheca sanctorum Appendice prima* (Roma 1987) col.834.
MATTEI, S., «Bourgeoys, Margherita», en *Bibliotheca sanctorum,* t.III cols 375-376.
POISSANT, S., *Marguerite Bourgeoys* (Montreal 1982).

BEATO PEDRO FRANCISCO JAMET

Presbítero († 1845)

El sacerdote secular Pedro Francisco Jamet, beatificado por el papa Juan Pablo II en 1987, es considerado como «segundo fundador» de las religiosas del Buen Salvador.

Su larga vida se extiende y cabalga por los siglos XVIII y XIX (1762-1845), llenos de inquietudes y problemas sociales, políticos y religiosos.

La Enciclopedia en la que se alimenta el hombre ilustrado, el absolutismo de los Estados anacrónicos del antiguo régimen, los excesos galicanos y jansenistas, la revolución francesa con sus etapas contradictorias, el endiosamiento de la razón y de la ciencia, todos estos profundos movimientos culturales rodearon la vida de Pedro Francisco Jamet, que fue a la vez un intelectual y un hombre de acción muy encarnado en su siglo.

Nació en Fresnes el 13 de septiembre de 1762, y fue bautizado al día siguiente en la parroquia de Nuestra Señora, perteneciente entonces a la diócesis de Bayeux y hoy a la de Seez (Francia). Sus padres, Pedro Jamet y María Bunot, eran labradores y tuvieron ocho hijos, dos de ellos fueron sacerdotes y una, religiosa. Ellos iniciaron a Pedro Francisco en una vida cristiana fervorosa que se distinguió por su sencillez y fidelidad.

Cuando Pedro Francisco acabó sus estudios de primera enseñanza, se inscribió en el colegio de Vire para cursar las humanidades.

Hacia los veinte años sintió la llamada al sacerdocio. En 1782 se matricula en la famosa universidad de Caen para un quinquenio de filosofía y teología. Y en 1784 entró ya en el seminario de Caen, dirigido por los Padres Eudistas.

Fue ordenado sacerdote con una gran preparación en la piedad y en la vida interior. Era el día 22 de septiembre de 1787. Después obtuvo los títulos de Bachiller en teología y Maestro

en artes. Y no pudo seguir más estudios por causa de la revolución francesa que se desató como un torbellino.

Al principio no sólo no fue hostil a la Iglesia sino que numerosos clérigos y algunos obispos apoyaron el nuevo planteamiento social.

Pero pronto cambiaron las cosas. En noviembre de 1789 la Asamblea, ante la grave crisis económica, ordenó la nacionalización de todos los bienes de la Iglesia. Al año siguiente llegó lo más grave desde nuestro punto de vista: se aprobó la «constitución civil del clero» que determinaba la supresión de algunas órdenes religiosas, la reducción del número de diócesis y la elección de obispos y párrocos por parte de todos los ciudadanos.

Se tomaron estas medidas sin tener en cuenta ni al Papa ni a los obispos franceses. Era resabio de la vieja actitud jansenista y galicana.

Ahora se añadía el desprecio a la Iglesia, típico de los ilustrados, que consideraban la religión como algo retrógrado y aliada a la monarquía absoluta.

El clero acabó separándose de la revolución sobre todo cuando la Asamblea impuso a todos los sacerdotes un juramento de fidelidad al nuevo orden. Los que no juraban, llamados «refractarios», debían abandonar inmediatamente sus iglesias, que eran entregadas a los sacerdotes juramentados, conocidos como «constitucionales».

El año 1790, Pedro Francisco había sido nombrado director espiritual y capellán de las religiosas del Buen Salvador, fundadas por la Madre Ana Leroy, de la misma ciudad de Caen, por los años 1720. Con tanto entusiasmo se dedicó a fomentar el espíritu y las obras de estas religiosas que más adelante, en 1819, ya le veremos como Superior canónico de la Congregación, y en consecuencia es considerado y llamado «segundo fundador».

La revolución francesa le dio ocasión para mostrar su temple sacerdotal celosísimo e impávido. Rechazó, como la mayoría del clero, el juramento que le imponían los revolucionarios.

Desde ese momento fue perseguido con tenacidad: descubierto, encarcelado, juzgado y condenado a muerte. Pero la sentencia no llegó a cumplirse porque logró salir de la cárcel. Libe-

rado milagrosamente, se dedicó en la clandestinidad, por todos los medios y con heroica valentía, a atender a las Hijas del Buen Salvador. La comunidad se había dispersado y había quedado maltrecha.

Los revolucionarios demostraron una particular aversión contra los religiosos y religiosas porque juzgaban inútil su vida.

Durante la persecución, como las heroicas Carmelitas de Compiègne, ya canonizadas, se reunían clandestinamente en pequeños grupos, cobijadas en casas prestadas por personas que estimaban y veneraban su santidad de vida.

Pedro Francisco les celebraba a ocultas el santo sacrificio de la misa, les administraba los sacramentos, animando a los fieles perseguidos y sosteniendo a los hermanos vacilantes, aun con peligro de su vida.

Más tarde escribió: «Estoy contento porque, aunque Dios no me juzgó digno del martirio, sin embargo, por su gran misericordia me ha llamado a llevar la palma del martirio de la caridad».

Calmada la Revolución y pasado el Imperio, se ocupó con todo entusiasmo y entrega a la restauración y el crecimiento del Instituto religioso.

Por iniciativa suya, llena de creatividad, se dedicó de modo especial la Congregación a la asistencia y educación de los sordomudos y a su integración en la sociedad. Él mismo investigó con agudos y detenidos estudios meritorios, reconocidos también por las autoridades civiles, y puso en práctica métodos nuevos para mejorar la enseñanza de los discapacitados.

También atendió a los deficientes mentales, a los afectados por el cólera, a los niños y ancianos pobres, a los emigrantes, y siempre confiando en la divina Providencia.

Fue pionero en este campo. Y su amor a los pobres fue tal que se le comparaba con San José B. de Cottolengo.

Importantísima fue en su vida la etapa de Rector de la Universidad de Caen, casi ocho años: desde 1822 a 1830.

Tanto los profesores como los estudiantes respiraban una renovada atmósfera de vida cristiana, gravemente amenazada entonces por las corrientes del racionalismo y del iluminismo

que desorbitan y anulan las debidas relaciones entre la fe y la razón.

Comprendiendo los estragos que el jansenismo rigorista hacía en las personas bajo su capacidad de aparente piedad, lo combatió por todos los medios evangélicos del discernimiento. Y, valiente, se opuso a las actitudes galicanas y césaro-papistas, entonces de moda.

Recogiendo la buena semilla que los hijos de S. Juan Eudes habían sembrado en su corazón durante los años juveniles del seminario, fomentó la comunión frecuente y la devoción a la Santísima Virgen.

Escribió diversas obras de espiritualidad. Ente ellas se destacan sus *Meditaciones sobre la Santísima Trinidad,* que siguen reeditándose en nuestros días.

La secreta clave de su vida apostólica tan intensa, estaba en su profunda vida interior.

Debilitado por la fatiga y el peso de los años, se durmió en el Señor el 12 de enero de 1845, con el sentimiento de toda la ciudad.

A pesar de su gran fama de santidad, exclusivamente por vicisitudes y motivos políticos, el proceso ordinario informativo sólo se realizó de 1930-1941 en Bayeux. En 1945, la causa fue confiada a la sección histórica de la Sda. Congregación de Ritos. La *positio* fue examinada y aprobada por los consultores especialistas en historia, el 11 de marzo de 1970. Y el 16 de enero de 1975 salió el decreto para introducir la Causa.

Reconocidas oficialmente las virtudes heroicas, el 13 de noviembre de 1984, la Congregación de Cardenales dio también voto positivo el 8 de enero de 1985, y el decreto fue leído «coram Sanctissimo» el 21 de marzo del mismo año. Finalmente, el 11 de diciembre de 1985, la Comisión médica de la Congregación para la causa de los Santos daba su voto unánime sobre el milagro atribuido a la intercesión del Siervo de Dios: la curación instantánea, completa y estable de Sor María Irene Leroy, que padecía el mal de Pott.

Fue beatificado el 10 de mayo de 1987 por Juan Pablo II, en el ambiente del tiempo pascual.

El *Martyrologium romanum* reciente, entre los 13 mencionados el día 12 de enero («pridie Idus ianuarii»), elogia así brevemente su memoria en el núm. 11:

> «En Caen de Francia, el Beato Francisco Pedro Jamet, presbítero que se dedicó con todo afán a ayudar a las religiosas Hijas del Buen Salvador, tanto en el tiempo de la gran revolución como en el de la paz recuperada de la Iglesia».

BERNARDO VELADO GRAÑA

Bibliografía

A.S., *Martire della carita, Ven. p.Pietro Francesco Jamet* (Roma 1985).
LIZARRAGA, C., «Jamet, Pietro Francesco», en *Bibliotheca sanctorum. Appendice prima* (Roma 1987) cols 695-696.
— «Positio super introductione causae», I y II (Archivio de la postulazione, Roma).
SIMON, G A., *La dottrina spirituale e le virtu di Pietro Francesco Jamet* (Roma 1958).

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SAN AELREDO
Abad († 1167)

Aelredo o Ailredo nace en Hexham el año 1109, de familia anglosajona. Su padre y su abuelo habían sido párrocos de la localidad. En su primera juventud marchó a la corte de Escocia, donde estuvo al servicio del rey San David I, y en ella desempeñó, pese a su juventud, el cargo de senescal. Mostró en él magníficas cualidades morales y una rectitud que le hizo padecer quejas por parte de quienes querían se aviniera a determinados favoritismos.

Evolucionó espiritualmente y decidió cambiar de vida, ingresando el año 1134 en la abadía cisterciense de Rielvaux, fundada dos años antes. Con esta abadía empezaba a difundirse por las Islas Británicas el movimiento monástico cisterciense, luego de que en los siglos anteriores fuera tan extenso y fecundo en dichas islas el movimiento de los monjes negros o benedictinos.

Aelredo fue un monje ejemplar, dedicado por entero al ideal de contemplación del Císter. Once años más tarde de su ingre-

so en Rielvaux, la superioridad lo designa abad de un monasterio filial, el de Revesby, donde estará en el cargo hasta 1147. Su labor como abad en este monasterio acreditó definitivamente a Aelredo no solamente como un monje excelente sino como un conductor eficaz de la casa religiosa. Este crédito lo llevó a que a su vuelta a Rielvaux fuera elegido abad del monasterio.

Se conocen muchos particulares de su vida como abad por la pluma de quien fue algo así como su secretario, el monje Walter Daniel, que lo acompañó los últimos diecisiete años de su vida. Él nos asegura la altísima calidad moral de Aelredo, su mansedumbre, humildad, cordialidad, afabilidad, caridad fraterna y sabiduría evangélica. Dice que en estos diecisiete años nunca expulsó a un solo monje del monasterio y que mantuvo siempre desde las formas más suaves las rígidas exigencias regulares cistercienses.

Bajo su mandato el monasterio creció extraordinariamente, llegando a ser 150 los monjes de coro y hasta 500 los hermanos conversos o legos, que se ocupaban de las labores manuales. De todos ellos Aelredo no fue solamente el jefe sino sobre todo el padre espiritual, porque su interés estaba en organizar la vida común de manera que todo facilitara la unión con Dios, la vida espiritual.

El monasterio de Rielvaux tuvo casas filiales en Escocia y en Inglaterra, de las que tenía que cuidar también Aelredo, debiendo visitarlas muchas veces, pese a su poca salud, y teniendo reunión anual con todos los superiores de las casas filiales para evaluar la marcha de las mismas. Fue también al extranjero a visitar las que eran cabezas del movimiento cisterciense: Cîteaux y Claraval.

Quizás el episodio más sombrío de su biografía haya que situarlo en su oposición al santo y paciente obispo de York, San Guillermo Fitzherbert, que había sido canónicamente elegido arzobispo de dicha metrópoli, pero a quien San Bernardo y sus monjes cistercienses se opusieron tenazmente dando oídos a las calumnias que contra el santo circulaban, de simonía y de incontinencia. En 1142 San Bernardo le pidió que fuera a Roma y hablara con el Papa contra la elección de San Guillermo, el cual, dando un altísimo testimonio de humildad y paciencia, no se

defendió del injusto ataque y hubo de pasar por fuertes humillaciones. Aelredo no logró de momento su propósito porque Inocencio II autorizó la consagración de Guillermo, pero cuando llegó a la sede de Pedro un Papa cisterciense, el Beato Eugenio III, San Bernardo y Aelredo volvieron a la carga y el Papa suspendió a Guillermo de sus deberes, y en 1147 se llegó incluso a su deposición. Pero el papa Anastasio IV le haría justicia más tarde, volviendo a instalar a tan digno sujeto en la sede de York. Habrá que decir, en vista de que Bernardo y Aelredo también son santos, que ambos, pese a la violencia de sus ataques contra Guillermo, procedieron de buena fe, creyendo defender la disciplina y el honor de la Iglesia. Aelredo vivió lo suficiente como para ver a Guillermo de nuevo en su sede, y comprobó que éste era conciliatorio y nada amigo de venganzas.

Además de sus palabras continuas a los monjes, Aelredo ejercitó su paternal enseñanza mediante escritos, de los que señalaremos el llamado *Sobre la amistad espiritual* y otro titulado *Espejo de caridad.*

Aelredo murió en su abadía de Rielvaux el 12 de enero del año 1167. No parece haber sido nunca formalmente canonizado, pero desde el siglo XV la Orden Cisterciense celebra su fiesta.

SAN MARTÍN DE LEÓN

Presbítero († 1203)

Nació en la ciudad de León el año 1125. Muy niño fue confiado a la comunidad del monasterio de San Marcelo para su educación. Abierto a la inquietud intelectual, realiza de joven un largo viaje por Europa, visitando los más famosos santuarios, y también las ciudades de Santiago, París, Roma y Constantinopla, acercándose luego a Antioquía y a Jerusalén. A su vuelta a León, decide su vocación sacerdotal y recibe en efecto el sacerdocio, pero muy pronto pasa del clero diocesano a la comunidad de canónigos regulares de San Isidoro de León. Aquí llevaría a cabo su vasta obra literaria, tratando de temas teológicos, ascéticos y litúrgicos, y también sus apreciados comentarios a varios libros de las Sagradas Escrituras.

Martín vivió con gran santidad de vida, siendo venerado por los fieles no solamente como persona docta sino también como ejemplo vivo de vida cristiana. Su gran devoción era el misterio de la Santísima Trinidad, al que dedicó una capilla en la colegiata. Murió el 12 de enero de 1203. Desde entonces recibe culto como santo en León, donde se llama Santo Martino.

SAN BERNARDO DE CORLEONE

Religioso († 1667)

Nace en Corleone, junto a Palermo, en la isla de Sicilia. Fue un muchacho de gran estatura y evidente fuerza física, lo que le llevó a pensar que lo suyo era la profesión de soldado. Era de carácter arisco y pendenciero y muy pronto olvidó los principios de su educación cristiana. Se llamaba en el siglo Felipe Latini. Había nacido el 6 de febrero de 1605.

Su conversión se debió a la crisis espiritual abierta en su alma luego de que en una pendencia matase a un hombre y fuese encartado por la justicia. Se acogió al derecho de asilo de la Iglesia y así se libró de mayores consecuencias. Pensó entonces en cambiar de vida y consagrarse a Dios en la orden capuchina, donde ingresa en el convento de Caltanisetta.

Luego de una larga probación, los superiores lo admiten a la profesión religiosa como hermano lego, desempeñando los servicios que se le pidieron con gran dedicación y humildad. Su cambio espiritual fue radical. Comenzó a andar con pasos firmes por la senda de la vida interior, llegando a gran altura en la vida de oración y favoreciéndole el Señor con numerosos éxtasis, que atrajeron las miradas de todos hacia él. Su humildad y caridad notabilísimas lo señalaban ante los fieles como verdadero siervo de Dios, y comenzaron a circular historias acerca de curaciones efectuadas por él, por lo que muchos enfermos venían a encomendarse a sus oraciones. Devotísimo de la eucaristía, comulgaba diariamente, logrando licencia para ello pese a la costumbre de su tiempo. Era no menos intensa su devoción a la Virgen Inmaculada. Habiéndose tomado en serio la vocación cristiana y religiosa, trató en todo instante de vivirla con todas sus consecuencias.

Después de treinta y cinco años de vida religiosa, fray Bernardo entregó su alma a Dios el 12 de enero del año 1667, siendo beatificado por el papa Clemente XIII el 28 de abril de 1768. Era uno de los más antiguos beatos sin canonizar pero finalmente ha sido inscrito en el catálogo de los santos por el papa Juan Pablo II el domingo 10 de junio del año 2001.

BEATO NICOLÁS BUNKERD KITBAMRUNG

Presbítero y mártir († 1944)

Nicolás es el primer sacerdote tailandés que asciende a la gloria de los altares. Nació el 31 de enero de 1895 en la región de Nakhon Chaisiri, provincia de Nakkon Pathon, en el reino de Tailandia. Tuvo la dicha de nacer en una familia católica. Sus padres, José Poxang e Inés Thiang, lo llevaron a bautizar recién nacido y en el bautismo se le impuso el nombre de Benito, pero por alguna causa desde pequeño le dijeron Nicolás y éste fue el nombre que usó toda la vida. Además de ser educado religiosamente en su casa, Nicolás frecuentó desde niño la misión católica, donde aprendió el catecismo e hizo la primera comunión.

Tenía trece años cuando dijo con firmeza que quería ser sacerdote y fue admitido en el seminario menor de Bang Xang. Aquí permaneció como alumno, haciendo los correspondientes estudios hasta que en el año 1920 es admitido en el seminario mayor de Pinang en Malasia.

Seis años fue alumno de este seminario mayor y cursó en él la filosofía y la teología, siendo admitido al sacerdocio el día 24 de enero del año 1926 en la catedral de Bangkok. Seguidamente fue enviado a ejercer su ministerio pastoral en el pueblo de Bang Nokkuek en calidad de coadjutor Cuando poco después los salesianos se hicieron cargo de esta misión, Nicolás continuó con ellos un tiempo, dedicado a la catequesis y a enseñarles a los nuevos misioneros la lengua.

En 1930 le dieron un nuevo encargo que denotaba gran confianza en sus cualidades y en sus virtudes: fue enviado a la zona norte del país donde numerosos católicos, quizás por falta de asistencia pastoral, habían abandonado la fe formal o prácticamente. La tarea era difícil porque los cristianos estaban dis-

persos por muchos poblados y en una zona montañosa, muchos de cuyos pueblos eran de difícil acceso. Nicolás no se arredró ante las dificultades, y a lo largo de siete años visitó casa por casa a todos los cristianos de cuyo abandono religioso constaba y pacientemente los invitó a regresar a la práctica religiosa y al seno de la Iglesia. En este tiempo y en este cargo se demostró el extraordinario temple apostólico de este sacerdote, su espíritu de sacrificio y su entrega generosa al ministerio del buen pastor que busca las ovejas descarriadas.

En 1937 se le nombra párroco de Khorat, donde igualmente había cristianos que habían abandonado la fe o la práctica religiosa y su celo logró recuperar a no pocos, instituyendo, además, una catequesis sistematizada para los no cristianos, que pasaban tantos de ellos a ser catecúmenos y prepararse para el bautismo. Se le encomendó también la parroquia de Non Kaeo.

La vida del padre Nicolás era ejemplar a los ojos de la comunidad cristiana y aun de los no cristianos que veían su mansedumbre y buena voluntad en todas las cosas. La misa diaria, el breviario, el rosario, la oración asidua y su fervorosa devoción a la Eucaristía y a la Santísima Virgen María alimentaban su sincera piedad y su continua dedicación al bien de las almas. Cuidaba con mucho interés el catecismo de los niños y fomentaba en ellos la piedad así como las señales de vocación sacerdotal o religiosa.

Llegada la guerra entre Francia e Indochina, la situación de los católicos en Tailandia, país que se vio afectado por la guerra, se volvió difícil. Porque se empezó no solamente a sospechar de los misioneros franceses sino también a mirar con malos ojos a los tailandeses conversos al cristianismo, a quienes se miraba como traidores a su cultura y a su patria. Y así se dieron medidas persecutorias que buscaban que los fieles abandonaran la religión y volvieran al budismo.

En mitad de esta persecución el padre Nicolás fue detenido el 12 de enero de 1941 bajo la acusación de ser sacerdote católico y fue recluido en la cárcel de Khorat. Aquí empezó a pasar numerosas penalidades. Llevado ante un tribunal militar y probada su condición de sacerdote, fue condenado a quince años de confinamiento vigilado. Encerrado en una celda inmunda,

muy pronto pudo verse que se le había declarado la tuberculosis. Fue trasladado luego a la cárcel de Bang Khwang y destinado a la zona de tuberculosos. El mal trato, incluso físico, que sufrió muchas veces lo llevó con ánimo paciente, siendo heroica su constancia ante las muchas burlas, desprecios y similares que hubo de soportar. No perdió la serenidad ni la confianza en Dios y no dejó de manifestar que perdonaba a sus agresores y que estaba disponible para lo que Dios quisiera de él. Aprovechó que tenía compañeros de prisión para anunciarles a Jesucristo y logró algunas conversiones. Para su tuberculosis no recibió cuidado ni medicina alguna, de modo que poco a poco la enfermedad se fue apoderando de su organismo. Justamente a los tres años de su detención, el día 12 de enero de 1944 moría en la cárcel a causa de su enfermedad, expirando con la muerte de los justos y bendiciendo al Señor.

La Iglesia de Tailandia, curtida en la persecución, conservó la memoria de este pastor insigne y de su muerte martirial, y por ello se empezó oportunamente su causa de beatificación, que fue finalmente promulgada por el papa Juan Pablo II el día 5 de marzo del año 2000.

13 de enero

A) Martirologio

1 En Poitiers (Aquitania), San Hilario († 367), obispo y doctor de la Iglesia **

2 En Belgrado, los santos Hermilio y Estratonico († 310), que consumaron su martirio siendo arrojados al Danubio

3 En Treveris (Francia), San Agricio († 330), obispo

4 En Reims (Francia), San Remigio († 530), obispo, que bautizo al rey Clodoveo **

5 En Glasgow (Escocia), San Kentigerno († 612), obispo y abad

6 En Capitolias (Batanea), San Pedro († 713), presbitero y martir *

7 En Cordoba (España), santos Gumesindo, presbitero, y Servideo, monje († 853), martires *

8 En el monasterio de Ilbenstadt (Alemania), San Godofredo († 1127), conde de Kappenburg y luego religioso premonstratense *

9 En Lieja, Beata Iveta († 1228), viuda y reclusa

10 En Milan, la Beata Veronica Negroni de Binasco († 1497), virgen y religiosa agustina *

11 En Nam-Dinh (Tonkin), los santos Domingo Pham Trong (An) Kham, Lucas (Cai) Thin, su hijo, y Jose Pham (Trong) Cai († 1859), martires *

12 En el campo de concentracion de Dachau (Baviera), Beato Emilio Szramek († 1942), presbitero y martir *

13 En Tomhom, Tailandia, Beato Nicolas Bunkerd Kitbamrung († 1944), presbitero y martir

B) BIOGRAFIAS EXTENSAS

SAN HILARIO DE POITIERS

Obispo († 367)

El siglo IV es la época de las grandes controversias dogmáticas en el seno de la Iglesia. Si toda disensión teologica fue peligrosa, ninguna más grave ni más desgarradora que el arrianismo predicado en Alejandría por el presbítero Arrio. Segun este heresiarca, el Verbo no es Dios en el sentido propio de la palabra, ni es eterno ni formado de la sustancia del Padre, es solo la primera de las criaturas, la más eminente de las cosas creadas, el elemento intermedio entre Dios y las criaturas propiamente dichas Esta doctrina es la negación de todo el cristianismo, pues de no admitir como inconmovible la divinidad de Jesús, nuestras creencias quedan por completo desvirtuadas. Por eso, en 325, el concilio de Nicea, presidido por nuestro gran Osio de Córdoba, definió como dogma de fe que Jesucristo es Dios En este marco histórico del arrianismo se desenvuelve la actividad del primer doctor de la Iglesia de Occidente

Hilario nació hacia el 315 en Poitiers, de distinguida familia pagana Recibió esmerada formación cultural, tal vez en el mismo Poitiers, por aquella época florecían los estudios en las Galias y sobre todo en Aquitania, cuya capital, Burdeos, era un verdadero foco de cultura intelectual Su estancia en Tréveris, Roma y Grecia durante diez años es incierta, pero es, en cambio, indiscutible que sus escritos reflejan una vasta cultura, así filosofica como literaria, recibida en la juventud Hilario estudio en sus años de adolescente la filosofía neoplatónica, se ejercitó

en la poesía y aprendió la elocuencia. Su formación y su cultura fueron netamente paganas, pero su espíritu fino y delicado supo eludir aquel ambiente cargado de inmoralidad y sibaritismo propio de la época; y su inteligencia penetrante tampoco se saciaba con las supersticiones del paganismo.

Hilario hizo en su juventud una vida de honestidad y pureza consagrada al estudio. Nada más razonable desde el punto de vista humano. Pero el joven Hilario sentía apetencias de lo divino, que en modo alguno satisfacían las contradicciones de la filosofía. Él mismo nos cuenta en la introducción de su obra sobre la Trinidad cómo le traía preocupado el problema de nuestro destino y cómo providencialmente cayó en sus manos el evangelio de San Juan, que le dio la respuesta suspirada. Cuando leyó que el Verbo se había hecho hombre para hacer hijos de Dios a los que le recibiesen, cesó la angustia, dio de mano al paganismo y hacia el 345 recibió el bautismo. Como en infinidad de casos, una buena lectura había transformado el interior del joven pictaviense. Hilario estaba casado y tuvo una hija llamada Abra. Una y otra —la mujer y la hija— le siguieron en la conversión y en el bautismo.

Destinado con misión providencial para ser puntal de la Iglesia de Occidente, una vez convertido se consagró con avidez al estudio de la Escritura, rompiendo para siempre con aquella ciencia profana que tanto daño le había hecho, reteniéndole en las degradantes supersticiones del paganismo. Sentía aversión por los enemigos de la Iglesia y con repugnancia se sentaba junto a ellos en la mesa. Cristiano virtuoso y ejemplar, nos cuenta Venancio Fortunato, que escribió su vida, con tal delicadeza y entrega se ejercitaba en las prácticas del cristianismo y tanta diligencia y esmero ponía en ajustar su vida a las leyes de la Iglesia, que más parecía sacerdote del Señor que seglar y hombre casado.

Muerto el obispo de Poitiers, tal vez Majencio, clero y pueblo proponen a Hilario hacia el 350 para obispo de su propia ciudad. La esposa da el consentimiento y se decide a no mirarle más que en el altar: ambos cónyuges se separan desde entonces para hacer una vida de perfecta continencia. Puesto en la silla de Poitiers, no tardó en emprender la lucha que llenó y dio uni-

dad a toda su vida. Hasta ahora Hilario había permanecido al margen de la controversia arriana, pero los sínodos de Arlés y Milán, que depusieron una vez más a San Atanasio, y el destierro de los obispos de Tréveris, Vercelli, Cagliari y Milán, decretado por el emperador Constancio, le abrieron los ojos sobre la amenaza de los arrianos.

A partir de este momento, Hilario siguió con pasión la marcha de los acontecimientos y dio pruebas de la fortaleza de su carácter. Organizó inmediatamente la resistencia de los obispos de la Galia contra el metropolitano Saturnino de Arlés, que simpatizaba con los arrianos. Para ello reunió un sínodo en París en 355, en el que los obispos franceses que asistieron determinaron apartarse para siempre de Ursacio, Valente y Saturnino, principales promotores del arrianismo en Occidente. El metropolitano arlesiano respondió convocando otro sínodo en Beziers, al que por orden de Constancio hubo de asistir Hilario. El obispo de Poitiers fue invitado a que condenase a Atanasio, y con ello lo que se había defendido en Nicea. El santo obispo no sólo se opuso con firmeza a tan improcedente demanda, sino que, además, con valentía inusitada pidió que en medio de aquella asamblea de encarnizados enemigos se le permitiese rebatir las nefastas doctrinas de Arrio. Le fue negado, claro está, ante el temor de verse confundidos.

Por esta su intrépida postura de campeón de la ortodoxia en Francia, sus enemigos le acusaron ante el emperador como faccioso y perturbador, y obtuvieron de Constancio un decreto por el que le desterraba a Frigia, en el Asia Menor. A finales del 356 se ponía en camino hacia la otra extremidad del Imperio Romano. Con ello habían eliminado de Occidente uno de los enemigos más caracterizados del arrianismo. Hilario permaneció cuatro años en Frigia (356-360), pero supo aprovecharse ampliamente de esta época dolorosa para su perfeccionamiento intelectual. Conoció la literatura cristiana de Oriente y elaboró su obra maestra teológica sobre la *Trinidad,* monumento de alta especulación cristiana en los primeros siglos.

Pese al destierro, continuó siendo obispo de Poitiers y el alma de las diócesis de Francia. Desde Frigia sugería sabios consejos a sus colegas en el episcopado, escribía cartas, enviaba

instrucciones, redactaba libros para instruir a sus fieles. Todo le parecía poco a quien se había hecho todo para todos. Hilario encontró las provincias a que había sido confinado totalmente contaminadas por la herejía. Él mismo nos cuenta que apenas si encontraba un obispo que conservase la verdadera fe. El celoso obispo de Poitiers recorrió todo el Imperio oriental, discutió con los jerifaltes del arrianismo, entraba en sus iglesias, se sumaba a sus reuniones no buscando más que el apostolado. «Permanezcamos siempre desterrados con tal que se predique la verdad», repetía con frecuencia.

El trato personal de Hilario con los herejes fue en esta época de finura y delicadeza y en sus escritos usó de mucha moderación. La obra *Sobre los sínodos,* redactada en el destierro, la dirigió a los obispos de la Galia, de las dos Germanias y Bretaña, para poner a los occidentales al corriente de las luchas que en Oriente se llevaban a cabo contra el arrianismo. Esta obra preparó la pacificación de los espíritus, dando un panorama más claro de los problemas en litigio y de la posición de los partidos. Razón tenía Rufino de Aquileya cuando escribió que los éxitos obtenidos por Hilario fueron debidos a la dulzura y suavidad de carácter.

Hilario era un sabio; así nos lo dicen sus escritos, pero era no menos santo. La santidad no puede ocultarse y Dios se encarga de glorificar a sus siervos incluso en este mundo. De su estancia en Frigia nos ha conservado la tradición un hecho en este sentido. Cierto domingo entró Hilario en una iglesia en el momento preciso en que los católicos celebraban sus oficios religiosos. En pleno silencio una joven se abre paso en medio de la muchedumbre gritando que allí se encontraba un gran siervo de Dios y arrojándose a los pies de Hilario le pide que la admita entre los cristianos y haga sobre ella la señal de la cruz. Era la joven pagana Florencia, a quien el santo doctor instruyó en la fe y luego bautizó junto con su familia. A partir de este momento, Florencia siguió a todas partes al santo obispo y, dirigida por él, vistió el hábito religioso, alcanzando la santidad heroica de los altares. El martirologio galicano pone su fiesta el primero de diciembre.

Por todo esto, la autoridad de Hilario se afianzaba incluso en Oriente. Aunque obispo latino, fue invitado a tomar parte en

el concilio de Seleucia, convocado por Constancio, que buscaba a toda costa la unión religiosa del Imperio con el arrianismo. Con la valentía que da la verdad, defendió en aquella asamblea la divinidad de Jesús y formó parte de la comisión que luego se dirigió a Constantinopla a informar al emperador sobre las discusiones. En Constantinopla se encontraba Saturnino, responsable del destierro de Hilario. El obispo de Poitiers solicitó una audiencia de Constancio para convencer al obispo de Arlés de sus errores, pero le fue negada. Entonces, con una sorprendente entereza de carácter, escribió contra Constancio un enérgico libelo, llamado corrientemente invectiva, en el que le compara con los peores perseguidores de la Iglesia.

Una actitud tan intrépida pareció peligrosísima a los arrianos orientales. Le acusaron, por lo mismo, ante el emperador de perturbador de la paz en Oriente. Constancio, a quien eran molestas las acusaciones de Hilario, dio órdenes al obispo de Poitiers de abandonar la capital del Imperio y tomar el camino de las Galias. Después de cuatro años de destierro entraba en su diócesis (360) en medio del júbilo más indescriptible. La Galia entera, nos cuenta San Jerónimo, abrazó al héroe que volvía del combate victorioso y con la palma en la mano. Como si el Señor quisiera demostrar la santidad del gran obispo, a su llegada a Poitiers, nos dice una tradición que, a ruegos de una madre, volvió a la vida a un niño que acababa de morir sin haber recibido el bautismo.

Instalado en su sede, Hilario no se permitió el menor reposo. Trabajó sin tregua por relegar de las Galias el arrianismo. Promovidos por él, se celebraron sínodos en todo el país, y en 361 se reunió un concilio en París con carácter nacional en el que se anatematizó a Auxencio, Ursacio, Valente y Saturnino, que acaudillaban el movimiento arriano. Con ello la fe de Nicea triunfaba en las Galias. Hilario llevó entonces la batalla a Italia, donde los arrianos tenían aún fuerzas considerables. Durante dos años trabajó con éxito al lado de Eusebio de Vercelli por el renacimiento de la fe de Nicea. En esta difícil tarea tropezó con un gran obstáculo en la persona de Auxencio, obispo arriano de Milán. En su afán de superarla presidió una asamblea de obispos italianos que pretendían conseguir del emperador la deposi-

ción del taimado obispo. No lo consiguió, porque Valentiniano estaba satisfecho con la fórmula de fe ambigua que le presentaba Auxencio. Acusado ante Valentiniano como perturbador de la paz de la Iglesia de Milán, tuvo que abandonar Italia por orden imperial y encaminarse de nuevo a su diócesis. Hilario obedeció, pero con la valentía que le era característica denunció el equívoco y trapacería del obispo milanés en su libro *Contra Auxencio.*

De regreso a su diócesis (365) consagró los últimos años de su vida al cuidado espiritual de sus fieles y a su actividad de escritor. De esta época datan dos de sus grandes obras: los tratados *sobre los misterios* y *sobre los salmos.* El apostolado de Hilario no se limitó tan sólo al común del pueblo. Orientado y dirigido por él, un grupo selecto de almas se apasionó por el ideal de una vida más perfecta, abrazando los consejos evangélicos. El más ilustre de estos discípulos fue San Martín, futuro obispo de Tours, que fundó en Ligugé el primer monasterio, inaugurando así la vida monástica en Francia. Entre las almas que Hilario consagró al Señor, la tradición señala a su propia hija Abra y la noble Florencia.

Durante su estancia en Frigia pudo aprender la sorprendente eficacia de la palabra cantada. Arrio, primero, y los gnósticos, después, habían utilizado este procedimiento para divulgar sus errores. San Isidoro de Sevilla dice que Hilario fue el primero que compuso versos eclesiásticos en latín y que, pese a las dificultades que lleva consigo tal innovación, logró introducir en su iglesia antes que ningún occidental el cántico de los mismos. Hasta en la poesía, Hilario es el hombre de acción y de lucha. Con sus versos litúrgicos y populares a la vez, pretendía el santo doctor grabar en sus fieles las verdades esenciales del cristianismo, tan amenazadas por los arrianos.

El trabajo ímprobo de unos diecisiete años al frente de su diócesis, el destierro y la contienda con los arrianos agotaron al santo obispo. Dos de sus discípulos velaban junto al lecho del maestro. Repentinamente la habitación se llena de una luz extraordinaria que les dejó deslumbrados. Lentamente fue extinguiéndose la luz y en el momento preciso en que Hilario exhalaba el último suspiro también ella desaparecía. Era el 1 de

noviembre del 367. Su venerable cuerpo reposó muchos años en la iglesia de San Hilario el Grande, en Poitiers, hasta ya mediado el siglo XVII en que fue quemado por los hugonotes. En 1851 Pío IX le declaró Doctor de la Iglesia universal, galardón bien merecido, entre otras razones, por la defensa heroica que hizo de la divinidad del Verbo.

La postura vigilante y firme con que abordó la controversia arriana, el destierro, la firmeza de carácter, la amplitud de miras, las cualidades innegables de un verdadero hombre de acción e indiscutible jefe, que conciliaba en sí la energía con la dulzura, le han valido el honroso nombre de «Atanasio de Occidente». Si la Iglesia latina, después de la muerte de Constancio, surgió con tanta rapidez, se debe en gran parte al gran obispo de Poitiers.

URSICINO DOMÍNGUEZ DEL VAL, OSA

Bibliografía

BECK, A., *Die Trinitatslehre des hl. Hilarius von P* (Mainz 1903).
BRISSON, J. P., *Hilaire de Poitiers* (Paris 1947).
DORMAGEN, E., *Saint Hilaire de Poitiers et l'arrianisme* (Saint-Cloud 1864).
LARGENT, A., *Saint Hilaire* (París 1902).
LE BACHELET, X., en *Dict. Théol. Cath.*, o.c., VI col.2388s
Obras: PL vols.9-10, y en *Corp. Scrip. Eccl. Lat.* 22,65.
SULPICIO SEVERO, en *Historia Sacra:* PL 20 y *Act. SS. Boll.*, Ian.
VENANCIO FORTUNATO, *Vita S. Hilarii:* PL 9 y *Act. SS. Boll.*, Ian.
WILMART, A , «Traité des Mystères et le livre des offices»: *Rev. Bened.* 26 (1910) 10s.
WATSON, E., *The life and writings of St. Hilary of Poitiers* (1899).

SAN REMIGIO DE REIMS

Obispo († ca.530)

San Remigio, célebre obispo de Reims, conocido en la historia principalmente por el hecho de haber bautizado al rey Clodoveo y un buen número de su pueblo, fue hombre, según el testimonio de San Gregorio de Tours, insigne por su erudición y santidad y por sus obras maravillosas, por todo lo cual es considerado como el apóstol de los francos. Las fuentes que nos informan sobre él, principalmente San Gregorio de Tours y San Avito de Vienne, aunque fieles en la relación de los hechos fundamentales, no son absolutamente seguras en lo que se refiere a los detalles de los mismos. Sin embargo, tomando el conjunto

de éstos, podemos decir que estamos suficientemente informados.

Nacido en Laon, hacia el año 437, de padres galos, hizo tan considerables progresos en su formación, y particularmente en la elocuencia, que, según el testimonio de Sidonio Apolinar, compañero suyo en los primeros años, llegó a superar a todos sus iguales. Contando sólo veintidós años de edad, al quedar vacante en 459 la sede de Reims, fue él destinado para la misma, y los hechos probaron bien pronto que con su celo y fervor de espíritu suplía lo que le faltaba de experiencia.

No poseemos muchas noticias sobre la actividad de San Remigio durante la primera etapa de su vida, desde su elevación a la sede de Reims, en 459, hasta el gran acontecimiento de la conversión de Clodoveo, hacia el 496, en que tan directamente intervino San Remigio. Pero lo poco que conocemos nos lo presenta como un prelado eminente, consciente de sus deberes y entregado de lleno a la instrucción y gobierno de su pueblo. Sabemos por Sidonio Apolinar que desarrolló gran actividad en convertir a muchos entre los invasores francos y someterlos al yugo de Cristo. Él mismo atestigua que poseyó un volumen de los sermones de Remigio, cuya suavidad, belleza de expresión y plenitud de doctrina pondera extraordinariamente. Con esta elocuencia, a la que se juntaba su eminente santidad, contribuyó eficazmente a poner el fundamento de la conversión del pueblo de los francos.

Entre los pocos documentos que de este tiempo se nos han conservado es digna de memoria una carta, dirigida por San Remigio hacia el año 482 a Clodoveo, en la que lo felicitaba por su feliz principio como rey de los francos en la región de Tournai y le daba excelentes orientaciones y consejos para el gobierno de su pueblo. Así le dice:

> «Debéis mostrar deferencia con los sacerdotes y recurrir siempre a su consejo Si reina armonía entre vos y ellos, vuestro reino sacara de ello mucho provecho Que todos os amen y os respeten Que vuestro tribunal sea asequible a todos y que nadie salga triste de el Emplearéis todas las riquezas de vuestros padres en librar cautivos y desatar las cadenas de los esclavos »

De hecho, tal era ya su prestigio por este tiempo que, cuando Clodoveo conquistó la Galia del Norte, en torno al año 490,

Remigio fue, seguramente, el intermediario entre la población indígena, cristiana en su mayoría, y los dirigentes conquistadores. Todo su empeño lo dirigió desde entonces a atraer al mismo Clodoveo a la religión cristiana.

Precisamente la intervención de San Remigio en la conversión definitiva de Clodoveo y del pueblo franco constituye el punto más interesante y glorioso de su vida. Por esto es conveniente notarla con alguna detención. Ante todo, consta que en este tiempo Clodoveo, aunque continuaba afecto al paganismo, trataba amistosamente con los cristianos, que constituían la mayoría de la población indígena. Él mismo había tomado por esposa a la católica Clotilde, hija del rey cristiano de Borgoña, Chilperico. Más aún: sabemos que ella realizó repetidos intentos de convertir a su esposo al cristianismo, y que éste consintió en que su primogénito fuera bautizado. Es verdad que según se refiere, habiendo muerto el niño poco después del bautismo, echó en cara a la reina esta muerte, afirmando que no habría muerto si hubiera sido puesto bajo la protección de los dioses francos; sin embargo, volvió a permitir que su segundo hijo fuera bautizado.

Estando, pues, Clodoveo en esta disposición tuvo lugar su conversión, según todos los indicios, durante la guerra que mantuvo contra los alamanes el año 496 o tal vez 497. ¿Cómo sucedió este importante acontecimiento y qué intervención tuvo en él San Remigio, el apóstol de los francos? No es fácil responder con absoluta objetividad a esta pregunta. Sin embargo, teniendo presente el relato de San Gregorio de Tours, que es quien más detalles nos ofrece, y otras noticias contemporáneas, podemos responder substancialmente lo siguiente:

Habiendo irrumpido los alamanes en el territorio de los francos encontrábase Clodoveo en el momento decisivo de la batalla. Más aún: cuando advirtió que los francos comenzaban a ceder y que era inminente la victoria de sus enemigos, invocó al Dios de su esposa, Santa Clotilde, prometiéndole abrazar la fe si le concedía la victoria. De hecho, inesperadamente, volvieron la espalda los enemigos y emprendieron la huida. Ante un hecho tan sorprendente, Clodoveo, ya victorioso, se decidió a realizar lo prometido.

A este hecho fundamental añade San Gregorio de Tours diversos detalles, de cuya objetividad no ofrece plenas garantías. Tales son: que su esposa, Clotilde, antes de emprender Clodoveo la batalla, le dijo: «Señor, si quieres alcanzar victoria, invoca al Dios de los cristianos: si tú lo invocas con toda confianza, nada se te puede resistir». A lo cual respondió Clodoveo que así lo haría, y, si salía victorioso, se haría cristiano. Por esto el mismo historiador, en el momento crítico de la batalla, pone en boca del rey franco estas palabras invocando al Señor:

> «¡Oh Cristo, a quien Clotilde invoca como Dios vivo!, yo imploro tu ayuda He invocado a mis dioses, y ellos no tienen ningun poder Acudo, pues, a ti Yo creo en ti Líbrame de mis enemigos y yo me bautizare en tu nombre»

El mismo Gregorio de Tours añade multitud de detalles sobre los acontecimientos que luego siguieron: cómo, lleno de júbilo por la victoria, exclamó al encontrarse con su esposa, Clotilde: «Clodoveo ha vencido a los alamanes pero tú has vencido a Clodoveo» Y a continuación realizó con toda solemnidad el acto trascendental de su propio bautismo y de gran número de magnates de su pueblo. Reduciendo, pues, a lo substancial todo este relato, podemos sintetizarlo de la manera siguiente:

Con el consejo de su esposa, Santa Clotilde, Clodoveo se puso en contacto con San Remigio de Reims, y, efectivamente, bajo su dirección, tanto el rey como un buen número de magnates y del pueblo recibieron la instrucción necesaria para poder recibir el bautismo. Clodoveo manifestó, por una parte, su preocupación de que muchos de ellos, particularmente los hombres de su guardia personal, no renunciarían fácilmente a sus dioses, y, por otra, su voluntad de que no se forzara a nadie a abrazar la fe cristiana. Pero la mayoría de los magnates y demás cortesanos se manifestó decidida a seguir el ejemplo de su rey. Así, pues, dedicóse de lleno San Remigio a la obra de su instrucción, en lo que consta que le ayudó otro santo insigne, San Vedasto

La escena misma del bautismo, aun exponiéndonos a mezclar los hechos estrictamente históricos con detalles subjetivos del cronista, vale la pena reproducirla como nos la refiere San Gregorio. En efecto, con el objeto de impresionar los sentidos

de aquel pueblo bárbaro con las solemnes ceremonias del bautismo, San Remigio y la reina Clotilde procuraron que la ciudad de Reims, donde se realizó probablemente este gran acto, se engalanara con toda magnificencia y que la catedral y el baptisterio aparecieran con los esplendores de las grandes fiestas. Luego añade el historiador:

> «El nuevo Constantino avanza hacia el baptisterio Cuando hubo entrado en el, en presencia de todo el pueblo y de la corte entera que lo contemplaba, el obispo Remigio le dice "Inclina humildemente tu cabeza, adora lo que hasta ahora has quemado quema lo que hasta aqui has adorado" Asi, pues, habiendo hecho Clodoveo la profesion de fe en Dios omnipotente y en la Trini dad, fue bautizado en el nombre del Padre, del Hijo y del Espiritu Santo»

A continuación San Remigio bautizó a dos hermanas del rey y, con la ayuda de otros sacerdotes, a unos tres mil hombres de la corte y del ejército, así como también a gran multitud de mujeres y niños. Muchos suponen que estos acontecimientos tuvieron lugar el 25 de diciembre de 496, el mismo año de la victoria de Clodoveo sobre los alamanes.

Fácilmente se comprende el entusiasmo con que recibió estos acontecimientos el episcopado de las Galias. San Avito de Vienne escribía al príncipe:

> «Vuestra fe es nuestra victoria [] ¿Osare yo predicaros la mi sericordia de Dios, cuando un pueblo, hasta ahora cautivo, celebra la vuestra con transportes de jubilo ante el mundo entero y con lagrimas delante de Dios? Yo no formulo mas que un voto puesto que Dios va a hacer, por vuestro medio, un pueblo enteramente suyo, esparcid del tesoro de vuestro corazon semillas de fe entre los pueblos vecinos que, viviendo en su ignorancia, no han sido corrompidos por los germenes de las doctrinas perversas»

Una vez realizada la conversión oficial del pueblo franco, en la que tan activa parte tuvo San Remigio, continuó éste trabajando con la mayor intensidad en su ulterior instrucción Bajo la protección de Clodoveo continuó esparciendo entre los francos la semilla del Evangelio, con lo cual realizó una obra admirable. La leyenda le atribuye un número extraordinario de milagros en esta labor de evangelización. A este propósito es célebre, sobre todo, la de la vasija o ampolla santa, que se conservaba en la

abadía de San Remigio, que se supone ser la misma que sirvió para ungir con el óleo santo del bautismo al rey Clodoveo y que vino milagrosamente del cielo. Esta vasija se empleaba en la consagración de los reyes de Francia, pero fue rota en la Revolución Francesa, si bien se conserva una parte de ella en la catedral de Reims.

Los obispos, reunidos en una asamblea convocada en Reims, declararon que se sentían impulsados a la defensa de la fe por el ejemplo viviente de San Remigio, el cual, según ellos afirman, «en todas partes destruyó los altares de los ídolos, realizando multitud de milagros». De él conservamos una carta, escrita poco después de la muerte de Clodoveo, ocurrida en 511, y dirigida al obispo de Tongres-Maestricht. En tono enérgico reprocha a este último obispo algunos excesos cometidos contra algunos pueblos. De este modo aparece la entereza de carácter con que continuó trabajando hasta el fin de su vida.

De todo ello se deduce que San Remigio, en la última etapa de su vida, hizo lo que pudo para promover el Evangelio entre el pueblo de los francos, recién convertido al cristianismo, por lo cual, con justo título, es venerado como su apóstol. En un sínodo celebrado en 517 convirtió a un obispo arriano, que se había presentado para arguir contra el santo obispo. Sin embargo, su acción apostólica no siempre encontró la aprobación y buena acogida entre sus hermanos de episcopado.

Poco después de la muerte de Clodoveo, probablemente en 512, los obispos de París, Sens y Auxerre le escribieron acerca de un sacerdote, llamado Claudio, ordenado por él a petición del rey. En la carta le reprochan el haber ordenado a un hombre mercader, según ellos, de degradación, y dan a entender que piensan fue sobornado para ello, acusándole de haber perdonado todos los desaciertos financieros de Claudio. Se conserva la carta con la que San Remigio respondió a este cúmulo de inculpaciones y acusaciones infundadas. Claramente convencido de que aquellos obispos estaban llenos de despecho y apasionamiento, se lo manifiesta así con toda claridad, pero su respuesta es un modelo de paciencia y caridad.

San Gregorio de Tours atestigua que gobernó la Iglesia de Reims setenta años, y que murió en paz hacia el año 530. Se ha

conservado el texto de un testamento, que se le atribuye. Probablemente es auténtica la versión breve del mismo. Su fiesta se celebró en distintas fechas, y la Iglesia de Reims le dedicaba cinco durante el año: el 12 de enero, la *vigilia;* el 13, *su fiesta,* el 29 de mayo, la *traslación,* el 1 de octubre, *otra traslación;* el 30 de diciembre, *su relación.* Pero, al fin, prevaleció el 1 de octubre como única fiesta.

BERNARDINO LLORCA, SI

Bibliografía

Act. SS Boll., 1 de octubre. Diversos documentos interesantes.
VENANTIUS FORTUNATUS, *Vita,* en *Mon Germ. Hist., Aut. Ant.,* IV 2 p.6s.
HINCMARIUS, *Vita,* en *Mon. Germ. Hist. Script. Rer. Merov.,* III p.239s.
GREGORIUS TURONENSIS, *Mon. Germ. Hist. Script. Rer. Merov.,* I.
Art. «Clovis», en *Dict. d'arch. chrét. et de lit.* Asimismo art «Remi».
KURTH, G., *Clovis* (²1901), 2 vols.
OPPENHEIMER, F., *The Legend of the Sainte Ampoule* (Londres 1953).
S Remi. 533-1933. Fêtes... du jubilée en l'honneur du XIV centenaire de la mort de saint Remi, 15 janvier 1933

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SAN PEDRO DE CAPITOLÍAS

Presbítero y mártir († 713)

Pedro era un sacerdote de rito bizantino, casado y con tres hijos, un varón y dos hijas. La ciudad donde ejercía su ministerio era Capitolías, a treinta kilómetros del Lago de Tiberíades y unos cien de Damasco.

Sentía la vocación a la vida eremítica y trató el asunto con su esposa, la cual estuvo de acuerdo en que él siguiera su inclinación. Las dos hijas fueron colocadas para su educación en el monasterio San Sabiniano, y la mujer quedó al cargo del hijo. Pero cuando éste cumplió los doce años, el padre se lo llevó consigo a su retiro y le asignó una celda al lado de la suya para encargarse de su educación cristiana.

Pasaron los años y Pedro perseveraba en su género de vida orante y ascético, alabando a Dios por haberle concedido gastar su vida en su servicio y deseando ardientemente que su vida se

coronara con el martirio. Y cuando cumplió los sesenta años, Pedro imaginó un modo que le pareció eficaz para conseguir el martirio, y al modo que harían otros mártires en Córdoba en el siglo siguiente, y fue el de confesar a Cristo al tiempo que denostaba como falsa la religión del Islam. Así lo hizo ante una reunión de notables musulmanes a quienes convocó con el pretexto de que iba a hacer testamento. Los reunidos, sorprendidos de esta conducta, se dividieron acerca de lo que era oportuno hacer: unos creyeron que había que denunciarlo en el acto, otros creyeron que el caso necesitaba pausada deliberación. Mientras esto sucedió se corrió la voz de que Pedro había muerto, lo cual no era cierto. Entonces Pedro acudió a salir a las calles a predicar a Cristo abiertamente, invitando a los musulmanes a dejar su religión y hacerse cristianos.

Esto le valió que desde Capitolías se enviase al príncipe Omar, hijo del califa Walid I, una denuncia; el príncipe encargó al lugarteniente Zora que informara y arrestara a Pedro. Habiendo enfermado el califa, su hijo Omar fue a verlo y le contó la historia de Pedro. El califa ordenó que el sacerdote fuera llevado a su presencia. En efecto, el 5 de enero del año 713 Pedro, luego de que lo interrogara Omar y le instara en vano a que se hiciera musulmán si quería salvar la vida, fue llevado a la presencia del propio Walid. Pedro confesó abiertamente la fe, proclamó a Cristo como Dios y Salvador y dijo que no había otro camino de salvación que el evangelio de Jesús. Se fulminó contra él sentencia de muerte, que habría de cumplirse en Capitolías, para que sirviera de escarmiento.

Llamada la población a la plaza pública, se hizo comparecer también a los hijos de Pedro, y delante de ellos se le arrancó al sacerdote la lengua con que había confesado a Cristo y denostado como falso al Islam. Esto fue el día 10 de enero. Al día siguiente se le cortó la mano y el pie derecho. El día 12 se le cortaron el otro pie y la otra mano y con un hierro encendido se le cegaron los ojos y en este estado se le llevó en una camilla por toda la ciudad para que se viera por todos lo que le ocurría a quien insultaba al Islam. Luego se le colgó en una cruz donde debía estar cinco días, pero Pedro murió el domingo 13 de enero, volando a Dios su alma de sacerdote y mártir. Su cuerpo al

cabo de cinco días fue quemado junto con los miembros amputados anteriormente y la cruz y las ropas, y todas las cenizas fueron echadas al río para que no quedara reliquia alguna del mártir, siendo limpiado cuidadosamente el sitio de la hoguera.

La memoria de este santo, reconstruida históricamente gracias a documentos fiables, queda ahora inscrita en el día 13 de enero en el nuevo *Martirologio romano.*

SANTOS GUMESINDO Y SERVIDEO

Mártires († 853)

El martirio de estos dos santos tuvo lugar en Córdoba el día 13 enero 853, y nos lo relata San Eulogio. El primero era natural de Toledo pero desde pequeño había venido con su familia a residir en Córdoba, donde ingresó en la basílica de los SS. Fausto, Jenaro y Marcial. El niño se mostró receptivo al voto que habían hecho sus padres de dedicarlo a la Iglesia. Llegado a la juventud recibió el orden del diaconado y lo ejerció una larga temporada en la misma basílica; luego recibió el orden del presbiterado. Y a poco de recibir el sacerdocio, le fue confiada una parroquia en la campiña cordobesa, donde ejercía el ministerio.

Del monje Servideo tenemos pocos datos: era un hombre joven y estaba hospedado en la basílica de los SS. Fausto, Jenaro y Marcial. A ella se llegó Gumesindo y le propuso que ambos fueran juntos a confesar a Cristo ante el juez musulmán, como así hicieron.

Esta confesión fue castigada con la muerte, siendo los dos confesores de la fe degollados en el acto. Sus cuerpos fueron recogidos por los cristianos, que les dieron entierro solemne en la basílica de San Cristóbal al otro lado del río.

BEATO GODOFREDO DE KAPPENBURG

Religioso († 1127)

Godofredo era un seglar y padre de familia, se diría que bien instalado en la vida, ya que era conde de Kappenburg y como tal poseedor de un castillo y magníficas tierras. Se llevaba bien

con su mujer, y participaban ambos de idénticos sentimientos religiosos. Por ello aceptaron de buena gana la invitación que iba haciendo San Norberto con sus predicaciones a una vida cristiana más seria y comprometida. En efecto, San Norberto con su predicación evangélica y el atractivo de sus virtudes hacía impacto en innumerables almas y su labor apostólica atrajo a vida más cristiana a muchísimos hombres y mujeres de su tiempo.

Impactado por la predicación de San Norberto, Godofredo decidió hacerse religioso y vender para ello todos sus bienes. Hacía falta que su esposa estuviera de acuerdo, y resultó que sí lo estaba. Fue el padre de ella el que se oponía.

Superadas las dificultades y habiendo dado generosas limosnas a los pobres, Godofredo se fue al monasterio premonstratense mientras su esposa y sus dos hermanas ingresaban igualmente en un convento de monjas. Godofredo llevó una vida ejemplar y llegó a ordenarse de menores pero murió el 13 de enero del año 1127 antes de haberse ordenado sacerdote. Tenía solamente treinta años.

BEATA VERÓNICA DE BINASCO

Virgen († 1497)

Nació en Binasco, aldea cercana a Milán en el seno de una modesta familia campesina. En cuanto pudo ayudó a sus padres en las tareas agrícolas pero la educación religiosa recibida de ellos dio como fruto la aparición en la joven de la vocación religiosa. Pidió ingresar en el convento agustino de Santa Marta, pero no fue admitida por ser analfabeta. Ella entonces se dedicó con gran esfuerzo a aprender a leer y escribir, y logrado este propósito, fue admitida por las monjas. Pudo así realizar su ideal de profesar la Regla de San Agustín como hermana lega.

Su contribución a la comunidad fue ejercer el oficio de limosnera por las calles de Milán, al tiempo que cada día crecía más en la vida interior, llegando a una oración altísima que el Señor favoreció con frecuentes éxtasis. Su contemplación predilecta era la pasión del Señor, a la que se unía también en sus sufrimientos, ofreciendo para ello su escasa salud. Luego de una vida edificante vino a morir el día que ella había anunciado, el

13 de enero de 1497. Veinte años más tarde la beatificaba el papa León X, confirmando el sentir popular que la tenía por santa.

SANTOS DOMINGO PHAM TRONG AN KHAM, LUCAS PHAM TRONG CAI THIN Y JOSÉ PHAM TRONG CAI TA

Mártires († 1859)

El día 13 de enero del año 1859 en Nam-Dinh (Vietnam) fueron sacados de la cárcel donde estaban los confesores de la fe Domingo Pham Trong An Kham, su hijo Lucas y un paisano y amigo de ambos llamado José Pham Trong Cai Ta, los cuales fueron llevados fuera de la ciudad, extendidos en el suelo, atados sus pies y manos a sendas estacas y enseguida estrangulados. Su delito había sido el de profesar la fe cristiana, haberse negado a apostatar de ella y a pisotear la santa cruz y haberse mantenido firmes en esta confesión a pesar de la prisión y de las amenazas de muerte.

Domingo era persona rica y bien situada socialmente que había educado con esmero a su hijo y que llegada la persecución había sido encarcelado y juzgado por confesar la fe. Para él había sido una satisfacción ver cómo su hijo se acreditaba también socialmente y llegaba al cargo de jefe del cantón o distrito, cargo inmediato al de mandarín.

Lucas, educado cristianamente por su padre, se había casado y formado una familia, pero debiendo tener múltiples relaciones sociales, se enfrió un tanto en su fervor religioso hasta que un sacerdote lo amonestó y trajo de nuevo a la práctica de la religión. Había defendido la libertad religiosa ante el mandarín general, asegurando la fidelidad de los cristianos a las autoridades civiles. Pero como un cristiano, Cao-Xá, se rebeló contra el gobierno harto de las persecuciones, la tesis de Lucas pareció falsa y éste fue acusado de haber mentido. Arrestado, se le pidió manifestara por escrito su fe cristiana y así lo hizo, alegando que estaba dispuesto a dar su vida por ella. En la cárcel halló a su padre, y padre e hijo se animaron mutuamente a perseverar

en la fe y a prepararse para el martirio. Domingo era terciario dominico.

José era, como los otros dos, natural del poblado de Quang-Cong. Era un cristiano fervoroso y ejemplar, cofrade del Santísimo Rosario. Estaba casado y tenía hijos, y había tenido el cargo de subjefe de su distrito. Llegada la persecución, no dudó en acudir al mandarín gobernador a asegurarle la buena conducta civil de los cristianos y a rogar cesara la persecución. El mandarín no solamente no le atendió sino que le mandó detener, afirmándole que solamente alcanzaría la libertad si pisaba la cruz y apostataba. Incluso por escrito afirmó que no renegaría jamás del cristianismo. Fue a parar a la cárcel en septiembre de 1858 y allí encontró a los otros dos confesores de la fe que morirían con él. Cuando le fue comunicado que iba a ser ajusticiado quiso asegurarse de que era a causa de su religión, y asegurado marchó tranquilo al suplicio.

Con los demás mártires de Vietnam estos santos fueron canonizados el 19 de junio de 1988.

BEATO EMILIO SZRAMEK

Presbítero y mártir († 1942)

Nace en Tworkow, Polonia, el 29 septiembre 1887 en el seno de una familia obrera. Ordenado sacerdote en 1911, continuó siempre su formación intelectual con un gran afán por la cultura. Fue canciller de la Administración Apostólica de la Alta Silesia y tuvo otros varios cargos de confianza por parte de los obispos de Katowice, nombrándolo el Papa prelado doméstico en 1931. Fue también párroco de Santa María en Katowice.

Al llegar la guerra, fue arrestado el 4 abril 1940 y llevado al campo de concentración de Dachau, donde pasó muchísimas penalidades, tantas que su débil salud no soportó los muchos malos tratos y vino a morir de agotamiento el 13 enero 1942. Fue beatificado el 13 junio 1999.

14 de enero

A) MARTIROLOGIO

1. La conmemoración de San Potito, mártir, en Sárdica, en fecha desconocida.
2. En Antioquía de Siria, San Glicerio, diácono y mártir, en fecha incierta.
3. En Nola (Campania), San Félix († luego del 250), presbítero, que confesó la fe en la persecución pero luego murió en paz **.
4. En Neocesarea del Ponto, Santa Macrina († 304), matrona, abuela de San Basilio Magno *.
5. La conmemoración de los santos monjes que en Raiti y en Sinaí fueron martirizados por los blemos y los sarracenos respectivamente (s. IV)
6. En la región de los iberos, al otro lado del Ponto Euxino, Santa Ninón, que, llevada como esclava a Georgia, consiguió la conversión de los reyes y el comienzo de la cristianización del país (s. IV) *.
7. En Mende (Francia), San Fermín, obispo (s. V).
8. En Auvergne (Francia), San Eufrasio († 516), obispo.
9. En Milán, la deposición de San Dacio († 552), obispo, que por acompañar al papa a Constantinopla murió en esta ciudad.
10. En Écija (España), San Fulgencio († 632), obispo, hermano de los Santos Leandro, Isidoro y Florentina *.
11. En Tagliacozzo, en el Abruzo, Beato Odón de Novara († 1200), presbítero y monje cartujo *.
12. En Udine, Beato Odorico Mattiuzzi de Pordenone († 1331), presbítero y religioso franciscano, que predicó el evangelio en muchas regiones del Oriente *.
13. En Batavia (Surinam), Beato Pedro Donders († 1887), presbítero y religioso redentorista, apóstol de los leprosos **.

B) BIOGRAFIAS EXTENSAS

SAN FÉLIX DE NOLA
Presbítero († ca 260)

En la más vasta y fértil llanura de la Campania occidental, no lejos de la populosa Nápoles y de la señorial Caserta, se levanta la antiquísima pequeña ciudad de Nola, patria de San Félix.

Su padre, Hermias, militar, que se estableció en ella la primera mitad del siglo III, procedía de Siria. Otro hijo del mismo nombre del padre le siguió en su dedicación a las armas. Félix escogió mejor ser soldado del reino de Cristo. Nos han llegado pocas noticias de su carrera eclesiástica cuando joven. Seguiría normalmente por los grados de las distintas órdenes, desde lector hasta presbítero. Como presbítero fue el brazo derecho de su obispo Máximo, al parecer ya anciano y demasiado débil para poder actuar con eficacia en tiempos difíciles que requerían en el clero temple de héroes, como el de nuestro esforzado Félix, que podía entregarse en cuerpo y alma al apostolado, a cultivar la viña del Señor ya que, sin apego a la riqueza, poseía amplio patrimonio que le exoneraba del cuidado de las cosas terrenas y podía dedicar buena parte de él a las necesidades de la comunidad cristiana. Así se ganó muy pronto la simpatía y la devoción de todo el pueblo fiel, que lo siguió y respetó como a padre.

El temple de héroe de nuestro Félix se manifestó esplendorosamente en los años terribles de las persecuciones desencadenadas por Decio (a. 245-250) y Valeriano (256). Félix, aunque tenido con razón como mártir, no llegó a sufrir la pena capital ni el proceso judicial reglamentario que nos hubiera podido proporcionar las más preciadas noticias, como las que nos ofrecen las actas del proceso seguido en la misma época a San Cipriano, el santo obispo de Cartago.

Tenemos muchas, recogidas amorosamente y con toda diligencia, pero a distancia de más de un siglo, por Paulino, el santo obispo poeta (394-410). Es sabido que la fama de taumaturgo de Félix en el siglo IV atrajo a Paulino, insigne patricio y senador aquitano, a retirarse, al dejar las vanidades humanas, en la recoleta ciudad de Nola, habiendo ya antes sido ordenado de presbítero en nuestra Barcelona. Erudito escritor e inspirado poeta, se creyó obligado a dedicar cada año en la festividad de San Félix un poema panegírico en verso a su santo protector. Como habían pasado unos ciento cincuenta años desde la muerte del santo presbítero nolano, Paulino indagaría piadosamente sobre todos los datos históricos conservados por la tradición, embellecidos con la aureola de la ferviente devoción popular y aun coloreados por el pincel de su estro poético. Paulino no puede

señalar nunca con precisión los años en que actuó Félix, pero casi con certeza puede deducirse de los poemas que sería durante dos persecuciones, las de Decio y Valeriano.

Después de unos años de relativa paz religiosa en el Imperio, Decio, inteligente príncipe y sagaz político, desencadenó una de las persecuciones más aciagas para la Iglesia. Para destruirla, creyó que lo mejor era desorganizar sus resortes de mando; ordenó arrestar y procesar principalmente a los jefes de las comunidades, a los obispos, presbíteros y diáconos.

No pocos obispos huyeron de los centros urbanos, los más peligrosos, buscando asilo en lugares solitarios aunque sin perder el contacto y la dirección de su grey. Así San Cipriano, en Cartago. En Nola el obispo Máximo, viéndose en peligro, se dirigió al monte, escondiéndose en algunas de las anfractuosidades de los no lejanos Apeninos, quizá en las laderas del Montevergine, cuya cumbre llega a los 1.500 metros y dista pocas leguas de la ciudad nolana. El gobierno de la comunidad cristiana lo confió al intrépido Félix, que no quiso salir de su urbe para proteger mejor la perseverancia en la fe de sus encomendados. El astuto perseguidor había, en efecto, ordenado que todos los ciudadanos sospechosos de cristianismo debían hacer acto de sacrificio a los dioses del Imperio ante un magistrado civil que les libraría un certificado de ello, un libelo como se le llamó después. [Es sabido que no faltaron cristianos débiles que se procuraron este certificado con dinero o dádivas, sin haber en realidad hecho acto alguno de culto a los dioses, pero sí un acto de cobardía, que la Iglesia no podía perdonar fácilmente].

En una ciudad tan pequeña como Nola no podía durar mucho tiempo la seguridad personal de Félix, que no temía actuar como fuera para cumplir su difícil misión pastoral. Con el alma en lo alto, según cuenta Paulino, atento a Cristo y no al mundo, llevando a Dios en su corazón y llenos sus pechos de Cristo, no disimula que es presbítero y jefe de la comunidad y por esto es arrestado. Él se entrega contento en manos de los crueles esbirros. Es llevado a la cárcel, en donde es atado con cadenas de pies y manos y sin que pueda descansar su cuerpo por tener por lecho un montón de tiestos triturados, pero descansa su ánimo en Cristo, que le da fuerza y le multiplica en las penas las palmas

del triunfo. Decio procuraba hacer apóstatas, no mártires, y por esto se prodigaban los tormentos agotadores hasta el desfallecimiento de la voluntad. De ahí que Félix debió pasar largas horas, días y meses en prisión.

Entre tanto el obispo Máximo, solo en el monte, no padece menor martirio por el frío y el hambre, por la tristeza y el dolor. Lo sabe Félix y arde en deseos de ir a socorrerle. Como a Pedro, un ángel se le presenta una noche, se deshacen las cadenas y puede salir acompañado del mensajero celestial pasando entre los guardias dormidos. Ya en pleno campo, se dirige veloz al bosque en busca de su viejo venerable obispo, al que encuentra casi exánime y ya sin conocimiento. Nada tiene él con qué reanimarle cuando ve entre el espeso matorral un grueso racimo de uvas enviado del cielo. Con el reconfortante jugo del sabroso fruto vuelve a la vida el desvalido anciano, quien, al recobrar el sentido, abrazando a Félix, se le queja de la tardanza en ir a socorrerlo y le pide no le abandone más si no quiere que muera. Se lo promete el fiel presbítero y, cargándoselo en hombros, bajan al valle en busca de un refugio. Lo encuentran en casa de una anciana, a cuya puerta llaman a hora bien intempestiva. «Recibe, le dice Félix, este sagrado depósito que te entregan mis manos, testigos sólo las estrellas». Lo acepta ella gozosa. Máximo bendice conmovido a Félix, que se va a la ciudad para consolar a sus cristianos de Nola. Allí, viendo que siguen amenazadoras las circunstancias, se convence de la necesidad de refugiarse también en casa de la piadosa anciana. Lo hace por algún tiempo, hasta que se amengua la virulencia de la persecución y puede volver a tomar la cura pastoral de la comunidad, que lo recibe como un confesor de la fe digno ya de una veneración que continuará por los siglos de los siglos durante su vida y después de muerto.

Con el advenimiento de Valeriano en 253 cesa del todo la persecución. Pero duró pocos años la benevolencia de este emperador hacia la Iglesia. En 256-257 publica un edicto contra ella que emulaba el del impío Decio. Causa motriz principal del cambio fue la codicia. Quiso apoderarse de las riquezas de la Iglesia que sus consejeros exageraron intencionadamente. A Félix le fue confiscado todo su patrimonio al mismo tiempo

que se le buscaba para procesarle. Los esbirros enviados de fuera para capturarle, como no lo conocían y no lo encontraron en su casa, toparon con él y le preguntaron por Félix, el jefe de la comunidad cristiana. Disimulando no saber de qué se trataba, lo dejan en paz. Pero pronto alguien les dio tales señas del verdadero Félix, que se dieron cuenta de que era el que poco antes había sido interrogado. Vuélvense furiosos a la ciudad exultando por la que ya creían segura presa, no sin que Félix lo advirtiera cuando ya estaban muy cerca, pudiéndose meter por la ancha grieta del paredón de un derruido edificio, grieta que por milagro instantáneamente quedó tapada por un tupido velo de telarañas, lo que despistó a los perseguidores.

Pasado el peligro, se alejó Félix de la ciudad y huyó a otra región. Asilo seguro le ofreció una cisterna seca. Una anciana que vivía por allí cerca inconscientemente le procuraba la comida. La Providencia velaba por el siervo fiel. Así pasó escondido algunos meses hasta que, desaparecido Valeriano, con el reinado de Galieno, se abrió un largo período de paz para la Iglesia.

Félix puede volver a su ciudad, que lo recibe con inmenso júbilo.

Había entre tanto muerto el obispo Máximo y la comunidad cristiana quería forzar a Félix a ocupar la sede episcopal. La rehúsa él decididamente alegando que este honor ha de concederse a otro presbítero, Quinto, que había sido promovido antes que él al presbiterado. Es inútil toda insistencia. Quinto, como obispo, regirá la grey; Félix será su voz aleccionadora ante los fieles, su predicador con la palabra y el ejemplo. Sobre todo con el ejemplo de desprecio de las riquezas y vanidades del mundo. Le habían sido confiscados todos sus bienes durante la persecución y podía reivindicarlos como hicieron otros. No todas las cosas lícitas son provechosas, observa su biógrafo. Félix prefiere lo útil a lo lícito y a los que le importunan para que reclame sus bienes, replica: «Dios no quiera que haya de volver a tener unos bienes que perdí por amor a Jesucristo».

Como presbítero, pues, y pobre, pudo Félix continuar su misión evangelizadora entre la veneración cada día más profunda de los fieles de Nola, veneración que se convirtió en ferviente devoción a su memoria, a su sepulcro, cuando Dios le llamó

al cielo. Y esta devoción, con las manifestaciones del culto, traspasó bien pronto los límites de la ciudad y de la región y, con la paz constantiniana, los de Italia, llegando a ser el santuario de Nola a fines del siglo IV uno de los más celebrados de todo el Occidente.

En la misma Roma le fue consagrada una basílica, y el papa San Dámaso le dedicó un epigrama para implorar su protección en momentos de graves apuros.

San Paulino, el cantor de las glorias de Félix, hizo construir, contigua al humilde santuario que protegía el sepulcro, una espléndida basílica decorada con bellísimos mosaicos y aun otras tres rodearon pronto el primitivo santuario, visible desde todas ellas, de tal manera que vino a convertirse en un templete circundado de un bosque de columnas a la manera del altar mayor de la catedral de Córdoba, perdido entre las columnatas de la antigua mezquita.

Millares de peregrinos acudían a Nola cada año por la festividad de San Félix, el 14 de enero, a pesar del tiempo poco propicio para viajar, principalmente peregrinos venidos de Roma, la ciudad santa. Los campesinos invocaban al santo presbítero como especial protector de sus ganados. Los sospechosos de falsos testimonios eran llevados, aun desde lejanos países, ante el sepulcro, en donde se manifestaba su inocencia o su perjurio. San Agustín quiso remitir a Nola a un acusador de graves crímenes contra uno de sus clérigos. Gregorio de Tours explica otras maravillas obradas junto a la tumba venerada.

JOSE VIVES

Bibliografía

BALDRILLART, A., *Saint Paulin evêque de Nole* (Paris ²1905) 72s
DELEHAYE, P. H., *Les origines du culte des martyrs*, o. c.
Sancti Pontii Paulini Carmina, ed. MIGNE PL 61. Ed. G. HARTEL, en *Corp. Script. Eccl. Lat.*, XXX p. 51s.
TILLEMONT, L. S. DE, *Memoires pour servir a l'histoire ecclesiastique des six premiers siecles* IV (Venecia 1732) 226s, 569s.

BEATO PEDRO DONDERS
Presbítero († 1887)

El «Apóstol de los leprosos» se le denomina no sólo al padre Damián (1840-1889) por sus 16 años de servicio en Molokai, sino también a Pedro Donders por sus 27 en Batavia y quizás a otros muchos desconocidos. Pero en el caso de este holandés de origen se acumulan otros tres títulos igualmente desafiantes: «Apóstol de los esclavos» en el Surinam (Guayana holandesa), «Apóstol de los indios» y «Apóstol de los negros cimarrones». Cualquiera de estos apostolados, sumamente dificultosos por las extremas injusticias sociales en las que tuvo que desarrollarlo, hubiese echado atrás al aventurero más empedernido. Sólo un hombre lleno de Dios pudo internarse en aquellas poblaciones y selvas paradisíacas a la vista, pero insufribles por los accidentes geográficos y el clima y, para colmo, plagadas de injusticias increíbles.

La aventura de Peerke, como le llamaba de niño su familia, empieza con la lucha por la supervivencia en su aldea natal Heikant, cerca de Tilburgo en Holanda. Nace en un hogar muy pobre el 28 de octubre de 1809, en una pobre choza de una sola habitación con piso de tierra. Su padre, Arnoldo, se había casado por tercera vez con Petronila van den Brekel, pues sus dos esposas anteriores habían fallecido y también los tres hijos de la segunda. Pedro era el mayor de su tercera esposa. Era muy enfermizo. Su hermano Martín era inválido. Su madre murió cuando Pedro tenía seis años, así que su padre tuvo que casarse por cuarta vez para cuidar mejor a sus hijos.

La ocupación más común en la pequeña aldea de Heikant era la de tejedor, pues un puñado de pobres empresarios proporcionaban trabajo en su casa a los trabajadores que, para ganarse el sustento, tenían que hacer jornadas larguísimas de trabajo en condiciones muy difíciles por el frío, la falta de espacio y de luz en las casas.

La familia del pequeño Pedro era profundamente humana y sinceramente católica. Él se divertía como todos, pero sus juegos desde los cinco o seis años tenían que ver con el sacerdocio. Asistió a la escuela hasta cumplir los doce. Quizás no era de mucho talento. Y a partir de entonces tuvo que trabajar como

tejedor doméstico. Pero no se limitó a eso, sino que en todo momento libre organizaba la catequesis, y el párroco le nombró oficialmente catequista. Su vocación al sacerdocio que él sentía con tanta fuerza, estaba llena de inconvenientes para los que le rodeaban. Y no les faltaban razones: de complexión enfermiza, falta de medios económicos y poca capacidad intelectual.

Pedro, a pesar de todas estas dificultades, perseveraba en una oración fuera de lo común. Hasta en el trabajo se veía envuelto en tanta contemplación, que no rendía lo normal. Por fortuna dio con un patrón que lo excusaba, diciendo: «Bendito él, que está siempre dialogando con Dios».

Pedro fue excluido del servicio militar por falta de salud. Sorprendentemente tampoco esto le hizo desistir ante su párroco, quien acabó por recomendarlo a la Escuela Apostólica en calidad de alumno-empleado. Aunque vio que una cosa era lo acordado, pero que en realidad era sirviente sin más. No sólo reclamó, sino que por su afán en el estudio el director se persuadió de que era mejor emplear a otro sirviente para que Pedro pudiese estudiar.

En el seminario manifestó un interés fuera de lo común por las misiones extranjeras con lecturas y recaudación de fondos para las mismas. El director del seminario le aconsejó hacerse religioso. Obediente a esa indicación, pasó por la dura prueba de ser rechazado por los jesuitas, los redentoristas y los franciscanos. Alegaban la edad avanzada o su escaso talento.

Vuelto al seminario a pie desde Bélgica, se reincorpora para estudiar filosofía. A sus 27 años comienza la teología en Haaren y allí despiertan sus cualidades dando prueba de un talento más que mediano. Estaba empeñado en seguir «el dedo de Dios» y hacerse misionero, pero no veía el modo. Hasta que en 1839 pasó por el seminario Mons. Jacobo Groof, Prefecto Apostólico del Surinam, entonces llamada Guayana holandesa, bajo el régimen colonial. La palabra elocuente y la patética situación expuesta conmovían a cualquiera: únicamente cuatro sacerdotes habían pasado por allí, pero ahora sólo quedaba uno y estaba enfermo. A pesar del vibrante llamamiento sólo se presentó Pedro para una entrevista. Estaba pendiente de acabar la teología y ordenarse, lo que sucedió el 15 de junio de 1841, a sus 32

años. Todavía hubo de esperar un año en el seminario a la espera de que saliera una embarcación con aquel destino. Por fin, en agosto de 1842 partía el barco rumbo a Paramaribo y llegaba el 16 de septiembre. Así se expresaba en una carta: «Finalmente he llegado a mi destino, a donde me llamó el Señor y su diestra me llevó».

Monseñor Groof le señaló el campo de trabajo: una extensión cuatro veces mayor que la de su Holanda natal. El territorio era todo una selva virgen impenetrable si no era por sus ríos, llenos de rápidos muy peligrosos en los que sólo se podía navegar en canoas ligeras, que únicamente sabían manejar indios muy diestros. El clima caluroso y la nube de mosquitos que rodeaban al visitante añadían un ingrediente que hacía por sí mismo insoportable trabajar allí.

Se daban cita muchas razas: los primitivos indígenas que vivían a lo largo de los ríos en el interior de la selva; los negros cimarrones, cuya muralla de protección eran los rápidos, pues eran esclavos estatales huidos de sus crueles amos; otros muchos esclavos particulares pertenecientes a las plantaciones, y, por fin, los blancos europeos provenientes de Holanda, Inglaterra, Francia, Alemania y Portugal. En total unos 60.000 habitantes, de los que un 15 por 100 serían católicos.

Y a este conglomerado de miserias que le tocó hacer frente a Donders se añadió más tarde la leprosería de Batavia, que en su tiempo estaba en pleno funcionamiento con 400 enfermos de ambos sexos desterrados por el gobierno. No es extraño que escribiese a Holanda al poco de llegar: «Todo aquí parece cooperar a la corrupción total. Y no hay nadie que luche contra esta miseria. Enfrentamos aquí un río inmenso de impiedad».

Él ya sabía que por sí mismo nada podía. Sus armas las conocía y no le habían fallado: la oración y la mortificación. Cuando el sacristán abría la iglesia a las cinco de la mañana se lo encontraba rezando. Después de la misa pasaba tres cuartos de hora de acción de gracias. Y entonces empezaba la visita pastoral bajo un sol sofocante o lluvias torrenciales. Si al menos hubiese encontrado una acogida amistosa..., pero lo habitual era toparse con un muro de indiferencia, de disgusto y hasta de odio. Y, por su parte, sin medios para mejorar en algo la suerte

miserable de aquellos esclavos, tratados con crueldad inimaginable por los blancos.

No es difícil imaginar el sarcasmo, o la rabia e indignación que podía suscitar en aquel pueblo oprimido el hablarles de un Dios bueno al que deben amar. Los amos podían hacer con sus esclavos lo que les diera la gana, incluida la muerte de ellos o incluso de sus hijos.

Por si fuera poco, enseguida llegaron noticias de que trasladaban a Mons. Groof. Desconsolado estaba, pero antes de partir se declaró una epidemia de disentería y tanto el Vicario Apostólico como el capellán con el que trabajaba enfermaron. Pedro tuvo que dedicarse a cuidar enfermos día y noche, con el dolor de verlos morir por docenas. Al tercer mes murió el capellán. Y al fin tuvo que partir Mons. Groof, que era quien le había invitado a ir a América y su gran amigo.

Más pruebas para Pedro: sentía como en su propia carne la opresión horrenda de los negros que trabajaban en las haciendas, mucho mayor que la de los negros que trabajaban en la ciudad. Tanto que llegó a escribir:

> «Ay, si se cuidara a los esclavos igual que los europeos cuidan a sus animales [] ¡Desgraciados los que amontonan fortuna con el sudor y la sangre de estos infortunados, a los que solo Dios defiende!»

La mayoría de los propietarios y administradores de las haciendas rechazaban la visita de Pedro Donders, por miedo a que sacase a la luz sus múltiples abusos. No podía sino sacar sus armas. Y a la incomodidad de tenerse que improvisar una choza, espantar las arañas venenosas, los escorpiones y murciélagos y quitar los nidos de avispas, y sin menguar en nada los ayunos que hacía, decidió el dejarse picar de los mosquitos para vencer la obstinación de los amos. Y así, en siete años de poner su confianza en Dios, los directores católicos que le permitieron pasar a sus haciendas pasaron de 2 a 12. Pedro dedicaba entonces muchas horas con los esclavos agotados o golpeados y les instruía en la fe. La maldición de aquellas plantaciones iba desapareciendo poco a poco antes de que llegara la abolición de la esclavitud.

Después de estos primeros 14 años en Paramaribo y las haciendas recibió el nombramiento de pastor de los leprosos de

Batavia. El panorama no era menos desolador que lo que había dejado. Un capellán había sido envenenado por un leproso vengativo, y ninguno era bien visto, por lo cual casi ninguno duró más de un año.

El gobierno los apartaba a aquel lugar maldito, pues entonces la lepra era incurable. Pero las condiciones higiénicas eran tan deplorables, que hasta los miembros del comité de Salud Pública tenían que salir de ciertas chozas para vomitar. Y no sólo eso, pues al faltarles algunos miembros no se podían procurar la leña para cocinar o tenían que ir arrastrándose para buscar agua, con lo que morían prematuramente por falta de alimentos y de lo más esencial.

Pedro Donders no se contentaba con asistirles espiritualmente, procurando que nadie muriese sin los sacramentos, e instruirles, sino que les cortaba leña, les llevaba agua, preparaba de comer, lavaba los vendajes y curaba sus heridas, que no eran cualquier cosa. Y a la degradación física seguía la moral, con lo que o recurría a Dios más intensamente, o tenía que tomar el camino que siguieron los anteriores. La esforzada labor pastoral se notó y así lo certificaron los directores de aquel calamitoso centro haciendo constar que desde la llegada de los misioneros los leprosos no daban ni la cuarta parte de dificultades y parecían otras personas. Lo cual se aplica sobre todo a él que resistió hasta la muerte y rezó tantísimo pidiendo su conversión.

Con motivo de la manumisión de los negros por decreto del rey Guillermo III en 1863, válido para las colonias holandesas, los negros se dispersaron y desde Roma se pensó en confiar la atención pastoral a una congregación.

Los redentoristas fueron los designados para esta labor. Treinta años habían transcurrido desde su primer intento fallido de ser redentorista. Sus oraciones habían dado fruto. No sólo recibía ayuda de nuevos misioneros, sino que ahora es aceptado como novicio. En cuestiones de votos y de oración ya venía practicándolo heroicamente durante años. Pero debía acomodarse a hacer vida de comunidad y a vivir en obediencia no sólo al Vicario Apostólico, sino a su superior inmediato en otras muchas menudencias, para poder trabajar en equipo e imitar más de cerca a Jesús.

Hizo su noviciado, que por dispensa del General se redujo a ocho meses, y el maestro de novicios encontró una sola pega, sus 57 años. Por lo demás no podía ser más dócil, como un niño, ni más dado a la oración, a la mortificación y a la limosna.

Al llegar a la profesión religiosa, 24 de junio de 1867, no sabía cómo dar gracias a Dios y rogaba a todos pidieran a la Santísima Virgen su perseverancia. En realidad, y a pesar de su fama de santo, la vida religiosa supuso para él una maduración de su vida interior, pues al ponerse bajo la dirección de otros ganó en muchos aspectos que se suelen descuidar, pues uno mismo no se da cuenta.

También a partir de su profesión inicia un nuevo campo apostólico, la evangelización de los aborígenes dispersos: los arawacos, los warros y los caribes. La tarea era inmensa y especialmente dificultosa porque iban de un sitio a otro y no se podía sacar fruto por falta de continuidad. Tenía que irlos a buscar siguiéndoles las huellas, y ¡cuántas veces desaparecían sin dejar rastro! Los curanderos alimentaban el temor supersticioso a los malos espíritus, y eran los que más se oponían al trabajo apostólico de los misioneros.

No escatimaba medio para convertirlos. Tuvo que servirse de intérprete para sus tres lenguas diferentes y sus 60 años no fueron obstáculo para llegar a aprenderlas junto con el acordeón, pues a los indígenas les encantaba la música. En sus 17 años en este nuevo apostolado pudo bautizar a más de 1.000 indios.

Y no es menos sorprendente su propia evolución espiritual, que pasa de ser vehemente contra los pecadores, antes de ser redentorista, a una actitud de abandono en la misericordia del buen Dios y en la abundancia de la redención, y de intercesión por aquellos pobres a los que fue enviado. Podía escribir: «Gracias a Dios que estas visitas a los indígenas son ricas en cruces y en sufrimientos. [...] Jesús ha derramado su sangre también por estos indígenas. [...] Paciencia y oración deben ser nuestras armas». Y esto lo repetía incesantemente.

Si los caribes eran violentos y le hicieron sufrir tanto al Beato Pedro, aún les ganaban en ferocidad los negros cimarrones traídos de África para ser vendidos como esclavos en Surinam,

y más tarde dados a la fuga amparados por la jungla. Tenía 70 años cuando emprendió este apostolado, el más duro de su vida.

Esta nueva empresa apostólica la simultaneaba con el apostolado de los indígenas. Los cimarrones no dejaban de mostrar su odio a los blancos quemándoles las haciendas. Para ellos no había ni ley ni dios. Su misma vida corría grandes riesgos en tales condiciones, pues la primera vez que se opuso enérgicamente a sus supersticiones estuvieron a punto de matarle. Comprendió que había que ganarlos con dulzura. Pero nada le echaba atrás, pues estaba convencido, como escribió poco antes de morir, que «también las adversidades nos vienen de Dios, y sin cruz nada sólido puede edificarse».

Cuando cumplía 74 años en Batavia unos leprosos en representación de otros compañeros se quejaron a Mons. Schaap que fue de visita apostólica. Como el Vicario Apostólico no les entendía hubo que llamar a Donders. «Ellos quieren, tradujo Pedro, otro pastor. Dicen que el actual (Donders) es demasiado viejo, que casi no le entienden lo que dice y que siempre repite las mismas cosas». Ésa fue la despedida que le dieron los leprosos. Lo recibió como la cosa más razonable y ofrecía su secreto sufrimiento por ellos. No había ido a buscar homenajes a su entrega heroica, sino a dar testimonio del Redentor que dio la vida por ellos. No podía rubricar mejor su testimonio que con la paciencia y serenidad con que soportó este mayúsculo desagradecimiento.

Volvió a Paramaribo, haciendo más vida de comunidad. Pero enseguida emprendió sus salidas apostólicas como si fuese un sacerdote joven.

Le enviaron a Coroní y «desde el día de su llegada se mostró como un hombre de Dios, con un amor ardiente por las almas», según declaró su superior. La salud le falló y tuvo que guardar cama, siendo su mayor mortificación el no poder celebrar la santa misa. Pero mejoró y fue enviado a la leprosería de nuevo. El capellán de la misma, el padre Bakker, había contraído la lepra. Así que todo el trabajo recayó sobre Donders, de 77 años. Hizo la última visita a todos los enfermos, confesándoles y llevándoles la comunión. La nefritis que había tenido empeo-

ró, pero no recibió atención médica porque el médico estaba borracho, a pesar de haber luchado 45 años por cuidar los enfermos.

Dos días antes había anunciado al padre Bakker que moriría el viernes, a las tres de la tarde. Como éste le vio a las tres menos cuarto que estaba con pleno conocimiento y que oraba en silencio, salió un momento, y cuando regresó a las tres y media había muerto. Pudo así imitar a Jesucristo en la muerte aquel que había vivido tan identificado con la cruz del Redentor y con sus ansias de derramar su sangre como una bendición sobre todos los hombres.

Los funerales fueron una manifestación emocionante de todos los leprosos, que, aun arrastrándose el que no podía caminar, lo acompañaron hasta donde fue enterrado sin quererse separar del ataúd. Era el 14 de enero de 1887. Catorce años más tarde fue trasladado a la catedral de Paramaribo.

El 23 de mayo de 1982 el papa Juan Pablo II le declaraba Beato junto con otros cuatro (Marie Anna Rivier, Marie-Rose Durocher, María Ángela Astorch y André Bessette).

J. I. GONZALEZ VILLANUEVA, OSB

Bibliografía

DANKELMAN, J L F, *Pedro Donders, apostol de los leprosos* (Madrid 1982)
DIDIER, J B, *Un nuevo apostol de los negros, indios y leprosos en el continente sudamericano, o sea, biografia del R. P. Pedro Donders CSSR* (Buenos Aires 1893)
GARCIA CASTRILLO, B, «El apostol de los leprosos Beato Pedro Donders 1809 1887», en *Estos seis cumplieron* (Salamanca 1992) 61 70
KRONENBURG, J B, *El apostol de los leprosos del Surinam El venerable Pedro Donders CSSR. 1809 1887* (Madrid 1930)
LONDONO, B N (coord), *La vida espiritual del Beato Pedro Donders* (Roma 1996)

C) BIOGRAFIAS BREVES

SANTA MACRINA

Madre de familia († 304)

Esta piadosa mujer fue la abuela paterna de San Basilio el Grande, en cuya educación y en la de sus hermanos él mismo dice que influyó muy positivamente. Se la denomina la ma-

yor, para distinguirla de su homónima nieta, conocida como la joven.

Había sido convertida al cristianismo en su juventud por San Gregorio el Taumaturgo, y había formado un ejemplar matrimonio con su esposo. Llegada la persecución de Galerio y Maximino, el matrimonio se vio forzado a abandonar su casa y esconderse en la selva del Ponto, donde hubieron de vivir de la caza. No se sabe la fecha de su muerte ni si sobrevivió a su marido.

SANTA NINÓN

Esclava († s IV)

Ninón era una joven cristiana que fue cogida como esclava y vendida a los iberos en la actual Georgia. Ella era natural de Colastri en Capadocia. Era conocida como «la cristiana». Pero sacó de su esclavitud una gran oportunidad de hacer el bien, ya que se convirtió en apóstol de aquella gente que por su medio vino a conocer el cristianismo. Sus virtudes, unidas a la convicción con que expresaba su fe, le granjearon un gran crédito, y así a partir de ella el cristianismo se apoderó de sus corazones. Aunque luego la leyenda ha rodeado su figura, el hecho de que la joven esclava fue el medio de introducción del cristianismo en Georgia es completamente histórico. Su muerte se sitúa en el primer tercio del siglo IV.

SAN FULGENCIO DE ÉCIJA

Obispo († 632)

Fulgencio fue hermano de los Santos Leandro, Isidoro y Florentina, miembro por tanto de una verdadera familia de santos. Su nacimiento hay que situarlo en Cartagena, de donde en la juventud y con su familia pasó a Sevilla. Se cría al lado de su hermano Leandro, que, al tiempo de escribir para su hermana Florentina la *Regla monacal,* le ha permitido viajar a Cartagena, de lo que se muestra arrepentido.

No hay razón alguna para suponerlo monje, pero sí clérigo ya que es luego elegido obispo de Écija, en latín Astigis, ciudad episcopal entonces. Ya era obispo de esta sede el año 610, pues firma como tal obispo de Écija en una reunión episcopal habida en Toledo ese año y en la que igualmente está presente su hermano San Isidoro de Sevilla.

El año 619 lo hallamos asistiendo al II Concilio provincial hispalense, en que se ventila la cuestión de si una parroquia, llamada Celtiense, pertenecía a la diocesis ecijana o a la cordobesa.

Consta que fue a ruegos de San Fulgencio como San Isidoro escribió su tratado *De los oficios eclesiásticos,* lo que indica una clara preocupación en Fulgencio por la disciplina eclesiástica.

Se le ha tenido también por obispo de Cartagena, pero, siendo seguro que fue obispo de Écija, el serlo luego o antes de Cartagena tiene poca verosimilitud histórica ya que la traslación de sedes no se estilaba en la disciplina eclesiástica de entonces.

No hay constancia de que algunos escritos que figuran con su nombre sean suyos, aunque los Bolandistas no dudan en atribuirle el libro llamado *De las mitologías.*

Su muerte hay que situarla entre el año 619 en que asiste al concilio hispalense citado y el año 633 en que ya había otro obispo en Écija. Murió por tanto antes que su hermano menor San Isidoro. Su nombre no había entrado hasta ahora en el *Martirologio romano* pero su memoria la vienen celebrando las diócesis de Sevilla, a la que ahora pertenece Écija, de Plasencia, de donde es patrono, y asimismo la de Cartagena

BEATO ODÓN DE NOVARA

Presbitero († 1200)

De la vida y virtudes de este santo religioso hay sobrada constancia por las informaciones que acerca de él mandó hacer el papa Gregorio IX.

Había nacido en Novara el año 1100 y para servir a Dios de manera radical en su juventud había optado por la vida de cartujo, siendo la oración, el silencio y la mortificación sus permanentes normas de vida. Acudía con puntualidad y entrega a los

santos oficios de la comunidad y estaba siempre disponible para los servicios que los monjes pidieran de él.

Acreditado dentro de su Orden, fue elegido prior de la Cartuja de Geyrach en Eslovenia, cargo que cumplió de forma escrupulosa, granjeándose el amor de todos los monjes. Pero hubo de oponerse a las pretensiones del obispo, que en venganza no dejó de hacerle dura oposición hasta el extremo de pensar Odón que debía acudir a la Santa Sede. Para ello viajó hasta Roma y puso su cargo a disposición del Papa, que lo dispensó de él. Entonces, llamado por unas monjas de Tagliacozzo, se convirtió en el capellán principal y director de la clerecía que atendía a la comunidad de religiosas. Y sus virtudes fuera del claustro se hicieron públicas, recibiendo la admiración y el amor de los fieles. La voz popular empezó a atribuirle milagros.

Murió en Tagliacozzo el 14 de enero de 1200 ya centenario. Su culto fue confirmado por el papa León XIII el 23 julio 1900.

BEATO ODORICO DE PORDENONE

Presbítero († 1331)

Odorico Mattiuzzi nació en Villanova de Pordenone el año 1285, en el seno de una noble familia, que le proporciona una esmerada educación religiosa. En la juventud siente la vocación a la vida del claustro e ingresa en Udine en la Orden franciscana. Una vez ordenado sacerdote, pasa unos años en recogimiento en uno de los conventos de su Orden, para pasar seguidamente a un activo apostolado como predicador popular por las provincias de Friul, Carintia e Iliria hasta que en 1314 la obediencia y su anhelo misionero lo llevan a Oriente.

Luego de breves días en Constantinopla, pasa el Mar Negro y desembarca en Trebisonda, siendo las regiones de Armenia, Persia y Caldea el teatro de su intensa labor misionera. Más tarde se dirige a la India, donde evangeliza por las costas de Malabar, y de ahí pasa a Ceilán, Java y Sumatra, y hasta se dice que llega al Japón. Entra luego en China y se llega a Pekín, donde encuentra al arzobispo franciscano fray Juan de Montecorbino y donde permaneció tres años. Pasa luego a la Tartaria y al Tíbet y de ahí regresa a la India, donde se embarca para Italia. Con

ánimo de pasar luego a Roma para informar al papa de sus correrías misioneras, va a Padua y las relata primero a los superiores de su Orden, que, viéndolo muy desgastado, lo envían a su convento de Udine donde muere el 14 de enero de 1331. En su largo periplo misional se dice que había convertido y bautizado a más de veinte mil personas, agotándose en el esfuerzo.

El papa Benedicto XIV confirmó su culto el día 2 de julio de 1755.

15 de enero

A) Martirologio

1. En Anagni (Lazio), Santa Secundina, virgen y mártir, en fecha desconocida
2. En Constantinopla, San Juan Calibita (s. V), asceta *.
3. En el monasterio de Cluain Credail (Irlanda), Santa Ida († 570), virgen, fundadora del dicho monasterio
4. En Rieti, San Probo († 570), obispo.
5. En Glenfeuil, San Mauro (s. VI o VII), abad
6. En Rodez, Santa Tarcisia (s. VI-VII), virgen y mártir.
7. En Ham (Brabante), San Ableberto o Emeberto († 645), obispo de Cambrai.
8. En Chartres, San Malardo († 650), obispo
9. En Trento, San Romedio (s. VIII), anacoreta.
10. En Lyón, San Bonito († 710), obispo de Clermont en Auvergne
11. En Saint-Gilles (Provenza), Beato Pedro de Castelnau († 1208), presbítero, monje cisterciense y mártir *
12. En Castel la Pieve (Umbria), Beato Jacobo llamado el Limosnero († 1304) *
13. En Gualdo (Umbría), Beato Ángel de Válido († 1325), ermitaño.
14. En Fogán (China), San Francisco de Capillas († 1648), presbítero, religioso dominico y protomartir de China, donde era misionero **.
15. En Steyl (Holanda), Beato Arnoldo Janssen († 1909), presbítero, fundador de la Sociedad del Verbo Divino **

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

SAN FRANCISCO FERNÁNDEZ DE CAPILLAS

Presbítero y protomártir († 1648)

La Orden de Predicadores, que fundó Sto. Domingo de Guzmán, está destinada a anunciar el evangelio y dar a conocer la Palabra de Dios por todo el mundo. Y como decían las antiguas Constituciones, «nuestra Orden fue instituida, desde el principio, para la predicación y la salvación de las almas, y nuestro empeño debe dirigirse principalmente, y con todo ardor, a que podamos ser útiles a las almas de los prójimos». El talante dominicano tiene un tono evangelizador, agresivo y de avanzada. Aquí encuentra el dominico su misión y su sentido.

Por eso, fieles a su vocación, los dominicos de todos los tiempos, se diseminaron por los más apartados rincones de la tierra. En Oriente, lo mismo que en Occidente, los hijos de Sto. Domingo han estado siempre dispuestos a llevar a todos los hombres el mensaje salvador de Cristo, sin importarles los obstáculos, las distancias y las mismas persecuciones. De hecho la historia de las Misiones dominicanas en Extremo Oriente ha estado siempre escrita con sangre de mártires.

Esta labor de intenso dinamismo apostólico fue confiada a la provincia dominicana de Ntra. Sra. del Rosario. Descubiertas las Islas Filipinas en 1521 e incorporadas a la corona de Castilla en 1565, muchos dominicos manifestaron su deseo de ir a anunciar el evangelio allí y al extenso reino de China, haciendo así realidad su lema dominicano: «Contemplari et contemplata aliis tradere», orar, contemplar la Palabra de Dios, y después de hacerla vida en su corazón, comunicarla apasionadamente a los demás.

El P. Maestro General de la Orden, Fr. Pablo de Constable, acogió con calor la petición, y en carta del 14 de julio de 1582 autorizaba a Fr. Juan Crisóstomo «para que podáis congregar treinta frailes para las Islas Filipinas y reino de China, autorizándole para erigir conventos e iglesias y fundar la Orden cuando hayáis llegado a aquellas partes». El 17 de julio de 1586 salió de Cádiz la primera misión, compuesta de 32 religiosos. Llegó a México el 29 de septiembre y reemprendieron la marcha en Acapulco en la primavera siguiente; llegó a Manila el 25 de julio

de 1587. Aunque con ello comenzó propiamente la nueva provincia, oficialmente fue erigida como tal en el Capítulo General de Venecia en 1592, y nació con un marcado carácter universal y para evangelizar en Extremo Oriente.

Los misioneros eran reclutados casi exclusivamente de entre los dominicos de las tres provincias españolas: España, Aragón y Bética, tarea ésta del P. Procurador de la provincia del Rosario, residente en el convento de la Pasión, de Madrid, hasta que en 1830 se fundó el convento de Ocaña con este fin.

En 1602 se abría la misión en Japón. En 1626 comenzó la labor misional de los dominicos en Formosa, y desde aquí los misioneros lograron entrar en China en 1631. Evangelizaron principalmente la provincia de Fukién, y continuaron su apostolado allí hasta 1954 en que fueron expulsados los dos últimos misioneros dominicos.

Uno de los más grandes y sobresalientes misioneros y mártires, el «protomártir» de China, fue San Francisco Fernández de Capillas. Nació en Baquerín de Campos, provincia y diócesis de Palencia, el 11 de agosto de 1607. Sus padres eran *cristianos viejos* y vivían la fe heredada de sus mayores. Los documentos hablan de su «honrada, notoria y honesta calidad». Se llamaban: Baltasar Fernández y Ana María de Capillas. Del matrimonio nacieron cinco hijos. Otros dos hermanos se consagraron también a Dios: Alonso, sacerdote diocesano y más tarde párroco de su pueblo, y Juan, monje profeso en el monasterio de La Espina, en Valladolid. Francisco fue el menor. Fue bautizado a los tres días por un tío suyo, hermano de su madre.

Sus padres, conscientes de sus obligaciones religiosas y sociales, lo educaron en la fe y se interesaron por la educación familiar y cultural de su hijo. A los diez años lo llevaron a Palencia para que iniciase los estudios. Aquí conoció a los dominicos y, sin duda, los visitó en su convento de San Pablo, y debido a ello se entusiasmó ya con la Orden dominicana, como posible camino para su vocación. Sin embargo, no entró como dominico en el convento de Palencia, sino que solicitó su ingreso en el de San Pablo de Valladolid, porque, como dice él mismo, «aquí se observaban con todo rigor las prácticas cristianas y la Regla de la Orden».

Tomó el hábito dominicano a los dieciséis años, en 1623, y aquí también hizo su profesión al año siguiente, iniciando el estudio de artes y teología en orden a su ordenación sacerdotal. En su vida dominicana destacó por las tres grandes virtudes características de la vida consagrada: pobreza, castidad y obediencia. Sobresalió asimismo, según señalan los testigos, por la piedad, mortificación, modestia, compostura y estudiosidad. Se ha escrito de él que «jamás levantó los ojos para mirar cosa vana», y esta gran modestia será en parte la causa de que más tarde sea sorprendido por un grupo de soldados chinos que lo prenderán y lo conducirán a los tribunales.

En 1631, siendo aún estudiante y ya diácono, el Procurador de la provincia del Rosario, P. Mateo de la Villa, buscaba frailes entre las diversas provincias españolas que estuvieran dispuestos a ir a Filipinas. Al oírlo, Fr. Francisco se ofreció de inmediato para ir allí a anunciar el evangelio. A las ya familiares tierras de Filipinas se añadía ahora la inmensidad del imperio chino. Él sabía que aquellas personas no conocían a Cristo, y aunque no desconocía incluso la posibilidad del martirio, esto no sólo no alejaba su corazón de aquellas tierras, sino que era un argumento más para desear ver cumplidos sus afanes misioneros. Y su ofrecimiento fue aceptado.

Salió de Valladolid en mayo de 1631 y caminando a pie llegó a Cádiz, donde el 19 de junio zarpará la nave que lo llevará hasta Veracruz con un grupo de treinta compañeros dominicos. A principios de Adviento llegaron a México capital, hospedándose en el convento de San Jacinto. De aquí partieron, a pie, hasta Acapulco. En este trayecto murieron cinco compañeros dominicos.

De Acapulco hacia Oriente iniciaron la segunda etapa de su largo viaje el 23 de febrero de 1632, llegando a Manila en mayo, donde tuvo la inmensa alegría de recibir la ordenación sacerdotal el 5 de junio de 1632, en la capilla del Sagrario de aquella ciudad. Los testigos nos cuentan que el santo aprovechó estas dos largas travesías para anunciar el evangelio a los tripulantes, en conversaciones sencillas y en diálogos personales, ayudando a todos los pasajeros en sus necesidades, especialmente a los enfermos. Usaba la noche, como Sto. Domingo, para hablar a

Dios de las necesidades de los pasajeros y el día para hablar a éstos de la bondad y misericordia de Dios.

Pasados unos días en el convento de Sto. Domingo de Manila fue enviado a la misión de Cagayán en la isla de Luzón. Aquí hablan de él como de un gran ministro del evangelio que tuvo gran éxito misionero debido a su oración, a su vida ejemplar y a sus mortificaciones. Estuvo esperando diez años a que los Superiores lo enviasen a China. De este tiempo dejó un ejemplo de su gran actividad misionera, destacando como un hombre humilde, alegre, infatigable en el trabajo y manteniendo un constante y afectuoso diálogo con el Señor.

Asistiendo al Capítulo provincial de Manila en 1641 suplicó humilde e insistentemente al nuevo P. Provincial ser enviado a China; quería compartir las penalidades que oía sufrían los misioneros allí. El P. Provincial se lo concedió, pero le mandó que se quedase unos meses aprendiendo el lenguaje y las costumbres chinas.

Por fin, el 22 de julio de 1641 embarcó rumbo a Formosa, en compañía de dos frailes dominicos: los padres Francisco Díaz y Juan García. Aquí esperaron que llegase la ayuda de los cristianos chinos que les facilitaron el trayecto y la entrada a Fujián en marzo de 1642.

La provincia de Fukién y especialmente el distrito de Fogán, así como las ciudades de Moyang y Tingteu, iban a ser el campo de batalla del santo palentino. Todo su complejo trabajo apostólico, como el de los otros misioneros dominicos, se ve determinado por estas tres características: la apertura a la universalidad de la misión, la gran creatividad en los métodos de apostolado y, sobre todo, la disponibilidad para el sacrificio del martirio.

¿Quién podrá seguir a nuestro hermano en sus correrías apostólicas por caminos y por ríos, por montes y por llanos, de día y de noche, bajo el sol abrasador unas veces y otras con el frío, la escarcha, las lluvias y las nieves? Cuando se trataba de administrar sacramentos, señaladamente a los enfermos, no había para él momento de espera ni obstáculo que le detuviese.

Si San Pablo fue judío con los judíos y gentil con los gentiles, haciéndose todo para todos a fin de ganarlos para Cristo, así

el dominico se hizo chino con los chinos. Su nombre fue adaptado a la lengua china, se llamó entre ellos *Xuan;* se dejó crecer el pelo hasta llevar coleta; su comida, su dormir y toda su vida se adaptó con gusto y pronto a las costumbres y a la cultura china.

Una de las cosas que los misioneros sentían más necesario era visitar a las cristiandades. Pero no les era posible. Las distancias eran enormes, los caminos a veces intransitables y el trabajo agotador. Por ello, y adelantándose a las actuales corrientes eclesiales, buscaron la colaboración y corresponsabilidad de los laicos en su misión evangelizadora: implantaron la entonces Orden Tercera de Sto. Domingo, la cofradía del Sto. Rosario y sobre todo las beatas y los catequistas. Los Catequistas eran verdaderos apóstoles al servicio de la Iglesia y el evangelio; las Beatas eran mujeres al servicio del templo y de las cristiandades nacientes y, sobre todo, el sostén de la Santa Infancia; fundaron orfanatos donde dar cobijo y educación a las niñas, que de suyo, si eran primogénitas, habían de ser abandonadas y muertas.

Después de algunas etapas algo tolerantes con la religión cristiana y con los misioneros extranjeros, venían otras totalmente opuestas y de una fuerte persecución. Los documentos de la época revelan que aquellos hombres estaban dispuestos a sacrificar su vida. Su disponibilidad al martirio era una gracia de Dios que ellos secundaban con su entrega total en aras de la evangelización. Y así, en el año 1647 los Tártaros Manciú invaden aquella región mostrándose hostiles a la religión cristiana. El 9 de agosto de este año empezó una fuerte persecución contra el cristianismo decretada por el mandarín de Fogán. El santo Capillas y su amigo y compañero P. Juan García se exhortaron de nuevo al combate con mayor ahínco, y previendo que sus días estaban contados, se entregaron a la conversión de infieles y a confesar y confortar a los cristianos en el servicio y confesión de Cristo.

El testimonio de una vida santa y la entrega sin reservas a las tareas misioneras son los dos elementos que definen sus últimos años de vida en Xeunin, aquí siempre con grave peligro de su vida. Los cristianos vagaban por los montes solos y desalentados, pero los misioneros no podían dejarlos abandonados a su

suerte. Fr. Capillas multiplicó su celo y su entrega hacia ellos, sabedor siempre que la muerte le rondaba.

Y al fin ocurrió lo que se esperaba y lo que ansiaba desde hacía mucho tiempo. El 13 de noviembre de 1647, cuando regresaba muy contento a su oculto refugio, después de haber prestado el servicio sacerdotal a dos enfermos de Tingteu, absorto como siempre en la contemplación de Dios, sin mirar ni atrás ni adelante, ni a un lado ni a otro, acompañado de un muchacho infiel, de repente se encontró con un pelotón de soldados tártaros que iban a sacrificar a los ídolos al templo. Le echaron una soga al cuello, con la que le ataron también las muñecas y llevado al templo lo desnudaron completamente para ver si llevaba dinero. De aquí fue trasladado al tribunal de Fogán, ante el cual confesó valientemente su fe y su amor a Jesucristo el único Señor de su vida. La sentencia inmediata fue la conducción a la cárcel, iniciando así el calvario que lo llevaría a la muerte.

En la cárcel continuó su misión de evangelización, consolando y animando a los cristianos que con él estaban recluidos. Lo llevaron más tarde de un tribunal militar a otro civil, que le imputó todos los crímenes, denuncias y acusaciones propagadas contra los misioneros, indicando que era un malhechor revolucionario digno de la pena capital. Ordenó que le dieran el *tormento de los tobillos.* Consistía éste en comprimir los tobillos entre dos tablitas por medio de cuerdas hasta dislocar los huesos y triturarlos. El Venerable Padre, en medio de los terribles dolores que este «martirio chino» le producía, sólo decía: «Gracias, Señor, pero ayúdame, que si no desfalleceré».

Comprobada su entereza de ánimo, el mandarín cambió de táctica: en lugar de nuevas torturas le ofreció halagos y promesas. Pero tampoco esta vez cayó el santo en la trampa y siguió anunciando el evangelio con decisión y valentía.

Estando intentando que renunciase a la fe llegó a la cárcel el mandarín militar, quien mandó que fuese azotado. Para esto lo desnudaron los verdugos, y tendiéndolo en tierra boca abajo, descargaron sobre él crueles golpes con cañas de bambú. Quedó el mártir tan deshecho y dolorido que no podía moverse. Pero a pesar del estado lastimoso en que se hallaba, continuó con coraje su ministerio entre los presos: instruyendo a unos en

la fe y a los cristianos administrándoles los sacramentos y preparándolos para el martirio.

Pocos días después moría este impío mandarín, llamado Ko-ie, atravesada su frente por una bala.

El venerable dominico estaba llegando al final de su carrera en la tierra. El nuevo mandarín ordenó que el confesor de Cristo fuese llevado enseguida a su presencia para comunicarle la sentencia de muerte. El santo recibió la orden mientras rezaba los misterios dolorosos del rosario junto con otros encarcelados. Allí mismo fue desnudado de todo, menos de las medias, porque estaban pegadas a la carne por la sangre vertida por los azotes. Lo tenía Dios dispuesto así para que por ellas fuese reconocido su cuerpo dos meses después de ser degollado.

Desnudo y expuesto al ludibrio de aquella gente sin pudor fue sacado de la cárcel y conducido al lugar del suplicio fuera de los muros de la ciudad. Llegado a cierto punto, todo absorto en Dios, cruzó el fraile los brazos y se arrodilló esperando el golpe del sable. El verdugo mandóle ir más adelante, y dados unos pasos más, le asestó el golpe mortal que le separó la cabeza del tronco. Era el día 15 de enero de 1648 cuando su alma volaba a Dios desde la ciudad de Fogán.

Por dos días quedó su cuerpo tendido de espaldas en tierra, después fue arrojado a un foso junto a la muralla. Un infiel, pagado por un cristiano, enterró su cabeza.

Pasados dos meses, el P. Juan García hizo las debidas diligencias para hallar y recoger los restos. El cuerpo fue llevado al convento de Sto. Domingo de Manila. La cabeza fue hallada intacta y llevada primero a Manila y más tarde trasladada al convento de San Pablo de Valladolid, donde el santo había profesado y donde aún hoy se conserva con gran veneración.

Benedicto XIV en el Consistorio del 16 de septiembre de 1748 lo declaró «protomártir» de China. San Pío X lo beatificó el 2 de mayo de 1909 y Juan Pablo II lo canonizó en la plaza de la Basílica de San Pedro el 1 de octubre del año jubilar 2000, juntamente con otros cinco dominicos españoles, mártires también en Fogán, así como con otros 114, todos mártires de China.

PEDRO RIESCO PONTEJO, OP

Bibliografía

AA.VV., *Semblanzas de misioneros* (Caleruega 1985) 141-157.
AA.VV., «Protomártir de China Beato Francisco de Capillas, O.P.»· *Orientalia Dominicana* (1986) 17-28.
AA.VV , *La familia dominicana (Historia, presencia, futuro)* (Salamanca 1977)
ALVAREZ, P., OP, *Santos, bienaventurados, venerables de la Orden de Predicadores.* I: *Santos* (Caleruega 1919) 339-347.
MARTINEZ PUCHE, J. A , OP (dir.), *Nuevo año cristiano. Enero* (Madrid 2000) 223-225.
REBOLLO JIMENEZ, M , OP, «Aventureros de Dios. Mártires dominicos españoles de China»: *Folletos* «CON ÉL» (CONFER) (septbre 2000) n.200.
www.dominicos.org/op/Hagiografía/mártires.htm.
www.dominicos.org/hrosary/spanish/historia/mártires.htm.

BEATO ARNOLDO JANSSEN

Presbítero († 1909)

El que estaba destinado a ser fundador de tres congregaciones religiosas misioneras y pionero de las misiones extranjeras en los países de lengua alemana, holandesa y eslava, amén de otras muchas obras, nació en una familia muy numerosa, con lo que eso supone de confianza en la Providencia a la hora de permitir seguir la vocación sacerdotal al hijo mayor. Efectivamente, los padres de Arnoldo eran profundamente católicos, y católico era el ambiente en que se desenvolvieron mientras educaron a sus hijos, pues no se había producido la unificación de Alemania. En particular, era la suya una región muy mariana. El santuario célebre de Kevelaer catalizaba la devoción a la Santísima Virgen de sus paisanos. En esa devoción mariana tan firme reside el secreto de la permanencia de toda la región en la Iglesia católica.

El padre tenía algunas tierras y un negocio de alquiler de carruajes, pero con la llegada del ferrocarril bajaron muy notablemente sus ingresos. Arnoldo fue el segundo hijo, nacido el 5 de noviembre de 1837. Goch, pequeña ciudad casi en la frontera con Holanda, fue el escenario donde pasó su niñez. Asistió a las clases en la escuela de Goch desde 1840. Pero el vicario Ruiter abrió una escuela rectoral con el fin de que fueran a estudiar los que querían y podían ser sacerdotes. Poco después, con doce años, iría al seminario menor de Gaesdonk, cuyo examen pudo superar con gran dificultad, pues en su pueblo sólo estuvo año

y medio para la materia de tres cursos. Le gustaba el estudio de las matemáticas y lamentaba tener que pasar mucho tiempo en el estudio de las lenguas.

Dedicó dos años todavía al estudio de las matemáticas y las ciencias naturales, pues tenía una gran afición a dichas materias y el obispo de Münster estaba de acuerdo, pues necesitaba profesores eclesiásticos de segunda enseñanza que asegurasen la orientación católica en la educación. Simultaneaba las matemáticas con la filosofía. Arnoldo se sentía llamado a la enseñanza, sin que dicha inclinación natural anulase su vocación sacerdotal.

Para los estudios de teología se trasladó a Bonn, pues quería aprender a tratar con más gente y tener nuevos profesores que le abriesen horizontes. No buscaba las diversiones, sino que se entregaba al estudio sin descuidar su vida de piedad. Aparte de otras prácticas, tanto en Münster como en Bonn, participó como miembro muy comprometido de la congregación mariana. Un compañero de estudios de aquella época anotó que «el honrado y recogido Arnoldo» era para él un «amigo y guardián» en los peligros de la ciudad universitaria.

Entre sus exámenes entraba la prueba de aptitud docente y no se puede ocultar que tuvo mucho mejor calificación en la docencia de la química y las matemáticas que a la hora de dar una clase de religión.

A pesar de ser tan dado a los estudios profanos y tan poco hábil para explicar la religión, lo cierto es que con motivo de su ordenación sacerdotal (15 de agosto de 1861) salían a la luz los sentimientos que le envolvían en aquellos días y no se puede negar que no eran superficiales. En una carta a sus padres dejó escrito:

> «Si Dios quiere tendré la gran dicha de ofrecer al Señor el sacrificio de su Hijo y nuestro Salvador. Alegraos conmigo y alabad al Señor, que quiere hacer en mí cosas tan grandes y me ha conducido hasta ahora tan amorosamente».

El pueblo de Bocholt, a donde fue enviado por el obispo para dar clases, sólo tenía cinco mil habitantes. Se aplicó a la tarea con todo empeño durante doce años. Preparaba las clases con esmero, corregía los trabajos minuciosa y benévolamente, adquirió aparatos para el laboratorio de física, y hasta cien ani-

males para el de ciencias naturales. Y sin embargo es sorprendente que no fuera enviado, al menos después de varios años de docencia, a un colegio de cierto renombre, ni que llegara a ser director. No cayó en gracia entre alumnos y profesores, a pesar de su laboriosidad intachable. Dios le reservaba otros dones, pero no precisamente el de educador nato de la juventud estudiantil. Hay que añadir, aun reconociendo su poco éxito, que en estos años completó su formación, y adquirió los conocimientos prácticos de organización escolar, que pudo aplicar en Steyl.

Los primeros años los había dedicado a preparar bien las clases, pero a partir de 1866 ya dispuso de más tiempo y pudo leer libros de teología y dedicarse más a sus intereses religiosos.

Para conocer el interior de Janssen es conveniente reparar en una faceta un poco oculta tras el profesor de ciencias profanas: su inscripción en la cofradía del apostolado de la oración. Conoció la cofradía cuando contaba 28 años, pues en la diócesis de Munster había unos pocos conventos y parroquias adscritos. En su caso no se contentó con el cumplimiento de las «obligaciones diarias», sino que escribió un folleto llamado coloquialmente «librito de ingreso», que tuvo varias ediciones en Alemania y Austria. En la contraportada se halla dibujada la Inmaculada, pues tenía 17 años cuando fue definido el dogma, y sin duda le impactó hondamente este pronunciamiento del Magisterio. En su exposición histórica y doctrinal destaca el valor de la oración en orden a la salvación de los hombres.

No se contentó con publicar el librito para favorecer la extensión de dicha devoción, sino que logró que 600 personas se inscribieran en la cofradía, por lo que el obispo le nombró director diocesano del apostolado de la oración. Y una vez recibido este nombramiento ya tenía carta blanca para recorrer toda la diócesis. Recorrido interrumpido sólo para asistir al *Katholikentag* (día de los católicos), donde pidió se recomendara la adhesión al apostolado de la oración. Se le ofreció hablar él mismo desde la tribuna, cosa que le resultaba muy novedosa por la enorme concurrencia. Y habló lleno de convicción y entusiasmo de que la gracia se concede solamente por medio de la oración.

> «Cristo necesita —dijo entonces— de nuestra oracion y de nuestro sacrificio, para derramar en nosotros el fruto de su oracion y de su sacrificio [] Tenemos que orar para conseguir la gracia

del regreso de los que están separados en la fe. Pero no para conseguir conversiones de individuos, sino la vuelta de todos los pueblos a la casa paterna».

Sus vacaciones estivales fueron una dura peregrinación de parroquia en parroquia, a veces a pie. Se reincorporó al curso escolar, pero el opúsculo se extendió más allá de sus peregrinaciones a otras muchas regiones de habla alemana. Rehizo el opúsculo para que fueran más breves y prácticas sus enseñanzas y en las vacaciones de Pascua reanudó su peregrinación por las parroquias que faltaban de visitar.

La guerra de 1870 no le permitió nuevas salidas, por lo que se aplicó a escribir un pequeño manual para la oración comunitaria, que llegó a tener una gran difusión. Es de admirar la insistencia en las oraciones de alabanza a la Santísima Trinidad. Incluso cuando se trata de la devoción del *Vía crucis* incluye oraciones a cada una de la tres divinas personas en cada una de las estaciones.

La devoción a San José fue objeto de otro folleto. Y el rezo del santo rosario lo propagó con una hoja en la que se incluían cinco intenciones especiales para las cinco decenas del rosario. Al proponer estas intenciones buscaba fomentar una actitud desinteresada en la oración y fomentar el verdadero amor al prójimo. De nuevo la propagación de esta hoja le llevó a un largo viaje aprovechando sus vacaciones.

A partir de este apostolado se sintió movido a trabajar por la unificación espiritual de Alemania. La unidad nacional no se conseguiría si no se lograba dar pasos efectivos en la unidad de la fe. A este propósito reunió fondos para que se celebrara diariamente junto a la tumba de San Bonifacio en Fulda una misa por dicha intención. No consiguió su propósito de hacer una fundación que permitiese decir una misa todos los días del año. Pero su fe profunda en la eficacia de la eucaristía le movía a enviar a Fulda los beneficios de sus libros y otros donativos para lograr que Alemania volviese a ser una en la fe.

La vida trinitaria en Janssen se incrementaba día a día por la lectura de autores de peso como Santa Gertrudis, Scheeben, A. Stolz y A. K. Emmerich, y su piedad le llevaba a ponerse de rodillas en señal de admiración por la inhabitación de la Trinidad en su alma por la gracia. El simbolismo de los sacramentos y sacramentales era objeto de su admiración.

Formado en un ambiente tradicional, su amor cristiano le llevó a estimar mucho el valor de las indulgencias tanto en su vida de piedad como en su apostolado. Fomentaba en los fieles la oración por los difuntos, porque estaba convencido de que una piedad sin ejercicio concreto de la caridad se vuelve egoísta.

Una desavenencia con la administración del colegio que le impedía poner una imagen de la Virgen en la clase, después que todos menos uno del consejo se lo habían aprobado, fue la ocasión que llevó a la ruptura en 1873 y a pedir al obispo le cambiara de destino. Ya en los años de profesor en el colegio le rondaba la idea de fundar una escuela apostólica en la que se formasen misioneros y que llenase el vacío que en este campo existía en Alemania, Austria y Holanda. Tenían modelos fehacientes en Bélgica, Francia, Inglaterra e Italia y no se podía retrasar por más tiempo una obra tan urgente.

En adelante sería el convento de ursulinas de Kempen, donde había sido destinado de capellán, el centro de sus actividades.

El *mariscal de hierro* aprovechó su autoridad moral, que había obtenido sobre todo por su victoria contra las tropas francesas, para reducir la influencia de los católicos. La unificación de Alemania que se siguió fue la ocasión de asestar un duro golpe a los católicos con leyes persecutorias. Dicha legislación anticatólica le forzó a fundar su escuela en Holanda cerca de la frontera con Alemania.

Su apostolado de la oración y de unión entre las Iglesias protestantes y católicas le indujo a fundar una revista misionera que, a diferencia de las ya existentes, llegase a los artesanos, los campesinos y obreros. En 1874 salio el primer número del «Pequeño Mensajero del Corazón de Jesús», boletín mensual dedicado a las «misiones católicas en el propio país y en el extranjero». En cinco años logró 10.000 suscriptores, lo que le hizo concebir la idea de crear un gran movimiento misional. Pero la larga y dura lucha entre el Estado y la Iglesia *(Kulturkampf,* 1872-1880) le obligó a poner el acento en las misiones en el extranjero en contra de su proyecto original.

Un encuentro con el prefecto apostólico de Hong-Kong, Mons. Timoleone Raimondi, PIME, en casa del párroco Lud-

wig von Essen que tenía los mismos proyectos que Janssen, le decidió a poner manos a la obra en la fundación de una escuela apostólica para la formación de los futuros misioneros. Hasta entonces había albergado algunas dudas de si podría llevar a cabo tal obra con una salud quebrantada y algunos años de más para ser misionero. A finales de 1874 ya tenía el permiso del obispo de Roermond, en Holanda, para fundar una casa misional con escuela apostólica y seminario mayor. No se contentó con esta aprobación, sino que recorrió Alemania, Austria, Holanda y Luxemburgo para contar con el apoyo de los obispos de donde iba a recibir vocaciones. Y, efectivamente, logró que 32 obispos recomendasen su proyecto.

Al año siguiente de la fundación adquirió una pequeña casa en Steyl (Tegelen) de la que fue nombrado superior provisional hasta tener unos estatutos. Enseguida se hizo la confirmación de superior y quedaba así constituida la Sociedad del Verbo Divino en el año 1875.

El primer año de la fundación fue tormentoso, o mejor, crítico, pues de milagro no se vino abajo tan hermoso proyecto. Faltaban profesores, no tenía recursos económicos, le era hostil el ambiente de la burguesía, los intelectuales y hasta el mismo clero. Y aún eran más insufribles los malentendidos, las discordias y la oposición de ideas entre sus colaboradores. Pero también hubo aspectos positivos: nuevos alumnos muy valiosos, la fundación de una imprenta misionera, y la facultad concedida por Pío IX de presentar al obispo cinco alumnos para la ordenación sacerdotal que, en lugar de estar incardinados en la diócesis, quedasen libres para dedicarse a las misiones.

Pero, una vez afianzadas las raíces con las tormentas, la bendición del Señor no se hizo esperar y empezaron a ser copiosos los frutos. Se construyó una casa mayor y se pudo acoger en ella a sacerdotes y laicos para hacer ejercicios espirituales. Desde entonces y hasta su muerte recibieron ejercicios 5.421 sacerdotes y cerca de 35.000 laicos.

Una constante en la vida de Arnoldo Janssen es el apostolado por medio de la imprenta y su intuición certera de impulsar a los fieles hacia objetivos elevados de caridad sobrenatural, como es el rezar por toda la Iglesia y salir del egoísmo de las

propias necesidades. Con la fundación del nuevo instituto religioso sintió que era necesario contagiar el espíritu misionero a todos los fieles. El medio fue lanzar a la calle dos nuevas revistas de carácter familiar, religioso y misionero. En 1878 sale el primer número de la revista ilustrada *La ciudad de Dios,* muy extendida incluso en nuestros días. Y llegó a superarla el *Calendario de San Miguel,* que salió en el año 1880.

La fundación va tomando vuelo y procura echar bien los cimientos estableciendo una sólida formación con un año de postulantado, dos de noviciado, y nueve años de votos temporales. Admite también a hermanos coadjutores, que desempeñarán un papel importante.

No han pasado cuatro años desde que se creó la fundación y ya hay dos misioneros que son enviados a China: José B. Anzer, que es consagrado obispo antes de partir, y José Freinademetz (Beato).

Por estas fechas conoció a la señora Magdalena Leitner, que en su juventud había ido de su tierra natal, Bohemia, a Viena, donde se ganó la vida como sirvienta y lavandera. Tenía un carisma muy particular de trato con el Espíritu Santo. Su misión era propagar el conocimiento y el culto al Espíritu Santo, y por eso le pidió a su director espiritual hablar con el «sacerdote de Holanda» en varias ocasiones en que Janssen tuvo que viajar a Viena. El celo de Janssen por la devoción a la Santísima Trinidad se vio correspondido por esta amistad, que sirvió para incrementar su devoción al Espíritu Santo y transmitirla también a sus hijos. Con mucha prudencia en cuanto a dichas revelaciones privadas, y ateniéndose a la doctrina y juicio de la Iglesia, también dio a conocer en la revista de las misiones algo sobre la mística Ana Catalina Emmerich. Era sumamente respetuoso con dichas manifestaciones y nunca se le oyó decir «cosas de mujeres» o algo parecido. Pero aun cuando la señora Leitner manifestase tener algún mensaje para Steyl se tomaba el tiempo y la prudencia de examinarlo, para no dejar nunca de lado la autoridad de los pastores de la Iglesia.

Antes de fundar las escuelas apostólicas ya había intuido la importancia de la ayuda femenina en las misiones. En China, por ejemplo, las religiosas no parecían, como sucedía con los

misioneros, la intromisión de una potencia extranjera en su territorio para dominar o sacar ventajas económicas, sino que fácilmente se ganaban la simpatía y confianza. No acababa de ver claro su proyecto. Pero una conversación con Daniel Comboni, que tenía experiencia de la labor de las religiosas en África, le decidió a abrir una casa en el mismo Steyl en 1889 para las que se iban a llamar Misioneras Siervas del Espíritu Santo.

Quedaría desdibujada una semblanza de Arnoldo Janssen si se le viese simplemente como un hombre muy activo, emprendedor y celoso de la propagación de la fe por las misiones. Su vida estaba empapada de oración. Y así se lo trató de inculcar a sus hijos e hijas espirituales. Cada cuarto de hora interrumpía su trabajo infatigable para elevar su corazón al Señor y adorarle presente en su interior por la inhabitación. La primacía de la acción de Dios, que se esforzó en hacerlo vida a través de todas sus obras de celo misionero, queda manifiesta en la fundación de una tercera congregación, esta vez enteramente contemplativa, dedicada a la oración por las misiones, las Siervas del Espíritu Santo para la Adoración perpetua en 1896.

Las casas empezaron a propagarse con nuevas escuelas apostólicas en Alemania y Austria, e incluso en Roma, y también otro seminario mayor. Era una necesidad apremiante y de ahí también el éxito de la expansión. Al final de su vida pudo aprobar una nueva escuela en Estados Unidos.

Al crecer el número de sacerdotes —a los 15 años de fundación ya eran 70— pudo atender peticiones de envío de misioneros a China, Togo, Papúa, Nueva Guinea, Japón y Estados Unidos.

Desde el inicio de la fundación tuvo como objetivo primordial, además de la predicación del Evangelio a los paganos, el preservar la fe en los países católicos con poco clero como sucedía en Hispanoamérica. En vida del fundador partieron misioneros a Argentina, Ecuador, Brasil y Chile. Y estaba dispuesto a enviar misioneros a Filipinas.

Después de tantos trabajos su salud estaba muy quebrantada. Sus 33 años al frente de la fundación habían sido un bombardeo constante de responsabilidades y problemas, que había que resolver sin poder aplazarlos. Y, a pesar de tantas consultas

y correspondencia que atender, pasaba muchas horas arrodillado y sentado en la capilla, con la mirada dirigida fijamente al sagrario (durante la Navidad también al belén). Pocos días antes de morir repetía las palabras de la secuencia del Espíritu Santo: «Da perenne gaudium» (Danos el gozo eterno). Murió el 15 de enero de 1909.

El 19 de octubre de 1975 el papa Pablo VI en una ceremonia muy significativa dentro del Año Santo, para dar relieve al Día mundial de las Misiones lo declaraba Beato juntamente con el primer misionero enviado a China de su instituto, el padre José Freinademetz. Otros dos beatos misioneros fueron declarados tales el mismo día: Eugenio de Mazenod y M. Teresa Ledóchowska.

J. I. GONZÁLEZ VILLANUEVA, OSB

Bibliografía

BORNEMANN, F, *Arnoldo Janssen, fundador de los misioneros del Verbo divino. Su vida y su obra* (Estella 1971)
Breve de beatificación: *AAS* 68 (1976) 244-247
HALTERMANN, U., *Arnoldo Janssen El camino de un creyente* (Estella 1986).
Homilía del día de la beatificación: *L'Osservatore Romano* (ed. en español) (26-10-1975) 1-2
KROES, E., «Janssen, Arnold, beato», en G. PELLICA-G. ROCCA (eds.), *Dizionario degli istituti de perfezione,* V (Roma 1978) cols.297-301.

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SAN JUAN CALIBITA
Asceta († s. V)

En la famosa Isla Tiberina de Roma hay una iglesia dedicada a San Juan Calibita que es fama alberga las reliquias del santo. Esta iglesia desde el s. XVI está confiada a la Orden Hospitalaria de San Juan de Dios, que construyó a su lado un hospital con el nombre del santo, el cual ha sido durante siglos la casa madre de la congregación italiana de la Orden y también de toda ella desde que la española desapareció con la exclaustración de 1835 hasta el traslado de la Curia Generalicia de la Orden a la Via della Nocetta.

San Juan Calibita no era romano sino de Constantinopla y se dice que en su juventud había dejado la casa paterna para ir a vivir con los monjes llamados acemetas, o que no duermen, porque continuamente cantaban las alabanzas divinas en la iglesia, en un monasterio de Bomon en el Bósforo. Pasados unos años, Juan volvió a su casa paterna, y por la pobreza de sus vestidos parecía un mendigo, de forma que no fue reconocido por su familia. Él no reveló su identidad y se quedó a vivir en una choza —de ahí su nombre de Calibita— junto a su casa, siendo solamente en la hora de su muerte, hacia el año 450, cuando reveló su identidad por el códice áureo del Evangelio que tenía consigo. En esta choza había edificado a todos por su ascetismo y hondas virtudes. El sitio de la choza fue el de su entierro y luego se edificó allí una iglesia, desde donde sus reliquias fueron llevadas a Roma.

BEATO PEDRO DE CASTELNAU

Presbítero y mártir († 1208)

Pedro de Castelnau era natural de Montpellier, donde nace a mediados del s. XII. Habiendo optado por la vida eclesiástica, obtiene el arcedianato de Maguelon en 1199, pero poco después opta por la vida religiosa e ingresa en el monasterio cisterciense de Fontfroide, donde profesa la Regla de San Benito.

Su ingreso en la historia se debe a que el papa Inocencio III le encomienda combatir la herejía albigense, vigente por entonces por todo el sur de Francia. En su comitiva por la Provenza como inquisidor tuvo a Santo Domingo de Guzmán. Según el nuevo *Martirologio,* la misión que le había encomendado el Papa era la de predicar la paz y la fe. En el curso de esa misión murió en St. Gilles cuando un grupo de herejes lo asesinó. Una vez herido, cae al suelo Pedro y dice a su asesino: «El Señor te perdone tan largamente como yo te perdono». Y esas palabras de perdón fraterno fueron las últimas que pronunció.

BEATO JACOBO DE CASTEL LA PIEVE
Presbítero († 1304)

Nace en Castel la Pieve en la segunda mitad del s. XIII en el seno de una rica familia. Estudia derecho, pero antes de ejercer su carrera cambia de propósito y luego de distribuir toda su herencia entre los pobres, se dedica a la restauración de una iglesia y hospital abandonados. Se prepara luego para el sacerdocio, y recibido éste, ejerce su ministerio en la reconstruida iglesia al tiempo que abre a los más pobres las estancias de su hospital. Se agrega a la Orden Tercera de San Francisco y viste externamente el hábito de la Orden, sin perder su condición de sacerdote secular.

A base de limosnas que mendiga con gran humildad sostiene su hospital, donde derrocha caridad y amor a los enfermos pobres, al tiempo que se decide a ejercer su carrera de derecho para defender a los débiles.

Su muerte se debió a que, habiéndose enterado de que el hospital era el verdadero dueño de un predio que otro usufructuaba indebidamente, lo reclamó, llegando el pleito hasta la curia romana, donde se falló a favor del hospital. Tras esto, Jacobo desaparece tres días del hospital, causando gran alarma, hasta que es encontrado muerto violentamente en las cercanías del pueblo. Hechas las pesquisas, son localizados los asesinos. Se llega a saber que el asunto del predio había sido la causa y que Jacobo, herido de muerte, había perdonado a sus asesinos y había muerto con el nombre de Jesús en los labios.

Tenido por santo desde el principio, su culto fue confirmado por el papa Pío VII el 17 de mayo de 1806.

16 de enero

A) MARTIROLOGIO

1 En Roma, en el cementerio de Priscila, en la Vía Salaria nueva, la deposición del papa Marcelo I († 309), que murió en el destierro **

2 En Aulona (Ilírico), San Danax, mártir (fecha incierta)

3 En Rinocolura (Egipto), San Melas († 390), obispo, que en defensa de la ortodoxia habia padecido exilio y persecucion

4 En Arles (Provenza), San Honorato († 429), obispo, fundador del monasterio de Lerins *

5 En Tarantasia (Francia), San Jacobo (s V), obispo

6 En Oderzo (Venecia), San Ticiano (s V), obispo

7 En Tours (Francia), la conmemoracion de San Leobacio (s V), abad

8 En el territorio de Lyon, San Triviero († 550), presbitero, monje y ermitaño

9 En Maserolles, junto al rio Authie (Francia), San Furseo († 650), abad

10 En Bagno, Santa Juana († 1105), virgen, monja camaldulense

11 En Marrakech, el martirio de los santos Berardo, Oton, Pedro, presbiteros, Acursio y Adyuto, hermanos legos, todos religiosos franciscanos, protomartires de su Orden, enviados por San Francisco a predicar el evangelio a los musulmanes († 1220) *

12 En Kandy (Ceilan), Beato Jose Vaz († 1711), presbitero, de la Congregacion del Oratorio, insigne misionero **

13 En Brescia (Italia), Beato Jose Antonio Tovini († 1897), seglar **

B) BIOGRAFIAS EXTENSAS

SAN MARCELO

Papa y martir († 309)

En la serie de los romanos pontífices, San Marcelo hace el número treinta Su pontificado es de muy escasa duración, un año nada más, que transcurre del 308 al 309. Todavía no era la suya una época muy apta para los pontificados largos, aun cuando la salud personal lo hubiera permitido. Si cualquier simple cristiano corría continuos peligros de perder la vida, mucho más los que por imperativo del deber tenían que actuar como jefes de la perseguida comunidad, en este caso con el carácter supremo y forzosamente visible a que su jerarquía le obligaba

La Iglesia era ya una verdadera potencia en este tiempo. La fuerza avasalladora de su espíritu había ido superando todas las dificultades que a lo largo del siglo II se levantaron contra ella Las persecuciones de Decio y Valeriano sirvieron para robustecerla Y cuando el último de éstos murio, prisionero de los per-

sas, su hijo y sucesor, Galieno, optó por abrir una era de tolerancia, como quien está convencido de que era imposible, e incluso injusto, destruir aquella religión que tan firmes raíces había logrado echar en el alma de sus seguidores.

¿Progresaría este convencimiento en sus inmediatos sucesores? La Providencia tenía dispuesto que no fuera así. Todavía habían de tardar en aparecer en el horizonte los días de la paz y la victoria definitivas Durante los años 284 al 305 tiene lugar el largo reinado de Diocleciano, el cual, respetuoso para con los cristianos, sólo al final se desató en una implacable persecución que había de ser la última, pero también la más violenta y general de cuantas se habían decretado. En los años 303 al 305, cediendo a las instigaciones de Valerio, firmó el emperador sucesivos edictos persecutorios, y en todas las regiones del Imperio, excepto en las Galias y Gran Bretaña, innumerables mártires sellaron con su vida la fe que proclamaban. El papa San Marcelino fue una de sus víctimas en el año 304.

Sucedió a este Pontífice en la silla de Pedro el presbítero romano Marcelo, que había sido, en los días de la persecución, uno de aquellos héroes tan frecuentes en la Iglesia de entonces, firmes puntales de la comunidad combativa, a la que, superando dificultades sin cuento, había tratado de sostener con su intrépida caridad y arrojado celo. De él la historia nos dice poco, y la leyenda no mucho. Empezando por la fecha misma de su elección, nos encontramos con que ésta no pudo hacerse hasta mayo o junio del 308, según el catálogo liberiano, o en el 307, según otras fuentes, lo cual significa que hubo un paréntesis de tres o cuatro años, desde la muerte del papa anterior, en que la Iglesia estuvo privada de su jefe visible. Al dolor de la sangre derramada por tantos hijos suyos se unió tambien el de orfandad y el de desamparo.

No hace falta esforzarse mucho para comprender que la unica explicación de este hecho se halla en lo inseguro y turbulento de la situación político-religiosa de la época. Era imposible, mientras duraba la tempestad, que se reunieran los obispos que habían de intervenir en la elección. Es cierto que Diocleciano abdicó en el 305, y la persecución cesó. Pero no fue así en el Oriente, y aun en la misma Roma aparecieron intermitentes

brotes de la misma aun después de que Majencio quedó como único dueño de esta parte del Imperio.

Elegido, por fin, Marcelo, su tarea principal fue restaurar la disciplina eclesiástica, harto quebrantada como consecuencia de la anterior situación, y reorganizar la jerarquía en los diversos grados entonces existentes. Era un hombre de carácter enérgico, aunque templado y sereno; enemigo de estridencias, pero muy tenaz en sus propósitos y valeroso en el mantenimiento de las resoluciones adoptadas. Los que le eligieron conocían sus dotes, y sabían muy bien que era el hombre que las circunstancias reclamaban.

La persecución, sabiamente dirigida mientras duró, había atacado ante todo la organización misma de la vida de la Iglesia. Sus principales objetivos fueron arrasar los templos y lugares de reunión de los cristianos, quemar los libros sagrados y documentos de los archivos, y llevar a la apostasía o a la muerte a los sacerdotes, con preferencia a los simples fieles.

El nuevo Papa se dedicó ardorosamente a habilitar nuevas iglesias, restableció o elevó a veinticinco los títulos presbiterales de la ciudad de Roma, equivalentes a otras tantas parroquias, consagró nuevos obispos y sacerdotes, estableció un nuevo cementerio, que llegó a hacerse famoso, en la Via Salaria, y abrió las puertas de la reconciliación, no sin exigir la debida penitencia, a quienes, más débiles que apóstatas, se habían separado de la Iglesia en los días amargos y buscaban ahora el abrazo del perdón. Eran los «lapsi» famosos que, con su presencia, tantas veces dieron ocasión en la Iglesia primitiva a conflictos de diversa índole y a doctrinas encontradas, bien por un intolerable rigorismo, bien por una indulgencia inadmisible. De esto último se resentía ahora la tendencia que trataba de prevalecer en Roma. Querían muchos que los que habían sido apóstatas fuesen de nuevo admitidos en la Iglesia sin hacer penitencia. A ello se opuso terminantemente el papa Marcelo.

Con tal motivo, la situación se hizo demasiado tensa entre los partidarios de una y otra tendencia, y llegaron a producirse disturbios y revueltas callejeras en Roma, incluso con derramamiento de sangre. Tachaban al Pontífice de demasiado riguroso, siendo así que él no hacía otra cosa más que mantener la nece-

saria disciplina penitencial. Esto es lo que dio origen a los llamados cismas romanos, semejantes en algún sentido a los que, por razones de la misma índole, surgirían poco después en Egipto con Melecio y en África con los donatistas.

Majencio, que a la sazón gobernaba en Roma, hizo responsable de todo al papa Marcelo y le condenó al destierro, brutal atropello equivalente a un acto de auténtica persecución. No sólo se trataba de la usurpacion de funciones en materia religiosa, que en modo alguno le correspondía, sino de odio manifiesto a la firme actitud que el Pontífice mantenía en defensa de la pureza de la fe y la moral cristiana, y como restaurador de la jerarquía y sus derechos. Poco tiempo después, en enero del 309, según el citado catálogo, o del 308 según otros, moría el santo pontífice en su destierro, consumido de dolor y privaciones.

A estos datos, de los que claramente se hace eco San Dámaso en el epitafio que medio siglo después redactó para honrar la memoria de Marcelo, se añaden algunos otros que sólo se encuentran en actas compuestas varios siglos más tarde, en las cuales resulta difícil distinguir lo verdaderamente histórico de lo que la piadosa leyenda pudo haber añadido. Se nos dice que fue condenado a cuidar, como mozo de establo, las bestias de las caballerizas públicas de Roma, hasta que una piadosa matrona cristiana, Lucila, le brindo refugio oculto en su propia mansión. Transformada ésta más tarde en iglesia, a ella acudían los cristianos y desde allí seguía ejerciendo su acción pastoral el perseguido Pontífice. Incluso se habla de unas cartas que escribió a los obispos de Antioquía recomendándoles encarecidamente la unión con la sede de Roma. Hasta que por fin, de nuevo descubierto, el perseguidor llevó su ensañamiento al extremo de trasladar los animales a la casa de Lucila, que, de iglesia, se transformó ahora en un inmundo establo, en el cual se extinguió el valeroso Pontífice en un silencioso y lento martirio, nunca rendido su espíritu indomable. Su cuerpo fue sepultado en el cementerio de Priscila.

MARCELO GONZALEZ

Bibliografía

DUCHESNE, L (ed), *Liber pontificalis,* o.c., I p.XCIX y 164s
— *Melanges d'archeologie et d'histoire...,* p.382s (París 1898)
— *Les legendes de l'alta semita et le tombeau de Saint Cyriaque* (Roma 1916).
GRISAR, H., art. en *Kirchenlexikon,* VIII p.656s.
QUENTIN, H., *Les martyrologes historiques du Moyen Âge* (París 1908) 85 y 327s.

BEATO JOSÉ VAZ

Presbítero y misionero († 1711)

La vocación especial del misionero «se manifiesta en el compromiso total al servicio de la evangelización; se trata de una entrega que abarca a toda la persona y toda la vida del misionero, exigiendo de él una donación sin límites de fuerzas y de tiempo». Estas palabras de Juan Pablo II en la *Redemptoris missio* (n.65) se cumplen perfectamente en el Beato José Vaz y a él se las aplicó en el decreto de beatificación.

La figura del padre José Vaz es la de un hombre capaz de ser un verdadero cristiano y a la vez un hombre encarnado en la civilización milenaria y en la mentalidad de su pueblo. Eso tendría que ser un hecho cotidiano y palpable tanto en las Iglesias de vieja raigambre católica como en las Iglesias de nueva implantación; y, sin embargo, como en el caso de este apóstol infatigable, es una auténtica fortuna que no se encuentra tan fácilmente.

José Vaz dio sus primeros pasos en la aldea materna de Benaulim, territorio de Goa (India), donde nació el 21 de abril de 1651 de padres sinceramente católicos, que le bautizaron justo una semana después de su nacimiento. Siendo todavía un adolescente, mientras realizaba sus estudios primarios y secundarios, en Sancoale y Benaulim, quiso ser sacerdote. Sus estudios humanísticos los llevó a cabo en la universidad de Goa y los filosóficos y teológicos en la de Sto. Tomás de Aquino, de la misma ciudad.

Vio coronado su santo ideal de ordenarse sacerdote en 1676. Inició su ministerio predicando y administrando la penitencia. En Sancoale abrió una escuela de latín para seminaristas y un año después de su ordenación, el 5 de agosto de 1677, en la iglesia de Nuestra Señora de la Salud de la misma localidad, selló su consagración especial como esclavo de María con un

documento oficial: la *carta de esclavitud.* La devoción mariana, que le acompaño durante toda su vida, es una de las claves fundamentales de la insospechada fecundidad de su apostolado.

Por entonces tuvo noticia de la lamentable situación de los católicos de Ceilán (la actual Sri Lanka), pues los calvinistas holandeses, que ocupaban la isla desde 1637, pretendían borrar la semilla de la fe sembrada por la anterior dominación portuguesa, expulsando a todos los sacerdotes, destruyendo todos los templos católicos, persiguiendo sin tregua a todos los que se atrevían a proclamar o defender la verdadera fe, prohibiendo a los nativos practicarla y obligándoles por la fuerza a convertirse al calvinismo.

Sintiendo la imperiosa necesidad de acudir en auxilio de estas ovejas sin pastor, pidió permiso para ir a Ceilán al Patriarca de las Indias Orientales, máxima autoridad eclesiástica en la India en aquel momento. Sin embargo, el Patriarca envió al P José a la misión de Canadá, en su mismo país, donde enseguida se distinguió por su celo apostólico, alternando la predicación y la penitencia con las visitas a enfermos, la ayuda a los pobres y la redención de cautivos cristianos.

Mientras tanto, en una ermita cerca de la ciudad de Goa se había formado una pequeña congregación de sacerdotes que anhelaban una vida ascética más intensa. De vuelta a Goa, impulsado por su celo de vivir una vida sacerdotal de perfección, apostolado y estímulo mutuo en el camino de la santidad, decidió entrar a formar parte de esta comunidad, de la que fue elegido superior.

Para dar forma canónica definitiva a esta vida comunitaria de sacerdotes seculares, les propuso adoptar las reglas de la Congregación del Oratorio de S. Felipe Neri. Durante su mandato preparó a los miembros de su Congregación para el trabajo misionero. Pero en 1686, como nunca había abandonado en su interior el propósito de ir a Ceilán, renunció al cargo de superior y, sin manifestar su destino final, en compañía de otro intrépido sacerdote y de un joven cuyo corazón ardía en deseos apostólicos, se dirigió a pie al sur de la India, para poder embarcarse desde allí a Ceilán.

A esta isla llegó en ese mismo año (no sin antes haber aprendido el tamil, una de las lenguas nativas de Ceilán), sin pa-

rarse a pensar en las enormes dificultades que él sabía de antemano que tendría que superar: la carencia de medios materiales, las enormes distancias, el desconocimiento del lugar y, sobre todo, las amenazas de muerte de los calvinistas holandeses. Pero lo que desconocía nuestro protagonista eran las contrariedades añadidas que la Providencia divina había dispuesto para purificarlo como oro en el crisol: una penosa enfermedad y el no poder contar con la ayuda de sus dos compañeros, hasta el punto de tener que ser asistido por un alma caritativa de la ceilanesa ciudad de Jaffna.

Tan pronto como se recuperó y acogido en la casa de un buen católico, el P. Vaz, inasequible al desaliento, inició su labor evangelizadora con un ardor encomiable, con una mansedumbre y humildad de corazón que le granjearon las simpatías de todos aquellos con los que trataba y le llevaron a convertir tanto a nativos budistas como a invasores calvinistas.

Este despertar católico alarmó al comandante holandés de la ciudad, que comenzó a sospechar la presencia oculta de algún sacerdote en Jaffna y trató en vano de capturarlo. El P. José recorrió así incansablemente en nueve años toda la isla, consiguiendo burlar a sus perseguidores holandeses noche tras noche, pues era entonces cuando él desarrollaba su actividad apostólica disfrazado de mendigo, a menudo descalzo y con un rosario al cuello como signo de su fe.

Una vez que se hubo aclimatado al modo de vida de los isleños y conocedor de que los mil católicos residentes en el reino de Kandy carecían de pastores desde hacía medio siglo, se dirigió hacia la ciudad del mismo nombre, capital del reino situado en el interior montañoso de la isla y dominado por un rey independiente. Allí intensificó su apostolado, incluso en las regiones limítrofes, pero acusado de espionaje por un instigador calvinista, fue detenido, junto con otros dos católicos, por orden del rey de Kandy. La reclusión forzosa fue la ocasión providencial para proveerle de un nuevo instrumento de evangelización: aprendió el sinhala, la otra lengua nativa de Ceilán.

Como consecuencia de una grave sequía que asolaba al reino de Kandy, el rey de este territorio exigió a los sacerdotes budistas que oraran a Buda para pedir la lluvia. Como éstos no lograron

nada, el monarca se acordó del sacerdote católico y le formuló la misma exigencia. Él invocó con toda fe al único y verdadero Señor de cielo y tierra, que envió una lluvia tan abundante que el rey de Kandy no sólo liberó al sacerdote encarcelado, sino que éste pudo reiniciar su labor apostólica con completa libertad y hasta con la benevolencia del monarca, que, además, dio libertad de culto a los católicos. Esta nueva situación permitió al P. José «contar con el laicado —como afirmó el Papa en la homilía de su beatificación— en la tarea de reconstruir la Iglesia en vuestro país, y preparó líderes laicos que, en ese momento de dificultad, velaran por la grey de Cristo dispersa».

Pero no se contentó con el apoyo de los laicos para la labor catequética, sino que dándose cuenta de la necesidad de sacerdotes para atender a las necesidades espirituales de la cada vez más floreciente comunidad católica, mandó recado a Goa, para que vinieran refuerzos que le permitieran fundar una misión oratoriana. Mientras tanto, habiendo rechazado humildemente el episcopado, fue nombrado vicario apostólico en Ceilán.

Una vez que consideró consolidado el catolicismo en la zona montañosa del interior de la isla, aprovechando la libertad y desafiando el peligro de ser apresado por los holandeses, se adentró en amplias zonas costeras dominadas por ellos para evangelizarlas, llegando hasta la misma Colombo, ante la rabiosa impotencia de los calvinistas, que finalmente se vieron obligados por la fuerza de los hechos a admitir el libre ejercicio del culto católico en el territorio a ellos sometido. Contribuyó a todo ello la heroica caridad del P. José, que se mostró de modo especial en su entrega sin límites a las víctimas de la epidemia de 1697, pues acogía a todos los afectados como hijos de Dios, curando, auxiliando o enterrando sin distinciones de raza, lengua o religión.

De 1700 a 1705, organizó una serie de viajes misioneros por todas las regiones de la isla, intensificando su ministerio tanto entre los católicos como entre los paganos. Las innumerables conversiones que obtuvo, incluso entre las clases dirigentes nativas, motivaron envidias y recelos y diversas campañas de calumnias contra él, amén de inacabables persecuciones contra los que abrazaban la verdadera fe.

Con la llegada de nuevos misioneros, en 1705, pudo organizar la misión de Ceilán, subdividiéndola en ocho distritos, con un sacerdote en cada uno. Y con la ayuda de dos de ellos realizó uno de sus sueños: escribir literatura católica propia, para contrarrestar la difusión del budismo predominante. A pesar de que su salud se encontraba ya muy debilitada, en 1710 pudo realizar un último viaje apostólico.

Ésta fue su sencilla y generosa vida durante veintidós años, hasta que, completamente extenuado por un esfuerzo tan sobrehumano, tuvo que abandonar definitivamente su actividad apostólica y retirarse forzosamente a Kandy, donde se preparó para su partida para la casa del Padre con largas y fervorosas oraciones. Una vez cumplida su misión en la tierra, nació para la vida eterna la noche del 16 de enero de 1711.

Su fama de santidad llegó a Lisboa e incluso a Roma, donde el papa Clemente XI se conmovió al saber que el P. Vaz y un reducido número de colaboradores, en una lejana isla del Extremo Oriente, habían edificado gran número de capillas e iglesias, habían convertido a la verdadera fe a más de cien mil ceilaneses y no cejaban en su infatigable labor de apostolado entre los que todavía no habían conocido la Buena Nueva del Evangelio.

Fama de santidad que existía ya en Ceilán y se había extendido por toda la India, y, de hecho, su causa de beatificación se inició dos años después de su muerte, pero las repetidas persecuciones contra la Iglesia, las dificultades en las comunicaciones y los cambios políticos en la India, en Portugal y en otros países de Europa, que también repercutieron en la isla asiática, entorpecieron que la causa de beatificación se culminase mucho antes. Fue en el s. XX cuando multitud de voces se alzaron pidiendo la elevación del P. Vaz a los altares, al tiempo que se multiplicaban por doquier los testimonios de las gracias obtenidas por su intercesión. El 13 de mayo de 1989 se proclamó el decreto de virtudes heroicas y el 6 de mayo de 1993 el decreto del milagro. Fue beatificado por S.S. Juan Pablo II en Colombo, capital de Sri Lanka, el 21 de enero de 1995.

Este preclaro hijo de San Felipe Neri fue el fundador de la primera comunidad indígena católica misionera, que se valió de un sistema de apostolado plenamente adaptado al país, lo que

ha repercutido sobremanera en toda la obra misional posterior. Por eso no son de extrañar las siguientes palabras de S.S. Juan Pablo II en la homilía de la misa de beatificación: «Quisiera expresar la alegría que descubro en vosotros, en vuestros sacerdotes, en vuestros religiosos y en especial en vuestras religiosas: la gran alegría de ser cristianos, de ser religiosos». En la misma homilía, el Santo Padre lo llamó con todo derecho «apóstol de Sri Lanka» (por su fe y su fortaleza durante veinticuatro años de apostolado) y «segundo fundador de la Iglesia» de ese país. Es patrono igualmente de Goa, su diócesis natal.

J. I. GONZÁLEZ VILLANUEVA, OSB

Bibliografía

Breve de beatificación: *AAS* 88 (1996) 88-90.
«El Beato José Vaz, apóstol infatigable en un ambiente hostil a la fe»: *L'Osservatore Romano* (ed. en español) (3-2-1995) 16.
JUAN PABLO II, «Un misionero incansable». Homilía durante la misa de beatificación del sacerdote José Vaz, sábado 21 de enero: ibid., 17.
El padre José Vaz (1651-1711). Postulazione dell'Istituto dell'Oratorio di S. Filippo Neri (Roma 1957).

BEATO JOSÉ ANTONIO TOVINI

Seglar († 1897)

Laico ejemplar en su compromiso cristiano. Padre de familia. Abogado, profesor, impulsor de escuelas, residencias universitarias y de la Universidad Católica Italiana. Fue también alcalde, fundador de bancos y periódicos. Dio un altísimo ejemplo de compromiso cristiano en lo religioso y social. Beatificado por Juan Pablo II el 20 de septiembre de 1998.

Giuseppe Tovini nació el 14 de marzo de 1841 en Cividate Camuno, provincia de Brescia (Italia). Recibió una educación austera. Sus estudios estuvieron a punto de interrumpirse, pero la intervención del sacerdote Juan Bautista Malaguzzi, tío materno, le consiguió un puesto gratuito en un colegio para jóvenes pobres de Verona. Pasó luego al seminario diocesano, donde fue muy apreciado por sus compañeros y profesores. La muerte de su padre en 1859 y la difícil situación económica de la familia —era el mayor de seis hermanos— le hizo abandonar,

tras grandes luchas interiores, la idea de hacerse misionero. En 1860 se inscribió en la facultad de jurisprudencia de Padua: se ayudaba haciendo prácticas en el despacho de un abogado y dando clases particulares. En vísperas de graduarse brillantemente en la universidad de Pavía, murió su madre.

Al terminar los estudios trabajó en el despacho de un abogado y en el de un notario de Lovere. Al mismo tiempo ejerció el cargo de vicerrector y profesor de un colegio municipal, tarea que desempeñó durante dos años: era el único profesor que rezaba al comenzar y terminar las clases, y comulgaba cada domingo.

En 1867 se trasladó a Brescia. Allí fue declarado idóneo para el ejercicio de la abogacía y trabajó, desde 1868, en el despacho del abogado Corbolani, con cuya hija Emilia se casó siete años más tarde. Tuvieron diez hijos, de los cuales uno fue jesuita y dos religiosas. Fue padre solícito y afable, educador atento, que inculcó en sus hijos los principios de la moral católica.

De 1871 a 1874 fue alcalde de su ciudad natal, Cividate, promoviendo numerosas iniciativas En 1877 ingresó en el movimiento católico bresciano y participó en la fundación del diario *Il Cittadino di Brescia,* de cuya dirección administrativa y de organización se ocupó. En este mismo año se entregó a la formación del comité diocesano de la *Obra de los congresos,* del que fue nombrado presidente; recorrió toda la provincia para organizar los comités parroquiales. Luego fue sucesivamente presidente del Comité regional Lombardo, miembro del Consejo directivo, presidente de la tercera sección de educación e instrucción, miembro del Consejo superior y vicepresidente de la *Obra.* Ingresó en la Tercera Orden Franciscana en 1881. Progresó en el ejercicio de las virtudes, en particular las características de la espiritualidad franciscana: la ascesis, la sencillez, la pobreza, la oración y el diálogo respetuoso.

Se empeñó mucho en política: fue elegido repetidamente consejero municipal de Brescia. Favoreció iniciativas e instituciones inspiradas, organizadas, fundadas u orientadas por él, a través de los programas presentados en los congresos católicos italianos. Sostuvo y apoyó otras muchas acciones de carácter social, como las Cajas de Ahorro municipales, propuso la funda-

ción de la Unión diocesana de las sociedades agrícolas y de las cajas municipales; fundó en Brescia el Banco de San Pablo y en Milán el Banco Ambrosiano.

Pero donde multiplicó sus esfuerzos fue en el sector educativo y escolar. Defendió con ahínco la enseñanza religiosa en las escuelas para tutelar la fe y la moral de los jóvenes, y la libertad de enseñanza; sostuvo la escuela libre, como instrumento eficaz para formar a la juventud en las tareas de responsabilidad civil y social. Promovió la erección de círculos universitarios católicos y colaboró en la fundación de la *Unión León XIII* de estudiantes de Brescia, de la que nació la FUCI (Federación de Universitarios Católicos Italianos). Fundó la revista pedagógica y didáctica *Escuela italiana moderna,* de difusión nacional, el semanario *La voz del pueblo;* el *Boletín de los terciarios franciscanos,* etc.; propuso recaudar fondos para una universidad católica.

Procuró que la Iglesia tuviera una presencia cada vez más decisiva en el mundo del trabajo, lo que le llevó a hacer una propaganda intensa y constante para la fundación de asociaciones obreras católicas. En su última relación pública, habló del apostolado de la oración, dirigiendo una apasionada invitación a la comunión eucarística.

Murió en Brescia el 16 de enero de 1897. Sus venerables restos se encuentran en la Iglesia de San Lucas de aquella capital. Fue beatificado en el estadio municipal de Brescia por el papa Juan Pablo II, el día 20 de septiembre de 1998. Su fiesta se celebra el 16 de enero.

El Beato Giuseppe Tovini es, en palabras de Juan Pablo II, «un gran testigo del Evangelio encarnado en las vicisitudes sociales y económicas de la Italia del siglo XIX. Brilla por su fuerte personalidad, por su profunda espiritualidad familiar y laical, así como por el empeño con que se prodigó para mejorar la sociedad». Vivió en un período delicado de la historia italiana y de la misma Iglesia, y vio muy claro que no era posible responder plenamente a la llamada de Dios sin una entrega generosa y desinteresada a los problemas sociales.

Su compatriota y paisano, el que luego sería Pablo VI, nacido también en Brescia, dijo en el prólogo a la biografía de nuestro Beato:

> «El recuerdo que dejó entre las primeras personas que conocí y estimé era tan vivo y presente, que muy a menudo escuché comentarios y encomios de su singular persona y de sus diversas actividades; oí con sorpresa expresiones de admiración ante su virtud y de añoranza por su muerte prematura».

En efecto, entre el Beato Giuseppe Tovini y Giovanni Battista Montini existe un íntimo y profundo vínculo espiritual e ideal.

El Beato Giuseppe Tovini, ferviente, íntegro y activo en la vida social y política, proclamó con su vida el mensaje cristiano, siempre fiel a las indicaciones del Magisterio de la Iglesia. Fue constante su preocupación por la defensa de la fe. Frase suya es: «Nuestros hijos sin la fe no serán jamás ricos; con la fe no serán jamás pobres». Supo responder con audacia apostólica a las exigencias de los tiempos que, a la luz de las nuevas formas de discriminación, pedían que los creyentes realizaran una obra más eficaz de animación de las realidades temporales.

Gracias a la competencia jurídica y al rigor profesional, el Beato Tovini promovió y guió numerosas organizaciones sociales, asumiendo cargos políticos, con el deseo de dar a conocer la doctrina y la moral cristiana. Con gran valentía se prodigó incansablemente para salvar lo más característico de la sociedad de su región y de Italia, es decir, su patrimonio religioso y moral.

La honradez y la coherencia del Beato Giuseppe Tovini tenían sus raíces en su relación profunda y vital con Dios, que alimentaba constantemente con la Eucaristía, la meditación y la devoción a la Virgen María. De la escucha de Dios en la oración obtenía la luz y la fortaleza para las grandes batallas sociales y políticas que debió soportar a fin de defender los valores cristianos. Este gran apóstol, que supo dar esperanza a cuantos no tenían voz en la sociedad de su tiempo, es un estímulo y un ejemplo para cuantos trabajan también hoy en defensa y en la difusión de la verdad y de las exigencias del Evangelio. Que Giuseppe Tovini desde el cielo nos proteja y sostenga con su intercesión.

RAMÓN FITA REVERT

Bibliografía

BARBERIS, E., *Un laico nelle trincee di Dio* (Leumann-Torino 1966).
Breve de beatificación: *AAS* 92 (2000) 312.
CISTELLINI, A., *Giuseppe Tovini* (Brescia 1954).
— *La vita e l'opera di Giuseppe Tovini* (Brescia 1962).
COLOMBARA, P., SJ, *Una gloria, una forza, un esempio* (Bergamo 1930).
L'Osservatore Romano (ed. en español) (25-09-1998) 524.
Martyrologium romanum, o.c., 97.
SPINELLI, G., en *Bibliotheca sanctorum. Appendice prima* (Roma 1987) cols.1390-1395.

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SAN HONORATO DE ARLÉS
Obispo († 429)

Honorato nació en Tréveris hacia el año 350 en el seno de una familia de procedencia romana de rango consular y que era pagana. Pero él y su hermano Venancio conocieron el cristianismo en su juventud y se hicieron cristianos. Luego de varios intentos de vida eremítica, en el curso de uno de los cuales murió su hermano, se estableció en una isla desierta en la costa gala frente a la actual Cannes, donde fundó el famoso monasterio de Lerins, cuna de santos. Aquí no era ya la vida eremítica sino la cenobita o común la que se practicaba y se ha pensado que por influencia de San Pacomio.

Honorato fue en el monasterio un verdadero padre espiritual, llevando adelante un inmenso trabajo en su celo por la buena conformación de todas las cosas y en la dirección de los monjes. Se ordenó de presbítero y a pesar de su mala salud vivió con intensidad el rigor de la vida monacal.

El año 426 el clero y el pueblo de Arlés lo eligieron obispo, y hubo de aceptar, pero apenas tres años más tarde moría con gran fama de santidad el 15 de enero del año 429. Su monasterio, que le sobrevivió por cerca de 1.400 años, fue un baluarte de la vida monástica en Occidente.

SANTOS BERARDO Y COMPAÑEROS

Religiosos y mártires († 1220)

Éstos —Berardo, Otón, Pedro, Acursio y Adyuto— son los primeros santos de la Orden Franciscana, martirizados en vida del propio fundador, San Francisco, el cual se dice que exclamó cuando supo la noticia del martirio: «Ahora sí que hay cinco verdaderos hermanos menores».

En el capítulo llamado de las Esteras, del año 1219, San Francisco de Asís decidió que la Orden emprendiera viajes misioneros. Se reservó para sí el viajar a Siria y Egipto y envió a Al Ándalus y al Magreb a un grupo de religiosos. Eran seis, siendo el jefe del grupo fray Vidal. Se pusieron en camino hacia España y al llegar a Aragón enfermó fray Vidal, debiendo los otros cinco continuar el viaje sin él. Eran: Berardo, natural de Corbio, junto a Pisa, y que en 1213 se había unido a San Francisco; parece que conocía la lengua árabe; Otón, de procedencia desconocida, y el único a quien todas las fuentes antiguas atestiguan como sacerdote, bien que se ha generalizado decir que también lo eran Berardo y Pedro, y así aparece en el nuevo *Martirologio romano;* Pedro, que era natural de San Geminiano, y que habiendo oído en su pueblo en 1211 predicar a San Francisco, se decidió a seguirlo; era al menos diácono; Adyuto y Acursio aparecen sin más datos, no faltando algunas fuentes que los hacen sacerdotes y otras en cambio hermanos legos.

De Aragón pasaron a Portugal, siendo acogidos con gran fervor por la corte portuguesa. En la costa lusitana embarcaron para Sevilla. Aquí fueron a su vez acogidos por un mercader que intentó impedir predicaran públicamente el evangelio como era su propósito, pero no lo logró. Ellos con gran arrojo quisieron entrar nada menos que en la mezquita mayor y pretendieron predicar a Cristo en el lugar sagrado. No lo lograron pero sí el acceso al palacio del rey moro. Éste al oírlos intentó matarlos allí mismo, pero su hijo le hizo ver que matar a los religiosos podría traer represalias de los reyes cristianos. Estuvieron presos y fueron expulsados de Sevilla, de donde se embarcaron para la costa africana. En Marrakech los acoge el infante Pedro de Portugal, que igualmente intenta en vano disuadirlos de su propósito evangelizador. Llevados ante el califa, éste les pide

que o guarden silencio o vuelvan a España Ellos insisten en su voluntad de predicar el evangelio, y fue entonces el propio monarca el que los degolló con su espada Era el 16 de enero de 1220. Los cuerpos de los mártires fueron llevados a Coimbra, atrayendo al futuro San Antonio de Padua a la Orden de Menores. Los canonizó Sixto IV el 14 abril 1482.

17 de enero

A) MARTIROLOGIO

1 En la Tebaida (Egipto), San Antonio († 356), abad **
2 En Capadocia, los santos Espeusipo, Elasipo y Melasipo, y su abuela Leonila, martires, en fecha incierta
3 La conmemoracion de San Julian Sabas († 377), asceta en la region de Edesa
4 En Die (Francia), San Marcelo († 510), obispo
5 En Bourges (Aquitania), San Sulpicio el Piadoso († 647), obispo
6 En la Baviera inferior, San Gamelberto († 800), presbitero, que dejo sus bienes a su ahijado Uton para que fundara un monasterio *
7 En Celle-Roubaud (Provenza), Santa Rosalina († 1329), priora cartuja *
8 En Tecolotlan (Mexico), San Jenaro Sanchez Delgadillo († 1927), presbitero y mártir *

B) BIOGRAFIAS EXTENSAS

SAN ANTONIO ABAD
(† 356)

El lector habrá de hacer un esfuerzo y trasladarse con nosotros muy lejos, en el tiempo y en el espacio. Debemos situarnos en el bajo Egipto, cerca del gran Delta del Nilo, al Sur de Menfis, en un pequeño poblado, Queman, que seguramente se identifica con el actual Quaeman-el-'Arous, allá por la segunda mitad del siglo III.

Era Egipto, en aquellos tiempos agitados por las herejías, en especial por el arrianismo, foco de correcta ortodoxia y cuna de

varones ilustres, luchadores gigantescos contra Arrio y sus secuaces. No obstante las persecuciones, florecía la Iglesia en todo sentido y es entonces cuando comienza a notarse el fenómeno de algunos cristianos que, ansiosos de llevar una vida más perfecta, de acercarse más a Dios sin los estorbos que puede ofrecer el trato con los demás, abandonaban la vida de familia, yéndose a vivir a pequeñas casas situadas cerca de los pueblos donde tenían sus moradas y allí, relativamente solos, se dedicaban a una vida de austeridad y de contemplación.

Entre los ascetas que rodeaban la villa de Queman comenzó a verse, hacia el año 269 (o 271), un joven de dieciocho o veinte años, llamado Antonio.

Era, ciertamente, un joven singular. Sus padres, que acababan de morir, habíanle dejado una copiosa herencia y el cargo de tutelar a una hermanita menor. Un buen día Antonio entra en la iglesia y escucha del sacerdote las palabras evangélicas: «Ve, vende lo que tienes, dalo a los pobres...». Fue a los seis meses de quedar huérfano, deja sus tierras y posesiones a sus convecinos; vende todos sus muebles, reservando solamente lo necesario para el sustento de su hermana. Pero otra vez escucha en la iglesia la voz del Evangelio que le amonesta a no atesorar para el día de mañana, dejando a Dios todo cuidado. En consecuencia, se despoja definitivamente de todo, confía su hermana a un grupo de vírgenes que observaban los consejos evangélicos viviendo en común y, rompiendo todas las cadenas que le sujetaban al mundo, a imitación de un asceta que vivía a las afueras del pueblo, comienza en una a modo de ermita vida retirada y ascética.

Pasaron años. Luchaba Antonio con todas sus fuerzas por adelantar en el camino emprendido. Frecuentaba el trato de los ascetas vecinos, codicioso de aprender de ellos los secretos del reino de Dios, de imitar sus virtudes. Comenzó a extenderse su fama.

Si es cierto que todos los santos brillan con fulgor espiritual propio, parece que a San Antonio quiso elegirle Dios para enseñarnos a los demás hombres a luchar contra el demonio. Efectivamente, ya en este primer retiro el enemigo le asalta constante y visiblemente con tentaciones, de impureza sobre todo. Antonio lucha virilmente. Siguiendo el consejo evangélico, se da a la oración y al ayuno. Come una vez al día solamente. Pasa las no-

ches en vigilia. Dentro de semejantes luchas y trabajos, Antonio siente en el alma una potente voz interior: la llamada de la soledad absoluta. Había aprendido cuanto los demás podían enseñarle; era capaz ya, sin temeridad alguna, de verse a solas con Dios. Huye hacia los montes líbicos. Encuentra una tumba vacía. Un amigo se presta a llevarle de cuando en cuando el alimento imprescindible. El demonio redobla sus ataques, causando a veces ruidos tan fuertes que daban espanto. Se le aparece bajo la forma de terribles fieras que le originan sufrimientos indecibles; con el aspecto de hermosas mujeres que le invitan a la fornicación. Tan duras son las batallas que ha de sostener, que, en una ocasión, el amigo que le llevaba de comer le encuentra a la entrada de la choza completamente exánime. Creyéndole muerto, se lo lleva a la población vecina y cuando está disponiéndole los funerales, Antonio se recobra y vuelve a su refugio, a la lucha incesante, en medio de la cual a veces viene el Señor a reforzarle en apariciones consolatorias.

Su fama le ha venido siguiendo y los hombres tornan a molestar su quietud. Otra vez vuelve a sentir la apremiante llamada de la soledad. Pasa a la orilla derecha del Nilo. En Pispir, cerca de Der-el-Meimun, en un repliegue de los montes arábigos, encuentra una vieja fortaleza abandonada en medio de un espantoso desierto, si bien provista de abundante agua. El edificio estaba infestado de serpientes, que huyen a su sola presencia. Convino Antonio con un amigo que le trajese pan dos veces al año (en Tebas duraba el pan incorrupto hasta un año y era costumbre tebana guardarlo para seis meses). Inmediatamente procedió a defender su soledad levantando un muro que le aislase por completo de la vista y trato de los hombres, de tal forma que ni aun hablaba con su amigo, quien le arrojaba el pan por encima del muro y de igual forma recogía las espuertas que hacía Antonio para huir de la ociosidad con el trabajo de sus manos. Tenía nuestro asceta treinta y cinco años y corría el 285 de nuestra era.

Aquí pasó veinte años sin interrupción. Sus familiares iban muchas veces a verle para hablar con él; las gentes venían a pedirle consuelos, consejos, milagros. Juntamente con esto sentía redoblarse los ataques del diablo. Los ecos de sus luchas eran

tan fuertes y ruidosos, que llenaban de pavor a los viandantes que pasaban cerca del lugar. No obstante hallarse encerrado, debían sus palabras poseer tal fuerza de persuasión que, poco a poco, fueron acudiendo las gentes y acampando de manera estable junto a la fortaleza, a fin de beneficiarse continuamente de sus ejemplos y consejos. Un día ya no pudo contenerse la impaciencia de sus admiradores y, uniéndose, derribaron el muro construido por Antonio. Habían pasado veinte años y no se notaban en su rostro ni en su aspecto huellas de la extrema dureza de su ascesis. Todo él respiraba serenidad e íntima pureza. Pronto se llenó la montaña de hombres que iban a pedirle alientos y fuerzas para llevar una vida semejante a la suya. La montaña se llenó de ermitaños. Constantemente resonaban en ella las divinas alabanzas. Se practicaba una pobreza heroica, una caridad perfecta. Los eremitas vivían solos, o en pequeños grupos. Antonio nunca fue, propiamente, su superior; era, simplemente, una norma de vida, un ejemplo a imitar. Curaba enfermos, expulsaba demonios, enseñaba a amar al prójimo con perfección; amaestraba en la lucha contra el diablo, cuyos ardides y la forma de protegerse de ellos conocía perfectamente. San Atanasio, que fue su discípulo, nos ha recogido su doctrina en forma de un largo discurso: Antonio enseñaba que la meditación de los novísimos fortalece al alma contra las pasiones y el demonio, contra la impureza. Si viviésemos, decía, como si hubiésemos de morir cada día, no pecaríamos jamás. Para luchar contra el demonio son infalibles la fe, la oración, el ayuno y la señal de la cruz. El demonio teme, enseñaba, los ayunos de los ascetas, sus vigilias y oraciones, la mansedumbre, la paz interior, el desprecio de las riquezas y de las glorias vanas del mundo, la humildad, el amor a los pobres, las limosnas, la suavidad de costumbres y, sobre todo, el ardiente amor a Cristo.

Era el 305. Acababa de nacer, aun sin propósito premeditado de Antonio, el monacato oriental. Y aunque hubo quienes expresaron sus temores acerca de una posible infiltración de espíritu de independencia y separación de la Iglesia, la probada ortodoxia y la prudencia del Santo lograron que tal género de vida se impusiese poco a poco y terminara constituyendo un inapreciable sostén para la Iglesia de la época.

La soledad de Antonio no era infecunda. Enseñaba a preferir sobre todas las cosas la caridad. Así, cuando en el 311 estalló la persecución de Maximino, Antonio voló a Alejandría con algunos de sus monjes para fortalecer a los perseguidos por la fe y compartir con ellos el martirio. Nadie, sin embargo, se opuso a su propósito ni les infirió daño alguno, de forma que, terminada la persecución, volvieron a Pispir.

Antonio volvió cambiado: había comprendido —y lo supo viendo sufrir a los mártires— que el signo de su vivir era la cruz perfecta. Redobló su ascetismo, multiplicó los ayunos, durmió en la tierra desnuda o en tablas. Nunca se lavó, cambió de ropa, ni usó aceites o perfumes (piénsese lo tremenda que es tal mortificación en el Egipto, donde el baño constituye una auténtica necesidad corporal). Y otra vez la llamada del espíritu resonó, fuerte, muy fuerte, en su corazón. Su viaje a Alejandría, su vida entera, le habían hecho más y más famoso entre las gentes, que afluían a él sin cesar. Sintió peligrar su humildad, su silencio. Dios le inspiró de nuevo. Un buen día una caravana de beduinos que iba a internarse en el desierto contempló a un hombre extraño que les pedía unirse a ellos durante el viaje. Vestía túnica de pelos de camello, sujeta por cinturón de cuero; un manto de piel de carnero, con capucha caída por la espalda. Parecía totalmente endiosado.

Fue una larga y dura caminata. Los camellos de los beduinos se internaban por un desierto sin límites, sólo alterado por las dunas; bañado por las noches de un inusitado fulgor de estrellas; abrasado durante el día por el ardiente sol. Tres días con sus noches. A medida que el paso de los camellos iba alejándole de Pispir con sus monjes contemplativos y sus multitudes ansiosas de curaciones y milagros, Antonio se sentía caminar derecho a la consumación de su vocación. Sabía que Dios le aguardaba en el desierto, lejos, muy lejos de todo.

Llegaron por fin. Habían caminado hacia Oriente, hacia el mar Rojo. Muy cerca ya de éste, en el monte Qolzoum, encontraron un pequeño oasis lleno de palmeras y con alguna tierra laborable. Allí quedó Antonio. Era el año 312; acababa de fundar lo que había de llamarse monasterio de Deir-el-'Arab.

Los beduinos le proporcionaron una azada y algunas semillas. Algunos discípulos, que no tardaron en visitarle a pesar de

los horrores del desierto, le llevaron trigo. Antonio se preocupó de sembrar un trozo de tierra, a fin de poder ayudar a los peregrinos y visitantes. Allí permaneció absolutamente solitario durante dieciocho años, hasta quince antes de su muerte, en que admitió la presencia estable de sus dos discípulos Amathas y Macario.

La vida del Santo en los años siguientes se revela extraordinaria. Regularmente visitaba el monasterio de Pispir, donde le aguardaban sus discípulos y las turbas venían a pedirle milagros. Solamente algunos, los más valientes, se atrevían a visitarle en Deir-el-'Arab. Uno de éstos fue San Atanasio, el campeón de la ortodoxia oriental contra los arrianos, quien más tarde escribió su vida, contribuyendo con ello a esparcir por el mundo los ideales de nuestro asceta. Allí le escribió el emperador Constantino pidiéndole sus oraciones.

Allí refutó filósofos griegos y herejes arrianos, quienes atraídos por su fama y por la circunstancia de que Antonio era analfabeto, fueron a probar su sabiduría. Desde allí combatió el cisma de Melecio de Nicópolis; escribió duramente al obispo Gregorio, suplantador fraudulento de San Atanasio, y a Balacio, quienes habían desencadenado una violenta persecución contra los ascetas y vírgenes ortodoxos; sostuvo el prestigio de San Atanasio.

El 340 fue a visitar a San Pablo, el primer ermitaño. A su llegada, el cuervo que todos los días llevaba a Pablo medio pan como alimento, trajo un pan entero para los dos solitarios.

Antonio se había convertido casi en personaje de leyenda. La fama de sus milagros, de sus doctrinas, de sus austeridades, la noticia de su extremada soledad, habían llenado el mundo de Oriente. Pasaron los años, sumido en la contemplación de las noches del desierto, que tan extraño poder tienen para llevar las almas a Dios, para excitar el deseo de los bienes eternos.

Probablemente en el año 355, último de su vida (otros señalan el 338, a la vuelta del primer destierro de San Atanasio), fue a visitar a éste en Alejandría para animarle y sostenerle con su autoridad legendaria en la lucha contra los arrianos y melecianos. Es indescriptible la impresión que su presencia y sus milagros causaron en la ciudad, donde convirtió muchos herejes e infieles.

Finalmente, el 17 de enero del 356, luego de haber anunciado su muerte, haberse hecho prometer por sus dos discípulos que a nadie revelarían el secreto de su tumba, a fin de evitar honores póstumos; luego de haberles exhortado a la pureza de la fe, entregó su alma a Dios. Antes quiso legar a San Atanasio su túnica de piel de carnero y el antiguo manto que el mismo Atanasio le había regalado y que durante muchos años le había servido de lecho y abrigo. Otro manto dejó a Serapión, obispo de Thmuis. Con ello simbolizaba su unión con la jerarquía y el espíritu de su neta ortodoxia.

En Occidente, desde el 1089, se le comenzó a venerar como abogado contra la peste y epidemias, llegando a fundarse incluso una Orden hospitalaria bajo su advocación.

No obstante la dureza de la vida de San Antonio, podemos apreciar en ella contrastes que nos enseñan cómo algunas veces la santidad suple muchos valores humanos y cómo en otras no solamente no los suprime, sino que los supone y realza.

Cuenta San Atanasio, que le conoció bien, cómo, a pesar de sus ayunos, de su austeridad, jamás exageró. Supo guardar siempre la justa medida; prohibió las demasías en la mortificación entre sus discípulos; enseñó a valorar sobre las cosas exteriores la pureza de corazón y la confianza en Dios. De ordinario mostraba una faz tan resplandeciente de alegría, que por ella le conocían quienes no le habían visto nunca antes. Murió sonriendo.

A pesar de haberse criado y haber envejecido en el desierto, nada se observaba de agreste en sus maneras, sino que todo él respiraba una exquisita educación.

Sorprende su intrépido espíritu apostólico y la integridad de su fe, que le constituyeron en uno de los paladines de la ortodoxia de su tiempo.

No prescribió reglas, ni hábitos especiales a sus discípulos (las reglas que circulan bajo su nombre son apócrifas), pero su influjo personal fue tan hondo que pronto se pobló Egipto, en sus lugares más desérticos y apartados (Celdas, Escita, Nitria), la Siria y el Asia Menor, de monjes que de una forma u otra copiaron su género de vida, que aún perdura en cierto modo entre los monjes del Monte Athos, los cartujos y los camaldulenses.

Sin embargo, la vida de San Antonio encierra una ejemplaridad superior. Es todo un símbolo. Nos dice que los peores enemigos del hombre no son los externos. En la soledad más estricta el hombre lleva consigo su naturaleza caída, propensa al orgullo, a la soberbia interior, a la lujuria, a la que es preciso vigilar y mortificar constantemente si el alma quiere verse libre de sus flaquezas y encontrar a Dios en la paz. Por otro lado, el demonio se encarga de afligir con sus tentaciones (presunción, soberbia, desánimo, falta de fe y confianza) al más retirado de los ermitaños. Es decir, que la vida cristiana es, esencialmente, lucha. Podremos huir del mundo; no podemos despojarnos de nosotros mismos, no podemos evitar los asaltos del demonio, que da vueltas en torno a nosotros buscando a quien devorar, como nos enseña San Pedro. Por eso el desierto se ha convertido en símbolo de lugar de tentaciones y los antiguos lo identificaron muchas veces cual morada de espíritus malignos.

Otra lección del Santo es el inestimable precio de la soledad interior para quien de veras desea darse del todo a Dios. Es menester que ninguna criatura ocupe indebidamente nuestro corazón, que sepamos tenerlo desprendido de todas, de forma que ninguna nos pueda ser impedimento a nuestra carrera hacia la unión con Dios. Espíritu de soledad que, como vemos en nuestro Santo, no es sino una forma superior de caridad, porque solamente el hombre que se ha purificado en soledad, en mortificación, en oración, es capaz de sentir fielmente la caridad y de ejercitarla exponiendo su vida. El solitario, de ninguna manera si es auténticamente discípulo de Cristo se desentiende de los demás. Como puede, desde su soledad, lucha por sostener en la fe, se inmola por su salvación, socorre las almas y los cuerpos. Pocos hombres de su tiempo hicieron tanto bien como San Antonio. La religión cristiana, como enseñaba a sus discípulos para combatir en ellos una desordenada propensión a la soledad egoísta y cómoda, es una profesión de caridad fraterna.

El solitario no ha de dudar en abandonar su refugio cuando lo piden así las necesidades de la Iglesia y de las almas. Soledad, caridad, las dos inmortales lecciones de San Antonio, o lo que es lo mismo, acción y contemplación, oración y apostolado, dos ejes aparentemente opuestos, pero que se conjugan perfecta-

mente cuando el espíritu que los anima es legítimo espíritu de Cristo. Todos necesitamos ser un poco eremitas si es que, en definitiva, queremos triunfar de los asaltos del demonio y aprender el sublime arte de amar, por Cristo, a nuestros hermanos.

PEDRO DE ALCANTARA, OFM

Bibliografía

Act SS Boll 17 de enero
ATANASIO, SAN, *Vita Scti Antonii Abbatis* PG 26,837s, PL 73,125s
BARDY, A, art en *Dict Spirit*, o c
BOUYER, L, *St Antoine le Grand* (Paris 1950)
— *La vie de St Antoine Essai sur la spiritualite du monachisme primitif* (Waudrille 1950)
Cartas de San Antonio y documentos atribuidos a el PG 40,972s
DAVID, art en *Dict Hist Geogr Eccl*, VIII col 726s
HERTLING, L VON, *Antonius der Einsiedler* (Innsbruck 1930)
LAVAUD, B, *Antoine le Grand* (1943)

C) BIOGRAFIAS BREVES

SAN GAMELBERTO
Presbítero († 800)

Gamelberto nació en Michaelsbruch (Baviera) hacia el año 720 en el seno de una noble familia. Llegado a la juventud, sus padres le proponían la carrera militar pero el joven, de natural manso, prefería encargarse de los campos familiares y de los rebaños. Aprendió a leer e hizo de la Biblia su lectura favorita, lo que le sirvió para aumentar su fervor religioso. Aunque era ya un joven de más de veinte años, no contrajo matrimonio.

Su vocación eclesiástica la formalizó al morir su padre. Ordenado sacerdote, se dedicó al apostolado entre las gentes de sus propios campos, sirviéndole de centro pastoral la iglesia tradicional de su familia, convertida así en una parroquia. Llevado de su piedad hizo una peregrinación a Roma a venerar los sepulcros de los Santos Apostoles, peregrinación que le sirvio para fomentar aun más en él el espíritu de piedad y el afán apostólico.

Vuelto a Michaelsbruch, dejó el castillo para irse a vivir con pobreza y austeridad en una habitación aneja a la iglesia. Al apostolado y el ejercicio del ministerio sacerdotal unió el de la caridad con los más pobres, dando un alto ejemplo a todos de desprendimiento y generosidad.

Al sentir cercana la muerte, decidió dejar su patrimonio para la fundación de un monasterio, y encargó esta fundación a su ahijado Utón, que efectivamente fundó el monasterio de Metten. Gamelberto murió en Michaelsbruch el 17 de enero del año 800. El culto que tradicionalmente se le daba a él y a su ahijado Utón fue confirmado por el papa San Pío X el 25 de mayo de 1909.

SANTA ROSALINA

Virgen († 1329)

Rosalina o Rossoline fue hija de la noble familia Villeneuve y nació el 27 de enero de 1263 en la villa de Les Arcs en Provenza. Tendría unos doce años cuando, al hacer la primera comunión, hizo también el voto de castidad ya que quería consagrarse a Dios por entero. Vivía solamente para la piedad y las obras de caridad, volcándose en socorrer y visitar a los pobres.

Su padre, Arnaldo, le propuso un matrimonio ventajoso cuando la joven tenía 16 años, pero ella entonces le manifestó que su vocación era la de ingresar en un convento de monjas cartujas, y así lo hizo en efecto a fines del año 1278 en la cartuja femenina de Ramires. De aquí fue enviada luego a la de Bertaud en donde completó su noviciado e hizo su profesión religiosa, siendo ya muy estimada por las singulares dotes de piedad y demás virtudes que la joven manifestaba. Posteriormente la obediencia la mandó a la cartuja de Celle-Roubaud. En 1288 recibió la consagración de las vírgenes y la dignidad de diaconisa, según se estilaba, y siguió en adelante la vida de la comunidad aún con mayor entrega a todas las exigencias de la vida monástica, siendo un modelo de pureza y humildad.

El año 1300 su tía Juana de Villeneuve consiguió se le admitiera la renuncia a su priorato en la cartuja de Celle-Roubaud, y el padre general de la Orden impuso a Rosalina que en virtud

de obediencia ella fuera la sucesora. La ceremonia de su toma de posesión como priora la presidió el obispo de Frejus, Jacques d'Euze, más tarde papa Juan XXII. Dirigió la casa con gran prudencia y celo a lo largo de veintinueve años, siendo para todas las monjas un modelo viviente de regularidad y austeridad, de altísima oración y de entrega a la caridad y toda clase de buenas obras. Murió el 17 de enero del año 1329. Su culto ha sido autorizado tanto en la diócesis de Frejus (1851) como en toda la Orden de la Cartuja (1859). Su fiesta se celebra el 20 de octubre en la Orden pero ése no es el día de su tránsito sino el 17 de enero.

SAN JENARO SÁNCHEZ DELGADILLO

Presbítero y mártir († 1927)

Nació en Agualele, Jalisco, el 19 de septiembre de 1886, hijo de Cristóbal y de Julia, los cuales eran muy buenos cristianos, que gozaban de crédito moral en el pueblo, y eran de condición social modesta.

La enseñanza primaria la recibió en Guadalajara, en el Colegio del Espíritu Santo, y en cuanto fue un adolescente, empezó a trabajar en una fragua para ayudar en su casa. Se costeó sus estudios mediante una beca.

Terminada la enseñanza primaria, decidió su vocación sacerdotal e ingresó en el seminario de Guadalajara e hizo los estudios eclesiásticos. Se ordenó sacerdote el 20 de agosto de 1911.

Ejerció el ministerio pastoral sucesivamente en cuatro parroquias, estando también un tiempo de profesor del seminario menor de Cocula, y en 1923 fue destinado a la capellanía de Tamazulita, Jalisco.

En todos los destinos se acreditó como un buen sacerdote, serio y cumplidor, obediente a sus respectivos párrocos y dispuesto siempre sobre todo a predicar con celo y entusiasmo la palabra de Dios. Por esta misma razón daba gran importancia a la catequesis de los niños y se manifestó siempre dispuesto a darla por sí mismo. Su otra gran tarea sacerdotal, para la que tenía evidente carisma, era la atención pastoral a los enfermos, a

los que visitaba asiduamente, consolaba y preparaba para los sacramentos, al tiempo que alentaba a las familias a sobrellevar la enfermedad con entereza y dedicación al enfermo.

El P. Jenaro sintió mucho el cierre de los templos por parte de la autoridad eclesiástica, vista la actitud hostil del Gobierno mejicano, y prosiguió su ministerio clandestinamente, diciendo misa y administrando los sacramentos por las casas y en los campos. Comprendió muy pronto el peligro de muerte en que estaban los sacerdotes y se dio cuenta de que él podría ser uno de los mártires.

Su martirio tuvo lugar el 17 de enero de 1927, y sucedió así: se hallaba el P. Jenaro en el campo con unos amigos tendiendo lazos a los venados y por la tarde regresó al rancho La Cañada, de la familia Castillo, en el que se albergaba por entonces. Al llegar se dieron cuenta de que había soldados buscándole. Le rogaron que escapara, pero él pensó que si huía, las malas consecuencias las pagarían sus amigos y prefirió acercarse al rancho y afrontar la voluntad de Dios. Y en efecto, al llegar, los cogieron presos a todos y uno de ellos fue llevado preso con el sacerdote a Tecolotlán, pero luego todos fueron dejados libres excepto el P. Jenaro.

Cerca de la medianoche llevaron al sacerdote al cerro llamado La Loma y allí se dispusieron a ahorcarlo. Cuando él se dio cuenta, les dijo a sus captores que los perdonaba y dio un viva a Cristo Rey. Tiraron de la soga y quedó colgando luego de darse un gran porrazo en la cabeza con el mezquite del que lo habían colgado. Llamaron los soldados a una casa vecina y señalaron a sus habitantes que había allí colgado un reo pero que si alguien lo bajaba le harían a él lo mismo. El sacerdote, mal colgado de la soga, tardó en morir, pudiendo oírse sus ronquidos desde la casa.

No amanecía aún cuando volvieron los soldados, dispararon al cuerpo inerte, lo bajaron y, ya en el suelo, uno de ellos lo atravesó con la bayoneta y lo dejaron tirado en medio del campo. Acudieron los habitantes de la casa vecina y lo vieron algunos que pasaban por allí pero no reconocieron que era el P. Jenaro. Pero ya en la mañana del 18 de enero una maestra lo reconoció y fue a dar aviso a la madre del P. Jenaro, la cual acudió presuro-

sa, reconoció a su hijo y tomándolo lo colocó sobre sus rodillas, componiendo una estampa similar a la de La Piedad. La pobre señora lloraba amargamente abrazada al cuerpo del hijo querido. Se logró permiso para llevarlo a la casa de la maestra y velarlo unas horas, siendo enterrado a las cuatro de la tarde en el cementerio de la población. En el lugar de su martirio se erigió un monumento posteriormente. Sus reliquias fueron llevadas más tarde a la parroquia de Cocula.

El papa Juan Pablo II lo canonizó junto con otros mártires mejicanos el 25 de mayo del año 2000

18 de enero

A) Martirologio

1 En Cartago, los santos Suceso, Pablo y Lucio († 259), obispos y mártires

2 En Nicea (Bitinia), los santos mártires Coscomio, Zenon y Melanipo (s III o IV)

3 En Toulouse (Francia), el tránsito de San Volusiano († 498), obispo de Tours, que murió desterrado por los godos

4 En Roma, Santa Prisca († 499), bajo cuya memoria se levantó una basílica en el monte Aventino

5 En el monasterio de Lure (Borgoña), San Deicola (s VII), abad

6 En Ferrara (Emilia), Beata Beatriz d'Este († 1262), viuda y monja

7 En Buda (Hungría), Santa Margarita († 1270), virgen, hija del rey Bela IV, monja dominica **

8 En Cremona (Lombardía), Beato Fascio († 1272), natural de Verona, dedicado a la penitencia, las peregrinaciones y el socorro de los pobres

9 En la Valtelina, Beato Andres de Peschiera († 1485), presbítero y religioso dominico

10 En Aquila (Abruzos), Beata Cristina Cicarelli († 1543), virgen, monja agustina *

11 En Braunsberg (Prusia), Beata Regina Protmann († 1613), fundadora de las Hermanas de Santa Catalina **

12 En Angers, las beatas Felicidad Pricet, Mónica Pichery, Carola Lucas y Victoria Gusteau († 1794), mártires en la Revolución Francesa

13. En Tarragona (España), San Jaime Hilario Manuel Barbal Cosán († 1937), religioso de los Hermanos de las Escuelas Cristianas, mártir durante la guerra civil española *.

14. En Casia (Umbría), Beata María Teresa Fasce († 1947), virgen, priora del monasterio de agustinas, gran difusora de la devoción a Santa Rita *.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

SANTA MARGARITA DE HUNGRÍA
Religiosa († 1270)

A mediados del siglo XIII los tártaros invadían Europa con incursiones muy frecuentes y devastadoras. Una de ellas tuvo como blanco Hungría el año 1241, a la que atacaron sin piedad, robando, matando y asolando todo lo que encontraban a su paso. El rey de Hungría Bela IV y su esposa María Láscaris, hija del emperador de Constantinopla, se desterraron a Dalmacia huyendo del devastador ataque mongol.

Como personas piadosas recurrieron al Señor, suplicándole humildemente que viniera en su ayuda y los librara de un enemigo tan terrible y poderoso, pues sabían que ninguna fuerza humana era capaz de contenerlo. Por su parte ofrecieron a Dios el hijo que estaban esperando, por la liberación del pueblo húngaro y la paz de su reino, prometiéndole que si era niña la ingresarían en un monasterio al que, además, ayudarían con sus bienes.

No era infrecuente en aquella época mezclar la fe con la necesidad de protección divina para encontrar solución a los problemas de carácter religioso y político. En estos casos los niños eran ofrecidos a Dios como «víctimas» inocentes para alcanzar de Él la misericordia tan necesitada como suplicada. Y en este clima de oración y de esperanza en lo alto, el rey juntó un gran ejército y atacó a su eterno enemigo, muy superior en número, y envalentonado, además, por sus continuas victorias. Dios le ayudó y Bela derrotó a los tártaros, haciendo que volviese así la paz y tranquilidad a sus dominios.

En 1242 les nació una niña a la que pusieron el nombre de Margarita. Proviene de la familia real húngara Arpad, familia

que en el mismo siglo XIII dio a la Iglesia otras cuatro mujeres preclaras por su vida santa: Santa Isabel, la Beata Inés de Praga, sobrina suya, y las hijas del rey Bela IV, Cunegunda y Yolanda, cuyo culto ha sido confirmado por la Sede Apostólica.

Los padres de Margarita no olvidaron la promesa que habían hecho a Dios y a Él se la ofrecieron como ángel de paz y de reconciliación, confiándola, a la edad de cuatro años, a las Dominicas del monasterio de Santa Catalina mártir, en Veszprem, para que ya desde su más tierna edad fuese formada en las costumbres regulares y pudiera servir de modo más perfecto al Señor. Las monjas recibieron este «regalo» del cielo como algo esperado y deseado. Y el Señor se volcó de inmediato en aquella niña privilegiada que ya desde el principio mostró una madurez impropia de su edad

A los siete años logró que le vistieran el santo hábito dominicano, que ella llevaba con respeto y veneración. Guiada por la madre priora y enseñada por la monja a la que aquélla encomendó su custodia, la niña Margarita se iniciaba en la oración y contemplación que habría de ser el manjar mejor gustado durante toda su vida.

Los reyes, sus padres, contentos de ver a su hija tan feliz en el monasterio, edificaron para ella otro convento en una isla formada por el río Danubio, llamada Nyúle, junto a Buda, que después de su muerte pasará a llamarse *Isla Margarita.* A este monasterio, dedicado a la Virgen María y dotado de una renta suficiente, fue trasladada Margarita a los doce años, junto con otras religiosas, para implantar desde el principio una vida de perfecta observancia religiosa y dominicana.

La joven princesa, como ferviente discípula de la cruz y olvidada completamente de su casa real, de tal manera floreció en docilidad y obediencia, que las monjas la amaron con ternísimo afecto y el perfume de su bondad se extendió por todo el monasterio, mostraba una gran ingenuidad y candor en su comportamiento. Es aquí donde, dos años más tarde, hace su profesión solemne en manos del Venerable Padre Humberto de Romans, Maestro general de la Orden, que volvía del Capítulo general, celebrado en Buda, ciudad principal de aquel reino.

Por costumbre de Corte y por el respeto y amor que su vida inspiraba, fue pretendida como esposa por los hijos herederos de los reyes europeos, como el duque de Polonia, el rey de Sicilia, y de modo especial, según G. Klaniczay, el año 1260 renunció a la propuesta de matrimonio con el rey de Bohemia, Premysl Otakar II. Querían convencerla de tal conveniencia haciéndole ver que sería fácil obtener la dispensa de sus votos religiosos, y que por otra parte su enlace matrimonial con alguno de dichos príncipes sería como un pacto de paz y de alianza entre sus reinos, y que si se negaba, esto traería consigo posibles discordias y guerras.

Su negativa por decisión personal y por consejo de su confesor Fr. Marcelo, Prior Provincial de los dominicos, le acarreó fuertes sinsabores a ella e hizo caer en desgracia a los dominicos por unos años. A pesar de todo, ella no dudó nunca. Ya tenemos a la princesa de Hungría, virgen esposa del Cordero inmaculado para siempre, debido a sus votos religiosos, y sólo buscó ya seguir sus huellas y cumplir su voluntad durante toda la vida.

Toda su vida trató de llevar a cabo el ideal de Santo Domingo al que quiso imitar siempre. Seguir a Cristo llevará consigo, como dominica, realizar el proyecto de su fundador. Toda la esencia de la vida dominicana es «contemplare et contemplata aliis tradere»; es decir, orar y contemplar la verdad revelada y después comunicarla a los demás, pues nadie da lo que no tiene. Pero si libamos lo esencial de la Palabra de Dios y de las entrañas del Redentor podemos repartirlo a los demás, pues como nos dice San Ambrosio en una de sus cartas:

> «Quien recoge el agua de los montes o la saca de los manantiales, puede enviar su rocío como las nubes... Quien mucho lee y entiende se llena, y quien está lleno puede regar a los demás; por eso dice la Escritura: "Si las nubes van llenas, descargan la lluvia sobre el suelo"».

Es lo que hizo Margarita, llenarse de Dios en la oración para poder donarlo después a todos.

Toda la vida de esta virgen dominica fue ser fiel a Dios en el silencio del claustro y en la soledad de su celda. Fue una amante apasionada de la contemplación. De ella sacaba toda la fuerza

para denunciar las injusticias, corregir con caridad a los pecadores, por muy eminentes y poderosos que fueran, y sobre todo para servir a las demás y de una manera especial a las más necesitadas y enfermas. Su gran caridad la manifestaba primero con sus hermanas de dentro, las monjas del monasterio. Pero también con los de fuera: oraba y suplicaba a Dios por el mundo entero y especialmente por la paz de Europa.

Desempeñó un importante papel de mediación de paz entre su padre, el rey Bela IV, y el joven rey Esteban V en 1265. De aquí que Margarita se convirtiera en una personalidad influyente, tanto en el ámbito religioso y monacal como en la esfera secular y política, y su monasterio fue considerado como una de las instituciones eclesiásticas más importantes del reino húngaro.

A su padre le rogaba siempre con amor y le aconsejaba con respeto que favoreciese a las iglesias con sus bienes, que en su reino velase con cuidado por las viudas y los huérfanos, que defendiese los derechos de los más necesitados y desvalidos, que hiciese copiosas limosnas a los más pobres. Parece ser que el rey tuvo esto muy en cuenta.

En su vida religiosa tuvo siempre elevados pensamientos, puso muy alto el ideal dominicano y jamás supo contentarse con medianías; aspiró a lo más y a lo mejor: a la santidad. Fue un ejemplo constante para toda la comunidad, manifestó en su vida una templanza y una serenidad increíble, nada alteraba profundamente su espíritu.

Ya desde joven destacó por la virtud de la humildad, de esta virtud hizo acopio desde entonces para toda su vida; se consideraba la última y nada ansiaba tanto como ser despreciada y tenida en poco por las demás; consideraba a todas sus hermanas superiores a sí y mejores que ella, no hubo en el monasterio una monja más humilde y sencilla que Margarita.

Era sobre manera misericordiosa, había aprendido esta virtud de su padre Santo Domingo: se compadecía de todo y de todos, de manera especial de los que sufren en su espíritu y en su cuerpo: de los pecadores y de las enfermas, a las que atendía con gran caridad. Era la enfermera de los criados y sirvientes del monasterio, y su caridad se extendía también a los enfermos

pobres de la vecindad para los que aderezaba la comida con sus propias manos. Y era tanto el aseo, limpieza y curiosidad con que lo hacía, que por muchos años quedó por refrán en aquella tierra, cuando alguna cosa no estaba en su punto, decir: «Bien parece que no viene esto aderezado por el libro de Sor Margarita». Recomendaba a las monjas que a falta de medios económicos ayudasen siempre a los pobres con sus oraciones.

Todo su anhelo era cumplir sus votos religiosos con gran exigencia y cuidado. Vivía siempre tan sujeta a la voluntad de sus Prelados que de su propia voluntad no quería saber nada y descansaba totalmente en la voluntad de la priora. Siempre andaba deseando que le mandaran algo contrario a su voluntad, pero nunca se hallaba qué, porque la voluntad ajena era también la suya.

Las religiosas de su convento hallaban gran consuelo en ella y era el paño de lágrimas de todas en sus necesidades. Margarita enviaba fuertes limosnas a los pobres de todo el reino, y también a la gente noble cuando la veía caída y necesitada. En esto consumía los muchos regalos que sus padres y deudos le enviaban, sabedores de su gran caridad, pidiendo, cada vez que lo hacía, permiso a la Superiora.

Sentía en sí misma unos deseos ardientes de ser mártir y de morir por Dios. Parecíale que era caso de menos valer haber muerto Dios por ella y no morir ella por Dios.

Su vida de piedad se centraba en la devoción al Espíritu Santo, a Jesús crucificado, a la Eucaristía y a la Stma. Virgen. Pensar en la pasión y muerte del Salvador del mundo era un regalo y su pan cotidiano. Esposa crucificada de un Dios muerto en cruz, se transformaba y quedaba estática a los pies del tabernáculo; del Santísimo Sacramento era en extremo devota, por reconocer en él la fuente de todas las gracias. Toda su vida tendía a Dios como a su fin, era atraída hacia Él como por un imán irrenunciable.

Y no pudiendo resistir más su delicado cuerpo los impulsos de aquella alma gigante, rindió su alma al Amado el 18 de enero de 1270, a la edad de 28 años, estando presentes todas las monjas y muchos frailes de la Orden. Recibió con gran fe y unción los sacramentos, y rezando el salmo «In te, Domine, speravi», al

llegar al versículo «In manus tuas, Domine...» su alma voló a Dios, su Padre.

En las actas del proceso en orden a su canonización, destacan sobre todos los 37 testimonios de las monjas de su propio monasterio, que vivieron con ella y vieron cómo progresaba cada día en su camino de amor hacia Dios. Gracias a este testimonio de las que más y mejor la conocían, su culto se inició inmediatamente después de su muerte. Tras las canonizaciones de otras santas princesas de Centroeuropa, fue cursada enseguida la petición en favor del reconocimiento de sus virtudes, petición que fue acogida favorablemente por la Santa Sede.

Margarita fue canonizada por Pío XII el 19 de noviembre de 1943, a instancias del pueblo húngaro, nuevamente amenazado por la dominación nazi y por el ateísmo ruso. El papa dice de ella en la bula de canonización:

> «Usaba vestidos pobrísimos [...], deseaba los oficios más humildes [...], se deleitaba en los servicios más bajos [...], dejaba para sí misma el cuidado de las enfermedades más repugnantes [...] Meditaba la Pasión y ardía en deseo de martirio [...] Vivía en continua presencia de Dios aun en medio de los quehaceres más ordinarios...».

Y el mismo papa la invocaba el día de su canonización como mediadora de «tranquilidad y de paz, fundadas en la justicia y la caridad de Cristo, no sólo para su patria, sino para el mundo entero».

Santa Margarita de Hungría, princesa, virgen y santa dominica, fue para el mundo y para Europa, desde la atalaya de la soledad de su monasterio, un ejemplo de generosidad y hoy es una eficaz intercesora para todos nosotros.

PEDRO RIESCO PONTEJO, OP

Bibliografía

ÁLVAREZ, P., OP, *Santos, bienaventurados, venerables de la Orden de Predicadores* I: *Santos* (Caleruega 1919) 263-274

GELABERT, M., OP, *Misal diario según el rito de la Orden de Predicadores* (Valencia ^{3}1958) 927.

LEONARDI, C.-RICCARDI, A.-ZARRI, G. (dirs.), *Diccionario de los Santos,* II (Madrid 2000) 1567-1569.

Liturgia de las Horas propio O.P. Edición típica en lengua española (Roma 1988) 544

MARTINEZ PUCHE, J. A , OP (dir), *Nuevo Año Cristiano. Enero* (Madrid 2000) 253-256.

www.dominicos.org./dominicanismo/hagiografía/margaritadehungría

BEATA REGINA PROTMANN

Fundadora († 1613)

> «La Beata Regina Protmann, fundadora de la *Congregación de las Hermanas de Santa Catalina,* procedente de Braniewo (Polonia), se dedicó con toda su alma a la obra de renovación de la Iglesia a fines del siglo XVI y principios del XVII. Su actividad, que brotaba de su amor a Cristo sobre todas las cosas, se desarrolló después del concilio de Trento. Se insertó activamente en la reforma posconciliar de la Iglesia, realizando con gran generosidad una labor humilde de misericordia» *(L'Osservatore Romano* [ed. en español] [2-7-1999]).

Estas breves líneas, tomadas de la homilía que pronunció el papa Juan Pablo II en la ceremonia de beatificación de Regina Protmann, celebrada en Varsovia el 13 de junio de 1999, definen sintéticamente la figura y misión de esta gran mujer.

Regina Protmann nació el año 1552 en Braunsberg (la actual ciudad polaca de Braniewo). Era una de las ciudades de la región de Ermland, en la Prusia oriental, fundada por los *Caballeros teutónicos* en 1251. Esta orden militar, formada por nobles alemanes, había recibido el encargo de conquistar para la fe cristiana aquellas tierras y de facilitar progresivamente su colonización. La ciudad estaba situada a orillas del río Passarge, que desemboca en la extensa laguna de Frisches Haff, en las costas del mar Báltico. A lo largo de toda la Edad Media fue un importante centro comercial, debido a su excelente situación geográfica. Fue también durante un tiempo sede episcopal de la diócesis de Ermland (actualmente, Warmia). En 1466, por la segunda paz de Thorn, toda la Prusia oriental pasó a ser feudo de Polonia.

La reforma protestante llegó temprano a Prusia. En 1525 el maestre general de la orden teutónica, Alberto de Brandeburgo, fue ganado para la Reforma. Lutero mismo le aconsejó que echara al cesto de los papeles las reglas de la orden, se casara y transformara el territorio en un ducado secular hereditario. Y así lo hizo. En el verano de ese mismo año se casaron, además de Alberto, la mayor parte de los miembros de la orden y de los sacerdotes de Prusia.

La nobleza fue la principal causante de la propagación de las ideas protestantes, debido a su lucha contra la jurisdicción epis-

copal y a su aspiración a una más amplia autonomía. Sin embargo, la gran masa de la población rural mantuvo, por lo general, la verdadera fe.

Afortunadamente, la región y diócesis de Ermland no corrió la misma suerte que los otros territorios prusianos, gracias sobre todo a sus pastores que se mantuvieron muy firmes. Entre ellos cabe destacar a Estanislao Hosius, elegido obispo de Ermland en 1551. Era un hombre de gran seguridad doctrinal, trabajador incansable y promotor ardiente de la verdadera reforma católica. Participó activamente en el concilio de Trento (1545-1563) y preservó a su diócesis de la devastación total. A pesar de todo se perdieron muchas parroquias: de 220 quedaron 78. En 1561 Hosius recibió el nombramiento de cardenal. Cuando volvió a su diócesis, una de las familias que lo acogió con más entusiasmo fue precisamente la familia Protmann, a la que trató personalmente. Regina, niña aún, captaba sin duda el clima de controversia religiosa que se estaba viviendo.

Otra iniciativa importante del cardenal Hosius (y que va a tener un gran significado en la vida de Regina) fue llamar a los padres jesuitas. Un primer grupo de 10 hijos de San Ignacio llegó a Ermland en enero de 1565. Con el apoyo de la Compañía de Jesús, el cardenal Hosius puso en marcha un sínodo diocesano, intensificó las visitas pastorales y las catequesis, renovó la liturgia, reformó el clero y elevó en general el nivel espiritual, moral y cultural de la diócesis.

La familia Protmann, aunque pertenecía a la burguesía, supo mantenerse fiel a sus raíces católicas. El padre de Regina, Pedro Protmann, era un rico comerciante y consejero de la ciudad. Descendía de los *patricios Protmann,* establecidos en Braunsberg en 1419. Regina Tigel, la madre, era una mujer de una gran sensibilidad cristiana hacia toda clase de personas. Provenía también de una familia rica y muy estimada por todos. Regina, por tanto, gozó desde niña de los privilegios propios de una familia de la burguesía medieval. Recibió una buena educación religiosa y una esmerada formación humana e intelectual, a las que correspondió con mucho fruto. Formó parte de la Asociación mariana, fundada por los padres jesuitas.

Fue precisamente un jesuita, el P. Engelbert Keiler, último confesor y director espiritual de Regina, el que escribió en alemán la primera biografía que tenemos de ella. La publicó en Cracovia en 1623, es decir, diez años después de su muerte, lo cual es ya por sí mismo un importante testimonio de su fama de santidad.

El P. Keiler cuenta que, en su primera juventud, Regina se dejó llevar por su vanidad femenina. Cuidaba con esmero su belleza física y sus sentimientos estaban centrados en la necesidad de agradar. La encantaban las románticas fiestas en las que aparecía en público con toda su elegancia.

Pero aunque parezca increíble, va a ser precisamente en la cumbre de su éxito mundano, a sus 19 años (1571), cuando Regina se sienta fascinada por una luz interior que la va a hacer cambiar completamente. Así lo explica su primer biógrafo: «Cuando la luz de la gracia de Dios comenzó a irradiarse límpidamente en el corazón de Regina, descubrió la vanidad de las alegrías del mundo y experimentó una profunda aversión hacia ellas. Se sintió inflamada por el fuego del amor de Dios».

No conocemos todos los detalles de su proceso interior. Lo que sí sabemos es que su cambio de vida fue total. Sin saber todavía hacia dónde la conducirá el Espíritu de Dios, decide renunciar a sí misma y al disfrute de los goces mundanos. Sólo tiene clara una cosa: quiere ser toda de Dios.

Huyó del mundo, dejó padres, hermanos, amigos y conocidos, y se fue a vivir a la casa de una piadosa viuda en unión con otras dos jóvenes. Sorprende ciertamente este ímpetu de Regina y su modo de actuar, pues en sus tiempos sólo se dejaba la casa familiar para contraer matrimonio o para entrar en un monasterio.

Pero el ambiente de la casa de la viuda no era plenamente conforme a sus deseos. Así que, junto con sus dos compañeras, se trasladó a una casita vieja que estaba situada en la misma calle de la iglesia y que en parte le correspondía por herencia familiar. En esta casa, sencilla y pobre como la gruta de Belén, nació Regina a una vida nueva. Desde el principio sintió el impulso del Espíritu Santo a fundar una congregación religiosa con votos perpetuos, pero sin una clausura muy estricta, con el

fin de poder asistir a los enfermos en sus casas y realizar otras formas de apostolado.

La Sabiduría divina va a conducir a Regina por un camino nuevo de vida consagrada. Ella y sus compañeras pronunciaron sus votos religiosos de castidad, pobreza y obediencia, voluntarios y perpetuos, pero, en vez de encerrarse en una clausura, decidieron salir del convento e ir al encuentro de los hermanos necesitados y atribulados, tanto de día como de noche, proporcionándoles la necesaria asistencia. De este modo comenzaba en la Iglesia la vida religiosa femenina contemplativa y activa a la vez, convirtiéndose Regina en la fundadora de la Congregación de las Hermanas de Santa Catalina, virgen y mártir.

Regina había comprendido muy bien el mandamiento de Jesús: «Amaos los unos a los otros como yo os he amado» (Jn 13,34). Para ella no había disparidad entre esos dos amores: Dios y el prójimo. El manantial de donde surgía su empuje sobrenatural era su profunda experiencia de Dios, alimentada y sostenida por una oración prolongada; su participación activa en la celebración eucarística; la adoración a Jesús sacramentado y su devoción filial a María santísima. Esta intimidad con Dios la llevaba a amar ardientemente a sus hermanas, a la Iglesia y, particularmente, a todos los que sufrían en cualquiera de sus formas.

Regina comenzó a elaborar lo que hoy se conoce con el nombre de *primera regla* o *reglas breves,* y que fue fruto de los doce primeros años de vida en común. Estas reglas fueron sometidas a la autoridad eclesiástica local para su primera aprobación. Dado el carácter novedoso de la congregación, se esperaba una aprobación laboriosa. Pero, con alegría incontenible para Regina y sus compañeras, el obispo de la diócesis Martín Cromer, sucesor del cardenal Hosius, aprobó íntegramente la *primera regla* el 18 de marzo de 1583. Eran los tiempos nuevos de la *verdadera reforma* promovida por la Iglesia.

Uno de los aspectos de la caridad fraterna que Regina más subrayó era el perdón: «Evitad la envidia, la ira, los altercados; pero si una tuviese algo contra otra, se deberán perdonar de buena gana, como verdaderas hermanas, y vivir unidas entre sí». Prueba de su amor a sus hermanas era la ternura con la que tra-

taba a las religiosas enfermas. Se dice que besaba afectuosamente sus heridas y las curaba.

Otra dimensión del alma de Regina era su búsqueda constante de la Palabra de Dios. Su confesor y director espiritual afirma al respecto: «Raramente he visto a una persona que tuviese tal celo por escuchar la Palabra de Dios». En la vida comunitaria la Palabra de Dios era como el alimento diario. Esto que hoy nos parece evidente, era, en los tiempos de Regina, un privilegio reservado a unos pocos. Durante la comida una hermana leía en voz alta la Sagrada Escritura u otro libro espiritual. Terminada la refección, Regina recomendaba a sus hijas que tuvieran un recreo de media hora hablando de las cosas de Dios. De este modo crecían compartiendo el alimento espiritual del que se nutrían.

En la adoración a Cristo, presente realmente en la Eucaristía, saciaba sus ansias de amor a Dios. En su época se recibía la Eucaristía sólo en pocas ocasiones. Cuando en su última enfermedad recibió el permiso de comulgar mucho más a menudo, ella lo considerará como un gran regalo recibido del cielo. A propósito de esto nos dice el P. Keiler:

> «Yo declaro abiertamente y sin escrúpulos: ella vivía tan unida a Cristo, su esposo, que, sin dudar, se habría podido darle el permiso de recibir cada día este santísimo alimento».

Pero igualmente ardoroso era su amor al prójimo. «La madre de los pobres», como se la llamaba, dejaba cuando era necesario su convento y, con sus hermanas, iba allí donde la necesidad la reclamaba: a los pobres humillados, a los dementes, a los epilépticos y a los enfermos excluidos de los hospitales. Les visitaba en sus casas, les lavaba los pies, curaba y vendaba sus heridas con toda su ternura maternal. Y todas estas obras de caridad las hacía Regina *de rodillas,* ¡tan viva era la conciencia que tenía de que en el enfermo está Jesús doliente!

Pero sus esfuerzos no se limitaban solamente al cuerpo, sino que abarcaban a toda la persona. En sus tiempos no era costumbre que las niñas, las jóvenes y las mujeres estudiasen. Este derecho se reservaba a los hombres. Regina no podía aceptar esto. Con gran coraje abrió una escuela femenina en el convento. Ella misma, siendo de familia rica y culta, había estudiado.

Ahora quería que todas las mujeres gozasen de este derecho. En su escuela, las niñas aprendían a leer y a escribir. Pero evidentemente no se contentaba con eso, sino que también las educaba en las buenas costumbres y en la disciplina; les enseñaba las virtudes y toda la sana doctrina contenida en el evangelio, en sintonía plena con la Iglesia de Roma y con las directrices del concilio de Trento. También les transmitía todo lo útil para la vida y necesario para la comunidad cristiana.

Por otra parte, intercedía ante las autoridades locales en la defensa de las causas justas. Estaba muy dotada para expresarse correctamente y con convicción. Su palabra era cortés, amable, humilde y vigorosa. Escribía también cartas a altas personalidades de la vida civil y eclesiástica. Gozaba de una alta estima por parte de las autoridades.

Regina encontró siempre en la Iglesia a una verdadera madre, protectora y maestra. Ella amó con todo su corazón a la Iglesia. Todo su camino se desarrolló en el seno de la Iglesia, con la Iglesia y por la Iglesia. Es éste un aspecto esencial de su vida, sin el cual no se entendería su específica vocación. Ya desde su infancia y juventud tuvo esta gran veneración por la Iglesia y por sus pastores, estimulada por el ejemplo de los grandes obispos Hosius y Cromer, que ejercieron un influjo benéfico en su vida suscitando en ella una participación activa en la vida de la Iglesia. Ella plasmó este espíritu en sus comunidades, haciendo de ellas piedras vivas de la Iglesia.

Los ataques del protestantismo eran muy violentos, especialmente contra la Eucaristía, la devoción preferida de Regina. Pero sus armas, para contrarrestar esos asaltos a la fe, eran muy distintas a las empleadas por los cismáticos. Con sus hermanas, Regina se postraba ante el santísimo Sacramento y permanecía horas enteras en oración, intercediendo por su pueblo.

Fue grande la influencia de esta valiente y carismática mujer en la defensa de la fe con su palabra y ejemplo ante aquellos que *protestaban* sembrando la confusión y el desorden. Regina se distinguió, entre los defensores del catolicismo, como una de las personalidades más relevantes de su época y de su entorno geográfico. Unida al obispo y a los padres jesuitas de su parroquia, su celo fue siempre creciendo. El P. Keiler, su biógrafo, nos

dice: «Todo su sentimiento y su corazón eran para la Iglesia». La Iglesia, por su parte, acogió siempre con afecto sus iniciativas.

Regina era muy consciente de la necesidad de asegurar el futuro de su congregación por medio de unas normas sabiamente estructuradas. Así pues, aconsejada por los padres jesuitas, confirmada por su experiencia e iluminada por mucha oración, quiso revisar y reelaborar ella misma su *primera regla,* modificando aquellos puntos que le parecían demasiado duros y que habían caracterizado los primeros años de la congregación. Se había dado cuenta, en efecto, de que no todas sus hijas podían adaptarse a la disciplina primitiva.

Regina presentó el texto modificado a la autoridad eclesiástica, en este caso al nuncio apostólico, Claudio Rangoni, a través del obispo diocesano Pedro Tilitzky. El representante del papa, después de examinarlo atentamente, aprobó, juntamente con la Signatura apostólica, la nueva regla de vida de las religiosas el día 12 de marzo de 1602. Habían pasado 19 años desde la primera aprobación.

Es éste otro hecho nuevo e inédito en la historia de la Iglesia: que una congregación joven, de vida contemplativo-activa, obtuviese, en tan corto espacio de tiempo, la aprobación de derecho pontificio, que se reservaba entonces solamente a las antiguas órdenes y a las que de ellas se derivaban, todas de estricta clausura. A esta definitiva aprobación contribuyeron sin duda muy positivamente los excelentes informes que los padres jesuitas dieron sobre ellas, especialmente por su trabajo en las parroquias, que en aquellos momentos fue providencial.

Un capítulo especial merece su particular celo por el culto divino. Tanto el corazón de Regina como el de sus hijas se dirigían continuamente a la casa de Dios. Con gran solicitud, servían a la iglesia confeccionando las vestiduras sagradas. Todo esto lo hacían para colaborar al esplendor de las celebraciones litúrgicas, movidas por su gratuito y desprendido amor de esposas del Señor.

Esta vinculación al templo de Dios estuvo también presente en el momento de elegir el nombre de la congregación. La iglesia de su comunidad parroquial estaba dedicada a Santa Catalina de Alejandría, virgen y mártir, cuya fiesta se celebraba el 15 de

noviembre y que era muy venerada por todos los cristianos de Braunsberg. Regina acoge como protectora de sus hijas y hermanas a la patrona de la iglesia en la que fue bautizada y en la que alimentó su vida de fe.

Por último, sería imposible hablar de Regina sin mencionar su profunda veneración a María. Ella conoce bien la *obra maestra* de Dios que es la Virgen. Camina junto a ella, contemplándola e invocándola como Madre de Dios y de los hombres. También aprende de ella a oír los gemidos del pueblo y a tener compasión por los necesitados espirituales y materiales. Desde los orígenes de la congregación, Regina estimuló a sus religiosas a consagrarse a la Virgen en el momento de la profesión religiosa.

Pero la edad, el cansancio, las penitencias, hacían ya sentir en Regina la nostalgia del cielo. Consciente de su próxima partida, dejó a sus hijas presentes y futuras un testamento que es una síntesis de su espiritualidad. Entre otras cosas, les dice:

> «Es mi deseo, humilde y materno, para vosotras, mis hermanas amadísimas, impulsaros a permanecer siempre fieles a la disciplina, con modestia, humildad, verdadera paciencia, perfecta obediencia y amor cristiano ante el Señor Dios y nuestro amadísimo Esposo Jesucristo y tambien ante todos los hombres Aprended, hermanas amadísimas, a mortificar en vosotras no solamente las nocivas, sino también todas las pequeñas e insignificantes pasiones que pueden dañar vuestra propia vocacion y estado cuchicheos inutiles, pensamientos vanos, ociosidad, sonrisas imprudentes Esforzaos seriamente no sólo en amaros fraternalmente y de corazon sino tambien en estar en paz con todas las personas De este modo el buen Dios os ayudara en todo y os bendecira»

El P. Keiler nos describe así su piadosa muerte:

> «Soporto su ultima enfermedad con gran paciencia, devocion y edificacion (permanecio durante ocho semanas postrada en cama en medio de multiples sufrimientos) Finalmente, con corazon contrito y penitente, besando muchas veces el crucifijo que tenia entre sus manos, después de haber recibido los santos sacramentos, rindio dulce y tranquilamente su alma a Dios, en el año del Señor de 1613, a los 61 años de edad, despues de haber dirigido a sus hermanas durante 34 años como superiora, con toda serenidad, amor y fidelidad»

Su cuerpo fue enterrado, por un especial privilegio, en la Iglesia de San Francisco, regida por los padres jesuitas, en Brauns-

berg. Pero a partir de 1939, con motivo de las sucesivas invasiones nazi y comunista, los restos de la madre Regina van a correr la misma suerte que su pueblo y sus «hermanas amadísimas»: participará en sus huidas, refugios e infinitas dificultades y persecuciones.

Después de distintos y precipitados traslados, los restos de Regina Protmann fueron confiados al párroco de Heiligenbeil (hoy Mamonowo), Johannes Westpfall, para su custodia. Al poco tiempo, también él tuvo que abandonar precipitadamente su parroquia y huir a Berlín. El día de su huida, 12 de diciembre de 1945, sólo pudo llevarse consigo dos huesos (posteriormente entregados a las religiosas y trasladados a la casa general en Roma) y el resto lo escondió en el desván de su casa, cubriéndolos con abundante arena. Hubo que esperar hasta la primavera de 1991 para recuperar, después de increíbles peripecias, unos pocos huesos más, sin que se haya podido encontrar todos.

Estas dolorosas vicisitudes, dan luz para entender la historia de la Congregación de Hermanas de Santa Catalina, virgen y mártir, que, desde sus orígenes, ha estado marcada por las guerras, la persecución y el martirio. Sólo entre 1939 y 1945 han sido 102 las religiosas martirizadas. En Lituania, además, durante más de 50 años, las hijas de la Beata Regina han tenido que vivir en la clandestinidad, permaneciendo fieles a Cristo crucificado, tal y como su santa Madre les había inculcado.

ALFREDO MAROTO, OSB

Bibliografía

CONGREGAZIONE DELLE SUORE DI SANTA CATERINA, *Il suo nome è Regina* (Grottaferrata 1999).

HUMMELER, H., *Regina Protmann e as Irmaãs de Santa Catarina, um capítulo desconhecido da história da Alemanha Oriental* (Canoas 1960).

C) BIOGRAFÍAS BREVES

BEATA CRISTINA DE AQUILA
Virgen († 1543)

Nace en Colle di Lucoli el 24 de febrero de 1480, y se llamaba Matea Cicarelli. Mostró desde pequeña gran inclinación a la piedad, lo que se aumentó cuando a los once años de edad se pone bajo la dirección espiritual del Beato Vicente de Aquila. A los quince años logra su anhelo de consagrarse a Dios en la vida del claustro ingresando en las ermitañas agustinas de L'Aquila. Al profesar tomó el nombre de Cristina.

En el monasterio llevó una vida ejemplar, distinguiéndose por su perfecta obediencia y siendo una compañera llena de caridad para con las otras monjas, que empezaron a tenerla en especial estima. Ella, progresando cada día en la vida de oración, era favorecida por el Señor con éxtasis y con el carisma de milagros que se le atribuía. Por ello, en llegando la ocasión, las monjas la eligieron por priora. Llegó la fama de Cristina a la calle y eran innumerables las personas que se acercaban al locutorio del convento a consultar con ella y a recibir sus consejos. Escasa de salud, unía sus sufrimientos físicos a los dolores de Cristo en su pasión, de la que era singularmente devota.

Murió el 18 de enero del año 1543, perseverando su fama de santidad, que fue confirmada por la aprobación de su culto por el papa Gregorio XVI el 15 de enero de 1841.

BEATA MARÍA TERESA FASCE
Virgen († 1947)

Nace en Torrigia, en la región italiana de Liguria, el 27 de diciembre de 1881 y se llamaba originariamente María Juana. De su familia recibe el impulso religioso que ya de pequeña la hacía ser piadosa y recogida. En su adolescencia madura su vocación religiosa y deseaba precisamente ser religiosa agustina. Aunque había monasterios agustinos más cercanos ella decide entrar en el famoso monasterio de Santa Rita en Casia y así lo hace en 1906, consagrándose a Dios mediante los votos religiosos. Ele-

gida maestra de novicias primero, vicaria más tarde y priora en 1920, ya luego no hubo forma de que se eligiera otra, pues todo el tiempo de su vida las monjas la reeligieron una vez tras otra.

La M. María Teresa transformó el monasterio. Ante todo pidió que el cumplimiento de la regla fuese perfecto, pero, además, quiso hacer de él, y lo consiguió, un foco de espiritualidad mediante la difusión de la devoción y el culto a Santa Rita, para lo cual organizó numerosas acciones, siendo de relieve el nuevo templo y el orfanatorio, erigido en 1938, como gran obra de caridad. Llena de virtudes y alabada de todos murió en Casia en su monasterio el 18 de enero de 1947. Fue beatificada por el papa Juan Pablo II el 12 de octubre de 1997.

SAN JAIME HILARIO MANUEL BARBAL COSÁN

Religioso y mártir († 1937)

Nació en Enviny, diócesis de Urgel, el 2 de enero de 1898, y en el bautismo se le pusieron los nombres de Manuel Juan Daniel. Estudió con los paúles en Rialp y luego ingresó en el seminario donde estudió algunos años. Pero sintiéndose llamado a la vida religiosa, ingresó en la congregación de Hermanos de las Escuelas Cristianas, de San Juan B. de la Salle. Ingresó en el noviciado de Mollerusa en septiembre de 1916, pasando luego al llamado noviciado mayor y recibiendo con el hábito religioso el nombre de Jaime Hilario. Hizo el año de probación en Mollerusa y el 27 de julio de 1919 pudo emitir los votos religiosos.

El hermano Jaime Hilario fue un religioso ejemplar. Era amable, servicial, humilde y obediente, muy dado al estudio y la oración y un excelente profesor. Era devoto de la Eucaristía y de la Virgen María, a la que rezaba varios rosarios al día.

En 1926 fue enviado a Francia, concretamente al colegio de su congregación en Pibrac y allí emitió el 26 de agosto su profesión perpetua. Se le encomendó enseñar español y también catecismo, pero empezó a tener un problema: se estaba quedando sordo. Por ello se le encomendó la tarea del fomento de las vocaciones y más tarde la administración de un campo. Ocupaba sus ratos libres en escribir un comentario a las constituciones

de la congregación. Pese a su sordera, seguía participando en el coro del colegio.

En marzo de 1934 lo destinaron de nuevo a España, al pueblo de Calat, y se le encomendó la cocina, en lo que puso su mejor voluntad, y en diciembre de aquel mismo año se le envió a Cambrils, junto a Tarragona, con el oficio de hortelano. En todas partes admiró a todos por su sencillez y humildad y por la paciencia con que llevaba su deficiencia física y procuraba ser útil a la comunidad.

Llegado el 18 de julio de 1936 en que España quedó dividida en dos zonas de tan diferentes regímenes políticos, el Hno. Jaime quedó en la zona republicana, y en ella comenzaron a agravarse las dificultades que la Iglesia venía padeciendo desde la proclamación de la II República en 1931. Se generalizaron las quemas de iglesias y conventos, los asesinatos de sacerdotes y religiosos y la destrucción o cierre de todas las casas religiosas.

El Hno. Jaime Hilario fue detenido con otras personas en Mollerusa el día 24 de agosto de 1936 y llevado preso a Lérida, en cuya cárcel fue encerrado. Padeció no poco en su encierro y hubo de soportar repetidos interrogatorios, que su calidad de sordo hacía muy laboriosos. El religioso no perdió la tranquilidad de ánimo. El día 7 de diciembre de 1936 fue llevado al buque Mahón, surto en el puerto de Tarragona, y allí estuvo hasta el día 17 de enero de 1937 en que hubo de comparecer ante el Tribunal Militar de Tarragona. Se le acusó de actividades fascistas y de haber formado fascistas. A la propuesta de que no dijera que era religioso sino solamente hortelano, él contestaba que era religioso hortelano. Por ello no dudó en confesar ante el tribunal popular su condición de religioso. El tribunal lo condenó a muerte y confiscación de bienes. Conoció la sentencia con serenidad y paz interior. Y esa misma paz la mantuvo el día siguiente en la cárcel llamada Castillo de Pilatos, en la que junto con otros presos oró, cantó y adoró la sagrada Forma que uno de los presos pudo recibir de fuera. En una carta pidió que no lloraran por él, y que, condenado por ser religioso, recibía la sentencia con alegría y esperaba verlos a todos en el paraíso. En la oración y la paciencia se preparó para la muerte.

Ésta le fue infligida el día 18 de enero de 1937 en un suburbio de Tarragona poco después del mediodía. Puso las manos sobre el pecho, dirigió los ojos al cielo y aguantó la descarga de balas que cayeron sobre él y que acabaron con su vida terrena. El Señor lo recogió en su gloria. Así consta puesto que el papa Juan Pablo II lo canonizó el 21 de noviembre de 1999 junto con los mártires de Turón y es por ello el primer mártir de la guerra española que alcanza la canonización.

19 de enero

A) MARTIROLOGIO

1. En Esmirna (Asia), San Germánico († 167), mártir de Filadelfia, discípulo de San Policarpo.
2. En Espoleto (Umbría), San Ponciano (s. II), mártir.
3. En la Vía Cornelia, en el cementerio ad Nymphas, los santos Mario, Marta, Audifaz y Ábaco (s. IV), mártires.
4. San Macario el Grande, presbítero y abad del monasterio de Scete en Egipto († 390).
5. San Macario de Alejandría, presbítero y abad en el monte Scete en Egipto (s. V) **.
6. En Lodi (Liguria), San Basiano († 409), obispo.
7. En Como, las santas Librada y Faustina († 580), vírgenes, hermanas, fundadoras del monasterio de Santa Margarita.
8. En Cahors, San Launomaro († 593), abad y fundador del monasterio de Corbie.
9. En Rávena, San Juan († 595), obispo, a quien envió San Gregorio Magno su Regla pastoral *.
10. En Ruán, San Remigio († ca.765), obispo, hermano del rey Pipino *.
11. En Corfú (Grecia), San Arsenio (s. X), obispo.
12. En Sevilla (España), Beato Marcelo Spínola y Maestre († 1906), obispo y cardenal, fundador de la Congregación de Esclavas Concepcionistas del Divino Corazón **.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

SAN MACARIO DE ALEJANDRÍA

Anacoreta († ca.408)

Este insigne anacoreta del siglo IV es uno de los mejores ejemplos de la vida ascética, con la tendencia al retiro del mundo y apartamiento a la soledad, que tanto predominó en este tiempo. Además, constituye una excelente prueba del tránsito de la vida puramente solitaria a la de comunidad o cenobítica, que se fue imponiendo a fines del siglo IV y durante el siglo V. De él nos informa ampliamente, sobre todo, Paladio, en su *Historia lausíaca,* que es la más antigua y fidedigna historia del primer desarrollo del monacato.

Era originario de Alejandría, de donde se deriva el renombre con que es generalmente conocido; pero es denominado asimismo *el Joven,* en contraposición a San Macario de Egipto (15 de enero), llamado también *el Viejo,* aunque, a decir verdad, ambos son casi rigurosamente contemporáneos. Además, debe distinguírsele también de otros varios Macarios, célebres en los anales de la vida monástica, pues no puede olvidarse que la palabra griega *macarios* significa *feliz* o *bienaventurado.*

Así, pues, Macario de Alejandría, antes de entregarse a la vida de ascetismo cristiano, desempeñó hasta los cuarenta años el oficio de mercader de frutas o confitería, que dio pie, ya desde antiguo, a que sea considerado como patrono del ramo de los pasteleros. En la flor de la edad, cuando contaba cuarenta años, siguiendo la corriente ascética del tiempo, se retiró a la vida solitaria, donde perseveró con indomable constancia durante unos sesenta años, hasta su muerte. Ni la fecha de su nacimiento ni la de su muerte nos son conocidas, pero debió de nacer hacia el año 310 y morir hacia el 408, casi centenario.

Cuando se retiró a la soledad, a mediados del siglo IV, era el tiempo en que todo el Oriente, particularmente en los desiertos de Egipto, se hallaba en su máximo apogeo la vida anacorética. Más aún. Con San Antonio Abad había tomado cada vez más consistencia el género de vida de las comunidades de ermitaños, que vivían en sus celdas separadas, pero se juntaban para algunos ejercicios ascéticos y estaban bajo la dirección de algún

maestro señalado; y con San Pacomio se daba comienzo a una vida de estricto ascetismo, pero dentro de un lugar cerrado y bajo la obediencia de un superior y observancia de una regla. Es la vida cenobítica o de comunidad, que recibió su más pleno desarrollo en Oriente con las dos reglas de San Basilio, y en Occidente con las de San Agustín y de San Benito.

Según atestigua Paladio, Macario inició su vida solitaria en el desierto de Egipto. Tal vez se puso en un principio bajo la dirección de alguno de los maestros de más prestigio, para aprender de ellos el verdadero ascetismo cristiano. Tal vez se unió a una de las colonias que estaban bajo la dirección de San Antonio Abad († 356) o de algún otro de los maestros de la vida ascética que admitían discípulos. Tres eran los desiertos de Egipto, célebres por las grandes multitudes de solitarios, colonias de anacoretas y cenobios incipientes. El más alejado era el de la *Escitia,* en los límites de la Libia. Seguía el de las *Celdas* y de *Nitria,* que ocupaba grandes extensiones en la parte central. El tercero era el del *Bajo Egipto,* más próximo a Alejandría. Pues bien, consta que Macario recorrió estos diversos desiertos, pero que desarrolló definitivamente su vida ascética y llegó a ser un ejemplo y guía de anacoretas en la región de las *Celdas,* con una especie de colonias al estilo de las de San Antonio. Por el mismo tiempo, en el desierto de Escitia, desarrollaba una vida muy semejante y reunía en torno suyo gran número de discípulos Macario el Viejo. Ambos fueron verdaderas lumbreras del ascetismo cristiano de estos tiempos. Paladio nos refiere que, en los últimos años de la vida de Macario el Joven, estuvo con él en su cabaña y fue testigo de la vida que él y los demás discípulos llevaban. Por esto su testimonio es enteramente fidedigno.

La vida de Macario el Joven y de sus discípulos, conforme a la relación de Paladio, era de una austeridad extraordinaria. Cada anacoreta tenía su celda separada, donde vivía en la más absoluta soledad durante la semana; pero los sábados y domingos se reunían para los oficios divinos. Ocupábanse en la oración; observaban el más riguroso silencio; juntamente se ejercitaban en trabajos manuales, como el de tejer esteras o cosas semejantes, que les ayudaran a fomentar la contemplación y unión con Dios. En general, era admirable la alegría, buen espí-

ritu y aún la buena salud corporal de que disfrutaban aquellos solitarios, a pesar de que su comida se reducía a lo más frugal e indispensable para mantener la vida. Sanos de cuerpo y de alma, aquellos anacoretas, bien orientados por sus excelentes maestros, vivían sólo para Dios, a quien se habían consagrado por completo.

A esta vida de retiro absoluto del mundo, de oración y consagración a Dios, uníase la más estricta continencia, que constituyó desde un principio una parte sustancial del ascetismo cristiano, a lo cual se añadió una inmensa variedad de austeridades y penitencias, que a las veces rayaban en lo inverosímil. En todo ello fue San Macario a la cabeza, pero, según Paladio, sobresalía de un modo especial por sus austeridades, realizadas siempre con el más elevado espíritu de amor e imitación de Jesucristo en su pasión y con el ansia de reparación por el mundo, encenagado en toda clase de pecados.

Ciertamente estas austeridades parecerán exageradas y seguramente lo serían en nuestros días; pero son claro indicio del elevado espíritu de aquellas generaciones de ascetas y particularmente del extraordinario amor a Dios de San Macario. El mismo Paladio refiere el siguiente rasgo, claro índice del espíritu de mortificación de Macario y sus discípulos. Habiendo recibido Macario en cierta ocasión una cesta de uvas, la envió a un monje de la celda vecina, que se encontraba algo enfermo. Éste, movido a su vez por el espíritu de mortificación, la hizo llevar a otro monje; éste, con el mismo espíritu, a un tercero, y así fue pasando la cesta por todas las celdas; hasta que el último, no menos mortificado, la llevó al mismo maestro, Macario.

A todos los demás superaba Macario en la austeridad de vida, que llegó a hacerse proverbial entre los monjes del desierto Siete años seguidos se alimentó únicamente de plantas y algunos granos, y durante los tres siguientes se limitaba a cuatro o cinco onzas de pan diarias y un poco de agua. Impulsado por la misma ansia de mortificación, ejercitábase en largas vigilias, y para que no lo rindiera el sueño, se mantenía fuera de su cabaña, quemado por el sol durante el día y transido de frío por la noche. Dios le había dado un cuerpo especialmente apto para

soportar las más duras maceraciones y sacrificios, por lo cual, movido siempre del ansia de agradar a Dios, trataba de imitar cualquier ejercicio espiritual que veía u oía de otros solitarios.

Es interesante lo que se refiere acerca de su estancia en el célebre monasterio de Tabennis, donde moraba San Pacomio con gran número de monjes. En efecto, atraído Macario por la fama de santidad y austeridad de vida de este monasterio, dirigióse a él hacia el año 394, disfrazado de campesino, y suplicó a Pacomio su admisión entre los monjes. Éste le respondió que le parecía demasiado avanzado en edad para poderse acostumbrar a sus ayunos y vigilias. Pero, ante su insistencia, lo dejó siete días enteros a la puerta del monasterio, donde permaneció Macario sin probar ningún alimento. Entonces Pacomio le permitió ingresar en el claustro; pero, empezando entonces la Cuaresma, todos los monjes la observaban con el más riguroso ayuno y extraordinarias penitencias a la medida de sus fuerzas. Unos ayunaban uno, otros dos, tres o cuatro días por semana; unos estaban todo el día en pie y únicamente se sentaban durante las horas de trabajo. Macario, por su parte, se mantuvo en su rincón entregado a su trabajo y observando durante los cuarenta días el más riguroso ayuno, sin comer más que unas hojas de col cada domingo. A la vista de tan rigurosa austeridad, los monjes acudieron durante la Pascua a su maestro Pacomio y le suplicaron no permitiera aquellos rigores que pudieran ser perjudiciales a toda la comunidad, pues los monjes querrían imitarlos y se consumirían de inanición. Pacomio se puso entonces en oración para poder determinar lo que debía hacerse en un caso tan sorprendente de austeridad y fervor religioso, y Dios le dio a entender que aquel hombre desconocido era Macario, cuya fama de santidad le era bien conocida. Entonces lo abrazó con el mayor fervor, le dio las gracias por la edificación que había dado a su monasterio y se despidió de él suplicándole rogara por sus monjes.

Todos estos detalles han sido transmitidos por Paladio, testigo de la santa vida de Macario y sus discípulos, y ciertamente, aun concediendo que pudiera haber algo de exageración, debida al entusiasmo del biógrafo, indica con toda evidencia el espíritu de santa emulación de aquellos monjes del desierto en la

oración y penitencia. El mismo Paladio atestigua igualmente cómo Macario tuvo que luchar contra las persistentes tentaciones del demonio, lo cual nos lo presenta bajo un aspecto más humano y semejante a nosotros, que tanto debemos luchar contra las continuas asechanzas del enemigo. Así, en cierta ocasión, sugirióle éste la idea de abandonar el desierto, con el pretexto de que sería de más servicio y gloria de Dios dirigirse a Roma y entregarse al cuidado de los enfermos en los hospitales. Pero él, descubriendo en ello una falacia del enemigo para hacerle abandonar aquella vida de oración y penitencia, arrojóse al suelo de su celda, mientras gritaba: «Sacadme de aquí por la fuerza, si es que podéis; pues yo os aseguro que espontáneamente yo no marcharé de aquí». Mas, como fueran cada vez más persistentes las acometidas del demonio, llenó de arena una espuerta, la cargó sobre sus espaldas y andaba con esta carga por el desierto. Viéndole, pues, de esta forma un monje, trató de ayudarle, pero él le dijo: «No, no; porque estoy atormentando a este cuerpo, que tanto me atormenta a mí».

Por otra parte, de las indicaciones de su biógrafo deducimos que luchaba igualmente contra las tentaciones de vanidad y amor propio, que tanto dan que hacer a las almas espirituales. En efecto, refiere Paladio que algunas veces, encontrándose a la puerta de la celda de Macario, oía que hablaba en el interior increpándose a sí mismo con estas palabras: «¿Qué quieres, viejo malvado? Has tomado ya una porción de aceite y vino. ¿Qué más quieres, glotón de cabellos blancos?». Otras veces dirigía duros improperios al diablo, diciéndole: «¿Es que te soy deudor de alguna cosa? ¿Qué tienes que ver conmigo? Márchate lejos de mí».

En medio de una vida de tanta austeridad, y gozando de tanta intimidad con Dios, consta que tenía un atractivo tan grande entre los demás solitarios del desierto, que eran innumerables los que vivían cerca de él y se ponían bajo su dirección espiritual. Su espíritu verdaderamente paternal y la solidez espiritual de la dirección que daba a sus discípulos, aparece claramente en esta anécdota:

> Desalentado en cierta ocasion uno de sus discípulos, viendo su poco aprovechamiento espiritual, acudio a desahogarse con su maestro Macario Este le respondio «No te entretengas nunca con

esta tentación y respóndete a ti mismo: mi amor a Jesús me obliga a perseverar aquí hasta el fin; estoy decidido a permanecer en esta celda, aunque sólo sea para darle gusto a Él y cumplir su voluntad».

De la misma suavidad de su trato y de la alegría espiritual que irradiaba en torno suyo, es buen testimonio el hecho siguiente, referido por los historiadores, que, aunque tal vez pertenezca al mundo de las leyendas, es indudablemente el mejor símbolo del atractivo humano de la virtud de Macario. En efecto, atravesando el Nilo en cierta ocasión junto con el otro Macario (el Viejo), cruzáronse con un grupo de oficiales del ejército, los cuales, vivamente impresionados por el porte alegre y la felicidad que respiraban ambos anacoretas, decían los unos a los otros: «Es curioso cómo estos hombres son tan felices en medio de su pobreza». Oyendo esta expresión Macario de Alejandría, cuéntase que repuso: «Tienes razón al calificarnos de hombres felices, pues en verdad así lo atestigua nuestro nombre (Macario, palabra griega, significa *feliz).* Pues, si nosotros somos felices porque despreciamos el mundo, ¿no es justo que os consideréis vosotros como miserables por ser sus servidores?». El mismo relato añade que estas palabras, unidas al ejemplo de los dos solitarios, produjeron tal efecto en el jefe de aquel grupo, que volvió a su casa, distribuyó todo lo que poseía entre los pobres, y se hizo ermitaño.

Para que el ejemplo de su vida fuera más humano y más completo, Dios permitió que fuera víctima de persecuciones y aun calumnias. Éstas llegaron a tal extremo, que por algún tiempo se vio forzado a abandonar su celda y fue desterrado por la fe católica, por obra de Lucio, patriarca arriano de Alejandría. Más aún. Dios permitió igualmente fuera su alma probada con la mayor oscuridad espiritual. Efectivamente, movido de su ansia de contemplación, refiere Paladio que se encerró dentro de su celda con el propósito de permanecer en ella cinco días seguidos. Los dos primeros días se sintió inundado de dulzura celestial; pero al tercero se sintió acometido de tal turbación y guerra del enemigo, que se vio obligado a volver a su vida normal. Por esto observaba él a sus discípulos que Dios se retira en ciertas ocasiones, para que los hombres experimenten su propia debilidad y reconozcan que la vida es una lucha.

No es, pues, de maravillar que con una vida tan santa recibiera de Dios la gracia especial de hacer milagros. Tal vez algunos de los que se le atribuyen entren en el campo de la leyenda, pero ciertamente constituyen excelentes lecciones prácticas de su vida, profundamente ascética. Refiere Paladio, como testigo ocular, que un sacerdote, con la cabeza atormentada por una llaga cancerosa, acudió a la celda de Macario, pero éste, en un principio, se resistió porfiadamente a admitirlo y ni siquiera quería darle ninguna respuesta, pues había entendido en la oración que todo aquello era castigo de un pecado de la carne. Paladio mismo, sin sospechar nada de esto, insistió con Macario para que se compadeciera de aquel desgraciado, hasta que, al fin, lo consiguió. Macario acudió al enfermo y ante su sincero arrepentimiento, le otorgó el perdón.

Respecto de su muerte, Tillemont señala el año 394, pero es más probable que tuviera lugar hacia el 408, pues se sabe que murió contando unos cien años de edad y que nació a principios del siglo IV. Algunos le han atribuido una regla para los monjes. Tal vez se puede relacionar con esta regla lo que San Jerónimo copia en su carta a Rústico. Por otra parte, el bien conocido *Codex regularum* de San Benito de Aniano presenta una regla con el nombre de los dos Macarios, Serapión, Pafnucio de Escitia, Serapión de Arsinoe, etc. En el desierto de Nitria se mantuvo durante varias centurias un monasterio que lleva el título de San Macario. Su culto se introdujo en Oriente ya en la antigüedad.

BERNARDINO LLORCA, SI

Bibliografía

Act. SS. Boll., Ian., día 2.
AMELINEAU, É, en *Col. Annales du Musée Guimet* (París) t XXV p.235s
Codex Regularum, ed. PL 103.
MENARD, H. (ed.), *Concordia regularum* (París 1638).
PALLADIUS, *Historia lausiaca* (Lugduni 1616) c.18
SCHIEWIETZ, *Morgenlandische Monchtu.* I. *Das Ascetentum der drei ersten christl Jahrhunderte und das egyptische Monchtum im vierten Jahrhundert* (Maguncia 1904) 104s

BEATO MARCELO SPÍNOLA Y MAESTRE
Obispo († 1906)

Nació el 4 de enero de 1835 en San Fernando (Cádiz), siendo hijo de don Juan Spínola y Osorno y doña Antonia Maestre y Osorno, marqueses de Spínola, padres de ocho hijos de los que sólo sobrevivieron cuatro, recibiendo las aguas bautismales al día siguiente.

Con la ayuda de un preceptor aprendió a leer y escribir en su propia familia, frecuentando entre los 8-10 años un colegio regido por sacerdotes. Siguiendo los destinos de su padre estudió en Cádiz, Motril y Granada, matriculándose en la Universidad de Valencia en la Facultad de Derecho, figurando en todos los cursos con notas excelentes. En la Universidad de Sevilla obtuvo el título de abogado en 1856 con calificaciones extraordinarias, abriendo un despacho en Huelva al ser destinado su padre como comandante del puerto de dicha ciudad. Por su entregada honradez a los trabajadores pobres fue conocido coloquialmente como el «abogado de los pobres».

Dos años más tarde se decidió por el estado eclesiástico iniciando los estudios teológicos, al término de los cuales recibió el presbiterado de manos del obispo don Luis de la Lastra en la capilla del arzobispado hispalense, el día 21 de mayo de 1864. Su primer cargo pastoral fue el de capellán de la Iglesia de la Merced de Sanlúcar de Barrameda (Cádiz), donde se entrega durante varias horas al confesionario, visita a los enfermos, ayuda a los necesitados y predica asiduamente.

En 1871 recibió el curato de San Lorenzo de Sevilla en donde continuó sus prácticas pastorales, siendo numerosos los penitentes que acudían a confesarse con él. Atendió con exquisito tacto las famosas cofradías sevillanas de Jesús del Gran Poder y de la Virgen de la Soledad, impulsando con gran celo la participación de los seglares. Este mismo año tuvo lugar el encuentro en el confesionario con una gran mujer llena del amor de Dios, Celia Méndez, marquesa viuda de Puebla de Obando, a quien escuchó con el corazón abrasado de amor de Dios. De este providencial encuentro sacramental surgió, años después, un nuevo instituto de vida consagrada, las Esclavas

del Divino Corazón, dedicadas a la instrucción catequética y humana de las jóvenes.

El arzobispo Lluch y Garriga le nombró arcipreste de Sevilla y de 25 pueblos de la diócesis, y poco después, canónigo de la catedral hispalense, confesando en la iglesia de la Magdalena y predicando en cualquier punto de la diócesis donde se le llamaba. En febrero de 1881 fue consagrado obispo auxiliar de Sevilla, efectuando la visita pastoral de una diócesis que actualmente se halla repartida en cinco diócesis a pie o a caballo, a pesar de soportar una molesta dolencia que sufría en silencio. Atendió con amable disposición a sacerdotes, religiosos y seglares, pero especialmente, a los pobres, dando ejemplo admirable de sacrificio, incluso en circunstancias personales muy amargas.

Tomó posesión de la diócesis de Coria en 1885, recorriendo todos sus pueblos, deteniéndose, especialmente, en la desgraciadamente célebre región de Las Hurdes. «El Señor levanta a unos para que brillen e iluminen, y a otros para humillarlos [...] así me sacrificaré por la Iglesia y por el Papa».

La epidemia de cólera de 1885 abrió su corazón y puso a prueba su heroica caridad; por tan manifiestos desvelos el Gobierno le concedió la gran cruz de Isabel la Católica.

El 26 de julio de 1885 procedió a la fundación del Instituto de Esclavas del Divino Corazón, tomando el hábito tres meses más tarde, junto con diez postulantes, doña Celia Méndez y Delgado, marquesa de la Puebla, que tomó el nombre de madre Teresa. Su traslado como obispo a Málaga, y diez años más tarde, a la sede sevillana, motivaron el traslado de las religiosas a Puente Genil y el noviciado a Sevilla, lo cual dio pabulo a groseras infamias y acusaciones que no lograron alterar los planes de Dios, «pues entiendo que ni las persecuciones de los malos ni los miedos de los buenos deben hacernos abandonar la obra de Dios». Redactó las Constituciones, que fueron confirmadas definitivamente el 5 de mayo de 1909.

En 1886 fue nombrado Obispo de Málaga, ejemplo de las injustas desigualdades sociales con amplio malestar en sus barrios y destacada indiferencia religiosa. Se dedico a la cuestión obrera, pues como reconocía, «los obreros discuten los derechos de que se creen asistidos, y al intentarlo vuelven los

ojos irritados, apresurándose a reivindicarlos, contra la Iglesia». Monta un servicio de comidas gratuitas para paliar el hambre con 2.000 raciones diarias y crea los Círculos Obreros para dar formación humana y religiosa a los trabajadores.

El 15 de febrero de 1891 fue nombrado Senador del Reino, demostrando un espíritu ecuánime e independiente, ajeno a enfrentamientos partidistas: «Era bajito, menudo, muy poquita cosa —que diría nuestro pueblo—, ante él se sentía aquello que juzgamos extraordinario y santo».

Fue uno de los promotores de la Asociación de la Buena Prensa. El 1 de febrero de 1899 y con la eficaz ayuda de un grupo de expertos colaboradores funda *El Correo de Andalucía,* un diario sevillano que obtuvo un gran éxito; escribió numerosos textos contra las calumnias de la prensa sectaria, combatiendo el error y la política antireligiosa: «Por lo que a mí toca, no sé más que callar y aguantar lo que venga».

El 17 de febrero de 1902 tuvo lugar la aprobación pontificia de la Congregación de Esclavas del Divino Corazón.

Promovió la Coronación canónica de Nuestra Señora de los Reyes, siendo la primera imagen de la Virgen que recibió este homenaje en tierras andaluzas. El 13 de marzo de 1904 el Cabildo de la Basílica Vaticana concedió que dicha imagen fuera coronada con corona de oro, en el primer año del pontificado de San Pío X. Considerada esta devota imagen como patrona de Sevilla a efectos canónicos, Pío XII la proclamaría patrona de la ciudad de Sevilla y de su archidiócesis en 1946. Después de un triduo preparatorio el 4 de diciembre de 1904 y en el trascoro de la catedral sevillana, el cardenal Sancha, arzobispo primado de Toledo, impuso las coronas a la Virgen de los Reyes y al divino Infante, por deferencia del prelado Spínola.

> «Algunos claman que la humildad es apocamiento de corazón. Cada santo tuvo su don, su virtud, por pía y peculiar; pero no ha habido ninguno que no haya sido humilde».

En 1905 ciertos sectores de Sevilla y de Andalucía Oriental sufren casi un año de espantosa sequía. En agosto se abre una colecta; don Marcelo manda crear en cada pueblo una junta para recaudar fondos, establece cocinas económicas y sale, él mismo, a pedir limosna. Tiene 70 años, y recorre a pie durante

seis días consecutivos las calles de Sevilla, abrasado por el sol el «arzobispo santo y padre de los pobres»:

> «Nos hallamos bajo el peso de una inmensa desventura [...] experimentan los horrores del hambre. No nos cansemos ni los unos de dar, ni de trabajar los otros. Si es necesario, muramos en esta hermosa tarea».

El 11 de diciembre de 1905 San Pío X lo crea cardenal, honor que no pudo recibir, pues falleció el 19 de enero de 1906, siendo sepultado el 22 de enero en la cripta de la iglesia del Sagrario de la Catedral de Sevilla.

En enero de 1913 sus restos fueron trasladados a la capilla de los Dolores del templo catedralicio.

La causa de canonización fue introducida el 19 de febrero de 1956. El 24 de marzo de 1983 la Congregación de los Cardenales confirmó la validez de los procesos, declarando solemnemente Juan Pablo *II* el *24* de septiembre de *1983* las virtudes heroicas del siervo de Dios, y el 29 de marzo de 1987 lo proclamó Beato en la Basílica Vaticana.

El milagro para la beatificación

La relación de la consulta médica sobre la «Positio super miraculo» tuvo lugar el 5 de marzo de 1986, para examinar la curación de sor María de la Encarnación Sánchez Molina, religiosa de las Esclavas del Divino Corazón.

En 1940 fue operada de fibromatosis istero-ovario uterina. Tres meses después, el 26 de noviembre de 1940, presenta una tumefacción en el pecho izquierdo que fue diagnosticada como un tumor maligno, debiendo operarse el 9 de diciembre. La religiosa comenzó una novena al padre fundador pidiendo su curación. En los primeros días la sintomatología dolorosa se hizo más intensa, pero el 7 de diciembre comenzaron a remitir los dolores, de manera imprevista y completa. En la mañana del día siguiente tiene la sensación de haber curado. Examinada por el médico declaró que la curación era perfecta. La religiosa vivió aún 26 años, falleciendo en Montilla en 1966. La conclusión de

los dos peritos-médicos, es que la curación fue rápida, completa y definitiva, no pudiendo explicarse científicamente.

ANDRÉS DE SALES FERRI CHULIO

Bibliografía

AAS 81 (1989) 813-816.
Index ac status causarum, o.c., 503.
JAVIERRE, J. M., *Don Marcelo de Sevilla* (Barcelona 1963; ²1992).
Martyrologium romanum, o.c., 101.
L'Osservatore Romano (ed. en español) (29 y 30-3-1987).
RESCH, A., *Miracoli dei Beati. 1983-1990* (Roma 1999) 198-204.
RUIZ SÁNCHEZ, J.-L., *Beato Marcelo Spínola y Maestre, Cardenal arzobispo de Sevilla* (Sevilla 2002).
SOBRINO, J. A., SI, *El Venerable Spínola. Perfil y espíritu* (Madrid 1984).

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SAN JUAN DE RÁVENA
Obispo († 595)

El nuevo *Martirologio romano* señala la memoria de este santo el día 19 de enero, sin duda para acomodarse al calendario de la iglesia de Rávena que lo celebraba este día. Este santo era romano y en la Ciudad Eterna había recibido su cultura y educación, pero cuando llegó a arzobispo de Rávena salió decididamente por los que creía derechos de su sede, no dudando en enfrentarse con el papa. Su elección a la sede de Rávena fue el 30 noviembre 578.

De él son sobresalientes varias cosas: en primer lugar, que cuando supo que San Gregorio Magno había intentado huir para evitar ser elegido obispo de Roma, le puso una carta señalándole la obligación de aceptar los cargos eclesiásticos como servicios al pueblo de Dios, y a esa carta respondió San Gregorio escribiendo la llamada *Regla pastoral,* admirable escrito en que el Santo Doctor subraya las gravísimas obligaciones del pastor de almas y de esta forma contestaba que él, al rehuir el episcopado, lo que rehuía era una carga gravísima. San Gregorio no duda en llamar santísimo al obispo de Rávena y no dejará de señalar su paternal cuidado de los fieles en tiempos de gue-

rra. El Papa, además, le manifestó su confianza encargándole la vigilancia de las sufragáneas romanas que por causa de la guerra de los longobardos no podían comunicarse con Roma. Fue también sobresaliente en este obispo su decidida oposición al tema de los tres capítulos, acordado en el llamado Concilio Trulano, y que Occidente tardó tanto en digerir.

La buena amistad entre Juan y el papa Gregorio se entibió a raíz del año 593, cuando Juan pretendió tener en cuanto obispo de Rávena una serie de privilegios que el Papa no daba por legítimos. San Gregorio no dudó en calificar de avariciosa la conducta de Juan.

Este obispo completó la construcción de la basílica de San Severo in Classe y la dedicó solemnísimamente en la fiesta de Pentecostés. También construyó el monasterio de San Marcos, cuyos monjes servían la basílica de San Apolinar in Classe.

No falta quien diga que si en Rávena lo tuvieron por santo no fue a pesar de su polémica con el Papa sino a causa de ella, es decir, como defensor intrépido de los privilegios de Rávena. Murió el año 595 el día 19 de enero. No debe ser confundido con su antecesor Juan, que vivió en el siglo V en tiempos de Atila.

SAN REMIGIO DE RUÁN

Obispo († ca.765)

Era hijo natural de Carlos Martel y hermano, por tanto, de Pipino el Breve. No se sabe mucho sobre su vida con anterioridad a su elección para la sede de Ruán, efectuada en el año 755, es decir, cuando ya su hermano llevaba cuatro años de rey. Pero se cuenta de él que su hermano lo había enviado a Fleury-sur-Loire a recoger las reliquias de San Benito y llevarlas de nuevo a Montecassino, pero se dice que había quedado ciego al abrir la caja donde se guardaban las reliquias y que fueron las oraciones del abad las que le devolvieron la vista.

Es sabido que Pipino lo utilizó en 760 como embajador suyo ante el rey de los longobardos, Desiderio, para que éste se aviniera a restituir a la Iglesia romana tierras que la había arre-

batado. El papa San Pablo I dio las gracias a Pipino por este buen oficio y llama a Remigio persona amable a Dios.

Amante de la sagrada liturgia, tenía mucho interés en la introducción en su iglesia del canto gregoriano, y para ello se trajo de Roma al maestro de coro Simeón, y cuando éste hubo de volver a Roma, envió a la Ciudad Eterna a varios monjes que se impusieran bien en el canto gregoriano. Se dice que Remigio influyó en la extensión por Francia del rito y del canto litúrgico romanos.

Asistió a la celebración del Sínodo de Attigny el año 765.

Remigio tenía fama de santo entre sus diocesanos, que alababan de él sus virtudes y celo sacerdotal, y por ello muy poco después de su muerte, el 19 de enero de 772, comenzó a tener culto como tal santo. Su cuerpo fue trasladado un siglo más tarde a Soissons, al parecer a causa de las invasiones normandas, pero en el año 1090 fueron devueltos sus restos a Ruán, y cuando los hugonotes tomaron la ciudad en 1562 echaron sus reliquias a una hoguera.

20 de enero

A) MARTIROLOGIO

1. En Roma, en la Via Apia, en el cementerio de Calixto, la deposición de San Fabián († 250), papa y mártir *.
2. Igualmente en Roma, en las catacumbas, la deposición de San Sebastián, mártir (comienzos del s. IV) **.
3. En Antínoo (Tebaida), San Ascla o Askala (s. IV), mártir.
4. En Nicea (Bitinia), San Neófito (s. IV), mártir.
5. En Palestina, San Eutimio († 473), presbítero y abad.
6. En Worcester (Inglaterra), San Vulstano († 1095), obispo y antes monje, que se opuso a la venta de esclavos *.
7. En Coltiboni (Toscana), Beato Benito Ricasoli († 1107), monje y ermitaño de la congregación de Valleumbrosa.
8. En Finlandia, San Enrique († 1160), obispo y mártir, apóstol del país *.
9. En Messina (Sicilia), Santa Eustoquio Calafato († 1491), virgen, abadesa y reformadora clarisa *.

10 En Seul (Corea), San Esteban Min Kukka († 1840), catequista y martir *

11 En Leicester (Inglaterra), el tránsito de Beato Cipriano Miguel Iwene Tansi († 1964), presbítero, de la Orden Cisterciense **

B) BIOGRAFIAS EXTENSAS

SAN SEBASTIÁN

Soldado y martir († ca 304)

Después de la persecución de Valeriano, el emperador Galieno, su sucesor, dirigió un rescripto a los obispos por el que les permitía reanudar el culto cristiano y ocupar las iglesias que unos años antes les habían sido confiscadas. Los emperadores siguientes respetaron aquel rescripto y el cristianismo gozó de un largo período de paz. Si se dieron casos de persecución en provincias, ello fue debido más al celo intempestivo de algún prefecto que a la voluntad expresa del emperador.

Durante los años que transcurrieron del 260 hasta rayar el siglo IV, la Iglesia completó la organización por todo el Imperio y afianzó su prestigio. Había muchos cristianos en todas partes, llegando a ser mayoría en algunas ciudades de Asia Menor. Los había entre los funcionarios públicos, entre los cargos palatinos y en la milicia. Fue preciso edificar nuevos templos espaciosos, pues los locales construidos en el decurso del siglo III no bastaban para atender a la multitud de fieles. Quedaba muy lejos el tiempo aquel en que los cristianos eran mal vistos y acusados de los peores crímenes.

Los cristianos podían pensar que había llegado el momento de su triunfo sin nuevas pruebas. Mas, contra todas las previsiones, se presentó una nueva persecución; la más cruel y duradera de todas. El historiador Eusebio nos explica por qué la Providencia permitió una prueba tan dura. Eusebio vivió aquellos hechos y sus palabras nos dan la clave de otras persecuciones habidas en la larga historia de la Iglesia.

> «Como comenzasemos a abandonarnos en la negligencia y desidia —confiesa humildemente— debido al mal uso de tantos años de libertad, y unos a tener envidia y criticar a otros, como nos hicieramos nosotros mismos mutua guerra, hiriéndonos de pala-

> bra a modo de armas y lanzas; como los prelados luchasen contra prelados y pueblos contra pueblos, levantando revueltas y tumultos; finalmente, como imperase el fraude y el engaño hasta el ápice de la malicia, entonces la divina Justicia empezó a amonestarnos primero con brazo suave, como acostumbra, casi sin sentir, y moderadamente, sin tocar aún al cuerpo general de la Iglesia y pudiéndose reunir todavía las multitudes de fieles libremente; la persecución estalló en sus comienzos por los que ejercían la milicia».

Sucedía eso a fines del siglo III. El Imperio era gobernado por Diocleciano, hombre inteligente pero escéptico, en Oriente. Italia y todo el Occidente estaba en manos del emperador Maximiano, vanidoso e inculto. Fue éste el primero que emprendió la depuración de elementos cristianos en sus tropas. A los oficiales se les degradaba de momento; los veteranos eran echados ignominiosamente del ejército. Han llegado hasta nosotros los nombres de varios mártires pertenecientes a la milicia: Maximiano en Tebaste, Víctor en Marsella, Marcelo en Tánger, el veterano Julio en Mesia, Emeterio y Celedonio en Calahorra. Pero el más ilustre de todos fue, sin duda alguna, San Sebastián, en Roma.

Se conservan los restos de San Sebastián, así como la catacumba en donde fue sepultado, con el lugar del sepulcro. Hay noticia de su culto, antiguo y nunca interrumpido. En cambio, no poseemos ningún relato contemporáneo de su martirio. La «pasión» o relato del martirio fue escrita un par de siglos más tarde y, aunque verídica en lo sustancial, es dudosa en ciertos detalles y contraria en algunos hechos históricos conocidos. Mas, como se trata del único documento que relata el martirio del Santo, en él han debido de apoyarse los hagiógrafos posteriores.

Sebastián, hijo de padre militar y noble, era oriundo de Narbona, pero creció y fue educado en Milán. De muy joven emprendió la carrera militar y llegó a capitán de la primera cohorte de la guardia pretoriana, cargo que sólo se daba a personas ilustres. Era respetado por todos y apreciado por el emperador. Lo que ignoraba éste es que Sebastián fuera cristiano de corazón. El noble capitán cumplía con disciplina, pero no tomaba parte en los sacrificios a los dioses ni en otros actos que fueran de idolatría. No exteriorizaba su fe íntima; aunque se valía de su posición privilegiada para ejercer el apostolado seglar entre los

compañeros de milicia y en ayudar ocultamente a los cristianos. Visitaba a los encarcelados por causa de Cristo, alentaba a los débiles y abatidos, daba ánimo a los que padecían tormento Según la «pasión», intervino de un modo especial en sostener la fe de dos caballeros romanos, Marco y Marceliano, hermanos mártires, cuyo sepulcro fue identificado a principios del presente siglo cerca de la catacumba de San Sebastián.

La conducta de San Sebastián no era de cobardía, sino de cautela, y estaba de acuerdo con lo que, en distintas ocasiones, habían exhortado los prelados. El martirio se podía pedir a Dios, pero no se debía provocar, pues eso hubiera sido tentar a Dios, obligándole a conceder unas gracias especialísimas fuera de lo ordinario. El proceder de Sebastián fue, pues, el de simultanear, mientras pudo, el cargo de soldado del emperador pagano con el otro cargo de soldado de Cristo.

Esta situación duró hasta el día en que llegó la denuncia, en parte temida y en parte deseada, y se enteró el emperador. Maximiano le hizo comparecer a su presencia, reprochó su conducta y le colocó en la disyuntiva de abandonar su religión o perder el honroso cargo. Sebastián tuvo que escoger entonces una de las dos milicias. Como pudo más la convicción y su conciencia que la posición encumbrada y el bienestar material, escogió a Cristo. No soportó el emperador aquel desaire y le amenazó con la muerte. Pero Sebastián sentía por todo su ser la gracia sacramental de la confirmación que le empujaba al martirio y no dio el brazo a torcer. En vista de ello, Maximiano le condenó, sin más dilación, a morir asaeteado. Los sagitarios se lo llevaron al estadio del Palatino, desnudo lo ataron a un poste y lanzaron sobre él una lluvia de flechas. Luego se retiraron indiferentes, dejando el cuerpo erizado y dándolo por muerto.

Mas no fue así. Sus íntimos, que estaban al acecho, fueron allí y, encontrándolo vivo aún, lo desataron y se hicieron con él. La «pasión» nos ha conservado el nombre de la santa matrona que lo escondió en su propia casa y le curó las heridas. Se llamaba Irene, y en los catálogos antiguos su nombre se encuentra entre los santos del día 22 de enero.

Pasado un tiempo, Sebastián quedó completamente restablecido. Sus íntimos le aconsejaban que se ausentara de Roma,

mas él, que ya se había encariñado con la idea del martirio, en vez de esconderse se presentó un buen día ante el emperador y le pidió, con singular entereza, que dejara ya de perseguir a los cristianos. Maximiano, salido que hubo de su asombro, pues lo creía muerto, no se dejó ablandar, antes al contrario, enojado por todo aquello, le mandó azotar horriblemente hasta morir. Luego los soldados echaron el cuerpo en un albañal inmundo. Mas los cristianos fueron de noche, lo recogieron y enterraron en un cementerio subterráneo de la Via Apia.

Esta catacumba, que hoy lleva el nombre de San Sebastián, se halla a poco más de dos kilómetros de las antiguas murallas que circundaban la urbe. Durante el siglo IV, cuando la Iglesia pudo desenvolverse con toda libertad, se erigió una pequeña iglesia subterránea en el lugar de la tumba. En la parte superior edificaron, por el mismo tiempo, otra basílica de mayores proporciones, dedicada a San Pedro y San Pablo, pues desde el siglo anterior se venía dando culto a los dos apóstoles en aquella catacumba. Esta basílica cambió de nombre en el siglo IX y lleva desde entonces el del mártir Sebastián. Para el visitante de hoy, la iglesia ofrece un aspecto moderno, pero debajo de las molduras y estucos barrocos está la estructura romana del siglo IV. La estatua de San Sebastián que preside el altar, obra de Giorgetti, es muy venerada por el pueblo romano. Cerca del lugar del martirio, en el Palatino, hay otra iglesia dedicada al santo mártir.

El culto a San Sebastián como protector contra la peste data de muy antiguo. En el año 680, la ciudad de Roma estaba infectada de este mal. Entonces erigieron un altar con la imagen del Santo en la basílica de San Pedro. La gente fue a invocarle y, según rezan las crónicas, la peste cesó al punto. El hecho se divulgó rápidamente y desde entonces es invocado en todas partes. En España son innumerables las ermitas y capillas dedicadas en honor suyo y son muy pocas las parroquias rurales que no tengan el altar de San Sebastián. Tan sólo en Cataluña tiene 61 iglesias dedicadas. También data de muy antiguo en los anales de la Iglesia el invocar a San Sebastián contra los enemigos de la religión junto con otros dos santos caballeros, San Mauricio y San Jorge.

En el cielo está con doble aureola de mártir, pues padeció doble martirio, que si el segundo le quitó la vida, le bastara el

primero a quitársela de no haberlo dispuesto Dios de otro modo, para mayor gloria del Santo y ejemplo de los cristianos pusilánimes.

JUAN FERRANDO ROIG

Bibliografía

Act SS Boll, Ian, dia 20 PL 17,10 21s
CHERAMY, M, *Saint Sebastien-hors-les-Murs* (Paris 1925)
DELEHAYE, H, *Les origines du culte des martyrs*, passim
— en *Enzycl Britan*
— en *Anal Boll* 28 (1909) 489s
LÖFFLER, C, en *Cath Encycl*, XIII
MINOCCHI, S, *Il martyrio di S Sebastiano* (1911)
TILLEMONT, L S DE, *Memoires pour servir a l'histoire ecclesiastique des six premiers siecles* IV (Venecia 1732) 515s

BEATO CIPRIANO MIGUEL IWENE TANSI

Presbítero († 1964)

Nació en Nigeria en 1903, en la aldea Igboezunu cerca de la antigua Aguleri, hoy día territorio de la diócesis de Onitsha. Sus padres, Tabansi y Ejikwevi, eran paganos de la tribu de los Igbo y vivían modestamente de la agricultura. Quisieron una educación mejor para su hijo y a los seis años lo enviaron al «poblado cristiano» de Nduka donde había una escuela regentada por misioneros irlandeses. En la escuela fue instruido y ganado para la fe cristiana de modo que a los 9 años, en 1912, fue bautizado imponiéndosele el nombre de Miguel. Poco más tarde fue confirmado y desde su iniciación cristiana procuró con fervor participar frecuentemente en la comunión eucarística.

En la escuela donde se educaba e instruía dio siempre muestras de cooperación en toda clase de labores agrícolas y domésticas. Al crecer se mostró siempre joven aplicado, pleno de buenas cualidades y piedad cristiana. Desde pequeño se le vio siempre bien dispuesto en saber y querer ayudar a su prójimo por lo que siempre tuvo gran ascendiente entre sus compañeros. Finalizó sus estudios con el diploma de maestro a los 16 años siendo destinado a una escuela de Aguleri, y después a la capital Onitsha. En 1923 fue nombrado director de la escuela de Aguleri, siendo admirado por todos por su idoneidad, serie-

dad y sencillez. El tiempo que pasaba fuera del colegio lo dedicaba a las labores caseras, al estudio y sobre todo en la oración y en la enseñanza de la doctrina cristiana.

En 1925, a sus 22 años, sintió que el Señor le llamaba al sacerdocio. Su párroco estaba de acuerdo y le animó en su vocación pero tuvo mucho que sufrir por parte de su familia que no veía ni comprendía su vocación. No obstante esas dificultades, ingresó en el Seminario de Igbo, donde cursó sus estudios de forma fructífera y en constante fidelidad a la llamada de Dios. Por fin el día 19 de diciembre de 1937 pudo ser ordenado sacerdote por su obispo Mons. Charles Heerey, siendo el segundo sacerdote indígena de la diócesis de Onitsha y el primero de la región de Aguleri; el obispo le designó como vicario de la Parroquia de Nnewi (1937-1939) y más tarde como párroco de Dunukofia (1939-1945), Akpu (1945-1949) y finalmente de Aguleri (1949-1950).

En todos sus cargos y ministerios desarrolló un intenso y múltiple apostolado que tuvo una gran incidencia en la vida religiosa y social de todos los que estuvieron a su cargo. Se dedicó con sumo empeño, caridad y sacrificio al bien pastoral de todas sus ovejas, distribuyendo en la familia, a la que Dios le puso al frente, el pan de la Palabra y los dones sacramentales de la gracia redentora de Cristo. Era severo consigo mismo y serio para con los demás en las cosas que atañían a Dios exigiendo de sus cristianos una plena adhesión a la fe y una perfecta observancia de los preceptos divinos y de la disciplina de la Iglesia, tratando de erradicar los mitos erróneos y las supersticiones ancestrales de su pueblo.

Exhortaba a los paganos a la conversión y trabajó por el fomento de las vocaciones sacerdotales y religiosas. Era muy cuidadoso de preparar a los jóvenes al matrimonio, animándoles a la práctica de una vida familiar cristiana de mutua ayuda y cooperación conyugal, instituyendo para ellos centros de preparación al matrimonio y algunas otras asociaciones de seglares cristianos, como la Liga de María para la formación moral de los jóvenes que tuvo resultados sorprendentes, especialmente entre las jóvenes cristianas, de las que cuidó siempre su formación, no sólo moral y religiosa, sino también cultural.

Con liberalidad cristiana trabajó en ayuda de los pobres, las viudas, y los niños necesitados; visitaba a los enfermos y leprosos, lo mismo que a los ancianos, fuesen cristianos o no. Favoreció la paz y la concordia social, aumentando por medio de las escuelas de la Iglesia un elevado grado de cultura y educación humana entre los suyos, al mismo tiempo que, por su parte, no se avergonzaba de trabajar con sus propias manos en todo aquello que fuera necesario.

Nunca desfalleció a causa de las dificultades o problemas y los continuos sacrificios que le exigía su ministerio pastoral. Tomaba sus fuerzas de la celebración cotidiana de la misa, de la meditación de la sagrada Escritura y de una oración perseverante día y noche que fueron siempre su alimento y la savia vital de todo su apostolado. Con su celo infatigable, la luminosidad de su ejemplo y su vida de oración y austeridad sacerdotal creó varios centros de oración, que luego se convirtieron en parroquias, y logró transformar las poblaciones en auténticas comunidades cristianas.

Su sed de vida interior y de vida de oración, así como la lectura de algunas de las obras del abad benedictino el Beato Columba Marmión, hicieron nacer en su corazón el deseo de hacerse monje para llevar una vida escondida en Cristo. Providencialmente su obispo en un día de retiro espiritual del clero, en torno al año 1950, manifestó el deseo de que algún sacerdote abrazase la experiencia monástica para luego poder llevar a la diócesis la semilla de la vida contemplativa. El P. Tansi vio los cielos abiertos y no dudó en manifestar que estaba dispuesto. La llamada de la Iglesia fue para él el mejor signo de una auténtica vocación a la vida monástica y no dudó ni un instante en abandonarlo todo para marchar a lejanas y desconocidas tierras y hacerse monje ocultando a los ojos de todos una completa inmolación a Dios en favor de todas las almas.

En julio de 1950, con la bendición del obispo, marchó a Inglaterra e ingresó como oblato en el monasterio cisterciense de la estricta observancia de Monte San Bernardo sito en el condado inglés de Leicester. Pasó dos años y medio como oblato y admitido al noviciado tomó el nombre de Cipriano y pudo hacer sus votos temporales en 1953 y los solemnes en 1956.

Su vida como monje cisterciense estuvo animada de una gran entrega fundada en la humildad y la abnegación que le posibilitó, no sin grandes sacrificios, una adaptación perfecta a su nuevo género de vida. Calladamente, sin quejas ni lamentos fue superando todas las dificultades, tales como nueva lengua, nueva cultura y clima tan diverso al suyo. Firme en su vocación, se fue preparando para hacerse un perfecto monje cisterciense sin admitir ningún privilegio o excepción; nada deseaba sino avanzar en la perfección mediante la diligente observancia de la *Regla* y de los consejos evangélicos, así como mediante la liturgia, el oficio coral monástico, la *lectio divina* y la oración privada, las penitencias regulares, y los trabajos manuales a los que fue asignado en el taller de la encuadernación, el refectorio y en las labores agrícolas.

No realizó ninguna obra extraordinaria ni tuvo ningún oficio de relevancia pero todos los humildes cargos que recibió los realizaba gozosamente con suma generosidad e interés, sabiendo que en esa labor cotidiana era como alababa a Dios y se ofrecía en sacrificio agradable a Dios por la salvación de las almas y la extensión del reino de Jesucristo. Como lo había hecho siempre en su África natal, en el monasterio, conducido por una fe viva, avanzó en una vida de ferviente fe y extrema caridad. Puso siempre a Dios como meta de todos sus pensamientos y afectos, andando por sus caminos y solícito por el cumplimiento exacto de su voluntad y de su gloria. Para agradar a Dios siguió paso a paso los de su Hijo Jesucristo, conducido por el mismo Evangelio y adhiriéndose con docilidad al magisterio de la Iglesia. Huía de toda especie de pecado y con ardiente corazón oraba y meditaba incesantemente en las verdades de la fe, alcanzando así un alto grado de contemplación. Celebraba la santa misa y la liturgia de las horas con extrema piedad y con amor filial cultivó siempre la devoción a la Santísima Virgen su Madre, como buen hijo de San Bernardo.

Ajeno a los asuntos mundanos inútiles, puso toda su confianza en el Señor y en su divina misericordia deseando únicamente las cosas del cielo. Afable, educado, estuvo siempre lleno de caridad para con todos sus hermanos y respetuoso para con sus superiores. De carácter noble, fue siempre, en las situacio-

nes ordinarias y extraordinarias de la vida, prudente, esforzado, justo y equitativo en su conducta para con Dios y para con su prójimo.

En 1963, parecía que había llegado el momento de poner por obra el deseo del obispo de Onitsha; pero debido a las vicisitudes políticas de Nigeria, los superiores decidieron fundar el monasterio en la limítrofe Camerún. Designado el grupo fundador, el P. Cipriano Tansi fue designado como futuro maestro de novicios; pero nunca llegó a partir a causa de una inesperada trombosis en una pierna y posteriormente un aneurisma aórtico que le pusieron a las puertas de la muerte. Con admirable paciencia y tranquilidad de espíritu, aceptó la grave enfermedad y con silenciosa e íntima oración salió al encuentro de su Señor desde la enfermería del monasterio el 20 de enero de 1964. Se celebraron las exequias en el monasterio y a ellas pudieron asistir algunos sacerdotes nigerianos residentes en Londres, entre ellos Francis Arinze, hijo espiritual suyo a quien el mismo P. Tansi había bautizado, y que en el futuro sería arzobispo de Onitsha y cardenal en Roma puesto al frente de diversos dicasterios.

No quedaron en vano los deseos del obispo Charles ni del P. Tansi, pues cuando en 1988 su cuerpo regresaba definitivamente a su patria, la Iglesia de Nigeria contaba con tres comunidades monásticas: dos trapenses —masculina y femenina— en la diócesis de Enugu y una tercera de monjas benedictinas cerca de Onitsha, a la que hay que añadir, en la actualidad, una cuarta de monjes cistercienses de la estricta observancia, en la misma archidiócesis.

Toda la vida sacerdotal del P. Tansi fue un espléndido testimonio de fidelidad a Dios, a la Iglesia y a su vocación, y así, tras su muerte la fama de su santidad empezó a brillar no sólo entre sus hermanos cistercienses sino, y sobre todo, en su patria, Nigeria, y de modo especial entre los fieles y sacerdotes de la archidiócesis de Onitsha. Muchos han sido los que encomendándose a él cuentan haber recibido múltiples gracias. Movidos por este ejemplo de la divina bondad para con su pueblo, el arzobispo de Onitsha dio inicio al proceso canónico para la beatificación y canonización del siervo de Dios P. Cipriano Miguel

Iwene Tansi el 22 de enero de 1986 En este mismo año sus restos mortales fueron trasladados de Inglaterra a Onitsha para colocarlos cerca de la catedral de Onitsha en el cementerio de los sacerdotes.

En el mismo día del traslado, 17 de julio de 1986, una joven de 16 años, Filomena Emeka, gravemente enferma de cáncer y paralítica, que pudo acercarse con fe y veneración a su féretro para tocarlo y besarlo, se sintió instantaneamente curada, cosa que pudo comprobarse por todos y ante lo que los médicos no pudieron decir otra cosa que tal sanación no tenía explicación médica posible en cuanto al modo instantáneo en que se había producido Concluido el proceso en Roma con la declaración de las virtudes en grado heroico el 11 de julio de 1995, fiesta de San Benito, el santo legislador de benedictinos y cistercienses, y comprobado y aceptado como tal milagro la curación de la joven nigeriana, el 25 de junio de 1996 Juan Pablo II tomó la decisión de hacer esperar su beatificación hasta que él mismo, en un viaje pastoral por África, pudiese beatificarle en su propia patria. El acontecimiento tuvo lugar el 22 de marzo de 1998 en una explanada de Oba, cerca de la catedral de Onitsha.

Resumiendo su vida, el Papa dijo a sus compatriotas estas palabras en la homilía de su beatificación·

> «Hoy uno de los hijos de Nigeria, el padre Cipriano Miguel Iwene Tansi, ha sido proclamado Beato precisamente en la tierra en que predico la buena nueva de la salvacion y trato de reconciliar a sus compatriotas con Dios y entre si [En Nigeria se vivian momentos dificiles entre las diversas etnias N R] De hecho la catedral en la que el padre Tansi fue ordenado y las parroquias en las que desempeño su ministerio sacerdotal no se encuentran lejos de Oba, lugar en donde estamos reunidos Algunas personas a las que el anuncio el Evangelio y administro los sacramentos estan hoy aqui con nosotros, incluyendo al cardenal Francis Arinze, que fue bautizado por el padre Tansi y recibio la educacion primaria en una de sus escuelas
>
> »La vida, el testimonio del padre Tansi son fuente de inspiracion para todos en Nigeria, el pais que tanto amo Fue sobre todo un hombre de Dios las largas horas que pasaba ante el Santisimo Sacramento llenaban su corazon de amor generoso y valiente Los que lo conocieron atestiguan su gran amor a Dios A los que se encontraron con el les impresiono su bondad personal Fue tambien un hombre del pueblo, siempre puso a los demas antes que a si mismo y presto atencion particular a las necesidades pastorales de las fami-

lias. Puso gran empeño en que los novios se prepararan bien para el sacramento del matrimonio y predicó la importancia de la castidad Se esforzó, de todos los modos posibles, por promover la dignidad de la mujer En especial, se esmeraba por la educación de los jóvenes Incluso cuando su obispo, Mons. Heerey, lo envió a la abadía cisterciense de Monte San Bernardo, en Inglaterra, para seguir su vocación monástica, con la esperanza de poder llevar a África la vida contemplativa, no olvidó nunca a su pueblo Siempre elevaba oraciones y ofrecía sacrificios por su continua santificación.

»El Beato Cipriano Miguel Tansi es un primer ejemplo de los frutos de santidad que han crecido y madurado en la Iglesia que está en Nigeria desde que el Evangelio se comenzó a predicar en esta tierra Recibió el don de la fe gracias a los esfuerzos de los misioneros y, asimilando el estilo de vida cristiana, lo hizo realmente africano y nigeriano»

El cuerpo del Beato ha sido trasladado a la parroquia de su pueblo natal, donde recibe la veneración de muchos fieles que lo ponen como intercesor ante Dios por el bien de Nigeria, de África y especialmente por las vocaciones sacerdotales y religiosas.

LUIS M. PEREZ SUÁREZ, OSB

Bibliografía

AAS 88 (1996) 194 196, 894 895, 90 (1998) 161 162
L'Osservatore Romano (ed en español) 14 (3-4 1998) 6 7

C) BIOGRAFIAS BREVES

SAN FABIÁN

Papa y mártir († 250)

Se cuenta que la elección de Fabián como papa se debe a haberse posado sobre él una paloma ante la multitud de cristianos de Roma reunidos para elegir un nuevo obispo. Parece que era romano y fue sucesor del papa San Antero, muerto el año 236.

De su pontificado se sabe poco. Se le ha atribuido el envío de misioneros a las Galias y el haber bautizado al emperador Felipe el árabe, ciertamente simpatizante al menos del cristianismo. Distribuyó las regiones urbanas entre los siete diáconos, comenzando así la configuración de las regiones eclesiásticas. Instituyó siete subdiáconos y completó así el esquema del clero

romano, para proceder de buena forma al servicio divino y también a la organización de la caridad.

Orígenes mantuvo correspondencia con Fabián intentando justificar algunos puntos de su doctrina. Fabián se mostró tolerante con Novaciano y permitió que se ordenara de presbítero.

El papa Fabián murió mártir en la persecución de Decio el año 250 como una de sus primeras y más ilustres víctimas.

SAN VULSTANO DE WORCESTER

Obispo († 1095)

Nació el año 1009 en Itchington, en el condado inglés de Warwickshire, y sus padres lo confiaron a los benedictinos para su educación. Completada ésta, pasó a vivir en el palacio episcopal de Worcester, cuyo obispo, Britheah, lo preparó para el sacerdocio y lo ordenó presbítero. Le ofreció igualmente darle un curato donde ejercer su ministerio, pero el joven sacerdote había madurado la decisión de hacerse monje e ingresó en la comunidad benedictina que llevaba la catedral de la diócesis. Esta comunidad regentaba asimismo una escuela y ésta fue la primera labor que desarrolló Vulstano, siendo elegido prior el año 1050 y acreditándose por su buen gobierno y la regularidad monástica que impuso en su pequeña comunidad. El pueblo apreciaba, además, su fervorosa predicación.

Cuando en 1062 vacó la sede de Worcester, desde la propia Santa Sede se le apuntó al rey San Eduardo el nombre de Vulstano para que lo propusiera, como así hizo el piadoso monarca, viéndose enseguida que el nombramiento fue acertado pues Vulstano dirigió la diócesis con prudencia y bondad. Se hizo presente en todas las parroquias de la diócesis mediante una adecuada visita pastoral, en el curso de la cual impulsó la renovación material de los edificios necesitados de ello pero sobre todo de la vida cristiana de las parroquias. Y para dar ejemplo, reconstruyó la catedral y condujo su comunidad monástica de forma modélica.

Muerto el rey San Eduardo y planteado el gran tema de la sucesión, el conde Haroldo le pidió su apoyo, pero parece que, como todos los obispos procedentes del monacato, Vulstano

era más favorable a Guillermo el Conquistador, a quien ciertamente envió su sumisión cuando tras la batalla de Hastings la corona se afianzó en su cabeza. Pudo así conservar su obispado, que fue declarado sufragáneo de Canterbury en el sínodo de obispos y abades mandado por Alejandro II para solucionar la disputa entre los dos arzobispados ingleses. Vulstano seguidamente apoyó el programa de reformas que venía del Continente y que eran la aplicación a las islas del movimiento gregoriano, permitiéndose a los clérigos ya casados permanecer con sus esposas pero obligándose al celibato a los aspirantes que quisieran ser sacerdotes o clérigos en adelante. Se opuso firmemente al tráfico de esclavos y se portó en todo tiempo como un prelado responsable y efectivo, llevando una vida privada de gran austeridad, mortificación y piedad y guardando gran parte de las rentas episcopales para generosas ayudas a los pobres. Murió el 19 de enero del año 1095, y fue canonizado el año 1203 por el papa Inocencio III.

SAN ENRIQUE DE UPSALA

Obispo y martir († 1160)

Se trataba de un clérigo inglés que fue incluido entre los acompañantes de Nicolás Breakspear, el futuro papa Adrián IV, cuando antes de serlo fue enviado como legado papal a los países escandinavos en 1151 con el fin de revisar la situación de la Iglesia en ellos y proceder a las reorganizaciones necesarias. Una de las medidas tomadas por el cardenal Breakspear fue la de nombrar obispo de Upsala a Enrique. Y por ello, terminada su misión, el cardenal regresó a Roma pero Enrique se quedó en Suecia.

Los finlandeses, que eran paganos, no dejaban de molestar con diversas incursiones el reino de Suecia, y su rey, San Erico IX, pensó que había que ponerles freno haciéndoles una guerra formal. Dado que se trataba de paganos, no fue difícil calificar la guerra como cruzada, la cual recibió el apoyo del obispo Enrique, que incluso acompañó al soberano en la ida del ejército. Erico, antes de proceder a la batalla, ofreció la paz a los finlandeses pero a condición de que se hicieran cristianos. Los

finlandeses se negaron a cambiar de religión y la batalla se hizo inevitable. En la misma los suecos ganaron de forma determinante y como consecuencia de ella se produjo la unión de ambos países, que duraría varios siglos. Enrique no volvió a Suecia sino que se quedó en Finlandia, concretamente en Turku, donde situó su puesto misional. Y puso todo su celo en convertir a los finlandeses, logrando que en efecto algunos recibieran el bautismo.

El 19 de enero del año 1160 Enrique fue asesinado. El autor de esta muerte fue un cristiano a quien él había excomulgado como reo de un homicidio. Y esta muerte fue tenida por martirio, ya que se debió a que Enrique había cumplido con su deber de amonestar y castigar al culpable de un crimen. Era claro que la causa del evangelio en Finlandia necesitaba que los conversos llevaran una vida ejemplar.

Enrique fue tenido por santo y por mártir enseguida. No consta que en efecto Adrián IV lo canonizara, como se ha venido diciendo, pero sí es cierto que Bonifacio VIII estuvo de acuerdo en que se le dedicara la catedral de Turku, donde fueron llevadas sus reliquias.

SANTA EUSTOQUIO CALAFATO

Virgen († 1491)

Nace en Annunziata (Sicilia) el año 1434 en el seno de una noble familia y recibe el nombre de Esmeralda. La esmerada educación cristiana que recibió la llevó a desear consagrarse a Dios en la vida religiosa y para ello solicitó ingresar en las clarisas de Santa María de Básico. Pero su padre, el conde Bernardo, tenía el pensamiento de casarla, y por dos veces buscó un esposo para su hija, que firmemente rechazó la boda. Por otro lado sus hermanos amenazaron con quemar el convento si las monjas admitían a su hermana. La muerte del último pretendiente, la de su padre y la venida a razón de sus hermanos allanaron el camino para que por fin el año 1446 pudiera realizar su sueño de ser religiosa, tomando al profesar el nombre de Eustoquio.

En el convento la esperaba una desilusión: no se guardaba la regla clarisa con la radicalidad que a ella le hubiera gustado,

pues el espíritu de relajación propio de su siglo había traspasado los muros del convento. Como ella deseaba vivir de manera radical la regla, acudió al papa Calixto III, el cual en 1457 la autorizó a fundar un nuevo convento observante, y en efecto se marchó Eustoquio a una nueva casa llamada Santa María Accomodata. Sin embargo, fueron tantas las vocaciones al nuevo modo de vida que hubo de construirse un nuevo monasterio, llamado de Montevergine, y que fue posible gracias a la generosidad de su madre y su hermana, las cuales terminaron por unirse a ella en la vida religiosa. En 1464, en cuanto ella cumplió los treinta años, fue elegida abadesa de la nueva fundación. Tuvo no poco que sufrir por parte de los frailes observantes que no terminaban de aceptar la reforma efectuada por Eustoquio.

Su entera dedicación a la divina contemplación, especialmente de la pasión del Señor, y asimismo sus grandes virtudes, entre ellas su caridad con los pobres y enfermos, le atrajeron gran fama de santidad, acudiendo la gente al convento para encomendarse a sus oraciones y pedirle fuera su protectora ante Dios. Y ella se pasaba las noches de rodillas ante el sagrario intercediendo por la humanidad.

Murió el 20 de enero del año 1491. Su culto fue confirmado el 14 de septiembre de 1782 y fue canonizada por el papa Juan Pablo II el 11 de junio de 1988 en Messina en el curso de su viaje pastoral a Sicilia.

SAN ESTEBAN MIN KUKKA

Mártir († 1840)

Se trata de uno de los mártires de Corea. Esteban era un seglar, que venía colaborando con la comunidad cristiana en la instrucción religiosa de los fieles y de los catecúmenos desde su cargo oficial de catequista. A causa de ello fue detenido e interrogado y confesó sin ambages su condición de cristiano. Se le invitó a renegar del cristianismo, ofreciéndole la vida y la libertad a cambio de la apostasía, pero Esteban se mantuvo firme. Condenado a muerte, pasaban los días sin que la sentencia se ejecutara hasta que el 20 de enero de 1840 un verdugo en la

propia cárcel le cortó la cabeza. Tenía 53 años. El lugar de su martirio fue la ciudad de Seúl.

Lo canonizó el papa Juan Pablo II el 6 de mayo de 1984.

21 de enero

A) MARTIROLOGIO

1. En Roma, en la Via Nomentana, la deposición de Santa Inés (s. III o IV), virgen y mártir **.
2. La conmemoración de San Publio, obispo de Atenas y mártir (s. II).
3. En Tarragona (España), los santos Fructuoso, obispo, y sus diáconos († 259), mártires **.
4. En Troyes (Francia), San Patroclo (s. III), mártir.
5. En Pavía (Liguria), San Epifanio († 496), obispo *.
6. En el monasterio de Einsiedeln (Suiza), San Meinrado († 861), presbítero, monje y finalmente ermitaño *.
7. En Londres, los beatos Eduardo Stransham y Nicolás Wheeler († 1586), presbíteros y mártires en la persecución de Isabel I.
8. En Londres, San Albano Roe, monje benedictino, y Beato Tomás Green († 1642), ambos presbíteros y mártires, bajo el reinado de Carlos I *.
9. En Benigánim (España), Beata Josefa María de Santa Inés († 1696), virgen, monja agustina **.
10. En Laval (Francia), los beatos Juan Bautista Turpin du Cormier y trece compañeros (Juan M. Gallot, José Pellé, Renato Luis Ambroise, Julián F. Morvin de la Gérardière, Francisco Duchesne, Jaime André, Andrés Duliou, Luis Gastineau, Francisco Migoret Lambardière, Julián Moulé, Agustín Manuel Philippot, Pedro Thomas, y Juan Bautista Triquerie OFM), presbíteros y mártires († 1794) durante la Revolución Francesa *.
11. En Toi-Kon (Corea), San Juan Ni Youn Il († 1867), padre de familia, campesino y catequista, mártir *.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

SANTA INÉS

Virgen y mártir († ca.304)

Un halo de leyenda, tejida poco después de su muerte y aumentada en los siglos medievales, envuelve la encantadora ima-

gen de esta doncella mártir. Es el arquetipo y símbolo de la virginidad hasta la inmolación. Los antiguos Padres de la Iglesia loan, conmovidos, la extraordinaria entereza de esta niña frágil y delicada que, «a los trece años de edad —canta el oficio en su día— perdió la muerte y halló la vida, porque solamente amó al autor de la vida».

San Ambrosio, en su libro *De virginibus* que es un conjunto de homilías, habla largamente de Inés, pero habla como quien sabe que su auditorio conoce ya los hechos que va ensalzando: «¿Qué podemos decir nosotros que sea digno de aquella cuyo nombre mismo entraña un elogio?». Alude a la etimología de la palabra Inés, en latín *Agnes,* que, si se deriva de esta lengua, significa *agnus,* cordero; y si proviene del griego *agnos,* pura. «Esta mártir tiene tantos heraldos que la alaban, como personas pronuncian su nombre».

El sabio obispo de Milán pasa después a comentar la narración del martirio, sin duda apoyándose en las Actas que ya por entonces se conocían, y tal vez un tanto alteradas. Y dice:

> «Refiérese que tenía trece años cuando padeció La crueldad del tirano fue tanto mas detestable cuanto no perdono una edad tan tierna Pero, notemos ante todas las cosas el poder de la fe, que halla testigos de tal edad ¿Habia acaso sitio en tan pequeño cuer po para tantas heridas? Mas, donde no habia sitio para recibir el hierro, lo habia para vencer al hierro Muestrase intrepida en las ensangrentadas manos de los verdugos, no se conmueve cuando oye arrastrar con estrepito pesadas cadenas, ofrece todo su cuerpo a la espada del soldado furioso, ignora todavia lo que es la muerte, pero esta dispuesta, si es llevada contra su voluntad a los altares de los idolos, a tender las manos hacia Jesucristo desde el fondo de la hoguera y a formar, aun sobre el brasero sacrílego, ese signo que es el triunfo del Señor victorioso Introduce el cuello y las manos en las argollas de hierro que le presentan, pero ninguna puede ceñir miembros tan pequeños »
>
> «No iria el esposo a las bodas con tanto apresuramiento como ponia esta santa virgen en dirigirse con paso ligero al lugar del su plicio, gozosa de su proximidad Todos lloraban, todos menos ella La mayor parte admiraban la gran facilidad con que, prodiga de una vida que aun no habia gozado, la daba como si la hubiese ya agotado Estaban todos llenos de asombro de que se mostrase testigo de la Divinidad en una edad en que no podia aun disponer de si misma ¡Cuantas amenazas emplea el tirano para intimidarla! ¡Cuantos halagos para persuadirla! ¡Cuantos hombres la deseaban por esposa!»

Mas ella contestaba:

> «La esposa injuria al esposo si desea agradar a otros Unicamente me poseera el que primero me eligio ¿Por que tardas tanto, verdugo? Perezca este cuerpo que pueden amar ojos a los cuales no quiero complacer»
>
> «Llega, ora, inclina la cabeza Hubierais visto temblar al verdugo, lleno de miedo, como si el fuese el condenado a muerte Su mano tiembla, palidece por el peligro ajeno, en tanto que la jovencita mira sin temor su propio peligro He aquí, pues, en una sola víctima, dos martirios el de la pureza y el de la religión Inés permanece virgen y obtiene el martirio»

Monseñor Federico Fofi, canónigo regular y lateranense y, durante muchos años, cura párroco de la basílica de Santa Inés, ha escrito un curioso libro sobre la vida y culto de la ilustre mártir. Y, luego de glosar los textos de San Ambrosio, de San Dámaso y de Aurelio Prudencio, y de hacer una erudita crítica sobre los escritos del cardenal Bartolini, de Mario Armellini, de Ludovico Emerenciano Le Bourgeois, de Pío Franchi dei Cavalieri, del padre Florián Jubaru, SI, y de otros autores, y de enriquecer su obra con las Actas martiriales, reconstruye, según ellas y los comentarios del santo obispo de Milán, la vida de Santa Inés, con afectuosa devoción, aunque sin fiarse plenamente de los documentos citados.

Según Fofi, la Santa pertenecía a una noble familia romana, tal vez la Clodia. Vino al mundo hacia el año 290 de la era cristiana, recibió, después del bautismo, una educación sólidamente piadosa y se consagró a Jesucristo con voto de virginidad.

Volviendo una vez la niña de la escuela, el hijo del prefecto de Roma la vio y se enamoró de ella, ofreciéndole a cambio de su promesa matrimonial, magníficos regalos. Inés los despreció, con las palabras que pone en su boca el Oficio divino:

> «Apartate de mi, pabulo de corrupcion, porque he sido ya solicitada por otro Amante El ha adornado mi diestra y mi cuello con piedras preciosas, ha puesto en mis orejas perlas de inapreciable valor Ha puesto una señal sobre mi rostro para que no admita fuera de El otro amante Yo amo a Cristo Seré la esposa de Aquel cuya Madre es virgen, cuyo Padre lo ha engendrado sin concurso de mujer, y que ha hecho resonar en mis oidos acordes armoniosos Cuando le amare, sere casta, cuando le tocare, sere pura, cuando le recibiere, sere virgen»

El joven, desesperado, recurrio a su padre, el prefecto de Roma, el cual, averiguando que Inés era cristiana, mandó a sus esbirros que, a viva fuerza, la llevaran ante el tribunal. Amenazas, tormentos... Conducida a un lupanar y expuesta a los insultos de la plebe, el cuerpo de la virgen se cubre milagrosamente con su cabellera. Cae muerto a sus pies el hijo del prefecto, úni co que se había atrevido a acercarse a ella, e Inés, para demostrar la virtud divina de Jesús, obtiene con sus oraciones la resurrección del joven Se retira el prefecto, dejando en el tribunal a su ayudante, Aspasio, el cual, atribuyendo los milagros de Inés a la magia, condena a la niña a ser quemada viva Nuevo prodigio· Inés permanece intacta en medio del fuego. Es condenada, por fin, a morir al filo de la cuchilla La descripción de esta última escena es una de las más bellas páginas de *Fabiola,* la leyenda escrita por el cardenal Wiseman

Los padres de Inés depositaron el cuerpo de la niña mártir en el sepulcro de su casa de campo, situada en la Via Nomentana. Pocos dias después, otra flor de pureza caía deshojada sobre él. Emerenciana, la hermana de leche de Santa Inés, a quien los paganos apedrearon cuando se hallaba orando ante la tumba En ese lugar se erigió la basílica, durante el reinado de Constantino, y fue restaurada luego por el papa Honorio I.

Nuestro poeta Aurelio Prudencio (318-413) compuso también un hermoso himno en honor de Santa Inés Forma parte de los catorce poemas del *Peristephanon* y se basa en las *Actas,* ya por entonces algo mixtificadas. Preciso es el breve relato y plegaria que compuso el papa San Dámaso, en dieciséis versos Integro se conserva, grabado en mármol, en su basílica de la Via Nomentana, y puede traducirse así

> «La fama repite lo que ha poco declararon los santos progeni tores de Ines que muy niña todavia, cuando oyo los lugubres sones de la trompeta, dejo el regazo de su nodriza —puede entenderse que se separo de su institutriz o de la doncella encargada de su cuidado— desafiando espontaneamente las amenazas y la furia del tirano cruel, cuando este quiso que las llamas devorasen su no ble cuerpo Con fuerzas minimas supero un gran temor, y envolvio su desnudez en su cabellera suelta, de modo que ningun mortal pudiera profanar el templo del Señor ¡Oh digno objeto de mi ve neracion, santa gloria de la pureza, inclita martir, muestrate benig na a las suplicas de Damaso!»

Es de notar que este ilustre Papa, poeta, en sus epitafios y loas se proponía dar siempre la verdad histórica, y algunas veces buscó a los mismos verdugos para saber, por boca de los mismos, la exactitud de los hechos.

Algo difieren las Actas martiriales de los panegíricos, himnos y narraciones que se han escrito sobre la vida y martirio de Santa Inés. Pero todos los autores coinciden en proclamarla mártir de la virginidad. Es patrona protectora de las jóvenes doncellas y de los jardineros. Se dice que su casa solariega, en Roma, estaba emplazada en el solar que hoy ocupa el colegio Capranica, donde acabó su carrera sacerdotal el papa Pío XII. Y en la célebre basílica de Via Nomentana es donde cada año, el día 21 de enero, se bendicen los dos corderillos con cuya lana se teje el «pallium» del Santo Padre.

En nuestros tiempos de materialismo, cuando el concepto de la castidad va decayendo visiblemente, la dulce imagen de Santa Inés resalta con fulgores maravillosos. Que ella muestre a la juventud el verdadero sentido de la vida, que es amor, pureza, plenitud de Dios.

MARIA DE LA EUCARISTIA, R. DE J.-M.

Bibliografía

Act SS Boll, Ian, dia 21, *Passio latina* Se encuentra asimismo SAN AMBROSIO, *De Virginibus* PL 16,200s, *Himno a Santa Ines* ibid, col 147s *Passio* lat del *Pseudo Ambrosio* PL 22,735s

ARMELLINI, M, *Il cimitero di S Agnese sulla Via Nomentana* (Roma 1880)

BARTOLINI, D, *Gli atti del martirio della nobiliss vergine rom S Agnese* (Roma 1858)

BONGIORNI, E, *La vergine martire romana S Agnese nelle opere di S Ambrogio* (Brescia 1897)

FRANCHI DE CAVALIERI, P, *S Agnese nella tradizione e nella legenda* (Roma 1899)

— en *Anal Boll* 19 (1900) 226s

— *Studi e testi*, n 19 p 141s

JUBARI, FT, SI, *Sainte Agnes Vierge et Martyre de la Voie Nomentane d'apres de nouvelles recherches* (Paris 1907)

PRUDENCIO, en *Peristephanon*, himno 14

SAN FRUCTUOSO Y SUS DIÁCONOS
Mártires († 259)

Apenas parpadeaba el siglo V, cuando Aurelio Prudencio, la mejor lira hispana que ha vibrado en latín, agitaba con versos incendiados las llamas del martirio de Fructuoso, obispo de Tarragona, que subió a la pira crepitante como a un pontifical: acompañado de ministros.

Pesaban sobre la cabeza del poeta calagurritano, según confiesa él mismo, «cinco décadas de años y siete años más», cuando cayó en la cuenta de que ante el tribunal de Dios no han de valer los días gastados en el culto de las mundanas vanidades «sin ocuparse del Señor con quien tan sólo habremos de entendernos». Y resolvió cambiar de vida: «Por lo menos, se dijo viendo acercarse el fin, que mi alma pierda su locura, y honre a Dios con sus himnos, ya que no puede con sus méritos».

Y aquel enamorado de las glorias de Roma y de sus poetas empezó a pisotear con estrofas rotundas los ídolos caducos de la Roma anticuada y a cantar a los nuevos héroes del Imperio: los mártires de Cristo.

Y ahí está el *Peristephanon,* con sus himnos triunfales en honor de Emeterio y Celedonio, de Lorenzo, de Eulalia de Mérida, de los dieciocho mártires de Zaragoza, y el más hermoso —el sexto—, en alabanza «de los beatísimos mártires Fructuoso, obispo de la iglesia tarraconense, y de Augurio y Eulogio, diáconos»: cincuenta y cuatro estrofas de tres versos cortados con elegancia prócer, en los cuales confía la timidez del poeta para obtener la intercesión del Santo. «Acaso —dice al terminar el poema—, como a su Tarragona, también a mí se dignará sacarme de mis penas *"dulces hendecasyllabos revolvens"»,* repasando mis versos de once sílabas...

El águila de Hipona se unió, en el canto a Fructuoso, al ruiseñor de Calahorra, nacido solamente seis años antes que él: a los noventa exactos del martirio del obispo y sus diáconos, que subieron al cielo por la escalera de oro de las llamas en enero del 258.

Como los versos de Prudencio, el sermón de Agustín para la fiesta de Fructuoso sigue con paso fiel las Actas de los mártires, de una tan nítida autenticidad, que hacen de nuestro Santo,

al decir de Tillemont, el protomártir históricamente justificado de la España cristiana. Bastarían las pruebas internas de estas Actas; pero la aceptación del gran cantor y el gran obispo les dan aval definitivo.

La historia de ese trío de mártires gloriosos empieza con la aurora del día sexto antes de su muerte. Eran emperadores Licinio, Valeriano y su hijo Galieno, y cónsules Baso y Emiliano (para la gloria de tres mártires, el cortejo de tres emperadores); y el cónsul Emiliano vino a la capital de la España Citerior para quemar incienso ante los dioses, pero ya en Tarragona ardían otros incensarios movidos por Fructuoso ante el altar del verdadero Dios.

La historia empieza con la aurora: A diecisiete días de las calendas de febrero, que caía en domingo aquella vez, Emiliano se había levantado de noche; y es al rasgar el alba cuando manda a sus ministros imperiales a prender al obispo. Cinco oficiales de alta categoría manda el cónsul; en lenguaje curial, cinco «beneficiarios», que aquí darán más beneficio a los prendidos que al aprehensor. El cónsul no dormía, inquieto en sus falsos dioses, pero el obispo sí, tranquilamente reclinado en el verdadero Dios; las marciales pisadas le despiertan «al despuntar el día» y sale a recibirlos con las sandalias sin atar.

—Ven, le dicen los cinco: el presidente quiere hablarte, a ti y a tus diáconos.

—Voy —contesta Fructuoso—; pero antes me calzo, si me lo permitís.

Se lo permiten y los tres son conducidos a la cárcel, donde el obispo, «cierto de la corona del Señor, no cesa en la plegaria».

La táctica de aquella persecución de los cristianos era la supresión de las cabezas destacadas, dejando en paz al pueblo fiel. Por ello la «fraternidad» puede velar de día y noche a la puerta de la cárcel y socorrer a su pastor. Hasta el viernes siguiente no fueron puestos ante el juez. Dice Emiliano a Fructuoso:

—¿Oíste lo que mandan nuestros emperadores? Y Fructuoso contesta:

—Yo no sé lo que mandan, puesto que soy cristiano.

No sabe lo que mandan en cuanto al culto solamente, porque en orden a Dios, el César no es más que él. Dice Emiliano:

—Los emperadores ordenan que los dioses sean venerados.

—Yo no venero más que a un solo Dios.

—¿Sabes que hay dioses?

—No.

—Pues lo sabrás bien pronto...

«El obispo Fructuoso volvió sus ojos al Señor y se sumergió en íntima oración», dicen las Actas deliciosamente. ¿A qué perder el tiempo? Mientras, al presidente no le cabía en la cabeza que pudiera haber alguien que fuera oído, temido y adorado, si los dioses no eran honrados y no se daba culto, además, a las imágenes de los emperadores. Entonces, Emiliano se dirige al diácono Augurio:

—No escuches las palabras de Fructuoso.

Pero Augurio contesta:

—Yo adoro al Dios omnipotente.

No prosigue Emiliano, temeroso de que con su firmeza en la confesión, Augurio conforte al otro diácono; y así pregunta a Eulogio:

—¿También tú adoras a Fructuoso?

—Yo no adoro a Fructuoso, sino que adoro al mismo Dios que Fructuoso adora...

Pontífice y diáconos se inclinan igualmente ante el altar de Dios. Mas el primero en jerarquía ha de ser el primero en el divino acatamiento. Pero Emiliano ignora tales filigranas, y pregunta de nuevo a Fructuoso:

—¿Eres obispo tú? —delatando la táctica de la persecución.

—Sí, soy —contesta con firmeza el pastor.

Y, burlón, Emiliano:

—Lo fuiste —dice—. Y manda que los tres sean quemados vivos. La sonrisa burlona del derrotado juez, la sabia musa de Prudencio la añade a la latina prosa sencilla de las Actas.

Fructuoso y sus diáconos fueron entonces conducidos al amplio anfiteatro que, a pico y pala manejados por manos voluntarias hasta de hombres de letras, va siendo en estos días desenterrado totalmente de ingloriosos escombros. ¿Quién no amaba a Fructuoso, a excepción del juez inicuo?

Todo el pueblo gemía, incluso los gentiles, apiñado a su vera, camino del suplicio. «Porque Fructuoso era lo que, según San Pablo, el Espíritu Santo quiere que sea todo obispo: un vaso de elección y un doctor de las gentes». Uno de la fraternidad ofrece a los condenados un cordial aromático, y Fructuoso rechaza:

—No ha llegado aún la hora de romper el ayuno.

Eran las diez de la mañana y el ayuno vigía hasta las tres de la tarde. Ya tomarían en el cielo sabrosa refección.

No consiente el obispo que Augustal, su lector, le quite las sandalias.

—Hijo, mejor será que me descalce yo, fuerte, gozoso y cierto de las promesas del Señor.

Ahora un mílite cristiano pide un recuerdo en la oración del mártir. La respuesta que da en voz alta Fructuoso la airea en su sermón el verbo emocionado de Agustín, como el mejor elogio del cuerpo místico de Cristo:

—Conviene que yo tenga en mi memoria a la Iglesia Católica extendida de Oriente a Occidente.

Y glosa el Pastor de Hipona: «No olvida a ningún miembro el que pide por todos... Tú, pues, si quieres que yo ruegue por ti, no te apartes de esta Iglesia por la que estoy rogando».

Todavía Fructuoso sigue pontificando con la palabra y el ejemplo. Anuncia que a su rebaño no faltará jamás pastor, y habla de que el martirio «es un mal que se esfuma, como la enfermedad de una hora». Y después de consolar a los hermanos, él, con sus compañeros, «entraron en la salud». Así rezan las Actas que acaban de llamar a las pruebas «como una enfermedad». Y empieza el recuerdo del horno bíblico con sus tres purpúreas ofrendas de Ananías, Azarías y Misael, que habrán de recoger todos los breviarios medievales. Hay una pincelada, en las referidas Actas, de verdadera mano maestra: «Así, pues, constituidos en el fuego de este mundo, el Padre no los abandonó, el Hijo los auxilió y el Espíritu Santo estaba con ellos en medio de las llamas». La Trinidad del cielo asistiendo a los tres héroes de la tierra «y el Espíritu Santo —el del incendio de Pentecostés—, con su cortejo ígneo en las llamas».

A la voracidad del fuego cedieron los cordeles, y los mártires quedaron libres, según era costumbre entre cristianos, para alzar las manos y ponerlas en cruz, «constituidos, dice el texto, en la señal de la victoria, hasta que fueron abandonados por sus almas».

La historia comenzada con oros de la aurora, acaba con los oros del martirio por fuego, en un pontifical al que aluden los gozos que actualmente se cantan el 21 de enero en la catedral de Tarragona: «Oh trinidad tarraconense, —rojo terno de Fructuoso...».

MIGUEL MELENDRES

Bibliografía

Act. SS. Boll., Ian., día 21, *Acta Mart.,* consideradas por todos como muy auténticas.
DELEHAYE, H., *Les passions des martyrs,* o.c., 144s.
— *Origines du culte des martyrs,* o.c., 66s.
HARNACK, A., *Chronologie bis Eusebius,* II p.473s.
PRUDENCIO, en *Peristephanon,* himno 6. Véase en *Obras completas de Aurelio Prudencio* (BAC, 1950) 589s.
RUINART, TH., *Acta primorum martyrum sincera et selecta,* o.c.
RUIZ BUENO, D., *Actas de los mártires* (BAC, 1951) 781s.

BEATA JOSEFA MARÍA DE SANTA INÉS

Religiosa († 1696)

La Beata Josefa María de Santa Inés, en el mundo Josefa María Albiñana Gomar, comúnmente Inés de Benigánim, nació en una modestísima casa de la calle San Miguel, en la valenciana ciudad de Benigánim, el 9 de febrero del año 1625. Luis Albiñana y Vicenta Gomar, sus padres, emparentados con la ilustre saga local de los Tudela, Albiñana y Gomar, aunque de no fáciles recursos económicos, formaban un matrimonio ejemplar por nobleza de espíritu y honradez de vida. Consta en el libro de bautismos de la parroquia, tomo IV, folio 11, número 12, que fue bautizada el mismo día de su nacimiento:

> «Dit dia nou de febrer de lo any mil sisens vintisinc, yo el licenciado Vicent Mora, Vicari de la parroquial de Benigànim, Bateig segons ritus de la Santa Iglesia Catolica Romana a una filla de Lluis Albinyana y de Vicenta Gomar, conigues: Hague nom Juse-

pa Theresa; foren compares Esteve Pastor y Theodora Tudela, Rector».

Ocho años más tarde, recibe en la misma iglesia parroquial, hoy de la Purísima Sangre de Cristo, el sacramento de la confirmación, según reza el Acta:

«A 24 de agosto de 1633, el Reverendisimo Señor don Vicencio Claveria y de Sans, per la gracia de Deu y de la Santa Sede Apostolica, bisbe de Petra y visitador de este Archebisbat de Valencia per lo Illmo. y Rdmo. Sr. D. Fray Isidoro Aliaga, per la mateixa gracia Archebisbe de Valencia del Consell de Sa Magestat, est en la villa de Benigànim confirma a Jusepha, filla de Lloïs Albiñana y Vicenta Gomar-Comare Juana Ana Delgado».

Y allí mismo, poco más tarde, la primera comunión de manos del cura párroco y luego canónigo de Valencia, doctor don Juan Loris. La pequeña Josefa pudo así comprobar cómo su ardiente caridad, en la que siempre vivía inflamada, experimentaba una ternura íntima, a nada comparable, y de qué modo tan misterioso su corazón poseía a Dios y era por Dios poseído. Gobernaba entonces la Iglesia el papa Urbano VIII (1623-44). Y los destinos de España, el rey Felipe IV (1605-65).

De la primera niñez ha llegado hasta nosotros su natural excelente, su pronto dulce, su cándida sencillez que dejaban traslucir no sólo la compostura de su cuerpo, sino sobremanera la modestia singular de su rostro. Al crecer en edad, confirmó con sus buenas costumbres las virtuosas enseñanzas de sus padres. Procuraba, de hecho, ejercitarse en servir a Dios santamente por las prácticas de piedad y, sobre todo, asistiendo a la misa y sagradas funciones. Solía recrear el ánimo con la contemplación de las cosas del Cielo, escogiendo para ello los más secretos lugares. No parecía sino que Dios hubiese puesto sus delicias sobre aquella joven, su sierva, ya por el candor limpísimo que adornaba su alma, ya por su ingenua sencillez que nimbaba con purísima luz su vida toda. Muy devota de la Virgen Madre de Dios, cuyas preclarísimas virtudes ansiaba a toda costa imitar, más de una vez experimentó la gracia de su maternal sonrisa, particularmente cuando, por la temprana muerte de su padre, hubo de pasar a vivir en otra casa.

En efecto, huérfana de padre desde muy joven, resolvió pronto entregarse de lleno a la pureza entre la servidumbre de

su tío don Bartolomé Tudela, en cuya mansión, con el anejo huerto y balsa de regadío y lavadero, empezó a reñir las primeras batallas contra el demonio y a recibir del Señor celestiales consolaciones, prenda de las castas delicias que habían de acariciarla de por vida. Apoyada en la protección de la Madre de Dios, con tal dignidad se condujo que, por la severidad de costumbres y por su delicadísima modestia, impulsaba a guardar la santa castidad a cuantos la observaban. No tardó, sin embargo, en sentir el cerrado acoso de un criado del tío perdidamente enamorado de su belleza, el cual, un buen día, fuera ya de sí, le disparó un trabucazo del que salió milagrosamente ilesa. Las balas dejaron su impacto en las paredes de la escalera por la que Josefa había ganado el piso alto, desde donde pudo ponerse a salvo del furibundo galán. Aquel desagradable incidente terminó de abrirle los ojos para ver el peligro que corría. Resuelta, pues, a consagrarse por entero a Cristo, ideó pronto el santo propósito de ingresar en la clausura de las Agustinas del lugar aprovechándose de la influencia del tío, uno de los cofundadores del monasterio. Con piadosas y humildes súplicas comenzó a implorar del Señor que tuviera a bien llevarla, como a puerto y refugio seguro, a dicho monasterio, para consagrar allí con la profesión de sus votos lo que mucho antes le había generosamente prometido.

Dios acogió propicio sus plegarias, ya que, superados los obstáculos que suelen interponerse en estos casos, concedió en breve tiempo a Josefa lo que pedía. Ingresó como hermana lega en el monasterio de Agustinas de Benigánim el 25 de octubre de 1643. Tenía Josefa entonces, pues, dieciocho años. Pertenecía este convento a la «observancia descalza» fundada el año de 1597 en la diócesis de Valencia, dentro de la Orden de San Agustín, por el arzobispo San Juan de Ribera. Contrariamente a cuanto algunos historiadores y biógrafos dicen, las Agustinas Descalzas fundadas por San Juan de Ribera, nunca han tenido afinidad alguna con el movimiento agustino recoleto descalzo, tampoco tienen absolutamente nada que ver, ni en su origen, ni en su desarrollo, con la Congregación de los Recoletos Descalzos. Las Agustinas Descalzas de España son, hablando con propiedad, las religiosas pertenecientes a los conventos de la re-

forma empezada y promovida por el arzobispo de Valencia San Juan de Ribera, el cual no pretendió formar una Orden nueva, sino perfeccionar la de San Agustín, siguiendo, es cierto, la línea de Santa Teresa, aunque introduciendo, eso también, una gran diferencia: la sujeción al Ordinario del lugar. La Beata Inés de Benigánim, en consecuencia, no fue agustina recoleta, como a veces se dice o se escribe. Expresarse así sería incorrecto. Fue, en realidad, agustina descalza de la Federación de Monjas Agustinas Descalzas de San Juan de Ribera.

Ligada por fin a Dios con más estrechos vínculos, comenzó el nuevo género de vida tan resuelta y tal fue su empeño, que, en el mismo noviciado, a pesar de su todavía temprana juventud, marchaba delante de las otras religiosas. Edificaba a todas con su ejemplo, natural consecuencia de aquel sabroso diálogo que a menudo mantenía con el Señor, pues a veces permanecía absorta en adoración del Sacramento hasta altas horas de la noche, pronta muchas de ellas al uso de la disciplina y a la abstinencia de bebida y alimento. Era como la prolongación del íntimo trato que había mantenido de seglar.

Lejos quedaba ya la casita del tío, escenario de pasados prodigios, de sobrenaturales diálogos con el Señor, de apariciones incluso. En la balsa del huerto fue agraciada un día con la presencia súbita del Niño Jesús mientras ella lavaba la ropa. Hábil manejando el jabón y aclarando la ropa, Josefa era, en realidad, tan indocta y sencilla a la vez que rayaba en lo simplicísimo. Y Dios, claro está, que se complace precisamente en los indoctos y sencillos de corazón, no tarda en acudir hasta con el milagro para hacer posible lo que desde la ciencia humana parece imposible. Josefa María fue, justamente, un claro ejemplo de todo esto.

Así como de Santa Rita de Cascia se cuenta que, a fuerza de regar por obediencia el tronco seco de una añosa parra consiguió después de muchas idas y venidas verlo florecer —todavía subsiste en el convento de Cascia—, así algunos biógrafos de Josefa María refieren que, ante tantos hermosos frutales del huerto, ésta decidió plantar un naranjo convencida de verlo crecer como tantos otros de los frondosos bosques valencianos. Para lo cual, ignorante de la horticultura del Turia, no se le ocu-

rrió mejor idea que plantar la ramita de naranjo en flor por las hojas y no por el tallo. Contra todo pronóstico, también aquí la vida empezó a correr por aquella extraña plantación y el naranjo en ciernes a mostrar su lozanía ante la estupefacción de los entendidos. Se dice que los peregrinos todavía pueden contemplarlo en el huerto de los Tudela.

Fue su vida, se nos dice, un portento de gracia y una gracia de portentos. La frase, tal vez algo retórica, encierra no obstante la síntesis perfecta de aquella consagración religiosa de Josefa María, entretejida toda ella de fuerzas contrapuestas, de tensión dialéctica entre dicha y dolor, bendiciones y tentaciones, regalos y mortificación, sabiduría e ignorancia, y así seguido. Sencilla, humilde, entregada de lleno a la servicialidad comunitaria, era, se puede decir en resumen, un espíritu de sublime armonía entre acción y contemplación. Comprenderemos mejor lo dicho si tenemos en cuenta sus mediocres cualidades intelectuales, más aún, era, diríase, analfabeta. De ahí la sorpresa de todos advirtiendo en ella aquel don de consejo, aquellos conocimientos teológicos fuera de lo común, aquella ciencia no aprendida del alma.

Supo Josefa en el noviciado adquirir, a fuerza de rigurosas penitencias, frecuentes mortificaciones y sostenida plegaria, muchas virtudes. Advirtió pronto que el camino de la Pascua, antes que triunfo y luz y gloria, es cruz y cardos y espinas; antes que resurrección y aleluya y entrada en la gloria, es Getsemaní y es Gólgota y es muerte. La gran lección de Evangelio, pues, aprendida desde temprana edad por Josefa, consiste en imitar a Jesús siguiendo sus mismas huellas, que unas veces son del que sube con la Cruz al Calvario y otras del Peregrino que, haciéndose el encontradizo, sale al camino de los discípulos de Emaús. Brilló Josefa María por sus virtudes, sí; por su elevada oración, también; incluso por los fenómenos sobrenaturales que a menudo la envolvieron, es verdad. Sus éxtasis impresionaban a todos. De ahí que, a la vista de tales hechos, los superiores eclesiásticos de Valencia decidieran promoverla a la categoría de hermana de coro el 18 de noviembre de 1663. En el libro de actas del archivo conventual, folio 92, número 28, consta su profesión y este detalle posterior:

> «A 27 de agosto de 1645 profesó la hermana Josepha de Santa Ines del velo blanco; y el 18 de noviembre de 1663 el Sr. Arzobispo don Martín de Ontiveros la mandó velar de negro para corista y le conmutó la obligacion del divino oficio en que asistiese con las demás Religiosas a coro».

Si su nombre de bautismo fue Josefa Teresa, en la Orden adoptó el de Josefa María de Santa Inés. Ordinariamente se la llamaba Madre Inés. Y cariñosamente en el convento, Nina (en valenciano) o Niña (en castellano).

Es muy posible que a la mentalidad actual, hecha de otra pasta que diría Fray Luis, con otros modos de pensar y otra forma de vivir, le choquen algunos detalles de sus visiones y apariciones, aunque también es preciso admitir que en la mayoría late siempre, dentro de la frondosidad folclórico-taumatúrgica, un poso de austeridad, una chispa de Evangelio. Es el caso, sirva de muestra, del día en que, mientras está dando de comer a las gallinas, se le aparece de pronto el Señor. La religiosa no puede reprimir su sorpresa: «¡Señor: que os vais a ensuciar esa ropa tan hermosa por no estar limpio este lugar!». Lo que el Señor responde, sin embargo, es pura teología de la gracia: «¡Calla, Inés, que a mí nada me ensucia!». Ese «nada me ensucia» nos lleva, a poco que nos esforcemos, a la fiesta del 1 de noviembre, cántico de alabanza a la santidad, según concluye la misa del día proclamando a Dios «el solo Santo entre todos los santos».

Siempre rogaba a Dios ser abrasada con el fuego de su divino amor para conseguir amarle perfectísimamente, y lo cierto es que su amor fue, de verdad, insuperable, o sea, encendido en la más ardiente caridad; inseparable, esto es, sin que, al más puro estilo paulino, nada ni nadie pudiera separarla del amor de Cristo (cf. Rom 8,35); insociable, es decir, sin que ninguna brizna del amor humano pudiese interferir ni enturbiar su estrecha unión con la voluntad divina; y, en fin, insaciable, dado que estaba convencida de que no habrían bastado los amores todos de la tierra para amar a Dios como se merece. Igual que San Agustín y San Bernardo, estaba convencida de que la mejor medida del amor a Dios es amarle sin medida, y que el alma que acierte en amar a Dios con estos cuatro grados de amor será feliz y dichosa: en ellos tendrá la prueba de que ha llegado a transformarse por afecto y, en cierto modo, a divinizarse.

Quiso el Señor llevarla por las irregulares sendas de la profecía y del éxtasis, de las visiones y de las revelaciones. Eso en la vida espiritual entraña, claro es, múltiples peligros y conlleva lógicamente rígidos controles. No una, sino muchas fueron las personas eclesiásticas de prudencia y talento a las que su espiritualidad hubo de someterse para juzgar de ella y discernir. Todas coincidieron en aprobar la ortodoxia de su espíritu y la solidez de su santidad. Y es que la suya, con independencia de los favores del cielo y de las insólitas visiones y de los frecuentes éxtasis, era una santidad arraigada en la más profunda identificación con Cristo, esa que pasa por participar, mediante pruebas interiores y dolor, en las penas de la Pasión; esa que empuja y hace que el alma ascienda hasta la Cruz; esa, en suma, que solemos conocer con la expresión «vivir el Purgatorio en la tierra». Refieren los biógrafos que su abstinencia fue un continuado ayuno; y su diario alimento, poco más que pan y agua.

Pero si dura fue su penitencia, que ofrecía por la conversión de los pecadores, no menos ardiente fue su caridad con las almas del purgatorio. Las biografías abundan en los carismas y las gracias místicas y el espíritu de oración y contemplación, que la mantenían en constante arrobamiento. Entre los fenómenos místicos destaca el de levitación: su espíritu, dicen los más antiguos biógrafos, la arrebataba de tal suerte que ella se mantenía en el aire, clavados los ojos en el cielo. Toda su vida fue un milagro de lo sobrenatural y una mantenida confidencia con el divino Esposo, que se aparecía con frecuencia y con ella dialogaba familiarmente. Iletrada en teología, fue no obstante consejera espiritual de grandes personajes que la consultaban secretos de vida y asuntos de gobierno. Adornada de virtudes y llena de méritos, en fin, y ya en la recta final de su vida en la tierra, el Señor le hizo la merced de conocer de antemano su próxima partida: los días anteriores a su muerte, el Señor la regaló de señalados favores que las mismas hermanas de la Comunidad pudieron percibir.

Sor Dorotea de la Cruz, priora del Convento de Religiosas Agustinas Descalzas de Benigánim, certifica el 20 de julio de 1881 que en el libro de ingresos, profesiones y defunciones

de dicho convento, folio 201, número 34, se halla la siguiente partida de defunción: «A 21 de enero de 1696 murió la Venerable Madre Josepha de Santa Inés, cargada de años y merecimientos, contaba a la sazón 71 años de edad y 52 de religión». Voló al cielo, pues, largamente experimentada en virtud y bien entrada en senectud, el día mismo de su patrona Santa Inés, virgen y mártir. Su olor de santidad no hizo sino crecer y difundirse a raíz de la muerte, razón por la cual el 18 de febrero de 1729, la Priora y Comunidad de Benigánim nombraron por acta notarial los primeros postuladores encargados de solicitar del señor Arzobispo de Valencia la incoación del proceso.

Fue el papa Gregorio XVI quien, cumplidos los requisitos de entonces, aprobó el decreto de virtudes en 1838. Estancada la Causa casi medio siglo, León XIII promulgó el 9 de marzo de 1886 el decreto sobre la verdad de dos milagros atribuidos a la Sierva de Dios. Oído el dictamen favorable de los cardenales el 8 de junio de 1886, aprobó solemnemente con fecha 11 de diciembre del mismo año el decreto que dejaba libre el camino para la beatificación. La madre Josefa María de Santa Inés de Benigánim fue, al fin, beatificada por León XIII el 21 de febrero de 1888 y su memoria litúrgica recurre en el actual *Martirologio romano* el 21 de enero.

Algunos libros aseguran que sus restos se conservan en el monasterio de las Agustinas de Benigánim, lo cual fue cierto hasta la Guerra Civil 1936-39. Su tumba entonces, como tantas otras, fue salvajemente profanada y los restos dispersados, y el convento y la iglesia, pasto de las llamas. Según fuentes de su actual Comunidad, el cuerpo desapareció sin que hasta la fecha se haya podido saber dónde fue a parar, ni tan siquiera si existe. Sólo se conserva una reliquia. Incluso se aseguró en su día que unos desalmados de pueblos comarcanos lo habían escondido en un pajar. Otros, que fue quemado. Corrió la voz también, tiempo atrás, de que en unas obras de la ciudad habían aparecido restos humanos que alguien, llevado del esnobismo, quiso identificar con los de la Beata, pero pronto un cuidadoso examen lo desmintió. El actual convento se ha ido reconstruyendo a fuerza de muchos sacrificios de la Comunidad agustiniana, eso sí, y la memoria de la Beata Inés sigue atrayendo a la iglesia

numerosos devotos que acuden a ella en demanda de favores o para rendirle piadosa gratitud. Junto al altar, en medio de los exvotos, una lápida pregona con laconismo tan rocambolesca historia: «1936: Sacrílego incendio de esta iglesia.1944: Homenaje de devoción y desagravio a la Beata Inés. Restaurado el sepulcro es colocada una imagen yacente con una reliquia de la Beata en sustitución de su glorioso cuerpo desaparecido».

> «Lo que más importa —manifestó el 9 de enero de 1956 el entonces arzobispo de Valencia, don Marcelino Olaechea— es su vida, el ejemplo maravilloso que nos dejó con sus virtudes. El que nosotros nos miremos en ella y aprendamos a la luz de ese ejemplo a ser santos con el temple y el vivísimo amor a Dios con que ella lo fue».

Y luego, precisando ya facetas de imitación:

> «La paciencia de la Beata Inés, su dulzura, su sencillez de corazón, su amor a la cruz de la enfermedad y de las tentaciones horribles que soportó, su desprecio de todo lo que no fuera amar y servir al divino Esposo, su fidelísima observancia religiosa, y aquel espíritu de ángel que siempre aureoló su vida (componen) esa lección actualísima que viene a dar solución a muchos problemas presentes y a llevar de la mano a tantas almas que aspiran. como la Beata a escalar la santidad».

El mejor resumen lo hacía el benemérito prelado con una frase que puede antojarse tópica, pero que encierra toda la fuerza de una cabal definición: «La Beata Inés es un modelo vivo del Santo Evangelio».

PEDRO LANGA, OSA

Bibliografía

BENAVENT, F., *Vida, virtudes y milagros de la Venerable Josefa María de Santa Inés, religiosa del convento de Benigánim, adicionada por el presbítero Juan Bautista Martínez y Tormo, Postulador de la Causa* (Valencia 1882).

P. DE LA DEDICACIÓN DE LA VIRGEN DEL PILAR, OAR, *La azucena de Valencia. Vida, virtudes y carismas de la Beata Josefa María de S. Ines (vulgarmente, Inés de Benigánim)* (Valencia 1973).

LEDOCHOWSKI, M., CARD., «Litterae Apostolicae de beatificatione Venerabilis Servae Dei Iosephae Mariae a S. Agnete. Leo PP. XIII. Ad perpetuam rei memoriam», en LEONIS XIII, P. M., *Acta,* vol. VIII-X (Graz 1971) 135-141.

LOPEZ-MELUS, R. M., *Beata Inés de Benigánim* (Valencia 1982).

Martyrologium romanum, o.c., 104.

PANEDAS, P., *Josefa María Inés de Benigánim. La Nina* (Marcilla 1994).

RANO, B., OSA, «Fisonomía y fin de los movimientos de recolección y descalcez de la Orden Agustiniana en España»: *La Ciudad de Dios* 182 (1969) 30-65: esp. 54-57.

TOSCA, T. V., *Vida, virtudes y milagros de la Venerable Madre Sor Josefa María de Santa Inés* (Valencia 1775).

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SAN EPIFANIO DE PAVÍA
Obispo († 496)

Este santo obispo desarrolló una admirable actividad a favor de la Iglesia y de los pueblos en un tiempo sumamente difícil, pues fue el tiempo de la invasión de los bárbaros.

Había nacido en Pavía en el seno de una familia acomodada y de niño fue admitido por el obispo Crispín en el clero diocesano, en el que fue subiendo según los grados, ordenándose de diácono el año 458 a la edad de veinte años. Dedicado a la oración, al estudio de la sagrada Escritura y al cumplimiento de sus deberes, se acreditó de tal modo que, antes de morir, el obispo Crispín lo recomendó al metropolita de Milán como su mejor sucesor. Y en efecto el año 466, a la muerte de Crispín, fue consagrado obispo de Pavía.

De su labor como obispo se ha subrayado la serie de útiles embajadas que desempeñó ante diversos tronos, siempre para utilidad común, resaltando la que cumplió ante el rey Gundobaldo de los burgundios, obteniendo la libertad de seis mil prisioneros.

Fue muy sobresaliente su labor de reconstruir Pavía tras la tremenda devastación causada en la ciudad por el enfrentamiento entre los ejércitos de Orestes y Odoacro. Epifanio derrochó caridad e inventiva para que llegara ayuda a todo tipo de persona.

Su calidad humana y religiosa fue reconocida por todos y verdaderamente brilló como un gran pastor de la Iglesia de su tiempo. Estando en una embajada en Rávena enfermó, pero pudo llegar a Pavía donde entregó su alma a Dios el 21 de enero del año 496.

SAN MEINRADO
Martir († 861)

Nace en el seno de una familia campesina en Sulichgau, junto a Wurtemberg en Alemania. Sintiendo la vocación religiosa ingresó en el monasterio suizo de Reichenau de monjes benedictinos, donde hizo la profesión religiosa y en su momento fue ordenado de presbítero. Fue dedicado a la enseñanza de los jóvenes.

Sintiendo la llamada a la soledad, pidió permiso a sus superiores para llevar vida de ermitaño, y la licencia le fue concedida, yéndose a seguirla en un vecino bosque. Pero muy pronto su soledad se vio turbada por la cantidad de personas que venían a verlo y a pedirle consejo. Entonces se alejó y se estableció en las cercanías de Einsiedeln. Aquí pudo llevar durante veinticinco años una vida de completa soledad, dedicado a la contemplación y la continua plegaria en medio de una enorme austeridad.

Su asesinato el 21 de enero del año 861 tuvo lugar cuando llegaron hasta su soledad unos ladrones a quienes él acogió bondadosamente. Los dos ladrones pensaron que Meinrado ocultaba un tesoro y para hacerse con él lo asesinaron. Se dice que fueron detenidos porque dos cuervos los persiguieron hasta Zurcí. Ambos confesaron su crimen antes de ser quemados vivos.

Su cuerpo fue recogido y honrado como el de un mártir, y en el sitio donde él vivió surgió luego el monasterio de Einsiedeln, aún existente

BEATOS JUAN BAUTISTA TURPIN DU CORMIER Y COMPAÑEROS
Martires († 1794)

Tal día como hoy del año 1794 fueron guillotinados en Laval trece sacerdotes diocesanos y un fraile franciscano, acusados oficialmente de ser enemigos de la República Francesa, al negarse a hacer el doble juramento que se les pedía: el del acata-

miento a la constitución civil del clero y el llamado de libertad-igualdad.

En principio estaban condenados a la deportación como tantos otros sacerdotes refractarios, pero su vejez o enfermedad les había impedido ser deportados. Les habían tenido detenidos en el convento llamado de la Patience desde que empezaron a llegar en octubre de 1792. Liberados por los vandeanos y vueltos a detener tras la derrota de éstos, su escasa salud les hizo muy dura la prisión, aparte el escaso miramiento con que fueron tratados.

El día 21 de enero de 1794 por la mañana temprano tuvo lugar el juicio contra ellos, en el que uno tras otro se fueron negando a prestar los juramentos que se les pedían y fue dictada contra ellos sentencia de muerte sobre la base de esta negativa. Todos alegaron su condición de sacerdotes católicos, leales a la Iglesia, para justificar su negativa y recibieron la sentencia de muerte con tranquilidad.

Del juicio fueron llevados al patíbulo y uno tras otro fueron guillotinados. Sus nombres son: Juan B. Turpin du Cormier, párroco de la Trinidad, de Laval; Juan María Gallot, capellán de las monjas benedictinas; José Pellé, capellán de las clarisas de Laval; Renato Luis Ambroise, adscrito a la parroquia de la Trinidad; Julián Francisco Morin, adscrito a la parroquia de San Venerando; Francisco Duchesne, prebendado del cabildo de San Miguel; Jaime André, párroco de Rouessé-Vasse; Andrés Duliou, párroco de Saint Fort; Luis Gastineau, capellán de Port Brillet; Francisco Migoret, párroco de Rennes-en-Grenouille; Julián Moulé, párroco de Saulges; Agustín Manuel Philippot, párroco de Bazouge-des-Alleurs; Pedro Thomas, capellán del Hospital de San Julián en Chateau-Gontier; Juan Bautista Triquerie, sacerdote de la Orden franciscana conventual.

Pío XII beatificó a estos mártires de Cristo el 19 de junio de 1955.

SAN ALBANO ROE Y OTROS MÁRTIRES INGLESES

El día 21 de enero de 1642, reinando Carlos II, el príncipe que en el destierro había prometido libertad o al menos no per-

secución a los católicos de su reino cuando llegase a rey, pero que ya en el trono no logró impedir que los martirios siguieran, fueron ajusticiados en la plaza londinense de Tyburn dos sacerdotes católicos: el benedictino Albano Roe y el sacerdote secular Tomás Reynolds o Green.

El primero se llamaba inicialmente Bartolomé, adoptando el nombre de Albano cuando se hizo monje benedictino, y había nacido en Suffolk en el seno de una familia protestante. Su formación literaria fue en Cambridge, y cuando era estudiante se ofreció a ir a visitar en la cárcel a un obrero católico que se negaba a abjurar de su religión. Bartolomé no solamente no convenció al católico preso sino que quedó tocado él mismo por los razonamientos que éste le hizo, y a partir de ahí comenzó una crisis interior que le condujo al catolicismo. Habiendo optado por el sacerdocio, ingresó en el colegio de Douai en 1608 para ser sacerdote, pero tres años más tarde era despedido del colegio por su mal temperamento. Entonces pidió y obtuvo ingreso en la abadía benedictina de Dieulouard (Lorena) y profesó como monje, ordenándose luego de sacerdote. Luego de desempeñar otros ministerios en su Orden fue enviado a la misión inglesa, siendo un tiempo después apresado y pasando cinco años en la cárcel. Salió de ella en 1623 gracias a la influencia del embajador español y debiendo abandonar el país; pero volvió muy pronto y de nuevo fue detenido, estando nada menos que quince años en la cárcel antes de ser juzgado. Albano convirtió su cárcel en lugar de intenso apostolado y servicio cristiano a los presos. Pero logró, además, que el carcelero le dejara libre durante el día, volviendo a dormir a la cárcel, lo que le posibilitó un intenso trabajo sacerdotal con los fieles de Londres. Juzgado finalmente en Old Bailey, fue condenado a muerte.

Tomás Green, conocido por Reynolds, era natural de Oxford, donde nació en 1563. Ingresó en el Seminario de Reims en 1587 y de ahí pasó a Valladolid y luego a Sevilla en 1591, donde se ordenó de sacerdote. Pasó a la misión inglesa, y habiendo sido apresado en 1606, fue desterrado. Volvió al poco y trabajó fructuosamente hasta 1628 en que fue apresado, juzgado y condenado a muerte. La reina Enriqueta logró impedir la ejecución, y Tomás permaneció en la cárcel hasta

que en 1642 el Parlamento exigió del rey severidad con los católicos.

Ambos mártires antes de ser ajusticiados recitaron el *Miserere*. Rezaron públicamente por el rey y se despidieron de la multitud que había acudido. Luego fueron ahorcados y descuartizados.

San Albano Roe fue canonizado el 25 octubre 1970 y Tomás Reynolds beatificado el 15 diciembre 1929.

Este mismo día 21 de enero pero del año 1586 fueron martirizados en la misma plaza de Tyburn los Beatos Eduardo Stransham y Nicolás Wheeler, ambos sacerdotes seculares. El primero era natural de Oxford y el segundo de Hereford y usaba también el apellido de Woodfen, y ambos habían estudiado juntos en el Seminario de Douai, ordenándose juntos de sacerdotes en Soissons el 15 diciembre 1580. Ambos trabajaron celosamente en la misión inglesa, cada uno por su parte, hasta que apresados ambos y llevados ante el juez, confesaron su fe católica y fueron condenados a muerte como traidores a la corona. El primero fue beatificado el 15 diciembre 1929 y el segundo el 22 noviembre 1987.

SAN JUAN NI YOUN IL
Mártir († 1867)

En la persecución coreana contra la Iglesia los fieles seglares, como ya queda dicho en otro lugar, pese a que su conversión al cristianismo era reciente, demostraron una fe profunda y seria, y por ello concurrieron a la palestra a luchar por el evangelio con su testimonio martirial junto con sus misioneros.

Tal día como hoy, 21 de enero, del año 1867 padeció martirio en el pueblo de Toi-Kon un seglar llamado Juan Ni Youn Il. Tenía 45 años de edad y se había acreditado ante los misioneros como para encomendarle el cargo de catequista de los niños y de los catecúmenos, cargo que él desempeñaba con gran celo. Estaba casado y era padre de familia. Se ganaba la vida como agricultor.

Cuando fue arrestado, se quiso a todo trance conseguir su apostasía, ya que si el catequista apostataba, ello sería buen ar-

gumento para conseguir que otros fieles lo hicieran. Por ello fue atrozmente atormentado. Primero fue molido a palos, recibiendo innumerables azotes que lo dejaron maltrecho, y como esto no fue suficiente para que apostatara se le descoyuntaron los huesos, lo que le produjo dolores terribles. El mártir soportó con viva fe y gran paciencia los tormentos, teniendo delante de su alma los dolores de Cristo en su pasión y ofreciendo al Señor su vida en gratitud por el don de la fe y la redención que de Él había recibido. No vaciló un momento en su confesión cristiana y admiró a todos la alegría que mostraba de padecer por Cristo. Consumó su martirio cuando su cabeza fue separada de un tajo de su cuerpo, volando al cielo su hermosa alma.

La comunidad cristiana conservó el recuerdo de éste, como de los otros mártires, y por ello su nombre estuvo en la lista dorada de los que canonizó en Seúl el papa Juan Pablo II el día 6 de mayo de 1984.

22 de enero

A) Martirologio

1. En Valencia (España), San Vicente († 304), diácono de Zaragoza y mártir **

2 Igualmente la conmemoración de San Valero († 305 o 316), obispo de Zaragoza, que llevado a Valencia con San Vicente, luego fue desterrado *.

3. En Novara (Liguria), San Gaudencio († 418), primer obispo de esta sede.

4. En Bethsaloe (Persia), San Anastasio († 628), monje y mártir *.

5. En el monasterio de Romans de los Alpes, la deposición de San Bernardo († 842), abad y obispo de Vienne, fundador de dicho monasterio

6. En Sora (Lacio), Santo Domingo († 1031), abad, fundador de varios monasterios y reformador de la vida monástica.

7 En Pisa (Toscana), Beata María Manzini († 1431), viuda, priora del monasterio de Santo Domingo.

8 En Como (Lombardía), Beato Antonio della Chiesa († 1459), presbítero, religioso dominico.

9. En Londres, Beato Guillermo Pattenson († 1592), presbítero y mártir en la persecución de Isabel I *.

10. En Tonkín, los santos Francisco Gil de Frederich y Mateo Alonso de Leciniana († 1745), presbíteros, religiosos dominicos misioneros y mártires.

11. En Roma, San Vicente Pallotti († 1850), presbítero, fundador de la Sociedad del Apostolado Católico **.

12. Beato Guillermo José Chaminade († 1850), presbítero, fundador de la Sociedad de María, Marianistas **.

13. En Junín de los Andes (Argentina), Beata Laura Vicuña († 1904), virgen, alumna de las Hijas de María Auxiliadora *.

14. En Castelletto del Garda (Véneto), Beato José Nascimbeni († 1922), presbítero, fundador del Instituto de las Hermanitas de la Sagrada Familia **.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

SAN VICENTE

Presbítero y mártir († 304)

La situación de la Iglesia hacia el año 300 no podía ser más halagadora. Eusebio, historiador objetivo que vivió aquellas fechas, llega a decir que una muchedumbre incontable de personas diariamente se acogía a la fe de Cristo. A pesar de ello, se desencadenó una nueva persecución, la última de aquella serie y la más duradera, pues, iniciada por Maximiano y Diocleciano, fue continuada por otros emperadores hasta que Constantino y Licinio concedieron en 313 la libertad de cultos.

En marzo del 303 se publicó el primer edicto imperial, en el cual se ordenaba que las iglesias fueran arrasadas y los libros sagrados echados al fuego. Como penas, se establecía que las personas ilustres serían tachadas de infamia y que los plebeyos perderían la libertad. A poca distancia de ese edicto siguieron otros, ordenando el encarcelamiento de los jefes de la Iglesia y obligarles a sacrificar a los dioses sin parar en medios; que se diera tortura sin limitación, a criterio de los magistrados, a todo cristiano que no renegase de sus creencias; y para que nadie pudiera escapar, todo el mundo debía presentarse en determinado día para ofrecer a los dioses el sacrificio prescrito.

Las leyes no podían ser más severas ni más difíciles de burlar. Maximiano se dio prisa para que se cumplieran los edictos en nuestra Península, cuya cristiandad era floreciente, y para

ello mandó al prefecto Daciano. Éste estuvo en España un par de años y se dio a conocer en todas partes por su fanatismo y crueldad. A él debemos la gloria de tener tantos mártires y gracias a ellos ha perdurado el nombre de Daciano. Entró por los Pirineos. Dejó la pequeña Gerona al cuidado del juez Rufino, pasando él a Barcelona. En esa ciudad se conformó con un escarmiento pasajero sacrificando a Cucufate, un apóstol seglar, y a la jovencita Eulalia, una espontánea. Y siguió el camino hasta Zaragoza, la floreciente colonia César Augusta emplazada a orillas del Ebro. Allí se encontró con el obispo Valerio, el diácono Vicente y un grupo numeroso de cristianos tenaces, decididos a todo menos a renegar la fe. Zaragoza fue la ciudad de España que tuvo más mártires.

Las actas que poseemos sobre el martirio de San Vicente son tardías, mas concuerdan en lo sustancial y en muchos detalles con el himno de Aurelio Prudencio y con los panegíricos que le dedicó San Agustín. Vicente descendía de una familia ilustre y era hijo de padres cristianos. Piadoso y despierto que era, se aficionó de muy joven al servicio de la Iglesia. Valerio, el obispo, era un celoso propagador de la fe, pero hallándose ya anciano y con dificultad en el hablar, adivinó en el joven Vicente un buen colaborador. Le ordenó diácono, le nombró su arcediano, o sea, el primero de los siete diáconos que había en las iglesias catedralicias, y le encargó el ministerio de la predicación. Vicente predicaba y convencía. Por su elocuencia, fervor y ejemplaridad de vida pronto se hizo popular.

En eso, llega Daciano a Zaragoza. Sacrifica a los dioses según costumbre, publica el edicto y espera. Comienzan las denuncias y consiguientes encarcelamientos. Valerio y Vicente, maniatados, fueron conducidos a la cárcel. Daciano no se atrevió a juzgarlos en la misma ciudad, sin duda por temor a un tumulto. Se marchaba a Valencia y llevóse a los presos. Allí, lejos del apoyo moral de los feligreses, creía ablandarlos con más facilidad.

Ya en Valencia, fueron conducidos un día ante el tribunal. El agotado obispo no se explicaba a satisfacción del Prefecto; mas allí estaba Vicente dispuesto a secundarlo, y lo hizo con frases tajantes: «No creemos en vuestros dioses. Sólo existe Cristo y el Padre, que son un solo Dios. Nosotros somos sier-

vos suyos y testigos de esa verdad. Arráncame, si puedes, esta fe». Daciano se desentendió del anciano obispo, mandándolo al destierro; mas, para el arrogante diácono comenzaron los tormentos.

La justicia romana utilizaba la tortura como medio corriente para arrancar a los reos la verdad. Para con los cristianos sucedía a la inversa: se les atormentaba para que negasen. Había diversos grados de tortura: el potro o ecúleo, los garfios y tenazas y, finalmente, el fuego. Vicente pasó por todos ellos. En primer lugar lo extendieron sobre el ecúleo para descoyuntarle los miembros. Viendo que el joven aguantaba impávido, el juez ordenó que le desgarraran el cuerpo con garfios de hierro. Entre tanto, Vicente decía:

> «Te equivocas si piensas que me castigas desgarrando estos miembros, mientras no puedes manchar el alma libre e intacta. Te empeñas en romper un vaso de tierra, por otra parte frágil, que de todas formas ha de quebrarse pronto».

A Daciano le desconcertó la entereza de aquel joven y, comenzando a dudar del triunfo, cambió de método. «Pase —le dice— que no quieras sacrificar a nuestros dioses; pero, entrégame por lo menos los libros de tu religión para que los eche al fuego». Vicente se niega una vez más, rotundamente, y Daciano, cegado por la ira, ordena el supremo grado de tortura, el fuego. El mártir es colocado sobre unas parrillas puestas al rojo y aplican a su cuerpo hierros candentes. Vicente permanecía inmóvil en medio de aquel horrendo suplicio; sólo levantaba los ojos al cielo, no pudiendo levantar las manos porque las tenía atadas.

Con frecuencia, los hagiógrafos nos presentan a los mártires como insensibles a los tormentos. Aunque alguna vez se pudiera dar este caso por gracia especial, lo ordinario no fue así, los mártires sentían las torturas en sus carnes y padecían de verdad. El auxilio divino no consistía en hacer el tormento innocuo, sino en hacerlo llevadero. Y es que Dios nuestro Señor, cuando nos pone en un apuro, del orden que sea, nos da al mismo tiempo las gracias necesarias para salir de él. Nunca somos probados por encima de nuestras fuerzas. Vicente no hubiera resistido aquello humanamente. Resistía porque Dios le ayudaba. Era la gracia di-

vina. Lo cual nunca pudieron comprender los paganos y atribuían tanta resistencia a obstinación, teatralidad o magia.

Vicente salió triunfante una vez más de aquella prueba. Antes se cansaron los verdugos de atormentar que el Santo de resistir. No sabiendo qué hacer de aquel cuerpo horriblemente lacerado y quemado, Daciano, consciente de la derrota, se lo sacó de delante, mandándolo al lugar más oscuro del calabozo.

Parece que el poeta Prudencio visitó esta cárcel, pues unos años más tarde, al cantar el martirio de nuestro Santo, la describe en estos términos: «En el fondo del calabozo hay un lugar más negro que las mismas tinieblas, un covacho que forman las estrechas piedras de una bóveda inmunda; allí reina una noche eterna y jamás llegó a penetrar un rayo de luz». Despojando lo que hubiere de exaltación poética, esta descripción concuerda con lo que eran algunas celdas; más lóbregas que las comunes, para castigar e incomunicar a determinados prisioneros.

Pero Dios no abandonó a Vicente. Aquella noche el calabozo se iluminó de pronto, el suelo quedó sembrado de flores, el Santo se vio sobre un lecho mullido y los ángeles descendieron junto a él y le recreaban con celestiales armonías, mientras uno de ellos le decía con rostro sonriente: «Levántate, ínclito mártir, y únete como compañero nuestro a los coros celestiales». Vicente, que había resistido tantos tormentos, no resistió el goce anticipado de la felicidad celeste y falleció en aquellas circunstancias. Se convirtió el carcelero, que se había dado cuenta de todo, y un grupo de cristianos fue a rendirle homenaje.

Pasamos por alto las hermosas leyendas que se tejieron alrededor de su entierro. El cuervo que defendía el cuerpo sagrado de la voracidad de otras aves; la piedra atada al cadáver, la cual, en vez de sumergirlo en el mar, lo retorna a la orilla. Los artistas medievales echarán mano de estos atributos para representar al santo diácono.

El culto a San Vicente se propagó enseguida. San Agustín atestigua que la Iglesia de África leía públicamente las actas el día de la fiesta. El papa San León Magno en Roma y San Ambrosio en Milán hicieron el panegírico en el aniversario de su muerte. Elogian la intrepidez de nuestro Santo San Isidoro de Sevilla y San Bernardo. En la Roma medieval había tres basí-

licas dedicadas a San Vicente. Las había también en otras partes de Italia, en Francia y en la Dalmacia (actual Yugoslavia). El culto favoreció el reparto de reliquias. Se encuentran éstas en muchas ciudades de España, Portugal y Francia, a donde las llevó, según cuentan las crónicas, el rey franco Childeberto, en el siglo VI, y las repartió por París, Metz, Castres y Besançon. Alrededor de los traslados de reliquias han surgido también curiosas leyendas, que, si no responden siempre a la estricta verdad, dan idea de la gran devoción que le tenían los fieles. San Vicente ha resultado ser el más famoso de los santos españoles, sin duda porque hasta el último momento supo hacer honor al nombre de *Vincentius,* o sea invicto.

JUAN FERRANDO ROIG

Bibliografía

Act. SS. Boll., Ian., día 22. Otras dos *Passiones.*
ALLARD, P., *Histoire des persécutions,* IV p.237s.
DELEHAYE, H., *Les origines du culte des martyrs,* o.c., 418s.
LAGGER, L. DE, *St. Vincent de Saragose* (1927).
LECLERCQ, H., *Les martyrs,* o.c., II p.437s.
MAILLÉ, M. DE, *Vincent d'Agent et Vincent de Saragose* (París 1949).
Passio Sancti Vincentii levitae, ed. en TH. RUINART, *Acta primorum martyrum sincera...,* o.c., fueron posteriormente completadas. En BAC Normal, 75 p.995s.
PRUDENCIO, en *Peristephanon,* himno 5. Véase en BAC Normal, 58 p.555s.

SAN VICENTE PALLOTTI

Presbítero († 1850)

Nace el 21 de abril del año 1795, en el seno de una acomodada familia establecida en Roma. Su padre, Pedro Pablo Pallotti, un comerciante bien situado con acreditada rectitud; su madre, María Magdalena de Rossi, una mujer de acendrada religiosidad. Fue el tercero de diez hijos, y siempre recordó la exquisita formación religiosa recibida de sus progenitores: «El Señor me ha dado unos padres santos y yo he aprovechado de ambos sus enseñanzas». Fue bautizado al día siguiente de su nacimiento en la parroquia de S. Lorenzo in Damaso. Fue alumno de las Escuelas Pías de S. Pantaleón, de donde pasó al Colegio Romano. Una tía suya monja clarisa en 1810 fue a vivir con sus

padres al haber destruido los franceses su convento, contribuyendo durante su estancia a decidirle por el camino de la perfección, dándole a conocer la espiritualidad franciscana y a vivirla como miembro de la Tercera Orden.

Recibió el presbiterado el 18 de mayo de 1818, celebrando su primera misa en la iglesia del Corazón de Jesús de Frascati. Su máxima preocupación fue dar a conocer el amor de Dios, dejándose dominar por la gloria y la grandeza de su amor infinito para divinizarse el mismo hombre y convertirse en un apóstol lleno de fuerza y de gracia. En 1834 comienza a desarrollar una idea que ha visto con providencial claridad: debe activarse la energía de los seglares en la obra del apostolado misionero para propagar la fe entre los hombres. El 14 de abril del año siguiente inició la Sociedad del Apostolado Católico, su obra.

En un siglo con nuevas familias religiosas surge una con un fin específico que no se propone nada de particular o insólito, sencillamente, coordinar y potenciar todas las obras existentes llamando a colaborar a sacerdotes y laicos. Se necesitaba la colaboración de los laicos en el apostolado de la Iglesia, hombres y mujeres de toda clase social. Comenzó instruyendo a los niños del Oratorio de Santa María del Pianto, abrió más tarde dos escuelas para aprendices, predicó a nobles y militares, dedicó su mayor atención a los pobres, renunció a honores y beneficios eclesiásticos, aceptando, sin embargo, la dirección espiritual del Seminario Romano, y de los Colegios de Propaganda Fide, escocés, irlandés, griego e inglés.

Entre 1837 y 1845 transcurrió el período heroico de su obra, viéndose marginado por la incomprensión y la envidia, perseverando y dilatándose en la acción: «¡No creas que eres incapaz de lograr menos que los mayores santos! Con la gracia de Dios, conseguirás metas aún más altas».

La novedosa consideración del laicado como parte integrante de la Congregación, con los mismos deberes misionales, derechos y privilegios espirituales, descubrió su riqueza carismática advirtiéndole de la urgencia del apostolado bajo la dirección de la jerarquía. En este sentido fue el precursor de los fines y actividades de la Acción Católica, de ahí que de inmediato formaran parte de su Congregación médicos, abogados, tipógrafos, ebanistas...

En 1835 se hace cargo de la Iglesia Nacional de los Napolitanos de Roma, desplegando su inagotable actividad apostólica con conferencias semanales a los sacerdotes, misiones populares y predicando ejercicios espirituales. Dios ocupaba el centro de su vida con el ferviente deseo de perseverar en el amor a Dios. En este sentido su apostolado universal era la consecuencia del amor divino, una espiritualidad que ha dejado una profunda huella en el último tercio del siglo XX según la preocupación sobre el apostolado seglar del Concilio Vaticano II, que reiteradamente ha manifestado el papa Juan Pablo II recordando la vocación y misión de los laicos en la Iglesia y en el mundo. «Trabajemos, trabajemos incansablemente en la propagación de la fe y en suscitar el amor por la infinita gloria de Dios».

En enero de 1836 celebró por primera vez el Octavario por la unidad de las iglesias cristianas.

Durante la epidemia colérica del año 1837 Pallotti y sus amigos se dedicaron decididamente a atender a los apestados, acreditándose de manera notable entre los romanos la admirable caridad de todos ellos. En 1838 surgió la primera comunidad femenina de las Hermanas del Apostolado Católico, al tomar el hábito cinco educadoras de la Pia Casa di Carità de Roma.

También se consagró con ahínco a paliar las necesidades de las misiones en países no cristianos y de la Iglesia en naciones no católicas. Al estallar la revolución de los republicanos radicales en 1849 sufrió persecución, en razón de lo cual tuvo que esconderse durante los meses de febrero a julio. Era considerado como «amigo de los jesuitas» y «enemigo del pueblo», encontrando refugio en el Colegio Irlandés. Durante su estancia en el mismo escribió de rodillas el devocionario titulado «Dios, el amor infinito», donde dejó muestra de su esclarecido espíritu mediante sencillas meditaciones del Credo apostólico para los fieles, mostrando la riqueza de su vida interior: «¡Oración! ¡Oración! Para que llegue el momento en que se pueda hacer todo».

La Virgen María tuvo un lugar principal en su corazón y en su espiritualidad: «con este amor intento amarla y deseo que sea amada y honrada siempre por todas las criaturas». Por amar y hacer amar a «mi más que enamoradísima Madre» publicó de-

vocionarios, convirtiéndose en el apóstol de la piadosa práctica del Tributo cotidiano a María, según las obras de San Buenaventura.

Amigo fraterno de San Gaspar del Búfalo, a quien confesó y confortó en su tránsito, y de quien actuó como testigo en el proceso informativo para la causa de canonización: «Caso verdaderamente raro. El sacerdote romano que declaró e informó para la canonización del sacerdote romano».

El amor a los pobres constituye una exigencia intrínseca y fundamental, dando ejemplo con su testimonio caritativo de caridad fraterna y contribuyendo a la civilización del amor. Un gran esfuerzo llevado a cabo con providente visión profética que «constituye el documento de identidad de los Palotinos en la Iglesia».

El crecimiento de la Sociedad y la multiplicación de sus iniciativas lo indujeron a aceptar la iglesia de S. Salvatore in Onda como sede de la misma, debiendo realizar costosas obras de restauración en la fábrica. Falleció el 22 de enero de 1850, recibiendo sepultura en la iglesia de S. Salvatore in Onda. A su muerte se fundó la Congregación Misional de las Palotinas que estableció su sede central en Limburgo (Alemania).

Su cuerpo fue reconocido en 1906, siendo colocado en 1950 debajo de la mesa del altar mayor. Fue beatificado por Pío XII el 22 de enero de 1950. El 20 de enero de 1963 fue declarado Santo por el Beato Juan XXIII en la Basílica Vaticana, proclamándolo patrono principal de la Unión Misional del Clero el 6 de abril de 1963.

ANDRÉS DE SALES FERRI CHULIO

Bibliografía

AAS 42 (1950) 176-182ss y 55 (1963) 801-808
Bibliotheca sanctorum, t.XII cols.1181-1186.
Index ac status causarum, o.c., 581
Martyrologium romanum, o.c., 106.
L'Osservatore Romano (21 y 22-1-1963; 22 y 28-4-1995).
STELZER, K., *Vicente Pallotti. Un santo para hoy* (Estella 1978).

BEATO GUILLERMO JOSÉ CHAMINADE
Presbítero († 1850)

Guillermo José Chaminade vio la luz en Périgueux, la ciudad francesa donde vivían los suyos, humilde familia de artesanos y comerciantes, el 8 de abril de 1761, cuando en Francia estaban de moda los ataques a la religión y un nuevo modo de pensar, crítico hacia la fe, pugnaba por abrirse camino en la sociedad. A la Cátedra de San Pedro había subido en 1758 el cardenal Rezzonico con el nombre de Clemente XIII, y los jesuitas, pese al apoyo del Papa, habían sido expulsados de Portugal un año después. Decimocuarto y último de los hijos que el matrimonio Blas Chaminade y Catalina Béthon sacó adelante, sólo seis llegarían a edad adulta, Guillermo José fue bautizado el mismo día de su natalicio en Saint Silain, la más importante de las seis parroquias de la ciudad, después de la catedral Saint-Front. El padre había causado baja como maestro vidriero y se dedicaba al comercio de telas en un modesto establecimiento de la calle Teillefer. Difíciles tiempos aquéllos para mantener a tantos de familia, y eso que los Chaminade pertenecían a la pequeña burguesía; eran de costumbres recias, religiosas, bien inculcadas a los hijos. Guillermo José hablará mucho de la influencia de su madre.

Terminada la escuela primaria fue con su hermano Luis Javier, tres años mayor que él, al Colegio de Mussidan, del que era director Juan Bautista, el hermano mayor, jesuita que, al suprimirse en Francia la Compañía de Jesús (1762), se había incardinado en Burdeos. La Congregación sacerdotal de San Carlos, a la que Juan Bautista se había adherido, dirigía Mussidan, cuyo reglamento educativo influirá en nuestro Beato cuando redacte las Constituciones de la Compañía de María. Aunque Mussidan no era propiamente seminario, muchos alumnos iniciaban allí los estudios sacerdotales. Al confirmarse, añadió José al nombre de pila como queriendo significar así su sensibilidad mariana: José fue la primera persona más cercana a María, la cual ya para entonces destacaba en su vida de fe. Peregrino tiempo atrás al santuario de Verdelais para agradecer una curación, ahora empezó a visitar la pequeña iglesia de Nuestra Señora de la Roca, en el mismo Mussidan, junto al río Isle, cuya curiosa ima-

gen de María con Jesús niño en brazos y con Jesús tras el descendimiento de la cruz parecía señalarle el camino de la encarnación y de la misión. En 1775 profesa en privado pobreza, castidad y obediencia y en 1777 pide con Luis Javier el hábito eclesiástico.

Le atrae, pese a todo, la vida religiosa y de ahí su visita a conventos de la comarca, aunque por ninguno se decide en vista de que, uno tras otro, todos, por diversos motivos, le van decepcionando. Y es que la vida religiosa había caído mucho desde unos años antes de la Revolución. Ya en 1770 la Asamblea Nacional del Clero había propuesto medidas tendentes a evitar lo peor, pero ni así. Sólo en Francia llegaron a cerrarse por esos años más de cuatrocientos cincuenta conventos y desaparecieron ocho órdenes religiosas. De manera que su hermano Juan Bautista le aconseja ingresar siquiera provisionalmente en la Congregación sacerdotal de San Carlos.

Terminadas las humanidades, acude a Burdeos y de allí a París para cursar filosofía y teología. Su estancia parisina dura cuatro años en el seminario de San Sulpicio, donde tiene por maestros a futuros mártires de la Revolución. Tres de sus hermanos son ya sacerdotes cuando él recibe allí la ordenación sacerdotal en 1785, año también de su Doctorado en teología. De vuelta en Mussidan, es nombrado profesor de matemáticas, física y química, y administrador del Colegio en el que su hermano Luis Javier es prefecto de estudios y Juan Bautista director. Bajo los tres Chaminade, Mussidan vive los mejores años de su historia. Pero el panorama político iba deteriorándose por días. Como último recurso, Luis XVI decidió convocar a los Estados Generales, no reunidos desde 1614, y Guillermo José salió compromisario para la elección de diputados que en representación del clero de Périgueux debía ir a París.

Los acontecimientos iban a precipitarse: estalla en el verano de 1789 la Revolución Francesa y al siguiente, 12 de julio, se aprueba la constitución civil del clero que convierte a los sacerdotes en funcionarios del Estado e instrumentos de una «Iglesia nacional». Juan Bautista muere a principios de 1790. Los sacerdotes de Mussidan se niegan a jurar y tienen que cerrar el Colegio. Con Robespierre llega el terror. Guillermo José

no tiene más remedio que irse a Burdeos, donde, por menos conocido, puede ser más útil. «El San Vicente de Paúl bordelés», disfrazado de vendedor ambulante o de calderero, resuelve dificultades, visita enfermos, celebra sacramentos clandestinamente y compra la viña de San Lorenzo, pequeña finca con casa en las afueras de la ciudad donde instala a sus padres: será refugio para él y cuna para la Compañía de María.

Pero aquello no para. Proclamada la República en 1792, los sacerdotes negados al juramento tienen que salir al destierro. Se impone la vida clandestina, pues hasta 300, muchos de ellos sacerdotes amigos suyos, son guillotinados en Burdeos. Sigue a pesar de todo ejerciendo el ministerio, contrariamente a tantos, obispos incluso, que juran la constitución civil, cuya finalidad era implantar una Iglesia nacional independiente de Roma. Con la caída de Robespierre en 1794 vuelve la luz. Se arbitran normas para la reinserción sacerdotal de los que habían jurado, y Guillermo José no tarda en verse entre quienes deben controlar aquello. Piensa entonces en los jóvenes para reconstruir la vida diocesana y abre a tal fin oratorios y lugares de reunión. Desdichadamente la calma dura poco, pues la Convención ordena expulsar a cuantos no hubieran jurado y la Municipalidad de Burdeos elabora una lista de quienes, expulsados de Francia, habían vuelto después de 1794. Por más que Guillermo José quiso probar que nunca había dejado la ciudad, le fue imposible ver borrado su nombre. Así que el 18 de septiembre de 1797, con los jacobinos en el poder, cruza la frontera rumbo a España y la víspera del Pilar llega a Zaragoza. Del Garona en Burdeos al Ebro en Zaragoza, pues.

Le impresiona la fe popular a orillas del Ebro, donde él mismo pasa largos ratos orando. Allí fraguaron muchos proyectos que luego irían saliendo a flote. Ante la Virgen del Pilar intuyó lo que acabaría siendo la Compañía de María. De ahí que tantas obras marianistas lleven hoy el nombre de «El Pilar». Y allí también comprendió, a fuerza de repetir el *«Nova Bella elegit Dominus»,* que María estaba señalando la necesidad de una nueva manera de trabajar y misionar: como ella en la columna, «fuertes en la fe», portando a Jesús, conformando una gran comunidad misionera al servicio de la fe. Los exilia-

dos se convencieron pronto de que había que volver a Francia igual que se va a un país de misión. A consecuencia de la vorágine revolucionaria, el suyo ya no era un país cristiano; había que convertirlo aplicando nuevos métodos apostólicos. Esta idea se le grabó hasta tal punto que, cuando funde la Congregación primero y luego el Instituto de Hijas de María y la Compañía de María, insistirá mucho en el carácter misionero de su apostolado.

De nuevo en Burdeos con el crepúsculo de 1800 y en la miseria total, su antigua criada María Dubourg tiene que prestarle hasta una cama para dormir. Por si fuera poco, autoridades y pueblo recelaban de los que ahora volvían. Nada quedaba de lo anterior. La Santa Sede le otorga en marzo de 1801 el título de Misionero apostólico, único que aceptó y transmitió luego a los Superiores generales de la Compañía de María. Para empezar, abrió un oratorio en la calle de San Simeón, donde celebraba la eucaristía y atendía a los necesitados. Allí nacerá la Congregación de la Inmaculada, muy pujante luego. Mientras, le llega el nombramiento de Administrador apostólico de Bazas, a la sazón vacante, cargo que mantiene hasta que la diócesis es unida a la de Burdeos.

A partir de ahí y hasta su muerte, toda su historia va a ser el desarrollo progresivo, y a la vez complejo, de esa nueva manera de concebir la evangelización y la Iglesia. Al revés que muchos fundadores, lo primero que hace es trabajar con los seglares. En su Congregación de la Inmaculada, tienen cabida jóvenes, adultos, hombres y mujeres, con los que forma verdaderas comunidades de fe y de misión. Las celebraciones en la Iglesia de La Magdalena, centro de la ciudad (que hoy sigue siendo la iglesia marianista de Burdeos), impresionan por el nuevo estilo. Todos los grupos sociales están representados. Y al comprometerse, lo hacen con una «consagración misionera», en alianza con María, para lo que Jesús les diga. Este sentido mariano y misionero será el sello original de la Familia Marianista.

El 8 de diciembre de 1800 doce jóvenes se consagran de modo solemne a la Virgen. Aunque el dogma inmaculista se proclame cincuenta años después, la Congregación nace ya defendiéndolo públicamente. Ésta fue desde el principio su obra

predilecta, de la que, como inspirador y director, estaba convencido que era el camino a seguir por la Iglesia de Francia: «unión sin confusión». La presidenta de la rama femenina fue mucho tiempo M. Teresa Lamourous, luego fundadora de la Obra de la Misericordia. Y una de las congregantes más activas, Adela de Batz de Trenquelléon, fundadora con él de las Hijas de María Inmaculada (Marianistas: FMI) el 25 de mayo de 1816 en Agen. Fue asimismo el germen de la Compañía de María (Marianistas: SM) que él también, junto con el joven congregante seglar Juan Bautista Lalanne, fundó el 2 de octubre de 1817, en la finca de San Lorenzo, de Burdeos. Su «composición mixta», que representará en la Iglesia un modelo nuevo de congregaciones religiosas, ni clericales ni laicales, encuentra al principio dificultades para su aprobación por la Santa Sede. La Compañía de María, no obstante, la tiene como uno de sus mayores tesoros, al suponer un modelo integrador y original en la vida religiosa masculina.

Se distinguía el nuevo Instituto por «una verdadera y sólida devoción a María: es decir, la práctica de los tres grandes deberes de esta devoción: honrarla, invocarla e imitarla». Pero él no pretendía reducir la vida del congregante a un acto permanente de piedad personal. La Congregación debía ser una «milicia activa» y por eso eligió como lema: *Maria Duce* (con María por capitana). Desde entonces serán treinta años de promoción y animación de las tres ramas: los grupos de seglares, las religiosas, y los religiosos. La misión es universal, y esto supone disponibilidad para acoger diversos compromisos evangelizadores. Siguiendo el ejemplo de los seglares, la Compañía de María y las Hijas de María se implican en la tarea educativa, pero siempre desde una intención de formación en la fe y de extender las comunidades de fe. Ambas congregaciones están incluso llamadas a trabajar por y con los seglares.

Desaparecidas o reducidas casi a la nada muchas órdenes, Guillermo José soñaba para su Congregación con «el hombre que no muere». La quería sólida, pero flexible. Él mismo atravesó en 1806 una situación económica difícil que le obligó a plantearse dejarla. Tras meses de reflexión, decidió seguir adelante, una vez resuelto el problema con ayuda de su familia. La ten-

sión entre la Iglesia y Napoleón crecía mientras tanto. Su hermano Luis Javier fallece en 1808 y un incendio deja La Magdalena, oratorio de la Congregación, hecho cenizas. Napoleón, en efecto, hace prisionero al Papa en 1809 y se anexiona los Estados Pontificios. Pío VII firma la bula de excomunión al Emperador, y éste decreta el 15-9-1809 la desaparición de todas las asociaciones religiosas. Sonaba de nuevo la hora de la clandestinidad, de donde le sacó la restauración borbónica. Pero Napoleón consigue huir de la isla de Elba en marzo de 1815 y regresa a Francia. Guillermo José vuelve a ser detenido por monárquico, confinado en el fuerte de Ha, y deportado poco después a Cliateauroux. Napoleón sólo dura cien días, al cabo de los cuales abdica para siempre. Burdeos, al fin, se le abre apoteósico a Guillermo José y la nueva situación hace que su obra pase al primer plano bordelés. No pocos de la nueva clase dominante ingresan en sus filas. La Sociedad de María, o Marianistas, para distinguirla de la Sociedad de María de los Maristas, recibió el decreto de alabanza en 1839, vio confirmada su organización en 1865 y aprobadas sus Constituciones en 1891.

Difíciles, sin embargo, fueron los diez últimos años de su vida. Se le presionó indebidamente para que dejase el cargo de superior general e incluso le impidieron relacionarse con sus fundaciones. El 7 de enero de 1841, en efecto, dimitía, aunque sin desentenderse por ello, claro es, del progreso de la obra. Sus últimos años, ya él anciano, estuvieron curtidos por esas duras pruebas que Dios permite a veces para acrisolar la santidad de sus siervos. En 1848 hace testamento en favor de los pobres de Burdeos, donde, después de haber sufrido un ataque de apoplejía que le paraliza el lado derecho y le priva del habla, muere el 22 de enero de 1850. Tuvo que llegar la investigación histórica del siglo XX para dejar clara su heroica fidelidad hasta el final. Introducida la causa en Roma el 9 de mayo de 1918, y declarada la heroicidad de sus virtudes el 18 de octubre de 1973, fue al fin beatificado por el papa Juan Pablo II el 3 de septiembre de 2000, en pleno Año jubilar, junto a otros siervos de Dios, entre ellos Juan XXIII. Se cumplían doscientos años de su primera fundación y ciento cincuenta de su muerte: todo un signo para la Iglesia.

Nunca dejó de considerar a María como su fuerza secreta, y de ver en la cruz la única y verdadera esperanza del mundo. Hizo gala de una capacidad inusual para comprender las necesidades del momento.

> «Resistiendo no sólo a los motines revolucionarios, sino también a la no menos dramática e, incluso, perniciosa amenaza de la indiferencia religiosa que minó los cimientos mismos del cristianismo, demostró, según Juan Pablo II, cualidades de imaginación y audacia apostólicas que hunden sus raíces en la auténtica santidad».

No fue su comportamiento en medio de los desórdenes el de un nostálgico de lo que se estaba perdiendo, sino el de un profeta de lo que estaba por llegar, siempre ojo avizor a los signos de los tiempos. El suyo fue un sí a la Libertad, como apertura y tolerancia y respeto a la conciencia personal; sí a la Igualdad, creando una congregación religiosa en que laicos y sacerdotes trabajan unidos con iguales derechos y deberes; sí a la Fraternidad, mediante la creación de comunidades de fe, vida y misión, de seglares, religiosas y religiosos con estilo sencillo, cordial y familiar. Su espiritualidad parece responder a diversas fuentes: Constituciones de los Oblatos de San Carlos de Mussidan, maestros de la Compañía de Jesús, Comunidad de San Sulpicio en Francia, y, en España, los Trapenses exiliados, especialmente el famoso abad Rancé, de donde provendría el inspirar sus fundaciones en la Regla de San Benito.

Doctrina tradicional la suya, llena de sabiduría y discreción, en la que destacan el espíritu de fe y de oración, la piedad filial hacia la Virgen María y el celo apostólico. Preside su obra esa fe viva, práctica, cordial, de la que hubo de echar mano tantas veces. La inculca a dirigidos, la predica a ejercitantes, la mima en sus cartas. Alimento de su oración, oración de fe dirá, de tal suerte la recomienda, propone y practica que se le puede llamar, a justo título, apóstol de la oración. También, «Apóstol de María». De hecho, sus fundaciones llevan su nombre. Es la suya una devoción filial y apostólica. Filial por basada en el abajamiento del Verbo que toma la forma de esclavo, más que en el estado del Hijo de María en quien el Verbo ha realizado sus santas humillaciones. *Maria, de qua natus est Iesus* es el texto evangélico que abre las Constituciones de la Sociedad por él fundada. Y

en lo del carácter apostólico, arrancaría de Zaragoza, en todo caso sale ya en el bienaventurado Griñón de Montfort. Habría fundado sus congregaciones, en resumen, para darle a María ministros y soldados prestos a trabajar a sus órdenes y combatir a su lado. Por otra parte, también enseña con fuerza la mediación universal de la Virgen preludiando así el gran movimiento que ve en María a nuestra necesaria y universal mediadora. Y es, en fin, un adelantado de la Inmaculada.

Quiere que sus religiosos sean «verdaderos misioneros» dispuestos a «multiplicar los cristianos» (su expresión favorita), y que los colegiales se conviertan en semillas de virtud. Como director de almas y escritor de la oración, su método comprende las «virtudes de preparación» (o sea, los cinco silencios: de la palabra, de los signos, de la imaginación, del espíritu, de las pasiones, a relacionar con las «noches» de San Juan de la Cruz), el «trabajo de purificación» (que nos libra de la causa permanente de nuestras faltas, inherentes unas a nuestra fragilidad natural, otras solicitándonos desde fuera), y las «virtudes de consumación» (o sea, el sacrificio donde la víctima recibe el golpe mortal en la humildad, la abnegación de sí misma, la renuncia al mundo y la pobreza: el alma se reviste así de Jesucristo para vivir con él de la fe, la esperanza y la caridad). Lo resumiría bien esta frase de sus Constituciones: «La perfección consiste en la imitación de Jesucristo, Hijo de Dios, devenido Hijo de María para la salud de los hombres».

> «Vuestro fundador —preciso Juan Pablo II al XXXII Capitulo General de los Marianistas (7 VII 2001)—, estableciendo una Sociedad que combinara las diferentes vocaciones propias de la Iglesia —sacerdotal, religiosa y laical—, anticipo la enseñanza del concilio Vaticano II de que todos los bautizados, sin excepcion, estan llamados a una santidad que no conoce limites (cf LG 5) Al enviar la Sociedad a misionar, comprendio que la verdadera santidad es el seno de la verdadera mision, y que todos los cristianos estan llamados a ser misioneros El exito de la nueva evangelizacion en el alba del tercer milenio depende de la acogida renovada de estas verdades sin tiempo»

Los suyos fueron proyectos de servicio a una sociedad menesterosa de la presencia de un Dios que quiere misericordia y alegría y salvación. Guillermo José Chaminade perdura con su

irresistible atractivo y su fondo prodigioso como un referente de la Iglesia en la hermosa faceta del apostolado didascálico, y es buena prueba de que hoy como ayer también es posible vivir en toda su profundidad y alegría el Evangelio de Jesús.

PEDRO LANGA, OSA

Bibliografía

AA.VV., *Marianistas. Cien años en España* (Madrid 1987).

BENLLOCH, E., *El mensaje Chaminade hoy* (Madrid 1988).

GIZARD, V., *Guillermo José Chaminade. Odres nuevos para un vino nuevo* (Madrid 1998).

LEBON, H., SM, «Chaminade (Guillaume-Joseph)», en *Dict. Spirit.,* II-I (París 1953) cols.454-459.

MADUEÑO, M., *Fuertes en la fe. Marianistas* (Madrid 1984).

Martyrologium romanum, o.c., 106.

ORTEGA, E., *El hombre que quiso llamarse José* (Madrid 1999).

ROUSSEAU, H., *Le Réveil religieux au lendemain du Concordat. G. J. Chaminade* (París 1913).

SANTOS IGLESIAS, A. M., «Guillermo José Chaminade», en C. LEONARDI-A. RICCARDI-G. ZARRI (dirs.), *Diccionario de los Santos,* I (Madrid 2000) 1014-1017.

SIMLER, R. P., *G. J. Chaminade, Fondateur de la Société de Marie et de l'Institut des Filles de Marie* (París 1901).

VASEY, V., «Chaminade, Guillaume-Joseph», en G. PELLICA-G. ROCCA (eds.), *Dizionario degli istituti di perfezione,* II (Roma 1975) cols.857-861.

BEATO JOSÉ NASCIMBENI

Presbítero († 1922)

Como se recuerda en el documento conciliar sobre la vida de los presbíteros,

> «Por el sacramento del orden, los presbíteros se constituyen en vivos instrumentos de Cristo y del orden episcopal y al mismo tiempo que representa, a su modo, a la persona de Cristo tiene la gracia singular de servir al pueblo encomendado y conseguir más aptamente la perfección de Aquel a quien representan [...] Así pues, ejerciendo el ministerio del Espíritu y de la justicia, se fortalecen en la vida del Espíritu, con tal que sean dóciles al Espíritu de Cristo, que los vivifica y conduce, pues ellos se ordenan a la perfección de la vida por las mismas acciones sagradas que realizan cada día, como por todo su ministerio, que desarrollan en unión con el obispo y los presbíteros; pues la santidad de los presbíteros contribuye poderosamente al cumplimiento fructuoso del propio ministerio» (PO 12).

Estos principios de la tradición de la Iglesia, confirmados por el Concilio Ecuménico Vaticano II, fueron siempre los que alimentaron la fe, la vida y las obras apostólicas del presbítero José Nascimbeni, que con razón pertenece al número de aquellos excelentes sacerdotes que, animados por la voz interior, aceptaron dejarse guiar por aquella dulce y misteriosa voz que un día les dijo: *Sígueme* (Mt 9,9), y dejando todas las cosas, se hacen semejantes a Jesucristo en el sacerdocio ministerial, y con fortaleza y fidelidad testifican la muerte y resurrección y el amor misericordioso del Señor, entregándose generosamente con alegría a la salvación de los más necesitados para seguir construyendo el edificio de la Iglesia y así conducir a los hombres a aquella morada celestial, cuya claridad es semejante a las piedras preciosas (cf. Ap 21,11).

José nació en Torre del Benaco en la costa oriental del lago Benaco en una hermosa aldea de la diócesis de Verona, el día 22 de marzo de 1851, hijo de Antonio Nascimbeni y Amadea Sartori, matrimonio humilde y trabajador —él era carpintero— que supieron formar una auténtica familia cristiana. De carácter espontáneo, gran simpatía y dotado de gran inteligencia y excelente memoria, desde niño se mostró muy piadoso e inclinado a las cosas de la Iglesia. Realizó sus estudios primarios en su pueblo natal y, a partir de 1862, los continuó en Verona. Primero fue educado por los jesuitas en el Real Instituto y completó sus estudios de bachiller, filosofía y teología en el seminario episcopal de la ciudad.

Durante sus estudios en el Instituto de los jesuitas empezó a considerar muy atentamente en presencia de Dios la vocación sacerdotal y después de muchos días y horas de oración sintió con toda claridad que la voz del Señor le llamaba a tan alto ministerio; y así a los 18 años de edad, en 1869, vistió la sotana clerical. En el seminario diocesano recibió diligente y cuidadosamente una sólida educación humana, intelectual y espiritual como preparación al deseado sacerdocio. Y el 19 de marzo de 1874, de manos del obispo Luis de Canossa, recibió la ordenación plenamente entregado a la divina voluntad y con ánimo firme y decidido.

Estuvo tres años enseñando en la escuela primaria de San Pedro de Lavagono (Verona), años plenos de trabajo y múlti-

ples actividades, en los que con ardor y mucha diligencia se dedicó a educar a los niños y aumentar su formación; estuvo muy atento con los jóvenes del Oratorio, cuidándolos, incluso en caso de enfermedad. Además predicaba a todos la palabra de Dios, y administraba con solicitud los sacramentos; en una palabra, Don José hacía eco, para el futuro, de las palabras del Vaticano II: «Entre todos los medios de educación, el de mayor importancia es la escuela» *(Declaración sobre la educación cristiana,* GE n.5). A todos estos trabajos en el campo de la educación de los niños y jóvenes, añadió la fundación de un instituto particular para atender de modo especial a aquellos alumnos que mostrasen indicios de vocación sacerdotal. Pero en 1877 fue trasladado a Castelletto de Brenzone, en el Lago de Garda, como vicario del anciano párroco, Donato Brighenti, con el que colaboró cordial y generosamente en todas las actividades parroquiales. Muerto el párroco, Don José, que ya había empezado a ser querido por todos durante aquellos siete años como vicario, fue nombrado el 6 de octubre de 1884 párroco de la iglesia de San Carlos, en cuyo oficio permaneció infatigable y de modo admirable hasta el día en que pasó de esta vida a la comunidad del cielo.

Durante sus cuarenta y cinco años en Castelletto, pueblo de casi mil habitantes, predicó con ardor y sin desmayo las enseñanzas evangélicas obteniendo ciertamente no pocos frutos de salvación. Y lo mismo se puede decir de todas sus obras apostólicas con las que se ingenió para dilatar y extender el Reino de Dios entre todos sus feligreses.

Conociendo que uno de los mejores modos de educar en la fe consiste en la catequesis del pueblo cristiano, Don José se dedicó con renovadas fuerzas a la educación y formación de los niños y adolescentes y, cómo no, también de los adultos, para que su fe en Jesucristo, Salvador de los hombres, quedara consolidada para toda su vida. A esta catequesis dedicó no pocas horas a lo largo de su vida, de forma regular, insistente, y estableciendo los medios pedagógicos más oportunos para hacerla llegar con facilidad a todos sus parroquianos, incluso a los más sencillos.

A semejanza del divino Maestro (cf. Lc 18,16), tuvo especial interés y se aplicó, con más dedicación y esfuerzo, a los niños y

a los jóvenes, a los que profesaba un paternal cariño y a los que se entregó mediante el trabajo de asegurarles una madurez espiritual y humana dentro de la Iglesia, sin dejar de preocuparse seriamente acerca de su porvenir, ya que ellos son el futuro de la Iglesia y de la sociedad. Solía repetir: «Hasta mi último aliento no dejaré de entregarme a la formación de los jóvenes, porque sé que de ellos hay que esperar todo lo mejor para la religión, la familia y la patria». No descuidó a las chicas, y al igual que había hecho con la fundación de una residencia para los chicos, también lo hizo para que las jóvenes cristianas adquiriesen una digna formación en todos los campos.

Cuidó asimismo de la vida familiar, que es la primera y principal célula vital en la sociedad de los hombres, para que fuese verdaderamente «una Iglesia doméstica», de tal modo que en sus relaciones interpersonales pudiera llegar a manifestarse en ella la triple función profética, sacerdotal y real, y que fuera testimonio de la Iglesia de Cristo. Nada omitió para ayudar a la formación y ser útil a las nuevas familias tanto en lo espiritual como en lo material; y luchó contra todos aquellos aspectos contrarios que descalifican y destruyen el amor conyugal y la santidad del matrimonio. Para conseguir estos propósitos, estableció la «Pía Confraternidad de Madres Cristianas», y multiplicó las reuniones y las enseñanzas, para que los padres aprendieran y estuvieran lo mejor preparados para la tarea de educar cristiana y humanamente a sus hijos, tarea en la que no puede ser realmente sustituida la familia.

Fue un pionero en hacer participar a los laicos en todos los asuntos parroquiales, haciéndoles ver que debían ser corresponsables en todos los asuntos de la parroquia, y renovó e instituyó cofradías y asociaciones que mejor garantizaran el buen funcionamiento del culto y las obras de caridad.

Con toda su energía y fuerza trabajó para que en su comunidad se viviera una auténtica piedad y vida litúrgica que es la fuente y la cima de todo quehacer cristiano, y sin descanso desarrolló la labor de que, con sus fieles parroquianos, se edificara una verdadera iglesia y un templo santo para el Señor en la que pudiera habitar el Espíritu, hasta llegar a la medida de nuestra plenitud en Cristo.

Para él siempre fue una fuente constante de preocupación atender con esmero a los pobres, los ancianos, los enfermos, los moribundos, los emigrantes, los faltos de trabajo y los huérfanos; a los que de muchos modos y a lo largo de muchos años supo con gran bondad y liberalidad dar y especialmente entregarse a sí mismo.

Los que se entregan a estimular la santidad de su pueblo, como Don José, son los que le sirven del mejor modo posible, no sólo en el campo de lo espiritual, sino en todos los aspectos que conforman la sociedad humana. De ahí que la aldea de Castelletto, en comparación con todas las demás de su región, comenzó a sobresalir como ejemplo de progreso humano y social. Se restauraron los edificios de la antigua iglesia parroquial; favoreció e incrementó la escuela primaria y fundó un Instituto privado de enseñanza para futuros sacerdotes y para jóvenes que se quisieran preparar para futuros estudios universitarios; edificó una residencia para los ancianos, talleres de confección para muchachas; instaló una imprenta, colaboró para que en el pueblo se abriera una oficina postal y de telégrafo, instituyó una Caja de ahorros agrícola. Trajo al pueblo el agua corriente de las casas y la electricidad, fundó una almazara y una cooperativa aceitera, y lo entregó todo a la dirección local de Castelletto para que lo administrara debidamente.

Don José, como se ve, con la ayuda de Dios, estuvo unido a su pueblo en las alegrías y las esperanzas, en el luto y la angustia de los hombres, especialmente en la de los pobres y de cualquiera que estuviera afligido; como discípulo de Cristo, nada que fuera verdaderamente humano, le fue ajeno.

Se percató casi enseguida de que no sólo su parroquia, sino otras muchas comunidades parroquiales de la vecindad necesitaban ayuda pastoral urgente, a fin de atender a la educación humana y espiritual de sus gentes. A lo largo de varios años trató de pedir ayuda a diversas congregaciones religiosas femeninas para socorrer tantas necesidades, especialmente en la atención a niñas, ancianos y enfermos; pero al ver la inutilidad de sus esfuerzos, en un primer intento, en 1888, con la ayuda de Antonia Gaioni constituyó en la parroquia un grupo de seis mujeres unido a las ursulinas de Brescia. Pero habiendo muerto

Antonia prematuramente se deshizo el intento. Así pues, después de haber orado y consultado con el obispo coadjutor de Verona Mons. Bartolomé de Bacilieri, el año 1892 fundó la Congregación de las Hermanitas de la Sagrada Familia conjuntamente con una humilde y sencilla mujer cooperadora, Madre María (Doménica) Mantovani, que fue la primera Superiora General hasta su muerte ocurrida en 1934.

La nueva familia religiosa optó por adherirse al espíritu de la Tercera Orden de San Francisco, y Don José con mano segura y paterna, rigió el Instituto hasta el final de su vida. La Institución creció rápida y felizmente, de manera que el año 1922 las hermanas eran 1.200, repartidas en distintas diócesis de Italia. La formación que Don José dio a sus religiosas estuvo repleta de atenciones y sumo cuidado, especialmente en lo espiritual a fin de que las hermanas alcanzasen con destreza y prontitud las mejores virtudes cristianas para entregarse, llenas de caridad y humildad, al servicio de las parroquias, es decir de sus fieles más necesitados, alegres de poder ver en sus hermanos la presencia real y misteriosa del mismo Jesucristo.

La Congregación obtuvo la aprobación diocesana en 1903 y la pontificia en 1910, año en que ya contaba con 320 religiosas en 64 parroquias. Actualmente la Congregación está extendida en Italia, Suiza, Argentina, Paraguay, Uruguay, Brasil y Angola.

Tantas obras y actividad, aunque hechas sin publicidad y sin ruido, no pudieron menos de ser conocidas y observadas por muchos con admiración, especialmente una obra creada en favor de los soldados heridos y mutilados a causa de la gran guerra de 1914-1918, por la que Don José fue honrado con grandes cruces y honores cívicos, a los que no tardó en sumarse la elevación a la dignidad eclesiástica de Protonotario eclesiástico, por parte del mismo San Pío X.

La sola exposición de sus preocupaciones y trabajos pastorales en favor de su pueblo da testimonio de su vida. Don José fue el sacerdote buen pastor que conocía a sus ovejas y ellas a él y a las que dedicó toda su vida. La comunidad parroquial supo ver en su fe firme y en su vida ejemplar, serena y totalmente entregada, un testigo fiel de Jesucristo, un guía seguro en los tiempos difíciles en los que le tocó vivir y trabajar.

Esta dedicación estaba fundada en una personal y continua unión con Dios, generada en la oración constante y diaria, en una gran confianza en la divina Providencia, en una fervorosa celebración de la misa y en la recepción del sacramento de la reconciliación, así como en sus grandes devociones: la Eucaristía, la Sagrada Familia y un culto acendrado a la Virgen María, a la que siempre encomendó todas sus obras y de la que esperaba todo remedio espiritual y temporal.

Nada tenía en cuenta, ni su bienestar, ni su cansancio, ni las cosas materiales de las que se sentía completamente desprendido con tal de lograr que sus fieles encontrasen el verdadero camino. Su confianza en Dios fue siempre grande y animosa y las contrariedades no hacían sino estimular su ingenio y su caridad. Compasivo con todos los que pasaban alguna necesidad, los encomendaba al Señor y continuamente los estimulaba a la conversión del corazón; lo mismo hacía consigo mismo en el dominio de las cosas exteriores; de segura prudencia, inigualable humildad, sinceridad y sencillez, desbordaba simpatía y respeto a los demás. Fue siempre constante en la fortaleza de ánimo, especialmente en las dificultades y ante las ambiguas opiniones religiosas de algunos, sobresaliendo en justicia, austera temperancia e igualdad de ánimo —aunque fuese de un carácter vivo y alegre—. Brilló por su inocente castidad, una obediencia siempre disponible hacia sus superiores y a la Iglesia, a la que amaba de todo corazón y a la que trató de servir como a una buena madre, y de cuyo magisterio y normas pastorales fue siempre fidelísimo discípulo.

El día 31 de diciembre de 1916, Don José, que hasta entonces había gozado de una salud sana y robusta, sufrió una hemiplejia en el lado izquierdo, que le ató durante muchos años a una silla de ruedas; tan larga invalidez la llevó con gran paciencia y aceptación de la divina voluntad, sin descuidar empero la atención a su parroquia y a todas las obras por él emprendidas.

Deseoso de la vida eterna, murió en la aldea Castelletto, el día 21 del mes de enero del año 1922, no sin antes haber gritado con alegría: «¡Viva la muerte!, porque es el principio de la vida». El clero, las Hermanas Siervas de la Sagrada Familia, y todo el pueblo, que ya en vida le tenían por santo, le tributaron

una grandiosa celebración y fue sepultado en olor de multitudes, reconociendo todos en él un verdadero hombre de Dios. Su cuerpo, que descansó un año en el cementerio del pueblo, fue trasladado posteriormente a la Casa madre de las Hermanitas de la Sagrada Familia de Castelletto, donde ahora reposa.

Pasado el tiempo, la fama de santidad no sólo continuó, sino que aumentó por numerosas regiones de Italia, por lo que el obispo de Verona inició en 1952 el proceso de beatificación y canonización, hasta que por fin, el 17 de febrero de 1984, en Roma, se emitió el decreto sobre la heroicidad de sus virtudes. El 8 de mayo de 1987 se aprobó el milagro atribuido a la intercesión de José Nascimbeni y obrado, en 1967, en una niña de tres años a la que prodigiosamente sanó de una peritonitis aguda de la que los médicos habían declarado que era mortal.

Cumplidos, pues, todos los requisitos, el papa Juan Pablo II lo beatificó en la misma ciudad de Verona el 17 de abril de 1988. El papa en la homilía de su beatificación resumía así, para sus compaisanos, la vida de Don José:

> «José Nascimbeni fue un sacerdote de vuestra diócesis, un pa rroco de vuestra tierra, un Pastor de almas vinculado a los problemas pastorales y a las instancias sociales de una poblacion tan cercana en costumbres y tradiciones a la gente veronesa de hoy»

Y al mismo tiempo fue un testigo singular de Cristo por medio de la solicitud amorosa, inteligente y activa para con las necesidades de su pueblo; un pionero en la promoción de obras y servicios sociales, y en abrirse de modo cristiano a las exigencias cada vez más urgentes de su tiempo.

La fuente de su celo por las almas era la Eucaristía, de la que estaba enamorado hasta el punto de no decidir nunca una cuestión importante sin haber rezado primero por mucho tiempo ante el Santísimo Sacramento. Vivió su misión de párroco con espíritu misionero, abierto a las necesidades de la Iglesia, dedicado a construir o a reconstruir la fe y la experiencia de Cristo en el alma de sus fieles. Por eso instruía a los niños y a los adultos con predicaciones constantes, tenía especial interés en la enseñanza de la catequesis, era diligente en ofrecer a los adultos ocasiones de reflexión sobre la doctrina y sobre la moral cristiana, generoso en promover la formación de los jóvenes a través

de los oratorios masculino y femenino. Estos instrumentos de apostolado, que figuran en la tradición de esta Iglesia en Verona, fueron el campo de su santificación como Pastor de almas. Con estos medios consiguió insertarse plenamente en la vida de su pueblo, al que amaba y quería llevar a Dios. Procuraba arreglar disensos, proveer a las necesidades de los más pobres, atraer a los alejados, a quienes buscaba con celo, atender a los enfermos, a los soldados, a los emigrantes, a los pobres a los que consideraba sus señores, porque le robaban el corazón.

Con este espíritu apostólico instituyó la congregación de las Hermanitas de la Sagrada Familia, para extender aún más, por medio de su obra, su ministerio de párroco. Quiso vincular la congregación al trabajo pastoral de las parroquias con la intención de que propagase la devoción a la Familia de Nazaret modelo de vida y de santidad para todas las familias cristianas.

Nuestro Beato confirma la verdad de la frase de la primera carta del apóstol San Juan: «Quien guarda su palabra, ciertamente en él, el amor de Dios ha llegado a su plenitud». Así, pues, todos nosotros damos gracias al Resucitado por el testimonio del amor perfecto a Dios y al prójimo, que se manifestó en la vida del nuevo Beato José.

LUIS M. PÉREZ SUÁREZ, OSB

Bibliografía

Acta Apostolicae Sedis, 76 (1984) 740-746; 79 (1987) 1124-1126; 83 (1991) 123-125.
FONTANESI, M. L., «Nascimbeni, Giuseppe», en G. PELLICA-G. ROCCA (eds.), *Dizionario degli istituti di perfezione,* VI (Roma 1980) cols.247-248.
— «Picole Suore della Sacra Famiglia», en ibid., 1648-1651.
L'Osservatore Romano (ed. en español) (17-4-1988) 5; (24-04-1988) 1-2.

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SAN VALERO DE ZARAGOZA

Obispo y mártir († 305 o 316)

Valero era obispo de Zaragoza a comienzos del siglo IV, cuando tiene lugar el concilio de Elvira en el que él firma en sexto lugar. Tenía como diácono a San Vicente, y con él fue de-

tenido cuando llegó el año 303 la persecución de Diocleciano, y apareció el furioso perseguidor Daciano por Zaragoza.

Ambos ministros del Señor, Valero y Vicente, fueron conducidos a Valencia, donde comparecieron ante el gobernador. Valero le rogó a Vicente que respondiera él por tener el propio obispo cierto impedimento para expresarse, y así la magnífica confesión de fe que hizo el santo diácono era no solamente en nombre propio sino también en nombre de su obispo. Aquella confesión de fe le valió a Vicente primero diversos tormentos y luego la muerte; en cambio al obispo se le condenó al destierro.

Mientras piensan algunos que Valero pasó los restantes años de su vida en el destierro, entienden otros que posteriormente volvió a Zaragoza y que aquí murió en paz. Es el patrono de la ciudad y se celebra su fiesta con rango de solemnidad.

SAN ANASTASIO

Monje y mártir († 628)

Su nombre era Magundat, y era soldado del ejército de Cosroes II, el que tomó Jerusalén y se llevó la Cruz del Señor. Magundat sintió curiosidad por la reliquia y esto fue motivo para que se le contara la historia de Cristo, sintiéndose atraído a la fe cristiana. Dejó el ejército, se bautizó y el año 621 entró en un monasterio.

Siete años llevaba en el monasterio sirviendo a Dios lealmente cuando sintió la necesidad de confesar a Cristo de forma rotunda. Marchó a Cesarea de Palestina, y se dedicó a la predicación pública del evangelio al tiempo que atacaba la religión persa, y esto se permitió hacerlo ante la guarnición persa. Se produjo su detención, y no fue bastante la flagelación y los trabajos forzados a que fue sometido para que apostatara. Encadenado, fue enviado junto al Éufrates, donde inútilmente se le volvió a torturar para que abandonara el cristianismo. Por fin fue estrangulado en Bethsaloe con otros setenta cautivos cristianos. Durante siglos su memoria ha sido celebrada en el misal romano junto con la del mártir San Vicente, seguramente por decirse que sus reliquias habían sido trasladadas a Roma.

BEATO GUILLERMO PATTENSON

Presbítero y mártir († 1592)

Era natural de Durham, donde había nacido hacia 1540, y tenía ya más de cuarenta años cuando se decide a marchar a Reims y estudiar para sacerdote, ordenándose el 19 de septiembre de 1587 y marchando a Inglaterra a comienzos de 1589.

Su zona de trabajo misionero fue el oeste del país y pudo realizarlo a lo largo de los años 1589, 1590 y 1591, hasta que el 12 de diciembre de este último año fue arrestado en Londres cuando estaba en casa de un amigo y acababa de decir la santa misa. Le acompañaba un sacerdote que, al sentir a los esbirros, pudo ponerse en fuga.

Llevado ante un tribunal, Guillermo confesó la fe y recibió por ello sentencia de muerte como traidor a la corona, cuya supremacía en materia religiosa se negaba a reconocer. Seguidamente se le encerró en la cárcel de Newgate.

El día 21 de enero de 1592 se le dijo que al día siguiente sería su ejecución y que con él serían ejecutados siete presos comunes. Guillermo, lleno de celo sacerdotal, dedicó el día a convertir a aquellos infelices. Su obra apostólica se coronó con gran éxito: seis de ellos volvieron a la Iglesia, se confesaron y recibieron el perdón de sus pecados y al día siguiente, al pie del patíbulo, así lo manifestaron. Por ello, cuando llegó la hora de ajusticiar a Guillermo, en represalia por su labor de convertir a los reos, hicieron los verdugos que su muerte fuera lo más dolorosa posible. El martirio tuvo lugar en la plaza londinense de Tyburn por el usual sistema de ahorcarlo primero, pero no del todo, y descuartizarlo después.

El papa Pío XI beatificó a este mártir junto con otros mártires ingleses el 15 de diciembre de 1929.

BEATA LAURA VICUÑA

Virgen († 1904)

Esta angelical niña es una gloria evidente de la congregación de las Hijas de María Auxiliadora, que fueron las que infundie-

ron los sentimientos de piedad que la llevaron en tan breve plazo de tiempo a la altura de las virtudes heroicas.

Nació en Santiago de Chile el 5 de abril de 1891. Cuando tenía dos años sus padres se trasladaron a vivir a Temuco, al sur de Chile, huyendo de la inquietud revolucionaria que había en la capital. Aquí le nacería una hermana y no mucho después moriría su padre, dejando a la madre con dos hijas. Entonces la madre se fue a Argentina buscando mejorar su vida. El modo que la madre aceptó de ganarse la vida fue el de mantener relaciones con un rico terrateniente. No obstante este género de vida, la madre puso a sus hijas en el colegio de las Religiosas Salesianas, y ellas se mostraron receptivas de la buena formación cristiana que las mismas proporcionaban. Laura empezó a ser consciente de la situación moral en que vivía su madre y comenzó a orar para que el Señor la iluminara.

En cuanto la chica tuvo once años, comenzó el amigo de su madre a fijarse también en ella, a lo que la niña opuso la más firme negativa. Dejó el rico de pagarles el colegio a las niñas y hubieron ellas de trabajar para costeárselo. Laura, segura ya entonces de que quería ser religiosa, pidió ser admitida como aspirante, pero la situación moral de su madre hizo que las religiosas le contestaran que por entonces debería esperar.

Guiada por su confesor, Laura hizo en privado el voto de castidad y los otros votos de la vida religiosa para guardarlos en la medida de lo posible en medio del mundo. Hizo más: ofreció a Dios su vida por la conversión de su madre. Por entonces Laura enfermó y pronto se vio que la ruina de su salud era definitiva. Laura practicó en su lecho de enferma todas las virtudes· resplandecieron su fe y confianza en Dios, su ardiente celo por la gloria de Dios, su humildad, paciencia y mansedumbre, su piedad e insigne vida interior. Murió en Junín de los Andes el 22 de enero de 1904.

Si la antigüedad cristiana conoció niños mártires, nuestra epoca ha conocido llegar a la santidad heroica no por el martirio a varios jovencitos, que son testigos de la fuerza incomparable de la gracia de Dios. Laura es uno de ellos. Aprobado un milagro por su intercesión, el papa Juan Pablo II acudió a Turín el 3 de septiembre de 1988 para beatificarla, solemnizando así el

I centenario de la muerte de San Juan Bosco, el fundador de la familia salesiana.

23 de enero

A) MARTIROLOGIO

1. En Cesarea de Mauritania, los santos Severiano y su esposa Áquila (s. III), mártires.
2. En Roma, en la Via Nomentana, en el cementerio mayor, Santa Emerenciana (s. IV), mártir *.
3. En Ancira (Galacia), los santos Clemente, obispo, y Agatángelo (s. IV), mártir.
4. En Teano (Campania), San Amasio († 356), obispo.
5. En Toledo (España), San Ildefonso († 667), obispo, anteriormente monje y abad, que escribió obras notables y se distinguió por su devoción a la Virgen María **.
6. En Kaltenbrunn (Alsacia), San Meimbodo, escocés, predicador y ermitaño (s. VIII).
7. En Seúl (Corea), San Andrés Chong (Tyong) Hwa Gyong († 1840), catequista y mártir *.
8. En Berlín, Beato Nicolás Gross († 1945), dirigente sindical y mártir *.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

SAN ILDEFONSO, ARZOBISPO DE TOLEDO
(† 667)

En el año 657 fallecía el arzobispo de Toledo San Eugenio. La sede vacante fue muy breve. Toledo tenía un plantel de prelados en el monasterio agaliense. Los ojos del clero, que habían de realizar la elección en connivencia con el monarca, luego de recorrer los posibles candidatos, se fijaron en el famoso cenobio con insistencia; la voz del pueblo repetía incesante un nombre que vino finalmente a confirmarse, Ildefonso.

Todos le conocían: estatura prócer, andar grave y perfil de asceta eran los rasgos indeleblemente impresos en cuantos acu-

dieron alguna vez a las solemnidades religiosas del monasterio o vieron desfilar, curiosos y emocionados, a los miembros de alguno de los tres últimos concilios.

Frisaba apenas en los cincuenta y cinco años y era tal el torrente de su elocuencia que, cuando predicaba, parece que el Señor hablaba sirviéndose de su lengua dócil. Prudente y afable siempre, sabía vindicar con energía los derechos conculcados de la justicia. Se había hecho proverbial entre las gentes la firmeza de su vocación monástica Educado en la escuela isidoriana, fue al regresar de Sevilla cuando manifestó a sus padres el decidido propósito de abrazar la vida religiosa. Los padres se opusieron al proyecto con tenaz resistencia. Escenas ricas de color urdidas por la leyenda áurea, amiga de las figuras cumbres, matizan de episodios este percance y muchos otros de la biografía ildefonsiana. La historia nos dice tan sólo que, rompiendo al fin con los apegos familiares y las halagueñas promesas de un porvenir brillante, huyó de la casa solariega, que el padre, airado, le buscó por todas partes y que sus pesquisas resultaron providencialmente infructuosas.

Cuando se vio libre de la persecución paterna corrió a los pies del abad agaliense y le pidio de hinojos el hábito monástico con palabras candorosas que el Beneficiado de Úbeda reconstruye en un castellano balbuciente de romance·

> Señor por Dios e por la vuestra bondat
> façetme porçionero en la vuestra santidat
> La vida deste mundo toda es como un rato ,
> si yo non guardare mi alma fare mal recabdo
> e para lo complir vengo vos lo a rogar
> Por Dios, que me querades en ello ayudar

Convocados a toque de esquilón, los monjes apoyaron unánimes la súplica del postulante y

> [] entonçe muy gososo el abat se levanta
> e todos los mayores de la compañia santa
> vestieronle el habito,
> todo el convento esperando el fruto desta bendicha planta
> levaronle cantando fasta el mayor altar

Agridulce fue la despedida del monasterio y de los monjes Retazos de una larga experiencia monacal quedaban prendidos

en todos los lugares. Abad por luengos años, había pulsado día tras día el ritmo de aquella colmena donde se libaban ansias evangélicas de perfección. Solamente en el cenobio deibiense las monjas por él dotadas se alegraron con goces puros sin mezcla de tristezas.

En el marco refulgente de la basílica catedral se celebró la consagración del nuevo metropolitano el domingo, 26 de noviembre.

Ildefonso supo encontrar en las criaturas el apoyo para lanzarse a las alturas místicas. Es en un libro suyo, *Caminando por el desierto,* escrito para descubrir a los bautizados la senda que conduce a la soledad interior, donde se pone en contacto con los árboles, las plantas, los montes y las aves, encontrando en este escenario de égloga el simbolismo sobrenatural allí encerrado. Viene a ser su exposición, sin pretenderlo, comentario original a los capítulos del *Cantar de los Cantares,* cuando el Esposo adentra a la esposa en el interior de la selva tras el recorrido bucólico de los seres de la creación. El *Cántico espiritual* de San Juan de la Cruz, puesto en versos sublimes nueve siglos después, tiene el mismo ambiente toledano que inspiró la prosa de Ildefonso, rica en paralelismos y transposiciones:

> «Oh yermo bienaventurado a donde no se llega con movimiento de pies sino con los deseos del corazón. No se busca allá la ambición terrena sino la reflexión interior; el alma que allá se encamina no se cansa, porque el viaje no se cubrió con ajetreo agotador de piernas. No se inquiere allí cuándo se logrará el descanso, sino cuándo se llegará a la perfección que lo merezca. Y como el premio es allí lo que en algo se estima, ningún trabajo, por arduo que parezca, se regatea para conseguirlo».

Otros escritos precedieron y siguieron a éste. Acostumbrado a sentir las necesidades de las almas, sus obras son eminentemente prácticas. Bastantes se han perdido o han llegado hasta nosotros desconocidas, pero todavía poseemos, como documento precioso de valor incalculable para el conocimiento del episcopologio toledano, su continuación a los *Varones ilustres* de San Isidoro, el *Tratado sobre el Bautismo* y, amén de algunas cartas, composiciones litúrgicas y varias obras apócrifas que se prestigian con su nombre, nos queda de él, como un regalo, el re-

nombrado opúsculo sobre la *Perpetua virginidad de la Madre de Dios.* Pero éste recaba para sí punto y aparte.

Las letras españolas, desde Gonzalo de Berceo (siglo XIII) hasta el maestro Valdivielso († 1638), pasando por el Beneficiado de Úbeda y el insigne Lope de Vega, han glosado con galana antología la devoción de San Ildefonso a la Virgen Santísima.

Tales elogios no son épicas ficciones, sino realidad viva. La aureola mariana circundó en vida la testa noble del arzobispo y la voz que resonó en la Edad Media proclamándole «capellán y fiel notario» de María se prolongó hasta nosotros transformada en piedra y mármoles, forja y pincel.

Debió cundir muy pronto entre los toledanos la noticia de que la fiesta que en honor de la Virgen promulgara el concilio décimo para el 18 de diciembre, había sido establecida a ruegos y propuesta del entonces todavía abad agaliense. Con facundia arrolladora hizo observar a los Padres conciliares que el 25 de marzo, consagrado a celebrar el misterio de la Encarnación, no podía realzarse con las solemnidades debidas por ocurrir siempre este día dentro del tiempo cuaresmal, cargado de ayes y lutos litúrgicos, o en el ciclo absorbente de la Pascua florida. Convenía, por ende, que, sin que desapareciera tal fecha del calendario eclesiástico, se eligiera otra sin agobios ni precedencias rituales en que dignamente pudiera destacarse misterio tan «celebérrimo y preclaro». Insinuó que tal fecha pudiera ser el día octavo antes de la fiesta de Navidad, a la que igualaría en rango cultual.

El concilio aprobó la propuesta y encargó al mismo ponente de la redacción del oficio de la festividad de Santa María, Madre de Dios, festividad que se celebraría todos los años con gran solemnidad litúrgica el día 18 de diciembre.

Para estas fechas ya tenía San Ildefonso compuesto su opúsculo sobre la *Perpetua virginidad de María,* tratado indisolublemente unido al nombre de su autor que, perito en todos los estilos literarios, rompió aquí con cánones y moldes para desahogar su corazón en torrencial explosión de afectos. En él, después de rebatir a los herejes que habían negado el singular privilegio de la Madre de Dios, rinde la victoria arrodillado ante la Reina del cielo:

> «Concédeme, Señora, estar siempre unido a Dios y a Ti; servirte a Ti y a tu Hijo, ser el esclavo de tu Señor y tuyo. Suyo, porque es mi Creador; tuyo, porque eres la Madre de mi Creador; suyo, porque es el Señor Omnipotente; tuyo, porque eres la sierva del Señor de todo; suyo, por ser Dios; tuyo, por ser tú la Madre de Dios [...] El instrumento de que se sirvió para operar mi redención lo tomó de la sustancia de tu ser; el que fue mi Redentor, Hijo tuyo era, porque de tu carne se hizo carne el precio de mi rescate; para sanarme de mis llagas con las suyas, tomó de ti un cuerpo vulnerable [...] Soy, por tanto, tu esclavo, pues tu Hijo es mi Señor y eres Tú mi Señora y yo soy siervo tuyo, pues eres la Madre de mi Creador».

La Virgen, Madre y Señora, premió los afanes de su hijo y siervo. Muy pronto el libro *De perpetua virginitate* formó parte de la literatura litúrgica partido en siete lecciones. Hacia el final de su vida hizo el autor una nueva distribución de su escrito en seis fragmentos, coronando la obra con un sermón precioso. Se acercaba la fiesta de la Señora.

La noche clara del 17 de diciembre parecía más que nunca un manto para la Virgen, fúlgidamente matizado de estrellas. En aquella noche, el monarca y el pueblo fiel asistirían juntamente con el clero a los solemnes maitines de la festividad. Antes de la llegada de Recesvinto se abrió el atrio episcopal y, a la luz tenue de las antorchas, salió el cortejo que, presidido por el metropolitano Ildefonso, se dirigía al templo catedralicio. Chirriaron las llaves al hacerlas girar los ostiarios en las pesadas cerraduras y los clérigos penetran en la basílica. De pronto advierten que les envuelve cierto resplandor celeste; sienten todos un pavor inaudito; las antorchas caídas de las manos trémulas dan contra el suelo dejando una estela de humo denso. Mientras los acompañantes del prelado huían despavoridos, Ildefonso, dueño de sí, empujado por un estímulo interior, sigue animoso hasta el altar; postrado ante él estaba cuando, al elevar los ojos, descubre a la Madre de Dios sentada en su misma cátedra episcopal. Alados coros de ángeles y grupos de vírgenes, distribuidos por el ábside, forman modulando salmos la más espléndida corona de la Reina del cielo. Era éste el instante en que los clérigos huidizos, envalentonados con la compañía de otros muchos, tornan al templo en busca del prelado. Tampoco pueden sus ojos resistir la presencia de aquel espectáculo y vuelven a

huir. Maternalmente la Virgen María invita a Ildefonso a acercarse a ella y, con palabras recordadas después con gozo inefable, alaba al siervo bueno y le hace entrega, en prenda de la bendición divina, de una vestidura litúrgica traída de los tesoros del cielo.

Envuelta en el mismo fulgor celeste, escoltada de ángeles y vírgenes, torna a la gloria la Reina del cielo. En el templo a oscuras quedó un lugar sacrosanto, una vestidura celestial y el corazón agradecido del hijo bueno premiado por su Madre.

Todavía hoy, junto a la piedra de la descensión, que se besa con toda reverencia, una inscripción recuerda la singular visita de María Santísima.

> Cuando la Reina del cielo
> puso sus pies en el suelo,
> en esta piedra los puso
> De besarla tened uso
> para más vuestro consuelo

No fue éste el único hecho milagroso que los testigos coetáneos transmitieron a las generaciones siguientes. En la vida de Santa Leocadia (9 de diciembre) refiérese también otro que tuvo por escenario la basílica martirial de la santa virgen toledana.

Ojos que habían visto las lumbres del cielo no pudieron resistir mucho tiempo eclipses terrenales. El 22 de enero del 667 celebró el monarca los dieciocho años cumplidos de su elevación al trono. Al día siguiente expiró Ildefonso después de haber pontificado en la sede regia nueve años y casi dos meses.

Siguiendo una tradición prelacial toledana, el cadáver del metropolitano Ildefonso recibió sepultura en la basílica de Santa Leocadia. Sobre él, como epitafio, se podía haber puesto aquel elogio, escrito por su primer biógrafo, donde se le recuerda como *Sol de España,* «antorcha encendida, áncora de la fe».

Allí descansó hasta mediados del siglo VIII, en que para poner a salvo sus restos venerables de la persecución de Abderramán I, los mozárabes los trasladaron a Zamora, donde se conservan

JUAN FRANCISCO RIVERA RECIO

Bibliografía

Act. SS. Boll., Ian., día 23, *Vita* por S. JULIÁN y de CIXILA Éstas se hallan también en PL 96,43s; 46s.
BENEFICIADO DE ÚBEDA, «Vida de San Ildefonso», en *Biblioteca de autores españoles*, t.LXVII. *Obras:* PL t.90.
BRAEGELMAN, A., *Life and writings of St. Ildefonsus of Toledo* (Washington 1942).
ESTEVE, F., *San Ildefonso, arzob. de Toledo...* (Madrid 1941).
MADOZ, J., *San Ildefonso a través de la pluma del arcipreste de Talavera* (Madrid 1943).

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SANTA EMERENCIANA

Virgen y mártir († s. IV)

Parece seguro que hubo en Roma una mártir de nombre Emerenciana, y es igualmente lo más probable que fuera realmente una catecúmena que, llegado el momento, confesó a Cristo y fue bautizada en su propia sangre. Su nombre ya figura en el *Martirologio jeronimiano* junto con el de otros mártires, enterrados como ella en el llamado Cementerio Mayor de la Via Nomentana, que no necesariamente murieron juntos pero que por estar en el mismo cementerio debieron ser objeto de una misma conmemoración litúrgica. Con el tiempo, al Misal romano la memoria que pasó fue la de Emerenciana, probablemente por influjo de la leyenda que la asoció a la memoria de la gran mártir Santa Inés.

Esta leyenda es antigua, pues se data en el siglo V, cuando se añade a la «passio» de Santa Inés un apéndice en el que se cuenta que a los dos días de su muerte, cuando los cristianos estaban reunidos en el sitio de su sepultura orando, llegó un tropel de paganos en plan violento. Los cristianos se dispersaron, pero Emerenciana, una catecúmena, que era hermana de leche de Santa Inés, continuó en su oración y los paganos la mataron a pedradas. La narración le parece a la crítica como legendaria, si bien, según queda dicho, es cierto que hubo una mártir romana llamada Emerenciana. Lo probable es que su martirio fuera en la persecución de Diocleciano a comienzos del siglo IV.

SAN ANDRÉS CHONG

Seglar y martir († 1840)

En la persecución coreana contra el cristianismo menudearon las acciones heroicas. Algunas de ellas tuvieron como protagonista a San Andrés Chong (Tyong) Hwa Gyong. Estaba unido por firmes lazos de fe y de verdadera religiosidad, al tiempo que por un afecto nacido de la sintonía y la colaboración, con el santo obispo Lorenzo Imbert, tercer vicario apostólico de Corea y que sellaría su ministerio con el testimonio de su sangre.

Andrés era catequista y en esta tarea había demostrado su celo apostólico, preparando a muchos para el bautismo e instruyendo a los ya fieles en los deberes y creencias de la religión. Al arreciar la persecución, no dudó en ofrecer su casa como refugio para los cristianos que debían abandonar la suya en la esperanza de salvar la vida, y que se convertía así para numerosos hermanos en la fe en una puerta de escape a la muerte que se veía como segura en caso de ser descubiertos y apresados.

Pero la actividad de Andrés era peligrosa y él lo sabía, no obstante, pensó que era una gran obra de caridad esconder a los fugitivos aun a pesar del propio peligro y lo hacía con sencillez y buena voluntad.

Fue descubierto y por ello arrestado y llevado ante la autoridad civil que inmediatamente le intimó a renegar de Cristo o perder la vida. Andrés se mantuvo firme en confesar a Jesús como salvador, y para apartarlo de esta fe se le condenó primero a recibir cien azotes, cien terribles azotes, que recibió con ánimo sereno, aunque el tormento era verdaderamente espantoso pues el cuerpo quedaba totalmente magullado y llagado, en un baño de dolor. Terminado el tormento, fue llevado a la cárcel y allí languideció hasta que, habiéndose vuelto a negar a la apostasía, en la propia prisión fue estrangulado el 23 de enero del año 1840. El martirio tuvo lugar en la ciudad de Seúl. Y en esa misma ciudad el papa Juan Pablo II canonizó a éste y a los otros mártires de Corea el día 6 de mayo de 1984.

BEATO NICOLÁS GROSS
Seglar y mártir († 1945)

Obrero, dirigente sindical, periodista y seglar comprometido con Dios y la causa de la justicia, Nicolás Gross es una gloria del laicado católico del siglo XX, uno de los muchos hombres y mujeres del pueblo que, desde su propia clase social, han sabido luchar bravamente por los intereses del evangelio y del hombre.

Nacido en Niederweningern el 30 septiembre 1898 en el seno de una familia de mineros, frecuenta la escuela católica elemental y tras un breve paso por un taller como aprendiz, baja a la mina de carbón en la que trabaja durante cinco años. Pero no por ello descuidaba su instrucción literaria, pues tenía una gran afición a la lectura y a la cultura.

En 1917 se apunta en el Sindicato de los mineros cristianos, y en 1918 define su postura política afiliándose al partido político Zentrum, y en 1919 entra a formar parte del KAB, el «Antonius Knappenverein». En 1922 es secretario de la sección juvenil de su sindicato y poco después redactor adjunto de la revista Bergknappe. Comenzó una actividad sindical que le llevaría a Waldenburg en Silesia, a Zwickau y a Bottrop.

Contrae matrimonio con Isabel Koch y tiene con ella siete hijos, formando una familia cristiana modélica. Fue un padre ejemplar y responsable, pendiente siempre de la instrucción y la educación cristiana de sus hijos. Según dijo en su libro *A la mesa con siete,* él procuraba hacer de ellos personas capaces, sinceras y fuertes en la fe. Muy consciente de los problemas sociales de su tiempo y concretamente de los de su entorno, intentaba siempre afrontarlos con espíritu cristiano y darles respuesta desde la dinamicidad del evangelio.

A comienzos de 1927 entra a trabajar en el órgano del KAB, la publicación *Westdeutsche Arbeitenzeitung,* del que será muy pronto redactor jefe. Y desde aquí ofrece a todos los obreros católicos orientaciones oportunas en todos los problemas y temas laborales, subrayando siempre la dimensión moral de toda la actividad humana. En 1930 escribe que los católicos no pueden aceptar el nacionalsocialismo.

No puede extrañar que, subido Hitler al poder en enero de 1933, la publicación dirigida por Gross fuera calificada como

enemiga del Estado. Pero Gross supo escribir en adelante en una línea prudente que evitaba los comentarios directos pero insistiendo en una visión del hombre y unas actitudes morales que alejaban, si alguno las seguía, a los obreros de los cantos de sirena del nacionalsocialismo. Incluso, intentando salvarlo, rebautizó al periódico con el nombre de «Kettelerwacht», pero eso no le salvó de la persecución: en noviembre de 1938 era cerrado por orden gubernativa.

Es un hecho que Gross se unió a la oposición al régimen y que consideraba un deber oponerse a la ideología nazi que veía contraria a Dios y al hombre. Pero él no tomó parte en el atentado contra Hitler del 20 de agosto de 1944, que precipitaría su detención, juicio y condena. Desde 1940 venía siendo detenido de vez en cuando e interrogado, y esto indicaba que estaba fichado como enemigo del régimen Por ello no pudo extrañar que lo envolvieran en la represión contra los posibles autores del atentado. El 12 agosto 1944 fue detenido y llevado primero a una cárcel y luego a la Tigel en Berlín. Su mujer fue a verle varias veces y refirió que ya tenía en las manos y en los brazos señales de tortura. Él le pidió a ella y a sus amigos oraciones para afrontar con valor cristiano lo que se le venía encima. Condenado a muerte el 15 enero 1945, la ejecución por ahorcamiento tuvo lugar el día 23 del mismo mes. Su cuerpo fue quemado. Un capellán, escondido, pudo darle la absolución al pasar el reo, que llevaba —dijo el sacerdote— la luz de Dios en su rostro. Ha sido beatificado el 7 de octubre de 2001.

24 de enero

A) Martirologio

1 En Annecy (Saboya), la deposicion de San Francisco de Sales († 1622), obispo y doctor de la Iglesia, fundador de la Orden de la Visita cion de Nuestra Señora Su transito tuvo lugar en Lyon el dia 28 de di ciembre **

2 En Foligno (Umbria), San Feliciano, primer obispo (s III)

3 En el territorio de Troyes, San Sabiniano (s III), martir

4. En Antioquía de Siria, San Babilas († 250), obispo y mártir. Padecieron martirio con él los niños Urbano, Prilidano y Epolono, a quienes instruía en la fe.

5. En Cíngoli del Piceno, San Exuperancio (s. V), obispo.

6. En Binaco, región subalpina, Beata Paula Gambara Costa († 1515), viuda, terciaria franciscana *.

7. En Londres, los beatos Guillermo Ireland, presbítero, jesuita, y su criado, Juan Grove, seglar († 1679), mártires bajo el rey Carlos II *.

8. En Sainville (Francia), Beata María Poussepin († 1744), virgen, fundadora de la Congregación de Hermanas Dominicas de la Caridad **.

9. En Pratulin (Polonia), los beatos Vicente Lewoniuk y sus doce compañeros (Daniel Karwasz, Lucas Bojko, Bartolomé Osypiuk, Onofre Wasyluk, Felipe Geryluk, Constantino Bojko, Miguel Nicéforo Hrycíuk, Ignacio Franczur, Juan Andrzejuk, Constantino Lukaszuk, Máximo Hawryluk, y Miguel Wawrzyszuk), que fueron martirizados por negarse a abandonar la Iglesia Católica († 1874) *.

10. En Roma, Beato Timoteo Giaccardo († 1948), presbítero, religioso de la Pía Sociedad de San Pablo **.

B) Biografías extensas

SAN FRANCISCO DE SALES

Obispo y doctor de la Iglesia († 1622)

El visitante que llega hoy a Annecy queda sobrecogido ante la increíble belleza de la ciudad y del paisaje. Si en lugar de quedarse entre calles sube a la colina en la que está edificado el monasterio de la Visitación, su admiración se acrecienta. Todo es bello: los Alpes nevados; el lago, sereno, terso y bruñido; la ciudad tendida a los pies del viajero; la iglesia y el monasterio. Cuando penetra en el templo ve, a los lados del altar mayor, dos preciosas urnas. Y en ellas los cuerpos de San Francisco de Sales y Santa Juana de Chantal. Ambos a dos parecen estar dormidos, bajo sus mascarillas de cera admirablemente trabajadas. Se diría que de un momento a otro van a abrir sus ojos y a saludar al visitante.

Pero el Annecy que hoy vemos era menos brillante al comenzar el siglo XVII. Ni los hombres de entonces tenían nuestra moderna sensibilidad por el paisaje, ni el turismo había embellecido tantos rincones, ni las circunstancias históricas eran propicias para aquel rincón de Saboya. San Francisco de Sales escri-

bía en 1606 al papa Paulo V dándole cuenta de su diócesis: Annecy era una villa de su diócesis en la que se habían tenido que refugiar sus obispos hacía setenta y un años, como consecuencia de la rebeldía de su propia ciudad episcopal: Ginebra. Esta rebeldía había arrastrado en pos de sí ciento treinta parroquias. Y había producido un sinfín de guerras, de rivalidades, de luchas fratricidas que habían empobrecido la diócesis. Refugiados en Annecy los obispos, habían comenzado una labor de lenta reconquista de la que el mismo San Francisco de Sales había de ser maravilloso artífice.

Aún nos parece verle andando por las callejas de la ciudad, que conservan todavía la misma fisonomía que tuvieron mientras el Santo vivía; nos lo imaginamos entrando en la casita de la galería, o ejercitando las funciones pontificales en la pobre y sencilla iglesia que había venido a sustituir a la magnífica catedral ginebrina; nos lo imaginamos subiendo aquellas montañas, visitando los últimos rincones, atendiendo a las gentes que de todas las partes de la diócesis venían a consultarle. Es cierto que la diócesis era pobre, y se encontraba en desgracia. Por eso precisamente la amaba más San Francisco. Un día que Enrique IV, el rey de Francia, le ofrecía un espléndido obispado, él contestó rotundamente: «Majestad, estoy casado, me he desposado con una pobre mujer y no puedo dejarla por otra más rica». El rey no volvió a insistir. Y San Francisco de Sales murió obispo de Ginebra, con residencia en Annecy.

Había nacido, según modernamente parece demostrado, en 1566. De noble familia, pues su padre, el marqués de Sales, había heredado, por su mujer, el rico señorío de Boisy. En el castillo de Thorens, en que sus padres residían, vio la primera luz y en la iglesia del mismo lugar recibió el bautismo. Su educación fue exquisita: primero en el Colegio de La Roche, después en el de Annecy. A los diez años hace su primera comunión y recibe la confirmación, y desde aquel momento sólo desea consagrarse a Dios.

Pero el itinerario iba a ser largo. Prácticamente iba a pasar por gran parte de Europa. Primero, a los trece años, a París, desde 1581 a 1588, para estudiar bajo la dirección de los jesuitas del Colegio de Clermont. Después, tras una visita rápida a su fa-

milia, a la Universidad de Padua, en la que obtiene los grados en ambos derechos. Después un rápido viaje por Roma y las principales ciudades de Italia. Al regresar, en el verano de 1592, Francisco de Sales contaba con una formación humanística, filosófica, teológica y jurídica realmente excepcional. No es extraño que su padre concibiera grandes planes sobre él. Sin embargo, en su espíritu continuaba ardiente el deseo de consagrarse a Dios. El conflicto tenía que producirse.

De acuerdo con su primo Luis se ideó la manera de salvarlo. Obtenido en secreto el nombramiento de preboste del cabildo catedral, la primera de todas las dignidades, el padre cedió por fin. El 18 de septiembre recibía el diaconado. Y el 18 de diciembre de 1593 el sacerdocio. Ya tenemos a Francisco de Sales presidiendo el cabildo, y constituido en sacerdote.

Lo que sigue resultó increíble para sus contemporáneos. El nuevo canónigo se lanza a ejercitar intensamente los ministerios sacerdotales. Predica con una oratoria sencilla, transparente y llena de unción. Se pasa largas horas en el confesionario. Atiende a los pobres y es el paño de lágrimas de todos los desgraciados de Annecy. Y cuando ya empezaba a extrañar esta conducta se produce un auténtico golpe teatral.

La provincia de Chablais, que formaba parte de la diócesis, había sido arrasada por el protestantismo. La coyuntura política se presentaba relativamente favorable para poder restablecer allí el catolicismo. Pero hacía falta un misionero de talla que acometiera la empresa. Francisco de Sales se ofrece. El obispo acepta. En vano el anciano padre protesta. Juntos los dos primos Francisco y Luis salen, un inolvidable 14 de septiembre de 1594, camino del Chablais a pie, sin criados, y casi sin dinero. El 16 de septiembre entraban en Thonon, sede principal de la herejía, e iniciaban su trabajo. Fueron meses muy duros. Sólo en abril de 1595 se produjeron algunas conversiones. Pero el movimiento general no había de producirse hasta mucho más tarde, en 1598, durante la visita del obispo a la región, que ya pudo considerarse recuperada para el catolicismo.

Fue precisamente en esta época de su vida cuando se produjo el episodio que habría de hacer de San Francisco de Sales el patrono de los periodistas católicos. Los protestantes, movi-

dos unos por el miedo y otros por el respeto humano, no acudían a escuchar la predicación de los misioneros. De esta forma los esfuerzos de éstos se estrellaban ante la imposibilidad de hacerse oír. San Francisco se decidió a cambiar de táctica. Ya que no le oían de viva voz, le leerían. Dicho y hecho: durante el día redactaba unas hojas que por la noche se distribuían a las puertas de las casas. Así tenemos sus célebres *Controversias,* libro maravilloso, escrito en un estilo punzante y vivo: verdadero modelo de periodismo católico, los descubrimientos de los manuscritos han mostrado hasta qué punto fueron estos escritos, mucho más aún que la versión que anteriormente se conocía, auténticos modelos de estilo atractivo, lleno de movimiento y de color. Y el éxito que se obtuvo en la empresa demostró también el acierto con que había sido concebida: quienes no le oían, lo leyeron y terminaron convirtiéndose.

De entonces es también el episodio emocionante de sus visitas a Teodoro de Beza. Jugándose la vida, entra Francisco en Ginebra y conversa durante varias horas con el heresiarca, ya viejo y enfermo. Parece cierto que Teodoro llegó a reconocer la verdad del catolicismo. Estaba, sin embargo, demasiado comprometido para poder romper los lazos que le retenían en el protestantismo. Francisco tuvo la pena de no poder lograr que se hiciera pública su conversión, que tanta resonancia hubiera tenido.

Cuando el obispo de Ginebra, monseñor de Granier, celebró la fiesta de las cuarenta horas en Thonon, y se pasó los días recibiendo abjuraciones, bendiciendo iglesias restauradas y confirmando a sus feligreses recobrados, no pudo menos de pensar que nadie mejor que Francisco de Sales para ser su coadjutor. Así se lo dijo al interesado. Éste, sin embargo, estaba lejos de poder pensar en tal cosa. Agotado por el trabajo de aquellos años, hubo de retirarse cinco meses a su casa natal para restablecer su salud quebrantada. Hubo un momento en que todo el mundo creyó que iba a morir. Restablecido contra toda esperanza, partió para Roma. Era noviembre de 1598. El Papa confirmó la elección, en una escena emocionante, en la que hizo el elogio público de su gran sabiduría. De regreso a Annecy el obispo electo continuó predicando, mientras llegaban las bulas y se podía celebrar su consagración.

Pero las cosas habían de complicarse aún más. La diócesis tenía territorios de Saboya, territorios en Suiza y territorios en Francia. Era necesario negociar difíciles asuntos en la corte de París. Y a París, ciudad que tan bien conocía por haber hecho allí sus estudios, volvió Francisco de Sales, desarrollando en los meses que hubo de permanecer un admirable apostolado.

Arreglados los asuntos, de regreso a Annecy, se entera en Lyón de la muerte de monseñor de Granier. Rápidamente se prepara para su consagración. Y el 8 de diciembre de 1603, en la iglesia de Thorens, donde había sido bautizado, recibe, entre maravillas celestiales, la consagración episcopal.

Es admirable la actividad que desplegó como obispo, siguiendo las huellas de San Carlos Borromeo, a quien toda su vida admiró cordialmente y por quien sintió siempre una devoción apasionada, a pesar de las notabilísimas diferencias de carácter y de manera de concebir el gobierno episcopal que les separaban. San Francisco de Sales se constituye en uno de los más significativos representantes de la maravillosa reforma pastoral que se llevó a cabo en Francia durante el siglo XVII.

Ejemplar en el ejercicio de la catequesis. Lo que comenzó dedicado únicamente a los niños, se hizo pronto el punto de cita de todo Annecy los domingos por la tarde. Las explicaciones sencillas y claras del prelado, atraían a los mayores no menos que a los mismos niños Fue así un maravilloso obispo catequista. Como supo continuar siendo un inimitable orador sagrado, al que se disputaban las más importantes catedrales de Saboya y Francia para predicar la cuaresma. Como supo ser al mismo tiempo admirable administrador de su diócesis, en la reunión de sínodos diocesanos, en la práctica heroica de la visita pastoral, en la admirable compenetración con su clero. Así como fue también restaurador de no pocas casas religiosas que habían decaído de su primitivo fervor.

Y piénsese que su posición era verdaderamente difícil. Gran parte de su diócesis, infestada por la herejía, rodeaba a Ginebra, la ciudad en que más activamente se había desarrollado el pensamiento protestante. Sus circunstancias políticas eran delicadas, por tener el territorio diocesano dividido en tres soberanías, dos de las cuales, en especial, Francia y Saboya, distaban

mucho de estar en relaciones cordiales. Con el pesado fardo de unas estructuras religiosas que, pese al terremoto del protestantismo, no acababan de rendirse a los nuevos tiempos. Es agotador ver las luchas que tuvo para lograr la dotación de sus parroquias por parte de los caballeros de San Mauricio; el tiempo que tuvo que consumir en gestiones diplomáticas en las cortes, en especial en París; las dificultades mismas que le proporcionaban gentes de mentalidad cerrada, que incluso llevaron a denunciarle a Roma como amigo de los protestantes.

Sobrio en la legislación, atiende ante todo y sobre todo a la reforma de las personas a quienes esa legislación se dirige. «Quid leges sine moribus?», «porque ¿para qué valen las leyes sin las costumbres?».

Prueba de esta preocupación suya son sus maravillosos escritos. Alcanza San Francisco de Sales a vivir en una época verdaderamente de oro para la lengua francesa. Y aprovechando esta circunstancia, mediante la utilización de su espléndida formación humanística, nos ha dejado unos escritos que todavía hoy conservan toda su frescura y toda su maravillosa unción.

¿Quién osará decir que su *Introducción a la vida devota* ha perdido en lo más mínimo su actualidad? Es un libro escrito sin querer, simple reedición, retocada y sistematizada, de las cartas a una señorita que en medio del mundo quería santificarse. Y es, sin embargo, uno de los libros que mayor éxito han tenido en la historia de la literatura mundial. Y, lo que es más aún, de los que más profundamente han marcado una huella en la espiritualidad cristiana. Todo es encantador en él: el lenguaje, las comparaciones, los ejemplos. Hasta la misma disposición, tan moderna, en capítulos breves. Y la tersura en la disposición de las ideas, falta por completo de todo artificio.

Tenemos otras obras maestras que brotaron de su pluma. Así, por ejemplo, el soberbio tratado de teología, modelo acabado de controversia dogmática, digno de quien hoy ostenta el título de Doctor de la Iglesia: el primer título del *Codex Fabrianus*. Tenemos el espléndido *Tratado del amor de Dios*. Y sobre todo contamos con la maravillosa colección de sus cartas. Escribió sin cansarse, a gentes de toda clase, de cualquier condición y cultura. En ellas brilla de manera maravillosa el celo pastoral, el

profundo conocimiento de la psicología humana, la caridad sin límites del Santo.

Pero, como a Santa Teresa, a San Francisco de Sales le podemos conocer no sólo por sus obras, sino también por sus hijas, las religiosas de la Visitación. Es una historia maravillosa. Cuando leemos la *Historia de las fundaciones* o las *Vidas de las primeras madres*... nos sentimos transportados a un ambiente poético, limpísimo, lleno de jugosa dulzura, similar al de las florecillas de Asís.

Dios puso en el camino de San Francisco de Sales, de manera impensada, un alma excepcional: Santa Juana de Chantal. Ambos se esforzaron por responder a una necesidad que entonces se sentía vivamente: hacer accesible la vida religiosa a quienes por su salud, su educación o sus compromisos en el mundo no tenían acceso a las formas hasta entonces existentes. Así, sin pretensiones ningunas, con absoluta sencillez, nació el 6 de junio de 1610 la Orden de la Visitación.

Hoy no podemos hacernos idea de la revolución que la nueva Orden supuso en la mentalidad de aquel siglo XVII. A pesar de que, por condescendencia con el arzobispo de Lyón, gran parte del primitivo proyecto de San Francisco no llegara a realizarse, las nuevas religiosas aparecían como algo sorprendente. Su difusión fue rapidísima, y puede decirse que en todas partes eran recibidas con entusiasmo. Por otra parte, al difundirse los escritos de San Francisco y extenderse su devoción, era lógico que por todas partes las reclamaran.

La raíz de esta universal aceptación estaba en la sobrehumana sabiduría y prudencia de que el Santo había dado muestra al redactar las constituciones. No cabe un conocimiento más profundo de la psicología humana en general y de la femenina en concreto. Sin austeridades espectaculares, se logra deshacer por completo la propia voluntad y sumergir el alma en un ambiente de caridad, de amor de Dios, de continua oración y mortificación. Ambiente que no está reflejado sólo en las constituciones, sino también en un precioso libro: los «recreos» o «entretenimientos», deliciosa narración de las charlas que el santo obispo mantenía con sus hijas durante el tiempo de esparcimiento. Allí se muestra el Santo cual era, comentando algunas cosas, acla-

rando dudas, exhortando a la perfección a sus hijas queridísimas. Pero esto, y la narración de mil anécdotas de aquellos primeros tiempos de la Orden, exigiría un espacio de que no disponemos.

Se aproximaba el final de su vida. Fue necesario volver a París para algunos asuntos diplomáticos en la corte Como había ocurrido antes, también ahora San Francisco se dedicó de lleno a la predicación. Tuvo, además, el gozo de conocer y tratar íntimamente a San Vicente de Paúl, a quien confió el cuidado espiritual del recién creado monasterio de la Visitación.

De regreso de París, pasa por Turín, se desvía hacia Avignon y por fin llega a Lyón. Allí se detuvo unos días. El de San Esteban, después de haber celebrado la misa, despacha diferentes asuntos y por la tarde preside el recreo de sus hijas, las religiosas de la Visitación. Al terminar, da como conclusión esas sencillas palabras:

> «No deseeis nada, no rehuséis nada, a ejemplo del Niño Jesus en la cuna» Al dia siguiente, fiesta de San Juan, vio que se le nublaba la vista, se confeso, celebro la misa, dio la comunion y se despidio de la superiora «Adios, hija mia, os dejo mi espiritu y mi corazon»

Todavía el 28 recibió algunas visitas, pero ya por la tarde le asaltó la muerte. Y con la mayor sencillez, mientras invocaba a los Santos Inocentes, cuya fiesta se estaba celebrando, rindió su alma pura e inocente a Dios, con la misma calma y serena majestad que habían presidido toda su vida Tenía entonces cincuenta y seis años de edad y llevaba veinte de episcopado. Era el 28 de diciembre de 1622. El 18 de enero siguiente Annecy obtenía para sí su sagrado cuerpo, y, en efecto, el 28 de enero llegaba a su amadísima catedral. No iba a ser fácil, sin embargo, verle en los altares. Su fama de santidad fue clamorosa desde el primer momento. Santa Juana de Chantal trabajó a fondo por conseguir su beatificación. Sin embargo, defectos procesales, minúsculas rivalidades, envidia por parte de unos, nacionalismo por parte de otros..., mil obstáculos habrían de oponerse a su rápida beatificación. Unos querían que fuera una gloria de Saboya; para otros se trataba de una gloria de Francia. Sólo la tenacidad admirable de una mujer excepcional, Francisca

Magdalena de Chaugy, habría de conseguir que, por fin, el 28 de diciembre de 1661, el papa Alejandro VII realizara la beatificación.

Pocos años después, en 1665, se examinaban los milagros en orden a su canonización. Ahora la cosa fue rápidamente. Ese mismo año era canonizado y su fiesta se fijaba el 24 de enero. El 16 de noviembre de 1877 Pío IX, por un breve solemne, confirmaba el decreto de la Congregación de Ritos, confiriendo a San Francisco de Sales el título de Doctor de la Iglesia

Patrono de la prensa católica, doctor de la Iglesia, es al mismo tiempo protector de una de las obras más florecientes de la Iglesia de Dios: la que otro santo, San Juan Bosco, puso bajo su protección al iniciarla en Turín· la obra que justamente por eso se llamaba salesiana.

En la prensa católica, en la inmensa multitud de instituciones de los salesianos y salesianas, en los monasterios de la Visitación de que está sembrado el mundo entero, San Francisco de Sales continúa viviendo y operando entre nosotros. Y muerto hace siglos, aún nos habla, aconseja y estimula.

LAMBERTO DE ECHEVERRIA

Bibliografía

ACAD SALESIANA DE ANNECY, *Bibliographie salesienne, latine et française* Complemento en E VALENTINI, «Opere e scritti riguardanti S Francesco di Sales Repertorio bibliograf 1623 1955» *Salesianum* 18 (1956) 311s y 536s
BROUTIN, P , *La reforme pastorale en France au XVII siecle,* II (Tournai 1957) 73s
HAMON, A I M , *Vie de St François de Sales* (Paris 1917)
LA HOZ, F DE, *Obras selectas de San Francisco de Sales,* sobre la ed de Annecy (BAC Normal, 109 y 127, Madrid 1953 y 1954)
LECLERCQ, J , *Saint François de Sales, docteur de la perfection* (Tournai Paris 1948)
MANDERINI, TH , *San Francesco di Sales* (Brescia 1949)
MARGERIE, A DE, *Saint Francois de Sales* (Paris 1901)
Obras de San Francisco de Sales Ed crítica moderna de Annecy
PERNIN, artic en *Dict Theol Cath* Buen resumen y buena bibliografía
STROWSKI, F , *St François de Sales* (Paris 1928)

BEATO TIMOTEO GIACCARDO

Presbítero († 1948)

Su nombre de bautismo fue José, hijo de Esteban y María Giaccardo, aparceros, nacido el 13 de junio de 1896 en la alquería de Battaglione, perteneciente a Narzole (provincia de Cuneo y diócesis de Alba), y bautizado el mismo día. ¿Por qué, entonces, el nombre de Timoteo? Lo asumió bastantes años después al integrarse en la Sociedad de San Pablo, fundada por Don Alberione: pasó a llamarse Timoteo, como el discípulo predilecto del Apóstol, con todas las consecuencias de la entrega absoluta a la evangelización de la sociedad del siglo XX. Cuando nació el hoy Beato Timoteo Giaccardo, Santiago Alberione era un seminarista de doce años, recién ingresado en el Seminario de Alba. Comenzó el siglo XX de rodillas en la catedral, en la vigilia de oración del 31 de diciembre de 1899 al 1 de enero del 1900. Empezaba un nuevo siglo con euforia nunca conocida en comienzos de siglos anteriores: manifiestos estrepitosos en la prensa y declaraciones futuristas de lucha e ilimitado optimismo. Alberione había aprendido ya lo suficiente al oír exponer en el Seminario la encíclica *Rerum novarum* de León XIII. Y ahora, con las ideas claras, sentía el primer impulso a hacer lo que habría hecho San Pablo si hubiera tenido que anunciar el evangelio en nuestros tiempos. Se ordenó de sacerdote, a los veintitrés años, en la fiesta de los santos apóstoles Pedro y Pablo, 29 de junio de 1907. En marzo de 1908 fue enviado a Narzole, para ayudar al párroco. Su principal dedicación fueron los niños. Dirá más tarde que, entre todos ellos, le llamó especialmente la atención el pequeño José, de doce años. A la pregunta «¿Alguno de vosotros desearía ser cura?», José respondió afirmativamente. El deseo lo llevaba dentro. Puede decirse que había deseado ser sacerdote desde que fue capaz de desear algo. El 12 de septiembre de 1908 recibe la confirmación (se preparó leyendo la vida de San Estanislao de Kostka), y en octubre entra en el Seminario, coincidiendo con la incorporación de Alberione al centro, como director espiritual. El diálogo continuado entre maestro y discípulo es digno de quedar entre los más altos y ricos en la historia de la dirección espiritual. Se desarrollará de por vida, a lo largo de una serie de acontecimientos y acciones

que comprometerán en medida sorprendente a ambos protagonistas. El director espiritual Alberione había centrado la espiritualidad en el «para mí el vivir es Cristo», de San Pablo, y de ella impregnó a José... Con esta seguridad y desde la penumbra de la fe discernía muy bien los caminos de verdad de las veleidades intelectuales del momento. La encíclica *Pascendi* de San Pío X (8 de septiembre de 1907) suponía una pauta segura para la formación teológica. D. Alberione vivía entre tanto la prolongada y compleja preparación para su obra, afianzándose cada vez más en tres convicciones: recibir la inspiración ante Jesús sacramentado, sometiéndose luego al discernimiento del obispo; no predicar ni la más sencilla plática sin invocar a la Virgen rezando el rosario; contar con la colaboración de personas virtuosas que suplieran sus deficiencias. Así, atento a su discípulo predilecto, infundió en el una intensa piedad eucarística y una gran devoción a la Virgen; e intuyó que en Giaccardo iba a tener quien mejor lo complementase. Hay un dato en los primeros pasos de seminarista que desafía muchas pedagogías resabiadas. Acababa de finalizar el mes de mayo de 1909, vivido con especial fervor mariano, y el seminarista daba cuenta a su director. Éste, irradiando gravedad y con sentimiento intenso, le dice: «José, me parece llegado el momento de ofrecer a la santa Virgen tu voto de pureza. ¿Quieres?». Respondió decidido con un sí. Se trataba de un voto por seis meses, pero fue el comienzo de un voto perpetuo. «Fue el primer voto serio que hice —escribía muchos años más tarde—, y nunca lo quebranté formalmente, ni siquiera durante los períodos más oscuros y difíciles por las tentaciones y los peligros».

También había de repetir: «¡Cuan oportuno y a tiempo fue aquel voto!». Cuatro años después (8 de septiembre de 1913) el obispo encargaba a Alberione la dirección del periódico semanal *La Gaceta de Alba*. Fue el punto inicial de su obra. Había obtenido en 1910 el Doctorado en teología en la Universidad de Génova y ahora, muy maduro espiritualmente, comenzaban a juntársele jóvenes. A finales de 1914 llegaban a seis, en 1915 eran nueve, en 1921, eran noventa. En este año fundaron nueva casa en Moncarretto, a kilómetro y medio de Alba. La guerra mundial (1914-1918) supuso una prueba especialmente dura.

Pero, antes de que la contienda terminase, entra en la comunidad el joven Giaccardo, el 4 de junio de 1917. Los años precedentes dispusieron a esta decisión, poniendo todo su empeño en la formación en la humildad y la práctica progresiva de la confesión y la dirección espiritual, siempre teniendo la figura de Alberione como punto de referencia. En su diario íntimo escribe: «La impresión va concentrándose, la prensa católica es la idea reina de mi vida, la señora de mi mente, de mi voluntad y de mi corazón». Su decisión de entrar en la familia de Alberione tropezó con grandes dificultades: suponía no continuar en el Seminario y, según el dictamen inicial del obispo, dejar su condición de clérigo. Al fin, la solución fue la de ayudar a Alberione durante el verano en la atención de sus jóvenes... Ya no volvió al Seminario: comenzó un nuevo curso con la Sociedad de San Pablo y fue presentado a los jóvenes aspirantes como maestro, nombre con el que ya se le designó siempre en el Instituto, teniéndolo por guía y formador. El 19 de octubre de 1919 recibe la ordenación sacerdotal y el 20 celebra su primera misa en su Narzole natal, asistiendo seguidamente a la madre moribunda. Es el primer sacerdote de la Sociedad de San Pablo. Al emitir el 30 de junio de 1920 los votos perpetuos recibió del fundador el nombre de Timoteo. En enero de 1926 es enviado a Roma para fundar la primera casa filial. Busca la mayor proximidad posible a la basílica de San Pablo Extramuros, contando con la gran ayuda del entonces abad Beato Ildefonso Schuster, próximo a ser designado cardenal arzobispo de Milán, y logra construir una primera casa-seminario. Aquí permanece dieciséis años en los que se registra un sorprendente desarrollo de la Institución. Muy cerca de esta casa se establecen también las Hijas de San Pablo, fundadas también por Alberione. En 1930 la fundación de Roma puede darse por ultimada. De ella partirán los nuevos fundadores a diversos países y continentes: Nueva York, Buenos Aires, Tokio... Alberione dirá en agosto del mismo año de 1930: «La casa de Roma fue como árbol plantado junto a las corrientes de agua, más aún, fuente de agua para la vida eterna. Agua brotada junto al lugar del martirio de San Pablo». La estancia del Beato Timoteo en Roma se ve interrumpida por dos años en Alba que le ayudaron a superar un estado de gran

agotamiento; y a Roma vuelve para pasar en ella el período 1932-1936. Su principal actividad se centró en la atención a todos los clérigos profesos que, por voluntad del fundador, pasaron por Roma en el Año Santo de la Redención de 1933. En 1936 el fundador lo llama de nuevo a Alba para que allá le supla mientras él permanezca en la Urbe para consolidar canónicamente su Institución y abrirle nuevos derroteros. Se movió con eficacia: el 10 de mayo de 1941 Pío XII firmó el decreto de alabanza y la aprobación de las constituciones del Instituto, elevándolo a congregación de derecho pontificio. En 1946 Timoteo es designado superior: «Me toca —escribe— cumplir cada vez más este segundo ministerio: conservar, interpretar, hacer penetrar, traspasar e inocular el espíritu y las directrices del Primer Maestro». El binomio Alba-Roma resultaba más clarificado cada día: si la casa de Roma era la mente del Instituto, la de Alba era el corazón. La llenaban unas trescientas personas, ocupadas en un apostolado más o menos de vanguardia. Giaccardo era el alma que los mantenía fieles, unidos y dinámicos. Capítulo aparte merece la atención de Giaccardo a las congregaciones femeninas fundadas también por Alberione y que forman parte de la gran familia paulina, especialmente las dos primeras: las Hijas de San Pablo, fundadas en 1915; de ellas brotó en 1924 un grupo con vocación contemplativa, las Pías Discípulas del Divino Maestro, que obtuvo la aprobación diocesana en 1927. El empeño de Giaccardo había sido tanto, que en este momento dijo: «Ya puedo entonar el *Nunc dimittis*. Dios me ha escuchado y el paraíso me espera. Debo prepararme pronto». Su labor prosiguió todavía muchos años hasta saborear el gozo de la aprobación de Pío XII el 12 de enero de 1948. A Giaccardo sólo le quedaban unos días de vida. La tercera congregación femenina fundada por Alberione fue la de las Hermanas del Buen Pastor, religiosas destinadas a colaborar, en dependencia de los pastores, en todas las obras de la parroquia. Naturalmente, las tres instituciones tienen a Alberione por fundador, pero en su génesis y desarrollo está la acción eficaz y humildísima de su alter ego, el Beato Timoteo. La vuelta definitiva a Roma se produce el 4 de octubre de 1947 para ser Vicario General de la Sociedad de San Pablo. La guerra mundial había terminado y el

momento era importante y muy comprometido, y nadie mejor junto a Alberione que su hijo fidelísimo para renovar energías. Acusaba un permanente cansancio que era su cruz en los largos desplazamientos y numerosas gestiones. Lo que le sostuvo durante el declinar de su vida física fue la estrecha unión de pensamiento y energías espirituales con el fundador. Justamente el 12 de enero de 1948, en que Pío XII daba el *Decretum laudis* de aprobación de las Discípulas, celebró con gozo y gran fatiga la santa misa. El diagnóstico fue clarísimo: leucemia aguda. Fue plenamente consciente de su gravedad y aceptó plenamente la voluntad del Señor, que inesperadamente cortaba un amplísimo programa de acciones pendientes. Falleció el 24 de enero de 1948. Fue beatificado en Roma el 22 de octubre de 1989 por Juan Pablo II, que reproduce, en la correspondiente carta apostólica, palabras del mismo Alberione: «Todos estamos convencidos de que pasó entre nosotros un santo, virgen de pureza, que mantuvo limpia hasta la muerte la estola bautismal».

JOSÉ M.ª DIAZ FERNÁNDEZ

Bibliografía

FORNASARI, E., *Un profeta obbediente: Beato Timoteo Giaccardo primo sacerdote paolino (1896-1948)* (Cinisello Balsamo 1989)

LAMERA, A. E., *Lo spirito di D. Timoteo Giaccardo, della Pia Societa San Paolo* (Roma ^{2}1956).

— *El Beato Timoteo Giaccardo (apóstol de la comunicación social)* (Madrid 1989).

PAPASOGLI, G., *El Beato Timoteo Giaccardo de la Sociedad de San Pablo* (Madrid 1990).

BEATA MARÍA POUSSEPIN
Virgen († 1744)

María Poussepin fue una mujer admirable: mística y activa, modelo de la vida de oración y de la vida de acción, y sorprendente por el agudo sentido social que mostró en su tiempo, adelantándose en muchas cosas a planteamientos que luego se hicieron comunes. Merece de forma evidente el aplauso de toda la Iglesia.

María Poussepin nació en un siglo en que la Iglesia de Francia dio grandes santos a la Iglesia universal, entre ellos grandes

mujeres, que han dejado huella indeleble en la historia de la comunidad cristiana. Pues el siglo XVII fue el siglo de Juana de Lestonnac, de Juana Francisca Fremyot de Chantal, de Luisa de Marillac, de Margarita María de Alacoque... Fue un siglo de esplendor político y militar para Francia que con el Rey Sol alcanzó el ápice de su poder durante el antiguo régimen de su secular monarquía. Estaba llena de catedrales, parroquias, monasterios y casas religiosas, y había abundantes vocaciones al clero y a la vida religiosa, y surgían no pocas iniciativas que enriquecían continuamente la vida espiritual de la población.

A ese elenco de grandes mujeres de la Francia del siglo XVII hay que unir el nombre de María Poussepin, a quien el Señor concedió llegar a una larga edad y ver también cómo era la Francia y la Iglesia francesa del siglo XVIII, desaparecido ya el Rey Sol.

María Poussepin nació el día 14 de octubre de 1653 en Dourdan, una localidad del Hurepoix que entonces dependía del obispado de Chartres y hoy es del departamento de Essone y diócesis de Versalles. Ese mismo día de su nacimiento fue bautizada en la parroquia de San Pedro por el abate Esteban Legou. Era la primogénita de una familia en la que nacerían otros seis hijos. Sus padres se llamaban Claudio Poussepin y Juliana Fourrier. La familia estaba bien acomodada. El padre era recaudador de impuestos, además de propietario de una fábrica de medias de seda y administrador de fábrica de la parroquia. En su fábrica de medias de seda tenía numerosos aprendices que aprendían a tejer. La madre, persona muy piadosa, era tesorera de la Hermandad de la Caridad, instituida en Dourdan por el P. Rivet, discípulo de San Vicente de Paul. El clima de la casa era de una sincera y solida piedad.

De la educación religiosa de María cuidaron, además de sus padres, el sacerdote que la había bautizado, y le inculcaron los tres no solamente la piedad sino de manera muy particular la caridad con los necesitados, de forma que María, apenas llegada a la adolescencia, ya estaba inscrita en la cofradía de la Caridad para compartir con su madre los trabajos a favor de los pobres. Se la veía visitar asiduamente a los enfermos y llevarles ayudas, además de su misma prestación personal. Se la veía igualmente acudir asiduamente a la iglesia y ser devota y dada a la oración.

Llevaba una vida ordenada, modesta y piadosa, y permanecía sin contraer matrimonio, cuando en 1675 murió su madre María no lo dudó: se olvidó de sí misma y de su futuro y se dedicó a ocupar el sitio de la amada difunta, cuidando de su padre y volcándose sobre sus hermanos y hermanas, que recibieron de ella los servicios y la ternura de una madre. No por tener estas ocupaciones tan fuertes abandonó el trabajo de la beneficencia cristiana; al revés, se hizo cargo de la hermandad de la Caridad.

Esta etapa de su vida estaría, además, marcada por una fuerte dedicación a la empresa familiar, al taller de tejidos de seda, negocio que en manos de su padre estaba viniendo a la ruina. María consideró su deber ponerse al frente del mismo e intentar salvar una empresa que no solamente alimentaba a su familia sino a las de los que trabajaban en ella. María demostró tener una despierta inteligencia y ser verdaderamente una mujer de negocios. Esta actividad de María hay que encuadrarla en el clima generalizado de modernización de la industria textil que el ministro Colbert imprimía en la Francia de aquellos años a los tejedores franceses. Importó la técnica usada por los ingleses, abriendo el propio gobierno un taller modelo, que alentó a otros muchos a seguir la pauta. María fue una de ellos, y su taller cobró vida económica. A finales de siglo sería Dourdan una de las poblaciones autorizadas legalmente a tener talleres de manufactura de telas Enérgica pero al tiempo prudente y considerada, María logro sacar a flote el negocio familiar. Sus trabajadores sintieron claramente cómo eran considerados y tratados en concordancia con su dignidad humana, sin que nunca pudiera ninguno decir que se había aprovechado la dueña de su necesidad para nada que pareciera explotación.

Este despierto sentido social de María se demostró de forma aún más patente en su solicitud por los jóvenes trabajadores o aprendices, de cuya formación moral y espiritual, profesional e intelectual tanto se ocupó. Los agrupó en una asociación de protección mutua y de estímulo para el trabajo, ofreciendo premios a quienes se superaban en el rendimiento laboral, renunciando ella a la parte que por el aprendizaje le correspondía y orientándolos con la llamada norma de trabajo, que hacía tan eficaz el trabajo conjunto. No fue por tanto sólo una propieta-

ria sino una empresaria, adelantándose a los postulados de la formación laboral y de la protección de los aprendices, cuya triste suerte está bien atestiguada por entonces.

Pero la vocación de María no era la de empresaria. Había asumido aquel encargo por la necesidad de atender su casa y prestar apoyo a su padre. Desaparecido éste, ella se creía en la obligación moral de atender al sustento y prosperidad de sus hermanos. Pero cuando el mayor de sus hermanos varones, Claudio, llegó a edad de poder asumir la dirección de la empresa, María le pidió que se hiciera cargo de ella. El joven accedió, liberando a su hermana de esta responsabilidad, y María pudo dedicarse a lo que más deseaba: la vida de piedad y caridad. Era el año 1687. María pasaba largas horas en su habitación entregada a la oración y las prácticas de la piedad. Venía creciendo en la vida interior pero este tiempo de larga entrega a la contemplación de las cosas divinas la hizo madurar en su propósito de ser toda del Señor y vivir solamente para Él. Parece que ya entonces el Señor empezó a favorecerla con experiencias místicas que ella saboreaba en la interioridad de su corazón. Y esta profunda vida de piedad la llevaba a darse más y más a la atención de los pobres que se practicaba en la Confraternidad de la Caridad a la que pertenecía y dirigía. Por este tiempo se hizo cargo de una pobre viuda, María Olivier, que, no teniendo familia ni bienes de fortuna, estaba totalmente desprovista de atención. María se la llevó a su casa y la cuidó como solícita hermana. María veía muy claro cuáles eran las necesidades de los pobres de su tiempo y que estaban precisando de parte de los creyentes respuestas organizadas y coherentes. Y sentía una gran inquietud al respecto. Especialmente se preocupaba de la formación de la juventud y de la atención a los enfermos.

Y estando en esta tensión espiritual, la Providencia respondió a sus íntimas inquietudes enviándole al hombre providencial que podría encauzar las energías de María en una obra de servicio a la Iglesia y a la sociedad. Este hombre fue el dominico P. Francisco Mespolié, religioso del convento de la calle Saint-Honoré de París, y miembro por ello de un movimiento dominico de reforma, que se extendía ya a las tres Órdenes dominicanas. En efecto, no sólo numerosos frailes y monjas se es-

meraban en una práctica más estrecha de la vida religiosa sino que la familia dominicana seglar, la Orden Tercera, se empeñaba en algunos sitios, como Toulouse o París, en una empresa de caridad y evangelización totalmente acorde con el espíritu apostólico de Santo Domingo. Por otra parte, hasta en el orden civil se notaba la necesidad de una reforma hospitalaria que diera respuesta a las auténticas necesidades del pueblo y no menos una reforma escolar que supusiera un cambio de orientación en los sistemas de enseñanza seguidos hasta entonces. Eran, pues, cuestiones vivas las que preocupaban a los seglares dominicos y aun a toda Francia. El P. Mespolié fue a Dourdan el año 1691, llamado para predicar, y María tuvo oportunidad de escucharlo y de conocerlo. Le confió su espíritu y sus inquietudes, y la sintonía fue tal que María lo hizo su director espiritual, dirección que duraría cuarenta años, y él no dejó de comprender que Dios estaba llamando a aquella alma a una obra de servicio que debería ser puesta en marcha. El proyecto se maduró en el curso de los cuatro años siguientes hasta que, perfilada la obra que iba a ser emprendida, María dio el gran salto y pasó a una nueva vida.

María había contagiado su inquietud a algunas terciarias dominicas, Orden seglar en la que ella misma había entrado bajo la dirección del P. Mespolié, y con ellas en enero de 1696 abandonó su casa y su pueblo y se trasladó a Sainville, población cercana a Chartres. Aquel año abre allí una escuela y en el año siguiente se hace cargo del hospital de Janville, un sitio cercano. Ella redacta un reglamento de las hermanas, en el que queda clara la intención: la utilidad de la parroquia, la formación de la juventud, el servicio de los pobres y los enfermos, y todo ello en el espíritu dominicano. Este reglamento, publicado, sirvió para dar a conocer la utilidad de la institución, que, consolidada unos años en Sainville, pronto hará progresos llegando a nuevas poblaciones, para hacerse cargo o abrir escuelas y hospitales: entre 1708 y 1739 serán dieciséis.

Todos los años que van entre esas dos fechas la actividad de María fue intensa: consolidó su institución y la extendió, volcándose en el doble apostolado que llevaba adelante su institución y haciendo un bien inmenso a la población, y muy concretamente a la juventud obrera, lo que ha hecho que se llame a María crea-

dora de nuevos métodos para la organización del trabajo María seguía llevando una intensa vida interior que era el soporte de su actividad exterior y su vida se adornaba con todas las virtudes. Sobresalía en ella el gran espíritu de fe y confianza en la Providencia con que emprendía todas las fundaciones, la gran caridad que derrochaba con pobres y enfermos y la exquisita prudencia con que dirigía su institución de terciarias dominicas dedicadas a tan buenas obras. Obviamente quería una comunidad religiosa pero de vida activa. El derecho canonico no estaba de su parte entonces, y María se adaptó a lo que le era posible· religiosas de corazón, seglares canónicamente, pero con todos los elementos de la vida religiosa vividos y practicados: la vida común, los consejos evangélicos, la espiritualidad y el ideario de una comunidad religiosa verdadera Ella deseaba estar dentro de la familia dominicana pero el obispo diocesano de ningún modo quería que dependieran de la Orden de Predicadores El rey Luis XV le dio a la institución letras patentes, es decir licencia civil, el año 1724, y el obispo de Chartres aprobaba las reglas en 1739. María había entregado a la institución todos sus bienes a fin de morir en la más completa pobreza, situación que ella en su testamento señala con evidente satisfacción espiritual.

María vino a morir en Sainville el 24 de enero de 1744, rodeada de sus hijas espirituales y confortada con los sacramentos de la Iglesia y llena de paz por haber empleado sus fuerzas en el servicio de Dios y de la comunidad. La rodeaba la fama de santidad que no se perdió con el tiempo, aunque pasaran muchos años antes de que en 1910 se abriera su proceso de beatificacion que, tras seguir todos los pasos, alcanzó su meta el 20 de noviembre de 1994 cuando el papa Juan Pablo II la colocó en el catálogo de los beatos. Su congregacion es hoy el Instituto de Hermanas de la Caridad de la Presentación de Nuestra Señora, oficialmente dentro desde 1959 de la gran familia dominicana.

JOSE LUIS REPETTO BETES

Bibliografía

AAS 84 (1992) 913ss, 88 (1996) 615ss

MAINAGE, P , *Mere Marie Poussepin, fondatrice des soeurs de charite dominicaines de la Presentation de la Sainte Vierge de Tours* (Paris 1913)

POUAN, B. T., *Les origines de la Présentation. Vie de la vénérable Mère Poussepin, fondatrice des Soeurs de charité de la Présentation de la Sainte Vierge* (París 1894).

C) BIOGRAFÍAS BREVES

BEATA PAULA GAMBARA COSTA
Viuda († 1515)

Nace en Brescia, de la noble familia de los Gambara, en la segunda mitad del siglo XV, y es educada esmeradamente por sus padres, saliendo la joven inclinada a la piedad y las buenas obras.

Pero a los 16 años contrae matrimonio con Luis Costa, conde de Bema, persona muy mundana y aficionada a los placeres y diversiones. Paula, joven e inexperta, se deja arrastrar por su esposo a una vida similar, enfriándose en ella la vida de piedad que había llevado antes de su matrimonio. Pero la providencia divina dispone que pasara por Brescia el Beato Ángel de Clavasio que con su predicación y el ejemplo de su vida franciscana arrastraba a muchas almas a un tenor de vida más acorde con la condición cristiana. Paula quedó impactada por su palabra y se puso bajo su dirección espiritual, aconsejándola el director que se adscribiese a la Tercera Orden franciscana y realizase los ejercicios de devoción y caridad propios de ella. Así lo hace Paula y se entrega con gran fervor a la oración, la mortificación y las obras de misericordia, socorriendo a los pobres en sus casas y visitando los hospitales, consolando a los tristes y ayudando a los más necesitados.

Su marido no comprende ni participa de los nuevos sentimientos de su esposa, la cual se ve increpada, maltratada y vejada por el esposo; pero ella lo lleva en silencio y ofrece a Dios su calvario. Para colmo, la servidumbre de la casa, visto el trato que le da el conde, deja de tenerla el respeto que le era debido. También esto lo lleva Paula con entera resignación.

Pero el ejemplo de paciencia y humildad de Paula cala en el ánimo de su esposo, el cual termina pensando que la vida de su esposa es más acorde con la recta conciencia que la suya propia, y un día reconoce su error y se une al estilo de vida de Paula, a

la que le permite vestir incluso en la calle el hábito franciscano. Y así, en santa armonía, pasan unos años hasta que el Señor llama a sí al conde Luis. Paula se entrega entonces por completo a la meditación y a las buenas obras, llevando una vida ejemplar que edifica a toda Binaco, la población donde vive y donde tuvo lugar su santa muerte el 24 de enero del año 1515. El papa Gregorio XVI confirmó su culto inmemorial el 14 de agosto de 1845

BEATOS GUILLERMO IRELAND Y JUAN GROVE
Mártires († 1679)

Se trata de dos mártires ingleses que murieron bajo la acusación de estar implicados en la llamada conspiración papista, denunciada por Titus Oates.

Luego de ser restaurada la monarquía inglesa en la persona de Carlos II, parecía que la persecución anticatólica había quedado aparcada, pero todo cambió cuando Titus Oates lanzó su acusación El rey Carlos II no quería la ejecución de católicos pero el Parlamento se mantuvo firme en la aplicación de las leyes vigentes contra los llamados traidores.

Guillermo Ireland era natural del Lincolnshire y, habiendo conocido a los jesuitas en Francia, profesó en la Orden en 1673 y, ordenado sacerdote, fue destinado a confesor de las clarisas en Gravelines. En 1677 pasó a Inglaterra y se dirigió a Londres, donde se hospedó en una casa que aparecía como de Juan Grove pero que realmente era de la Compañía de Jesus. Juan Grove era un laico católico que sabía que era ilegal albergar sacerdotes católicos pero, por amor a su fe, corría este riesgo.

Acusados y detenidos ambos por la supuesta conspiración para matar al rey Carlos II, el haber albergado al embajador español dio color a la especie de que había una trama extranjera contra el monarca. Guillermo ni siquiera había estado en Londres el supuesto día del intentado regicidio, pero no quiso comprometer a nadie llamando a testigos de su ausencia de Londres, y en cambio un testigo falso dijo haber hablado con él en Londres aquel día. Condenados a muerte en el juicio, fueron ejecutados por ahorcamiento y descuartizamiento el día 24 de

enero de 1679. Fueron beatificados por el papa Pío XI el 15 de diciembre de 1929.

BEATOS VICENTE LEWONIUK Y COMPAÑEROS

Mártires († 1874)

El martirio de estos bienaventurados se produjo en el curso de la campaña llevada adelante por el gobierno de los zares para acabar con la iglesia uniata y hacer que sus fieles volvieran por la fuerza a la iglesia ortodoxa. Cuando Polonia es repartida entre varios soberanos y un trozo de ella queda bajo el dominio del zar, los intentos de acabar con la Iglesia Católica en sus dominios empezaron por la pretensión de acabar ante todo con las comunidades uniatas, es decir con las comunidades de fieles ortodoxos que se habían pasado a la comunión con el Papa. Se trataba de deshacer lo conseguido con la Unión de Brest del año 1596 cuando numerosas comunidades ortodoxas entraron en comunión con Roma, conservando su jerarquía y su liturgia.

La zarina Catalina II en 1794 suprimió la iglesia uniata en Ucrania. En 1839 el zar Nicolás I la suprimió oficialmente en Bielorrusia y Lituania. En la zona polaca del Imperio zarista solamente quedó la diócesis de Chelm y el zar Alejandro II se propuso también acabar con ella. Para ello se fijó la fecha de enero de 1874 como tiempo en que la liturgia ortodoxa, es decir sin mención del Papa, se restablecería en las iglesias uniatas. A los sacerdotes y obispos que no aceptaron esta determinación se les destituyó y fueron deportados muchos de ellos a Siberia. A los fieles se les dejó sin pastores en la convicción de que así no serían capaces de resistir.

La resistencia uniata fue heroica y en numerosos sitios se produjeron víctimas de esta resistencia, concretamente en toda Podlasia, donde cada parroquia suscribió con sangre su fidelidad a la voluntad de Cristo. En 1875, ya producido el martirio de que ahora hablamos, el zar abolió la diócesis de Chelm; los fieles que se mantuvieron en la fe católica fueron atendidos a lo largo de los años por los sacerdotes de aquellas zonas de Polonia que quedaron bajo administración austriaca o alemana. La libertad religiosa llegó el 30 de abril de 1905 cuando el zar Ni-

colás II la decretó, y se pudieron de nuevo inscribir como iglesia uniata los muchos fieles que habían perseverado.

Aunque hubo más martirios en la zona de Podlasia, en 1938 se eligió a los mártires de Pratulin como símbolo de la resistencia y se promovió su causa de beatificación, otorgada finalmente por el papa Juan Pablo II el 6 de octubre de 1996.

El martirio aconteció así. El 24 de enero de 1874 llegaron las tropas del zar a Pratulin dispuestas a acabar con la comunidad uniata de grado o por la fuerza. Trece hombres católicos decidieron defender con sus vidas la parroquia situándose en ella o a sus puertas. Llegadas las tropas, el acceso a la iglesia estaba ocupado por estos trece confesores de la fe. Las tropas intentaron convencerles, alegaron las razones del zar y les dijeron que tenían orden de disparar si no permitían el acceso a la iglesia y su adscripción al culto ortodoxo.

Los mártires contestaron firmemente que no abandonarían su fe y que estaban dispuestos a dar la vida por ella. Y viendo que las tropas iban a disparar, se arrodillaron en el cementerio lindante con la iglesia y entonaron un himno religioso. Uno de ellos llevaba como enseña un crucifijo grande. A la última amenaza respondieron: «Es dulce morir por la fe». Los soldados dispararon hasta que todos los mártires cayeron heridos. Unos murieron allí, otros fueron llevados a sus casas, donde fallecieron.

Éstos son sus nombres y datos personales:

Vicente Lewoniuk, natural de Woroblina, de 25 años, de estado casado. Fue el primero en caer muerto.

Daniel Karwasz, natural de Legow, de 48 años, de estado casado. Encabezaba la fila llevando el crucifijo, el cual todavía se conserva.

Lucas Bojko, natural de Legow, de estado soltero, de 22 años de edad, el cual había sido el que tocó las campanas para alentar la defensa.

Constantino Bojko, natural de Zaczopek, de estado casado, de 48 años de edad, jornalero del campo y persona de buena fama por su vida piadosa.

Constantino Lucas, natural de Zaczopek, de estado casado y con siete hijos, de 45 años de edad. No murió en el acto y pudo

bien baja y resoluto andar, en cuyas facciones se aúnan, en difícil juego, la inflexión refinada del hombre que se las ha visto con manuscritos caligráficos, y el visaje marcado, esquinado, violento, del fanático, para quien el judaísmo es turbulencia y avatar político. De antiguo le vienen esos achaques. En Tarso, la griega, ha estado en contacto con el mundo de las letras, a la vez que arrebujado en la atmósfera densa y erizada de un islote judaico, de una de esas familias que los griegos compaisanos, excluidos siempre del acceso y trato con los escogidos —fariseos—, denominan, vengativamente, «hebreas».

A los dieciocho años, como solamente pueden permitirse los aventajados entre los de su linaje, se traslada a Jerusalén, metrópoli, para escuchar lecciones de Gamaliel el Viejo. Después vemos cómo, llevado por su celo farisaico, reaparece en la escena histórica en la lapidación de San Esteban, protomártir. No le está permitido levantar con su brazo los pedruscos contra la cándida víctima desnuda, pero recaba para sí el honor de custodiar los mantos de los apedreadores. De esta traza, el discípulo de Gamaliel conserva un contacto, si remoto, casi táctil —textil— con la lapidación.

¿Podrá extrañarnos ahora que Ananías, prevenido por una visión celeste sobre la llegada de Saulo, responda: «Señor, oí de muchos acerca de ese hombre, cuántos males causó a tus santos en Jerusalén»? (Hch 9,13). ¿O que cuando Pablo, tras lo acaecido en Damasco, se presente de nuevo en Jerusalén, tenga que esperarlo todo, sumisamente, de la intercesión de Bernabé ante los apóstoles, pues «todos se temían de él, no creyendo que fuera discípulo?» (Hch 9,26).

La extrañeza y sobresalto de los buenos discípulos del Señor al oír de ese formidable cambio no es privativa de ellos solamente. Toda la humanidad, desde los días en que aconteciera aquella conversión, se ha visto constreñida a pensar sobre ella con el mismo asombro.

La respuesta no es: ni de índole psicológica —congojas e insatisfacciones de Saulo con un judaísmo con el que, por lo demás, es su voluntad de servicio, hasta el último instante, indefectible—, ni se nos da vertida en sesudas ponderaciones filosóficas —como si Saulo hubiera reconocido en Cristo la plas-

mación corpórea de un grave ideal, etc.—, ni se nos ofrece nimbada en un bello mito, redondo, adornado de cisnes y prodigiosos juegos astrales, como en el nacimiento de los héroes griegos. La respuesta es crudamente histórica. Es la que Bernabé mismo ofrece a los asustados discípulos de Jerusalén. Es la que nos dan los *Hechos de los Apóstoles* Este libro, inspirado por Dios, escrito por un historiador que sabe su oficio, y que, sobre ello, oyó de estos hechos mil veces en la predicación paulina, el evangelista San Lucas, narra puramente de una cabalgada hacia Damasco, con repique fuerte de herraduras sobre la calzada, y de una luz sobrenatural que derribó al jinete principal y creó un mudo espanto en el cortejo.

Parte este afanado grupo bien provisto de cartas que lo acreditan ante los principales de la sinagoga de Damasco. Por obra de una mutua inteligencia entre el sumo sacerdote de Jerusalén y los respectivos prefectos de las comunidades sinagogales en la diaspora, quedan los miembros de la sinagoga sujetos a la jurisdicción de Jerusalén —jurisdicción que incluso las autoridades romanas reconocen—. Está, por tanto, facultada Jerusalén, llegado el caso, a intervenir punitivamente en los enclaves de la diáspora: excluyendo, por ejemplo, de la sinagoga a algún miembro cuya conducta no esta acorde con la ley mosaica, reconviniendo con el azote.. ¿Qué va a ser ahora del tímido grupo de los cristianos de Damasco, que por temor a resultar sospechosos a la sociedad ambiente no se han atrevido a despegarse aún de la célula sinagogal? Saulo se propone conducirlos atados a Jerusalén, «tanto hombres como mujeres» (Hch 9,2).

Sigue el grupo de jinetes el camino que, arrancando de Jerusalén y pasando por Sichem, se interna en el frondoso valle del Jordán, bordea luego graciosamente el lago de Tiberíades y se mete en Damasco. Llevan ya los jinetes alrededor de ocho días de cabalgada. No son estrictamente un grupo armado, aunque la furia de la marcha se asemeje tanto a la avanzada de la tropa militar, ansiosa de botín. A la altura de Damasco, la calzada romana se ensancha entre tupidas arboledas. Los caballos redoblan su andadura a la querencia de los establos de la ciudad cercana.

> «Y como anduviese su camino, sucedio que, al llegar cerca de Damasco, de subito le cerco fulgurante una luz venida del cielo, y cayendo por tierra oyo una voz que le decia Saulo, Saulo, ¿por que

> me persigues? Dijo: ¿Quién eres, Señor? Y él: Yo soy Jesús, a quien tú persigues. Pero levántate y entra en la ciudad, y se te dirá lo que debes hacer. Y los hombres que con él caminaban se habían detenido, mudos de espanto, oyendo la voz pero sin ver a nadie. Se levantó Saulo del suelo, y, abiertos los ojos, nada veía: y llevándole de la mano lo introdujeron en Damasco. Y estuvo tres días sin ver, y no comió ni bebió» (Hch 9,3-9).

Tres días le son concedidos para rumiar la derrota: tres jornadas de ayuno, con escamas sobre los ojos —una lesión oftálmica procedente de la fulguración sobrenatural—, para que el sentido interior, adelgazado y sutil por la penitencia, fuera ordenando los hechos que tan agolpadamente se le metieron por los sentidos exteriores, la «luz brillante», la voz. Fue bautizado al final de los tres días, y «volvió a ver». Ahora veía dos veces.

San Pablo podrá preguntar luego a sus fieles de Corinto, retadoramente: «¿Es que no he visto a Jesús, Nuestro Señor?» (1 Cor 9,1). En esta corporal visión del Señor glorioso están las credenciales de San Pablo ante la historia. Magnífico se presenta ante nosotros, con esas cartas, el Apóstol de las gentes. La visión del Señor lo engríe, a la vez que lo colma de humildad. Sufrirá a lo largo de su vida apostólica muchos descalabros por su fidelidad a aquella hora de Damasco. Naufragios mar adentro; en tierra, cuatro veces, sobre sus espaldas, el mismo azote que él había preparado para los asustados cristianos de Damasco. Recorre fatigosamente, en tiempos en que no se echa a la mar más que el mercader o el soldado, casi todo el orbe conocido, de límite a límite del Imperio. En un instante en que proféticamente ve llegado su fin, rinde cuentas a sus discípulos: «Plata, oro, o vestido de nadie lo codicié. Vosotros mismos bien sabéis que a mis necesidades y a las de los que andan conmigo han proveído estas manos» (Hch 24,33-34). Es degollado en Roma. En Roma se enseña el lugar en que rebotó su cabeza, por tres veces, al ser segada: *Tre Fontane.* A Roma la ensalzaron y magnificaron los Santos Padres en devotos himnos. San Juan Crisóstomo, en su florido recitado, glorifica a Roma por muchos y razonados conceptos. Pero, sobre todo, porque aloja los cuerpos de San Pedro y San Pablo. En el día de la resurrección de la carne, dice el Crisóstomo, «¡qué rosa enviará Roma hacia Cristo!».

IGNACIO ESCRIBANO

Bibliografía

Act. Apost. c.9.22 y 26.
ADAM, C., *El Cristo de la fe* (Barcelona 1958).
Dict. de la Bible, IV, col.2194s.
RICCIOTTI, J., *Pablo Apóstol* (Madrid 1950).
TILLEMONT, L. S. DE, *Mémoires pour servir à l'histoire ecclésiastique des six premiers siecles...,* I (Venecia) 192s, y en general todas las biografías de San Pablo.
WIKENHAUSER, A., *Los Hechos de los Apóstoles* (Ratisbona 1957).

BEATO MANUEL DOMINGO Y SOL

Presbítero († 1909)

> «Entre todos cuantos a lo largo de los siglos dedicaron su vida al fomento y cuidado de las vocaciones, tal vez ninguno lo ha hecho con tanto empeño, prudencia y entusiasmo como el santo sacerdote Manuel Domingo y Sol, apellidado con toda justicia por el pontífice Pablo VI "Santo apóstol de las vocaciones sacerdotales"».

Así reza el breve de su beatificación, Roma, 29 de marzo de 1987 (*AAS* 79 [1987] 1441-1445) citando el decreto en que se reconocían sus heroicas virtudes, 4 de febrero de 1970 (*AAS* 63 [1971] 156ss).

El proceso de canonización abierto en Tortosa en noviembre de 1930, concluyó el 21 de septiembre de 1934. El milagro vino de Venezuela con votaciones unánimes de los médicos. Se firmó el decreto el 10 de noviembre de 1986.

Don Manuel Domingo y Sol fue, al decir de sus biógrafos, «un hombre bueno y audaz», un cura de a pie que rodó mucho por el mundo dejando muy marcadas y profundas huellas.

Nació en la madrugada del Viernes Santo, 1 de abril de 1836, en Tortosa (Tarragona, España), que tenía entonces veinte mil habitantes. Sus cristianos padres, Francisco y Josefa, lo llevaron a acristianar el día siguiente, Sábado Santo, en la parroquia de la Catedral. Fue bautizado en una artística pila que había adornando como surtidor los jardines del Papa Luna.

Era el undécimo de doce hermanos, en una familia de payeses acomodados donde la madre llevaba el pulso de la educación y el padre, tonelero, administraba también una mediana fortuna en el campo.

A los nueve años Mons. Echanove Zaldívar, arzobispo de Tarragona y administrador apostólico de Tortosa, lo confirmó y, a los doce, recibió la primera comunión.

Hizo los cursos de latín y humanidades en el colegio de S. Matías, bajo la férula del dómine Sena, que llevaba a rajatabla eso de que «la letra con sangre entra». A los quince años, en 1851, ingresó en el seminario para cursar tres años de filosofía, siete de teología y uno de derecho.

Recibió la primera clerical tonsura el 16 de marzo de 1852 en Tortosa; las órdenes menores y el subdiaconado, en Tarragona, el 18 y 19 de diciembre de 1857; el diaconado, en Vich, el 24 de septiembre de 1859 por hallarse Tortosa en sede vacante. El 2 de julio de 1860 le ordenó de presbítero su obispo, Miguel José Pratmans.

Fue un seminarista normal, caracterizado, eso sí, por su tierna y sólida devoción mariana y un talante espiritual que se refleja en sus cartas de entonces: «Indiferencia a todo cargo o empleo. Dejarme a las eventualidades de la Providencia. Repulsión a todo beneficio colativo».

Predicó en su primera misa, celebrada en la iglesia de S. Blas, su profesor y amigo, Benito Sanz y Forés, futuro cardenal, con quien le unió gran amistad.

En los primeros años todos los ministerios le encontraban dispuesto: las misiones, las parroquias, la juventud, la enseñanza, el confesonario. «Una ambición santa parecía que hubiera querido lanzarnos a todos los campos», confesaba más tarde.

Su primera dedicación apostólica fue la de misionero popular recorriendo las parroquias de la diócesis de punta a cabo, por iniciativa del Vicario capitular, Ramón Manero.

Pasa también por el ministerio pastoral directo como Regente de La Aldea, entonces barrio de Tortosa. Y como ecónomo en la iglesia de Santiago, parroquia pobre y fría donde fomentó la frecuencia de sacramentos y la catequesis, dedicando muchas horas al confesonario.

Su obispo, Mons. Benito Villamitjana, le envió a la universidad de Valencia para obtener los grados y confiarle la cátedra de Religión y Moral en el Instituto de Tortosa. Obtuvo la licenciatura en teología el 6 de mayo de 1863 y, a su regreso, el 1 de oc-

tubre fue nombrado auxiliar de la cátedra, y el 5 de febrero de 1864, catedrático. Fue también secretario en el mismo Instituto.

El 24 de diciembre alcanzó el Bachillerato en artes por la Universidad de Barcelona. Y el 26 de febrero de 1867, el Doctorado en teología por la Universidad de Valencia.

Cuando se suprimió la asignatura de religión en la enseñanza pública y oficial del Estado por la revolución del 1868, a petición de los alumnos siguió impartiendo la formación cristiana y hasta pensó en un colegio privado para esa finalidad educativa.

En adelante, con su esmerada preparación, se quedó como simple y sencillo confesor de monjas porque ése es el nombramiento que recibe en marzo de 1868: vicario y confesor del Convento tortosino de Santa Clara.

Durante 23 años permaneció en ese cargo, dedicado a la formación espiritual de las monjas. Con ellas sufrió la amenaza de supresión por decreto, que lo iba a convertir en hospital militar.

Los que hablan de Mosén Sol por estos años destacan su carácter atrayente, dulce y pacífico. Aseguran que «no era ni taciturno ni locuaz sino prudente y atento. No era amigo de bromas; su única graciosidad era la sonrisa. Jamás se inquietaba ni estaba de mal humor». «Su temperamento era tranquilo y tolerante, sin que por ello fuera insensible. Sabía dominarse, y si era el caso, también resistir e imponerse».

De estatura regular, más bien alto y corpulento. Le gustaba de vez en cuando sorber unos polvos de rapé. Vive en la casa paterna con su madre y sus hermanos. El padre había muerto en 1861 de una apoplejía.

Cuando su madre falleció a los 64 años en 1884, queda desolado. Había significado tanto en su vida que jamás podía nombrarla sin una visible emoción. Mosén Sol la recordó siempre como una santa de cuerpo entero. Ella modeló su corazón en piedad sincera, en caridad inagotable. Daba limosnas a cuantos las necesitaban. Hasta tenía encargado en una tienda que diesen cuanto pidiera, a una señora indigente, y que él lo pagaría todo.

Él aprendió la lección: «Procuraré [...] en las festividades principales quedarme sin nada» *(Escritos,* III, 6.°, 110). Fue muy

limosnero toda su vida y hasta la misma comida del día la entregaba con facilidad a los pobres.

La figura de don Manuel, siempre con manteo y sombrero, se hizo familiar por las calles de Tortosa, camino de Santa Clara.

No solo con las 35 monjas de la comunidad sino con otras muchas personas que le iban siguiendo de confesonario en confesonario, consigue una dirección espiritual tan prudente y discreta que apenas se notaba sino por las largas sentadas y por las innumerables vocaciones femeninas con que pobló los conventos, y las eficaces ayudas que prestó para la fundación de otros, como el de la Divina Providencia de Vinaroz y el de las Concepcionistas de Benicarló y Vall de Uxó.

No se olvidó nunca de la juventud.

> «España —escribe— estaba bajo la atmosfera asfixiante del desbordamiento de pasiones y casi diriamos de impiedad [] despues de la revolucion del 68 Se me acercaron entonces dos o tres jovenes de los que habian sido discipulos en el Instituto, pidiendome una organizacion semejante a la que habia iniciado la Juventud Catolica de Madrid»

Rápidamente pasó a la acción Organizó a los jóvenes reuniéndolos al principio en su propio domicilio y más tarde en la antigua iglesia de la Merced. Les procuró capilla, biblioteca, teatro; y edificó de nueva planta un gimnasio cuya primera piedra se colocó en 1882.

Ya en 1877 había convocado en la ciudad una asamblea de asociaciones católicas donde se reunieron 748 muchachos en torno al Obispo, y en 1878 encabezó Mosén Sol la representación de la juventud católica tortosina en la gran peregrinación a Roma.

Como director responsable (1880) de la Congregacion mariana de S. Luis Gonzaga, reforma sus reglamentos y funda como lazo de unión, en 1881, la primera revista que tuvieron las Congregaciones marianas de España, *El congregante de S. Luis.*

En 1891, centenario de la muerte del santo patrono de la juventud, llevó a Roma la peregrinación nacional de jóvenes

«La juventud, repetía, ha sido el ideal de mi vida». Vivía pletorico o nostálgico de este campo, siempre prometedor, del apostolado. «Me ocuparé siempre y todos los días de mi vida de esta obra: ser amigo y padre de la juventud» *(Escritos,* I, 12.°, 34).

Promovió escuelas nocturnas dominicales para obreros y artesanos y difundió por toda la diócesis numerosos «círculos de obreros». En el pueblo de San Mateo fundó una escuela que llegó a contar con trescientas alumnas.

Trabajó mucho en el apostolado de la prensa. Primero colaborando con su gran amigo San Enrique de Ossó en el semanario *El amigo del pueblo.* Después, por su cuenta y riesgo, organizó una biblioteca popular y una librería católica, e intentó crear una asociación para divulgar la Biblia.

Extendió por toda la diócesis el «Apostolado de la Oración» y la «Adoración Nocturna» y estableció la asociación de «Camareras del Santísimo».

Pero el celo sacerdotal de su alma nunca estaba satisfecho hasta que encontró «la llave de la cosecha en todos los campos de la gloria de Dios», es decir, el fomento de las vocaciones, la formación de los futuros sacerdotes. Cuando encontró esta perla, como dice el evangelio, lo vendió todo para entregarse por entero a este ministerio clave de la Iglesia, que fue su gozo y su corona. Pensaba que «del clero depende todo».

La crisis vocacional se agudizaba más y más después de la revolución del 1868. Se cerraron la mayoría de los seminarios. Los obispos acudían a todo lo imaginable: seminaristas externos, curas de carrera breve, escuelas pueblerinas de gramática y latín, etc.

El encuentro de Mosén Sol con Ramón Valero Carceller, bajo el arco llamado del Romeu, fue providencial. Era uno de tantos seminaristas pobres que pateaban la ciudad sin apenas cobijo, mendigando mendrugos de pan para subsistir. Vivía de limosna. No tenía dinero ni para comprar una vela y estudiar de noche.

Mosén Sol no sólo le socorrió sino que en 1873-1874 abrió una casa llamada «de S. José» para recoger, sustentar y educar a los jóvenes pobres, aspirantes al sacerdocio. A los pocos años, en 1879, el Colegio de S. José, dedicado a las vocaciones eclesiásticas, albergaba internos trescientos alumnos que acudían a las clases del seminario.

El invento crecía como la espuma. Semejantes al primero se fueron abriendo Colegios de San José en Valencia, Murcia, Orihuela, Plasencia, Burgos, Almería, Lisboa, Toledo.

Los colegios josefinos se distinguieron por su alegría, austeridad, devoción eucarística, mariana y josefina, y por su formación integral. «La capilla, el estudio y la cocina son los tres goznes sobre los que gira el colegio. Si se desnivela alguno, no habrá equilibrio».

Su pedagogía era muy clara y hasta muy simple: Se basaba en serios principios de selección, clima familiar, fraternidad universal, intensa vida espiritual y una renovacion constante.

Fue trascendental la fundación del Pontificio Colegio Español de S. Jose de Roma en abril de 1892, que ha contribuido poderosamente a la renovación espiritual y científica del clero y de los seminarios de toda España.

Mosén Sol había querido siempre que los colegios estuvieran a la vera de los seminarios diocesanos, pero nunca soñó con ejercer tareas de direccion dentro de los mismos. Sentía miedo de responsabilizarse de un trabajo para el que humildemente no se creía con fuerzas suficientes. Los veía como «matorral abandonado» pensando que «un cambio radical no se ve por hoy posible».

El espíritu y estilo peculiar de estos colegios fundados por Mosén Sol influyó tanto en la formación de los alumnos, que muchos obispos le fueron encomendando la direccion de sus seminarios diocesanos: Astorga, Toledo, Zaragoza, Cuenca, Siguenza, Badajoz, Baeza, Jaén, Ciudad Real, Málaga, Segovia, Almería, Tarragona, en España, Chilapa, Cuernavaca, Puebla de los Ángeles, en Méjico. Hasta allí llegó. No le fue posible aceptar muchos más que luego atendieron sus Operarios.

La revista *El Correo Josefino* pretendía el intercambio familiar de los colegios entre sí. También llegó a la aspiracion de encuentros intercolegiales.

La vida entera de don Manuel desde los cuarenta años se fue centrando casi exclusivamente en la obra de las vocaciones a la que consagro todas sus energías y entusiasmo.

Con todo, nota «que está muy solo en la empresa». El obispo de Tortosa habia ido nombrando sacerdotes afectos a Mosén Sol para encargarse de las tareas de direccion en el colegio tan fructifero de S. José.

El 29 de enero de 1883, después de celebrar la misa, durante la acción de gracias, le vino la inspiracion de una pía union de

sacerdotes que, libres de otros cargos y empleos, se dedicaran al fomento, sustento y formación de las vocaciones eclesiásticas *(Escritos,* III, 2.º). El 4 de mayo de 1883 se lo expuso a su Obispo de Tortosa, a quien llevó las bases el día 8, y el Obispo las aprobó.

En privado, casi como de puntillas, cuatro de aquellos sacerdotes con don Manuel, se asociaron en una Pía Unión o Hermandad que tres años más tarde, el 1 de enero de 1886, quedó canónicamente establecida.

Las bases quedaron definidas en el convento carmelitano del Desierto de las Palmas, asomado al Mediterráneo. «Los objetivos constantes» habían de ser: fomento de la piedad en los jóvenes, desarrollo y sostenimiento de las vocaciones eclesiásticas y apostólicas y extensión del culto y reparación al Corazón de Jesús, inspirador de todo.

La nota más característica de su espiritualidad era el espíritu de reparación a Jesús sacramentado y deseaba que fuera «un carácter permanente y visible y que se incrustara en los Operarios» (Carta del 6 de agosto de 1883 a B. Miñana *[Escritos,* II, 6.º]).

La nueva Hermandad sólo aspiraba a ser «una mancomunidad de sacerdotes seculares, unidos por el vínculo de una dirección común para promover la gloria de Dios y sus más caros intereses».

Cuando los siete primeros Operarios suscribieron sus compromisos, ya estaba Mosén Sol metido en la construcción del Colegio de Valencia, del que salieron Operarios para abrir los de Murcia y Orihuela.

Sin duda el Señor le inspiró la fundación de la Hermandad de Sacerdotes Operarios Diocesanos para perpetuar sus obras encomendándole su carisma sacerdotal y su propio espíritu. Esta fuerza y este ímpetu sacerdotal le empujaba a ayudar continuamente a los sacerdotes diocesanos, y para ello estableció su hospedería en cada uno de los colegios y rogaba a los Operarios que estuvieran siempre prontos para ayudarles en sus parroquias y ministerios. «Que nunca se diga de un Operario que pudo hacer el bien y no lo hizo».

Característica distintiva de la Hermandad de Operarios es su calificativo de «diocesanos». Su indudable diocesanismo es de

carácter más teológico y cordial que jurídico. D. Manuel fue y quiso ser siempre un sacerdote secular diocesano y así deseó que fueran sus Operarios, incondicionalmente a disposición del Obispo de cada diócesis donde ejercen su ministerio.

Quebrantado por tantos trabajos, a su muerte, el 25 de enero de 1909, la Hermandad, con menos de un centenar de miembros, llevaba la dirección de 10 colegios de vocaciones llamados «de S. José»; de 18 seminarios diocesanos apellidados «conciliares»; el Colegio Español de S. José de Roma y dos templos de Reparación: el de S. Felipe de México y el de Tortosa, donde reposan sus reliquias en un mausoleo. Una estatua orante de D. Manuel le recuerda en perpetua adoración al Santísimo.

Los escritos de don Manuel ocupan 65 no pequeños volúmenes.

«Realmente trabajó con todo ahínco desde la primera hora en la viña del Señor». Creció inocente y sumiso en su casa paterna bajo la mirada de su madre. En el seminario se dedicó con todo empeño a conseguir las virtudes sacerdotales y las ciencias sagradas. Concienzuda y laudablemente.

Buen observador de las necesidades de su tiempo, se dedicó con diligencia infatigable a todo género de apostolados, haciéndose todo a todos a fin de ganar a todos para Cristo. Su caridad pastoral era insaciable. Brotaba del amor ardiente a Jesús Sacerdote y a la Eucaristía, tanto en su predicación oral de la Palabra de Dios como en sus escritos y en el ejemplo admirable de su vida; en la delicada y enérgica dirección de las almas y en la escucha de las confesiones sacramentales.

Así como también en la caridad para con los pobres, en la difusión de la doctrina católica, en la expansión de las obras sociales, en la fundación de casas religiosas, pero sobre todo en despertar y forjar las vocaciones sacerdotales.

Tanta era su confianza en la divina Providencia que no dudaba que sus proyectados colegios o seminarios, etc., podrían cimentarse incluso con barro o construirse con cañas; y no se hubiera extrañado de que algo maravilloso aconteciera en favor de sus empresas que él mismo llamaba «proyectos temerarios».

Tan grande era su sentimiento de caridad para con todos que siempre, con dulce simpatía y admirable benevolencia, les

ayudaba materialmente o los orientaba con sus consejos; más aún, afable y sonriente, a cuantos se le acercaban les obsequiaba amablemente con algún regalo, aunque fuera pequeño, de lo que él llamaba su «oficina de caridad».

Con el mismo gozo de espíritu se deleitaba cuando se veía en enfermedad, persecuciones y estrecheces, porque estaba firmemente persuadido de que todas las empresas de Dios exigen siempre víctimas, y por eso deseaba morir olvidado de todos.

El mensaje de Mosén Sol, el «santo apóstol de las vocaciones», es de palpitante actualidad en la sequía tremenda y extremada que padecen muchas diócesis y naciones enteras en el campo de las vocaciones. Sus orientaciones siguen siendo válidas; su testimonio ejemplar y su intercesión necesaria, como la Iglesia la pide en la oración colecta de su misa y oficio:

> «Oh Dios que descubriste al Beato Manuel Domingo y Sol el profundo sentido de toda vocación, en especial la vocación sacerdotal, concédenos por su intercesión decididos apóstoles de las vocaciones y generosas respuestas a tus llamadas».

Mosén Sol nos invita a incorporarnos a la gran corriente profética que él personificó. Su talante y su espiritualidad quedaron reflejados en uno de sus pensamientos más repetidos:

> «No sabemos si estamos destinados a ser río caudaloso o si hemos de parecernos a la gota de rocío que envía Dios en el desierto a la planta desconocida. Pero más brillante o más humilde, nuestra vocación es cierta: no estamos destinados a salvarnos solos».

BERNARDO VELADO GRAÑA

Bibliografía

ANDRÉS, J. DE, *Un hombre que supo darse. Manuel Domingo y Sol* (Salamanca 1959).
JAVIERRE ORTAS, J. M., *Reportaje a Manuel Domingo y Sol. Un hombre bueno y audaz* (Madrid 1987).
MARTIN HERNÁNDEZ, F.-RUBIO PARRADO, L., *Mosén Sol. Vida de Manuel Domingo y Sol, fundador de la Hermandad de Sacerdotes Operarios Diocesanos* (Salamanca 1978).
TORRES SÁNCHEZ, A., *Vida del Siervo de Dios D. Manuel Domingo y Sol, apóstol de las vocaciones, fundador de la Hermandad de Sacerdotes Operarios del Corazón de Jesús* (Tortosa 1934).

BEATO ENRIQUE SEUSE (SUSO), OP
Presbítero († 1366)

Con el Beato Enrique Seuse sube a los altares lo mejor y más seguro del movimiento místico que florece a lo largo de las orillas del Rhin en los alrededores del 1300.

En ese recodo del tiempo la historia de Europa es turbia y confusa como pocas veces. En el fondo esta —ya entrado el siglo XIV— la lucha entre Juan XXII y Luis de Baviera, uno de tantos episodios que jalonan tristemente las disensiones seculares entre el Papado y el Imperio. Esta lucha envenena toda la vida social y religiosa de la inmensa mayoría de los pueblos europeos. Las disensiones florecen violentas por doquier. Se usarán todas las armas imaginables, espirituales y temporales, para conseguir cada cual sus intentos. Y los intereses sacrosantos de la gloria de Dios pagaran las consecuencias. Nuestro Beato ha tenido que vivir en el teatro más afectado por estas querellas: el sur de Alemania.

Pero no fueron sólo estos grandes problemas los que ponían por entonces en tensión los espíritus. Las guerras, la inseguridad consiguiente, el feudalismo en su retroceso inevitable, las pestes... A mediados del siglo la llamada «peste negra» pondra el colmo a este endémico flagelo, y aumentará la confusión y el desorden por todas partes Los postreros años del Beato estarán ennegrecidos por esta turbación agobiante.

Todo ello trajo como consecuencia una crisis espiritual excesivamente grave. Por una parte, una mentalidad inquieta en varios pensadores, rayana o algo más con la herejía. A su vez la relajación y la libertad en las costumbres. Por otra parte, una reacción espiritual que protesta reciamente ante la conculcación de los derechos del espíritu, amenazados y pisoteados. Pero —signo de los tiempos— esa reacción no sabe en muchas ocasiones mantenerse en sus justos límites, y roza con la actitud herética o cismática, si es que no incide francamente en ella. Las sectas hereticoides pululan por Francia, por Alemania, por Italia... Particularmente doloroso es el historial de los «espirituales» franciscanos, en parte auténtico y en parte degenerado y falso. Todas aquellas pretenden reformar y evangelizar la Iglesia. Sus consignas son, al parecer, de una pureza espiritual ex-

quisita. Pero esconden la rebeldía ante la norma externa, y caen fácilmente en las mayores aberraciones doctrinales y prácticas. Y todo se mezcla con las turbias corrientes de la política humana, para que resulte más complicado y más difícil.

Sin embargo, la Iglesia santa, siempre a pesar de todo santa, produjo entonces también magníficos frutos de santidad. Si algunos movimientos espirituales de aquellos días son equivocados o al menos sospechosos, otros saben guardar el equilibrio conveniente y producen una cosecha de exacta y hasta llameante espiritualidad.

Uno de estos últimos nos lo ofrecen varios grupos de espirituales que se apretujan en la zona más o menos señalada por el paso del Rhin. Pertenecen principalmente a la Orden de Santo Domingo. Y tienen como maestro venerable al pobre Eckart. Su nombre hay necesariamente que evocarle al hablar de Seuse. Sin él Seuse como místico no sería quizá ni siquiera pensable. Eckart ha nacido cerca de Gotha hacia 1260. Hecho dominico, ha ejercido el magisterio en París, en Estrasburgo y en Colonia. Magisterio de la cátedra, de la predicación, y de la dirección de las almas. Indudablemente su alma ha sido de una elevación extraordinaria. Y su mente, amasada de luces evangélicas, conjugadas de platonismo y de tomismo, se ha lanzado por la pendiente de una originalidad atrevida de expresión, que ha comprometido su reputación de ortodoxo. Él se ha sometido fielmente de antemano al juicio de la Iglesia, ante las acusaciones de sus émulos. Y ha muerto en 1327, no sabemos dónde, quizá caminando tristemente hacia Avignon para esperar el fallo del Vicario de Cristo... Éste fue adverso y condenatorio cuando, en 27 de marzo de 1329, se dio. Pero no todo quedó hundido en esa hora negra. Sus discípulos mejores han sido fieles a la memoria buena del maestro, aunque tuviesen el cuidado de evitar los malentendidos a que se exponía la manera menos exacta de hablar de aquél, y que le mereció el justo anatema de la autoridad eclesiástica. Juan Tauler, OP, y Enrique Seuse, OP, serán los más valiosos y más conocidos. Detrás de ellos una lista numerosa podría trazarse, hasta contar en ella con un nombre glorioso como pocos en toda la historia de la espiritualidad: el del Beato J. Ruysbroek. Pero volvamos a nuestro Beato. Con

él, como antes ya decía, sube a los altares todo lo salvable —que es muchísimo— de la espiritualidad dominicana de la escuela de Eckart.

Para trazar la silueta biográfica de Enrique Seuse no contamos prácticamente con más documentación que sus obras escritas. Pero descartando desde el primer momento su pretendida autobiografía. Mucho se ha discutido acerca de la autenticidad o no de la misma. Para mí es evidente que no ha salido de sus manos, aunque lo sustancial de lo que allí se dice, sea quizá verdadero. Con los datos que aportan las obras indudables de Seuse y algunas otras escasas noticias, podemos reconstruir así, esquemáticamente, su vida.

Ha nacido hacia 1296, en Suabia, fría y umbrosa por sus bosques, aunque riente y casi meridional a la vez. Parece seguro que su villa natal ha sido Constanza (Uberlingen ha pretendido también ser su cuna). Quiere decir que su infancia ha discurrido junto a las aguas de su lago famoso, principal fuente del Rhin. Por su padre (¿un pañero de Constanza?) era Von Berg. Por su madre, piadosa y sensible, era Seuse, cuyo apellido él tomó.

A los trece años, con dispensa de edad, ha sido admitido en el convento dominicano de Constanza, que desde 1236 se elevaba a orillas del lago. Pertenece a la provincia teutónica, floreciente con sus cincuenta monasterios extendidos por Brabante, Colonia, Alsacia, Suabia, Franconia meridional y Baviera. La Orden vive todavía bajo el esplendor que la dieran un Alberto el Magno (suabio también) y un Tomás de Aquino, cuyas doctrinas serán las oficiales en la Orden desde 1270. Por aquellos días la ilustra la fama del maestro Eckart, «a quien parece que Dios nada ha ocultado». Seuse habrá seguido allí sus cursos de estudio: primero el latín, la lógica y la retórica, luego el año de noviciado, dos cursos después de *Officium divinum* y de estudio de las Constituciones; a continuación cinco años de filosofía, y tres de teología (uno de Biblia y dos de comentario a las *Sentencias* de Pedro Lombardo).

Entonces, hacia sus dieciocho años de edad, tiene lugar su «conversión». El *Horologium,* obra ciertamente suya, nos ha dejado constancia de aquélla. ¿En qué consistió en definitiva? Es difícil precisarlo. Pero lo que parece evidente es que desde enton-

ces empieza una vida de fervor, que antes no existía. Él alude allí a forcejeos de su alma, a una crisis de la misma que se debate algún tiempo entre altos y bajos. Habla de visiones, que parecen ser sencillamente ilustraciones de su alma (él mismo dice que no deben tomarse a la letra como realidades consistentes), transferidas en tono simbólico imaginativo por su rica y poética sensibilidad. Su fórmula es la sabiduría de los libros santos. Ella es su ideal, la esposa de su alma. Pero ideal que se encarna en Jesucristo, el Verbo hecho hombre. A ella se consagró y se entrega. Para ella serán todas las ilusiones y trabajos de su vida. Sin duda, desde este momento, su austeridad de vida aumenta enormemente. Los tiempos eran propicios para ello. Y las referencias a lo largo de sus escritos nos dicen sobradamente de ello. Sin necesidad de admitir las evidentes exageraciones de su seudoautobiografía, que habla de penitencias corporales casi inimaginables.

En 1320 es enviado a Colonia al *Studium Generale* de la provincia teutónica Allí, durante otros tres años, cultivarán la teología los que son dedicados para ser «maestros». En Colonia el maestro de los maestros es Eckart Seuse ha quedado encantado, por su pureza de vida y su elevación de doctrina. Pero son los años en que el venerado maestro es vencido por sus enemigos y por sus mismas audacias de expresión. Seuse le será fiel hasta morir. Por esos años él compone su *Libro de la verdad,* que no será otra cosa más que la enseñanza de Eckart, mitigada en su manera de decir y justificada en cuanto a su contenido. De Colonia hubiera pasado a París para recibir el grado de maestro. Pero no fue así, y retornó a Constanza. Quizá se había hecho sospechoso por su adhesión a Eckart. Quizá su humildad rehuyó también esos honores humanos. En el *Horologium* nos habla de una especie de visión en la que se le adoctrina sobre la vanidad de esos títulos y preeminencias.

Parece que a partir de 1327 es «lector» en su convento de Constanza. Pero las persecuciones se abaten sobre él Su amistad con Eckart le ha comprometido. Su *Libro de la verdad* (y quizá ya algún otro) es sospechoso. Seuse es juzgado en un capítulo provincial, que no resulta fácil determinar a los historiadores. Y pierde su lectorado. Ciertamente es un fraile en desgracia. La

sabiduría trata así a su esposo de sangre. Para explicar esta situación no olvidemos el telón de fondo de los tiempos difíciles. No olvidemos el caso de Eckart. No olvidemos sobre todo que dentro de la misma Orden de Predicadores la división se acentúa por momentos. Las revueltas externas se filtran hacia dentro. Es cierto que los dominicos se mantuvieron generalmente fieles al Papa. Pero los vientos agitados que corrían no ayudaban, antes al contrario, al florecimiento de la vida religiosa acentuada e intensa. Los espíritus se dividen en fervientes y en laxos. Seuse es de los primeros, con Eckart, con Tauler... Pero triunfan los otros.

Sin embargo, bajo los golpes de la prueba, los fervorosos se ayudan y animan a ser mejores. La llama sigue encendida y, si cabe, más ardiente. Aunque a veces también se mezcle allí la cizaña, y se den abusos condenables. Los grupos de los llamados «amigos de Dios» son admirables.

Sacerdotes seculares, religiosos y religiosas, seglares... todos toman parte. Seuse está allí, entre los primeros. Cultivará su vida espiritual propia, escribirá libros y cartas, predicará por los pueblos, pero principalmente dirigirá religiosas de su Orden, cuyos monasterios son de los más florecientes en Alemania.

Su vida apostólica externa no debió ser muy llamativa. Recorre, es cierto, la Suiza, la Alsacia, el valle del Rhin... Pero no es el misionero, el predicador célebre, como lo fue Tauler, por ejemplo. De hecho no nos quedan apenas testimonios escritos: un par de sermones, y no populares, sino para auditorios escogidos.

Su gracia especial estuvo en la dirección de sus hermanas dominicas. Sobre todo, se beneficia de ella el monasterio de Tos, cerca de Winterthur, donde se encuentra su principal hija espiritual, Elsbet Stagel. Es a ella, a su veneración por su padre del alma, a quien debemos la colección de sus cartas, y seguramente también lo que de aprovechable y de verdad hay en la seudoautobiografía, que ha debido como tal amañarse en el círculo devoto del convento de Tos. Allí, en aquel ambiente cálido, ha debido refugiarse más de una vez el alma perseguida y dolorida de Seuse, cansada de correr por los caminos espinosos de su tiempo y de sus tierras angustiadas. De 1338 a 1349 prác-

ticamente se nos pierde la traza de nuestro Beato. En la lucha entre Juan XXII y Luis de Baviera, Constanza vive en entredicho eclesiástico. El obispo es fiel al Papa y con él la mayoría de los dominicos. Pero la ciudad en general está por el emperador. Los padres predicadores tienen que emigrar. Uno de ellos, Seuse. No sabemos si pasa estos años en Diessehofen o en Schottenkloster. Quizá los pasa más en los caminos, en las ventas, en las hospederías de los monasterios femeninos de su Orden. Parece que nuevas pruebas llueven por entonces sobre él. La seudovida habla de una calumnia lanzada contra él en estos últimos tiempos —una mala mujer a la que quiso sacar de su vida de pecado habría levantado contra él un horrible testimonio falso—. Ello trajo consigo el abandono de sus amigos, y la sospecha y hasta el castigo de sus superiores. Dada la inseguridad de la fuente histórica nada podemos afirmar.

Pero sí que a lo largo de estos años maduros de su vida espiritual, los escritos van cayendo de sus manos, sembradoras del bien. Primero *El libro de la verdad,* del que ya hemos hablado. Especulativo, eckartiano, difícil a ratos. Luego el *Horologium sapientiae,* su obra latina, la principal obra para conocer datos sobre su vida, y quizá en conjunto de toda su doctrina. Sigue después *El Libro de la sabiduría eterna,* y en forma dialogada como casi todos sus libros. Y como todos, a excepción del *Horologium,* escrito en su dialecto suave, viejo alemán del sur. Esta obra es menos especulativa que *El libro de la verdad.* Es quizá la más típica de Seuse, en que sobre la base del vuelo mental de Eckart, vuelca toda la ternura y fina sensibilidad de su alma soñadora. Prácticamente es un comentario devoto, bordado sobre los padecimientos de Cristo y de su Madre dolorosa, que él contempla con amor y compasión, muy finales de Edad Media. Las corrientes espirituales bernardina y franciscana se combinan preciosamente aquí con las corrientes doctrinales aristotélica y platónica de los maestros Tomás de Aquino y Eckart. El *Libro de la sabiduría eterna* termina con las *Cien consideraciones* y oraciones piadosas, que son para recitar todos los días. Es posible que estas aspiraciones de su alma fuesen escritas en otra ocasión anterior, y luego añadidas a esta obra más grande. Tenemos, además, el *Pequeño y el grande libro de las cartas.* Ambas colecciones

parecen auténticas y la mayoría de sus piezas están dirigidas a sus hijas espirituales de los monasterios dominicanos. En estas cartas aparece el alma del Beato en toda su naturalidad y frescura Datos biográficos, doctrina, rasgos delatadores de su psicología espontánea... todo se encuentra allí, sin esfuerzo ni retoques. Nos quedan finalmente dos *sermones (Lectulos noster floridus,* e *Iterum relinquo mundum),* como muestras de su predicación insinuante, mística, pero no para masas, sino para las almas selectas de sus dirigidas.

Los últimos años se consumen en Ulm. ¿Fue confinado allí como penitencia por sus supuestos e inexistentes pecados? ¿Fue por sencilla disposición administrativa de sus superiores? Nada sabemos. Ni los quehaceres que llenaron sus horas. Es de suponer que seguiría su apostolado de dirección de almas. Probablemente daría también a sus escritos las manos postreras. Los viejos documentos señalan el 25 de enero de 1366 como el de la fecha de su muerte. Y que fue sepultado junto al altar de San Pedro de Verona de la iglesia de su convento de Ulm. Sus restos no han podido ser encontrados y yacen perdidos en aquel templo, desde hace siglos, vacío y frío bajo el dominio protestante. Fue en 1831 cuando Gregorio XVI beatificó y puso en los altares a este siervo de Dios.

Más noticias que de sus hechos externos tenemos de su misma alma. Sus escritos nos la entregan en gran parte.. Sin embargo, nada más en parte. Pues el alma, toda alma, máxime de la grandeza de un Beato Seuse, será siempre un misterio.

Para tratar de comprenderla no perdamos de vista su tiempo y sus circunstancias. No olvidemos de situarle en aquellos momentos, ni de colocarle, al querer explicarle, en la corriente espiritual tomista —eckartiana—. De otro modo sería absolutamente ininteligible.

El Beato Seuse es evidentemente un alma mística. Mística en el sentido más estricto de la palabra. Podrían, sin embargo, despistarnos en este terreno dos dificultades que enseguida se ofrecen. En primer lugar, los antecedentes magistrales que ha vivido el Beato. La doctrina del maestro Eckart ¿se basa sobre una experiencia, o es solamente una dialéctica religiosa de vuelo sublime? Lo último es innegable: Eckart prolonga y matiza la

concepción neoplatónica del cristianismo griego, representado especialmente por el Seudo-Dionisio. El alma, imagen de Dios, vuelve a Dios, al Unum, la Nada Infinita, a través de una ascesis total y de una elevación mística que Dios mismo provoca Eckart, con sentido sobrenatural y cristiano, ha descrito con frases incisivas la misteriosa generación mística del Verbo en el alma, cómo el Padre pronuncia allí su palabra y la une misteriosamente a su vida abisal trinitaria. A veces ha dicho, sin querer, demasiado. Pero ¿cabe allí una realidad vivida, experimentada? Sin duda que sí, sea de hecho lo que sea en cada caso. Seuse ha recogido ese esquema, lo ha prudentemente explicado y ha tratado de expresar con él las vivencias de su íntimo secreto escondido.

En segundo lugar, otra pregunta pulsa enseguida a quien se acerca a sus páginas: ¿no nos hallamos ante un artista que pinta poéticamente y que compone, por consiguiente, trasponiendo *sus sueños, sus imaginaciones, las emociones de su fina sensibilidad*? Ciertamente, hay que admitirlo. Sin embargo, inclinándose sobre esos escritos —ni muchos, ni pocos, los suficientes—, repasándolos con cuidado, se llega a distinguir perfectamente el envoltorio y el contenido. Y se llega a la convicción de que el autor de los mismos ha conocido y gustado lo que trata de balbucir, sirviéndose para ello de las fórmulas que le ofrecían sus maestros y las que encontraba en los repliegues de su alma, transida de sentido de la belleza y de ingenio artístico.

Con todo es difícil trazar el itinerario místico de su alma Quizá él mismo no lo hubiera podido nunca dibujar. El trazado fundamental será el siguiente:

Primero, la conversión a que aludimos antes. En el fondo del alma se ha dejado sentir la invitación misteriosa a la entrega perfecta: «Sábete que el renunciamiento interior conduce al hombre a la suprema verdad» *(El libro de la verdad,* 1,3).

Luego, la visión de la sabiduría divina, que encarnada en Jesucristo será el signo de toda su vida endiosada. Un día hasta externamente marcara su pecho con el nombre de Jesús.

Los estados infusos de elevación y de éxtasis serán en adelante frecuentes en su vida. Los documentos significativos podrían multiplicarse hasta la saciedad.

Pero esta unión mística florecida en el alma exige las terribles purificaciones, que hace inevitables la pureza infinita del Dios que se entrega. Seuse ha padecido esas pruebas del amor.

Pruebas internas y externas. Porque Jesús, la sabiduría divina, ha querido sellar con su cruz de un modo especial la vida de nuestro Beato. Es uno de los casos más interesantes de almas crucificadas que conocemos en la historia de la santidad cristiana. La sombra de la cruz se proyecta en ella siempre. Él mismo ha dicho (carta 28): «Su pasión —de Cristo— es el tesoro de sus pobres». Para él lo fue multimillonariamente. Todos los sufrimientos llovieron sobre él. Y las páginas que arrancaron a su pluma hecha lira son tan abundantes y maravillosas, que quizá en toda la literatura cristiana no haya otras en conjunto que las puedan igualar. Él ha «soportado» a Dios, según su expresión, entre lágrimas y sonrisas, entregado totalmente a su misericordia y a su amor. Una imagen, que él narra en su carta 12, es como el gráfico de su vida sangrante: un día que había tenido que sufrir mucho por penas interiores y por desprecios y humillaciones externas, vio desde la ventana de su celda a un perro que jugaba en el patio con un trapo cualquiera. Lo mordía, lo babeaba, lo arrastraba, lo rasgaba... Una luz se hizo en su alma: «Así debes tú hacer [...] Se te arroje en alto o se te tire abajo, aunque se te escupa... tú debes aceptarlo todo alegremente, sin protestar, como el trapo, si él tuviese conciencia...».

Así fue su vida toda, cristificada. Así se nos fue, calladamente, en un día de invierno, bajo el cielo grisáceo de Ulm, sin que nos fuese dado recoger el recuerdo de su última palabra, sin que se nos refiriese para satisfacer nuestra curiosidad devota la expresión de su última mirada. La sabiduría divina se lo llevó consigo para abismarle en la mismidad de su gloria, en su radiante luz...

Su influencia doctrinal ha sido relativamente grande. Casi siempre en el conjunto que forma esa escuela mística del Rhin. Aunque dentro de él Seuse es el más suave y afectivo, el que más ha sabido juntar la especulación alta con la ternura humana. Por eso el más cristífero de todos ellos, el más aprovechable en general. Sobre todo a través de la edición latina que hace el cartujo Surio (1555) de sus obras, Seuse fue conocido por do-

quiera. ¿Lo leería nuestro San Juan de la Cruz? No es posible contestar a esta pregunta. Pero no sería extraño que alguna vez pudiera rastrearse alguna proyección más o menos indirecta de nuestro Beato en el más grande de los místicos de la cristiandad. De la escuela renana como tal, tomada en bloque, el rumor allí existe. Pero es prácticamente imposible precisar algo más. Lo que es indudable es que muchas páginas de Enrique Seuse, si no son todas, pueden todavía, y seguramente siempre, hacer bien a las almas. Que se las debe, por consiguiente, editar y propagar.

BALDOMERO JIMENEZ DUQUE

Bibliografía

Act SS Boll, 2 de marzo, *Autobiog* o *Vida*, escrita por su discípula E STAGEL, traducida al latín por L SURIUS
ANCELET-HUSTACHE, J, *Le bienheureux Henry Suso* (París 1943)
BIZET, J A, *Henry Suso et le déclin de la scholastique* (1947)
CLARK, J M, *Horologium Sapientiae The little book of truth The life of the servant* (autobiogr) (1952)
HORNSTEIN, J DE, *Les grands mystiques allemands du XIV siecle* (Lucerna 1922)
LAVAUD, B, OP, *L'oeuvre mystique de Henry Suso*, 4 vols (París 1946)
THIRIOT, G, OP (ed), *Oeuvres mystiques du Bx Suso*, 2 vols (París 1899)
ZELLER, R, *Le Bx Henry Suso* (París 1922)

BEATA TERESA GRILLO MICHEL
Viuda († 1944)

El controvertido siglo XIX fue testigo del nacimiento de un buen número de congregaciones religiosas, las cuales iban a suponer una nueva y pujante fuerza dentro de la Iglesia y aún en el seno de la misma sociedad. Países como Francia, Italia y España —por citar quizá los más sobresalientes— serán especialmente privilegiados en este campo de las nuevas fundaciones.

Italia, cuna de grandes santos en épocas anteriores, ahora, en este siglo que nos ocupa, no lo será menos. Surgen nuevas figuras, que como Benito de Nursia, no antepusieran nada al amor de Jesucristo, que como Francisco y Clara de Asís se hiciesen pobres entre los pobres, que como Tomás de Aquino lle-

varan la fe a través de la cultura y de la ciencia, o que como Felipe Neri se entregaran sin reservas al servicio de la juventud. Y todos ellos con un espíritu de filial devoción hacia la Sede de Pedro idéntico al de Catalina de Siena.

Y en Italia era la zona del Piamonte la que, a lo largo de la segunda mitad de la centuria decimonónica y aún en la primera del siglo XX, tenía el privilegio de contar con varios de estos egregios fundadores, cuyos nombres, imborrables para la historia de la humanidad, iban a engrosar además el rico santoral de la Iglesia. Figuras de talla universal tales como los santos Juan Bosco y Leonardo Murialdo o los Beatos José Allamano, Luis Guanella y Luis Orione, como ejemplos más representativos de aquella época y lugar.

Contemporánea a este precioso ramillete de santos sacerdotes, y muy relacionada sobre todo con Don Orione, aparece en aquella misma región la Madre Teresa Magdalena Grillo Michel, que con el mismo temple e imbuida del mismo espíritu que los anteriores, enriquecería la vida religiosa con una nueva familia: las Pequeñas Hermanas de la Divina Providencia. Unas «hermanitas», en expresión más española, dedicadas por entero a la promoción espiritual y social de los pobres, llamadas a sumergirse en el mundo del dolor y de la marginación, para ser en él, y con total confianza en la Divina Providencia, testigos y profetas del amor salvífico de Dios.

En pleno Piamonte se alza la provincia de Alejandría, con su capital del mismo nombre, así llamada en recuerdo del papa Alejandro II, que en 1168 la había erigido para dar cobijo a los milaneses, cuya ciudad había sido arrasada por las tropas de Federico Barbarroja.

Y muy cercano a ella, a 6 kilómetros, el pueblo de Spinetta Marengo, el cual será punto de partida de nuestra historia. Una historia que comenzaba a escribirse el 25 de septiembre de 1855 en la finca «Villa Cavallerota», propiedad rural del acaudalado cirujano D. José Grillo, médico jefe del Hospital de San Antonio y San Blas de la vecina capital alejandrina. En aquella fecha otoñal, su esposa María Antonieta Parvupassu, descendiente de una antigua e ilustre familia de la región, daba a luz a quien sería la última de sus cinco hijos, una preciosa niña, que

iba a hacer las delicias de toda la familia, pues además de ser la pequeña, entre ella y el resto de sus hermanos había una notable diferencia de edad.

Si señalado había sido aquel 25 de septiembre para los Grillo-Parvupassu, familia profundamente cristiana, no lo sería menos el 26, ya que en él la recién nacida recibiría las aguas bautismales con el nombre de Teresa Magdalena. A las tres de la tarde, a la misma hora en la que el Señor había entregado su vida en la cruz, los efectos de aquella muerte redentora se hacían realidad en nuestra niña, que ungida con el santo crisma pasaba a participar de la dimensión real, profética y sacerdotal de Cristo, dimensión que el Espíritu Santo mantendría en ella siempre viva, sobre todo desde su entrega incondicional a los más pobres y necesitados, a los niños y a los ancianos y cuantos sufrían cualquier enfermedad o dolencia, ya fuera física o espiritual.

«Villa Cavallerota», lugar que la había visto nacer, sería con el correr del tiempo testigo cualificado de aquella primera infancia de Teresa, viéndola crecer expansiva, alegre y traviesa en algunas ocasiones, pero sabiéndose ganar siempre el afecto de quienes la rodeaban. Y lo mismo la ciudad de Alejandría, población en la que su padre gozaba de gran prestigio y aprecio, pues además de su indiscutible profesionalidad era un hombre de sólidas y recias costumbres, por lo que ocupará durante largos años una concejalía en el ayuntamiento alejandrino.

Con su madre como primera y principal educadora, se va forjando en aquella alma infantil un profundo espíritu cristiano, la mirada siempre puesta en Dios, y por ello muy sensible ante el mundo del dolor y del sufrimiento ajeno. Y junto a esta educación materna, recibe también la formación escolar elemental, que la irá introduciendo paulatinamente en el mundo del saber.

Todo presagiaba que esa felicidad y alegría que acompañaban la infancia de Teresa iban a ser duraderas, pues vivía rodeada de cariño y sin carecer de nada, pero un amargo trago, que nadie esperaba, vino a ensombrecer aquellos dulces años de nuestra niña, que todavía no había cumplido los once. En la noche del 18 de marzo de 1866 la muerte se asomó implacable en el hogar de los Grillo, llevándose al cabeza de familia, a don

José, al honrado cirujano, quedando así su querida hija sumida en el dolor —más, si cabe, que el resto de la familia, por ser la pequeña— ante tan irremediable pérdida.

Teresa había recibido un buen golpe, muy duro, mas no sería el único, aunque su larga vida estará ordinariamente marcada por acontecimientos de signo netamente positivo. Así la vemos recibiendo piadosamente la confirmación en la catedral de Alejandría el primero de octubre de 1867, año éste que quedará profundamente impreso entre sus recuerdos, ya que hacia mediados de noviembre es internada en el colegio de Nuestra Señora de las Gracias de Lodi, cerca de Milán, para aquilatar así su formación y educación tal como correspondía a una niña de familia acomodada.

Nuestra Señora de las Gracias, colegio regido por las Religiosas de la Bienaventurada Virgen María, conocidas popularmente como «las Damas Inglesas», era un centro de probada reputación y solera, lo mismo por sus métodos pedagógicos que por su refinada educación y por su sólida formación cristiana, fruto de lo cual había logrado mantenerse en pie pese a las leyes laicistas, que en 1866 habían suprimido los colegios dirigidos por las órdenes religiosas. La población de Lodi, con su ayuntamiento a la cabeza, no había permitido en cambio el cierre de éste, pues eran muchos los beneficios que de él había recibido, aunque para ello sus monjas hubieran tenido que pagar el doloroso precio de despojarse del hábito y de camuflar así su verdadera identidad, pasando por simples señoras.

Allí, en aquellas aulas de Lodi, va a pasar Teresa toda su adolescencia, cinco años, poco tiempo en realidad, pero que dejaron honda huella en su persona, seguramente por ser esos años tan cruciales del paso de la niñez a la juventud, convividos junto a otras chicas de su misma edad, bajo la mirada siempre atenta y maternal de sus «Damas Inglesas» disfrazadas de señoras. Cinco años nada desdeñables en la forja de su personalidad, y con una enseñanza bastante completa, muy acorde con las pretensiones futuras de las colegialas.

Y estando ya en sus últimos cursos perteneció al denominado grupo de «las mayores», alumnas a las que, dada su conducta, aplicación y forma de ser, se les encomendaba ayudar a las

más pequeñas y ocuparse de ellas como auténticas madres. Lo cual nos está hablando de la estima y consideración que las religiosas del colegio sentían por Teresa, quienes ponderaron su jovialidad de carácter, su diligencia en los deberes, su sobresaliente piedad religiosa y el buen influjo ejercido en el resto del alumnado, a lo que hemos de añadir, en justicia, su hermosa y elegante presencia, y la finura de sus delicados modales.

Acontecimiento más que feliz ocurrido durante los años de colegio, fue sin lugar a dudas el de la Primera Comunión, que la futura fundadora recibió con la tierna devoción de sus doce años, el 21 de junio de 1868. Y lo mismo la imposición de la cruz de oro, máximo galardón del centro, impuesto a nuestra joven el 19 de septiembre de 1872, como consecuencia de su distinción en los estudios de religión.

Si la educación y formación recibidas en Nuestra Señora de las Gracias habrían de ser cruciales para el resto de su vida, no lo sería menos el ejemplo de fe y de constancia de las buenas «damas», que con la legislación vigente en contra, pero provistas de un temple poco común, estaban sacando adelante el colegio. De ahí que surgiera en ella una sincera vocación religiosa, haciendo incluso ante la imagen de Nuestra Señora de las Gracias promesa de consagrarse al Señor, aunque, a la hora de la verdad, la situación política y las aspiraciones de su familia se lo impidieran.

Con diecisiete años, y una vez finalizados los estudios en Lodi, Teresa vuelve de nuevo a Alejandría, donde bajo la tutela materna y guiada siempre de sus buenos principios, comienza a frecuentar los ambientes aristocráticos de la ciudad. Y tratándose de una muchacha hermosa, de porte elegante, con una buena educación y nobles sentimientos, no le fue difícil encontrar un pretendiente a su medida: el culto y brillante capitán de infantería, Juan Michel, auténtico gentilhombre dotado de unas extraordinarias cualidades morales y virtudes castrenses. Así Teresa Grillo se convertiría a los pocos años en la fidelísima esposa del ilustre militar, con quien compartiría días realmente felices.

El 2 de agosto de 1877, con la etiqueta y el boato propio de las familias distinguidas, se celebraban en Alejandría los esponsales de nuestra joven, que contaba entonces veintidós años, y

de su enamorado capitán, próximo a los cuarenta. La ceremonia fue presidida por el canónigo José Prelli, primo de la contrayente y andando el tiempo su más decidido consejero, gracias al cual su vida iba a dar un giro de ciento ochenta grados, posibilitando así el nacimiento de su futura congregación.

Dada la profesión de su marido, la vida de la señora Michel se vería ahora jalonada por una cierta trashumancia, fruto siempre de los sucesivos ascensos del esposo, que acabaría sus días con graduación de coronel. Primeramente vendría Caserta, ciudad de la Campania, después las poblaciones sicilianas de Acireale y Catania, y finalmente, Portici, en la zona napolitana, y la misma ciudad de Nápoles.

Teresa había vuelto a experimentar idéntica felicidad que en sus años de infancia, muy querida por su cónyuge, respetada por todos, fiel a sus devociones y prácticas religiosas, que cada vez irían en aumento, lo mismo que sus constantes obras de caridad, realizadas todavía al estilo de las damas de su época. Y por otra parte, acudiendo a fiestas y galas sociales o practicando la equitación en sus paseos campestres. Aunque en lo más profundo de su corazón anidaba una pequeña sombra: el cielo no le había concedido el don de la maternidad, y tanto ella como su marido hubieran querido ser padres de una numerosa prole.

Pero nuevamente aquella felicidad de la que gozaba la señora del brillante oficial iba a trocarse prácticamente de golpe en una indescriptible pena. Parecía que tanta calma y tranquilidad seguidas no estuvieran hechas para ella, era como si estuviera necesitada de momentos difíciles, para acelerar así el paso en ese insospechado camino por el que Dios la llevaba. Lo cierto es que esto, por crudo que parezca, iba a ser real. En el corto espacio de dos años perdería a sus dos seres más queridos, a su anciana madre y su buen esposo. Golpe tras golpe, y este segundo de mayor calibre...

Acontecimiento triste, sobre todo para un alma tan sensible como la de Teresa, el 8 de enero de 1889 fallecía doña Antonieta, su madre, su primera maestra en el difícil arte de ser persona, la gran consejera y guía de su infancia y juventud, a cuyo lado había pasado días realmente entrañables. Ciertamente era una separación dolorosa, que llegaría incluso a debilitar su salud,

aunque para su consuelo contaba con la cercanía y el cariño del esposo que tanto la quería.

Pero el calvario de la señora Michel no había hecho más que comenzar, iba a ser un vía crucis, con sólo dos estaciones, pero a cual más dura, una cruz demasiado pesada para ella sola. Si la muerte de su madre había sido un trance muy amargo, ahora se avecinaba otro mucho peor, la muerte de su gentilhombre, que la dejaría ciertamente hundida.

El primer domingo de junio de 1891, luminoso día primaveral, la ciudad de Nápoles festejaba una conmemoración patriótica, con desfile militar incluido, y en él luciendo sus mejores galas el coronel Michel. Pero la fatalidad se cernía sobre él. Por primera vez el bravo militar iba a ser vencido, y penosamente, por una simple aunque mortal insolación. Gravemente enfermo, nuestro gentilhombre ve junto a sí a los mejores médicos de la ciudad, pero ni los remedios de éstos, ni los solícitos cuidados de su desconsolada esposa, podían salvarlo.

Así, el trece de junio, nuestra Teresa tendrá que beber el trago más amargo de la vida, la muerte de su querido esposo, con el que había convivido catorce años. Dos días después se celebraría solemne funeral, con brillante cortejo fúnebre. E inmediatamente sus restos mortales serían trasladados al panteón de los Michel en Alejandría.

Teresa, sumergida en una profunda angustia que rozaba la desesperación, se había convertido de la noche a la mañana en una joven viuda de treinta y seis años, regresando definitivamente a su recordada Alejandría, donde tendría que enfrentarse al crudo y real momento de su soledad, pues pese al ambiente y a las personas que la rodeaban, al fin y al cabo no era más que una triste viuda y, además, sin hijos. Vivía lujosamente instalada, e inmejorablemente atendida por sus fieles servidores, pero se encontraba sola, desesperada, enferma, sin querer ver a nadie, y susurrando continuamente la misma plegaria: «Santa María, déjame morir». Mas la hora del dolor es siempre la hora de la Divina Providencia, la hora de la prueba, y por lo tanto de la llamada, la hora en la que el Señor sale siempre al encuentro.

Por fin llegaba el momento de hacer realidad sus dos grandes deseos, el de la adolescencia y el de casada, pero, además,

los dos al unísono, pues por contradictorio que parezca, sería a la vez religiosa y madre de una numerosísima familia.

Uno de aquellos días que se encontraba en cama y dándole vueltas al tema de su muerte, siente un fuerte aldabonazo, una gran convulsión interior, por no decir experiencia mística. Era la voz del Señor en lo más profundo de su ser, infundiéndole nuevos deseos de vivir y capacitándola para una importante misión: «Tienes que mejorar porque vas a ser madre de tanta gente pobre...». Teresa, naturalmente confundida ante todo aquello, hizo llamar a su primo, el canónigo Prelli, para darle cuenta de lo sucedido. Y desde ese momento Teresa quedaba a salvo de aquella angustia espiritual que la oprimía. La ayuda y los consejos que el buen clérigo le ofreciera serían impagables, dejándole para empezar una biografía de San José Benito Cottolengo, venerable sacerdote casi contemporáneo a ella y entregado totalmente a los pobres.

Así, entre esta lectura y la ayuda del primo Prelli, la recuperación de la joven viuda, ocurrida casi de improviso, estaba asegurada. Se había encontrado con un personaje casi desconocido para ella, el P. Cottolengo y su ingente obra al servicio de los pobres, pero la biografía terminó sabiéndole a poco, y por ello nada mejor que visitar la fundación de Cottolengo en Turín, la «Pequeña Casa de la Divina Providencia».

Teresa había descendido realmente al mundo de la miseria y de la pobreza. Un día entero pasado en aquella casa sería suficiente para comenzar a descubrir su nuevo camino. Un camino de caridad y de servicio, de pobreza compartida, un camino sencillamente evangélico. La gentil dama se hallaba ante el mismo dilema que el joven rico, Jesús la estaba poniendo en la misma disyuntiva, pero su respuesta sería distinta. Ella no se contentaba simplemente con ser buena ni con haber cumplido los mandamientos desde niña, dado que el Señor le pedía más ..

La causa de los pobres había triunfado en ella, desde ahora ya no habría más limosnas de señora rica con las espaldas bien cubiertas, no, de aquí en adelante sería ella misma la que se entregara totalmente a los más desafortunados. Con una ilimitada confianza en la Divina Providencia, Teresa emprende su nueva andadura, empezando por abrir de par en par las puertas de su

propia casa señorial a niños pobres y personas abandonadas necesitadas de ayuda, viéndose a su vez obligada a buscar acomodo digno para quienes ya no cabían bajo su techo, pero toda aquella «locura a lo divino» no había hecho más que comenzar.

Poco a poco había ido despojándose de sus bienes, sus joyas, sus elegantes vestidos, para terminar incluso, hacia finales de 1893, vendiendo la gran casa Michel visto que el número de gente a la que atender iba en aumento. Así podría adquirir un viejo edificio en la vía Faá di Bruno, además de varias casas contiguas medio ruinosas y un cobertizo, lo cual tras sucesivas reestructuraciones y ampliaciones quedaría listo para acometer su obra, naciendo así lo que ella llamaría «Pequeño Abrigo de la Divina Providencia».

Pero lógicamente todo esto no iba a resultarle nada fácil ni cómodo, pues las adversidades no se harían esperar. Muy pronto andaría en boca por toda la ciudad, con la evidente incomprensión de sus familiares y amigos, que no toleraban semejante afrenta. Ver a una dama como ella, de la alta sociedad alejandrina, rodeada ahora de gente de baja estofa y de niños desharrapados, era inadmisible. Aunque el colmo de su estupor habría de llegar cuando la vieran vestida de harapos y tirando de un carro con burrito incluido, mendigando alimentos, enseres o cualquier otra ayuda útil para su nueva gente. En el fondo lo que ocurría era que esta actitud ponía en tela de juicio la vida fácil y cómoda de sus parientes y amistades que ahora la daban de lado. Y a todo esto se añadirán las trabas de la autoridad civil, tan reacia entonces a la Iglesia.

Aunque por otra parte, ante esta incomprensión, se hizo evidente la solidaridad y el afecto de los pobres, y de personas generosas que, ganadas por su desprendimiento, se hicieron pronto sus colaboradoras, surgiendo entre ellas un grupo de ocho valientes mujeres dispuestas a seguirla para dar continuidad y mayor amplitud a su incipiente obra, germen de la nueva Congregación de las Pequeñas Hermanas de la Divina Providencia.

Ahora únicamente faltaba la aprobación de la autoridad eclesiástica, pero ésta no se haría esperar. Mons. Salvay, obispo de Alejandría, concedería muy gustoso el plácet a la obra de

nuestra Teresa, animándola y dándole todo su apoyo para hacer del grupo una verdadera congregación religiosa. Y así, el 8 de enero de 1899, en la capillita del «Pequeño Abrigo», recibirían su nuevo hábito de manos del propio prelado, pasando la fundadora a llamarse desde aquel día Sor María Antonieta.

El grano de mostaza estaba ya plantado y dispuesto a fructificar, a convertirse en un frondoso arbusto, aquellas nueve «Hermanitas» de velo azul, comienzan pronto a multiplicarse y a irradiar el número de sus fundaciones, por diversos lugares del Piamonte, desarrollándose rápidamente incluso en las regiones italianas del Véneto, Lombardía, Liguria, Puglia y Lucania, para cruzar posteriormente los mares y llegar así al continente latinoamericano y más recientemente al Camerún y a la India.

Teresa tenía todavía por delante la mitad de su vida, cuarenta y cinco años de esfuerzos, sudores y sacrificios, cuya responsabilidad prioritaria sería la de difundir y consolidar el Instituto, el cual pese a la escasez de medios con que contaba, pero guiado siempre por un ardor netamente misionero, se aventuraría a cruzar el Atlántico, llegando al Brasil el 13 de junio de 1900.

Duros para las hijas de la Madre Michel fueron también los comienzos en este gran país sudamericano, llamado, sin embargo, a ser un importante lugar de crecimiento y de expansión de su Congregación. E importante sería también, en este largo periplo fundacional de nuestra Madre Teresa, el establecimiento de su obra en Argentina, el año 1927 y por solicitud del Beato Luis Orione, fundador de la congregación religiosa «Pequeña obra de la Divina Providencia» de quien ya hemos hecho referencia al comienzo de esta semblanza.

Es difícil precisar exactamente el momento en que ambos fundadores entraron en contacto, pero según consta en el Instituto, Don Orione ofreció a la Madre Teresa una casa en Tortona, por si acaso no obtenía los permisos necesarios para fundar en Alejandría. Lo cual indica que dicha relación proviene de los primeros tiempos de la fundación. Y por otra parte, gracias a un documento de 1896, se sabe que Mons. Salvay había comisionado tiempo antes al celoso sacerdote para guiar los primeros pasos de las «Hermanitas». Esta amistad y cooperación entre los dos Beatos, no se ceñiría únicamente a sus comienzos, pues ha-

bría de continuar después, siendo, como hemos visto, el origen de la primera casa de las «Hermanitas» en Argentina, así como de otras obras.

Sin ahorrar sus fuerzas, pese a que los años no pasaban en balde, la fundadora animaba y alentaba a sus hijas con su carismática y solícita presencia en todas las comunidades, incluso atravesando el océano en seis ocasiones para llegar hasta América Latina, a visitar a parte de su ya numerosa familia: religiosas, niños, enfermos, ancianos, marginados y cooperadores. Su último viaje lo realizaría el año 1928, a la edad de setenta y tres años.

Una fecha ciertamente importante para la Madre Teresa será el 8 de junio de 1942, día en que la Santa Sede conceda la Aprobación Apostólica a sus Pequeñas Hermanas de la Divina Providencia. Su ingente obra recibía por fin el espaldarazo de la Iglesia, todos sus esfuerzos y sacrificios, todo el trabajo silencioso y a la vez enormemente activo de sus hijas, fruto de su absoluta confianza en la Divina Providencia, se veían felizmente recompensados por este reconocimiento oficial que llevaba la firma del Santo Padre.

La traviesa niña de «Villa Cavallerota», era ya una venerable anciana, pero siempre con su recio temple, y pese a su longeva edad siempre pendiente y preocupada por todo lo concerniente a su obra, fundamentalmente por sus hijas, por los pobres, que seguían siendo sus predilectos, por los bienhechores... Y por otra parte poniéndolo todo en manos del Señor con una fiel y absoluta confianza, en sus largas horas de oración ante el sagrario o en sus muchos rosarios dedicados a la Virgen Madre de la Divina Providencia. Teresa Grillo había llegado ya a la edad de ochenta y ocho años, y plenamente dispuesta a recibir en cualquier momento la llamada definitiva, como así ocurriría en su ciudad de Alejandría el 25 de enero de 1944.

Señalada fecha para la muerte de una mujer como la Madre Michel, por coincidir con la festividad de la Conversión de San Pablo, pues también a ella, lo mismo que al Apóstol, el Señor le había salido al paso, cambiándole el rumbo de su vida y convirtiéndola en su más fiel seguidora.

Dos días después, el 27, tuvieron lugar sus exequias: un multitudinario funeral y cortejo fúnebre. Pese a los bombardeos de

la guerra, toda Alejandría estaba en la calle para darle su último adiós entre evidentes muestras de dolor, por parte no sólo de sus «Hermanitas», sino también de sus muchos conocidos y paisanos. Finalmente los restos mortales de Teresa Grillo Michel recibieron sepultura en la capilla de su primera fundación, el «Pequeño Abrigo de la Divina Providencia», donde hasta entonces había residido. Y entre los muchos testimonios de condolencia y reconocimiento, uno tan sentido como señalado, el del papa Pío XII.

Muy pronto, a los nueve años de su muerte, en 1953, abierto ya el proceso informativo, iba a ser introducida la causa de canonización, siendo declarada Venerable el 6 de julio de 1985, por el papa Juan Pablo II, que decretaba la heroicidad de sus virtudes.

Y sería también el mismo Pontífice quien la elevara a la gloria de los altares en una magna ceremonia de beatificación, que tendría lugar en Turín el 24 de mayo de 1998 con ocasión de su visita a aquella diócesis piamontesa y de la pública exposición de la Sábana Santa. Llegaba así este importante paso dentro del proceso tras haber sido reconocido un milagro por intercesión de la Madre Teresa. Sucedió en la ciudad brasileña de Aranjo Porto el día 1 de noviembre de 1964. Un niño de 20 meses, llamado Pablo Roberto, había bebido de un frasco que contenía metadona, atropina y papaverina, cayendo así el pequeño en un profundo sueño y sufriendo, además, otras alteraciones. Fue ingresado rápidamente en el hospital, al que llegó en situación de grave desmayo, con palidez cianótica, disponea, y síntomas de taquicardia. Y agravado su estado, tuvo que ser sometido a una terapia más efectiva con respiración artificial, introduciéndole un tubo en la arteria. Como todos los medios aplicados resultaron ineficaces, una religiosa de la congregación de las Pequeñas Hermanas de la Divina Providencia, puso sobre el niño una reliquia de la Madre Teresa Grillo, comenzando al instante su mejoría. Pablo, protagonista de aquella milagrosa curación, abandonaría el hospital cuatro días después en perfecto estado de salud.

Nos hemos asomado a la vida de la Beata Teresa Grillo, vida marcada siempre por una espiritualidad tan profunda como

sencilla, bastando para ello con recordar algunos conceptos que animaron todo su buen hacer: aceptación plena de la voluntad de Dios, ilimitada confianza en la Divina Providencia, profunda devoción eucarística y mariana, ardiente caridad, obediencia, humildad, cruz, oración y apostolado, conceptos que serían suficientes para describir la trayectoria de esta excepcional mujer.

Hoy, como en los tiempos de la Beata Teresa Grillo y con su mismo espíritu, sus hijas, presentes en Italia, Brasil, Argentina e India, siguen desarrollando una magnífica labor apostólica, asistencial y misionera, fundamentalmente en el campo de la educación de la infancia y de la juventud marginadas, y en la atención a enfermos y ancianos; presencias todas ellas de palpable sello evangelizador. E imbuidos de este mismo espíritu existen en la actualidad varios grupos laicales que, extendidos por diversos países, y desde su propia vocación secular, participan del carisma de las «Hermanitas», formando parte también de su numerosa familia.

RAMON LUIS M.ª MAÑAS, OSB

Bibliografía

CANESTRI, G., CARD., *Madre Teresa Michel* (Alejandría 1999)
— *Madre Teresa Grillo Michel* (Roma 1998)
L'Osservatore Romano (5-6 1998) 8-9
PETTINATI, G., «Grillo-Michel, Teresa Maddalena», en G. PELLICA-G. ROCCA (eds.), *Dizionario degli istituti di perfezione*, IV (Roma 1977) col. 1436
TORRIANI, C., *La Señora Madre* (Alejandría 1984)

C) BIOGRAFIAS BREVES

SAN POPÓN
Abad († 1048)

Nació en Flandes el año 978. Al llegar a la juventud optó por la vida militar pero luego repensó su papel en la vida y decidió abandonar el ejército, al tiempo tambien que rechazaba una boda ventajosa que había sido preparada para él por su familia.

No decidido aún al estado definitivo de vida que elegiría, se dedicó a la oración y la penitencia y para rubricar este espíritu

hizo una peregrinación fatigosa y sin concederse descanso a Jerusalén y a Roma. En el curso de la misma tomó su decisión de vida y optó por la vida monacal, ingresando en el monasterio benedictino de St. Tierry en Reims el año 1006. Pero él aspiraba a una vida monacal rigurosa y radical, y por ello cuando supo que el abad Ricardo había reformado la abadía de Saint-Vannes en Verdún, corrió allá y se puso a los pies del abad. Sus cualidades fueron apreciadas por Ricardo, que poco después le encomendaba la dirección del monasterio de Saint-Vaast en Arrás y posteriormente del de Beaulieu.

Por entonces el emperador San Enrique II conoció a Popón y decidió hacerlo uno de sus consejeros, y como dueño de muchos monasterios, decidió implantar también en ellos la reforma; con este fin destinó a Popón como abad de Stavelot y Malmedy y posteriormente le encomendó el de San Maximino de Tréveris el año 1022.

Conrado II, sucesor de San Enrique, continuó confiando en Popón y llegó a encomendarle la alta dirección de la totalidad de los monasterios reales, siendo así muy intensa y extensa la influencia de Popón y su reforma.

Popón tuvo en vida fama de santidad por sus muchas virtudes, por la intensidad con que vivía la vida monástica y por su altísima oración. Murió en Marchiennes el 25 de enero de 1048.

BEATA ARCÁNGELA GIRLANI

Virgen († 1495)

Eleonora Girlani o Girolami nació en Trino el 25 de enero de 1461 en el seno de una noble familia. Al llegar a la adolescencia sintió la vocación religiosa, pero su padre quería que contrajera matrimonio y así la joven no pudo de momento seguir su inclinación. El encuentro con un carmelita que se hospedó en su casa la puso en contacto con la espiritualidad carmelitana. No sólo ella sino también sus dos hermanas decidieron hacerse carmelitas.

Eligieron el convento de Santa María Magdalena de Parma, donde ingresaron las tres el año 1477. Eleonora elige el nombre de Arcángela porque espera que el convento será para ella un

paraíso, y se dedica con entera entrega a vivir la vida religiosa conventual. No habían pasado muchos años cuando la observante religiosa es elegida priora y su acertada dirección convierte el monasterio en una observantísima y ejemplar comunidad carmelita. En 1491 se le propone una nueva fundación en Mantua, avalada por los Gonzaga y por el obispo, y expresamente aprobada por el papa Inocencio VIII. Arcángela acoge esta llamada como llamada de Dios y se traslada a Mantua para presidir una comunidad que como la de Parma se dispone a vivir con plena ejemplaridad el carisma carmelitano. La fundación estaba consolidada cuando el Señor llamó a Arcángela a su presencia el día 25 de enero de 1495, rodeada de gran fama de santidad. Su culto fue confirmado por el papa Pío IX el 1 de octubre de 1864.

BEATO ANTONIO SWIADEK

Presbítero y mártir († 1945)

Nació en Pobiedziska el 27 de marzo de 1909 en el seno de una familia numerosa. Hizo la carrera sacerdotal en el seminario de Gniezno-Poznan y se ordenó sacerdote en 1933. Luego de estar como vicepárroco en Bydgoszc en la colegiata, le fue encomendado el barrio de Sierniccczek a fin de que promoviera la construcción de una nueva parroquia.

Declarada la guerra, se ofreció como capellán militar pero cuando sucedió la capitulación volvió a su parroquia. Aquí permaneció trabajando pastoralmente pese a las dificultades hasta que en 1942 se presentó una denuncia contra él y fue detenido. Luego de un tiempo en la cárcel fue enviado al campo de concentración de Dachau, donde demostró una gran fortaleza espiritual e hizo cuanto bien pudo a su alrededor, como había hecho en su tiempo de párroco. Las durísimas condiciones del campo minaron su salud. Agotado de tantos trabajos y miserias murió el 25 de enero de 1945. Con sus compañeros de la persecución nazi lo beatificó el papa Juan Pablo II el 13 de junio de 1999.

26 de enero

A) MARTIROLOGIO

1 La memoria de los santos Timoteo y Tito, discípulos del apóstol San Pablo, obispos de Efeso y Creta respectivamente **

2 En Hipona (Africa), San Teogenes († 257), martir

3 En Belen de Juda, Santa Paula († 404), viuda y monja **

4 En Jerusalen, los santos Jenofonte y Maria, y sus hijos Juan y Arcadio, que renunciaron al mundo y profesaron la vida monastica (s VI)

5 En Cîteaux (Borgoña), San Alberico († 1109), abad **

6 En Nidaros (Noruega), San Agustin Erlandsson († 1188), obispo *

7 En Angers, Beata Maria de la Dive († 1794), viuda y martir en la Revolucion Francesa

8 En el campo de concentracion de Dachau (Baviera), Beato Miguel Kozal († 1943), obispo auxiliar de Vladislava y martir *

B) BIOGRAFIAS EXTENSAS

SANTOS TIMOTEO Y TITO

El nuevo Calendario Romano (21-III-1969) celebra la memoria de San Timoteo y de San Tito, obispos, en el mismo día y unidos en una misma celebracion inmediatamente después de la Conversion de San Pablo, pues están unidos en el común denominador de haber sido dos de sus más intimos amigos y asiduos colaboradores en la evangelización de los gentiles.

Santos Timoteo y Tito

El calendario anterior los conmemoraba por separado en fechas distintas: el 14 de enero a San Timoteo y el 6 de febrero a San Tito, desde que el Beato Pío IX trasladó a ese día su fiesta, que antes se celebraba el 4 de enero y coincidía con la octava de los Inocentes, hoy suprimida

A ellos están dirigidas las Cartas pastorales (así llamadas desde el siglo XVIII) pertenecientes al canon del Nuevo Testamento, dos a Timoteo y una a Tito. Atribuidas por largo tiempo a San Pablo, la crítica actual, casi unánime, niega su autenticidad y las coloca en el apellidado «corpus postpaulino», ya que reflejan situaciones eclesiales posteriores y distintas de las contem-

poráneas del apóstol, aunque tienen su sello y el estilo característico de sus cartas auténticas.

Las fuentes de noticias ciertas sobre estos dos santos se hallan también en otros escritos del Nuevo Testamento, principalmente en los Hechos de los Apóstoles y en cartas paulinas cuyas referencias se citan a continuación en el momento oportuno. Ellas dan fe más que suficiente de la presencia activa y la relevancia de estos dos grandes santos de la Iglesia apostólica en los primeros lustros de su expansión misionera impulsada decisivamente por los viajes de San Pablo en el mundo greco-latino del Imperio romano.

Timoteo nació en Listra, pueblecito en la provincia de Licaonia del que apenas quedan unas ruinas en la actual Turquía, a unos 40 kilómetros de la ciudad de Iconio, hoy Conia.

Recibió de su madre, Eunice, una esmerada educación en la fe, pues era judía creyente, aunque casada con un griego pagano, según atestigua el libro de los Hechos 16,1 y 3. La segunda de las Cartas pastorales evoca expresamente estos recuerdos: «Con la memoria de tu sincera fe, que fue también la de tu abuela Loide y la de tu madre Eunice y que confío es la tuya» (2 Tim 1,5).

En el hogar de esta familia creyente de tres generaciones encontraron generosa hospitalidad Pablo y Bernabé cuando en su primer viaje apostólico, en la primavera del año 40, tuvieron que huir precipitadamente desde Iconio a causa del tumulto provocado por los judíos ante la predicación evangelizadora (cf. Hch 14,5-6).

En Listra permanecieron durante algún tiempo predicando la Buena Nueva. Allí es donde sucedió el sorprendente y curioso episodio que nos cuenta el libro de los Hechos 14,8ss y que terminó de modo dramático e inesperado por la cizaña de los recalcitrantes judíos de Antioquía e Iconio.

> «Habia en Listra un hombre cojo desde el seno de su madre y que nunca habia podido andar Escuchaba este a Pablo, que fijando en el los ojos y viendo que tenia fe para ser salvo, le dijo en voz alta Levantate, ponte en pie El, dando un salto, echo a andar La muchedumbre, al ver lo que habia hecho Pablo levanto la voz diciendo en licaonio "Dioses en forma humana han descendido a nosotros, y llamaban a Bernabe Zeus, y a Pablo Hermes, porque este es el que llevaba la palabra"

»El sacerdote del templo de Zeus, que estaba ante la puerta de la ciudad, trajo toros enguirnaldados y, acompañado de la muchedumbre, quería ofrecerles un sacrificio.

»Cuando esto oyeron los apóstoles Bernabé y Pablo, rasgaron sus vestiduras, y arrojándose entre la muchedumbre, gritaban diciendo: "Hombres, ¿qué es lo que hacéis? Nosotros somos hombres iguales a vosotros y os predicamos para convertiros de estas vanidades al Dios vivo, que hizo el cielo y la tierra, el mar y todo cuanto hay en ellos; que en las pasadas generaciones permitió que todas las naciones siguieran su camino, aunque no las dejó sin testimonio de sí, haciendo el bien y dispensando desde el cielo las lluvias y las estaciones fructíferas, llenando de alimentos y de alegría vuestros corazones".

»Con todo esto, a duras penas dejó la muchedumbre de sacrificarles. Pero judíos venidos de Antioquía e Iconio sedujeron a las turbas, que apedrearon a Pablo y le arrastraron fuera de la ciudad, dejándole por muerto. Rodeado de los discípulos se levantó y entró en la ciudad. Y al día siguiente salió con Bernabé camino de Derbe»

Fue en ese tiempo en que Pablo y Bernabé predicaron en Listra, cuando esta buena familia que les recibió en su casa se convirtió a la fe cristiana, pues en el segundo viaje (años 47-51), cuando Pablo y Bernabé volvieron a visitar a los hermanos por todas las ciudades evangelizadas, se nos narra:

«Llegaron a Derbe y a Listra. Había allí un discípulo llamado Timoteo, hijo de mujer judía creyente y de padre pagano muy recomendado por los hermanos de Listra e Iconio. Quiso Pablo que se fuese con él y tomándole le circuncidó a causa de los judíos que había en aquellos lugares, pues todos sabían que su padre era griego» (Hch 16,1-3).

La semilla del evangelio sembrada en el primer viaje misional había dado su fruto en la tierra buena fértil del joven Timoteo ya maduro en la fe y estimado en las comunidades cristianas. El hecho de circuncidar al que Pablo ya había bautizado obedece a una conciencia inculturalizadora para facilitarle el ministerio de la predicación que el apóstol iniciaba siempre en las sinagogas judías.

Timoteo acompaña a Pablo desde ese segundo viaje (Hch 16,1-3) y aparece también cuando llevan a Jerusalén la colecta de las Iglesias hermanas (cf. Hch 20,4; 1 Cor 16,1; Hch 24,17) como signo de comunión entre las Iglesias fundadas por Pablo y los fieles cristianos de Jerusalén.

Aunque ya no se le vuelva a mencionar en el libro de los Hechos, lo encontramos repetidas veces en los preescriptos o encabezamientos de las cartas: 1 Tes y 2 Cor, Flp y Flm, e incluso en los escritos deuteropaulinos como 2 Tes y Col. En la carta a los Romanos 16,21, aparece enviando saludos.

Consta que en múltiples ocasiones Pablo le confió tareas delicadas que hubo de llevar a cabo por sí solo: Lo envió de Atenas a Macedonia (1 Tes 3,2ss): «Enviamos a Timoteo, nuestro hermano y ministro de Dios en el evangelio de Cristo, para confirmaros y exhortaros en vuestra fe».

De Éfeso lo envio a Corinto para que apoyara con su presencia su primera carta:

> «Por eso os envié a Timoteo, que es mi hijo muy amado y fiel en el Señor, que os traera a la memoria mis caminos en Cristo Jesus y cual es mi enseñanza por doquier en todas las Iglesias» (1 Cor 4,17) «Si llega Timoteo ahí, mirad que no se sienta acobardado entre vosotros, porque trabaja en la obra del Señor igual que yo» (1 Cor 16,10)

Desde el lugar de su cautiverio escribe Pablo a sus predilectos filipenses:

> «Espero en el Señor Jesus poder enviaros pronto a Timoteo a fin de que yo también cobre animo conociendo vuestra situacion Porque a ninguno otro tengo de iguales sentimientos que sinceramente se preocupe de vuestras cosas, pues todos buscan sus intereses, no los de Jesucristo Vosotros conoceis su probada fidelidad y que, como un hijo a su padre, me sirvio en el evangelio» (Flp 2,19-23) «Sabed que ha sido puesto en libertad nuestro hermano Timoteo, en cuya compañia si viniere pronto, os he de ver» (Heb 13,23)

Cuando Pablo recobró la libertad, absuelto por el tribunal del César, volvió a sus correrías apostólicas llevando consigo a Timoteo. Vuelto a Éfeso, deja allí a Timoteo con amplios poderes de inspección sobre las comunidades cristianas fundadas por él. Allí permaneció como «episcopo» hasta la segunda prisión romana de San Pablo.

Según el historiador Eusebio de Cesarea *(Historia eclesiástica,* 3,4) continuo en la ciudad como responsable de Asia cristiana.

Aunque Focio pudo leer actas de su martirio en tiempos de Domiciano, por el intento de apartar al pueblo de una fiesta pa-

gana, esas actas, firmadas por un tal Polícrates, son ficticias. De hecho el Calendario Romano actual no le tiene por mártir sino sólo por obispo.

Su mensaje actual salta a la vista.

En el mundo greco-romano, pluralista como el nuestro, su fidelidad y su entrega generosa a la tarea de la evangelización, hoy tan urgentes, son un espejo donde mirarnos. Realizó plenamente los deseos de Pablo: «Que nadie tenga en poco tu juventud, antes sirvas de ejemplo a los fieles en la palabra, en la conversación, en la caridad, en la fe, en la castidad» (1 Tim 4,12).

Tito aparece por primera vez, según la carta a los Gálatas 2,4, acompañando a Pablo y Bernabé cuando van desde Antioquía a Jerusalén para consultar a Pedro, Santiago y Juan, considerados como las «columnas» de la Iglesia, los problemas nuevos que habían suscitado en la comunidad cristiana antioquena los judaizantes que pretendían imponer como obligación la circuncisión y las prácticas de la ley mosaica a los convertidos del paganismo.

La compañía de Tito, de origen no judío y convertido de la gentilidad por Pablo, tal vez en la misma ciudad de Antioquía, que pudo ser su patria, resulta muy significativa. Representaba una verdadera provocación llevar consigo una persona sin duda ya notable en la comunidad antioquena sin estar circuncidado.

Los apóstoles, en el así llamado «Concilio de Jerusalén» (año 52), deliberaron ampliamente y decidieron a favor de la libertad cristiana:

> «Ha parecido al Espíritu Santo y a nosotros, no imponeros ninguna otra carga mas que estas necesarias que os abstengais de las carnes inmoladas a los idolos, de sangre y de lo ahogado y de la fornicacion, de lo cual hacéis bien en guardaros» (Hch 15,28-29).

Pablo, triunfador en toda la línea, se refiere con énfasis expresamente a su compañero cuando escribe:

> «Ni Tito, que iba conmigo, con ser gentil, fue obligado a circuncidarse, a pesar de los falsos hermanos intrusos, los cuales se entrometen para espiar la libertad que tenemos en Cristo Jesus, queriendo reducirnos a esclavitud» (Gal 2,3-4)

Resulta curioso y un poco extraño que el libro de los Hechos no mencione expresamente la presencia de Tito en esta y otras notables ocasiones, pues sin duda fue destacada figura entre los cristianos procedentes del paganismo. Pablo le llevo al Concilio apostólico y a la comunidad judeocristiana de Jerusalen como un precedente o un caso modelico que avalaba su gallarda defensa de la libertad cristiana

De la madurez, celo apostólico, fino tacto y prudencia de Tito, son pruebas palmarias las delicadas y difíciles encomiendas que le confía el apóstol.

A Corinto le envía en dos ocasiones, primero desde Efeso y después desde Macedonia. Algunas de las tareas encomendadas fueron la colecta y la pacificación, mejor dicho, sumisión de la comunidad rebelde, ambas funciones cumplidas con éxito y a satisfacción de Pablo.

La primera vez fue a causa de la colecta ya iniciada y que Tito ha de concluir (cf. 2 Cor 8,6):

> «Asi que encargue a Tito que, segun habia comenzado asi llevase a cabo entre vosotros esa obra de beneficencia » «Y gracias sean dadas a Dios que puso en el corazon de Tito esta solicitud por vosotros, pues no solo acogio nuestro ruego, sino que solicito, por propia iniciativa partio a vosotros Y con el enviamos a otro hermano, cuyo elogio en la predicacion del evangelio esta difundi do por todas las iglesias» (2 Cor 8,6 16-19) «Yo anime a Tito a ir y envie con el al hermano, ¿acaso Tito os exploto? ¿No procedimos ambos segun el mismo espiritu? ¿No seguimos los mismos pasos?» (2 Cor 12,18)

Las relaciones de Pablo con la comunidad de Corinto pasaron por diversas etapas. En uno de los momentos más críticos, cuando se habia llegado ya a los agravios y casi a la ruptura, fue cuando Tito, enviado por Pablo, logro la pacificación y la obediencia de la comunidad

Entre las dos cartas de Pablo a los Corintios, se habla de otra intermedia, llamada «de las lágrimas», escrita en Éfeso, que refleja la dramática situación, pues se había levantado fuerte agitacion contra el

A esta carta se refiere 2 Cor 2,3-9, 7,8-12, escrita en medio de una gran tribulación y ansiedad con muchas lágrimas La carta contenía duras y certeras reflexiones del apostol. La em-

bajada de Tito era verdaderamente difícil y Pablo estaba muy preocupado por su suerte. Las dificultades eran cada vez más grandes según las noticias que recibía Pablo (cf. 2 Cor 11,12-13; 7,5), que esperaba con angustia la vuelta de Tito a quien llama «mi hermano» (2 Cor 2,13) y en quien había depositado su confianza plena para que restableciese la concordia en Corinto y sirviera de mediador e intérprete de su mensaje epistolar.

Fue grande su consuelo y su alegría por las buenas noticias que trajo a su regreso:

> «Y a este consuelo nuestro vino a unirse el extremado gozo de lo de Tito cuyo espíritu habeis todos confortado Que si en algo me glorie con el de vosotros, no he quedado confundido, sino que así como en todo habiamos hablado verdad, así era tambien verdadero nuestro gloriarnos con Tito Y su cariño por vosotros se ha acrecentado viendo vuestra obediencia y el temor y temblor con que lo recibisteis» (2 Cor 7,13-16)

El prestigio de Tito, paralelo al de Timoteo, explica su elección como destinatarios de las Cartas pastorales seudopaulinas para justificar la continuidad del influjo de San Pablo.

En la que tiene a Tito por destinatario se nos dice que Pablo dejó a Tito en Creta para que «pusiera en orden lo que aún no estaba concluido» (Tit 1,5), esto es, la incipiente organización de las comunidades cristianas para que continuara la lucha contra los herejes.

Pero quiere traerle pronto a Nicópolis en el Epiro, donde pasar el invierno con él a quien llama «mi verdadero hijo en la fe común» (Tit 1,4), dejando en Creta de sucesor a Artemas o a Tíquico (cf. Tit 3,12).

Probablemente le envió también a Dalmacia, donde Tito es venerado de forma particular.

La vinculación de Tito a la Iglesia de Creta está avalada por la tradición que afirma su avanzada edad y el culto de sus reliquias, pero la misión apostólica de Pablo en ese lugar no encaja en el marco de su biografía. Sólo tocó brevemente la isla como prisionero (cf. Hch 27,7ss).

Ignoramos el día de la muerte de estos dos grandes discípulos de San Pablo. Su culto en la liturgia romana se introdujo en fechas muy tardías.

En los formularios litúrgicos de la celebración abundan las alusiones más o menos explícitas a textos de las Cartas pastorales: en las lecturas, en las antífonas y en la colecta. Nos recuerdan las virtudes apostólicas tan necesarias en nuestro tiempo para la nueva evangelización, de la que ellos son espléndidos modelos.

BERNARDO VELADO GRAÑA

Bibliografía

JEREMÍAS, J., *Epístolas a Timoteo y a Tito* (Madrid 1970).
LUCCHESI, G., «Timoteo», en *Bibliotheca sanctorum*, t.XII cols.482-488.
— «Tito», en ibid., t.XII cols.503-515.
SALAS, A., *Vida de S. Pablo* (Madrid 1998).
VIELHAURER, PH., «Destinatarios de las Cartas pastorales», en *Historia de la literatura cristiana primitiva* (Salamanca 1991) 161ss; 235ss.

SANTA PAULA ROMANA
Viuda († 404)

> «Noble por su sangre, pero mucho más noble por su santidad [...], poderosa por sus riquezas, pero mucho más insigne por la pobreza de Cristo. De la estirpe de los Gracos, del linaje de los Escipiones [...] prefirió Belén a Roma y trocó el resplandor de los dorados artesonados por la vileza de una choza de barro».

Así resume San Jerónimo, en su elocuente panegírico, la vida «de esta mujer admirable» que vino a ser la primera de sus hijas espirituales, «mínima entre todas para superarlas a todas».

La conoció en Roma, más que mediado el siglo IV (el de los grandes Padres de la Iglesia), con motivo del concilio convocado en 382 por el papa español San Dámaso, al que asistieron algunos obispos orientales, como San Paulino de Antioquía y San Epifanio. Venía con ellos Jerónimo, en calidad de intérprete y secretario, con unos cuarenta y dos años de edad, macerado ya su temperamento volcánico en las asperezas del desierto, disciplinada su retórica en el estudio de las Escrituras. Su fama, empero, corría por la ciudad de los césares y había un palacio en el Aventino, del que era dueña la noble viuda Santa Marcela, donde un grupo de vírgenes y matronas del patriciado sabía, hasta

de memoria, las cartas que escribiera desde el yermo el literato convertido en asceta.

Al enterarse Marcela de que el Papa, gran protector de su cenáculo, retenía en Roma a Jerónimo, decidió lograr semejante maestro para las que esbozaban una vida monástica, a imitación del Oriente, y ansiaban un guía para entrar en el huerto cerrado de los sagrados libros. Jerónimo, que ni miraba el rostro de mujer alguna, fue vencido en su hosquedad por la importunidad de la solicitante y, sin buscarlo siquiera, dio con la magnífica ocasión de plantar el estandarte de la cruz en el corazón mismo de esa Roma patricia y cesárea, cristiana desde Constantino pero sin renunciar del todo al paganismo, porque eran los dioses sus antepasados y porque la invadían ahora los cultos y los refinamientos orientales que venían de la corte de Bizancio.

Su portaestandarte fue Paula. Llevaba, con treinta y cinco años, los velos de la viudez. De su esposo Toxocio, que heredó «la altísima sangre de Eneas y de los Julios», le habían quedado cinco hijos: un niño, del mismo nombre y de la misma religión pagana que su padre, y cuatro jovencitas: Blesila, viuda de diecisiete años, aún pendiente del mundo y del tocador; Eustoquio, la perla de todo el collar, virgen consagrada por el papa Liberio en sus dieciséis primaveras; Paulina y Rufina.

Jerónimo revolucionó aquel hogar, haciendo de Paula un espejo de virtudes evangélicas y una heroína de la ciudad. Eustoquio era, ya en Roma, «joya preciosa de la virginidad y de la Iglesia»; Blesila, que se defendía de la influencia de tal maestro, cedió por fin al dardo certero de una cruel enfermedad que la convirtió de lleno a la vida ascética; Paulina, de vocación más corriente, dio su mano al senador Pamaquio, gran amigo de San Jerónimo, de quien reza también el martirologio romano. A través de esta familia privilegiada el Santo revolucionaba también a la alta sociedad romana, que se veía invadida por la virtud de la palabra evangélica. Era una constelación jerónima la que giraba en torno suyo: Marcela, la doctora en Sagradas Escrituras; Lea, que de su palacio hizo un convento; Asela, la virgen penitente que en la ciudad populosa vivía como en un desierto; Fabiola, la arrepentida de su divorcio, precursora de las fundaciones de caridad; Principia, Marcelina,

la hermana de San Ambrosio... Sin embargo, «así como el brillo del sol eclipsa y oscurece las lucecitas de las estrellas», así —asegura Jerónimo, hablando de Paula— «superó con su humildad las virtudes de todos». «Su cántico eran los salmos, su palabra el Evangelio, sus delicias la continencia, su vida el ayuno» (*Epist.* 38).

La temprana muerte de Blesila, atribuida a sus penitencias, fue la tea que, en manos del maligno, hizo arder de indignación a todo el patriciado. La misma Paula, madre al fin, no fue dueña de su corazón ni de sus demostraciones excesivas. ¡Había que acabar con la raza detestable de los monjes! Para colmo de desamparo, Dámaso había muerto, ¡había que desterrar de Roma a Jerónimo! Se urdió contra él una calumnia, se le rodeó de una persecución que le hizo exclamar: «¡Oh malicia de Satanás, que siempre persigues a los santos! ¿No hubo otras romanas que merecieran las habladurías de la ciudad fuera de Paula y Melania que, despreciadas sus riquezas, levantaron la cruz del Señor como un estandarte de piedad? ¡Por la buena y por la mala fama hay que llegar al reino de los cielos!». Con todo, el que ayer era el consejero de Dámaso, el que «a juicio de todos» era estimado «digno del sumo pontificado» tuvo que huir y embarcarse para el Oriente, no sin llorar antes su despedida en tumultuosa carta a Asela: «Saluda a Paula y a Eustoquio —le decía—, quiera o no quiera el mundo, mías en Cristo».

En Roma dejaba Jerónimo la primera semilla de vida monástica que prendió en el Occidente. Paula no tardó en reaccionar. Pensó que había llegado la hora de visitar los santos lugares, de beber, en su propia tierra, esa sabiduría bíblica que había hincado en su alma su sabio director. Superando el llanto de los hijos Toxocio y Rufina, que desgarraba sus entrañas, embarcó un día en el puerto de Ostia con su inseparable Eustoquio, «compañera de propósito y de navegación».

San Jerónimo, que la esperaba en Antioquía, ha narrado detenidamente aquella maravillosa peregrinación que llevó a Paula, con su cortejo de doncellas, a recorrer toda la Tierra Santa, bajo la dirección del Doctor máximo en la exposición de las Sagradas Escrituras. Visitó con él los monasterios egipcios, poblados por los Macarios, los Arsenios, los Serapiones y «otras co-

lumnas de la soledad» y hubiera permanecido en sus yermos a no haber sentido el llamamiento divino que la hirió en Belen.

> «Yo, miserable pecadora —exclamaba Paula, despues de un extasis memorable en la gruta de Belen—, he sido juzgada digna de besar el pesebre en el que el Dios Niño dio sus primeros vagidos y de orar en la cueva donde la Virgen Madre dio a luz al Divino Infante He aqui el lugar de mi descanso, porque es la patria de mi Señor Preparare una lampara para mi Cristo Mi alma vivira para mi y mi linaje le servira»

Durante veinte años la patricia Paula, convertida en humilde conciudadana del Salvador, se abatió tanto por la humildad que parecía la última de sus criadas. Su ensayo monástico de Roma llegó en Belén a la perfección. Mas de cien vírgenes formaban su corona. Ninguna la sobrepasaba en la penitencia y en la oración. Dormía sobre el duro suelo, ayunaba sin cesar, pasaba noches enteras velando en la plegaria. El don de lágrimas cegaba casi sus ojos, la caridad dispersaba su inmenso patrimonio. Quería que, al morir, tuvieran que pedir de limosna la sábana en que la enterraran. Todo le parecía poco, sin embargo, para proveer a Jerónimo rodeado de discípulos, de los textos griegos, hebreos, siriacos, que necesitaba para su ímproba tarea de traducir al latín la Sagrada Biblia en estudio directo sobre los textos originales

Fue una enamorada del Verbo encarnado y de todas sus divinas palabras, de las que le decía Jerónimo que eran como una segunda Eucaristía. Se sabía las Escrituras de memoria, se revestía de ellas «como de la armadura de Dios» en todos sus duelos y tribulaciones, que fueron grandes. A su luz fundó y dirigió el triple monasterio, organizado como las centurias romanas e inspirado en la regla de San Pacomio donde se vivía una vida sencilla y celestial, alabando al Señor de noche y de día como los angeles, sirviéndole en el trabajo, intelectual y manual, en la caridad y en la mortificación.

San Jeronimo, que encontró en Paula una discípula incansable, una hija y una madre, ha referido también su muerte, que fue un epitalamio. Sufría él y lloraba Eustoquio, «la perla de las vírgenes», con todas sus compañeras Ella veia «quietas y tranquilas» todas las cosas y moría exclamando: «¡Señor he amado la belleza de tu casa y el lugar donde habita tu gloria! ¡Qué delicio-

sos son tus tabernáculos! Elegí ser despreciada en la casa de mi Dios, mejor que habitar en las tiendas de los pecadores».

CRISTINA DE ARTEAGA, OSH

Bibliografía

Act. SS. Boll., Ian., día 26.
GENIER, R., *Santa Paula* (Barcelona 1929).
JERONIMO, SAN, *Cartas,* sobre todo la carta 108. Véase PL 22,878s.
LAGRANGE, MS., *Histoire de Sainte Paule* (París 1901).
TON, J. DEL, *S. Paola Romana* (Milán 1950).

SAN ROBERTO DE MOLESMES († 1110), SAN ALBERICO DE CÎTEAUX († 1109), SAN ESTEBAN HARDING († 1134)

Tres santos abades que dieron origen al Císter

El martirologio romano señala día y memoria propia para cada uno de ellos (San Roberto el 29 de abril; San Esteban el 28 de marzo; San Alberico el 26 de enero); sin embargo, desde la reforma del calendario litúrgico, después del Vaticano II, tanto los cistercienses como los benedictinos celebran conjuntamente, el 26 de enero, a los tres santos abades que dieron origen al Císter. Amparándonos en dicha celebración, aprobada por Roma, nos ha parecido conveniente —para que resalte más particularmente el origen providencial del Císter y para estímulo y enderezamiento de la vida monástica— hacer un recorrido cronológicamente seguido de la biografía de los tres santos abades que dieron origen al *ordo monástico-benedictino* del Císter.

El primero de ellos fue Roberto; originario de una de las mejores familias de la Champagne francesa, nació hacia 1024. A los quince años, renunció al mundo y entró a formar parte de los benedictinos de Moutier-la-Celle, cerca de Troyes. Alma cándida y afectuosa, de una admirable docilidad a las inspiraciones de la gracia, se sentía más inclinado a las dulzuras de la contemplación que a las cosas exteriores. Poco tiempo después de profesar fue nombrado prior de la casa y al cabo de algunos años, los monjes de San Miguel de Tonnerre (entonces diócesis de Langres) le eligieron como su abad. No tardó en

darse cuenta de las dificultades que conlleva restaurar y corregir los abusos y la decadencia disciplinar de la época. Su delicadeza de conciencia y las dificultades que trae el gobierno de los hombres le hizo desistir de su empresa y quiso abandonar el cargo abacial.

No lejos de Tonnerre, en un bosque del desierto de Collon vivían siete ermitaños, entregados piadosamente a la oración en una vida austera y penitente. Sintiéndose faltos de una prudente y alentadora dirección, al oír hablar de la situación de Roberto, que dejaba el cargo abacial, corrieron a suplicarle que fuese en su ayuda. Admirado de sus ruegos y viendo en ellos mejores disposiciones para seguir los consejos evangélicos, Roberto aceptó. Pero el prior de San Miguel se opuso; considerando esta preferencia como un desaire a la comunidad, incitó a la comunidad a suplicar a Roberto que se quedase con ellos prometiéndole más docilidad y obediencia. Sin embargo no se corrigieron y Roberto acabó por abandonarlos para volver a su primer monasterio de Moutier-la-Celle. Allí, en la calma de la soledad y del silencio, saboreó las delicias de la contemplación divina y recibió gracias especiales para la ejecución de los planes de Dios.

Muy pronto la obediencia le obligó a tomar el camino del priorato de San Ayoul, una dependencia de Moutier-la-Celle. A su vez los ermitaños de Collan, a pesar de su primer fracaso intentaron de nuevo que Roberto aceptara ser su padre espiritual. Para dar más fuerza a su empeño se dirigieron al papa Alejandro II, para que aprobara su sociedad, y así obtener un breve que ordenase al abad de Moutier-la-Celle que les enviara a Roberto como prior de San Ayoul. Roberto se alegró mucho y aceptó el encargo que le permitiría disfrutar junto a ellos tanto de la vida solitaria como de la vida en común. Con el tiempo se dio cuenta de la insalubridad del lugar escogido por aquellos antiguos solitarios y trasladó la comunidad al bosque de Molesmes, cerca del riachuelo de Laignes. Allí construyeron pequeñas celdas con ramas de árbol y levantaron, hacia 1075, un pequeño oratorio en honor de la Santísima Trinidad. Eran unos trece los que allí empezaron a servir a Dios plenos de emulación y un entusiasmo increíbles, en el hambre y en la sed, en los rigores del calor y del frío, en la desnudez y en la carestía, esperando con-

fiadamente que un día recogerían abundantemente lo que entonces sembraban entre lágrimas.

Su género de vida austera causó admiración entre los pueblos vecinos; entonces, el obispo de Troyes les hizo una visita y se quedó sorprendido y edificado de su espíritu de abnegación y de pobreza; encontró, no obstante, algunas carencias inhumanas y mandó que se les dieran algunos objetos indispensables. Varios señores vecinos de Molesmes imitaron este ejemplo; pero esta caridad que servía de mérito a sus autores comenzó a ser perniciosa para los monjes. El paso de la escasez a la abundancia no supo ser bien asumido y poco a poco fue diluyendo el antiguo fervor. El gran número de los que se presentaban para servir a Dios allí, sirvió de pretexto para ampliar los edificios, y empezar a levantar un gran monasterio. La relajación siguió a estas nuevas circunstancias y los monjes empezaron a abandonar el trabajo manual. Roberto trató de reconducir aquel declive pero sus oraciones y advertencias fueron inútiles y les abandonó para volverse a su soledad.

A través de varios signos sensibles, Dios hizo conocer a Roberto que no debía desanimarse y que su santificación tenía que fructificar en el dolor y el trabajo que le causaba la salvación de los otros. Los monjes de Molesmes, entristecidos por su ausencia, fueron a rogarle que volviera: le expresaron un sincero arrepentimiento y le prometieron una sumisión perfecta a sus órdenes. Además, para lograr su vuelta pidieron al papa, por mediación del obispo de Langres, que mandara a Roberto volver a Molesmes. Al retornar al monasterio llamó de nuevo a otros buenos monjes que también se habían exiliado tras su salida, especialmente Alberico, que había sido su prior, y Esteban Harding. Durante el primer año que siguió a su regreso los monjes de Molesmes soportaron sumisamente los remedios que el santo abad aplicó a sus males, pero esta disposición no duró mucho. Una vez más Roberto vio la lamentable debilidad de aquellos monjes que volvían a las andadas y optó por retirarse nuevamente. Esta vez Roberto se retiró acompañado de Alberico, de Esteban y de otros dos, y se fueron al desierto de Vinic. Pero ahora fue el obispo de Langres el que intervino amenazando con la excomunión a los monjes fugitivos.

Unos biógrafos cuentan que, presionados por tales intenciones, los monjes volvieron a Molesmes, pero otros aseguran que, siguiendo el consejo de Esteban, salieron de la diócesis de Langres.

Así pues, como todos los intentos de Roberto para reformar Molesmes resultaban infructuosos, se concertó con Alberico y Esteban para estructurar una nueva comunidad en que la Regla benedictina se observase con toda fidelidad. Después de haber orado mucho, quisieron, esta vez, evitar todas las dificultades asegurándose la autorización de la Santa Sede. A comienzo de 1098, Roberto, con seis de sus monjes, fue a encontrarse con Hugo, obispo de Lyón y legado del Papa en Francia, y éste les dio una carta con las siguientes líneas generales:

> «En vuestras circunstancias creo que lo mejor es que os retiréis al lugar que la divina Providencia os depare y así podáis servir al Señor en el fervor y la paz. A todos vosotros, pues, que os habéis presentado ante mí: el abad Roberto, y los hermanos Alberico, Odón, Juan, Esteban, Letalde y Pedro, así como a todos los que se hayan decidido a seguiros, os permito seguir en este buen propósito, y os exhorto a perseverar. Y por las presentes letras confirmo a perpetuidad esta decisión en virtud de la autoridad apostólica y por la colocación de nuestro sello» *(Exordium magnum cisterciense,* dist.1, c.XII).

El lugar escogido por el grupo fue Cîteaux (Císter), un bosque entonces impenetrable y apartado, en la diócesis de Chalon-sur-Saône; el terreno pertenecía a Renaud, vizconde de Beaune, que concedió generosamente el espacio requerido para edificar un monasterio. Roberto, elegido abad por el sufragio unánime de sus hermanos, recibió el báculo pastoral de manos de Gaultier, obispo de Chalon; todos, mediante una renovación de su profesión solemne, se obligaron a permanecer en aquel lugar elegido y observar la regla de San Benito, con toda fidelidad y sin tratar de buscar los alivios y dispensas tan comunes en la época. La ceremonia tuvo lugar el 21 de marzo, fiesta de San Benito, pero que aquel año coincidía con el domingo de Ramos.

Pero los monjes de Molesmes presentaron un recurso a Roma para obligar a Roberto a volver con ellos (1099). Urbano II remitió el arreglo de este asunto a su legado. Éste, juzgando que la nueva comunidad de Cîteaux estaba bien asegurada,

ordenó el regreso de Roberto a Molesmes. Obligado por la obediencia, Roberto se inclinó sacrificadamente ante las órdenes del pontífice. Puso en su lugar como abad a Alberico, y a Esteban como prior y volvió a Molesmes, no habiendo permanecido en Cîteaux más que trece o catorce meses. Dios bendijo su obediencia y se produjo una sana revolución en los espíritus de los monjes relajados por la que el monasterio de Molesmes no estuvo menos reformado que el de Cîteaux. Roberto gobernó Molesmes durante nueve años, muriendo el 21 de marzo de 1110.

Su cuerpo fue enterrado en medio de la nave de la iglesia abacial. Dos milagros acaecidos junto a su tumba fueron suficiente para que el papa Honorio III lo canonizara en 1222.

Hemos visto cómo Alberico fue nombrado segundo abad de Cîteaux. Nada se sabe de su vida antes de unirse al grupo de solitarios de Collon, pero todos están de acuerdo en presentarlo como un hombre de una piedad y de una ciencia poco corriente tanto en letras divinas como en las humanas; y que, de joven, renunció a las esperanzas que el mundo le ofrecía para ponerse bajo la dirección de Roberto.

Con la comunidad de Collon, Alberico se retiró a Molesmes en 1075 donde recibió el cargo de prior de esta colonia, viviendo muy pobremente, pero con un fervor que era la edificación de todos. Ya sabemos cómo, tras la pobreza, la afluencia de donaciones relajó el primitivo fervor. Roberto con la ayuda de su prior intentó detenerla. El abad se retiró y poco más tarde el propio prior fue tachado de intransigente y duro, con lo que no tuvo más remedio que exiliarse de su propio monasterio acompañado, entre otros, por Esteban.

Los monjes de Molesmes, entrando en sí, pidieron perdón y volvieron a llamar a sus antiguos superiores pudiéndose restablecer la antigua disciplina. No duró mucho aquel arranque de fervor y de nuevo entrevieron que en aquella comunidad no lograrían el deseado cumplimiento de la regla. Alberico con su abad y otros compañeros fervorosos, en 1098, se retiraron a Cîteaux donde pudieron hallar el camino de perfección deseado. Y cuando al poco de transcurrir un año, Roberto fue obligado por la Santa Sede a volver a un Molesmes verdaderamen-

te reconvertido, Alberico fue reconocido como su sucesor en Cîteaux.

La nueva comunidad no estaba lejos de parecerse a los monjes de la antigua Tebaida. Se levantaban a media noche para cantar los salmos, se aplicaban al trabajo para labrar aquellas incultas tierras, leían piadosamente a los padres antiguos y, además del oficio divino, se entregaban a una vida de intensa oración, no dándose descanso ni de día ni de noche; tal era el programa de sus ocupaciones diarias. La innovación más evidente fue la adopción de un hábito gris que posteriormente daría paso a la túnica blanca y al escapulario negro. Y lo que más admiró a todos fue el trabajo de organización y el ejemplo admirable dado por el propio abad a todos sus monjes yendo por delante en una admirable vida de entrega, oración, mortificación y trabajo.

En una de sus visitas a Cîteaux, el legado del Papa animó a Alberico a pedir a la Santa Sede la confirmación de su nueva organización comunitaria y gracias al empeño del arzobispo de Lyón, Cîteaux fue puesto bajo la protección del Papa, con lo que Alberico experimentó una gran paz. Redactó varios estatutos y normas para facilitar una mejor observancia de la Regla de San Benito. Durante varios años, se le vio con un celo siempre nuevo componer, perfeccionar y aplicar lo que se llama las «Instituciones» de los monjes de Cîteaux salidos de Molesmes. Para el cuidado de las fincas y el cultivo de las tierras lejanas al propio monasterio, Alberico resolvió contratar a *obreros laicos,* lo que permitía a los religiosos permanecer en su clausura. Estos empleados eran generalmente hombres sencillos y piadosos, que, aunque no sabían ni leer, ni escribir, ni cantar, no eran menos dignos de vivir religiosamente, por lo que poco a poco empezaron a gozar de la hermandad y las gracias de los mismos monjes, se entregaban a la comunidad mediante votos simples que no les obligaba al coro y les permitía, viviendo casi en un monasterio paralelo, entregarse a un intenso trabajo y a una virtud y vida íntima con Dios no menos acendrada.

Alberico, entrado en años y agotado por sus grandes trabajos y sus continuas penitencias, suspiraba por el descanso del cielo. Una fiebre violenta le advirtió que su última hora estaba

cerca, hizo venir a sus hermanos para animarlos y dirigirles las últimas recomendaciones. Después recitó con voz clara el símbolo de los apóstoles y diversas oraciones a la Santísima Virgen, y cuando pronunció la invocación: «Santa María, ruega por nosotros...», su venerable figura se transfiguró, y entregó dulcemente su alma a Dios el 26 de enero de 1109.

Se representa a Alberico recibiendo de manos de la Santísima Virgen la cogulla blanca, característica de los religiosos benedictinos de la reforma de Cîteaux por lo que empezaron a ser llamados «monjes blancos» por contraposición a los otros monjes que fueron llamados «monjes negros». Las gracias obtenidas por intercesión de San Alberico fueron muchas y aunque nunca fue formalmente canonizado, fue inscrito en el martirologio romano en el siglo XVI.

A Alberico le sucedió en Cîteaux Esteban Harding. Nacido en Inglaterra, probablemente antes de la conquista normanda, ingresó de niño en la escuela monástica de la abadía benedictina de Sherbone, en Dorset. Fue a continuación a estudiar a Escocia y a París, donde llevó una vida normal de estudiante; pero con la ayuda de la gracia, que le dio una energía infatigable, empezó a buscar el camino al que Dios le llamaba. Con un eclesiástico al que estaba unido por amistad, hizo un viaje a Roma, guardando un riguroso silencio, sólo interrumpido por la salmodia.

A la vuelta, Esteban pensaba ingresar en Sherbone, pero Dios, que dirigía los pasos de los dos viajeros a través de Francia, una tarde, atravesando el bosque de Langres, hizo que llamaran a la puerta de un pobre monasterio, Molesmes, inaugurado hacía poco tiempo. Esteban, viendo a aquellos pobres y fervorosos monjes, sintió que aquél era el lugar donde podría dar paso a sus deseos de practicar íntegramente la regla benedictina. Dejó que se fuera su acompañante al que inútilmente solicitó que imitara su ejemplo, y pidió su admisión en la comunidad; así, por un amigo que perdía, iba a encontrar dos en la persona del abad Roberto y de su prior Alberico.

Bajo la guía de estos dos hábiles maestros, hizo rápidos progresos en la virtud. Y cuando Roberto, como ya se ha contado, dejó Molesmes, Alberico no dudó en compartir con Esteban el

peso de la comunidad. Sus esfuerzos no obtuvieron resultados y ambos tomaron la decisión de abandonarla. Finalmente, cuando guiados por Roberto se inauguró Cîteaux, Esteban siguió a sus amigos y hermanos.

A la muerte de Alberico, Esteban, tras las exequias, se dirigió a los monjes diciéndoles:

> «Vosotros habéis perdido un padre venerable y el guía de vuestras almas; en cuanto a mí, lloro no solamente un padre, sino un amigo, un compañero de armas, mi general en los combates del Señor, a aquel que el venerable P. Roberto condujo desde los comienzos mismos de nuestra fundación a una ciencia espiritual y una piedad admirables. Pero no lloremos más sobre el valeroso soldado que reposa ya en la paz; lloremos por nosotros mismos colocados ahora al frente de batalla; convirtamos en oraciones nuestros tristes lamentos y roguemos a nuestro Padre, que ha llegado a la gloria del triunfo, que no tolere que el león rugiente triunfe jamás sobre nosotros».

Dicho esto, Esteban, dejó momentáneamente Cîteaux esperando que, estando ausente, se pensaría menos en él, y que elegirían otra persona por abad. Pero fue en vano pues todos los monjes, unánimemente, lo eligieron por su abad.

Su primer cuidado en el ejercicio de su cargo fue instaurar significativamente una más estricta pobreza. Esta vez tocó el turno a los mismos objetos del culto divino y mandó desprenderse de todo objeto de oro, plata y seda, para sustituirlos por otros de estaño y hierro; sólo los cálices fueron exceptuados de esta regla, y admitió que pudieran ser de plata e incluso sobredorados, lo mismo que la cánula metálica con que los monjes, todavía en aquella época, comulgaban del cáliz.

El nuevo abad quiso también asegurar a los monjes el recogimiento y suplicó al duque de Borgoña que no viniera con su corte a celebrar las grandes fiestas litúrgicas en Cîteaux. Hugo, el nuevo duque que había sucedido a Eudes, muerto en las cruzadas, y que había heredado de su padre el amor a la comunidad naciente de Cîteaux, se sintió ofendido y retiró a los monjes su generosidad, abandonándoles a su suerte, que no fue sino la de la extrema pobreza.

Esteban no se asustó: en las pruebas, su fe y confianza en Dios no hacían sino aumentar. En esto, un día, el monasterio

se encontró sin pan. Esteban se hizo mendigo y recorrió las aldeas vecinas acompañado de un hermano. A la vuelta vio que lo recogido por otro grupo de hermanos había sido más abundante que lo suyo: «¿Dónde habéis hecho la colecta? —les preguntó Esteban con una sonrisa—, pues veo que habéis espigado en un campo más rico que el mío». Los monjes contestaron que un sacerdote conocido había sido el que había llenado sus alforjas. Y como resultaba que aquel eclesiástico era un simoníaco notorio el abad les dijo: «A Dios no le gusta que comamos del pecado». Y llamando a unos pastores que acampaban en las cercanías les entregó el pan de tan dudosa procedencia.

Entonces, cuando la carestía fue total, la fe de Esteban se creció y mandó llamar al ecónomo del monasterio al que dirigió estas palabras:

> «Ya estás viendo cómo la vida de nuestros hermanos está en peligro, pues padecen hambre, frío, y toda clase de necesidad. Vete pues al mercado de Vézelay que va a abrirse y compra tres carros, y para cada uno de ellos un tiro de tres caballos fuertes y robustos, porque han de transportar grandes fardos; entonces carga los carros de vestidos, comestibles y de todo lo demás que sabes necesitamos; y vuelve pronto pues te esperamos llenos de esperanza».

El monje le dijo que estaba dispuesto a partir al punto pero que esperaba que el abad le diera dinero para tales compras pues él no tenía una sola moneda.

> «Hijo mío —respondió Esteban—, para todo lo que te mando traer sólo tengo tres pequeñas monedas. Tómalas, si quieres; en cuanto al resto, la bondad de nuestro Señor Jesucristo proveerá a todo lo demás. Vete sin temor, porque el Señor enviará a su ángel ante ti y todo se desarrollará felizmente».

El monje salió para Vézelay. Llegado a la ciudad, fue a contar sus cuitas a uno de sus amigos. Y resultó que en aquellos momentos un vecino de aquel amigo, estando en su lecho de muerte, estaba distribuyendo sus bienes entre los pobres. El buen amigo fue a contarle las penalidades de los monjes y el enfermo hizo llamar al hermano y le dio todo el dinero necesario para sus compras. Muy contento de haber podido cumplir su encargo, el hermano volvió a Cîteaux, mientras, por adelantado, hacía llegar a su

abad las buenas noticias; éste convocó a la comunidad, y, con el báculo en la mano, salió en procesión a recibir a la puerta del monasterio los dones que el Señor les enviaba.

Pero también el fervor, la regularidad y las austeridades de Cîteaux promovieron murmuraciones en los monasterios más cercanos. Aquellos monjes únicamente veían en esta conducta una condena a su vida holgada y poco austera. Acusaron a Esteban de ser un innovador peligroso, y poco faltó para que no se le tratara de cismático. Además, durante los años 1111 y 1112, la muerte hizo estragos entre sus monjes y nadie se presentaba para llenar los puestos vacíos. Esteban comenzó a dudar del porvenir de su obra y resolvió consultar al Señor por uno de esos medios que sólo un santo puede permitirse. Un día, reunió a los hermanos alrededor del lecho de un monje moribundo y después de haber recitado las oraciones prescritas en aquellas circunstancias, dijo al moribundo: «Bien sabes, querido hermano, en qué angustia estamos todos y cómo se debilitan nuestras esperanzas. Hemos hecho lo que hemos podido para seguir el camino recto, y hacer lo que nuestro bienaventurado Padre San Benito nos ha marcado. Los monjes de otros lugares nos miran como a innovadores; pero más grande es nuestra desesperanza cuando vemos el pequeño número de miembros de nuestra comunidad. La muerte nos los arrebata uno tras otro; temo que esta institución perezca. Por esto, en el nombre de Nuestro Señor Jesucristo, por cuyo amor hemos abrazado esta vida, te pido que después de muerto retornes a nosotros, en el tiempo y lugar que al Señor le plazca, y nos des certeza, si te lo permite la divina misericordia, sobre si hemos acertado en nuestra elección». El hermano moribundo le respondió: «Con el auxilio de tus oraciones, Padre y Señor mío, obedeceré tus órdenes». Y murió.

Algunos días después, Esteban trabajaba en los campos con los monjes, dio la señal de descanso, se alejó un poco, y calándose la capucha hasta cubrir sus ojos se puso a orar. Al momento se le apareció radiante de gloria el monje difunto que, tras asegurarle que estaba en la gloria, le dijo:

> «El Señor me manda para tranquilizarte sobre vuestro genero de vida ten por seguro que esto es verdad, desecha toda duda, vuestra vida es santa y agradable a Dios El dolor que os causa la

> falta de vocaciones, se transformara en gozo y en alegria Tus hijos gritaran y cantaran "Tu casa es demasiado pequeña, haznos otra para que quepamos" El Señor hara grandes cosas con vosotros Os enviara un gentio de vocaciones, entre los cuales habra un gran numero de sabios y nobles Semejantes a las abejas que forman sus enjambres rapidamente, volando de colmena a colmena, saldran volando de aqui y se extenderan por toda la tierra, esta es la buena semilla del Señor que, por su gracia, ha sido sembrada en tu campo, de ella se formará un numero infinito de gavillas de almas santas»

Esteban se quedó mudo de alegría y de reconocimiento escuchando estas palabras. Entonces se dio cuenta de que el celeste mensajero le miraba en silencio, esperando, y le dijo: «¿Qué me quieres?». A lo que el antiguo monje respondió: «Antes de marchar te pido la bendición como siempre he hecho». Esteban, atónito, exclamó: «Hermano, tú ya has pasado de la corrupción a la incorruptibilidad, de la vanidad a la realidad, de las tinieblas a la luz, de la muerte a la vida, ¿cómo vas a recibir la bendición del que todavía gime bajo el peso de todas estas miserias? Más bien eres tú el que me debes bendecir». «No —respondió el hermano—, el Señor te ha dado el poder de bendecir; te ha constituido en dignidad y yo no soy más que un discípulo; por tus cuidados yo escapé del pecado del mundo, dame tu bendición, pues no me iré si no me la concedes». Esteban, confuso, tuvo que bendecir a su glorioso hijo, tras lo cual la visión desapareció.

Basta recordar la vida de San Bernardo (ver el 20 de agosto) para ver cómo se cumplió colmadamente la predicción en 1112. A partir de aquel momento, el número de monjes se multiplicó y Esteban tuvo que fundar nuevos monasterios. Un año después de la llegada de Bernardo, se fundó la abadía de Pontigny cerca de Auxerre, precedida un poco antes por La Ferté en la diócesis de Chalon. Vinieron enseguida Claraval y Morimont en 1115. Y estas cuatro primeras hijas de Cîteaux se convirtieron a su vez en madres de un gran número de monasterios.

Esteban en 1116 quiso volver a ver a sus hijos, y saber cómo les iba en sus casas y los reunió en un Capítulo, el día de la Exaltación de la Santa Cruz. Fue la primera reunión que se tuvo para hacerse un mutuo examen acerca del mantenimiento de la

disciplina regular; la feliz innovación fue pronto adoptada por las otras órdenes religiosas

Esteban estableció lazos jerárquicos entre las casas. El abad de la casa madre debía visitar sus monasterios filiales y las cuatro hijas de Cîteaux debían vigilar a su vez la disciplina de Cîteaux. Así pudo mantenerse por mucho tiempo la regularidad y el fervor primitivos. En 1119, el Capítulo general redacto unas Constituciones que el papa Calixto II, que era amigo y admirador de Esteban, aprobo. En 1118, se fundaron otros cuatro monasterios· Prully, La Cour-Dieu, Troisfontaines y Bonnevaux. Y en 1119, Bouras, Fontenay, Cadouin y Mazan. Los últimos años de Esteban estuvieron dedicados al desarrollo de su Orden. En 1125, visitó el monasterio de Saint-Vaast en Arras y en 1128 asistió con San Bernardo al Concilio de Troyes Salió todavía de su retiro en 1132 para solicitar algunas gracias al papa Inocencio II que visitaba Francia y consintió en prestar todos los servicios que de él y sus hijos dependían, como entregarle a Esteban, para que fuera obispo de París, o a Enrique, como arzobispo de Sens Finalmente al sentirse agotado por la edad y habiendo perdido la vista, dimitió del cargo abacial en el Capítulo general temido en 1133 No tenía más que un solo deseo: ocuparse en paz de Dios y de sí mismo en la dulce soledad de la contemplación

El libro de los *Comienzos de Cîteaux* cuenta así los últimos momentos de Esteban Harding:

> «Cuando llego el momento en que el anciano padre, extendido sobre su lecho de muerte, despues de haber terminado sus trabajos, iba a entrar en el gozo de su Maestro, y que desde la extrema pobreza escogida en este mundo, siguiendo el consejo del Salvador, estaba a punto de entrar en el rico banquete de su Señor en los cielos, todos sus hijos y unos veinte abades se reunieron alrededor de su lecho para dar muestras de filial obediencia y para acompañar con sus oraciones al amigo fiel y al Padre solicito en su camino hacia la patria Cuando estaba en su agonia y proximo ya a morir, los hermanos comenzaron a despedirse mientras le llamaban bienaventurado, hombre admirable, ya que habia producido tantos frutos en la Iglesia de Dios, diciendole que podia, con toda seguridad, comparecer ante el Señor Esteban al escuchar tales ha lagos, juntando todas sus fuerzas les dijo en tono de reproche "Hermanos mios, ¿que es lo que estais diciendo? En verdad os digo, que voy hacia Dios con temor y temblor, como si no hubiera

> hecho nunca ningun bien Porque si ha habido en mi alguna virtud, y si algun bien se produjo en mi debilidad, fue por el socorro de la gracia de Dios, y tengo miedo de solo pensar que quizas he recibido esta gracia indignamente y sin hacer el buen uso requerido" Y así con este acto de humildad, despojandose del hombre viejo, y recusando con todas sus fuerzas los dardos envenenados del enemigo, traspaso dulcemente las puertas del cielo para ser coronado en son de un triunfo merecido La muerte de Esteban acaecio el 28 de marzo de 1134»

Entre las obras de Esteban Harding, o que se le atribuye, está la *Carta de caridad.* Es un escrito digno de su piedad e inteligencia organizativa y en total consonancia con los otros dos primeros abades de Cîteaux. Prescribe medios para conservar la caridad, la unión entre monasterios para formar un solo cuerpo. La *Carta* comprende dos partes, la primera, interpreta la regla, y la segunda señala los lazos jurídicos que unen las casas entre sí. Los hermanos deberán observar en todos sus puntos la regla de San Benito de la misma manera que es observada en Cîteaux, sin cambiar su sentido con nuevas interpretaciones, de modo que la entiendan y practiquen «como los santos Padres nuestros predecesores y los monjes de Cîteaux la han entendido y practicado hasta el presente». Tal es el principio fundamental y la razón de ser de Cîteaux.

La segunda parte trata del gobierno: cada abadía conserva su autonomía y su independencia temporal; tiene su propio abad, que es el verdadero jefe de la comunidad tanto en lo espiritual como en lo temporal, y los miembros de la comunidad están sujetos por la estabilidad al lugar donde habitan. Para asegurar en todas partes la regularidad y la uniformidad, se establecen dos organismos: Primero: Todas las casas recibirán cada año la «visita regular» del «Padre inmediato» o abad del monasterio fundador. Segundo: para la orden entera habrá también, todos los años, un «Capítulo general» con asistencia de todos los abades. Se tratará en ellos de todo lo relacionado con la salvación de las almas, la observancia de la Regla y los estatutos de la orden. En ellos se establecerá todo lo que haya de corregirse y se prescribirá lo que haya que hacerse en cualquiera materia, sea espiritual, disciplinar o temporal.

La *Carta de caridad* es verdaderamente la «regla de oro» de la Orden de Cîteaux: Cuanto más escrupulosamente se la observa,

más prospera la Orden, y cuanto más se la olvida, más tendrá la Orden necesidad de reforma. Después de Calixto II que confirmó esta célebre Carta en 1119, conviene notar que obtuvo el consentimiento, tras voto deliberativo, de todos los abades y demás hermanos de cada uno de los monasterios entonces existentes. Establecida sobre esta carta, la Orden de Cîteaux conoció durante un siglo una expansión prodigiosa.

El cuerpo de Esteban fue colocado junto a la tumba de Alberico su predecesor, y que estaba todavía en el claustro, cerca de la iglesia, antes de la Revolución de 1789. Varios milagros dejaron ver la gloria que gozaba en el cielo. Es tradición que, como Alberico, fue favorecido con varias apariciones de la Santísima Virgen, por la que sentía una tierna devoción que supo transmitir a toda la Orden El martirologio romano cita a San Esteban el 17 de abril, que se supone fue el día de su canonización.

LUIS M. PEREZ SUAREZ, OSB

Bibliografía

BALDOT-CHAUSSIN, «Monjes *benedictinos* de Santa Maria de Paris», en *Vie des Saints* (Paris), Janvier, 529-531, Avril, 419-427, 731-735
COROT, G , *Los santos de cada dia Abril* (Madrid 1958) 129 134, 215 219
PEREZ DE URBEL, J , *Año cristiano,* II (Madrid 1940)
RAYMOND, M , *Tres monjes rebeldes* (Argentina, etc , ^{3}1951)
VAN-DAMME, J -B , *Los tres fundadores del Cister* (Huelgas, Burgos 1998)

C) BIOGRAFIAS BREVES

SAN AGUSTÍN ERLANDSSON
Obispo († 1188)

Agustín o Eystein Erlandsson era un eclesiástico noruego del s. XII, perteneciente a una acreditada familia, y que fue agregado a su corte por el rey Inge Krokrygg como capellán suyo. Esta amistad suya con el rey le valió la nominación como arzobispo de Nidaros el año 1157.

Agustín hubo de tener relaciones continuas con la corte real, estando en buenas relaciones unas veces y otras en no tan

buenas con el rey de turno. Agustín era el arzobispo metropolitano de Noruega porque en 1152 se había llegado a un acuerdo entre la corona noruega y la Santa Sede que así lo establecía, y, por tanto, cuando la ocupó Agustín ya era Nidaros o Trondheim, como ahora se llama, sede metropolitana.

Agustín fue un buen pastor de su rebaño y procuró en todo momento atender a la predicación sagrada y a la administración de los sacramentos y al mantenimiento de la disciplina eclesiástica. Hubo de dejar el país tres años, 1180-1183, años que pasó en Inglaterra, pero a su vuelta tuvo ánimo para comenzar la reconstrucción de la catedral gótica, que naturalmente no estaba concluida a su muerte. Defendió celosamente los derechos de la Iglesia frente a toda usurpación real y nobiliaria, y su fortaleza espiritual, llena de mansedumbre, contribuyó mucho a la fama y veneración de santo que tuvo desde su muerte, ocurrida el 26 de enero del año 1188.

BEATO MIGUEL KOZAL

Obispo y mártir († 1943)

Miguel Kozal nace en el seno de una familia católica de muy modesta economía, que inculca al niño los principios religiosos con mucho celo. El lugar de su nacimiento fue Ligota y su fecha el 27 de septiembre de 1893. Llegado a la adolescencia siente la vocación sacerdotal e ingresa en el seminario diocesano de Gniezno donde cursa con provecho los estudios sacerdotales y se ordena sacerdote el 23 de febrero de 1918 con veinticinco años de edad.

El apostolado parroquial como vicario será su primer destino, y en él muestra su habilidad para organizar y dirigir movimientos católicos juveniles. Esto hace que, pasados unos años, el obispo lo destine al Liceo Católico de la población de Bydgoscz, a donde llega en 1923. Aquí quedó demostrado definitivamente que su carisma era la formación de la juventud y por ello el año 1927 el obispo le confía la dirección espiritual del seminario, donde vuelve a ponerse de manifiesto su capacidad de sintonizar con los jóvenes y saberles orientar en el camino de la vida espiritual. Dos años llevaba de director espiritual

cuando el obispo, que tanto lo estimaba, decide ponerlo al frente del seminario como rector. Serían diez años fecundos, en los que el seminario experimentó la acertada dirección que el P. Miguel sabía imprimir a la institución en todos los ámbitos de la misma. Su crédito entre el clero fue enorme, porque los nuevos sacerdotes que salían del seminario extendían por el clero el aprecio al rector. A nadie extrañó por ello que el 12 de junio de 1939, habiendo de ponerse un obispo auxiliar en Woclawek, se eligiera a Miguel. Todos tenían claro que Miguel tenía talla de obispo.

Llegado a la diócesis, se puso a disposición del obispo titular para los ministerios que quisiera encomendarle y comenzó a efectuar visitas pastorales y administrar confirmaciones con gran celo. Pero el 3 de septiembre de aquel año se declaraba la guerra y las cosas cambiaron notablemente Ante la invasión alemana Miguel mantuvo la serenidad y la dignidad, alentando a los fieles y al clero a confiar en Dios y a estar en su sitio con gran responsabilidad. Esta conducta le hizo odioso a los ocupantes, que pasaron a arrestarlo el 3 de abril de 1941. Tras su detencion fue encarcelado y en la cárcel estuvo un tiempo hasta que se decidió su internamiento en el campo de concentracion de Dachau. En este campo, tristemente célebre por el trato humillante dado a sus detenidos, Miguel supo ser un padre para los mas de doscientos sacerdotes de su diócesis confinados en él, a quienes alentó a la confianza en Dios y al martirio si fuera preciso para estar a la altura del ministerio sacerdotal Se hizo notable por su paciencia y mansedumbre, enfermando muy pronto por los malos tratos, privaciones y miserias de la prisión. Rodeado de la admiracion de sus compañeros del campo y con fama de santo entre ellos, Miguel murió por una inyección letal el 26 de enero de 1943. Fue beatificado el 14 de junio de 1987.

27 de enero

A) Martirologio

1. En Brescia, Santa Ángela de Mérici († 1540), virgen, fundadora de la Sociedad de Santa Úrsula **.

2. En Sora (Lacio), San Julián (s. II), mártir.

3. En Le Mans (Francia), San Julián, primer obispo de la ciudad (s. III).

4. En Mariana (Córcega), Santa Devota († 300), virgen y mártir.

5 En el monasterio de Bodon, Sisternon (Francia), San Mario o Mauro († 550), abad

6. En Roma, San Vitaliano († 672), papa *

7. En Tonnerre (Borgoña), San Teodorico († 1022), obispo de Orleáns.

8. En Cahors, San Gilduino († 1077), diácono de la diócesis de Dol, que rechazó su elección episcopal *.

9. En Thérouanne (Francia), Beato Juan de Warneton († 1130), obispo y antes canónigo regular *

10. En Lombardía, Beato Manfredo Settala († 1217), presbítero y ermitaño.

11. En Angers (Francia), Beata Rosalía du Verdier de la Sorinière († 1794), monja y mártir durante la Revolución Francesa

12 En Mengo (Uganda), San Juan María Muzei († 1887), mártir *.

13. En Gilet (España), San Enrique de Ossó y Cervelló († 1896), presbítero, fundador de la Compañía de Santa Teresa **.

14. En Kauna (Lituania), Beato Jorge Matulaitis o Matulewicz († 1927), obispo de Vilna y legado apostólico en Lituania, fundador de la Congregación de Clérigos Marianos y de las Religiosas de la Inmaculada Concepción de la Bienaventurada Virgen María **.

B) Biografías extensas

SANTA ÁNGELA DE MÉRICI
Virgen († 1540)

Fundadora de las Ursulinas. Nació de familia modesta el 21 de marzo de 1470 o 1474 en Derizano (República de Venecia). Perdió a sus padres a los 15 años de edad y se fue a vivir con una hermana junto a su tío en Saló, con lo cual pudo par-

ticipar con mayor facilidad en la santa misa, confesarse y comulgar.

Cuando murió su tío, volvió a Desenzano. Tenía 20 años. Hacia 1497 tuvo una visión en la que se le presentó la primera idea de su fundación religiosa. Despues de ella Ángela comenzó a reunir a niñas y adolescentes pobres para instruirlas en el trabajo y en el cuidado de los enfermos. Renunció a muchas propuestas de matrimonio, pues había decidido no amar ni desposarse mas que con Cristo.

En 1516 la familia Pantagola la invitó a trasladarse a Brescia, donde continuó sus trabajos asistenciales. Hizo varias peregrinaciones, entre ellas una a Tierra Santa y a Roma, sobre todo en 1525 con ocasión del Año jubilar. El papa Clemente VII le dijo que se quedara en Roma, pero ella volvió a Brescia.

En 1529 se marchó a Cremona para librarse de los soldados de Carlos V. Dios la curó de una grave enfermedad. Profetizó el final de la guerra. En 1533 volvió a Brescia, donde reunió a 12 jóvenes de diversas clases sociales junto a la colegiata de Santa Afra y con ellas fundó la Compañía de Santa Úrsula. No tenían vínculos monásticos y se dedicaban a aliviar las necesidades de la infancia bajo la protección de Santa Úrsula que la había animado con diversas apariciones.

La obra de Ángela se reveló muy necesaria en el Renacimiento y la consiguiente paganización de la sociedad. Era menester una gran renovación espiritual y moral en la familia, y muy especialmente en la mujer, para defender las costumbres cristianas.

Se considera el 25 de noviembre de 1535 como la fecha de la fundación de las ursulinas, ya que en ese día las jóvenes, después de un período de preparación, se dedicaron íntegramente a las obras de caridad. La Regla de las ursulinas constaba de 12 capítulos y fue aprobada por el cardenal Cornaro, obispo de Verona, el 8 de agosto de 1536. Era una vida muy simple, llevada con gran sacrificio, al servicio de la Iglesia.

El 8 de marzo de 1537, en el primer capítulo de las ursulinas, Ángela fue elegida superiora vitalicia. El 27 de enero de 1540, después de una grave enfermedad, murió en Brescia y fue sepultada en la cripta de la colegiata y en 1580 en la iglesia superior.

Los últimos años de su vida Ángela quiso dedicarlos a la formación espiritual de sus hijas y dio a su confesor, Gozzano, *Los recuerdos de las avisadoras,* su *Testamento espiritual* y la *Regla,* que fue aprobada por el papa Pablo III el 9 de junio de 1544. De 159 que eran a la muerte de Ángela se multiplicaron muchísimo por todo el mundo en tres formas: ursulinas seculares, colegiales y claustrales.

El culto a Santa Ángela se desarrolló rápidamente. Desenzano la nombró su patrona. En 1587 se permitió el culto a su imagen. En 1608 se dedicó a Santa Ángela una capilla en la iglesia principal de Desenzano. San Carlos Borromeo inició el proceso diocesano de canonización. Clemente XIII promulgó el decreto el 30 de abril de 1768. Fue canonizada por el papa benedictino Pío VII, el 24 de mayo de 1808. El Beato Pío IX fijó su fiesta el 11 de julio y extendió su culto a toda la Iglesia. León XIII unificó las diversas ramas ursulinas el 17 de julio de 1903. Se celebró luego su fiesta el 31 de mayo. En el nuevo calendario se ha fijado el 27 de enero, día en que murió.

MANUEL GARRIDO BONAÑO, OSB

Bibliografía

BARTOLETTI, A., *Historia di Angela de Merici, vergine bresciana* (Brescia 1926)
Bibliotheca sanctorum, t I cols 1161-1165
SALVATORI, F., *Vita de la santa Madre Angela de Merici* (Roma 1807)

SAN ENRIQUE DE OSSO Y CERVELLÓ

Presbítero († 1896)

San Enrique de Ossó y Cervelló fue un sacerdote diocesano español hondamente preocupado por la formación cristiana de la juventud, para lo que fundó la Compañía de Santa Teresa de Jesús, Instituto religioso femenino actualmente extendido por diecinueve países de Europa, América y África. Desde 1998 es patrono de los catequistas españoles.

Vivió durante 56 años, entre 1840 y 1896, en los que puso de manifiesto su espíritu de fe, su confianza, su celo apostólico, su fidelidad al Señor y, en suma, su amor a Dios y a los hermanos.

Nació en Vinebre (Tarragona), un pueblecito a las orillas del Ebro, en una familia cristiana de labradores acomodados. No es indiferente la fecha incierta en que vio la luz, 15 o 16 de octubre, pues entre lo que consta en la partida de nacimiento, día 16, y lo que le decía su madre, doña Micaela Cervelló: «tú naciste el 15», está por medio la fiesta de Santa Teresa de Jesús, inspiradora de todas sus obras apostólicas. Fue bautizado muy poco después, el 17 de octubre. Tuvo dos hermanos, Jaime y Dolores.

A los 12 años su padre, don Jaime de Ossó, le envió a Quinto de Ebro (Zaragoza) a casa de su tío Juan, comerciante de tejidos, para que aprendiese este oficio. A causa de una grave enfermedad regresó al domicilio familiar y, temiendo por su vida, le fue administrada la primera comunión como viático. Restablecida su salud, continuó preparándose para el comercio en casa de don Pedro Ortal, en Reus, donde fue enviado por su padre en 1853. Pero al año siguiente una epidemia de cólera acabó con la vida de su madre, hecho decisivo en la orientación vocacional del joven Enrique. Años después recordaba:

> «Estuve presente a su muerte santa y lloré mucho, porque mucho sentí verme privado de ella. Mas a esto que parece desgracia debo tal vez mi dicha y mi suerte, porque luego me vino deseo de ser sacerdote recordando lo que me decía mi buena madre (e.p.d.) [...]: *"Fill meu, Enric, fes-te capellà. Quin goig em daries!". "No quiero",* le decía. *"¿Pues qué quieres ser?". —"Vull ser mestre"».*

De niño le atraía ser maestro. Sin embargo, las citadas palabras de su madre, que conocía bien las cualidades de su hijo —«¡qué gusto me darías si fueras sacerdote!»—, entrañaban su más profunda vocación, perfectamente compatible con la del magisterio. En efecto, Enrique descubrió su llamada al sacerdocio a la muerte de su madre cuando, a los 14 años de edad, estaba trabajando en Reus como aprendiz de comerciante. Entonces comprendió que Dios le llamaba y que ser maestro y sacerdote podían hermanarse.

Decidido a emprender este camino, huyó a Montserrat para poner en manos de la Virgen su vocación de entrega al Señor. Era también la constatación de su temprana devoción mariana, inculcada por su abuelo y por su madre, y de la intensa piedad de este joven que se había alimentado con la confesión frecuen-

te y con la lectura de libros piadosos. Allí, a los pies de Nuestra Señora de Montserrat, patrona de Cataluña, le encontraron su padre y su hermano, que le obligaron a regresar a casa. Pero sin duda por intercesión de ella consiguió doblegar la oposición del padre, y el mismo año 1854 ingresaba en el Seminario de Tortosa, donde cursó estudios literarios y de filosofía. Entre 1863 y 1866 hizo la teología en el de Barcelona, y recibió su ordenación de presbítero el 21 de septiembre de 1867, por D. Benito Vilamitjana y Vila, Obispo de Tortosa.

En su época de seminario, durante las vacaciones de verano los niños de Vinebre solían recibir los primeros afanes apostólicos del joven Enrique. «Por los niños a la conquista de los mayores», será su ideal catequético que estrenó en su pueblo natal y que, después de ordenado sacerdote y siendo profesor de matemáticas y de física en el Seminario, desarrolló tanto en Tortosa. Fruto de esta experiencia fue su libro *Guía práctica del catequista,* esencial para comprender su intensa actividad evangelizadora. El Emmo. Sr. Cardenal D. Marcelo González, primer biógrafo de D. Enrique de Ossó, escribe sobre este texto: «llego a dudar, no sé si por mi ignorancia, que pueda haber algún otro más eficaz para despertar y nutrir la afición a enseñar el catecismo, condición indispensable de la vocación sacerdotal».

Era muy notorio el número de niños inscritos en las catequesis organizadas por Ossó en la ciudad de Tortosa. Durante el trienio de 1869-1871 comenzó con ochocientos, elevándose a mil doscientos dos años después: prácticamente todos los niños que había en la ciudad. Estaban agrupados en ocho secciones generales que, a su vez, se dividían en otras menores. Para esta tarea, D. Enrique movilizó y obtuvo la ayuda de sacerdotes y seminaristas amigos, consiguiendo entre todos un cambio radical en la conducta de pequeños y mayores, cambio que no pasó inadvertido en Tortosa. Una anciana del lugar se expresaba en estos términos: «¡Nadie podía pensar tres años atrás que esto iba a suceder! ¡Alabado sea Dios!».

Su celo apostólico no descansó con la educación y formación cristiana de los niños. Deseoso de atender también a los mayores, a partir de 1870 inició una serie de fundaciones, la pri-

mera de ellas la Asociación de Congregantes de la Purísima Concepción, compuesta exclusivamente por jóvenes labradores. En 1873 organizó la Archicofradía de Hijas de María Inmaculada y Teresa de Jesús para jóvenes que quisieran vivir seriamente el cristianismo en su propio ambiente, con el fin de que éstas bajo la mirada de la Virgen «forjen su espíritu en el molde de Teresa de Jesús, así España se regenerará». Y en 1876, la Hermandad Josefina, para hombres, y Rebañito del Niño Jesús, para jóvenes (hoy Club de Amigos de Jesús). Refiriéndose a estas actividades, D. Marcelo González, Cardenal emérito de Toledo, afirma: «D. Enrique de Ossó tiene la gloria de haber sido un auténtico precursor de la Acción Católica».

Tiene asimismo la gloria de haber confiado en la mujer. En 1876 fundó su principal obra, la Compañía de Santa Teresa de Jesús, una congregación religiosa dedicada a la educación y la enseñanza cristianas. Había percibido con singular clarividencia que la educación cristiana de la mujer podía regenerar, en primer lugar, a las familias y desde ellas a toda la sociedad: «educar a un niño es formar a un hombre, educar a una mujer es formar una familia».

Como una importante manifestación de su celo apostólico, D. Enrique cultivó también el periodismo católico. Primero, en 1870 fundó el semanario *El Amigo del Pueblo* que, por su contenido batallador al servicio de la fe católica, fue suspendido en mayo de 1872. En octubre del mismo año dio vida a la revista *Santa Teresa de Jesús,* que dirigió personalmente casi durante un cuarto de siglo. Las palabras del Obispo de Tortosa, doctor Vilamitjana, aprobando la publicación son un resumen magnífico de las intenciones que Enrique de Ossó expuso al Prelado al solicitar su permiso:

> «Estimado D Enrique El pensamiento de publicar una revista cuyo objeto sea Santa Teresa merece mi aprobacion, y bendigo con toda la efusion de mi alma a Vd , que la ha concebido, y a sus colaboradores Mucha necesidad tiene nuestra amada España de la proteccion de la Santa, y nada mejor para obtenerla que la imitacion de sus virtudes Ahi esta la devocion verdadera y eficaz. Mas para imitar las virtudes de Teresa es necesario conocerlas, y la revista se encargara de ponerlas periodicamente a la vista de sus piadosos lectores».

Su confianza ilimitada en lo que él consideraba voluntad de Dios se podría probar con múltiples anécdotas. Valga una significativa por su encuadre personal e histórico. Encargó la construcción de la casa-colegio de la Compañía de Santa Teresa en Barcelona a D. Antonio Gaudí, el más ilustre de los arquitectos catalanes del momento. El edificio se hizo en unos solares que entonces costaron 130.000 ptas. El día en que se firmó la escritura de su adquisición no había en la administración del nuevo Instituto nada más que una peseta, pero D. Enrique había dicho a sus hijas: «Si tenéis confianza en Dios, ¡adelante!».

Por su parte vivía de este modo el abandono en el Señor:

> «Pensar como Cristo Jesus, sentir como Cristo Jesus, obrar como Cristo Jesus, conversar como Cristo Jesus, hablar como Cristo Jesus, conformar, en una palabra, toda nuestra vida con la de Cristo, revestirnos de Cristo Jesus, he aquí el único negocio y ocupacion esencial, primera, de todo cristiano Porque cristiano quiere decir *alter Christus,* otro Cristo, y nadie puede salvarse si no fuere hallado conforme con la imagen de Cristo»

Son bien conocidas las complejas y variadas situaciones que tuvo que atravesar la Iglesia Católica de España al ritmo de los distintos avatares políticos de la nación. No faltó la persecución de la crítica rigurosa e infundada, ni las expropiaciones de bienes, ni las acusaciones de todo género, destinadas a desprestigiar una Institución que algunos hubieran deseado eliminar. Atento a tan difícil contexto, San Enrique de Ossó supo acudir a lo que la Iglesia necesitaba de su sacerdocio, que vivió siempre hasta las últimas consecuencias.

Su espíritu de fe y esperanza se pusieron de manifiesto en multitud de ocasiones. Todas sus obras, como obras a mayor gloria de Dios, sufrieron persecuciones, desprecios o murmuraciones. En algún momento las incomprensiones nacieron en la mente o en el corazón de sus amigos más íntimos, e incluso de sus religiosas al final de su vida. Pero él no flaqueó nunca. Su frase preferida era «contradicción de buenos». También solía decir: «no os dañará ninguna adversidad si no os domina ninguna iniquidad. Haga yo lo que deba y suceda lo que suceda. En no habiendo pecado nada temo».

En el artículo «Desde la soledad», que apareció en la revista *Santa Teresa de Jesús* en octubre de 1879 sobre la fe y esperanza

en Dios que inculcaba a sus lectores, San Enrique exhortaba a decir y a obrar con San Pablo y Santa Teresa: «Todo lo puedo en Aquel que me conforta. Sólo Dios basta». Esto es lo que estaba viviendo en primera persona.

La caridad teologal, en su doble faceta de amor a Dios y amor a los hermanos, tuvo también en nuestro Santo un horizonte que invita a imitarlas. Sus trabajos por extender el Reino de Dios en los niños, en los jóvenes y en los adultos en medio de dificultades políticas e incluso religiosas, son una prueba de la firmeza, vivencia y coherencia de su vida sacerdotal alimentada siempre por la oración. El grito de «Todo por Jesús» y «Viva Jesús» era para él como un banderín de enganche que le impelía a obrar con el amor más exquisito a Jesucristo, Dios y hombre verdadero, y que trató siempre de enseñar y hacer vivir a los demás.

El espíritu de oración que aprendió de Santa Teresa de Jesús le llevó a vivir entrañablemente «la amistad personal con quien sabemos nos ama» y a procurar transmitirla. Intentó que todas sus obras se alimentasen del trato frecuente, diario con Dios. Los libros *Viva Jesús, Devoto josefino, Tesoro de la juventud* y, sobre todo, el *Cuarto de hora de oración,* llamado el Kempis teresiano, son una prueba de su magisterio de oración, que enseñó no sólo predicando en numerosas misiones populares, sino también escribiendo. San Enrique acuñó una frase que él atribuyó a Santa Teresa de Jesús, que tuvo y tiene una fuerza grande para atraer a los cristianos a cultivar la oración: «Dadme un cuarto de hora de oración y os daré el cielo». Cuando alguien le preguntó por qué limitaba el tiempo, el contestó con gran conocimiento del alma humana: «Para que no se espanten, para que vean fácil y corto el camino, si se inician en ello, ya llegarán por sí mismos a ampliar el tiempo».

San Enrique amó a los hombres sus hermanos sin poner límite a la caridad. Desde que era seminarista perteneció a las conferencias de San Vicente de Paúl. Todos los jueves acudía al hospital de Tortosa para buscar a los enfermos más solos y abandonados y les socorría en las necesidades más íntimas y penosas. En los veranos, en Vinebre, y aprovechando la ausencia de su padre D. Jaime, menos propenso a la caridad, daba a los pobres

todo lo que le parecía que sobraba en la despensa de su casa. Ya sacerdote, en el barrio más pobre de Tortosa, el de pescadores, acostumbraba a que su palabra apostólica cayese sobre las personas que habían recibido por adelantado pan, ropa, dinero... todo lo que les faltaba y era primera necesidad. A sus religiosas les inculcó siempre la generosidad más exquisita con quien llamase a sus puertas. Les ordenó que a nadie excluyeran de los colegios por ser pobres y que en todos ellos se concediera una beca a una niña de familia necesitada por cada diez alumnas de pago.

No sólo la caridad. Con ella le vinieron todos los bienes. Don Marcelo González en la citada biografía del santo la estudia no sólo en su ejercicio, sino vinculada a otras virtudes según la doctrina de San Pablo (1 Cor 13,4-7). Es una excelente síntesis de las virtudes de don Enrique de Ossó que años más tarde su causa de canonización confirmó haber practicado de modo heroico.

San Enrique amó apasionadamente a la Iglesia, *esposa de Cristo*. Su celo apostólico de sacerdote *enteresianado* hasta la médula de sus huesos, se alimentó de la frase de la Santa de Ávila que él hizo suya: «Soy hijo de la Iglesia», y que dejó como epitafio para su tumba. Basta asomarse a la *Revista Teresiana* para percibir el amor a la Iglesia y al Santo Padre que quería contagiar a sus lectores. Sus cartas desde la Ciudad Eterna palpitan de entusiasmo ante la liturgia romana; por la historia de la Iglesia que él descubre en las catacumbas, en las basílicas... y todo esto vivido en momentos difíciles para él, cuando la prueba de personas de la Iglesia era más dura y lacerante. Los hombres podían decir y hacer equivocándose; la Iglesia, no. Ella le estimulaba a vivir la «contradicción de buenos» como camino de identificación con Jesucristo.

En los últimos años de su vida tuvo que afrontar la difícil situación de verse implicado en un doloroso pleito con las autoridades eclesiásticas, lo que le comportó el abandono o la sospecha de muchos. Con heroica fortaleza defendió la verdad, que se hizo manifiesta algunos años después de su muerte. Entonces tuvo prolongada ocasión de cumplir en primera persona lo que aconsejaba a los demás:

> «Debemos ahogar el mal con la abundancia del bien No seamos vencidos jamas por el mal, sino venzamos con el bien el mal»

Bien cimentada en la propia experiencia estaba también esta recomendación suya, motivada por su único deseo de ser fiel a la misión que le había confiado el Señor:

> «No nos estorbemos los buenos cuando se trata de promover la mayor gloria de Dios o los intereses de Jesus, sino mas bien ayudemonos mutuamente»

Un mes antes de su muerte dijo a sus hijas del Noviciado de Tortosa despidiéndose de ellas: «Pido al Señor no tener nada a la hora de la muerte, morir sólo de amor divino». El 2 de enero de 1896 se retiró al convento franciscano de *Sancti Spiritus* de Gilet (Valencia), buscando soledad y silencio para recogerse y orar. Hizo ejercicios espirituales del 6 al 13 y permaneció en aquel retiro escribiendo su obra póstuma: *La novena al Espíritu Santo.* El 27 de enero le sorprendió la muerte en la noche, a causa de un derrame cerebral. Cuando llegaron los frailes a asistirle era ya cadáver. Su ataúd lo pagó de limosna el párroco de Gilet, y el sepulcro se lo prestaron los franciscanos. Se cumplió así su deseo de morir en pobreza absoluta

El siervo de Dios Enrique de Ossó y Cervelló fue declarado Beato en la Basílica de San Pedro del Vaticano el 14 de octubre de 1979. Los milagros que le llevaron a la gloria de Bernini fueron la curación instantánea y permanente de dos religiosas de la Compañía de Santa Teresa de Jesús, la Madre Antonia Barrera Reig y la Madre María Cinta Monfort Ferrando Ambas alcanzaron una edad longeva, 91 y 87 años respectivamente. Llegaron a la casa del Padre más de 50 años después de haber sanado.

El papa Juan Pablo II canonizó al Beato Enrique en Madrid, en la plaza de Colón, el 16 de junio de 1993, durante el viaje apostólico que hizo a España. Un médico paraguayo, el Dr. Hugo Galli Riart fue el beneficiario del milagro: subita curación de un quiste en el lóbulo interior derecho del pulmón precisamente la víspera de la operación que pensaban realizarle.

Sus restos reposan hoy en la capilla del Noviciado de la Compañía de Santa Teresa de Jesús en Tortosa. La inscripción del sepulcro: «Soy hijo de la Iglesia», eco del sentir de la Santa castellana que tanto habia venerado, expresa su verdadera acti-

tud a lo largo de toda su existencia y, en especial, durante los momentos difíciles del final de su vida

«Conocer y amar a Jesús y hacerle conocer y amar por todos» es el lema que hizo propio y que hoy continúa ofreciendo San Enrique de Ossó.

M ª ENCARNACION GONZALEZ RODRIGUEZ

Bibliografía

AA VV, *Mano de oro Enrique de Osso, sacerdote y terestanista* (Burgos 1979)
ALTES Y ALABART, JUAN BAUTISTA, *Enrique de Osso, fundador de la Compañia de Santa Teresa de Jesus Apuntes biograficos* (Barcelona 1926)
GABERNET, J, *Un contestatario leal* (Barcelona 1987)
GONZALEZ MARTIN, M, *Don Enrique de Osso, la fuerza del sacerdocio* (Barcelona 1953) Nueva ed revisada en BAC Normal 440, ²1993
MACCA, V, *Enrique de Osso, fundador de la Compañia de Santa Teresa de Jesus (1840 1896),* (BAC Popular, 85, Madrid 1987)
MARTORELL, J, *Enrique de Osso, maestro* (Barcelona 1990)
MOLINS, V, *Asi era Enrique de Osso* (Burgos 1993)
VASANZIBIO, S DA, *Los intereses de Jesus en el Beato Enrique de Osso y Cervello* (Barcelona 1981)

BEATO JORGE MATULAITIS
Obispo († 1927)

Dentro de la carta apostólica de Juan Pablo II a los obispos de Lituania con motivo del sexto centenario del «bautismo» de aquella nación, el día 5 de junio de 1987, anunciaba para el próximo día 28 del mismo mes la beatificación del obispo lituano Jorge Matulaitis. Su festividad se fijaba para el día 27 de enero, coincidiendo con el aniversario de su muerte

El Papa hace notar en el n 10 la «fecundidad de su servicio eclesial» a lo largo de su vida. Por eso nos parece oportuno dar a conocer al público de lengua española los orígenes de este personaje, tal vez desconocido para nosotros, y que encierra una decidida opción por el Señor, que le hará superar innumerables dificultades de todo género. El reconocimiento de la Iglesia de sus heroicas virtudes se unió a una celebración solemnísima que coronaba el recuerdo del «bautismo» de una nación para la fe, su patria de Lituania, y «ofrecía la ocasión de ahondar en esa fe, en la oración y en la renovación espiritual».

Jorge Matulaitis, o Kalowski, nació en Luginé, parroquia de Marijampolé, Lituania, el 13 de abril de 1871, octavo hijo de una humildísima familia lituana. Pero las cosas empeoraron al perder al padre cuando el pequeño Jorge contaba apenas tres años, quedando siete años después sin madre. Naturalmente, sus hermanos se esmeraron en los cuidados del niño, pero para su desarrollo normal le faltaba lo principal: el calor de los padres. Debido sin duda a las dificultades económicas, el niño fue pronto víctima de la tuberculosis, que arrastraría durante su vida. Hemos podido contemplar una fotografía siendo obispo de Vilna, Lituania (1907), en la que puede adivinarse un semblante fuerte y resignado, pero que refleja ser víctima del sufrimiento. Superando las dificultades emprendió en Marijampolé, su parroquia, a partir de 1879, los estudios elementales, dando ya muestras de sus facultades y piedad. Eran sus formadores los religiosos denominados Marianos, a los que más tarde, como veremos, dedicará todas sus energías y solicitud. En 1882 emprendía sus estudios secundarios, pero debido a su delicada salud tuvo que renunciar a ellos y retirarse con sus hermanos en 1887, ayudándoles en las labores agrícolas.

Un primo suyo, Juan Matulewicz, desempeñaba por entonces el trabajo de profesor de latín y griego en el gimnasio de Kielce (Polonia), y le animó a trasladarse a dicha ciudad para continuar sus estudios. Su primo le daba clases privadas de latín y griego. Jorge, seguramente por razones de seguridad, mudó su apellido por el de su primo Matulewicz, en quien hallaba el apoyo necesario.

A los 20 años ya se hallaba dispuesto a tomar una dirección en su vida, y «como su espíritu estaba desde niño impregnado de una sólida piedad así como de un singular ingenio y proceso en su madurez, se consolidó en él la vocación sacerdotal que desde pequeño había sentido» *(AAS)*. En 1891 entraba en el seminario diocesano de Kielce, que ya debía conocer, y hacia el que sin duda debió guiarle un tío suyo, F. Matulewicz, sacerdote y profesor en el mismo seminario. Por desgracia este seminario fue clausurado en 1893 por la autoridad zarista, y los seminaristas se dispersaron por Polonia. Nuestro Jorge halló acogida en el seminario de la archidiócesis de Varsovia, permaneciendo

en él hasta 1895, en que pasó a la Academia Católico-Romana de Petroburgo donde defendió su tesis teológica con el título *De iure belli et de pace aeterna,* obteniendo en 1899 el grado de maestro en teología, a lo que renunció.

Ya el año 1898 había sido ordenado sacerdote por el obispo Niedzia Kowski, rector de la susodicha Academia Católica. Se le propuso por parte de sus superiores trasladarse a la Europa occidental a fin de desarrollar sus estudios y poder después ocupar la cátedra de teología en la Academia. Pero Jorge prefirió regresar a su diócesis, donde el obispo lo nombró vicario de una parroquia próxima a la ciudad. Esta primera labor pastoral duró muy poco, ya que el deterioro de su salud le obligó a trasladarse a Kreuznach, en Alemania, donde hallaría la oportuna asistencia médica. Terminado el reposo, pasó a Suiza, donde bajo el nombre de Montvydas (a fin de no despertar sospechas en la policía zarista de Rusia), se inscribió en la universidad de Friburgo. Residió en la parroquia de San Juan, para sufragar sus elementales gastos y a la vez practicar provechosamente la pastoral. En Friburgo fue sometido a una operación quirurgica que agravó sus dolencias, y una vez restablecido, prosiguió sus estudios, que terminó en 1902, publicando la tesis bajo el título de *Doctrina russorum de statu iustitiae originalis,* y obteniendo el título de Doctor en teología.

El mismo año 1902 regresó a Kielce, ejerciendo la labor de vicario parroquial en Imielno, desde donde se trasladó a Plaseczno para asistir a su tío sacerdote, gravemente enfermo, que murió el 6 de noviembre del mismo año, y a su regreso fue nombrado al cabo de unos meses profesor de latín y de Derecho Canónico en el seminario diocesano, luego vicerrector en el mismo y finalmente canónigo. Pero de nuevo la salud le traicionó, hallándose cada vez peor de su tisis ósea, viéndose obligado a trasladarse a Varsovia para una mejor atención médica. Allí se encontró con la condesa Cecilia Plater-Zyberk, quien le ayudaría a redactar las constituciones de la comunidad religiosa de las Siervas del Santísimo Corazón de Jesús, fundada en el anonimato. Durante su permanencia en Varsovia se dedicaría del 1904 al 1907 a la acción pastoral social. «Fue muy celoso en conocer la doctrina de la Iglesia, estudiando con entusias-

mo toda la problemática que esto implicaba, sobre todo en la encíclica *Rerum novarum* de León XIII, quien declaró la doctrina de la Iglesia contra las perversas corrientes de la época» *(AAS)*. Por entonces colaboró en la doctrina social con el conocido sociólogo y amigo suyo Marcelo Godlewski. Por su iniciativa se fundó la Asociación de Obreros Cristianos de Varsovia, y en 1907 organizó las «Semanas Sociales». Orientada hacia la juventud estudiantil, fundó la sociedad «Resurgir», promoviendo para los laicos cursos de doctrina social, a la vez que ejercía entre los lituanos residentes en Varsovia una intensa labor pastoral. Fue por entonces elegido como Presidente de la Asamblea de Sacerdotes que ejercían en las escuelas la enseñanza religiosa.

Todo este currículum de actividades y responsabilidades eclesiales así como la sólida formación, a pesar de su física debilidad, no podían dejar de hacer de él un hombre de Iglesia llamado a la responsabilidad en el ministerio. Si se advierten en él los frecuentes movimientos de puestos de trabajo, siempre obedecen a su estado de salud, ya que su enfermedad no le dejó hasta la muerte, y frecuentemente la crisis era profunda. Él jamás se arredró por ello; al contrario, trató de superar las situaciones con su abandono en las manos de Dios y una férrea voluntad. Podemos advertir su decidida inclinación por la formación cristiana del mundo obrero. Este punto es muy importante, ya que no se funda en la propia experiencia de su niñez, sino en el descubrimiento de la persona de Cristo, en cuya fuente, junto con la doctrina social de la Iglesia, bebería hasta la saciedad. Leemos como en su testamento:

> «Haz, Jesús, que yo me inmole por tu Iglesia, por la salvación de las almas redimidas con tu sangre, para vivir contigo, para trabajar contigo, para padecer contigo y, como espero, también para morir y reinar contigo» *(Diario)*.

En 1907 fue enviado de nuevo a Petroburgo para ejercer de profesor en la Academia Católico-Romana, explicando primeramente sociología y más adelante también teología dogmática. Al año siguiente se le encargó la dirección espiritual de los estudiantes, y poco después es nombrado vicerrector de la misma Academia.

Fue en 1909 cuando junto con Vicente Secowski, último superviviente de los Marianos, comenzó la restauración del instituto religioso. Al morir el padre Secowski, y para evitar la extinción de instituto de los Marianos, emitió, con especial dispensa de la Santa Sede, los votos simples, sin exigirle noviciado. Algo más adelante, en 1911, en el local de una sacristía parroquial, tuvo lugar la celebración del Capítulo general de los Padres Marianos, al que asistieron tres miembros del instituto: Matulewicz, Francisco Bucys y Juan Totoraitis. Vicente Secowski había fallecido en 1911. En este primer capítulo fue elegido J. Matulaitis general, cargo que ejercerá hasta 1927.

Pronto las autoridades zaristas comenzaron a sospechar de las comunidades religiosas clandestinas, lo que motivó el traslado a Friburgo de Suiza del general y sus hermanos Marianos. En Friburgo, en un colegio denominado «Canisianum», establecieron el noviciado, y Matulaitis escribió las *Instrucciones,* consideradas como un comentario a las constituciones de la congregación. Simultáneamente escribió el *Diario,* o sea, los apuntes espirituales hallados al morir entre sus escritos.

Desde Friburgo, en 1911, se trasladó por segunda vez a Roma, a fin de obtener el permiso de abrir el noviciado y ejercer el cargo de maestro de novicios, cargo que al ser general no podía ejercer. Durante su estancia en Roma, Mons. A. Sapieha, futuro arzobispo de Cracovia, le propuso el cargo de representante de la Iglesia polaca ante la Santa Sede, cargo que no acepto.

En 1913 viajó a los Estados Unidos con el objeto de fundar una casa, la cual se establecería en Chicago, donde fijó la Provincia Lituana de San Casimiro. Aconsejado por Mons Eduardo Quigley, arzobispo de Chicago, los Marianos se encargaron en dicha ciudad del trabajo pastoral entre los Lituanos en la parroquia de San Miguel Arcángel.

Pero el celo pastoral de Matulaitis no se contentó con la restauración de los padres Marianos, sino que vio la necesidad de nuevos institutos femeninos, como tantos contemporáneos suyos del siglo XIX y principios del XX. Creó el Instituto de las Hermanitas de los Pobres, más tarde conocidas con el nombre de Siervas de la Inmaculada Concepción de la Bienaventura-

da Virgen María, y las Siervas de Jesús en la Eucaristía. Redactó, además, las constituciones de 11 congregaciones religiosas, adaptándolas al CIC.

Al estallar la primera guerra mundial en 1914, Matulaitis permaneció en Polonia, viviendo en un antiguo monasterio camaldulense en Bielan, cerca de Varsovia, donde estableció un noviciado y un orfanato que pudiera albergar a 200 huérfanos. Y terminada la guerra se trasladó a la parroquia de Marijampolé, en Lituania, donde de nuevo se establecieron los Marianos. Pero su estancia duraría muy poco.

En 1918 el papa Benedicto XV lo nombró obispo de la sede de Vilna, en Lituania, sede que se hallaba vacante desde hacía siete años, tras el exilio del obispo Eduardo Van Ropp. Naturalmente, hallo la diócesis desamparada, y dedicóse rápidamente al trabajo apostólico, como pastor y padre, visitando todas sus parroquias y ayudando siempre a los más pobres de cualquier nacionalidad. Trató de serenar los conflictos políticos y nacionales que perturbaban la paz del pueblo y del clero Finalmente, el 1 de septiembre de 1925, Pío XI lo nombró arzobispo titular de Aduli Y es que tras el concordato de la Santa Sede con Polonia, la diócesis de Vilna fue elevada a arzobispado, y Mons. J. Matulaitis, para evitar dificultades a la Santa Sede con el nombramiento de un nuevo metropolitano, trató por dos veces de ser exonerado de la administración de la diócesis. Pío XI aceptó la renuncia el 14 de julio de 1925, y Mons Matulaitis quiso al punto dedicarse totalmente a su congregación El mismo año 1925 se dirigió de nuevo a Roma para organizar la casa generalicia y un colegio Mariano internacional, pero fue precisamente en ese año cuando Pío XI lo nombró arzobispo de Aduli, y a la vez Visitador Apostólico de Lituania.

Comenzó en 1926 su nueva misión apostólica, dedicándose a recomponer la Iglesia lituana. Es sin duda a esta labor apostólica a la que el papa Juan Pablo II hace el mayor elogio del trabajo del arzobispo Matulaitis. Pero no dejó de lado la preocupación por su amado Instituto de Marianos. En 1925 se había trasladado la casa generalicia de Marijampolé a Roma, donde se abrió un colegio internacional para los estudiantes del instituto. En diversas casas del oriente europeo iban progresando los

candidatos, dándole nueva vida y posibilidad de extenderse, y a veces, motivado por las dificultades halladas en Polonia y Lituania, viose obligado a buscar otras naciones. Jorge Matulaitis murió el 23 de enero de 1927 en Kaunas, su residencia como Visitador Apostólico de Lituania. Los restos mortales descansan en la iglesia de los padres Marianos de Marijampolé. Su beatificación tuvo lugar, como se ha dicho, el domingo 28 de junio de 1987.

Hasta 1928 los Marianos extendieron su trabajo pastoral al pueblo de rito oriental, fundando a este fin una casa con colegio en Harbin (Manchuria). Mas adelante, al ser clausurada esta casa por orden del Estado en 1948, los Marianos de rito oriental se trasladaron nuevamente, ejerciendo su trabajo en Inglaterra, USA, Polonia y Australia. Incluso en 1963, unida a la provincia de USA, fundóse una casa en Balsamão (Portugal). En 1939 los Marianos comenzaron su actividad misionera en Argentina. Al morir el restaurador, el Instituto de Marianos contaba con 319 miembros

En Marijampolé fundó en 1918 el instituto o congregación de derecho diocesano de las Hermanas de la Inmaculada Concepción de la Bienaventurada Virgen María Hasta esta fecha, estando Lituania ocupada por la Rusia zarista, no era posible este hecho, ya que todas las congregaciones religiosas se hallaban suprimidas. Por eso Matulaitis, tras la renovación de los Clérigos Regulares Marianos, fundó clandestinamente la congregación femenina. En 1918 redactó las constituciones, ya adaptadas al CIC, que fueron aprobadas por el obispo de Seinai La congregacion se denominó Hermanas de los Pobres del Inmaculado Corazón de María.

Esta congregación tenía como fin la docencia y la educación de los niños, con escuelas elementales propias, jardines de infancia, institutos de educación para las niñas. Propagaban, además, estampas, libros y periodicos. En 1940, al ser ocupada Lituania por Rusia, todas las casas de institutos fueron suprimidas, y las hermanas se dispersaron, siendo muchas deportadas a Siberia para trabajos forzados. La congregación sobrevive en USA. Las cinco primeras hermanas llegaron a Thomson desde Lituania el año 1936 En 1976 se hallaban entre USA y Canada 48 miembros.

Otra congregación femenina de derecho pontificio fue fundada por J. Matulaitis siendo obispo de Vilna. El instituto fue fundado con el nombre de Siervas de Jesús Eucaristía. El fin del instituto se hallaba ya definido con las primeras constituciones redactadas por el propio fundador: la asistencia de los pobres, la divulgación de buenos libros, escuelas, reuniones, hospitales. Al morir el fundador pasó la dirección a manos del padre Andrés Cikoto, superior de los Marianos de Druia, y más adelante superior general de su instituto. El padre Cikoto redactó nuevas constituciones, aprobadas por Mons. Romualdo Jalbzikowski, arzobispo de Vilna, en 1936.

El instituto, que contaba por entonces un centenar de miembros, hubo de padecer mucho, ya porque se hallaba en territorio soviético, ya por la falta de nuevas candidatas. Al llegar la aprobación pontificia, pasado ya el año 1962, el instituto contaba con 172 miembros: 82 en Polonia, 86 en Rusia y 4 en Libia. Ambos institutos femeninos se hallaron muy presentes en Roma con motivo de la beatificación del fundador.

PLÁCIDO M. GIL IMIRIZALDU, OSB

Bibliografía

AAS 80 (1988) 10-15; 1384-1388.

BAR, J.-ROCCA, G., «Serve di Gesù nell'Eucarestia», en G. PELLICA-G. ROCCA (eds.), *Dizionario degli istituti de perfezione,* VIII (Roma 1988) col.1328.

DUOBA, G., «Immacolata Concezione della Beata Vergine Maria», en ibid., IV (Roma 1977) cols.1646-1648.

KALOWSKI, J.-KRZYZANOWSKI, C., «Mariani Chierici Regolare Mariani», en ibid., V (Roma 1978) cols.987ss.

L'Osservatore Romano (28-6-1987) 24; (5-7-1987) 2 y 6.

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SAN VITALIANO
Papa († 672)

No se sabe nada de este santo con anterioridad a su elección como papa el año 657. Se le cree natural de Segni, en la campiña romana.

Vitaliano quiso desde primera hora paz con Constantinopla, así con el emperador Constante como con el patriarca Pedro, y para ello envió legados, que fueron recibidos amistosamente. Pedro colocó el nombre de Vitaliano en los dípticos. Esta actitud amistosa fue vista posteriormente como sospechosa de heterodoxia, pero en el VI Concilio ecuménico quedó claro que Vitaliano no había participado en las doctrinas monotelitas. Igualmente se prestó a ambigüedad el que Vitaliano recibiera con grandes muestras de regocijo en Roma al emperador Constante, del que no se podía olvidar que había sido el verdugo del papa San Martín I. Constante llegó a Roma el 5 de julio del año 663 y fue recibido por el papa en las afueras de la ciudad así como a la puerta de la basílica vaticana.

Durante el episcopado de Vitaliano se consolidó el cisma de Rávena por la actitud rebelde del obispo Mauro, pero como el emperador le sostenía, Mauro murió excomulgado por Vitaliano.

Envió a Canterbury como arzobispo al monje San Teodoro, acompañado del monje San Adrián, y ambos fueron decisivos en las estrechas relaciones de la iglesia inglesa con Roma. Varias intervenciones suyas en Creta, Alemania, Francia y España indican que tenía una gran preocupación por la disciplina eclesiástica.

Vitaliano murió en Roma el 27 de enero del año 672, siendo sepultado en San Pedro.

SAN GILDUINO
Diácono († 1077)

En un bombardeo de la II Guerra Mundial fue alcanzada en Francia la iglesia de Champhol y salieron a la luz las reliquias de San Gilduino, diácono, canónigo de Dol, que habían sido ocultadas en ella el año 1793, previniendo las posibles profanaciones de la Revolución Francesa. Reconocidas oficialmente por el obispo de Chartres en 1948 y depositadas en la iglesia de San Pedro, al santo se le nombró patrono de los peregrinos de aquel santuario.

Gilduino había nacido en Comburg el año 1052, hijo del conde de Dol y sobrino del arzobispo de la ciudad. Sus padres le buscaron, cuando ya era un adolescente, un buen partido matrimonial pero el joven contestó que tenía vocación eclesiástica y entonces fue adscrito al clero diocesano, obteniendo en seguida por influencia de su familia una canonjía en la catedral y ordenándose de diácono.

El arzobispo Judicael que ocupaba por entonces de manera simoníaca la sede de Dol, dio, además, el escándalo de vivir con una mujer y atreverse a dotar a sus hijos con los bienes de la Iglesia. Los obispos vecinos acudieron al papa San Gregorio VII, que lo depuso en 1075. Hubo entonces por parte del cabildo catedral la acostumbrada elección canónica que vino a recaer en Gilduino, el cual quedó horrorizado de que a un chico de 23 años lo eligieran para obispo. Pero la propuesta del cabildo pareció muy bien a los fieles y Gilduino comenzó a ser presionado para que aceptara. Él alegó su juventud e inexperiencia y decidió que era mejor poner el asunto en manos del papa, y por ello junto con el abad de San Melanio de Rennes, Eveno, acudió a Roma. El papa examinó el asunto, se avino a las razones expresadas por Gilduino y nombró por su autoridad como nuevo obispo a Eveno, en cuya compañía emprendió el viaje de vuelta. Su familia y el pueblo de Dol esperaban verlo llegar consagrado obispo por el papa, y él, quizás temiendo enfrentarse a la desilusión que iba a producirles su regreso, decidió peregrinar a Chartres. Aquí se sintió enfermo, pidió alojamiento en el monasterio benedictino de Saint-Pierre-en-Vallée y allí murió santamente el 27 de enero de 1077 a los veinticinco años de edad. Enterrado allí mismo, su tumba floreció en milagros y creció el culto religioso al santo diácono, hasta que, ocultado, como queda dicho, su cuerpo por causa de la Revolución Francesa, se renovó el culto tras ser hallado a consecuencia del bombardeo.

BEATO JUAN DE TERUANA
Obispo († 1130)

Juan nace en la segunda mitad del siglo XI en Warneton, junto a Lille. Uno de sus maestros fue el famoso Ivón de Chartres, y muy joven obtuvo una canonjía en la colegiata de Lille. Pero Juan era un joven piadoso y que se tomaba en serio la profesión clerical, y el ambiente de escasa regularidad y piedad que halló en la colegiata le disgustaba hondamente, por lo que decidió ingresar en la vida religiosa, haciéndose canónigo regular en la abadía de Mont-St.-Eloi, junto a Arrás. Aquí vivía feliz y entregado a la oración litúrgica y las buenas obras cuando la creación por el papa Urbano II de la diócesis de Arrás incidió en su plan de vida. Fue nombrado primer obispo de la diócesis un condiscípulo suyo, Lamberto de Guines, que le suplicó insistentemente se fuera con él como arcediano. Por espíritu de caridad y servicio Juan dejó su amada abadía y se fue a Arrás. Aquí mostró enseguida sus buenas cualidades y prestó una eficaz colaboración al obispo, tanto que, vacante la sede de Teruana, fue elegido para la misma y confirmado como tal por el citado papa Urbano II. Juan recibió la consagración episcopal el 17 de julio de 1099.

Fueron treinta años de fructuosa pastoral los que Juan ejerció el episcopado. Se admiraba su extrema austeridad y pobreza, su absoluto desprendimiento de los bienes terrenos y su dedicación plena y sacrificada a los deberes episcopales, así como su firmeza en combatir la simonía, entonces tan en boga.

Celoso de la reforma de la Iglesia, acudió a numerosos sínodos para apoyarla. Se rodeó de los más ejemplares clérigos como colaboradores e impulsó la fundación de casas religiosas tanto de monjes como de canónigos regulares. Murió con la muerte de los justos el 27 de enero de 1130 y fue enseguida tenido por santo. Su diócesis fue más tarde trasladada de sede, a Saint Omer, y posteriormente suprimida.

SAN JUAN MARÍA MUZEI
Mártir († 1887)

El último de los mártires de Uganda era natural del poblado de Ninziro, hijo de un hombre de negocios. Pero su padre tenía confianza del rey Mutesa que lo nombró jefe del poblado de Kakuto y en él se crió el muchacho. Llevado a la corte al cumplir los 13 años, el rey lo hizo ayudante de un funcionario musulmán y por influencia de éste abrazó el Islam y tomó el nombre de Yamari.

Pero al estallar la epidemia de 1881 se refugió en Mutundubé, donde conoció a los cristianos y quedó impresionado por su piedad. Vuelto a la corte fue admitido entre los pajes y rechazó las propuestas inmorales del monarca, decidiéndose por el cristianismo definitivamente y llevando ya antes de su bautismo una vida verdaderamente cristiana por su piedad, pureza y caridad. Recibió el bautismo el día 1 de noviembre de 1885 con el nombre de Juan María.

Cuando el rey Mwanga decidió acabar con los cristianos de su corte, buscó a Juan María pero éste se había ocultado oportunamente en casa de un amigo. Mwanga ofreció seguridad a los que habían sido pajes de su padre. Juan María no se fiaba pero decidió presentarse, no sin antes recibir los sacramentos en la misión. El rey al verlo le mandó buscar a los demás cristianos, pero Juan María les avisó que se escondieran. Cuando regresó a la corte sabía que le esperaba el martirio. Fue degollado en Mengo por orden del rey el 27 de enero de 1887, a los 33 años de edad. Su cuerpo fue arrojado a una ciénaga. Fue canonizado el 18 de octubre de 1964 por el papa Pablo VI.

28 de enero

A) MARTIROLOGIO

1. La memoria de Santo Tomás de Aquino († 1274), presbítero, religioso dominico, doctor de la Iglesia. Murió en Fossanova el 7 de marzo, pero sus reliquias se llevaron a Toulouse tal día como hoy **.

2 En Riome (Francia), San Juan († 554), presbitero y monje
3 La conmemoracion de Santiago, ermitaño en Palestina, que por penitencia vivio en un sepulcro (s VI)
4 En Cuenca (España), San Julian († 1208), obispo **
5 En el monasterio de San Frediano (Pisa), Beato Bartolome († 1224), lego camaldulense
6 En Plevin (Bretaña Menor), Beato Julian Maunoir († 1683), presbitero de la Compañia de Jesus, misionero popular *
7 En Mao-Keou (China), los santos Agueda Lin-Tchao, virgen, Jeronimo Lou-Tin Mey y Lorenzo Ouang-Pin († 1858), catequistas y martires *
8 En Tai-Kia-Chwang (China), Beato Jose Freinademetz († 1908), presbitero, de la Sociedad del Verbo Divino, misionero *
9 En Picassent (España), Beata Maria Luisa Montesinos Orduña († 1937), virgen y martir *
10 En el campo de concentracion de Kharsk (Siberia), Beata Olimpia Olga Bida († 1952), religiosa de la Congregacion de San Jose, virgen y martir *

B) BIOGRAFIAS EXTENSAS

SANTO TOMÁS DE AQUINO

Presbitero y doctor de la Iglesia († 1274)

Medieval el ambiente de intrigas, de luchas y apetencias politicas que rodearon su aristocratica cuna napolitana. Medieval el clima de renovación monástica y de contienda universitaria en que cuajó su vocación religiosa y su formación intelectual Medieval también la gran crisis ideológica que dividía a la cristiandad y que habría de encontrar en Tomás el más genial y supremo moderador. Pero la figura de Tomás de Aquino trasciende todo encasillamiento temporal, conquistando actualidad y vigencia siempre palpitantes, de multiple y fecunda irradiación.

No ha sido Tomás de los santos más desfigurados por leyendas ingenuas o tradiciones biográficas, desprovistas de rigor histórico y de penetración psicológica. Mas sus dimensiones de gigante suelen hacer que sea muy fragmentariamente conocido. La preeminencia de su mision intelectual y personalidad científica, que le colocan en la cúspide del pensamiento católico, a veces le distancia de nosotros, restando atractivo y eficacia a su

patronato sobre la juventud estudiosa. Por eso no quisieramos silenciar otros aspectos muy humanos de su vida, que le sitúan ante aquellos problemas, inquietudes y luchas propias de la edad juvenil.

Se presenta —a la visión sensible— como una naturaleza vigorosa, de dimensiones atléticas en su cuerpo y de energías esforzadas en el alma. Alto, grueso, bien proporcionado, color trigueño y frente despejada, de porte distinguido y sensibilidad extraordinaria. Síntesis acabada de una herencia lombarda en la línea paterna de Aquino y normanda por la materna de los condes de Teate. Último hijo varon de familia numerosa; doce hermanos que integraron un variado panorama de trayectorias: guerreros y caballeros, poetas y teólogos, abadesas o madres.

Destinado por decisión familiar a la vida monástica en Montecasino, recibio de los monjes negros su primera instrucción, con afición enraizada a las observancias regulares y a la vida litúrgica. Azares de guerra entre el Pontificado y el Imperio le llevaron a continuar sus estudios a la Universidad de Nápoles, donde tuvo ocasión de conocer —en sus primeros fervores— a la Orden de Santo Domingo, donde por iniciativa propia, reflexión madurada y voluntad inflexible, vino a encauzar su vocación a los diecinueve años. Frente a los derroteros del éxito facil, que le prometían su talento y su linaje por los caminos del mundo, se dibujan en su vida —con rasgos duros— los designios de la Providencia: renuncia de su yo y entrega generosa a una vocación dominicana. Y junto a los obstáculos íntimos del alma invitada a negarse, las desgarradoras contiendas de una obstinada oposición familiar. Claro, pero espinoso y accidentado, se le abre el camino del porvenir. Tomás, revestido con los blancos hábitos de Santo Domingo, comienza virilmente la gran batalla de su destino Hombre de carácter, enfrentado con la realidad de la vida, temple recio de joven que no retrocede cuando no se debe retroceder. Supera con suave diplomacia los halagos insistentes de su madre —la condesa Teodora— y de sus amadas hermanas; se mantendrá esforzado y valiente ante el atropello brutal de sus hermanos guerreros, que le raptarán en Acquapendente cuando con el general de la Orden se dirigía a Bolonia; si dolorosa fue la lucha en que le arrancaron sus há-

bitos de fraile, mas violenta y trascendental la pelea y la victoria cuando en el castillo de San Juan ahuyenta, esgrimiendo en la mano un tizón incandescente, la insinuante provocación de una mala mujer que sus hermanos hicieran penetrar en su estancia «Sintió rebelarse en su cuerpo aquel estímulo carnal que siempre había sabido someter a la razón», escribe su mas antiguo biógrafo... Y «aquella victoria valió para la Iglesia toda la santidad y la ciencia de Tomás», replicaría un romano Pontífice; conquistó también un equilibrio apacible de sentimientos y amores que jerarquizaron para siempre su varonil afectividad. Años más tarde hará inutiles las ofertas en firme y con refrendo papal de la abadía mitrada de Montecasino y de la sede arzobispal de Nápoles. La visión íntima de su vocación había quedado radiante y asegurada, por gracias especiales de Dios, por los consejos de los superiores de la Orden y por el providencial magisterio de Alberto Magno, que le reafirmarán la conciencia y responsabilidad de aquella trascendental empresa intelectual y apostólica que la Providencia les confiara. Se salvó, en la generosidad de su entrega y en la fortaleza contrastada de su defensa, no sólo la vocacion personal de Tomás, sino la orientación doctrinal de su Orden, y uno de los más grandes servicios que se hayan rendido a la Iglesia.

En los designios de Dios sobre aquel joven excepcional no solo tienen decisiva importancia las dotes extraordinarias de inteligencia preclara y laboriosidad infatigable; la trayectoria de su formación pausada y lenta enriquecerá aquellas posibilidades haciéndole alcanzar proporciones insospechadas. Ciencia de las escuelas en Montecasino y en Nápoles, es su primer bagaje de artes, letras y filosofía. Con diecinueve años de edad y catorce de estudios, llega al ambiente de formación profunda de la Orden Dominicana, cuyo lema nadie mejor que Tomás supo formular despues de vivido· «Contemplar y transmitir el fruto de la contemplación». Roma y Bolonia, Nápoles y Roccasecca fueron el escenario de un noviciado muy especial, en el que las inquietudes y las luchas ayudaron a enraizar y conjuntar el estudio con la oracion, la doctrina con la vida. La Orden, con visión certera, le llevará a continuar sus estudios de teología en las aulas de mejor solera: Santiago de París, en pleno ambiente de

polémica universitaria, y principalmente en Colonia durante cuatro años de trascendental importancia junto a un maestro —también excepcional—, Alberto Magno. La Biblia y los Padres de la Iglesia, las sentencias y los teólogos, la ciencia natural y la renovación aristotélica de la filosofía, fueron penetrando fecundantes en aquel Tomás singular que no dejaría nunca de aprender y estudiar. El prestigio y la fama de su saber y de su virtud le ascendieron pronto a la cátedra de la Universidad.

Podrá considerarse poco normal el que desde sus días infantiles comenzara a atormentarle aquel profundo interrogante: «¿Quién es Dios?». Mas no era tanto inquietud de duda como ansia creciente de saber y amor esforzado de la verdad. Toda su existencia vendrá a dar contestación a aquella pregunta en lenguaje de vida y claridad de ciencia. La síntesis de su programa de formación, de lo que fue su vida estudiantil aquellos largos años, nos la describe Tomás —guardando anonimato— en aquellos certeros consejos a un estudiante: «Pureza exquisita de conciencia; aplicación incansable en las horas de estudio, esfuerzo para comprender a fondo cuanto se lee y oye; trabajo para superar toda duda y llegar a la certidumbre; refugiarse cuanto pueda en la sala de armas del espíritu». ¡Qué humanos y qué al alcance de todos estos rasgos que reflejan limpieza de alma y espíritu de piedad!, pero sobre todo, subrayan insistentes el esfuerzo tenaz, la laboriosidad perseverante, la sacrificada estudiosidad, sin los cuales tantas veces quedan estériles y ocultas grandes capacidades.

Si el estudiante Tomás destacó por su talento, también conquistaba por su sencillez y humildad. Detalles generosos de compañerismo en sus tareas escolares nos han recogido sus biógrafos; más tarde se reflejarán también en las maravillosas páginas que dejará escritas sobre la amistad y el amor. La exquisita sensibilidad de su temperamento se enriqueció con experiencias de intenso convivir humano que contrapesarán siempre en él la claridad y equilibrio de su inteligencia con un sentido de realidad y aguda perspicacia de los problemas humanos.

Primeramente el servicio del prójimo y la ayuda privada a sus compañeros; más tarde las públicas disputaciones escolásticas le pusieron en marcha en las tareas de polémica y enseñanza

en las que pronto habría de elevarse hasta el supremo magisterio. Comienza en Colonia, pero pasará enseguida a París, principal escenario de su magisterio, a propuesta del mismo San Alberto y del cardenal Hugo de Sancaro. Actúa como bachiller bíblico y despues como sentenciario, en el Estudio General de Santiago. Ensayo turbulento de una docencia fustigada durante cuatro años por Guillermo de Santo Amor y los seculares. La distancia de siglos suaviza la tensión y acritud de aquel estado de cosas, y hoy nos resultan ridículas las invectivas violentas en aquella polémica entre unos y otros maestros, entre regulares y seculares, involucrando cosas, intrigando ante Pontífices y prelados y hasta hostilizando con plantes, huelgas y violencias en los ambientes universitarios. Sin duda, fue Tomás una de las piedras de mayor escándalo en la polémica. También fue el mas contundente refutador, cuyo informe pesó más sin duda en la decisión terminante del papa Alejandro IV, que mandó conferir a Tomás —de treinta y un años de edad— el grado de maestro y la «licentia docendi». A los pies del Sagrario, en humilde súplica y encendida oración, impetraba Tomás del Señor la ciencia y la gracia para bien comenzar y cumplir exactamente su oficio de maestro. Siguieron las intrigas, y hasta las coacciones físicas, de resistencia al magisterio de Tomás, hasta que el Papa mandó a la Facultad recibir en su seno con plenitud de honores y derechos a fray Tomás de Aquino y a fray Ventura de Bagnorea. Maravillosa siempre en medio de la polémica su mesura y equilibrio en los modos, la elegancia y altura de su disertación y, sobre todo, la caridad y el amor a la verdad. Tres años duró su primer magisterio en París como regente de la catedra de extranjeros, compatible con las delicadas tareas del asesoramiento real y del consejo al maestro general de la Orden. Y sorprendente es que aquella incansable actividad no le entorpeciera su difícil y profunda actividad científica, plasmada en *Los comentarios a la Sagrada Escritura,* y al *Maestro de las sentencias,* Pedro Lombardo, sus tratados *De Trinitate* y *De veritate,* y el comienzo de la *Summa contra gentiles,* obras -entre otras de menor importancia- escritas en aquellos agitados años de París.

Las circunstancias llevaron a Tomás al capítulo general de Valenciennes, donde con Alberto Magno, Pedro de Tarantasia,

Bonhome de Bretaña y Florencio de Hesdin, redactaron una nueva «Ratio Studiorum» para las casas de formación de la Orden, de trascendental importancia en la renovación de la cultura filosófica y teológica. Se traslada seguidamente a Italia en 1259, donde durante nueve años —como teólogo del Estudio General de la Corte Pontificia— desarrollará la más intensa y fecunda etapa de su vida. Profesor universitario con abrumadora concurrencia de alumnos y prestigio sorprendente; consultor pontificio de máxima autoridad, a quien se multiplican las consultas y se piden dictámenes por numerosas jerarquías de la Iglesia que le hacen colaborar en problemas de gobierno y de disciplina. No deben silenciarse aquellas conversaciones y entrevistas que juntaron en la corte papal de Orvieto a San Alberto y a Santo Tomás con el papa Urbano IV y que terminaron con el encargo oficial a Tomás de corregir y depurar los estudios filosóficos aristotélicos para que pudieran eficazmente servir en el desarrollo de la teología. Junto a Tomás, el gran helenista dominicano Guillermo de Moebeker hizo posible la revisión directa de textos e ideas de Aristóteles, que había de tener extraordinaria trascendencia en la cultura occidental y en la evolución de la enseñanza teológica.

El itinerario de su magisterio al servicio de la corte pontificia peregrinante, dibuja la ruta sinuosa de su producción escrita en esta etapa trascendental. En Anagni y Orvieto comentará a San Pablo, terminará la *Summa contra gentes* y dará comienzo a su glosa escriturística *Catena aurea,* que será terminada en Santa Sabina de Roma, donde dará comienzo a su obra trascendental: la *Summa Theologica,* que continúa en Viterbo y concluye en París. De 1268 a 1272 quedará redactada esta obra cumbre de su genio y pieza trascendental de la ciencia sagrada.

Nuevamente en París, comienza la segunda etapa de su enseñanza universitaria, a las viejas polémicas —casi domésticas— con Guillermo de Santo Amor van a suceder otras profundas contiendas ideológicas con Siger de Brabante y Boecio de Dacia. La perversión averroísta de la filosofía de Aristóteles puso en serio peligro aquella gran renovación doctrinal que capitaneaban Alberto y Tomás. Más peligrosa y trascendental, y

no menos acre y violenta, esta nueva batalla iba a poner en claro la doctrina y equilibrio de Tomás en plena madurez de inteligencia y en espléndida fecundidad doctrinal. No sólo termina la *Summa* y compone otros importantes tratados teológicos, sino que comenta ampliamente los libros de Aristóteles y polemiza sobre su sentido e interpretación en numerosos escritos. En esta época alcanza el máximo prestigio en la corte real de San Luis y la más popular adhesión de sus alumnos, que recogieron aleccionadores y ejemplares recuerdos de su gestión universitaria. Con todo, el ambiente de huelgas y desórdenes, de intrigas y de luchas volvió a interrumpir las tareas docentes de Tomás en París y se trasladará nuevamente a su patria, reclamado para regentar cátedra en la Universidad de su ciudad natal.

Cambio de ambiente, cambio de preocupaciones, la vida de Tomás en plena madurez parece adentrarse más en los problemas de la vida. Breve será esa última etapa de su magisterio napolitano, que nos presenta al teólogo entrañablemente ocupado en asuntos de su propia familia, para ayudar a su hermana viuda; en asuntos de su provincia dominicana, reorganizando la casa de estudios y acudiendo a los capítulos y consejos, le vemos más que nunca participando en la labor ministerial de la palabra, en largas e intensas jornadas de predicación apostólica que subrayan otra faceta de su rica personalidad, el Santo Tomás predicador. Predicador apostólico en los difíciles ambientes de aquella turbulenta Universidad, en la que mereció el nombramiento de predicador general conferido por su provincia en 1260. Predicador excepcional ante el Papa y los cardenales cuando, en 1264, se le confió la delicada tarea de cantar litúrgicamente las glorias del Sacramento, en aquella obra maestra de devoción y poesía que fue el oficio del Corpus Christi, y se le encomendó también aquel trascendental y devotísimo sermón predicado ante el Consistorio, que es de los cantos más tiernos y teológicos a la Sagrada Eucaristía. Pero también predicador popular en las basílicas romanas de 1265 a 1267, singularmente en los famosos sermones de Semana Santa predicados en Santa María la Mayor, de los que se ha podido escribir este acertado comentario: «Conmovió al pueblo hasta las lágrimas cuando hablaba de la pasión de Cris-

to; y el día de Pascua, lo movió hasta los mayores transportes de alegría, asociándolo al incontenible gozo de la Santísima Virgen por la resurrección de su Hijo». Y tal vez más patéticos e impresionantes aquellos sermones que en 1273 predicaba en el púlpito de la iglesia de Santo Domingo de Nápoles en su propia lengua natal, el dialecto napolitano. «Predicaba con los ojos cerrados o estáticos y dirigidos al cielo», testificará en su proceso de canonización Juan de Blas, justicia de Nápoles. «La muchedumbre se agolpaba para escucharle, oyéndole con tanta atención y reverencia, como si hablase el mismo Dios», escribía Guillermo de Tocco. La madurez de su alma por aquellos años había elevado el rango de su magisterio intelectual a la cálida expansión de su experiencia mística. Y lo mismo que un día, después de la visión sobrenatural que iluminó intensamente su alma con la ciencia de los santos durante la celebración de la misa de San Nicolás, Santo Tomás dejará de escribir porque todo le parecía «paja» en lo escrito frente a lo contemplado, también dejará de predicar y de hablar con los hombres para quedar sumido en la intensa oración, diálogo directo con Dios Nuestro Señor, que fue regalo espléndido de Dios en los últimos días, a quien durante toda su vida se había ejercitado intensamente en la oración y mística contemplación. Nunca hubo para él ni dualidad ni oposición entre la oración y el estudio, entre la acción y la contemplación. Hombre «miro modo contemplativus», escribió de él Guillermo de Tocco, su más antiguo biógrafo. Sabiduría, caridad y paz serán las tres notas dominantes y características de su vida espiritual, comentará Mons. Grabmann, uno de sus más modernos apologistas.

Vocación, formación, magisterio, producción científica, predicación apostólica, son dimensiones —aunque extraordinarias— humanas de la personalidad de Tomás. Su dimensión sobrenatural, la medida y matices de su santidad y ejemplaridad fueron solemnemente proclamados por la Iglesia en Avignon el 18 de julio de 1332, medio siglo después de su dichosa muerte en el monasterio de Fossanova. Si la excepcionalidad de sus cualidades humanas lo distancia de nosotros, la heroicidad probada de sus virtudes lo eleva sin distanciarlo... porque el camino

de la oración, de la humildad, de la prudencia y de la caridad, de la fortaleza y de la sobriedad, de la pureza y de la paciencia en las que Tomás sobresalió, es camino para todas las almas.

JOSE MANUEL AGUILAR, OP

Bibliografía

Act SS Boll, 7 de marzo, biografías de TOCCO y LUCCA con otros materiales
CHESTERTON, G K, *Santo Tomas de Aquino* (Madrid [11]1985)
GETINO, L A, *Leyenda de Santo Tomas de Aquino, s XIV* (Madrid 1925)
GOMÁ, I, *Santo Tomas de Aquino Epoca, personalidad, espíritu* (Barcelona 1924)
GRABMANN, M, *Santo Tomas de Aquino* (Barcelona 1930)
MANDONNET, P DESTREZ, J, *Bibliographie thomiste* (Le Saulchoir 1921)
Obras de Santo Tomas ed VIVES, 34 vols (Paris 1871s), ed LEONINA, I XIV fols (Roma 1882 1926), ed BAC *Suma teologica*, en latín, 5 vols, bilingue, latín y castellano, 16 vols
RAMIREZ, S, OP, *Sintesis biografica de Santo Tomas* (BAC, 29, Madrid [2]1957)
SAINZ, OP, *Vida de Santo Tomas de Aquino, patrono universal de las escuelas catolicas* (Vergara 1909)
SERTILLANGES, A D, *Santo Tomas de Aquino*, 2 vols (Buenos Aires 1945)

SAN JULIÁN
Obispo de Cuenca († 1208)

En el año 1128, y en Burgos, entonces capital de Castilla, nace para la vida y la santidad el futuro obispo conquense. Fue linajuda su cuna, *pus honestis parentibus*, sus progenitores, y entre prodigios y misterios envuelto su nacimiento. Era este niño la realidad hecha vida de aquel sueño que tuvieron los padres del Santo unos meses antes de nacer él, que fue una verdadera revelación. Leyenda o realidad, pero la tradición asegura que, apenas nacido San Julián, con su manecita derecha trazó la bendición episcopal sobre padres, familiares y amigos, testigos de su nacimiento.

Al atardecer el día en que naciera, fue bautizado en la entonces parroquia de San Pedro, según se cree, y apenas comenzado el rito sacramental, una bandada de ángeles batían sus alas en las alturas del templo, dejándose oír —nos refiere la tradición— una voz angélica, que decía: «Hoy ha nacido un niño que en gracia no tiene igual».

Fue el hogar paterno la primera escuela de aprendizaje para su espíritu y su inteligencia, cultivados con esmero, en aquellas escuelas catedralicias en las que, junto al clérigo de los monasterios, se había refugiado la ciencia por aquel entonces: siglo XII.

Aquel varón singular, que se concibió, nació, vivió y murió entre prodigios y misterios, terminados sus estudios primarios en Burgos, aconsejado por sus padres y maestros, marchó a Palencia, para hacer los estudios superiores en la escuela de esa ciudad, que el obispo Poncio convirtió en Estudio, y Alfonso VIII elevó a la categoría de Universidad, y el papa Urbano VI enriqueció con todos los privilegios de la Universidad de París. El joven estudiante burgalés causó bien pronto la admiración de estudiantes y profesores, terminando sus estudios con el brillante título de Doctor. Reunido el claustro de profesores, bien ponderadas las extraordinarias cualidades del nuevo doctor y su esmerada y completa preparación científica, acuerda nombrarle profesor de filosofía y teología en la célebre universidad palentina, de la que sólo unos meses antes era alumno. Sucedió esto en el 1153 y tenía entonces San Julián veinticuatro años. Durante los veintiún años que estuvo en Palencia —once de estudiante y diez de profesor- su habitación no era sólo salón de estudio y oratorio, sino, además, obrador de menestral, pues por aquel su espíritu de caridad, ejercido a lo largo de toda su vida, trenzaba unas cestillas con mimbre y sarga, que luego repartía como limosna, jueves y sábados, a los pobres, que se alimentaban con el producto de su venta.

En su cátedra enseñó San Julián con claridad, sencillez y aprovechamiento tal, que Paulo V le coloca en la categoría de los grandes teólogos de su siglo.

Su fama crecía de día en día y la admiración por el joven profesor no tenía límites. Gallardo y apuesto joven, de los de calzas de raso y plumilla en el sombrero, al estilo de la época, a pesar de su modestia y recogimiento, no podía evitar que todas las miradas se clavaran en él. Se adentra más y más en sí mismo y, para alejar la tormenta que rebramaba en su alma, decide abandonar Palencia para retirarse «dejos del mundanal ruido».

Treinta y cinco años tenía San Julián cuando, pisoteando la fama y la gloria, abandona Palencia para vivir en Burgos en una

humilde casa, que construye fuera de la ciudad, una vida de retiro, preparación para el sacerdocio y el apostolado.

Ya han muerto los padres de nuestro Santo. Su madre, antes de venir de Palencia, y su padre, apenas llegado a Burgos: es el año 1163. Esta situación, lastimosa y triste, favorece su inquietante idea de retiro. Recibe la tonsura y las órdenes menores, y acompañado del más joven criado de su casa paterna, el fiel Lesmes, marchan los dos a vivir a una casita en la vega de «La Semella», junto a Burgos y a orillas del Arlanzón. La oración, la mortificación y el estudio son sus ocupaciones constantes: bajo la sabia y experta dirección espiritual de un religioso agustino del cercano convento, llega a la altísima dignidad del sacerdocio, que recibe en 1166. Permanece aún algún tiempo en aquel retiro de «La Semella» antes de comenzar su intensa vida de apostolado.

Los primeros ensayos del novel misionero los hizo por los alrededores de la capital burgalesa, penetrando después de lleno en la ciudad de Burgos: las rivalidades, envidias, egoísmos y odios de los Castro y los Lara hicieron estéril su predicación allí y se decidió por hacerse misionero por España.

Un buen día, San Julián llamó a su criado Lesmes, a quien dijo:

—¿Quieres acompañarme, Lesmes?...

—¿A dónde, señor?

—A recorrer España, dijo San Julián.

—Con vos, hasta la muerte, respondió Lesmes.

Y sin más bagaje que el breviario, un crucifijo, una estampa de la Virgen y una muda, salió San Julián, transformado en caballero andante a lo divino, sobre el brioso corcel de su celo, por toda la geografía de España.

Grande fue el fruto de su predicación y muchos los convertidos por el santo misionero San Julián. Hasta la Córdoba averroísta, donde tantas veces fuera de estudiante, conoció el trallazo de su silogismo y la fuerza de su argumentación. Hacia 1190 llegó predicando por tierras de Toledo, después de veinte años de excursión evangelizadora. En 1191 predicaba y misionaba junto a la capital toledana, y aquel mismo año muere su arzobispo Gonzalez Pérez.

El mismo año de 1191 es nombrado arzobispo de Toledo don Martín López, quien en los primeros meses de su pontificado, conocida la santidad, sabiduría y celo por la gloria de Dios del misionero burgalés, le nombra arcediano de la catedral toledana, que tuvo que desistir en su negativa ante la insistencia del señor arzobispo y porque le aseguró que el arcedianato no sería obstáculo para su vida apostólica y misionera. Ya en su nuevo cargo, alternaba las tareas del gobierno de la archidiócesis, que pesaba sobre él, con la intensa vida de apostolado en predicación y administración de sacramentos, quedándole tiempo para la confección de sus célebres cestillas, que daba en limosna a sus pobres. Cada año se retiraba unos días, para dedicarse más íntimamente a sí mismo en una especie de práctica de ejercicios espirituales en la finca que en La Sagra compró al abad de Santa María de Usillos, cuyos beneficios, a la vez que los del arcedianato, entregaba en limosna a sus pobres.

Cinco años lleva San Julián de arcediano en Toledo, cinco años que han servido para que todos le admiren y quieran. El 14 de diciembre de 1195 muere «el noble y prudente» primer obispo de Cuenca, don Juan Yáñez, sede episcopal fundada por Alfonso VIII en 1182, después de la reconquista de la ciudad del cáliz y la estrella. Conocía Alfonso VIII las virtudes y celo del arcediano de Toledo y creyó, ciertamente, que ninguno mejor que él podría ser el segundo obispo de la recién creada diócesis conquense. De nada valieron las negativas y oposición de San Julián: en el mes de junio de 1196, a la edad de sesenta y ocho años, fue consagrado obispo entre la alegría y tristeza de los toledanos, que si veían hecho obispo a su santo arcediano, les dolía el perderle. Apenas consagrado obispo, acompañado de su fiel Lesmes, sale para Cuenca, cuya distancia con Toledo la salvan caminando a pie por sendas y vericuetos. En el camino se entera del gran recibimiento que preparan los conquenses, y, ya a corta distancia de la ciudad, espera que llegue la noche y hace su entrada cuando todos duermen: todos menos un rapazuelo del hoy Barrio de San Antón que les guía hasta el Palacio Episcopal y a quien el Santo protege, muriendo, según la tradición, de arcediano de Cuenca.

Sobre su labor como obispo de Cuenca, diremos lo que apunta uno de sus biógrafos: «Sólo un espíritu de dinamismo multiplicado como el de San Julián podía llegar a una actuación tan compleja y ordenada». Cuenca y su obispado estaban en aquella época ocupados por tres clases de moradores: musulmanes, judíos y cristianos: a todos visita y catequiza; a todos instruye y forma; grande es su trabajo, mayor su celo, y el fruto no se hace esperar, haciendo una ciudad cristiana: hasta en los repliegues bravíos de la serranía, en los altozanos ondulantes de la Alcarria y en las llanuras sin fin de la Mancha, dejó prendido San Julián el encendido eco de su voz apostólica y misionera.

Tuvo una gran preocupación y predilección por sus sacerdotes, que los quería santos y apóstoles. En sus célebres visitas pastorales ponía especial cuidado en corregir el deplorable estado de muchos de sus sacerdotes, y los insolentes e incorregibles de siempre le proporcionaron serios disgustos: por ser antes el deber que la amistad para San Julián, hubo de enfrentarse con su metropolitano y gran amigo don Martín López, a quien acudían, engañándole, esos desgraciados sacerdotes descarriados. Preocupóse grandemente por el Cónclave Levítico, especie de Seminario, que recogía los niños donados a la Iglesia. En definitiva: su labor episcopal en Cuenca fue tan abrumadora como de felices resultados, haciendo una ciudad y diócesis eminentemente cristiana.

De todas las virtudes de San Julián, la que más sobresale es su caridad: caridad ardiente por las almas de sus diocesanos, a quienes instruye y forma; caridad por los cuerpos, que socorre abundantemente, en todas sus necesidades materiales. No sólo durante la peste que asoló a Cuenca y provincia en el primer año de su pontificado, sino siempre; caridad para con todos: cristianos, judíos, mahometanos; su corazón y su caridad no distinguían credos ni sectas. Para todos era su pan, muchas veces milagroso, y para todos la delicadeza y exquisitez de sus cuidados. Solía el Santo anualmente retirarse unos días a una gruta abierta sobre el Cerro de la Majestad, para practicar esa especie de ejercicios espirituales que tanto le fortalecían: días de ayuno y asperezas, de oración intensa y mortificación constante. Lla-

maba el Santo este sitio *el lugar de mi tranquilo día;* junto a la gruta, que hoy se conserva, se levanta una sencilla ermita en honor del Santo, y ese lugar lo llaman los conquenses *San Julián el tranquilo.* En esos días de retiro fabricaba sus célebres cestillas, que repartía en limosna a los necesitados y que todos procuraban tener, pues a su contacto se veían libres de enfermedad, rubricando con esta costumbre su apodo de *obispo limosnero.*

El ídolo conquense, el hombre de santidad colmada y alma rota por el dolor ajeno, el obispo sabio y santo, predicador, apóstol y limosnero, llama a su capellán y fiel criado, a quien dice: «Lesmes, mi buen Lesmes: voy a morir y debo prepararme». Habrá que resignarse ante lo inevitable, y Lesmes, con el corazón deshecho por el dolor, prepara la llegada del capitán Cristo Jesús hecho Eucaristía, que visita a su fiel soldado San Julián. Sobre su cuerpo quemado por la fiebre, tiembla la llorosa amatista de los hábitos episcopales: San Julián recibió el Viático revestido de pontifical. Arrobado y extasiado por la gracia de la Eucaristía, muere San Julián: era el anochecer del 28 de enero de 1208; los ángeles, con manos invisibles, hicieron hablar, con ronco sonido, todas las campanas de la ciudad, que decían: «Ha muerto el siervo fiel y prudente San Julián: Cuenca está de luto».

El papa Clemente VIII, por el Breve de 18 de octubre de 1594, recibido en Cuenca el 1 de febrero de 1595, conocidos los portentos obrados por intercesión de San Julián, le canonizó y concedió para Cuenca oficio y misa propia. Sus restos se conservaron en una arqueta, puesta en el altar del ábside dedicado al Santo, donde hoy se conservan los fragmentos óseos que el obispo don Inocencio Rodríguez Díez mandó autenticar, y donde el Santo recibe la oración plural de los conquenses, que aman de verdad al santo burgalés, que es y será San Julián de Cuenca.

ARISTEO DEL REY PALOMERO

Bibliografía

ALCAZAR, B., *Vida de San Julian* (Madrid 1693)
MARTINEZ, B., *Biografia de San Julian de Cuenca* (Cuenca 1754)
POZA, *Vida de San Julian* (Cuenca s a)
PRIETO, M., *Santoral burgense* (1642)

C) BIOGRAFIAS BREVES

BEATO JULIÁN MAUNOIR

Presbítero († 1683)

Nace en St-Georges-de-Reitembault, diócesis de Rennes en Francia, el 1 de octubre de 1606. De joven siente la vocación religiosa y con diecinueve años ingresa en la Compañía de Jesús, donde hace el noviciado, profesa como religioso y se prepara al sacerdocio.

Ordenado sacerdote, se distingue por su celo apostólico y sus superiores estiman que esta dotado para la predicación popular y lo destinan a ella Bretaña será su campo de apostolado y los muchos años que le quedaban de vida, cuarenta y tres, cuando en 1640 recibe el encargo de la predicación popular, los dedicará íntegramente al intento de renovar la fe religiosa del pueblo y acercar a todos los alejados a una intensa vida cristiana.

Julián comprendió que al pueblo había que hablarle en su propia lengua y por ello aprendió bien el bretón para que hasta los analfabetos tuvieran acceso a su mensaje. Buscó fórmulas catequéticas populares, como láminas de colores en que se representaba la vida de Cristo o símbolos que le servían para sus explicaciones de la doctrina cristiana. Preparaba una especie de teatro religioso en el que se representaban escenas de los evangelios, haciendo así participar a actores tomados del propio pueblo y poner de manera muy viva los relatos evangélicos ante los ojos de los fieles sencillos. Dotado de muy buena voz y muy buen oído, a sus pláticas misionales unía los cantos religiosos, utilizando melodías populares y componiendo él mismo algunas canciones que el pueblo aprendía con facilidad.

Junto con él misionaban otros sacerdotes que seguían sus métodos y que eran conscientes de que la ignorancia religiosa era el primer mal a combatir, instruyendo con perseverancia y paciencia a los sencillos, destinatarios primeros —así lo sentían ellos— del mensaje del Reino. Combatió también y con éxito prácticas supersticiosas, reliquias ancestrales algunas al parecer de cultos paganos desaparecidos hacía siglos pero que perduraban en la conciencia popular.

Julián anduvo miles de kilómetros de una parte a otra de Bretaña y dio cerca de cuatrocientas misiones, todas ellas de muchos días y con mucho trabajo, inaccesible al desaliento y sin cansancio.

Murió en Plévin, diócesis de Quimper, que había sido el principal teatro de sus andanzas misioneras, el 28 de enero de 1683. Lo beatificó Pío XII el 20 de mayo de 1951.

SANTOS JERÓNIMO LOU-TIN-MEY, LORENZO OUANG Y ÁGUEDA LIN

Seglares y mártires († 1858)

El 28 de enero del año 1858 tuvo lugar en Mao-Keou, población de la provincia china de Kouy-Tcheou, el martirio de estos tres santos, que sellaron con su sangre la confesión de fe que habían dado.

Desde 1852 había una misión cristiana en aquella población, y la semilla del evangelio había caído en numerosos corazones como en buena tierra. La comunidad pensó que le era necesaria una iglesia y que lo mejor era construirla en el mismo poblado, no en las afueras. El promotor de la idea era el catequista Jerónimo Lou. Pero apenas había sido puesta la primera piedra cuando un tío y un primo de Jerónimo que veían con malos ojos el crecimiento del cristianismo acudieron al mandarín Tay-Lou-Iche en queja. La denuncia iba contra el dicho Jerónimo y también contra el otro catequista del poblado, Lorenzo Ouang.

El mandarín mandó comparecer a ambos y les indicó que quería su inmediata renuncia a la fe cristiana. Ambos respondieron que no pensaban renunciar a ella. El mandarín entonces los despidió. Pero a la mañana siguiente los volvió a llamar y junto con ellos hizo también comparecer a la cristiana Águeda Lin, a los cuales les intimó de manera perentoria a renunciar a la religión. Los tres contestaron que no pensaban hacerlo, y entonces el mandarín de manera expeditiva los condenó a muerte y mandó que fueran decapitados, sentencia que se cumplió.

Jerónimo Lou-Tin-Mey había nacido en la citada población el año 1810 en el seno de una familia pagana. Su profesión era

maestro de escuela y tenía como tal un alto prestigio. Leyendo un libro, conoció el cristianismo y buscó a los misioneros para que lo instruyeran y bautizaran, y se bautizó junto con su familia. Posteriormente realizó una magnífica labor misionera recorriendo entre 1853 y 1856 los pueblos de la región de Kouy-Yang, logrando hacer doscientas conversiones, y facilitando la llegada del misionero San Augusto Chapdelaine. En 1856 volvió a su pueblo, donde ejercía como catequista de la comunidad cristiana.

Lorenzo Ouang, natural de Kouy-Yang, había nacido en 1811 en el seno de una familia cristiana. En 1831 se casó con María Ly-Che y tuvo con ella cinco hijos. Era un cristiano responsable y fervoroso y por ello Mons. Albrand lo hizo catequista en 1853, ejerciendo su ministerio de la catequesis en diversos poblados. Estaba en Mao-Keou con su amigo Jerónimo cuando fue arrestado y martirizado.

Águeda Lin había nacido en 1817 en Ma-Trang al tiempo que su padre, cristiano, estaba detenido a causa de la fe. Al llegar a la adolescencia decidió consagrar su virginidad a Dios y rechazó por tres veces el matrimonio. Mons. Albrand le encomendó que enseñara religión y lo hizo en varios poblados, siéndole finalmente encomendada la enseñanza de las niñas cristianas de Mao-Keou, donde la acogió Jerónimo en su casa. Con él fue arrestada y martirizada.

Estos tres santos fueron canonizados con los demás mártires chinos el 1 de octubre del año 2000 por el papa Juan Pablo II.

BEATO JOSÉ FREINADEMETZ

Presbítero († 1908)

Nace en Badía (Austria) el 15 de abril de 1852 en el seno de una cristiana familia campesina. Fue un chico inteligente y despierto que, tras estudiar en el colegio de San Clemente de Bressanone, ingresó en el seminario diocesano, donde, completados los estudios, se ordenó sacerdote el 5 de agosto de 1875.

Enviado a la capellanía de San Martín, se distinguió enseguida por su atractivo personal, gracias a su amable trato, a su ale-

gría y a sus buenas condiciones como catequista y predicador. Pero al verse rodeado de afecto y facilidades pensó que quizas el Señor prefiriese para el una vida de mayores sacrificios y entonces pensó en las misiones. Sabía que en Steyl había abierto un colegio misionero el fundador de la Sociedad del Verbo Divino, Beato Arnoldo Janssen, y le escribió contándole sus inquietudes. Arnoldo lo visitó y quedó encantado con el joven sacerdote. Ambos visitaron al obispo de Bressanone y obtuvieron la licencia para que José ingresara en la Sociedad. Los padres de José también dieron su licencia.

En 1879 él fue elegido para inaugurar con otro religioso la misión de China. José se dedicó enseguida al estudio de la lengua china, y recibida la orden de partir, marchó con su compañero a Roma donde León XIII los recibió y bendijo. Embarcados en Ancona, se dirigieron por mar hasta Hong Kong. Fue destinado a un puesto misional del sur de Shantung donde ya había otros misioneros. Lo primero fue aprender el dialecto que allí se hablaba, luego lo designaron misionero itinerante. Adoptó la vestimenta china y se esforzó en ser abierto y amable con todos Diez años más tarde de su llegada a China contaba con unos mil catecúmenos en los distintos pueblos, no menos de treinta, de su distrito. Escribió un librito narrando su trabajo misional, titulado *Triunfo de la Gracia,* y fue notable su buen aprendizaje del chino, lengua en que publicó un volumen de sermones.

Conoció las dificultades propias de la guerra entre China y Francia, la protectora de los misioneros, y pudo ver cómo a algunos de sus fieles les llegaba la hora del martirio. En 1885 Mons Anzer lo nombro pro-vicario de la prefectura apostólica y su superior Janssen lo nombro a su vez visitador de los puestos misionales encomendados a la Sociedad. Muy pronto se dio cuenta de la necesidad del clero nativo y se abrió un seminario que en 1896 dio sus primeros sacerdotes. Llegada la revolución de los boxers, que causo tantas victimas, fue obligado a abandonar su zona pero volvio pronto Nombrado provincial, hubiera sido tambien nombrado obispo para suceder a Mons. Anzer pero se negó. Continuo en su puesto misional con ánimo esforzado y sin arredrarse ante ningún trabajo. Su muerte tuvo lugar

en Tai-Kia-Chwang el 28 de enero de 1908, tras haberse contagiado en una epidemia de tifus. Fue beatificado el 19 de octubre de 1975 junto con el Beato Arnoldo Janssen.

BEATA MARÍA LUISA MONTESINOS ORDUÑA

Virgen y martir († 1937)

Nació en Valencia el día 3 de marzo de 1901, hija de unos padres muy cristianos, de quienes recibio una excelente educación. Fue alumna del Colegio de Nuestra Señora de Loreto y sus maestras la estimaron mucho por sus buenas cualidades y aplicación.

De adolescente y joven perseveró en la práctica de la religión y se inscribió en la Acción Católica para responder así al llamamiento de los papas y dar un testimonio más fehaciente de fe en medio de la comunidad cristiana. El estar soltera le dejaba más tiempo libre, que ella decidió dedicar a las buenas obras que se practicaban en la Acción Católica. María Luisa se esmeró particularmente en colaborar con el catecismo parroquial de los niños, transmitiéndoles la fe con mucho interés y dedicación. Igualmente colaboraba en la obra de atender a los necesitados, a quienes visitaba y socorría en cuanto le era posible.

El año 1931 falleció su madre y ella se hizo cargo de su padre, viviendo también con ellos su tía materna; estaban también con ellos su hermana Isabel y sus dos hermanos solteros.

María Luisa era una persona de sólida piedad, sacrificada y servicial, y en lo humano era alegre, extrovertida, comunicativa y de buen criterio, que daba paz y alegría a su alrededor.

Desatada la contienda civil, fue testigo de los acontecimientos terribles que se produjeron en Valencia, singularmente de la quema de iglesias y conventos y del sacrificio de tantos sacerdotes, religiosos y personas católicas. Y fue consciente de que, habiéndose distinguido en la Acción Católica como persona religiosa, ella misma podía correr peligro.

La denuncia contra ella fue presentada por una criada, a quien su familia tenía en la casa pensando que era persona religiosa, pero que se contagió del clima existente y creyó sacar provecho de su denuncia. El día 28 de enero de 1937 se presentaron

en su casa milicianos de la FAI del Grao de Valencia, y procedieron a arrestar a María Luisa y a todos sus familiares: su padre, su anciana tía, y sus tres hermanos citados. La causa de la detención fue la pertenencia de María Luisa a la Acción Católica.

Todos ellos fueron llevados a la carretera y cerca de Picassent fueron fusilados.

Seguidamente sus restos mortales fueron enterrados en el cementerio de Picassent, de donde en 1939 fueron trasladados al de Planes, el pueblo de donde eran originarios sus padres. El 5 de mayo de 1957 las reliquias de María Luisa fueron trasladadas a la capilla del sagrario de la parroquia de Planes, donde los fieles la han hecho objeto de su veneración, sancionada por el papa Juan Pablo II cuando procedió a beatificarla el día 11 de marzo de 2001.

BEATA OLIMPIA OLGA BIDÁ

Virgen y mártir († 1952)

Olga Bidá nació el año 1903 en la población de Tsebliv, en la región de Lvov. Habiendo sentido la vocación religiosa, ingresó en la Congregación de Religiosas de San José y profesó con el nombre de Hermana Olimpia. Fue destinada a la casa de su congregación en el pueblo de Zhuzhil, no siendo muchos los detalles que se conocen de sus primeros años como religiosa. Cuando en 1945 arreció la persecución religiosa, la Hermana Olga pasó a la clandestinidad en su labor, animando a las comunidades católicas que habían quedado sin sacerdotes por ser llevados a campos de concentración y negarse a abandonar el catolicismo y hacerse ortodoxos. La intrépida monjita recorría las casas exhortando a los católicos a permanecer firmes en la comunión con la Iglesia.

En 1950 fue arrestada, en compañía de otra religiosa, al tiempo que ambas acompañaban a un católico difunto al cementerio. El 27 de mayo de 1950 ella y su compañera, sor Lorenza Herasymiv, fueron declaradas culpables de actividades antisoviéticas y condenadas al campo de concentración de Kharsk en Siberia. Aquí ambas se animaron a perseverar en la fe y la paciencia, atendiendo sor Olimpia a su compañera, que

había contraído la tuberculosis. A causa de sus muchas penalidades y falta de asistencia médica murió el 28 enero 1952. El papa Juan Pablo II beatificó a ambas religiosas el 27 junio 2001 en Lvov.

29 de enero

A) Martirologio

1. En Edesa, los santos Sarbelio, presbítero, y Bebaya, su hermana († 250), mártires.
2. En Roma, en la Via Nomentana, en el cementerio mayor, los santos Papías y Mauro, militares y mártires (s. III).
3. En Perugia (Umbría), San Constancio (s. III), obispo.
4. En Tréveris (Francia), San Valerio (finales s. III), obispo.
5. En Antioquía de Siria, San Afraates († 378), anacoreta, que defendió por escrito la fe contra los arrianos *.
6. En Bretaña Menor, San Gildas el Sabio († 570), abad.
7. En Bourges (Aquitania), San Sulpicio Severo († 591), obispo.
8. En Florencia (Toscana), Beata Vilana de Botti († 1361), madre de familia, terciaria dominica *.
9. En Bialystoc (Polonia), Beata Boleslava María Lament († 1946), virgen **.

B) Biografías extensas

BEATA BOLESLAVA MARÍA LAMENT
Virgen († 1946)

Boleslava María Lament nace el 3 de julio de 1862 en Lowicz, Polonia, primogénita de ocho hijos del matrimonio Martín Lament y Lucía Cyganowska, hogar bien avenido y muy cristiano cuyo cabeza de familia era zapatero y de quien dependía la manutención y el pilotaje de la nave de aquella iglesia doméstica, en tanto que la madre, antigua alumna del colegio privado de las religiosas bernardinas del lugar, atendía a la educación de los hijos según los sanos principios católicos, hermosa tarea en la que Boleslava, por ser la mayor de los hermanos,

será de gran ayuda. El 17 del mismo julio es bautizada en la iglesia parroquial del Espíritu Santo en Lowicz: hace de padrino el canónigo y vicario de la colegiata del lugar, Germán Grabowski. Recibe la primera comunión el año 1871, y en 1883 la confirmación.

Mucho influyó en su delicado espíritu la muerte en el corto espacio de unos años de tres de sus hermanitos. Abrió la mala racha Helena cuando Boleslava tenía sólo siete de edad; y ya ella con diez, siguió Leocadia, de seis primaveras. Metida en los once, tocó el turno a Martín, de sólo tres. El conocimiento de la religión en casa y en la iglesia junto a tan dolorosas pérdidas familiares empezaron, pues, a curtir su carácter desde la infancia. Niña más bien alegre, vivaz ella incluso, de complexión no muy fuerte, procuró ajustarse desde el principio al Evangelio, preocupada de atesorar tesoros en el cielo mediante la práctica de piadosas obras en la tierra (cf. Mt 6,20). Así, cuando sus padres le daban alguna golosina o unos dinerillos para sus juegos, renunciaba generosa en beneficio de los pobres. Terminados la escuela primaria y el colegio ruso en Lowicz, estudió costura en Varsovia. Apenas llegó a sus manos el diploma de modista, abrió en su pueblo un taller que empezó a llevar con la hermana menor Estanislava. Al margen del trabajo profesional, desarrollaba una vida de profundo recogimiento bajo la dirección del padre Antonio Chmielowski, vicario de la colegiata.

Durante 1892-1893, lejos ya de su patria chica, se volcó en caridad con los abandonados de la sociedad varsoviense. Y es que, fiel al confesor, Boleslava acabó ingresando con Estanislava en la Congregación de la Familia de la Virgen en Varsovia, una institución privada. Concluido el noviciado y hechos los votos temporales, se puso a trabajar como instructora de costura, maestra e institutriz en varias casas que la Congregación tenía en el Imperio ruso. Además de Varsovia, pues, estuvo en Illukszta, Petersburgo, Odessa y Symferopol. Semejante actividad supuso el cultivo de una profunda vida interior. Pese a lo cual, y no obstante el alto aprecio que la vida religiosa despertaba en su alma, opto por no dar el paso de la profesión perpetua, toda vez que le empezaron a asaltar serias dudas de si en dicha Congregación estaba cumpliendo la voluntad de Dios.

Expuestas las dudas al confesor, Boleslava terminó por desligarse de sus vínculos en 1891, quizás 1892, para ingresar en una orden de clausura. Parentesis que aprovechó para visitar Lowicz y hacer ejercicios espirituales. Tratando de buscar un poco de luz, se arrodilla ante el vicario de la iglesia del Espíritu Santo, padre Zygmunt Mscichowski, y salta la sorpresa: más que hacia la vida contemplativa sería preferible darse al trabajo sociorreligioso entre niños y jóvenes expuestos a perder la fe. Aquel sacerdote le hace asimismo ver la necesidad de una vida religiosa orientada a la gloria de Dios y a la lucha contra un mal siempre al acecho. La desconcertada joven puede escuchar más: «Todas las inquietudes me las llevo yo; usted empiece una vida nueva, preocupada por la gloria divina, y desafíe al mal que nos atormenta».

Aceptado el inesperado consejo como expresión de la voluntad divina, a la que siempre deseaba ser dócil, se entregó esos mismos días a discernir con ayuda de la oración. El desconcierto era grande, ciertamente; y el cambio, brusco. Tampoco pequeño ni fácil. Significaba nada menos que abrazar otro carisma renunciando al que había germinado desde tiempo atras en la tierra fértil de su corazón. Al cabo de aquel tira y afloja resolvió instalarse en Varsovia, donde empezó abriendo el taller de modista. En realidad, éste no era más que la base donde apoyarse materialmente, porque lo fundamental era su entrega al apostolado. Y lo primero que salió fue llevar un hospicio para los sin techo en el barrio varsoviense llamado Praga.

Por descontado que un trabajo así requería mucho coraje, gran resignación, y sobre todo la renuncia a cualquier promoción social propia. Era tanto como servir a la gente más ruin de la sociedad, a ese personal aparcado en la cuneta de la vida entre abandono y cochambre, a esa gente ulcerosa de enfermedades, castigada por el alcoholismo y la vida licenciosa. Así fue cómo, de buenas a primeras, una mujer que años atrás había llevado sola un taller de modista, que había sido maestra e institutriz de niños y jóvenes, y luego, sedienta de íntima unión con Dios, había pensado encerrarse en clausura para mejor escalar las cumbres de la mística, vino a encontrarse de pronto, a los 30 años, con la especial diaconía entre gente suburbial y desharra-

pada. Hecha toda ella caridad, Boleslava insistía siempre en la rectitud religiosa de sus pupilos. Los preparaba a los sacramentos, en especial el bautismo, la penitencia y el matrimonio. Visitaba a los enfermos, propiciaba su reconciliación y cuidaba de los niños abandonados.

La repentina muerte de su padre —fue en Lowicz durante el cólera, julio de 1894— supuso para Boleslava una sobrecarga en los deberes: decidió que su madre tenía que vivir con ella en Varsovia y procuró asegurar el mantenimiento de Esteban, hermano menor, que iba a un colegio varsoviense como aspirante al sacerdocio. Pero ello no fue impedimento para el cultivo de su propio progreso espiritual. Inmediatamente después de llegar a la capital, Boleslava ingresó en la Tercera Orden seglar de San Francisco y entró en contacto con el padre Honorato Kozminski, OFMCap, residente entonces en Nowe Miasto n. Pilica. Él sería su director espiritual y director de sus ejercicios anuales.

Así las cosas, llega 1900 y con él una dolorosísima experiencia familiar. Su hermano Esteban, a quien ella tanto quería, del que cuidaba económicamente según se ha dicho, y al que esperaba ver un día sacerdote, se ahogó en el Vístula socorriendo a un compañero. Boleslava vio en ello una señal divina que la incitaba al cumplimiento de su propia vocación religiosa. Mientras, el *Ut unum sint* (Jn 17,21) de Jesús empezó a emerger en su corazón como insoslayable compromiso ecuménico entre los ortodoxos. Para sacarlo adelante vino en su ayuda la terrateniente Sianozecka, oriunda de Mohylew n. Dnieprem, que se había dirigido al padre Kozminski pidiéndole religiosas de cualesquiera órdenes por él fundadas para que cuidaran de la Tercera Orden de San Francisco y promoviesen tareas educativas. El hoy Beato Kozminski, conocedor de las aspiraciones de su penitente, puso a Boleslava en contacto con Sianozecka. Boleslava, pues, terminó acudiendo en 1903 a Mohylew n. Dnieprem —capital de un distrito de Bielorrusia—, donde los católicos no eran entonces más que el 6,5 por 100 de la población. Aparte el dirigir un colegio con internado para las jóvenes polacas y su espléndida labor parroquial, empezó a nutrir cada día más y más el proyecto de fundar una congregación religiosa orientada al trabajo entre los ortodoxos. Después de mucho darle vueltas a

la idea, la oportunidad llegó con el padre Feliks Wiercinski SJ, proveniente de Moscú. Con él fundó en 1905 la Congregación de las Hermanas Misioneras de la Sagrada Familia cuyo principal carisma no era otro que fomentar el regreso de los ortodoxos a la Iglesia católica y fortalecer a los católicos en la fe.

Elegida superiora general de la Congregación, emigró con ella en 1907 a Petersburgo, capital del Imperio ruso, para dirigir allí las actividades en las parroquias de San Casimiro (barrio Narwska) y de la Visitación (barrio Wyborska). Mantenido en secreto el carácter religioso del trabajo, las hermanas se ocupaban de instruir y educar a los pequeños en un orfanato y a los jóvenes en dos colegios parroquiales, llevando asimismo un colegio privado y otro de nivel secundario con internado. También estaban comprometidas en varias labores parroquiales y en obras de caridad. Pero todo ello no terminaba de llenarla. Su principal afan era, más bien, el ecuménico. El colegio de Narwska Brama Tryumfalna estaba igualmente abierto a colegialas ortodoxas a fin de que todas «formasen una Iglesia». Las ortodoxas constituían el 20 por 100 del total de las alumnas. Ella, pues, hacía cuanto estaba de su mano por crear en Petersburgo condiciones del auténtico ecumenismo social y del entendimiento mutuo basado en la amistad entre alumnas y familias de distintos ambientes confesionales y nacionales. Entendía la unificación, claro es, según los papas de entonces, o sea como conversion y regreso de los cristianos separados a la Iglesia católica.

Siguiendo su aspiración ecuménica, funda en 1913 una casa en Wyborg, tierras de la protestante Finlandia: las religiosas preparan en sus colegios a los niños para los sacramentos, celebran con solemnidad los oficios típicos del catolicismo, sobre todo procesiones y adoraciones eucarísticas. Los ejercicios espirituales, organizados cada año para niños y jóvenes alumnos, ocupan un sitio relevante en la obra de animación y fortalecimiento de la fe. Madre Boleslava intenta de igual modo influir en la sociedad utilizando otros metodos. Una de las formas de ecumenismo en la sociedad de Petersburgo fue, precisamente, ofrecer espectáculos de tema religioso con ayuda de los niños y jóvenes al cuidado de las hermanas misioneras. Los textos para el escenario los escribia ella misma. El análisis de su escritura nos revela

hoy que su propósito era proclamar la gloria divina en público impartiendo catequesis de los principales dogmas de la fe con ayuda del arte, que penetra más hondo en el alma.

Durante los difíciles años de la primera guerra mundial y de la revolución bolchevique ayudó mucho a los necesitados. Desdichadamente a raíz de octubre se impidió a la Congregación continuar en la Unión Soviética: ella y las hermanas tuvieron que retirarse en agosto de 1921 a tierras del Estado polaco, donde siempre mantuvo el esfuerzo unionista con la Iglesia ortodoxa. Solía insistir en la pronta disponibilidad a continuar, siempre que se lo permitiesen, la actividad misionera en el Este. El afán por fortalecer la Congregación presidió los años 1922-1935: entiéndase por tal su actividad ecuménica, sus gestiones para la aprobación papal y, sobre todo, la consolidación de la vida religiosa con el espíritu por ella infundido. Lo malo fue Polonia a su regreso. No sólo carecían de casa donde vivir, sino que, y era lo peor, ni siquiera tenían documento alguno con el que certificar su legalidad. Como las congregaciones religiosas no habían sido autorizadas oficialmente en Rusia, ninguno de los obispos había promulgado tampoco el decreto de institución. Así que Madre Boleslava, hasta ganarse la confianza de la Jerarquía polaca, tuvo que llevar con las hermanas vida de exiliada. Después de mucho buscar e insistir, incluso de tener el noviciado en pabellones utilizados antes por soldados, brilló por fin el sol en 1925: obtiene entonces un antiguo monasterio bernardino en Ratów, diócesis de Plock, donde inmediatamente instala la dirección general y el noviciado de la Congregación.

A partir de ahí empieza a desarrollar una intensa actividad en Polonia oriental, donde los católicos vivían entre mayoría ortodoxa. Las hermanas salían por semanas a las aldeas más alejadas con el fin de preparar a los niños para los sacramentos. También dirigían oficios litúrgicos en casas de lugareños y compartían la pobreza de los indígenas, sobre todo en Polesie. Como general fundó 22 comunidades. En 1933 envió un grupo de religiosas a Estonia, país casi por completo de confesión luterana. Por supuesto que no desconocía las dificultades, de ahí que antes de proceder al destino mantuviese con la interesada una conversación sobre las condiciones que aguardaban. Las

hermanas estaban convencidas de que lo hacía llevada de una fe profunda en el copioso fruto que el trabajo entre las distintas confesiones habría de reportar. Ello y el gran deseo de ganar para la Iglesia católica el mayor número posible de fieles fue compartido por la Congregación.

Quería misioneras no sólo de nombre, sino también de espíritu, y le importaba el buen desarrollo de la entera Congregación, interés que se traducía en la oración diaria y en el trato a las comunidades, ya por carta, ya con visitas. Para viajar se valía de una carreta. Y si ni eso había, andando, aunque fuese a precio de alguna enfermedad. Pasaba cada año dos o tres meses en este servicio, pues para eso había puesto la Providencia dichas tierras orientales, comprendidos católicos y ortodoxos en ellas, al cuidado de la Congregación. De ahí su radical negativa a aplazar el trabajo en las fronteras orientales polacas hasta momentos mejores. Nunca relacionó el desarrollo de la actividad religiosa con la prosperidad económica del Instituto. Trabajó por conseguir el decreto de aprobación de la Sede Apostólica, y aunque ella no lo obtuvo, jamás desistió. En el Capítulo general del 13 de agosto de 1935, renunció al generalato, tenía 73 años y muy precaria salud, pero apenas un mes más tarde, su hermana de sangre María Lament, superiora local en la reciente fundación de Bialystok, le pidió ayuda para organizar aquello. Tardó poco en hacerse notar su presencia: guarderías infantiles, cursillos de costura para las jóvenes, cursos que pronto fueron de escuela profesional, reemplazada en 1939 por un liceo. Poco después otra casa de la Congregación, internado para chicos jóvenes y un comedor para los intelectuales pobres. Antes de la segunda guerra mundial era ya superiora de todas las hermanas en Bialystok. Coordinó su trabajo en las parroquias: enfermos, pobres, presos, albergue para mujeres desocupadas. Fue, en fin, la encargada de adaptar la actividad religiosa a las condiciones externas: primero al régimen soviético, luego a la ocupación nazi.

En 1941, y debido, parece ser, a su intensa actividad, llegó la parálisis a la parte derecha de su cuerpo. Desde entonces hasta su muerte, casi cinco años, hubo de guardar cama. Aun así, nunca dejó de ser útil a las hermanas: remató entonces, por

ejemplo, el «Directorio» de las Constituciones. Durante los últimos años, de estrecha unión con Dios, los problemas de la Iglesia entera encontraban acogida en el regazo de su oración frecuente. El hecho de ocupar habitación contigua a la capilla le permitía participar en la misa y adorar al Santísimo. Las hermanas solían visitarla para recibir sus consejos, tan necesarios entonces. Acabado el conflicto, se ocupó de las hermanas que en el marco de la llamada repatriación abandonaban los territorios de la antigua frontera oriental de Polonia. Murió en olor de santidad el 29 de enero de 1946 por la tarde, en la casa de la Congregación en Bialystok, calle Stoleczna. Se fue a la casa del Padre llena de fe, con alegre ánimo y bondadoso espíritu de amor. Apenas horas después, trasladaron su cadáver a la cercana iglesia de San Roque, donde presidió los funerales el arzobispo Romual Jalbrzykowski con numerosos eclesiásticos y alumnos del seminario, así como religiosas y seglares. Terminadas las exequias, el ataúd fue colocado en la capilla lateral de la Virgen de Ostra Brama y luego transportado a Ratów en la diócesis de Plock, donde el día 4 de febrero de 1946 fue enterrado en la cripta de la iglesia de San Antonio.

El resumen de los 25 años de servicio a la Congregación y 69 de la propia vida canta en esta frase: «A la voluntad de Dios le debo todo; durante mi vida la estuve buscando siempre». Diríase que trataba los acontecimientos con teología propia. Gracias a su fe era capaz de intuir a Dios en los avatares más simples. Cuando surgía alguna idea nueva, la contrastaba por ver si se adecuaba a la divina voluntad, diapasón para la sinfonía de su vida interior. Rasgo característico fue su espíritu apostólico, misionero y ecuménico, y la idea de intercesión y penitencia. Clavados los ojos en la Pasión de Jesucristo con la misa y el vía crucis, procuraba asociarse a la realidad del Cuerpo Místico, en cuyo mensaje el supremo valor lo tiene el sacrificio. Repetía que los sacrificios y dolores unidos al de la Cruz son la contribución más valiosa a la continuidad del plan salvífico de Dios: «La hermana misionera responde mejor a la gran vocación misionera mediante el sufrimiento», de modo que «el Señor Jesús busca las almas y quiere que su salvación dependa de nuestros sacrificios».

«La oración intercesora y la expiatoria deberían levantarnos siempre hacia el cielo como dos alas», solía decir, y cifraba dicha expresión en el culto al Sagrado Corazón de Jesús. Como patronos de la Congregación eligió a la Sagrada Familia: su fe, docilidad, pobreza y trabajo, así como la unidad, los rasgos familiares, la sencillez y la oración debían servir de ejemplo a cada hermana misionera. Nada extrañe, por eso, que su fama de santidad pidiera a voces incoar cuanto antes el proceso de beatificación en Vilna. El 5 de abril de 1976 se obtuvo de la Congregación de los Santos el decreto «Nihil obstat», solemnemente declarado el 26 de septiembre de 1976.

La primera sesión fue el 22 de octubre de 1976 y la última el 8 de noviembre. Entre 1977-1978 se llevó a cabo el proceso de los escritos y en 1983 el del milagro. El 8 de marzo de 1979 los restos mortales, exhumados en presencia del tribunal eclesiástico, fueron trasladados de la cripta de la iglesia de San Antonio de Ratów, a una de sus capillas laterales, llamada Ogrójes, y depositados en un sarcófago especial. El 25 de noviembre de 1983 la Congregación de los Santos confirmaba la validez del proceso de la vida y virtudes, y el 8 de mayo de 1987 la del milagro. El 22 de enero de 1991 se reconocía por decreto que Boleslava María Lament había ejercido de modo heroico las virtudes teologales, y las anexas cardinales, y, por fin, el 14 de mayo de 1991 era promulgado ante el Papa el decreto sobre el milagro: se determinaba fijar la beatificación para el 5 del mes siguiente en Polonia. Durante su viaje apostólico a Polonia en junio de 1991 Juan Pablo II, en efecto, elevó a la gloria de los altares, en la propia ciudad donde la sierva de Dios había muerto, a esta humilde religiosa polaca. Vivían numerosas personas que la conocieron. Todavía con el ambiente del Jubileo 2000 flotando en el aire y aludiendo a la marginación que los católicos sufren en Rusia, monseñor Tadeusz Kondrusiewicz, arzobispo católico de Moscú, nombraba a nuestra Beata entre los ejemplos a seguir: «San Rafael Kalinowsky, mártir de Siberia, los Beatos Jorge Matulievic-Matulaitis, Antón Leschewicz, Boleslava Lament, Úrsula Leduchowska y cuantos dieron la vida por Cristo en tierra rusa».

PEDRO LANGA, OSA

Bibliografía

AA. VV., *Bialystok* (Archivo de la Congregación de las Hermanas Misioneras de la Sagrada Familia).

BAR, J., «Lament, Boleslawa Maria», en G. PELLICA-G. ROCCA (eds.), *Dizionario degli istituti de perfezione,* V (Roma 1978) cols.435s.

KWIATKOWSKI, W., *La Lowicz ai tempi del Primate* (Varsovia 1967).

Martyrologium Romanum, o.c., 116.

SODANO, S. (Pros. Status), *«Venerabili Servae Dei Boleslavae Mariae Lament Beatorum honores decernuntur»: AAS* 84 (1992) 945-946.

WASILEWSKA, G. K., *Sulla via dell'apostolato, l'opera di m. Boleslawa Lament fondatrice della Congregazione delle Suore Missionarie della S. Famiglia* (París 1971).

WOLOSZYN, G. B., *Madre Boleslawa Maria Lament fondatrice della Congregazione delle Suore Missionarie della S. Famiglia (1862-1946)* (Bialystok 1967).

— *La serva di Dio Boleslawa Lament* (Roma 1977).

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SAN AFRAATES

Anacoreta († 378)

El *Martirologio romano* sitúa en este día la memoria de San Afraates, anacoreta, dejando la denominación de obispo, y en el fondo viniendo a acordar que fueron dos los Afraates del siglo IV. A éste se le supone fallecido hacia el 378.

Afraates era persa de nacionalidad y en esta nación se educó. Su llegada a la fe se debió a un viaje que hizo a Belén, y que fue así una repetición del viaje de los Magos, que de Oriente vinieron a Belén. Una vez convertido, se fue a Edesa, y aquí se estableció como solitario, viviendo en una pequeña celda fuera de las murallas de la ciudad. Pero cuando el emperador Valente desterró al obispo Melecio de Antioquía por defender la ortodoxia, Afraates salió de su retiro y fue a Antioquía para manifestar su apoyo a la fe nicena y atacar el arrianismo. Se cuenta que llegó incluso a la presencia del propio Valente, quien le preguntó qué hacía un anacoreta fuera de su celda, y le contestó que cuando hay fuego es de caridad acudir a apagarlo en vez de quedarse cómodamente en la celda, y que había en la Iglesia un gran fuego, el fuego infernal del arrianismo.

Circulan escritos con el nombre de Afraates, que parecen hechos por una persona constituida dentro de la Iglesia en autoridad, es decir, por un obispo. Se les ha llamado cartas, ho-

milías, discursos, pero sobre todo *Demostraciones*. Cada pieza está numerada y comienza por una letra del alfabeto siríaco según su orden. Tratan cuestiones morales y ascéticas (fe, penitencia, oración, ayuno, etc.) o teológicas (la resurrección, la divinidad de Cristo), y las últimas estan dirigidas contra los judíos y sus prácticas (sábado, circuncisión, pascua...). Su terminología es un poco ambigua o imperfecta pero es obvio que profesa la divinidad de Cristo así como la del Espíritu Santo, y hay referencias a algunos sacramentos, tales como el bautismo, la eucaristía y la penitencia. La parte más arcaica de su teologia es la escatología, ya que admite el llamado sueño de las almas, es decir, que entre la muerte y la resurrección el alma entra en una especie de sueño, y admite la eternidad tanto de la gloria como del infierno.

BEATA VILANA DE BOTTI

Esposa († 1361)

Nace en Florencia el año 1332 hija de un rico comerciante. A los trece años huye de casa para ingresar en un convento, pero su padre la reclama enérgicamente y ella se ve obligada a volver a su casa. No mucho después se ve en la precisión de contraer matrimonio con el esposo que le buscara su padre, Rosso di Piero. Ella hasta entonces había llevado una vida piadosa pero, una vez casada, se vino abajo en su fervor religioso y su vida fue mundana y disipada

Un día, al mirarse al espejo, ve un horrible rostro reflejado en él y se da cuenta que es la imagen de su alma. Su corazón da un vuelco y se vuelve a Dios, siendo la suya una sincera conversión. Logra licencia de su marido e ingresa en la Orden Tercera de Santo Domingo.

A partir de entonces ella se dedica a obras de piedad y misericordia, sin dejar por ello de cumplir sus deberes como esposa. Y lee asiduamente las cartas de San Pablo y las vidas de los Santos, cuyas virtudes desea imitar.

Su amor a los pobres no tiene límites, y cuando ha agotado su dinero no duda en pedir por las calles para ellos.

Su vida interior crece por días, y el Señor la favorece con éxtasis y visiones, que se hacen públicos y provocan que empiece a ser tenida generalmente por santa. Cuando muere, la gente corta sus vestidos para tener reliquias de ellas. Su muerte tuvo lugar el 29 de enero del año 1361. Su culto inmemorial fue confirmado por el papa León XII el 27 de marzo de 1824.

30 de enero

A) Martirologio

1. En Jerusalén, San Matías (s. II), obispo.
2. En Edesa, San Barsimeo (s. III), obispo.
3. En Roma, la conmemoración de Santa Martina, bajo cuyo título se dedicó una iglesia en el Foro por el papa Domno el año 677.
4. En el territorio de París, Santa Batilde († 680), reina, fundadora de varios monasterios *.
5. En Mabeuge, en el monasterio de Henao, Santa Aldegunda († 684), abadesa.
6. En Pavía, Lombardía, San Armentario († 731), obispo.
7. La pasión de San Teófilo el Joven († 792), militar y mártir.
8. En Burgos (España), San Lesmes o Adelelmo († 1097), abad *.
9. En Dublín (Irlanda), Beato Francisco Taylor († 1621), mártir bajo el reinado de Jacobo I *.
10. En Viterbo (Lacio), Santa Jacinta de Mariscotti († 1640), de la Tercera Orden Regular de San Francisco **.
11. En Turín, Beato Sebastián Valfré († 1710), presbítero, de la Congregación del Oratorio *.
12. En Seúl (Corea), San Pablo Ho Hyob († 1840), militar y mártir *.
13. En Tonkín, Santo Tomás Khuong († 1860), presbítero y mártir *.
14. En Guadalajara (México), San David Galván († 1915), presbítero y mártir *.
15. En Malonne (Bélgica), San Muciano María Wiaux († 1917), religioso de los Hermanos de las Escuelas Cristianas *.
16. En el monasterio de Maredsous (Bélgica), Beato Columba José Marmion († 1923), presbítero y abad benedictino **.
17. En Torrent (España), Beata Carmen García Moyon († 1937), virgen y mártir **.
18. En Gdeszyn (Polonia), Beato Segismundo Pisarski († 1943), párroco, martirizado junto al templo parroquial *.

B) Biografías extensas

SANTA JACINTA MARISCOTTI
Religiosa († 1640)

Santa Jacinta Mariscotti, hija de Marcantonio Mariscotti y de Ottavia Orsini, condesa de Vignanello, lugar cercano a Viterbo, nació en Vignanello el año 1585, al parecer el 16 de marzo. El matrimonio Mariscotti tuvo cuatro hijos más, que fueron los siguientes: Ginebra, que el año 1594 ingresó religiosa en el convento de Terciarias Franciscanas de San Bernardino de Viterbo, donde, con el nombre de sor Inocencia, vivió santamente hasta su muerte, que tuvo lugar en el mes de julio de 1631. Hortensia (1586-1626), joven virtuosa, el año 1605 casó con Paolo Capizucchi, marqués de Podio Catino. Sforza (1589-1655) casó en 1616 con Vittoria Ruspoli, y heredó el título de la familia de los Mariscotti. Galeazzo (1599-1626) fue abreviador de las letras apostólicas, y murió en la Curia Romana.

Jacinta, a quien en el bautismo habían impuesto el nombre de Clarix, niña aún, fue enviada por sus padres al monasterio de San Bernardino de Viterbo, al lado de sor Inocencia, para que al ver de cerca la santa vida que practicaba su hermana y las Venerables sor Inés Guerrien, virgen romana, y sor Lucrecia Fracassini, tenidas por muy virtuosas dentro y fuera del convento, se educara en el santo temor de Dios. Pero estos buenos ejemplos y los de otras piadosas religiosas influyeron poco en el ánimo de la joven Clarix, que no pensaba más que en la mejor manera de hacer resaltar su conocida hermosura y hablar con vanidad y jactancia de la prosapia de su familia. Como no soñaba más que en llevar una vida mundana, y no soportando por más tiempo el retiro del monasterio, se determinó a abandonarlo para regresar al lado de sus padres.

Bella y coqueta, tenía sus pretensiones y aspiraba a conseguir un matrimonio brillante; por eso fue para ella una gran decepción cuando vio que su hermana Hortensia, más joven, pero muy prudente y virtuosa, casaba con el noble romano Paolo Capizucchi, mientras que a ella no se le presentaba ningún partido ventajoso. Se volvió entonces más ligera y mundana, no pensando más que en afeites y reuniones profanas y parecía in-

capaz de poder tener alguna idea seria. Sus padres estaban preocupados con esta hija que, al no poder casarse, llevaba una vida tan extraviada que podía terminar en su completa ruina espiritual, por lo que deciden, aunque la joven manifiesta una extrema repugnancia hacia la vida religiosa, convencerla para que ingrese en un monasterio. Accedió Clarix, con más despecho que vocación y afecto a la nueva vida que se proponía abrazar, a tomar el hábito de terciaria franciscana en el mismo convento de San Bernardino de Viterbo que unos años antes había abandonado, cambiando el nombre de pila por el de Jacinta con que ahora la conocemos. Sucedió esto el 9 de enero de 1605, cuando nuestra joven contaba veinte años de edad. Los asistentes derramaron abundantes lágrimas en el rito de la vestición, mientras que ella no dio señales de la menor emoción al pronunciar las palabras rituales de su total entrega a Dios.

Durante los diez primeros años (1605-1615) lleva en el convento una vida mundana, detestando las pequeñas habitaciones de las religiosas, por lo que se hace construir para sí una celda magnífica que adorna con todo lujo, más propio de una princesa mundana que de una servidora de Cristo. Practica con tibieza los ejercicios de piedad y soporta con fastidio los rigores prescritos por la regla del convento, amando sobre todo la vida regalada y cómoda. Ni las amonestaciones de los superiores, ni las exhortaciones de sus parientes, ni siquiera el asesinato de su padre, perpetrado el 4 de septiembre de 1608 por Ubaldino y Hércules de Marsciano en el lugar de Parrano, fueron suficientes para volverla a una conducta de vida más conforme con el espíritu del santo instituto que había profesado.

Pero en 1615, cuando tenía treinta años de edad, el Señor se dignó echar sobre ella una mirada de su divina misericordia. Sor Jacinta cayó gravemente enferma, y aquejada de agudos dolores, dio en pensar horrorizada qué sería de su alma si en aquel estado calamitoso y de infidelidades fuera llamada a juicio delante de Dios Nuestro Señor. Pidió, pues, con insistencia la presencia de un sacerdote que la oyera en confesión, y para atenderla espiritualmente llegó al monasterio el franciscano P. Antonio Bianchetti, varón de sólida piedad, el cual, al penetrar en una habitación tan suntuosamente enriquecida con tantos obje-

tos lujosos impropios de la pobreza franciscana, retrocediendo rehusó oírla en confesión, declarando que el paraíso no estaba reservado para los soberbios y las religiosas de vida cómoda.

Ante esta enérgica decisión por parte del padre franciscano, muy dolorida de todos sus pecados, hizo al día siguiente confesión general de todos ellos, determinándose resueltamente a cambiar la vida que llevaba. Pronto dio evidentes señales de sincero arrepentimiento. No obstante la grave enfermedad que la aquejaba, se levantó del lecho en que estaba postrada, y después de cambiar por un tosco sayal la fina ropa de seda que hasta entonces usaba, presentóse en el refectorio, donde se dio la disciplina en presencia de sus hermanas las religiosas, a quienes pidió perdón con lágrimas en los ojos. Las religiosas, llenas de alegría, en vista de esta súbita transformación, la consolaban y animaban a continuar en esta santa vida, prometiéndole por su parte la ayuda de sus mejores oraciones. Jacinta, que comenzaba a vivir para el Señor, no quiso que en lo sucesivo le recordaran la grandeza de los Mariscotti, para lo cual rogó que la llamaran solamente sor Jacinta de Santa María.

Eligió por patronos en el cielo a santos que como ella se habían dejado arrastrar en los primeros años de su vida por los atractivos de las vanidades mundanas: por padre escogió a San Agustín; por madre, a Santa María Egipciaca; por hermano, a San Guillermo, por hermana, a Santa Margarita de Cortona; por tío suyo, a San Pedro; finalmente, por sobrinos, a los tres niños del horno de Babilonia. Con la ayuda de esta familia celestial que ella misma se había elegido, se proponía más fácilmente conseguir los fines que se había propuesto: santificarse en esta vida y ganar el cielo en la otra. Abrazó entonces una vida de penitencia tan austera que no podemos pensar en ella sin estremecernos. Se impuso el sacrificio de no volver a ver a sus parientes y amigos mientras no se lo ordenara la abadesa, para practicar de esta manera la virtud de la obediencia que tantas veces había despreciado; Jesucristo sufriendo por nosotros en la cruz, será desde ahora su único pensamiento y su único amor.

Jacinta poseía la virtud de la humildad en sumo grado. Rica en todos los dones de la naturaleza y de la gracia, verdadera-

mente santa a los ojos de Dios y de los hombres, se consideraba la mujer más pecadora. La más pobre hermana conversa tenía un hábito mejor que el suyo y una habitación menos pobre. Aprovechaba todas las ocasiones que se le ofrecían para ejercitar la virtud santa de la humildad. Frecuentemente iba al refectorio con una cuerda echada al cuello, y en estas condiciones besaba los pies a las religiosas pidiendoles perdón por los escándalos que les había dado con su mala vida pasada. Cuando la nombraron vicesuperiora del convento y maestra de novicias, tuvieron que imponerselo por obediencia, pues ella no quería aceptarlo, pretextando que, no sabiendo gobernarse a sí misma, mal podía gobernar a las demás

Profundamente convencida de los grandes pecados por ella cometidos, Santa Jacinta soportaba con una tranquilidad y una calma perfectas los sufrimientos que Dios tenía a bien enviarle y que ella consideraba el mejor medio para limpiarse y purificarse de su vida pasada. Durante diecisiete años fue atacada de cólicos casi continuos, producidos por las malas comidas a las que se había sometido y por las austeridades excesivas que se había impuesto. El demonio, que veía con furor cómo esta alma privilegiada se le escapaba de las manos, ensayo contra ella toda clase de tentaciones y astucias, pero los poderes del infierno no prevalecieron contra la esposa de Cristo, sostenida por el amor de su Dios y la gracia del Espíritu Santo, las largas meditaciones al pie del Crucificado, la lectura de los buenos libros y los sabios consejos de su confesor el P. Bianchetti

Sentía hacia los pecadores una inmensa piedad, que se traducía en palabras y oraciones tan tiernas, que no podían menos de prometerle la enmienda y la vuelta al seno de la Iglesia. Entre los pecadores de Viterbo sobresalía Francisco Pacini, hombre atrevido, poderoso y deshonesto, a quien la Santa no solamente convirtió al Señor y lo convenció a llevar una vida de ermitaño, sino que fue en lo sucesivo su principal colaborador en la organización y desarrollo de las dos Cofradías por ella fundadas.

La primera fue la Compagnia del Sacconi (o Cofradía de los encapuchados de Viterbo), que Santa Jacinta fundó en 1636, con sede en la Iglesia de Santa María delle Rose, regida por unos Estatutos que, compuestos por los mismos cofrades,

fueron aprobados por el cardenal Tiberio Muti († 1636), obispo de Viterbo. El fin de la Cofradía era procurar el cuidado material de los enfermos y ayudarles a bien morir espiritualmente. Santa Jacinta añadió a los Estatutos de los cofrades especiales ejercicios que se habían de hacer en los últimos días de carnaval, con públicas procesiones y visita a las iglesias donde estaba expuesto el Santísimo Sacramento, por lo que introdujo entre estos cofrades la práctica del piadoso ejercicio de las *Cuarenta horas,* que en el siglo anterior ya había adoptado el papa Clemente VIII.

La Congregación de los oblatos de María, fundada también por Santa Jacinta en 1638, estableció su sede en la vieja iglesia de San Nicolás, en el llano de Ascazano, donde los oblatos de San Carlos Borromeo les hicieron donación del hospicio que ellos habían erigido en 1611 para ancianos e inválidos. La Congregación de los oblatos de María fue aprobada, después de no pequeñas dificultades, por el ordinario, Francisco María, cardenal Brancacci, el 5 de julio de 1639; el mismo ordinario aprobó, el 2 de marzo de 1643, las Constituciones de los dichos oblatos, redactadas por Santa Jacinta. Según las mismas, la Casa Madre era conocida con el nombre de *Il Fratello* (el Hermano); se prescribe un año de probación, y el noviciado, el Oficio divino, oraciones y varias meditaciones, austeridades y abundantes penitencias. Esta legislación, que más convenía a monjas contemplativas de clausura que a una congregación de seglares, dados a obras de caridad y actividades apostólicas, fue la causa principal de que la Congregación de los oblatos de María tuviera escasa duración.

Sería muy largo enumerar aquí todas las conversiones que consiguió la Santa, los conventos que ella reformó por medio de severas cartas dirigidas a superioras demasiado remisas en el cumplimiento de sus obligaciones; las villas donde la fama de su santidad cambió en reuniones piadosas las asambleas mundanas y frívolas. De todas partes le pedían consejos y oraciones. Debido a su iniciativa, Camila Savelli, duquesa de Farnesio y de Savella, fundó dos monasterios de clarisas en Farnesio y en Roma; las novicias acudían al convento de Viterbo para marchar bajo su dirección por el camino de la vida espiritual, muchas de las

cuales, entre otras la Beata Lucrecia, siguieron tan a la letra sus enseñanzas que murieron en olor de santidad.

Había en el coro del convento siete capillas donde las religiosas podían ganar las indulgencias de las siete iglesias de Roma. Todas las noches, aun en invierno, Jacinta recorría las siete capillas orando devotamente delante de las imágenes de Jesucristo y de la Santísima Virgen y de los demás santos que allí se veneraban. Hacía esta especie de peregrinación llevando los pies desnudos y con una pesada cruz sobre sus espaldas, practicando al mismo tiempo otras duras penitencias. Tenía gran devoción al arcángel San Miguel, cuya asistencia invocaba en todas sus necesidades. Mas su principal abogada en el cielo era la Santísima Virgen, de manera que su corazón se consumía de amor cada vez que pronunciaba su dulce nombre. El santo sacrificio de la misa, donde el Salvador se ofrece todos los días como víctima expiatoria por los pecados de los hombres, le hacía derramar abundantes lágrimas. Oraba continuamente y sacaba de sus oraciones el consuelo y la esperanza que necesitaba para sobrellevar los sufrimientos de su vida. Dios quiso recompensar ya a su sierva en este mundo concediéndole el don de profecía, de milagros, de penetración de los corazones, abundantes éxtasis y arrebatos espirituales y otros favores que sería largo enumerar aquí. Una vida tan rica en méritos y en virtudes no podía ser coronada más que con una muerte preciosa delante del Señor. El 30 de enero de 1640 el alma de sor Jacinta volaba a las eternas moradas del cielo.

Desde el momento en que la nueva de su muerte se extendió por la villa de Viterbo, la emoción de las gentes fue general, e inmenso el número de los que concurrieron a sus funerales. Los muertos que ella resucitó, los enfermos que ella curó y tantos otros prodigios por ella realizados después de su muerte manifestaron claramente el gran poder de que ella gozaba delante de Dios. Esta ilustre virgen fue beatificada en 1762 por Benedicto XIII, de la familia de los Orsini, a la cual pertenecía Ottavia, la madre de nuestra Santa, como ya hemos visto, el 24 de mayo de 1807 el papa Pío VII la inscribió en el catálogo de los santos. El cuerpo de Santa Jacinta descansa en el monasterio de Terciarias Franciscanas de San Bernardino de Viterbo, que

había sido testigo de sus virtudes heroicas: después de dos siglos, allí se conserva incorrupto a la veneración de los fieles.

MANUEL DE CASTRO, OFM

Bibliografía

ANNIBALI DE LATERA, FL M., OFM, *Vita della Vergine Santa Giacinta Marescotti* (Roma 1805) Utiliza los procesos de canonizacion

BARONCELLI, L., OFM, *S Giacinta Marescotti* (Viterbo 1932)

CHIAPPINI, A., *Annales Minorum, ad annum 1640* , vol 28 (Quaracchi 1941) 604s Buen resumen, con ocasion del tercer centenario

LEON, P., *L'aureole seraphique Vie des saints et des bienheureux des trois Ordres de S Francois,* I (Paris 1882) 250s

PIO VII, *Litterae decretales super canonizatione B Hyacintae de Marescotti* (Roma 1807)

REGIS, J., *S Bernardino e S Giacinta (1426 1807) Notizie storiche* (Viterbo 1907)

BEATO COLUMBA MARMION

Presbítero († 1923)

Entre los frutos de santidad que la orden benedictina ha producido a lo largo de su secular existencia, Dom Columba Marmion ocupa un lugar preeminente en los tiempos modernos. La Iglesia acaba de pronunciarse recientemente sobre sus virtudes y milagros Ello justifica una semblanza en este catálogo hagiográfico para los lectores de lengua española del que el célebre dominico P. Antonio Royo Marín denominaría el gran maestro de la vida espiritual del siglo XX.

El Beato Columba Marmion había nacido en Dublín el 1 de abril de 1858, de buena familia irlandesa y madre francesa, de suerte que mezcló en sus venas la mejor sangre cristiana de occidente. Después de cuatro hijas, era el primer varón que venía al mundo, y sus padres, con ingenua piedad, lo habían consagrado a Dios. No obstante, a la hora de ingresar en el seminario, mantuvo una violenta lucha interior para escoger con libertad Dom Thibaut, en su monumental biografía, no dice formalmente cuál fue el objeto de esta lucha: «¿No podía ser que este debate se librara entre vida religiosa y sacerdocio diocesano?». Joel —tal era su nombre de pila—, siendo seminarista, escribía en 1881 a monseñor Salvado, obispo de Australia:

> «Durante todos mis estudios, es decir, en estos últimos ocho años, he experimentado continuamente un gran atractivo por el estado religioso; he dado diversos pasos para realizar mis deseos, aunque vivamente contrariado por los miembros de mi familia, pero jamás he tenido éxito a causa de la negativa de mi obispo, el difunto cardenal Cullen».

Hizo sus estudios filosóficos en Clonliffe, en el colegio de Holy-Cross. Después, el nuevo arzobispo de Dublín, monseñor Mac Cabe, lo envió a Roma, al colegio de la Propaganda Fidei, para terminar su teología. Allí se reveló excelente estudiante, como para salir el primero de su curso con medalla de oro. Pero, sobre todo, la piedad nativa de este hijo de la «Isla de los Santos» encontraría en la enseñanza y el ambiente romanos los robustos asideros que le sostendrán toda su vida.

Y ahora, al día siguiente de su ordenación en Roma —16 de junio de 1881—, la impresión de Maredsous iba a terminar de orientarle. Volvió a su patria y aceptó como hijo sumiso los cargos que el arzobispo le confió: Vicario de Dundrum, en los suburbios de la capital, con las capellanías de una prisión y un convento de religiosas; después, en la función de profesor de filosofía en Clonliffe, pero sin desoír nunca la llamada a una vida más perfecta todavía, de obediencia total y plegaria continua.

Era necesario reflexionar y asegurarse antes de dar el paso. Tras la muerte de su padre, en abril de 1878, se había sentido el mayor de los hijos, con deberes frente a su hermano menor: quería subvenir en la medida de sus posibilidades a sus estudios universitarios, lo que no podría hacer más que restando a sus propios ingresos. Razón suficiente para retrasar la decisión.

Así pues, hasta el 21 de noviembre de 1886, fiesta de la Presentación de Nuestra Señora, con la autorización de su obispo, con gran pesar por parte de amigos y discípulos, y muchas profecías del estilo de «no ha de perseverar», no lograría el joven sacerdote irlandés volver a la abadía de Entre-Sambre-et-Meuse, para recibir el escapulario de los antiguos monjes y el nombre de uno de los más ilustres de entre ellos: Columba, gloria de la Iglesia de Irlanda.

No imaginemos, pues, que el joven postulante, que acabamos de dejar en la abadía el 21 de noviembre de 1886, iba a encontrar un lecho de rosas. Ha venido a sufrir, a humillarse, a

obedecer, para dar testimonio así de la entereza de su amor a Cristo. «Aridez, tentaciones, tedio», es literalmente o en sustancia lo que se encuentra frecuentemente en su diario íntimo, al fin de cada día.

A pesar de todo, perseverará, recompensado en su renuncia continua por «luces» —como hace notar en sus diarios— sobre el misterio de Cristo y sobre la vida interior, e incluso, por la dulzura misma de algunas oraciones en medio de la aridez.

Reza, escucha las lecciones y reprimendas de un maestro de novicios bastante austero, lee y saca jugo para su vida de los autores espirituales. Con sus lecturas y sus meditaciones, construye, sobre la base teológica que ya poseía, su propia teología. Hace cuanto se le encomienda, profundizando en el sentido de la obediencia religiosa. Y así pasa, despues de los tres meses acostumbrados de postulante, el año de noviciado. Fray Columba, admitido por unanimidad en Capítulo, hará su profesión el 10 de febrero de 1888.

Pero mientras los otros jóvenes religiosos permanecen bajo régimen especial de formación hasta que terminen los años de preparación al sacerdocio, él, sacerdote ya, se mantendrá por dos años todavía bajo la férula del venerado pero tremendo padre Maestro

Fuera ya del noviciado, el P Columba recibirá su parte en los trabajos de la casa. Se le probara primeramente como vigilante de la escuela abacial «Pero —escribe Dom Thibaut— el ser extranjero, su acento, su carácter jovial, las equivocaciones ocasionadas por su imperfecto dominio de la lengua francesa, no le predisponían en absoluto a mantener la disciplina entre los chicos traviesos y revoltosos. En este terreno, tenia que naufragar». Si permaneció durante seis años en la escuela, fue tan sólo como profesor de ingles.

Mas acertado fue destinarle a otra enseñanza, la de filosofía, que ya había practicado en Clonliffe. Los jóvenes Desclée, hijos de los fundadores de Maredsous, le fueron confiados y, con el fin de efectuar periódicos repasos, los antiguos alumnos de Maredsous llegaron a ser estudiantes de Lovaina.

Pero enseguida demostró otra aptitud: una verdadera vocación de predicador. Un dia, un cura de los alrededores de Ma-

redsous, el de Graux, a una legua de la abadía, vino a buscar un padre para predicar su adoración. «Me coge usted de improviso —debió responder el prior—, no tengo a nadie disponible [...] Hay un joven monje extranjero, pero realmente no sé lo que se puede esperar de él: habla el francés imperfectamente; me temo que no le va a servir». «Déjemelo cuanto antes; siempre será una novedad para mis parroquianos». Tres días después, al devolver a Dom Columba, el cura declaraba: «Jamás he tenido un predicador semejante en mi parroquia».

Un día de septiembre de 1891, uno de esos pastores anglicanos inquietos y tentados de unirse a la Iglesia romana, llegó a Maredsous. Emocionado por la liturgia allí desplegada, pidió a Dios un signo: «Si el P. Abad me manda llamar para hablarme antes de comer, o si me envía a alguno para que me hable de mi alma, abriré mi corazón; si no, partiré esta misma tarde y no diré nada». El P. Abad le envió a Columba: «Sí —dijo al reunirse con el huésped después de la misa conventual—; él me ha mandado buscarle y me ha dicho que debía hablarle de su alma. La cosa no me ha hecho mucha gracia, pero lo hago por obediencia». ¿Será necesario añadir que el pastor abjuraría unos meses después? Incluso se hizo monje de Maredsous, y después de Downside, en Inglaterra, siendo un eminente escritor católico: Dom Beda Camm. Su conversión puede ilustrar la acción espiritual de Dom Columba.

El 13 de abril de 1899, una colonia de monjes partía de Maredsous para instalarse sobre la colina cargada de historia de Mont-César. A su cabeza, Dom Robert de Kerchove, pronto primer abad, que escogería a Dom Columba Marmión para prior. La divina Providencia había preparado este candelabro de donde pudo surgir la luz que el joven monje tenía dentro de sí.

Si no parecidos, al menos eran complementarios. Dom Robert mantuvo en el cargo a Dom Columba los diez años que éste permaneció en Mont-César, y tenía suficiente confianza en su prior como para obligarle a aceptar el abadiato. «He debido hacerle sufrir, dirá después de la muerte de Marmión, pero no he vuelto a encontrar religioso más obediente que él». En verdad, el abad Robert fue, con mucho, después del padre Maestro de antaño, el segundo forjador de su virtud.

Para los monjes jóvenes agrupados en Mont-César para su preparación al sacerdocio, Dom Columba, prior, fue, además, el encargado de la dirección espiritual y profesor de dogma.

El profesor, que era también padre espiritual, marcó así las almas con una señal indeleble. Su mejor éxito fue ese joven monje que debía morir en Maredsous, a los 27 años, en auténtico olor de santidad: Dom Pío de Hemptinne.

Verdaderamente, la influencia que Dom Marmión ejerció a lo largo de estos años de Lovaina fue enorme. De allí saldrá un potente movimiento litúrgico animado por su doctrina. En esta época se intentaba devolver al clero el sentido y el sabor de ritos y fiestas, enseñarles a sacar de la liturgia la sustancia de su meditación, conformar su vida interior a su función sagrada: justo a lo que tendía Dom Columba. Dom Cunibert Mohlberg, monje de María Laach, recordaba haber asistido por entonces a «una conferencia de domingo, durante la cual Dom Marmión comentaba a su manera, propiamente carismática, la misa de un simple "domingo verde"». Esto ocurría en 1905 o 1906. En el transcurso de esa conferencia, el P. Beauduin, el futuro Dom Lambert, se enfervorizó. Terminó haciendo profesión benedictina en Mont-César, y aquí se convirtió en el animador que todos conocemos. Dom Mohlberg ha querido indicar con las líneas que acabamos de transcribir, una de las fuentes de este fervor. Hay que reconocer a Dom Marmión el mérito de un descubrimiento personal y de una sabrosa comunicación del sentido profundo de la liturgia católica, que gira en torno a Cristo en sus misterios. Tuvo conciencia propia, y debía infundirla en un vasto público, del valor nutritivo, vital, de la plegaria oficial de la Iglesia.

En la mañana del 29 de septiembre de 1909, dos monjes extraños a la abadía se presentaron en las puertas de Mont-César pidiendo entrevistarse con el prior, Dom Columba Marmión. Venían de parte del capítulo de Maredsous con una noticia importante: Dom Columba acababa de ser elegido, o, más exactamente, propuesto para abad de Maredsous. Tenían el encargo de comunicarle la elección y de rogarle la aceptara.

En realidad ya lo sabía desde el día anterior, cuando recibió un telegrama que le hizo pasar una noche horrible, porque se

daba cuenta de la responsabilidad que eso suponía. «Durante esta noche —anota el día 29— libré una dura batalla; me tentó el desaliento y la desesperación. Después de la misa de San Miguel, sentí una gran paz y confianza. Creo que el arcángel será mi protector».

Así es como volvió a la abadía que había escogido en su juventud. Aunque, verdaderamente, no hacía más que diez días que había salido de ella por última vez, después del retiro que acababa de predicar allí. Pero en esta ocasión, se echaron las campanas al vuelo mientras él se acercaba al monumento gótico ceñido por el follaje púrpura y oro del otoño; volvía como prelado. En el capítulo, cuando se le hubo preguntado si aceptaba su elección, este fiel hijo de San Benito respondió: *«Oboedio.* Obedezco la voluntad de Dios». Y como divisa tomó estas admirables palabras de la Regla, en el capítulo que dedica al abad: *Prodesse magis quam praeesse.* O sea, «Ser útil, servir, más que mandar». Se le entregaron las llaves de la iglesia y el sello de la abadía.

Su abadiato estará jalonado de alegrías y de penas, como la vida de cualquier hombre. Entre las alegrías incluyamos, por lo menos, estos dos acontecimientos: en 1912, la semana litúrgica de Maredsous; en 1913, la conversión de Caldey, famosa abadía anglicana conquistada por él para el catolicismo.

Y henos aquí, en vísperas de la guerra, con un episodio privilegiado, esta vez, en el capítulo de amarguras. ¡Qué cantidad de desgracias y desórdenes de toda especie sembrados por doquier! La guerra ha cambiado el rumbo de vidas y personas.

Agosto de 1914: invasión alemana en Bélgica. Después de subvenir en Maredsous a las necesidades más inmediatas de heridos y refugiados que habían llegado a la abadía, en septiembre, el abad creyó conveniente, después de tomar consejo, escapar fuera del país ocupado, para asegurar un refugio —por algo es padre— a la juventud que debería reunirse con la armada nacional o, por lo menos, librarse del dominio del enemigo.

Él mismo intranquilo, por lo que pudiera pensarse de su ausencia de Maredsous, rechazando el consejo del cardenal Mercier, que trataba de tranquilizarlo, no paró hasta conseguir volver a su abadía.

Su salud, trastornada desde los tiempos de la guerra, no volverá a recuperarse del todo. Una obesidad, que no es necesariamente señal de buena salud, no dejaba de entorpecerlo. Y aquella humillante somnolencia que le perseguía por doquier. Menos mal que su humor disimulaba el ridículo.

En vísperas del viaje a Lourdes, en septiembre de 1922, que le había ordenado su obispo, imploraba oraciones porque decía que «mis sesenta y cuatro años comienzan a pesar». A la vuelta, comentaba con el monje que le acompañaba: «Hace unos años, fue Paray, y eso me pareció una gran gracia. Poco después, era elegido abad de Maredsous. Ahora vuelvo de Lourdes, donde he tenido una estancia muy agradable. En adelante, me retiraré a la soledad hasta que el Señor me lleve». A partir de entonces, pensaría mucho en la muerte.

Las fiestas jubilares de octubre no lo distrajeron demasiado. Guiado por este pensamiento, decide dar su última conferencia a las queridas monjas de Maredret el 17 de diciembre. El 30 de diciembre de 1922 escribe a las clarisas de Cork, postrado y agotado. Al día siguiente por la tarde, sacó al azar, como patrono del nuevo año a San Juan de Dios.

No obstante, siguió respondiendo a las exigencias de la vida. Se rindió al deseo largamente mantenido por su comunidad, conforme a la tradición, de mandar pintar su retrato: ya era hora de realizarlo. Fue, pues, a Anvers, al taller del gran pintor Janssens. A la vuelta, se pasó por el convento del Sagrado Corazón de Linthout y el querido carmelo de Lovaina. Aquí dio a sus queridas hijas una última conferencia, hablándoles del cielo y diciéndoles a modo de despedida: «Mis queridas hijas, nos reuniremos en el seno del Padre». Esta expresión, a decir verdad, les resultaba familiar, porque fluía de un corazón acostumbrado a la inmensidad de la paternidad de Dios.

El abad volvió a Maredsous el 20 de enero, fuertemente resfriado. Allí había cundido la gripe, y una veintena de religiosos estaban en cama. Dom Columba, pese a encontrarse en baja forma, visitó a los enfermos para darles ánimos. El 25 apenas conseguía mantenerse en pie, pero tenía que celebrar la misa de la Conversión de San Pablo. Había prometido, en su última carta espiritual fechada el 23, a una pequeña novicia irlandesa que

profesaba ese día, ofrecer la misa por ella: fue su última misa. Al prior le pareció aquella misma tarde que estaba francamente acabado. «Puedo decirle —le declaraba el enfermo— que desde hace años, no pasa una hora sin que yo piense en la muerte».

Al día siguiente, 26, recibió la extremaunción. «Reverendísimo padre, ¿acepta usted la voluntad de Dios?», preguntó el prior, que le administraba el sacramento. «Enteramente», respondió Dom Marmión, con toda la diligencia y fervor que podía poner en su respuesta un hombre que había profundizado tanto en el sentido de la obediencia religiosa. «Al día siguiente —cuenta Dom Thibaut—, la postración era extrema. El enfermo se deshacía reconociendo los más pequeños servicios recibidos, y agradeciéndolos con una humildad emocionante. Jamás se mostró exigente, incluso llegó a rechazar el colchón que se le ofrecía, prefiriendo seguir en el jergon ordinario; pero, ante la insistencia del enfermero, cedió finalmente, sometiéndose a todas las prescripciones con una simplicidad de niño. El alma, a pesar del abatimiento, permanecía presente. La intoxicación causada por la uremia acarreó la torpeza de los sentidos exteriores, pero la vida interior seguía viva». Uno de sus hijos le dijo que su presencia era todavía necesaria; Dom Columba respondió: «Yo me abandono en manos de Dios». «Poco tiempo después, habiéndole preguntado otro si estaba contento de irse al cielo, él le contestó de la misma manera».

«Dadme mi Vía crucis» —dijo varias veces—. Durante muchos años él había hecho el Vía-crucis todos los días, excepto el de Pascua, era su devoción preferida. Pensaba, con Lacordaire, que «la meditación de los sufrimientos de Jesucristo es la que ha formado a todos los santos».

El 29 de enero, es la fiesta de San Francisco de Sales, tan querido por él. Le presentaron la imagen del santo obispo; él la besó y mandó que se le leyera su oración, pero añadió: «No se tiene mucha devoción cuando uno está malo».

Rezaron en alta voz a su alrededor para sostener su fervor. Los telegramas recibidos de la reina de los belgas y del cardenal Mercier, a pesar de los amables recuerdos que esos nombres debían evocar en su corazón, no provocaron en él reacción perceptible.

Sin embargo, se conmovió ante la llegada del abad de Lovaina, ahora presidente de la Congregación benedictina belga, Dom Robert de Kerchove, pero después de recibirlo, no logró trabar conversación con él.

El 30, el enfermo estaba demasiado debilitado para que pudiese decir nada. Tan sólo cuando por la tarde su confesor le dijo:

> «Reverendísimo Padre, pronto va a comparecer ante Nuestro Señor Jesucristo, demuestrele ahora aquella confianza inquebrantable que usted nos ha predicado tan a menudo», solo entonces se le oyo murmurar muchas veces este versículo del Magnificat «El Señor ha acogido a Israel, su siervo, acordandose de su misericordia»

Exhaló su último suspiro poco antes de las 10 h. de la noche, el martes 30 de enero de 1923.

El más elocuente de los monjes de Maredsous de aquel entonces, Dom Maurice Festugière, había compuesto la oración fúnebre, en la que se propuso poner de manifiesto cómo el difunto había realizado la divisa escogida por él: «Más servir que mandar».

Después de los responsos, los restos mortales de Dom Columba fueron trasladados al panteón de abades, a donde llegarían bien pronto, y cada vez más, cristianos de países lejanos tanto como paisanos de los alrededores, arrodillándose ante su lapida para pedirle que intercediera por ellos

Cristo es la verdadera sed del alma El mérito de Dom Marmion estuvo en descubrirlo «Cristo, vida del alma», «Cristo en sus misterios», «Cristo, ideal del monje», «Cristo, ideal del sacerdote» . siempre la persona de Cristo como centro de la religion, del pensamiento, de la vida. «La misión providencial de Dom Marmión —escribía el P. Philipon, O.P.—, estuvo en devolver a la espiritualidad moderna su fuente: la persona de Cristo» Su papel es el de redescubridor, restaurador; él fue el primero en defenderse contra la opinión de que era un innovador tras San Pablo... Hay que remontarse muy atrás en el camino seguido por los grandes místicos, para encontrar una comprensión tan poderosa del misterio de Cristo, del cual la obra de Dom Marmión no es más que una larga y perspicaz meditación en la que espíritu y corazón se funden: es una comprensión apasionada.

«He comprendido —escribe a su abad en 1901— que la perla preciosa de que habla el evangelio es Jesucristo» «Si me preguntan: ¿en qué consiste la vida espiritual? yo responderé: en Cristo». «Se ha apropiado —escribe el P. Buzy— la tesis de San Pablo»

El abad de Maredsous había muerto, pero su mensaje, que había penetrado fuertemente en la espiritualidad cristiana, permanecía vivo. Cristo era la verdad y el todo. Dom Marmión pretendió explicar a las almas que se llaman cristianas toda la realidad de lo que significa pertenecer a él, que es la causa, el modelo y el fin de su vida sobrenatural o de su santificación, de manera que su conciencia quede embebida de esta verdad.

Pero si los cristianos son miembros de Cristo, serán también hijos de Dios, su Padre. Su adopción, es decir, su libre incorporación a Cristo, los injerta en la misma vida de la Trinidad. La Trinidad no es una abstracción teológica, sino una realidad viva y personal capaz de transformar el ser y la vida del cristiano. Esta idea de la adopción divina, descubierta y desarrollada por Dom Marmión, le valió el título de «doctor de la adopción divina» concedido por el P. Philipon.

Cristo en sus misterios es una meditación mantenida a lo largo del año litúrgico, acerca de los objetos particulares de las fiestas que lo jalonan: acontecimientos de la vida histórica de Dios hecho hombre, etapas de la obra redentora y de la santificacion de los hombres, conmemoraciones que deben producir frutos de santidad. Entre la obra escrita, este libro es el que justifica mejor el título, otorgado a su autor por Dom Lambert Beauduin, de «teologo de la liturgia». Quizá habría que decir, con mayor precisión, «de la espiritualidad litúrgica».

En *Cristo ideal del monje,* propone al monje benedictino la imitación de las virtudes del Señor hecho hombre, pero tienen la misma utilidad para todo religioso, y aun para cualquier cristiano, como manual de ascesis católica. Ya se sabe que la *Regla* de San Benito, utilizada abundantemente por Dom Marmión, es cristocentrica. «Cristo, ideal del sacerdote», siempre Cristo, pero tomado como modelo particular de aquellos que, imitando y continuando su misión esencial, deben manifestar su presencia en el mundo, continuar su obra litúrgica y pastoral, y condu-

cir al pueblo de Dios a través de Cristo: *Sponsa Verbi,* por su parte, se destina a las vírgenes, esposas del Señor.

Nos resta el tesoro, en parte inédito, de sus cartas, que suman más de 1.700. Escritas todas de puño y letra, son, naturalmente, la más auténtica expresión de sí mismo. Cartas de amistad o de dirección espiritual, marcadas todas por la preocupación principal, si no exclusiva, de un hombre de Dios.

Este mensaje de Dom Marmión, predicado acá y allá siguiendo la necesidad o la oportunidad, repetido incansablemente, aunque jamás en términos idénticos, sino adaptándose a cada auditorio ¿es realmente nuevo? No, repetimos, en tanto que la fidelidad a la teología de Santo Tomás es continuamente afirmada, pero podemos decir que nadie, desde hacía tres siglos, había recogido con tanta viveza, ni expuesto con tanta insistencia, el papel de Cristo en la elaboración de la santidad cristiana, concebida como adopción del hombre por Dios.

Esta elevada teología ha sido presentada en un lenguaje familiar, asequible a todo el mundo: «El plebiscito silencioso que significa la difusión universal de las obras de Dom Marmión —escribe Dom Capelle—, se debe, sin duda, a la enorme desenvoltura con la que nos presenta las verdades más elevadas como lo más simple del mundo».

Dom Marmión fue un maestro de la vida espiritual en todo el rigor del término. En él, el teólogo no se separó jamás del apóstol, y el apóstol, en todos sus contactos con las almas, recurría siempre a las luces del teólogo. Pero su teología no tenía nada de seca ni de altiva... Conocía todo el valor científico de la filosofía y teología tomistas. Pero le habría parecido faltar a su misión si no las hubiese aplicado a la vida espiritual. Su enseñanza no era solamente fruto de la especulación, sino, sobre todo y ante todo, el fruto de su oración. No la entendía más que como un medio de llevar a los demás hacia Dios: «La primera caridad, como dice Lacordaire, es la caridad de la doctrina».

Del testimonio aportado por el sucesor del cardenal Suhard en la sede de París, monseñor Feltin, por entonces arzobispo de Burdeos, transcribimos estas líneas:

> «¿Cómo no voy a responder a su deseo, después de leer y releer frecuentemente lo que Ud. llama trilogía de Dom Marmión? Aho-

> ra que, particularmente mientras viajo, utilizo las *Palabras de vida al margen del misal,* precioso auxiliar en la meditación cotidiana [...] Ahora, sobre todo, que tengo conciencia de lo mucho que he adquirido en contacto con esos volúmenes [...] Uno de mis colegas en el episcopado, con el que yo charlaba hace algunos meses de espiritualidad y de obras recientemente aparecidas, me dijo: Desde hace varios años no utilizo para mis retiros y mis meditaciones más que los escritos de Dom Marmión; en él encuentro siempre algo nuevo y apropiado para mi vida [...] Jamás se agota la riqueza de sus obras [...]» (1947).

Leamos la opinión de otro obispo, monseñor Guerry, arzobispo de Cambrai:

> «La personalidad de Dom Marmión dominará la historia de la espiritualidad del siglo XX. El influjo de este eminente maestro de la vida espiritual es extraordinario [...] Lo que entusiasma en Dom Marmión es, en primer lugar, su doctrina profunda, luminosa, que eleva. En segundo lugar, la doctrina que él enseña es una guía para la vida espiritual. En tercer lugar, un soplo de vida pasa a través de todas las páginas de Dom Marmión y arrebata a sus lectores, porque desde los primeros contactos con él, se intuye que todas las verdades que les presenta las ha vivido previamente en su alma».

«Eminente maestro de vida espiritual» le llamó el secretario de Estado de Pío XII, monseñor Montini, más tarde S.S. Pablo VI, agradecido por el envío de *Cristo ideal del sacerdote.* Después, en 1958 el mismo Pío XII evocará las obras «tan notables por la justicia de la doctrina, la claridad de su estilo, la profundidad y riqueza de pensamiento», que «representan una inestimable contribución al tesoro de escritos espirituales de la Iglesia».

Monseñor Beaussart, arzobispo auxiliar de París, escribía por su parte en 1947:

> «La simplicidad y profundidad de esta doctrina, su auténtico catolicismo, su perfecta armonía y su solidez sin falta, su influencia poderosa y dulce sobre la vida interior y apostólica, no me parecen explicables más que por la santidad del Padre».

Pero la canonización es algo que sólo pertenecerá a la autoridad suprema. Los monjes de Maredsous cediendo a las múltiples invitaciones llegadas de las voces más autorizadas, y uniéndose a la «fama de santidad» que rodeaba ya a la memoria de su difunto abad, iniciaron el proceso de beatificación con monse-

ñor André-Marie Charue, doctor y maestro en teología de la Universidad de Lovaina, que había manifestado en diversas ocasiones su gratitud y su admiración por el maestro espiritual de su generación. Inauguró el proceso diocesano el 7 de febrero de 1957, que no concluyó hasta el 28 de noviembre de 1961. Ese día el obispo de Namur, en Maredsous, selló y lacró los expedientes enviados a Roma y sometidos al juicio de Pedro.

El postulador, Dom Benoît Becker, procurador de los benedictinos belgas en Roma, apenas se había hecho cargo de la causa, cuando obtuvo la conformidad de uno de los más eminentes príncipes de la Iglesia, el cardenal Gaetano Cicognani, para hacerse responsable de la causa como ponente o relator. Pero éste no llegaría a ver el fin del proceso romano: muerto en 1962, fue reemplazado en este puesto por S. E. el cardenal Larraona, que le sucedió también como presidente de la Congregación de Ritos.

Finalmente concluido el proceso, S.S. Juan Pablo II beatificó a Dom Columba Marmión el 3 de septiembre del año 2000. En tan solemne acto estuvieron presentes, aparte de la comunidad benedictina de Maredsous, todos los abades y priores conventuales de la orden.

TOMAS MORAL, OSB

Bibliografía

DELFORGE, T y T MORAI, «Dom Columba Marmion (Siervo de Dios)» *Nova et Vetera* 17 (1981) 37 46

Proceso y Breve de beatificacion *AAS* 92 (2000) 79ss, 93 (2001) 342ss

THIBAUT, R, *Dom Columba Marmion, un maestro de la vida espiritual* (Buenos Aires 1950)

— *Dom Columba Marmion, su vida, su doctrina, su direccion espiritual* (Buenos Aires 1941)

TEITIEN, M, *Dom Columba Marmion, a biography* (Dublin 1994)

BEATA CARMEN GARCÍA MOYON

Virgen y martir († 1937)

De todos los sacrificios el más completo es sin duda el holocausto por cuanto supone la consumición total de la víctima

por el fuego. Ese fue el martirio de la Beata Carmen García Moyon, miembro fundador de la Real Pía Unión de San Antonio de Padua, de la parroquia de Nuestra Señora de Monte Sión de Torrent (Valencia).

> «El espectaculo era dantesco —afirma uno de los testigos del hecho—, tanto que llego incluso a horrorizar a los mismos asesinos, puesto que era una tea ardiente vagando por el campo Hasta que se desplomo en el suelo Y asi se consumio totalmente»

¡Perdón!, ¿he dicho totalmente? Pues no, totalmente no, porque el fuego, según el decir de varios testigos del proceso, respetó uno de sus zapatos, y.. poquita cosa más de su cuerpo, para testimonio fehaciente de los hechos. ¡Ah!, ¿que quién fue Carmen García Moyon?

Carmen Marie Anne Garcia Moyon, que así aparece en el registro civil en su partida de nacimiento, vio la luz en Nantes, Francia. De aqui que, cuando pasó a esta parte de los Pirineos, frecuentemente se la conociera con el apelativo cariñoso de *La Francesita*

Su buen Padre, don Jose García, fue un *carlistón* de mucho cuidado. De armas tomar, como aseguraban entonces. Y dicen que tambien lo fue el padre de su padre, don Raimundo García. Por otra parte, ¿que otra cosa se podía ser en el Segorbe de aquel entonces? Lo cierto es que don José no pudo tomar parte en la segunda guerra carlista, la de 1848-1850, pues vio la luz del sol el 26 de mayo de 1854. Pero sí tuvo tiempo todavía para luchar a favor de don Carlos en la tercera, la de 1872-1876, año este ultimo en el que probablemente se vio obligado a cruzar los Pirineos, como tantos otros, en el noble intento de tratar de salvar su pellejo ante el alto precio y aprecio que por el mismo manifestaban los buenos y celosos liberales.

En el país vecino inicialmente pasó a prestar sus servicios como mayordomo de unos marqueses de ascendentes españoles. Precisamente en el desempeño de su cargo conoció a la que luego sería su mujer, doña Marie Josephine Octavie Moyon, dama de llaves de los marqueses y cinco años más joven que él. El 21 de julio de 1883 se celebró la unión matrimonial. La nueva familia, seguramente que con ocasión de la boda, y luego de diversas vicisitudes, se independizó de la familia de Ignacio Sán-

chez de Silvera, si bien de por vida se siguieron profesando mutuo afecto y estima. Pasaron a vivir a la calle Launay 14, de Nantes, a la vez que regentaban un ultramarinos

En Launay 14 vendrían a la luz sus cinco retoños. Joseph Marie, nacido el 16 de abril del siguiente año 1884. Luego Marie Mélanie Thérèse, que vio la luz el 18 de enero de 1886; después vino a alegrar la familia García Moyon su tercer vástago, Manuel Eugenio, el 22 de junio de 1887; posteriormente, Carmen Marie Anne, nuestra biografiada y ya Beata, que nació el 13 de septiembre de 1888. Y, finalmente, vendría a completar el gozo de la familia Consuelo Marie, último de los retoños, el 23 de julio de 1891.

Vamos, que, a don José García, su afición por Dios, Patria y Rey le nació casi con el pelo. Pues, antes de los cuarenta años, ya había tenido tiempo de perder la tercera guerra carlista, fijar su residencia en Francia, contraer nupcias con Marie Octavie Moyon, haberse puesto por cuenta propia y tener ya formado un respetable hogar con cinco hijos de familia.

Carmen Marie Anne nació un 13 de septiembre de 1888, como digo. Y recibió las aguas bautismales el día 23 del mismo mes y año, y de manos del señor vicario, Monsieur L. Mérigne, en la iglesia parroquial de Notre-Dame de Bon Port. Siempre de Nantes, Francia, naturalmente.

Se ignora la fecha exacta en que la familia García Moyon, o, mejor dicho, don José García y familia, volvió a España. Pero nada sería de extrañar que retornase a finales del siglo XIX, o primeros años del XX, en que España se vio más postrada y en Francia se dio un giro hacia el laicismo imperante de la mayor parte del siglo anterior. ¡Ah!, y las autoridades españolas se mostraban ya mucho más tolerantes.

Asimismo tampoco se sabe con certeza si fue en Francia, o ya en España, pero lo cierto es que los dos hijos varones de la familia García-Moyon fallecieron en su primera edad, quedando reducida muy pronto la familia a cuatro mujeres y al patriarcal don José. Y no cabe duda de que quedarse sin hijos que mandar a la guerra, para un carlista de toda la vida como lo era don José, debió de suponer para él un contratiempo de no poca importancia.

Lo cierto es que la familia se trasladó a Barcelona, donde fijó su residencia en calle Rosellón 278-2.ª Así como también es seguro que durante toda su vida doña Marie Josephine Octavie siempre hablaba en francés, idioma en que asimismo se expresaban sus hijas y esposo. Sea como fuere, lo cierto es que Carmen fue educada en el seno de una familia muy católica. Y que muy pronto dio muestras sobradas de verdaderos sentimientos cristianos que luego defendería con todas sus fuerzas.

Un apunte biográfico de primera época dice de Carmen que fue una mujer de un temperamento heroico y de una amabilidad sin límites. Se revolvía furiosamente sintiendo en sí *hervir la ira de Dios,* cual si fuera otro San Juan Eudes a la vista de un hereje, para defender sus derechos y los de la Iglesia.

A su debido tiempo recibió la confirmación, y poco más tarde la primera comunión. Luego de una larga catequesis, por supuesto. Pues se creía en aquel entonces que para recibir el *pan de los ángeles,* o *pan de los fuertes,* que también con este nombre se denominaba la Eucaristía, era preciso que los niños tuvieran mucho juicio y conocimiento.

Posiblemente a principios del pasado siglo XX la familia García Moyon dejase Barcelona para situarse en la ciudad de Segorbe (Castellón), patria del padre y donde todavía le quedaban algunos de sus familiares más cercanos. Pues nos han asegurado que «vivía de joven en Segorbe con sus padres y era conocida por ser llamada *La Francesita*». Seguramente que el contacto con las hijas del Venerable Padre Luis Amigó, que desde 1898 regían el Asilo de Nuestra Señora de la Resurrección de la ciudad, y desde 1899 estaban presentes en el vecino pueblo de Altura, despertó en ella su vocación religiosa.

Rayana ya en sus treinta años, y con su amiga Asunción Fernández, se decide a ingresar en religión. Y lo hacen ambas el 1.º de junio de 1917, y en la Congregación de las Hermanas Terciarias Capuchinas de la Sagrada Familia, instituto fundado por el Venerable Luis Amigó en el ya lejano año de 1885 y que continuaba lleno de vitalidad.

Luego de los prescritos seis meses de *postulantado,* el 11 de enero de 1918 Carmen ingresa al noviciado. Y, como era costumbre en la Congregación entonces, trueca su nombre de pila

por el de Esperanza de Nantes. En lo sucesivo éste será su nombre de religión, al que llevará unido, consubstancialmente, el apelativo de *La Francesita.*

Sus dos años de noviciado pasaron con la rapidez de lo visto y no visto. Fue en la casa de Altura (Castellón), en pleno campo. Es verdad que en lo material fueron años de penuria, pero en cambio pudo disfrutar casi semanalmente, siempre el jueves por la tarde, de la visita de Mons. Luis Amigó, a la sazón Obispo de Segorbe y fundador de la Congregación. Tampoco le faltaron las tradicionales peregrinaciones al Santuario de Nuestra Señora de la Cueva Santa, en la serranía del Alto Palancia. Sin duda que los lugares de Segorbe y Altura traerían a su espíritu recuerdos nostálgicos de su familia. Por otra parte la dureza de la vida suele a menudo forjar caracteres fuertes que, si son animados luego por un sólido espíritu de fe, resultan envidiables por su celo y entrega al servicio de Dios y de las almas.

De sus años de estadía en la Congregación de Hermanas Terciarias Capuchinas de la Sagrada Familia, poco más podemos decir. Dado que los votos religiosos los emitían las hermanas inicialmente por tres años, al concluir el trienio Carmen no debió pedir la renovación de los mismos. Y tampoco Asunción Fernández. Pues, a principios de 1924, la encontramos junto con su inseparable amiga en el pueblo de Manises.

¿Que por qué salieron las dos amigas de la Congregación de Terciarias Capuchinas? ¡Vaya usted a saber...! ¡Averíguelo Vargas! Lo cierto es que al dejar el Instituto la ciudad de Manises les prestó hospitalidad. Trabajaban en el horno de Aliaga. La industriosa ciudad de Manises, la de las bellas cerámicas, les dio trabajo, casa y pan, que, en aquellos tiempos de la dictadura de don Miguel Primo de Rivera, aparte la seguridad personal, pocas cosas mejores les podía ofrecer.

Allí pasaron las dos amigas cuatro deliciosos años, hasta que un buen día la Providencia divina, que siempre vela por los más desvalidos, las llevó a Torrent. Y en Torrent se hospedaron en una casita sencilla, en la calle de Santa Ana 35, paralela a la conocida como la *Calle del Convent.* Calle ésta que, como su nombre indica, conducía directamente al conventito alcantarino de Nuestra Señora de Monte Sión, donde los Terciarios

Capuchinos desarrollaban sus actividades pastorales desde el lejano 1889.

Enseguida ambas amigas entraron en contacto con el convento de Monte Sión que, sobre una leve loma del pueblo, habían ocupado los frailes alcantarinos hasta los lejanos días de la exclaustración de 1835. El monasterio luego pasó a ser sucesivamente cuartel de la Guardia Civil, hospital, y varias otras cosas más. Desde 1889 lo habitaban los religiosos Terciarios Capuchinos. Y en las fechas de que nos ocupamos ejercía nuevamente de convento.

Celebradas fueron siempre en él sus funciones litúrgicas, sus catequesis a los niños del pueblo, sus funciones culturales... En el convento fue instaurada la Venerable Orden Tercera Seglar, se fundó la banda de trompetas y, especialmente, la Real Pía Unión de San Antonio de Padua.

Carmen enseguida se prestó a apoyar y ayudar a los hijos espirituales de Luis Amigó. Y asimismo su compañera Asunción Fernández. De la frecuente relación vino a resultar que ésta se casó con el maestro de cocina del convento. No obstante, ambas amigas siguieron viviendo en la misma casa. Asunción en el piso de arriba. Carmen en el piso inferior, donde colocaría su tallercito de corte y confección. Y aun acentuó más su ministerio en el convento de Nuestra Señora de Monte Sión.

Con el pasar del tiempo *La Francesita,* mujer de misa y comunión diaria, se emplea en dar catequesis a los niños de la escuela de los Padres, repasar las ropas sagradas del convento, limpieza de la hermosa iglesia, y hasta puso un tallercito de costura en su propia casa, como se indicó ya, donde enseñaba a las jóvenes torrentinas el arte de coser, zurcir y bordar ropas. Una verdadera trabajadora social.

Naturalmente, no resultaba suficientemente gratificante esta labor para un espíritu tan exigente y propenso hacia lo divino, como era el de Carmen García. Así que, cuando en 1934 don Enrique Puig funda la sección femenina de la Real Pía Unión de San Antonio de Padua, Carmen fue una de las primeras en ingresar, y lo hace como miembro fundador de la Real Pía Union. Y con Carmen, Asunción Fernández, Concha Planelles, Consuelo Vilarroya, Pepita Andreu, y María Chulia y Vicenta Ló-

pez, y Josefina March, y... tantas y tantas otras. Carmen fue una de las más fieles colaboradoras en la organización de la sección femenina. Y ocupó el cargo de tesorera en la primera junta directiva de la Real Pía Unión de San Antonio.

En 1931, concretamente en las elecciones del 14 de abril, en España triunfaron las izquierdas. Se proclamó la II República. Y tiempo faltó a los exaltados para iniciar la conocida quema de conventos. En el pueblo de Torrent una de las primeras acciones fue la de subir al convento y derribar la cruz que campeaba en lo alto del calvario. Carmen organizó, y llevó a efecto, una gran manifestación. Llevando al frente *una cruz de caña,* Carmen y el resto de las Antonianas se presentaron ante el Ayuntamiento del pueblo para protestar de tamaño ultraje. Seguramente desde entonces fue ya fichada por los integrantes del llamado Frente Popular.

Días después de la manifestación de Antonianas, también en Torrent, un grupo de exaltados subió nuevamente al convento y comenzó, por su cuenta y riesgo, a demoler el calvario. Un recoleto viacrucis, con casilicios de pobre mampostería, que rodeaba la plazuela del Santuario.

¡Ah!, pero no habían contado con la intrepidez de Carmen García Moyon y compañeras, las Antonianas de la Real Pía Unión de San Antonio de Padua. Y ellas no lo iban a permitir así como así. Por lo que inmediatamente subieron al convento y a Francisco Mares, el cabecilla del grupo demoledor, lo zarandearon bien a su gusto y placer. Al rumor de lo que sucedía, el padre Prudencio de Palmera que se asoma al reducido balcón del convento.

—«¿Ha dado Ud., padre, permiso para derruir el calvario?», preguntó Carmen.

—«No sólo no he dado permiso, sino que me opongo a ello», replicó el superior del convento de Nuestra Señora de Monte Sión.

Fue esto lo suficiente para que Carmen y compañeras mostrasen al piquete informativo —*velis nolis*— el camino de regreso al Ayuntamiento. Este incidente sembró en Francisco Mares aún más la inquina contra el padre Prudencio y su bendito convento. Pues una noche de 1936 se presentó en el mismo con la

siniestra intención de hacerle picadillo. Menos mal que para aquel entonces el fraile tenía la perspicacia suficiente y años ha que existía la Divina Providencia. Esto le permitirá narrar años más tarde el hecho con inusitada frecuencia hasta sus casi noventa y seis de vida bien cumplidos. Pero el convento sería derruido en 1936.

Los días anteriores al Alzamiento Nacional, Carmen seguía con su cotidiana labor de enseñar el catecismo a los niños del colegio de Monte Sión, de repasar las ropas del convento, de limpiar la elegante iglesia del santuario alcantarino y de impartir clases de corte y confección, en su tallercito de calle Santa Ana 35, a las jovencitas torrentinas.

Es verdad que el clima de reyerta se iba caldeando en demasía. Los días se fueron haciendo más inciertos y severos. La lucha de clases se fue enconando. Y, por fin, llegaron las elecciones legislativas de mayo del 36. Volvieron a ganar las izquierdas. No faltaron tampoco los chanchullos que así lo propiciaron.

Al amanecer del 24 de julio de 1936 el conventito de Nuestra Señora de Monte Sión fue invadido. Los frailes, expulsados de sus celdas conventuales. Y la iglesia comenzó a arder. Era como una tea encendida. A los gritos de la chusma se efectuó el asalto. Hubo griterío y confusión. Y hubo palabras soeces y de muy grueso calibre.

En el primer envite los frailes pudieron huir y refugiarse en las casas de sus familiares. Pero era evidente que la persecución no había hecho sino comenzar. Al amanecer del 26 de julio ardía también la iglesia mayor, la arciprestal de Nuestra Señora de la Asunción. El fuego tan sólo respetó la capilla de la comunión. Era claro que el paso siguiente sería el de sacar al clero de sus escondrijos, como así fue.

En este punto las cosas, Carmen no pudo ya intervenir. Sí, es verdad, había orden de no atacar a las mujeres. Esto permitió a Carmen y a su grupo de Antonianas seguir con su apostolado. Llevan ropas y alimentos a los católicos perseguidos. Les llevan la comunión. Tratan de mitigar sus dolores...

En los tres primeros meses de persecución en el solo Torrent fueron martirizados 20 sacerdotes y religiosos. Y, mien-

tras tanto, Carmen hace todo lo que en aquellas horas difíciles podía hacer: rezar, ayudar materialmente y dar consejos. ¡Ah!, y seguía impartiendo clases de corte y confección en su propia casa.

Apenas entrado el 1937, una chica del pueblo acude a Carmen para que la ayude a confeccionar su vestido de novia. Se iba a casar con uno, si no del Comité, por lo menos muy adicto al mismo. La boda, naturalmente, no podía ser sino por lo civil. A Carmen no se le ocurre otra cosa sino aconsejar a la joven: «Espera un poco a que se aclare esta situación de persecución y te podrás casar por la Iglesia».

Faltó tiempo a la chica para referírselo a su novio, el novio al Comité, y venir los del Comité con dos coches a casa de Carmen. También pretendían dar *el paseíllo* a su compañera Asunción Fernández. Menos mal que asuntos personales la tenían fuera de casa y alguien que la quería bien le avisó a tiempo para que no regresase aquella tarde a su hogar.

Al anochecer del día 30 de enero de 1937 (que las cosas detestables nunca se hacen a la luz del día) dos coches se pararon en la calle de Santa Ana 35. Llamaron a la casa de Carmen. Ésta, que llevaba de la mano a un pequeño de apenas cuatro años, hijo de su amiga, es conminada a subir a uno de los coches. Carmen instantáneamente se supuso que era para el consabido *paseíllo* sin retorno. Por lo demás, ya había asegurado ella muchas veces a las Antonianas en los años precedentes a la guerra: «A nosotras será a las primeras que nos arreglarán, porque somos católicas de cuerpo entero».

Y así fue. Carmen, mujer fuerte de cuerpo y de espíritu donde las haya, se resistió lo indecible. En su defensa acudió también la antoniana Consuelo Vilarroya, que vivía en la casa de al lado, calle Santa Ana 33. Pero un miliciano le colocó un pistolón ante el pecho. Ante media docena de hombres fornidos, Carmen hubo de acomodarse por fuerza en uno de los dos coches. Y ambos partieron por el camino de Montserrat, *Vía Sacra* de tantos y tantos mártires de Torrent.

Cuando los milicianos prendieron a Carmen, la tarde ya declinaba, como digo. Era entre dos luces. Apenas la subieron al coche éste enfiló la carretera de Torrent a Montserrat. Le seguía

un segundo coche con el aire de lo tétrico. Apenas traspuesto el cerrillo del alto la carretera desciende levemente hacia un valle apenas insinuado. Es el *Barranc de les Canyes,* no lejos de una casita de camineros. Hay unas viñas y algunas matas de algarrobos. Se para la caravana y proceden a descargar la víctima para el holocausto. ¿El lugar? *La Partida del Tollo,* en el término municipal de Torrent. ¿El ara? Un viñedo, a la izquierda del camino que va para *Morredondo.*

Cuentan que si quisieron abusar de Carmen y ella se resistió valientemente. «Primero me mataréis que abusaréis de mí», decía. Al menos de esto se jactaban los asesinos a su vuelta en el bar de *Lluiset,* en la plaza, frente a la torre almenada del pueblo. Pero, ¡vaya usted a saber!, que es propio de corazones ruines jactarse de grandes gestas, si no de llevarlas personalmente a cabo sí de inventarlas, por mas que éstas no sean de alabar. Y especialmente cuando el vaho del alcohol no les permite callar.

Lo cierto es que a la víctima la rociaron con gasolina y la prendieron fuego. «El espectáculo era dantesco, afirma uno de los testigos del proceso, tanto que incluso les llegó a horrorizar, puesto que era una tea ardiendo vagando por el campo. Hasta que se desplomó al suelo. Y así se consumió totalmente» ¿He dicho totalmente? Pues no, totalmente no, porque el fuego todavía respetó unas leves reliquias de su cuerpo, el cilicio y el rosario, para testimonio fehaciente de su holocausto y de su martirio

Desde luego el testimonio de Carmen, como cooperadora parroquial, como trabajadora social, como catequista y sobre todo como antoniana, es de una belleza impresionante y extraordinaria. Pero acrecienta sobre todo esa su grandeza el hecho de haber rubricado su testimonio, y nunca mejor dicho, con sangre martirial. Y un testimonio rubricado así, con la propia sangre, no se puede olvidar. Y no es posible olvidarlo por cuanto ha sido oficialmente proclamada entre el número de los santos, y así lo recoge ya el *Martyrologium romanum,* para perpetua memoria, hoy día 30 de enero.

AGRIPINO GONZALEZ, TC

Bibliografía

Bibliotheca sanctorum. Appendice secunda (Roma 2000) 219.
GONZÁLEZ, A., *Martirologio amigoniano* (Valencia 2001) 245-255.
— *Beata Carmen García Moyon* (Valencia 2001).
Martyrologium romanum, o.c., 118, 17 *.
VIVES, J. A., *Hombres recios y entrañables* (Valencia 2000) 210-220.

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SANTA BATILDE
Reina († 680)

Batilde era una muchacha anglosajona que vendida como esclava vino a parar a la casa del mayordomo de palacio de Clodoveo II. Muy pronto sus buenas cualidades la hicieron medrar en la casa de su dueño como encargada de muchas importantes tareas. Habiéndola conocido el rey, se enamoró de su belleza y la hizo su esposa el año 649.

Ocho años más tarde moría el rey, dejando tres hijos varones, el mayor de los cuales, Clotario III, de cinco años, fue proclamado rey, pero naturalmente a esa edad necesitaba una regencia, la cual fue encomendada a Batilde.

Ella procuró ser una buena soberana y apoyó con mucho celo la religión. Promovió las reformas que propugnaban los santos de su tiempo, y se cuidó de la redención de esclavos, siendo normal que viera sobre todo con interés la liberación de los esclavos anglosajones. Fundó ella y dotó los monasterios de Corbie y de Celles, que tantos servicios darían a la religión, y mostró su apoyo y beneficencia a otros muchos monasterios de París, Tours y Soissons.

Llevaba ocho años rigiendo los destinos del país cuando una revolución de palacio le arrebató la regencia. Ella no opuso resistencia a la violencia, sino que decidió retirarse al monasterio de Celles y tomar el hábito monacal. Su vida varió por completo. En adelante no fue más que una monja más, humilde, obediente y trabajadora, que disimulaba por completo haber ceñido una corona. Así pasó el resto de su vida hasta que contrajo una grave enfermedad que la condujo al sepulcro. Esta enfermedad

fue larga y durante ella Batilde mostró la fortaleza de su ánimo y su paciencia. Murió el 30 de enero del año 680.

SAN LESMES
Abad († 1097)

Lesmes o Adelelmo era natural de Francia. En su juventud había profesado la carrera militar, pero su alma entró en crisis respecto a su futuro cuando, decidido a hacer una peregrinación a Roma, consultó con San Roberto de Chaise-Dieu, y éste lo convenció de que, abandonando el mundo, se hiciera monje. Hizo en efecto su deseada peregrinación y a su término ingresó en la abadía de Chaise-Dieu, de la que parece que llegó a ser abad.

Cuando la princesa Constanza de Borgoña contrajo matrimonio con el rey Alfonso VI de Castilla y León, Lesmes fue convencido por la soberana para que se trasladara a Burgos, donde se hizo cargo de un monasterio que el rey había construido. Lesmes entusiasmó a Burgos y a todo el reino con el ejemplo de sus insignes virtudes. Sus consejos eran oídos y su influencia religiosa se hizo notar en toda Castilla. Se le atribuyeron innumerables milagros. Él animó al rey en sus obras de reconquista, devolviendo al cristianismo las tierras ocupadas siglos antes por el Islam. Alcanzó a ver la reconquista de Toledo el año 1085 y murió el 30 de enero del año 1097, recibiendo enseguida culto como santo. Es uno de los patronos de Burgos, en cuya diócesis tiene memoria litúrgica en este día.

BEATO FRANCISCO TAYLOR
Mártir († 1621)

Francisco Taylor es uno de los muchos mártires que produjo la Iglesia de Irlanda en su resistencia frente al absolutismo de la Corona inglesa que, no solamente se había apoderado hacía siglos del país, sino que quería también arrancar del alma del pueblo la fe católica. Ya en el siglo XVI y bajo la feroz persecución de Isabel I, numerosos mártires habían confesado al precio

de su vida la fe católica. El cambio de monarca en 1604, cuando Isabel fue sustituida por el primer Estuardo, no trajo mutación de las cosas. Obispos, sacerdotes, religiosos y seglares irlandeses seguirían rubricando con su sangre su fidelidad a la Iglesia catolica.

El 30 enero 1621 moría mártir en Dublín el seglar Francisco Taylor. Era un hombre casado y padre de familia, que ademas de educar cristianamente a sus seis hijos, había prestado notables servicios a la comunidad y a la Iglesia. No había tenido empacho en abrir su casa a los sacerdotes católicos aun sabiendo que con ello se exponía a la muerte si era descubierto. Lo fue en efecto y en 1615 fue encausado por este motivo y encerrado en la cárcel. Aquí pasó siete durísimos años, en los que maduró en la santidad por el ejercicio de la fe, la paciencia y todas las virtudes. Enfermo, veía venir la muerte como consecuencia de su prisión en tan malas condiciones pero la aceptaba por total adhesión a la voluntad de Dios y por perseverancia en la fe católica. Al tiempo de su muerte era ya un anciano. Lo beatificó el papa Juan Pablo II el 6 julio 1991 junto con un grupo de gloriosos mártires irlandeses.

BEATO SEBASTIÁN VALFRÉ

Presbítero († 1710)

Nació en Verduno el 9 de marzo de 1629 en una familia humilde. Se ordenó sacerdote el año 1650 y al año siguiente ingresó en el Oratorio filipense. Su primer encargo fue el de cuidar del llamado Pequeño Oratorio, destinado a jóvenes, y en el que ejerció una magnífica influencia, dado lo bien dotado que estaba para el trato con la juventud. Por ello se le nombró después maestro de novicios. Sebastián fue a lo largo de toda su vida un gran apóstol de los jóvenes

Otros dos apostolados a los que se dedicó por vocación y carisma fueron la predicación y el confesonario. La predicación la ejerció por todo el Piamonte, sobre todo en exitosas misiones populares, y el confesonario fue el sitio donde ejerció una eficaz dirección de almas. Lo mismo personas del pue-

blo que gente de la nobleza se confesaban con él, entre otros el rey Amadeo II de Cerdeña. El monarca estimaba tanto a Sebastián que intentó que la Santa Sede lo nombrara arzobispo de Turín pero Sebastián se negó tenazmente, considerándose inepto para el cargo. Tenía tendencia al escrúpulo y se vigilaba estrechamente a sí mismo, pidiéndose una enorme dedicación a su ministerio. Visitaba las cárceles y los hospitales y era asiduo protector de los pobres. Murió en Turín el 30 de enero de 1710. Fue beatificado por el papa Gregorio XVI el 31 de agosto de 1834.

SAN PABLO HO

Martir († 1840)

El día 30 de enero de 1840 en la capital de Corea, Seúl, fue martirizado un cristiano seglar que antes de renegar del evangelio prefirió perder la vida temporal.

Se trataba de Pablo Ho Hyob. Había nacido en 1797 y como cristiano había dado siempre buen ejemplo a toda la comunidad católica. Era de profesión militar y se había visto sorprendido por la colisión entre las dos fidelidades: a su conciencia y a la autoridad de su país. Acusado de ser cristiano, fue detenido y sometido a interrogatorio. Confesó que era cristiano, y a continuación le dieron tantos tormentos que debilitaron su fortaleza y pareció por un momento que iba a renegar de la fe. Pero fue solamente un instante de debilidad; enseguida reaccionó y le dijo claramente al juez que seguía siendo cristiano y moriría por la fe. Se le dejó un tiempo en la cárcel y luego se le dio una muerte cruel: fue destrozado a hachazos hasta que entregó su alma a Dios.

Fue canonizado por el papa Juan Pablo II en Seúl, la ciudad de su martirio, el día 6 de mayo de 1984, junto con los demás mártires coreanos.

SANTO TOMÁS KHUONG
Presbítero y mártir († 1860)

Nacido en 1780, poco más o menos, tenía cerca de ochenta años cuando le llegó la hora del martirio. Su familia era noble, su padre, a lo que parece, mandarín, y él se había hecho cristiano siendo un niño.

Hechos los estudios oportunos, se ordenó de sacerdote y se hizo también terciario dominico. Su cristianismo le costó la cárcel en la persecución del emperador Minh-Manh, pero gracias a su alcurnia obtuvo la libertad.

Llevó desde entonces una vida prudente y retirada, aunque sin dejar de ejercer su ministerio, y gracias a ello sorteó los peligros de la persecución de Thieu-Tri (1840-1847), el siguiente monarca. Desatada en 1854 la persecución de Tu-Duc, pudo durante años esquivar su captura. Pero un jefe militar, con el fin de coger a los cristianos, puso una gran cruz en el puente de Tran-Xa de forma que era imposible atravesarlo sin pisarla. Volverse atrás antes de entrar en el puente era la señal de ser cristiano. Acertó Tomás, cuando cambiaba de escondite, a ir a pasar por el puente, y así que vio la cruz volvió sobre sus pasos, pero los soldados que espiaban le echaron mano. Llevado a Hung-Yen se le conminó a apostatar y a aconsejarlo así a los demás fieles, pero Tomás se negó firmemente a la propuesta y dijo que a sus ochenta años no era tiempo de cambiar de convicciones. Condenado a muerte, se dilató la ejecución de la sentencia un mes por si cedía, pero finalmente fue llevado al suplicio. El mártir había hecho con dos cañas una cruz. Se postró ante ella y ofreció su cabeza al verdugo, que la segó de un tajo mientras su alma volaba al cielo.

Este mártir fue canonizado con los demás mártires de Vietnam el 19 de junio de 1988.

SAN DAVID GALVÁN BERMÚDEZ
Presbítero y mártir († 1915)

Era natural de Guadalajara (México) y tuvo la suerte de nacer, el 29 de enero de 1881, en un hogar cristiano de sólidas vir-

tudes. Su madre murió cuando él era niño. Hizo los primeros estudios en la Escuela de la Sociedad Católica. En 1895 entró en el seminario de Guadalajara pero a los cinco años se salió porque no sentía la vocación sacerdotal. Trabajó como maestro y obrero de zapatería y se echó novia, dejando a un lado su vida de piedad y dejándose llevar por la afición al vino y el mal carácter. Un día halló a su novia bailando con otro joven y, como no se contenía, la golpeó, lo que le valió la cárcel. Entonces reaccionó.

Estuvo un año entero pensando en su verdadera vocación y, muy corregido de sus defectos, volvió al seminario y completó los estudios sacerdotales, ordenándose el 20 de mayo de 1909.

Su primer destino fue el seminario como profesor de varias asignaturas, luego simultaneó su labor docente con la de capellán del Hospital de San José y la de capellán del Orfanatorio de la Luz, en Guadalajara. Era un buen sacerdote, cumplidor y celoso, muy amante de los pobres y muy al tanto del servicio pastoral a los enfermos.

Su martirio se debió a su interés por auxiliar a los heridos de las refriegas entre carrancistas y villistas que ensangrentaban Guadalajara. El día 30 de enero de 1915, luego de uno de esos enfrentamientos, David le pidió a un compañero sacerdote que fuera con él a atender espiritualmente a los heridos y, estando haciéndolo, fue tomado preso junto con su compañero y llevado por los militares al teniente coronel Vera. Éste reconoció al sacerdote y se alegró de tenerlo en sus manos, pues era el cura que había impedido que llevara adelante la seducción de una señorita a la que incluso pensaba raptar. Vio, pues, la oportunidad de vengarse y pidió enseguida permiso al gobernador del Estado para fusilarlo, lo que le fue concedido. El compañero sacerdote fue dejado para más tarde, y esto lo salvó pues se obtuvo el indulto, pero David fue fusilado con premura.

Conducido a la espalda del Hospital Civil y situado frente al pelotón, David señaló su corazón y dijo: «Peguen aquí». Recibió dos disparos, uno en la frente y otro en el pecho. Desde lejos algunas personas presenciaron el fusilamiento. Producido éste, se acercaron y empaparon sus pañuelos en la sangre del mártir,

para conservarlos como reliquia. Enterrado en el cementerio de Guadalajara al día siguiente, sus reliquias fueron luego llevadas a la parroquia del Rosario.

Juan Pablo II lo canonizó el 5 de mayo del año 2000.

SAN MUCIANO MARÍA WIAUX

Religioso († 1917)

Luis José Wiaux nació en Mellet el 20 de marzo de 1841, recibiendo en el seno de su familia una cristiana educación. A los quince años sintió la vocación religiosa e ingresó en la Congregación de Hermanos de las Escuelas Cristianas en Namur. Al entrar en el noviciado tomó el nombre de Muciano María.

Destinado a escuelas de primera enseñanza en Chimay y luego en la capital, Bruselas, experimentó ciertas dificultades que retrasaron su profesión perpetua hasta trece años después de su ingreso en la congregación.

Enviado al Instituto de St Berthuin de Malonne, ejerció el cargo de prefecto de estudios. Era el año 1859. St. Berthuin era la primera escuela normal de Bélgica y contaba, además, con un pensionado. Más tarde fue nombrado ayudante del profesor de musica y dibujo.

Muciano María perseveró con enorme entrega en su tarea docente, de forma modesta y eficaz, siendo poco a poco acreditado entre compañeros y alumnos por sus muchas virtudes. Su lema era el de «reza y trabaja» y su gran devoción la Eucaristía y el santo rosario, que rezaba sin descanso. Su intensa vida interior se traslucía en su insigne caridad y gran amabilidad con que estaba siempre disponible en el servicio a los jóvenes. Los suyos fueron sesenta años de vida religiosa sin especiales sucesos pero con total profundidad cristiana. Murió en Malonne el 30 de enero de 1917 y fue canonizado por el papa Juan Pablo II el 10 de diciembre de 1989.

BEATO SEGISMUNDO PISARSKI

Presbítero y mártir († 1943)

Mártir de la persecución nazi contra la Iglesia. Había nacido en Krasnystaw el 24 de abril de 1902, y luego de hacer los estudios en el seminario de Lublín, se ordenó sacerdote el 27 de abril de 1926. Trabajó en varias parroquias y cuando ya tenía una cierta experiencia pastoral se le encomendó una difícil tarea: organizar la parroquia católica de Zamch en medio de una población mayoritariamente ortodoxa.

Como era de esperar, su trabajo se vio rodeado de problemas de todo tipo, llegándose a las acusaciones personales, que provocaron una encuesta oficial sobre su conducta, de la que salió plenamente justificado. La superioridad entonces lo trasladó a Gdeszyn como párroco, donde pasaría diez años de fecunda actividad pastoral.

En octubre de 1939 los alemanes le arrebataron la iglesia parroquial y la entregaron a la comunidad ortodoxa. Segismundo convirtió entonces el salón de su casa en capilla y allí siguió administrando los sacramentos a la comunidad católica, sometida bajo el clima de terror creado por los ocupantes y por los nacionalistas.

A nadie extrañó que finalmente arrestaran al párroco católico y lo sometieran a interrogatorios crueles en los que se pretendía que el sacerdote delatara a los comunistas y a los que se habían quedado con las llaves de la iglesia. Nada dijo el firme y paciente detenido, y entonces optaron por fusilarlo. Sacado a las afueras del pueblo acabaron con su vida. La comunidad católica lloró sinceramente a su pastor, un hombre austero y modesto que había conquistado el amor de sus feligreses.

El papa Juan Pablo II lo beatificó como mártir el 13 de junio de 1999.

31 de enero

A) Martirologio

1. En Turín, San Juan Bosco († 1888), presbítero, fundador de la Sociedad de San Francisco de Sales y de la Congregación de Hijas de María Auxiliadora **.
2. En Corinto (Acaya), los santos mártires Victorino, Víctor, Nicéforo, Claudio, Diodoro, Serapión y Papías († 250), mártires bajo el imperio de Decio.
3. La conmemoración de San Metrano († 249), mártir en Alejandría de Egipto.
4. En el mismo lugar, los santos Ciro y Juan (s. IV), mártires.
5. En Módena (Emilia), San Geminiano (s. IV), obispo.
6. En Persia, San Abrahán († 345), obispo y mártir.
7. En Novara (Liguria), San Julio, presbítero (comienzos del s. IV).
8. En Roma, la conmemoración de Santa Marcela († 410), viuda *.
9. En Ferns (Irlanda), San Aidano o Maedoc († 626), obispo y antes abad.
10. En Coutances, San Waldo, obispo de Evreux (s. VII).
11. En el Monte de San Víctor, junto a Voralberg (Suiza), San Eusebio († 884), monje de San Galo y luego ermitaño.
12. En Roma, Beata Luisa Albertoni († 1533), viuda, terciaria franciscana *.
13. En Nápoles, San Francisco Javier María Bianchi († 1815), presbítero, religioso teatino **.
14. En Corea, los santos Agustín Pak Chong-Won y sus cinco compañeros (Pedro Hong Pyongjiu, Magdalena Son Sobyog, Águeda Yi Kiong-I, María Yi Indog, virgen, y Águeda Kwon Chini) que en 1840 fueron martirizados por la fe *.

B) Biografías extensas

SAN JUAN BOSCO
Presbítero y fundador († 1888)

Como dice Pío XI en la bula de canonización, muy difícil es bosquejar en pocas líneas esta figura gigantesca. Nació en Becchi (Castelnovo de Asti, Italia), el 16 de agosto de 1815, y el mismo día fue regenerado con el agua bautismal. A los dos años quedó huérfano de padre, que se llamaba Francisco. Afor-

tunadamente su madre, Margarita Occhiena, inteligente y santa mujer, supo educar a sus dos hijos José y Juan y al hijastro Antonio como mejor no se podía pedir. Modelo de madres, su vida merece ser conocida, difundida e imitada.

Desde la más tierna infancia Juan manifestaba gran despejo de inteligencia, apego a su propio juicio, tenacidad en sus propósitos, tendencia al dominio sobre los demás, ternura de corazón, desprendimiento y generosidad. Margarita supo cultivar lo bueno y cercenar lo malo de todas estas inclinaciones. Ante todo, fomentó en sus hijos la piedad, una piedad varonil y profundamente sentida, franca y abiertamente practicada. «Dios nos ve, Dios está en todas partes, Dios es nuestro Padre, nuestro Redentor y nuestro Juez, que de todo nos tomará cuenta, que castigará a los que desobedecen sus leyes y mandatos y premiará con largueza infinita a los que le aman y obedecen Debemos acostumbrarnos a vivir siempre en la presencia de Dios, puesto que Él está presente en todo»

Les enseñó a amar e invocar a la Virgen Santísima y al ángel de la guarda, y a apreciar debidamente el tesoro del tiempo.

Pronto se desarrolló en Juanito la sagrada fiebre del apostolado. Ya a los siete años reunía a sus compañeros para enseñarles a rezar, repetirles lo que oía en las pláticas y lo que su santa madre le enseñaba, pacificarlos en sus riñas y disensiones, corregirlos cuando hablaban o procedían mal, jugar con ellos y entretenerlos «para ayudarlos a hacerse buenos».

Juan Bosco es uno de los hombres que más han «soñado», es decir, que Dios le manifestaba en sueños su voluntad y le decía muchas cosas, como a José, el hijo de Jacob, que precisamente por sus sueños llegó a ser virrey de Egipto, como al profeta Daniel, como al mismo patriarca San José. A los nueve años tuvo el primero de sus «grandes sueños». Bajo la alegoría de una turba de animales feroces que se truecan en corderos y algunos en pastores, se le indica su misión en el mundo: educar la juventud, trocar, mediante la instrucción religiosa, cívica, intelectual y moral, a los díscolos en buenos y perfeccionar a los buenos. Es el mismo Jesús quien se la asigna, y para que pueda desempeñarla, le da por madre y maestra a la Virgen Auxiliadora. Para cumplirla, desea hacerse sacerdote.

Pero ¡cuántas dificultades le salen al paso!: pobreza, oposición de su hermanastro, burlas, muerte de su principal bienhechor... Mas de todas triunfa con la constancia y la confianza en Dios.

Aunque deseara ardientemente hacer la primera comunión, sólo a los diez años —y eso tan sólo en atención a su gran preparación— se le concede. En esa ocasión hizo propósitos que fueron norma de toda su vida.

Antes de poder estudiar regularmente, y durante sus primeros estudios, para ayudar a pagarse la pensión tuvo que servir como mozo en granjas y en cafés, trabajar de sastre, de zapatero, de carpintero y herrero, de repostero y sacristán, como que tenía que fundar y dirigir prácticamente escuelas profesionales y agrícolas. En todas partes seguía ejerciendo el apostolado. Entre sus compañeros fundó la «Sociedad de la alegría» y una especie de academia artístico-literaria. Y para atraer a los catecismos a chicos y mayores se hizo hábil titiritero, atleta e ilusionista. Dotado de una magnífica voz y de un oído finísimo, cantaba y tocaba armonio, piano, violín y algunos otros instrumentos. Dueño de una memoria prodigiosa y una inteligencia comprensiva, además de las asignaturas de los cursos filosóficos y teológicos, estudió a fondo las literaturas italiana, griega, latina y hebrea, y llegó a hablar el francés y el alemán lo suficiente para entender y hacerse entender. Todo esto era una providencial preparación para cumplir debidamente la misión asignada por Jesús, desde el primer sueño. Éstos seguían jalonando su vida, a medida que se iba acercando el tiempo de ponerla en ejecución.

Mientras estudiaba el segundo año de teología hizo pacto con su compañero Luis Comollo de que el primero que muriera vendría, permitiéndolo Dios, a darle al otro noticia de la otra vida Murió Comollo y la misma noche se presentó en el dormitorio con tremendo aparato, para decir al amigo, oyéndolo todos, que estaba salvo. De la impresión muchos enfermaron, entre ellos el mismo Juan, quien dice en sus memorias que «esos pactos no se deben hacer, porque la pobre naturaleza no puede resistir impunemente esas manifestaciones sobrenaturales».

Ordenado sacerdote en 1841, por consejo de su director San José Cafasso, siguió en el Convictorio Eclesiástico de Turín los tres cursos de perfeccionamiento de la teología moral y pastoral, y al mismo tiempo estudiaba las condiciones sociales de la ciudad, del campo y del tiempo en que vivía. Ejerciendo el ministerio en cárceles y hospitales, y reparando en lo que sucedía en las calles y plazas, en los talleres industriales y en las construcciones, le llamó la atención el número enorme de chicos que, abandonados de los padres, o huérfanos, vagabundeaban, con evidente peligro de perversión y constituyendo una amenaza social: y decidió remediarlo en cuanto pudiera. Así concibió la idea de los «oratorios festivos» y diarios. Pronto la Providencia le deparó la ocasión de empezar. En la iglesia de San Francisco de Asís —el santo del amor universal— estaba revistiéndose para celebrar la santa misa, cuando entró, curioseando, un chico de quince años, albañil de oficio, y pueblerino. El sacristán le dijo que ayudara la misa, y como no sabía, lo riñó y golpeó. Don Bosco tomó su defensa y, terminada la misa, se entretuvo consolándolo y haciéndole las preguntas que convenían a su intento. Ignoraba hasta el padrenuestro y el avemaría, lo invitó a arrodillarse con él ante un cuadro de la Virgen, y rezaron con inmenso fervor el avemaría. Y, acto seguido, le dio la primera clase de catecismo. Le invitó para el domingo siguiente. Y el chico cumplió, trayendo otros compañeros. La obra de los oratorios festivos había nacido y con ella toda la grandiosa obra salesiana. Aquella oración a la Virgen le dio gracia y fecundidad.

Al salir del Convictorio se le ofrecieron halagadores empleos en la diócesis. Mas como no sentía atractivo hacia ninguno de ellos, consultó con su santo director San José Cafasso. Éste le consiguió la dirección del «refugio», obra para niñas, de la piadosa marquesa Julieta Colber de Barolo, y allí, a su vera, pudo desarrollar su Oratorio. Como éste crecía sin cesar y a la señora marquesa le molestaba la algazara de los chicos, lo puso en opción o de abandonar a los chicos o de dejar el refugio. Dejó el refugio. Y... se encontró en la calle, con una grande obra entre manos, sin un céntimo, por añadidura. En sueños, la Virgen le confortó. Y algunos medios le vinieron. El Oratorio tuvo

una vida trashumante: una plaza, un cementerio abandonado, unos prados. Pero hasta de éstos tuvo que emigrar. Fue la única vez que sus chicos le vieron triste y llorar. Mientras paseaba lleno de amargura por un extremo del prado, llama su atención hacia otro prado vecino un resplandor: ve una grande iglesia y alrededor de su cúpula este letrero de luz y oro: *Hic domus mea; inde gloria mea* («aquí mi casa; de aquí saldrá mi gloria»). Por la noche, otro sueño más detallado le dejó entrever el porvenir y hasta la fundación de una nueva congregación religiosa adaptada a las necesidades de los nuevos tiempos.

Pudo comprar el prado. Su dueño, el señor Pinardi, le dio facilidades. La providencia le mandó bienhechores y cooperadores. Edificó una casa y una capillita.

Pero aún estaba solo. Propuso a su madre fuera a acompañarlo. Y aquella santa mujer, que aun en su pobreza vivía como una reina con su hijo José y sus nietecitos, lo abandonó todo, y fuese a Turín a compartir con su hijo sacerdote la pobreza y las penalidades, pero también la gloria y las satisfacciones de un apostolado original y fecundísimo. Diez años vivió allí, siendo la madre de tantos huérfanos, viendo la proliferación de aquella obra que se consolidó en unas escuelas de externos e internos y dio origen a varios otros oratorios base de nuevas obras, hasta el 25 de noviembre de 1856, día en que el Señor se la llevó para premiarle sus sacrificios y la caridad ejercidos por su amor. Algún tiempo después se apareció a Juan y le dejó entrever una ráfaga de las delicias del cielo.

El Santo levantó una iglesia para sus niños, dedicándola a San Francisco de Sales. Las visiones o sueños le daban a entender que debía fundar una congregación religiosa que, aplicando sus métodos, educara a las juventudes, especialmente a los obreros, y tratara de armonizar las clases sociales, y que los socios tendría que formárselos entresacándolos de los mismos niños que él educaba. Así nació la sociedad salesiana, cuyos primeros socios profesaron en 1859 y que fue definitivamente aprobada en 1868.

En 1865 puso la primera piedra del santuario de María Auxiliadora, y en 1867 la última. A fuerza de milagros la Virgen se había edificado su casa. El santuario-basílica es uno de los cua-

tro o cinco en que se manifiesta más claro y poderoso el influjo de la Virgen. Con el santuario nació la «Archicofradía de María Auxiliadora».

En 1872 fundó la Congregación de las Hijas de María Auxiliadora, con reglas similares a las de los salesianos. También se fundó la Asociación de Antiguos Alumnos En 1875 fue aprobada por la Santa Sede la Pía Unión de los Cooperadores Salesianos o Tercera Orden Salesiana. Por órgano le dio el *Boletín salesiano.*

La actividad del Santo se desplegaba en todos los campos del apostolado católico. La prensa le debe multitud de publicaciones fijas y periódicas: hojas volantes, libros de texto y de propaganda, colecciones de clásicos italianos, latinos, griegos, biblioteca de la juventud, biblioteca de dramas, comedias, cantos, romanzas, zarzuelas, música religiosa. Entre los talleres de sus escuelas profesionales nunca falta la imprenta. Hasta fundó una fábrica de papel, la primera que funcionó en Piamonte Don Bosco es también un gran escritor. Presta a la Iglesia grandes servicios como diplomático oficioso.

Las dos congregaciones y la Tercera Orden crecieron fabulosamente. Tuvieron casas en todas partes En 1875 inauguró las misiones, cuya primera expedición destinó a la evangelización de las tribus de la Patagonia y Tierra del Fuego, en Argentina y Chile.

«Lo sobrenatural se había hecho natural en él», según frase de Pío XI. Leía en las conciencias, predecía el futuro, con la bendición de María Auxiliadora curaba toda clase de enfermedades, resucitó tres muertos. Sobre todo en sus últimos años, las multitudes lo seguían pidiéndole la bendición. Triunfales fueron sus visitas a París y Barcelona. En sus últimos años edificó la iglesia de San Juan Evangelista, en Turín, y la basílica del Sagrado Corazón, en Roma.

Aunque de fibra robustísima, el Señor le purificó con frecuentes enfermedades y molestias que no lograron debilitar su celo ni aminorar su espíritu de trabajo En efecto, Don Bosco «es uno de los hombres que mas han trabajado en el mundo», como es «uno de los que más han amado a los niños». Y dejó a los suyos el trabajo y la piedad como lema

Murió en Turín el 31 de enero de 1888. San Pío X lo declaró Venerable en 1907; Pío XI, que le había tratado personalmente, lo beatificó en 1929 y lo canonizó solemnemente el día de Pascua de Resurrección, 1 de abril de 1934. Es el patrono del cine, de las escuelas de artes y oficios, de los ilusionistas...

RODOLFO FIERRO, SDB

Bibliografía

AMEDEI, A., *D. Bosco e il suo apostolato*, 2 vols. (Turín 1940)
BARBERA, M., *S. Giov. Bosco educatore* (Turín 1942)
CERIA, E., *S. Giovanni Bosco e la sua opera* (Turín 1932)
CHIAVARINO, *Don Bosco que re. Vida anecdotica* (Bilbao 1942)
FIERRO TORRES, R., *Biografía y escritos de San Juan Bosco* (BAC, 1955)
LEMOYNE, J. B., *Vita de D. Bosco*, 2 vols. (Turín 1911-1913). En español: LEMOYNE, J. B. FIERRO TORRES, R., *Vida de San Juan Bosco* (Barcelona 1957)
Memorie biografiche di S. Giovanni Bosco. 20 vols. (Turín)
SCHNEIDER, O., *Meister Don Bosco* (Viena 1952)

SAN FRANCISCO JAVIER MARÍA BIANCHI

Presbítero († 1815)

Francisco Javier M.ª Bianchi nació en Arpino, patria de Cicerón, el 2 de diciembre de 1743, y fue bautizado el día de San Francisco Javier, cuyo nombre recibió con el agua bautismal.

Su padre, Carlos Antonio, tenía una fábrica de tejidos de lana, en la que el buen ejemplo de las virtudes del propietario y la caridad con que éste conjugaba la justicia con las necesidades familiares de sus obreros, hacía del lanificio Bianchi un excelente modelo. La madre, Faustina Morelli, excedía al esposo en virtudes cristianas de toda clase, principalmente en la caridad, completamente entregada al servicio social de la ciudad arpinatense, habiendo transformado su casa en un hospital o asilo, donde se acogía continuamente a dieciséis enfermos o necesitados. Con el ejemplo de tantas virtudes se formó y templó el espíritu de nuestro santo, dando ya desde su más tierna infancia frutos prometedores de santidad.

Para completar su formación literaria, fue mandado al seminario de Nola, cursando el bachillerato, confirmándose en su ánimo la vocación religiosa, contribuyendo a ello la escogida di-

rección espiritual, que no escatimaba medios para poner a disposición de los futuros levitas los grandes maestros del espíritu. En este centro de formación conoció y trató con el fundador de los redentoristas, San Alfonso María de Ligorio.

Cursados los estudios de filosofía en Nola y pasado algún tiempo en Nápoles, donde tuvo que vencer muchas dificultades, entró en el instituto de los barnabitas en 1762, y habiendo hecho su profesión y realizado diversas pruebas, el año 1765 empezó el curso de teología en el colegio que los barnabitas tenían en San Carlos alle Mortelle, de Nápoles, y en esta misma ciudad recibió las órdenes mayores del subdiaconado, diaconado y presbiterado, los días 11, 18 y 25 de enero de 1767, celebrando su primera misa el día de San Francisco de Sales de dicho año.

Para reponer su salud, algo quebrantada, con los aires de la patria, fue destinado a Arpino, enseñando en el gimnasio público retórica durante dos años, transcurridos los cuales, fue enviado de nuevo a Nápoles, al colegio de San Carlos, esta vez como profesor de filosofía. El año 1773 pasó al colegio que los barnabitas tenían en Santa María in Cosmedin o de Portanova, en la misma ciudad de Nápoles, con la misma misión pedagógica. No había aún cumplido los treinta años cuando fue nombrado prepósito de dicho colegio, cargo que regentó durante doce años.

Los testigos, llamados a declarar en los procesos de beatificación, le llaman el *San Felipe de Nápoles,* porque ambos santos, el *Bianchi* y el *Neri,* como se decía agudamente, tienen muchos rasgos paralelos, no sólo por su largo apostolado de dirección espiritual, sino también por el don de discreción de los espíritus.

Durante estos doce años, su apostolado fue fecundo, principalmente en el confesionario y en el púlpito, y sobre todo, conforme exigían los calamitosos tiempos, con el ejemplo que dio siempre de la más observante disciplina regular. Director y consejero de la clase más escogida de Nápoles, su discreción y su cultura se propagaba entre los círculos concéntricos de su celda y del confesionario, a donde acudían cada día toda clase de personas, principalmente del ambiente intelectual. Movido por esta

fama, el rector magnífico de la Universidad de Nápoles, monseñor Mateo Genaro Testa Piccolomini, titular de la sede de Cartago, le ofreció una cátedra en el Estudio General, que Bianchi rehusó. A pesar de esto, el rector del Ateneo, el 15 de septiembre, extendió el nombramiento de profesor de teología dogmática y polémica a favor del padre Bianchi, y el 21 de marzo del año siguiente (1779), el príncipe de Francavilla, presidente de la Academia de Ciencias y Letras, propuso fuera nombrado socio de número de dicha Academia, propuesta que fue aceptada por unanimidad.

Debemos tener presente que el siglo XVII transmitió al XVIII gérmenes de ideas nuevas, que se manifestaban externamente en una fiebre de saber. Por otra parte, los barnabitas, con sus renombrados colegios, recogían este afán de cultura, manifestada en la amplitud y brillantez de conocimientos que comunicaban a los escolares de su tiempo, pero principalmente a los religiosos de su instituto, que habían de profesarlos en sus cátedras. San Francisco Javier alcanzó este afán, que él llamaba *intemperantia litterarum,* que fue moderada después por consideraciones espirituales, religiosas, que desembocaron en sus últimos años al apostolado de la predicación y del consejo, en medio del cual, como en su ambiente propio, terminó los últimos años de su sufrida existencia.

Así se explica la nutrida correspondencia que mediaba entre el tío, canónigo, y el sobrino, barnabita, pidiendo éste libros a don Antonio y reclamando éste su devolución. Un modelo de esta erudición son también las notas que preparaba para sus lecciones y conferencias. Y la variedad de sus conocimientos se adivina en la lista de los libros del Santo, en la cual figuran tratados de *omni re scibili,* desde las lenguas, hebreo, griego y latín, literatura italiana y cristiana, hasta la filosofía, cristiana y profana, entre cuyos autores se distinguen Voltaire y Rousseau, para combatirlos, pues sabían todos que había obtenido del Santo Oficio permiso para leer estos autores. Cuando fue decretada la persecución a las órdenes religiosas, intentó salvar dos cosas: la caja o fondo de la beatificación de la madre Francisca de las Llagas, de la que era el promotor con permiso de sus superiores, y treinta cajas de libros que quiso poner a salvo de las ruinas

y destrucciones, que van siempre emparejadas con todas las persecuciones religiosas.

Los procesos están llenos de testigos que narran sucesos extraordinarios o experimentados en sus propias personas o presenciados u obrados en otros.

Queremos reducir a pocos casos verdaderamente atestiguados por personas que los presenciaron: se refieren a las erupciones del Vesubio. La revolución, y la invasión francesa después, habían creado en Nápoles un ambiente de materialismo capaz de ahogar el espíritu religioso y moral que había conservado la tradición de la ciudad y los grandes ejemplos de santidad dados por una legión de sacerdotes y religiosos edificantes y santos. Los terremotos habían agrietado muchas casas de la ciudad, y el Vesubio, de cuando en cuando, rugía arrojando de sus entrañas ríos de fuego vivo. El dedo de Dios, vengándose de tantas iniquidades, parecerá evidente a las personas más temerosas y religiosas; pero, en medio de tantas pruebas, era también potente el Dios consolador, que hacía surgir hombres extraordinarios para conservar su fe con sus prodigios.

Dos casos solamente. El 22 de mayo se hallaba el padre Bianchi en Torre del Greco, a las faldas del Vesubio, en el Retiro de la Visitación. Instantáneamente, las llamas del volcán se desbordan y avanzan hacia el Retiro. La destrucción de la casa religiosa parecía inminente. Los más desesperados intentaron salvar lo irreparable, poniendo a salvo muebles y enseres. Este nerviosismo contrastaba con la calma y serenidad del padre Bianchi, asegurando que no pasaría nada. Enfermo, a duras penas pudo subir a la terraza, y ante aquel espectáculo apocalíptico del fuego que avanza, se detiene, musita una oración rogando a Dios detuviera aquel torrente amenazador. Y la lava se detuvo al margen mismo del Retiro, y se solidificó, no pasando adelante. En el mismo muro, formado por la solidificación de la lava, el cardenal arzobispo Guillermo Sanfelice levantó una capilla.

El día 12 de agosto, desde Pietra Bianca, escribe a las religiosas del refugio de Via dei Portici que se pongan a salvo, pues el Vesubio quiere vengarse. La carta llegó al día siguiente; pero aquella noche, a las doce, el volcán irrumpió de nuevo y la casa fue destruida. El volcán estaba imponente y ante el gran peligro

que todos presentían, el padre Bianchi fue llevado casi a cuestas al encuentro de la lava, y al hallarse frente a frente, venció la oración del padre Bianchi, pues la lava se detuvo instantáneamente a los pies del Santo.

La alcantarina Francisca de las Llagas le predijo una enfermedad larga y dolorosa Y el vaticinio fue cumplido al pie de la letra. Empezó con una hinchazón en las piernas, que ni la ciencia de los médicos ni los cuidados de los amigos podían detener. Y en medio de terribles sufrimientos, recluido en la soledad de su celda, continuaba su apostolado de consejo y de edificación. A sus médicos les pedía sufrimientos, pues sus dolores eran las misericordias de Dios. Un alma eucarística como la suya sufría solamente ante el temor de no tener fuerzas para celebrar la santa misa. Sus amigos lo bajaban a la iglesia, y cuando ni esto podía hacer, le fue concedida la gracia de celebrarla en su celda. Durante la misa todos notaban la alegría que se leía en su semblante, como si se le hubieran pasado todos los dolores. Se probó todo, incluso el cambio de clima; su amigo Buoncuore le hospedó en su casa de Castelamare durante los años 1804-05. Un poco de alivio animaba a Bianchi físicamente, pero las calamidades morales que se cernían sobre la Iglesia y sus amigos le atormentaban extraordinariamente y quiso volver a animar a todos desde su soledad de Portanova. La dispersión de las órdenes religiosas fue un golpe duro para su alma apostólica. El párroco de Santa María in Cosmedin se arregló para que la celda que ocupaba en el contiguo colegio de Portanova fuese considerada como formando parte integrante de la parroquia, atendida la impotencia en que se hallaba el padre Bianchi. Esto sucedió el año 1910. Un cáliz más amargo tuvo que apurar hasta las heces: el abandono casi total de sus amigos, precisamente cuando más necesitaba de ellos: hubo tiempo en que era un peligro para el gobierno el trato con el padre Bianchi, y el espionaje funcionaba.

Los últimos días de su existencia no tenía fuerzas para celebrar; pero cada día tuvo el consuelo de recibir la santa eucaristía. El último aviso llamó a su puerta el día 27 de enero de 1815 bajo la apariencia de un accidente simple y fortuito. En virtud de una especie de contrato que había hecho con la Venerable

Francisca de las Llagas, ésta se le apareció para anunciarle que había llegado la hora de recibir el Viático, para el cual se preparó sonriente y alegre con todos los que le visitaron. El 31 del mismo mes de enero, muy de mañana, insistió en que le administraran la sagrada Eucaristía, habiendo recibido la noche anterior la extremaunción, y poco después de haber sido confortado con el pan de los ángeles, plácidamente expiró.

La fama de su santidad corrió rápidamente después de su muerte. Las gracias por él concedidas eran innumerables. Probáronse con la suficiencia requerida los milagros necesarios, y el barnabita padre Francisco Javier Bianchi fue solemnemente canonizado por la Iglesia.

Para el mundo, la vida es un hombre entre dos fechas: 2 de diciembre de 1743 —Francisco Javier María Bianchi— y 31 de enero de 1815.

Para el cielo, una estrella que brilla eternamente.

JOSÉ RÍUS SERRA

Bibliografía

BARAVELLI, A. M., *Vita del P. Francesco Saverio M. Bianchi* (Roma 1893)
SALA, F. M., *L'Apostolo di Napoli: S. Francesco Saverio M. Bianchi, sacerdote barnabita* (Roma 1951).

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SANTA MARCELA
Viuda († 410)

Nace en Roma el año 325. Casa en su juventud, queda viuda a los siete meses de matrimonio, y entonces decide dedicar su vida a Dios. Empezó a llevar vida de gran austeridad emulando a los padres del yermo, cuya fama corría ya por Roma, y organizó una comunidad de mujeres que compartían su ideal de vida austera y piadosa.

Cuando San Jerónimo se establece en Roma, Marcela se pone bajo su dirección, y aunque discrepaba del fuerte temperamento del santo, se sintió atraída por la sabiduría y por la firme disciplina del gran director de almas. Como Marcela era per-

sona instruida y conocedora del griego, pudo compartir con San Jerónimo el interés por la exégesis bíblica.

Marcela perseveró en su santo género de vida hasta que ya anciana hubo de pasar por el saqueo que Alarico y sus godos hicieron en Roma. Como se pensaba que conservaba grandes riquezas, se la maltrató para que dijera dónde estaban. Marcela murió a consecuencias de esos malos tratos.

BEATA LUISA ALBERTONI

Viuda († 1533)

Nace en Roma en 1473 en el seno de una noble y rica familia. Al casar su madre por segunda vez, fue entregada a los cuidados de su abuela y de sus tías. Contrajo matrimonio con Jacobo de Cithara, con quien tuvo tres hijas. El suyo fue un matrimonio feliz y ambos esposos vivieron en unión hasta que Jacobo murió joven en 1506.

Luisa pasó por una fuerte crisis a la muerte de su esposo, pues su matrimonio hasta entonces había significado su vida. Superó la crisis consagrándose al Señor, haciéndose terciaria franciscana y vistiendo externamente el hábito de la Orden. Se dedicó a la oración, en la que empleaba horas y horas y en obras de caridad, que realizaba en su propio palacio atendiendo en él a innumerables pobres y buscándolos en sus tugurios. Con ocasión de una calamidad pública, cuando ya no tenía nada más vendió su palacio y tras dar su importe en obras de caridad, quedó convertida en una pobre más.

El Señor la favoreció con frecuentes éxtasis y en uno de ellos tuvo lugar su santa muerte en Roma el 31 de enero de 1533. Su culto fue confirmado el 28 de enero de 1671.

SANTOS AGUSTÍN PAK CHONG-WON Y COMPAÑEROS

Mártires († 1840)

El día 31 de enero de 1840 en el curso de la furiosa persecución contra el cristianismo desatada en el reino de Corea dieron

su vida por la fe seis cristianos seglares de la perseguida comunidad, los cuales se mantuvieron firmes pese a que fueron atormentados, no una vez solamente, con diferentes clases de suplicios para ablandar su resistencia. En vista de que las tentativas de hacerlos apostatar eran inútiles, los seis fueron finalmente decapitados.

Sus datos son: Agustín Pak Chong-Won, que era catequista muy celoso de su misión; estaba casado con Bárbara Ko Suni, la cual también moriría mártir y sería canonizada con él, y tenía cuarenta y ocho años; Pedro Hong Pyongjiu, igualmente catequista como Agustín y benemérito por ello de la misión católica; Magdalena Son Sobyog, que tenía 56 años y estaba acreditada como señora de grandes virtudes, especialmente muy caritativa; su hija Águeda Kwon Chini, de 27 años de edad, y su pariente Águeda Yi Kiong-I, joven de 21 años, y María Yi Indog, hermana de otras mártires con las que hacía vida común, y tenía 22 años.

Su Santidad Juan Pablo II canonizó a estos seis mártires, y a los demás de Corea, en Seúl el 6 de mayo de 1984.

Domingo siguiente al de Epifanía

BAUTISMO DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO

En el año decimoquinto del imperio de Tiberio César... momento ruidoso y solemne en los fastos de Israel, a la manera de los antiguos profetas, *vino la palabra de Dios sobre el mayor de ellos, Juan, hijo de Zacarías, en el desierto* (Lc 3,1-2), donde crecía su recia juventud desde que dejara las rientes montañas de Aïn Karim.

Obedeciendo al instante, vino por toda la región cercana al bajo *Jordán,* frondosa de vastas praderas y estepas, *predicando* en el despoblado *un bautismo de penitencia para la remisión de los pecados* (v.3).

Después de varios siglos reanudaba la tradición de los profetas, encarnando el espíritu y las trazas del más austero de ellos, Elías. Avasallaba con su ejemplo. Un vestido de pelos hirsutos de camello, y un ceñidor paupérrimo de cuero alrededor de sus lomos. Cual su indumento, tal su comida: langostas, secadas al sol o al horno y estrujadas luego, manjar de gentes po-

bres, y miel silvestre, destilación gomosa de ciertos árboles, a falta de la exquisitez de las abejas. Su austeridad de profeta, el tema de su predicación de profeta, que recrimina los vicios sin acepción de personas, y su mensaje de más que profeta sobre el Mesías próximo, junto con el rito inusitado de un bautismo, figurativo de la reforma interior de vida, conciliándole gran autoridad, promovía un fuerte movimiento religioso, que aquellas caravanas orientales se cuidaban de extender hasta los últimos confines.

Las turbas sencillas, los publicanos y soldados, arrepentidos, se inmergían en el baño, *confesando sus pecados,* con una especie de *confiteor* general.

Los soñadores de apocalipsis no veían represalias, ni desquites contra los gentiles, sino ejemplos de conversión real y verdadera.

El «juicio» del Mesías estaba próximo: *Ya el bieldo está en sus manos para limpiar su era, y meter su trigo en el granero y quemar la paja en un fuego inextinguible* (Mt 3,12). Los saduceos, escépticos, y los fariseos, aferrados a sus tradiciones muertas, se mantenían, ciegos, a la expectativa. *¡Raza de víboras! ¿Quién os enseñó a huir de la ira de Dios inminente? Haced, pues, frutos dignos de penitencia. La segur está ya puesta a la raíz del árbol. Así que todo árbol que no dé buen fruto, será cortado y arrojado al fuego* (Mt 3,7-10).

Por aquel tiempo, Jesús, que tendría unos treinta años, *vino de Galilea al Jordán en busca de Juan para ser de él bautizado* (v.13).

Juan, empero, iluminado interiormente, con profundo respeto, se resistía diciendo: Yo he menester ser bautizado por ti, ¿y tú vienes a mí? (v.14). *Y Jesús responde: Déjame hacer ahora, porque así nos conviene cumplir toda justicia.*

Juan entonces condescendió con él (v.15).

Por las mismas razones que en la circuncisión, Jesús, el Santo de los Santos, se somete a toda la Ley. Aquí da autoridad al bautismo de Juan, verdadera preparación y preanuncio del que establecerá, más tarde, el mismo Jesús para que sean los hombres incorporados de verdad en su reino, la Iglesia. Muestra prácticamente la real senda de la penitencia, necesaria a todos; y consagra el agua, comunicándole «la virtud santificadora», para que sea instrumento adecuado de regeneración.

Bautizado, pues, Jesús, al instante que salió del agua se le abrieron los cielos y vio bajar al Espíritu de Dios a manera de paloma (o en forma corporal como de una paloma [Lc 3,22]) *y posar sobre Él. Y oyóse una voz del cielo que decía: Éste es mi querido Hijo, en quien tengo puesta mi complacencia* (v.16-17).

Ante este movimiento religioso, la autoridad teocrática no pudo por más tiempo permanecer indiferente y quiso tomar informes directos del caso. Era su obligación, por otra parte, investigar sobre ritos nuevos, y sobre cuanto tuviera alguna relación con el advenimiento del Mesías.

Y los judíos le enviaron de Jerusalén sacerdotes y levitas, miembros del Sanedrín, para preguntarle: *¿Tú quién eres?*

Y Juan responde, tajante, que no es el Cristo, ni Elías, ni el profeta legendario esperado, sino simplemente la voz del que clama en el desierto: *Enderezad el camino del Señor, como lo tiene dicho el profeta Isaías* (Jn 1,20-23).

—*Pues, ¿cómo bautizas...?*

Respondióles Juan: Yo bautizo con agua —un rito exterior, extraordinario, que simboliza la remisión de los pecados, y a lo más, excita a penitencia interna—, por contraste con el bautismo *en el Espíritu y en el fuego* (Mt 3,11), que conferirá el Mesías.

—*Yo bautizo con agua* —dice—, *pero en medio de vosotros está Aquel a quien no conocéis. Él es el que ha de venir después de mí, el cual ha sido preferido a mí, y a quien yo no soy digno de desatar las agujetas de sus zapatos* (v.26-27).

¡En medio de vosotros está el Rey de los judíos! ¡Qué emocionante revelación oficial a la autoridad teocrática! Un poco más y podrá señalarle con el dedo a sus propios discípulos: *¡Ved ahí el Cordero de Dios!*

Al día siguiente de esta embajada, vio Juan a Jesús que venía, victorioso del desierto de la cuarentena, *a encontrarle. Y Juan, gozoso, le señala a sus discípulos anhelantes: He aquí el Cordero de Dios; ved aquí el que quita el pecado del mundo. Éste es aquel de quien yo dije: En pos de mí viene un varón, el cual ha sido preferido a mí, por cuanto era ya antes que yo. Yo no le conocía, personalmente; pero yo he venido a bautizar con agua, para que él sea reconocido por Mesías en Israel* (v.29-31).

Y dio entonces Juan este testimonio de Jesús, diciendo: Yo he visto al Espíritu Santo descender del cielo en forma de paloma y reposar sobre él. Yo antes no le conocía (de una manera cierta, completa, oficial); mas el que me envió a bautizar con agua, me dijo: Aquel sobre quien vieres que baja el Espíritu Santo y reposa sobre él, ése es el que bautiza con el Espíritu Santo. Yo lo he visto y por eso doy testimonio de que él es el Hijo de Dios (v.32-34).

Tres grandes cosas entraña este nuevo, precioso y más explícito testimonio de Juan, de grandes alcances teológicos y escriturísticos.

1.° *Es el Cordero de Dios.*

a) El *cordero pascual* sacrificado por los israelitas antes de salir de la esclavitud de Egipto, significaba que el mundo iba a salir, con la venida del Mesías, de la servidumbre del pecado.

b) El *cordero* que mañana y tarde se ofrecía en el templo en expiación de los pecados del pueblo, anunciaba que Jesús iba a quitar con su sacrificio el *pecado* (raíz, suma y carga de todos los) *del mundo.* ¡Aspecto doloroso y al mismo tiempo el más noble del destino de Jesús! ¡Su vida, pasión y muerte aseguran la *universalidad de la redención!*

c) Numerosos textos del Antiguo Testamento presentan al futuro Mesías manso y humilde, como un cordero. Isaías, más claramente que los demás profetas, en su llamada *Passio secundum Isaiam,* nos descubre el cuadro impresionante del «Siervo de Yahvé». Aquel «Varón de dolores» tomó sobre sí nuestras enfermedades, y le reputamos como leproso y herido de Dios. Llagado por nuestros crímenes, con sus cardenales fuimos sanados. Se ofreció porque quiso, y no abrió su boca como oveja que va al matadero, y como cordero que enmudece delante del que le trasquila. Habiendo Él ofrecido su vida en sacrificio por el pecado, verá una descendencia muy duradera, y la voluntad (redentora) del Señor se cumplirá por su mano (en la Iglesia) hasta el fin de los siglos (Is 49-57).

d) La doctrina de la satisfacción substitutiva del verdadero *Cordero de Dios que quita el pecado del mundo,* la satisfacción vicaria, ofrecida por el Mesías en vez del hombre pecador y aceptada por Dios —o sea el desagravio, la reparación de los daños y el restablecimiento del orden quebrantado—, está

aquí tan típicamente perfilada que el Nuevo Testamento no hace más que llenar del nuevo y *perfecto contenido las frases correspondientes del profeta.*

e) Hemos sido redimidos —dirá San Pedro—, *no con oro ni plata, sino con la sangre preciosa de Cristo, como del Cordero inmaculado y sin defecto, predestinado antes de la creación del mundo y manifestado al final de los tiempos en gracia de vosotros* (1 Pe 1,19-20).

f) San Pablo, resumiendo la economía del *Cordero pascual,* añadirá: *Él por medio de la muerte destruyó al que tenía el señorío de la muerte, libró del poder del ángel exterminador infernal a todos aquellos que con el miedo de muerte estaban sujetos a la esclavitud* (Heb 2,14-15).

g) San Juan Evangelista, en su *Apocalipsis,* presentará la visión del *Cordero ante el trono de Dios, de pie,* resucitado, *como degollado,* por conservar gloriosas sus llagas, *digno de abrir los siete sellos del libro misterioso* que contiene los destinos escatológicos de la Iglesia, pues que Él fue *degollado y nos rescató para Dios en su sangre, de toda tribu y lengua, pueblo y nación, y nos hizo para nuestro Dios reyes y sacerdotes* (Ap 5,6-9).

2.° Otra gran cosa destaca en este último testimonio de Juan. Él es el que bautiza *en el Espíritu y en el fuego.* El Precursor bautiza con agua, un signo exterior que prepara los ánimos y los estimula a penitencia, solamente. Él, que ha sido preferido a todo profeta, por su dignidad intrínseca y divina, propina, con los dones óptimos, la gracia que nos hará *consortes de la divina naturaleza* (2 Pe 1,4).

3.° Y, finalmente, da testimonio de que *Él es el Mesías* esperado de Israel; y este Mesías es el *Hijo de Dios,* propio, coeterno con su Padre, que imparte a los hombres la adopción de hijos y los hace herederos del cielo.

¡Qué cúmulo de ideas elevadas, de verdades consoladoras, de importantes perspectivas apologéticas, suministra este último testimonio de Juan! El propio Bautista hace resaltar que sus testimonios de la mesianidad y divinidad de Jesús se fundan en una revelación recibida de Dios, y en el prodigio que se obró en el momento del bautismo.

Yo antes no le conocía personalmente; cosa que no es de maravillar, dice el Crisóstomo, porque desde su niñez vivía Juan en el

desierto, y quizá nunca había visto a Jesús, que habitaba en Nazaret. Pero *el que me envió a bautizar con agua* (cosa, por tanto, de lo alto y con un significado de preparación mesiánica), me dijo: *Aquel sobre quien vieres que baja el Espíritu Santo y reposa sobre él, ése es el que bautiza con el Espíritu Santo. Yo lo he visto, y por eso doy testimonio de que es el Hijo de Dios.*

Sube Jesús del agua, brota el milagro, se abren los cielos, baja el Espíritu de Dios (Mt 3,16), *en forma corporal como de una paloma* (Lc 3,22), y oye la voz del cielo: *Éste es mi querido Hijo, en quien tengo puestas mis complacencias.*

Así, con esta teofanía, de rasgos trinitarios, y con aquella voz misteriosa, quedó Jesús acreditado por Dios como el *Mesías* prometido, cual le vaticinaron los profetas; *ungido con la plenitud del Espíritu Santo, Hijo de Dios verdadero y predilecto del Padre.*

No lo fue Jesús por el bautismo, *per aquam,* pues lo era en su sacratísima humanidad desde el momento de la encarnación, *per sanguinem,* por la sangre recibida entonces y derramada «a borbotones» en la cruz. Pero Dios lo quiso atestiguar solemnemente en aquella ocasión inaugural del reino de Dios.

En el «gran conflicto» del Martes Santo, la comisión oficial de «los príncipes de los sacerdotes y ancianos del pueblo», arrogantes, ante la multitud del pueblo sencillo, le interrogan: *¿Con qué autoridad haces estas cosas, y quién te ha dado esta potestad?* (Mt 21,23).

Con hábil evasiva les contrapregunta el Maestro: *El bautismo de Juan, ¿de dónde era?, ¿del cielo o de los hombres?* Mas ellos, desleales siempre, discurrían consigo mismos esta cobardía falsa: *Si respondemos: Del cielo, nos dirá: Pues ¿por qué no habéis creído en él? Si respondemos: De los hombres, tememos que el pueblo nos apedree. Porque todos miraban a Juan como a profeta* (v.25-26).

Y rompen con el pasado y con los profetas, representados en el último y más grande de ellos, fingiendo ignorar una cuestión esencial: *No lo sabemos. Pues tampoco yo os diré* —replica Jesús— *con qué autoridad hago yo estas cosas* (v.26-27).

Y tomó, a su vez, la ofensiva contra aquellos hipócritas confundidos ya entre el vulgo: *En verdad os digo que los pecadores y meretrices os precederán en el reino de Dios. Por cuanto vino Juan por las sendas de justicia, y no vosotros, sino éstos, creyeron en él* (v.28-32). Su

causa estaba ligada con la de Juan. Con su precursor comenzó Jesús la carrera mesiánica; y ahora, agradeciendo emocionado su testimonio de sangre, va a terminarla también de una manera cruenta.

La manifestación de la Santísima Trinidad que se esbozó, augural, en el bautismo de Jesús, preside la iniciación cristiana.

Instruid —dice el Señor— *a todas las naciones en el camino de la salud, bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo* (Mt 28,19). El bautismo, eficaz como todo sacramento, producirá en el alma la limpieza y santidad que significa, en virtud de la invocación y confesión de las tres divinas personas. Ellas presiden el nacimiento espiritual del nuevo cristiano —ese «nacer de nuevo en agua y en el Espíritu Santo para ver el reino de Dios», expuesto por Jesús a Nicodemo (Jn 3)—, ese nuevo cristiano que se vota, consagra y mancipa, con un compromiso sagrado, al servicio, al nombre, a la esencia vital de la mismísima Trinidad augusta.

En cada bautismo se repite en cierto modo lo que aconteció en el Jordán. Ábrese el cielo, que es la herencia del neófito, el Espíritu se cierne sobre éste, y el Padre celestial le reconoce por hijo suyo, por hermano de Cristo, miembro de su cuerpo, la Iglesia, y coheredero con Cristo de los cielos.

Desde comienzos del siglo II se estableció en torno del 6 de enero la festividad de la triple «manifestación de Dios», en el nacimiento del Salvador, en la adoración de los Magos y en el bautismo de Jesús en el Jordán. Cuando la *fiesta romana* de la Navidad se impuso en el Oriente, la liturgia de la Epifanía substituyó la conmemoración del nacimiento del Salvador por la primera «manifestación de Dios» en otro orden de testimonios divinos: los milagros, y escogió el primero de ellos: el de las bodas de Caná. Al introducirse, relativamente tardía, la octava de Epifanía, se reservó para el día octavo la *conmemoración* del susodicho *bautismo de Jesús.*

Los herejes gnósticos, con Cerinto a su cabeza, ya desde los días de San Juan Evangelista, propugnaron que Jesús no era el Mesías ni el verdadero Hijo de Dios. Según ellos, Jesús era hijo de José y María. Al ser bautizado en el Jordán, una virtud del Dios supremo descendió sobre Él y permaneció en Él hasta la

pasión exclusive. Semejante entidad divina era el Eón Cristo. Por su unión con ella, Jesús se transformó en Jesucristo. Con esto, si se admitía cierta mesianidad de Jesús, se negaba la identidad personal entre Jesús y Cristo. San Juan, no contento con afirmar esta identidad personal, añade que Jesús era no sólo *Mesías,* sino también *Hijo de Dios.*

Contra la ruidosa pompa de esta celebración herética clamaban las palabras del discípulo del amor: *Jesucristo es el que vino por el agua y por la sangre* (1 Jn 5,6), es decir, en calidad de redentor y de Hijo de Dios, no solamente en las aguas del Jordán, sino en la cruz, derramando la sangre de su cuerpo tomado en la encarnación misma, cuyo espectáculo arrancó a los circunstantes aquel grito: *¡En verdad era el Hijo de Dios!* Dos actos exteriores, dos hechos históricos harto significativos, que marcan el comienzo y el final oficiales de su ministerio propiamente dicho, que era establecer el reino de Dios.

En la misma Roma antigua, menos accesible a las exaltaciones místicas del Oriente, se administraba también el bautismo solemne en aquella celebridad de las «Santas lumbreras» —*in Sancta Lumina*—, puesto que el bautismo es la iluminación sobrenatural del alma.

ANDRÉS CAIMARI

Bibliografía

AIGRAIN, R., «Liturgia», en *Encyclopédie populaire des connaissances liturgiques* (París 1931).
CAIMARI, A., *Himnario litúrgico.* I. *Ciclo temporal.*
MEYEMBERG, A., *La práctica del púlpito* (Madrid 1908).
MOLIEN, L. A., *La prière de l'Église,* II (París 1924).
RIGHETTI, M., *Historia de la liturgia,* 2 vols. (BAC, 132 y 144; Madrid 1955 y 1956).
(Puede completarse con la bibliografía del día 1).

APÉNDICE

12 de enero

SAN VICTORIÁN
Abad († ca.560)

Las diócesis de Barbastro-Monzón y Huesca celebran como memoria obligatoria la de San Victorián o Victoriano de Asán, a quien no conmemora el *Martirologio romano.*

Las noticias que se dan de él son en sustancia que se trataba de un hombre religioso natural de Italia, donde fundó diferentes monasterios y hospitales y que en Francia, concretamente en el Languedoc, ejerció un amplio apostolado, pasando luego a la Península Ibérica y asentándose en Asán (Huesca), donde llevó vida de anacoreta. Pero pronto le rodearon discípulos deseosos de seguir su camino de perfección cristiana, lo que le hizo reunirlos en un monasterio, que enseguida llevaría su nombre y llegaría a hacerse famoso. Sus discípulos también florecerían en santidad, contándose entre ellos San Gaudioso, obispo de Tarazona. Victoriano murió ya octogenario.

Cuando tenían sitiada la ciudad de Huesca los aragoneses en la Reconquista se dice que llevaron consigo las reliquias del santo y a su intercesión atribuyeron la toma de la ciudad.

Los PP. Centeno y Rojas, ambos agustinos, que añadieron vidas de santos españoles a la edición del *Año cristiano* de Croisset, de la Librería Religiosa, del año 1853, añaden otras noticias sobre este santo. Dicen que nació en Italia de ilustres progenitores y que le proporcionaron una buena educación literaria y religiosa. Aplicado a las letras humanas, no halló el joven en ellas la sabiduría que buscaba y entonces decidió buscarla en las Sagradas Escrituras, en las que muy pronto fue versado. Su vida de piedad corría pareja con su aplicación a las ciencias sagradas, y este buen ejemplo le atrajo el afecto y la admiración de todos.

Victorián quiso rehuir esta buena fama y, habiendo repartido todo su patrimonio entre los pobres y dedicado otra parte de él a la fundación de casas religiosas y benéficas, con algunos compañeros partió hacia Francia. Aquí se dio a predicar la palabra de Dios con gran fruto de sus oyentes, animados no solamente por la palabra que oían de él sino por el ejemplo de virtud que en él contemplaban. A esta predicación añadió la fundación de varios monasterios donde mucha gente convertida por el a la vida de perfección vino a recogerse.

Pero el santo, cuando vio que de nuevo era objeto de una universal estima y veneración, para huir de ella, dejó Francia, como había dejado Italia, y se vino a España en tiempos del rey Amalarico. Deseoso de vida solitaria y contemplativa, se estableció en un áspero monte, de difícil subida, en la parte occidental de un pueblo llamado Asán, no distante del Monasterio de San Martín, en la región de Huesca. En ese monte edificó un oratorio que dedicó a San Miguel y aquí comenzó a llevar vida contemplativa y penitente. Pero no pasó mucho tiempo sin que por los pueblos de alrededor circulase la fama de santidad del ermitaño y comenzase la gente a subir al monte para pedir sus consejos y sus oraciones, comenzando la fama de que con ellas se obtenía la curación de los enfermos. Entonces la gente le hizo ver al ermitaño la gran dificultad con que se subía a la ermita y le suplicaron se estableciera mejor en algún sitio llano. Movido de su caridad el santo se estableció en la heredad llamada Aserrate, junto al río Cinca, donde labró pobres celdas para él y sus discípulos. Desde ellas voló su fama de santidad por los pueblos de España, llegando el rey Teuda, pese a ser arriano, a oír con gusto los consejos del eremita, que le invitaba siempre a gobernar con justicia y a hacerla observar de todos. Teuda, además, quería colocar a Victorián en las mayores dignidades del reino para que velara él por la justicia, pero Victorián se resistió eficazmente a todos los ofrecimientos regios. Sí tuvo éxito en cambio otra iniciativa que tanto los monjes como el clero propusieron al rey, y fue la de que le confiara la dirección del cercano monasterio de Asán. Esta vez Victorián se vio impelido por la caridad a aceptar y fue nombrado abad del mismo.

Este monasterio era en realidad una laura o conjunto de ermitas en la que cada monje vivía como solitario, y Victorián lo transformó en un cenobio, estableciendo una verdadera vida común. Ella fue fuente de santificación para muchos monjes que acreditaron que el monasterio era una verdadera escuela de perfección cristiana, y además del citado San Gaudioso, florecieron otros monjes que fueron llamados a la dignidad episcopal, como Aquilino de Narbona, Tranquilino de Tarragona, Efronio de Zamora y Vicente de Huesca. Victorián vivió siempre en la austeridad y la pobreza, en el ejercicio de la caridad y las demás virtudes y la fecha de su muerte, cuando ya era octogenario, se sitúa el 12 de enero del 560, en el reinado de Atanagildo.

Hasta aquí las noticias proporcionadas por los dos citados religiosos agustinos.

JOSÉ L. REPETTO BETES

Bibliografía

Acta sanctorum, enero II p.738ss.
AYNSA, F., *Población y excelencia de la ciudad de Huesca* (Huesca 1619).
Bibliotheca sanctorum, XII col.1298.
CROISSET, J., *Año cristiano* (Barcelona 1853).

29 de enero

SANTOS JULIÁN Y SERRANO
Obispos (s. VII)

La venerable Iglesia de Oviedo celebra en el 29 de enero la memoria de los santos Julián y Serrano, obispos. Su celebración viene de muchos siglos y ha sido confirmada por la Santa Sede al admitir esta celebración en la última conformación del propio de los Santos de la Iglesia asturiana con fecha 7 de octubre de 1991. La categoría de la celebración es la de memoria libre.

El motivo de la celebración no es que se trate de santos asturianos o de pastores que fueran de aquella Iglesia diocesana, sino que sus sagradas reliquias se encuentran allí y son veneradas desde hace muchos siglos. En efecto, hay que remontarse a la conquista de España por los árabes en 711 y siguientes y señalar que no pocos cristianos, para huir de caer en sus manos, emigraron hacia el Norte, donde las altas montañas pudieran servirles de baluarte frente a la invasión. Y al huir llevaron consigo, entre otras cosas, las reliquias de santos que se veneraban por el pueblo en aquel tiempo. Algunas de estas reliquias vinieron a quedar depositadas en la llamada Arca Santa, dentro de la denominada Cámara Santa, de Oviedo. Esta Arca Santa fue abierta en el siglo XI en tiempos del rey de Castilla y León Alfonso VI, el mismo que el 25 de mayo de 1085 devolvería a la cristiandad la insigne ciudad de Toledo, capital política y espiritual de España durante la monarquía visigoda.

Las reliquias de estos dos santos, Julián y Serrano, fueron halladas dentro del Arca Santa y de ahí procede la veneración con que la Iglesia asturiana celebra su memoria.

En orden a su identificación hay que decir que el primero es San Julián, metropolitano de Toledo, muerto santamente el año 690 después de haber gobernado sabiamente la Iglesia toledana. De niño había sido ofrecido como oblato a la Catedral, en cuyos claustros se crió. Pasó luego a ser parte de las filas del clero, en las que brilló por su santidad y sabiduría, siendo elegido metropolitano a la muerte de Quirico el año 680. Presidió tres concilios de Toledo y se dice que en tiempos de este metropolitano la sede toledana alcanzó su más alto nivel en la jerarquía eclesiástica nacional.

Aunque su fiesta la celebra la diócesis toledana este día, el *Martirologio romano* nuevo celebra su memoria el día 6 de marzo, y en dicho día se ofrece una oportuna biografía en este nuestro *Año cristiano.*

De San Serrano, en cambio, apenas es posible dar otras noticias que no sean su condición de pastor de la Iglesia, su fama de santidad que hizo que los fieles venerasen su memoria y la inclusión por ello de sus reliquias entre las llevadas a Asturias

cuando los cristianos huyen de la invasión musulmana de comienzos del siglo VIII.

Los datos relativos a la identidad de ambos santos han sido proporcionados por el delegado diocesano de Liturgia de Oviedo, D. José Luis González Vázquez, canónigo de la catedral ovetense.

JOSÉ L. REPETTO BETES

CALENDARIO ESPAÑOL

MEMORIAS QUE CELEBRAN LAS DIÓCESIS ESPAÑOLAS

Día 2	En Granada, la Bienaventurada Virgen María Auxilio de los cristianos.
	En Zaragoza, la Venida de N.ª S.ª del Pilar.
Día 3	En Bilbao, la Dedicación de la Iglesia Catedral.
Día 4	En Zaragoza, Beata Genoveva Torres, virgen.
Día 7	En España, San Raimundo de Peñafort, presbítero.
	En Sevilla y Segorbe, San Juan de Ribera, obispo.
Día 9	En España, San Eulogio de Córdoba, presbítero y mártir.
Día 12	En Barbastro-Monzón y Huesca, San Victorián, abad.
	En León, San Martín de León, presbítero.
Día 14	En Valencia y Orihuela-Alicante, San Juan de Ribera, obispo.
Día 15	En Palencia, San Francisco Fernández de Capillas, presbítero y mártir.
	En Sevilla, San Berardo y compañeros, mártires.
Día 16	En Plasencia, Cartagena y Sevilla, San Fulgencio, obispo.
Día 18	En Urgel, San Jaime Hilario, religioso y mártir.
Día 19	En Sevilla, Málaga, Coria-Cáceres, Cádiz y Asidonia-Jerez, Beato Marcelo Spínola Maestre, obispo.
	En Mérida-Badajoz y Salamanca, San Juan de Ribera, obispo.
	En Córdoba, los santos Gumesindo y Servideo, mártires.
Día 20	En España, San Fructuoso, obispo, y compañeros, mártires.
Día 21	En Cataluña, San Fructuoso, obispo, y compañeros, mártires.
	En Valencia, Beata Josefa M.ª de Santa Inés, virgen.
Día 23	En España, San Ildefonso, obispo.
	En Tortosa, San Francisco Gil de Frederich, presbítero y mártir.
	En Teruel y Albarracín, Santa Emerenciana, virgen y mártir.
Día 24	En Toledo, la conmemoración de la Bienaventurada Virgen María.
Día 27	En Tortosa, San Enrique de Ossó y Cervelló, presbítero.
Día 28	En Cuenca, San Julián, obispo.

Día 29 En Zaragoza, Lérida y Valencia, San Valero, obispo.
En Tortosa, Beato Manuel Domingo y Sol, presbítero.
En Barcelona, San Pedro Nolasco, religioso.
En Oviedo, San Julián y San Serrano, obispos.

Día 30 En Burgos, San Lesmes, abad.

ÍNDICE ONOMÁSTICO

1. **Santos y beatos**

Adrián de Canterbury, San († 710), día 9, 204.
Aelredo, San († 1167), día 12, 274-276.
Afraates, San († 378), día 29, 612-613.
Agatón, San († 681), día 10, 240.
Águeda Lin, Sta. († 1858), día 28, 598-599.
Águeda Yi, Sta. († 1840), día 9, 205-206.
Agustín Erlandssön, San († 1188), día 26, 558-559.
Agustín Pak Chong-Won, San († 1840), día 31, 663-664.
Airaldo, Bto. († 1146), día 2, 62.
Albano Roe, San († 430), día 21, 431-433.
Alberico de Cîteaux, San († 1109), día 26, 545-558.
Ambrosio Fernandes, Bto. († 1620), día 7, 182-183.
Ana de los Ángeles Monteagudo, Bta. († 1686), día 10, 228-233.
Anastasio, San († 628), día 22, 460.
Andrés Alfredo Bessette, Bto. († 1937), día 6, 164.
Andrés Chong, San († 1840), día 23, 470.
Andrés Corsini, San († 1373), día 6, 163.
Ángela de Foligno, Bta. († 1309), día 4, 80-86.
Ángela de Mérici, Sta. († 1540), día 27, 561-563.
Antero, San († 236), día 3, 78.
Antonio Abad, San († 356), día 17, 350-358.
Antonio Fatati, Bto. († 1484), día 9, 205.
Antonio María Pucci, San († 1892), día 12, 257-263.
Antonio Swiadek, Bto. († 1945), día 25, 533.
Apolinar el Apologista, San († s. II), día 8, 198-199.
Arcángela Girlani, Bta. († 1495), día 25, 532-533.
Arnoldo Janssen, Bto. († 1909), día 15, 324-332.

Basilio Magno, San († 389), día 2, 43-53.
Basilisa, Sta. († ca.304), día 6, 136-140.
Batilde, Sta. († 680), día 30, 643.
Bautismo de Nuestro Señor Jesucristo, domingo siguiente a Epifanía, 664-671.
Benito Biscop, San († 690), día 12, 253-257.
Berardo, Sto. († 1220), día 16, 349-350.
Bernardo de Corleone, San († 1667), día 13, 277-278.
Bernardo Scammacca, Bto. († 1487), día 11, 249-250.
Boleslava María Lament, Bta. († 1946), día 29, 603-611.

Canuto Lavard, San († 1137), día 7, 180-181.
Carlos de San Andrés, Bto. († 1893), día 5, 129.

Carlos de Sezze, San († 1670), día 6, 148-152.
Carmen García Moyon, Bta. († 1937), día 30, 633-642.
Casimiro Grelewski, Bto. († 1942), día 9, 206.
Cipriano Miguel Iwene Tansi, Bto. († 1964), día 20, 400-406.
Ciriaco Elías Chavara, Bto († 1871), día 3, 71-78.
Columba Marmión, Bto. († 1923), día 30, 621-633.
Conversión de San Pablo (ca.34), día 25, 497-500.
Convoyón, San († 868), día 5, 127.
Cristina de Aquila, Bta. († 1543), día 18, 378.

Daniel, San († s. IV), día 3, 79.
David Galván Bermúdez, San († 1915), día 30, 647-649.
Domingo Pham Trong An Kham, San († 1859), día 13, 297-298.

Eduardo el Confesor, San († 1066), día 5, 99-106.
Eduardo Waterson, Bto. († 1593), día 8, 199.
Emerenciana, Sta. († s. IV), día 23, 469.
Emilio Szramek, Bto. († 1942), día 13, 298.
Enrique de Ossó y Cervelló, San († 1896), día 27, 563-571.
Enrique de Upsala, San († 1160), día 20, 408-409.
Enrique Seuse (Suso), Bto. († 1366), día 25, 510-519.
Epifanía del Señor, día 6, 130-136.
Epifanio de Pavía, San († 496), día 21, 429.
Esteban Harding, San († 1134), día 26, 545-558.
Esteban Min Kukka, San († 1840), día 30, 410-411.
Estefanía Quinzani, Bta. († 1530), día 2, 64.
Eustoquio Calafato, Sta. († 1491), día 20, 409-410.

Fabián, San († 250), día 20, 406-407.
Félix de Nola, San († ca.260), día 14, 299-304.
Francisca de Sales (Leonia) Aviat, Sta. († 1914), día 10, 234-238.
Francisco de Sales, San († 1622), día 24, 473-481.
Francisco Fernández Capillas, San († 1648), día 15, 317-323.
Francisco Javier M.ª Bianchi, San († 1815), día 31, 657-662.
Francisco Rogaczewski, Bto. († 1940), día 11, 251-252.
Francisco Taylor, Bto. († 1621), día 30, 644-645.
Fructuoso, San († 259), día 21, 416-420.
Fulgencio de Écija, San († 632), día 14, 313-314.
Fulgencio de Ruspe, San († 533) día 1, 40.

Gamelberto, San († 800), día 17, 358-359.
Genoveva de París, Sta. († ca.502), día 3, 67-71.
Genoveva Torres Morales, Bta. († 1956), día 5, 112-123.
Gil de Lorenzana, Bto. († 1518), día 10, 242-243.
Gilduino, San († 1077), día 27, 579-580.
Godofredo de Kappenburg, Bto. († 1127), día 13, 295-296.
Gonzalo de Amarante, Bto. († 1259), día 10, 243-244.
Gregorio de Langres, San († 539), día 4, 96.

Gregorio Nacianceno, San († 390), día 2, 43-53.
Gregorio Niseno, San († ca.400) día 10, 238-239.
Gregorio X, Bto. († 1276), día 10, 221-227.
Gúdula, Sta. († ca.712), día 8, 195-198.
Guillermo Carter, Bto. († 1584), día 11, 250-251.
Guillermo de Bourges, San († 1209), día 10, 241-242.
Guillermo Ireland, Bto. († 1679), día 24, 493.
Guillermo José Chaminade, Bto. († 1850), día 22, 443-451.
Guillermo Pattenson, Bto. († 1592), día 22, 461.
Guillermo Repin, Bto. († 1794), día 2, 64-66.
Gumesindo, San († 853), día 13, 295.

Higinio, San († 142), día 11, 246-247.
Hilario de Poitiers, San († 367), día 13, 281-287.
Honorato de Arlés, San († 429), día 16, 348.

Ildefonso de Toledo, San († 667), día 23, 463-468.
Inés, Sta. († ca.304), día 21, 411-415.
Isabel Ana Bayley Seton, Sta. († 1821), día 4, 87-90.

Jacinta Mariscotti, Sta. († 1640), día 30, 615-621.
Jacobo de Castel la Pieve, Bto. († 1304), día 15, 334.
Jaime Hilario Manuel Barbal Cosán, San († 1937), día 18, 379-381.
Jenaro Sánchez Delgadillo, San († 1927), día 17, 360-362.
Jerónimo Lou-Tin-Mey, San († 1858), día 28, 598-599.
Jorge Matulaitis, Bto. († 1927), día 27, 571-578.
José Antonio Tovini, Bto. († 1897), día 16, 344-347.
José Freinademetz, Bto. († 1908), día 28, 599-601.
José María Tommasi Caro, San († 1713), día 1, 17-22.
José Nascimbeni, Bto. († 1922), día 22, 451-459.
José Pawlowski, Bto. († 1942), día 9, 206.
José Pham Trong Cai Ta, San († 1859), día 13, 297-298.
José Vaz, Bto († 1711), día 16, 339-344.
Josefa María de Santa Inés, Bta. († 1696), día 21, 420-428.
Juan Bautista Turpin du Cormier, Bto. († 1794), día 21, 430-431.
Juan Bosco, San († 1888), día 31, 651-657.
Juan Calibita, San († s. V), día 15, 332-333.
Juan de Rávena, San († 595), día 19, 393-394.
Juan de Ribera, San († 1611), día 6, 141-147.
Juan de Teruana, Bto. († 1130), día 27, 581.
Juan Grove, Bto. († 1679), día 24, 493.
Juan Lego, Bto. († 1794), día 1, 41.
Juan María Muzei, San († 1887), día 27, 582.
Juan Nepomuceno Neumann, San († 1860), día 5, 106-108.
Juan Ni Youn Il, San († 1867), día 21, 433-434.
Julián, San († ca.304), día 6, 136-140.

Julián, San (s. VII), día 29, 675-677.
Julián de Cuenca, San († 1208), día 28, 591-596.
Julián Maunoir, San († 1683), día 28, 597-598.

Laura Vicuña, Bta. († 1904), día 22, 461-463.
Lesmes, San († 1097), día 30, 644.
Lorenzo Bâtard, Bto. († 1794), día 2, 64-66.
Lorenzo Justiniano, San († 1456), día 8, 184-188.
Lorenzo Ouang, San († 1858), día 28, 598-599.
Lucas Pham Trong Cai Thin, San († 1859), día 13, 297-298.
Luciano de Antioquía, San († 312), día 7, 180.
Luisa Albertoni, Bta. († 1533), día 31, 663.

Macario de Alejandría, San († ca.408), día 19, 382-388.
Macrina, Sta. († 304), día 14, 312-313.
Manuel Domingo y Sol, Bto. († 1909), día 25, 501-509.
Manuel González García, Bto. († 1940), día 4, 91-96.
Marcela, Sta. († 410), día 31, 662-663.
Marcelo, San († 309), día 16, 335-338.
Marcelo Spínola y Maestre, Bto. († 1906), día 19, 389-393.
Marcolino Amanno, Bto. († 1397), día 2, 63-64.
Margarita Bourgeoys, Sta. († 1700), día 12, 263-269.
Margarita de Hungría, Sta. († 1270), día 18, 363-368.
María Ana Sureau Blondin, Bta. († 1890), día 2, 54-62.
María Luisa Montesinos Orduña, Bta. († 1937), día 28, 601-602.
María Marcelina Darowska, Bta. († 1911), día 5, 108-111.
María Poussepin, Bta. († 1744), día 24, 486-491.
María Repetto, Bta. († 1890), día 5, 13, 128-129.
María Teresa de Jesús Le Clerc, Bta. († 1622), día 9, 200-203.
María Teresa Fasce, Bta. († 1947), día 18, 378-379.
María Teresa Juana Haze, Bta. († 1876), día 7, 171-179.
María, Madre de Dios, Sta., día 1, 4-17.
Mariano Konopinski, Bto. († 1943), día 1, 41-42.
Martín de León, San († 1203), día 12, 276-277.
Mateo Guimerá, Bto. († 1451), día 7, 181-182.
Meinrado, San († 861), día 21, 430.
Melquiades, San († 314), día 10, 217-221.
Miguel Kozal, Bto. († 1943), día 26, 559-560.
Muciano María Wiaux, San († 1917), día 30, 649.

Nicolás Bunkerd Kitbamrung, Bto. († 1944), día 12, 278-280.
Nicolás Gross, Bto. († 1945), día 23, 471-472.
Ninón, Sta. († s. IV), día 14, 313.

Odilón, San († 1048), día 1, 40-41.
Odón de Novara, Bto. († 1200), día 14, 314-315.
Odorico de Pordenone, Bto. († 1331), día 14, 315-316.
Olimpia Olga Bidá, Bta. († 1952), día 28, 602-603.

Pablo, primer ermitaño, San († ca.341), día 10, 207-217.
Pablo Ho, San († 1840), día 30, 646.
Paula Gambara Costa, Bta. († 1515), día 24, 492-493.
Paula Romana, Sta. († 404), día 26, 541-545.
Paulino de Aquileya, San († 802), día 11, 248-249.
Pedro Bonilli, Bto. († 1935), día 5, 124-126.
Pedro de Capitolías, San († 713), día 13, 293-295.
Pedro de Castelnau, Bto. († 338), día 15, 333.
Pedro Donders, Bto. († 1887), día 14, 305-312.
Pedro Francisco Jamet, Bto. († 1845), día 12, 270-274.
Pedro Tomás, San († 1366), día 6, 162-163.
Pedro Urséolo, San († 988), día 10, 241.
Popón, San († 1048), día 25, 531-532.

Rafaela María del Sagrado Corazón, Sta. († 1925), día 6, 152-162.
Raimundo de Peñafort, San († 1275), día 7, 165-170.
Regina Protmann, Bta. († 1613), día 18, 369-377.
Remigio de Reims, San († ca.530), día 13, 287-293.
Remigio de Ruán, San († ca.765), día 19, 394-395.
Renato Lego, Bto. († 1794), día 1, 41.
Rigoberto de Reims, San († 743), día 4, 97.
Roberto de Molesmes, San († 1110), día 26, 545-558.
Rosalina, Sta. († 1329), día 17, 359-360.

Sebastián Valfré, Bto. († 1710), día 30, 645-646.
Sebastián, San († ca.304), día 20, 396-400.
Segismundo Gorazdowski, Bto. († 1920), día 1, 35-39.
Segismundo Pisarski, Bto. († 1943), día 30, 650.
Serrano, San (s. VII), día 29, 675-677.
Servideo, San († 853), día 13, 295.
Severino, San († 482), día 8, 189-194.

Telesforo, San († 136), día 2, 62.
Teodosio Cenobiarca, San († 529), día 11, 247-248.
Teresa Grillo Michel, Bta. († 1944), día 25, 519-531.
Teresa Kim, Sta. († 1840), día 9, 205-206.
Timoteo Giaccardo, Bto. († 1948), día 24, 482-486.
Timoteo, San, día 26, 534-541.
Tito, San, día 26, 534-541.
Tomás de Aquino, Sto. († 1274), día 28, 583-591.
Tomás de Cori, Sto. († 1729), día 11, 244-246.
Tomás Khuong, Sto. († 1860), día 30, 647.
Tomás Plumtree, Bto. († 1570), día 4, 97-98.

Valero de Zaragoza, San († 305 o 316), día 22, 459-460.
Verónica de Binasco, Bta. († 1497), día 13, 296.
Vicente, San († 304), día 22, 435-439.
Vicente Lewoniuk, Bto. († 1874), día 24, 494-496.

Vicente María Strambi, Sto. († 1824), día 1, 22-29.
Vicente Pallotti, San († 1850), día 22, 439-442.
Victorián, Sto. († ca.560), día 12, 673-675.
Vilana de Botti, Bta. († 1361), día 29, 613-614.
Vitaliano, San († 672), día 27, 578-579.
Vulstano de Worcester, San († 1095) día 20, 407-408.

Zedislava de Lemberk, Sta. († 1252), día 1, 30-35.

2. Colaboradores

Aguilar, J. M. 583-591.
Alcántara, P. de 350-358.
Alonso Blanco de la Dolorosa, P. 22-29.
Andrés Martín, M. 217-221.
Arnaldich, L. 207-217.
Arteaga, C. de 541-545.
Aunós, E. 67-71.

Caimari, A. 664-671.
Castro, M. de 615-621.

Díaz Fernández, J. M.ª 87-90 94-96 482-486.
Domínguez del Val, U. 281-287.

Echeverría, L. de 473-481.
Escribano, I. 497-500.

Ferrando Roig, J. 396-400 435-439.
Ferri Chulio, A. de S. 108-111 124-126 234-238 389-393 439-442.
Fierro, R. 651-657.
Fita Revert, R. 200-203 344-347.
Franquesa, A. M. 130-136.

Garganta, J. M. de 165-170.
Garrido Bonaño, M. 106-108 244-246 561-563.
Gil Imirizaldu, P. M. 571-578.
González, A. 633-642.
González, M. 335-338.
González Rodríguez, M.ª E. 112-123 228-233 563-571.
González Villanueva, J. I. 35-39 305-312 324-332 339-344.

Hortelano, A. 195-198.

Iniesta Collant-Valera, E. 99-106 189-194.

Jiménez Duque, B. 510-519.

Langa, P. 420-428 443-451 603-611.
Llorca, B. 221-227 253-257 287-293 382-388.

Mañas, R. L. M.ª 4-17 519-531.
María de la Eucaristía 411-415.
Maroto Herranz, A. 171-179 369-377.
Melendres, M. 416-420.
Montero Moreno, A. 184-188.
Moral, T. 621-633.

Pérez Suárez, L. M. 400-406 451-459 545-558.
Pou y Martí, J. M.ª 148-152.

Repetto Betes, J. L. 30-35 40-42 54-62 62-66 71-79 96-98 127-130 162-164 180-183 198-199 204-206 238-244 246-252 274-280 293-298 312-316 332-335 348-350 358-362 378-381 393-395 406-411 429-434 459-463 469-472 486-496 531-533 558-

560 578-582 597-603 612-614 643-651 662-664 673-677.
Rey Palomero, A. del 591-596.
Riesco Pontejo, P. 317-323 363-368.
Ríus Serra, J. 657-662.
Rivera Recio, J. F. 463-468.
Robres Lluch, R. 141-147.
Rullán Ferrer, P. A. 17-22.
Sánchez, E. 152-162.
Sendín Blázquez, J. 43-53.
Soria, V. 136-140.
Useros Carretero, M. 257-263.
Vázquez, I. 80-86.
Velado Graña, B. 263-269 270-274 501-509 534-541.
Vives, J. 299-304.